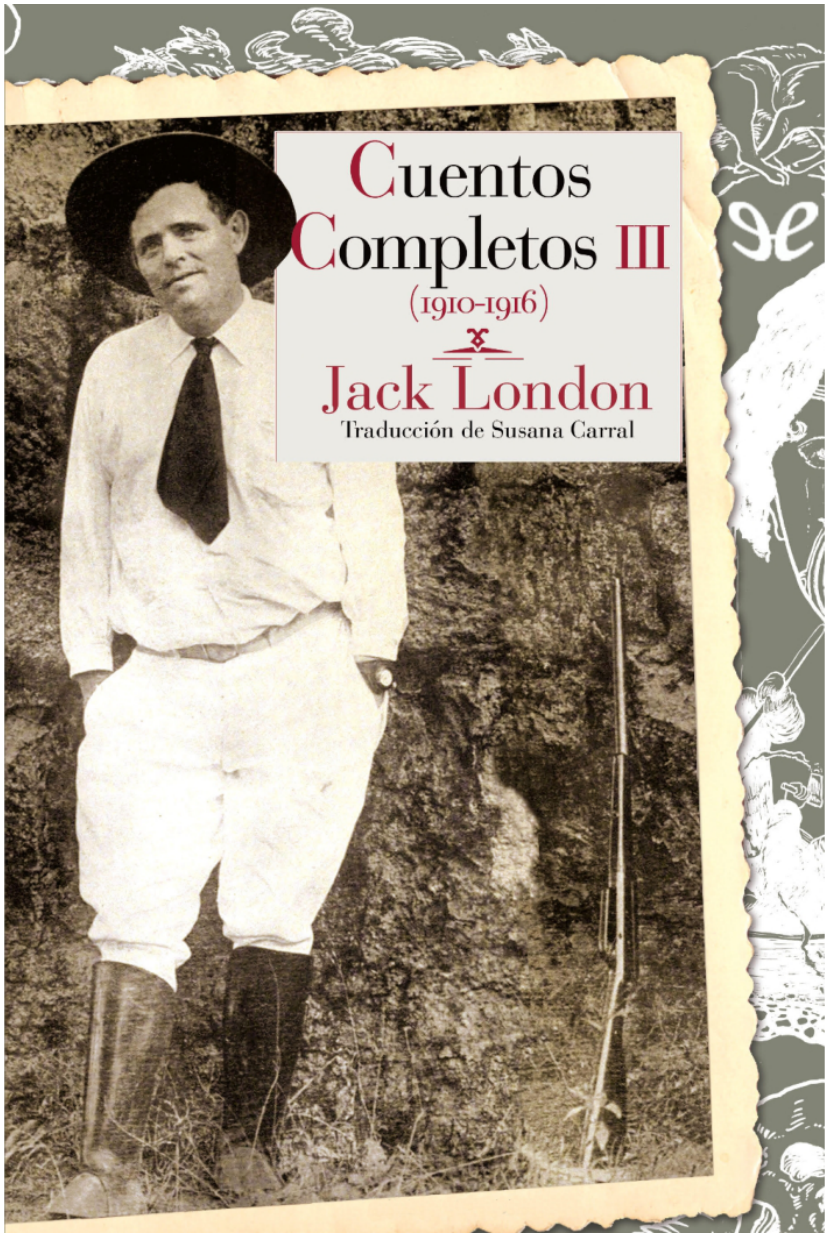


Cuentos Completos III

(1910-1916)

Jack London

Traducción de Susana Carral

El tercer y último tomo de *Cuentos Completos* de Jack London, que sigue fielmente la edición canónica de la Universidad de Stanford, comprende todos los relatos que escribió en la última etapa de su vida. Aunque todavía perdida en su memoria la experiencia de las nevadas riberas del Yukón, en estos 46 cuentos, más extensos que los anteriores, predominan los personajes y escenarios de los Mares del Sur y Oceanía. London tampoco olvida su socialismo utópico, que refleja en algunas distopías en las que trata de alertar y combatirlas desigualdades del capitalismo, llegando incluso a adentrarse en el territorio de la ciencia ficción. El gran escritor norteamericano vuelve a demostrar su capacidad para alternar todo tipo de géneros y recorrer a través de la ficción todo el globo terráqueo, reflejando como nadie el factor humano de las múltiples etnias y culturas que conoció personalmente.

Jack London

Cuentos Completos III

(1910-1916)

Cuentos Completos de Jack London - 3

ePub r1.0

Titivillus 02.10.2022

Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume III*
Jack London, 1993
Traducción: Susana Carral Martínez
Ilustraciones: María Espejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aə

Jack London

Jack London (San Francisco, 1876 Glen Ellen, 1916), nacido probablemente como John Griffith Chaney, fue uno de los escritores norteamericanos más importantes de los comienzos del siglo XX. Autodidacta, su obra se nutre de sus experiencias de vagabundo y aventurero,

que le permitieron recorrer medio mundo, ya fuera como marinero de primera en una goleta rumbo a Japón o buscando oro en las orillas del río Klondike, entre las perpetuas nieves de Alaska. Su carrera coincidió con el auge de las revistas literarias dirigidas al gran público, en las que colaboró asiduamente con sus relatos. En ellos fundió la aventura con su capacidad para indagar en la psicología humana y una fuerte carga épica que cambió el curso de la ficción norteamericana.

Influyó decisivamente en los autores de la Generación Perdida, como John Steinbeck, Ernest Hemingway o John Dos Passos, así como en otros muchos europeos: George Orwell. Aldous Huxley. William Somerset Maugham… Socialista desde los veinte años, siempre defendió el carácter utópico más que teórico de su ideología, lo que se reflejó nítidamente en su literatura. Entre sus obras, además de sus relatos, destacan novelas como *La llamada de lo salvaje* (1903), *El lobo de mar* (1904), *Colmillo blanco* (1906), *Martin Eden* (1909), *La peste escarlata* (1912) o *El vagabundo de las estrellas* (1915).

Cuentos Completos III
(1910-1916)

Cuentos Completos III
(1910-1916)

Jack London

Traducción de Susana Carral

Índice de contenido

Cubierta
Cuentos Completos III
Jack London
Inuit
    Jack London
Prólogo - El lobo de Glen Ellen
En el origen del mundo
    I
    II
    III
Chantaje alado
A puñetazos
En la guerra
    I
    II
Bajo los toldos de cubierta
Matar a un hombre
La eternidad de las formas
En el pabellón de los idiotas
El vagabundo y el hada
El sabor de la carne
La carne
De estampida al arroyo Squaw
El sueño de Shorty
El hombre de la otra orilla
La carrera por la Número Tres
Hijo del sol
    I
    II
    III
    IV
    V

VI
El orgullo de Aloysius Pankburn
I
II
III
IV
V
VI
VII
Los demonios de Fuatino
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
Los bromistas de Nueva Gibbon
I
II
III
IV
V
La cuenta pendiente de Swithin Hall
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
El padre pródigo
I
II

El mexicano
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**

Una noche en Goboto
- **I**
- **II**

Las perlas de Parlay
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**

Las plumas del sol
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**
- **VI**
- **VII**
- **VIII**

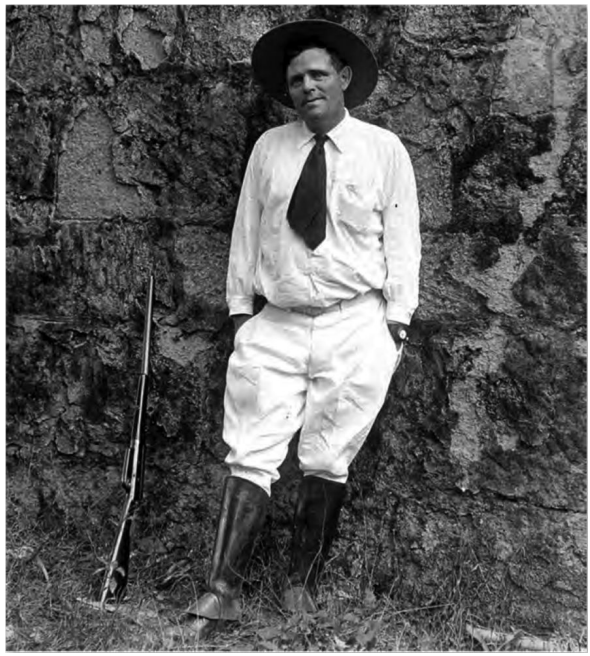
Por las tortugas de Tasman
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**
- **VI**

Fin de la historia
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**

El hombrecillo

El ahorcamiento de Cultus George
Un error de la creación
Una apuesta peligrosa
El emplazamiento de Tra-Lí
Un milagro de mujer
El capitán de la Susan Drew
- **I**
- **II**
- **III**
- **IV**
- **V**
- **VI**
- **VII**
- **VIII**
- **IX**

¿Quién quiere vivir?
La lagarta
El ídolo rojo
En la esterilla de makaloa
Las lágrimas de Ah Kim
Los huesos de Kahekili
Los huesos de los antepasados
La rompiente kanaka
Cuando Alice se confesó
Como argonautas de la antigüedad
La princesa
El hijo del agua
Sobre el autor
Notas



A los 40 años en su finca de Glen Ellen, California, pocos días antes de su muerte en 1916.

▼

En la capitular de la página siguiente, Jack London en su despacho de Rancho Hermoso, en 1916.

Prólogo

El lobo de Glen Ellen

En 1910, a los treinta y cuatro años, Jack London compró por 36.000 dólares cincuenta y siete hectáreas al norte de San Francisco, en Glen Ellen, California. Por entonces, además de muy popular, era un hombre muy rico. La literatura le había proporcionado fama y fortuna. A partir de entonces, aquella enorme propiedad se convirtió en su principal obsesión, por encima de la creación literaria. De hecho, llegaría a confesar que solo escribía para añadir acres de tierra a Glen Ellen, en el Valle de la Luna, donde construyó su residencia de Rancho Hermoso.

Rodeado de naturaleza, London cambió radicalmente su visión del mundo y puso en marcha un proyecto de rancho ecológico que resultaría un rotundo fracaso, pese a que hoy sería fuertemente aplaudido. «Lo principal es el campo en sí mismo y el hecho de librarse de la presión de la vida en la ciudad —le explicó a

Frederick Bamford, su amigo socialista y director de la Biblioteca Pública de Oakland—. Lo importante es dejar de ser un intelectual, deleitarse con los elementos pequeños, los bichos y las cosas que se arrastran, las aves, las hojas, etcétera, etcétera».

Glenn Ellen y el Valle de la Luna aparecen en varios de sus cuentos, como «En el pabellón de los idiotas» o «El vagabundo y el hada», entre otros, todos ellos recogidos en este tercer volumen que completa la narrativa breve del gran autor norteamericano.

Exlibris de Jack London.

En esa etapa de su vida escribe menos, porque intenta centrar su trabajo en la búsqueda nuevas técnicas agrícolas y ganaderas para aplicar en Glen Ellen, que pusieron a prueba su ideología socialista, tan conocida popularmente que hasta Nadezhda Krúpskaya, la viuda de Lenin, reconoció en sus memorias que días antes de la muerte de su marido le leyó el relato «Amor a la vida», escrito por London en el año 1903 y publicado en el segundo tomo de esta edición de sus *Cuentos Completos*.

Su proyecto agrícola le enfrentó a los «ineficientes trabajadores italianos» y hasta abominó de los chinos. Según el historiador de la literatura Kevin Starr, quien tacha a London de mal gestor y de alcohólico, alrededor de 1911: «London estaba más aburrido de la lucha de clases de lo que quería admitir».

Sin embargo, aunque Glen Ellen llegó a convertirse en una obsesión, los escenarios edénicos presentes en estos últimos

cuarenta y seis relatos de London no se limitan a las tierras del norte y al Valle de la Luna, sino que también regresa a las orillas heladas del Klondike, donde se desarrolla la serie protagonizada por Smoke Bellew y Shorty; y a la Polinesia, con la serie de aventuras del intrépido David Grief.

En 1913 no escribió un solo relato, tampoco lo haría en 1915 y de 1914 solo hay uno, «¿Quién quiere vivir?». Pero la escasa producción durante estos seis últimos años de vida de London no guarda relación con la calidad. De hecho, de esta etapa son algunos de sus mejores cuentos, como «El padre pródigo» o «El mexicano», un misterioso texto en el que la revolución se mezcla con el boxeo.

Fallecido el 22 de noviembre de 1916, los restos de Jack London, junto con los de su esposa Charmian, están enterrados en el Parque Histórico Jack London, en Glen Ellen, convertido hoy día en un centro de peregrinación para todos aquellos amantes de la literatura y la aventura. Su muerte sigue siendo un misterio. Durante años se achacó a un suicidio, final habitual de algunos de los personajes de sus libros autobiográficos. Actualmente, gracias a investigaciones recientes que ponen en tela de juicio el prototipo de escritor bebedor y mujeriego, cobra cada vez más fuerza la teoría de una sobredosis de morfina para combatir los efectos de la uremia, enfermedad a la que se atribuye su muerte en el certificado de defunción.

Jack London seguirá vivo durante siglos gracias al enorme valor de su obra narrativa, especialmente sus cuentos, que con este tercer tomo se pueden leer ya completos, por fin, en español, ordenados y corregidos de acuerdo a los deseos de su autor, en una traducción nueva de Susana Carral que respeta fielmente la edición canónica norteamericana de la Universidad de Stanford. ►

Jack London, realizando tareas agrícolas en su finca de Glen Ellen.

Cuentos Completos III
(1910-1916)

Jack London

En el origen del mundo

I

RA UN HOMBRE TRANQUILO y dueño de sí mismo que se había sentado un momento en lo alto del muro para sondear la húmeda oscuridad en busca de señales del peligro que pudiese esconder. Pero su oído solo le transmitió el gemido del viento entre unos árboles invisibles y el susurro las hojas que provocaba el movimiento de las ramas. Una densa niebla avanzaba empujada por la brisa y, aunque no podía verla, sintió su humedad en el rostro; además, el muro sobre el que se sentaba estaba mojado.

Había ascendido desde el exterior sin hacer ruido y de la misma forma saltó al interior del recinto. Sacó una linterna del bolsillo, pero no la utilizó. Aunque el camino estaba oscuro, no le preocupaba la falta de luz. Con la linterna en la mano y un dedo sobre el interruptor, avanzó rodeado de tinieblas. El suelo parecía aterciopelado y mullido porque estaba cubierto de agujas de pino, hojas y mantillo que nadie había tocado desde hacía años. Las ramas y las hojas rozaban su cuerpo al pasar, pero la oscuridad no le permitía evitarlas. Al poco extendió la mano para tantear el

camino y en más de una ocasión tropezó contra el tronco macizo de algún árbol gigantesco. Sabía que estaba rodeado de árboles, sentía su presencia por todas partes y tuvo la extraña sensación de ser microscópicamente pequeño en medio de aquellas moles enormes que se inclinaban hacia él para aplastarlo. Sabía que más adelante se hallaba la casa y esperaba encontrar alguna senda o vereda serpenteante que lo llevara hasta ella.

Llegó un momento en el que se vio atrapado. Por todos lados se topaba con árboles y ramas o tropezaba con matorrales de maleza sin encontrar una salida. Entonces encendió la linterna y, prudentemente, dirigió su rayo hacía el suelo, bajo los pies. Muy despacio, lo fue moviendo a su alrededor y la luz le mostró con todo detalle los obstáculos que impedían su avance. Vio un hueco entre los enormes troncos de unos árboles y se introdujo en él, apagando la linterna y pisando un suelo aún seco, protegido de la humedad de la niebla por el denso follaje que lo cubría. Tenía buen sentido de la orientación y sabía que iba hacia la casa.

Entonces ocurrió algo impensable e inesperado. Su pie pisó algo blando y vivo que se alzó con un bufido al sentir el peso de su cuerpo. Él pegó un salto y se agachó a la espera de volver a saltar, tenso y vigilante, preparado para la acometida de lo desconocido. Aguardó un momento, preguntándose qué clase de animal sería eso que se había librado del peso de su pie y que no hacía ruido ni se movía porque debía estar agachado y a la espera, tan tenso y vigilante como él. La incertidumbre se volvió insoportable. Levantó la linterna, presionó el interruptor, vio y gritó lleno de miedo. Estaba preparado para encontrarse cualquier cosa, desde un cervatillo asustado a un león beligerante, pero no para lo que había visto. En ese instante, la luz de su diminuta linterna, nítida y blanca, le había mostrado algo que no podría olvidar en mil años: un hombre rubio y enorme, de pelo y barba amarillos, que solo llevaba unos mocasines de cuero curtido y lo que parecía una piel de cabra en la cintura. Brazos y piernas quedaban desnudos, al igual que los hombros y la mayor parte del pecho. Tenía la piel suave y sin pelo, aunque curtida por el sol y el viento, bajo la que los músculos se anudaban como si fuesen serpientes.

Sin embargo, eso no era lo que lo había llevado a gritar, por muy inesperado que resultase. Lo que provocó su miedo fue la atroz

ferocidad del rostro, la mirada de animal salvaje de los ojos azul claro apenas deslumbrados por la luz, las agujas de pino enredadas y adheridas a la barba y al pelo, y aquel cuerpo formidable, agazapado y a punto de saltar sobre él. Prácticamente en el mismo instante en que lo vio, y mientras aún se oía su grito, la cosa saltó, y él le lanzó la linterna y se tiró al suelo. Sintió el golpe de los pies contra sus costillas, se levantó de inmediato y huyó, al tiempo que la cosa, debido al impulso, caía hacia delante entre la maleza.

Cuando el ruido de la caída se apagó, el hombre se detuvo y esperó a cuatro patas. La oía moverse, buscándolo, y temía revelar su situación si intentaba huir más lejos. Sabía que no podría evitar que crujiese la maleza. Sacó el revólver, pero cambió de idea. Había recuperado la calma y tenía la esperanza de poder marcharse sin hacer ruido. En varias ocasiones oyó a la cosa golpear los matorrales en su busca, aunque también a veces se quedaba quieta y escuchaba. Eso le dio una idea al hombre. Tenía una mano apoyada en un pedazo de madera. Con mucho cuidado, tanteando primero a su alrededor en la oscuridad para asegurarse de que su brazo no tropezaría con algún obstáculo, alzó la madera y la lanzó. Era un trozo pequeño y llegó lejos antes de aterrizar, haciendo mucho ruido, entre los arbustos. Oyó a la cosa saltar en esa dirección y, al mismo tiempo, se arrastró para alejarse más de allí. Continuó avanzando a cuatro patas, muy despacio y con cuidado, hasta que la humedad del mantillo le empapó las rodillas. Cuando escuchaba solo oía el gemido del viento y el goteo de la niebla desde las ramas. Siempre con gran precaución, se puso en pie y llegó hasta el muro de piedra, al que trepó y desde el que saltó al camino exterior.

Tras tantear entre unos arbustos, sacó una bicicleta y se dispuso a montar en ella. Estaba empezando a mover la cadena con el pie para situar en posición los pedales cuando oyó el ruido sordo de un cuerpo pesado que aterrizaba con facilidad y sin perder el equilibrio. No esperó más y echó a correr con las manos en el manillar de la bici, hasta que pudo pasar la pierna por encima del tubo, sentarse en el sillín, hacerse con los pedales y acelerar sin descanso. Tras él, oía las rápidas pisadas sobre el polvo del camino, pero continuó alejándose de ellas y dejó de oírlas.

Por desgracia, había arrancado en dirección opuesta a la ciudad

y se dirigía, cuesta arriba, hacia las colinas. Sabía que en esa carretera no había intersecciones. La única forma de regresar era volver a pasar por delante de aquel espanto y no conseguía armarse de valor para hacerlo. Después de media hora, al darse cuenta de que el camino se empinaba cada vez más, desmontó. Para mayor seguridad, dejó la bici en la cuneta, saltó una valla, se adentró en lo que le pareció una tierra de pastoreo en la ladera, extendió un periódico sobre la hierba y se sentó.

—¡Rayos! —dijo en voz alta mientras se secaba el sudor y la niebla del rostro.

Y «¡Rayos!» volvió a decir, liando un cigarrillo al tiempo que meditaba sobre el problema de cómo regresar.

Pero no intentó volver. Estaba decidido a no internarse en esa carretera a oscuras y, con la cabeza apoyada en las rodillas, dormitó, a la espera de que llegase el día.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando lo despertó el ladrido agudo de una cría de coyote. Al mirar a su alrededor y localizarla sobre la cima que se alzaba a su espalda, se fijó en el cambio experimentado en la faz de la noche. La niebla había desaparecido, las estrellas y la luna brillaban y el viento había dejado de soplar. Se había transformado en una cálida noche de verano californiana. Intentó dormitar de nuevo, pero el ladrido del coyote lo molestaba. Amodorrado, oyó un canto sobrecogedor y salvaje. Miró en torno a él y se fijó en que el coyote había dejado de hacer ruido y se alejaba corriendo por la cima de la colina; tras él, persiguiéndolo, ya sin cantar, corría la criatura desnuda con la que se había tropezado en el jardín. El coyote era joven y casi lo había atrapado cuando ambos salieron de su campo de visión. El hombre se puso en pie temblando, trepó la valla como pudo y montó en la bici. Era su oportunidad y lo sabía. Aquel espanto ya no se encontraba entre él y Mill Valley.

Pedaleó a una velocidad de vértigo colina abajo, pero al llegar al fondo, en una curva y en plena oscuridad, se encontró con un bache y salió volando por encima del manillar.

—No es mi noche —murmuró mientras examinaba la horquilla rota de la bicicleta.

Continuó andando, con la bici al hombro. Cuando llegó ante el muro de piedra, casi dudando de la experiencia vivida, buscó

huellas en el camino y las encontró: huellas grandes de mocasín, muy marcadas en la zona de los dedos. Se hallaba inclinado sobre ellas, estudiándolas, cuando volvió a oír aquel canto sobrecogedor. Había visto a la cosa perseguir al coyote y sabía que no tenía la más mínima posibilidad de ganarle corriendo. No lo intentó. Se resignó a ocultarse entre las sombras del lateral del camino.

De nuevo vio a la cosa que parecía un hombre desnudo, corriendo veloz, ligera y sin dejar de cantar. Se detuvo frente a él y sintió que se le paraba el corazón. Pero en lugar de acercarse a su escondite, dio un salto, se agarró a la rama de un árbol y se balanceó de rama en rama, como un mono. Así cruzó el muro y pasó a las ramas de otro árbol, desde el que saltó al suelo, por lo que dejó de verla. El hombre esperó unos minutos y luego continuó camino.

II

DAVE SLOTTER se inclinó agresivamente sobre el escritorio que impedía la entrada al despacho privado de James Ward, socio principal de Ward, Knowles & Co. Dave estaba enfadado. Todos los presentes en la oficina lo habían mirado con suspicacia y el hombre que ahora tenía frente a él se mostraba excesivamente receloso.

—Dígale al señor Ward que es importante —insistió.

—Ya le he dicho que está dictando un documento y no se le puede molestar —fue la respuesta—. Vuelva mañana.

—Mañana será tarde. Vaya y dígale al señor Ward que es un asunto de vida o muerte.

El secretario dudó y Dave aprovechó la ventaja.

—Dígale que anoche anduve por la bahía de Mill Valley y que quiero advertirlo de algo.

—¿Cómo se llama? —fue la pregunta.

—Eso da igual. No me conoce.

Cuando Dave entró en el despacho conservaba su agresividad, pero, al ver que un hombre grande y rubio se daba la vuelta en su silla giratoria e interrumpía el dictado a su taquígrafa para mirarlo, el estado de ánimo de Dave cambió de repente. No sabía por qué había cambiado, sin embargo, se sintió enfadado consigo mismo.

—¿Es usted el señor Ward? —preguntó con una petulancia que lo irritó todavía más.

—Sí —fue la respuesta—. ¿Quién es usted?

—Harry Bancroft —mintió Dave—. No me conoce y da igual cómo me llame.

—¿Ha mandado decirme que anoche estuvo en Mili Valley?

—Usted vive allí, ¿no? —respondió Dave, mirando con suspicacia a la taquígrafa.

—Sí. ¿Por qué desea verme? Estoy muy ocupado.

—Me gustaría hablar a solas con usted, señor.

El señor Ward le dedicó una mirada penetrante, dudó y luego se decidió.

—Descanse unos minutos, señorita Potter.

La joven se levantó, recogió sus notas y salió. Dave miró preocupado al señor Ward, hasta que el caballero puso fin a la cadena de ideas que acaba de ocurrírsele.

—¿Y bien?

—Anoche estuve en Mill Valley —empezó a decir Dave, no muy seguro de cómo continuar.

—Eso ya me lo ha dicho. ¿Qué es lo que quiere?

Y Dave decidió seguir, convencido de que no había quien se creyera semejantes ideas.

—Estuve en su casa. Bueno, en su finca.

—¿Y qué hacía allí?

—Fui a robar —respondió Dave con total franqueza—. Oí decir que vivía solo con un cocinero chino y me pareció que sería fácil. Pero no llegué a entrar. Ocurrió algo que me lo impidió. Por eso estoy aquí. Vengo a avisarlo. En su finca anda suelto un salvaje, un verdadero demonio. Podría hacer pedazos a un tipo como yo. Me obligó a correr como en mi vida. No lleva nada que pueda llamarse ropa, se sube a los árboles como un mono y corre como un ciervo. Lo vi perseguir a un coyote y le aseguro que, cuando dejé de verlos, estaba a punto de atraparlo.

Dave se detuvo y esperó a ver qué efecto causaban sus palabras. Pero no ocurrió nada. James Ward conservaba la calma y mostraba una leve curiosidad.

—Extraordinario. Es algo extraordinario —murmuró—. Un salvaje, dice usted. ¿Por qué ha venido a contármelo?

—Para avisarle de que corre peligro. Soy un tipo bastante duro, pero no me gusta que muera nadie… al menos si no es necesario. Me di cuenta de que estaba usted en peligro y se me ocurrió avisarlo. Le prometo que solo se trata de eso. Por supuesto, si quiere darme algo por la molestia, lo aceptaré. Eso también lo había pensado. Pero no me importa si me da algo o no. Yo se lo he advertido igual y he cumplido con mi deber.

El señor Ward se quedó pensando mientras tamborileaba con los dedos sobre la superficie de su escritorio. Dave se fijó en que tenía unas manos grandes y fuertes, muy bien cuidadas, aunque de piel curtida por el sol. También se fijó en algo que había llamado antes su atención: un diminuto apósito del color de la carne que llevaba en la frente, sobre uno de los ojos. Pero la idea que intentaba abrirse paso en su mente continuaba resultando imposible de creer.

El señor Ward cogió la cartera del bolsillo de su chaqueta, sacó un billete y se lo pasó a Dave, quien al guárdalo vio que era de veinte dólares.

—Gracias —dijo el señor Ward, indicando que el encuentro había terminado—. Haré que investiguen el asunto. Un salvaje suelto por ahí es peligroso.

Pero el señor Ward se mostraba tan tranquilo que Dave recuperó el valor. Además, se le había ocurrido una nueva teoría. Sin duda, el salvaje era hermano del señor Ward, un loco recluido en secreto. Dave había oído contar casos parecidos. Tal vez el señor Ward deseaba que no se supiera. Por eso le había dado veinte dólares.

—Oiga —empezó a decir Dave—, ahora que lo pienso, ese salvaje se parecía mucho a usted…

Dave no logró decir nada más, porque presenció una transformación que lo dejó mirando a los mismos ojos azules, atrozmente feroces, de la noche anterior, a las mismas manos como garras y al mismo cuerpo formidable y a punto de saltar sobre él. Pero entonces no tenía su linterna para arrojársela y el otro lo agarró por los bíceps de ambos brazos con tanta fuerza que gimió de dolor. Vio surgir unos dientes grandes y blancos, como los de un perro a punto de morder. La barba del señor Ward le rozó el rostro cuando los dientes buscaron clavarse en su cuello. Pero no llegó a hacerlo. Dave sintió que el cuerpo del otro se ponía rígido, como si ejerciera un control férreo sobre él, y luego lo arrojó a un lado sin

esfuerzo, pero con semejante energía que solo la pared detuvo su impulso, por lo que cayó al suelo casi sin respiración.

—¿Qué pretende al venir aquí e intentar chantajearme? —rugió el señor Ward—. Vamos, devuélvame el dinero.

Dave le entregó el billete sin decir ni una palabra.

—Creí que traía buenas intenciones. Ahora ya sé cómo es. No quiero volver a verlo ni a saber nada de usted, o lo meteré en la cárcel, que es donde debería estar, ¿entendido?

—Sí, señor —jadeó Dave.

—Pues váyase.

Dave se marchó sin abrir la boca, con un dolor intolerable de bíceps debido a la fuerza con la que el otro lo había agarrado. En el momento en que posó la mano en el pomo de la puerta, el señor Ward habló:

—Ha tenido suerte —le dijo, y Dave vio que su rostro y sus ojos destilaban crueldad y se regodeaban con orgullo—. Ha tenido suerte. De haberlo querido, le habría arrancado los músculos de los brazos y los habría arrojado a la papelera.

—Sí, señor —contestó Dave y en su voz vibró una convicción absoluta.

Abrió la puerta y salió. El secretario lo miró con aire interrogativo.

—¡Rayos! —fue lo único que se dignó responder Dave.

Y con esa declaración, salió de la oficina y de este relato.

III

JAMES G. WARD tenía cuarenta años, éxito en los negocios y era muy infeliz. Durante cuarenta años había intentado resolver, en vano, un problema que en realidad era él mismo y que con el paso del tiempo se había convertido en una triste desgracia. En su interior había dos hombres y, cronológicamente hablando, a esos hombres los separaban varios miles de años. Había estudiado la cuestión de la doble personalidad probablemente con más profundidad que cualquiera de la media docena de destacados especialistas en tan misterioso e intrincado campo psicológico. Su caso se diferenciaba de todos los que se habían documentado hasta la fecha. Ni las más

descabelladas fantasías de los escritores de ficción podían ayudarlo. No era un Dr. Jekyll y Mr. Hyde, ni era como el desdichado joven de *El cuento más hermoso del mundo*, de Kipling. Sus dos personalidades estaban tan mezcladas que prácticamente siempre eran conscientes de sí mismas y cada una de la existencia de la otra.

Uno de sus yoes era un hombre de crianza y educación modernas que había vivido los últimos años del siglo XIX y buena parte de la primera década del XX. Su otro yo lo situaba como un salvaje y un bárbaro que subsistía bajo las condiciones primitivas de varios miles de años antes. Pero nunca sabía decir cuál de esos dos yoes era él y cuál era el otro. Porque era ambos y lo era siempre. En contadas ocasiones sucedía que uno de los yoes no supiera lo que hacía el otro. Sin embargo, no tenía recuerdos ni visiones del pasado en el que había habitado su yo más primitivo. Ese yo primitivo existía en el presente, aunque se veía impulsado a vivir la vida que habría llevado tantos miles de años antes.

De niño había supuesto un problema para sus padres y los médicos de la familia, a pesar de que nunca se habían siquiera acercado al motivo de su imprevisible comportamiento. Por eso no comprendían su excesiva somnolencia por las mañanas ni su excesiva actividad por las noches. Cuando lo encontraban deambulando por los pasillos en plena noche, subido a los tejados más altos o corriendo por las colinas decían que era sonámbulo. En realidad, estaba perfectamente despierto, aunque bajo el impulso que le llevaba a vagabundear de noche a su yo más primitivo. En una ocasión contó la verdad, al ser interrogado por un médico algo duro de mollera, y sufrió la ignominia de ver cómo descartaban su revelación y, con desprecio, la calificaban de «sueños».

El caso era que, al acercarse el crepúsculo y la noche, se desvelaba y se sentía más alerta. Las cuatro paredes de una habitación lo molestaban y lo reprimían. Oía miles de voces que susurraban en la oscuridad. La noche lo llamaba porque en esencia, durante ese período de las veinticuatro horas, era un merodeador nocturno. Nadie lo entendía y él no volvió a intentar explicarlo. Lo clasificaron como sonámbulo y tomaron medidas al respecto, precauciones que muy a menudo resultaban inútiles. Al ir creciendo, aumentó su astucia y logró pasar la mayor parte de la noche al aire libre, desarrollando su otro yo. Por eso se dormía por

la mañana. Resultaba imposible que fuese al colegio y estudiase durante ese período del día, y solo consiguieron que aprendiese por las tardes, bajo la tutela de profesores particulares. Así se educó y se desarrolló su yo moderno.

Pero siguió siendo un problema. Lo tenían por un diablillo dominado por la crueldad y la brutalidad. Los médicos de la familia decretaron que era una monstruosidad mental y un degenerado. Los pocos compañeros de su edad que conservaba lo consideraban un prodigio, aunque todos lo temían. Siempre les ganaba escalando, nadando, corriendo y haciendo travesuras y ninguno se atrevía a pelear con él. Era terriblemente fuerte y se enfurecía con demasiada violencia.

A los nueve años huyó a las colinas, donde se fortaleció y merodeó por las noches durante siete semanas, hasta que lo descubrieron y se lo llevaron a casa. Todos se asombraron de que hubiese logrado subsistir y mantenerse en buenas condiciones durante ese tiempo. No sabían, y él nunca lo contó, que había matado conejos, capturado y devorado codornices, saqueado los gallineros de varios granjeros y que se había preparado una guarida en una cueva, alfombrada con hojas y hierba seca, en la que durmió muy cómodo y sin pasar frío las mañanas de muchos días.

En la Universidad se hizo famoso por su somnolencia y su estupidez durante las clases de la mañana y por su genialidad en las de la tarde. Gracias a sus lecturas adicionales y a los apuntes prestados por sus compañeros consiguió aprobar por los pelos las asignaturas de la mañana y triunfar en las de la tarde. En fútbol americano era un gigante que inspiraba miedo, y se podía contar con él como ganador en casi todos los tipos de atletismo, a pesar de algunos arrebatos de ira incontrolables que a veces lo dominaban. Pero nadie quería boxear con él, ya que durante su último combate había clavado los dientes en el hombro de su adversario.

Tras la Universidad, su padre, desesperado, lo envió a vivir entre los vaqueros de un rancho de Wyoming. Tres meses después, esos hombres valientes confesaron que no podían con él y telegrafiaron al padre para que se llevara a aquel salvaje. Además, cuando el padre fue a buscarlo, los vaqueros admitieron que preferían mil veces relacionarse con una panda de caníbales violentos, locos incoherentes, gorilas juguetones, osos grizzly y tigres devoradores

de hombres que con aquel joven universitario peinado con raya al medio.

Había una excepción a la falta de memoria relativa a la vida llevada por su yo primitivo: el lenguaje. Por algún capricho atávico, conservaba en su memoria racial cierta parte del lenguaje de su yo primitivo. En los momentos de felicidad, exaltación o lucha era propenso a estallar en cantos bárbaros. De esa forma localizó en el tiempo y en el espacio a esa mitad perdida que en realidad debería llevar miles de años muerta. En una ocasión entonó deliberadamente varios de esos cánticos antiguos en presencia del profesor Wertz, que impartía anglosajón y que era un filólogo afamado y apasionado. Al oír el primero, el profesor prestó atención y quiso saber qué lengua híbrida era aquella. Cuando interpretó el segundo canto, el profesor se mostró muy entusiasmado. James Ward concluyó su actuación con un cántico que irresistiblemente salía de su boca cuando luchaba o peleaba como un salvaje. Entonces el profesor Wertz anunció que era alemán primitivo o teutón primitivo, de una época muy anterior a todo lo descubierto y transmitido por los especialistas. Tan primitivo era que lo sobrepasaba, aunque estaba repleto de fascinantes reminiscencias de construcción de vocablos que él conocía y que su cualificada intuición tenía por reales y auténticas. Quiso saber de dónde provenían esos cantos y pidió prestado el valioso libro que los contenía. Además, preguntó por qué el joven Ward se había hecho pasar por alguien profundamente ignorante de las lenguas germánicas. Ward no pudo explicar su ignorancia ni prestarle el libro. Por consiguiente, tras varias semanas de súplicas y ruegos, el profesor Wertz sintió antipatía hacia el joven, lo consideró un mentiroso y lo clasificó como alguien terriblemente egoísta por no permitirle ver ese texto maravilloso, más antiguo que el más antiguo que cualquier filólogo hubiese conocido o soñado jamás.

Pero de poco le sirvió a ese joven tan contradictorio saber que una de sus mitades era americana moderna y la otra teutona antigua. Sin embargo, el americano moderno que había en él no era un enclenque y fue él (si era un «él» y tenía la más mínima posibilidad de existir sin su otra mitad) quien forzó un ajuste o compromiso entre ese yo que era un salvaje merodeador nocturno y mantenía a su otra mitad somnolienta por las mañanas y ese otro yo

culto y refinado que deseaba ser normal y vivir, amar y entregarse a una profesión como el resto de la gente. Dedicaba las tardes enteras a uno y las noches al otro; las mañanas y parte de la noche las empleaba a dormir para los dos. Pero por las mañanas dormía en la cama como un hombre civilizado. Por la noche dormía como un animal salvaje, como hacía la noche que Dave Slotter tropezó con él en el bosque.

Persuadió a su padre para que le adelantase el capital y fundó un negocio que sacó adelante y convirtió en un gran éxito volcándose en él por las tardes, mientras su socio se encargaba de las mañanas. Dedicaba las últimas horas de la tarde a la vida social, pero al llegar las nueve o las diez se apoderaba de él una inquietud irresistible que lo obligaba a dejar de frecuentar a los seres humanos hasta la tarde siguiente. Sus amigos y conocidos pensaban que destinaba demasiado tiempo al deporte. Y tenían razón, aunque nunca habrían adivinado la naturaleza del deporte que practicaba, ni siquiera si lo hubiesen visto perseguir coyotes de noche en las colinas de Mill Valley. Tampoco nadie creía a los capitanes de goleta que afirmaban haber visto, en las mañanas más frías del invierno, a un hombre nadando entre el oleaje de Racoon Strait o las corrientes formadas entre la Isla de Yerba Buena y la Isla de los Ángeles, a varias millas náuticas de la costa.

Vivía en su bungaló de Mill Valley con la única compañía de Lee Sing, su cocinero chino y factótum, que sabía mucho de las rarezas de su señor y que recibía un buen sueldo a cambio de callar, por lo que nunca dijo nada al respecto. Tras la satisfacción de la noche, el sueño de la mañana y el desayuno preparado por Lee Sing, James Ward cruzaba la bahía hasta San Francisco en el ferry de mediodía y acudía a su club o al despacho, como cualquier hombre de negocios convencional de la ciudad. Pero a medida que la tarde se alargaba, la noche ejercía su domino sobre él. Todos sus sentidos se despertaban y se apoderaba de él la inquietud. Su capacidad auditiva mejoraba de repente y una miríada de ruidos nocturnos lo llamaba y lo atraía sin remedio. Si se encontraba a solas, empezaba a recorrer la estancia a grandes pasos, de un lado a otro, como un animal salvaje enjaulado.

En una ocasión se arriesgó a enamorarse. Nunca más se permitió semejante distracción. Tuvo miedo. Durante varios días la joven —

seguramente aterrorizada— soportó en brazos, hombros y muñecas varios cardenales como muestra de las caricias que él le había dedicado con total afecto y ternura, pero a una hora de la noche demasiado tardía. Ese fue su error. Si se hubiese limitado a cortejarla por la tarde, todo habría salido bien, porque se habría comportado como un caballero discreto y contenido, pero por la noche era el salvaje tosco y ladrón de mujeres de los oscuros bosques germánicos. Su sentido común le dijo que, si limitaba el cortejo a las tardes, podría tener éxito; pero ese mismo sentido común lo convenció de que el matrimonio sería un tremendo fracaso. Le horrorizaba pensar en casarse y encontrarse con su esposa después de anochecer.

Así que rehuyó todo cortejo, reguló su doble vida, ganó un millón limpio con sus negocios, evitó a las madres casamenteras y a las jóvenes de mirada ávida y luminosa, conoció a Lilian Gersdale y se obligó a no verla jamás después de las ocho de la tarde, persiguió coyotes por las noches y durmió en sus guaridas del bosque. Durante todo ese tiempo había logrado guardar su secreto, exceptuando a Lee Sing… Y ahora, a Dave Slotter. Le aterrorizaba el hecho de que este hubiese descubierto la existencia de sus dos yoes. A pesar del susto que le había metido al ladrón, era posible que acabase por hablar. Y aunque no lo hiciera, antes o después alguien más podría descubrirlo.

Así que James Ward realizó un nuevo y heroico esfuerzo por controlar al bárbaro teutónico que había en él. Tanto se preocupó de ver a Lilian solo por las tardes que llegó el momento en que ella lo aceptó en lo bueno y en lo malo, y en el que él rezó, en privado y con fervor, para que no fuese en lo malo. Durante esa época ningún boxeador profesional se entrenó con mayor severidad y entusiasmo que él, dispuesto a doblegar al salvaje que llevaba dentro. Entre otras cosas, se esforzó por agotarse durante el día para que el sueño lo dejase sordo a la llamada de la noche. Se tomó unas vacaciones y las dedicó a largas cacerías, durante las que siguió a los ciervos por los lugares más inaccesibles y abruptos que pudo hallar… siempre de día. La noche lo encontraba bajo techo y agotado. En casa instaló una veintena de máquinas para hacer ejercicio y repetía cientos de veces movimientos que otros hombres hacían solo diez. Además, como solución intermedia, construyó un porche para dormir en la

segunda planta. Allí, al menos respiraba el bendito aire nocturno. Unas barreras dobles impedían que se escapase al bosque y todas las noches Lee Sing lo encerraba bajo llave para volver a soltarlo por la mañana.

En el mes de agosto contrató servicio adicional para ayudar a Lee Sing y se atrevió a dar una fiesta en su bungaló de Mill Valley. Los invitados eran Lilian, su madre y su hermano, y media docena de amigos comunes. Todo fue bien durante dos días y dos noches. La tercera noche, jugando al bridge hasta las once, se sentía justamente orgulloso de sí mismo. Ocultaba con éxito su inquietud, pero el azar dispuso que Lilian Gersdale fuese su oponente y ocupase un lugar a su derecha. Se trababa de una mujer frágil y delicada y, en su estado de ánimo nocturno, esa fragilidad lo enfurecía. No porque la amase menos, sino porque se sentía casi irresistiblemente impelido a darle un zarpazo y herirla. En especial cuando se concentraba en jugar una mano ganadora contra él.

Mandó que le llevasen a uno de sus lebreles escoceses y, cuando parecía que la tensión lo iba a hacer estallar en pedazos, la aliviaba posando la mano sobre el animal y acariciándolo. El contacto con su pelaje lo tranquilizaba al instante y le permitía continuar jugando. Nadie imaginó la terrible lucha que libraba su anfitrión mientras reía de forma tan natural y jugaba entusiasmado, sin prisa.

Cuando dio las buenas noches a Lilian, se ocupó de que hubiese más gente presente. Ya en el porche en el que dormía y encerrado bajo llave, dobló, triplicó y cuadruplicó los ejercicios hasta que, exhausto, se dejó caer sobre el sofá, en busca del sueño y de la solución a dos problemas que le preocupaban especialmente. Uno era el ejercicio físico. Parecía una paradoja. Cuanto más se ejercitaba en exceso, más fuerte se volvía. Aunque era verdad que así agotaba a su yo teutónico y merodeador nocturno, pensaba que solo estaba retrasando el día aciago en el que su fuerza resultaría desmesurada para él y lo superaría; hasta el momento esa fuerza sería mucho más terrible de lo que había sido hasta entonces. El otro problema era el de su matrimonio y las estratagemas que iba a tener que emplear para evitar a su esposa después de oscurecer. Se durmió mientras reflexionaba, en vano, al respecto.

La procedencia del enorme oso grizzly que apareció esa noche fue un misterio durante mucho tiempo, mientras que los miembros

del Circo Springs Brothers —que representaba su espectáculo en Sausalito— buscaron sin resultado y durante mucho tiempo a «*Big Ben*, el grizzly más grande en cautividad». *Big Ben* se había escapado y, de entre el laberinto de bungalós y propiedades rurales, escogió visitar los terrenos de James J. Ward. El señor Ward fue consciente cuando se encontró en pie de repente, tembloroso y tenso, con la imperiosa necesidad de luchar en el pecho y en los labios el viejo canto de guerra. Del exterior llegaban los furiosos aullidos y ladridos de los perros. En medio de aquel caos, reconoció, cortante como un cuchillo, la agonía de un perro herido. Era uno de los suyos.

Sin ponerse las zapatillas y en pijama, reventó la puerta que Lee Sing había cerrado con llave, corrió escaleras abajo y salió a la oscuridad de la noche. En cuanto sus pies descalzos pisaron el camino de grava, se detuvo de repente, buscó bajo los peldaños un escondite que conocía muy bien y de él sacó un garrote enorme de madera nudosa, su viejo compañero en muchas aventuras de noches rabiosas en las colinas. El frenético alboroto de los perros se acercaba y, mientras balanceaba el garrote, saltó hacia los matorrales para enfrentarse a él.

Los que ocupaban la casa, ya despiertos, se reunieron en la ancha galería. Alguien encendió la luz eléctrica, pero solo lograron ver sus propios rostros asustados. Más allá del camino de entrada, vivamente iluminado, los árboles formaban un muro impenetrable de oscuridad. Sin embargo, en algún punto de esa negrura tenía lugar una lucha espantosa. Se oía el alboroto infernal de los animales, una gran cantidad de gruñidos y rugidos, el ruido de los golpes al caer y el de la maleza al crujir y romperse bajo unos cuerpos muy pesados.

La pelea avanzó desde el interior del bosque hasta el camino de entrada, justo bajo los curiosos. Entonces oyeron gritar a la señora Gersdale y la vieron agarrase a su hijo antes de desmayarse. Lilian, aferrada a la barandilla con tanta fuerza que tuvo las yemas de los dedos magulladas durante varios días, miraba atenazada por el horror a un gigante de cabello amarillo y ojos salvajes al que reconoció como el hombre que iba a ser su esposo. Balanceaba un garrote enorme y luchaba ferozmente, sin perder la calma, contra un monstruo peludo más grande que cualquier oso de los que ella

hubiese visto jamás. Un arañazo de las garras de la bestia había arrancado la chaqueta del pijama de Ward y bañado su carne de sangre.

Aunque la mayor parte del miedo que sentía Lilian Gersdale era por el hombre al que amaba, en buena medida también era por el hombre en sí. Jamás había soñado la joven que un salvaje tan magnífico y formidable se ocultara bajo la camisa almidonada y el convencional atuendo de su prometido. Y no tenía ni idea de cómo luchaba un hombre. Pero aquella no era una lucha moderna, ni tenía ante sus ojos a un hombre moderno, aunque eso ella no lo supiera. Porque aquel no era James J. Ward, el empresario de San Francisco, sino un desconocido sin nombre, una criatura salvaje, ordinaria y primitiva que, por algún capricho del azar, volvía a vivir tras muchos miles de años.

Los perros, sin dejar de alborotar como locos, rodeaban a los contendientes y a veces embestían desde distintos puntos para distraer al oso. Cuando el animal se giraba para atender a esas agresiones por los flancos, el hombre atacaba y usaba el garrote. Más enfadado tras cada uno de esos golpes, el oso acometía y el hombre, apartándose de un salto y esquivando a los perros, retrocedía o se movía en círculo. Entonces los perros aprovechaban el hueco y volvían a atacar para atraer la ira del animal hacia ellos.

El final llegó de repente. Al girarse, el oso hizo blanco en uno de los perros con un golpe amplio y demoledor que envió al pobre bicho por los aires, con las costillas hundidas y el lomo roto, para caer a seis metros de distancia. Entonces el animal humano enloqueció. Una ira incontrolable lo dominó y un grito inarticulado salió de su boca, se abalanzó hacia el grizzly, balanceó el garrote salvajemente con ambas manos y lo dejó caer sobre la cabeza del oso. Ni siquiera el cráneo de un grizzly podría soportar la fuerza aplastante de semejante golpe, y el animal cayó para alegría de los perros, entre cuyos correteos el hombre saltó sobre el oso y, bajo el resplandor de la luz eléctrica, apoyado en el garrote, cantó su triunfo en una lengua desconocida. Era una canción tan antigua que el profesor Wertz habría dado diez años de su vida por ella.

Los invitados corrieron a felicitarlo y aclamarlo, pero James Ward, que de repente miraba a través de los ojos del teutón primitivo, vio a la frágil y hermosa joven del siglo XX a la que

amaba y sintió que algo se rompía en su cerebro. Se dirigió hacia ella tambaleándose débilmente, dejó caer el garrote y estuvo a punto de desmayarse. Algo le había ocurrido. En su mente sentía una agonía insoportable. Era como si su alma se hubiese partido en dos y una de las partes hubiese huido. Para seguir la dirección de los ojos entusiasmados de los otros, miró hacia atrás y vio el cadáver del oso. La imagen lo llenó de pavor. Gritó y habría salido corriendo si no lo hubiesen contenido y guiado al interior del bungaló.

JAMES J. WARD sigue dirigiendo Ward, Knowles & Co. Pero ya no vive en el campo ni corre tras los coyotes a la luz de la luna. El teutón primitivo que había en él murió la noche de la pelea con el oso en Mill Valley. James J. Ward ahora es solo James J. Ward y no comparte su cuerpo con ningún anacronismo vagabundo del mundo primigenio. Tan totalmente moderno es James J. Ward que conoce en su más amarga intensidad la maldición del miedo civilizado. Ahora teme a la oscuridad y pensar en pasar una noche en el bosque provoca en él el mayor de los terrores. Su casa de la ciudad está siempre impecable y él muestra gran interés en cualquier dispositivo que sirva para evitar robos. Su hogar es una maraña de cableado eléctrico y durante la noche cualquier invitado encuentra casi imposible respirar sin hacer saltar alguna alarma. Además, consiguió que inventaran para él una cerradura sin llave, de combinación, que los viajeros pueden llevar en el bolsillo de su chaleco y utilizar de inmediato y sin fallos en cualquier situación. Pero su esposa no lo tiene por cobarde. Lo conoce bien. Y, como cualquier héroe, él se contenta con dormirse en los laureles. Los amigos que están al tanto del episodio de Mill Valley jamás cuestionan su valentía.

[1910]

Chantaje alado

PETER WINN, con los ojos cerrados, se hallaba cómodamente reclinado en un sillón de la

biblioteca, concentrado en un plan de campaña que en un futuro próximo le serviría para poner en guardia a cierta camarilla de financieros hostiles. La idea central se le había ocurrido la noche anterior y ahora se deleitaba proyectando los detalles más indirectos y secundarios. Si obtenía el control de cierto banco del interior, dos almacenes y varios campamentos madereros podría llegar a dominar cierta línea férrea pequeña y sin importancia, cuyo nombre no daremos, pero que en sus manos sena clave en un proyecto mucho más amplio que supondría casi más kilómetros de líneas principales que remaches había en la línea pequeña y sin importancia. Era tan sencillo que había estado a punto de reírse en voz alta cuando se le ocultó. No le extrañaba que sus astutos enemigos de siempre lo hubiesen dejado pasar.

Se abrió la puerta de la biblioteca y entró un hombre de mediana edad, delgado y con gafas. En las manos llevaba un sobre y una carta abierta. Era el secretario de Peter Winn y una de sus tareas consistía en descartar, ordenar y clasificar el correo de su jefe.

—Esta carta ha llegado en el correo de la mañana —dijo en tono de disculpa, con un atisbo de risita nerviosa—. No creo que sea nada, pero me ha parecido que le gustaría verla.

—Léala —ordenó Peter Winn sin abrir los ojos.

El secretario se aclaró la garganta.

—Está fechada el diecisiete de julio, pero no trae dirección. El matasellos es de San Francisco. Está plagada de faltas y mal redactada. Dice así: «Sr. Peter Winn: Señor: le envío con respeto y con urgencia una paloma que vale lo suyo. Es una ricura…

—¿Qué es una ricura? —interrumpió Peter Winn.

El secretario dejó escapar una risita nerviosa.

—Le aseguro que no lo sé, pero debe tratarse de una forma de adjetivar algo bueno. La carta continúa así: «Por favor, flétela con un par de billetes de mil dólares y suéltela. Si lo hace nunca le molestaré más. Si no lo hace se arrepentirá». Eso es todo. Está sin firmar. Pensé que le parecería divertido.

—¿Ha llegado la paloma? —preguntó Peter Winn.

—No se me ha ocurrido preguntar.

—Pues hágalo.

A los cinco minutos el secretario estaba de vuelta.

—Sí, señor. Llegó esta mañana.

—Tráigamela.

El secretario era partidario de tomarse aquel asunto como una broma, pero Peter Winn, tras examinar atentamente al ave, no estuvo de acuerdo.

—Mírela —dijo, mientras la acariciaba y la manipulaba—. Fíjese en el largo del cuerpo y del cuello. Es una mensajera auténtica. Creo que nunca he visto un ejemplar mejor que este. De músculos fuertes y alas potentes. Como nuestro amigo anónimo de la carta ha dicho, es una ricura. Estoy tentado a quedármela.

El secretario dejó escapar una de sus risitas.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que no permitirá que vuelva junto a quien escribió la carta.

Peter Winn negó con la cabeza.

—Pienso responder. Nadie puede amenazarme, aunque sea de forma anónima o estúpida.

Cogió una hoja de papel, escribió un sucinto mensaje: «Váyase al infierno», lo firmó y lo depositó en el equipo de transporte que el ave llevaba adjunto.

—Ahora suéltela. ¿Dónde está mi hijo? Me gustaría que la viese volar.

—Abajo, en el taller. Anoche durmió allí y esta mañana ha pedido que le enviasen el desayuno.

—Acabará rompiéndose el cuello —comentó Peter Wynn, entre enfadado y orgulloso, mientras se dirigía al porche.

De pie en la parte alta de la ancha escalinata, lanzó a la hermosa criatura hacia arriba y hacia fuera. Con un rápido movimiento de alas, la paloma se estabilizó, revoloteó indecisa durante unos segundos y luego se elevó en el aire.

Ya en altura volvió a mostrar indecisión, pero enseguida se orientó y puso rumbo al este, por encima de los robles que salpicaban el terreno, similar a un parque.

—Preciosa, preciosa —murmuró Peter Winn—. Casi desearía que volviera.

Pero Peter Winn era un hombre muy ocupado, con tantos planes en la cabeza y tantas riendas en las manos que enseguida olvidó el incidente. Tres noches después, el ala izquierda de su casa de campo voló por los aires. No fue una explosión excesivamente

fuerte y no hubo heridos, pero el ala quedó destruida. Entre otras cosas, la mayor parte de las ventanas del resto de la casa quedaron afectadas. En el primer ferry procedente de San Francisco llegaron media docena de policías y varias horas después el secretario, muy nervioso, abordó a Peter Winn.

—¡Ha venido! —dijo el secretario con un grito ahogado, la frente cubierta de sudor y los ojos abiertos como platos.

—¿Quién ha venido? —preguntó Peter.

—¡La ricura! ¡La paloma!

Entonces, el financiero lo comprendió todo.

—¿Ha mirado ya el correo?

—Estaba haciéndolo, señor.

—Pues continúe, a ver si encuentra otra carta de nuestro amigo misterioso, el criador de palomas.

La carta apareció. Decía:

> «Señor Peter Winn:
>
> Ilustre señor: No sea idiota. Si hubiese cumplido, su choza no habría volado por los aires. Le informo con todo respeto y le envío a la misma paloma. Cuídela bien, gracias. Cárguela con cinco billetes de mil dólares y suéltela. No le dé de comer. No intente seguirla. Ya conoce el camino y le llevará menos tiempo. Si no cumple, ándese con ojo».

Peter Winn se enfadó mucho. Esta vez no redactó un mensaje para la paloma. Lo que hizo fue llamar a los policías y, siguiendo su consejo, añadió peso a la paloma. Como anteriormente había volado hacia el este, rumbo a la bahía, encargaron a la motora más veloz de Tiburón que se ocupase de perseguirla si volaba sobre las aguas.

Pero el peso que habían añadido a la mensajera resultó excesivo y el ave acabó exhausta antes de alcanzar la costa. Luego cometieron el error de añadirle poco peso, por lo que se elevó en el aire, se orientó y puso rumbo al este, cruzando la bahía de San Francisco. Voló por encima de la Isla de los Ángeles y allí la perdió la motora, porque se vio obligada a rodear la isla.

Esa noche, un grupo de guardias armados patrullaron la propiedad. Pero no se produjo explosión alguna. Sin embargo, a primera hora de la mañana Peter Winn recibió una llamada

telefónica y supo que la casa de su hermana, en Alameda, había ardido hasta los cimientos. Dos días después regresó la paloma, esta vez enviada por flete en lo que parecía un tonel de patatas. También llegó otra carta:

> Señor Peter Winn:
>
> Respetable señor: me encargué yo de la casa de su hermana. La ha armado buena. Ahora envíe diez mil. Esto sube cada vez. Y no cargue a la paloma con más peso. No va a poder seguirla y eso es crueldad contra los animales.

Peter Winn estaba dispuesto a rendirse. Los policías no podían hacer nada y Peter no sabía dónde podría atacar ese hombre la próxima vez. Quizá corriesen peligro las vidas de sus seres más queridos. Incluso telefoneó a San Francisco para pedir diez mil dólares en billetes grandes. Sin embargo, Peter tenía un hijo, también llamado Peter Winn, con la misma mandíbula fuerte y cuadrada, y la misma determinación amenazante en la mirada. Solo contaba veintiséis años, pero era un hombre hecho y derecho que hacía las delicias del padre y lo aterraba a partes iguales, pues lo obligaba a alternar entre el orgullo que sentía por las hazañas del hijo en su aeroplano y el miedo a que sus aventuras acabasen mal y de forma definitiva.

—Espera, padre, no envíes el dinero —dijo Peter Winn hijo—. El número ocho está preparado y sé que por fin he perfeccionado el dispositivo para tomar rizos. Funcionará y revolucionará la aviación. Se necesitan dos cosas: velocidad y superficies sustentadoras para despegar y lograr altitud. Ya tengo ambas cosas. En cuanto asciendo, tomo rizos. Ese es el truco. Cuanto menor sea la superficie sustentadora, mayor será la velocidad. Esa es la ley que descubrió Langley. Y yo la he aplicado. Puedo ascender cuando el aire está en calma, incluso aunque pierda sustentación, y también cuando sopla el viento y, gracias al control de las superficies del aeroplano, puedo alcanzar casi cualquier velocidad que desee, sobre todo con el nuevo motor Sangster-Endholm.

—Un día de estos acabarás rompiéndote el cuello —fue el alentador comentario del padre.

—Papá, lo que acabaré consiguiendo será volar a ciento

cincuenta kilómetros por hora. Sí, y a más. ¡Escucha! Iba a probarlo mañana, pero no tardaré ni dos horas en prepararlo para hoy. Lo tendré listo a primera hora de la tarde. Guarda el dinero. Dame la paloma y la seguiré hasta su palomar, esté donde esté. Espera, voy a hablar con los mecánicos.

Llamó al taller y dio órdenes con frases secas y concisas, de una forma que llegó al corazón del padre. Sin duda, su único hijo salía a él. De tal palo, tal astilla y Peter Winn no dudaba del valor intrínseco del palo.

Dos horas después, sin un minuto de retraso, el joven estaba listo para volar. Sujeta a la cadera llevaba una funda en la que, amartillada y con el seguro puesto, guardaba una pistola automática de gran calibre, lista para ser usada al instante. Tras una inspección final, ocupó su puesto en el interior del aeroplano. Puso en marcha el motor y, entre fuertes ronroneos, la hermosa estructura corrió por la pista de despegue y remontó el vuelo. Mientras ascendía iba girando hacia el oeste, probando varios tipos de maniobras a la espera de que diese comienzo la carrera.

Eso dependía de la paloma, a la que Peter Winn sujetaba. Esta vez no le había añadido peso alguno, aunque llevaba medio metro de lazo de colores firmemente atado a una pata, para que seguirla resultase más sencillo. Peter Winn la soltó y el ave ascendió sin dificultad, a pesar del lazo. En sus movimientos no había indecisión. Era la tercera vez que realizaba ese viaje y sabía el curso a seguir.

A varias decenas de metros de altitud, enderezó el rumbo y se dirigió al este. El aeroplano giró para seguirla: la carrera comenzaba. Peter Winn alzó la vista y comprobó que la paloma dejaba atrás al aparato. Pero enseguida vio algo más: de repente y al instante, el aeroplano se hizo más pequeño. Había tomado rizos. Ahora se apreciaba su diseño de alta velocidad. En lugar de la generosa envergadura con la que había despegado, ahora era un monoplano esbelto y parecido a un halcón, que se mantenía en equilibrio gracias a unas alas largas y muy delgadas.

Cuando el joven Winn tomó rizos de forma tan repentina, se llevó una sorpresa. Era la primera vez que probaba su nuevo dispositivo y, aunque estaba preparado para que aumentase la velocidad, no lo estaba para que el aumento fuese tan impresionante. Era mejor de lo que había soñado y, sin tener

tiempo a reaccionar, se encontró encima de la paloma. Esa pequeña criatura, asustada por aquel halcón, el más grande que había visto jamás, se lanzó hacia arriba de inmediato, como hacen las palomas cuando se esfuerzan por volar más alto que el halcón que las persigue.

Realizando amplias curvas, el aeroplano ascendió tras ella, cada vez más arriba. Desde abajo resultaba difícil ver a la paloma y el joven Winn no se atrevía a perderla de vista. Incluso soltó los rizos para elevarse más rápidamente. Continuaron subiendo, hasta que la paloma, siguiendo su instinto, se dejó caer y golpeó lo que, según creía, era el lomo de su enemigo. Le bastó con hacerlo una vez porque, al no encontrar vida en la suave superficie de tela del aparato, dejó de subir y enderezó el rumbo hacia el este.

Una paloma mensajera siguiendo una ruta que ya conoce puede volar a gran velocidad y Winn volvió a tomar rizos. Para su satisfacción, de nuevo descubrió que avanzaba más que la paloma. Pero enseguida soltó una parte de los rizos que recogían su superficie sustentadora y aminoró a tiempo. Supo que desde ese momento podría seguirla sin problemas y de sus labios surgió una cantinela que, sin darse cuenta, repitió a intervalos durante todo el viaje. Decía: «Vamos bien. Vamos bien, ¿no lo había dicho yo?».

Sin embargo, no todo fue tan sencillo. El aire es un medio inestable y, sin la más mínima advertencia, en un ángulo agudo, se adentró en una marea de aire que reconoció como la corriente aérea del golfo que cruzaba el turbulento estrecho Golden Gate. Su ala derecha lo sintió primero: una bocanada repentina y fuerte que elevó e inclinó el aeroplano y amenazó con volcarlo. Pero disponía de un freno flexible y rápidamente, aunque sin excederse, movió los ángulos de los extremos de las alas, bajó el timón horizontal delantero y giró el timón vertical trasero para enfrentarse a la oscilante estocada del viento. Cuando el aparato recuperó la normalidad y supo que ya se había adentrado por completo en la corriente invisible, reajustó los extremos de las alas, volvió los timones a su posición anterior, tomó rizos en unos pocos metros más de superficie y salió embalado tras la paloma, que se había alejado rápidamente durante los pocos minutos que había durado su desconcierto.

La paloma se dirigía en línea recta hacia la costa del condado de

Alameda y precisamente cerca de esa costa a Winn le tocó vivir otra experiencia curiosa. Perdió sustentación. En vuelos anteriores ya había perdido sustentación, pero nunca había caído tanto como entonces. Con los ojos fijos en el lazo atado a la paloma, calculó su caída gracias a ese pedazo de color. Continuó descendiendo; en la boca del estómago esa sensación de ansiedad que había sentido de niño la primera vez que subió a un ascensor de arranque rápido. Pero Winn, entre otros secretos de la aviación, había aprendido que para ascender a veces era necesario descender primero. El aire se negaba a sustentarlo. En lugar de luchar en vano y peligrosamente contra esa falta de sustentación, se rindió a ella. Concentrado y con el pulso firme, bajó el timón horizontal delantero —un tanto imprudentemente, pero solo lo necesario— y el monoplano se lanzó en picado al vacío. Caía como la hoja afilada de un cuchillo. A cada segundo la velocidad aceleraba terriblemente. Así acumulaba el impulso que lo salvaría. Fueron necesarios pocos segundos porque, de repente, cambió el sentido de los timones horizontales dobles, delantero y trasero, y el tenso y esforzado aeroplano salió embalado hacia arriba y recuperó la sustentación.

A una altitud de ciento cincuenta metros, la paloma cruzó la ciudad de Berkeley y continuó volando hacia los montes de Contra Costa. El joven Winn observó el campus y los edificios de la Universidad de California —la suya— mientras ascendía en pos de la paloma.

Una vez más, en los Montes de Contra Costa, estuvo a punto de fracasar. La paloma volaba bajo y, en un punto donde un eucaliptal formaba una fachada sólida contra el viento, el ave salió revoloteando de repente hacia arriba durante treinta metros. Winn sabía lo que eso significaba. Se había visto atrapada en una corriente aérea que ascendía decenas de metros donde el viento fresco del oeste golpeaba el muro formado por el eucaliptal. Tomó rizos al máximo y al mismo tiempo hizo descender su ángulo de vuelo para enfrentarse a la corriente ascendente. Sin embargo, el monoplano se vio lanzado casi cien metros hacia arriba antes de poder dejar atrás el peligro.

La paloma cruzó dos cordilleras más y luego Winn vio que descendía hacia un claro entre colinas en el que había una cabaña pequeña. Bendijo la presencia de ese claro. No solo le serviría para

posarse en él, sino que además, debido a lo empinado de la ladera, era lo que necesitaba para volver a despegar.

Un hombre que leía el periódico se acababa de poner en pie al ver llegar a la paloma cuando oyó el ronroneo del motor de Winn y vio el enorme monoplano, con todas las superficies desplegadas, descender hacia él, detenerse de repente sobre un colchón de aire creado en el momento al mover los timones horizontales, planear unos metros, tocar el suelo y detenerse muy cerca de donde se encontraba. Pero cuando vio que un joven permanecía sentado y tranquilo en el interior del aeroplano y lo apuntaba con una pistola, se dio la vuelta y echó a correr. Antes de que pudiera ocultarse tras la cabaña, una bala le atravesó la pierna y lo derribó.

—¿Qué quiere? —preguntó, hosco, mientras el otro permanecía en pie a su lado.

—Llevarle a dar una vuelta en mi nuevo aparato —respondió Winn—. Créame, es una ricura.

El hombre no discutió durante mucho tiempo porque su extraño visitante resultó muy convincente. Siguiendo las instrucciones de Winn, siempre ayudado por la pistola, el hombre improvisó un torniquete en la pierna herida. Winn lo ayudó a subir al aparato, luego se dirigió al palomar y tomó posesión del ave, que aún llevaba el lazo atado a la pata.

El hombre demostró ser un prisionero muy dócil. De nuevo en el aire, permaneció pegado a él, muerto de miedo. Aunque era experto en el chantaje alado, no tenía aptitudes para volar y cuando se vio a tanta altura sobre la tierra y el agua no se sintió empujado a atacar a su captor, al que ya no protegía la pistola porque utilizaba ambas manos para volar.

Lo único que deseaba aquel hombre era sentarse lo más cerca posible del piloto.

PETER WINN PADRE escudriñaba el cielo con unos prismáticos cuando vio surgir al monoplano sobre la escarpada superficie de la Isla de los Ángeles y hacerse cada vez más grande. Varios minutos después, al comprobar que el aparato llevaba un pasajero, avisó a los policías. El aeroplano descendió, acumuló un colchón de aire y aterrizó.

—¡El dispositivo para tomar rizos es una maravilla! —gritó el

joven Winn mientras se apeaba—. ¿Me viste al principio? Estuve a punto de adelantar a la paloma. ¡Vamos, bien, papá! ¡Vamos bien! ¿No te lo había dicho? ¡Vamos bien!

—Pero ¿quién es ese que te acompaña? —preguntó el padre.

El joven miró a su prisionero, del que se había olvidado.

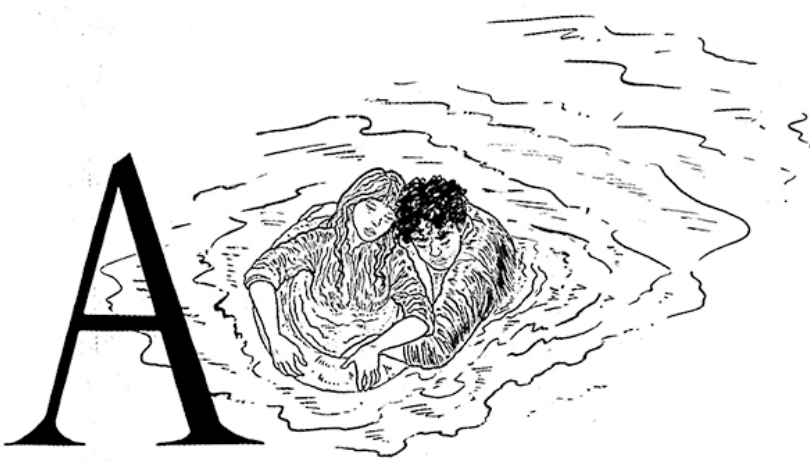
—Ah, es el criador de palomas —respondió—. Supongo que los policías se harán cargo de él.

Peter Winn estrechó la mano de su hijo en silencio y acarició a la paloma que el joven le había entregado. Al rato volvió a acariciarla y luego habló.

—Prueba A de la acusación —dijo.

[1910]

A puñetazos



A BORDO DEL VELERO *SAMOSET* se realizaban los preparativos para celebrar la Navidad. Hacía meses que no atracaban en un puerto civilizado y entre las reservas de provisiones quedaban pocas exquisiteces, pero Minnie Duncan había conseguido elaborar un buen festín para la cabina y el castillo de proa.

—Escucha, Boyd —le dijo a su marido—, estos son los mentís. Para la cabina, bonito crudo al estilo nativo, sopa de tortuga, tortilla a la *Samoset*…

—¿Qué rayos es eso? —interrumpió Boyd Duncan.

—Pues, para que lo sepas, encontré una lata de champiñones y

un paquete de huevo en polvo que se habían caído por detrás de un armario. Además, tengo otros ingredientes que pienso añadir. Pero no me interrumpas. Ñame cocido, taro frito, ensalada de aguacate… vaya, ya me he liado. También encontré un delicioso medio kilo de pulpo desecado. Habrá alubias con tomate a la mexicana, si consigo que Toyama comprenda la receta, además de papaya asada con miel de las Marquesas y, por último, un pastel maravilloso cuyo secreto Toyama se niega a divulgar.

—Me pregunto si será posible preparar ponche o algún cóctel con ron del malo —murmuró Duncan en tono abatido.

—¡Oh, lo había olvidado! Ven conmigo.

La mujer tomó su mano y lo hizo cruzar la pequeña puerta que daba a su diminuto camarote individual. Sin soltarlo, rebuscó en las profundidades de una sombrerera y sacó una botella de champán.

—¡La cena está completa! —exclamó él.

—Espera.

Volvió a rebuscar y fue recompensada con una petaca de whisky montada en plata. La sostuvo frente a la luz que entraba por un portillo y así pudieron ver que aún guardaba un cuarto de licor.

—Hace semanas que lo reservo —explicó ella—. Hay suficiente para ti y para el capitán Dettmar.

—Dos copitas —se quejó Duncan.

—Habría tenido más, pero le di un trago a Lorenzo cuando se puso enfermo.

—Podías haberle dado ron —gruñó Duncan en tono de guasa.

—¡Ese licor repugnante! ¡Para un enfermo! No seas avaricioso, Boyd. Y me alegro de que no haya más, por el bien del capitán Dettmar. Cuando bebe siempre se vuelve irascible. Ahora, la comida de la tripulación: galletas de soda, pan dulce, caramelo de…

—Todo muy sustancioso.

—Cállate. Arroz y curry, ñame, taro y bonito, por supuesto, un gran pastel que está haciendo Toyama, cochinillo…

—¡Oh, no hay derecho! —protestó el marido.

—Tranquilo, Boyd. Dentro de tres días llegaremos a Attu-Attu. Y el cochinillo es mío. Ese anciano jefe, comoquiera que se llamase, me lo regaló a mí. Tú mismo lo viste. Además, dos latas de carne. Esa será su comida. Y ahora, los regalos. ¿Esperamos a mañana o se los damos esta tarde?

—Tiene que ser en Nochebuena —opinó el hombre—. Los reuniremos a todos a las ocho campanadas. Les daré un dedo de ron y luego tú les entregas los regalos. Vamos a cubierta. Esto es sofocante. Espero que Lorenzo tenga suerte con la dinamo porque sin los ventiladores no dormiremos demasiado esta noche, si nos vemos obligados a permanecer abajo.

Cruzaron la pequeña cabina principal, ascendieron una empinada escalera y salieron a cubierta. El sol empezaba a ponerse y prometía una despejada noche tropical. El *Samoset*, con las velas mayor y trinquete desplegadas, se deslizaba indolente a una velocidad de cuatro nudos sobre el mar en calma. A través de la lumbrera de la sala de máquinas percibieron un martilleo. Avanzaron hacia popa, donde el capitán Dettmar, con un pie en la barandilla, engrasaba el engranaje de la corredera mecánica. Al timón se hallaba un nativo de los mares del Sur, muy alto y ataviado con una camiseta blanca y un taparrabos escarlata.

Boyd Duncan era un extravagante. Al menos eso opinaban sus amigos. Dueño de una fortuna considerable, sin necesidad de hacer otra cosa que vivir cómodamente, prefería viajar alrededor del mundo de una forma estrafalaria y muy incómoda. Además, tenía sus ideas acerca de los arrecifes de coral, no estaba en absoluto de acuerdo con Darwin en ese aspecto, había expresado su opinión en varias monografías y un libro y ahora volvía a dedicarse a su pasatiempo preferido: surcar los mares del Sur en un pequeño velero de treinta toneladas para estudiar las formaciones coralinas.

A su esposa, Minnie Duncan, también la tenían por extravagante, ya que compartía encantada los vagabundeos del marido. Entre otras cosas, durante los seis apasionantes años que llevaban casados, había ascendido el volcán Chimborazo con él, realizado un viaje por Alaska de casi cinco mil kilómetros en invierno, con perros y trineos, montado a caballo desde Canadá hasta México, surcado el Mediterráneo en una embarcación de diez toneladas y cruzado en canoa el corazón de Europa, desde Alemania hasta el Mar Negro. Formaban una magnífica pareja de apasionados por el viaje; él, grande y de hombros cuadrados; ella, pequeña, morena y feliz, cuyos cincuenta kilos de peso eran puro aguante y valor y, a pesar de todo, gratos a la vista.

El *Samoset* había sido una goleta mercante antes de que Duncan

lo adquiriese en San Francisco y lo reformase. Había reconstruido por completo su interior y convertido la bodega en cabina principal y camarotes individuales, además de instalar, desde la crujía hacia popa, motores, una dinamo, una máquina de hielo, acumuladores y, más a popa, tanques de gasolina. Necesitaba una pequeña tripulación. Boyd, Minnie y el capitán Dettmar eran los únicos blancos a bordo, aunque Lorenzo, el pequeño y grasiento maquinista, afirmaba tener parte de blanco porque era mestizo portugués. El cocinero era japonés y el grumete, chino. La tripulación de cubierta original había estado compuesta por cuatro blancos, pero uno a uno habían sucumbido a los encantos de las tranquilas islas de los mares del Sur, por lo que fueron reemplazados por nativos. Uno procedía de la Isla de Pascua, otro de las Carolinas, un tercero de las Paumotu y el cuarto era un samoano gigantesco. Mientras navegaban, Boyd Duncan, que era oficial de derrota, compartía la guardia con el capitán Dettmar y ambos ocupaban a veces el timón o la cofa para el vigía. En caso de apuro, incluso Minnie podía ocuparse del timón y entonces demostraba que era más fiable que los nativos.

A las ocho campanadas toda la tripulación se reunió junto al timón y Boyd Duncan se presentó con una botella negra y una taza. Sirvió él mismo el ron, media taza para cada hombre. Se lo bebieron de un trago entre expresiones faciales de placer, para luego relamerse de gusto, aunque el licor era lo bastante fuerte y corrosivo como para quemarles las mucosas. Bebieron todos excepto Lee Goom, el grumete, que era abstemio. Concluido ese rito, aguardaron al siguiente, la entrega de regalos. Aquellos polinesios de cuerpos enormes y poderosos músculos eran, en el fondo, como niños y se reían alegres ante las cosas pequeñas. Sus ojos negros y ansiosos destellaban bajo la luz del farol mientras sus corpachones oscilaban al ritmo del barco.

Llamando a cada uno por su nombre, Minnie repartió los regalos, acompañando cada entrega con algún comentario alegre que hizo aumentar el regocijo de todos. Había relojes, navajas, impresionantes surtidos de anzuelos en sus cajas, tabaco de mascar, cerillas y hermosas piezas de tela para hacer taparrabos. Resultaba evidente que apreciaban a Boyd Duncan por las risas con las que recibían la más insignificante de sus bromas.

El capitán Dettmar, pálido y sonriendo solo cuando su jefe lo miraba, se apoyaba en el timón y observaba. En dos ocasiones abandonó el grupo y fue abajo, donde permaneció un minuto cada vez. Después, en la cabina principal, cuando Lorenzo, Lee Goom y Toyama recibieron sus regalos, volvió a desaparecer dos veces en el interior de su camarote. El diablo había permanecido dormido en el alma del capitán Dettmar para despertar precisamente en aquel momento de celebración y alegría. Tal vez no fuese solo culpa del diablo, porque el capitán Dettmar había conservado en secreto durante muchas semanas un cuarto de galón de whisky y elegido Nochebuena para trasegarlo.

Aún era temprano —acababan de sonar las dos campanadas— cuando Duncan y su mujer se encontraban junto a la escalera de la cabina, mirando a barlovento y sopesando la posibilidad de extender sus camas en la cubierta. La mancha oscura y pequeña de una nube que se formaba lentamente en el horizonte amenazaba lluvia y era precisamente eso lo que estaban comentando cuando el capitán Dettmar, procedente de popa y a punto de bajar, los miró con desconfianza. Se detuvo, con el rostro dominado por gestos espasmódicos. Luego dijo:

—Están hablando de mí.

Tenía la voz ronca y parecía nervioso. Minnie Duncan iba a responder, pero miró el rostro inmóvil de su marido, siguió su ejemplo y no dijo nada.

—He dicho que estaban hablando de mí —insistió el capitán Dettmar, y esta vez casi rugió.

No se tambaleaba ni traicionaba de otra forma el alcohol que llevaba dentro, excepto por los gestos convulsos de su rostro.

—Minnie, será mejor que bajes —dijo Duncan en tono amable—. Dile a Lee Goom que dormiremos abajo. Ese chaparrón no tardará mucho en empaparlo todo.

Ella hizo caso y se marchó, demorándose lo justo para mirar con preocupación los rostros poco iluminados de los dos hombres.

Duncan continuó fumando su puro y aguardó hasta que la voz de su mujer, en conversación con el grumete, le llegó a través de la lumbrera abierta.

—¿Y bien? —preguntó Duncan en voz baja pero muy seca.

—He dicho que estaban hablando de mí. Y lo vuelvo a decir. No

estoy ciego. Día tras día los he visto hablar de mí. ¿Por qué no se anima y me lo dice a la cara? Sé que ha decidido despedirme en Attu-Attu.

—Siento que lo eche todo a perder de esta forma —fue la respuesta tranquila de Duncan.

Pero el capitán Dettmar estaba decidido a buscar pelea.

—Sabe que va a despedirme. Se cree demasiado bueno para relacionarse con gente como yo. Usted y su mujer.

—Tenga la amabilidad de no meterla en esto —advirtió Duncan —. ¿Qué quiere?

—Quiero saber qué piensa hacer.

—Después de esto, despedirlo en Attu-Attu.

—Era su intención desde el principio.

—Al contrario. Lo que me obliga a hacerlo es su conducta actual.

—No me venga con esas.

—No puedo conservar a un capitán que me llama mentiroso.

El capitán Dettmar se quedó desconcertado. Su rostro y sus labios se movían, pero no podía articular palabra. Duncan fumaba sin perder la calma y miraba a popa, hacia la nube cada vez más grande.

—Lee Goom subió el correo a bordo en Tahití —dijo el capitán Dettmar—. Ya estábamos virando a pique para zarpar. Usted no miró las cartas hasta que salimos a alta mar y entonces ya era tarde. Por eso no me despidió en Tahití. Lo sé bien. Vi el sobre alargado cuando Lee Goom subió a bordo. Era del gobernador de California, tenía su sello en una esquina, bien a la vista. Ha estado maniobrando a mis espaldas. Algún raquero vagabundo de Honolulú le contaría el rumor y usted le escribiría al gobernador para asegurarse. Lo que Lee Goom le llevó era su respuesta. ¿Por qué no habló conmigo, como un hombre? No, prefirió portarse de forma deshonesta, sabiendo que este viaje era mi oportunidad de recuperar el buen rumbo. En cuanto leyó la carta del gobernador decidió librarse de mí. Lo he visto en su rostro todo el tiempo, durante estos meses. Les he visto a los dos, siempre amables y educados conmigo, esconderse en los rincones para hablar de mí y de ese asunto de San Francisco.

—¿Ha terminado? —preguntó Duncan en voz baja y tensa—.

¿Del todo?

El capitán Dettmar no respondió.

—Entonces hablaré yo. Precisamente por ese asunto de San Francisco no lo despedí en Tahití. Y sabe Dios que me provocó más que suficiente. Pensé que nadie necesitaba más que usted la oportunidad de rehabilitarse. De no haber existido esos antecedentes, lo habría despedido cuando me enteré de que me robaba.

El capitán Dettmar se mostró sorprendido, hizo ademán de hablar y luego se lo pensó mejor.

—El calafateo de la cubierta, los machos y hembras de bronce del timón, la revisión del motor, el nuevo botalón de la vela balón, los pescantes nuevos y las reparaciones de la chalupa. Usted aceptó la factura del astillero. Sumaba un total de cuatro mil ciento veintidós francos. Según las tarifas normales del astillero no habría pasado un céntimo de los dos mil quinientos francos.

—Si acepta la palabra de esos buitres costeros antes que la mía… —empezó a decir el otro con voz pastosa.

—Ahórrese la molestia de seguir mintiendo —continuó Duncan sin inmutarse—. Me ocupé de investigarlo. Hice que llevaran a Flaubin ante el gobernador y el muy bribón confesó que había cobrado mil seiscientos francos de más. Dijo que usted lo había obligado. Que usted se quedó con mil doscientos y a él le tocaron cuatrocientos y el trabajo. No me interrumpa. Abajo tengo su declaración jurada. Entonces sí que lo habría dejado en tierra, de no haberse encontrado usted desacreditado. O alguien le daba una oportunidad o acabaría en un hoyo muy profundo. Yo le di esa oportunidad. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—¿Qué ha dicho el gobernador? —preguntó el capitán Dettmar en tono agresivo.

—¿Qué gobernador?

—El de California. ¿Le mintió, como los demás?

—Le contaré lo que me dijo. Dijo que lo habían condenado basándose en pruebas circunstanciales; que por eso fue castigado con cadena perpetua y no acabó en la horca; que usted siempre había insistido, sin descanso, en su inocencia; que era usted la oveja negra de los Dettmar de Maryland; que ellos habían removido cielo y tierra para lograr su indulto; que su conducta en la cárcel resultó

ejemplar; que, en la época en que usted fue condenado, él era fiscal; que, después de que pasara siete años en la cárcel accedió a la petición de su familia y lo indultó; y que en el fondo él dudaba de que usted hubiese matado a McSweeny.

Se produjo una pausa que Duncan aprovechó para estudiar la nube de borrasca, mientras el rostro del capitán Dettmar gesticulaba sin descanso.

—Pues el gobernador se equivoca —anunció con una breve carcajada—. Yo maté a McSweeny. Esa noche emborraché al vigilante. Maté a McSweeny a golpes en su litera. Usé la cabilla de maniobra de hierro que guardaron como prueba. No tuvo la más mínima posibilidad. Lo dejé hecho papilla. ¿Le cuento los detalles?

Duncan lo miró con la curiosidad con la que habría mirado a un monstruo, pero no contestó.

—Oh, no me da miedo contárselo —se jactó el capitán Dettmar —. No hay testigos. Además, ahora soy libre. Me han indultado y no pueden volver a encerrarme en ese agujero. Con el primer golpe le rompí la mandíbula. McSweeny dormía boca arriba. Dijo: «¡Dios mío, Jim! ¡Por Dios!». Tuvo gracia ver cómo le temblaba la mandíbula mientras hablaba. Luego lo machaqué. ¿Le cuento el resto de los detalles?

—¿No tiene nada más que decir? —fue la respuesta.

—¿No le parece bastante? —contestó el capitán Dettmar.

—Sí, me basta.

—¿Qué piensa hacer al respecto?

—Dejarlo en tierra, en Attu-Attu.

—¿Y mientras?

—Mientras… —Duncan se detuvo. El viento sopló con más fuerza y le onduló el cabello. Las estrellas desaparecieron y el *Samoset* se desvió cuatro puntos de su rumbo ante la despreocupación del timonel—. Mientras, lance las drizas a cubierta y ocúpese del timón. Llamaré a los hombres.

En ese instante la borrasca estalló sobre ellos. El capitán Dettmar se apresuró a popa, sacó de los pasadores las drizas de la mayor adujadas y las lanzó a la cubierta, dispuesto a salir corriendo. Los tres nativos surgieron en masa del pequeño castillo de proa, dos de ellos corrieron hacia las drizas mientras el tercero cerraba el tambucho de la sala de máquinas y daba la vuelta a los

ventiladores. Abajo, Lee Goom y Toyama bajaban las tapas de las lumbreras y atornillaban las vigotas. Duncan cerró la tapa de la escotilla del tambucho y se quedó allí aguardando, mientras las primeras gotas de lluvia le empapaban el rostro y el *Samoset* daba un violento salto hacia adelante, al tiempo que escoraba, primero a estribor y luego a babor, según el viento racheado golpeaba sus velas.

Todos esperaron. Pero no fue necesario arriar velas. El viento perdió fuerza y la lluvia tropical lo inundó todo. El peligro había pasado y mientras los *kanakas* [1] empezaban a adujar de nuevo las drizas en los pasadores, Boyd Duncan decidió bajar.

—Todo va bien —le dijo alegremente a su mujer—. No ha sido más que una ráfaga.

—¿Y el capitán Dettmar? —preguntó ella.

—Ha estado bebiendo, eso es todo. En Attu-Attu me libraré de él.

Pero antes de subirse a su litera, Duncan sujetó sobre la piel y bajo la chaqueta del pijama una pesada pistola automática.

Se durmió casi de inmediato porque tenía el don de la relajación perfecta. Se dejaba llevar por la tensión al actuar, como los salvajes, pero en cuanto la necesidad pasaba, se relajaba en cuerpo y alma. Por eso se quedó dormido mientras la lluvia aún caía en cubierta y el velero cabeceaba y se balanceaba en el breve e intenso oleaje provocado por el chaparrón.

Se despertó con una sensación de asfixia y pesadez. Los ventiladores eléctricos se habían detenido y el aire era denso y bochornoso. Maldiciendo para sus adentros a todos los Lorenzos y los acumuladores del mundo, oyó moverse a su esposa en el camarote contiguo y salir a la cabina principal. Pensó que, evidentemente, se dirigía a cubierta en busca de aire fresco y le pareció un buen ejemplo a imitar. Se puso las zapatillas y, con una almohada y una manta bajo el brazo, la siguió. A punto de salir a la superficie desde la escalera, el reloj de la cabina empezó a dar la hora y se detuvo a escuchar. Cuatro campanadas. Eran las dos de la madrugada. Del exterior llegaba el crujido del racamento contra el palo. El *Samoset* se balanceaba ligeramente y la suave brisa hacía vibrar sus velas.

En el momento justo en que ponía el pie sobre la humedad de la

cubierta oyó gritar a su esposa. Era un grito de sorpresa y miedo que se apagó con el ruido que hace un cuerpo al caer al agua. Saltó a cubierta y corrió a popa. A la suave luz de las estrellas distinguió la silueta de su cabeza y sus hombros, que se quedaba atrás, en la estela del barco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el capitán Dettmar desde el timón.

—La señora Duncan —respondió Boyd mientras arrancaba un salvavidas de su gancho y lo lanzaba a popa—. Trasluche a estribor y acérquese con viento de bolina.

Entonces Boyd Duncan cometió un error. Se lanzó al agua.

Al salir a la superficie distinguió la luz azul de la boya salvavidas, que se había encendido de forma automática al caer al mar. Nadó hacia ella y descubrió que Minnie ya estaba allí.

—Hola —le dijo—. ¿Necesitabas refrescarte?

—¡Oh, Boyd! —exclamó ella y extendió una mano mojada para tocar la de él.

La luz azul, ya fuese por mala conservación o avería, parpadeó y se apagó. Al ascender la suave cresta de una ola, Duncan se giró hacia la imagen borrosa del *Samoset* en la oscuridad. No había luces, pero sí ruidos que indicaban caos a bordo. Pudo oír los gritos del capitán Dettmar por encima de los gritos de los otros.

—Debo decir que tarda lo suyo —se quejó Duncan—. ¿Por qué no cambia el rumbo? Allá va.

Oyeron el ruido de los cuadernales de aparejo de la botavara al aflojar la vela.

—Eso era la mayor —murmuró—. Trasluchada a babor, cuando yo le dije a estribor.

El empuje de una nueva ola los hizo ascender, seguida de otra y varias más, antes de poder distinguir el verde lejano de la luz de estribor del *Samoset*. Pero en lugar de permanecer inmóvil, como señal de que el velero navegaba hacia ellos, empezó a cruzar en horizontal su campo de visión.

Duncan maldijo en voz alta.

—¿Por qué se queda ahí ese marinero de agua dulce? —quiso saber—. Tiene el compás y conoce nuestro rumbo.

Pero la luz verde, lo único que veían y solo cuando se encontraban en la cresta de una ola, continuaba alejándose de ellos

—al parecer navegaban contra el viento— y se atenuaba cada vez más. Duncan gritó con fuerza varias veces y en los intervalos siempre oían, aunque muy débil, la voz del capitán Dettmar gritando órdenes.

—¿Cómo me va a oír con semejante jaleo? —se quejó Duncan.

—Lo hace para que la tripulación no te oiga a ti —respondió Minnie.

La calma con la que lo dijo llamó la atención del marido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tiene intención de recogernos —contestó con la misma calma en la voz—. Él me tiró por la borda.

—¿No te habrás equivocado?

—Imposible. Me encontraba en la jarcia mayor, mirando a ver si amenazaba más lluvia. Seguramente dejó el timón y se acercó a mí sin hacer ruido. Yo me agarraba a un viento con una mano. Él me soltó la mano desde atrás y me arrojó al agua. Es una pena que no lo supieras, porque te habrías quedado a bordo.

Duncan gimió, aunque no dijo nada durante varios minutos. La luz verde cambió de rumbo.

—Ha virado por avante —anunció—. Tienes razón. Maniobra a barlovento a propósito. Contra el viento no podrán oírme, pero seguiré intentándolo.

Gritó a intervalos de un minuto durante un buen rato. La luz verde desapareció y fue reemplazada por la roja, lo que indicaba que el velero había vuelto a virar por avante.

—Minnie —dijo por fin—, me duele decírtelo, pero te has casado con un idiota. Solo un idiota habría saltado al agua como hice yo.

—¿Qué oportunidades tenemos de que nos recoja algún otro barco? —preguntó ella.

—Una entre diez mil o entre diez mil millones. Ni los vapores ni los mercantes cruzan esta parte del océano. Y en los mares del Sur no hay balleneros. Podría haber alguna goleta mercante solitaria, procedente de Tutuwanga. Pero sé bien que solo visitan esa isla una vez al año. Tenemos una oportunidad entre un millón.

—Pues nos la jugaremos —contestó ella con voz firme.

—¡Eres maravillosa! —Cogió su mano y la besó—. Y la tía Elizabeth sin comprender lo que había visto en ti. Claro que nos la

jugaremos. Y además ganaremos. No podemos pensar en lo contrario. Allá vamos.

Soltó la pesada pistola que llevaba al cinto y dejó que se hundiera en el mar. Sin embargo, conservó el cinturón.

—Ahora pasa al interior del salvavidas e intenta dormir. Bucea para meterte dentro.

Ella se sumergió y salió a la superficie dentro del flotador. Duncan la sujetó con las correas y luego se pasó el cinto alrededor de un hombro y se ató al exterior del salvavidas.

—Aguantaremos bien todo el día de mañana —dijo—. Gracias a Dios que el agua está templada. Las primeras veinticuatro horas no serán muy duras. Y, si al caer la noche no nos han recogido, tendremos que aguantar un día más. No podemos hacer otra cosa.

Guardaron silencio durante media hora. Duncan, con la cabeza apoyada en el brazo que mantenía sobre el salvavidas, parecía dormido.

—¿Boyd? —llamó Minnie en voz baja.

—Creí que estabas dormida —masculló él.

—Boyd, si no salimos de esta…

—¡Calla! —exclamó él de malas maneras—. Por supuesto que saldremos de esta. No hay duda. En algún lugar de estas aguas hay un barco que se dirige hacia nosotros. Ya lo verás. Te lo digo tan seguro como si tuviese una radio en la cabeza. Y ahora, yo voy a dormir. Tú verás lo que haces.

Pero por una vez el sueño lo abandonó. Una hora después oyó removerse a Minnie y supo que estaba despierta.

—Oye, ¿sabes qué he estado pensando? —preguntó ella.

—No. ¿Qué?

—Que voy a desearte feliz Navidad.

—Caramba, no lo había pensado. Claro, es Navidad. Aún nos quedan muchas más por vivir. ¿Sabes lo que pienso yo? Que es una vergüenza que nos hayan dejado sin comida de Navidad. Espera a que le ponga las manos encima a Dettmar. Se la haré vomitar. Y no me hará falta usar una cabilla de maniobra de hierro. Lo haré a puñetazos, ya lo verás.

A pesar de su ironía, Boyd Duncan tenía pocas esperanzas. Sabía muy bien lo que era tener una oportunidad entre un millón y estaba seguro de que su mujer y él vivían sus últimas horas, que además,

inevitablemente, iban a ser muy duras y trágicas.

El sol del trópico salió en un cielo azul, sin nubes. No había nada que ver. El *Samoset* se encontraba más allá del horizonte. Cuando el sol se elevó más, Duncan rompió en dos el pantalón de su pijama y con cada pedazo hizo un turbante. Empapados en agua de mar, contrarrestaban el calor.

—Cuando pienso en esa comida me enfado de verdad —se quejó al darse cuenta de que la preocupación amenazaba con apoderarse del rostro de su mujer—. Quiero que estés conmigo cuando le ajuste las cuentas a Dettmar. Siempre me he opuesto a que las mujeres presencien escenas violentas, pero esto es distinto. Le daré una buena paliza. —Al cabo de un rato añadió—: Espero no romperme los nudillos.

El mediodía llegó y se fue, mientras ellos seguían flotando en medio del mar. La brisa de los últimos alisios los refrescaba al tiempo que ascendían y bajaban, con monótona regularidad, las olas de un tranquilo mar veraniego. Un albatros los espió y permaneció media hora volando en círculos majestuosos sobre ellos. Luego una raya gigantesca, de seis metros de envergadura, pasó cerca.

Al ponerse el sol, Minnie empezó a desvariar en voz baja, balbuceando como una niña. El rostro de Duncan palideció mientras la miraba y escuchaba, lo que lo llevó a planear la mejor forma de poner fin a las horas de agonía que les esperaban. En ello estaba cuando, al ascender una ola más alta de lo normal, barrió el mar con la mirada y vio algo que lo hizo gritar.

—¡Minnie!

Ella no respondió y él le gritó al oído con toda la fuerza que logró reunir. Minnie abrió los ojos, en los que flotaba una mezcla de consciencia y delirio. Golpeó sus manos y sus muñecas hasta que logró despertarla.

—¡Ahí está, nuestra oportunidad entre un millón! —gritó Duncan—. ¡Es un vapor que viene hacia nosotros! ¡Cielos, es un crucero! ¡Ya sé! Es el *Annapolis*, que regresa de Tutuwanga con un grupo de astrónomos.

El CÓNSUL DE ESTADOS UNIDOS, señor Lingford, era un caballero anciano y meticuloso que, en los dos años que llevaba en Attu-Attu,

nunca se había tropezado con un caso tan insólito como el que Boyd Duncan le había presentado. El *Annapolis* lo había desembarcado allí, junto con su mujer, y continuado viaje rumbo a Fiyi con su carga de astrónomos.

—Ha sido un intento de asesinato a sangre fría y deliberado —dijo el cónsul Lingford—. La justicia seguirá su curso. No sé cómo tratar exactamente a ese capitán Dettmar, pero si viene a Attu-Attu, tenga por seguro que nos ocuparemos de él y que… nos ocuparemos de él. Mientras, repasaré las leyes. Pero ahora, ¿no desean quedarse a almorzar su esposa y usted?

Mientras Duncan aceptaba la invitación, Minnie, que miraba por la ventana hacia el puerto, se enderezó de repente y tocó el brazo de su marido. Él siguió su mirada y vio al *Samoset*, con la bandera a media asta, detenerse y echar el ancha a menos de cien metros de distancia.

—Ahí está mi barco —le dijo Duncan al cónsul—. Ya hay una chalupa al costado, ocupada por el capitán Dettmar. Si no me equivoco, vendrá a informarle de nuestra muerte.

La chalupa llegó a la playa de arena blanca y, tras dejar a Lorenzo reajustando el motor, el capitán Dettmar cruzó a paso firme la arena y siguió el sendero del consulado.

—Permita que presente su informe —dijo Duncan—. Nosotros lo escucharemos desde la habitación contigua.

Tras la puerta entornada, él y su mujer oyeron al capitán Dettmar, con voz triste y atribulada, describir la pérdida de quienes le habían dado empleo.

—Trasluché y regresé al punto donde habían caído —concluyó—. No había ni rastro de ellos. Los llamé sin descanso pero no respondieron. Cambié de rumbo una y otra vez durante dos horas, luego me puse al pairo hasta el alba y continué buscándolos durante todo el día, con dos hombres en las espigas. Es horrible. Estoy desolado. El señor Duncan era un hombre magnífico y nunca…

Pero no pudo completar la frase porque en ese momento su magnífico jefe salió a grandes zancadas de la otra habitación, dejando a Minnie en el umbral de la puerta. El pálido rostro del capitán Dettmar palideció aún más.

—Hice lo que pude por rescatarlos, señor —empezó a decir el capitán.

Boyd Duncan respondió a puñetazos, dos exactamente, que hicieron blanco en el rostro del capitán a derecha y a izquierda. Dettmar se tambaleó hacia atrás, se recuperó y se lanzó amenazante hacia su jefe, que lo recibió con un fuerte golpe entre los ojos. El capitán se derrumbó llevándose consigo la máquina de escribir.

—¡Esto no es admisible! —farfulló el cónsul Lingford—. Le ruego, le ruego que desista.

—Pagaré los daños que causemos al material de oficina —respondió Duncan mientras seguía descargando puñetazos sobre los ojos y la nariz de Dettmar.

El cónsul Lingford correteaba de un lado al otro como una gallina mojada mientras destrozaban su despacho. En un momento dado agarró a Duncan del brazo, pero este se soltó y lo lanzó a varios metros de distancia. Luego apeló a Minnie.

—Señora Duncan, por favor, ¿sería tan amable de contener a su esposo?

Pero ella, pálida y temblorosa, negó decididamente con la cabeza y se concentró en la refriega.

—Es un ultraje —gritó el cónsul Lingford, mientras esquivaba los cuerpos de ambos hombres—. Es una afrenta al Gobierno, al Gobierno de Estados Unidos. Les advierto que no lo pasaremos por alto. Por favor, señor Duncan, desista. Lo va a matar. Por favor, se lo ruego. Le ruego que…

Pero el ruido de un jarrón lleno de hibiscos al romperse lo dejó sin habla.

Llegó un momento en el que el capitán Dettmar ya no pudo levantarse. Consiguió ponerse a cuatro patas, luchó en vano por alzarse más y se desmoronó. Duncan tocó con el pie aquel despojo que gemía para intentar espabilarlo.

—Está bien —anunció—. Solo lo he tratado como ha tratado él a muchos marineros. Él incluso ha ido más allá.

—¡Cielo santo, señor! —estalló el cónsul Lingford, mirando horrorizado al hombre al que había invitado a almorzar.

Duncan dejó escapar una risilla involuntaria y luego se controló.

—Le pido disculpas, señor Lingford. Le pido disculpas de corazón. Me temo que me he dejado llevar ligeramente por mis sentimientos.

El cónsul Lingford tragó saliva y alzó los brazos, incapaz de

hablar.

—¿Ligeramente, señor?, ¿ligeramente? —logró articular por fin.

—Boyd —se oyó la voz suave de Minnie desde el umbral.

Él se giró para mirarla.

—Eres maravilloso —le dijo.

—Yo ya he acabado con él, señor Lingford —anunció Duncan—. Y le entrego a usted y a la justicia lo que queda de este hombre.

—¿Eso? —preguntó el cónsul, horrorizado.

—Eso —respondió Boyd Duncan, mientras miraba apesadumbrado sus maltratados nudillos.

[1910]

En la guerra

I

ERA UN HOMBRE JOVEN, no tendría más de veinticuatro o veinticinco años, y podría haber montado su caballo con la elegancia natural de la juventud de no haberse sentido tan tenso y preocupado. Sus ojos

negros se fijaban en todo y detectaban los movimientos de las ramitas más pequeñas y de las grandes sobre las que brincaban los pajaritos, luego miraban a lo lejos, al cambiante paisaje de árboles y matorrales, y siempre volvían a concentrarse en la maleza que crecía a cada lado. Mientras miraba, también escuchaba, aunque montaba rodeado de silencio, excepto por el estruendo de la artillería pesada que llegaba desde el oeste. Llevaba varias horas sonando en sus oídos con toda su monotonía y solo habría llamado su atención en caso de interrumpirse. Porque tenía un asunto del que ocuparse. Llevaba una carabina en el arzón delantero.

Tan tenso estaba que un grupo de codornices, al alzar el vuelo bajo el hocico de su caballo, lo sobresaltó hasta el punto de que, al instante y sin darse cuenta, frenó al animal, cogió la carabina y apuntó. Sonrió tímidamente, se recuperó y siguió adelante. Tan tenso estaba, tan concentrado en lo que debía hacer que el sudor le picaba en los ojos, descendía por su nariz y goteaba sobre la perilla de la silla de montar sin que se molestase en limpiarlo. La cinta de su sombrero de soldado de caballería tenía manchas recientes de sudor. El mano que montaba también estaba sudoroso. Eran las doce de un día de calor achicharrante. Ni siquiera las aves o las ardillas se atrevían a salir al sol y se refugiaban en escondites umbríos, entre los árboles.

Hombre y caballo iban cubiertos de hojas y polen amarillo porque solo salían a campo abierto cuando no les quedaba más remedio. Se movían entre los árboles y los matorrales y, antes de cruzar un calvero seco o una extensión ascendente de pastos al descubierto, el hombre siempre se detenía y se asomaba para mirar con atención. Avanzaba hacia el norte, aunque no en línea recta, y parecía sospechar que aquello que buscaba llegaría precisamente desde el norte. No era un cobarde, pero su valor era el de un hombre civilizado normal y deseaba vivir, no morir.

Para ascender una ladera siguió una vereda que discurría entre una maleza tan densa que se vio obligado a desmontar y guiar al caballo. Pero cuando la vereda torció hacia el oeste, la abandonó y continuó hacia el norte siguiendo la cresta cubierta de robles.

La cresta terminaba en un descenso muy empinado, tanto que se vio obligado a bajar en zigzag mientras resbalaba y tropezaba entre las hojas secas y las vides enredadas, sin dejar de vigilar al caballo

que lo seguía y que amenazaba con caer sobre él. Sudaba a mares y el polen, acre en la boca y los orificios nasales, incrementaba su sed. Aunque intentaba evitarlo, hacían ruido al descender, por lo que se detenía con frecuencia, jadeando debido al calor seco y prestando atención a cualquier posible sonido de advertencia que pudiese llegar desde abajo.

Al final salió a un llano tan boscoso que no fue capaz de calcular su extensión. Pero la vegetación era diferente y pudo volver a montar. En lugar de los robles retorcidos de la colina, en aquel terreno llano y húmedo se alzaban árboles altos y rectos, de troncos grandes, magníficos. Solo de vez en cuando se tropezaba con algún matorral, siempre fácil de evitar, y encontró varios calveros serpenteantes, casi como jardines, donde el ganado pastaba antes de que la guerra lo hubiese expulsado de allí.

Al internarse en el valle avanzaba con mayor rapidez y al cabo de media hora se detuvo ante una vieja cerca, en el límite de un claro. No le gustaba su amplitud, sin embargo, debía cruzarlo para alcanzar la masa de árboles que seguía la orilla del río. Solo eran cuatrocientos metros a campo abierto, pero le repugnaba pensar en arriesgarse de esa forma. Un rifle —veinte, mil— podría acechar entre la vegetación junto al arroyo.

Dos veces intentó arrancar y las dos se detuvo. Lo espantaba su soledad. El pulso de la guerra que latía hacia el oeste sugería la compañía de miles de soldados; donde él se encontraba solo había silencio y las posibles balas letales de una miríada de emboscadas. Pero su tarea consistía en encontrar lo que temía encontrar. Tenía que seguir adelante, siempre adelante, hasta que en algún momento, en algún lugar, se topase con otro hombre —u otros hombres— del bando enemigo que habría salido a explorar el terreno, igual que él, para informar, igual que él, de que se había producido el contacto.

Cambió de idea, se internó de nuevo en el bosque, empezó a bordear el claro y, al cabo de un rato, se acercó de nuevo a la linde para observar. Esta vez vio una pequeña granja en medio del claro. No había señales de vida. No salía humo de la chimenea ni las aves de corral cacareaban ni se pavoneaban. La puerta de la cocina estaba abierta y miró durante tanto tiempo y con tanta concentración hacia aquella abertura negra que casi se convenció

de que la mujer del granjero saldría en cualquier momento.

Se lamió el polen y el polvo de los labios, endureció cuerpo y mente y salió al sol abrasador. Nada se movió. Dejó atrás la casa y se acercó al muro de árboles y arbustos que crecían en la orilla del río. Una idea perseveraba de forma exasperante: lo que experimentaría cuando una bala se adentrase en su cuerpo a toda velocidad. Lo hacía sentirse muy frágil e indefenso, por lo que se agachó más sobre la silla.

Ató al caballo en el límite del bosque y continuó a pie durante cien metros hasta alcanzar el arroyo. Medía unos seis metros de ancho, no se percibía corriente alguna y parecía fresco, muy tentador: tenía mucha sed. Pero aguardó tras la pantalla de follaje, con la mirada fija en la de la otra orilla. Para hacer la espera más soportable se sentó con la carabina sobre las rodillas. Transcurrieron los minutos y su tensión empezó a relajarse poco a poco. Por fin, decidió que no había peligro pero, justo en el momento en que se disponía a apartar los arbustos e inclinarse sobre el agua, llamó su atención un movimiento entre los arbustos de enfrente.

Podría tratarse de un pájaro. Sin embargo, esperó. De nuevo se agitaron los arbustos y entonces, tan de repente que estuvo a punto de gritar, los matojos se separaron y en el medio apareció un rostro. Era un rostro cubierto por una barba pelirroja de varias semanas. Los ojos eran azules y estaban muy separados y en sus extremos se marcaban esas arrugas que se producen al reír y que se apreciaban perfectamente a pesar de la expresión cansada y preocupada del rostro.

Pudo verlo con exactitud microscópica porque no los separaban más de seis metros. Y lo vio en el breve espacio de tiempo que le bastó para apuntarlo con la carabina. Observó a través de la mirilla y supo que miraba a un hombre que ya estaba muerto. Era imposible fallar desde tan cerca.

Pero no disparó. Despacio, bajó la carabina y se quedó mirando. Se hizo visible una mano que sujetaba una cantimplora y la barba pelirroja se inclinó hacia abajo para llenar el recipiente. Oyó el borboteo del agua. Luego el brazo, la cantimplora y la barba pelirroja desaparecieron tras el muro de arbustos. Aguardó durante mucho tiempo y después, sin saciar su sed, regresó sigilosamente

junto al caballo, lo montó, cruzó de nuevo y sin prisas el claro bañado por el sol y se internó en el bosque.

II

UN NUEVO DÍA ABRASADOR, tórrido. Otra granja desierta, grande, con varios edificios anexos y un huerto, todo en medio de otro claro. El joven de los ojos negros y penetrantes salió del bosque montado en su ruano, con la carabina en la perilla de la silla de montar. Respiró aliviado al llegar a la casa. Resultaba evidente que allí habían luchado algún tiempo atrás. Cargadores y cartuchos vacíos, deslucidos por el verdín, permanecían sobre un terreno que los cascos de los caballos habían levantado cuando aún estaba húmedo. Muy cerca del huerto se veían varias tumbas marcadas y numeradas. Del roble junto a la puerta de la cocina colgaban los cadáveres de dos hombres, con la ropa andrajosa debido a la lluvia y el sol. Los rostros, secos y desfigurados, no parecían humanos. El ruano resopló al pasar bajo ellos y el jinete lo acarició para tranquilizarlo y lo ató lejos de allí.

Al entrar en la casa descubrió que el interior estaba destrozado. Iba pisando cartuchos vacíos al pasar de habitación en habitación para hacer un reconocimiento desde las ventanas. Los hombres habían acampado y dormido en todas partes y, en el suelo de una de las estancias, encontró unas manchas inconfundibles donde habían tumbado a los heridos.

De nuevo en el exterior, condujo al caballo por detrás del establo e invadió el huerto. Una docena de árboles estaban cargados de manzanas maduras. Se llenó los bolsillos, comiendo mientras cogía los frutos. Entonces se le ocurrió una idea y miró al sol para calcular la hora en que debía regresar al campamento. Se quitó la camisa, ató las mangas y la usó como bolsa, que fue llenando de manzanas.

Cuando estaba a punto de montar, su caballo enderezó las orejas de repente. El hombre aguzó también los oídos y oyó el débil ruido de unos cascos de caballo sobre la tierra blanda. Se acercó a la esquina del establo y espió. A solo cien metros de distancia vio una docena de hombres a caballo que se acercaban desde el lado

opuesto del claro. Llegaron hasta la casa. Algunos desmontaron mientras otros permanecían en las sillas, lo que indicaba que su estancia iba a ser corta. Al parecer, tenían algo que decidir, porque los oyó hablar nerviosos en la odiada lengua del invasor. Transcurrió el tiempo, pero parecían incapaces de tomar una decisión. Guardó la carabina en su sitio, montó y esperó impaciente, mientras la camisa llena de manzanas se balanceaba colgada de la perilla de la silla de montar.

Oyó unas pisadas que se acercaban y clavó las espuelas en el ruano con tanta fuerza que el animal soltó un gemido de sorpresa al tiempo que salía disparado. En la esquina del establo vio al intruso —un crío de diecinueve o veinte años, por mucho que llevara uniforme— dar un salto hacia atrás para evitar ser arrollado. En ese momento, el ruano giró bruscamente y su jinete entrevió a los hombres que entraban en acción junto a la casa. Algunos saltaban de sus monturas, cogían los rifles e intentaban apuntar. Pasó junto a la puerta de la cocina y los cadáveres que se balanceaban a la sombra, obligando a sus enemigos a correr para rodear la fachada de la casa. Se oyó un disparo, y luego otro, pero él iba muy rápido, inclinado hacia delante, pegado a la silla, agarrando con una mano la camisa de las manzanas y con la otra guiando al caballo.

La barra superior de la cerca medía poco más de un metro, pero él conocía bien a su ruano y la saltó al galope, acompañado de algunos disparos aislados. El bosque se encontraba a ochocientos metros en línea recta y el ruano recorría esa distancia sin bajar el ritmo. Ahora ya disparaban todos. Tiraban con tanta rapidez que ya no oía los disparos por separado. Una bala atravesó su sombrero, pero no se enteró, aunque sí fue consciente cuando otra hizo blanco en las manzanas que colgaban de la perilla. Se estremeció y se agazapó aún más cuando una tercera bala, muy baja, dio en una piedra entre las patas de su montura y rebotó en el aire, silbando y zumbando como si fuese un insecto de otro mundo.

Los tiros remitieron al irse vaciando los cargadores hasta que ya nadie más disparó. El joven se sintió eufórico. Había salido ileso de tan impresionante tiroteo. Miró hacia atrás. Sí, habían vaciado los cargadores. Vio que varios recargaban. Otros corrían hacia la parte trasera de la casa, en busca de sus caballos. Mientras miraba, dos que ya habían montado, doblaron la esquina al galope y quedaron a

la vista. En ese mismo instante vio al hombre de la inconfundible barba pelirroja echar la rodilla al suelo, nivelar el arma y apuntar con frialdad para disparar a distancia.

El joven clavó las espuelas, se agazapó tanto como pudo y zigzagueó bruscamente mientras huía para evitar que el otro apuntase. Pero no disparaba. A cada zancada del caballo, el bosque quedaba más cerca. Solo faltaban doscientos metros y el tiro se retrasaba.

Entonces lo oyó. Fue lo último que oyó porque murió antes de tocar el suelo tras caer de la silla. Los que miraban desde la casa lo vieron caer, vieron rebotar su cuerpo al golpear la tierra y vieron una explosión de manzanas rojas derramarse a su alrededor. Se rieron de la inesperada erupción de manzanas y aplaudieron el disparo, a tanta distancia, del hombre de la barba pelirroja.

[1910]

Bajo los toldos de cubierta

UEDE UN HOMBRE, y me refiero a un caballero, llamar cerda a una mujer?

El hombrecillo lanzó ese reto a todo el grupo, luego se reclinó en su tumbona y dio un sorbo a su limonada con un gesto que combinaba certeza y atenta beligerancia. Nadie respondió. Estaban acostumbrados al hombrecillo y a sus repentinas pasiones y

enaltecimientos.

—Repito, yo estaba allí cuando dijo que cierta dama, a quien ninguno de los presentes conoce, era una cerda. No la llamó canalla o sinvergüenza. Crudamente dijo que era una cerda. Yo sostengo que ningún hombre que lo sea de verdad puede hacer semejante comentario acerca de una mujer.

El doctor Dawson, imperturbable, dio una calada a su pipa. Matthews, con los brazos rodeando las rodillas dobladas, observaba concentrado el vuelo de un albatros. Sweet, que había terminado su whisky con soda, buscaba con la mirada a algún camarero de cubierta.

—Se lo pregunto a usted, señor Treloar, ¿puede un hombre llamar cerda a una mujer?

Treloar, sentado junto a él, se sobresaltó ante lo repentino del ataque y se preguntó qué motivos podría haber dado él para que el hombrecillo lo creyese capaz de llamarle cerda a una mujer.

—Yo diría —comenzó a responder, indeciso—, que… ah… depende de… ah… de la mujer.

El hombrecillo se quedó horrorizado.

—¿Quiere decir…? —balbuceó.

—Que he visto mujeres tan malas como los cerdos… y peores.

Se produjo un silencio prolongado, incómodo. El hombrecillo parecía fulminado por la cruel brutalidad de la respuesta. A su rostro asomaron un dolor y una pena indescriptibles.

—Usted ha hablado de un hombre que hizo un comentario nada agradable y lo ha clasificado —dijo Treloar en tono frío y mesurado —. Ahora le hablaré yo de una mujer, mejor dicho, de una dama, y cuando termine le pediré que la clasifique. La llamaré señorita Caruthers, principalmente porque no se llama así. Todo ocurrió a bordo de un barco de la P & O, hace siete años.

»La señorita Caruthers era encantadora. No, esa no es la palabra. Era extraordinaria. Era una joven dama, hija de un alto funcionario cuyo nombre, si lo mencionara, reconocerían todos ustedes de inmediato. En ese momento viajaba en compañía de su madre y dos doncellas para reunirse con el anciano caballero en un lugar de Oriente, el que ustedes prefieran.

»Era, y perdonen que me repita, extraordinaria. Esa es la palabra adecuada. Incluso los adjetivos de menor grado aplicados a ella se

convierten en auténticos superlativos. No había nada que no hiciera mejor que cualquier mujer y que la mayoría de los hombres. Cantar, tocar… ¡bah!… Como algún retórico dijo una vez sobre Napoleón, la competencia huía de ella. ¡Nadar! Podría haber ganado una fortuna y hacerse famosa si se hubiese dedicado profesionalmente a la natación. Era una de esas pocas mujeres que pueden despojarse de todos los adornos del vestido y, con un simple traje de baño, resultar más hermosa aún. ¡Vistiendo era una artista!

»Pero cómo nadaba. Físicamente era la mujer perfecta. Ya me entienden, no tenía el cuerpo tosco y musculado de los atletas, sino una textura y una silueta de líneas delicadas, frágiles, con las que se combinaba la fuerza. Eso era lo más asombroso. Ustedes ya saben lo maravilloso que puede ser un brazo femenino, un antebrazo. La dulzura con la que se debilita desde el bíceps redondeado y esa insinuación de músculo al descender hacia el pequeño codo, esa turgencia suave y firme hasta la muñeca, tan pequeña, increíblemente pequeña, redonda y fuerte. Así era su brazo. Sin embargo, verla nadar con esas brazadas precisas y rápidas del crol, y además llegar muy lejos, era algo… bueno, comprendo lo que es la anatomía, el atletismo y todo eso, pero para mí sigue siendo un misterio cómo podía lograrlo.

»Era capaz de permanecer dos minutos bajo el agua. Yo mismo la cronometré. Ningún hombre de los que íbamos a bordo, excepto Dennitson, podía recoger tantas monedas como ella en una sola zambullida. En la cubierta principal de proa había un gran tanque de lona encerada con casi dos metros de agua de mar al que solíamos arrojar monedas pequeñas. La he visto lanzarse a esos dos metros de agua desde la cubierta de puente, hazaña nada despreciable por sí sola, y recoger no menos de cuarenta y siete monedas, dispersas a la buena de Dios sobre el fondo del tanque. Dennitson, un discreto joven inglés, nunca logró superarla, aunque se esforzó por igualarla.

»Destacaba en el agua, cierto, pero también en tierra. Dominaba el arte de cabalgar y… era universal. Al verla, toda dulzura y suavidad, rodeada de media docena de hombres entusiastas, lánguidamente indiferente a todos o desplegando ante ellos su ingenio e inteligencia, cualquiera pensaría que no valía para nada más en el mundo. En esos momentos me veía obligado a recordar

las cuarenta y siete monedas que había recogido en el tanque. Pero es que así era ella: una eterna maravilla, una mujer que todo lo hacía bien.

»Fascinaba a cualquier humano con pantalones que la rodeara. A mí me tenía, y no me importa confesarlo, tan entregado como al resto. Tanto los cachorrillos como los sabuesos más experimentados correteaban alrededor de sus faldas, aullando y acudiendo serviles cada vez que ella silbaba. Todos eran culpables, desde el joven Ardmore, un querubín de mejillas sonrosadas y diecinueve años que iba a ocupar un puesto de oficinista en un consulado, hasta el anciano capitán Bentley, de cabello cano, curtido en el mar y tan sensible como un ídolo chino. Incluso un tipo de mediana edad, creo que se llamaba Perkins, olvidó que su mujer se encontraba a bordo hasta que la señorita Caruthers le llamó la atención y lo puso en su sitio.

»Los hombres eran como cera en sus manos. Los derretía y los moldeaba con suavidad o los incineraba a placer. Ni siquiera había un solo camarero que, a pesar de la diferencia de clases y la imposibilidad de acceder a ella, hubiese dudado en echarle un plato de sopa por encima al mismo capitán del barco si ella lo hubiese pedido. Todos han visto alguna vez a una mujer así, una mujer convertida en el mayor deseo de cualquier hombre. Como conquistadora no tenía rival. Era un latigazo, un aguijón y una llamarada, una chispa eléctrica. Créanme, a veces, de su belleza y capacidad de seducción surgían fogonazos de voluntad que golpeaban a su víctima y la convertían en un ser vacío y tembloroso, dominado por el miedo y la idiotez.

»No quiero dejar de comentar, en vista de lo que voy a contarles, que era una mujer orgullosa. Orgullosa de su raza, orgullosa de su casta, orgullosa de su sexo, orgullosa de su poder. Su orgullo era algo extraño, obstinado y terrible.

»Dirigía el barco, dirigía la travesía, lo dirigía todo y también dirigía a Dennitson. Incluso los menos sensatos reconocíamos que él había dejado atrás al resto de la jauría. Nadie dudaba de que a ella le gustaba y de que ese sentimiento no dejaba de crecer. Estoy seguro de que lo miraba mejor de lo que nunca había mirado a otro hombre. Nosotros continuábamos rindiéndole culto y siempre la rondábamos a la espera de que nos silbase, aunque sabíamos que

Dennitson nos llevaba muchas vueltas de ventaja. Jamás sabremos lo que podría haber pasado, porque llegamos a Colombo y allí ocurrió otra cosa.

»Ya conocen Colombo y saben que los niños nativos se tiran de cabeza para recoger monedas en la bahía infestada de tiburones. Por supuesto, solo se arriesgan entre tiburones que no son peligrosos. Resulta inexplicable cómo los conocen y sienten la presencia de un verdadero asesino, por ejemplo, un tiburón tigre o un tiburón toro que se hayan desviado de su ruta desde aguas australianas. Si aparece uno de esos, antes incluso de que los pasajeros se percaten, los críos salen del agua en desbandada para ponerse a salvo.

»Habíamos almorzado y la señorita Caruthers recibía sus atenciones bajo los toldos de la cubierta. Acababa de silbarle al anciano capitán Bentley, quien le había concedido algo que nunca antes había concedido y que nunca ha vuelto a conceder: permiso para que los niños subiesen a la cubierta de paseo. Verán, la señorita Caruthers, como buena nadadora, estaba muy interesada en ellos. Nos pidió todo el cambio que llevásemos y reunió una buena colección de monedas de poco valor que ella misma se ocupó de lanzar, de una en una o a puñados, además de organizar las condiciones de la competición, reprender a los que fallaban y conceder premios extra a los más listos. En resumidas cuentas, era ella quien dirigía el espectáculo.

»En especial, la entusiasmaba su forma de saltar. Ya saben que al saltar de pie desde cierta altura resulta muy difícil mantener el cuerpo en perpendicular mientras se está en el aire. El cuerpo masculino tiene el centro de gravedad alto y tiende a volcar. Pero aquellos críos empleaban un método que ella, según dijo, desconocía y quería aprender. Saltando desde los pescantes de la cubierta de botes, caían con los rostros y los hombros inclinados hacia delante y, en el último momento, se enderezaban y entraban en el agua perfectamente erguidos.

»Daba gusto verlos. No lo hacían tan bien cuando se tiraban de cabeza, aunque había uno que dominaba la técnica, como dominaba cualquier otra acrobacia. Seguramente se la habría enseñado algún blanco, porque realizaba un salto del ángel perfecto, de los más bonitos que he visto. Ya saben que al tirarse de cabeza desde gran

altura el problema reside en penetrar el agua en un ángulo perfecto. Fallar el ángulo implica, como mínimo, una lesión de espalda que puede ser de por vida. También ha supuesto la muerte de algún que otro inepto. Pero aquel chico sabía hacerlo. Saltó veinte metros desde las jarcias con los brazos en la posición perfecta, la cabeza echada hacia atrás, casi volando como un pájaro, ascendiendo y avanzando para luego empezar a caer, con el cuerpo tan horizontal que, si golpease la superficie del agua en esa posición, se partiría en dos al instante. Pero justo antes de sumergirse, dejó caer la cabeza hacia delante, extendió los brazos, ligeramente arqueados, por delante de la cabeza, curvó el cuerpo con elegancia hacia abajo y entró en el agua tal y como debía hacerlo.

»Repitió la hazaña una y otra vez para deleite de todos, en especial de la señorita Caruthers. No podía tener más de trece años y, sin embargo, era el más listo de todo el grupo. Era el preferido de los suyos, su líder. Aunque había varios chicos mayores que él, reconocían su liderazgo. Era guapo, como un dios de bronce pero ágil y con vida, de ojos separados entre sí, inteligentes y audaces; una burbuja, una mota, un destello, una chispa de vida. Todos ustedes habrán visto criaturas espléndidas, magníficas; animales o lo que sea… un leopardo, un caballo… inquieto, ansioso, demasiado vivo para quedarse quieto, de músculos aterciopelados, el más mínimo movimiento una bendición, pura elegancia; salvaje en cada uno de sus actos, sin límite; y siempre derramando esa intensa vitalidad, ese brillo, ese lustre de la vida. Así era ese chico. La vida salía de él a raudales, tanto que casi resplandecía. Brillaba en su piel. Ardía en sus ojos. Juro que casi se la oía crepitar. Al mirarlo, me parecía oler una ráfaga de aire fresco. Tan fuerte y joven era, tan lleno de salud, tan salvaje.

»Así era ese niño. Fue él quien dio la alarma en plena competición. Los chavales se lanzaron hacia la pasarela, nadando tan rápido como podían, desordenadamente, luchando, chapoteando, con el miedo en los rostros, trepando y saltando en tropel, buscando cualquier forma de salir del agua, ayudándose los unos a los otros a ponerse a salvo, hasta que todos formaron una fila sobre la pasarela, mirando hacia abajo, hacia el agua.

»—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Caruthers.

»—Creo que hay un tiburón —contestó el capitán Bentley—.

Han tenido suerte de que no atrapara a ninguno.

»—¿Temen a los tiburones? —preguntó ella.

»—¿Usted no? —fue la respuesta.

»La joven se estremeció, miró por encima de la borda hacia el agua e hizo un mohín.

»—Por nada del mundo me zambulliría donde pueda haber tiburones —dijo y volvió a estremecerse—. ¡Son espantosos! ¡Terroríficos!

»Los chicos subieron a la cubierta de paseo, se apelotonaron cerca de la barandilla y rindieron culto a la señorita Caruthers, que les había arrojado semejante fortuna en propinas. Terminado el espectáculo, el capitán Bentley les pidió que se marcharan. Pero ella lo detuvo.

»—Un momento, por favor, capitán. Yo había entendido que los nativos no temen a los tiburones.

»Le hizo una seña al chico del salto del ángel para que se acercase más a ella y luego le indicó que se zambullera de nuevo. Él negó con la cabeza y, junto con todo el grupo que se arremolinaba a su espalda, se rió como si fuese una broma.

»—Tiburón —explicó el chaval, señalando al agua.

»—No —dijo ella—. No hay tiburón.

»Pero él asintió muy seguro y los otros críos repitieron el gesto con la misma convicción.

»—No, no, no —gritó ella. Después, se dirigió a nosotros—. ¿Quién me presta media corona y un soberano?

»De inmediato, la media docena de hombres presentes le ofrecimos las monedas y ella aceptó las del joven Ardmore.

»Alzó la media corona para que los niños la vieran, pero ninguno se acercó más a la barandilla para preparar el salto. Se quedaron donde estaban, sonriendo tímidamente. Ofreció la moneda uno a uno y todos, al llegar su turno, frotaban un pie contra la pantorrilla de la otra pierna, negaban con la cabeza y sonreían. Entonces ella lanzó la media corona por la borda. Con pesar y deseo en los rostros, los niños la vieron cruzar el aire, pero nadie se movió con intención de seguirla.

»—No haga lo mismo con el soberano —le dijo Dennitson en voz baja.

»Ella no hizo caso y sostuvo la moneda de oro ante los ojos del

chico del salto del ángel.

»—No lo haga —dijo el capitán Bentley—. Con un tiburón acechando, yo no tiraría por la borda ni a un gato enfermo.

»Pero ella se rió, decidida a salirse con la suya, y continuó deslumbrando al chaval.

»—No lo tiente —insistió Dennitson—. Para él es una fortuna y podría acabar por zambullirse.

»—¿No lo haría usted también —estalló ella— si yo la arrojase? —Esto último lo dijo en un tono más suave.

»Dennitson negó con la cabeza.

»—Su precio es más elevado —comentó ella—. ¿Por cuántos soberanos se zambulliría?

»—No se han acuñado suficientes para que yo me lance al agua —fue la respuesta.

»Ella se lo pensó un momento, olvidada del crío en medio de su torneo con Dennitson.

»—¿Lo haría por mí? —preguntó con dulzura.

»—Para salvarle la vida, sí. Pero solo por eso.

»Ella volvió a centrarse en el crío. De nuevo sostuvo la moneda ante sus ojos, deslumbrándolo con su inmenso valor. Luego amagó con lanzarla al agua y, de forma involuntaria, el chico hizo un ligero movimiento hacia la barandilla, pero los gritos de reproche de sus compañeros lo contuvieron. En sus voces también se adivinaba el enfado.

»—Ya sé que solo está bromeando —dijo Dennitson—. Siga haciéndolo tanto como guste pero, por el amor de Dios, no lance la moneda.

»Si fue debido a su extraña obstinación o porque dudaba de poder convencer al crío, no lo sé. Resultó inesperado para todos. Al abandonar la sombra de los toldos, el oro de la moneda brilló bajo el sol abrasador y cayó hacia el mar describiendo un arco resplandeciente. Antes de que nadie pudiese detenerlo, el niño había saltado la barandilla y se curvaba magníficamente hacia abajo, tras la moneda. Ambos estaban en el aire a la vez. Fue una imagen preciosa. El soberano hendió con fuerza la superficie del agua y, en el mismo lugar, prácticamente al mismo tiempo y casi sin salpicar, se zambulló el chico.

»Los niños de ojos asustados exclamaron a coro. Todos

estábamos junto a la barandilla. No me digan que un tiburón necesita ponerse boca arriba para morder. Este no lo hizo. En aquella agua tan clara y desde la altura a la que nos encontrábamos lo vimos todo. El tiburón era un bicho enorme y con un solo mordisco partió al niño en dos.

»Alguien, entre nosotros, murmuró algo, aunque no sé quién fue. Pude haber sido yo. Luego se hizo el silencio. La señorita Caruthers fue la primera en hablar. Estaba lívida.

»—Yo… nunca imaginé… —dijo y soltó una risa breve, histérica.

»Todo su orgullo se esforzaba en ayudarla a recuperar el control. Se volvió, sin fuerzas, hacia Dennitson, y luego hacia cada uno de nosotros. A sus ojos asomaba una angustia insoportable y sus labios temblaban. Fuimos unos bestias. Sí, ahora lo sé; ahora que ha pasado el tiempo. Pero no hicimos nada.

»—Señor Dennitson —dijo—. Tom, ¿podría acompañarme abajo?

»Él no desvió la mirada, la más lúgubre que he visto en mi vida; ni siquiera pestañeó. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. El capitán Bentley hizo un ruido desagradable con la garganta y escupió por la borda. Eso fue todo. Eso y el silencio.

»Ella se dio la vuelta y echó a andar con firmeza por la cubierta. A seis metros de distancia se tambaleó y apoyó una mano en la pared para no caerse. Así continuó avanzando, apoyándose en las cabinas y caminando muy despacio.

Treolar guardó silencio. Giró la cabeza y dedicó una mirada fría e inquisitiva al hombrecillo.

—Bueno —dijo al fin—, clasifíquela.

El hombrecillo tragó saliva.

—No tengo nada que decir —contestó—. No tengo absolutamente nada que decir.

[1910]

Matar a un hombre

UNQUE SOLO ESTABAN encendidas las tenues lamparillas de noche, ella se movía con seguridad entre las grandes estancias y los anchos pasillos, buscando en vano el libro de poesía a medio leer que había perdido y del que acababa de acordarse. Al encender la luz del salón, apareció ataviada con un salto de cama con mucho vuelo, de tejido vaporoso y color rosa pálido. Aún llevaba anillos en los dedos y no se había cepillado su espesa cabellera rubia para deshacer el peinado. Era delicada y elegantemente hermosa, de rostro ovalado y fino, labios rojos, un leve rubor en las mejillas y ojos azules parecidos a los de un camaleón, capaces de mirar fijamente y muy abiertos con la inocencia de la niñez para luego endurecerse, tomarse grises y brillar con frialdad o encenderse con la fuerza que dan la obstinación y el control.

Apagó las luces y salió al pasillo hacia la sala que solía usar por

las mañanas. Se detuvo a escuchar en la entrada. Le había parecido percibir a lo lejos no un mido sino una sensación de movimiento. Podría jurar que no había oído nada, sin embargo, había algo distinto. Algo había perturbado la quietud nocturna. Se preguntó qué sirviente pudiera andar merodeando por allí. No el mayordomo, famoso por retirarse temprano, excepto en las ocasiones especiales. Tampoco podía tratarse de su doncella porque le había dado permiso para salir esa noche.

Avanzó hacia el comedor y se encontró la puerta cerrada. No sabría decir por qué la abrió y entró, excepto porque el factor perturbador, fuera lo que fuese, se encontraba allí. La habitación estaba a oscuras, tanteó en busca del interruptor y lo pulsó. En el momento en que la luz iluminó la estancia, ella retrocedió y dejó escapar un grito. Fue un simple «¡Oh!», sin alzar mucho la voz.

Observándola, cerca del interruptor y pegado a la pared había un hombre. En la mano, apuntándola, un revólver. A pesar del susto, se fijó en que el arma era negra y de cañón largo. Supo que se trataba de un Colt. El hombre era de mediana estatura, iba mal vestido, tenía los ojos castaños y la piel curtida por el sol. Parecía sereno. El revólver no temblaba y apuntaba a su estómago, no con el brazo estirado, sino desde la cadera, en la que descansaba el antebrazo.

—Oh —dijo ella—, disculpe. Me ha asustado. ¿Qué desea?

—Me parece que quiero salir —respondió él, con media sonrisa en los labios—. Creo que me he perdido en este sitio tan grande y, si es tan amable de decirme dónde está la puerta, no le daré problemas y me largaré.

—Pero ¿qué hace aquí? —quiso saber ella, en la voz esa firmeza de quien está acostumbrado a dar órdenes.

—Robar, señorita, nada más. Me colé para ver qué podía apañar. Creí que no estaba en casa, porque la vi irse en un coche con el viejo. Supongo que será su padre y usted es la señorita Setliffe.

La señora Setliffe se dio cuenta de su error, agradeció el inocente cumplido y decidió no desengañarlo.

—¿Cómo sabe que soy la señorita Setliffe? —preguntó.

—Esta es la casa del viejo Setliffe, ¿o no?

Ella asintió.

—No sabía que tuviese una hija, pero supongo que es usted. Y

ahora, si no es mucha molestia, le agradecería que me dijese cómo salir.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es un ladrón, un maleante.

—Si fuese un buen ejemplo del oficio, me quedaría con los anillos que lleva en los dedos, en lugar de ser amable —respondió él—. Vine a sacarle algo al viejo Setliffe, no a robar a las mujeres. Si se aparta, creo que encontraré la salida sin ayuda.

La señora Setliffe era una mujer perspicaz y le pareció que tenía poco que temer de aquel hombre. Estaba segura de que no era el típico criminal. Su acento le indicó que no era un hombre de ciudad y le transmitió la amplitud y amabilidad de los espacios grandes y rurales.

—¿Y si grito? —preguntó, curiosa—. ¿Y si grito pidiendo ayuda? ¿Podría dispararme? ¿A una mujer?

Vio el desconcierto brillar fugazmente en sus ojos castaños. Respondió despacio y con aire pensativo, como si tuviese que resolver un problema complicado.

—Entonces supongo que tendría que estrangularla un poco y hacerle daño.

—¿A una mujer?

—Qué remedio —contestó él y apretó los labios con fuerza—. No es más que una mujer, pero verá, señorita, no puedo ir a la cárcel. No, señorita, se lo aseguro. Tengo un amigo que me espera en el oeste. Está metido en un lío y tengo que ayudarle. —El gesto de la boca mostró una determinación aún mayor—. Supongo que podría taparle la boca sin hacerle demasiado daño.

A los ojos de la mujer asomó una mirada inocente, incrédula.

—Es la primera vez que veo a un ladrón —le aseguró ella—. Y no sabe lo mucho que me interesa.

—No soy un ladrón, señorita. No soy un ladrón de verdad —añadió enseguida al ver el gesto incrédulo de ella—. Lo parece porque estoy aquí, en su casa. Pero es la primera vez que lo intento. Necesitaba el dinero… Es urgente. Además, lo veo como cobrar lo que se me debe.

—No lo entiendo —dijo ella y sonrió de forma alentadora—. Ha venido a robar y robar es coger algo que no le pertenece.

—Sí y no, en este caso concreto. Bueno, será mejor que me marche.

Se dirigió hacia la puerta del comedor, pero ella se interpuso, convertida en un obstáculo muy hermoso. Él extendió la mano izquierda como si fuese a agarrarla, aunque dudó. Sin duda le impresionaba su femineidad.

—¿Lo ve? —exclamó ella, triunfal—. Sabía que no se atrevería.

El hombre estaba avergonzado.

—Nunca he maltratado a una mujer —explicó—, y no me resulta fácil. Pero lo haré si grita.

—¿Por qué no se queda a charlar unos minutos? —lo instó ella—. Me interesa tanto. Me gustaría que me explicase por qué robar es cobrar lo que se le debe.

Él la miró con admiración.

—Siempre pensé que las mujeres tenían miedo de los ladrones —confesó—. Pero usted no.

Ella soltó una risa alegre.

—Hay ladrones y ladrones. Usted no me da miedo porque estoy segura de que no será capaz de hacerle daño a una mujer. Venga, charlemos un rato. Nadie nos molestará. Estoy sola. Mi… mi padre ha tomado el tren nocturno a Nueva York. Los criados están durmiendo. Me gustaría ofrecerle algo de comer: las mujeres siempre preparan algo de cenar a los ladrones a los que sorprenden, al menos en los relatos de las revistas. Pero yo no sé dónde encontrar comida. Tal vez le apetezca algo de beber.

Él dudó y no contestó, pero ella percibió una admiración cada vez mayor en su mirada.

—¿No tendrá miedo? —continuó ella—. No lo envenenaré, se lo prometo. Beberé con usted para que vea que no hay problema.

—Es usted una caja de sorpresas —afirmó él y, por primera vez, bajó el arma y la dejó colgar junto a su costado—. Que nadie vuelva a decirme que las mujeres de ciudad tienen miedo de todo. Usted es delicada y pequeña, pero tiene valor. Y además es confiada. No hay muchas mujeres, ni hombres, que tratarían a un hombre armado como me trata usted.

Ella sonrió, encantada con el cumplido, y luego dijo, muy seria:

—Eso es porque me gusta su aspecto. Parece demasiado decente para ser un ladrón. No debería comportarse así. Si tiene problemas, debería trabajar. Vamos, deje ese desagradable revólver y charlemos un rato. Lo que tiene que hacer es trabajar.

—En esta ciudad, no —comentó él con amargura—. He perdido varios centímetros de altura intentando encontrar trabajo. Los he desgastado de tanto andar. En serio, antes de empezar a buscar trabajo era más alto.

La risa divertida con la que ella recibió su broma, sin duda lo complació. Ella se dio cuenta enseguida y aprovechó la ventaja. Se alejó de la puerta y se dirigió al aparador.

—Vamos, cuéntemelo todo mientras le preparo una copa. ¿Qué prefiere? ¿Whisky?

—Sí, señora —respondió él, al tiempo que la seguía, aunque aún llevaba el enorme revólver al costado y miraba desconfiado hacia la puerta abierta, sin vigilancia.

En el aparador, la mujer llenó un vaso y luego dijo, con indecisión:

—Prometí beber con usted, pero no me gusta el whisky. Prefiero… prefiero el jerez.

Alzó la botella de jerez en busca de su consentimiento.

—Claro —respondió él—. El whisky es cosa de hombres. No me gusta ver a las mujeres bebiendo whisky. El vino es más apropiado.

Ella alzó su copa y en sus ojos había simpatía y comprensión.

—Brindo por encontrarle un buen puesto de…

Pero se interrumpió al ver la expresión de sorpresa y asco en el rostro de él, que apartó el vaso, casi sin tocar, de los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, preocupada—. ¿No le gusta? ¿Me he equivocado?

—Es un whisky muy raro. Sabe como si lo hubieran quemado y ahumado.

—¡Oh! ¡Qué tonta soy! Le he dado whisky escocés y usted estará acostumbrado al de centeno. Permita que se lo cambie.

Se mostró solícita, casi maternal, mientras cogía otro vaso y buscaba la botella adecuada.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, señora. En este no hay humo. Es de lo mejor. Hace una semana que no tomo una copa. Baja bien, es suave, no tiene química.

—¿Es bebedor?

En parte fue una pregunta, pero su tono también era desafiante.

—No, señora. No demasiado. Alguna vez he perdido el control y

me he pasado de la raya, pero muy pocas veces. Aunque hay momentos en los que un buen vaso ayuda a superar una situación complicada y este es uno de esos momentos. Gracias por su amabilidad, señora, pero tengo que irme.

Sin embargo, la señora Setliffe no quería quedarse sin su ladrón. Era demasiado equilibrada para dejarse llevar por la aventura, pero su situación actual resultaba tan emocionante que se sentía encantada. Además, sabía que no corría peligro. El hombre, a pesar de la firmeza de su mandíbula y la mirada fija de sus ojos castaños, era fácil de manejar. Y en el fondo de su cabeza se imaginaba una audiencia de amigos llenos de admiración hacia ella. ¡Qué pena no contar con un público así!

—No me ha explicado por qué, en su caso, robar equivale a cobrar lo que se le debe —le dijo—. Vamos, siéntese y cuéntemelo. Nos sentaremos aquí, a la mesa.

Maniobró para ocupar su silla de siempre, en la cabecera, y a él lo situó perpendicularmente a ella. Se fijó en que no había abandonado su actitud vigilante y sus ojos recorrían la estancia, observándolo todo, aunque luego volvían a mirarla con admiración, pero nunca durante mucho tiempo. También se dio cuenta de que, mientras ella hablaba, él se concentraba en escuchar otros posibles sonidos, además de su voz. Tampoco había renunciado al revólver, que estaba sobre la mesa, en la esquina, entre los dos, con la culata junto a la mano derecha de él.

Sin embargo, el hombre se encontraba en un hábitat nuevo y desconocido para él. Ese hombre del oeste, que dominaba la vida en los bosques y las cosas sencillas, que mantenía ojos y oídos alerta, tenso y desconfiado, no sabía que bajo la mesa, junto al pie de la mujer, había un pulsador que hacía sonar un timbre eléctrico. Nunca había oído hablar de semejante aparato, ni soñaba siquiera con su existencia, así que de nada servían su precaución y su vigilancia.

—Las cosas están así, señorita —empezó a decir en respuesta a la insistencia de ella—. El viejo Setliffe me fastidió el negocio hace tiempo. Fue injusto pero se salió con la suya. Cualquier negocio acaba siendo legal si lo respaldan unos cuantos cientos de millones. No me quejo y no quiero criticar a su padre. Él no me conoce de nada y creo que no sabe que me ha fastidiado. Es demasiado

importante para fijarse en un gusano como yo, piensa en cifras millonarias y actúa en consecuencia. Es un gran empresario. Tiene toda clase de expertos pensando, planificando y trabajando para él. Algunos, según cuentan, ganan más que el presidente de Estados Unidos. Solo soy uno de los muchos miles a los que su padre ha fastidiado, nada más.

»Verá, señora, yo tenía un pequeño agujero en la tierra que explotaba con la técnica de la minería hidráulica. Cuando la gente de Setliffe vino a sacarle dinero a Idaho, reorganizó el monopolio de la fundición, cambió por completo la situación y llevó a cabo el gran proyecto hidráulico de Twin Pines, yo me vi en un aprieto. No me pude ni quejar. Me borraron del mapa en un segundo. Por eso esta noche, arruinado y sabiendo que mi amigo necesita mi ayuda urgente, me colé aquí para sacarle algo a su padre. Lo necesitaba y me pareció que se me debía.

—Aunque todo lo que dice sea cierto —respondió ella—, entrar en una casa para robar sigue siendo entrar en una casa para robar. No podría defenderse de esa forma ante un tribunal.

—Ya lo sé —dijo el hombre, dócilmente—. Lo que es justo no siempre es legal. Por eso estoy tan incómodo, aquí sentado y hablando con usted. No porque no disfrute de su compañía, que sí, pero no puedo permitirme acabar detenido. Sé lo que me harían en esta ciudad. La semana pasada, a un joven le cayeron cincuenta años por atracar a un hombre en la calle y sacarle dos dólares con ochenta y cinco centavos. Lo leí en el periódico. Cuando las cosas se ponen feas y no hay trabajo, la gente se desespera. Los que tienen cosas que pueden robarse también se desesperan y se ceban con los demás. Si me detienen, supongo que no me caerían menos de diez años. Por eso quiero irme.

—No. Espere —dijo ella mientras alzaba una mano para detenerlo y al mismo tiempo levantaba el pie del timbre, que había estado presionando intermitentemente—. Aún no me ha dicho cómo se llama.

Él dudó.

—Llámeme Dave.

—De acuerdo, Dave… —Se detuvo y se rió, confusa—. Tengo que hacer algo por usted. Es joven y solo ha dado un primer paso por el mal camino. Aunque empiece por intentar cobrar lo que cree

que se le debe, terminará robando lo que sabe perfectamente que no le corresponde. Y ya sabe lo que le ocurrirá. En vez de eso, debemos encontrar una ocupación honrada para usted.

—Necesito el dinero y lo necesito ya —respondió él con tenacidad—. No para mí, sino para el amigo del que le hablé. Está en un buen lío y si no lo ayudo ya, no servirá de nada más adelante.

—Puedo conseguirle un empleo —insistió ella—. Y… sí, ¡ya sé! Le prestaré el dinero que quiere enviarle a su amigo. Me lo devolverá de su sueldo.

—Me bastará con trescientos dólares —dijo él, muy despacio—. Con trescientos saldrá adelante. Me dejaré la piel trabajando durante un año a cambio de eso, comida y alojamiento y unos pocos centavos para tabaco.

—¡Ah, fuma usted! No me había fijado.

Su mano pasó por encima del revólver hacia la de él, al señalar las yemas amarillas y delatoras de sus dedos. Al mismo tiempo, calculó lo cerca que tanto su mano como la de él se encontraban del arma. Ansiaba agarrarla con un movimiento rápido. Estaba segura de poder hacerlo, aunque no del todo. Por eso se contuvo y retiró la mano.

—¿Quiere fumar? —lo invitó.

—Me muero de ganas.

—Pues hágalo. No me molesta. Incluso me gusta, si son cigarrillos, claro.

El hombre metió la mano izquierda en uno de sus bolsillos, sacó un único papel de fumar y lo pasó a la mano derecha, próxima al revólver. Volvió a meter la mano en el bolsillo y vació sobre el papel una pizca de tabaco. Luego, con ambas manos sobre el revólver, se concentró en liar el cigarrillo.

—Por la forma en que ronda siempre esa arma tan desagradable, parece que me tiene miedo —lo desafió la mujer.

—Yo no lo llamaría miedo, señora. Más bien timidez, dadas las circunstancias.

—Pero yo no le tengo miedo a usted.

—No tiene nada que perder.

—La vida —respondió ella.

—Eso es verdad —reconoció él enseguida—. Y aún así no me tiene miedo. A lo mejor me preocupo demasiado.

—Yo no le haría daño alguno. —Mientras hablaba, su zapatilla tanteó en busca del timbre y lo pisó. Al mismo tiempo, le dedicó la más sincera de las miradas—. Usted sabe juzgar a los hombres. Estoy segura. Y a las mujeres. Solo intento apartarlo de la delincuencia y buscarle un trabajo honrado.

Él se mostró arrepentido de inmediato.

—Le pido disculpas, señora —dijo—. Supongo que verme tan nervioso no le resulta agradable.

Mientras lo decía, apartó la mano derecha de la mesa y, tras encender el pitillo, la dejó caer al costado.

—Gracias por su confianza —murmuró ella en voz baja, obligándose a no mirar el arma para calcular la distancia a la que se encontraba y apretando con fuerza el timbre, sin descanso.

—En cuanto a los trescientos dólares —empezó a decir el hombre—, puedo enviar un giro al oeste esta misma noche. Y trabajaré un año entero por esa cantidad, la comida y el alojamiento.

—Ganará más que eso. Puedo prometerle un mínimo de setenta y cinco dólares al mes. ¿Sabe de caballos?

Al hombre se le iluminó el rostro y le brillaron los ojos.

—Entonces trabajará para mí, o más bien para mi padre, aunque soy yo quien se ocupa de contratar al servicio. Necesito un segundo cochero…

—¿Tendré que llevar uniforme? —la interrumpió él, en la voz y en los labios el desdén de un hombre nacido libre en el oeste.

Ella sonrió, tolerante.

—Es evidente que eso no puede ser. Déjeme pensar. Sí, ¿sabe domar potros?

Él asintió.

—Tenemos una explotación ganadera en la que hay sitio para alguien como usted. ¿Acepta el empleo?

—¿Que si lo acepto, señora? —En su voz había gratitud y entusiasmo—. Dígame dónde está. Mañana mismo me presentaré allí. Y una cosa le prometo: jamás se arrepentirá de haberle echado una mano a Hughie Luke en el…

—Creí que había dicho que se llamaba Dave —lo reprendió en tono compasivo.

—Sí, señora, lo dije. Y le pido perdón. Fue un farol. Me llamo

Hughie Luke. Y si me da la dirección de su granja y el dinero para el viaje, mañana a primera hora salgo para allí.

Durante toda la conversación ella no había dejado de utilizar el timbre. Lo había pulsado de todas las formas posibles: tres toques cortos y uno largo, dos cortos y uno largo, y cinco cortos. Había probado con largas series de llamadas cortas y en una ocasión lo había pisado durante tres minutos seguidos. Dudaba entre amonestar al estúpido del mayordomo por su sueño profundo o pensar que el timbre estaba estropeado.

—Me alegro mucho —dijo—. Me alegro de que acepte. Ya está casi todo hecho. Aunque tendrá que confiar en mí mientras voy arriba a por mi cartera. —Vio un atisbo de duda en la mirada del hombre y se apresuró a añadir—: Pero ya ve que yo confío en usted porque le voy a adelantar trescientos dólares.

—Creo en usted, señora —respondió él en tono amable—. Es que no puedo evitar preocuparme.

—¿Voy a buscarla?

Pero antes de recibir el permiso, percibió el rechinar muy leve y amortiguado de una puerta en la distancia. Supo que se trataba de la puerta de vaivén de la despensa del mayordomo. Aunque había sido tan tenue —más una ligera vibración que un sonido— que no lo habría oído si no lo hubiese estado esperando. Sin embargo, el hombre sí lo oyó. Se sobresaltó sin perder la serenidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Como respuesta, la mano izquierda de la mujer se lanzó veloz sobre el revólver y se apoderó de él. Se había adelantado al hombre, por suerte, ya que casi al mismo tiempo, él alzó la mano desde el costado y agarró el vacío que había dejado el arma.

—¡Siéntese! —ordenó ella secamente, en un tono nuevo para él —. No se mueva. Mantenga las manos sobre la mesa.

Había aprendido de él. En lugar de sujetar la pesada arma con el brazo extendido, la culata y su antebrazo descansaban sobre la mesa, mientras le apuntaba al pecho, en lugar de a la cabeza. Él mantuvo la calma, obedeció sus órdenes y supo que no había ni la más mínima posibilidad de que el retroceso la llevase a fallar el tiro. También se fijó en que el revólver no temblaba, ni la mano de la mujer. De sobra sabía el agujero que provocaban esas balas a tan corta distancia. No la miraba a ella, sino al percutor, que se había

alzado bajo la presión del índice de la mujer en el gatillo.

—Creo que es mejor advertirla de que ese gatillo es de lo más sensible. No apriete demasiado o me hará un agujero del tamaño de una nuez.

Ella permitió que el percutor bajase un poco.

—Así está mejor —comentó él—. Aunque le aconsejo que lo baje del todo. Funciona muy bien. Si lo desea, bastará con apretarlo rápidamente y dejará su precioso suelo hecho una porquería.

Se abrió una puerta a su espalda y oyó a alguien entrar en la habitación. Pero no giró la cabeza. La miraba a ella y descubrió que su rostro era el de otra mujer: duro, frío, despiadado, aunque muy hermoso. Los ojos también se habían endurecido y en ellos brillaba una luz gélida.

—Thomas, vaya al teléfono y llame a la Policía —ordenó la mujer—. ¿Por qué ha tardado tanto en responder?

—He venido en cuanto oí el timbre, señora —contestó el mayordomo.

El ladrón no apartó los ojos de los de ella en ningún momento, ni ella de los de él, por eso la mujer supo que la mención al timbre lo había desconcertado.

—Disculpe —dijo el mayordomo desde atrás—, pero ¿no sería mejor que fuese a buscar un arma y despertara al servicio?

—No. Llame a la Policía. De este hombre puedo ocuparme yo. Vaya y dese prisa.

El mayordomo abandonó la estancia y ellos permanecieron sentados, mirándose a los ojos. Para ella, se trataba de una experiencia emocionante y se imaginaba cómo hablaría la gente de todo aquello. Incluso habría notas de sociedad en las revistas que relatarían la forma en que la hermosa y joven señora Setliffe había capturado sin ayuda a un ladrón armado. Estaba segura de que causaría sensación.

—Cuando lo condenen, tal y como usted mismo dijo antes —comentó fríamente—, tendrá tiempo para pensar en la estupidez que cometió al intentar robar propiedades ajenas y amenazar a una mujer con un revólver. Tendrá tiempo de sobra para aprender la lección. Y ahora, dígame la verdad. No existe ese amigo con problemas. Todo lo que me ha contado es mentira.

Él no contestó. Aunque la miraba, sus ojos permanecieron

inexpresivos. En realidad, ni siquiera la veía a ella, sino los amplios espacios bañados por el sol del oeste, donde los hombres y las mujeres era mucho mejores que los podridos habitantes de las podridas ciudades del este.

—Vamos, ¿por qué no habla? ¿Por qué no cuenta más mentiras? ¿Por qué no me ruega que lo deje marchar?

—Podría hacerlo —respondió él, pasándose la lengua por los labios resecos—. Podría rogar que me dejase marchar si…

—¿Si qué? —preguntó ella en tono autoritario al ver que él se detenía.

—Intentaba buscar la palabra adecuada. Como iba diciendo, podría si usted fuese una mujer decente.

Ella se puso pálida.

—Tenga cuidado —advirtió.

—No se atreverá a matarme —se burló él—. El mundo ya es bastante porquería con una alimaña como usted merodeando en libertad, pero aún no ha caído tan bajo, creo yo, como para permitir que me meta un tiro. Usted es mala, pero su problema es que su maldad es débil. No hace falta mucho para matar a un hombre, pero usted no lo tiene. Por eso saldrá perdiendo.

—Tenga cuidado con lo que dice —insistió ella—, o le advierto que lo pasará mal. Puedo conseguir que su condena sea más corta o más larga.

—A Dios tiene que ocurrirle algo muy malo —comentó él, sin darle importancia—, si permite que usted ande suelta por ahí. No comprendo qué es lo que busca al jugar de esta forma con la pobre humanidad. Si yo fuese Dios…

Pero lo interrumpió la entrada del mayordomo.

—Algo le pasa al teléfono, señora —anunció—. Tienen que estar mal las líneas, o algo falla, porque no consigo hablar con la centralita.

—Despierte a uno de los criados —ordenó ella—. Mándelo a buscar a un policía y luego vuelva aquí.

Se quedaron solos de nuevo.

—¿Sería tan amable de responder a una pregunta, señora? —preguntó el hombre—. Ese criado dijo algo de un timbre. Yo no le he quitado la vista de encima y estoy seguro de que no usó ningún timbre.

—Está en el suelo, bajo la mesa, tonto infeliz. Lo apreté con el pie.

—Gracias, señora. Creía que había visto gente mala antes, pero ahora ya sé lo que es la maldad. Confié en usted y fui sincero, pero usted no dejó de mentir ni un momento.

Ella se rió, burlándose de él.

—Siga. Diga lo que quiera. Es muy interesante.

—Coqueteó conmigo, se mostró inocente y amable, exageró el hecho de que lleva faldas y no pantalones y… siempre con el pie sobre el timbre, bajo la mesa. Pero hay algo que me consuela. Prefiero ser el pobre Hughie Luke y cumplir diez años de condena a estar en su pellejo. Señora, el infierno está lleno de mujeres como usted.

Guardaron silencio durante un rato, que el hombre, sin dejar de mirarla y de estudiarla, aprovechó para tomar una decisión.

—Vamos —le instó ella—. Diga algo.

—Sí, señora, algo voy a decir. Claro que sí. ¿Sabe lo que voy a hacer? Me voy a levantar de esta silla y voy a salir por esa puerta. Le quitaría el arma si no fuera porque podría ponerse tonta y dispararla sin querer. Quédese con ella. Es buena. Como decía, voy a salir por esa puerta. Y usted no va a disparar. Hay que tener agallas para matar a un hombre y usted no las tiene. Ahora prepárese, a ver si es capaz de apretar el gatillo. Yo no le haré daño. Voy a salir por esa puerta ahora mismo.

Con los ojos clavados en los de ella, empujó la silla hacia atrás y se levantó despacio. El percutor se elevó un poco. La mujer lo miró. Él también.

—Más fuerte —aconsejó—. Aún no está ni a medio camino. Vamos, apriete con fuerza y mate a un hombre. Eso es, mate a un hombre, haga que sus sesos salpiquen el suelo o plántele un agujero en el pecho del tamaño de su puño. Eso es lo que significa matar a un hombre.

El percutor descendió a sacudidas, pero con suavidad. El hombre le dio la espalda y caminó despacio hacia la puerta. Ella giró el revólver para apuntar a su espalda. Dos veces elevó el percutor hasta la mitad y dos veces lo volvió a bajar de mala gana.

Al llegar a la puerta, el hombre se giró un momento antes de cruzar el umbral. En sus labios había una mueca de desprecio. Le

habló en voz baja, casi arrastrando los sonidos, pero su voz encerraba la quintaesencia del asco y la repugnancia cuando la insultó con una palabra vil y atroz.

[1910]

La eternidad de las formas

ON EL FALLECIMIENTO del señor Sedley Crayden, de Crayden Hill, una extraña vida ha

concluido. Afable e inofensivo, fue víctima de un insólito delirio que lo mantuvo pegado a su silla, día y noche, los dos últimos años de vida. La misteriosa muerte —o más bien desaparición— de su hermano mayor, James Crayden, parece haberlo atormentado, porque fue al poco de acontecer cuando ese delirio empezó a manifestarse.

El señor Crayden nunca se dignó a explicar tan extraña conducta. Físicamente no le ocurría nada y, mentalmente, los alienistas lo encontraban normal en todos los aspectos, salvo por esa única peculiaridad excepcional. Su permanencia en esa silla era puramente voluntaria, un acto volitivo. Ahora ha muerto y el misterio permanece sin resolver.

EXTRACTO DEL *NEWTON COURIER-TIMES*

BREVEMENTE DIRÉ que fui el ayuda de cámara y criado de confianza del señor don Sedley Crayden durante los últimos ocho meses de su vida. En ese tiempo escribió mucho en un manuscrito que siempre guardaba pegado a él, excepto cuando dormitaba o dormía, en cuyas ocasiones lo encerraba bajo llave en un cajón del escritorio, al alcance de su mano.

Yo sentía curiosidad por leer lo que escribía el anciano caballero, pero él se mostraba muy precavido y astuto. Jamás logré echarle una simple ojeada al manuscrito. Si se encontraba ocupado en él cuando yo lo atendía, tapaba la página de arriba con una gran hoja de papel secante. Fui yo quien lo encontró muerto en su silla y fue entonces cuando me tomé la libertad de sustraer el manuscrito. Sentía mucha curiosidad por leerlo y no tengo excusa.

Tras conservarlo en mi poder sin revelar el secreto durante varios años y asegurarme de que no quedan parientes vivos del señor Crayden, he decidido hacer pública la naturaleza de dicho manuscrito. Es muy largo y he omitido la gran mayoría de su contenido, dejando solo los fragmentos más lúcidos. Presenta todas las características de una mente enferma y varias experiencias se repiten una y otra vez, mientras que una buena parte del mismo es tan imprecisa e incoherente como para resultar incomprensible. Sin embargo, luego de leerlo me atrevo a predecir que, si alguien excavase en el sótano principal, en algún punto próximo a los cimientos de la chimenea grande, encontraría un montón de huesos

que se parecerán mucho a esos que, en el pasado, la carne mortal de James Crayden recubrió.

DECLARACIÓN DE RUDOLPH HECKLER

A continuación se presentan los fragmentos del manuscrito que Rudolph Heckler preparó y ordenó:

NO MATÉ A MI HERMANO. Esta será siempre mi primera afirmación y también la última. ¿Por qué iba a matarlo? Convivimos en perfecta armonía durante veinte años. Eramos hombres maduros y las pasiones y malos humores de la juventud se habían apagado hacía mucho tiempo. Siempre estábamos de acuerdo en todo, hasta en los asuntos más triviales. Jamás hubo una armonía como la nuestra. Éramos eruditos. El mundo exterior no nos importaba. Nos bastaba con nuestros libros y nuestra compañía. Nunca hubo conversaciones como las nuestras. Muchas noches nos quedamos hasta las dos o tres de la madrugada conversando, sopesando opiniones y pareceres, consultando autoridades… en resumen, habitábamos en lo más alto de la elevación intelectual y amistosa.

DESAPARECIÓ. Supuso una gran conmoción para mí. ¿Por qué iba a desaparecer? ¿Dónde podía estar? Era muy raro. Me quedé de piedra. Dicen que estuve varias semanas enfermo. Tuve fiebre cerebral. Me la provocó su inexplicable desaparición. Desapareció al principio de la experiencia que espero relatar aquí.

¡Cuánto me he esforzado por encontrarlo! No soy un hombre excesivamente rico, sin embargo, he ofrecido recompensas cada vez más altas. Lo he publicado en todos los periódicos y buscado la ayuda de todas las agencias de detectives. En este momento, las recompensas que ofrezco superan los cincuenta mil dólares.

DICEN QUE FUE ASESINADO. También dicen que el asesinato siempre sale a la luz. Y yo digo, ¿por qué el suyo no? ¿Quién lo hizo? ¿Dónde está? ¿Dónde está Jim? ¿Mi Jim?

ÉRAMOS TAN FELICES JUNTOS. Tenía una mente extraordinaria, excepcional, tan bien fundamentada, tan extensamente informada, tan inflexiblemente lógica que no resulta extraño que estuviésemos

de acuerdo en todo. Entre nosotros no existía la discordia. Jim era el hombre más honrado que he conocido. También en eso coincidíamos, como en nuestra sinceridad intelectual. Nunca sacrificábamos la verdad por tener razón. No teníamos teorías que demostrar, tan de acuerdo estábamos en todo. Resulta absurdo pensar que podíamos discutir por algo.

OJALÁ VOLVIERA. ¿Por qué se fue? ¿Quién puede explicarlo? Me siento solo y deprimido por terribles presagios, asustado por un miedo psicológico que reduce a cero todo cuanto mi mente ha concebido alguna vez. La forma es mutable. Es lo último de las ciencias útiles. Los muertos no vuelven. Eso es indiscutible. Los muertos, muertos están. Fin de la discusión y de los muertos. Sin embargo, yo he vivido experiencias, aquí, en esta misma habitación, en este mismo escritorio, que… Pero, un momento. Lo escribiré todo con palabras sencillas e inequívocas. Haré preguntas. ¿Quién traspapela mi pluma? Eso es lo que deseo saber. ¿Quién agota mi tinta tan rápidamente? Yo no. Pero la tinta se acaba.

LA RESPUESTA A ESAS PREGUNTAS resolvería todos los enigmas del universo. Yo sé la respuesta. No soy idiota. Y un día, si me siento atormentado en exceso, desesperado, daré esa respuesta. Daré el nombre de quien traspapela mi pluma y agota mi tinta. Es de tontos pensar que yo podría consumir semejante cantidad de tinta. El criado miente. Lo sé.

HE CONSEGUIDO una estilográfica. Nunca me han gustado, pero tenía que deshacerme de mi vieja y maltrecha pluma. La quemé en la chimenea. Guardo la tinta bajo llave. Me ocuparé de poner fin a todas esas mentiras que se escriben sobre mí. Y tengo otros planes. No es verdad que me haya retractado. Sigo creyendo que vivo en un universo mecánico. Nadie me ha demostrado lo contrario, por más que haya espiado por encima de su hombro y leído sus malignas afirmaciones al respecto. Se cree que soy tan estúpido como la media. Se cree que yo creo que es real. Vaya tontería. Sé que es producto de mi imaginación, nada más.

Las alucinaciones existen. Incluso mientras leía por encima de su

hombro yo era consciente de que aquello era una alucinación. Si me encontrara bien, sería interesante. Toda mi vida he querido experimentar ese fenómeno. Ahora ha llegado el momento. Intentaré sacarle partido. ¿Qué es la imaginación? Crear algo donde no hay nada. ¿Cómo puede haber algo donde nada hay? ¿Cómo algo puede ser algo y nada al mismo tiempo? Dejaré que los metafísicos reflexionen al respecto. Yo ya tengo respuesta. Y nada de escolásticos. Estamos en el mundo real y todo lo que contiene es real. Lo que no es real, no está. Por lo tanto, él no está. Sin embargo, intenta engañarme para que crea que sí está… aunque yo sé bien que no existe fuera de las células de mi cerebro.

HOY LO HE VISTO SENTADO ante la mesa de la biblioteca, escribiendo. Me llevé un buen susto porque creía que se había esfumado. Sin embargo, al mirarlo fijamente me di cuenta de que no estaba allí, solo era el viejo truco de la mente. Me he recreado demasiado en lo ocurrido. Resulta malsano y mi indigestión amenaza con empeorar. Haré ejercicio. Caminaré durante dos horas todos los días.

ES IMPOSIBLE. No puedo hacer ejercicio. Cada vez que regreso de pasear, está sentado en mi silla, ante el escritorio. Cada vez es más difícil echarlo. La silla es mía. Insisto en este punto. Era suya, pero está muerto y ya no lo es. ¡De qué forma nos engañan los fantasmas de nuestra propia imaginación! Esta aparición no es real. Lo sé. Lo tengo muy claro después de cincuenta años de estudios. Los muertos, muertos están.

SIN EMBARGO, que alguien me explique una cosa. Hoy, antes de salir a pasear, tuve la precaución de guardarme la estilográfica en el bolsillo antes de abandonar la biblioteca. Lo recuerdo con toda claridad. Miré el reloj en ese momento. Era las diez y veinte. Pero al volver, la estilográfica descansaba sobre la mesa. Alguien la había usado. Casi no le quedaba tinta. Ojalá no escribiera tanto. Es desconcertante.

HABÍA ALGO ACERCA de lo que Jim y yo no estábamos totalmente de acuerdo. Él creía en la eternidad de las formas de las cosas. Por lo tanto, de inmediato abrazó la consecuente creencia en la inmortalidad y demás nociones de los filósofos metafísicos. Yo tenía poca paciencia con él cuando se ponía así. Muy concienzudamente rastreé la evolución de su creencia en la eternidad de las formas y le demostré que había surgido de su temprana obsesión por la lógica y las matemáticas. Desde luego, a partir de esa perspectiva abstracta, retorcida y contaminada, resulta muy fácil creer en la eternidad de las formas.

Me reí del mundo invisible. Afirmé que solo lo real era real y que lo que no percibíamos no existía, no podía existir. Creía en un universo mecánico. La química y la física lo explicaban todo. «¿Puede existir la inexistencia?», me preguntó en respuesta. Le dije que su pregunta no era más que la principal premisa de un falaz silogismo de la ciencia cristiana. Oh, créanme, yo también domino la lógica. Pero él se mostró muy obstinado. Nunca he tenido paciencia con los idealistas filosóficos.

EN UNA OCASIÓN hice profesión de mi fe ante él. Fue sencilla, breve, irrefutable. Incluso ahora, mientras escribo, sé que es irrefutable. Es la siguiente. Le dije: «Reivindico, como Hobbes, que resulta imposible separar el pensamiento de la materia que piensa. Reivindico, como Bacon, que el entendimiento humano se origina en el mundo de las sensaciones. Reivindico, como Locke, que todas las ideas humanas se deben al funcionamiento de los sentidos. Reivindico, como Kant, el origen mecánico del universo y que la creación es un proceso histórico y natural. Reivindico, como Laplace, que no es necesaria la hipótesis de un creador. Y, por último, reivindico, debido a todo lo anterior, que la forma es efímera. La forma muere. Por lo tanto, nosotros morimos».

Lo repito: era irrefutable. Sin embargo, él la refutó con la analogía del relojero, la célebre falacia de Paley. Además, habló del radio y casi afirmó que la existencia de la materia había quedado desbaratada por las modernas investigaciones de laboratorio. Resultó pueril. Ni se me habría ocurrido pensar que podía ser tan inmaduro.

¿Cómo discutir con un hombre así? Entonces reivindiqué la

razonabilidad de todo lo que existe. Estuvo de acuerdo, aunque con una excepción. Mientras lo decía me miraba de una forma que no dejaba lugar a error. La conclusión resultaba obvia. Me sorprendió que fuese culpable de un chiste de tan mal gusto en medio de una discusión tan seria.

La eternidad de las formas. Es ridículo. Sin embargo, las palabras tienen un encanto que atrae. Si fuese verdad, entonces él no ha dejado de existir. Luego existe. Imposible.

He dejado de hacer ejercicio. Mientras permanezco en la biblioteca, la alucinación no me molesta. Pero cuando vuelvo a entrar tras haberme ausentado él está siempre allí, sentado a la mesa, escribiendo. Sin embargo, no me atrevo a confiar en un médico. Esto debo superarlo yo solo.

Cada día me importuna más. Hoy, mientras consultaba un libro de la estantería, me giré y de nuevo me lo encontré en la silla. Es la primera vez que se atreve a hacerlo en mi presencia. Aun así, mirándolo fija y concentradamente durante varios minutos, lo obligué a desvanecerse. Eso demuestra mi argumento. No existe. Si fuese una forma eterna no podría hacerlo desaparecer ejercitando mi fuerza de voluntad.

Es horrible. Hoy lo he mirado fijamente durante una hora entera antes de conseguir echarlo. Sin embargo, es muy sencillo. Lo que veo es la imagen de un recuerdo. Durante veinte años lo vi allí sentado, ante el escritorio. El fenómeno de ahora no es más que un recrudecimiento de esa imagen de un recuerdo, una imagen grabada en infinidad de ocasiones sobre mi consciencia.

Hoy me he rendido. Me ha agotado y no se ha ido. Me senté observándolo hora tras hora. No me hace ni caso, se concentra en escribir. Sé lo que escribe porque lo leo por encima de su hombro. No es verdad. Aprovecha una ventaja injusta.

UNA DUDA: Él es producto de mi imaginación; entonces, ¿es posible que los entes sean creados por la consciencia?

NO NOS PELEAMOS. Ni siquiera ahora sé cómo ocurrió. Lo contaré. Así verán. Aquella inolvidable última noche de su existencia nos quedamos hasta tarde. Enfrascados en nuestra vieja discusión de siempre, la eternidad de las formas. ¡Cuántas horas y cuántas noches consumidas entregados a ella!

Esa noche se había mostrado especialmente irritante y yo tenía los nervios a flor de piel. Él había insistido en que el alma humana era una forma en sí misma, una forma eterna, y que la luz de su cerebro permanecería encendida para siempre. Yo cogí el atizador.

—Imagina —le dije— que te doy con esto y te mato.

—Seguiría aquí —respondió él.

—¿Como entidad consciente? —pregunté.

—Sí, como entidad consciente —respondió—. Seguiría adelante, pasando de plano en plano de una existencia más elevada, recordando mi vida en la tierra, a ti, esta misma discusión, sí, y continuaría discutiendo contigo.

No fue más que un argumento[2]. Juro que solo fue por argumentar. ¿Cómo iba a hacerlo yo? Era mi hermano, mi hermano mayor, Jim.

No logro recordar. Yo estaba exasperado. Siempre había sido tan obstinado con sus creencias metafísicas. Cuando quise darme cuenta, estaba caído sobre la chimenea. Corría la sangre. Fue horrible. No hablaba. No se movía. Tuvo que darle un ataque, se cayó y se dio un golpe en la cabeza. Me di cuenta de que el atizador estaba manchado de sangre. Al caerse, debió golpearse la cabeza contra él. Sin embargo, no entiendo cómo pudo ocurrir, porque yo sostuve el atizador en la mano todo el tiempo. De hecho, aún lo tenía en la mano mientras lo miraba.

ES UNA ALUCINACIÓN. El sentido común llegaría a esa conclusión. La he visto ir creciendo. Al principio solo podía verlo sentado en la silla cuando la iluminación era casi inexistente. Pero, al ir transcurriendo el tiempo y reforzarse la alucinación de tanto repetirse, consiguió aparecer ante mí en la silla bajo las luces más

potentes. Esa es la explicación. Resulta satisfactoria.

JAMÁS OLVIDARÉ la primera vez que lo vi. Había cenado solo, abajo. Nunca bebo vino, así que lo que ocurrió no tuvo nada que ver con eso. Regresé a la biblioteca en pleno crepúsculo veraniego. Miré hacia el escritorio. Estaba allí sentado. Tan natural fue todo que, antes de darme cuenta, ya había gritado: «¡Jim!». Luego recordé lo que había ocurrido. Por supuesto que era una alucinación. Lo sabía. Cogí el atizador y me dirigí hacia ella. Ni se movió ni se desvaneció. El atizador atravesó la inexistente corporeidad de aquella cosa y golpeó el respaldo de la silla. Un producto de la imaginación, eso es lo que era. En la silla aún se aprecia la marca que dejó el atizador. Dejo de escribir y me giro para mirarla. Presiono las yemas de los dedos sobre la hendidura.

HA CONTINUADO discutiendo conmigo. Hoy me he acercado a mirar por encima de su hombro. Escribía la historia de nuestra discusión. La misma tontería de siempre sobre la eternidad de las formas. Pero mientras leía, él tomó nota de la prueba práctica que yo había realizado con el atizador. Es injusto y falso. Yo no hice prueba alguna. Al caer, se golpeó la cabeza contra el atizador.

ALGÚN DÍA ALGUIEN encontrará y leerá sus escritos. Será terrible. No me fio del criado, que siempre está espiando y merodeando, porque intenta ver lo que escribo. Tengo que hacer algo. Todos mis criados han sentido curiosidad por mis escritos.

PRODUCTO DE LA IMAGINACIÓN. Eso es lo que es. No es Jim quien se sienta en la silla. Ya lo sé. Anoche, cuando todos dormían, bajé al sótano y observé con atención la tierra que rodea la chimenea. Nadie la había tocado. Los muertos no resucitan.

AYER POR LA MAÑANA, al entrar en la biblioteca, me lo encontré en la silla. Cuando conseguí que se desvaneciera, ocupé la silla y allí me quedé todo el día. Pedí que me llevaran todas las comidas. Así

me libré de verlo durante muchas horas, porque solo se aparece en la silla. Fue agotador, pero permanecí allí sentado hasta tarde, hasta las once de la noche. Sin embargo, tras levantarme para irme a la cama, me giré y allí estaba. Había ocupado la silla al instante. Como solo es un producto de la imaginación, había residido todo el día en mi cerebro. En cuanto la silla quedó libre, trasladó allí su residencia. ¿Serán esos los planos de una existencia más elevada de los que tanto presumía? ¿La mente de su hermano y una silla? Al fin y al cabo, ¿no tenía razón él? ¿Se ha atenuado tanto su forma eterna que se convierte en alucinación? ¿Son entes reales las alucinaciones? ¿Por qué no? Ahí hay mucho que pensar. Algún día llegaré a una conclusión.

HOY SE SINTIÓ TRASTORNADO. No pudo escribir porque le ordené al criado que se llevara la estilográfica en el bolsillo y saliera de la estancia. Pero yo tampoco pude escribir.

EL CRIADO NUNCA lo ve. Eso es raro. ¿Habré desarrollado una capacidad mayor de ver lo invisible? ¿O demostrará precisamente que el fantasma es lo que es: un producto de mi propia consciencia enfermiza?

ME HA VUELTO A ROBAR la estilográfica. Las alucinaciones no pueden robar estilográficas. Eso es irrefutable. Sin embargo, no puedo mantener la estilográfica siempre fuera de la biblioteca. Yo también quiero escribir.

HE TENIDO TRES CRIADOS diferentes desde que me encontré con el problema y ninguno lo ha visto. ¿Será correcto el veredicto de sus sentidos? ¿Y el de los míos, equivocado? En cualquier caso, la tinta se consume con demasiada rapidez. Recargo la estilográfica más a menudo de lo necesario. Además, hoy mismo he descubierto que está estropeada. Y yo no he sido.

LE HE HABLADO muchas veces, pero nunca responde. Hoy me

senté y lo observé durante toda la mañana. Me miró con frecuencia y quedó claro que me conocía.

SI ME GOLPEO EN LA SIEN fuertemente con la parte inferior de la palma de la mano, logro apartar su imagen de mis ojos. Así puedo ocupar la silla, aunque ya sé que debo moverme a gran velocidad si quiero conseguirlo. A menudo me engaña y vuelve a su sitio antes de que yo sea capaz de sentarme.

ESTO EMPIEZA A RESULTAR insoportable. Aparece en la silla con la rapidez de un muñeco sorpresa cuando sale de su caja. No se forma despacio. Aparece sin más. Es la única manera de describirlo. No soporto mirarlo. Me empujaría a la locura porque casi me obliga a creer en la realidad de lo que sé que no es real. Además, las alucinaciones no aparecen de esa forma.

GRACIAS A DIOS que solo se manifiesta en la silla. Mientras la ocupe yo, me libro de él.

LA ESTRATAGEMA de echarlo de la silla golpeándome la cabeza empieza a fallar. Tengo que darme con mucha más fuerza y solo logro el éxito una vez de cada diez o más intentos. Me duele bastante la cabeza en el punto donde me doy los golpes. Tengo que usar la otra mano.

MI HERMANO tenía razón. Hay un mundo invisible. ¿Acaso no lo veo yo? ¿No tengo la desgracia de verlo todo el tiempo? Llamémosle pensamiento, idea o lo que queramos, pero sigue ahí. Es ineludible. Los pensamientos son entes. Con el acto de pensar, creamos. Yo he creado este fantasma que se sienta en mi silla y consume mi tinta. Que lo haya creado yo no es motivo para que sea menos real. Es una idea, es un ente; luego las ideas son entes y un ente es una realidad.

UNA DUDA: Si un hombre, con todo el proceso histórico a sus

espaldas, puede crear un ente, algo real, entonces, ¿no resulta trascendental la hipótesis de un creador? Si la esencia de la vida puede crear, resulta justo asumir que puede haber Alguien que crease la esencia de la vida. Solo es una diferencia de categoría. Yo aún no he hecho una montaña o un sistema solar, pero sí que he hecho algo que se sienta en mi silla. Siendo así, ¿no podría algún día ser capaz de hacer una montaña o un sistema solar?

DESDE SIEMPRE, hasta hoy mismo, el hombre ha vivido en un laberinto. Nunca ha visto la luz. Estoy convencido de que yo empiezo a ver la luz, no como la vio mi hermano —tropezando con ella de forma accidental—, sino deliberada y racionalmente. Mi hermano está muerto. Se ha ido. De eso no hay duda porque he vuelto a bajar al sótano para comprobarlo. El suelo estaba intacto. Yo mismo lo excavé para asegurarme y lo que vi me dejó totalmente seguro. Mi hermano se ha ido, sin embargo, yo lo he recreado. Esto no es mi hermano mayor, aunque sí es algo lo más parecido a él que he podido elaborar. No soy como los demás hombres. Soy un dios. He creado.

SIEMPRE QUE ABANDONO la biblioteca para irme a la cama miro hacia atrás y veo a mi hermano sentado en la silla. Luego no consigo dormir porque me lo imagino allí aposentado durante las largas horas nocturnas. Por la mañana, cuando abro la puerta de la biblioteca, sigue allí y sé que ha permanecido toda la noche en el mismo sitio.

LA FALTA DE SUEÑO empieza desesperarme. Ojalá pudiese confiar en un médico.

¡BENDITO SUEÑO! Por fin he conseguido dormir. Relataré cómo. Anoche estaba tan agotado que acabé por echar una cabezada en la silla. Llamé al criado y le ordené que me llevase unas mantas. Dormí. Conseguí apartarlo de mis pensamientos durante toda la noche, igual que lo aparté de mi silla. Permaneceré sentado en ella el día entero. Supone un gran alivio.

DORMIR EN UNA SILLA resulta incómodo. Pero aún lo es más tumbarse en la cama sin dormir hora tras hora y saber que él está allí sentado, en medio del frío y la oscuridad.

ES INÚTIL. Jamás podré volver a dormir en una cama. Lo he intentado muchas veces y siempre la noche se ha convertido en un espanto. ¡Si pudiese convencerlo para que se fuese a la cama! Pero no. Permanece allí sentado sin hacer otra cosa. Lo sé de sobra. Mientras yo me quedo con los ojos abiertos en medio de la oscuridad y pienso sin descanso, solo pienso en que él ocupa mi silla. Ojalá nunca hubiese oído hablar de la eternidad de las formas.

LOS CRIADOS CREEN que estoy loco. Era de esperar y es el motivo por el que nunca he llamado a un médico.

ESTOY DECIDIDO. A partir de ahora esta alucinación desaparecerá. De hoy en adelante me quedaré en la silla. Jamás me levantaré de ella. Me sentaré aquí día y noche, siempre.

LO HE LOGRADO. Hace dos semanas que no lo veo. Ya no volveré a verlo. Por fin he alcanzado la serenidad mental necesaria para el pensamiento filosófico. Hoy he escrito un capítulo entero.

ESTAR SIEMPRE SENTADO en una silla resulta agotador. Transcurren las semanas, los meses llegan y se van, cambian las estaciones, los criados sustituyen a los anteriores… pero yo permanezco. Solo yo permanezco. Llevo una vida muy rara, aunque por fin me siento en paz.

ÉL YA NO VIENE. No existe la eternidad de las formas. Lo he demostrado. He permanecido en esta silla durante casi dos años y no lo he visto ni una sola vez. Cierto, sufrí mucho durante un tiempo. Pero está claro que lo que creía ver solo era una alucinación. Él nunca volvió. Sin embargo, no abandono la silla. Tengo miedo de abandonarla.

En el pabellón de los idiotas

O? NO SOY UN IDIOTA Soy el ayudante. No sé qué harían la señorita Jones o la

señorita Kelsey sin mí. En este pabellón hay cincuenta y cinco idiotas de grado inferior, ¿cómo podrían darles de comer a todos si yo no estuviese aquí? Me gusta dar de comer a los idiotas. No causan problemas. No pueden. A casi todos les pasa algo en las piernas y los brazos y no pueden hablar. Son muy inferiores. Yo puedo andar, hablar y hacer cosas. Con los idiotas hay que tener cuidado y no se les puede dar de comer con prisa. Porque se atragantan. La señorita Jones dice que soy un experto. Cuando llega una enfermera nueva, yo la enseño a hacerlo. Es gracioso ver cómo intenta alimentarlos una enfermera nueva. Lo hace tan despacio y con tanto cuidado que llega la hora de la cena antes de que acabe de darles el desayuno. Entonces es cuando yo la enseño, porque soy un experto. Lo dice el doctor Dalrymple, y él es el más indicado para decirlo. Un idiota puede comer el doble de rápido si sabes cómo obligarlo.

Me llamo Tom. Tengo veintiocho años. En el manicomio me conoce todo el mundo. Porque esto es un manicomio, claro. Pertenece al Estado de California y lo dirigen los políticos. Yo lo sé. Llevo aquí mucho tiempo. Cuando no me ocupo de los idiotas hago recados por todo el recinto. Me gustan los idiotas. Me hacen pensar en la suerte que tengo por no ser un idiota.

Me gusta estar en el Hogar. No me gusta lo de fuera. Lo sé. He andado por ahí, me he escapado y me han adoptado. Yo prefiero el Hogar, sobre todo el pabellón de los idiotas. No tengo pinta de idiota, ¿verdad que no? La diferencia se ve con solo mirarme. Soy un ayudante, un ayudante experto. No está mal para un débil. ¿Un débil? Oh, un débil mental. Creí que ya lo sabía. Aquí todos somos débiles mentales.

Pero yo soy un débil mental superior. El doctor Dalrymple dice que soy demasiado listo para estar en el Hogar, pero yo finjo. Este es un buen sitio. Y a mí no me dan ataques, como les pasa a casi todos los débiles mentales. ¿Ve esa casa de ahí arriba, entre los árboles? Allí viven los epilépticos superiores; viven solos. Son unos creídos porque no se consideran débiles normales y corrientes. La llaman la casa club y dicen que son tan buenos como cualquiera de los de fuera, solo que están enfermos. No me caen demasiado bien. Cuando no están ocupados con sus ataques, se ríen de mí. Pero no me importa. Yo no tengo que preocuparme por caerme al suelo y

abrirme la cabeza. A veces corren en círculos, intentando encontrar un lugar donde sentarse de inmediato, pero no lo consiguen. Los epilépticos inferiores dan asco y los superiores se dan aires. Me alegro de no ser epiléptico. No son nada del otro mundo. Solo saben presumir.

La señorita Kelsey dice que hablo demasiado. Pero lo que digo tiene sentido y eso ya es más de lo que hacen otros débiles. El doctor Dalrymple dice que tengo el don del lenguaje. Ya lo sé. Debería oírme hablar cuando estoy solo o cuando tengo a un idiota que me escuche. A veces pienso que me gustaría ser político, pero supone mucho esfuerzo. Todos hablan muy bien, así conservan su trabajo.

En este manicomio nadie está loco. Solo son débiles mentales. Le contaré una cosa graciosa. Hay una docena de chicas superiores que ponen las mesas del comedor grande. A veces, cuando terminan antes de tiempo, se sientan en círculo y hablan. Yo me acerco a escondidas hasta la puerta para escuchar y me cuesta lo mío no reírme. ¿Quiere saber de qué hablan? Pues esto es lo que hacen: durante un buen rato no abren la boca. Y luego una dice: «Gracias a Dios que no soy débil mental». Las demás asienten con la cabeza y ponen cara de contentas. Después se pasan un buen rato sin hablar. Tras lo que la siguiente del círculo dice: «Gracias a Dios que no soy débil mental», y vuelven a asentir con la cabeza. Así continúan hasta completar el círculo, sin decir nada que no sea eso. Esas sí que son débiles, ¿no le parece? Usted decide. Yo no soy esa clase de débil, gracias a Dios.

A veces hasta creo que no soy débil. Toco en la banda y entiendo las partituras. En la banda se supone que todos somos débiles, menos el director. Él está loco. Lo sabemos, pero nunca lo comentamos, excepto entre nosotros. Se dedica a la política y no queremos que pierda su empleo. Yo toco el tambor. En este manicomio no pueden arreglárselas sin mí. Me puse enfermo una vez y por eso lo sé. Me asombra que el pabellón de los idiotas no se viniese abajo mientras yo estuve en el hospital.

Si quisiera, podría salir de aquí. No soy tan débil mental como algunos creen. Es que finjo. Me lo paso demasiado bien. Además, si me marcho todo dejará de funcionar. Temo que algún día descubran que no soy un débil mental y me envíen al mundo para

que me gane la vida. Conozco el mundo y no me gusta. El Hogar me basta.

¿Ve que a veces sonrío de oreja a oreja? No puedo evitarlo. Pero muchas veces actúo. Aunque no estoy mal. Me miro en el espejo. Tengo la boca rara, ya lo sé, cae hacia abajo y los dientes están fatal. Es fácil descubrir a un débil mental esté donde esté, basta con mirarle la boca y los dientes. Pero eso no demuestra que yo lo sea. Es que tengo la suerte de parecerlo.

Sé muchas cosas. Si le contara todo lo que sé, se sorprendería. Pero cuando no quiero saber o cuando quieren que haga algo que yo no quiero hacer, dejo que mi boca se abra, el labio inferior caiga, me río y hago ruidos raros. Me fijo en los ruidos raros que hacen los inferiores y engaño a cualquiera. Y sé mucho de ruidos raros. El otro día la señorita Kelsey me llamó tonto. Estaba muy enfadada y la tonta fue ella porque yo la engañé.

La señorita Kelsey me preguntó una vez que por qué no escribía un libro sobre los idiotas. Yo le estaba explicando lo que le ocurría al pequeño Albert. Es un idiota, de los que babean y, por la forma en la que mueve el ojo izquierdo, siempre sé lo que le pasa. Por eso se lo estaba explicando a la señorita Kelsey. Se enfadó porque ella no lo sabía y yo sí. Pero a lo mejor algún día escribo ese libro. Aunque da mucho trabajo. Además, prefiero hablar.

¿Sabe lo que es un micro? Uno de esos que tienen la cabeza pequeña, tanto que casi son como su puño. Suelen ser idiotas y viven mucho tiempo. Los hidro no babean. Tienen la cabeza enorme y son más listos. Pero no crecen. Siempre se mueren. Cuando miro a uno de esos no puedo evitar pensar que se va a morir. A veces, cuando estoy vago o la enfermera se enfada conmigo, deseo ser un idiota de los que no hacen nada y tienen quien les dé de comer. Aunque creo que prefiero hablar y ser lo que soy.

Ayer mismo el doctor Dalrymple me dijo: «Tom, no sé qué haría sin ti». Y él debería saberlo bien porque lleva dos años al mando de mil débiles mentales. Antes de él estuvo el doctor Whatcomb. Los nombran. Es política. He visto pasar por aquí una buena cantidad de médicos. Yo llegué antes que ellos. Llevo veinticinco años en este manicomio. No, no tengo queja. El manicomio no podría estar mejor dirigido.

Ser un débil mental superior es genial. Y si no, fíjese en el doctor

Dalrymple. Tiene problemas. Su empleo depende de los políticos. Los superiores hablamos de política. Lo sabemos todo al respecto y no es algo bueno. Un manicomio como este no debería depender de los políticos. Fíjese en el doctor Dalrymple. Lleva aquí dos años y ha aprendido mucho. Luego vendrán los políticos, lo echarán y enviarán a otro médico que no sepa nada de débiles mentales.

He conocido a miles de enfermeras. Algunas son buenas. Pero vienen y van. Casi todas se casan. A veces pienso que me gustaría casarme. Una vez hablé de eso con el doctor Whatcomb, pero me dijo que lo sentía mucho porque no está permitido que los débiles mentales se casen. Estuve enamorado. Ella era enfermera. No le diré su nombre. Tenía los ojos azules, el pelo amarillo, una voz amable y yo le gustaba. Me lo dijo ella. Siempre me decía que fuese bueno. Y yo lo fui hasta después, cuando me escapé. Verá, ella se fue para casarse y ni siquiera me lo dijo.

Creo que estar casado no es tan bueno como lo pintan. El doctor Anglin y su mujer solían discutir. Yo los he visto. Una vez la oí llamarlo débil mental. Nadie tiene derecho a llamarle débil mental a quien no lo es. El doctor Anglin se enfadó muchísimo cuando la oyó. Pero no duró mucho tiempo. Los políticos lo echaron y llegó el doctor Mandeville. No tenía esposa. Una vez lo oí hablar con el técnico. El técnico y su mujer se llevaban como el perro y el gato, y aquel día el doctor Mandeville le dijo que se alegraba mucho de no estar atado a ninguna enagua. Una enagua es una falda. Entendí lo que decía, aunque sea débil mental. Pero fingí que no. Si finges que no te enteras de nada oyes muchas cosas.

También he visto mucho. En una ocasión, me adoptaron y me alejé sesenta y cinco kilómetros en el tren para vivir con un hombre llamado Peter Bopp y su mujer. Tenían un rancho. El doctor Anglin dijo que yo era fuerte e inteligente. Yo dije que sí. Lo dije porque deseaba que me adoptasen. Peter Bopp dijo que me daría un buen hogar y los abogados arreglaron los papeles.

Pero enseguida decidí que un rancho no era un buen sitio para mí. La señora Bopp me tenía tanto miedo que no me dejaba dormir en la casa. Prepararon la leñera y me hicieron dormir allí. Tenía que levantarme a las cuatro para dar de comer a los caballos, ordeñar las vacas y llevar la leche a los vecinos. Lo llamaban tareas domésticas, pero no paraba en todo el día. Cortaba leña, limpiaba el

gallinero, escardaba el huerto y hacía casi todo lo que había que hacer en el rancho. Nunca me divertía. No tenía tiempo.

Le diré una cosa. Prefiero dar de comer gachas con leche a los idiotas a ordeñar vacas sobre la tierra helada. La señora Bopp tenía miedo de dejarme jugar con sus hijos. Yo también. Cuando nadie miraba me ponían caras raras y me llamaban lelo. Todo el mundo me llamaba Tom *el Lelo*. Y los chicos de la zona me tiraban piedras. Aquí, en el manicomio, no se ven esas cosas. Los idiotas se portan mejor.

La señora Bopp me pellizcaba y me tiraba del pelo cuando le parecía que era lento, pero entonces yo hacía ruidos raros e iba más lento. Decía que un día la iba a matar. Dejé sin poner las tablas sobre el viejo pozo del pasto y un ternero muy bonito se cayó dentro y se ahogó. Entonces Peter Bopp dijo que me iba a dar una paliza. Me la dio. Cogió un ronzal de cuero y se lanzó sobre mí. Fue horrible. Nunca me habían dado una paliza. En el Hogar no hacen esas cosas y por eso yo digo que aquí es donde debo estar.

Conozco la ley y sé que no tenía derecho a pegarme con el ronzal. Fue una crueldad y los papeles de la tutela decían que no podía ser cruel. Yo no me quejé. Esperé, lo que demuestra la clase de débil mental que soy. Esperé mucho tiempo, cada vez más lento y cada vez haciendo más ruidos raros. Pero no me envió de vuelta al Hogar, que era lo que yo quería. Un día, a primeros de mes, la señora Brown me dio tres dólares para pagar su factura de la leche a Peter Bopp. Eso fue por la mañana. Cuando llevase la leche a última hora de la tarde tenía que llevarle también el recibo. Pero no lo hice. Me fui caminando a la estación, compré un billete y volví al Hogar en el tren. Esa es la clase de débil mental que soy.

El doctor Anglin ya se había ido y el doctor Mandeville ocupaba su puesto. Fui directo a su consulta. No me conocía. «Hola —me dijo—. Hoy no es día de visita». «No vengo de visita —dije yo—. Soy Tom y soy de aquí». Entonces silbó y así mostró su sorpresa. Se lo conté todo y le mostré las marcas del ronzal de cuero. Él estaba cada vez más enfadado y dijo que se ocuparía del caso del señor Bopp.

Tal vez piense que algunos de los idiotas no se alegraron de verme.

Me fui directo al pabellón. Una enfermera daba de comer al

pequeño Albert. «Espere —le dije—, no se hace así. ¿No ve cómo mueve el ojo izquierdo? Yo le enseñaré». Puede que me tomase por un médico nuevo, porque me dio la cuchara y creo que proporcioné al pequeño Albert la comida más cómoda que tuvo desde que yo me había ido. Los idiotas no están mal cuando se les entiende. Una vez oí a la señorita Jones decirle a la señorita Kelsey que yo tenía un don asombroso para tratar a los idiotas.

Un día de estos hablaré con el doctor Dalrymple y le pediré que firme una declaración que diga que no soy un débil mental. Luego le pediré que me contrate de ayudante en el pabellón de los idiotas por cuarenta dólares al mes, cama y comida. Después me casaré con la señorita Jones y seguiré viviendo aquí. Y si ella no me quiere, me casaré con la señorita Kelsey o alguna otra enfermera. Hay muchas que quieren casarse. Me dará igual si mi mujer se enfada y me llama débil mental. ¿Por qué me iba a enfadar? Cuando uno ha aprendido a aguantar a los idiotas, no creo que una esposa sea mucho peor.

No le conté lo de mi escapada. No tenía ni idea de que se podía hacer algo así y fueron Charley y Joe los que me liaron. Son epilépticos superiores. Yo había ido a llevar un mensaje a la consulta del doctor Wilson y regresaba al pabellón de los idiotas cuando vi que Charley y Joe se escondían tras la esquina del gimnasio y me hacían señas. Me acerqué.

—Hola —dijo Joe—. ¿Qué tal los idiotas?

—Bien —dije yo—. ¿Has tenido algún ataque últimamente?

Eso los enfadaba mucho y yo ya me marchaba cuando Joe dijo:

—Nos vamos a escapar. Ven con nosotros.

—¿Para qué? —pregunté.

—Vamos a pasar la cima de la montaña —dijo Joe.

—Y encontrar una mina de oro —dijo Charley—. Ya no nos dan ataques. Estamos curados.

—De acuerdo —contesté. Nos movimos a hurtadillas por detrás del gimnasio y nos metimos entre los árboles. Creo que habríamos caminado unos diez minutos cuando me detuve.

—¿Qué pasa? —preguntó Joe.

—Esperad —dije—. Tengo que volver.

—¿Por qué? —dijo Joe.

Y contesté:

—Para traer al pequeño Albert.

Dijeron que no podía y me enfadé. Pero me daba igual. Sabía que me esperarían. Verá, llevo aquí veinticinco años y conozco los atajos que van montaña arriba. Charley y Joe no los conocían. Por eso querían que fuese con ellos.

Así que volví y me llevé al pequeño Albert. No puede andar ni hablar ni hacer nada que no sea babear, por eso tuve que llevarlo en brazos. Dejamos atrás el último campo de heno, que era lo más lejos a lo que yo había llegado antes. Después los árboles y la maleza eran muy densos y, como no encontré otro camino, seguimos la vereda de las vacas que bajaba hasta un arroyo y luego pasamos la cerca que marca donde terminan las tierras del Hogar.

Subimos la ladera del otro lado del arroyo. Solo había árboles grandes, sin maleza, pero era tan empinada y resbalaba tanto por culpa de las hojas secas que casi no podíamos andar. Poco a poco llegamos a un sitio muy feo y peligroso. Era un paso de algo más de diez metros y si resbalabas te caías trescientos metros o quizá treinta. Bueno, tampoco te caías, solo resbalabas. Yo crucé primero, llevando al pequeño Albert. Joe vino después. Pero a Charley le entró el miedo justo en la mitad y se sentó.

—Me va a dar un ataque —dijo.

—No, de eso nada —dijo Joe—. Porque si te fuera a dar, no te habrías sentado. A ti todos los ataques te dan de pie.

—Este es un ataque distinto —dijo Charley y empezó a llorar.

Se sacudía y temblaba pero, precisamente porque quería que le diese un ataque, no consiguió que le diera.

Joe se enfadó y usó un lenguaje muy feo. No sirvió de nada. Así que yo le hablé con suavidad y palabras amables. Esa es la forma de tratar a los débiles mentales. Si te enfadas es peor. Yo lo sé. También soy así. Por eso la señora Bopp decía que un día la iba a matar. Ella se enfadaba.

La tarde avanzaba y yo sabía que teníamos que irnos de allí, así que le dije a Joe:

—Vamos, déjate de maldecir y sujeta a Albert. Yo iré a buscar a Charley.

Eso hice. Charley estaba tan asustado y mareado que se arrastró a cuatro patas mientras yo lo ayudaba. Cuando conseguí que cruzara y volví a coger a Albert en brazos oí que alguien se reía y

miré hacia abajo. Un hombre y una mujer a caballo nos observaban. Él llevaba una escopeta en la silla y quien reía era ella.

—¿Quién rayos son? —preguntó Joe, asustado—. ¿Nos van a detener?

—Déjate de palabrotas —le dije—. El hombre es el dueño de este rancho y escribe libros.

—¿Cómo está usted, señor Endicott? —le dije.

—Hola —me contestó—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nos estamos escapando —contesté.

Y él dijo:

—Buena suerte. Pero no os olvidéis de regresar antes de que anochezca.

—Es que nos escapamos de verdad —insistí.

Entonces su esposa y él se rieron.

—De acuerdo —dijo él—. Pues buena suerte de todos modos. Y tened cuidado de que no os atrapen los osos y los pumas cuando se haga de noche.

Se fueron riéndose, muy contentos. Pero yo prefería que no hubiese hablado de los osos y los pumas.

Después de rodear la colina encontré un sendero y avanzamos más rápidamente. Charley no dio señales de tener más ataques y empezó a reírse y a hablar de las minas de oro. El problema era el pequeño Albert. Era casi tan grande como yo. Verá, es que siempre lo he llamado pequeño Albert, pero no ha dejado de crecer. Pesaba tanto que no podía seguir el ritmo de Joe y Charley. Estaba agotado. Así que les dije que tendríamos que turnamos para llevarlo, pero ellos dijeron que no. Entonces les dije que los dejaría solos y se perderían y los pumas y los osos se los comerían. Parecía que a Charley le iba a dar un ataque allí mismo y Joe dijo: «Dámelo». Después lo llevamos por turnos.

Continuamos subiendo la montaña. Yo creo que allí no había minas de oro, pero podríamos haber llegado a la cima y encontrado una si no hubiésemos perdido el sendero y si el pequeño Albert no nos hubiese agotado a todos. Muchos débiles mentales tienen miedo a la oscuridad y Joe dijo que le iba a dar un ataque allí mismo. Pero no le dio. Nunca vi un chico con tan mala suerte. Nunca le daban ataques cuando quería que le diesen. Algunos débiles mentales sufren ataques como quien guiña un ojo.

Poco a poco oscureció, teníamos hambre y no podíamos encender una hoguera. Verá, a los débiles mentales no nos dejan andar con cerillas y lo único que podíamos hacer era tiritar. No se nos había ocurrido pensar que íbamos a tener hambre. Verá, los débiles mentales siempre tienen la comida preparada, por eso es mejor ser débil mental y no tener que ganarse la vida en el mundo de fuera.

Lo peor de todo era el silencio. Solo había algo peor: los ruidos. Se oían toda clase de ruidos separados por intervalos de silencio. Supongo que serían conejos, pero los ruidos que hacían entre la maleza eran de animales salvajes, ya sabe, susurros, crujidos, porrazos, golpetazos, cosas así. Primero le dio un ataque a Charley, uno de verdad, y luego a Joe, que fue terrible. No me molestan los ataques en el Hogar, con gente alrededor. Pero en medio del bosque y de noche es muy distinto. Hágame caso y nunca salga a buscar minas de oro con un par de epilépticos, aunque sean superiores.

Nunca pasé una noche tan horrible. Cuando a Joe y a Charley no les daban ataques de verdad, se los inventaban y en medio de aquella oscuridad los escalofríos que les daban por culpa del frío, y que yo no podía ver, también parecían ataques. Yo tiritaba tan fuerte que pensé que también me daban ataques. Y el pequeño Albert, sin nada que comer, no dejaba de babear. Nunca lo había visto babear de esa forma. Movía tanto el ojo izquierdo que no sé cómo no se le cayó. No lo veía, pero lo supe por los movimientos que hacía. Joe se quedó tumbado maldiciendo todo el tiempo y Charley lloraba y deseaba estar de vuelta en el Hogar.

No nos morimos y a la mañana siguiente regresamos por donde habíamos ido. El pequeño Albert pesaba muchísimo. El doctor Wilson no podía estar más enfadado y dijo que yo era el peor débil mental del manicomio, junto con Joe y Charlie. Pero la señorita Striker, que era enfermera del pabellón de los idiotas, me rodeó con sus brazos y lloró, tan contenta estaba de que hubiese vuelto. Entonces pensé que podría casarme con ella, Pero un mes más tarde se casó con el fontanero que había venido de la ciudad para colocar los canalones del nuevo hospital. Y el pequeño Albert no movió el ojo durante dos días, tan cansado estaba.

La próxima vez que me escape conseguiré pasar la montaña. Pero no iré con ningún epiléptico. Nunca se curan y cuando tienen

miedo o se ponen nerviosos les dan unos ataques que no hay quien aguante. Aunque me llevaré al pequeño Albert. No sé por qué, pero no puedo arreglármelas sin él. De todos modos, no voy a escaparme. El pabellón de los idiotas es mucho mejor que cualquier mina de oro y he oído decir que va a venir una enfermera nueva. Además, el pequeño Albert ya es más grande que yo y no podría llevarlo hasta el otro lado de ninguna montaña. Aún sigue creciendo. Es impresionante.

[1910]

El vagabundo y el hada

YACÍA BOCA ARRIBA. Dormía tan profundamente que el ruido de los cascos de los caballos y los gritos de los hombres que llegaban desde el puente sobre el arroyo no lograban despertarlo. Carreta tras carreta cargadas de uvas cruzaban el puente hacia la zona alta del valle y la bodega, y la llegada de cada carreta era como una explosión de sonido y alboroto en la ociosa quietud de la tarde. Pero el hombre no se enteraba. La cabeza había resbalado del periódico doblado sobre el que se apoyaba y el pelo desgreñado y revuelto se había enredado entre las espiguillas y los restos de hierba seca sobre los que yacía. Mirarlo no resultaba agradable. Tenía la boca abierta y dejaba a la vista un hueco en la hilera de arriba de dientes, donde

en algún momento un golpe lo había dejado sin varios. Respiraba entre estertores y de vez en cuando gruñía y gemía debido al dolor de su sueño. Además, no paraba, movía los brazos con movimientos que casi parecían convulsiones y a veces hacía rodar la cabeza entre las espiguillas. Esa agitación parecía provocada en parte por alguna molestia interna y en parte por el sol que caía sobre su rostro, y por las moscas que zumbaban, aterrizaban y caminaban sobre la nariz, las mejillas y los párpados. No tenían más rostro sobre el que moverse porque el resto estaba cubierto por una barba apelmazada, ligeramente canosa, y llena de manchas debido al tiempo pasado a la intemperie.

Tenía las mejillas enrojecidas por la sangre congestionada tras la mona que sin duda estaba durmiendo. Eso también explicaba la insistencia con la que las moscas se arracimaban alrededor de la boca, atraídas por las espiraciones cargadas de alcohol. Era un hombre fuerte, de cuello y hombros anchos, muñecas nervudas y manos deformadas por el trabajo duro. Sin embargo, la deformación no la había provocado un trabajo reciente, como los callos ya viejos que asomaban bajo la suciedad de la mano que tenía girada, con la palma hacia arriba. De vez en cuando esa mano apretaba con fuerza y se convertía en un puño grande, de huesos fuertes y aspecto peligroso.

El hombre yacía sobre la hierba seca de un pequeño claro que llegaba hasta la orilla arbolada del arroyo. A cada lado del claro corría una cerca, aunque se veía poco, tan densas eran las zarzamoras silvestres que la superaban en altura, los achaparrados robles y los madroños del Pacífico poco crecidos aún. Tras ella, la puerta de otro vallado daba a una cabaña pequeña y muy cómoda de estilo californiano español que parecía creada directamente a partir del paisaje en el que tan bien encajaba. Era una casita pulcra, muy bien cuidada y agradable, que hacía pensar en bienestar y descanso y que, con silenciosa certeza, hablaba de alguien que no solo sabía lo que quería, sino que lo había buscado y encontrado.

A través de esa puerta llegó al claro una niña tan delicada que parecía salida de una ilustración realizada expresamente para mostrar cómo deben ser las niñas delicadas. Tendría unos ocho años, aunque podría ser algo más o incluso menos. Su cinturita y sus pequeñas pantorrillas cubiertas por medias negras dejaban claro

lo delicadamente frágil que era, aunque se trataba de una fragilidad solo de forma. No había ni rastro de anemia en la tez clara y saludable ni en el paso ágil y ligero. Era una rubita preciosa, con el cabello adornado por hilos de oro y enormes ojos azules ligeramente ocultos tras las largas pestañas. Su expresión era dulce y feliz, la que tendría por derecho propio cualquiera que habitase la cabaña.

Llevaba una sombrilla infantil que manejaba con cuidado para no rasgarla al rozar con las ramas achaparradas y las zarzas mientras buscaba amapolas silvestres a lo largo de la valla. Eran amapolas tardías, la tercera generación, que no habían sido capaces de resistirse a la llamada del cálido sol de octubre.

Tras haber recogido todas las de un lado, se giró para cruzar hasta la valla de enfrente. En la mitad del claro se encontró con el vagabundo. Su sobresalto no fue más que eso. No sintió miedo. Permaneció de pie mirando con curiosidad aquel imponente espectáculo y estaba a punto de retroceder cuando el durmiente se movió inquieto y extendió la mano entre las espiguillas. La niña se fijó en cómo le daba el sol en la cara y en las moscas. Su rostro se tomó solícito y tardó un minuto en decidirse. Después se acercó de puntillas a uno de los costados del hombre, interpuso la sombrilla entre él y el sol y espantó las moscas. Al cabo de un rato, para mayor comodidad, se sentó junto a él.

Transcurrió una hora, durante la que, de vez en cuando, la niña pasaba la sombrilla de una mano cansada a la otra. Al principio el durmiente se mostraba agitado pero, protegido de las moscas y el sol, su respiración se acompasó y dejó de moverse. Sin embargo, la asustó de verdad en más de una ocasión. La primera fue la peor porque surgió de repente y sin avisar. «¡Dios! ¡Es muy hondo! ¡Muy hondo!», murmuró el hombre desde lo más profundo de algún sueño. La sombrilla se agitó, pero la niña se controló y continuó prestando sus autoproclamadas atenciones.

En otro momento fue un chirriar de dientes, como si sufriera una agonía insoportable. Tan terriblemente apretaba y hacía crujir los dientes que parecía que se iban a romper en pedazos. Un poco más tarde se puso rígido. Las manos se cerraron y el rostro mostró la salvaje resolución del sueño. Los párpados temblaron debido a la confusión que provocaba la fantasía, parecieron a punto de abrirse

pero no lo hicieron, aunque los labios murmuraron: «No, por Dios, no. Una vez más, no. No lo haré». Los labios se detuvieron y luego continuaron: «Ya puede encerrarme, alcaide, y cortarme en pedacitos. Será lo único que me saque: sangre. Eso es lo único que cualquiera de ustedes sacará de mí en este agujero».

Tras ese arrebato el hombre durmió tranquilo mientras la niña sujetaba la sombrilla y observaba asombrada aquella criatura descuidada y desaliñada, al tiempo que intentaba encajarla en la pequeña parte del mundo que ella conocía. A sus oídos llegaban los gritos de los hombres, las pisadas de los cascos de los caballos sobre el puente y los chirridos y crujidos de los carros bajo sus pesadas cargas. Era un caluroso día del veranillo de San Martín californiano. En el cielo azul celeste erraban pequeñas nubes como algodón, pero hacia el oeste unos tupidos bancos de nimbos amenazaban lluvia. Una abeja zumbaba perezosamente. De los matorrales más lejanos llegaba la llamada de la codorniz y desde los campos, el canto del pradera. Ajeno a todo eso dormía Ross Shanklin. Ross Shanklin, el vagabundo y marginado, exconvicto número 4379, el tipo implacable e inquebrantable que había desafiado a todos sus guardianes y sobrevivido a sus brutalidades.

Nacido en Texas de esa vieja estirpe de los pioneros, siempre dura y obstinada, había tenido mala suerte. A los diecisiete años lo habían detenido por robar caballos. Lo declararon culpable del robo de siete caballos que él no había robado y lo condenaron a catorce años de cárcel. Era una condena muy dura en cualquier situación, pero en la de él lo era aún más porque no tenía antecedentes. La gente que lo consideró culpable opinó que dos años era un castigo más que adecuado para el joven, pero el fiscal del condado, que cobraba según las condenas que conseguía, presentó siete acusaciones contra él y ganó siete minutas. Lo que demuestra que para el fiscal del condado doce años de la vida de Ross Shanklin valían menos que unos pocos dólares.

El joven Ross Shanklin había trabajado arduamente. Se escapó más de una vez, pero lo atraparon y lo enviaron a seguir trabajando en sitios espantosos. Lo habían atado y azotado hasta desmayarse, momento en el que lo reanimaban y volvían a azotarlo. Estuvo en la mazmorra noventa días seguidos. Experimentó el tormento de la camisa de fuerza. Supo lo que era el colibrí[3]. El Estado lo

alquilaba como si fuera un esclavo. Los sabuesos habían seguido su rastro a través de los pantanos. Le habían disparado dos veces. Durante seis años seguidos taló y partió una cuerda y media diaria de leña en un campamento maderero de presidiarios. Sano o enfermo, había partido una cuerda y media diaria o recibido los latigazos correspondientes.

Esa forma de tratarlo no había ablandado a Ross Shanklin. Se burló con desprecio, maldijo y los desafió. Vio a otros convictos, después de que los guardias los maltratasen, quedar físicamente inválidos o mentalmente incapacitados hasta el final de sus días. Vio a los guardas provocar a otros reos —incluso a su compañero de celda— hasta el asesinato, para acabar en el patíbulo maldiciendo a Dios. Participó en una fuga en la que mataron a tiros a once de los suyos. Formó parte de un motín tras el que, en el patio de la cárcel y vigilados por las ametralladoras, trescientos presos habían sido castigados con garrotes de madera que empuñaban los musculosos guardas.

Había conocido todas las infamias de la crueldad humana, sin doblegarse jamás. Siempre respondía y había luchado sin descanso, hasta que llegó el día en que lo pusieron en libertad, amargado y brutal. Le entregaron cinco dólares como pago por los muchos años de trabajo y la flor de su juventud. Y trabajó bastante poco durante los años que siguieron. Odiaba y despreciaba el trabajo. Vagabundeaba, pedía limosna y robaba, mentía o amenazaba según el caso lo mereciese y bebía hasta caer inconsciente siempre que tenía oportunidad.

Cuando se despertó, la niña lo estaba mirando. Como los animales salvajes, en el mismo instante en que abrió los ojos se mostró totalmente alerta y despabilado. Lo primero que vio fue la sombrilla, curiosamente interpuesta entre él y el cielo. No se enderezó ni hizo movimiento alguno, aunque su cuerpo se tensó ligeramente. Sus ojos siguieron la sombrilla hasta el mango, los deditos apretados, el brazo y el rostro de la niña. La miró a los ojos fijamente, sin pestañear, y ella le devolvió la mirada, entre los escalofríos y el miedo que le provocaron los ojos centelleantes de él, fríos y duros, inyectados en sangre y sin rastro de la cálida humanidad que estaba acostumbrada a ver y sentir en los ojos de la gente. Esos eran ojos de presidiario, los ojos de un hombre que

había aprendido a hablar poco y que casi había olvidado cómo se habla.

—Hola —dijo él por fin, sin esforzarse por cambiar de postura —. ¿A qué andas jugando?

Tenía la voz áspera y ronca y al principio sonó con demasiada brusquedad, aunque enseguida se ablandó, obedeciendo al débil intento del hombre por ejercer una amabilidad ya olvidada.

—¿Cómo está usted? —respondió la niña—. No estoy jugando. El sol le daba en la cara y mamá dice que no es bueno quedarse dormido al sol.

La dulce nitidez de su voz de niña le agradó y se preguntó por qué nunca hasta entonces la había notado en las voces infantiles. Se sentó despacio y la miró. Pensó que tenía que decir algo, pero el lenguaje se le resistía.

—Espero que haya dormido bien —dijo ella, muy seria.

—Desde luego que sí —respondió él sin dejar de mirarla, asombrado por su delicada y su belleza—. ¿Cuánto tiempo has sujetado ese artilugio sobre mi cabeza?

—Oh. —La niña se lo pensó—. Mucho, mucho tiempo. Creí que nunca se despertaría.

—Pues yo, cuando te vi, creí que eras un hada.

Se sintió eufórico por haber contribuido de esa forma a la conversación.

—No, no soy un hada —sonrió la niña.

El hombre se emocionó de una forma extraña al ver la blancura inmaculada de sus dientes, tan uniformes y pequeños.

—Solo he sido el buen samaritano —añadió la cría.

—De ese no he oído hablar.

El hombre se estrujaba el cerebro por mantener viva la conversación, pero le resultaba difícil porque no había estado cerca de un niño desde que era adulto.

—Es muy raro que alguien no sepa quién es el buen samaritano. ¿No se acuerda? «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó…».

—Ahí sí que he estado [4].

—¡Ya sabía yo que era de los que viajan! —exclamó la niña mientras aplaudía—. Tal vez incluso haya visto el lugar concreto.

—¿Qué lugar?

—Pues ese donde cayó en manos de los ladrones y lo dejaron

medio muerto. Luego llegó el buen samaritano y vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino. ¿Cree que sería aceite de oliva?

Él negó despacio con la cabeza.

—Eso sí que no lo sé. El aceite de oliva es algo que los *espaguetis* usan para cocinar. Nunca oí que sirviera para curar heridas.

La niña reflexionó un momento sobre lo que él había dicho.

—Pues nosotros usamos aceite de oliva para cocinar —anunció—, así que debemos de ser *espaguetis*. Había oído la palabra pero no sabía lo que significaba.

—Y el samaritano le echó aceite en la cabeza —murmuró el vagabundo, empezando a recordar—. Creo que recuerdo a algún capellán hablando de ese anciano caballero. ¿Sabes? Llevo toda la vida buscándolo y nunca le he visto el pelo. Ya no quedan buenos samaritanos.

—¿No lo he sido yo? —preguntó ella enseguida.

Él la miró fijamente, más asombrado y curioso que antes. La cría hizo un ligero movimiento y una oreja quedó expuesta al sol. A él le pareció que era transparente, que casi podía ver a través de ella. Lo maravillaba la delicadeza de los tonos de tez y cabello, el azul de los ojos y el resplandor de las hebras doradas del pelo al recibir la luz del sol. Su fragilidad lo dejó atónito. Se dio cuenta de que sería fácil romperla. Sus ojos pasaron veloces de su manaza deforme a la mano diminuta de la niña, en la que casi le pareció ver cómo circulaba la sangre. Sabía de sobra la fuerza presente en sus músculos y conocía las artimañas con las que los hombres utilizan sus cuerpos para maltratar a otros hombres. De hecho, eso era casi lo único que sabía y su cabeza funcionó en ese momento como siempre hacía. Era su manera de medir la hermosa novedad que la niña representaba. Calculó la fuerza del apretón de manos necesario para triturar los deditos de la cría: muy poca. Recordó los puñetazos que había dado y recibido y supo que el más leve de todos bastaría para romperle la cabeza como si fuera la cáscara de un huevo. Observó sus pequeños hombros y su cinturita y no tuvo duda alguna de que podría hacerla pedazos con la única ayuda de sus dos manos.

—¿No lo he sido yo? —insistió la niña.

Él volvió en sí conmocionado o, mejor dicho, salió de su ensimismamiento. No quería que la conversación terminara.

—¿Cómo? —preguntó—. Ah, sí, claro que has sido una buena samaritana, aunque no tuvieras aceite de oliva. —Recordó lo que había estado pensando y preguntó—: Pero ¿no tienes miedo?

Ella lo miró sin comprender.

—¿De… de mí? —añadió sin mucha convicción.

Ella se rió con alegría.

—Mamá dice que no debo tener miedo a nada. Dice que, si eres bueno y piensas bien de la gente, la gente será buena contigo.

—Y tú pensaste bien de mí mientras me protegías del sol —se asombró él.

—Aunque cuesta pensar bien de las abejas y los bichos desagradables que se arrastran —confesó la niña.

—Pero hay hombres que son bichos desagradables y que se arrastran —argumentó él.

—Mamá dice que no. Dice que el bien está en todos.

—Apuesto a que, de todos modos, cierra la casa con llave por las noches —comentó él en tono triunfante.

—Pues no. Mamá no le tiene miedo a nada. Por eso me deja jugar sola aquí fuera siempre que quiero. Una vez entró un ladrón. Mamá se levantó y se lo encontró. Y, ¿sabe qué? Solo era un pobre hombre hambriento. Ella le dio mucha comida de la despensa y luego le encontró trabajo.

Ross Shanklin se quedó de piedra. Esa imagen de la naturaleza humana que se le ofrecía le parecía inimaginable. A él le había tocado vivir en un mundo de sospecha y odio, de maldad y perversidad. Cuando caminaba encorvado por las calles de las poblaciones los niños gritaban de miedo al verlo y corrían hacia sus madres. Incluso las mujeres adultas se apartaban de él cuando pasaba cerca de ellas por la acera.

Lo espabiló la niña al aplaudir y exclamar:

—¡Ya sé lo que es usted! Es un maniático del aire libre. Por eso estaba durmiendo aquí, en la hierba.

A él le entraron ganas de reírse, pero se contuvo.

—Eso es lo que son los vagabundos: maniáticos del aire libre —continuó ella—. Lo pensado muchas veces. Mamá cree en la vida al aire libre. Yo duermo en el porche. Mamá también. Estas tierras son nuestras. Usted ha debido saltar la valla. Mamá me deja hacerlo si me pongo pololos. Aunque debo decirle una cosa. Una persona no

sabe si ronca porque está dormida. Pero usted no solo ronca, también hace chirriar los dientes. Eso es malo. Cuando vaya a dormir tiene que pensar para sus adentros: «No apretaré los dientes ni los haré chirriar», una y otra vez, sin parar. Así, poco a poco, se olvidará de esa costumbre.

»Todas las cosas malas son costumbres. También las buenas. Depende de nosotros qué clase de costumbres seguimos. Yo solía fruncir el ceño y las cejas se me llenaban de arrugas, pero mamá dijo que debía superar esa costumbre. Dijo que las arrugas en las cejas indicaban que mi cerebro también estaba arrugado y que no es bueno tener arrugas en el cerebro. Luego me acarició las cejas y me dijo que siempre debía pensar en algo liso y suave: liso y suave dentro y liso y suave fuera. ¿Sabe qué? Fue fácil. No he vuelto a fruncir el ceño ni arrugar las cejas. He oído contar que hay gente que hace empastes en los dientes solo con pensarlo. Pero no me lo creo. Mamá tampoco.

Se calló, casi sin aliento. Él tampoco habló. La larga parrafada de la niña había sido demasiado para él. Además, dormir la borrachera con la boca abierta le había dado mucha sed. Pero, antes de perder uno solo de aquellos momentos tan preciados, prefirió soportar el tormento abrasador de su garganta y su boca. Se pasó la lengua por los labios resecos y se esforzó en hablar.

—¿Cómo te llamas? —consiguió preguntar.

—Joan.

Lo miró y no le hizo falta preguntarle lo mismo.

—Yo, Ross Shanklin —dijo él. Era la primera vez en muchos años que daba su nombre verdadero.

—Supongo que ha viajado mucho.

—Mucho, sí, pero no tanto como me habría gustado.

—Papá siempre quería viajar, pero tenía demasiado trabajo en la oficina. Le quedaba poco tiempo libre. Una vez fue a Europa con mamá, antes de que yo naciera. Para viajar hace falta dinero.

Ross Shanklin no sabía si estar de acuerdo o no con esa afirmación.

—Aunque los vagabundos no tienen muchos gastos —continuó diciendo la niña, como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿Por eso es vagabundo?

Él asintió con la cabeza y volvió a pasarse la lengua por los

labios.

—Mamá dice que es una pena que los hombres tengan que andar de un lado a otro en busca de trabajo. Pero ahora hay mucho trabajo en el campo. Todos los agricultores del valle intentan contratar gente. ¿Ha estado trabajando?

Negó con la cabeza, enfadado consigo mismo por sentir vergüenza al confesarlo, cuando su razonamiento de salvaje le decía que hacía bien en despreciar el trabajo. Sin embargo, a esa idea siguió otra: aquella hermosa criatura era hija de algún hombre; era una de las recompensas del trabajo.

—Ojalá tuviera una niñita como tú —soltó, consciente de una repentina pasión por la paternidad—. Me mataría trabajando. Haría lo que fuese.

La cría reflexionó sobre su caso con una seriedad de lo más apropiada.

—Entonces, ¿no está casado?

—Nadie me querría.

—Claro que sí, si…

No levantó la nariz, pero observó sus harapos y su roña con una desaprobación imposible de confundir con otra cosa.

—Vamos —alzó la voz el hombre—, dímelo: si me lavase, si vistiese bien, si fuera respetable, si tuviese empleo y trabajase. Si no fuese lo que soy.

Ella asentía con la cabeza a cada una de sus afirmaciones.

—Es que yo no soy de esos —continuó él—. No soy bueno. Soy un vagabundo. No quiero trabajar. Y me gusta ir sucio.

Un gesto elocuente de reproche asomó al rostro de la niña mientras preguntaba:

—Entonces, cuando dijo que le gustaría tener una niñita como yo, ¿estaba fingiendo?

Eso lo dejó sin palabras porque sabía, en lo más profundo de su nueva pasión, que precisamente era eso lo que quería.

Al notar la incomodidad del hombre, la niña demostró su discreción intentando cambiar de tema.

—¿Qué opina de Dios? —preguntó.

—Nunca lo he conocido. ¿Qué opinas tú de él?

Estaba enfadado, de eso no había duda, y la niña fue sincera al mostrar su desagrado.

—Es usted muy raro —le dijo—. Se enfada con mucha facilidad. Nunca había visto a nadie que se enfadase por hablar de Dios, del trabajo o de estar limpio.

—Dios nunca ha hecho nada por mí —murmuró el hombre con rencor y recordó los muchos años de duro trabajo en las minas y campamentos de presidiarios—. El trabajo tampoco ha hecho nunca nada por mí.

Se hizo un silencio incómodo.

La miró, paralizado y ansioso debido al despertar de su amor paterno, triste por su mal humor, intentando encontrar algo qué decir. La niña miraba a lo lejos, hacia las nubes, y él la devoró con los ojos. Extendió una mano mugrienta y la posó, furtivamente justo sobre el bordillo del vestido. Esa cría le parecía lo más maravilloso del mundo. La codorniz seguía llamando desde el matorral y los sonidos de la cosecha aumentaron intensidad de repente. Una gran soledad lo atormentaba.

—No… no soy bueno —murmuró con voz ronca, arrepentido.

Pero, más allá de mirarlo con sus ojos azules, la niña no hizo caso. El silencio resultaba más incómodo que antes. El hombre pensó que daría el mundo entero por tocar con los labios aquel bordillo del vestido sobre el que descansaba su mano. Aunque tenía miedo de asustarla. Luchó por encontrar algo que decir mientras se lamía los labios resecos y en vano intentaba expresar algo, lo que fuese.

—Esto no es el valle de Sonoma —afirmó por fin—. Esto es el país de las hadas y tú eres un hada. Puede que siga dormido y esté soñando. No sé. Tú y yo no sabemos conversar porque tú eres un hada y solo conoces cosas buenas, y yo soy un hombre del mundo malo y malvado.

Tras lograr decir eso, se quedó casi sin aliento buscando ideas, como una ballena varada.

—Y usted va a hablarme de ese mundo malo y malvado —exclamó la niña mientras aplaudía—. Me muero de ganas por saber cómo es.

Él la miró asombrado y recordó los despojos de mujer que había encontrado en los mundos inferiores. No era un hada. Era de carne y hueso y en su interior anidaba la posibilidad de acabar siendo un despojo, como había anidado en él cuando aún era un niño de

pecho. Además, la cría tenía ganas de saber.

—No —dijo sin darle importancia—, este hombre del mundo malo y malvado no te va a hablar de eso. Te va a contar las cosas buenas de ese mundo. Te va a contar lo mucho que amaba a los caballos cuando era un chaval y te hablará del primer caballo que montó y del primero que fue suyo. Los caballos no son como los hombres. Son mejores. Son sanos, muchísimo más sanos y puros. Y, hadita, quiero decirte una cosa: no hay nada en el mundo como trabajar con un caballo cansado al final del día, hablarle de repente y ver cómo ese animal agotado obedece tu voluntad y sigue adelante. Los caballos son lo que más me gusta. No hay nada mejor. Sí. Yo antes fui vaquero.

Ella aplaudió de una forma encantadora y le bailaron los ojos al decir:

—¡Un vaquero de Texas! ¡Siempre he querido conocer alguno! Una vez le oí decir a papá que los vaqueros tienen las piernas arqueadas. ¿Las tiene usted?

—Sí que fui un vaquero de Texas —respondió él—, pero ya hace mucho de eso. También tengo las piernas arqueadas. Verás, cuando se es muy joven y los huesos están blandos resulta imposible pasarse el día a caballo sin que las piernas se arqueen. Cuando empecé no tenía más de tres años. Mi caballo también tenía tres años y acababan de domarlo. Lo guié a lo largo de la cerca, subí al barrote de arriba y me dejé caer sobre él. Era un pinto al que le encantaba corcovear, pero a mí me dejaba hacer de todo con él. Creo que sabía que no era más que un niño. Algunos caballos saben mucho más de lo que creemos.

Ross Shanklin divagó durante media hora sobre sus recuerdos relacionados con los caballos, siempre consciente de la enorme alegría que le proporcionaba el roce de su mano en el bordillo del vestido. El sol fue hundiéndose lentamente en el banco de nubes, la codorniz llamó con mayor insistencia y un carro vacío tras otro empezaron a cruzar el puente de vuelta. Entonces se oyó una voz de mujer.

—¡Joan! ¡Joan! —exclamó—. ¿Dónde estás, cariño?

La niña respondió y Ross Shanklin vio a una mujer, con un vestido ceñido y ligero, cruzar la puerta del vallado, procedente de la cabaña. Era una mujer esbelta y elegante, y a él le pareció que

flotaba, en lugar de caminar como la gente normal y corriente.

—¿Qué llevas haciendo toda la tarde? —preguntó la mujer al acercarse.

—Charlando, mamá —contestó la niña—. Ha sido muy interesante.

Ross Shanklin se puso en pie como pudo y permaneció inmóvil, sintiéndose torpe. La niña tomó la mano de la madre, quien lo miró con franqueza y simpatía, reconociendo su calidad humana de una forma que para él era nueva. En su mente se formó una idea: *La mujer que no le tiene miedo a nada*. No vio ni el más mínimo rastro de la timidez que estaba acostumbrado a encontrar en los ojos de las mujeres. Y fue consciente, mucho más que antes, de su aspecto amenazador y sus ojos de sueño.

—¿Cómo está usted? —lo saludó con naturalidad, muy amable.

—¿Cómo está usted, señora? —respondió él, desagradablemente consciente de la aspereza y crudeza de su voz.

—¿A usted también le ha parecido interesante la tarde? —sonrió ella.

—Sí, señora. Mucho. Le estaba hablando a su hija de caballos.

—Fue vaquero, mamá —gritó la niña.

La madre aceptó la información con una sonrisa y miró a la cría con cariño. A Ross Shanklin se le ocurrió pensar en lo atroz que sería que alguien pudiese hacer daño a cualquiera de aquellos dos seres maravillosos. Enseguida deseó que las amenazara algún peligro espantoso y así poder él luchar para defenderlas, tal y como sabía, con todas sus fuerzas y jugándose la vida.

—Pues ya es hora de volver, cariño —dijo la madre—. Empieza a hacerse tarde. —Miró a Ross Shanklin con indecisión—. ¿Le apetece comer algo?

—No, señora, pero se lo agradezco mucho. No… no tengo hambre.

—Entonces despídete, Joan —aconsejó la madre.

—Adiós. —La niña le tendió la mano al tiempo que se le iluminaban los ojos con picardía—. Adiós, señor del mundo malo y malvado.

Para él, el roce de aquella manita fue la piedra angular de toda la aventura.

—Adiós, hadita —murmuró—. Ahora tengo que volver al

camino.

Pero no volvió al camino. Permaneció observando a la niña hasta que desapareció al otro lado de la puerta. De repente, el día se había quedado vacío. Miró a su alrededor sin saber qué hacer; luego saltó la cerca, cruzó el puente y echó a andar encorvado, siguiendo el camino. Se sentía parte de un sueño. No notaba los pies ni se fijaba en qué dirección lo llevaban. A veces tropezaba en los surcos llenos de polvo.

Al cabo de un kilómetro y medio llegó al cruce de caminos. Ante él se alzaba el edificio de la taberna. Se detuvo y lo miró mientras se relamía los labios. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una única moneda de diez centavos.

—¡Dios! —murmuró—. ¡Dios!

Después, arrastrando los pies como si se negaran a obedecerle, continuó camino adelante.

Llegó a una granja de las importantes. Sabía que tenía que serlo debido a lo grande que era la casa y al tamaño y número de los graneros y dependencias externas. El propietario, un hombre de mirada perspicaz y mediana edad, se encontraba en el porche, en mangas de camisa, fumándose un puro.

—¿Hay trabajo? —preguntó Ross Shanklin.

Los ojos perspicaces casi ni lo miraron.

—Un dólar al día y la comida —fue la respuesta.

—Recogeré uvas sin problema o lo que sea que haya que hacer. Pero ¿hay posibilidades de tener un empleo fijo? Este rancho es muy grande. Yo sé de caballos. Nací en un rancho así. Sé guiar un tiro, montar, arar, domar, lo que sea que se pueda hacer con un caballo.

El otro lo miró incrédulo, intentando evaluarlo.

—No lo parece —juzgó.

—Ya lo sé. Deme una oportunidad. Basta con eso. Se lo demostraré.

El granjero se lo pensó mientras observaba preocupado el banco de nubes en el que se había ocultado el sol.

—Me falta un carretero, así que le daré la oportunidad de salir adelante. Vaya a cenar con el resto del personal.

Ross Shanklin tenía la voz ronca y le costó hablar.

—De acuerdo. Lo haré bien. ¿Dónde puedo beber un poco de

agua y lavarme?

[1910]

El sabor de la carne

L PRINCIPIO fue Christopher Bellew. Para cuando llegó a la Universidad se había

convertido en Chris Bellew. Más tarde, entre la pandilla bohemia de San Francisco, lo llamaron Kit Bellew. Y al final solo lo conocían por Smoke Bellew. Y esta evolución de su nombre es la historia de su propia evolución. No habría tenido lugar si no hubiese contado con una madre cariñosa y un tío de hierro, y si no hubiese recibido una carta de Gillet Bellamy.

«Acabo de ver un ejemplar de *The Billow*», escribió Gillet desde París. «Estoy seguro de que O'Hara lo sacará adelante, pero le falta poner en práctica algunos truquillos». Luego seguían los consejos necesarios para mejorar el incipiente semanario social. «Ve a verlo. Que crea que las sugerencias son tuyas. No permitas que se entere de que las he hecho yo. Si lo haces, me nombrará corresponsal en París y no me lo puedo permitir, porque las revistas importantes me están pagando muy bien las colaboraciones. Por encima de todo, no olvides obligarlo a despedir al tipo que se ocupa de la crítica artística y musical. Otra cosa: San Francisco siempre ha tenido literatura propia, pero ahora brilla por su ausencia. Dile que busque como sea algún bicho raro que produzca una novela por entregas que contenga la auténtica aventura, la sofisticación y el color local de San Francisco».

Kit Bellew se desplazó a la oficina de *The Billow* para transmitir sus instrucciones. O'Hara escuchó. O'Hara discutió. O'Hara se mostró de acuerdo. O'Hara despidió al tipo que se ocupaba de las críticas. Además, O'Hara lo trató de una forma especial, esa forma especial que Gillet temía desde la lejana París. Cuando O'Hara quería algo ningún amigo podía negárselo. Resultaba dulce y convincentemente irresistible. Antes de que Kit Bellew pudiese huir de la oficina se había convertido en director adjunto, había aceptado ocuparse de las críticas semanales hasta que encontraran un crítico decente y se había comprometido a escribir un episodio semanal de diez mil palabras para la novela por entregas de San Francisco… y todo eso sin cobrar. *The Billow* aún no producía beneficios, explicó O'Hara con la misma capacidad de convicción con la que expuso que solo había un hombre en San Francisco capaz de escribir la novela por entregas y ese hombre era Kit Bellew.

«¡Señor, señor! ¡Yo soy el bicho raro!», se había quejado Kit más tarde, bajando las estrechas escaleras.

Así había dado comienzo su servidumbre ante O'Hara y las

insaciables columnas de *The Billow*. Semana tras semana ocupaba una silla en la oficina, alejaba a los acreedores, reñía con los impresores y entregaba veinticinco mil palabras de todo tipo. Pero sus tareas nunca se veían aligeradas. *The Billow* era ambicioso. Decidió incluir ilustraciones. Los procesos eran caros. Nunca había dinero para pagar a Kit Bellew, de la misma manera que no se podía hacer frente a una ampliación del personal de oficina. Por suerte para Kit, él tenía ingresos propios. Aunque, comparada con otras, la suya era una renta modesta, le permitía pertenecer a varios clubes y mantener un estudio en el barrio latino. Además, desde que era director adjunto, sus gastos se habían reducido de una forma prodigiosa. No tenía tiempo para gastar dinero. Ya no se acercaba al estudio ni celebraba sus famosas cenas entre calientaplatos con los bohemios. Sin embargo, siempre andaba sin blanca porque *The Billow*, con sus dificultades financieras permanentes, consumía su dinero, además de su cerebro. Se hacía cargo de los ilustradores, que periódicamente se negaban a ilustrar; de los impresores, que periódicamente se negaban a imprimir; y del chico de los recados, que frecuentemente se negaba a hacer recados. En esas ocasiones, O'Hara miraba a Kit y Kit hacía el resto.

Cuando el vapor *Excelsior* llegó desde Alaska con las noticias del descubrimiento del Klondike que hizo enloquecer al país, Kit realizó una propuesta puramente frívola.

—Escucha, O'Hara —dijo—, esa fiebre del oro va a ser algo grande. Volverán los buenos tiempos del 49. ¿Y si voy a cubrirla para *The Billow*? Me pagaré mis propios gastos.

O'Hara negó con la cabeza.

—No puedo prescindir de ti en la oficina, Kit. Y está la novela por entregas. Además, no hace ni una hora que hablé con Jackson. Sale mañana hacia el Klondike y ha aceptado enviarnos una carta semanal con varias fotos. No lo solté hasta que me lo prometió. Lo mejor de todo es que no nos costará nada.

La siguiente vez que Kit oyó hablar del Klondike fue esa misma tarde, cuando se pasó por el club y se encontró con su tío en un rincón junto a la biblioteca.

—Hola, querido tío —saludó Kit mientras se dejaba caer en un sillón de cuero y estiraba las piernas—. ¿Me haces compañía un rato?

Pidió un cóctel, pero el tío se conformó con el flojo burdeos autóctono que siempre tomaba. Luego observó con desagrado e irritación el cóctel y el rostro del sobrino. Kit supo que lo iba a sermonear.

—Solo dispongo de un minuto —anunció con prisa—. Tengo que acudir enseguida a la exposición de Keith en Ellery's y escribir media columna.

—¿Qué te pasa? —preguntó el otro—. Estás pálido. Estás hecho un desastre.

Kit solo respondió con un gemido.

—Ya veo que tendré el placer de enterrarte.

Kit negó con la cabeza, muy triste.

—No quiero ser pasto de los gusanos, gracias. Prefiero la cremación.

John Bellew pertenecía a la vieja estirpe fuerte y resistente que había cruzado las llanuras, en la década de los cincuenta, en carromatos tirados por bueyes, por lo que en su interior conservaba esa misma dureza, junto con la aprendida durante una niñez dedicada a la conquista de una tierra nueva.

—No llevas una buena vida, Christopher. Me avergüenzo de ti.

—Voy camino a la perdición, ¿no? —se rió Kit.

Su tío se encogió de hombros.

—No te desmelenes conmigo, querido tío. Ojalá fuese camino a la perdición. Pero ya no tengo tiempo ni para eso. No tengo tiempo para nada.

—Entonces, ¿por qué…?

—Por exceso de trabajo.

John Bellew soltó una carcajada dura e incrédula.

—Es verdad.

La carcajada se repitió.

—El hombre es producto de su entorno —afirmó Kit al tiempo que señalaba la copa del otro—. Tu regocijo es flojo y amargo como tu copa.

—¡Exceso de trabajo! —se burló el tío—. Nunca has ganado un centavo en tu vida.

—Te aseguro que sí, aunque no me pagan. Ahora mismo gano quinientos dólares a la semana y hago el trabajo de cuatro hombres.

—¿Pintas cuadros que no se venden? ¿O te dedicas a bordar?

¿Sabes nadar?

—Sabía.

—¿Y montar a caballo?

—También he corrido esa aventura.

John Bellew soltó un bufido de indignación.

—Me alegro de que tu padre no haya vivido para verte comportándote de forma tan descortés —dijo—. Tu padre era un hombre de los pies a la cabeza. ¿Me entiendes? Un hombre. Creo que él habría acabado con todas esas bobadas musicales y artísticas.

—¡Ay de mí, qué tiempos tan degenerados! —suspiró Kit.

—Podría comprenderlo y tolerarlo —continuó el otro, muy enfadado—, si triunfaras. No has ganado un centavo en tu vida ni trabajado jamás como un hombre. ¿Para qué sirves? Eso me gustaría saber. Tenías una buena complexión y, sin embargo, en la Universidad no jugaste al fútbol. No remaste. No…

—Boxeé e hice esgrima… un poco.

—¿Cuándo fue la última vez que boxeaste?

—Antes de acabar los estudios, pero valoraban mucho mi forma de calcular tiempo y distancia, aunque me consideraban…

—Continúa.

—Me consideraban desganado.

—Un vago, querrás decir.

—Siempre supuse que sería un eufemismo.

—Mi padre, tu abuelo, el anciano Isaac Bellew, mató a un hombre de un puñetazo a los sesenta y nueve años.

—¿El hombre tenía sesenta y nueve?

—No, granuja sin gracia, tu abuelo. Pero a los sesenta y nueve tú no matarás ni un mosquito.

—Los tiempos han cambiado, querido tío. Ahora envían a los hombres a la cárcel por homicidio.

—Tu padre cabalgó trescientos kilómetros sin dormir y reventó tres caballos.

—Si hubiese vivido hoy, habría hecho el mismo recorrido roncando en un autobús.

El tío estuvo a punto de atragantarse con su ira, pero logró tragársela y preguntar:

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo motivos para creer…

—Lo sé. Veintisiete. Terminaste la Universidad a los veintidós. Llevas cinco años divirtiéndote, jugando y entreteniéndote. Ante Dios y el hombre, ¿para qué sirves? A tu edad, yo solo tenía una muda de ropa interior. Cabalgaba guiando el ganado en Colusa. Era duro como las piedras y capaz de dormir sobre una roca. Me alimentaba de tasajo y carne de oso. Aún ahora estoy en mejores condiciones físicas que tú. Pesas unos setenta y cinco kilos. Podría machacarte ahora mismo con mis propios puños.

—No hay que ser un prodigio físico para trasegar cócteles o té *kashmiri* —murmuró Kit en tono despectivo—. ¿No ves, querido tío, que los tiempos han cambiado? Además, a mí no me criaron bien. Mi querida e insensata madre… —John Bellew se sobresaltó, enfadado—… como en una ocasión tú mismo la describiste, me crió entre algodones y demás historias. Aunque, si cuando era un jovencito hubiese tenido acceso a una de esas vacaciones tan masculinas que tú sueles disfrutar… Me pregunto por qué nunca me invitaste. A Hal y a Robbie los llevaste por todas las sierras e incluso a México.

—Supongo que serías una especie de pequeño lord.

—Culpa tuya, querido tío, y de mi queridísima madre. ¿Cómo iba yo a conocer las adversidades? Solo era un niño. Me vi rodeado de aguafuertes, óleos y abanicos. ¿Tengo yo la culpa de no haberme visto nunca obligado a sudar?

El tío miró al sobrino con manifiesta indignación. No tenía paciencia con la frivolidad y la falta de energía.

—Pues me voy a tomar una de esas vacaciones masculinas, como tú las llamas. ¿Y si te digo que vengas?

—Un poco tarde, me parece. ¿A dónde vas?

—Hal y Robert quieren establecerse en el Klondike y yo voy a acompañarlos a cruzar el paso y los lagos. Luego regresaré y…

No continuó porque el joven se había impulsado hacia delante de repente y le apretaba la mano.

—¡Mi protector!

John Bellew desconfió de inmediato. Ni se le habría ocurrido soñar que su sobrino iba a aceptar su invitación.

—No lo dices en serio —afirmó.

—¿Cuándo salimos?

—Será un viaje muy duro. Estorbarás.

—No. Trabajaré. He aprendido a trabajar desde que estoy en *The Billow*.

—Cada hombre debe llevar provisiones para un año. Habrá semejante atasco que los porteadores indios no podrán ocuparse de todo. Hal y Robert tendrán que cruzar su equipo ellos mismos. Por eso voy, para ayudarlos a portear. Si vienes, tendrás que hacer lo mismo.

—Lo haré.

—No puedes portear —objetó el otro.

—¿Cuándo salimos?

—Mañana.

—No creas que esto lo ha conseguido tu discurso sobre las adversidades y la dureza de la vida —dijo Kit al despedirse—. Necesitaba largarme, me daba igual a donde, con tal de huir de O'Hara.

—¿Quién es O'Hara? ¿Un japonés?

—No, es irlandés, un negrero y mi mejor amigo. Es el director, propietario y mandamás de *The Billow*. Lo que él dice, va a misa. Consigue que hasta los fantasmas hablen.

Esa noche, Kit Bellew le escribió una nota a O'Hara. En ella le explicaba: «Solo son unas vacaciones de unas cuantas semanas. Tendrás que buscarte un bicho raro que cumpla con los plazos de la novela por entregas. Lo siento, amigo, pero mi salud me lo pide. Cuando vuelva me esforzaré el doble».

Kit Bellew desembarcó en medio de la locura que era la playa de Dyea, congestionada por los miles de hombres que llevaban equipos de casi quinientos kilos. Esa inmensa masa de equipaje y comida, que los vapores arrojaban a tierra formando verdaderas montañas, ascendía poco a poco hacia el valle de Dyea y cruzaba Chilkoot. Eran cuarenta y cinco kilómetros de un porteo que solo podía hacerse sobre las espaldas de los hombres. A pesar de que los porteadores indios habían aumentado el precio de quince centavos a ochenta, no daban abasto y resultaba evidente que el invierno sorprendería a la mayor parte que los equipos en el lado incorrecto de la divisoria.

Kit era el más delicado de los delicados. Como muchos otros cientos, llevaba un gran revólver colgado al cinto. De eso era culpable su tío, dominado por los recuerdos de los viejos tiempos

sin ley. Pero Kit Bellew era un romántico. Lo fascinaban las banalidades y la animación de la fiebre del oro, y observaba su vida y su movimiento con ojo de artista. No se lo tomaba en serio. Como había dicho a bordo del vapor, no iba a su propio entierro. Se encontraba de vacaciones y pretendía echar una ojeada desde lo más alto del paso para «presenciar la historia» y luego regresar.

Tras dejar a su grupo en la arena a la espera de que desembarcaran su carga, caminó playa arriba, hacia el viejo puesto comercial. No se pavoneaba, como hacían muchos de los que iban armados. Un indio fornido, de metro ochenta, pasó junto a él llevando una carga más grande de lo normal. Kit lo siguió al tiempo que admiraba las espléndidas pantorrillas del hombre y la elegancia y la facilidad con la que se movía bajo el peso de la carga. El indio dejó caer el equipo sobre la balanza situada frente al puesto y Kit se unió al impresionado grupo de buscadores de oro que lo rodearon. El equipo pesaba sesenta kilos, hecho que se propagó entre expresiones de asombro. Kit decidió que era una hazaña y se preguntó si él podría levantar semejante peso y mucho menos caminar con él.

—¿Vas al lago Lindeman con eso, amigo? —preguntó.

El indio, hinchando el pecho de orgullo, gruñó una afirmación.

—¿Cuánto cobras por esa carga?

—Cincuenta dólares.

Kit abandonó la conversación en ese punto. Una joven, de pie en el umbral, había llamado su atención. A diferencia de las demás mujeres que llegaban en los vapores, no llevaba ni faldas cortas ni pololos. Iba vestida como cualquier mujer que viajase a algún sitio, sin importar dónde. Lo que llamó su atención fue lo acertado de su presencia, la sensación de que era allí donde debía estar. Además, era joven y guapa. La belleza luminosa y el color de su rostro ovalado se apoderaron de él, que se quedó mirándola demasiado tiempo, hasta que ella se sintió molesta y sus ojos, oscuros y de largas pestañas, se tropezaron con los de él. Desde el rostro bajaron, claramente divertidos, hasta el enorme revólver de la cadera. Luego volvieron a los ojos de él, reflejando desprecio y burla. Kit se sintió como si le hubiesen dado un puñetazo. Ella se giró hacia el hombre que tenía a su lado y señaló a Kit. El hombre lo miró con el mismo desprecio y burla.

—*Chechaquo* —dijo la joven.

El hombre, que parecía un vagabundo con un mono barato y una ruinosa chaqueta de lana, sonrió lacónicamente y Kit se sintió humillado, aunque no sabía por qué. En cualquier caso, mientras los dos se alejaban, decidió que aquella joven tenía una belleza poco común. Se fijó en cómo caminaba y se dijo a sí mismo que reconocería esos andares aunque pasaran mil años.

—¿Has visto a ese hombre que iba con la chica? —preguntó el vecino de Kit, muy nervioso— ¿Sabes quién es?

Kit negó con la cabeza.

—Caribú Charley. Me lo acaban de decir. Hizo pleno en el Klondike. Es veterano.

Ha pasado doce años en el Yukón. Acaba de venir de allí.

—¿Qué significa *chechaquo*? —preguntó Kit.

—Tú lo eres. Yo lo soy —fue la respuesta.

—Puede que lo sea, pero no sé lo que es. ¿Qué significa?

—Novato.

Camino a la playa, dio vueltas a la palabra en su cabeza. Que una muchachita delgada lo llamase novato dolía lo suyo. En un rincón entre los montones de mercancías, aún presente la imagen del indio con su formidable carga, Kit quiso poner a prueba su propia fuerza. Eligió un saco de harina que pesaba cincuenta kilos, se situó con un pie a cada lado de él, se agachó e intentó echárselo al hombro. La primera conclusión a la que llegó fue que cincuenta kilos era mucho peso. La segunda, que no tenía fuerza en la espalda. La tercera le hizo soltar un juramento, lo que ocurrió tras cinco minutos de lucha, cuando se cayó sobre la carga con la que se peleaba. Se limpió el sudor de la frente y, tras una pila de sacos de comida, vio que John Bellew lo observaba con una mirada gélida y divertida a la vez.

—¡Santo cielo! —proclamó ese apóstol de la dureza—. Hemos engendrado una raza de enclenques. Yo, a los dieciséis, jugaba con eso que tú no puedes ni mover.

—Olvidas, querido tío —respondió Kit—, que a mí no me criaron con carne de oso.

—Y seguiré jugando igual a los sesenta.

—A ver si me lo demuestras.

John Bellew lo demostró. Tenía cuarenta y ocho años, pero se

inclinó sobre el saco, tanteó la situación, cambió la forma de agarrarlo para equilibrarlo mejor y, tras un tirón brusco, se enderezó con el saco de harina al hombro.

—Maña, chico, maña. Y buen lomo.

Kit se quitó el sombrero como muestra de reverencia.

—Eres asombroso, querido tío, verdaderamente asombroso. ¿Crees que podré aprender esa maña?

John Bellew se encogió de hombros.

—Tomarás el camino de vuelta antes de que nos pongamos en marcha.

—No temas —gruñó Kit—. Allí me espera O'Hara, el león rugiente. No pienso regresar hasta que me toque hacerlo.

El primer porteo de Kit fue un éxito. Habían conseguido indios que llevasen sus mil doscientos kilos de equipo hasta Finnegan's Crossing. Desde allí tendrían que moverlos usando sus propias espaldas. Planeaban avanzar un kilómetro y medio al día. Parecía sencillo… al menos sobre el papel. Como John Bellew se quedaría en el campamento para ocuparse de cocinar, no podría realizar demasiados porteos; de manera que sobre cada uno de los tres jóvenes recaía la tarea de transportar cuatrocientos kilos durante kilómetro y medio al día. Si realizaban porteos de veinticinco kilos, tendrían que caminar, cada día, veinticuatro kilómetros cargados y veintidós y medio sin carga, porque tal y como explicó Kit su agradable descubrimiento: «Después de llevar la última carga ya no regresamos». Si los porteos eran de cuarenta kilos recorrerían veintiocho kilómetros y medio al día y, si eran de cincuenta kilos, solo les tocaría cubrir veintidós y medio.

—No me gusta caminar —dijo Kit—. Así que llevaré cincuenta kilos. —Vio la sonrisa incrédula de su tío y se apresuró a añadir—: Claro que iré poco a poco. Antes debo aprender los trucos y acostumbrarme. Empezaré con veinticinco.

Eso hizo y se echó al camino con alegría. Dejó la carga en el siguiente campamento y empezó a regresar con la misma alegría. Era más fácil de lo que había pensado. Pero al cabo de tres kilómetros, la capa externa de su resistencia había desaparecido, dejando a la vista la debilidad interior. Su segundo porteo fue de treinta kilos. Le pareció más difícil y ya no mostró alegría alguna. Varias veces, siguiendo la costumbre de todos los porteadores, se

sentó en el suelo y descansó la carga sobre una roca o un tocón, sin desprenderse de ella. Con el tercer porteo se sintió audaz. Se ajustó las correas de un saco de alubias que pasaba de cuarenta kilos y se puso en marcha. Al cabo de cien metros creyó que iba a desmayarse. Se sentó y se secó el sudor del rostro.

—Acarreos cortos y descansos cortos —murmuró—. Ese es el truco.

A veces ni siquiera recorría cien metros y, siempre que se esforzaba en ponerse en pie de nuevo para acarrear su carga durante un trecho breve, la carga le parecía más pesada. Jadeaba y no paraba de sudar. Antes siquiera de haber cubierto cuatrocientos metros se había sacado la camisa de lana y la había dejado colgada de un árbol. Un poco después se libró del sombrero. Al cabo de menos de un kilómetro decidió que estaba acabado. Jamás en su vida se había esforzado de esa forma y sabía que estaba acabado. Sentado, sin dejar de jadear, se fijó por causalidad en el pesado revólver con su cartuchera y su cinto.

—¡Cinco kilos de chatarra! —dijo con desprecio al tiempo que se lo quitaba.

No se molestó en colgarlo de un árbol, sino que lo lanzó en medio de la maleza. Cuando la ininterrumpida marea de porteadores empezó a pasar junto a él se fijó en que los otros novatos también empezaban a librarse de sus revólveres.

Los acarreos cortos se acortaron aún más. A veces solo conseguía tambalearse durante treinta metros y, entonces, las siniestras palpitaciones del corazón en los tímpanos y la inestabilidad de las rodillas lo obligaban a descansar. Los descansos eran cada vez más largos. Pero tenía la mente ocupada. Era un porteo de cuarenta y dos kilómetros, lo que implicaba veintiocho días, y esa parte, din duda, era la más fácil. «Espera a llegar a Chilkoot», le decían otros cuando charlaban mientras descansaban. «Allí hay que usar manos pies para avanzar». «Yo no llegaré a Chilkoot», era siempre su respuesta. «Yo no. Mucho antes de eso me encontraré de vuelta en mi sofá, feliz y contento».

Un resbalón y el esfuerzo demoledor que se vio obligado a realizar para recuperarse lo asustaron. Le pareció que todo en su interior había quedado desgarrado por el tirón.

—Si me caigo con esto a la espalda, no la cuento —le dijo a otro

porteador.

—Eso no es nada —fue la respuesta—. Espera a llegar al cañón. Tendrás que cruzar un torrente embravecido sobre un tronco de pino de veinte metros de largo. No hay cuerdas ni nada a lo que agarrarse y, en la zona en la que el tronco cede y se hunde, el agua te llega hasta las rodillas. Si te caes con la carga a la espalda, resulta imposible soltar las correas. Te quedas allí y te ahogas.

—Me parece bien —respondió él. Estaba tan agotado que lo dijo en serio.

—Allí se ahogan unos tres o cuatro porteadores al día —le aseguró el hombre—. Una vez ayudé a sacar a un alemán. Llevaba cuatro mil dólares en billetes verdes.

—¡Qué alentador! —comentó Kit al tiempo que luchaba por ponerse en pie y seguir camino.

Él y el saco de alubias se convirtieron en una tragedia andante. Se acordó del viejo marino que Simbad debía acarrear sobre sus hombros. Así que las vacaciones masculinas eran así, pensó. Comparada con eso, su servidumbre ante O'Hara era pan comido. Una y otra vez lo perseguía la idea de abandonar el saco de alubias entre la maleza, regresar al campamento de la playa sin que nadie lo viese y tomar un vapor de vuelta a la civilización.

Pero no lo hizo. En algún lugar de su interior se ocultaba una vena de dureza, por lo que se repitió a sí mismo sin descanso que si otros hombres podían conseguirlo, él también. Esa consigna se convirtió en una pesadilla que farfullaba a cualquiera que lo adelantara en el camino. En otras ocasiones, mientras descansaba, observaba y envidiaba a los imperturbables indios, que más parecían mulas en su forma de avanzar cargados como nadie. Daba la impresión de que nunca descansaban y continuaban camino a un ritmo constante y con una certidumbre que lo dejaban con la boca abierta.

Se sentaba y maldecía —ya no tenía fuerzas para hacerlo mientras avanzaba—, y luchaba contra la tentación de regresar a San Francisco a escondidas. Antes de terminar aquel viaje de kilómetro y medio dejó de maldecir y empezó a llorar. Eran lágrimas de agotamiento y de indignación hacia sí mismo. No había hombre más inútil que él. Cuando por fin pudo ver el punto donde terminaba aquel porteo, sacó fuerzas de su desesperación, llegó al

campamento y cayó boca abajo, con las alubias a la espalda. Eso no lo mató, pero transcurrieron quince minutos antes de que lograse reunir energía suficiente para librarse de las correas. Entonces se sintió mortalmente mareado y así lo encontró Robbie, que tenía problemas similares. Precisamente fue el mareo de Robbie lo que armó de valor a Kit.

—Si otros pueden, nosotros también —le dijo a Robbie, aunque no tenía claro si iba de farol o no.

«Tengo veintisiete años y soy un hombre», se garantizó a sí mismo muchas veces durante los días siguientes. Era necesario. Al cabo de una semana, a pesar de haber logrado trasladar sus cuatrocientos kilos diarios durante un kilómetro y medio al día, había perdido siete kilos de su propio peso. Tenía el rostro delgado, demacrado. Su cuerpo y su mente habían perdido toda capacidad de recuperación. Ya no caminaba, arrastraba los pies. Y en los viajes de vuelta, sin carga, los arrastraba casi tanto como cuando iba cargado.

Se había convertido en un animal de carga. Se dormía encima de la comida y su sueño era pesado, bestial, excepto cuando se despertaba gritando de agonía debido a los calambres que sufría en las piernas. Le dolía todo. Pisaba sobre ampollas en carne viva; pero incluso eso era más llevadero que las terribles contusiones que sufrieron sus pies sobre las piedras redondeadas por el agua de las marismas de Dyea, por las que discurría el camino a lo largo de tres kilómetros. Esos tres kilómetros suponían, en realidad, cincuenta y siete kilómetros de viaje. Sus hombros y el pecho, irritados debido a las correas, le hicieron pensar —comprendiéndolos por primera vez — en los caballos que había visto en las calles de las ciudades.

Tras cruzar con la carga los troncos que servían de puente en la boca del cañón, hicieron un cambio de planes. Del otro lado del paso había llegado el rumor de que en el lago Lindeman estaban talando los últimos árboles disponibles para construir barcas. Los dos primos continuaron camino cargados con herramientas, una sierra abrazadera, mantas y comida, y dejaron a Kit y a su tío la responsabilidad de trasladar el equipo. John Bellew compartía la cocina con Kit y ambos porteaban hombro con hombro. El tiempo pasaba volando y las primeras nieves empezaron a caer en las cumbres. Quedar atrapado en el lado equivocado del paso implicaba

casi un año de retraso. El tío cargó su espalda de hierro con cincuenta kilos. Kit se quedó impresionado, pero apretó los dientes y ciñó sus correas a otros cincuenta kilos. Dolía, pero ya tenía maña y su cuerpo, libre de toda blandura y grasa, empezaba a endurecerse y a estar formado por músculos recios y magros. Además, observaba e ideaba. Se fijó en las correas sujetas a la cabeza que llevaban los indios y fabricó un artilugio similar para él, que utilizó además de las correas a los hombros. Facilitaba tanto las cosas que empezó a apilar encima cualquier bulto voluminoso de poco peso que formase parte del equipaje. Así, pronto fue capaz de doblarse bajo cincuenta kilos sujetos a las correas, entre siete y diez más sobre la carga y pegados al cuello, un hacha o un par de remos en una mano y en la otra los cubos para cocinar del campamento, unos dentro de los otros.

Pero por mucho que se esforzaran, el sacrificio era cada vez mayor. El camino era más accidentado, el peso de las cargas aumentaba y cada día el límite de la nieve descendía un poco más y se acercaba a ellos, mientras el precio del porteo subía a un dólar con veinte centavos. No tenían noticias de los primos, así que imaginaron que estarían talando árboles y convirtiéndolos en tablones para construir una barca. John Bellew se impacientaba. Tras capturar a un grupo de indios que regresaban del lago Lindeman los convenció para que porteasen el equipo. Le cobraron sesenta centavos el kilo por llevarlo hasta la cima de Chilkoot y casi se arruinó. Aún así, quedaron sin transportar alrededor de doscientos kilos de bolsas con ropa y equipo de acampada. Se quedó atrás para ocuparse de moverlos y envió a Kit con los indios. Kit debía permanecer en la cima, porteando muy poco a poco su tonelada hasta que lo alcanzase su tío con los doscientos kilos restantes.

Kit avanzó pacientemente junto a sus porteadores indios. Debido al hecho de que iba a ser un acarreo prolongado, sin paradas hasta la cima de Chilkoot, la carga que él llevaba solo pesaba cuarenta kilos. Los indios avanzaban con paso lento, pero con un ritmo más rápido que el que él había practicado. Sin embargo, no sintió aprensión y empezaba a considerarse casi tan preparado como un indio.

Tras recorrer cuatrocientos metros quiso descansar, pero los

indios continuaron avanzando. Permaneció con ellos y mantuvo su lugar en la hilera. A los ochocientos metros estaba seguro de que no podría dar un paso más, pero apretó los dientes, mantuvo su puesto y, al cabo de un kilómetro y medio se sintió asombrado de seguir vivo. Luego, sin saber cómo, experimentó eso que se llama segundo aliento y el segundo kilómetro y medio le resultó casi más sencillo que el primero. El tercero estuvo a punto de matarlo pero, aunque avanzaba casi delirando debido al dolor y la fatiga, ni siquiera se quejó. Entonces, cuando decidió que iba a desmayarse sin remedio, llegó el descanso. En lugar de sentarse con las correas puestas, como tenían por costumbre los porteadores blancos, los indios se quitaron las correas de los hombros y de la cabeza, y se tumbaron a gusto mientras fumaban y charlaban. Transcurrió media hora antes de que volvieran al camino. Para su sorpresa, Kit se encontró como nuevo y «Acarreos largos y descansos largos» se convirtió en su nuevo lema.

Había oído hablar de la pendiente de Chilkoot y en muchas ocasiones tuvo que ascender usando también las manos, no solo los pies. Pero, cuando llegó a la cima de la divisoria en lo peor de una ventisca de nieve, lo hizo en compañía de los indios, orgulloso de haber podido seguirles el ritmo sin quejarse y sin quedarse atrás. Ser casi tan bueno como un indio era una nueva ambición a perseguir.

Tras pagar a los indios y verlos partir, se quedó solo en medio de una oscuridad que anunciaba tormenta a trescientos metros por encima del límite superior de la vegetación arbórea, en el espinazo de una montaña. Empapado hasta la cintura, hambriento y exhausto, habría dado los ingresos de un año a cambio de una hoguera y una taza de café. Pero se conformó con comer media docena de tortitas frías y arrastrarse entre los pliegues de la tienda medio desenrollada. Mientras se dormía, solo le dio tiempo a pensar fugazmente en una cosa y sonrió con despiadado placer al imaginar a John Bellew transportando, durante los días siguientes y con toda su masculinidad, los doscientos kilos paso Chilkoot arriba. En cuanto a él, aunque le tocaban mil kilos, tenía que llevarlos ladera abajo.

Por la mañana, anquilosado debido al esfuerzo y entumecido por la helada, salió de entre las lonas, se comió casi un kilo de beicon

crudo, sujetó cincuenta kilos con las correas y empezó a descender la pedregosa senda. Varios cientos de metros más abajo, el camino cruzaba un pequeño glaciar y terminaba en el lago Crater. Otros hombres porteaban cruzando el glaciar. Durante todo ese día fue dejando sus bultos en el borde superior del glaciar y, debido a la brevedad del acarreo, se animó a llevar setenta y cinco kilos en cada viaje. Su asombro al verse capaz de hacerlo no tenía fin. A un indio le compró, por dos dólares, tres galletas marineras duras como suelas de zapato y con ellas y una buena cantidad de beicon crudo se preparó varias comidas. Sin lavarse, sin poder calentarse y con la ropa empapada en sudor pasó una noche más entre las lonas.

Muy temprano, extendió una lona impermeable sobre el hielo, la cargó con tres cuartos de tonelada y empezó a tirar de ella. Donde la inclinación del glaciar aceleró, su carga aceleró también, lo superó, se lo llevó por delante y lo arrastró con ella.

Una centena de porteadores, doblados bajo el peso de sus cargas, se detuvieron para mirarlo. Él gritó frenético para advertirlos del peligro y los que quedaban en su camino se apartaron a trompicones, como pudieron. Más abajo, en el borde inferior del glaciar, se alzaba una tienda pequeña que parecía acercarse a él a saltos, tan rápidamente aumentaba de tamaño. Sintió que la senda abierta por los porteadores giraba bruscamente a la izquierda y golpeó una zona de nieve virgen que se elevó a su alrededor formando una especie de humareda helada, a la vez que reducía su velocidad. Vio la tienda en el mismo instante en el que la envistió, llevándose por delante los vientos de la esquina, entrando por la puerta delantera y acabando en el interior, aún sobre la lona impermeable y en medio de sus sacos de comida. La tienda se balanceó como un borracho y, en mitad del vapor helado, se encontró cara a cara con una joven sorprendida que estaba sentada sobre sus mantas; la misma que lo había llamado novato en Dyea.

—¿Ha visto qué humareda la mía? —preguntó él alegremente.

Ella lo miró con desagrado.

—¡Y luego hablan de las alfombras mágicas! —continuó él.

La frialdad de ella era todo un reto.

—Ha sido una suerte que no volcase la cocina —le dijo.

Él siguió la mirada de ella y vio una plancha de hierro y una cafetera, de la que se ocupaba una india. Olisqueó el café y miró a

la joven.

—Soy un *chechaquo* —le dijo.

El gesto de aburrimiento de la chica le indicó que había dicho una obviedad. Pero no permitió que le afectase.

—Me he librado del revólver —añadió.

Entonces ella lo reconoció y se le iluminaron los ojos.

—Nunca pensé que llegaría tan lejos —lo informó.

Él volvió a olisquear el aire con avidez.

—¡Por mi vida, café! —Se giró y se dirigió directamente a ella—. Le doy mi meñique, puede cortarlo ahora mismo. Haré lo que sea. Seré su esclavo durante un año y un día o el tiempo que usted diga, si me da una taza de esa cafetera.

Y mientras tomaba el café le dijo su nombre y se enteró del de ella: Joy Gastell. También se enteró de que era veterana en el país. Había nacido en un puesto comercial del Gran Lago de los Esclavos y, siendo una niña, había cruzado las Rocosas con su padre y continuado Yukón abajo. Le contó que regresaba al interior con su padre, al que los negocios habían retenido en Seattle y que había naufragado en el infausto *Chanter*, aunque el vapor de rescate lo había llevado hasta el estrecho de Puget.

En vista de que la joven aún no se había levantado y continuaba metida entre las mantas, no quiso prolongar la conversación, renunció heroicamente a una segunda taza de café y se retiró de la tienda, junto con su equipaje amontonado y descolocado. Con él se llevó, además, varias conclusiones: la joven tenía un nombre y unos ojos muy atractivos; no podía contar más de veinte, veintiuno o veintidós años; su padre debía de ser francés; tenía fuerza de voluntad y temperamento de sobra; y la habían educado lejos de la frontera.

El camino rodeaba el lago Crater sobre piedras erosionadas por el hielo y por encima del límite superior de la vegetación arbórea y llegaba al desfiladero rocoso que conducía a Happy Camp y los primeros pinos de Virginia. Portear su pesado equipo por la zona le llevaría diez días de trabajo demoledor. En el lago había un bote de lona que se empleaba para transportar mercancías. Dos viajes, en dos horas, bastarían para cruzarlo a él y a su tonelada de equipo. Pero estaba arruinado y el barquero cobraba cuarenta dólares por tonelada.

—En esa barquita tienes una mina de oro, amigo —le dijo Kit al barquero—. ¿Quieres tener una mina de oro más?

—Muéstramela —fue la respuesta.

—Te la vendo a cambio de transportar mi equipo. Es una idea que no está patentada y que será tuya en cuanto te la cuente. ¿Aceptas el trato?

El barquero dijo que sí y Kit se fió de él.

—Muy bien. ¿Ves ese glaciar? Coge un pico y enfréntate a él. En un día lograrás hacer un buen canal que lo recorra de arriba abajo. ¿Entiendes para qué? Para la Sociedad de la Rampa entre Chilkoot y el lago Crater. Puedes cobrar un centavo por kilo y pasar cien toneladas al día, sin más trabajo que recolectar el dinero.

Dos horas después la tonelada de Kit había cruzado el lago y él había conseguido ganarse tres días a sí mismo. Cuando John Bellew lo alcanzó por fin, se encontraba cerca del lago Deep, otro cráter volcánico lleno de agua glaciar.

El último porteo, del lago Long al Lindeman, fue de cuatro kilómetros y medio y el camino, si es que podía llamársele así, ascendía un risco de trescientos metros de altura, descendía sobre un amasijo de rocas resbaladizas y cruzaba una ancha extensión pantanosa. John Bellew protestó al ver que Kit sujetaba cincuenta kilos con las correas y añadía, encima y sobre su nuca, un saco de harina de veinticinco.

—Vamos, astilla de la dureza —contestó Kit—, acuérdate de cuando comías carne de oso y solo tenías una muda de ropa interior.

Pero John Bellew negó con la cabeza:

—Me temo que me estoy haciendo viejo, Christopher.

—Solo tienes cuarenta y ocho años. ¿Ya has olvidado que mi abuelo, tu padre, el anciano Isaac Bellew, mató a un hombre de un puñetazo cuando tenía sesenta y nueve?

John Bellew sonrió de oreja a oreja y se tragó su propia medicina.

—Querido tío, quiero decirte algo importante: fui criado con un pequeño lord, pero ahora mismo puedo portear más que tú, caminar más que tú, ganarte a cualquier cosa que me proponga y machacarte con mis propios puños.

John Bellew extendió una mano hacia adelante y dijo, muy

solemne:

—Christopher, hijo, tienes razón. Creo que puedes hacer todo eso y, además, con la carga a la espalda. Lo has hecho muy bien, aunque resulta casi increíble.

Kit realizó el viaje de ida y vuelta del último porteo cuatro veces al día, lo que significa que diariamente recorrió treinta y seis kilómetros de escalada, dieciocho de ellos cargado con setenta y cinco kilos. Estaba orgulloso, cansado, agotado, pero en una forma física magnífica. Comía y dormía como no había comido y dormido en su vida y, al acercarse el momento final de su misión, casi sintió pena.

Había un problema que lo tenía preocupado. Había aprendido que podía caerse con cincuenta kilos a la espalda y sobrevivir, pero estaba seguro de que, si se caía con los veinticinco kilos adicionales sobre la nuca, acabaría con el cuello roto. Cada senda que se abría en el pantano quedaba inutilizada enseguida al sufrir el desgaste de los miles de porteadores, que se veían obligados a abrir nuevos caminos. Precisamente abriendo una de esas sendas consiguió solucionar el problema de los veinticinco kilos de más.

La superficie blanda y frondosa cedió bajo su peso, él se debatió como pudo y acabó cayendo boca abajo. Los veinticinco kilos le hundieron el rostro en el barro y cayeron hacia delante sin romperle el cuello. Con los otros cincuenta kilos sujetos a la espalda logró ponerse a cuatro patas. Pero no pasó de ahí. Un brazo se hundió hasta el hombro, dejando la mejilla apoyada en la nieve sucia y a medio derretir. Cuando logró liberarlo, se hundió el otro. En esa postura resultaba imposible librarse de las correas y los cincuenta kilos de la espalda no le permitían levantarse. A gatas, hundiendo primero un brazo y luego el otro, hizo el esfuerzo de arrastrase hasta donde había caído el saco pequeño de harina. Pero se agotó sin lograr avanzar y removió y agitó tanto la superficie de hierba que un diminuto charco de agua empezó a formarse peligrosamente cerca de su boca y su nariz.

Intentó darse la vuelta y quedarse boca arriba, con la carga entre la espalda y el suelo, pero solo logró hundir ambos brazos hasta los hombros y sentir lo que podría ser morir ahogado. Con una paciencia exquisita, retiró poco a poco uno de los brazos y luego el otro, y los estiro sobre la superficie para apoyar en ellos la barbilla

y protegerla del agua. Entonces empezó a pedir ayuda. Al cabo de un rato oyó unos pasos que se hundían en el barro por detrás de él.

—Échame una mano, amigo —dijo—. O un salvavidas o lo que sea.

Le respondió una voz de mujer que reconoció.

—Si me desata las correas, podré levantarme —le dijo.

Los cincuenta kilos cayeron sobre el barro con un chapoteo y él se puso en pie despacio.

—¡Bonito lío! —se rió la señorita Gastell al ver su cara cubierta de lodo.

—En absoluto —contestó a la ligera—. Es mi ejercicio físico preferido. Debería probarlo alguna vez. Resulta fabuloso para los músculos pectorales y la columna vertebral.

Se limpió la cara y se libró de la nieve sucia que le quedó en la mano con una fuerte sacudida.

—Oh —exclamó ella al reconocerlo—, pero si es el señor… ah… el señor Smoke Bellew o Humareda Bellew.

—Le transmito mi más sincero agradecimiento por este rescate tan oportuno y por este nombre —respondió él—. Me ha bautizado de nuevo. A partir de hoy insistiré en que siempre me llamen Smoke Bellew. Tiene fuerza y también significado. —Hizo una pausa, tras la cual su voz y su gesto adquirieron una fiereza repentina—. ¿Sabe lo que voy a hacer? —preguntó—. Voy a volver a Estados Unidos. Me voy a casar. Voy a criar un montón de hijos. Después, al anochecer, reuniré esos niños a mi alrededor y les contaré los sufrimientos y penalidades que viví en la senda de Chilkoot. Y si no lloran… repito, si no lloran, los vapulearé hasta que lo hagan.

El invierno del ártico llegó con celeridad. La capa de nieve permanente medía ya quince centímetros y el hielo empezaba a formarse en las lagunas a pesar de los vendavales. En plena calma de uno de esos vendavales y a primera hora de la tarde, Kit y John Bellew ayudaron a los primos a cargar la barca y la vieron desaparecer lago abajo en medio de una nevada.

—Ahora, una buena noche de descanso y mañana madrugaremos para ponernos en marcha —dijo John Bellew—. Si no hay tormenta en la cima, llegaremos a Dyea mañana por la noche y, si tenemos suerte con el vapor, dentro de una semana estaremos en San Francisco.

—¿Has disfrutado de tus vacaciones? —preguntó Kit distraídamente.

El campamento para su última noche en el lago Lindeman fue una suma deprimente de restos. Todo lo que podía usarse, incluida la tienda, se lo habían llevado los primos. Una andrajosa lona impermeable, extendida como un cortavientos, los protegía en parte del viento y la nieve. Prepararon la cena sobre un fuego abierto, utilizando un par de utensilios estropeados y desechados. Únicamente tenían las mantas y provisiones para varias comidas.

Kit solo habló una vez durante la cena.

—Querido tío —dijo—, después de esto deseo que me llames Smoke. He levantado una buena humareda en esta senda, ¿no crees?

Unos minutos después puso rumbo a la aldea de tiendas que cobijaban a los buscadores de oro que aún porteaban sus equipos o construían barcas. Tardó varias horas en volver y, cuando regresó y se metió entre las mantas, John Bellew ya estaba dormido.

En la oscuridad de una mañana dominada por la tormenta, Kit se arrastró fuera de las mantas y encendió una hoguera que utilizó para descongelar sus botas. Luego preparó café y frío beicon. Fue una comida fría y deprimente. En cuanto terminaron, recogieron las mantas. Cuando John Bellew se giró en dirección a la senda de Chilkoot, Kit le tendió la mano.

—Adiós, mi querido tío —le dijo.

John Bellew lo miró y soltó un juramento, tan sorprendido estaba.

—No olvides que me llamo Smoke —insistió Kit.

—Pero ¿qué vas a hacer?

Kit movió la mano hacia el norte, sobre el lago y la tormenta.

—¿Qué sentido tiene regresar después de haber llegado tan lejos? —preguntó—. Además, he probado el sabor de la carne y me gusta. Voy a seguir adelante.

—No tienes dinero —protestó John Bellew—. No tienes equipo.

—Tengo trabajo. ¡Tienes ante ti a tu sobrino, Christopher Smoke Bellew! Tiene trabajo. Es el ayudante de un caballero. Le pagan ciento cincuenta dólares al mes y la comida. Va a ir a Dawson con un par de tipos y otro ayudante. Será cocinero, barquero y hombre para todo, sin descanso. O'Hara y *The Billow* pueden irse al cuerno.

Adiós.

Pero John Bellew estaba tan aturdido que solo logró murmurar:

—No lo entiendo.

—Dicen que la cuenca del Yukón está llena de grizzlys osados —explicó Kit—. Pues resulta que ya tengo solo una muda de ropa interior y ahora voy en busca de la carne de oso. Eso es todo.

[1910]

La carne

SOPLABA UN BUEN VENDAVAL y Smoke Bellew avanzaba contra el viento a lo

largo de la playa. A la luz gris del alba se veía a los hombres estibar una docena de barcas con los valiosos equipos porteados a través del paso Chilkoot. Eran barcas caseras y mal hechas, construidas por hombres que no eran carpinteros de ribera, con tablones serrados por ellos mismos de los troncos verdes, sin curar, de las píceas. Una de las barcas, completamente llena, se hizo al agua y Kit se detuvo para mirarla. El viento que lago abajo soplaba a favor aquí lo hacía directamente sobre la playa y provocaba un peligroso oleaje en los bajíos. Los hombres de la barca que zarpaba se adentraron en el agua, protegidos por sus altas botas de goma, para empujarla hacia aguas más profundas. Lo hicieron dos veces. Al subirse a bordo sin remar con la fuerza necesaria para alejarse, el viento empujaba la barca a tierra de nuevo y la hacía encallar. Kit se fijó en que los rociones que surgían a cada lado de la barca se convertían en hielo rápidamente. El tercer intento resultó un éxito parcial. Los dos últimos hombres que subieron a bordo iban mojados hasta la cintura, pero la barca se mantuvo a flote. Lucharon sin descanso con los pesados remos y poco a poco fueron alejándose de la orilla. Luego izaron una vela hecha con mantas que una ráfaga de viento se llevó por delante, y acabaron de nuevo encallados en la playa helada.

Kit sonrió y siguió andando. Eso era lo que se iba a encontrar porque, en su nuevo papel de ayudante de un caballero, ese mismo día debía zarpar de la playa en una barca similar.

Por todas partes se veía trabajar desesperadamente a los hombres debido a que el cierre final del invierno era tan inminente que nadie tenía claro si conseguirían cruzar la gran cadena de lagos antes de que las aguas se congelasen por completo. Sin embargo, cuando Kit llegó a las tiendas de los señores Sprague y Stine, no los vio ni impacientes ni moviéndose.

En cuclillas, junto a una hoguera y bajo la protección de una lona impermeable, un hombre bajo y fuerte fumaba un pitillo liado en papel de estraza.

—Hola —le dijo—. ¿Eres el nuevo ayudante del señor Sprague?

Al tiempo que asentía, Kit pensó que le había parecido notar cierto énfasis en las palabras ayudante y señor, además de un brillo especial en los ojos.

—Pues yo soy el ayudante de Doc Stine —continuó el otro—.

Mido un metro cincuenta y siete y me llamo Shorty, Jack Short, y a veces también me llaman «el punto de la i».

Kit alargó su mano y estrechó la del otro.

—¿Te criaste comiendo carne de oso? —preguntó.

—Claro —fue la respuesta—, aunque, que yo recuerde, lo primero que me dieron fue leche de bisonte. Siéntate y come algo. Los jefes aún no se han levantado.

Y a pesar de que ya había desayunado, Kit se sentó bajo la lona y disfrutó de un segundo desayuno tres veces más copioso. Aquellas semanas de trabajo duro y depurador le habían proporcionado el estómago y el apetito de un lobo. Podía comer cualquier cosa, en cualquier cantidad y no ser consciente de que existía el proceso de la digestión. Shorty le pareció locuaz y pesimista, y le contó sorprendentes comentarios relacionados con sus jefes y siniestros pronósticos relativos a la expedición. Thomas Stanley Sprague era ingeniero de minas en ciernes e hijo de millonario. El doctor Adolph Stine también era hijo de padre acaudalado. Y, gracias a sus padres, un sindicato inversor había decidido financiar la aventura de los dos en el Klondike.

—Sin duda tienen dinero —explicó Shorty—. Cuando llegaron a la playa de Dyea el porteo estaba a un dólar con cuarenta, pero no había indios. Un grupo de auténticos mineros de del este de Oregon había logrado reunir un equipo de indios a un dólar con cuarenta. Los indios ya tenían las correas ajustadas a mil quinientos kilos de equipo cuando aparecieron Sprague y Stine. Ofrecieron uno sesenta, uno ochenta y dos dólares el kilo para que los indios abandonasen a los otros y se ocupasen de sus equipos. Sprague y Stine cruzaron, aunque les costó tres mil dólares, y el grupo de Oregon sigue en la playa. No podrán cruzar hasta el año que viene.

»Sí, tú jefe y el mío no tienen igual cuando se trata de soltar la pasta sin preocuparse por los demás. ¿Qué hicieron al llegar a Lindeman? Los carpinteros estaban terminando una barca que un grupo de San Francisco les había encargado a cambio de seiscientos dólares. Sprague y Stine les soltaron mil pavos y los carpinteros incumplieron su contrato. La barca tiene buena pinta, pero han hundido al otro grupo. Tienen aquí todo el equipo, aunque sin barca para seguir. Se quedarán un año entero atrapados en este agujero.

»Tómate otro café y créeme si te digo que no viajaría con semejante par si no tuviese tantas ganas de llegar al Klondike. No son buenos. Arrancarían la corona fúnebre de la puerta de una casa en la que se velase a un muerto si la necesitaran para sus negocios. ¿Has firmado un contrato?

Kit negó con la cabeza.

—Pues lo siento por ti, amigo. No hay comida en el interior y te dejarán en la estacada en cuanto lleguen a Dawson. Este invierno la gente va a pasar mucha hambre.

—Acordaron… —empezó a decir Kit.

—De palabra —interrumpió Shorty—. Es tu palabra contra la de ellos, nada más. Bueno, por cierto, ¿cómo te llamas, amigo?

—Llámame Smoke —dijo Kit.

—Pues, Smoke, te van a hacer sudar la camiseta de todos modos, aunque tu contrato sea de palabra. Lo de ahora es un claro ejemplo de lo que puedes esperar. Saben soltar pasta sin problema, pero no trabajan ni se levantan de la cama por las mañanas. Hace una hora que teníamos que haber cargado la barca y zarpado. Del trabajo nos ocuparemos solo tú y yo. Muy pronto los oirás pidiendo a gritos café, eso sí, desde la cama, claro, por muy creciditos que estén. ¿Qué sabes de navegación? Yo soy vaquero y buscador de oro, pero de agua y barcos no tengo ni idea y ellos menos aún. ¿Qué sabes tú?

—Que me registren —respondió Kit, protegiéndose mejor bajo la lona porque el viento soplaba con más fuerza y arremolinaba la nieve—. No he ido en barca desde que era niño. Pero supongo que puedo aprender.

Una esquina de la lona se soltó y el viento aplastó un chorro de nieve contra la nuca de Shorty.

—Sí, claro que podemos aprender —murmuró enfadado—. Podemos, sí. Hasta un niño puede aprender. Pero te apuesto lo que quieras a que ni siquiera nos pondremos en marcha hoy.

Eran las ocho cuando pidieron café desde la tienda y casi las nueve antes de que los dos jefes la abandonaran.

—Hola —dijo Sprague, un joven de veinticinco años bien alimentado y de mejillas sonrosadas—. Es hora de ponernos en marcha, Shorty. Tú y… —Miró con aire interrogativo a Kit—. Anoche no entendí bien tu nombre.

—Smoke.

—Bueno, Shorty, será mejor que tú y el señor Smoke empecéis a cargar la barca.

—Solo Smoke, sin señor —sugirió Kit.

Sprague asintió secamente con la cabeza y se fue a pasear entre las tiendas, seguido por el doctor Stine, un joven delgado y pálido.

Shorty le lanzó una mirada elocuente a su compañero.

—Más de tonelada y media de equipo y no echarán ni una mano. Ya lo verás.

—Será porque nos pagan para hacer el trabajo —respondió Kit con alegría—, y será mejor que empecemos.

Mover mil quinientos kilos a la espalda durante cien metros no era tarea sencilla, pero hacerlo además en pleno vendaval, pisoteando aguanieve con las pesadas botas de goma, resultaba agotador. Por si fuera poco, tuvieron que desmontar la tienda y recoger el equipo necesario en el campamento. Luego llegó el momento de cargar la barca. A medida que se asentaba con el peso, tenían que alejarla más de la orilla, por lo que aumentaba la distancia que debían caminar en el agua. A las dos lo habían hecho todo y Kit, a pesar de sus dos desayunos, se sentía débil y a punto de desmayarse de hambre. Le temblaban las rodillas. Shorty, en situación similar, buscó entre las sartenes y las cacerolas y sacó una cacerola grande de alubias cocidas y frías, con unos buenos pedazos de beicon incrustados. Solo había una cuchara de mango largo y se turnaron para usarla. Kit estaba convencido de que en toda su vida había probado algo tan bueno.

—Caramba —murmuró entre bocados—, nunca supe lo que era el apetito hasta que me eché al camino.

Sprague y Stine llegaron cuando se encontraban en medio de tan agradable ocupación.

—¿A qué viene este retraso? —se quejó Sprague—. ¿Es que no vamos a zarpar nunca?

Shorty tomó su bocado y le pasó la cuchara a Kit. Ninguno de los dos habló hasta que la cacerola quedó vacía y el fondo bien limpio.

—Claro, es que no hemos estado haciendo nada —dijo Shorty mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. No hemos hecho gran cosa. Y, por supuesto, ustedes no han comido. Un descuido por mi parte.

—Sí, sí —se apresuró a decir Stine—. Comimos en una de las tiendas con unos amigos.

—Lo imaginaba —gruñó Shorty.

—Pero ahora que ya habéis terminado, zarpemos de una vez —metió prisa Sprague.

—Ahí está la barca —dijo Shorty—. Y está cargada. ¿Cómo piensan zarpar?

—Subiendo a bordo y alejándonos de la orilla. Vamos.

Entraron en el agua y los patrones se encaramaron a la barca mientras Kit y Shorty la empujaban para alejarla de la orilla. Cuando las olas alcanzaron la parte más alta de sus botas de goma, treparon al interior. Los otros dos no tenían los remos preparados y la barca retrocedió y encalló. Repitieron la operación media docena de veces, con gran desgaste de energía.

Shorty se sentó desconsolado en la regala, cogió una porción de tabaco para mascar y se entregó a la desesperación, mientras Kit achicaba y los otros dos intercambiaban comentarios desagradables.

—Si obedecéis mis órdenes, la sacaré de aquí —dijo por fin Sprague.

Sus intenciones eran buenas, pero antes de poder trepar a bordo se había mojado hasta la cintura.

—Tenemos que acampar y encender una hoguera —dijo al tiempo que la barca encallaba de nuevo—. Me estoy congelando.

—No tengas miedo de mojarte —se burló Stine—. Otros hombres han zarpado hoy más empapados que tú. Ya verás como consigo sacarla yo.

Entonces fue él quien se mojó y anunció, mientras le castañeteaban los dientes, que necesitaba una hoguera.

—¡Si solo ha sido una salpicadura de nada! —exclamó Sprague con rencor—. Seguiremos adelante.

—Shorty, coge la bolsa de mi ropa y enciende una hoguera —ordenó el otro.

—De eso nada —gritó Sprague.

Shorty miró a uno y luego al otro, expectoró pero no se movió.

—Trabaja para mí e imagino que obedecerá mis órdenes —respondió Stine—. Shorty, lleva la bolsa a la orilla.

Shorty obedeció y Sprague tiritó en la barca. Kit, al no haber recibido órdenes, permaneció inactivo, contento de poder

descansar.

—Una barca dividida contra sí misma no flotará —monologó.

—¿Qué has dicho? —gruñó Sprague.

—Hablaba solo. Tengo esa costumbre —respondió.

Su jefe lo miró con dureza y permaneció enfurruñado varios minutos más. Luego se rindió.

—Saca mi bolsa, Smoke —ordenó—, y ayuda a encender la hoguera. Ya no saldremos hasta mañana.

Al día siguiente aún soplaba el viento. El lago Lindeman no era más que un estrecho desfiladero de montaña lleno de agua. Al bajar desde las montañas y atravesar ese embudo, el viento era irregular, por lo que a veces las ráfagas resultaban insoportables y otras veces quedaban reducidas a una fuerte brisa.

—Si me da una oportunidad, creo que podré sacar la barca —dijo Kit cuando estuvo todo listo para zarpar.

—¿Qué sabes tú de esto? —preguntó Stine de malos modos.

—Más bien poco —respondió Kit y bajó el ritmo.

Era la primera vez en su vida que trabajaba a sueldo, pero aprendía la disciplina del asunto con rapidez. Obediente y alegre participó en varios esfuerzos inútiles por abandonar la playa.

—¿Cómo lo harías tú? —preguntó Sprague por fin, casi sin aliento y gimoteando.

—Me sentaría a descansar hasta que el viento nos dé una tregua, entonces me dejaría la piel en el intento.

La idea era sencilla, pero a nadie se le había ocurrido. Salió bien a la primera tentativa. Luego izaron una manta y corrieron lago abajo. Stine y Sprague se mostraron animados de inmediato. Shorty, a pesar de su pesimismo crónico, siempre estaba alegre y Kit, interesado en que todo saliese bien, se dejó llevar por el buen humor. Sprague se peleó con el timón de espadilla durante un cuarto de hora y luego miró suplicante a Kit, quien lo relevó.

—La tensión casi me rompe los brazos —murmuró Sprague con aire de disculpa.

—Usted nunca ha comido carne de oso, ¿verdad? —preguntó Kit en tono indulgente.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Oh, nada. Son cosas mías.

Pero, a espaldas del jefe, Kit percibió la sonrisa de aprobación de

Shorty, que ya había descubierto el significado de su metáfora.

Kit manejó el timón durante todo el trayecto del lago Lindeman, demostrando una capacidad que llevó a los dos jóvenes adinerados y poco interesados en trabajar a nombrarlo timonel oficial. Shorty se mostró encantado y se ofreció voluntario para ocuparse de la cocina y dejarle al otro el trabajo de la barca.

Entre los lagos Lindeman y Bennett había una etapa de porteo. La barca, ligeramente cargada, fue llevada a la sirga a lo largo del arroyo, pequeño pero de aguas violentas, que unía ambos lagos, y allí Kit aprendió mucho más sobre las barcas y el agua. Pero cuando llegó el momento de acarrear el equipo, Stine y Sprague desaparecieron y sus ayudantes emplearon dos días de trabajo agotador en cruzar todos los bultos. Lo mismo ocurrió durante muchos míseros días de viaje: Kit y Shorty trabajaban hasta caer extenuados mientras sus jefes descansaban y exigían que los atendiesen.

Pero el férreo invierno del ártico continuaba asentándose con fuerza, lo que provocaba retrasos inevitables y numerosos. En Windy Arm, Stine, arbitrariamente, desposeyó a Kit del timón y en menos de una hora accidentó la barca en una costa de sotavento golpeada por el oleaje. Allí perdieron dos días efectuando reparaciones y la mañana en que zarpaban de nuevo, al bajar a la orilla para embarcar, descubrieron que alguien había escrito a proa y popa, en letras grandes: «*El chechaquo*».

Kit sonrió ante el acierto de tan odiosa palabra.

—¡Ja! —dijo Shorty cuando Stine lo acusó de haberla escrito—. Sé leer y escribir y sé que *chechaquo* significa novato, pero mi formación no ha sido tan buena como para permitirme escribir algo tan complicado.

Ambos jefes lanzaron una mirada asesina a Kit, porque el insulto escocía, pero él no les contó que la noche anterior Shorty le había preguntado cómo se escribía esa palabra en concreto.

—Es casi tan malvado como tu vapuleo con lo de la carne de oso —le dijo Shorty más tarde.

Kit se rió. El descubrimiento continuo de sus propios poderes iba unido al desagrado, siempre en aumento, que sentía por los jefes. Era más repugnancia que irritación, aunque esta siempre estaba presente. Él había probado el sabor de la carne y le había gustado,

pero ellos le estaban enseñando la forma en que nunca debía comerse. Daba gracias a Dios por no ser como ellos. Mostraban una aversión hacia él que rayaba en el odio. Que fingieran estar enfermos para no trabajar lo molestaba menos que su ineficiencia y su incapacidad. Al parecer, el anciano Isaac Bellew y el resto de sus recios familiares ganaban terreno en su interior.

—Shorty —dijo un día durante la habitual demora previa a la salida—, casi me dan ganas de darles con un remo en la cabeza y enterrarlos en el río.

—Lo mismo digo —convino Shorty—. Estos no son comedores de carne. Estos comen pescado y apestan.

Llegaron a los rápidos, primero a los del cañón Box y luego, varios kilómetros más abajo, a los de White Horse. El cañón Box era una verdadera trampa. Una vez en él, la única forma de salir era atravesarlo. A cada lado se alzaban paredes verticales de piedra. El río se estrechaba de tal modo que cruzaba con gran estruendo ese paso tan peligroso, en medio de un movimiento tan demencial que amontonaba el agua en el centro y formaba una cresta que superaba en dos metros y medio la altura de las pedregosas orillas. Esa cresta de agua se veía coronada a su vez por unas olas enormes y compactas que se encrespaban, aunque sin llegar a romper, y se mantenían invariables en su sitio. El miedo al cañón era justificado porque se cobraba un alto precio en vidas de buscadores de oro.

Tras amarrar la barca a la orilla, junto a otra veintena de barcas preocupadas, Kit y sus compañeros continuaron a pie para investigar. Se acercaron al borde y miraron hacia abajo, donde se arremolinaba el agua. Sprague retrocedió estremecido.

—¡Dios mío! —exclamó—. Un buen nadador no tiene ni la más mínima oportunidad de salir bien parado.

Shorty le dio un codazo a Kit y le dijo en voz baja:

—Este se echa atrás. Doble contra sencillo a que no cruzan.

Kit casi ni lo oyó. Desde que habían empezado el viaje en barca había aprendido mucho sobre la obstinación y la inconcebible crueldad de los elementos, y aquella imagen de lo que había a sus pies supuso un reto para él.

—Tenemos que deslizamos sobre esa creta —dijo—. Si nos apartamos de ella nos estrellaremos contra las paredes.

—Y no lo veremos venir —fue el veredicto de Shorty—. ¿Sabes

nadar?

—Preferiría no saber, si algo va mal ahí abajo.

—Estoy de acuerdo —dijo apesadumbrado un desconocido que miraba al cañón junto a ellos—. Ojalá lo hubiese pasado ya.

—Pues yo no vendería mi oportunidad de cruzarlo —respondió Kit.

Lo dijo sinceramente, pero con la intención de animar al hombre. Se dio la vuelta para volver a la barca.

—¿Va a lanzarse? —preguntó el hombre.

Kit asintió con la cabeza.

—Ojalá reuniera yo el valor suficiente para hacerlo —confesó el otro—. Llevo aquí varias horas. Cuanto más lo miro más miedo tengo. No soy barquero y solo cuento con la ayuda de mi sobrino, que es un crío, y de mi esposa. Si lo cruza sano y salvo, ¿pasará luego mi barca?

Kit miró a Shorty, que tardó en contestar.

—Viaja con su mujer —sugirió Kit y supo que no había juzgado mal a su amigo.

—Claro —confirmó Shorty—. Justo era eso lo que estaba pensando. Sabía que había un motivo por el que debía decir que sí.

De nuevo se giraron para irse, pero Sprague y Stine no se movieron.

—Buena suerte, Smoke —le dijo Sprague—. Yo… ah… —dudó—. Me quedaré aquí para ver cómo lo haces.

—Necesitamos tres hombres a bordo, dos en los remos y uno al timón —dijo Kit con calma.

Sprague miró a Stine.

—Ni se me ocurriría —dijo el caballero—. Si tú no tienes miedo de quedarte aquí a mirar, yo tampoco.

—¿Quién tiene miedo? —preguntó Sprague, enfadado.

Stine contestó en el mismo tono y sus ayudantes los dejaron en medio de una pelea.

—Podemos apañarnos sin ellos —le dijo Kit a Shorty—. Tú vas a proa con un remo y yo me ocupo del timón. Basta con que me ayudes a mantenerla recta, sin que se desvíe. Cuando hayamos entrado en el cañón no podrás oírme, así que céntrate en mantenerla siempre recta.

Soltaron amarras y se dirigieron al centro de una corriente cada

vez más rápida. Desde el cañón les llegaba un estruendo que no paraba de crecer. El río se encogía para acceder a la entrada con la suavidad del cristal fundido y en ese punto, al tiempo que las sombrías paredes los recibían, Shorty cogió una porción de tabaco de mascar y sumergió el remo. La barca saltó sobre las primeras olas de la cresta y el estruendo del agua desenfrenada, multiplicado al reverberar en las estrechas paredes, los ensordeció. Sintieron que se ahogaban entre tantas salpicaduras. A veces Kit era incapaz de ver a su compañero en la proa. Fue solo cuestión de dos minutos, tiempo en el que se deslizaron sobre la cresta durante algo más de un kilómetro, salieron sanos y salvos al otro extremo y ataron la barca en la orilla.

Shorty vació la boca del jugo de tabaco que había olvidado escupir y dijo, exultante:

—Eso sí que era carne de oso: auténtica carne de oso. Oye, la que hemos armado. Smoke, no me importa confesarte que antes de zarpar era el hombre más asustado a este lado de las Rocosas. Ahora soy un devorador de osos. Venga, vamos a cruzar la otra barca.

A medio camino de regreso, a pie, se encontraron con sus jefes, que los habían visto cruzar desde arriba.

—Ahí vienen los que comen pescado —dijo Shorty—. Mantente a barlovento.

Tras cruzar la barca del desconocido, Kit y Shorty conocieron a su esposa, una mujer delgada que parecía una niña y cuyos ojos azules se humedecieron de gratitud. Breck intentó darle cincuenta dólares a Kit y luego probó con Shorty.

—Desconocido —le dijo este último—, vengo al país para sacarle dinero a la tierra, no a los que son como yo.

Breck, el desconocido, rebuscó en su barca y sacó una damajuana de whisky. La mano de Shorty se lanzó a cogerla, pero se detuvo en seco a medio camino. Luego negó con la cabeza.

—Los rápidos de White Horse están ahí al lado y dicen que son peores que el cañón. Creo que es mejor llegar despejados.

Al cabo de varios kilómetros se detuvieron en la orilla y los cuatro continuaron a pie para ver cómo bajaba la corriente. En ese punto el río, que era una sucesión de rápidos, se veía desviado hacia la orilla derecha por un escollo rocoso. La masa de agua, que se

precipitaba en el estrecho y tortuoso pasaje, aceleraba su velocidad de una forma impresionante y saltaba hacia arriba, formando unas olas inmensas, blancas, coléricas. Esas eran las temidas crines del caballo blanco (White Horse) y allí el precio en vidas resultaba incluso más elevado. A un lado de las crines había una espiral de las que atrapan y succionan, y en el lado de enfrente un remolino enorme. Para pasar era necesario deslizarse sobre las crines.

—Esto hace que el cañón parezca pan comido —concluyó Shorty.

Mientras miraban, una barca se lanzó a los rápidos. Era grande, mediría entre nueve y diez metros de largo, iba cargada con varias toneladas de equipo y la manejaban seis hombres. Antes de llegar a las crines se sumergía y saltaba sin parar y a veces la espuma y las salpicaduras la ocultaban por completo.

Shorty miró a Kit de reojo y le dijo:

—Corre que echa humo y aún no ha llegado a lo peor. Han recogido los remos. Allá va. ¡Dios! ¡Ha desaparecido! ¡No, ahí está!

A pesar de lo grande que era, la espuma asfixiante que provocaban las olas la había tapado por completo. Al instante siguiente, en lo más denso de las crines, la barca ascendió una ola y se dejó ver. Para asombro de Kit, distinguió perfectamente perfilado el largo fondo de la barca porque, durante una fracción de segundo, se mantuvo en el aire, con los hombres despreocupadamente sentados en sus puestos, excepto uno, el que iba a popa y se ocupaba del timón de espadilla. Luego se produjo la zambullida en el seno de la ola y una segunda desaparición. Tres veces la barca saltó y quedó oculta; luego, los que estaban en la orilla vieron que se desviaba de las crines y la proa se acercaba al remolino. El timonel, ejerciendo en vano todo su peso sobre el timón, se rindió a la fuerza del remolino y ayudó a la barca a describir el círculo.

Giró tres veces, cada una de ellas tan cerca de las rocas sobre las que se encontraban Kit y Shorty que cualquiera de ellos podría haber saltado a bordo. El timonel, un joven de barba pelirroja y reciente, los saludó con la mano. La única forma de salir del remolino era por las crines y, en la tercera vuelta, la barca entró en las crines oblicuamente por el extremo más alto. Posiblemente por miedo a la atracción del remolino, el timonel no intentó enderezarla lo bastante rápido. Cuando lo hizo ya era tarde. Hundiéndose en el

agua y saltando en el aire, la barca se desvió de las crines y fue atrapada por la espiral del otro lado del río, que la estrelló contra la pared. Treinta metros más abajo cajas y fardos empezaron a salir a la superficie. Después surgió el fondo de la barca y luego las cabezas, dispersas, de seis hombres. Dos consiguieron llegar a la orilla en la olla inferior. Los otros se hundieron y los desechos se perdieron de vista, obligados tomar la curva por la rápida corriente que los empujaba.

Se produjo un largo minuto de silencio. Shorty fue el primero en hablar.

—Vamos —dijo—. A lo mejor lo conseguimos. Si me quedo más tiempo aquí, me entrará el canguelo.

—Iremos tan rápido que dejaremos humareda —sonrió Kit.

—Y tú te ganarás el nombre —contestó Shorty, que se giró hacia sus jefes y les preguntó—: ¿Vienen?

Quizás el estruendo del agua evitó que oyeran la invitación del otro.

Shorty y Kit regresaron sobre treinta centímetros de nieve hasta la cabecera de los rápidos y soltaron amarras. Kit se encontraba dividido entre dos impresiones: una era el calibre de su camarada, que le servía de acicate; la otra, también un acicate, era saber que Isaac Bellew y los demás Bellew habían hecho cosas como esa en su marcha del imperio hacia poniente. Él podía hacer lo que ellos habían hecho. Aquello era la carne, la carne fuerte, y ahora sabía sin lugar a dudas que para comer esa clase de carne también había que ser muy fuerte.

—Aquí sí que hay que mantenerse en lo alto de la cresta —le gritó Shorty al tiempo que se llevaba una pizca de tabaco a la boca y la barca alcanzaba velocidad en la corriente y se adentraba en la cabecera de los rápidos.

Kit asintió, apoyó toda su fuerza y su peso sobre el timón y dirigió la barca hacia la primera zambullida.

Varios minutos después, medio empapado y apoyado en la orilla de la olla inferior de White Horse, Shorty escupió el jugo del tabaco y estrechó la mano de Kit.

—¡Carne! ¡Carne! —canturreó Shorty—. ¡Nos la comemos cruda! ¡Nos la comemos viva!

En la parte alta de la orilla se encontraron con Breck. La esposa

aguardaba un poco más lejos. Kit estrechó la mano del hombre.

—Me temo que su barca no podrá pasar —le dijo—. Es más pequeña que la nuestra y no está en tan buenas condiciones.

El hombre sacó un fajo de billetes.

—Si la pasan, les daré cien dólares a cada uno.

Kit miró las revueltas crines de White Horse. Empezaba a caer un crepúsculo gris y prolongado, cada vez hacía más frío y una desolación brutal parecía adueñarse del paisaje.

—No es eso —dijo Shorty—. No queremos su dinero. No lo tocaríamos ni locos. Pero mi socio es un auténtico valiente y si él dice que no es seguro para usted, lo dice porque sabe de lo que habla.

Kit asintió y miró a la señora Breck. Tenía la mirada clavada en él y Kit supo que anca había visto unos ojos suplicar como lo hacían aquellos. Shorty siguió la mirada je su amigo y vio lo mismo que él. Luego, confusos, se miraron el uno al otro y callaron Dejándose llevar por el mismo impulso, hicieron un gesto de asentimiento y se dirigieron al camino que llevaba a la cabecera de los rápidos. No habían recorrido ni cien metros cuando se encontraron a Stine y a Sprague, que bajaban paseando.

—¿A dónde vais? —preguntó el último.

—A cruzar la otra barca —respondió Shorty.

—No, de eso nada. Está oscureciendo. Lo que vais a hacer es montar el campamento.

Kit estaba tan enfadado que se abstuvo de hablar.

—Va con su mujer —dijo Shorty.

—Es su problema —intervino Stine.

—Y el de Smoke y el mío —contestó Shorty.

—Os lo prohíbo —dijo Sprague, muy severo—. Smoke, si das un paso más, te despido.

—Y yo a ti, Shorty —añadió Stine.

—En buen lío se meterían si nos despiden —respondió Shorty—. ¿Cómo llevarán su condenada barca hasta Dawson? ¿Quién les servirá el café mientras se tapan con las mantas y les hará la manicura? Vamos, Smoke. No se atreverán a despedirnos. Además, tenemos nuestros contratos. Si nos despiden, tendrán que darnos provisiones para todo el invierno.

Acababan de alejar la barca de Breck de la orilla y entrar en la

corriente cuando las olas empezaron a saltar a bordo. Eran pequeñas, pero anunciaban lo que estaba por venir. Shorty le echó una mirada de duda burlona mientras roía su inevitable pizca de tabaco y Kit sintió un extraño arrebato de afecto en el corazón por aquel hombre que no sabía nadar ni decir que no.

Los rápidos empeoraron y la espuma empezó a volar. En medio de la creciente oscuridad, Kit entrevió las crines y el tortuoso movimiento de la corriente que se adentraba en ellas. Logró deslizarse sobre la corriente y se le iluminó el rostro de satisfacción cuando la barca penetró justo en el centro de las crines. Después de eso, medio ahogado, saltando, zambulléndose, abrumado por las olas, no sintió nada más que la fuerza con la que manejaba el timón y el deseo de que su tío estuviese allí para verlo. Emergieron sin aliento, totalmente empapados y con la barca llena de agua casi hasta la borda. Algunos bultos pequeños del equipaje y el equipo flotaban en su interior. Unos pocos golpes de remo, muy bien manejado por Shorty, llevaron la barca hacia la fuerza de atracción de la olla, que hizo el resto y la empujó hasta que rozó la orilla. La señora Breck los observaba desde la parte alta. Sus súplicas habían sido escuchadas y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Tienen que aceptar el dinero como sea —les gritó Breck desde arriba.

Shorty se puso en pie, resbaló y quedó sentado en el agua, mientras la embarcación escoraba y volvía a enderezarse.

—Que le den al dinero —dijo Shorty—. Saque el whisky. Ahora que ya ha pasado todo, me está entrando el miedo y me vendrá muy bien un trago.

Por la mañana, como siempre, fueron casi los últimos en partir. Breck, a pesar de su incompetencia con la barca y de no contar con más tripulación que su mujer y su sobrino, había levantado el campamento, cargado la embarcación y zarpado en cuanto amaneció. Pero no había forma de apremiar a Stine y Sprague, quienes parecían incapaces de comprender que el río podía congelarse por completo en cualquier momento. Vagueaban, incordiaban, perdían el tiempo y duplicaban el trabajo de Kit y Shorty.

—Le estoy perdiendo el respeto a Dios por haber hecho estos dos errores humanos —fue la forma en que el último expresó su

indignación.

—Bueno, pero tú eres un acierto —le sonrió Kit—. Cuanto más te miro, más respeto a Dios.

—Conmigo se lo tomó en serio, ¿a que sí? —Shorty no encontró otra manera de superar la vergüenza que le provocó el cumplido del otro.

La senda fluvial cruzaba el lago Labarge, donde no había corrientes fuertes, sino un tramo sin mareas de sesenta y cinco kilómetros que era necesario cubrir a remo si no soplaba viento favorable. Pero la temporada de los vientos favorables había pasado y ahora soplaba, en contra, un viento duro y helado del norte, que provocaba un fuerte oleaje frente al que resultaba casi imposible hacer avanzar la barca a remo. Un problema añadido era el temporal de nieve. Además, el agua que se congelaba en las palas de los remos mantenía a un hombre ocupado en eliminarla con un hacha pequeña. Aunque se veían obligados a turnarse con los remos, Sprague y Stine vagueaban como siempre. Kit aprendió a impulsar su peso sobre el remo, pero se fijó en que sus jefes aparentaban hacerlo y hundían los remos en el agua en un ángulo más cómodo para ellos, que no era el adecuado.

Al cabo de tres horas, Sprague retiró el remo del agua y ordenó regresar a la cabecera del río en busca de refugio. Stine lo secundó y así perdieron los pocos kilómetros avanzados con tanto esfuerzo. El segundo y tercer día volvieron a intentarlo, de nuevo en vano. En la cabecera del río, las barcas que llegaban continuamente desde White Horse formaban una flotilla de más de doscientas. Cada día llegaban entre cuarenta y cincuenta, y solo dos o tres alcanzaban la orilla noroeste y no regresaban. El hielo se formaba ya en las ollas y las unía entre sí con líneas delgadas. El congelamiento total era inminente.

—Podríamos conseguirlo si tuvieran un mínimo de ganas —le dijo Kit a Shorty la noche del tercer día, mientras secaban los mocasines junto a la hoguera—. Podríamos haberlo logrado hoy no se hubiesen rajado. Una hora más de esfuerzo habría bastado para alcanzar la orilla oeste. Son… son como niños perdidos en un bosque.

—Tienes razón —convino Shorty. Acercó su mocasín más al fuego y pensó durante un minuto—. Mira Smoke, faltan cientos de

kilómetros para llegar a Dawson. Si no queremos morir congelados aquí, tenemos que hacer algo. ¿No crees?

Kit lo miró y esperó.

—Tenemos que manejar a esos dos críos —afirmó Shorty—. Saben dar órdenes y soltar pasta, pero, como tú dices, son como niños. Si queremos llegar a Dawson, tendremos que hacernos cargo de todo.

Se miraron.

—De acuerdo —dijo Kit y le estrechó la mano para ratificar su alianza.

Por la mañana, mucho antes de amanecer, Shorty empezó a dar órdenes.

—¡Vamos! —rugió—. ¡Arriba, dormilones! ¡Aquí está el café! ¡Poneos en marcha que nos vamos ahora mismo!

Gimiendo y quejándose, Stine y Sprague se vieron obligados a ponerse en marcha dos horas antes de lo que lo habían hecho nunca. El viento soplaba con más fuerza y en poco tiempo todos tenían los rostros congelados y los remos estaban cubiertos de hielo. Lucharon durante tres horas, cuatro, mientras uno llevaba el timón, otro rompía el hielo y dos se ocupaban de los remos, todos relevándose por turnos. La orilla noroeste se acercaba cada vez más. El ventarrón soplaba con mayor fuerza y llegó un momento en el que Sprague retiró su remo en señal de rendición. Shorty se hizo cargo de él de inmediato, aunque acababa de terminar su turno.

—Retira el hielo —ordenó al tiempo que le entregaba el hacha a Sprague.

—Pero ¿para qué? —se quejó el otro—. No lo conseguiremos. Nos damos la vuelta.

—Vamos a seguir —dijo Shorty—. Retira el hielo. Y cuando te sientas mejor, me relevas.

Fue una tarea demoledora, pero alcanzaron la orilla, aunque descubrieron que estaba formada por rocas y barrancos golpeados por el oleaje, sin ningún lugar donde saltar a tierra.

—Os lo dije —lloriqueó Sprague.

—Tú solo sabes quejarte —contestó Shorty.

—Nos damos la vuelta.

Nadie habló y Kit alejó la barca para bordear aquella orilla amenazadora. A veces solo avanzaban treinta centímetros por cada

golpe de remo y en otras ocasiones tenían que dar dos o tres golpes para mantener la posición, sin avanzar. Kit hizo lo posible por animar a los dos enclenques. Les dijo que las barcas que habían alcanzado la orilla no regresaban, así que forzosamente habían encontrado refugio más adelante. Se esforzaron durante una hora más, y luego otra.

—Si hubieseis cogido los remos con las ganas que cogéis el café entre las mantas, lo habríamos conseguido —fue la forma de animarlos que se le ocurrió a Shorty—. Imitáis los movimientos, pero no hacéis fuerza.

Unos minutos más tarde, Sprague volvió a levantar el remo.

—Estoy acabado —dijo entre lágrimas.

—Como los demás —respondió Kit, dispuesto a llorar también o a matar a alguien, tan agotado estaba—. Pero seguimos peleando.

—Retrocedemos. Dale la vuelta a la barca.

—Shorty, si no rema, ocúpate tú de su remo —ordenó Kit.

—Claro —respondió el otro—, él que se dedique a romper el hielo.

Pero Sprague se negó a entregarle el remo. Stine había dejado de remar y la barca retrocedía.

—Da la vuelta, Smoke —ordenó Sprague.

Y Kit, que nunca en su vida había maldecido a un hombre, se asombró de sí mismo.

—Antes nos vemos en el infierno —contestó—. Coge el remo y dale con fuerza.

En los momentos de extenuación es cuando el hombre pierde todas las reservas que la civilización le ha aportado y ese momento había llegado para ellos. Todos habían alcanzado su límite. Sprague se quitó un guante, sacó el revólver y apuntó al timonel. Fue una experiencia nueva para Kit. Nunca lo habían apuntado con un arma. Pero, para su sorpresa, no le dio importancia. Le pareció lo más normal del mundo.

—Si no guardas el arma —dijo—, te la arrancaré de las manos y te daré una paliza con la culata.

—Si no le das la vuelta a la barca, te pegaré un tiro —amenazó Sprague.

Entonces intervino Shorty. Dejó de picar el hielo y se situó de pie detrás de Sprague.

—Venga, dispara —le dijo al tiempo que balanceaba el hacha—. Estoy deseando tener la oportunidad de machacarte. Vamos, que empiece la fiesta.

—Esto es un motín —dijo Stine—. Os contratamos para obedecer nuestras órdenes.

Shorty se volvió hacia él.

—Me ocuparé de ti en cuanto acabe con tu colega, señoritingo pozo sin fondo entrometido.

—Sprague —dijo Kit—, te doy treinta segundos para que guardes el arma y cojas el remo.

Sprague dudó, soltó una breve carcajada histérica, guardó el revólver y volvió al tajo.

Durante dos horas más, centímetro a centímetro, lucharon por avanzar siguiendo la hilera de rocas espumeantes, hasta que Kit temió haberse equivocado. Entonces, cuando ya estaba a punto de decidir dar la vuelta, llegaron a la altura de una entrada estrecha —tendría unos cinco metros de ancho— que llevaba a un espacio rodeado de tierra en el que las ráfagas más potentes apenas rizaban la superficie del agua. Era el refugio al que habían llegado las barcas que los precedían. Desembarcaron en una playa en cuesta y los dos jefes se dejaron caer desmayados en la barca, mientras Kit y Shorty preparaban la tienda, encendían una hoguera y cocinaban.

—¿Qué es un señoritingo pozo sin fondo entrometido, Shorty? —preguntó Kit.

—No tengo ni idea —fue la respuesta—. Pero lo es.

El viento, que había ido amainando, cesó por completo al caer la noche, despejada y fría. Una taza de café puesta a enfriar y olvidada apareció a los pocos minutos con una capa de hielo de tres centímetros. A las ocho, cuando Sprague y Stine, ya envueltos en sus mantas, dormían exhaustos, Kit volvió de echarle una ojeada a la barca.

—Es la congelación, Shorty —anunció—. La laguna ya está cubierta de hielo.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo podemos hacer una cosa. El lago es lo primero que se congela. La corriente rápida del río, que corre por el centro, puede mantenerse abierta unos días más. Mañana a esta hora cualquier barca que se encuentre en el lago Labarge se quedará en él hasta el

año que viene.

—¿Quieres decir que tenemos que zarpar esta noche? ¿Ahora?

Kit asintió.

—¡Arriba, dormilones! —fue la respuesta de Shorty, al tiempo que levantaba los vientos de la tienda.

Los otros dos se despertaron, gimiendo por el dolor que les provocaban los músculos agarrotados y el hecho de abandonar el sueño reparador.

—¿Qué hora es? —preguntó Stine.

—Las ocho y media.

—Aún está oscuro —se oyó protestar.

Shorty arrancó un par de vientos y la tienda empezó a hundirse.

—No es por la mañana —dijo—. Es por la noche. Vamos. El lago se está congelando. Tenemos que cruzarlo.

Stine se sentó, iracundo y resentido.

—Que se congele. No pensamos movernos.

—Muy bien —dijo Shorty—. Nosotros continuaremos viaje con la barca.

—Habéis sido contratados…

—Para llevar vuestro equipo a Dawson —interrumpió Shorty—. Y eso es lo que vamos a hacer.

Enfatizó su afirmación dejando caer media tienda sobre ellos.

Se abrieron camino rompiendo la fina capa de hielo de la pequeña ensenada y salieron al lago, donde el agua, pesada y vítrea, se congelaba sobre los remos a cada golpe. Pronto se convirtió en una especie de pasta que bloqueaba los remos y se congelaba en el aire al gotear. Luego empezó a formarse una capa sobre la superficie y la barca avanzó cada vez más despacio.

Después, cuando Kit intentaba recordar aquella noche y solo conseguía revivir una especie de pesadilla, se preguntaba hasta qué punto habrían sufrido Stine y Sprague. Él tenía la impresión de haber luchado contra un frío penetrante y un agotamiento insoportable durante mil años, más o menos.

La mañana los encontró parados. Stine se quejaba de tener los dedos congelados y Sprague, la nariz. El dolor que Kit sentía en las mejillas y la nariz le indicó que el frío también lo había alcanzado. Al aumentar la luz podían ver más lejos, pero lo único que divisaban era una superficie congelada. Ya no había agua en el lago.

La orilla del extremo norte se encontraba a cien metros de distancia. Shorty insistió en que allí estaba la entrada al río y que podía ver el agua. Solo Kit y él eran capaces de trabajar, así que se ocuparon de romper el hielo con los remos y hacer avanzar la barca. Con el último resto de sus fuerzas alcanzaron el punto en el que la corriente los arrastró. Al mirar atrás vieron varias barcas que habían luchado durante la noche pero que se habían quedado atrapadas en el hielo. Después la corriente, que avanzaba a unos diez kilómetros por hora, los obligó a tomar una curva y dejaron de verlas.

Día tras día flotaron sobre las aguas veloces del río y días tras día el hielo de la orilla se extendía más hacia el interior del cauce. Cuando acampaban por la noche, tenían que abrir un hueco en el hielo a hachazos para la barca y transportar el equipo decenas de metros hasta tierra. Por la mañana, liberaban la barca del hielo nuevo y salían a la corriente. Shorty preparó la cocina portátil en el interior de la barca para que Stine y Sprague se calentasen durante las interminables horas de viaje. Se habían rendido, va no daban órdenes y solo deseaban llegar a Dawson. Shorty, pesimista, infatigable y alegre, con frecuencia vociferaba unas líneas de la primera estrofa de una canción que había olvidado. Cuanto más frío hacía, más a menudo cantaba:

> Como argonautas de la antigüedad,
> abandonamos esta Grecia moderna,
> tan-tan, tan-tan, tan-tan, tan-tan,
> para esquilar el Vellocino de Oro.

Al pasar junto a las desembocaduras de los ríos Hootalinqua, Big y Little Salmon, vieron que sus aguas arrojaban hielo blando al cauce principal. Ese hielo se acumulaba alrededor de la barca y se pegaba a ella, y por las noches se veían obligados a sacar la barca a hachazos de la corriente. Por las mañanas volvían a utilizar el hacha para adentraría de nuevo en el río.

La última noche en la orilla la pasaron entre las desembocaduras de los ríos White y Stewart. La luz del día les mostró el Yukón, de ochocientos metros de ancho, totalmente blanco, desde una orilla bordeada de hielo hasta la otra. Shorty maldijo el universo con menos chispa que otras veces y miró a Kit.

—Seremos la última barca que llegue a Dawson este año —dijo Kit.

—Pero si no hay agua, Smoke.

—Entonces tendremos que deslizamos sobre el hielo. Vamos.

Protestando inútilmente, Sprague y Stine subieron a bordo a empujones. Durante media hora Kit y Shorty se pelearon con las hachas para adentrarse en el arroyo, rápido y sólido a la vez. Cuando lograron apartar el hielo de la orilla, los bloques de hielo flotante los obligaron a continuar pegados al borde durante cien metros, llevándose por delante la mitad de una regala y dejando la barca bastante maltrecha. Luego, en el extremo bajo de la curva, se adentraron por fin en la corriente que se apartaba de la orilla Continuaron esforzándose por acercarse al centro. La corriente ya no se componía de hielo blando, sino de bloques duros. Entre cada bloque solo había hielo blando que se solidificaba al instante. Empujando los bloques con los remos, a veces incluso saltando a los bloques para empujar la barca desde ellos, tardaron una hora en llegar al centro. Cinco minutos después de cesar en su esfuerzo, la barca quedó atrapada en el hielo. El río entero se coagulaba al tiempo que fluía. Los bloques se unían a otros bloques, hasta que la barca se convirtió en el centro de un bloque que medía más de veinte metros de diámetro. A veces flotaban de lado y otras con la popa por delante, mientras la gravedad hacía pedazos los grilletes de hielo que se formaban en la masa en movimiento, aunque solo para verse atrapados por otros nuevos que surgían con mayor rapidez. Mientras transcurrían las horas, Shorty alimentaba la cocina portátil, preparaba las comidas y entonaba su cántico de guerra.

Llegó la noche y, tras muchos esfuerzos, renunciaron a llevar la barca a la orilla y continuaron avanzando impotentes en medio de la oscuridad.

—¿Y si pasamos Dawson? —preguntó Shorty.

—Retrocederemos andando —respondió Kit—, si no nos aplasta alguna barrera de hielo.

El cielo estaba despejado y, a la luz de las estrellas frías y saltarinas, a veces veían fugazmente las montañas que se cernían a cada lado. A las once, desde abajo, les llegó un chirrido estruendoso. Su velocidad empezó a disminuir y los bloques de

hielo se alzaron en vertical, chocando entre ellos y haciéndose añicos. En el río comenzaban a formarse barreras. Uno de los bloques, obligado a ponerse en vertical, se deslizó sobre el bloque en el que ellos se encontraban y se llevó por delante un costado de la barca. No se hundió porque su propio bloque la mantenía a flote, pero en uno de los remolinos vieron surgir, durante un instante, las aguas oscuras a treinta centímetros de ellos. Luego cesó todo movimiento. Al cabo de media hora el río se animó y empezó a moverse otra vez. Así siguió una hora más, hasta que otra barrera lo frenó. De nuevo avanzó a buen ritmo, entre chirridos y golpes. Después vieron luces en la orilla y, cuando se encontraban a su altura, la gravedad y el Yukón se rindieron y el río se detuvo durante seis meses.

En la orilla de Dawson, los curiosos que se habían reunido para presenciar la congelación completa del río oyeron el cántico de guerra de Shorty en medio de la oscuridad.

> Como argonautas de la antigüedad,
> abandonamos esta Grecia moderna,
> tan-tan, tan-tan, tan-tan, tan-tan,
> para esquilar el Vellocino de Oro.

Kit y Shorty trabajaron durante tres días para portear la tonelada y media de equipo desde el centro del río hasta la cabaña que Stine y Sprague habían comprado en la colina que daba a Dawson. Acabado ese trabajo, en el interior de la cálida cabaña, a la hora del crepúsculo, Sprague le hizo un gesto a Kit para que se acercara. Fuera el termómetro marcaba 55°C bajo cero.

—Aún no has trabajado un mes entero, Smoke —dijo Sprague—, pero te lo pago completo. Que tengas suerte.

—¿Y nuestro acuerdo? —preguntó Kit—. Sabes que aquí hay hambruna. Nadie consigue trabajo en las minas si no tiene provisiones. Tú acordaste que…

—Yo no sé nada de ningún acuerdo —lo interrumpió Sprague—. ¿Y tú, Stine? Te contratamos por un mes. Aquí tienes tu paga. ¿Quieres firmar el recibo?

Kit cerró con fuerza los puños y durante un minuto lo vio todo rojo. Los otros dos retrocedieron asustados. Jamás en su vida le había pegado a un hombre estando enfadado y tenía tan claro que

machacaría a Sprague al primer intento que no se atrevió a lanzarse.

Shorty comprendió lo que le ocurría e intervino.

—Oye, Smoke, yo no pienso seguir viajando con semejante par de cascarrabias. Así que aquí me bajo. Tú y yo nos vamos juntos. ¿Comprendes? Tú coge tus mantas y vete al Elkhorn. Espérame allí. Yo haré las cuentas con estos, cobraré lo que nos deben y les daré su merecido. No valgo mucho en el agua, pero ahora estoy en tierra firme y voy a levantar una buena humareda.

Media hora después, Shorty apareció en el Elkhorn. Por la forma en que le sangraban los nudillos y la piel que le faltaba en una mejilla, resultaba evidente que les había dado su merecido a Stine y a Sprague.

—Tendrías que ver la cabaña —se rió, los dos de pie ante la barra—. Destrozada es decir poco. Doble contra sencillo a que ninguno de los dos sale a la calle en una semana. Ya lo tengo todo organizado para nosotros. Las provisiones están a tres dólares el kilo. Nadie te contrata si no tienes provisiones. La carne de alce se vende a cuatro dólares el kilo y no hay, escasea. Tenemos dinero para comprar provisiones y munición para un mes. Luego nos vamos hacia el interior, Klondike arriba. Si no hay alces, nos quedamos a vivir con los indios. Pero si dentro de seis semanas no tenemos dos mil quinientos kilos de carne, estoy dispuesto a volver y pedirles disculpas a nuestros jefes. ¿Te vale?

Kit le tendió la mano y se la estrechó. Luego balbuceó:

—No sé nada de caza.

Shorty levantó su vaso para brindar.

—Pero sin duda eres un devorador de carne. Yo te enseñaré.

[1911]

De estampida al arroyo Squaw

DOS MESES DESPUÉS de que Smoke Beilew y Shorty salieran a cazar alces para ganarse la vida, estaban de vuelta en el bar Elkhom de Dawson. Habían cazado, transportado y vendido la carne a cinco dólares el kilo y entre los dos poseían tres mil dólares en polvo de oro y una buena traílla de perros. Habían tenido suerte. A pesar de que la fiebre del oro había desplazado la caza entre ciento cincuenta y doscientos kilómetros al interior de las montañas, ellos se cobraron cuatro alces en un cañón estrecho situado a la mitad de esa distancia.

El misterio de aquellos animales perdidos no era mayor que la

suerte de quienes los mataron, porque ese mismo día cuatro familias indias muertas de hambre acamparon junto a ellos y les dijeron que no habían visto ni rastro de caza en los tres días que llevaban de regreso. Intercambiaron carne por perros famélicos y, tras una semana alimentándolos, Smoke y Shorty engancharon a los perros y empezaron a transportar la carne hasta el ávido mercado de Dawson.

Ahora tenían el problema de convertir su oro en comida. El precio de la harina y las alubias alcanzaba tres dólares el kilo, pero lo difícil era encontrar un vendedor. Dawson estaba en plena hambruna. Cientos de hombres con dinero y sin comida se habían visto obligados a abandonar el país. Muchos se marcharon río abajo con las últimas aguas y muchos más, con las provisiones justas o escasas para llegar, habían caminado sobre el hielo los casi mil kilómetros que los separaban de Dyea.

Smoke se reunió con Shorty en el caldeado bar y lo encontró exultante.

—La vida no tiene gracia sin whisky y algo que la endulce —lo saludó Shorty mientras se quitaba el hielo del bigote, que empezaba a derretirse, y lo arrojaba al suelo—. Acabo de conseguir nueve kilos de eso que la endulza. El tipo solo me cobró seis dólares el kilo. ¿Tú has tenido suerte?

—Yo tampoco he perdido el tiempo —respondió Smoke, orgulloso—. He comprado veinticinco kilos de harina. Y hay un hombre en el arroyo Adam que mañana me conseguirá veinticinco kilos más.

—¡Genial! Sobreviviremos hasta que el río vuelva a abrirse. Oye, Smoke, nuestros perros son buenos. Un comprador de perros quiso llevarse los cinco a doscientos dólares por cabeza. Le dije que no. Demostraron su clase cuando les dimos carne para sacar fuerzas, pero no resulta económico alimentar a los perros cuando la carne cuesta cinco dólares el kilo. Venga, tomemos un trago. Quiero celebrar lo de los nueve kilos de azúcar.

Unos minutos después, al tiempo que pesaba el oro para pagar el whisky, recordó algo y se sobresaltó.

—Olvidé por completo que había quedado con un hombre en el Tivoli. Tiene beicon estropeado que me venderá a tres dólares el kilo. Podemos dárselo a los perros y ahorrarnos un dólar diario por

cada animal. Te veo después.

—Hasta luego —respondió Smoke—. Yo me iré a la cabaña a dormir.

Shorty acababa de abandonar el bar cuando un hombre envuelto en pieles atravesó las puertas dobles antitormenta. Se le iluminó el rostro al ver a Smoke, quien lo reconoció como Breck, el hombre cuya barca habían pasado por el cañón Box y los rápidos de White Horse.

—Oí decir que estabas en la ciudad —dijo Breck con prisa mientras se estrechaban la mano—. Llevo media hora buscándote. Vamos afuera, quiero hablar contigo.

Smoke miró con pena hacia la estufa al rojo vivo.

—¿No podemos hablar aquí?

—No. Es importante. Vamos afuera.

Al salir, Smoke se quitó una manopla, encendió una cerilla y miró el termómetro que colgaba junto a la puerta. Enseguida volvió a enguantarse la mano, como si el frío le hubiese quemado. La aurora boreal trazaba un arco sobre sus cabezas y de todo Dawson se alzaban los lúgubres aullidos de miles de perros lobo.

—¿Cuánto marca? —preguntó Breck.

—51°C bajo cero. —Kit escupió para hacer la prueba y la saliva crujió en el aire—. El termómetro funciona y no deja de bajar. Hace una hora solo marcaba 47 bajo cero. No me digas que hay estampida.

—Sí —respondió Breck en un cauto susurro al tiempo que miraba ansioso a su alrededor por si había alguien escuchando—. ¿Sabes que el arroyo Squaw desemboca en la otra orilla del Yukón, cincuenta kilómetros cauce arriba?

—Allí no hay nada que hacer —opinó Smoke—. Hace años que ya hicieron prospecciones.

—Como en los demás arroyos que luego resultaron una mina. Escucha, es un hallazgo de los buenos. Solo hay entre dos metros y medio y seis metros hasta el lecho rocoso.

No habrá ni una concesión que baje del medio millón de dólares. Es secreto. Me lo han contado dos o tres de mis mejores amigos. De inmediato le dije a mi esposa que iba a buscarte antes de partir. Ahora me marcho. Tengo la mochila oculta en la orilla. De hecho, cuando me lo contaron me hicieron prometer que no saldría hasta

que todo Dawson durmiese. Ya sabes lo que ocurre si alguien te ve con el equipo de estampida. Busca a tu amigo y seguidnos. Podríais delimitar la cuarta o quinta concesión desde el punto del descubrimiento. No lo olvides, es en el arroyo Squaw, el tercero tras pasar el arroyo Swede.

Cuando Smoke entró en la pequeña cabaña de la colina que se alzaba a espaldas de Dawson oyó una fuerte respiración que conocía bien.

—Ah, acuéstate de una vez —murmuró Shorty cuando Smoke le sacudió el hombro—. No tengo turno de noche —fue su siguiente comentario al comprobar que el otro lo llamaba con más insistencia —. Cuéntale tus problemas al camarero.

—Vístete —dijo Smoke—. Tenemos que delimitar un par de concesiones.

Shorty se sentó, dispuesto a estallar, pero Smoke le tapó la boca con la mano.

—¡Ssh! —advirtió Smoke—. Es un gran descubrimiento. No despiertes a los vecinos. Dawson duerme.

—¡Ja! No me vengas con historias. Cuando hay un descubrimiento, nadie lo cuenta claro que no. Pero resulta increíble la forma en la que todo el mundo se lanza al camino a la vez, ¿no crees?

—El arroyo Squaw —susurró Smoke—. Es verdad. Me avisó Breck. El lecho rocoso es poco profundo. Hay oro desde las raíces de las plantas hasta abajo. Venga, preparamos un par de mochilas ligeras y nos largamos.

Los ojos de Shorty se cerraron y se dejó vencer por el sueño. Al instante se quedó sin mantas.

—Si tú no las quieres, yo sí —explicó Smoke.

Shorty se levantó y empezó a vestirse.

—¿Llevamos los perros? —preguntó.

—No. El camino hasta el arroyo no estará despejado, nadie lo habrá abierto, y avanzaremos más sin ellos.

—Entonces les daré una comilona que tendrá que durarles hasta que volvamos. No olvides coger corteza de abedul y una vela.

Shorty abrió la puerta, sintió la dentellada del frío y retrocedió para bajar las orejeras del gorro y ponerse las manoplas. Regresó a los cinco minutos, frotándose con fuerza la nariz.

—Smoke, que sepas que estoy en contra de esta estampida. Hace más frío que en el infierno mil años antes de que se encendiera el primer fuego. Además, es martes trece y tendremos problemas, ya lo verás.

Con unos pequeños equipos de estampida a la espalda, cerraron la puerta de la cabaña y echaron a andar colina abajo. Ya no se veía la aurora boreal, solo las estrellas saltaban en medio de aquel frío y su luz vacilante no ayudaba a avanzar. Shorty se despistó y salió del camino en una curva, internándose en una capa profunda de nieve virgen, y alzó la voz para acordarse de la fecha del día, la semana, el mes y el año.

—¿No puedes callarte? —susurró Smoke—. Deja en paz el almanaque. Conseguirás que todo Dawson se despierte y salga detrás de nosotros.

—¡Ja! ¿Ves la luz en esa cabaña? ¿Y en esa otra de ahí? ¿Has oído ese portazo? Sí claro, todo Dawson duerme. ¿Y las luces? Están enterrando a sus muertos. No van a salir de estampida, te apuesto lo que quieras a que no.

Para cuando llegaron al pie de la colina y estaban casi en Dawson, en las cabañas se encendían las luces y se oían portazos, y a sus espaldas se oía el ruido de muchos mocasines sobre la nieve pisada. Shorty continuó desahogándose.

—Aunque resulta impresionante la cantidad de dolientes que van al entierro.

Pasaron junto a un hombre parado junto al camino que decía en voz baja y ansiosa: «Vamos, Charley, date prisa».

—¿Ves la mochila que lleva a la espalda, Smoke? El cementerio debe quedar bien lejos, si los dolientes se ven obligados a llevarse las mantas.

Para cuando llegaron a la calle principal una hilera de cien hombres los seguía y, mientras buscaban bajo esa luz engañosa la senda que descendía por la orilla hacia el río, oyeron llegar a más hombres. Shorty resbaló y se deslizó sobre los nueve metros de rampa para caer en la nieve en polvo. Smoke lo siguió y lo derribó de nuevo justo en el momento en que se ponía en pie.

—Yo lo he descubierto —gorjeó al tiempo que se quitaba los guantes para sacudirse la nieve que se había colado bajo el protector.

Al instante salían en desbandada para apartarse de los cuerpos de los que venían detrás y se precipitaban sobre ellos. En la época de la congelación se había producido una barrera en ese lugar y había bloques de hielo en vertical, cubiertos de nieve, que provocaban confusión. Tras varias caídas complicadas, Smoke sacó la vela y la encendió. Los que los seguían aclamaron la idea. No soplaba el viento, la vela ardía bien y él avanzaba con rapidez, abriendo camino.

—Sin duda es una estampida —decidió Shorty—. ¿O serán todos sonámbulos?

—En cualquier caso, encabezamos la procesión —respondió Smoke.

—Pues no sé qué decirte. A lo mejor eso de ahí delante es una luciérnaga. Puede que sean todas luciérnagas. Esa y esa. ¡Míralas! Créeme, por delante llevamos una buena cantidad de procesiones.

Hasta la orilla oeste del Yukón había kilómetro y medio entre las barreras, y las velas parpadeaban a lo largo de la tortuosa senda. Tras ellos, en lo alto de la orilla por la que habían bajado, se veían más velas.

—Oye, Smoke, esto no es una estampida. Es un éxodo. Debe de haber unos mil hombres por delante de nosotros y otros diez mil por detrás. Ahora escúchame. Sé lo que me digo. Cuando tengo un presentimiento siempre se cumple. Y de esta estampida no saldrá nada bueno. Demos la vuelta y volvamos a dormir.

—Será mejor que no malgastes fuerzas si piensas continuar —respondió Smoke secamente.

—¡Ja! Tendré las piernas cortas, pero puedo dar más pasos sin que mis músculos se inmuten y te aseguro que soy capaz de dejar atrás a cualquiera de estos pelagatos.

Smoke sabía que tenía razón porque hacía mucho tiempo que conocía la impresionante capacidad para andar de su camarada.

—Me he contenido para darte una oportunidad —se burló Smoke.

—Pues yo te piso los talones, así que si no puedes hacerlo mejor, déjame ir delante y marcaré el ritmo.

Smoke se dio más prisa y enseguida alcanzó al grupo más cercano de corredores de estampidas.

—Venga, Smoke —le metió prisa el otro—. Pasa por encima de

estos muertos vivientes. No estamos en un entierro. Muévete como si fueras a alguna parte.

Smoke contó ocho hombres y dos mujeres en el grupo y, antes de cruzar la barrera y llegar al otro camino, Shorty y él habían adelantado un nuevo grupo de veinte personas. A uno o dos metros de la orilla oeste, la senda giraba bruscamente hacia el sur y corría sobre hielo liso, sin barreras, aunque el hielo quedaba cubierto por varias decenas de centímetros de nieve en polvo que cruzaba la senda de los trineos, una estrecha cinta de nieve pisoteada que apenas tenía sesenta centímetros de ancho. A cada lado de la senda cualquiera se hundía hasta las rodillas o más en la nieve. Los corredores a los que adelantaban les dejaban pasar a duras penas, por lo que Shorty y Smoke a menudo se veían obligados a adentrarse en la nieve y adelantarlos con gran esfuerzo.

Shorty se mostraba incontenible y pesimista. Cuando los corredores se molestaban al verse adelantados, él les contestaba del mismo modo.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó uno de ellos.

—¿Y tú? —respondió él—. Ayer por la tarde salió una estampida desde el río Indian y han llegado antes que tú. Ya no quedan concesiones.

—Si es así, repito, ¿qué prisa tienes?

—¿Quién? ¿Yo? Yo no voy de estampida. Trabajo para el Gobierno. Voy en misión oficial. Voy de paseo para hacer el censo del arroyo Squaw.

A otro, que lo saludó con un «¿A dónde vas, pequeñajo? ¿De verdad pretendes delimitar una concesión?», Shorty le contestó:

—¿Yo? Soy el descubridor del arroyo Squaw. Regreso después de registrar mi concesión para que ningún condenado *chechaquo* intente apoderarse de ella.

El ritmo medio de los corredores de la estampida en las zonas más fáciles era de cinco kilómetros y medio a la hora. Smoke y Shorty iban a algo más de siete, aunque a veces echaban alguna que otra carrera e incrementaban la media.

—Voy a correr tanto que te voy a dejar sin pies, Shorty —lo retó Smoke.

—¡Ja! Puedo continuar sobre los muñones y dejarte yo a ti sin suelas en los mocasines. Aunque no serviría de nada. He estado

pensando. Las concesiones de los arroyos miden ciento cincuenta metros. Son casi siete por kilómetro. Hay mil corredores por delante de nosotros y ese arroyo no tiene ciento cincuenta kilómetros de largo. Alguien se va a quedar fuera y no sé por qué me parece que vamos a ser tú y yo.

Antes de responder, Smoke pegó un acelerón inesperado que dejó a Shorty casi dos metros por detrás.

—Si no perdieras la fuerza por la boca y apretaras el paso, podríamos adelantar a unos cuantos de esos mil, ¿no crees? —lo regañó.

—¿Quién? ¿Yo? Si te quitas del medio te demuestro enseguida lo que es llevar un buen ritmo.

Smoke se rió y pegó otro acelerón.

—Shorty, te tengo machacado. Desde que llegué a la playa de Dyea he reconstruido todas las células de mi cuerpo. Mi carne está tan fibrosa como la tralla y es tan recia y efectiva como la mordedura de una serpiente de cascabel. Hace unos meses me habría dado palmaditas a mí mismo en la espalda solo por escribir esas palabras, pero no habría podido hacerlo. Antes tenía que vivirlas y ahora que las vivo ya no necesito escribirlas. Yo soy la auténtica noticia mordaz e implacable y ningún montañero de reserva puede intentar superarme sin llevarse una paliza. Ahora pasa delante y marca el paso durante media hora. Esfuérzate al máximo y cuando estés agotado, te adelanto yo y haré que te esfuerces de verdad.

—¡Ja! —Shorty hizo una mueca burlona—. Y eso que es un chavalito. Anda, quita del medio y deja que los mayores te enseñen a hacer las cosas bien.

Se fueron alternando de media hora en media hora para marcar el ritmo. No hablaron demasiado. El esfuerzo les ayudaba a conservar el calor, aunque el aliento se les congelaba sobre el rostro, desde los labios a la barbilla. El frío era tan intenso que se frotaban nariz y mejillas de forma casi continuada con las manoplas. Unos pocos minutos sin hacerlo permitía que la carne se entumeciera y entonces era necesario frotar con más energía para provocar el hormigueo de la circulación al recuperarse.

Varias veces pensaron que ocupaban la delantera, pero siempre acababan por tener que adelantar más corredores que habían salido

antes que ellos. En ocasiones algunos grupos intentaban seguirles el ritmo, pero siempre acababan por rendirse al cabo de dos o tres kilómetros y desaparecían en la oscuridad de la retaguardia.

—Llevamos todo el invierno en el camino —fue el comentario de Shorty—, y estos tipos, que se han rascado la barriga en sus cabañas, tienen la cara de pensar que pueden mantener nuestro ritmo. Si fueran auténticos *sourdoughs* [5] la cosa cambiaría. Si hay algo que el *sourdough* hace mejor que nadie es caminar.

En una ocasión Smoke encendió una cerilla para mirar el reloj. No repitió la acción porque el frío penetró de tal forma en sus manos desnudas que transcurrió media hora antes de que volviera a sentirse cómodo.

—Las cuatro —dijo al tiempo que se ponía los guantes—, y ya hemos adelantado a trescientos.

—Trescientos treinta y ocho —lo corrigió Shorty—. Llevo la cuenta. Deja paso, desconocido. Deja que corra la estampida quien sabe correrla.

Esto último se lo dijo a un hombre, evidentemente exhausto, que avanzaba trastabillando y bloqueaba el camino. Ese y otro más fueron los únicos hombres agotados que encontraron, porque ya se hallaban muy cerca de la vanguardia de la estampida. No conocieron los espantos de esa noche hasta más adelante. Los hombres extenuados se sentaban a descansar junto al camino y ya no conseguían levantarse. Siete murieron congelados, mientras que a los supervivientes les amputaron dedos de las manos y de los pies, incluso pies enteros, en los hospitales de Dawson. Porque la estampida al arroyo Squaw tuvo lugar la noche más fría del año. Antes del amanecer los termómetros de alcohol de Dawson marcaron 57°C bajo cero.

Con el otro hombre agotado se tropezaron unos minutos después y estaba sentado sobre un trozo de hielo junto al camino.

—Sigue andando, amigo —lo saludó, animado, Shorty—. Sigue moviéndote. Si te sientas ahí te quedarás congelado.

El hombre no respondió y se detuvieron para investigar.

—Más tieso que un palo —fue el veredicto de Shorty—. Si lo derribas, se rompe.

—Voy a ver si respira —dijo Smoke, al tiempo que con la mano desnuda buscaba el corazón del hombre, entre las pieles y las

prendas de lana.

Shorty levantó una de sus orejeras y acercó el oído a los labios del hombre.

—No respira —informó.

—Tampoco hay latido —dijo Smoke.

Se puso la manopla y golpeó la mano con fuerza durante un minuto antes de volver a exponerla al frío para encender una cerilla. Era un hombre mayor y, sin duda alguna, estaba muerto. En los instantes en que duró la cerilla vieron una barba larga y canosa cubierta de hielo hasta la nariz, unas mejillas blancas debido a la helada y unos ojos cerrados, con las pestañas congeladas y pegadas entre sí por el hielo. Luego, la cerilla se apagó.

—Vamos —dijo Shorty, trotándose la oreja—. No podemos hacer nada por él y yo me he congelado la oreja. Ahora se me pelará y me dolerá durante una semana.

Unos minutos después, cuando una franja en llamas derramó por el cielo un fuego palpitante, vieron dos siluetas a unos cuatrocientos metros de distancia. Más allá, durante un kilómetro y medio, nada se movía.

—Esos son los que encabezan la procesión —dijo Smoke al tiempo que la oscuridad caía de nuevo—. Venga, vamos a alcanzarlos.

Al cabo de media hora, sin haber atrapado a los dos que iban delante, Shorty echó a correr.

—Aunque los alcancemos, no conseguiremos adelantarlos —dijo jadeando—. Dios, vaya ritmo que llevan. Doble contra sencillo a que no son *chechaquos*. Son *sourdoughs* de pura cepa, puedes estar seguro.

Smoke iba delante cuando por fin les dieron alcance y se alegró de relajar el ritmo para mantenerse tras ellos. Casi de inmediato tuvo la sensación de que el que estaba más cerca de él era una mujer. No sabía por qué le parecía que así era. Encapuchada y cubierta de pieles, aquella silueta oscura era igual que todas; sin embargo, había en ella algo que le resultaba familiar. Aguardó a que la aurora volviese a llamear y, gracias a su luz, se fijó en lo pequeños que eran los pies envueltos en mocasines. Pero vio algo más: los andares; y supo que eran los andares inconfundibles que una vez había decidido no olvidar jamás.

—Camina muy segura —comentó Shorty con voz ronca—. Apuesto a que es una india.

—¿Cómo está usted, señorita Gastell? —preguntó Smoke.

—¿Y usted? —respondió ella, girando la cabeza y dedicándole una rápida ojeada—. Está demasiado oscuro para ver. ¿Quién es usted?

—Smoke.

Ella se rió a pesar del frío y a él le pareció que nunca había oído una risa tan bonita.

—¿Y ya se ha casado y criado todos esos niños de los que me habló? —Antes de que él pudiera responder, continuó ella—: ¿Cuántos *chechaquos* vienen detrás?

—Supongo que varios miles. Nosotros adelantamos a más de trescientos. Y no perdían el tiempo.

—La historia de siempre —dijo ella con amargura—. Los recién llegados se apoderan de los arroyos más ricos y los veteranos, que se aventuraron, sufrieron y levantaron este país, se quedan sin nada. Los veteranos descubrieron el arroyo Squaw, el misterio es cómo se corrió la noticia, y mandaron aviso a los veteranos de Sea Lion. Pero queda quince kilómetros más lejos que Dawson y cuando lleguen se encontrarán el arroyo delimitado hasta el horizonte por los *chechaquos* de Dawson. No está bien, no es justo que la suerte sea tan retorcida.

—Es una pena —se compadeció Smoke—, pero que me cuelguen si sé qué puede hacer usted al respecto. Ya sabe que quien primero llega se queda con el premio.

—Ojalá pudiese hacer algo —dijo ella con ira—. Me gustaría verlos a todos congelarse en el camino, o que les ocurriera algo terrible, con tal de que la estampida de Sea Lion llegase antes.

—Sin duda nos tiene manía —se rió Smoke.

—No es eso —respondió ella rápidamente—. Conozco a los de Sea Lion uno a uno, y todos son hombres de verdad. Pasaron hambre en este territorio en los viejos tiempos y trabajaron como gigantes para desarrollarlo. Son héroes y merecen alguna recompensa. Sin embargo, ya están aquí miles de novatos blandengues que no se han ganado el derecho a delimitar nada, pero que les llevan kilómetros de ventaja. Y ahora, si disculpa mi diatriba, prefiero ahorrar fuerzas porque no sé cuándo ustedes y

todos los demás intentarán adelantarnos a mi padre y a mí.

Durante una hora, más o menos, Joy y Smoke no volvieron a intercambiar palabra, aunque él se fijó en que la joven y su padre hablaron un rato en susurros.

—Ya sé quienes son —le dijo Shorty a Smoke—. Él es Louis Gastell, uno de los grandes. Esa debe de ser su hija. Llegó al país hace tanto tiempo que nadie se acuerda y trajo con él a la niña, que no era más que un bebé. Era socio comercial de Beetles y fueron ellos quienes llevaron el primer barquito de vapor Koyukuk arriba.

—No creo que debamos intentar adelantarlos —dijo Smoke—. Vamos en la vanguardia de la estampida y solo somos cuatro.

Shorty estuvo de acuerdo y mantuvieron silencio durante otra hora, al tiempo que avanzaban sin bajar el ritmo. A las siete, un último despliegue de la aurora boreal rompió la oscuridad y al oeste pudieron ver un ancho claro entre las montañas nevadas.

—¡El arroyo Squaw! —exclamó Joy.

—Aún falta —se alegró Shorty—. No creo que lleguemos antes de media hora, eso mínimo. Ha sido como estirar un poco las piernas.

Ese era el lugar donde el camino de Dyea, bloqueado por las barreras de hielo, giraba bruscamente para cruzar el Yukón hacia la orilla este. Allí debían abandonar el sendero bien pisoteado por el que todos viajaban, ascender las barreras y seguir una senda tenue y de nieve poco compacta que rondaba la orilla oeste.

Louis Gastell, que iba delante, resbaló sobre el hielo accidentado en medio de la oscuridad y se sentó, al tiempo que sujetaba el tobillo con ambas manos. Luchó por ponerse en pie y avanzar, pero lo hizo más despacio y con una leve cojera. Al cabo de unos minutos se detuvo de repente.

—Es imposible —le dijo a su hija—. Me he fastidiado un tendón. Vete delante y delimita una concesión para mí y otra para ti.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Smoke, solícito.

Louis Gastell negó con la cabeza.

—Ella puede delimitar dos concesiones tan bien como una. Yo me arrastraré hasta la orilla, encenderé una hoguera y me vendaré el tobillo. Estaré bien. Vete, Joy. Delimita nuestras concesiones por encima de la del descubrimiento. Cuanto más arriba, más oro habrá.

—Aquí tiene un poco de corteza de abedul —dijo Smoke

mientras dividía su provisión en dos partes iguales—. Nosotros cuidaremos de su hija.

Louis Gastell se rió de una forma desagradable.

—Gracias de todos modos —dijo—, pero sabe cuidarse sola. Síganla y háganle caso.

—¿Le importa si voy delante? —preguntó la joven a Smoke en cuanto siguieron camino—. Conozco la zona mejor que usted.

—Adelante —respondió Smoke con galantería—, aunque estoy de acuerdo con usted en que es una pena que los *chechaquos* lleguemos antes que el grupo de Sea Lion. ¿No hay alguna forma de despistarlos?

Ella negó con la cabeza.

—No podemos ocultar nuestro rastro y nos seguirán como borregos.

Tras casi medio kilómetro, se desvió bruscamente hacia el oeste. Smoke se fijó en que se desplazaban sobre nieve sin pisar, pero ni él ni Shorty vieron que la tenue senda que habían seguido hasta ese momento continuaba avanzando en dirección sur. Si hubiesen presenciado el posterior proceder de Louis Gastell, la historia del Klondike se habría escrito de otro modo, porque habrían visto al veterano, sin cojear en absoluto, correr tras ellos con la nariz pegada al camino, como un sabueso. También lo habrían visto pisotear y ampliar el giro hacia la senda nueva que habían tomado rumbo al oeste. Por último, lo habrían visto seguir el camino tenue que se dirigía al sur.

Una senda llevaba arroyo arriba, pero estaba tan levemente marcada que la perdían continuamente en la oscuridad. Tras un cuarto de hora, Joy Gastell aceptó pasar a la retaguardia y permitir que los dos hombres se turnasen para abrir camino entre la nieve. La lentitud con la que avanzaban los que iban en cabeza permitió que los demás participantes en la estampida recortasen distancia y, cuando a las nueve abrió el día, hasta donde les alcanzaba la vista se extendía una hilera ininterrumpida de hombres. Los ojos oscuros de Joy brillaron al verlo.

—¿Cuánto hace que vamos arroyo arriba? —preguntó.

—Unas dos horas —respondió Smoke.

—Y dos horas de vuelta son cuatro —se rio ella—. La estampida de Sea Lion está salvada.

Una leve sospecha cruzó la mente de Smoke y se detuvo para enfrentarse a ella.

—No lo entiendo —le dijo.

—¿No? Pues se lo explicaré. Esto es el arroyo Norway. El arroyo Squaw es el siguiente hacia el sur.

Smoke se quedó sin habla durante un momento.

—¿Lo ha hecho a propósito? —preguntó Shorty.

—Lo hice para darles una oportunidad a los veteranos.

Soltó una risilla burlona. Los hombres se miraron, sonrieron y luego también se echaron a reír.

—Si las mujeres no escasearan tanto en esta zona, la pondría sobre mis rodillas y le daría una buena azotaina —le aseguró Shorty.

—Su padre no se lesionó, sino que esperó a que nos perdiésemos de vista y luego continuó camino, ¿no es así? —preguntó Smoke.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y usted sirvió de señuelo?

Ella volvió a asentir y esta vez la risa de Smoke se oyó nítida y sincera. Era la risa espontánea de un hombre vencido por completo.

—¿Por qué no se enfada conmigo? —inquirió ella, arrepentida y apesadumbrada—. ¿O por qué no me da un bofetón?

—Bueno, será mejor que empecemos a regresar —intervino Shorty—. Aquí parado se me están helando los pies.

Smoke negó con la cabeza.

—Eso significaría perder cuatro horas. Yo creo que hemos avanzado unos trece kilómetros cauce arriba y, por lo que veo, el arroyo Norway describe una amplia curva hacia el sur. La seguiremos y luego cruzaremos la divisoria de alguna manera y saldremos al arroyo Squaw en algún punto por encima del descubrimiento. —Miró a Joy—. ¿Quiere venir con nosotros? Le dije a su padre que cuidaríamos de usted.

—Yo… —la joven dudó—. Creo que sí, si no le importa. —Lo miraba fijamente, pero en su rostro ya no había desafío ni burla—. De verdad, señor Smoke, ha conseguido que casi me arrepienta de lo que he hecho. Pero alguien tenía que salvar a los veteranos.

—Creo que correr una estampida podría considerarse una propuesta deportiva.

—Pues a mí me parece que ustedes dos se lo han tomado muy

bien —dijo ella y luego añadió con un ligero suspiro—: ¡Qué pena que no sean veteranos!

Continuaron avanzando dos horas más sobre el lecho congelado del arroyo Norway y luego se adentraron en el de un afluente, estrecho y accidentado, que procedía del sur. A mediodía comenzaron a ascender la divisoria. Tras ellos y por debajo se veía la larga hilera de corredores, que empezaba a deshacerse. Aquí y allá, en varios sitios, las ligeras columnas de humo indicaban la formación de algún campamento.

En cuanto a ellos, lo tenían difícil. Avanzaban como podían con la nieve hasta la cintura y se veían obligados a detenerse cada pocos metros para recuperar el aliento. Shorty fue el primero en pedir hacer un alto.

—Llevamos más de doce horas en el camino —dijo—. Smoke, no me importa reconocer que estoy destrozado. Tú también lo estás. Puedo afirmar que soy capaz de agarrarme a esta senda como un indio hambriento a un pedazo de carne de oso, pero esta pobre joven no se mantendrá en pie mucho más si no mete se algo en el estómago. Aquí encenderemos nuestra hoguera. ¿Qué opinas?

Levantaron un campamento temporal de forma tan metódica, con tanta rapidez y destreza, que Joy, mientras los observaba con envidia, se vio obligada a admitirse a sí misma que los veteranos no lo harían mejor. Un lecho de ramas de pícea cubiertas con una manta sirvió de base para descansar y cocinar. Pero antes de acercarse al calor del fuego frotaron con fuerza narices y mejillas.

Smoke escupió en el aire y el trallazo resultante fue tan inmediato y tan fuerte que movió de un lado al otro la cabeza.

—Me rindo —dijo—. Nunca había visto una helada como esta.

—Un invierno en el Koyukuk llegó a 65,5°C bajo cero —respondió Joy—. Ahora debe de haber unos 55 o 60°C bajo cero, si no es peor, y sé que me he congelado las mejillas. Arden como si estuvieran al fuego.

En la empinada ladera de la divisoria no había hielo, así que echaron un montón de nieve —dura y cristalina como el azúcar granulado— en la batea del oro hasta que derritieron suficiente para hacer café. Smoke frió beicon y derritió panecillos. Shorty se ocupó de la provisión de combustible y de la hoguera, y Joy puso la sencilla mesa, que consistía en dos platos, dos tazas, dos cucharas,

una lata de sal y pimienta mezcladas y otra lata de azúcar. Cuando llegó el momento de comer, Smoke y ella compartieron el cubierto. Comieron del mismo plato y bebieron de la misma taza.

Eran casi las dos de la tarde cuando cruzaron la cima de la divisoria y empezaron a descender por un afluente del arroyo Squaw. A principios del invierno algún cazador de alces había abierto camino cañón arriba. Es decir, que al subir y bajar había pisado siempre sobre sus huellas anteriores. Como resultado, en medio de la nieve blanda y cubierta por las últimas nevadas se extendía una hilera de montículos irregulares. Si un pie no acertaba a posarse sobre el montículo adecuado, solía hundirse en la nieve sin pisar y provocar una caída. Además, el cazador de alces tenía las piernas excepcionalmente largas. Joy, que se mostraba ansiosa por que los dos hombres tuviesen la oportunidad de delimitar una concesión y temía que retrasasen el ritmo debido al cansancio evidente de ella, insistía en turnarse con ellos para guiar al grupo. La velocidad y la forma en que manejaba el precario camino provocó una aprobación incondicional por parte de Shorty.

—¡Mírala! —exclamó—. Es de lo mejor, pura carne roja. Mira cómo vuelan esos mocasines. Nada de tacones: sabe usar las piernas que Dios le dio. Es la mujer adecuada para cualquier cazador de osos.

Ella se giró con una sonrisa de agradecimiento que incluía a Smoke. En ese momento él sintió que era su amigo, aunque al mismo tiempo fue consciente de que la mujer que lo abrazaba con aquella sonrisa de camaradería era mucha mujer.

Al llegar a la orilla del arroyo Squaw y mirar atrás vieron la estampida avanzar ya rota, de forma irregular, luchando por descender la divisoria.

Se deslizaron orilla abajo hasta el lecho del arroyo. La corriente, sólidamente congelada hasta el fondo tenía un ancho de entre seis y nueve metros y corría entre unas orillas de aluvión de entre dos y dos metros y medio de ancho. Ningún pie había hollado recientemente la nieve que cubría el hielo y supieron que se encontraban por encima de la concesión del descubrimiento y de las últimas estacas utilizadas para delimitar por los veteranos de Sea Lion.

—Cuidado con los manantiales —advirtió Joy mientras Smoke

los guiaba cauce abajo del arroyo—. A 55°C bajo cero, si te hundes en sus aguas te quedas sin pies.

Esos manantiales, comunes en la mayoría de los riachuelos del Klondike, no dejaban de fluir por muy baja que fuera la temperatura. El agua brotaba desde las orillas y se asentaba formando charcos que quedaban protegidos del frío por la congelación posterior de distintas capas en la superficie y por las nevadas. De esa forma, un hombre que pisara sobre nieve seca podría romper una fina capa de hielo de un centímetro de espesor y encontrarse hundido en agua hasta las rodillas. A los cinco minutos, a menos que consiguiera librarse del equipo empapado, se vería castigado con la pérdida de los pies.

Aunque solo eran las tres de la tarde, el gris y prolongado crepúsculo del ártico se había asentado ya. Buscaron el árbol marcado, en cualquiera de las dos orillas, que indicaría la estaca central de la última concesión delimitada. Joy, impulsiva y ansiosa, fue la primera en verlo. Salió disparada por delante de Smoke, gritando:

—¡Alguien ha estado aquí! ¡Mirad la nieve! ¡Buscad la marca! ¡Ahí está! ¡Mirad esa pícea! —De repente, se hundió en la nieve hasta la cintura—. Ahora sí que la he armado —dijo con pena y luego gritó—: ¡No os acerquéis a mí! Ya salgo yo.

Paso a paso, atravesando la fina capa de hielo oculta bajo la nieve seca, se abrió camino hasta suelo sólido. Smoke no esperó, sino que corrió a la orilla, donde ramitas y palos secos y curados, incrustados entre los matorrales por las avenidas primaverales, aguardaban que alguien les acercase una cerilla. Cuando ella llegó a su lado, ya parpadeaban las primeras llamas de la hoguera.

—¡Siéntate! —ordenó Smoke.

Ella obedeció y se sentó sobre la nieve. Él se quitó la mochila de la espalda y extendió una manta para que ella apoyase los pies.

Desde abajo les llegaban las voces de los corredores de estampida que les seguían.

—Que Shorty delimite la concesión —les instó ella.

—Vete, Shorty —dijo Smoke al tiempo que atacaba los mocasines de ella, ya rígidos por el hielo—. Mide trescientos metros a pasos y coloca las dos estacas centrales. Ya colocaremos las de las esquinas más adelante.

Smoke utilizó el cuchillo para cortar los cordones y el cuero de los mocasines. Estaban tan rígidos debido al hielo que chasqueaban y crujían al romperlos y cortarlos. Los calcetines indios y las gruesas medias de lana se habían convertido en fundas de hielo. Era como si la joven tuviese los pies y las pantorrillas revestidas de chapa de hierro.

—¿Qué tal los pies? —preguntó sin dejar de trabajar.

—Muy entumecidos. Ni siento ni puedo mover los dedos. Pero me pondré bien. La hoguera arde de maravilla. Ten cuidado de no congelarte las manos. También tienen que estar entumecidas, por la forma lenta en que las manejas.

Smoke se puso las manoplas y durante casi un minuto golpeó salvajemente las manos abiertas contra sus costados. Cuando sintió el hormigueo de la sangre, se sacó los guantes y continuó rasgando, cortando y rompiendo los fragmentos congelados. Apareció la piel blanca de un pie y luego la del otro, expuestos al frío de 55°C bajo cero.

Luego llegó el momento de los masajes con nieve, efectuados con una intensidad cruel y violenta, hasta que Joy pudo retorcer, encoger y mover los dedos de los pies y Se quejó, feliz, del dolor que sentía. El medio la arrastró, y ella medio se levantó, para acercarla más a la hoguera. Smoke situó los pies de Joy sobre la manta, próximos a las llamas salvadoras.

—Tendrás que ocuparte de ellos durante un rato —le dijo.

Ahora ella ya podía quitarse las manoplas para trabajar y manipular sin peligro sus propios pies, siempre atenta, con la sabiduría del iniciado, a que su carne absorbiera lentamente el calor del fuego. Mientras, él atacó sus propias manos. La nieve ni se derretía ni se humedecía. Sus ligeros cristales eran como arena. Poco a poco, los pinchazos y punzadas de la circulación regresaron a la carne helada. Luego se ocupó de la hoguera, desató la mochila ligera que la joven llevaba a la espalda y sacó un recambio completo de calzado y demás prendas.

Shorty regresó por el lecho del arroyo y ascendió la orilla hacia ellos.

—He delimitado trescientos metros —anunció—. Son las concesiones número veintisiete y veintiocho, aunque solo había clavado la estaca superior de la veintisiete cuando me encontré con

el primer tipo del grupo que nos seguía. Me dijo directamente que no me iba a permitir delimitar la veintiocho. Y yo le dije…

—Eso, sí —grito Joy—. ¿Qué le dijiste?

—Le dejé clarito que si no retrocedía ciento cincuenta metros convertiría su nariz congelada en helado de frambuesa. Retrocedió y pude poner las dos estacas centrales de dos concesiones de ciento cincuenta metros de arroyo cada una. Él delimitó la siguiente y creo que a estas alturas el grupo tiene el arroyo Squaw delimitado hasta la cabecera y da la vuelta por la otra orilla. Las nuestras están seguras. Ahora está demasiado oscuro para ver nada, pero ya pondremos las estacas de las esquinas por la mañana.

Al despertarse descubrieron que por la noche se había producido un cambio. Hacía tanto calor que Shorty y Smoke, aún bajo las mantas, calcularon que como mucho se encontraban a 30 °C bajo cero. La ola de frío había remitido. Sobre sus mantas quedaba una capa de quince centímetros de escarcha.

—Buenos días, ¿cómo tienes los pies? —fue el saludo de Smoke a Joy Gastell, que se encontraba al otro lado de las cenizas de la hoguera y apartaba la nieve con cuidado, sentada y envuelta en sus pieles de dormir.

Shorty preparó la hoguera y extrajo hielo del arroyo, mientras Smoke hacía el desayuno. El día empezó a abrir cuando ellos terminaban de comer.

—Vete a clavar las estacas de las esquinas, Smoke —dijo Shorty —. Hay gravilla bajo el lugar de donde extraje el hielo para hacer café y voy a derretir la nieve y lavar una batea de esa gravilla para ver si hay suerte.

Smoke se fue, hacha en mano, para situar las estacas. Partiendo de la estaca central de la veintisiete, cruzó en ángulo recto el estrecho valle hacia su borde. Lo hizo de forma metódica, casi automática, porque los recuerdos de la noche anterior poblaban su mente. De alguna forma sentía que se había ganado el derecho al dominio absoluto sobre las delicadas líneas y los firmes músculos de esos pies y tobillos que había masajeado con nieve, y ese dominio parecía extenderse al resto, a toda esa mujer que era como él. Esa sensación de posesión lo dominaba por completo. Era como si solo tuviese que acercarse a Joy Gastell, tomarla de la mano y decirle: «Ven».

En esas estaba cuando descubrió algo que le hizo olvidar su ansia de dominio sobre unos pies blancos de mujer. No marcó el lugar de la estaca en el borde del valle. No llegó al borde del valle, sino que se encontró con otro arroyo. A ojo alineó un sauce partido por un rayo y una pícea fácil de reconocer. Regresó al arroyo donde estaban las estacas centrales. Siguió el lecho del arroyo a lo largo de una ancha curva en herradura que cruzaba el llano y se encontró con que los dos arroyos eran el mismo arroyo. A continuación, atravesó dos veces la nieve virgen desde un borde del valle hasta el opuesto, trazando la primera línea desde la estaca inferior de la veintisiete y la segunda desde la estaca superior de la veintiocho. Descubrió que la estaca superior de esta última quedaba más abajo que la estaca inferior de la primera. En pleno crepúsculo, casi a oscuras, Shorty había situado ambas concesiones en la curva en herradura.

Smoke regresó al pequeño campamento. Shorty, que estaba terminando de lavar una batea de gravilla, cobró vida al verlo:

—¡Lo tenemos! —gritó Shorty, al tiempo que le tendía la batea—. ¡Míralo! Vaya cantidad de oro. Ahí sacaremos doscientos por batea como poco. Va cargado desde lo alto del depósito de grava. He rebuscado en unos cuantos depósitos, pero nunca he visto una muestra como la que hay en esta batea.

Smoke le dedicó una mirada desinteresada al oro grueso, se sirvió una taza de café junto a la hoguera y se sentó. Joy presintió que algo iba mal y lo miró, curiosa y preocupada. Sin embargo, a Shorty le pareció mal la falta de alegría de su compañero ante su descubrimiento.

—¿Por qué no saltas y bailas de alegría? —preguntó—. Hemos encontrado un tesoro, a menos que desprecies las bateas de doscientos dólares.

Smoke le dio un sorbo al café antes de contestar.

—Shorty, ¿por qué nuestras dos concesiones son como el Canal de Panamá?

—¿Cuál es la respuesta?

—Pues, la entrada este del Canal de Panamá queda al oeste de la entrada oeste, por eso.

—Sigue —dijo Shorty—. Aún no pillo el chiste.

—Resumiendo, Shorty, has delimitado nuestras dos concesiones

en una enorme curva en herradura.

Shorty depositó la batea sobre la nieve y se puso en pie.

—Sigue —repitió.

—La estaca superior de la veintiocho se encuentra tres metros por debajo de la esta, ca inferior de la veintisiete.

—¿Quieres decir que no tenemos nada, Smoke?

—Peor que eso: tenemos tres metros menos que nada.

Shorty salió corriendo orilla abajo. Regresó cinco minutos después. Asintió en respuesta a la mirada de Joy. Sin hablar, continuó hasta un tronco y se sentó sin dejar de mirar fijamente la nieve junto a sus mocasines.

—Será mejor que levantemos el campamento y regresemos a Dawson —dijo Smoke al tiempo que empezaba a doblar las mantas.

—Lo siento, Smoke —dijo Joy—. Ha sido culpa mía.

—No te preocupes —respondió él—. Son gajes del oficio.

—Pero es culpa mía, solo mía —insistió ella—. Sé que papá ha delimitado una concesión para mí cerca del descubrimiento. Os daré mi concesión.

Smoke negó con la cabeza.

—Shorty —rogó ella.

Shorty negó con la cabeza y empezó a reírse. Era una risa colosal. Las risitas y arrebatos sofocados dieron paso a unas carcajadas sinceras e incontrolables.

—No es histerismo —les explicó—. Hay veces en que algo me hace tanta gracia que no puedo evitarlo. Esta es una de esas veces.

Por casualidad, sus ojos se posaron en la batea. Se acercó a ella y le dio una patada, desparramando el oro por el suelo.

—No es nuestro —dijo—. Pertenece al tipo al que anoche hice retroceder ciento cincuenta metros. Y lo que me fastidia es que ciento cuarenta y siete de ellos fueron para bien. Para el bien de él. Vamos, Smoke. Regresemos a Dawson. Aunque si tienes ganas de matarme, no levantaré ni un dedo para evitarlo.

El sueño de Shorty

IENE GRACIA QUE NUNCA juegues —le dijo Shorty a Smoke una noche en el Elkhorn—.

¿No lo llevas en la sangre?

—Sí —respondió Smoke—, pero también llevo las estadísticas en la cabeza. Quiero que mi dinero tenga una mínima oportunidad.

A su alrededor, los golpes secos, los repiqueteos y los ruidos sordos de una docena de juegos distintos llenaban la enorme sala, donde los hombres envueltos en pieles y calzados con mocasines ponían a prueba su suerte. Smoke hizo un gesto con la mano que los incluyó a todos.

—Míralos —dijo—. Es pura matemática que esta noche perderán más que ganarán y que la mayor parte está perdiendo ahora mismo.

—Se te dan muy bien los números —murmuró Shorty con admiración—. Y en general tienes razón. Pero también existen los hechos. Y un hecho es que hay golpes de suerte. Hay veces en que todos los que juegan ganan, y yo lo sé porque he participado en esos juegos y he visto más de una banca quebrada. La única forma de ganar cuando se juega es esperar a tener la corazonada de que se acerca una racha de suerte y entonces jugar a morir.

—Parece sencillo —criticó Smoke—. Tanto que no entiendo como alguien pierde.

—El problema es que la mayoría de la gente se equivoca con las corazonadas —admitió Shorty—. Yo también me he equivocado alguna vez. Pero siempre hay que probar, a ver si es de las buenas.

Smoke negó con la cabeza.

—Eso también es estadística, Shorty. La mayoría de la gente se equivoca con sus corazonadas.

—Pero ¿nunca has sentido, sin lugar a dudas, que lo único que tienes que hacer es poner la pasta y elegir un número ganador?

Smoke se rio.

—Me da demasiado miedo el porcentaje en contra. Aunque una cosa te diré, Shorty ahora mismo me jugaré un dólar a la carta más alta, a ver si gano para pagarnos un whisky.

Smoke se dirigía ya hacia la mesa de faro cuando Shorty lo agarró del brazo.

—¡Alto! Acabo de tener una de mis corazonadas. Apuesta ese dólar a la ruleta.

Se acercaron a la mesa de la ruleta, que estaba cerca de la barra.

—Espera hasta que te avise —aconsejó Shorty.

—¿Qué número? —preguntó Smoke.

—El que quieras. Pero espera a que te avise.

—No pretenderás decirme que tengo la oportunidad de ganar haga lo que haga —argumentó Smoke.

—Tanto como cualquier otro.

—Pero no como la banca.

—Espera y verás —dijo Shorty—. ¡Ahora! ¡Apuesta!

El crupier había puesto a girar la pequeña bolita de marfil en el borde liso de la rueda llena de ranuras. Smoke, en un extremo de la mesa, se estiró por encima de otro jugador y lanzó la ficha a ciegas, que se deslizó sobre el tapete verde y se paró en el centro del número treinta y cuatro.

La bolita se detuvo y el crupier anunció: «¡Gana el treinta y cuatro!». Limpióla mesa y junto al dólar de Smoke apiló treinta y cinco dólares más. Smoke guardó el dinero y Shorty le dio una palmadita en el hombro.

—Esa sí que ha sido una buena corazonada, ¿no, Smoke? ¿Cómo lo sabía? Imposible adivinarlo. Lo único que yo sabía era que ibas a ganar. Si tu dólar hubiese caído sobre cualquier otro número habrías ganado igual. Cuando la corazonada es buena, no se puede evitar ganar.

—¿Y si hubiera salido el doble cero? —preguntó Smoke mientras se abrían camino hacia el bar.

—Entonces tu dólar habría estado en el doble cero —fue la respuesta de Shorty—. No hay forma de huir. Una corazonada es una corazonada. Ya lo verás. Volvamos a la mesa. Tengo el presentimiento, tras sentir que ibas a ganar tú, que ahora puedo elegir yo los números ganadores.

—¿Juegas con un sistema? —preguntó Smoke al cabo de diez minutos, cuando su socio había perdido cien dólares.

Shorty negó con la cabeza, indignado, al tiempo que repartía sus fichas entre el tres, el once y el diecisiete, y lanzaba la que le sobraba al verde.

—El infierno está lleno de tipos que jugaron con algún sistema —comentó mientras el crupier limpiaba la mesa.

De tanto observar sin hacer nada más, Smoke se sintió fascinado y prestó atención a cualquier detalle del juego, desde la forma en que giraba la bolita hasta cómo se hacían y se pagaban las apuestas. Sin embargo, no jugó y se contentó con observar. Pero estaba tan

interesado que a Shorty, tras anunciar que ya había tenido bastante, le costó lo suyo apartar a Smoke de la mesa.

El crupier devolvió a Shorty el saco de oro que había depositado como garantía para poder jugar y junto a él había una hoja de papel en la que habían garabateado: «Menos trescientos cincuenta dólares». Shorty cruzó la sala con el saco y el papel en la mano y se los entregó al pesador, que se sentaba detrás de una balanza. Este pesó trescientos cincuenta dólares en polvo que extrajo del saco de Shorty y guardó en el cofre de la casa.

—Esa corazonada tuya formaba parte de la estadística —bromeó Smoke.

—Pero tenía que jugármela, ¿no?, para saber si era buena —respondió Shorty—. Creo que me pasé por intentar convencerte de que las corazonadas existen.

—No importa, Shorty —se rio Smoke—. Tengo una corazonada ahora mismo…

Los ojos de Shorty brillaron al tiempo que gritaba:

—¿Cuál? Juégala ahora mismo. Vamos.

—No es de esas, Shorty. Tengo el presentimiento de que un día desarrollaré un sistema que dejará esa mesa seca.

—¡Un sistema! —gruñó Shorty y luego miró a su socio con pena —. Smoke, escucha a tu amigo y deja los sistemas en paz. Con los sistemas siempre se pierde. En los sistemas no influyen las corazonadas.

—Por eso me gustan —contestó Smoke—. Un sistema es estadística. Si das con el sistema adecuado no puedes perder y eso es lo que lo diferencia de una corazonada. Nunca sabes cuando un buen presentimiento va a convertirse en malo.

—Pero yo conozco un montón de sistemas que han fallado y nunca he visto a ninguno ganar. —Shorty se detuvo y suspiró—. Escucha, Smoke, si te vas a volver loco con los sistemas, este no es lugar para ti y será mejor que volvamos al camino.

Durante las semanas que siguieron, cada uno jugó a algo diferente. Smoke estaba decidido a pasar el rato observando a la gente jugar a la ruleta del Elkhorn, mientras Shorty se empeñaba en salir al camino. Al final, Smoke dejó las cosas claras cuando les propusieron correr una estampida Yukón abajo durante más de trescientos kilómetros.

—Mira, Shorty —le dijo—, yo no voy. Ese viaje nos llevará diez días y yo espero tener el sistema funcionando a la perfección antes de eso. Ya casi podría ganar con él ahora. Además, ¿para qué pretendes arrastrarme por medio país de este modo?

—Smoke, tengo que cuidar de ti —fue la respuesta de Shorty—. Te estás volviendo loco. Te llevaría de estampida hasta Jericó o el Polo Norte si así lograse apartarte de esa mesa.

—Está bien, Shorty, pero no olvides que soy un hombre adulto y comedor de carne. Lo único que vas a tener que arrastrar será el polvo de oro que voy a ganar con mi sistema y seguramente tendrás que utilizar una traílla de perros.

Shorty respondió con un gemido.

—Además, no quiero que juegues por tu cuenta —continuó diciendo Smoke—. Nos repartiremos las ganancias y al principio necesitaré todo tu dinero. El sistema es nuevo y podría fallarme unas cuantas veces antes de que consiga dominarlo.

Por fin, después de muchas horas y muchos días observando la mesa, llegó la noche en la que Smoke anunció que estaba preparado y Shorty, abatido y pesimista, con e] aspecto de quien va a un entierro, acompañó a su socio hasta el Elkhorn. Smoke compró una pila de fichas y se situó en el extremo de la mesa junto al crupier. La bolita rodó una y otra vez y los demás jugadores ganaron o perdieron, pero Smoke no arriesgó ni una sola ficha. Shorty acabó por impacientarse.

—Juega, juega —insistió—. Acabemos de una vez con esto. ¿Qué pasa? ¿Te ha entrado el miedo?

Smoke negó con la cabeza y aguardó. Transcurrieron una docena de jugadas más y entonces, de repente, colocó diez fichas de un dólar sobre el veintiséis. El número ganó y el crupier pagó trescientos cincuenta dólares a Smoke. Pasaron otras doce jugadas, veinte jugadas, treinta jugadas, y Smoke puso diez dólares en el treinta y dos. De nuevo recibió trescientos cincuenta.

—¡Es una corazonada! —Shorty susurró casi a gritos en su oído —. ¡Síguela! ¡Síguela!

Transcurrió media hora, durante la que Smoke no hizo nada; luego apostó diez dólares al treinta y cuatro y ganó.

—¡Una corazonada! —susurró Shorty.

—Nada de eso —le devolvió el susurro Smoke—. Es el sistema.

¿A que es una maravilla?

—A mí no me engañas —discutió Shorty—. Las corazonadas se presentan de formas curiosas y variadas. Puedes creer que es un sistema, pero no lo es. Los sistemas son imposibles. No existen. Estás jugando por una corazonada.

Smoke alteró su forma de jugar. Apostaba con mayor frecuencia y de ficha en ficha, que dispersaba aquí y allá. Perdía más que ganaba.

—Déjalo —aconsejó Shorty—. Cobra las ganancias. Has dado en el blanco tres veces y vas ganando mil dólares. No puedes mantener el ritmo.

En ese momento, la bolita empezó a girar y Smoke puso diez fichas sobre el veintiséis. La bola cayó en la ranura del veintiséis y el crupier volvió a pagarle trescientos cincuenta dólares.

—Sí estás loco y crees que te lo vas a llevar de calle, apuesta al límite —dijo Shorty—. La próxima vez apuesta veinticinco dólares.

Pasó un cuarto de hora, durante el que Smoke perdió y ganó con apuestas pequeñas y dispersas. Luego, con la brusquedad que caracterizaba a sus grandes apuestas, situó veinticinco dólares sobre el doble cero y el crupier le pagó ochocientos setenta y cinco.

—Despiértame, Smoke. Estoy soñando —gimió Shorty.

Smoke sonrió, consultó su libreta y se concentró en los cálculos. Continuamente sacaba la libreta del bolsillo y, de vez en cuando, anotaba algún número.

Alrededor de la mesa se había reunido un buen grupo de gente y los jugadores intentaban apostar a los mismos números que elegía Smoke. Entonces se produjo un cambio en su forma de jugar. Diez veces seguidas apostó diez dólares al dieciocho y perdió. En ese punto hasta el más persistente lo abandonó. A continuación, cambió de número y ganó otros trescientos cincuenta dólares. Los jugadores volvieron junto a él de inmediato, para abandonarlo otra vez tras una serie de apuestas fallidas.

—Déjalo, Smoke. Déjalo —aconsejó Shorty—. Hasta la serie más larga de corazonadas llega a su fin, y la tuya se ha agotado ya. No darás más en el blanco.

—Daré en el blanco una vez más antes de retirarme —respondió Smoke.

Jugó durante varios minutos diseminando fichas por la mesa,

con mejor o peor suerte, y luego apostó veinticinco dólares al doble cero.

—Deme ya la hoja con mi cuenta —le pidió al crupier en el momento de ganar.

—Oh, no es necesario que me la muestres —dijo Shorty mientras caminaban hacia la báscula—. He llevado la cuenta. Has ganado alrededor de tres mil seiscientos dólares. ¿He fallado mucho?

—Tres mil seiscientos sesenta —respondió Smoke—. Y ahora te toca llevar el polvo de oro a casa. Ese fue el acuerdo.

—No abuses de tu suerte —rogó Shorty a Smoke la noche siguiente, aún en la cabaña, al ver que se preparaba para regresar al Elkhorn—. Jugaste siguiendo una serie larga de corazonadas, pero ya la has agotado. Si vuelves, perderás todo lo que ganaste.

—Ya te he dicho que no son corazonadas, Shorty. Es pura estadística. Es un sistema. No puedo perder.

—Los sistemas los carga el diablo. Los sistemas no existen. Una vez hice diecisiete lances consecutivos en una mesa de *craps*. ¿Usé un sistema? No. Fue pura suerte, lo que pasa es que me entró el miedo y no me atreví a continuar. Si hubiese seguido podría haber ganado más de treinta mil dólares.

—Me da igual, Shorty. Esto es un sistema auténtico.

—¡Ja! Eso tienes que demostrármelo.

—Ya te lo demostré. Ven conmigo y volveré a demostrártelo.

Cuando entraron en el Elkhorn todas las miradas se centraron en Smoke y los que estaban cerca de la mesa le abrieron camino hasta su puesto del día anterior, junto al crupier. Jugó de forma diferente. En el curso de una hora y media realizó solo cuatro apuestas, pero cada una de veinticinco dólares y las ganó todas. Cobró tres mil quinientos dólares y Shorty se ocupó de llevar el polvo de oro a la cabaña.

—Ha llegado el momento de dejar de jugar —aconsejó Shorty, sentado en el borde de su catre, quitándose los mocasines—. Has ganado siete mil dólares. Serías un idiota si abusaras más de tu suerte.

—Shorty, sería un condenado chalado si no continuara aprovechando un sistema ganador como el mío.

—Smoke, eres un chaval muy listo. Has ido a la Universidad. Sabes más en un solo minuto de lo que podría saber yo en cuarenta

mil años. Pero te equivocas por completo al llamarle sistema a tu suerte. Me he movido lo mío por el mundo y he visto de todo, por eso te digo con total seguridad que no es posible que exista un sistema que gane a la banca.

—Pues yo te lo estoy enseñado. Es un sueño hecho realidad.

—No, de eso nada, Smoke. Es un sueño imposible. Estoy dormido, pero acabaré despertando, encenderé una hoguera y me pondré a desayunar.

—Bueno, mi incrédulo amigo, ahí tienes el polvo de oro. Cógelo.

Al tiempo que lo decía, Smoke lanzó el saco de oro, repleto, sobre las rodillas de su socio. Pesaba diecisiete kilos y medio y Shorty fue consciente del impacto que produjo sobre su carne.

—Es de verdad —insistió Smoke.

—¡Ja! He visto algunos sueños muy fuertes. En un sueño todo es posible. En la vida real un sistema no es posible. No he ido a la Universidad, pero tengo toda la razón cuando digo que esta orgía del juego es un sueño.

—El principio de mínima acción de Hamilton —se rio Smoke.

—No he oído hablar de ese tipo, pero seguro que está en lo cierto. Estoy soñando, Smoke, y tú te has colado en mi sueño y me atormentas con tu sistema. Si me quieres, y estoy seguro de que sí, grita: «¡Shorty, despierta!», así me despertaré y me pondré con el desayuno.

La tercera noche, cuando Smoke hizo su primera apuesta, el crupier le devolvió quince dólares.

—Solo puede apostar diez —le dijo—. Ha bajado el límite.

—Qué poco —se rio Shorty.

—Nadie está obligado a jugar en esta mesa —respondió el crupier—. Y no tengo inconveniente en reconocer ahora mismo que preferiríamos que su amigo no jugase en nuestra mesa.

—Tenéis miedo de su sistema, ¿no es eso? —dijo Shorty, desafiante, al tiempo que el crupier pagaba trescientos cincuenta dólares.

—No digo que crea en los sistemas, porque no creo. Nunca ha habido un sistema que sirva para la ruleta o para cualquier juego de porcentajes. Pero he visto rachas de suerte muy raras y no permitiré que esta banca salte si puedo evitarlo.

—Eso es miedo.

—El juego es un negocio, amigo, como cualquier otra cosa. No somos filántropos.

Noche a noche, Smoke siguió ganando. Su método de juego variaba. Experto tras no en la multitud que se arremolinaba junto a la mesa, anotaban sus apuestas y números en un vano intento de desentrañar su sistema. Se quejaban de la imposibilidad de hallar la primera pista que les permitiera tirar del hilo y juraban que era pura suerte aunque eso sí, se trataba de la racha más colosal que habían visto jamás.

Lo que los confundía era lo variado del juego de Smoke. A veces, mientras consultaba su libreta o realizaba cálculos prolongados, transcurría una hora sin que moviera una sola ficha. En otras ocasiones ganaba tres apuestas límite y sumaba más de mil dólares en cuestión de cinco o diez minutos. También había veces en las que su táctica consistía en repartir las fichas pródiga y asombrosamente por la mesa. Lo hacía en todos de entre diez a treinta minutos de juego y entonces, de forma abrupta, cuando la bolita ya giraba, apostaba el límite a columna, color y número, y ganaba los tres. En una ocasión, para total confusión de quienes intentaban adivinar su secreto, perdió cuarenta apuestas consecutivas, cada una al límite. Pero todas las noches, por muy variado que fuera su juego, Shorty se llevaba a casa tres mil quinientos dólares de oro en polvo.

—No hay sistema —explicó Shorty durante una de sus discusiones previas a irse a la cama—. Yo te sigo y te sigo, pero no hay forma de entenderlo. Nunca juegas dos veces igual. Te limitas a escoger un número ganador cuando quieres y, cuando no quieres, no lo escoges a propósito.

—Tal vez estés más cerca de la verdad de lo que crees, Shorty. A veces tengo que escoger números perdedores. Forma parte del sistema.

—¡Y un cuerno, el sistema! He hablado con todos los jugadores de la ciudad y todos están de acuerdo en que los sistemas no existen.

—Sin embargo, no hago otra cosa que mostrarles uno.

—Mira, Smoke. —Shorty se detuvo sobre la vela, a punto de apagarla—. Estoy muy enfadado. Tal vez creas que esto es una vela. Pero no lo es. ¡No, señor! Y este tampoco soy yo. Estoy en algún

punto del camino, entre las mantas, tumbado boca arriba con la boca abierta y soñando todo esto. Y el que me habla no eres tú, igual que esta vela no es una vela.

—Pues tiene gracia que soñemos la misma cosa a la vez —insistió Smoke.

—No. Tú formas parte de mi sueño, eso es todo. He oído hablar a muchos hombres en mis sueños. Te diré una cosa, Smoke, estoy empezando a hartarme y a enfadarme. Si este sueño dura mucho más me morderé las venas y aullaré.

Durante la sexta noche de juego en el Elkhorn, redujeron el límite a cinco dólares.

—No importa —le dijo Smoke al crupier—. Esta noche quiero ganar tres mil quinientos dólares, como siempre, y así solo me obligáis a jugar más tiempo. Tengo que apostar por el doble de números ganadores. No hay más.

—¿Por qué no juega en la mesa de otro? —preguntó el crupier, muy enfadado.

—Porque me gusta esta. —Smoke miró hacia la estufa al rojo vivo, situada a pocos metros de distancia—. Además, aquí no hay corrientes de aire y se está calentito.

La novena noche, cuando Shorty hubo llevado el oro a casa, sufrió un ataque.

—Me rindo, Smoke, me rindo —afirmó—. Sé cuando he llegado al límite. No estoy soñando. Estoy despierto. No puede ser un sistema, pero algo haces. La regla de tres ya no funciona. El calendario no sirve. El mundo se ha ido al traste. Ya no hay regularidad ni nada uniforme. La tabla de multiplicar se ha vuelto loca. Dos son ocho, nueve son once y dos veces dos da ochocientos cuarenta y seis y medio. Cualquier cosa es todo y nada es todo; y todo dos veces da cremas de belleza, batidos de vainilla y caballos pintos. Tienes un sistema. Las cifras superan a la imaginación. Lo que no puede ser, es y lo que no es, tiene que ser. El sol sale por poniente, la luna es una mina de oro, las estrellas son carne enlatada, el escorbuto es una bendición de Dios, quien muere vuelve vivir, las piedras flotan, el agua es gas, yo no soy yo, tú eres otro y puede que seamos gemelos, si es que no somos croquetas de patata y cebolla fritas en verdín. ¡Que alguien me despierte! ¡Por favor, despertadme!

A la mañana siguiente recibieron una visita en la cabaña. Smoke lo conocía. Era Harvey Moran, el propietario de todos los juegos del Tivoli. En su voz grave y áspera había un deje de súplica cuando se decidió, por fin, a ir al grano.

—La situación es la siguiente, Smoke —dijo—. Nos tienes a todos en ascuas. No solo hablo en mi nombre, sino también en el de los otros nueve propietarios de mesas de juego en todos los bares de la ciudad. No lo entendemos. Sabemos que ningún sistema ha funcionado nunca contra la ruleta. Todos los expertos matemáticos de la Universidad nos han dicho lo mismo: que la ruleta es en sí misma un sistema, el único sistema, y que por eso ningún sistema puede ganarle, porque implicaría que la aritmética se ha vuelto loca.

Shorty asintió con fuerza.

—Si un sistema puede vencer a otro sistema, entonces el sistema no existe —continuó el empresario de juego—. En ese caso podría ocurrir cualquier cosa: un objeto podría estar en dos lugares diferentes a la vez o dos objetos podrían estar en el mismo sitio, aunque en él solo hubiera espacio para uno.

—Ya me has visto jugar —contestó Smoke en tono desafiante—. Y si creéis que no es más que una buena racha, ¿por qué os preocupáis?

—Ese es el problema. No podemos evitar preocuparnos. Tienes un sistema, aunque sabemos que resulta imposible. Llevo cinco noches observándote y las únicas conclusiones que he sacado es que prefieres determinados números y no dejas de ganar. Los diez propietarios de mesas de juego nos hemos reunido y queremos hacerte una propuesta amistosa. Pondremos una mesa de ruleta en la trastienda del Elkhorn, financiaremos la banca a partes iguales y permitiremos que intentes ganarnos. Todo ocurrirá en privado y en silencio. Solo estaremos tú, Shorty y nosotros. ¿Qué me dices?

—Creo que es al revés —respondió Smoke—. Yo permitiré que vengáis a verme. Esta noche jugaré en la sala del Elkhorn. Para verme jugar, os da igual donde juegue.

Esa noche, cuando Smoke ocupó su lugar de siempre en la mesa, el crupier la cerró.

—La mesa está cerrada —le dijo—. Órdenes del jefe.

Pero los dueños del juego, todos presentes, decidieron no

echarse atrás. En pocos minutos organizaron una banca común, en la que cada uno invirtió mil dólares, y abrieron la mesa.

—A ver si puedes ganarnos —lo desafió Harvey Moran al tiempo que el crupier ponía en juego la bola.

—¿Me concedéis el límite de veinticinco? —preguntó Smoke.

—Claro, desde luego.

De inmediato, Smoke situó veinticinco fichas sobre el doble cero y ganó.

Moran se limpió el sudor de la frente.

—Vamos —dijo—, que en la banca hay diez mil dólares.

Al cabo de hora y media, los diez mil ya eran de Smoke.

—Ha saltado la banca —anunció el crupier.

—¿Os basta? —preguntó Smoke.

Los propietarios se miraron. Estaban asombrados. Ellos, los grandes protegidos por las leyes del azar, estaban arruinados. Se enfrentaban a uno que tenía un acceso más íntimo a esas leyes o que había convocado leyes más elevadas e inimaginables.

—Lo dejamos —dijo Moran—. ¿No es así, Burke?

Burke *el Grande*, propietario de los juegos del bar M. y G., asintió.

—Ha ocurrido lo imposible —dijo—. Este Smoke tiene un sistema. Si permitimos que siga así, nos arruinará a todos. Solo se me ocurre, si queremos mantener las mesas abiertas, bajar el límite a un dólar o a diez centavos o a uno. Con ese límite en las apuestas no podrá ganar demasiado en una noche.

Todos miraron a Smoke, que se encogió de hombros.

—En ese caso, caballeros, tendré que contratar a un grupo de hombres para que jueguen en todas sus mesas. Puedo pagarles diez dólares por un turno de cuatro horas y aun así ganar dinero.

—Pues cerraremos las mesas —contestó Burke el Grande—. A menos que… —Dudó y miró a sus compañeros para asegurarse de que lo respaldarían—. A menos que quieras hablar de negocios. ¿Por cuánto nos venderías tu sistema?

—Por treinta mil dólares —respondió Smoke—. Supone una carga de tres mil dólares por cabeza.

Debatieron entre ellos y asintieron.

—¿Y nos contarás cuál es tu sistema?

—Desde luego.

—¿Y prometerás no volver a jugar a la ruleta en Dawson?

—No, señor —respondió Smoke muy convencido—. Prometo no volver a jugar con este sistema.

—¡Dios mío! —estalló Moran—. No tendrás más sistemas, ¿verdad?

—¡Alto! —gritó Shorty—. Quiero hablar con mi socio. Ven aquí, Smoke, a un lado.

Smoke lo siguió hasta un rincón tranquilo de la sala mientras cientos de miradas curiosas se centraban en él y en Shorty.

—Escucha, Smoke —susurró Shorty con voz ronca—. Puede que no sea un sueño. En ese caso vendes terriblemente barato. Ahora tienes al mundo agarrado por las pelotas. Puedes ganar millones. ¡Lánzate! ¡Sin piedad!

—¿Y si es un sueño? —preguntó Smoke sin alzar el tono.

—Entonces, por el bien del sueño y el amor de tu abuela, dales un buen repaso a esos jugadores. ¿De qué sirve soñar si no puedes soñar para llegar al mejor final eterno posible?

—Por suerte, no es un sueño, Shorty.

—Entonces, si vendes por treinta mil, jamás te lo perdonaré.

—Cuando venda por treinta mil, caerás sobre mi cuello y cuando te recuperes descubrirás que en ningún momento has soñado. Esto no es un sueño. Shorty. En un par de minutos verás que has estado despierto todo el tiempo. Permita que te diga que, si vendo, es porque no me queda más remedio.

De vuelta en la mesa, Smoke informó a los propietarios de que su oferta seguía en pie. Ellos le ofrecieron un pagaré en el que cada uno aportaba tres mil dólares.

—Espera hasta tener el oro —advirtió Shorty.

—Estaba a punto de anunciar que iba a acercarme a la báscula para pesar el dinero —dijo Smoke.

El dueño del Elkhorn hizo efectivo el pagaré y Shorty tomó posesión del polvo de oro.

—Ahora no quiero despertarme —se rio encantado mientras cargaba con los distintos sacos—. En total, ha sido un sueño de setenta mil dólares. Me resultaría demasiado caro abrir los ojos, salir de entre las mantas y preparar el desayuno.

—¿Cuál es tu sistema? —preguntó Burke *el Grande*—. Lo hemos pagado y queremos saberlo.

Smoke se abrió paso hasta la mesa.

—Caballeros, préstenme atención un momento. Este no es un sistema normal. A duras penas puede considerarse válido, pero su gran virtud es que funciona. Tengo mis sospechas, aunque no pienso compartirlas. Limítense a observar. Crupier, preparala bolita. Espera. Voy a elegir el veintiséis. Imaginen que he apostado por él. Prepárate, crupier. ¡Ahora!

La bola empezó a girar.

—Fíjense —continuó diciendo Smoke— en que el nueve estaba directamente enfrente la bola cuando empezó a girar.

La bola acabó en el veintiséis.

Burke *el Grande* soltó un juramento y los demás esperaron.

—Para que gane el doble cero, el once debe estar enfrente. Inténtenlo ustedes y verán.

—Pero ¿cuál es el sistema? —quiso saber Moran, en tono impaciente—. Ya sabemos que sabes elegir números ganadores y sabemos cuáles son esos números, pero ¿cómo lo haces?

—Observando secuencias. Por casualidad me fijé, en dos ocasiones distintas, que la bola empezaba a girar justo cuando tenía el nueve enfrente. En ambas ocasiones ganó el veintiséis. Después vi como ocurría una vez más. Luego busqué otras secuencias y las encontré. Si el doble cero está enfrente, gana el treinta y dos, y si está el once, gana el doble cero. No siempre ocurre, pero sí habitualmente. Fíjense en que he dicho «habitualmente». Como ya les dije, tengo mis sospechas, pero no pienso compartirlas.

Burke *el Grande*, impulsado por una comprensión repentina, se inclinó, detuvo la ruleta y la examinó con atención. Las cabezas de los otros nueve propietarios se inclinaron también para unirse al examen. Luego, Burke *el Grande* se enderezó y lanzó una mirada a la estufa.

—Demonios —dijo—. No era ningún sistema. La mesa se encuentra cerca del fuego y la condenada ruleta se ha combado debido al calor. Y a nosotros nos ha quemado bien. No me extraña que le gustase esta mesa. En las demás no habría sacado ni para agua.

Harvey Moran dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se secó la frente.

—Bueno —dijo—, en cualquier caso, no me parece caro lo que

hemos pagado por descubrir que no era un sistema. —Su rostro empezó a moverse, estalló en carcajadas y le dio una palmadita a Smoke en el hombro—. Smoke, nos tuviste bien engañados. ¡Y nosotros encantados porque no venías a jugar a nuestras mesas! Oíd, tengo un champán estupendo que estoy dispuesto a descorchar si os venís todos conmigo al Tivoli.

Más tarde, ya de vuelta en la cabaña, Shorty revisó y manipuló los distintos sacos de oro, todos llenos a reventar. Al final los apiló sobre la mesa, se sentó en su catre y empezó a quitarse los mocasines.

—Setenta mil —calculó—. Pesan ciento setenta y cinco kilos. Y todo gracias a una ruleta combada y tu buen ojo. Smoke, te los comes crudos, te los comes vivos, sabes manejar barcas y me has puesto de los nervios, pero de todos modos yo sé que es un sueño. Solo en los sueños las cosas buenas se hacen realidad. No tengo ningún deseo de despertarme. Espero no despertarme nunca.

—Anímate —respondió Smoke—. No te despertarás. Hay muchos avispados de la filosofía que opinan que los hombres solo son sonámbulos. Así que estás en buena compañía.

Shorty se levantó, se acercó a la mesa, escogió el saco más pesado y lo abrazó como si fuese un bebé.

—Puede que sea sonámbulo —comentó—, pero, como tú has dicho, estoy en muy buena compañía.

[1911]

El hombre de la otra orilla

NTES DE QUE SMOKE BELLEW delimitara el absurdo emplazamiento de Tra-Lí, creara el histórico monopolio de huevos que estuvo a punto de arruinar la cuenta bancaria de Charley Aguas Rápidas o ganase la carrera de perros que tuvo lugar Yukon abajo y en la que estaba en juego un millón de dólares, Shorty y él se separaron en el cauce alto del Klondike. La tarea de Shorty consistía en regresar a Dawson, Klondike abajo, para registrar varias concesiones que habían

delimitado.

Smoke, con la traílla de perros, se dirigió al sur. Buscaba el lago Surprise y el mítico Two Cabins. Su travesía iba a pasar por la cabecera del río Indian y cruzar la desconocida región montañosa hasta el río Stewart. Por allí, en algún lugar —según decían los rumores—, se encontraba el lago Surprise, rodeado de escarpadas montañas y glaciares y con un fondo pavimentado de oro puro. Se contaba que algunos veteranos, cuyos nombres quedaron olvidados en los temporales de frío de muchos años antes, se habían lanzado a las aguas heladas del lago Surprise y sacado terrones de oro a manos llenas. Los grupos de veteranos se adentraron, en distintas ocasiones, en aquella agreste fortaleza para tomar muestras del fondo dorado del lago. Pero el agua estaba demasiado fría. Algunos murieron en el agua y salieron muertos a la superficie. Otros fallecieron después de tisis. Y hubo uno que se zambulló y nunca más volvió a salir. Todos los supervivientes habían planeado regresar y drenar el lago, pero ninguno lo había hecho. Siempre les sobrevenía algún desastre. Uno se cayó en un respiradero de Forty Mile y se ahogó; a otro lo mataron sus perros y se lo comieron; otro más fue aplastado por un árbol al caer. Y así sucesivamente. El lago Surprise era gafe. Nadie recordaba su situación y el oro aún pavimentaba su fondo, que seguía sin ser drenado.

Two Cabins, no menos mítico, contaba con una ubicación más clara. A cinco sueños cauce arriba del río McQuestion, partiendo del Stewart, se alzaban dos cabañas viejas. Tan viejas eran que debieron ser construidas antes incluso de que el primer buscador de oro conocido hubiese entrado en la cuenca del Yukon. Algunos nómadas cazadores de alces, con los que Smoke se había encontrado y charlado, afirmaban haber hallado las dos cabañas en los viejos tiempos, aunque habían buscado en vano la mina que debieron explotar esos dos aventureros tan tempraneros.

—Ojalá vinieras conmigo —dijo Shorty con nostalgia al partir—. Que te haya picado el gusanillo indio no es motivo para que te metas en líos. Te diriges a una zona de locos de la que es imposible salir. Trae mala suerte de principio a fin, según todo lo que hemos oído contar.

—No te preocupes, Shorty —contestó Smoke—. Me daré una vuelta y regresaré a Dawson en seis semanas. El camino del Yukón

está bien pisado y los ciento cincuenta primeros kilómetros de la senda del Stewart también deberían estarlo. Los veteranos de Henderson me contaron que unos cuantos grupos subieron el otoño pasado, después de la congelación total. Cuando encuentre su senda podré recorrer entre sesenta y ochenta kilómetros diarios. Incluso es probable que esté de vuelta en el plazo de un mes, una vez haya cruzado.

—Sí, una vez hayas cruzado. Pero precisamente lo que me preocupa es ese cruce. Bueno, hasta pronto, Smoke. Ten mucho cuidado con el gafe. Y que no te dé vergüenza dar media vuelta si no consigues carne.

Una semana después, Smoke se encontraba entre las caóticas cordilleras del río Indian. En la divisoria desde el Klondike había abandonado el trineo y cargado a sus perros lobo. Cada uno de sus enormes huskies llevaba veinticinco kilos, carga igual ala que él transportaba a la espalda. Él iba delante, abriendo camino en la nieve blanda y aplastándola con sus raquetas de nieve, y tras él, en filia india, avanzaban los perros.

Le encantaba esa vida, el intenso invierno ártico, la naturaleza silenciosa, la interminable superficie de nieve sin huellas humanas. A su alrededor se alzaban picos helados sin nombre e inexplorados. No se veía el humo de ningún campamento de cazadores ascender en el aire quedo de los valles. Solo él cruzaba la calma desasosegante de las vastas extensiones nevadas y desconocidas, aunque la soledad no lo agobiaba. Todo aquello le gustaba: el duro trabajo del día, las peleas de los perros lobo, levantar el campamento durante el prolongado crepúsculo, las estrellas saltarinas sobre su cabeza y la llameante procesión de la aurora boreal.

Le gustaba en especial su campamento al final del día porque en él veía una imagen que siempre había querido pintar y que nunca olvidaría, de eso estaba seguro. Un hueco pisoteado en la nieve, donde ardía su hoguera; su lecho, un par de prendas hechas con pieles de conejo extendidas sobre ramas de pícea recién cortadas; su refugio, una tira de lona desplegada que atrapaba el calor de la hoguera y lo obligaba a bajar de nuevo; el cubo y la cafetera renegridos descansando sobre un pedazo de madera, los mocasines apoyados en palos para secarse, las raquetas de nieve clavadas en

vertical; al otro lado de la hoguera, los perros lobo intentando arrimarse a ella en busca del calor, deseosos, con ansia, el pelaje cubierto de escarcha, las peludas colas protegiendo las patas del frío; y a su alrededor, remitiendo lo justo, el muro de oscuridad que lo cercaba.

En momentos como ese San Francisco, *The Billow* y O'Hara parecían muy lejanos, perdidos en un pasado remoto, sombras de un sueño que nunca había sucedido. Le costaba creer que había conocido otra vida que no fuese aquella, entre la naturaleza, pero aún le resultaba más difícil reconciliarse con el hecho de que se había entretenido y perdido el tiempo con la deriva bohemia de la ciudad. A solas, sin nadie con quien hablar, pensaba mucho, profunda y sencillamente. Se sentía horrorizado por el desperdicio de sus años urbanos, por el poco valor de las filosofías de escuelas y libros, por el astuto cinismo del estudio y la sala de redacción, por la hipocresía de los empresarios en sus clubes. No sabían lo que era la comida, el sueño o la salud; tampoco podían conocer la punzada del verdadero apetito, el considerable dolor de la fatiga ni la avalancha de sangre fuerte y rabiosa que penetra como el vino en cada rincón del cuerpo al tiempo que se trabaja.

Y durante todo ese tiempo, aquella Esparta del norte, sabia y exquisita, había estado allí sin que él lo supiera. Lo que más lo asombraba era que, con una aptitud física intrínseca tan buena, jamás hubiese oído la más mínima llamada ni se le hubiese ocurrido salir en busca de todo aquello. Pero también acabó por resolver ese misterio.

—¡Escucha, Cara Amarilla, ya lo tengo claro!

El perro al que se había dirigido levantó primero una pata delantera y luego la otra con movimientos rápidos y apaciguadores, volvió a enroscar la cola sobre ellas y le sonrió desde el otro lado de la hoguera.

—Herbert Spencer tenía casi cuarenta años cuando tuvo la visión de su mayor eficiencia y deseo. Yo no soy tan lento. Ni siquiera he esperado a los treinta para tener la mía. Aquí están mi eficiencia y mi deseo. Cara Amarilla, casi deseo haber nacido entre lobos y ser tu hermano humano.

Deambuló durante días entre un caos de cañones y divisorias que no cedían ante ningún plano topográfico racional. Era como si

algún bromista cósmico las hubiera arrojado allí, sin más. En vano buscó un arroyo o afluente que de verdad fluyera al sur, hacia el McQuestion y el Stewart. Luego se formó una tormenta de montaña y la ventisca y la nieve se apoderaron de aquella masa de divisorias altas y poco profundas. Por encima del límite superior de la vegetación arbórea y sin poder encender fuego durante dos días, luchó a ciegas para encontrar la forma de descender a niveles más bajos. Al segundo día alcanzó el borde de un enorme precipicio. Tan densa caía la nieve que no alcanzaba a ver el fondo del abismo ni se atrevía a comenzar el descenso. Se cubrió con todas sus mantas y apiñó a los perros a su alrededor en lo más hondo de un ventisquero, pero sin permitirse quedarse dormido.

Por la mañana, tras amainar la tormenta, salió a investigar. Alrededor de cuatrocientos metros por debajo de él, sin lugar a dudas, se extendía un lago congelado y cubierto de nieve. Estaba rodeado de cumbres accidentadas. Encajaba perfectamente en la descripción. A ciegas, había encontrado el lago Surprise.

—Bien bautizado —murmuró una hora más tarde al llegar junto a su orilla.

Los únicos árboles eran un grupo de píceas envejecidas. Camino del lago había tropezado con tres tumbas, sepultadas bajo la nieve pero marcadas con postes hechos a mano y escritos con una letra indescifrable. En el borde del grupo de árboles había una pequeña cabaña destartalada. Tiró del pestillo y entró. En un rincón, en lo que una vez había sido una cama de ramas de pícea, aún envuelto en unas pieles raídas que estaban hechas pedazos, yacía un esqueleto. El último visitante del lago Surprise, concluyó Smoke al tiempo que recogía un terrón de oro tan grande como su puño. Junto al terrón había una lata de pimienta llena de pepitas del tamaño de una nuez y de superficie irregular que no mostraban señales de haber sido lavadas.

Tan convencida estaba la gente de la verdad de la historia que Smoke aceptó, sin cuestionarla, que aquel oro procedía del fondo del lago. Oculto bajo una buena cantidad de hielo e inaccesible, no había nada que hacer y a mediodía, desde el borde del precipicio, le echó una mirada de despedida a su descubrimiento.

—No pasa nada, señor Lago —le dijo—. Usted quédese donde está. Volveré para drenarlo… si el dichoso gafe no me afecta. No sé

cómo llegué hasta aquí, pero lo sabré por la forma en que saldré.

En un pequeño valle, junto a un arroyo congelado y bajo unas benefactoras píceas, encendió una hoguera cuatro días después. En algún punto de esa anarquía blanca que había dejado atrás se encontraba el lago Surprise… en algún punto, aunque no sabía dónde, porque cien horas de lucha a la deriva entre un viento y una nieve cegadores le habían ocultado el camino y no sabía en qué dirección quedaba ese «atrás». Era como si acabara de salir de una pesadilla. No estaba seguro de si habían transcurrido cuatro días o una semana. Había dormido con los perros, peleado para cruzar un número ya olvidado de divisorias poco profundas, seguido el zigzagueo de unos cañones extraños que acababan en cavidades pequeñas y en dos ocasiones había logrado encender una hoguera y derretir un poco de carne de alce congelada. Y allí estaba, bien acampado y bien alimentado. La tormenta había pasado, el cielo estaba despejado y hacía frío. La disposición de la tierra volvía a ser racional. El riachuelo en el que se encontraba parecía normal y tendía hacia el suroeste, como debería. Pero había perdido el lago Surprise, como lo habían perdido muchos otros antes que él.

Medio día de viaje riachuelo abajo lo llevó al valle de un arroyo más grande que, según decidió, era el McQuestion. Allí cazó un alce y cada perro volvió a cargar con veinticinco kilos de carne. Al tomar una curva cauce abajo del McQuestion, tropezó con una senda para trineos. Las últimas nieves se habían amontonado encima, pero por debajo estaba bien pisoteada por los muchos viajes realizados. Llegó a la conclusión de que en el McQuestion se habían asentado dos campamentos y aquella era la senda que los unía. Evidentemente, habían encontrado Two Cabins y ese era el campamento inferior, así que continuó cauce abajo.

Esa noche, cuando acampó, había 40°C bajo cero y se quedó dormido preguntándose quiénes serían los hombres que habían redescubierto las dos cabañas de Two Cabins y si llegaría a ellas al día siguiente. Con las primeras luces del amanecer ya estaba en camino, siguiendo con facilidad la senda medio borrada y apisonando la nieve recién caída con sus raquetas para que los perros no se revolcaran.

Entonces se produjo lo inesperado. Cayó sobre él en una curva del río. Le pareció oír y sentir al mismo tiempo. El ruido del disparo

llegó desde la derecha y la bala, que atravesó las hombreras de su parka de dril y del abrigo de lana, le hizo describir medio giro debido a la fuerza de su impacto. Se balanceó sobre las raquetas de nieve enredadas para recuperar el equilibrio y oyó un segundo disparo. Esta vez el tiro falló por completo. No esperó más y se lanzó hacia la orilla, a unos treinta metros de distancia, en busca de la protección de los árboles. El rifle no dejó de disparar y, con desagrado, fue consciente de que un reguero de humedad cálida descendía por su espalda.

Ascendió el terraplén de la orilla con los perros tras él dando traspiés tras él y se ocultó entre los árboles y los matorrales. Se quitó las raquetas, se estiró cuan largo era y sacó con cuidado la cabeza para mirar. No se veía nada. Quienquiera que le hubiese disparado guardaba silencio y se ocultaba entre los árboles de la orilla opuesta.

—Si no ocurre algo pronto —murmuró al cabo de media hora—, tendré que escabullirme como sea y encender un fuego o aceptar que se me congelen los pies. Cara Amarilla, ¿qué haces tumbado en plena helada, cogelándote la sangre y con un hombre intentando dispararte?

Retrocedió unos pocos metros arrastrándose, pisoteó la nieve, bailó una giga que le devolvió la circulación a sus pies y logró resistir media hora más. Luego, procedente del cauce bajo del río, oyó el inconfundible cascabeleo de unos perros. Echó una ojeada y vio que un trineo tomaba la curva. Solo había un hombre, que manejaba la vara del trineo y animaba a los perros a avanzar. Smoke se sintió conmocionado, porque era el primer ser humano que veía desde que se había despedido de Shorty tres semanas atrás. Lo siguiente que hizo fue pensar en el potencial asesino que se ocultaba en la orilla de enfrente.

Sin quedar expuesto, Smoke soltó un silbido de advertencia. El hombre no lo oyó y continuó avanzando a toda prisa. Smoke silbó de nuevo, con más intensidad. El hombre hizo detener a los perros, y se había girado para mirar a Smoke cuando se oyó el disparo del rifle. Al instante siguiente, Smoke disparó hacia el bosque, en la dirección de la que había llegado el ruido del disparo. La primera bala había alcanzado al hombre del río. La sacudida de la bala de alta velocidad lo hizo tambalearse. Se acercó al trineo a

trompicones, casi cayéndose, y sacó un rifle de debajo de las correas. Luchaba por llevárselo al hombro cuando se dobló por la cintura y se deslizó lentamente hasta quedar sentado sobre el trineo. Luego, en el mismo momento en que su arma se disparó sin apuntar, cayó hacia atrás y sobre una esquina de la carga del trineo, de manera que Smoke solo podía ver sus piernas y su estómago.

Desde el cauce bajo del río le llegó el sonido de más cascabeles. El hombre no se movía. Tres trineos tomaron la curva, acompañados por media docena de hombres. Smoke gritó para advertirlos, pero ya habían visto la situación del primer trineo y corrían hacia él. De la orilla de enfrente no salieron más disparos y Smoke, llamando a sus perros para que lo siguieran, salió a terreno despejado. Los hombres dejaron escapar exclamaciones de sorpresa y dos de ellos se quitaron la manopla de la mano derecha y lo apuntaron con sus rifles.

—Ven aquí, maldito asesino —ordenó uno de ellos, que tenía una barba negra—. Y tira el arma a la nieve ahora mismo.

Smoke dudó, luego dejó caer el rifle y se acercó a ellos.

—Regístralo, Louis, y quítale todas las armas que lleve —ordenó el de la barba negra.

Louis era un *voyageur* [6] francocanadiense, decidió Smoke, al igual que cuatro de los otros. El registro solo reveló el cuchillo de caza de Smoke, del que se apropiaron.

—A ver, ¿qué tienes que decir, desconocido, antes de que te pegue un tiro y te mate? —preguntó el de la barba negra.

—Que te equivocas si crees que yo maté a ese hombre —respondió Smoke.

Uno de los *voyageurs* pegó un grito. Había continuado avanzando por el camino y encontrado las huellas de Smoke en el punto en el que lo había abandonado para refugiarse tras la orilla. El hombre explicó en qué consistía su hallazgo.

—¿Por qué mataste a Joe Kinade? —preguntó el de la barba negra.

—Te he dicho que yo no lo maté —empezó a contestar Smoke.

—Ah, ¿de qué sirve hablar? Te hemos pillado con las manos en la masa. Ahí delante está el punto donde abandonaste el camino al oírlo llegar. Te tumbaste entre los árboles y le tendiste una emboscada. Un tiro a corta distancia. No podías fallar. Pierre, vea

buscar el arma que ha tirado.

—Podríais dejarme contar lo que ocurrió —se quejó Smoke.

—Cállate —gruñó el hombre—. Tu arma nos contará la historia.

Todos los hombres examinaron el rifle de Smoke: expulsaron y contaron los cartuchos y estudiaron con atención la boca del cañón y la recámara.

—Un disparo —concluyó Barbanegra.

Pierre, con los orificios nasales temblorosos y dilatados como los de un ciervo, olisqueó la recámara.

—Y es muy reciente —dijo.

—La bala le entró por la espalda —intervino Smoke—. Me estaba mirando cuando recibió el tiro. Le dispararon desde la otra orilla.

Barbanegra meditó un segundo esa propuesta y negó con la cabeza.

—No. No me sirve. Dadle la vuelta para que mire a la otra orilla… así es como le disparaste por la espalda. Que alguno de vosotros revise el camino, a ver si hay huellas que se dirijan a la otra orilla.

La respuesta fue que en ese lado la nieve estaba virgen. Barbanegra se inclinó sobre el muerto y al enderezarse llevaba en la mano una bola de lana. La desgarró y en el centro encontró la bala que había atravesado el cuerpo. La punta se había extendido hasta alcanzar el tamaño de una moneda de medio dólar y la parte de atrás, en su camisa de acero, estaba intacta. La comparó con uno de los cartuchos que Smoke llevaba al cinto.

—Es una prueba más que suficiente para satisfacer a un ciego, desconocido. Esta bala es de punta blanda y camisa de acero. Las tuyas son de punta blanda y camisa de acero. Esta es del calibre 30-30. Las tuyas son del calibre 30-30. Esta ha sido fabricada por la J & T Arms Company. Las tuyas han sido fabricadas por la J & T Arms Company. Ahora acompáñame e iremos al otro lado de la orilla para ver cómo lo hiciste.

—A mí también me tendieron una emboscada —dijo Smoke—. Mira el agujero de mi parka.

Mientras Barbanegra lo examinaba, uno de los *voyageurs* abrió la recámara del arma del muerto. Quedó claro que la había disparado una vez. El cartucho vacío aún estaba allí.

—Una pena que el pobre Joe no te matara —dijo con amargura Barbanegra—. Aunque no lo hizo mal, teniendo en cuenta el tiro que llevaba encima. Vamos.

—Registrad antes la otra orilla —insistió Smoke.

—Cállate y deja que hablen los hechos.

Abandonaron el camino en el punto exacto en el que lo había abandonado él y siguieron su rastro a lo largo de la orilla y luego entre los árboles.

—Aquí bailó para conservar el calor en los pies —señaló Louis—. Ahí se arrastró boca abajo. Ahí apoyó el codo para disparar.

—¡A aquí está el cartucho vacío con el que lo mató! —descubrió Barbanegra—. Amigos, solo nos queda hacer una cosa.

—Podríais preguntarme por qué disparé —interrumpió Smoke.

—También podría hacer que te tragues los dientes si vuelves a meter baza. Ya responderás más adelante a las preguntas que te hagamos. Amigos, somos honrados, respetamos la ley y esto debemos manejarlo como es debido. ¿Cuánto crees que hemos recorrido, Pierre?

—Algo más de treinta kilómetros.

—Está bien. Almacenaremos el equipo y llevaremos al pobre Joe y a este hombre hasta Two Cabins. Creo que hemos visto suficiente y podremos testificar para que cuelgue de una soga.

Tres horas después de oscurecer, el muerto, Smoke y sus captores llegaron a Two Cabins. A la luz de las estrellas Smoke contó más de una docena de cabañas nuevas y arracimadas alrededor de una cabaña más grande y vieja que se alzaba en un llano junto a la orilla del río. Lo arrojaron al interior de la cabaña grande, que estaba ocupada por un joven gigante, su mujer y un anciano ciego. La mujer, a la que su esposo llamaba Lucy, era una criatura fornida, de las que suelen encontrarse en la frontera. El anciano según se enteraría Smoke más delante, había sido trampero en el río Stewart durante años y había perdido la vista por completo el invierno anterior. También se enteraría de que el campamento de Two Cabins lo había levantado el otoño anterior una docena de hombres llegados en varias bateas cargadas de provisiones. Allí, en el emplazamiento de Two Cabins, habían encontrado al trampero ciego y alrededor de su cabaña levantaron las demás. Otros, llegados posteriormente ablandando el hielo con traíllas de perros

habían triplicado la población. Contaban con carne de sobra y habían descubierto un yacimiento no excesivamente rico en el que estaban trabajando.

En el plazo de cinco minutos todos los hombres de Two Cabins se apiñaban en el interior de la cabaña. Smoke, obligado a quedarse en un rincón, ignorado o mal mirado, con las manos y los pies atados con tiras de piel de alce, observaba lo que ocurría. Contó treinta y ocho hombres, todos fornidos y violentos, todos colonizadores de Estados Unidos o *voyageurs* de la zona alta de Canadá. Sus captores contaron la historia una y otra vez en el centro de un grupo nervioso y muy enfadado. Se oyeron comentarios del tipo de: «¡Linchémoslo ahora mismo! ¿Por qué esperar?», y en una ocasión solo por la fuerza lograron evitar que un irlandés enorme se abalanzara contra el indefenso prisionero y le diese una paliza.

Mientras contaba a los presentes, Smoke entrevió un rostro familiar. Era Breck, el hombre cuya barca Smoke había cruzado entre los rápidos. Se preguntó por qué el otro no se acercaba a hablar con él, pero tampoco dio señales de reconocerlo. Más tarde, cuando Breck le guiñó un ojo disimulando para que los demás no lo vieran, Smoke comprendió.

Barbanegra, a quien Smoke había oído llamar Eli Harding, puso fin a la discusión sobre si debían linchar de inmediato al prisionero o no.

—¡Alto! —rugió—. No os emocionéis. Este hombre me pertenece. Yo lo atrapé y lo traje aquí. ¿Creéis que lo he traído hasta aquí para lincharlo? Ni de broma. Eso ya podía haberlo hecho yo cuando lo encontré. Lo he traído para garantizarle un juicio imparcial y por Dios que eso es lo que va a tener. Está bien atado y no hay peligro. Tiradlo sobre algún catre hasta mañana y celebraremos el juicio aquí mismo.

Smoke se despertó. Una corriente de aire con la rigidez de un carámbano taladraba el frontal de sus hombros porque se encontraba de lado y cara a la pared. Cuando lo habían atado al catre esa corriente no existía, por lo que el aire exterior, que se internaba en el ambiente caldeado de la cabaña con la presión de 45°C bajo cero, bastaba para indicar que alguien había retirado desde el exterior el musgo que cubría las grietas entre los troncos.

Se retorció tanto como se lo permitieron las ataduras y luego estiró el cuello hacia delante hasta que logró acercar los labios a la grieta.

—¿Quién es? —susurró.

—Breck —fue la respuesta casi inaudible—. Ten cuidado de no hacer ruido. Te voy a pasar un cuchillo.

—No sirve —dijo Smoke—. No podría usarlo. Tengo las manos atadas a la espalda y sujetas a la pata del catre. Además, no podrías pasar un cuchillo por esa grieta. Pero debemos hacer algo. Esos tipos tienen intención de colgarme y, por supuesto, tú sabes que yo no maté a ese hombre.

—No era necesario que lo mencionaras, Smoke. Y si lo hubieses hecho, tus razones habrías tenido. Pero no se trata de eso. Quiero sacarte de este lío. Estos hombres son muy duros, ya lo has visto. Están apartados del mundo y crean y hacen valer sus propias leyes a través de las asambleas mineras. Ya se han ocupado de dos hombres, ambos ladrones de comida. A uno lo expulsaron del campamento sin un gramo de comida y sin cerillas. Recorrió sesenta kilómetros y aguantó un par de días antes de congelarse. Hace dos semanas que expulsaron al segundo. Le dejaron elegir: cero comida o diez latigazos por cada ración diaria. Aguantó cuarenta latigazos antes de desmayarse. Ahora te tienen a ti y están convencidos de que mataste a Kinade.

—El hombre que mató a Kinade también me disparó a mí. Su bala me arrancó la piel del hombro. Consigue que retrasen el juicio hasta que alguien suba a registrar la orilla en la que se escondió el asesino.

—No servirá de nada. Aceptan las pruebas de Harding y los cinco franceses que iban con él. Además, aún no han ahorcado a nadie y están deseando hacerlo. Verás, la vida aquí es muy monótona y están hartos de buscar el lago Surprise. Salieron en varias estampidas al principio del invierno, pero ya se han cansado. El escorbuto empieza a hacer estragos entre ellos y tienen ganas de divertirse.

—Parece que se divertirán a mi costa —comentó Smoke—. Oye, Breck, ¿qué haces en medio de este grupo olvidado de Dios?

—Tras poner en marcha las concesiones del arroyo Squaw y contratar a varios hombres para explotarlas, llegué hasta aquí siguiendo el Stewart, en busca de Two Cabins. Ellos habían llegado

antes, así que continué rumbo al cauce alto del Stewart. Regresé ayer mismo porque me quedé sin comida.

—¿Encontraste algo?

No mucho. Pero creo que tengo una propuesta hidráulica que funcionará de maravilla cuando se abra la zona. Eso o un dragador de oro.

—Alto —interrumpió Smoke—. Espera un momento. Déjame pensar.

Era consciente de los ronquidos de los que dormían mientras perseguía la idea que se le había ocurrido de repente.

—Oye, Breck, ¿han abierto los paquetes de carne que llevaban mis perros? —preguntó.

—Un par de ellos. Yo estaba presente. Los han guardado en la despensa de Harding.

—¿Han encontrado algo?

—Carne.

—Bien. Tienes que abrir el paquete de lona marrón envuelto en piel de alce. Encontrarás unos pocos kilos de terrones de oro. Jamás has visto oro como ese en todo el país ni tú ni nadie más. Esto es lo que tienes que hacer. Escucha.

Breck se marchó un cuarto de hora después, totalmente instruido y quejándose de que tenía los dedos de los pies congelados. Smoke, con la nariz y una mejilla congeladas por su proximidad a la grieta, se las frotó contra la manta durante media hora antes de que el hormigueo y la quemazón de la circulación al recuperarse le garantizaran que no surgirían problemas.

—Lo tengo muy claro. No hay duda de que mató a Kidane. Anoche lo oímos todo. ¿De qué sirve darle más vueltas? Yo voto que es culpable.

Así dio comienzo el juicio de Smoke. El que hablaba, un hombretón desgarbado de Colorado, manifestó irritación e indignación cuando Harding desoyó su sugerencia, exigió que se siguiese el procedimiento normal y nombró a un tal Shunk Wilson juez y presidente de la reunión. La población de Two Cabins constituía el jurado y, tras alguna discusión, a Lucy, la mujer, se le negó el derecho a votar si Smoke era culpable o inocente.

Mientras todo eso ocurría, Smoke, aplastado en un rincón del catre, oyó una conversación susurrada entre Breck y un minero.

—¿No tienes veinticinco kilos de harina para vender? —preguntó Breck.

—Tú no tienes polvo de oro suficiente para pagar el precio que pido —fue la respuesta.

—Te doy doscientos dólares.

El hombre negó con la cabeza.

—Trescientos. Trescientos cincuenta.

Al final, el hombre acepto cuatrocientos y dijo:

—Ven a mi cabaña para pesar el polvo de oro.

Los dos se abrieron paso hasta la puerta y se escabulleron. Al cabo de unos minutos, Breck regresó solo.

Harding se encontraba testificando cuando Smoke vio que la puerta se abría ligeramente y en la rendija asomaba el rostro del hombre que había vendido la harina. Hacía señas y llamaba con insistencia a alguien que estaba dentro, quien se levantó del lugar que ocupaba cerca de la estufa y empezó a abrirse camino hacia la puerta.

—¿A dónde vas, Sam? —preguntó Shunk Wilson.

—Vuelvo enseguida —explicó Sam—. Tengo que irme.

A Smoke se le permitía interrogar a los testigos y estaba ocupándose de Harding cuando desde fuera les llegaron las quejas de unos perros enganchados y el chirrío y el estruendo de los patines de un trineo. Alguien que estaba junto a la puerta echó una ojeada.

—Son Sam, su socio y una traílla de perros tomando a una velocidad endiablada el camino del río Stewart —informó el hombre.

Nadie habló durante medio minuto, pero todos se miraron entre sí y una inquietud generalizada dominó la atestada habitación. De reojo, Smoke vio susurrar a Breck, Lucy y su marido.

—Vamos —le dijo Shunk Wilson a Smoke en tono seco—, acabe de una vez. Sabemos lo que intenta demostrar, que nadie registró la otra orilla. El testigo lo admite. Nosotros lo admitimos. No era necesario. No había huellas que llevasen a la otra orilla. La nieve estaba intacta.

—Pero, de todos modos, había un hombre en la otra orilla —insistió Smoke.

—Eso es mucho decir, joven. No somos tantos en el McQuestion

y sabemos dónde estábamos todos.

—¿Quién era el hombre que echaron del campamento hace dos semanas? —preguntó Smoke.

—Alonzo Miramar, mexicano. ¿Qué tiene que ver con esto ese ladrón de comida?

—Nada, excepto que no saben dónde estaba él, señor juez.

—Se fue río abajo, no cauce arriba.

—¿Cómo sabe hacia dónde se fue?

—Lo vi partir.

—¿Y eso es lo único que sabe sobre lo que le ocurrió?

—No, no solo eso, joven. Sé, como sabemos todos, que tenía comida para cuatro días y ningún arma con la que cazar. Si no llegó al asentamiento del Yukón, hace mucho que habrá cascado.

—Supongo que también saben dónde están todas las armas de esta parte del país —señaló Smoke directamente.

Shunk Wilson se enfadó.

—Tal y como me hace las preguntas, parece que el prisionero soy yo. Venga, pase al siguiente testigo. ¿Dónde está Louis *el Francés*?

Mientras Louis *el Francés* se acercaba, Lucy abrió la puerta.

—¿A dónde va? —gritó Shunk Wilson.

—Creo que no tengo por qué quedarme —respondió ella en tono desafiante—. No me dejáis votar y, además, mi cabaña está tan llena de gente que no puedo respirar.

Su marido la siguió a los pocos minutos. El ruido de la puerta al cerrarse fue el primer aviso de su partida que el juez recibió.

—¿Quién se ha ido? —preguntó, interrumpiendo la declaración de Pierre.

—Bill Peabody —contestó alguien—. Dijo que quería preguntarle una cosa a su mujer y que volvía ahora mismo.

En lugar de Bill, fue Lucy quien entró, se quitó las pieles y recuperó su lugar junto a la estufa.

—Creo que no es necesario escuchar al resto de los testigos —decidió Shunk Wilson cuando Pierre hubo terminado—. Sabemos que testificarán los mismos hechos que ya hemos escuchado. Oye, Sorenson, sal y trae de vuelta a Bill Peabody. Enseguida votaremos el veredicto. Y ahora, desconocido, puedes ponerte en pie y contar tu versión de lo que pasó. Mientras, haremos que pasen de mano en

mano los dos rifles, la munición y la bala asesina, así ahorraremos tiempo.

A mitad del relato de cómo había llegado a esa parte del territorio y en el momento en que describía la emboscada que había sufrido y su huida hacia la orilla, un indignado Shunk Wilson interrumpió a Smoke.

—Joven, ¿qué sentido tiene que testifique de esa forma? Está perdiendo un tiempo muy valioso. Claro que tiene derecho a mentir para salvar su cuello, pero no vamos a aguantar semejante tontería. El rifle, la munición y la bala que mató a Joe Kinade hablan en su contra. ¿Qué pasa ahí? ¡Que alguien abra la puerta!

El frío entró de golpe, tomando forma y consistencia en el calor de la habitación, mientras a través de la puerta abierta se oyeron los gañidos de unos perros, que perdían fuerza rápidamente al alejarse.

—Son Sorenson y Peabody —gritó alguien—. ¡Se lanzan río abajo sin dejar de usar el látigo!

—Pero ¿qué…? —se interrumpió Shunk Wilson con la boca abierta mirando a Lucy—. Creo que usted puede explicárnoslo, señora Peabody.

Ella negó con la cabeza y apretó los labios. La mirada airada y recelosa de Shunk Wilson avanzó y se detuvo en Breck.

—También creo que ese recién llegado con el que ha estado charlando podría explicarlo, si tuviera intención de hacerlo.

Breck, claramente incómodo, se convirtió en el centro de todas las miradas.

—Sam también estuvo hablando con él antes de salir corriendo —dijo alguien.

—Mire, señor Breck —continuó Wilson—, usted se ha dedicado a interrumpir este proceso y tendrá que explicarnos por qué. ¿De qué hablaba con la gente?

Breck se aclaró la garganta con timidez y contestó:

—Solo intentaba comprar comida.

—¿Con qué?

—Con polvo de oro, por supuesto.

—¿De dónde lo ha sacado?

Breck no contestó.

—Ha estado curioseando por el Stewart —comentó uno de los presentes—. Hace una semana, estando de caza, pasé por su

campamento. Y debo decir que se comportó con mucha reserva.

—El polvo no ha salido de allí —dijo Breck—. Eso solo es una propuesta hidráulica de baja calidad.

—Traiga aquí su bolsa y veamos ese oro —ordenó Wilson.

—Ya le he dicho que no viene de allí.

—Quiero verlo igual.

Breck hizo ademán de negarse, pero estaba rodeado de rostros amenazadores. De mala gana, metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Al sacar de él una lata de pimienta un objeto sólido repiqueteó en su interior.

—¡Vacíela! —atronó Shunk Wilson.

De la lata salió la enorme pepita, del tamaño de un puño y de un amarillo como el de ningún oro visto antes por cualquiera de los presentes. Shunk Wilson lanzó un grito ahogado. Media docena de hombres, tras echarle una ojeada al oro, salieron corriendo hacia la puerta. La alcanzaron al mismo tiempo y, entre maldiciones y peleas, se atascaron y la cruzaron en masa. El juez vació el contenido de la lata de pimienta sobre la mesa y la visión de los terrones de oro logró que otra media docena corriera hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Eli Harding al tiempo que Shunk se ponía en marcha.

—A por mis perros, claro.

—¿No piensas colgarlo?

—Ahora me llevaría demasiado tiempo. Tendrá que esperar a que volvamos, así que se levanta la sesión. Este no es momento para entretenerse.

Harding dudó. Miró a Smoke con saña, vio a Pierre llamando por señas a Louis desde la puerta, le echó un último vistazo al oro que había sobre la mesa y se decidió.

—No te servirá de nada intentar escapar —le dijo a Smoke por encima del hombro al irse—. Además, me llevo a tus perros prestados.

—¿Qué pasa? ¿Otra condenada estampida? —preguntó el viejo trampero ciego en un falsete extraño e irritado, a la vez que los gritos de los hombres y los perros y el chirriar de los trineos barrían el silencio de la habitación.

—Sin duda —respondió Lucy—. Y nunca he visto oro como este.

Tócalo, anciano.

Le puso la pepita en la mano. Él mostró poco interés.

—Este era un buen territorio de caza —se quejó—, antes de que llegasen los malditos mineros y espantasen a todos los animales.

Se abrió la puerta y entró Breck.

—Bueno —dijo—, en el campamento solo quedamos nosotros cuatro. Por el atajo que abrí hay sesenta y cinco kilómetros hasta el Stewart, y el más rápido no logrará Hacer el viaje de ida y vuelta en menos de cinco o seis días. Aun así, Smoke, será mejor que te marches ya.

Breck cortó las ataduras del otro con su cuchillo de caza y miró a la mujer.

—Espero que no se oponga —le dijo con educación.

—Por mí no se preocupe —contestó Lucy—. Si no valgo para colgar a un hombre, tampoco valgo para retenerlo.

Smoke se puso en pie al tiempo que se frotaba las muñecas donde las ataduras habían dificultado la circulación.

—Tengo una mochila preparada para ti —le dijo Breck—. Comida para diez días, mantas, cerillas, tabaco, un hacha y un rifle.

—En marcha —lo animó Lucy—. Vete lejos, desconocido, y date tanta prisa como puedas.

—Voy a comer en condiciones antes de partir —dijo Smoke—. Y cuando me vaya lo haré cauce arriba del McQuestion, no cauce abajo. Quiero registrar la otra orilla en busca del responsable de esa muerte.

—Hazme caso y vete cauce abajo del Stewart y el Yukón —objetó Breck—. Cuando todos estos regresen, vendrán hechos una furia.

Smoke se rio y negó con la cabeza.

—No puedo abandonar para siempre este territorio, Breck. Tengo intereses en la zona. He encontrado el lago Surprise. De ahí procede ese oro. Además, se han llevado mis perros y he de esperar para recuperarlos. Sé bien lo que hago. Había un hombre escondido en esa orilla. Estuvo a punto de vaciar su cargador sobre mí.

Media hora después, con un plato enorme de carne de alce y una buena taza de café ante él, Smoke hizo ademán de levantarse de su silla. Había sido el primero en oír el ruido. Lucy abrió la puerta.

—Hola, Spike. Hola, Methody —saludó a los dos hombres

cubiertos de escarcha que se inclinaban sobre la carga de su trineo.

—Venimos desde el campamento superior —dijo uno mientras ambos entraban tambaleándose y manipulaban un objeto envuelto en pieles al que trataban con mucho cuidado—. Esto es lo que encontramos por el camino. Creo que no tiene remedio.

—Tumbadlo en ese catre de ahí atrás —dijo Lucy.

Se inclinó y apartó las pieles, dejando al descubierto un rostro compuesto principalmente por unos ojos negros y enormes, de mirada fija, y por una piel oscura y llena de postillas debido a recurrentes procesos de congelación, tensa y muy estirada sobre los huesos.

—¡Pero si es Alonzo! —exclamó—. ¡Pobre diablo muerto de hambre!

—Es el hombre de la otra orilla —dijo Smoke en voz baja a Breck.

—Lo encontramos desvalijando una despensa que Harding había hecho —explicó uno de los hombres—. Estaba comiendo harina cruda y beicon congelado. Cuando lo atrapamos gritaba y chillaba como un cerdo. ¡Miradlo! Está muerto de hambre y casi congelado. La palmará en cualquier momento.

Media hora después, tras haber cubierto el rostro de aquella figura inmóvil con las pieles, Smoke le dijo a Lucy:

—Si no le importa, señora Peabody, me tomaría otro pedazo de esa carne. Prepáremelo grueso y poco hecho. Soy un comedor de carne.

[1911]

La carrera por la Número Tres

JA! ¡MÍRALO, VESTIDO de gala!

Shorty observó a su socio simulando desaprobación y Smoke, intentando en vano borrar las arrugas de los pantalones que acababa de ponerse, se sintió molesto.

—Te queda muy bien para ser de segunda mano —continuó Shorty—. ¿Cuánto te clavaron?

—Ciento cincuenta por el traje —respondió Smoke—. El hombre era casi de mi talla. Me pareció un precio razonable. ¿A dónde quieres ir a parar?

—¿Quién? ¿Yo? A ninguna parte. Estaba pensando que has gastado lo tuyo para ser un comedor de carne que llegó a Dawson en plena temporada de barreras de hielo, sin comida, con solo una muda de ropa interior, un par de mocasines raídos y un pantalón de peto que parecía haber pasado por el naufragio del *Hesperus*. Ahora

pareces otro, socio, ¿no?

—¿Qué quieres? —preguntó Smoke en tono irritado.

—¿Cómo se llama ella?

—No hay ella que valga, amigo. Voy a comer a casa del coronel Bowie, si tanto te interesa. Tu problema, Shorty, es que tienes envidia porque voy a codearme con la alta sociedad y a ti no te han invitado.

—¿No vas tarde? —inquirió Shorty.

—¿A qué te refieres?

—Para comer. Cuando llegues, ya estarán con la cena.

Smoke estaba a punto de explicarse utilizando un sarcasmo detallado cuando se fijó en que al otro le hacían chiribitas los ojos. Continuó vistiéndose y, con unos dedos que habían perdido la destreza, anudó la corbata de lazo sobre el cuello de su camisa de algodón fino.

—Ojalá no hubiese enviado todas mis camisas almidonadas a la lavandería —comentó Shorty en tono simpático—. Podría habértelas prestado.

Para entonces Smoke se peleaba con un par de zapatos. Los calcetines de lana eran demasiado gruesos y no cabían. Le dedicó una mirada suplicante a Shorty, quien negó con la cabeza.

—No. Aunque tuviera calcetines finos no te los prestaría. Vuelve a los mocasines socio. Con ese equipo nuevo y tan poca cosa te congelarías los dedos de los pies.

—Pagué quince dólares por ellos, de segunda mano —se lamentó Smoke.

—No creo que haya ni un solo hombre que no lleve mocasines.

—Pero habrá mujeres, Shorty. Voy a sentarme a comer con mujeres de verdad, vivítas y coleando. Estarán la señora Bowie y algunas más. Eso me dijo el coronel.

—Pues los mocasines no les quitarán el apetito —comentó Shorty—. ¿Qué querrá de ti el coronel?

—No lo sé, a menos que se haya enterado de que encontré el lago Surprise. Drenarlo costará una fortuna y los Guggenheim buscan dónde invertir.

—Seguramente es eso. Bien hecho, ve con mocasines. ¡Jo! Esa chaqueta está muy arrugada y te aprieta un poco. Picotea sin ganas. Como comas mucho te estalla. Y si a las mujeres les da por dejar

caer sus pañuelos, tú no te inmutes. No se te ocurra recogerlos. Puedes hacer lo que quieras menos eso.

Como correspondía a un experto bien retribuido y representante de la gran casa Guggenheim, el coronel Bowie habitaba una de las cabañas más espléndidas de Dawson. Allí, Smoke conoció a los elegidos sociales, no a los simples millonarios de pico y pala, sino a la verdadera crema y nata de una ciudad minera, cuya población había sido reclutada en todo el mundo; hombres como Warburton Jones, el explorador y escritor; el capitán Consadine, de la Policía Montada; Haskell, comisario del oro del Territorio Noroeste; y el barón Von Schroeder, valido de un emperador y poseedor de una reputación de duelista internacional. Y allí, deslumbrante en traje de noche, se encontró con Joy Gastell, a la que hasta entonces solo se había encontrado en el camino, cubierta de pieles y calzada con mocasines. Durante la cena le tocó sentarse a su lado.

—Me siento como pez fuera del agua —confesó—. Aquí todos sois grandiosos. Además, jamás imaginé que en el Klondike pudiese existir este lujo oriental. Mira a Von Schroeder: va de esmoquin, y Consadine lleva la camisa almidonada. Eso sí, me he fijado en que es fiel a los mocasines. ¿Qué te parece mi atuendo?

Movió los hombros como si se pavoneara, en busca de la aprobación de Joy.

—Parece que te has vuelto más corpulento desde que cruzaste el paso —se rio ella.

—No. A ver si aciertas.

—Es de otra persona.

—Has acertado. Se lo compré a uno de los oficinistas de la Compañía AC.

—Es una pena que los oficinistas tengan los hombros tan estrechos —se compadeció ella—. Pero no me has dicho qué te parece mi modelo.

—No puedo —respondió él—. No tengo palabras. Llevo demasiado tiempo en el camino. Esta clase de asuntos me dejan boquiabierto. Había olvidado que las mujeres tienen brazos y hombros. Mañana por la mañana me despertaré y sabré que todo ha sido un sueño, como dice mi amigo Shorty. La última vez que te vi, en el arroyo Squaw…

—Parecía una india…

—No era mi intención decir eso. Me estaba acordando de que fue en el arroyo Squaw donde descubrí que tenías pies.

—Y yo jamás olvidaré que tú me los salvaste —dijo Joy—. Desde entonces he querido verte para darte las gracias. —Él se encogió de hombros, quitándole importancia al asunto—. Por eso estás aquí esta noche.

—¿Tú le pediste al coronel que me invitara?

—No, a la señora Bowie. También le pedí que me sentara a tu lado en la mesa. Y esta es mi oportunidad. Todo el mundo está hablando. Escúchame, ¿conoces el arroyo Mono?

—Sí.

—Ha resultado ser muy rico, increíblemente rico. Calculan que las concesiones valen un millón o más cada una. Lo ubicaron hace poco.

—Recuerdo la estampida.

—Delimitaron todo el arroyo hasta el horizonte, además de todos sus afluentes. Sin embargo, ahora mismo, la concesión Número Tres por debajo del punto de descubrimiento en el cauce principal está sin registrar. El arroyo quedaba tan lejos de Dawson que el comisario concedió sesenta días para registrar las concesiones tras la ubicación. Todas han quedado registradas, excepto la Número Tres por abajo. La delimitó Cyrus Johnson. Y no hubo más. Cyrus Johnson ha desaparecido y su plazo para registrarla terminará dentro de seis días. Entonces el hombre que la delimite, llegue a Dawson primero y la registre, se la queda.

—Un millón de dólares —murmuró Smoke.

—Gilchrist, que tiene la siguiente concesión por abajo ha sacado seiscientos dólares en una única batea de lecho rocoso. Ha derretido el hielo para abrir un hoyo de prueba. Y la concesión del otro lado aún es más rica. Lo sé bien.

—¿Y cómo es que no lo sabe todo el mundo? —preguntó Smoke en todo escéptico.

—Empieza a saberse. Lo han mantenido en secreto durante mucho tiempo y ahora empieza a oírse el rumor. Dentro de veinticuatro horas las buenas traíllas de perros aumentarán de precio. Tienes que irte tan amablemente como te sea posible en cuanto termine la cena. Lo tengo todo preparado. Vendrá un indio a entregarte un mensaje. Lo lees, haces ver que estás muy disgustado,

te disculpas y te marchas.

—Yo… no te sigo.

¡Tonto! —exclamó ella en susurros—. Lo que tienes que hacer es irte esta noche y agenciarte unas buenas traíllas de perros. Yo sé dónde hay dos. Una es la de Hanson, formada por siete enormes perros de la bahía de Hudson, por la que pide cuatrocientos dólares por cabeza. Esta noche es un precio alto, pero mañana no lo será. Y Charley el de Sitka tiene ocho malamutes por los que pide tres mil quinientos. Mañana se reirá d quien le ofrezca cinco mil. Además, tienes tu propia traílla. Aunque tendrás que comprar varias más. Ese es tu trabajo para esta noche. Consigue las mejores. Esta carrera la ganarán los perros tanto como los hombres. Son ciento ochenta kilómetros y tendrás que relevarlos con tanta frecuencia como puedas.

—Ah, ya veo, quieres que intente registrarla —dijo Smoke, arrastrando las palabras.

—Si no tienes dinero para los perros, yo… —Joy titubeó, pero antes de que pudiera continuar, Smoke intervino.

—Puedo comprar los perros. Pero ¿no tienes miedo de que sea mucho arriesgar?

—¿Me lo dices después de tus proezas con la ruleta en el Elkhorn? —respondió ella—. No me da miedo que tengas miedo. Es una propuesta por la que hay que luchar no es fácil, si es a eso a lo que te refieres. Una carrera para ganar un millón en la que te enfrentarás a algunos de los guías de perros y viajeros más duros del territorio. Aún no se han apuntado, pero mañana a estas horas ya lo habrán hecho y los perros valdrán lo que puedan pagar los más ricos. Olaf *el Grande* está en la ciudad. Llegó el mes pasado desde Circle City. Es uno de los guías de perros más impresionantes del país y si se apunta será el contendiente más peligroso. Otro es Bill el de Arizona. Ha sido transportista y repartidor de correo profesional durante muchos años. Si se apunta, todo el interés se centrará en él y en Olaf *el Grande*.

—¿Y tú pretendes que yo sea una especie de tapado?

—Exacto. Eso tendrá sus ventajas. Nadie pensará que tienes posibilidades. Al fin y al cabo, aún te tienen por *chechaquo*. No has pasado aquí las cuatro estaciones. Nadie se fijará en ti hasta que llegues a la recta final en cabeza.

—Es en la recta final donde el tapado debe mostrar su elegancia, ¿no es así?

Ella asintió y continuó diciendo, muy seria:

—Recuerda que nunca me perdonaré a mí misma la jugada que os hice en la estampida del arroyo Squaw si no consigues la concesión de Mono. Y si hay alguien que pueda ganar esa carrera contra los veteranos, ese alguien eres tú.

Fue la forma en que lo dijo. Le hizo sentir una oleada de calor, tanto en el corazón como en la cabeza. Le dedicó a Joy una mirada rápida y escrutadora, seria e involuntaria, y durante el momento en el que los ojos de ella se clavaron en los suyos antes de bajar la mirada, a Smoke le pareció que en ellos leía algo muchísimo más importante que la concesión que Cyrus Johnson no había llegado a registrar.

—Lo haré —dijo—. La ganaré.

La felicidad que asomó a los ojos de ella pareció prometer una recompensa mucho mayor que todo el oro de la concesión en juego. Percibió que la joven movía la mano sobre el regazo. Bajo la protección del mantel, él extendió su mano y sintió el fuerte apretón que los dedos de ella le concedieron y que le provocó otra oleada de calor.

«¿Qué dirá Shorty?», fue la idea que cruzó como un destello su mente al tiempo que retiraba la mano. Observó casi con celos los rostros de Von Schroeder y Jones y se preguntó si no habrían adivinado lo excepcional y deliciosa que era la mujer que tenía a su lado.

La voz de ella lo hizo volver en sí y darse cuenta de que llevaba unos minutos hablándole.

—Porque verás, Bill el de Arizona es un indio blanco —le decía—. Y Olaf *el Grande* es capaz de luchar cuerpo a cuerpo con un oso, es un rey de las nieves, un verdadero salvaje. Puede viajar durante más tiempo que un indio y resistir mejor. Nunca ha conocido más vida que la del hielo y las vastas extensiones de nieve.

—¿De quién habla? —intervino el capitán Consadine desde el otro lado de la mesa.

—De Olaf *el Grande* —contestó ella—. Le contaba al señor Bellew lo buen viajero que es.

—Y tiene razón —atronó la voz del capitán—. Olaf *el Grande* es

el mejor viajero del Yukon. Yo apostaría por él incluso contra el mismo diablo si se trata de abrir camino en la nieve y viajar sobre el hielo. Fue él quien nos trajo los envíos del Gobierno en 1895, y lo hizo después de que dos correos se congelaran en el paso Chilkoot y el tercero se ahogara en las aguas abiertas de Thirty Mile.

SMOKE VIAJÓ hasta el arroyo Mono a un ritmo pausado, por miedo a que los perros se cansaran antes de la gran carrera. Además, se familiarizó con todo el trazado del camino y situó sus campamentos de relevo. Se habían apuntado tantos hombres a la carrera que los ciento ochenta kilómetros de su curso parecían una población continua. En todas partes había campamentos de relevo. Von Schroeder, que lo hacía por pasárselo bien, no contaba con menos de doce traíllas: una fresca cada quince kilómetros. Bill el de Arizona se había visto obligado a contentarse con ocho. Olaf *el Grande* tenía siete, las mismas con las que contaba Smoke. Por si eso fuera poco, a la carrera se habían apuntado cuarenta y pico hombres más. No todos los días, ni siquiera en el norte repleto de oro, el premio por una carrera de perros era un millón de dólares. No quedaban perros en todo el territorio y sus precios se habían cuadruplicado debido a una frenética especulación.

La Número Tres por debajo del punto de descubrimiento quedaba a quince kilómetros cauce arriba del arroyo Mono desde su desembocadura. Los ciento sesenta y cinco kilómetros restantes debían correrlos sobre el seno helado del Yukón. En la Número Tres había cincuenta tiendas y más de trescientos perros. Las viejas estacas, situadas y garabateadas sesenta días antes por Cyrus Johnson, continuaban en pie y todos los hombres habían cruzado una y otra vez los límites de la concesión, porque la carrera con los perros iría precedida por una carrera de obstáculos a pie. Cada hombre debía reubicar la concesión, lo que implicaba situar dos estacas centrales y cuatro en las esquinas y cruzar el arroyo dos veces antes de poder partir hacia Dawson con los perros.

Además, no habría «madrugadores». La concesión no quedaba libre para su reubicación antes de la medianoche del viernes y hasta ese mismo instante nadie podría colocar una estaca. Esas normas las había establecido el comisario del oro de Dawson y el capitán Consadine había enviado una brigada de policías montados para

asegurarse de que todos las cumplieran. Habían surgido discusiones por la diferencia entre la hora solar y la hora de la Policía, pero Consadine decretó que lo que importaba era la hora que llevaba la Policía y, además, en concreto, la hora que marcaba el reloj del teniente Pollock.

La senda del Mono corría a la altura del lecho del arroyo, medía unos cincuenta centímetros de ancho y era como un surco, cercada a cada lado por las nieves caídas durante meses. A todo el mundo le preocupaba el problema de cómo podrían empezar a competir cuarenta y muchos trineos y trescientos perros en una senda tan estrecha.

—¡Ja! —dijo Shorty—. Va a ser la confusión más completa de la historia. No veo más salida, Smoke, que pelearse, sudar y abrirse camino. Aunque todo el arroyo estuviese cubierto de un hielo fulgurante, tampoco habría espacio para más de una docena de traíllas a la vez. Tengo la corazonada de que va a haber muchas bofetadas antes de que consigan separarse los unos de los otros. Y si eso ocurre a nuestro alrededor, tienes que dejar que me ocupe yo de repartir los puñetazos.

Smoke se puso recto y se rio sin comprometerse.

—¡No, de eso nada! —gritó alarmado su socio—. Pase lo que pase, ni se te ocurra pelear. No podrías dirigir a los perros durante más de ciento cincuenta kilómetros con un nudillo roto, que es lo que ocurrirá si los hundes en la mandíbula de algún tipo.

Smoke asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Shorty. No puedo arriesgarme.

—Y recuerda —continuó Shorty— que yo tengo que hacer el esfuerzo de empujar durante los primeros quince kilómetros mientras tú te lo tomas con la mayor calma posible. Me ocuparé de que llegues al Yukón. Después ya es cosa tuya y de los perros. Oye, ¿cuál crees que será el plan de Schroeder? Tiene la primera traílla a cuatrocientos metros arroyo abajo y la reconocerá gracias a un farol verde. Pero lo vamos a superar. Yo siempre he preferido una llamarada roja.

El día había sido frío y despejado, pero una capa de nubes había cubierto el cielo y la noche llegó cálida y oscura, con la promesa de una nevada inminente. El termómetro marcaba 25°C bajo cero y esa temperatura en el invierno del Klondike se considera muy cálida.

Unos pocos minutos antes de la medianoche, tras dejar a Shorty con los perros a quinientos metros arroyo abajo, Smoke se reunió con los corredores en la Número Tres. Había cuarenta y cinco hombres esperando la señal de comienzo para intentar hacerse con el millón de dólares que Cyrus Johnson había dejado entre la gravilla helada. Cada hombre llevaba seis estacas y un pesado mazo de madera y se envolvía en una parka de dril de algodón muy grueso y con forma de blusón.

El teniente Pollock, con un enorme abrigo de piel de oso, consultó su reloj a la luz de una hoguera. Faltaba un minuto para la medianoche.

—¡Preparaos! —dijo al tiempo que levantaba un revólver en la mano derecha y observaba el movimiento del segundero.

Cuarenta y cinco capuchas fueron echadas hacia atrás, cuarenta y cinco pares de manos se vieron libres de las manoplas y cuarenta y cinco pares de mocasines pisaron con fuerza la nieve compacta. Además, cuarenta y cinco estacas quedaron clavadas en la nieve y el mismo número de mazos alzados en el aire.

Sonó el disparo y cayeron los mazos. El derecho al millón de Cyrus Johnson había expirado.

Smoke clavó su estaca y corrió entre los doce primeros. En las esquinas habían encendido hogueras y junto a cada una de ellas aguardaba un policía con una lista en la mano para ir tachando los nombres de los corredores. Cada participante debía decir su nombre en voz alta y mostrar su rostro. No querían que nadie estacase por poderes mientras el verdadero corredor huía arroyo abajo antes de tiempo.

En la primera esquina, Von Schroeder clavó su estaca junto a la de Smoke. Los mazos golpearon al mismo tiempo. Mientras lo hacían, llegaron más por detrás, con semejante ímpetu que se incordiaban los unos a los otros, tropezaban y empujaban. Mientras se escabullía de aquel lío y daba su nombre al policía, Smoke vio al barón chocar con uno de los corredores y caer al suelo. Pero Smoke no esperó. Había otros que iban por delante de él. A la luz menguante de la hoguera le pareció percibir la gigantesca espalda de Olaf *el Grande* y, en la esquina suroeste, Olaf *el Grande* y él clavaron la estaca al mismo tiempo.

La carrera de obstáculos preliminar no resultó nada sencilla. Los

límites de la concesión sumaban un total de kilómetro y medio, casi todo sobre la superficie irregular de un llano cubierto de piedras redondeadas, a su vez tapadas por la nieve. Alrededor de Smoke los hombres tropezaban y caían, y en varias ocasiones él mismo se vio impulsado hacia delante y aterrizó a cuatro patas. Olaf *el Grande* se cayó una vez delante de él, tan cerca que Smoke no pudo esquivarlo y acabó encima de él.

La estaca central superior se clavaba junto al terraplén de la orilla y los corredores se lanzaban luego terraplén abajo, cruzaban el lecho helado del arroyo y ascendían el otro terraplén. Allí, mientras Smoke trepaba, una mano lo agarró del tobillo y lo obligó a retroceder. Bajo la luz parpadeante de una hoguera lejana le resultó imposible ver quién había sido. Pero Bill el de Arizona, tratado de la misma forma, se puso en pie y hundió el puño en el rostro del culpable. Smoke lo vio y oyó el crujido mientras luchaba por ponerse en pie, pero antes de que lograra lanzarse de nuevo terraplén arriba, un puñetazo lo dejó medio atontado sobre la nieve. Se levantó como pudo, localizó al hombre, hizo ademán de lanzarle un gancho a la mandíbula, recordó la advertencia de Shorty y se contuvo. Al instante, golpeado en las rodillas por un cuerpo que pasaba zumbando, volvió a caer.

Era un anticipo de lo que ocurriría cuando los hombres llegasen a los trineos. Los corredores brotaban en masa por encima del otro terraplén y se unían al atasco. Ascendían el terraplén de la orilla en grupos y en grupos se veían arrastrados por sus impacientes compañeros. Se pegaban más puñetazos, se escapaban maldiciones de los pechos jadeantes de quienes aún tenían fuerzas para hablar y Smoke, que curiosamente no dejaba de ver el rostro de Joy Gastell, tenía la esperanza de que los mazos no entra, sen en juego. Derribado, pisoteado, tanteando en la nieve para encontrar sus estacas perdidas, por fin había logrado apartarse de aquella muchedumbre y atacar el ascenso de la orilla un poco más adelante. Otros también lo hacían y tuvo la suerte de que muchos hombres le llevasen ventaja en la carrera hacia la esquina noroeste.

Al alcanzar la cuarta esquina tropezó y, mientras caía hacia delante, perdió la estaca que le quedaba. Tanteó en la oscuridad durante cinco minutos antes de encontrarla y durante ese tiempo los corredores, sin dejar de jadear, lo fueron adelantando. Desde la

última esquina hasta el arroyo comenzó a adelantar a los corredores para los que la carrera de kilómetro y medio había sido demasiado. En el arroyo se había armado un buen jaleo. Una docena de trineos se apilaban volcados y casi cien perros habían entablado batalla. En medio del lío, los hombres luchaban, tirando de los perros para desenredarlos o separándolos a palos.

Dejando atrás el tramo saturado, saltó desde el terraplén, alcanzó la parte pisada de la senda de los trineos y mejoró su tiempo. Allí, en refugios atestados y abiertos junto al camino, hombres y trineos aguardaban a los corredores que aún no habían llegado. A su espalda, Smoke oyó las quejas de unos perros y tuvo el tiempo justo de apartarse de un salto y caer sobre la nieve virgen. Un trineo pasó volando y pudo ver al hombre que iba arrodillado sobre él y que gritaba como un poseso. Acababa de pasar cuando se detuvo en medio de un estruendo enorme. Los perros alterados de uno de los trineos que aguardaba refugiado, enfadados porque otros animales los adelantaban, se habían rebelado y saltado sobre ellos.

Smoke se metió entre la nieve para rodearlos y dejarlos atrás. Veía el farol verde de Schroeder y, un poco más allá, la llamarada roja que marcaba a su propia traílla. Dos hombres se ocupaban de los perros de Von Schroeder, con dos garrotes cortos interpuestos entre ellos y el camino.

—¡Vamos, Smoke! ¡Vamos, Smoke! —oyó a Shorty llamarlo, impaciente.

—¡Ya voy! —gritó como pudo.

A la luz de la llamarada roja vio la nieve levantada, pisoteada, y por la forma en que respiraba su socio supo que allí se había luchado una buena batalla. Se tambaleó hasta llegar al trineo y, en el momento en que caía sobre él, el látigo de Shorty restalló y a él se le oyó decir:

—¡Corred, demonios! ¡Corred!

Los perros saltaron al camino y el trineo arrancó bruscamente. Eran animales grandes —la famosa traílla de perros de la bahía de Hudson que le había vendido Hanson—. Smoke los había escogido para la primera etapa, que incluía los quince kilómetros de Mono el complicado atajo a través del llano de la desembocadura y los quince primeas kilómetros del tramo del Yukón.

—¿Cuántos van por delante? —preguntó.

—Cállate y ahorra energía —respondió Shorty—. ¡Vamos, bestias! ¡Corred! ¡Corred!

Corría detrás del trineo, agarrado a una cuerda corta. Smoke no lo veía. Tampoco podía ver el trineo sobre el que iba tumbado cuan largo era. Las hogueras habían quedado atrás y cruzaban un muro de tinieblas a la máxima velocidad que los perros eran capaces de alcanzar. Esa oscuridad casi resultaba pegajosa, tal era su consistencia.

Smoke sintió que el trineo se inclinaba sobre un patín al tomar una curva invisible y desde delante le llegaron los gruñidos de los animales y los juramentos de los hombres Aquello sería conocido más tarde como el atasco Barnes-Slocum. Fueron las traíllas de esos dos hombres las que primero colisionaron y contra ese lío, a toda velocidad, se amontonaron los siete enormes luchadores de Smoke. El revuelo de aquella noche en el arroyo Mono había provocado ganas de pelea entre los perros, todos ellos poco más que lobos semidomesticados. Como los perros del Klondike se manejaban sin riendas y resultaba imposible frenarlos si no era con la voz, no había forma de detener aquella saturación de luchas que se apilaban entre los estrechos bordes del arroyo. Desde atrás, trineo tras trineo se sumaban a la confusión. Los hombres que casi habían logrado liberar a sus traíllas se veían superados por nuevas avalanchas de perros, todos bien alimentados, descansados y dispuestos a pelearse.

—¡Hay que golpear, sacar a los perros a rastras y abrirse camino por la nieve virgen! —gritó Shorty al oído de su socio—. ¡Y cuidado con tus nudillos! Tú saca a los perros y deja que de los puñetazos me ocupe yo.

Smoke nunca pudo recordar con claridad lo que ocurrió durante la siguiente media hora. Al final, salió de allí agotado, sin aliento, con la mandíbula afectada por un puñetazo, el hombro dolorido a causa de un garrotazo, una pierna sangrando debido al mordisco de un perro y ambas mangas de la parka hechas pedazos. Como un sueño, mientras la pelea continuaba a su espalda, ayudó a Shorty a volver a enganchar a los perros. Tuvieron que sacar a uno de los tirantes porque se moría y en la oscuridad repararon a tientas el arnés afectado.

—Ahora túmbate y recupera energías —ordenó Shorty.

Los perros alcanzaron velocidad a oscuras y, sin desfallecer un solo instante, recorrieron lo que quedaba del cauce del arroyo Mono, cruzaron el largo atajo y llegaron al Yukon. Allí, en el cruce con la senda del gran río, alguien había encendido una hoguera y allí fue donde Shorty se despidió. A la luz de la hoguera, mientras el trineo saltaba siguiendo a los perros, que volaban, Smoke pudo presenciar otra de las imágenes inolvidables de la Región Septentrional. Era Shorty, avanzando entre la nieve a duras penas, cojo, despidiéndose a gritos sin dejar de animarlo, con un ojo morado y cerrado, los nudillos magullados, rotos, y un brazo desgarrado por los colmillos, del que manaba una buena cantidad de sangre.

—¿Cuántos van delante? —preguntó Smoke al dejar a sus agotados perros de la bahía de Hudson y saltar al trineo que lo esperaba en el primer punto de relevo.

—Yo he contado once —le gritó el hombre, porque ya se alejaba tras los perros.

La siguiente etapa constaba de veinticinco kilómetros que lo llevarían a la desembocadura del río White. Los perros eran nueve, pero formaban la más débil de sus traíllas. Los cuarenta kilómetros que separaban el río White de Sixty Mile los había dividido en dos etapas debido a las barreras de hielo y allí lo aguardaban dos de sus traíllas más duras y fuertes.

Iba tumbado en el trineo a toda velocidad, boca abajo, agarrándose con las dos manos. Si los perros bajaban mínimamente el ritmo, se ponía de rodillas y, dando órdenes a gritos, precariamente aferrado con solo una mano, utilizaba el látigo. A pesar de ser su traílla más débil, adelantó a dos trineos antes de llegar al río White. Allí, en el momento de congelarse, se había formado una barrera que permitió que el agua se convirtiera en una capa de hielo sin obstáculos durante casi un kilómetro. Esa superficie lisa posibilitaba a los corredores intercambiar trineos a la velocidad del rayo y continuar camino hasta sus siguientes relevos tras las barreras.

Al pasar la barrera y salir a la superficie lisa, Smoke empezó a correr y a gritan «¡Billy! ¡Billy!».

Billy lo oyó y respondió y, a la luz de las muchas hogueras, Smoke vio que un trineo se apartaba del margen y se ponía a su

lado. Los perros estaban frescos y en cualquier momento adelantarían a los suyos. Al tiempo que los trineos giraban bruscamente uno hacia el otro, Smoke saltó y Billy hizo lo propio.

—¿Dónde está Olaf *el Grande*? —gritó Smoke.

—¡En cabeza! —respondió la voz de Billy. Atrás quedaron las hogueras y Smoke volvió a volar en medio de una oscuridad completa.

En las barreras de ese relevo, donde el camino cruzaba un caos de bloques de hielo en vertical y donde Smoke se bajó del trineo por delante y, usando una cuerda para tirar, trabajó duramente por detrás del perro rueda, adelantó a otros tres trineos. Habían sufrido algún accidente y oyó a los hombres cortar tirantes y arreglar arneses.

Entre las barreras del siguiente relevo corto, que llevaba a Sixty Mile, adelantó dos trineos más. Por si tenía dudas de lo que les había ocurrido, uno de sus propios perros se torció un hombro, fue incapaz de aguantar el ritmo y se vio arrastrado en el arnés. Sus compañeros de traílla se enfadaron, se lanzaron sobre él enseñando los colmillos y Smoke se vio obligado a pegarles con el mango del látigo. Mientras cortaba el tirante del animal herido para soltarlo oyó las quejas de unos perros a su espalda y la voz de un hombre que le resultó familiar. Era Von Schroeder. Smoke avisó para evitar una colisión por detrás y el barón, haciendo virar a sus animales a la izquierda y oscilando sobre la vara del trineo, se desvió algo más de tres metros. Sin embargo, la oscuridad resultaba tan impenetrable que Smoke lo oyó pasar, pero no lo vio.

Sobre la superficie lisa de hielo junto al puesto comercial de Sixty Mile, Smoke adelantó otros dos trineos. Todos acababan de cambiar traíllas y durante cinco minutos se mantuvieron a la par, todos de rodillas, azuzando con el látigo y los gritos a los enloquecidos perros. Pero Smoke había estudiado esa parte del camino y localizó a tiempo el pino alto de la orilla que se veía ligeramente a la luz de las muchas hogueras. Bajo ese pino no solo había oscuridad, sino un cese abrupto del tramo liso. Él sabía que allí el camino se estrechaba hasta el punto de que los trineos solo podían pasar de uno en uno. Se inclinó hacia delante, cogió la cuerda de arrastre y acercó el trineo al perro rueda. Agarró al animal por las patas traseras y tiró de él. Con un gruñido enfadado,

el bicho intentó clavarle los dientes, pero el resto de la traílla tiró de él. Su cuerpo demostró ser un buen freno y las otras dos traíllas, que seguían avanzando a la par, volaron en la oscuridad hacia el punto donde la senda se estrechaba.

Smoke oyó el estruendo y el alboroto del choque, soltó a su perro rueda, saltó hacia la vara del trineo y obligó a su traílla a desviarse a la derecha, sobre la nieve virgen, donde los animales se hundieron hasta el cuello. Fue un trabajo agotador, pero consiguió superar a las traíllas enredadas y acceder al camino apisonado del otro lado.

Para el relevo que salía de Sixty Mile, Smoke contaba con una de sus peores traíllas y, aunque el camino no era malo, había preferido acortar la etapa y hacerla de solo veinticinco kilómetros. Quedaban otras dos traíllas para llegar a Dawson y a la oficina del registrador y Smoke había elegido sus mejores animales para esos dos últimos tramos. El propio Charley el de Sitka aguardaba junto a los ocho malamutes que tirarían de Smoke durante treinta kilómetros y para el final, con una carrera de veinticinco kilómetros, había dejado a sus propios perros, la traílla con la que había pasado todo el invierno y que lo había acompañado en su búsqueda del lago Surprise.

Los dos hombres que había dejado enredados en Sixty Mile no lograban alcanzarlo y, por otro lado, su traílla tampoco conseguía cazar a ninguno de los tres que quedaban por delante. Sus animales tenían buenas intenciones —aunque les faltaba resistencia y velocidad— y apenas debía insistir para que se esforzaran al máximo. Smoke no podía hacer más que permanecer tumbado boca abajo y aguardar. De vez en cuando salía de la oscuridad y se adentraba en el círculo de luz de alguna hoguera, veía fugazmente a los hombres envueltos en pieles que esperaban de pie junto a los perros ya preparados y volvía a zambullirse en la oscuridad. Continuaba avanzando kilómetro tras kilómetro, oyendo solo el ruido y las sacudidas de los patines. Casi de forma automática mantenía su lugar cuando el trineo botaba hacia adelante o medio se elevaba de un lado para adaptarse a los vaivenes de las curvas.

El crepúsculo gris del alba empezaba a asomar cuando cambió sus agotados animales por los ocho malamutes frescos. Eran perros más ligeros que los de la bahía de Hudson, por lo que alcanzaban

más velocidad y corrían con la agilidad de los incansables lobos auténticos. Charley el de Sitka le gritó el orden de los que iban por delante. En cabeza, Olaf *el Grande*, Bill el de Arizona en segundo puesto y Von Schroeder iba tercero. Eran los tres mejores hombres del país. De hecho, antes de que Smoke se fuese de Dawson las apuestas ya los habían situado en ese mismo orden. Mientras ellos corrían para ganar un millón, otros se jugaban medio millón más al resultado de la carrera. Nadie había apostado por Smoke, quien, a pesar de sus diversas y conocidas hazañas, seguía siendo considerado un *chechaquo* al que le quedaba mucho por aprender.

Al aumentar la luz del día, Smoke pudo ver el trineo que iba por delante de él y, en media hora, su perro guía saltaba pegado a su trasera. Cuando el hombre giró la cabeza para intercambiar saludos, Smoke reconoció a Bill el de Arizona. Era evidente que Von Schroeder lo había adelantado. El camino, bien pisado, era estrecho y corría entre nieve blanda, por lo que durante media hora más Smoke se vio obligado a permanecer tras la estela del otro. Luego superaron una barrera de hielo y llegaron a un trecho de hielo liso, donde se encontraban unos cuantos campamentos de relevo y donde la nieve estaba mucho más pisoteada. De rodillas, manejando el látigo y gritando, Smoke se puso a la par de Bill el de Arizona y luego lo adelantó.

Bill se fue rezagando poco a poco y, cuando el último puesto de relevo quedó a la vista, ya se encontraba a casi un kilómetro de distancia. Por delante, muy juntos, Smoke veía a Olaf *el Grande* y a Von Schroeder. De nuevo se puso de rodillas y logró que sus experimentados animales pegasen un acelerón de esos que solo consiguen quienes tienen el instinto adecuado para manejar perros. Se acercó a la trasera del trineo de Von Schroeder y en ese orden los tres trineos abandonaron el trecho liso y descendieron una barrera, donde esperaban muchos hombres y muchos perros. Dawson quedaba a veinticinco kilómetros de distancia.

Von Schroeder, con relevos cada quince kilómetros, había cambiado ocho kilómetros atrás y volvería a hacerlo dentro de otros siete. Así que continuó avanzando a toda velocidad. Olaf *el Grande* y Smoke hicieron los relevos volando y sus traíllas frescas y descansadas enseguida recuperaron la ventaja que les llevaba el barón. Olaf *el Grande* lo adelantó primero, seguido de Smoke, antes

de internarse en la parte estrecha del camino.

«Bien, aunque no del todo», se dijo Smoke para sus adentros, parafraseando a Spencer.

Von Schroeder, que había quedado atrás, no le daba miedo, pero por delante llevaba al mejor guía de perros del país. Adelantarlo parecía imposible. Una y otra vez, en muchas, ocasiones, Smoke forzó a su perro guía para que alcanzase la trasera del trineo del otro y, siempre, Olaf *el Grande* aceleraba un poco más y se alejaba. Smoke se contentaba con seguirle el paso y aguantar el tipo. La carrera no estaba perdida hasta que uno u otro ganase y en veinticinco kilómetros podían pasar muchas cosas.

A cinco kilómetros de Dawson ocurrió algo. Para sorpresa de Smoke, Olaf *el Grande* se puso en pie y, entre juramentos y trallazos, procedió a exprimir el último gramo de fuerza de sus animales. Era un esfuerzo que debía haber reservado para los últimos cien metros, en lugar de realizarlo a cinco kilómetros de la meta. A pesar de que era un gesto brutal para los perros, Smoke lo siguió. Su traílla era soberbia. No había perros en todo el Yukon que hubiesen hecho un trabajo más duro que aquellos ni que estuviesen en mejores condiciones. Además, Smoke había trabajado con ellos, dormido y comido con ellos conocía a cada uno individualmente y sabía cómo sacarle mejor partido a la inteligencia de cada animal y extraer de ellos hasta la última gota de voluntad.

Superaron una pequeña barrera y llegaron al tramo liso de abajo. Olaf *el Grande* solo le llevaba quince metros de ventaja. Un trineo salió disparado desde un lateral y se acercó a él, y entonces Smoke comprendió por qué Olaf había realizado tanto esfuerzo en ese momento. Había intentado adelantarse lo más posible para realizar otro relevo. Había guardado en secreto la existencia de esa nueva traílla que lo esperaba para recorrer el último tramo hasta la meta. Ni los que lo apoyaban conocían su existencia.

Smoke luchó desesperadamente por adelantarlo mientras realizaba el cambio de trineos. Exigiendo el máximo esfuerzo a sus perros, logró cubrir los quince metros de ventaja. Sin dejar de gritar y de usar el látigo, se situó a su lado y continuó avanzando hasta que su perro guía se encontró a la par del perro rueda de Olaf *el Grande*. Al otro lado y también a la par estaba el trineo de relevo. A la velocidad que llevaban, Olaf no se atrevía a saltar de uno al otro.

Si fallaba y se caía, Smoke se pondría por delante y Olaf podría perder la carrera.

Olaf *el Grande* intentó ponerse en cabeza y manejó a sus perros magníficamente, pero el guía de Smoke continuaba corriendo junto al rueda de Olaf. Durante casi un kilómetro, los tres trineos continuaron volando a la par. Estaban llegando al final del tramo liso cuando Olaf se arriesgó. Saltó en el momento en que los trineos se juntaron un poco más y al instante estaba de rodillas, jaleando con la voz y el látigo a la traílla nueva y descansada. El tramo liso se convirtió en una senda estrecha, en la que se introdujo con solo un metro de ventaja.

Nadie está vencido hasta que lo vencen, concluyó Smoke, y por más que hiciera, Olaf no lograba librarse de su perseguidor. Ninguna traílla de las que Smoke había guiado esa noche podría haber soportado ese ritmo matador y mantenerse a la par de unos perros descansados… ninguna, excepto la suya. Sin embargo, aquella marcha estaba acabando con ellos y, cuando empezaron a rodear el risco de Klondike City, sintió que sus perros se quedaban sin fuerzas. Se iban retrasando de forma casi imperceptible al principio, y poco a poco Olaf fue aumentando la ventaja, hasta lograr adelantarse una veintena de metros.

La población de Klondike City, reunida sobre el hielo, los recibió con una gran ovación. Allí era donde el Klondike se adentraba en el Yukon y, a menos de un kilómetro de distancia, al otro lado del Klondike, en la orilla norte, se encontraba Dawson. Se oyeron más vítores y gritos de entusiasmo y Smoke percibió de reojo que un trineo volaba hacia él. Reconoció los espléndidos animales que lo llevaban. Eran los de Joy Gastell. Y Joy Gastell los guiaba. Había echado hacia atrás la capucha de su parka de piel de ardilla, dejando al descubierto el óvalo de su rostro, como un camafeo entre la abundante cabellera. También se había quitado las manoplas y, con las manos desnudas, se agarraba al látigo y al trineo.

—¡Salta! —le gritó al tiempo que su perro guía le lanzaba un gruñido al de Smoke.

Smoke cayó en el trineo justo detrás de ella. El impacto de su cuerpo lo hizo estremecerse violentamente, pero ella se mantuvo de rodillas, sin dejar de usar el látigo.

—¡Hola, tú! ¡Corred! ¡Vamos, corred! —gritaba y los perros

gemían y aullaban, movidos por el deseo y el esfuerzo de adelantar a Olaf *el Grande*.

Entonces, a la vez que su perro guía alcanzaba la trasera del trineo de Olaf y, metro a metro, lograba situarse a la par, la enorme multitud situada en la orilla de Dawson se volvió loca. Era impresionante porque los hombres habían abandonado sus herramientas en todos los arroyos y habían llegado hasta allí para presenciar el final de la carrera, y un final tan ajustado después de ciento ochenta kilómetros justificaba cualquier locura.

—¡Cuando te pongas por delante, me bajo! —gritó Joy por encima del hombro.

Smoke intentó protestar.

—Y cuidado con la curva a medio camino de la subida al terraplén —advirtió ella.

Perro a perro, separados por menos de dos metros de distancia, las dos traíllas corrían a la par. Olaf el Grande, con la voz y el látigo, presionó más a los suyos. Luego, poco a poco, centímetro a centímetro, el guía de Joy empezó a adelantarlo.

—¡Prepárate! —le gritó ella a Smoke—. Te dejo dentro de un minuto. Coge el látigo.

En el momento en que él movía la mano para agarrar el látigo, oyeron a Olaf *el Grande* lanzar un grito de advertencia, pero ya era tarde. Su perro guía, enfadado porque lo adelantaban, se desplazó bruscamente para atacar. Sus colmillos golpearon al guía de Joy en el costado. Las traíllas rivales se lanzaron una contra la otra. Los trineos adelantaron a los animales en plena pelea y volcaron. Smoke se puso en pie como pudo e intentó levantar a Joy. Pero ella lo alejó y le gritó:

—¡Vete!

De pie, ya casi quince metros por delante, corría Olaf, empeñado en terminarla carrera. Smoke obedeció y cuando ambos hombres llegaron al pie del terraplén de Dawson, ya le pisaba los talones. Pero, terraplén arriba, Olaf *el Grande* movió su enorme cuerpo con una agilidad que le valió para recuperar tres metros.

La oficina del registrador del oro quedaba en la calle principal, a cinco manzanas. La calle estaba atestada, como si se celebrara un desfile. Esta vez no le resultó tan sencillo a Smoke ponerse a la altura de su gigantesco rival y, cuando lo hizo, no fue capaz de

adelantarlo. Uno junto al otro, recorrieron el estrecho pasillo que quedaba entre los sólidos muros de hombres que los animaban. Una vez uno y luego el otro, realizando esfuerzos convulsos conseguían adelantarse un par de centímetros, para perderlos de inmediato.

Si el ritmo resultó matador para los perros, el que llevaban ahora no lo era menos. Pero competían por un millón de dólares y el mayor honor de todo el territorio del Yukón. Lo único que sintió Smoke durante ese enloquecido tramo final fue asombro ante la enorme cantidad de gente que había en el Klondike. Nunca antes los había visto a todos juntos.

Sin quererlo, se retrasó y Olaf consiguió llevarle una zancada entera de ventaja. A Smoke le parecía que le iba a estallar el corazón y ya ni siquiera sentía las piernas. Sabía que continuaban corriendo, pero no cómo era capaz de hacer que volaran de esa forma; tampoco cómo logró obligarlas a que lo situasen de nuevo a la altura de su competidor.

Frente a ellos surgió la puerta abierta de la oficina del registrador. Ambos habían realizado un esfuerzo final enorme e inútil. Ninguno lograba librarse del otro y, juntos, llegaron al umbral, chocaron violentamente y cayeron de cabeza sobre el suelo de la oficina.

Se sentaron, pero los dos estaban demasiado agotados para levantarse. Olaf *el Grande*, sudando a mares, respirando a bocanadas enormes y dolorosas, dio varios manotazos al aire e intentó hablar en vano. Luego extendió la mano con una inconfundible intención. Smoke extendió la suya y estrechó la de Olaf.

—Es un empate —oyó decir Smoke al registrador, pero fue como en un sueño y la voz le parecía muy lejana, muy débil—. Solo puedo decir que han ganado los dos. Tendrán que repartirse la concesión. Son socios.

Los brazos de los dos subieron y bajaron a la vez para ratificar la decisión. Olaf *el Grande* asintió con énfasis y farfulló algo. Por fin consiguió hablar.

—Condenado *chechaquo* —dijo, aunque en su tono había admiración—. No sé cómo lo has hecho, pero lo has hecho.

En el exterior, la multitud armaba más jaleo que antes y la oficina estaba atestada de gente. Smoke y Olaf intentaron levantarse

y se ayudaron mutuamente a ponerse en pie. A Smoke le temblaban las piernas y se tambaleó como si estuviera bebido. Olaf *el Grande* se bamboleó como pudo para acercarse a él.

—Siento que mis perros atacasen a los tuyos.

—Era imposible evitarlo —jadeó Smoke—. Oí tu advertencia.

—Oye —dijo Olaf con los ojos relucientes—, esa joven… es de las que merecen la pena, ¿no?

—Es de las que merecen la pena, sí —coincidió Smoke.

[1911]

Hijo del sol

I

EL *WILLI-WAW* SE ENCONTRABA en el paso situado entre el arrecife de la orilla y el

exterior. Desde allí llegaba el tenue murmullo de un oleaje indolente, pero la extensión resguardada de agua —no más de cien metros que terminaban en una playa blanca de arena de coral molido—, estaba tan tranquila y lisa como el cristal. Aunque el paso era estrecho y el barco se encontraba fondeado en el punto menos profundo y que dejaba poco espacio al balanceo, la cadena del *Willi-Waw* subía y bajaba un total de treinta metros. Era posible seguir su curso sobre el fondo de corales vivos. Como una serpiente monstruosa, la herrumbrosa cadena se arrastraba en el lecho del mar, cruzándose varias veces consigo misma para acabar en el ancla, inmóvil. Grandes bacalaos de roca, pardos y moteados, jugaban cautelosos entre los corales. Otros peces, grotescos en forma y color, se comportaban con descaro e indiferencia, incluso cuando un enorme tiburón pasó nadando sin prisas y logró que los bacalaos de roca se escabulleran para ocultarse en sus grietas preferidas.

Sobre la cubierta, a proa, una docena de negros se entretenían rascando la barandilla de teca. Se les veía tan inexpertos como un grupo de monos. De hecho, parecían monos de algún tipo prehistórico y más grande. Sus ojos tenían el brillo lastimero de los de los monos, sus rostros eran incluso menos simétricos y, sin pelo en el cuerpo, estaban mucho menos cubiertos que los monos, ya que tampoco iban vestidos, aunque sí adornados como ningún mono iría. Tenían las orejas agujereadas y en ellas llevaban pipas de arcilla, aros de carey, tarugos de madera, clavos oxidados y cartuchos de rifle vacíos. El agujero más pequeño de esas orejas igualaba el calibre de un Winchester, algunos de los más grandes medían unos cuantos centímetros y cada oreja contaba con entre tres y media docena de agujeros. En el cartílago de la nariz llevaban pinchos y agujas de hueso y conchas petrificadas. Del cuello de uno de ellos colgaba un pomo de puerta blanco, de otro, el asa de una taza de porcelana y del de un tercero, la rueda dentada de latón de un despertador. Charlaban con unas voces extrañas, en falsete, y entre todos no hacían más trabajo que un solo marinero blanco.

A popa, bajo un toldo, había dos blancos. Cada uno llevaba una camiseta mínima y un pedazo de tejido atado a la cadera. Sujetos con un cinto, portaban un revólver y un saquito para el tabaco. El sudor asomaba a la piel de los dos en miríadas de gotitas. Aquí y

allá las gotas se fundían y fluían hasta la cubierta recalentada, donde se evaporaban casi de inmediato. El hombre delgado y de ojos oscuros se pasó los dedos por el sudor que le escocía en la frente y luego se los limpió mientras maldecía. Harto, sin esperanza, miró hacia el mar, más allá del arrecife exterior y a las copas de las palmeras que bordeaban la playa.

—Son las ocho y el infierno no se caldea de verdad hasta el mediodía —se quejó—. Daría lo que fuera por que soplase el viento. ¿Es que nunca podremos irnos?

El otro, un alemán esbelto de veinticinco años, con la frente grande del erudito y la barbilla curvada hacia el interior del degenerado, no se molestó en responder. Estaba ocupado vaciando quinina en polvo en un trozo de papel de liar. Tras formar una bolita compacta con aproximadamente cincuenta granos del medicamento, se la metió en la boca y se la tragó sin la ayuda de un sorbo de agua.

—Ojalá tuviese whisky —jadeó el primer hombre, tras quince minutos de silencio.

Transcurrió un período de tiempo similar antes de que el alemán, sin venir a cuento, proclamara:

—La fiebre me tiene hundido. Cuando lleguemos a Sidney te dejo, Griffiths. Se acabó el trópico para mí. No sé cómo se me ocurrió firmar ese contrato contigo.

—Tampoco es que hayas sido un gran segundo —contestó Griffiths, demasiado acalorado para indignarse—. Cuando en la playa de Gavutu supieron que te había contratado, todos se rieron. «¿Cómo? ¿Jacobsen?», dijeron. «Ya puedes esconder bien la más mínima cantidad de ginebra de la mala o de ácido sulfúrico que él lo olerá y lo encontrará». Y has estado a la altura de tu reputación. Hace quince días que no bebo porque olfateaste mis reservas y acabaste con ellas.

—Si la fiebre te atacase tanto como a mí, lo entenderías —gimoteó el segundo de a bordo.

—No me quejo —respondió Griffiths—. Solo pido que Dios me envíe un trago de alcohol, un poco de viento o algo. Necesito refrescarme un poco.

El segundo le ofreció la quinina. Preparó una dosis de cincuenta granos, se la metió en la boca y se la tragó sin más.

—¡Dios! ¡Dios mío! —gimió—. Sueño con algún lugar donde no haya quinina. ¡Maldita porquería del demonio! Me he zampado ya toneladas de ella.

De nuevo miró hacia el mar en busca de una señal que indicase viento. Las nubes propias de los alisios no aparecían y el sol, aún bajo en su ascenso hasta el meridiano, convertía el cielo en latón recalentado. Ese calor no solo se sentía, también se veía, y Griffiths buscó alivio, en vano, mirando hacia la costa. La blancura de la playa le abrasó los ojos. Las palmeras, absolutamente inmóviles, recortándose monótonas contra el verde sofocante de la densa jungla, parecían un decorado de cartón. Los negritos que jugaban desnudos bajo el resplandor de la arena y la luz suponían una ofensa y un tormento para el hombre enfermo de sol. Sintió una especie de alivio cuando uno tropezó mientras corría y cayó de bruces al mar templado.

Los negros de proa emitieron un grito de sorpresa que obligó a los dos blancos a mirar hacia el mar. Rodeando el cabo más próximo, a un cuarto de milla náutica de distancia y bordeando el arrecife, se acercaba una canoa negra.

—Nativos de Gooma, de la ensenada siguiente —fue el veredicto del segundo.

Uno de los negros se acercó a popa, pisando la abrasadora cubierta con la indiferencia de alguien cuyos pies descalzos no sienten el calor. Eso también era un tormento para Griffiths y cerró los ojos. Pero enseguida los abrió otra vez.

—Blanco amo ir junto nativo Gooma —dijo el negro.

Los dos blancos se pusieron de pie para observar la canoa. A popa se apreciaba el inconfundible sombrero de un blanco. Un gesto de inquietud asomó al rostro del segundo.

—Es Grief —dijo.

Griffiths se dio el gusto de mirar durante un buen rato y luego soltó una maldición.

—¿Qué hace aquí? —preguntó al segundo, al mar y al cielo que causaban dolor, al despiadado calor del sol y a todo el universo implacable y sobrecalentado al que su destino lo empujaba.

El segundo oficial empezó a reírse.

—Te dije que no podrías librarte —contestó.

Pero Griffiths no escuchaba.

—Con tanto dinero como tiene, anda por ahí igual que un recaudador —salmodió su indignación, a punto de alcanzar un éxtasis de pura ira—. Está forrado de dinero, está podrido de dinero, está saturado de dinero. Sé que vendió las plantaciones que tenía en Yringa por trescientas mil libras. Me lo dijo el propio Bell la última vez que nos emborrachamos en Gavutu. Tiene millones y millones, pero intenta exprimirme a mí para sacarme lo que no le llegaría ni para encender su pipa. —Giró vertiginosamente para mirar al segundo—. Claro que me lo dijiste. Vamos, dilo una y otra vez. ¿Qué fue lo que me dijiste?

—Te dije que no lo conocías si creías que podrías largarte de las Salomón sin pagarle. Ese Grief es un demonio, pero no engaña. Yo lo sé bien. Te dije que es capaz de tirar mil libras solo por divertirse y luchar por calderilla como un tiburón lucharía por una lata oxidada. Lo sé muy bien. ¿No les regaló el *Balakula* a los de la Misión de Queensland cuando perdieron su *Evening Star* en San Cristóbal? Y eso que el *Balakula* valía, como poco, tres mil libras. ¿Y no le dio una paliza a Strothers que lo tuvo quince días en la cama por una diferencia de dos libras con diez en una cuenta y porque Strothers se puso impertinente e insistió en aprovecharse de él?

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó Griffiths de pura impotencia.

El segundo continuó con su razonamiento.

—Te aseguro que solo un hombre honrado y claro puede enfrentarse a un tipo honrado como él, y en las Salomón no existe nadie capaz de hacerlo. Los hombres como tú y como yo no podemos desafiarlo. Estamos demasiado podridos. Abajo tienes mucho más de las mil doscientas libras que le debes. Págale y olvídate del asunto.

Pero Griffiths apretó los dientes y cerró sus delgados labios con fuerza.

—Lo desafiaré —murmuró, más para sí mismo y el metálico sol que para el segundo. Se giró con la intención de irse, pero retrocedió—. Escucha, Jacobsen, aún tardará un cuarto de hora en llegar. ¿Estás conmigo? ¿Me apoyarás?

—Claro que te apoyaré. Me he bebido todo tu whisky, ¿no? ¿Qué vas a hacer?

—No lo mataré si puedo evitarlo. Pero no voy a pagar. Eso seguro.

Jacobsen se encogió de hombros, aceptando con calma el destino, y Griffiths se dirigió a la escalera de cubierta y bajó.

II

JACOBSEN OBSERVÓ a la canoa cruzar el arrecife bajo para situarse a la altura de la entrada del paso. Griffiths regresó a cubierta con manchas de tinta en el pulgar y el índice. Quince minutos después, la canoa se arrimaba al costado del queche. El hombre del sombrero se puso de pie.

—¡Hola, Griffiths! ¡Hola, Jacobsen! —dijo y, con la mano ya en la barandilla, se giró para dirigirse a su tripulación de piel morena —: Canoa parar aquí y esperar.

Mientras saltaba por encima de la barandilla y pisaba la cubierta, su cuerpo de apariencia robusta demostró tener una agilidad gatuna. Al igual que los otros dos, iba muy poco cubierto de ropa. La camiseta barata y el taparrabos blanco no ocultaban su buena estructura corporal. Tenía músculos, pero no formaban una masa compacta y demasiado evidente, sino que estaban ligeramente redondeados y, al moverse, se deslizaban con la suavidad de la seda bajo la piel tersa y bronceada. El sol abrasador también había bronceado su rostro hasta dejarlo moreno como el de un hispano. El bigote rubio parecía una incongruencia en medio de tanta morenez y el azul claro de los ojos dejaba boquiabierto a quien lo miraba. Costaba comprender que la piel de ese hombre había sido blanca.

—¿De dónde has salido? —preguntó Griffiths mientras se estrechaban la mano—. Creí que estabas en Santa Cruz.

—Estaba —respondió el recién llegado—. Pero la travesía ha sido rápida. Tengo a la *Wonder* ahí al lado, en la ensenada de Gooma, esperando que sople el viento. Algunos de los nativos me dijeron que aquí había un queche y vine a ver. Bueno, ¿cómo te va?

—No he conseguido gran cosa. Los almacenes de copra están casi vacíos y no llegan a seis las toneladas de marfil vegetal. Las mujeres cayeron enfermas debido a las fiebres, dejaron de trabajar y ahora los hombres no consiguen hacerlas volver a los pantanos.

Están mal. Te invitaría a tomar un trago, pero el segundo se terminó mi última botella. Lo que más deseo es que empiece a soplar el viento.

Grief miró despreocupado primero a uno y luego al otro y se rio.

—Yo me alegro de que la calma haya durado —dijo—. Me ha permitido llegar para verte. Mi sobrecargo ha rebuscado hasta encontrar ese pagaré que tienes pendiente y aquí lo traigo.

El segundo se hizo a un lado y dejó que su capitán resolviese sus problemas.

—Lo siento, Grief —dijo Griffiths—. Lo siento mucho, pero no tengo el dinero.

Necesito un poco más de tiempo.

Grief se apoyó en la barandilla con la sorpresa y la pena dibujados en el rostro.

—Resulta impresionante cómo aprenden a mentir los hombres en las Salomón —comentó—. No hay verdad en ellos. Por ejemplo, el capitán Jensen. Yo habría jurado que era sincero. Fíjate, y hace solo cinco días que me dijo… ¿Quieres saber lo que me dijo?

Griffiths se pasó la lengua por los labios.

—Cuenta.

—Pues me dijo que lo habías vendido todo, que habías liquidado el negocio y te ibas a las Nuevas Hébridas.

—¡Es un maldito mentiroso! —exclamó Griffiths en tono vehemente.

Grief asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Incluso tuvo el descaro de decirme que había comprado dos de tus puestos, los de Mauri y Kahula. Dijo que te había pagado mil setecientos soberanos de oro por todo: clientela y renombre, bienes para comerciar, crédito y copra.

Griffiths entrecerró los ojos, que destellaron. Fue un acto involuntario y Grief tomó nota con una mirada pausada.

—Y Parsons, tu tratante en Hickimavi, me dijo que la Compañía Fulcrum te había comprado ese puesto. ¿Por qué iba a querer mentirme?

Griffiths, alterado por el sol y la enfermedad, explotó. Toda su amargura asomó a su rostro y retorció su boca hasta hacerla gruñir.

—Mira, Grief, ¿qué ganas jugando de este modo conmigo? Lo sabes y yo sé que lo sabes. Hablemos claro. He liquidado el negocio

y me marcho. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Grief se encogió de hombros y no dejó traslucir resolución alguna. Su expresión era la de quien se encuentra ante un dilema.

—Aquí no hay leyes —aprovechó Griffiths su ventaja—. Tulagi se encuentra a ciento cincuenta millas náuticas. Tengo todos los permisos y voy en mi propio barco. Nada me impide zarpar. No tienes derecho a retenerme porque te deba un poco de dinero. ¡Por Dios, no puedes detenerme! Métetelo en la cabeza.

El gesto de sorpresa y pena se intensificó en el rostro de Grief.

—¿Quieres decir que vas a estafarme esas mil doscientas libras, Griffiths?

—Tú lo has dicho, amigo. Y los insultos no servirán de nada. Empieza a levantarse el viento. Será mejor que te apartes antes de que zarpe o arrastraré a tu canoa y la mandaré a pique.

—Verás, Griffiths, creo que tienes razón. Yo no puedo detenerte. —Grief buscó en el saquito que colgaba del cinto de su revólver y sacó un papel arrugado que parecía un documento oficial—. Pero puede que esto te detenga. A ver si te cabe en la cabeza.

—¿Qué es?

—Una orden del almirantazgo. Huir a las Nuevas Hébridas no te salvará. Puede ser entregada en cualquier sitio.

Griffiths observó el documento, dudó y tragó saliva. Frunció el ceño mientras meditaba sobre el cambio de situación. Luego, de repente, levantó la vista y su rostro se relajó con una expresión sincera.

—Has sido más listo de lo que pensaba, amigo —dijo—. Me tienes bien pillado. No debería haber intentado desafiarte. Jacobsen me dijo que no podría y no le hice caso. Pero tenía razón y tú también la tienes. Tengo el dinero abajo. Acompáñame y haremos cuentas.

Empezó a bajar y luego se apartó para permitir que su visitante lo precediera, mientras miraba hacia el mar, al punto en el que la oscura mancha del viento avivaba el agua.

—Vira a pique —le dijo al segundo—. Iza velas y prepárate para huir.

Grief se sentó en el borde de la litera del segundo, frente a la diminuta mesa, y notó que la culata de un revólver sobresalía bajo la almohada. En la mesa, que colgaba de unas bisagras sujetas al

mamparo de proa, había pluma y tinta, además de un cuaderno de bitácora en mal estado.

—No me importa que me pillen haciendo trampas —dijo Griffiths, desafiante—. Llevo demasiado tiempo en los trópicos. Estoy harto, muy harto. El whisky, el sol y las fiebres también han afectado a mis principios. Ya nada me parece demasiado malo o despreciable y comprendo que los negros se coman los unos a los otros, corten cabezas y cosas parecidas. También podría hacerlo yo. Así que intentar estafarte esa mísera cantidad no me parece para tanto. Me gustaría poder ofrecerte un trago.

Grief no contestó y el otro se concentró en su intento de abrir una caja para el dinero llena de abolladuras. Desde cubierta se oían gritos en falsete y los crujidos de la motonería mientras la tripulación negra izaba la mayor y la vela de proa. Grief se fijó en que una cucaracha grande se arrastraba sobre la pintura grasienta. Griffiths soltó una maldición y llevó la caja a la escalera de cubierta en busca de más luz. Allí, de pie e inclinado sobre la caja, de espaldas a su visitante, extendió las manos rápidamente para agarrar el rifle apoyado junto a la escalera y se giró de inmediato.

—No muevas ni un solo musculo —ordenó.

Grief sonrió, alzó las cejas en un gesto socarrón y obedeció. La mano izquierda descansaba sobre la litera, a un costado, y la derecha se apoyaba en la mesa. El revólver colgaba de su cadera derecha, a plena vista. Pero no había olvidado que había otro revólver bajo la almohada.

—¡Ja! —se burló Griffiths—. Has hipnotizado a todo el mundo en las Salomón, pero no a mí. Ahora te voy a echar de mi barco, con tu orden del almirantazgo, aunque antes tienes que hacer una cosa. Levanta ese cuaderno de bitácora.

El otro lanzó una mirada de curiosidad al cuaderno de bitácora pero no se movió.

—Te aseguro que estoy muy harto, Grief, y pegarte un tiro me costaría tanto como aplastar una cucaracha. Levanta ese cuaderno de bitácora.

Parecía estar harto, sí, y enfermo, y su rostro delgado no paraba de hacer muecas debido a la ira que lo poseía. Grief levantó el cuaderno y lo dejó a un lado. Bajo él había una hoja de papel escrita.

—Léela —ordenó Griffiths—. Léela en voz alta.

Grief obedeció. Pero, mientras leía, los dedos de su mano izquierda empezaron a desplazarse con una paciencia y una lentitud infinitas hacia la culata del arma oculta bajo la almohada.

—A bordo del queche *Willi-Waw*, en la ensenada de Bombi, isla de Santa Ana, Islas Salomón —leyó—. Por la presente libero de toda carga y de cualquier deuda contraída conmigo a Harrison J. Griffiths, quien a fecha de hoy me ha pagado mil doscientas libras esterlinas.

—Con ese recibo en mis manos —sonrió Griffiths— tu orden del almirantazgo no vale ni el papel en el que está escrita. Fírmalo.

—No servirá de nada, Griffiths —dijo Grief—. Un documento firmado bajo coacción no tiene valor legal.

—En ese caso, ¿qué inconveniente tienes en firmarlo?

—Ninguno, pero si no lo firmo te ahorraré muchos problemas.

Los dedos de Grief habían alcanzado el revólver y, mientras hablaba, la mano derecha jugaba con la pluma y la izquierda empezó, despacio e imperceptiblemente, a acercar el arma a su costado. En el momento en que por fin lo agarró —el dedo corazón en el gatillo y el índice apoyado en el cilindro y el cañón—, se preguntó qué podría conseguir disparando de repente y con la mano izquierda.

—No pienses en mí —se burló Griffiths—. Y no olvides que Jacobsen testificará que me vio devolverte el dinero. Ahora firma con tu nombre completo en la parte de abajo, David Grief, y pon la fecha.

Desde cubierta llegó el rechinar de los motones de las escotas y el golpeteo de los rizos contra la lona. En el camarote notaron como el *Willi-Waw* se escoraba, aproaba al viento y adrizaba. David Grief dudaba aún. De proa les llegó la vibración de las drizas del foque al pasar por las roldanas. El barco escoró y a través de las paredes del camarote se oyó el borboteo y el murmullo del agua.

—¡Date prisa! —gritó Griffiths—. Han levado anclas.

La boca del rifle, a poco más de un metro de distancia, lo apuntaba directamente cuando Grief decidió actuar. El rifle osciló mientras Griffiths mantenía el equilibrio en medio de las primeras ráfagas variables de viento. Grief aprovechó esa oscilación, hizo como que firmaba el papel y, al mismo tiempo, igual que un gato,

se lanzó a realizar una acción compleja a gran velocidad. Mientras se agachaba cuanto podía y daba un salto hacia delante, su mano izquierda surgió de debajo de la mesa: sus movimientos estaban tan bien calculados que la única presión que ejerció sobre el gatillo —que se amartillaba solo— disparó el cartucho en el mismo instante en que la boca del revólver se adelantaba. Griffiths tampoco se entretuvo. La boca de su arma descendió en busca del cuerpo que se agachaba y rifle y revólver dispararon a la vez y sin apuntar demasiado.

Grief sintió el escozor y la quemazón de la bala al rozar la piel de su hombro y supo que él había errado el tiro. El impulso que había dado a su cuerpo lo llevó hasta Griffiths antes de que ninguno pudiera volver a disparar. Inutilizó los dos brazos de Griffiths, que aún sujetaban el rifle, con un placaje bajo. Clavó la boca del revólver con fuerza en el abdomen del otro. Empujado por la ira y el escozor de la piel escoriada, el dedo de Grief alzaba ya el percutor cuando la oleada de furia pasó y él recuperó la calma. Por la escalera descendían los gritos indignados de los nativos de Gooma que lo esperaban en la canoa.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. Cogió a Griffiths en brazos y se lo llevó escaleras arriba a toda velocidad. Salió a la luz cegadora del sol. Un negro sonriente se ocupaba del timón y el *Willi-Waw*, escorado por el viento, avanzaba. Su canoa de Gooma se quedaba atrás rápidamente. Grief volvió la cabeza. Desde el centro del barco, revólver en mano, el segundo corría hacia él. En dos zancadas, sin soltar al indefenso Griffiths, Grief subió a la barandilla y saltó por la borda.

Al caer, ambos forcejearon; pero Grief consiguió darle un rodillazo al otro en el pecho, se soltó de él y lo obligó a hundirse más. Con ambos pies sobre el hombro de Griffiths, lo empujó con fuerza hacia abajo mientras se impulsaba para salir a la superficie. En cuanto sintió el calor del sol, dos salpicaduras de agua, en rápida sucesión y a unos treinta centímetros de su rostro, le indicaron que Jacobsen sabía usar el revólver. No pudo disparar una tercera vez, porque Grief llenó los pulmones de aire y se sumergió. Nadó bajo el agua y no volvió a salir hasta que vio la canoa y las burbujas de los remos por encima de su cabeza. Mientras subía a bordo, el *Willi-Waw* ceñía para virar.

—¡Rápido, rápido! —gritó Grief a sus nativos—. ¡Correr mucho playa!

Con total descaro, se desentendió de la lucha y corrió para ponerse a cubierto. El *Willi-Waw*, obligado a amortiguar la arrancada para recoger a su capitán, dio a Grief la oportunidad de tomar la delantera. La canoa llegó a la playa a toda máquina, impulsada por los remos, sus ocupantes saltaron a la arena y corrieron hacia las palmeras. Pero antes de poder refugiarse, tres balas se hundieron en la arena por delante de ellos. Luego se sumergieron en el verde amparo de la jungla.

Grief observó al *Willi-Waw* virar para navegar ciñendo, cruzar el paso y luego filar las escotas al tiempo que aproaba al sur con el viento por el través. Mientras se perdía de vista más allá del cabo, vio que la vela de gavia se rompía. Uno de los nativos, un negro de casi cincuenta años, lleno de cicatrices y marcas causadas por viejas heridas enfermedades de la piel, lo miró a la cara y sonrió.

—Ay —comentó el negro—, ese patrón mucho enfadar contigo.

Grief se rio y echó a andar hacia la arena y la canoa.

III

NADIE EN LAS SALOMÓN sabía cuántos millones tenía David Grief, porque sus propiedades y empresas se extendían por todas partes en la enorme Polinesia. Sus plantaciones se diseminaban desde Samoa a Nueva Guinea, e incluso al norte de las islas de la Línea. Poseía concesiones perlíferas en las Paumotu. Aunque no aparecía su nombre, él era en realidad la compañía alemana que comerciaba en las Marquesas francesas. Tenía puestos comerciales en todos los grupos de islas y muchos navíos para hacerlos funcionar. Era el dueño de atolones tan remotos y diminutos que sus queches y goletas más pequeños visitaban a los solitarios factores una sola vez al año.

Sus oficinas de Sidney, en Castlereagh Street, ocupaban tres plantas. Pero casi nunca estaba en esas oficinas. Prefería moverse entre las islas, olfateando nuevas inversiones, inspeccionando y reformando las antiguas, y codeándose con la diversión y la aventura de mil formas extrañas. Compró los restos del enorme

vapor *Gavonne* por una ganga y al recuperarlo logró lo imposible y ganó un cuarto de millón. Plantó el primer caucho comercial en el archipiélago de las Luisiadas y en Bora Bora arrancó el algodón polinesio y puso a los felices isleños a plantar cacao. Él fue quien se quedó con la isla desierta de Lallu-Ka, la colonizó con polinesios del atolón Ontong Java y plantó cuatro mil acres de palmeras cocoteras. También fue él quien reconcilió a las distintas estirpes de los jefes, siempre en guerra, de Tahití y cerró el gran trato de la isla fosfatera de Hiki-hu.

Sus propios barcos reclutaban la mano de obra. Llevaban nativos de las islas Santa Cruz a las Nuevas Hébridas, nativos de las Nuevas Hébridas a las Banks y a los caníbales de Malaita, cazadores de cabezas, a las plantaciones de Nueva Georgia. Sus reclutadores rastreaban las islas en busca de mano de obra desde Tonga a las Gilbert y hasta las lejanas Luisiadas. Sus quillas se adentraban en toda clase de mares. Poseía tres vapores que realizaban rutas entre las islas con regularidad, aunque casi nunca viajaba en ellos porque prefería el método más primitivo y libre del viento y la vela.

Tendría unos cuarenta años, pero no aparentaba más de treinta. Los raqueros recordaban su llegada a las islas veinte años antes, cuando su bigote rubio ya brotaba, sedoso, en el labio. A diferencia de otros blancos que iban a los trópicos, él estaba allí porque le gustaba. La pigmentación protectora de su piel era excelente. Había nacido para el sol. No habría más de uno entre diez mil capaz de resistir el sol como él. Las ondas luminosas, invisibles y veloces, no conseguían traspasarlo. Otros blancos eran permeables. El sol atravesaba sus pieles, rasgando y haciendo pedazos tejidos y nervios, hasta que enfermaban en cuerpo y alma, desobedecían la mayor parte de los Mandamientos, se rebajaban hasta la bestialidad, bebían hasta provocarse una muerte rápida o sobrevivían convertidos en salvajes y a veces resultaba necesario enviar navíos de guerra a contener su libertinaje.

Pero David Grief era un verdadero hijo del sol y prosperaba bajo sus rayos. Simplemente, su piel se bronceó más con el paso de los años, aunque en su color se apreciaba ese leve matiz dorado que brilla en la piel de los polinesios. Sin embargo, los ojos azules conservaban su azul, el bigote su rubio y los rasgos faciales eran los propios de la raza inglesa desde varios siglos antes. Era de sangre

inglesa, pero quienes creían conocerlo afirmaban que había nacido en Norteamérica. A diferencia de todos ellos, no había ido a la Polinesia en busca de fortuna y poder. De hecho, al llegar ya los llevaba consigo. Aquel joven que buscaba romance y aventuras arribó en una diminuta goleta, de la que era capitán y propietario. También llegó en medio de un huracán, cuyas olas gigantes lo depositaron, junto con su goleta y todo cuanto contenía, en la espesura de un palmeral, a trescientos metros del oleaje. Una balandra perlífera lo rescató seis meses después. Pero el sol se le había metido en la sangre. En Tahití, en lugar de tomar un vapor para volver a casa, se compró una goleta, la llenó de mercancía para comerciar y buzos, y se fue a navegar por el archipiélago Peligroso.

A medida que el leve matiz dorado se grababa en su piel, el oro se iba acumulando en sus manos. Tenía el don de convertir en oro todo cuanto tocaba, pero no jugaba por el oro, jugaba por jugar. Era un juego de hombres, el duro contacto y el fiero toma y daca de los aventureros de su propia sangre y de otras sangres europeas y del resto del mundo, y era un buen juego; pero sobre todo eso estaba su amor por las demás cosas que componen la vida de quien vaga por la Polinesia: el olor del arrecife; la exquisitez infinita de los bancos de coral vivo en la superficie, como un espejo, de las lagunas; los intensos amaneceres de colores crudos que se despliegan con una belleza anárquica; los islotes cubiertos de palmeras sobre un agua profunda y turquesa; la fuerza tonificante de los vientos alisios; el movimiento ordenado del oleaje; el balanceo de la cubierta bajo sus pies y la tensión de las velas sobre su cabeza; los hombres y doncellas de la Polinesia, bronceados y adornados con flores, mitad niños y mitad dioses; e incluso los vientos salvajes de la Melanesia, cazadores de cabezas y caníbales, medio demonios y bestias completas.

Y así ese privilegiado hijo del sol, ese hombre millonario, por pura alegría de vivir y abundancia de energía, decidió jugar con Harrison J. Giffriths, pero no por recuperar una suma miserable. Lo empujó el capricho, el deseo, su forma de ser y el calor del sol que emanaba de él. Era algo divertido, una broma, un problema, un juego en el que arriesgar la vida a la ligera, por la simple alegría de jugar.

IV

EL AMANECER SORPRENDIÓ a la *Wonder* navegando tranquila a lo largo de la costa de Guadalcanal. Se movía despacio al aliento moribundo del viento terral. Al este, una densa masa de nubes prometía el regreso de los alisios del sudeste, acompañados de fuertes chaparrones. A proa, costeando y siguiendo el mismo curso de la *Wonder*, que se acercaba poco a poco, navegaba un queche pequeño. Pero no era el *Willi-Waw* y el capitán Ward, a bordo de la *Wonder*, bajó los prismáticos y dijo que se trataba del *Kauri*.

Grief, que acababa de salir a cubierta, suspiró decepcionado.

—Ojalá fuese el *Willi-Waw* —dijo.

—Aborrece la derrota —afirmó en tono comprensivo Denby, el sobrecargo.

—Sin duda. —Grief hizo una pausa y se rio de buena gana—. Estoy convencido de que Griffiths es un bribón y ayer me trató muy mal. «Firma», me dijo, «pon tu nombre completo y la fecha». Y Jacobsen, ese miserable, lo apoyó. Un acto de piratería en toda regla, propio de los tiempos de Bully Hayes.

—Si no fuese mi jefe, señor Grief, le diría lo que opino —intervino el capitán Ward.

—Dígamelo, vamos —lo animó Grief.

—Pues… —el capitán dudó y carraspeó—. Con tanto dinero como tiene, solo un necio se arriesgaría como hizo usted con esos dos granujas. ¿Por qué lo hace?

—Sinceramente, no lo sé, capitán. Supongo que porque quiero. ¿Se le ocurre un motivo mejor para hacer algo?

—Uno de estos días le volarán la condenada cabeza —gruñó el capitán Ward como respuesta, al tiempo que se acercaba a la bitácora y determinaba la posición de un pico que acababa de surgir entre las nubes que cubrían Guadalcanal.

El viento terral hizo un último esfuerzo por arreciar y la *Wonder*, avanzando veloz, alcanzó al *Kauri* y se mantuvo paralela a él. Intercambiaron saludos y David Grief preguntó:

—¿Han visto al *Willi-Waw*?

El capitán, en la cabeza un chambergo y las piernas al aire, se ciñó con más fuerza a la cintura el *lava-lava* de un azul desvaído y

escupió por la borda el jugo del tabaco.

—Claro —respondió—. Griffiths estaba anoche en Savo, cargando cerdos y ñame haciendo aguada. Parecía que se preparaba para una travesía larga, pero dijo que no. ¿Por qué? ¿Quería verlo?

—Sí, pero si se lo vuelve a encontrar antes, no le diga que me ha visto.

El capitán asintió con la cabeza, se quedó pensativo, y avanzó por la cubierta para no perder el contacto con el otro navío, que era más rápido.

—¡Oiga! —gritó—. Jacobsen me dijo que esta tarde irían a Gabera y que pensaban pasar allí la noche para cargar batatas.

—Gabera tiene las únicas luces de enfilación de las Salomón —dijo Grief cuando su goleta había dejado muy atrás el queche—. ¿No es así, capitán Ward?

El capitán asintió.

—Y la pequeña ensenada, pasado el cabo, es un pésimo lugar para fondear, ¿no?

—No se puede fondear. Está llena de bancos de coral y la resaca es terrible. Ahí fue donde el Molly se hizo pedazos hace tres años.

Grief permaneció mirando al frente con los ojos sin brillo durante un minuto entero, como si estuviese imaginando algo. Luego las comisuras de sus ojos se arrugaron y las puntas del bigote se alzaron al sonreír.

—Echaremos el ancha en Gabera —dijo—. Y pase cerca de esa pequeña ensenada. Quiero desembarcar allí en una chalupa. Además, me llevaré seis tripulantes y varios rifles. Antes de que amanezca estaré de nuevo a bordo.

Al rostro del capitán asomó una expresión de sorpresa que enseguida pasó a ser de reproche.

—Oh, solo quiero divertirme un rato, capitán —protestó Grief, en el tono de disculpa de un crío al que un adulto pesca haciendo una travesura.

El capitán Ward gruñó, pero Denby se mostró alerta.

—Me gustaría ir con usted, señor Grief —dijo.

Grief asintió con la cabeza para dar su consentimiento.

—Traiga hachas y cuchillos de monte —dijo—. Ah, sí, y un par de faroles. Compruebe que tengan combustible.

V

UNA HORA ANTES DEL OCASO, la *Wonder* pasó junto a la pequeña ensenada. El viento soplaba más fuerte y el oleaje aumentaba. El batir del mar teñía de blanco los bajíos próximos a la playa y los que estaban más alejados no eran más que leves manchas. Mientras la goleta se poma contra el viento y facheaba foque y vela de estay, movieron la chalupa con el pescante. A su interior saltaron seis nativos de las islas Santa Cruz vestidos con taparrabos y armados con rifles. Denby, que llevaba los faroles, se dejó caer sobre la tilla de popa y Grief, que iba detrás, se detuvo en la barandilla.

—Rece para que la noche sea oscura, capitán —rogó.

—Lo será —respondió el capitán Ward—. No hay luna y no se verá el cielo. Además, el tiempo estará borrascoso.

El pronóstico hizo resplandecer el rostro de Grief y el leve matiz dorado de su piel morena se hizo más evidente. Salto al interior, junto al sobrecargo.

—¡Desamarren la chalupa! —ordenó el capitán Ward—. ¡Calen el foque! ¡Vire el timón! ¡Ahí! ¡Vía! ¡Conserve el rumbo!

La *Wonder* orientó las velas y rodeó el cabo hacia Gabera, mientras la chalupa, impulsada por seis remos y gobernada por Grief, puso rumbo a la playa. Con gran pericia se introdujo en el estrecho y tortuoso canal, de acceso imposible para cualquier embarcación mayor que una chalupa, hasta dejar atrás los bajos y desembarcar en la playa tranquila y ondulada.

Durante la siguiente hora se centraron en trabajar. Moviéndose entre las palmeras silvestres y la maleza de la jungla, Grief seleccionó los árboles.

—Corta este árbol. Corta aquel árbol —decía a sus nativos—. No cortes ese otro —añadía, negando con la cabeza.

Al final, dejaron limpio un segmento de jungla en forma de cuña. Cerca de la playa quedaba una palmera muy alta. En el vértice de la cuña había otra. Empezaba a oscurecer cuando encendieron los faroles, los subieron a lo más alto de cada árbol y los hicieron firmes.

—El farol más alejado está demasiado alto. —David Grief lo estudió con ojo crítico—. Bájelo unos tres metros, Denby.

VI

EL *Willi-WAW* surcaba las aguas formando una gran ola de proa debido a los restos del ventarrón que ya amainaba. Los negros izaban la mayor, que había sido arriada cuando la tormenta estaba en su punto álgido. Jacobsen supervisaba la operación y les ordenó arrojar las drizas a cubierta y mantener el rumbo, luego se acercó a la amura de sotavento, donde se reunió con Griffiths. Los dos forzaron la vista, intentando ver algo en medio de la oscuridad que recorrían al vuelo, pendientes del ruido del oleaje al romper contra la orilla invisible. De momento se guiaban por ese sonido.

El viento amainó más, en las densas nubes que pasaban rápidamente se abrió un pequeño claro y a la tenue luz de las estrellas emergió la costa revestida de jungla. A lo lejos, frente a la amura de sotavento, surgió un cabo rocoso y accidentado. Ambos miraron fijamente en su dirección.

—Cabo Amboy —anunció Griffiths—. Allí hay bastante profundidad. Coge el timón, Jacobsen, hasta que establezcamos un rumbo. ¡En marcha!

Tras correr a popa descalzo, con las piernas desnudas y su escasa ropa goteando agua de lluvia, el segundo desplazó al negro que iba al timón.

—¿Qué rumbo llevas? —preguntó Griffiths a gritos.

—Sur media al suroeste.

—Ponlo en sur cuarta al suroeste, ¿entendido?

—¡Enseguida!

Griffiths estudió el cambio de posición del cabo Amboy respecto al rumbo del *Willi-Waw*.

—¡Y media al suroeste! —gritó.

—¡Y media al suroeste! —fue la respuesta—. ¡Enseguida!

—¡Mantenlo! ¡Ya basta!

—¡Mantengo rumbo! —Jacobsen le entregó el timón al salvaje —. Ser bueno, mantener rumbo, ¿oír? —advirtió—. No bueno, yo arrancar cabeza.

Volvió a proa con el otro y las nubes se cerraron, la luz de las estrellas se desvaneció y el viento arreció de nuevo.

—¡Cuidado con esa mayor! —gritó Griffiths al oído del segundo, mientras observaba el comportamiento del queche.

Escoró hasta la barandilla de sotavento al tiempo que él medía el peso del viento e intentaba aliviar la presión. El mar templado, con alguna que otra gota fosforescente, bañó sus tobillos y le llegó hasta las rodillas. El viento aulló con más fuerza y los obenques y estayes respondieron a coro mientras el *Willi-Waw* corría escorado.

—¡Hay que arriar la mayor! —gritó Griffiths a la vez que daba un salto hacia las drizas de pico, apartaba de un empujón al negro que las sujetaba, y las desamarraba.

Jacobsen realizó la misma operación en las drizas de boca. La mayor descendió en medio de un gran estruendo y los negros, entre gritos y aullidos, se lanzaron sobre la vela rebelde. El patrón descubrió a uno escondido al amparo de la oscuridad, le dio un puñetazo en la cara y lo obligó a trabajar.

La tormenta no arreciaba y, a pesar de llevar poco trapo, el *Willi-Waw* navegaba veloz. Los dos hombres volvieron a proa para intentar ver algo, en vano, a través de la lluvia, que caía en horizontal debido al viento.

—Vamos bien —dijo Griffiths—. La lluvia no durará mucho. Podemos mantener el rumbo hasta que veamos las luces. Anclamos a trece brazas. Será mejor que, en una noche como esta, revises cuarenta y cinco. Después, aferra la mayor con las jarcias. No la necesitaremos.

Al cabo de media hora, sus ojos cansados se vieron recompensados al atisbar el brillo de dos luces.

—Ahí están, Jacobsen. Yo me ocupo del timón. Reduce la trinquetilla y listos para arriar. Haz que esos negros se muevan.

A popa, con las manos en las cabillas del timón, Griffiths mantuvo el rumbo hasta que las dos luces se alinearon. Entonces, cambió el rumbo de repente y se dirigió hacia ellas. Percibió el fragor y el rugido de la rompiente, pero decidió que estaba más lejos —como debería ser—, en Gabera.

Oyó el grito asustado del segundo y giraba el timón con todas sus fuerzas para rectificar cuando el *Willi-Waw* se estrelló. Al mismo tiempo, el palo mayor se partió y cayó sobre la proa. Los cinco minutos siguientes fueron terroríficos. Todos intentaron aguantar mientras el casco cabeceaba y chocaba contra el frágil coral y el mar templado los bañaba. Entre chirrios y crujidos, el *Willi-Waw* consiguió superar el bajío y se detuvo en el canal del

otro lado, más tranquilo y liso en comparación.

Griffiths estaba sentado junto a la cabina, con la cabeza inclinada sobre el pecho, dominado por una ira y una amargura silenciosas. Levantó la cabeza para mirar las dos luces blancas, una por encima de la otra y perfectamente alineadas.

—Ahí están —dijo—. Y esto no es Gabera. Entonces, ¿qué demonios es?

Aunque la rompiente aún rugía, lanzaba espuma por encima del bajío y los empapaba, el viento amainó y salieron las estrellas. Desde la orilla se oyó el ruido de unos remos.

—¿Qué os ha pasado? ¿Habéis sufrido un terremoto? —gritó Griffiths—. El fondo ha cambiado. He fondeado aquí cientos de veces en trece brazas. ¿Eres tú, Wilson?

Una chalupa se abarloó a su costado y un hombre pasó por encima de la barandilla. Griffiths sintió que alguien le encajaba un Colt en el rostro, levantó la mirada y a la tenue luz de las estrellas vio a David Grief.

—No, aquí nunca habías fondeado antes —se rio Grief—. Gabera está al otro lado del cabo, adonde me iré en cuanto haya cobrado esas insignificantes mil doscientas libras. No hace falta que te haga un recibo. Tengo aquí tu pagaré y bastará con que te lo devuelva.

—¡Has sido tú! —exclamó Griffiths, poniéndose en pie de un salto, dominado la ira—. ¡Tú falsificaste las luces de enfilación! Me has hecho naufragar y…

—¡Calma! ¡Calma! —El tono de Grief era frío y amenazador—. Devuélveme las mil doscientas libras, por favor.

Una enorme impotencia se apoderó de Griffiths. Se sintió poseído por un asco profundo: asco por esas tierras de sol y las fiebres que causaba, por la futilidad de su esfuerzo, por ese hombre superior, de ojos azules y piel morena, que lo vencía en todo.

—Jacobsen —dijo—, ¿serías tan amable de abrir la caja del dinero y pagarle a esta… a esta sanguijuela mil doscientas libras?

[1911]

El orgullo de Aloysius Pankburn

I

UNQUE ERA RÁPIDO en detectar la promesa de aventuras y siempre estaba preparado para que algo inesperado surgiera tras la siguiente palmera, David Grief no recibió advertencia alguna la primera vez que se fijó en Aloysius Pankburn. Fue a bordo del pequeño vapor *Berthe*. Dejando atrás a su goleta, que lo seguiría unos días después, Grief había comprado un pasaje para la breve travesía de Raiatea a Papeete. La primera vez que vio a Aloysius Pankburn, ese caballero algo achispado bebía en solitario un cóctel, en el pequeño bar entre

cubiertas y próximo a la barbería. Media hora más tarde, cuando el barbero hubo acabado con Grief, Aloysius Pankburn continuaba en la barra, bebiendo solo.

No es bueno que un hombre beba solo y Grief lo observó atentamente al pasar. Vio un joven fornido de unos treinta años, atractivo y bien vestido que sin duda era un caballero. Pero en el leve indicio de desaliño, en la mano temblorosa y ávida que derramaba el licor y en los ojos nerviosos y vacilantes Grief interpretó las inequívocas señales del alcohólico crónico.

Después de cenar volvió a encontrarse con Pankburn. En esa ocasión fue en cubierta y el joven, agarrado a la barandilla y observando de lejos las siluetas borrosas de un hombre y una mujer que ocupaban dos hamacas situadas muy juntas, estaba llorando, borracho. Grief se fijó en que el brazo del hombre rodeaba la cintura de la mujer. Aloysius Pankburn continuaba mirando, sin dejar de llorar.

—No hay nada por lo que llorar —dijo Grief, amablemente.

Pankburn lo miró y sus ojos derramaron lágrimas de profunda autocompasión.

—Es duro —sollozó—. Muy, muy duro. Ese hombre es mi administrador. Yo le doy empleo. Le pago un dineral. Y así es cómo se lo gana.

—En ese caso, ¿por qué no le pone fin? —aconsejó Grief.

—No puedo. Ella me dejaría sin whisky. Es mi enfermera.

—Pues despídala a ella y emborráchese a gusto.

—No puedo. Él tiene todo mi dinero. Y si lo hago, no me daría ni unas monedas para pagarme una copa.

Tan aciaga posibilidad provocó una nueva avalancha de lágrimas. Grief se sintió interesado. Esa era una de las situaciones excepcionales que jamás habría imaginado.

—Se comprometieron a cuidar de mí —lloriqueaba Pankburn—, a apartarme de la bebida. Y así es cómo lo hacen, holgazaneando por todo el barco y dejando que me mate bebiendo. Le aseguro que no es justo. Los enviaron conmigo con la expresa finalidad de no dejarme beber y me permiten beber hasta envilecerme con tal de que los deje en paz. Si me quejo, amenazan con no darme ni una gota más. ¿Qué puede hacer un pobre diablo como yo? Serán responsables de mi muerte. Acompáñeme abajo.

Soltó la barandilla y se habría caído si Grief no lo hubiese agarrado del brazo. De repente, pareció transformarse, se enderezó físicamente, adelantó la barbilla en un gesto agresivo y un brillo de dureza asomó a sus ojos.

—No permitiré que me maten. Y lo lamentarán. Les ofrecí cincuenta mil… después, por supuesto. Se rieron de mí. Ellos no lo saben. Pero yo sí. —Buscó a tientas en el bolsillo de su chaqueta y sacó un objeto que destelló a pesar de la poca luz—. No saben lo que esto significa. Pero yo sí. —Miró a Grief con repentina sospecha —. ¿Cómo lo interpreta usted? ¿Eh? ¿Cómo lo interpreta?

David Grief tuvo la repentina visión de un alcohólico degenerado matando a una pareja joven y encantadora con un pasador de cobre, porque lo que sujetaba en la mano era un pasador de cobre, una herramienta náutica ya anticuada.

—Mi madre cree que estoy aquí para curarme del hábito de beber. Ella no lo sabe. Soborné al médico para que me recetara un viaje. Cuando lleguemos a Papeete, mi administrador alquilará una goleta y zarparemos. Pero ni en sueños se lo imaginan. Creen que es por el alcohol. Yo lo sé. Solo yo lo sé. Buenas noches, señor. Me voy a la cama, a menos que… quiera tomarse una última copa antes de dormir. La última.

II

DURANTE la SEMANA siguiente, en Papeete, Grief vio fugazmente a Aloysius Pankburn en numerosas y extrañas ocasiones. También lo vieron todos los que estaban en la capital de la pequeña isla: hacía años que ni en la playa ni en la pensión de Lavina se escandalizaban tanto. A mediodía, con la cabeza al descubierto, vestido solo con un bañador, Aloysius Pankburn recorrió la calle principal desde la pensión hasta el puerto. Se puso los guantes de boxeo para enfrentarse a un fogonero del *Berthe*, en un combate a cuatro asaltos en el *Folies Bergères*, y cayó noqueado en el segundo asalto. Además, intentó el disparate de ahogarse en una charca de cincuenta centímetros de profundidad, se zambulló —borracho y con un estilo magnífico— desde los quince metros de altura de los obenques del *Mariposa*, atracado en el embarcadero, y alquiló la

balandra *Toerau* a un precio mayor que el de compra, problema del que lo salvó la negativa de su administrador a ratificar el acuerdo. Compró el puesto del viejo leproso ciego del mercado y vendió frutos del pan, plátanos y batatas a precios tan bajos que los gendarmes se vieron obligados a acudir para atajar la avalancha de nativos en busca de gangas. En esa misma línea, los gendarmes lo arrestaron tres veces por desorden público y tres veces su administrador abandonó su cortejo el tiempo suficiente para pagar las multas impuestas por una administración colonial necesitada de ingresos.

Luego el *Mariposa* zarpó rumbo a San Francisco y en la suite nupcial iban el administrador y la enfermera, recién casados. Antes de partir, el administrador tuvo el detalle de entregar ocho billetes de cinco libras a Aloysius y, como consecuencia fácil de adivinar, Aloysius se despertó varios días después arruinado y peligrosamente cerca del *delirium tremens*. Lavina, conocida por su generosidad, incluso con los peores bribones y granujas de la Polinesia, lo cuidó y no permitió que se diese cuenta, mientras recuperaba la consciencia poco a poco, de que ya no tenía administrador ni dinero para pagar la pensión.

Varias noches después, David Grief, recostado bajo el toldo de la cubierta de popa de la *Kittiwake*, echando una ojeada despreocupada a la escasa información del *Avant-Coureur* de Papeete, se incorporó de repente y estuvo a punto de frotarse los ojos. Era increíble, pero allí estaba. La vieja leyenda de la Polinesia no había muerto. Leyó:

Se busca socio para intercambiar la mitad de un tesoro enterrado, cuyo valor asciende a cinco millones de francos, por el transporte para una persona hasta una isla desconocida del Pacífico y medios suficientes para llevarse el botín. Preguntar por Folly, en la pensión de Lavina.

Grief consultó su reloj. Aún era temprano, solo marcaba las ocho.

—Señor Carlsen —dijo en la dirección de una pipa encendida—, avise a la tripulación del bote. Bajo a tierra.

La voz grave del segundo oficial noruego se oyó a proa y media docena de fornidos nativos de Rapa dejaron sus cánticos y se ocuparon del bote.

—Vengo a ver a Folly, supongo que será señor Folly —dijo David Grief a Lavina.

Se fijó en la mirada de interés que asomó a los ojos de la mujer, al tiempo que volvía la cabeza para emitir una orden en lengua nativa en dirección a las dos puertas abiertas que daban a la cocina. Unos minutos después, una nativa descalza entró y negó con la cabeza.

La decepción de Lavina resultó evidente.

—Usted para a bordo de la *Kittiwake*, ¿no es así? —preguntó—. Le diré que ha venido.

—Pero, ¿se trata de un hombre? —inquirió Grief.

Lavina asintió.

—Espero que pueda hacer algo por él, capitán Grief. Yo solo soy una mujer bondaddosa. No sé. Pero él es simpático y puede que diga la verdad. Aunque no lo sé. Usted no es un necio de buen corazón como yo. ¿Le preparo un cóctel?

III

DE NUEVO A BORDO de su goleta, David Grief echaba una cabezada en una hamaca, con una revista de tres meses antes sobre el pecho, cuando lo despertó un ruido parecido al llanto, procedente del costado del buque. Abrió los ojos. A bordo del mercante chileno que se encontraba a un cuarto de milla de distancia sonaron ocho campanadas. Era medianoche. Al costado se oyó una salpicadura y otra queja. Le pareció una mezcla de algo anfibio y el llanto de un hombre para sí mismo, la salmodia lastimera de sus penas ante el universo.

De un salto, David Grief se plantó en la barandilla inferior. Abajo, de donde procedía el ruido, se veía una zona de agua agitada y fosforescente. Se inclinó por encima de la barandilla, aseguró con fuerza su mano bajo la axila de un hombre y, entre tirones, sacudidas e impulsos, lanzó sobre la cubierta el cuerpo desnudo de Aloysius Pankburn.

—No tenía dinero —se quejó—. Tuve que venir nadando y no encontraba la forma de subir. Lo he pasado fatal. Discúlpeme. Si tuviese una toalla para taparme un poco y un trago de algo fuerte,

me recuperaría antes. Yo soy el señor Folly y usted es el capitán Grief, supongo, quien vino a verme cuando yo estaba fuera. No, no estoy borracho. Tampoco tengo frío. No tiemblo por eso. Hoy Lavina solo me ha dado dos tragos. Estoy al límite del *delirium tremens*, eso es todo, y al darme cuenta de que no podía subir a bordo empecé a ver cosas raras. Le agradecería mucho que me llevase abajo. Ustedes el único que ha respondido a mi anuncio.

La noche era cálida, pero él temblaba terriblemente y, una vez abajo, en el camarote, incluso antes de entregarle la toalla, Grief se ocupó de ponerle en la mano medio vasito de whisky.

—Y ahora, cuente —dijo Grief, cuando su invitado se hubo puesto una camisa y un pantalón—. ¿De qué trata su anuncio? Le escucho.

Pankburn miró la botella de whisky, pero Grief negó con la cabeza.

—De acuerdo, capitán, aunque le aseguro por el poco honor que me queda que no estoy bebido, en absoluto. Además, lo que voy a contarle es cierto y seré breve, porque tengo claro que usted es un hombre de acción. Y, por si fuera poco, tiene buena química. Para usted, el alcohol nunca ha supuesto un millón de gusanos royendo a la vez cada célula de su cuerpo. Nunca ha bajado al infierno. Yo me encuentro allí ahora mismo. Me estoy quemando. Ahora escuche.

»Mi madre aún vive. Es inglesa. Yo nací en Australia. Me formé en York y Yale. Soy máster en Humanidades, doctor en Filosofía; y no soy bueno. Además, soy alcohólico. He sido atleta. Era capaz de hacer el salto del ángel desde más de treinta metros de altura. Tengo varios récords en la categoría de aficionado. Soy un pez. El mayor de los Cavill me enseñó a nadar a crol. He nadado treinta millas náuticas con marejada. Aún tengo otro récord. He trasegado más whisky que cualquier otro hombre de mi edad. Podría ser capaz de robarle para pagarme una copa. Por último, le contaré la verdad.

»Mi padre era norteamericano, alumno de la Academia Naval de Annapolis. Fue guardiamarina en la guerra de Secesión. En 1866 era teniente en el *Suwanee*. Su capitán era Paul Shirley. En el 66 el *Suwanee* carboneó en una isla del Pacífico que no voy a mencionar, ahora bajo un protectorado que entonces no existía y que quedará en el anonimato. En tierra, tras la barra de una taberna, mi padre

vio tres pasadores de cobre pertenecientes a un barco.

David Grief sonrió levemente.

—Yo puedo decirle el nombre del puesto donde carbonearon y del protectorado al que luego pasó a pertenecer —dijo.

—¿Y de los tres pasadores? —preguntó Pankburn con la misma calma—. Adelante, porque ahora están en mi poder.

—Por supuesto. Se encontraban tras la barra del bar de Oscar *el Alemán*, en Peenoo-Peenee. Johnny Black los sacó de su goleta y los llevó allí la noche en que murió. Volvía de realizar un largo viaje hacia el oeste, pescando pepinos de mar y comerciando con madera de sándalo. Toda la playa conoce la historia.

Pankburn negó con la cabeza.

—Continúe —lo animó.

—Fue antes de que yo llegara, claro —explicó Grief—. Solo le cuento lo que me han contado. A continuación arribó el crucero ecuatoriano, que venía del oeste e iba camino de casa. Sus oficiales reconocieron los pasadores. Mataron a Johnny Black. Se apoderaron de su segundo y de su cuaderno de bitácora. Zarparon de nuevo rumbo al oeste. Seis meses después, de nuevo en dirección a casa, se detuvieron en Peenoo-Peenee. Habían fracasado y la historia se filtró.

—Cuando los revolucionario estaban a punto de entrar en Guayaquil —continuó Pankburn el relato—, los oficiales federales, convencidos de que era inútil intentar defender la ciudad, se apoderaron del cofre del tesoro del Gobierno, que contenía alrededor de un millón de dólares en oro, aunque todo en moneda inglesa, y lo llevaron a borde de la goleta norteamericana *Flirt*. Pensaban zarpar al amanecer. Pero el capitán norteamericano huyó en plena noche. Siga usted.

—Es una vieja historia —reanudó el relato Grief—. No había otro buque en el puesto. Los líderes federales no pudieron escapar. Hicieron de tripas corazón y defendieron la ciudad. Rojas Salcedo llegó a marchas forzadas desde Quito y rompió el asedio. La revolución fue aplastada y el único vapor, ya viejo, que formaba la Armada ecuatoriana fue enviado en persecución de la *Flirt*. La encontraron entre las islas Banks y las Nuevas Hébridas, en facha y enviando señales de socorro. El capitán había muerto el día anterior de fiebre de aguas negras.

—¿Y el segundo?

—Al segundo lo habían matado una semana antes los nativos de una de las islas Banks, cuando enviaron un bote a tierra en busca de agua. No quedaban más oficiales de derrota. Torturaron a la tripulación. Era un caso fuera del Derecho Internacional. Querían confesar, pero no podían. Contaron lo de los tres pasadores en los árboles de la playa, pero no sabían en qué isla estaban. Solo sabían que quedaba al oeste, muy al oeste. A partir de aquí, la historia tiene dos continuaciones. Una es que todos murieron torturados. Otra, que los supervivientes acabaron colgando del penol. En cualquier caso, el crucero ecuatoriano volvió a casa sin el tesoro. Johnny Black llevó los tres pasadores a Peenoo-Peenee y los dejó en el bar de Oscar *el Alemán*, pero nunca contó cómo ni dónde los había encontrado.

Pankburn miró fijamente la botella de whisky.

—Solo dos dedos —gimoteó.

Grief se lo pensó y le sirvió muy poco. Los ojos de Pankburn brillaron y el whisky le insufló nueva vida.

—Ahora es cuando yo completo los detalles que faltan —dijo—. Johnny Black sí que lo contó. Se lo contó a mi padre. Le escribió desde Levuka antes de acabar muriendo en Peenoo-Peenee. Mi padre le había salvado la vida una noche de bronca en Valparaíso. Un tratante de perlas chino que zarpó de la isla Jueves para buscar más material al norte de Nueva Guinea le compró los tres pasadores a un negro. Johnny Black se los compró al peso porque eran de latón. No tenía ni la más mínima idea, como tampoco la tenía el chino, pero al regreso se detuvo para comprar tortugas carey en la misma playa en la que usted dice que mataron al segundo del *Flirt*. Sin embargo, no lo habían matado. Los nativos de las Banks lo retuvieron prisionero y se estaba muriendo de una necrosis en la mandíbula, debido a la herida causada por una flecha durante la pelea en la playa. Antes de morir le contó la historia a Johnny Black. Johnny Black le escribió a mi padre desde Levuka. Tenía cáncer y le quedaba poco tiempo. Diez años después, Oscar *el Alemán* le entregó los pasadores a mi padre, cuando era capitán del *Perry*. Y de mi el padre, según su testamento y últimas voluntades, recibí yo los pasadores y la información. Sé cuál es la isla y conozco la latitud y longitud de la playa en la que los tres pasadores fueron

clavados en los árboles. Ahora los pasadores están en la pensión de Lavina. La latitud y longitud, en mi cabeza. ¿Qué le parece?

—Que hay gato encerrado —afirmó al instante Grief—. ¿Por qué no fue su padre a buscar el tesoro?

—No lo necesitaba. Un tío suyo falleció y le dejó una fortuna. Se retiró de la Armada se metió en líos con un montón de enfermeras y mi madre se divorció. Ella también heredó una renta de treinta mil dólares y se fue a vivir a Nueva Zelanda. Yo me repartía entre los dos, pasaba la mitad del tiempo en Nueva Zelanda y la otra mitad en Estados Unidos hasta que mi padre murió el año pasado. Ahora soy todo para mi madre. Él le dejó su dinero, un par de millones, pero mi madre me ha puesto tutores por culpa de la bebida. Tengo un montón de dinero pero no puedo tocar un centavo, excepto el poco que me dan. Mi padre, que sabía de mis problemas con la bebida, me dejó los tres pasadores y la información concerniente a ellos. Lo hizo a través de sus abogados, sin que mi madre lo supiera. Dijo que era mejor que un seguro de vida y que, si tenía el valor de ir a buscarlo, podría atiborrarme de alcohol hasta reventar y morir. Millones en las manos de mis tutores, otro dineral de mi madre si llega antes que yo al crematorio, un millón más esperando que lo desentierre y, mientras tanto, Lavina se ocupa de mí y me regala dos tragos al día. Es un infierno… si tiene en cuenta mi sed.

—¿Dónde está la isla?

—Muy lejos de aquí.

—Dígamelo.

—Ni loco, Capitán Grief. Con esto ganará medio millón sin hacer gran cosa. Navegará siguiendo mis instrucciones y cuando nos encontremos mar adentro y camino de allí se lo diré, pero no antes.

Grief se encogió de hombros para quitarle importancia al asunto.

—Le daré otra copa y luego lo enviaré a tierra en el bote.

Pankburn se quedó desconcertado. Dedicó cinco minutos a debatir consigo mismo, luego se relamió los labios y se rindió.

—Se lo diré ahora si me promete que iremos.

—Pues claro que estoy dispuesto a ir. Por eso se lo he preguntado. Dígame cómo se llama la isla.

Pankburn miró hacia la botella.

Quiero tomarme esa copa ahora, capitán.

—No, de eso nada. Esa copa se la ofrecí porque se iba a ir a

tierra. Pero si me va a decir el nombre de la isla, quiero que lo haga estando sobrio.

—Es la isla Francis, si tanto le interesa. Bougainville la bautizó isla Barbour.

—Solitaria en la parte alta del Mar de Coral —dijo Grief—. La conozco. Queda entre Nueva Irlanda y Nueva Guinea. Ahora es un agujero despreciable, pero estaba bien cuando el *Flirt* clavó los pasadores y el comerciante de perlas chino los compró. El vapor *Castor*, que reclutaba mano de obra para las plantaciones de Upolu, cayó allí hace dos años con todos los que iban a bordo. Yo conocía bien a su capitán. Los alemanes enviaron un crucero, bombardearon el bosque, quemaron media docena de aldeas, mataron a un par de negros y muchos cerdos y… y eso fue todo. Allí los negros siempre han sido malos, pero se volvieron malos de verdad hace cuarenta años. Fue entonces cuando acabaron con un ballenero. A ver, ¿cómo se llamaba?

Se acercó a la estantería, sacó la voluminosa *Guía de la Polinesia* y fue pasando sus páginas.

—Sí, aquí está. Francis o Barbour. —Echó una ojeada—. Nativos guerreros y traicioneros, melanesios, caníbales. Ballenero *Western* acorralado y hundido, así se llamaba. Bajíos, cabos, fondeaderos… ah, Redscar, bahía de Owen, bahía Likikili, esta es mejor; entrantes profundos, manglares, posible fondear en nueve brazas cuando el peñasco blanco del farallón marca oeste sudoeste. —Grief levantó la mirada—. Esta es su playa, Pankburn. Estoy seguro.

—¿Irá? —preguntó el otro con impaciencia.

Grief asintió.

—Tiene buena pinta. Si la historia hubiese hablado de cien millones o alguna otra suma descabellada no me habría parado a pensarlo. Zarparemos mañana, pero con una condición. Tendrá que ponerse a mis órdenes para todo.

Su visitante asintió categórica y alegremente.

—Y eso significa no beber.

—Es mucho pedir —gimoteó Pankburn.

—Son mis condiciones. Sé lo bastante como para darme cuenta de que los daños que sufre aún no son irreversibles. Y tendrá que trabajar, pero trabajar duro, como los marineros. Formará parte de las guardias regulares y de todo lo demás, aunque comerá y dormirá

con nosotros.

—Acepto. —Pankburn extendió la mano para ratificar el acuerdo—. Si no me mata —añadió.

David Grief sirvió tres generosos dedos de whisky en el vaso y se lo ofreció.

—Entonces, aquí tiene su última copa. Tómesela.

La mano de Pankburn llegó a mitad de camino. Con un repentino espasmo de resolución, dudó, echó los hombros hacia atrás y alzó la cabeza.

—Creo que no —dijo. Luego se rindió débilmente al deseo y echó la mano, veloz, hacia el vaso, como si temiese que se lo arrebatasen.

IV

La travesía desde Papeete, en las islas de la Sociedad, hasta la zona alta del mar de Coral —desde 150º longitud oeste a 150º longitud este— equivale, en línea recta, a cruzar el Atlántico. Pero la *Kittiwake* no viajó en línea recta. Las numerosas empresas de David Grief la obligaron a desviar el rumbo muchas veces. Se detuvo para echarle una ojeada a la isla Rose, que no estaba habitada, con idea de colonizarla y plantar palmeras cocoteras. Después presentó sus respetos a Tui Manua, al este de Samoa, y preparó la situación para hacerse con un tercio del monopolio comercial de las tres islas de ese rey moribundo. Desde Apia llevó varios agentes de relevo y una carga de bienes para comerciar a las islas Gilbert. Se acercó al atolón de Ontong Java, inspeccionó sus plantaciones de Santa Isabel y compró tierras a los jefes de la costa noroeste de Malaita. Y durante toda esa ruta sinuosa hizo de Aloysius Pankburn un hombre.

Ese bebedor, aunque vivía a popa, se vio obligado a hacer el trabajo de un marinero común. No solo se ocupaba del timón, subía a la cofa del vigía, halaba escotas y manipulaba polipastos, sino que también se le encomendaban las labores más sucias y difíciles. Colgado de la arboladura, en una guindola, rascó los mástiles y aprendió a no quejarse. Refregó la cubierta con arenisca, lo que le provocó dolor de espalda y desarrolló sus músculos, atrofiados y

fofos. Cuando la *Kittiwake* fondeaba y la tripulación nativa fregaba su obra viva de cobre, para lo que debían bucear y hacerlo bajo el agua, Pankburn cumplía con los turnos tantas veces como fuera necesario.

—Mírate bien —le dijo Grief—. Eres mucho más hombre que cuando subiste a bordo. No has bebido y no te has muerto, y ya casi has expulsado todo el veneno de tu cuerpo. Es el trabajo. Es mejor que cualquier enfermera o administrador. Toma, por si tienes sed. Bebe cuanto quieras.

Con varios movimientos diestros de su cuchillo, Grief cortó un trozo triangular de un coco ya pelado. El líquido denso y fresco, ligeramente lechoso y efervescente, burbujeó hasta el borde. Con una inclinación de cabeza, Pankburn asió la copa natural, se la llevó a los labios y bebió hasta acabarla. Bebía muchos de esos cocos a diario. El camarero negro, un nativo de las Nuevas Hébridas de sesenta años de edad, y su ayudante, un isleño de Lark de once, se ocupaban de ofrecérselos continuamente.

A Pankburn no le importaba trabajar sin descanso. Devoraba el trabajo, nunca ganduleaba y siempre era el primero en obedecer las órdenes. Pero sus sufrimientos durante el período en el que expulsó el alcohol de su organismo resultaron heroicos. Incluso cuando se libró del último resto del veneno, el deseo, como una obsesión, permaneció en su cabeza. Por eso cuando, tras dar su palabra de honor, bajó a tierra en Apia, intentó cerrar los bares bebiéndose todas sus provisiones. Por eso a las dos de la madrugada, David Grief se lo encontró delante del *Tivoli*, del que Charley Roberts lo había echado por alborotar. Aloysius, como antes, salmodiaba sus penas a las estrellas. Además, marcaba el ritmo con pedazos de piedra de coral que lanzaba, con asombrosa puntería, a través de las ventanas de Charley Roberts.

David Grief se lo llevó, pero no se encargó de él hasta la mañana siguiente. Sucedió en la cubierta de la *Kittiwake* y no resultó agradable. Grief lo machacó a puñetazos, le pegó con fuerza, lo castigó, le dio la peor paliza de su vida.

—Por el bien de tu alma, Pankburn —le dijo para enfatizar los golpes—. Por el bien de tu madre. Por la prole que vendrá después. Por el bien del mundo, del universo y de la raza humana futura. Y ahora, para que se te meta bien en la cabeza, vamos a repetirlo.

Este, por el bien de tu alma; y este, por tu madre; este, por los niños no nacidos ni imaginados, a cuya madre amarás por el bien de ellos y el tuyo, gracias a la hombría que será tuya cuando haya acabado contigo. Vamos, toma tu medicina. Aún no he terminado. Estoy empezando. Quedan otras muchas razones que enseguida te explico.

Los marineros morenos y los camareros y el cocinero negros miraban y sonreían. Ni se les ocurría cuestionar cualquiera de las costumbres misteriosas e incomprensibles de los blancos. En cuanto a Carlsen, el segundo oficial, estaba totalmente de acuerdo con el tratamiento que su jefe administraba; mientras que Albright, el sobrecargo, se limitaba a jugar con su bigote y sonreír. Eran hombres de mar. Llevaban una vida dura. Y el alcohol, tanto en ellos mismos como en otros hombres, era un problema que habían aprendido a tratar de una forma distinta a la que enseñaban en las escuelas de medicina.

—¡Chico! ¡Un cubo de agua fresca y una toalla! —ordenó Grief cuando terminó—. Dos cubos y dos toallas —añadió mientras se miraba las manos.

—¡Bueno estás hecho! —le dijo a Pankburn—. Lo has estropeado todo. Había logrado echar el veneno de tu organismo y ahora apestas a él. Tenemos que empezar de nuevo. ¡Señor Albright! Ese montón de cadena vieja de la playa donde desembarcan los botes. Encuentre al dueño, cómprelo y súbalo a bordo. Debe medir unas ciento cincuenta brazas. ¡Pankburn! Mañana por la mañana empiezas a aporrearla para sacarle el óxido. Cuando hayas terminado, te pones a lijarla. Después, la pintas. Y no harás nada más hasta que la cadena quede como nueva.

Aloysius Pankburn negó con la cabeza.

—Lo dejo. Por mí, la isla Francis se puede ir al infierno. Estoy harto de ser tu esclavo. Ten la amabilidad de llevarme a tierra de inmediato. Soy un hombre blanco. No puedes tratarme así.

—Señor Carlsen, usted se ocupará de que el señor Pankburn permanezca a bordo.

—¡Acabaré contigo por esto! —gritó Aloysius—. No puedes detenerme.

—Puedo darte otra paliza —respondió Grief—. Y te diré una cosa más, mocoso beodo, continuaré pegándote mientras mis nudillos resistan o hasta que desees quitarle el óxido a la cadena.

Dije que me ocuparía de ti y haré de ti un hombre, aunque para lograrlo tenga que matarte. Ahora baja a cambiarte de ropa. Prepárate para empezar con el martillo esta misma tarde. Señor Albright, consiga esa cadena enseguida. Señor Carlsen, envíe los botes a tierra para que la traigan a bordo. Además, vigile a Pankburn Si da señales de derrumbarse o de empezar con el tembleque, dele un sorbo, pero pequeño. Es posible que lo necesite, después de lo de anoche.

V

DURANTE el RESTO DEL TIEMPO que la *Kittiwake* permaneció en Apia, Aloysius Pankburn aporreó el óxido de la cadena. La aporreaba diez horas al día. Siguió aporreándola durante la larga travesía hasta las Gilbert. Luego le tocó lijar. Ciento cincuenta brazas son doscientos cincuenta metros y cada eslabón de esa longitud quedó pulido y suavizado a la perfección. Cuando el último eslabón recibió la segunda mano de pintura negra, decidió hablar.

—Dame más trabajo sucio —le dijo a Grief—. Revisaré las demás cadenas si así lo quieres. Y no necesitas preocuparte más por mí. No beberé ni una gota más. Todo será mejorar. Me enfadé mucho cuando me pegaste, pero te aseguro que fue un enfado temporal. ¡Mejoraré! Me prepararé hasta conseguir la dureza de esta cadena, hasta estar tan limpio como ella. Y algún día, David Grief, en algún sitio, como sea, estaré en tan buena forma que te daré una paliza como la que tú me diste. Te destrozaré la cara hasta que ni tus propios negros te reconozcan.

Grief estaba encantado.

—Eso es hablar como un hombre —exclamó—. Solo podrás darme una paliza si vuelves a ser un hombre. Y puede que entonces…

Se detuvo con la esperanza de que el otro captase la sugerencia. Aloysius se quedó pensativo y de repente sus ojos brillaron, cuando comprendió.

—¿Te refieres a que entonces no querré hacerlo?

Grief asintió.

—Eso es lo malo —se lamentó Aloysius—. Creo que no querré.

Comprendo lo que dices. Pero pienso seguir adelante y ponerme en forma de todos modos.

El tono cálido y bronceado del rostro de Grief se volvió más cálido y le ofreció la mano.

—Pankburn, te aprecio aún más por lo que acabas de decir.

Aloysius se la estrechó y negó con la cabeza, en un gesto apenado y sincero.

—Grief —se quejó—, me has cabreado. Has pisoteado mi orgullo y me temo que no se me va a pasar nunca el enfado.

VI

UN BOCHORNOSO DÍA TROPICAL, cuando el último atisbo de los lejanos alisios del sureste se desvanecía y se acercaba el cambio estacional al monzón del noroeste, la *Kittiwake* se acercó a la costa cubierta de jungla de la isla Francis. Grief, con el rumbo magnético y los prismáticos, identificó el volcán que marcaba Resdcar, dejó atrás la bahía de Owen y se quedó sin viento en la entrada de la bahía Likikili. A remolque de los dos botes de remos, mientras Carlsen echaba el escandallo para medir la profundidad, la *Kittiwake* se introdujo despacio en un entrante estrecho y profundo. No había playas. Los manglares llegaban hasta el borde del agua y tras ellos se alzaba una jungla empinada, interrumpida aquí y allá por los picos de algunas rocas. Al cabo de una milla náutica, cuando el peñasco blanco del farallón marcó oeste-sudoeste, la sonda corroboró la información que daba la *Guía de la Polinesia* y fondearon a nueve brazas.

Durante el resto del día y hasta la tarde del siguiente permanecieron esperando a bordo de la *Kittiwake*. No apareció ninguna canoa. No había indicios de vida humana. No parecía haber más vida que la esporádica salpicadura de un pez o los gritos de las cacatúas. Sin embargo, en una ocasión, una mariposa enorme —treinta centímetros de un extremo al otro—, aleteó por encima de los mástiles y cruzó a la jungla de enfrente.

—No tiene sentido que enviemos un bote para que lo ataquen —dijo Grief.

Pankburn se mostró incrédulo y se ofreció voluntario para ir

solo, aunque fuese a nado si no le prestaban el chinchorro.

—No se han olvidado del crucero alemán —explicó Grief—. Apuesto a que esa maleza está llena de hombres ahora mismo. ¿Qué opina usted, señor Carlsen?

Aquel veterano aventurero de las islas mostró su acuerdo con mucho énfasis.

A última hora de la tarde del segundo día Grief ordenó bajar una chalupa. Se situó en proa con un cigarro encendido en la boca y un cartucho de dinamita de mecha corta en la mano: pretendía usarlo para pescar. En las bancadas habían situado media docena de Winchesters. Albright, que se ocupaba del timón de espadilla, tenía un Mauser al alcance de la mano. Remaban siguiendo el verde muro de vegetación. A veces descansaban apoyados en los remos y en medio de un profundo silencio.

—Doble contra sencillo a que la vegetación está llena de ellos, hasta arriba —susurró Albright.

Pankburn escuchó un minuto más y aceptó la apuesta. Cinco minutos después avistaron un banco de mújoles. Los remeros nativos se detuvieron. Grief acercó la mecha a su cigarro y arrojó el cartucho. La mecha era tan corta que el cartucho explotó en el instante posterior a tocar el agua. Y en ese mismo instante, el bosque cobró vida. Se oyeron violentos gritos de desafío y muchos cuerpos negros y desnudos saltaron como monos desde el manglar.

En la chalupa alzaron los rifles. Luego llegó la espera. Más de un centenar de negros, unos pocos armados con Sniders viejos pero la mayoría armados con hachas, lanzas endurecidas al fuego y flechas con puntas de hueso, se apiñaba sobre las raíces que sobresalían en la bahía. Nadie hablaba. Cada grupo observaba al otro, separados por seis metros de agua. Un negro viejo y tuerto, con gesto enfurecido, apoyaba un Snider en la cadera, con el que apuntaba a Albright, quien a su vez lo apuntaba con el Mauser. Así transcurrieron un par de minutos. Los peces que habían recibido la descarga salían a la superficie o luchaban, medio atontados, en el fondo de las aguas cristalinas.

—Está bien —dijo Grief en voz baja a los nativos—, dejad las armas y saltad por la borda. Señor Albright, láncele el tabaco a ese salvaje tuerto.

Mientras los nativos de Rapa se sumergían para coger el

pescado, Albright lanzó hacia la orilla un atado de tabaco para comerciar. El tuerto asintió con la cabeza y arrugó sus rasgos en un intento por mostrarse amable. Bajaron las armas, destensaron los arcos y guardaron las flechas en los carcajes.

—Conocen el tabaco —anunció Grief mientras remaban de vuelta a bordo—. Tendremos visita. Saque una caja de tabaco, señor Albright, y unos cuantos cuchillos para comerciar. Ahí viene una canoa.

El viejo tuerto, como correspondía a un jefe y líder, avanzaba remando en solitario, enfrentándose al peligro a fin de proteger al resto de la tribu. Mientras Carlsen se inclinaba sobre la barandilla para ayudar a subir al visitante, giró la cabeza y comentó de pasada:

—Han excavado el dinero, señor Grief. El viejo condenado viene cubierto de él.

El tuerto llegó a cubierta trastabillando, con una sonrisa tranquilizadora que no ocultaba el miedo al que se había impuesto pero que aún lo dominaba. Cojeaba debido a una terrible cicatriz de varios centímetros de profundidad que le recorría el muslo desde la cadera a la rodilla. No llevaba ropa alguna, ni siquiera un taparrabos, pero la nariz, perforada en una docena de sitios y en cada agujero una púa de hueso tallada, se erizaba como un puercoespín. Alrededor del cuello y cayendo sobre el sucio pecho llevaba una sarta de soberanos de oro. De las orejas colgaban medias coronas de plata y del cartílago que separaba las fosas nasales pendía un gran penique inglés, deslucido y verde, pero inconfundible.

—Alto, Grief —dijo Pankburn con una naturalidad perfectamente asumida—. Dices que solo conocen los abalorios y el tabaco. Muy bien. Sígueme la corriente. Han encontrado el tesoro y tendremos que recuperarlo negociando con ellos. Llévate a un lado a la tripulación y explícales que solo deben mostrar interés por los peniques, ¿de acuerdo? Las monedas de oro no merecen ni siquiera nuestro desprecio y las de plata las toleramos, pero nada más. Lo único que deseamos son los peniques.

Pankburn se ocupó de comerciar. Por el penique de la nariz del tuerto pagó diez cigarrillos. Dado que a David Grief cada cigarrillo le costaba un centavo, el cambio resultaba claramente injusto. Pero

por las medias coronas Pankburn solo dio un cigarrillo por moneda. Se negó a mirar siquiera la sarta de soberanos. Cuanto más se negaba, más insistía el tuerto en vendérsela. Por fin, con gesto irritado y molesto, y claramente por compasión. Pankburn le dio dos cigarrillos por el collar, que estaba compuesto por diez soberanos.

—Me quito el sombrero —le dijo Grief a Pankburn esa noche durante la cena—. La situación es evidente: has invertido la escala de valores. Pensarán que los peniques son sus posesiones más valiosas y que los soberanos no valen nada. Como resultado, retendrán los peniques y nos obligarán a comprarles los soberanos. ¡Pankburn, brindo a tu salud! Chico, trae otra taza de té para el señor Pankburn.

VII

La semana siguiente tuvo el color del oro. Desde el alba al ocaso una hilera de canoas aguardaba con los remos en posición de descanso a sesenta metros de distancia. Ese era el límite. Lo mantenían los marineros de Rapa, armados con rifles. Solo permitían que las canoas se acercaran de una en una a la goleta y que los negros subieran también de uno en uno a cubierta. Allí, bajo el toldo, relevándose uno al otro en tumos de una hora, era donde comerciaban los cuatro hombres blancos. La tarifa de cambio era la que había establecido Pankburn con el tuerto. Cinco soberanos por un cigarrillo; cien soberanos, veinte cigarrillos. De esa forma, un caníbal astuto depositaba sobre la mesa mil dólares en oro y se marchaba, enormemente satisfecho, con tabaco por valor de cuarenta centavos en la mano.

—Espero que tengamos tabaco suficiente para todo —murmuró Carlsen en tono dudoso cuando hubo que abrir otra caja.

Albright se rio.

—Abajo tenemos cincuenta cajas —le dijo— y, según mis cálculos, con tres cajas compramos cien mil dólares. Solo había un millón de dólares enterrado, así que nos bastan treinta cajas para conseguirlo. Aunque está el margen de la plata y los peniques. Parece que los ecuatorianos echaron mano de toda cuanta moneda

estaba a la vista.

Aparecieron muy pocos peniques y chelines, a pesar de que Pankburn preguntaba continuamente por ellos, sin ocultar su impaciencia. Al parecer, lo que realmente deseaba eran los peniques y sus ojos lanzaban destellos de codicia en cuanto vislumbraba uno. Tal y como había teorizado, los salvajes llegaron a la conclusión de que debían deshacerse antes del oro, debido a su escaso valor. Un penique, cincuenta veces más valioso que un soberano, era digno de retener y atesorar. Sin duda, en sus guaridas de la jungla, los ancianos habrían acordado elevar el precio de los peniques cuando se hubiesen librado de todo el oro sin valor. ¿Quién sabía? A lo mejor lograban que esos blancos desconocidos les diesen veinte cigarrillos por cada moneda inservible.

A finales de semana el comercio empezó a flojear. Se veía poco oro. De vez en cuando traían algún penique, que cambiaban de mala gana por diez cigarrillos. Lo que sí trajeron fueron varios miles de dólares de plata.

La mañana del octavo día no comerciaron. Los ancianos habían madurado su plan y exigían veinte cigarrillos por un penique. El tuerto les comunicó el nuevo precio. Los blancos aparentaron tomárselo muy seriamente porque permanecieron allí de pie, debatiendo en voz baja. Si el tuerto hubiese entendido el inglés, habría tenido claro lo que ocurría.

—Tenemos algo más de ochocientos mil dólares, sin contar la plata —dijo Grief—. Y eso es todo lo que poseen. Es muy probable que las tribus del interior tengan los otros casi doscientos mil que faltan. Regresemos en tres meses y las tribus de la costa habrán comerciado para recuperarlos. Además, para entonces ya se habrán quedado sin tabaco. Sería un pecado comprar peniques —sonrió Albright—. Va contra mi alma ahorradora de comerciante.

—Empieza a soplar un ligero viento terral —dijo Grief mientras miraba a Pankburn—. ¿Qué opinas?

Pankburn asintió.

—Muy bien. —Grief calculó la suavidad e irregularidad del viento que rozaba su mejilla—. Señor Carlsen, vire a pique y desamarre las jarcias. Tenga los botes preparados por si tienen que remolcarnos. Este viento no es de fiar.

Recogió una caja abierta de tabaco, que contenía seis o siete

centenas de cigarrillos, se la entregó al tuerto y ayudó al desconcertado salvaje a saltar la barandilla. Cuando empezaron a izar la mayor, de las canoas que aguardaban en el límite se alzó un gemido de consternación. Cuando levaron el ancla y la proa de la *Kittiwake* se inclinó a sotavento debido a la brisa, el viejo tuerto desdeñó los rifles que lo apuntaban y remó al costado de la goleta, sin dejar de explicarles por señas que su tribu estaba dispuesta a cambiar los peniques por diez cigarrillos.

—¡Chico, un coco para beber! —pidió Pankburn.

—Tú ahora te vas a Sidney —dijo Grief—. Y luego, ¿qué?

—Volveré contigo a buscar esos doscientos mil —respondió Pankburn—. Mientras, construiré una goleta para navegar entre islas. Además, convocaré a mis tutores ante el tribunal para explicarles por qué deberían devolverme el dinero de mi padre. ¿Quieren motivos? Les voy a dar muchos motivos.

Hinchó los bíceps bajo el fino tejido de la manga, agarró a los dos camareros negros y los alzó por encima de su cabeza como si fueran pesas.

—¡Vamos! Que alguien mueva ese aparejo de mano de la botavara —gritó Carlsen desde popa, donde estaban estibando la mayor a los costados.

Pankburn soltó a los camareros, echó a correr y llegó a la zona de virada antes que un marinero de Rapa.

[1911]

Los demonios de Fuatino

I

DE LAS MUCHAS GOLETAS, queches y balandras de su propiedad que curioseaban entre las islas de coral de la Polinesia, la que más quería David Grief era la *Rattler*, una goleta de noventa toneladas, similar a un yate, con semejante facilidad para correr que en los viejos tiempos se había hecho famosa con el contrabando de opio desde San Diego al estrecho de Puget, por hacer incursiones en las

colonias de focas del mar de Bering y por traficar con armas en el Lejano Oriente. Los representantes del Gobierno la aborrecían y sentían aversión por ella, pero para los marinos era pura felicidad y para los carpinteros de ribera que la construyeron, un orgullo. Incluso ahora, tras cuarenta años de viajes, seguía siendo la misma *Rattler* de siempre, capaz de ganar barlovento de la misma forma impresionante que obligaba a los marinos a ver para creer y que provocaba más de una discusión —de las que pueden acabar en pelea— en las playas y puertos, de Valparaíso a la bahía de Manila.

Esa noche, ciñendo el viento, con la mayor absurdamente deshinchada y los grátiles vibrando con el movimiento ascendente y suave de cada ola, se deslizaba a un mínimo de cuatro nudos, aprovechando hasta el más leve suspiro de brisa. David Grief llevaba una hora inclinado sobre la barandilla, junto a la jarcia de trinquete a sotavento, observando la fosforescencia ininterrumpida que creaba al avanzar. La tenue corriente de aire que las velas delanteras dejaban pasar abanicaba su pecho y sus mejillas y él disfrutaba valorando las cualidades de la goleta.

—¡Eh! Es una maravilla, Taute, una maravilla —le dijo al vigía *kanaka*, mientras acariciaba con afecto la teca de la barandilla.

—Sí, patrón —respondió el *kanaka*, con ese tono profundo y grave tan propio de la Polinesia—. Hace treinta años que sé de barcos, pero ninguno como este. En Raiatea la llamamos *Fanauao*.

—La que ha nacido de día —tradujo Grief el piropo—. ¿Quién se lo puso?

A punto de responder, Taute se concentró de repente en lo que tenía por delante y Grief hizo lo mismo.

—Tierra —dijo Taute.

—Sí. Fuatino —convino Grief, con los ojos aún fijos en el lugar donde el horizonte, iluminado por las estrellas, dejaba entrever una mancha de oscuridad—. De acuerdo, avisaré al capitán.

La *Rattler* continuó avanzando hasta que fue posible ver el alcance de la isla, además de sentirla, hasta que se pudo oír el aletargado rugir de la rompiente y los quejidos de las cabras, hasta que el viento terral les llevó el perfume de las flores.

—Si no se tratara de una simple grieta, podríamos cruzar el paso en una noche como esta —afirmó el capitán Glass, apesadumbrado, mientras observaba al timonel manejar la rueda del timón.

La *Rattler*, a una milla náutica de la costa, se había puesto al pairo para esperar hasta el alba antes de intentar efectuar la peligrosa entrada a Fuatino. La noche tropical era perfecta, sin amenaza de lluvia o borrasca. A proa, cuando sus tareas lo permitían, los marineros de Raiatea se echaban a dormir en cubierta. A popa, el capitán, el segundo y Grief prepararon sus camas con la misma despreocupación. Yacían sobre las mantas, adormilados, fumando y murmurando conjeturas sobre Mataara, la reina de Fuatino, y sobre la aventura amorosa de su hija, Naumoo, con Motuaro.

—Son gentes muy románticas —dijo Brown, el segundo—. Tanto como los blancos.

—Tanto como Pilsach —se rio Grief—. Y eso ya es mucho decir. ¿Cuánto hace, capitán, que lo abandonó?

—Once años —gruñó resentido el capitán Glass.

—Cuéntenmelo —pidió Brown—. Dicen que no ha salido de Fuatino desde entonces. ¿Es verdad?

—Es verdad —rugió el capitán—. Está enamorado de su esposa, ¡esa desvergonzada! Me lo robó y era el mejor marino que ha visto esta profesión, aunque sea holandés.

—Alemán —corrigió Grief.

—Da igual —fue la respuesta—. Esa noche que bajó a tierra y Notutu lo miró, el mar se quedó sin un buen hombre. Creo que se gustaron nada más verse. Antes de darnos cuenta, ella le había puesto una guirnalda de flores blancas y a los cinco minutos se fueron playa adelante, como un par de niños, cogidos de la mano y riendo. Espero que haya volado ese trozo de coral que interrumpe el paso del canal. Al pasar a remolque siempre levanto una lámina o dos de cobre.

—Siga con la historia —insistió Brown.

—Eso es todo. Allí se quedó. Se casó esa misma noche. Ya no volvió a subir a bordo. Al día siguiente lo busqué. Lo encontré en una choza de paja en medio de la vegetación, con las piernas al aire como un salvaje blanco, entre flores y otras cosas, tocando la guitarra. Parecía un condenado idiota. Me pidió que le enviase sus cosas a tierra. Le dije que ni loco. Y no hay más. Mañana verá a su mujer. Tienen tres hijos, unos chavales estupendos. Abajo tengo un gramófono para él y un montón de discos.

—¿Y luego usted lo nombró tratante? —preguntó el segundo a Grief.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Fuatino es la isla del amor y Pilsach sabe amar. También conoce a los nativos. Es uno de los mejores tratantes que tengo… que nunca he tenido. Es responsable. Mañana lo conocerá.

—Escuche, joven —gruñó amenazadoramente el capitán Glass a su segundo—. ¿Es romántico? Porque si lo es, se queda a bordo. Fuatino es la isla de la locura romántica. Todo el mundo está enamorado de alguien. Viven del amor. Está en la leche de los cocos, en el aire o en el mar. En la historia de esa isla, desde hace diez mil años, solo hay aventuras amorosas. Lo sé bien. He hablado con los ancianos. Y si lo pesco por la playa de la mano de…

Su repentino silencio logró que los otros dos lo observaran. Siguieron su mirada, que pasaba por encima de ellos hacia las jarcias mayores, y vieron lo mismo que él: un brazo y una mano morenos, musculosos y húmedos, a los que se unieron enseguida otro brazo y otra mano. Luego apareció la cabeza, cubierta de rizos largos y finos, y después la cara, de ojos negros y picaros, rodeados de esas arrugas que provoca una risa continua.

—¡Por Dios! —exclamó Brown—. Es un fauno… un fauno marino.

—Es el Hombre Cabra —dijo Glass.

—Es Mauriri —añadió Grief—. Es mi hermano de sangre, según la sagrada costumbre nativa. Su nombre es mío y el mío, suyo.

Enseguida asomaron unos anchos hombros morenos y un pecho magnífico y, casi sin esfuerzo, el enorme cuerpo saltó por encima de la barandilla y aterrizó en cubierta sin hacer mido. Brown, quien posiblemente antes de ser segundo oficial de una goleta de cabotaje entre islas habría sido otras cosas, estaba encantado. Toda cuanta información había extraído de los libros proclamaba sin lugar a dudas el parecido a un fauno de aquel visitante de las profundidades. «Pero es un fauno triste», decidió el joven, mientras el moreno dios de los bosques avanzaba hacia donde David Grief aguardaba con la mano extendida.

—David —dijo David Grief.

—Mauriri, hermano —dijo Mauriri.

Y a partir de ahí, según la costumbre de quienes son hermanos

de sangre, intercambiaron sus nombres. Además, hablaban en la lengua polinesia de Fuatino, por lo que Brown solo pudo esperar e imaginar lo que decían.

—Mucho nadar para decir *talofa* —comentó Grief al tiempo que el otro se sentaba y goteaba agua sobre la cubierta.

—Muchos días y noches he esperado tu llegada, hermano —contestó Mauriri—. Sentado en la Roca Grande, donde se esconde la dinamita, de la que soy guardián. Te vi llegar a la entrada y retroceder en la oscuridad. Supe que esperarías a mañana y vine. Tenemos un grave problema. Mataara lleva muchos días pidiendo que llegaras. Es una anciana, Motauro ha muerto y ella está triste.

—¿Se casó con Naumoo? —preguntó Grief, tras sacudir la cabeza y suspirar, según la costumbre.

—Sí. Al final se fueron a vivir entre las cabras hasta que Mataara los perdonó y entonces regresaron a vivir con ella en la Casa Grande. Pero ahora él ha muerto y Naumoo morirá pronto. Es un gran problema, hermano. Tori ha muerto y Tati-Tori, Petoo, Nari, Pilsach y otros.

—¡También Pilsach! —exclamó Grief—. ¿Ha habido enfermedad?

—Ha habido matanza. Escucha, hermano, hace tres semanas entró una goleta desconocida. Desde la Roca Grande vi surgir sus palos a lo lejos. Entró remolcada por los botes, pero no en la zona del coral, así que se golpeó muchas veces. Ahora está en la playa, donde refuerzan las cuadernas rotas. Hay ocho hombres blancos a bordo. Tienen mujeres de alguna isla lejana al este. Las mujeres hablan una lengua que se parece a la nuestra, aunque es distinta. Pero la entendemos. Dicen que los hombres de la goleta las secuestraron. No sabemos qué pensar, porque cantan, bailan y son felices.

—¿Y los hombres? —interrumpió Grief.

—Hablan francés. Lo sé porque, hace mucho, un segundo de tu goleta hablaba francés. Hay dos jefes y no se parecen a los otros. Tienen los ojos azules como tú y son demonios. Uno es mucho más demonio que el otro. Los otros seis también son demonios. No nos pagan el ñame, el taro ni el fruto del pan. Nos lo quitan todo y, si nos quejamos, nos matan. Así mataron a Tori, Tati-Tori, Petoo y otros. No podemos luchar porque no tenemos armas de fuego, solo

dos o tres pistolas viejas.

»Maltratan a nuestras mujeres. Así mataron a Motuaro, quien defendió a Naumoo, a la que ahora tienen a bordo de su goleta. Por eso mataron a Pilsach. El jefe de los dos jefes, el gran demonio, disparó una vez desde su bote y dos cuando Pilsach se arrastraba sobre la arena de la playa. Pilsach era un hombre valiente y Notutu ahora se encierra en su casa y llora sin parar. Muchos de los nuestros tienen miedo y han huido a vivir con las cabras. Pero en las montañas no hay comida para todos. Los hombres ya no salen a pescar ni trabajan sus huertos porque los demonios les quitan todo lo que tienen. Estamos dispuestos a luchar.

»Hermano, necesitamos armas de fuego y mucha munición. Avisé antes de nadar para verte y los hombres esperan. Los blancos no saben que estás aquí. Dame un bote y las armas y podré volver a tierra antes de que amanezca. Y mañana, cuando entres, estaremos preparados para matar a los blancos cuando tú lo digas. Hay que matarlos. Hermano, siempre has sido de los nuestros y los hombres y mujeres han pedido tu llegada a muchos dioses. Y aquí estás.

—Iré contigo en el bote —dijo Grief.

—No, hermano —contestó Mauriri—. Debes entrar en la goleta. Los blancos desconocidos temerán a la goleta, no a nosotros. Nosotros tendremos armas y ellos no lo sabrán. Solo se alarmarán cuando vean entrar tu goleta. Envía a este joven con el bote.

Así fue cómo Brown, ilusionado por las muchas aventuras que había leído e imaginado pero nunca vivido, ocupó su puesto en la tilla de popa de una chalupa cargada de rifles y cartuchos, a los remos cuatro marineros de Raiatea y al timón un fauno marino, cruzó la cálida noche tropical rumbo a Fuatino, la mítica isla del amor, que había sido invadida por piratas del siglo XX.

II

SI TRAZAMOS UNA LÍNEA entre Jaluit, atolón de las Marshall, y Bougainville, en las Salomón, y si cruzamos esa línea dos grados al sur del ecuador con una línea trazada desde Ukuor, en las Carolinas, la isla de Fuatino surgirá en ese tramo de mar solitario, consumido por el sol. Habitada por una raza resistente, mezcla de hawaianos,

samoanos, tahitianos y maoríes, Fuatino constituye la punta del triángulo que forma la Polinesia para penetrar, hacia el oeste, entre la Melanesia y la Micronesia. Y fue Fuatino lo que David Grief divisó a la mañana siguiente, a dos millas náuticas al este, en línea recta con el sol naciente. Soplaba la misma leve brisa del día anterior y la *Rattler* surcaba el mar en calma a un ritmo que habría sido el adecuado para una goleta de cabotaje de haber soplado el viento con el triple de fuerza.

Fuatino no era más que un viejo cráter que algún cataclismo primigenio había impulsado hacia arriba desde el fondo del mar. La parte occidental, desmenuzada y desmoronada hasta el nivel del mar, constituía la entrada al cráter, que era el puerto. Es decir, que Fuatino tenía la forma de una herradura irregular, con el talón señalando al oeste. Y la *Rattler* se dirigía al hueco del talón. El capitán Glass, con los prismáticos en la mano, observó la carta marina que él mismo había dibujado, extendida sobre la cabina, y se enderezó con una expresión en el rostro que era mitad preocupación y mitad resignación.

—Ya viene —dijo—. La fiebre. No me tocaba hasta mañana. Siempre me ataca con fuerza, señor Grief. Dentro de cinco minutos habré perdido la razón. Tendrá que meter usted la goleta. ¡Chico! ¡Prepara mi litera! ¡Con muchas mantas! ¡Llena la bolsa de agua caliente! El mar está tan en calma, señor Grief, que creo que podrá pasar el trozo de coral sin problemas. Tome el viento del través y láncela adelante. Es el único barco de la Polinesia capaz de hacerlo y sé que usted sabrá cómo. Puede pasar rozando la Roca Grande si vigila la botavara mayor.

Había hablado atropelladamente, casi como un borracho, y su cerebro mareado se peleaba con los efectos del ataque de malaria. Mientras se tambaleaba en dirección a la escalera, su rostro se enrojeció y se llenó de manchas, como si lo atacase una inflamación terrible o fuera a descomponerse. Los ojos se volvieron vidriosos y le temblaban las manos, al tiempo que los dientes castañeteaban debido a los escalofríos.

—Dos horas para sudarla —parloteó con una sonrisa espantosa—. Y otras dos pan estar recuperado. Sé de sobra cómo se comporta la condenada. Usted lleve la…

Su voz se convirtió en un débil tartamudeo al tiempo que se

desmayaba, ya en el interior de la cabina, y su jefe se hacía cargo de la goleta. La *Rattler* empezaba a adentrarse en el paso. Los talones de la isla en forma de herradura eran dos grandes montañas rocosas de trescientos metros de altura, cada una casi separada del resto de la isla y conectada a ella por una península estrecha, de tierras bajas. Entre los talones se abría un trecho de media milla náutica de ancho, bloqueado casi en su totalidad por un arrecife de coral que partía del talón sur. El paso, al que el capitán Glass había llamado grieta, se adentraba en el coral, giraba directamente hacia el talón norte y seguía la base de la roca perpendicular. En ese punto, con la botavara mayor casi rozando la roca de babor, Grief, que miraba hacia abajo por estribor, vio que había menos de dos brazas de profundidad y el fondo estaba lleno de bajíos. A remolque de uno de los botes para ayudar en el gobierno y como precaución contra cualquier corriente de aire contraria procedente del acantilado, Grief aprovechó la brisa favorable para lanzar a la *Rattler* al interior y pasar junto al enorme trozo de coral sin rascar el casco. En realidad, lo rozó un poco, pero tan levemente que ni siquiera levantó el cobre.

El puerto de Fuatino se abrió ante él. Era una extensión de agua circular, de cinco millas náuticas de diámetro, bordeada de blancas playas de arena de coral, desde las que las laderas cubiertas de vegetación se elevaban rápidamente hasta las paredes amenazadoras del volcán. Las cimas de esas paredes eran picos volcánicos dentados, cubiertos y rodeados de nubes arrastradas por los alisios, a las que retenían prisioneras. Cada recoveco y grieta de lava en proceso de desintegración servía de base a plantas enredaderas y árboles, creando una espuma verde de vegetación. Delgados riachuelos de agua, que no eran más que finas capas de neblina, descendían haciendo eses a lo largo de más de cien metros. Y, para completar la magia del lugar, el aire cálido y húmedo estaba impregnado del perfume de las casias de flores amarillas.

Ayudada por la ligera y fragante brisa, la *Rattler* logró pasar. Tras ordenar subir el bote a bordo, Grief estudió la orilla con los prismáticos. No había vida. Al cálido resplandor del sol tropical, el lugar parecía dormido. Tampoco había señales de bienvenida. Playa arriba, en la orilla norte, donde una franja de palmeras cocoteras ocultaba la aldea, pudo ver las negras proas de las canoas asomar

en los cobertizos. En la playa descansaba la goleta desconocida, nivelada, con calados iguales a proa y a popa. Nada se movía a bordo ni a su alrededor. Grief aguardó a encontrarse a cincuenta metros de la playa para soltar el ancla a cuarenta brazas. Muchos años antes, en el centro había sondeado hasta trescientas brazas sin alcanzar el fondo, algo que era de esperar en un buen agujero de cráter como Fuatino. Al tiempo que la cadena pasaba con estruendo a través del tubo de escobén vio a varias nativas, voluptuosamente grandes como solo lo son las polinesias, ataviadas con *ahu's* sueltos y coronas de flores, sobre la cubierta de la goleta en la playa. Además, sin que ellas se percatasen, vio cómo un hombre acuclillado se acercaba a escondidas a proa, saltaba a la arena y se ocultaba tras el verde muro de vegetación.

Mientras aferraban las velas, se extendían los toldos y se adujaban escotas y aparejos, David Grief paseó por cubierta, buscando en vano una señal de vida que no fuese la de la otra goleta. Hubo un momento en el que, sin duda alguna, oyó el lejano disparo de un rifle en dirección a la Roca Grande. No hubo más disparos y pensó que alguien había salido a cazar cabras salvajes.

Al cabo de otra hora, el capitán Glass, bajo una montaña de mantas, había dejado de temblar y pasaba por el infierno de sudar profusamente.

—Estaré bien en media hora —dijo con un hilo de voz.

—De acuerdo —respondió Grief—. Esto está como muerto y voy a bajar a tierra para ver a Mataara y enterarme de cómo está la situación.

—Es complicado, mantenga los ojos bien abiertos —advirtió el capitán—. Si no vuelve en una hora, envíe aviso.

Grief se hizo cargo del timón y cuatro de sus hombres de Raiatea ocuparon los remos. Al llegar a la playa miró con curiosidad a las mujeres protegidas bajo el toldo de la goleta. Saludó con la mano y ellas, tras reírse, le devolvieron el saludo.

—¡*Talofa*! —les dijo.

Comprendieron el saludo, pero respondieron «*Iorana*» y supo que provenían de las islas de la Sociedad.

—Huahine —nombró con decisión la isla uno de sus marineros.

Grief les preguntó de dónde venían y entre sonrisas y carcajadas le contestaron que de Huahine.

—Parece la goleta del viejo Dupuy —dijo Grief en tahitiano y en voz baja—. Mirad con disimulo. ¿Qué opináis? ¿Verdad que es la *Valetta*?

Mientras los hombres se ocupaban de empujar el bote playa arriba, aprovecharon para mirar con indiferencia en dirección al barco.

Es la *Valetta* —dijo Taute—. Hace siete años rompió el mastelero. Aparejaron uno nuevo en Papeete. Era tres metros más corto. Es ese.

—Id a hablar con las mujeres. Desde Raiatea casi se ve Huahine y seguro que conocéis a alguna de ellas. Enteraos de todo cuanto podáis. Y si aparece alguno de los hombres blancos, no provoquéis una pelea.

Mientras ascendía la playa, un ejército de cangrejos ermitaños correteó por delante de él, pero bajo las palmeras no había cerdos hozando y gruñendo. Los cocos yacían en el mismo lugar en el que habían caído y en los cobertizos para la copra no había ninguno secándose. El trabajo y el orden habían desaparecido. Encontró desiertas cabaña tras cabaña. Solo se tropezó con un anciano ciego, sin dientes y terriblemente arrugado, que estaba sentado a la sombra y balbuceó de miedo cuando le habló. Era como si una plaga hubiese caído sobre el lugar, pensó Grief cuando por fin se acercó a la Casa Grande. Todo era desolación y caos. No había hombres y doncellas coronados de flores ni bebés morenos a la sombra de los aguacates. En el umbral, agachada y meciéndose hacia delante y hacia atrás, se sentaba Mataara, la anciana reina. Lloró al verlo, tanto por el dolor que le causaba el relato de sus penas como por la tristeza de que no le quedasen vasallos para ofrecerle su hospitalidad.

—Así que se llevaron a Naumoo —dijo al final de su historia—. Motauro ha muerto. Mi gente ha huido y pasa hambre entre las cabras. Y no hay nadie que pueda abrirte al menos un coco para que bebas. Hermano, tus hermanos blancos son demonios.

—No son mis hermanos, Mataara —la consoló Grief—. Son ladrones, cerdos, y limpiaré la isla de todos e…

Se interrumpió para girarse, mientras con un movimiento rápido de la mano sacaba el Colt y apuntaba a la figura de un hombre que, totalmente doblado, corría hacía él tras salir de entre los árboles.

No apretó el gatillo y el hombre no se detuvo hasta lanzarse a los pies de Grief y empezar a soltar una retahíla de ruidos bastos y espantosos. Reconoció a la criatura como a la que había visto huir de la *Valetta* e internarse en la vegetación, pero hasta que no la obligó a levantarse y observó las contorsiones del labio leporino no logró entender lo que decía.

—¡Sálvame, amo, sálvame! —gimoteaba el hombre en inglés, aunque sin duda era nativo de los mares del Sur—. ¡Te conozco! ¡Sálvame!

Y luego se entregó a una profusión de incoherencias que no cesó hasta que Grief lo agarró por los hombros y lo zarandeó para que se callara.

—Yo también te conozco —dijo Grief—. Hace dos años eras cocinero en el hotel francés de Papeete. Todo el mundo te llamaba Leporino.

El hombre asintió moviendo la cabeza con fuerza.

—Ahora soy cocinero de la *Valetta* —escupió y farfulló mientras su boca se retorcía en espantosa lucha con su defecto—. Te conozco. Te vi en el hotel. Te vi en la pensión de Lavina. Te vi en la *Kittiwake*. Te vi en el embarcadero del *Mariposa*. Eres el capitán Grief y me salvarás. Esos hombres son demonios. Mataron al capitán Dupuy. Me hicieron matar a la mitad de la tripulación. A dos les dispararon cuando estaban en la cruceta. A los demás les dispararon en el agua. Los conocía a todos. Se llevaron a las mujeres de Huahine. Aumentaron fuerzas con presidiarios de Numea. Robaron a los tratantes de las Nuevas Hébridas. Mataron al tratante de Vanikoro y se llevaron a dos mujeres. Hicieron…

Pero Grief ya no escuchaba. A través de los árboles, en la dirección del puerto, oyó el ruido de los rifles y echó a correr hacia la playa. ¡Piratas de Tahití y presos de Nueva Caledonia! Bonito grupo de forajidos que en ese momento atacaba su goleta. Leporino lo siguió sin dejar de escupir y farfullar su relato de las fechorías de los demonios blancos.

Los disparos cesaron de la misma forma abrupta en la que habían dado comienzo, pero Grief continuó corriendo, perplejo por las siniestras conjeturas que se le ocurrían, hasta que al tomar una curva se tropezó con Mauriri, que corría hacia él desde la playa.

—Hermano —jadeó el Hombre Cabra—. No llegué a tiempo. Se

han apoderado de tu goleta. ¡Vamos! Porque ahora te buscarán a ti.

Empezó a seguir el camino que se alejaba de la playa, por el que había llegado Grief.

—¿Dónde está Brown? —preguntó Grief.

—En la Roca Grande. Después te lo cuento todo. ¡Ahora, vamos!

—¿Y los hombres del bote?

El temor hacía sufrir a Mauriri.

—Están con las mujeres, en la otra goleta. No los matarán. Te digo la verdad. Los demonios quieren marineros. Pero a ti sí te matarán. ¡Escucha! —Desde el agua les llegó una voz quebrada de tenor que entonaba una canción de caza francesa—. Están llegando a la playa. Se han apoderado de tu goleta. Eso lo vi con mis propios ojos. ¡Vamos!

III

AUNQUE NO SE PREOCUPABA por su propia vida ni por su pellejo, la fortaleza de David Grief no era impostada. Sabía cuándo luchar y cuándo salir corriendo, y no tenía dudas de que aquel era el momento de correr. Siguió los pasos de Mauriri camino arriba, dejando atrás al anciano sentado a la sombra y a Mataara, acuclillada en el umbral de la Casa Grande. Tras él, como un perro, iba Leporino. A sus espaldas se oían los gritos de los cazadores, pero el ritmo al que Mauriri los guiaba era tremendo. El ancho sendero se estrechaba, giraba a la derecha y ascendía. Cuando dejaron atrás la última cabaña con techo de paja, cruzaron los densos matorrales de casias y los enjambres de grandes avispas doradas, el camino se empinó hasta convertirse en una senda para cabras. Mauriri señaló hacia arriba, en dirección al lomo desnudo de una roca volcánica, para indicar el camino que cruzaba su superficie.

—Si lo pasamos, estaremos a salvo, hermano —dijo—. Los demonios blancos no se atreverán a subir, porque les tiraremos piedras desde arriba y no hay más caminos. Siempre se detienen aquí y nos disparan mientras cruzamos la roca. ¡Vamos!

Un cuarto de hora después se detuvieron donde el sendero quedaba expuesto sobre la superficie de la roca.

—Esperad y cuando avancéis, hacedlo rápido —advirtió Mauriri.

Salió de un salto a la luz del sol y varios rifles dispararon desde abajo. Las balas chocaban a su alrededor y levantaban nubes de polvo al dar en la piedra, pero consiguió cruzar y ponerse a salvo. Grief lo siguió y una bala se acercó tanto que el polvo del impacto le golpeó la mejilla. Tampoco le dieron a Leporino, aunque tardó más en cruzar.

Durante el resto del día permanecieron en las alturas, en una cañada de lava donde el taro y la papaya crecían en terrazas. Allí Grief hizo planes y comprendió el alcance de la situación.

—Fue mala suerte —dijo Mauriri—. Los demonios blancos escogieron esta noche para salir a pescar. La oscuridad era densa cuando cruzamos el paso. Estaban en botes y canoas. Siempre van armados con sus rifles. Dispararon a uno de los hombres de Raiatea. Brown fue muy valiente. Intentamos pasar para llegar al final de la bahía, pero se nos adelantaron y nos acorralaron entre la Roca Grande y la aldea. Salvamos las armas y la munición, pero se quedaron con el bote. Así se enteraron de tu llegada. Brown está ahora a este lado de la Roca Grande con las armas y la munición.

—¿Y por qué no subió a lo alto de la Roca Grande y me avisó cuando entraba desde el mar? —preguntó Grief en tono crítico.

—No conocen el camino. Solo las cabras y yo lo conocemos. Me olvidé de que no sabían subir y decidí arrastrarme entre la maleza para llegar al agua y nadar hasta ti. Pero los demonios estaban ocultos en la vegetación disparando contra Brown y los de Raiatea; a mí me persiguieron hasta el alba y, durante la mañana intentaron cazarme en las tierras bajas. Entonces entraste con la goleta y se quedaron observando hasta que fuiste a tierra. Yo me escapé entre la maleza, pero tú ya estabas en la playa.

—¿Disparaste tú ese tiro?

—Sí, para avisarte. Pero ellos fueron listos y no respondieron, y yo no tenía más munición.

—Ahora tú, Leporino —dijo Grief al cocinero de la *Valetta*.

Su relato fue largo y lleno de detalles. Había pasado un año navegando desde Tahití hasta las Paumotus a bordo de la *Valetta*. El viejo Dupuy era el dueño y el capitán. En su última travesía contrató a dos extranjeros en Tahití, como segundo y sobrecargo. Además, llevaba a otro desconocido para que fuese su agente en Fanriki. El segundo y el sobrecargo se llamaban Raoul van Asveld y

Cari Lepsius.

—Son hermanos. Lo sé porque los oí hablar de noche, en cubierta, cuando creían que nadie los oía —explicó Leporino.

La *Valetta* navegaba entre las islas, recogiendo conchas y perlas en los puestos de pupuy. Frans Amundson, el tercer desconocido, relevó a Pierre Gollard en Fanriki. Pierre Gollard subió a bordo para regresar a Tahití. Los nativos de Fanriki dijeron que llevaba un cuarto de galón de peí las para entregárselas a Dupuy. La primera noche tras abandonar Fanriki se oyeron disparos en la cabina. Luego tiraron por la borda los cuerpos de Dupuy y Pierre Gollard. Los marineros tahitianos huyeron al castillo de proa. Durante dos días, sin nada que comer y con la *Valetta* en facha, permanecieron abajo. Luego Raoul van Asveld echó veneno en la comida que obligó a Leporino a cocinar y llevar a proa. Murieron la mitad de los marineros.

—Me apuntaba con un rifle, amo, ¿qué podía hacer yo? —lloriqueó Leporino—. Del resto, dos subieron a la cruceta y les dispararon. Fanriki quedaba a diez millas náuticas de distancia. Los otros saltaron por la borda para huir a nado. Les dispararon en el agua. Solo yo sobreviví, y los dos demonios, porque querían que cocinase para ellos. Ese día sopló el viento, volvimos a Fanriki y recogimos a Frans Amundson, que era uno de ellos.

Luego Leporino contó la pesadilla que vivió mientras la goleta navegaba sin rumbo fijo hacia el oeste. Él era el único testigo que quedaba con vida y sabía que, si no fuese el cocinero, lo habrían matado también. En Numea se les unieron cinco presidiarios Nunca permitieron que Leporino bajase a tierra en ninguna de las islas, y Grief era el primer extraño con el que hablaba.

—Y ahora me matarán —escupió Leporino—, porque sabrán que te lo he contado todo. Pero no soy un cobarde y me quedaré contigo, amo. Moriré contigo.

El Hombre Cabra negó con la cabeza y se puso en pie.

—Quédate aquí y descansa —le dijo a Grief—. Esta noche habrá que nadar mucho. En cuanto al cocinero, me lo llevaré ahora a las zonas altas donde mis hermanos viven con las cabras.

IV

—Me alegro de que sepas nadar como un hombre, hermano —susurró Mauriri.

Habían bajado de la cañada de lava hasta la cabecera de la bahía para sumergirse en el agua. Nadaban despacio, sin salpicar, y Mauriri iba delante. Las paredes negras del cráter los rodeaban y tenían la impresión de nadar en el fondo de un cuenco enorme. Por encima, el cielo levemente iluminado. Por delante de ellos veían la luz de posición de la *Rattler* y desde su cubierta, atenuado por la distancia, les llegaba un himno religioso que sonaba en el gramófono encargado por Pilsach.

Los dos nadadores giraron a la izquierda para alejarse de la goleta capturada. Tras el himno, a bordo se oyeron risas y cánticos, y luego el gramófono volvió a sonar. Grief sonrió al oír la letra de «Guíanos, luz generosa» flotar sobre la oscuridad del agua. ¡Qué oportuno!

—Debemos cruzar el paso y salir a tierra en la Roca Grande —susurró Mauriri—. Los demonios controlan las tierras bajas. ¡Escucha!

Media docena de disparos de rifle, efectuados a intervalos irregulares, daban fe de que Brown aún defendía la Roca y los piratas habían invadido la estrecha península.

Al cabo de otra hora nadaban bajo la amenazante mole de la Roca Grande. Mauriri tanteó hasta encontrar una grieta, por la que ascendieron durante treinta metros y alcanzaron una estrecha repisa.

—Quédate aquí —dijo Mauriri—. Yo iré junto a Brown. Volveré por la mañana.

—Voy contigo, hermano —dijo Grief.

Mauriri se rio en la oscuridad.

—Ni siquiera tú, hermano, podrías conseguirlo. Yo soy el Hombre Cabra y solo yo, de todo Fuatino, puedo ascender la Roca Grande de noche. Además, será la primera vez que incluso yo lo haga. Extiende la mano. ¿Lo notas? Ahí es donde guardamos la dinamita de Pilsach. Pégate bien a la pared y podrás dormir sin caerte. Ahora me voy.

Allí arriba, sobre el ruido de la rompiente, en una estrecha repisa junto a una tonelada de dinamita, David Grief planeó su campaña, luego apoyó la mejilla en el brazo y se durmió.

Por la mañana, cuando Mauriri lo guio hasta la cumbre de la Roca Grande, David Grief comprendió por qué no habría podido hacerlo de noche. A pesar de estar acostumbrado, como buen marino, a las alturas y a ascender de forma precaria, se asombró de poder hacerlo incluso a la luz del día. Había sitios, siempre siguiendo las minuciosas indicaciones de Mauriri, en los que se lanzaba hacia delante, y caía, para cruzar grietas de treinta metros de profundidad, hasta que sus manos estiradas agarraban un saliente de la pared opuesta, al que luego lograba encaramarse. En una ocasión tuvo que dar un salto de tres metros de longitud sobre ciento cincuenta metros de un vacío enorme, para dejarse caer una braza hasta alcanzar un exiguo punto de apoyo. Y, a pesar de su serenidad, perdió el control en otra repisa, de treinta centímetros de ancho o menos, donde no logró agarrarse bien. Mauriri, al verlo balancearse, se lanzó sobre el abismo desde otro punto y lo adelantó, al tiempo que le daba un golpe seco en la espalda para evitar que la cabeza siguiera dándole vueltas. Entonces supo, sin lugar a dudas, por qué a Mauriri lo llamaban Hombre Cabra.

V

La defensa de la Roca Grande tenía sus virtudes y sus defectos. Era inexpugnable y dos hombres podían defenderla contra diez mil. Además, protegía el paso a mar abierto. Las dos goletas, Raoul van Asveld y sus asesinos estaban acorralados. Grief, con la tonelada de dinamita que había hecho subir a lo alto de la roca, era el amo. Eso lo dejó claro una mañana en que las goletas intentaron salir al mar. La *Valetta* iba delante, remolcada por un bote cuyos remos manejaban hombres capturados en Fuatino. Grief y el Hombre Cabra vigilaban desde un refugio seguro entre las rocas, noventa metros por encima de ellos. A su lado descansaban sus rifles, un palo con brasa y una buena cantidad de cartuchos de dinamita con mecha. Cuando el bote pasó por debajo de ellos, Mauriri negó con la cabeza.

—Son nuestros hermanos. No podemos disparar.

En la *Valetta*, a proa, se encontraban varios de los marineros de Grief. A popa, otro hombre de Raiatea manejaba el timón. Los

piratas estaban abajo o en la otra goleta, a excepción de uno que, rifle en mano, se mantenía de pie en el centro. Para protegerse, tenía pegada a él a Naumoo, la hija de la reina.

—Ese es el demonio jefe —susurró Mauriri—, y tiene los ojos azules, como tú. Es un hombre muy malo. ¡Mira! Retiene a Naumoo para que no le disparemos.

Desde el mar soplaba un leve viento que empujaba algunas olas hacia el interior, lo que ralentizaba el avance de la goleta.

—¿Hablas inglés? —gritó Grief.

El hombre se sobresaltó, alzó el rifle hasta la perpendicular y levantó la vista. Sus movimientos eran veloces y ágiles y a su rostro de piel clara y quemada asomaron las ganas de pelear. Era la cara de un asesino.

—Sí —respondió—. ¿Qué quieres?

—Date la vuelta o vuelo la goleta —advirtió Grief. Sopló sobre el palo con brasa y susurró—: Dile a Naumoo que se aparte de él y corra a popa.

Desde la *Rattler*, que iba detrás, dispararon los rifles y las balas saltaron contra la roca. Van Asveld lanzó una carcajada desafiante y Mauriri se dirigió a la mujer en su lengua nativa. Cuando estaba justo bajo él, Grief vio que la mujer daba un tirón rápido y se alejaba del hombre. Al instante, Grief acercó el palo con brasa a la cabeza de cerilla situada junto a la corta mecha, dio un salto adelante para acercarse a la superficie de la roca y lanzó la dinamita. Van Asveld había logrado agarrar a la joven y luchaba con ella. El Hombre Cabra lo apuntaba con el rifle, a la espera de una oportunidad. La dinamita cayó sobre cubierta, rebotó y rodó al interior del imbornal de babor. Van Asveld lo vio y dudó, luego la chica y él corrieron a popa para ponerse a salvo. El Hombre Cabra disparó, pero hizo astillas la esquina de la cocina. La lluvia de balas desde la *Rattler* aumentó y los dos que estaban en la roca se agacharon para protegerse y esperaron. Mauriri intentó ver lo que ocurría abajo, pero Grief se lo impidió.

—La mecha era demasiado larga —dijo—. La próxima vez lo haré mejor.

Transcurrió medio minuto hasta que la dinamita explotó. No supieron lo que ocurrió durante un breve lapso de tiempo porque los tiradores de la *Rattler* habían afinado la puntería y no dejaban

de disparar. Pero llegó un momento en el que Grief se atrevió a echar una ojeada. La *Valetta*, con la cubierta y la barandilla de babor desgarradas, se escoraba y se hundía mientras era arrastrada a puerto por la corriente. Los hombres y las mujeres de Huahine que se ocultaban en la cabina de la *Valetta* se habían lanzado al agua y nadado bajo la protección de los disparos efectuados desde la *Rattler*, a cuya cubierta estaban subiendo. Los hombres de Fuatino que iban en el bote habían cortado el cabo de remolque, retrocedido para cruzar el paso a toda velocidad y remaban como locos hacia la orilla sur.

Desde el extremo de la península, los disparos de cuatro rifles anunciaron que Brown y sus hombres se habían abierto camino a través de la jungla hasta la playa y echaban una mano. Los de la *Rattler* dejaron de disparar hacia la Roca y Grief y Mauriri pudieron utilizar sus rifles. Pero no les sirvió de mucho, porque los de la *Rattler* disparaban al amparo de las casetas de la cubierta y el viento y la marea empujaban a la goleta al interior, alejándola de ellos. De la *Valetta* no había ni rastro porque se había hundido en las aguas profundas del cráter.

Raoul van Asveld hizo dos cosas que mostraron su sagacidad y frialdad y que provocaron la admiración de Grief. Bajo el fuego de los rifles de la *Rattler*, Raoul obligó a los huidos de Fuatino a volver y rendirse. Al mismo tiempo envió a la mitad de sus asesinos en un bote a la orilla y los mandó cruzar la península, lo que evitó que Brown pudiese pasar a la parte principal de la isla. Durante el resto de la mañana el tiroteo intermitente le indicó a Grief que habían empujado a Brown hasta el otro lado de la Roca Grande. La situación no había cambiado, excepto por la pérdida de la *Valetta*.

VI

LOS DEFECTOS DE LA POSICIÓN de la Roca Grande eran vitales. No había ni comida ni agua. Durante varias noches, acompañado por uno de los hombres de Raiatea, Mauriri nadó hasta la cabecera de la bahía en busca de provisiones. Luego llegó una noche en la que el resplandor de las luces iluminó el agua y sonaron los disparos.

Después de eso, también sitiaron el lado de la Roca que daba al agua.

—La situación tiene su gracia —comentó Brown, que estaba viviendo tantas aventuras como le habían hecho creer que se vivían en los mares del Sur—. Los tenemos pillados y no podemos soltarlos, y Raoul nos tiene pillados y no puede soltarnos. Él no puede huir y nosotros podemos morirnos de hambre por retenerlo.

—Si lloviese, los huecos de la roca se llenarían de agua —dijo Mauriri. Eran sus primeras veinticuatro horas sin agua—. Hermano, esta noche tú y yo conseguiremos agua. Es trabajo de hombres fuertes.

Esa noche, con varias calabazas de coco, cada una de un litro de capacidad y bien cerrada, guió a Grief hasta el agua del lado de la Roca Grande que daba a la península. Se alejaron nadando no más de treinta metros. A lo lejos oían el chasquido ocasional de un remo o el roce de un zagual contra una canoa, y a veces veían la llamarada de una cerilla cuando los hombres que hacían guardia en los botes encendían cigarrillos o pipas.

—Espera aquí —susurró Mauriri— y sujeta las calabazas.

Se giró y se sumergió. Grief, con el rostro metido en el agua y mirando hacia abajo, vio brillar su rastro fosforescente, que luego se debilitó hasta desaparecer. Un minuto después, Mauriri salió a la superficie junto a Grief, sin hacer ruido.

—¡Toma! ¡Bebe!

La calabaza estaba llena y Grief bebió un agua dulce y fresca que procedía de las profundidades del mar salado.

—Fluye desde tierra —dijo Mauriri.

—¿En el fondo?

—No. El fondo queda tan abajo como arriba las montañas. Fluye a unos quince metros de profundidad. Sumérgete hasta que sientas el frío.

Grief llenó y vació de aire sus pulmones varias veces, como hacen los buceadores, y luego se sumergió. Notaba la sal del agua en los labios y su calidez en el cuerpo, hasta que, por fin, más abajo empezó a enfriarse y se volvió salobre. Entonces, de repente, su cuerpo se adentró en la corriente fría y subterránea. Retiró el pequeño tapón de la calabaza y, mientras la llenaba de agua dulce, percibió el brillo fosforescente de un gran pez que, como un

fantasma marino, pasaba junto a él lentamente.

Después permaneció en la superficie sujetando el peso cada vez mayor de las calabazas, mientras Mauriri las bajaba y las llenaba una a una.

—Hay tiburones —dijo Grief mientras nadaban de nuevo hacia la orilla.

—¡Bah! —fue la respuesta—. Son tiburones que comen peces. Los de Fuatino somos hermanos de los tiburones que comen peces.

—¿Y de los tiburones tigre? Yo los he visto por aquí.

Cuando vengan, hermano, no tendremos más agua para beber… a menos que llueva.

VII

UNA SEMANA MÁS TARDE Mauriri y uno de los de Raiatea volvieron a buscar agua con las calabazas vacías. Los tiburones tigre habían llegado al puerto. Al día siguiente en la Roca Grande pasaron sed.

—Debemos arriesgarnos —dijo Grief—. Esta noche iré a buscar agua con Mautau. Mañana por la noche, hermano, irás tú con Tehaa.

Grief solo había recogido tres litros cuando aparecieron los tiburones tigres y se vieron obligados a marcharse. En la roca eran seis y medio litro diario, bajo el calor sofocante de los trópicos, no basta para mantener hidratado el cuerpo de un hombre. La noche siguiente Mauriri y Tehaa volvieron sin agua. Y, ya de día, Brown aprendió el verdadero significado de tener sed, cuando los labios se cuartean hasta sangrar, la boca se cubre de una baba granulosa y la lengua está tan hinchada que no cabe en la boca.

De noche Grief se adentró de nuevo en el mar con Mautau. Se sumergieron por turnos en el agua salada hasta llegar a la corriente de agua dulce y bebieron cuanto pudieron mientras llenaban las calabazas. Le tocaba a Mautau bajar con la última calabaza y Grief, que miraba desde la superficie, vio el brillo de los fantasmas marinos y la manifestación fosforescente de la lucha. Regresó solo, aunque sin abandonar la preciada carga de las calabazas.

Tampoco tenían mucha comida. En la Roca no crecía nada y sus laterales, cubiertos de moluscos al nivel del mar, donde golpeaba el

oleaje, eran demasiado empinados para acceder a ellos. Aquí y allá, cuando lo permitían las grietas, extraían algunos moluscos raquíticos y erizos de mar. A veces usaban trampas para cazar rabihorcados u otras aves marinas. En una ocasión, con un trozo de rabihorcado, consiguieron que un tiburón mordiese el anzuelo. Después, guardando celosamente la carne del tiburón y usándola como cebo, de vez en cuando lograban pescar más tiburones.

Pero el agua seguía siendo su necesidad más acuciante. Mauriri rezaba al dios cabra para que lloviese. Taute, al dios misionero, y sus dos compatriotas reincidieron e invocaron a las deidades de sus días de paganismo. Grief sonreía y pensaba. Pero Brown, con los ojos desorbitados y asomando la lengua ennegrecida, profería maldiciones. Sobre todo maldecía el gramófono que durante los refrescantes crepúsculos les enviaba a tierra himnos religiosos desde la cubierta de la *Rattler*. Un himno en particular, «Más allá de los que sonríen y los que lloran», lo desquiciaba. Al parecer, era el preferido de los de a bordo, porque lo ponían casi continuamente. Brown, hambriento, sediento y afectado por la debilidad y el sufrimiento, podía yacer entre las rocas sin perder la compostura y escuchar el rasgueo de los ukeleles y las guitarras, de los *hulas* e *himines* de las mujeres de Huahine. Pero cuando las voces del coro flotaban sobre el agua se ponía fuera de sí. Un día, el tenor de la voz quebrada se puso a cantar para acompañar al disco:

Más allá de los que sonríen y los que lloran,
pronto estaré.
Más allá de los que sonríen y los que lloran,
más allá de los que sonríen y los que lloran,
pronto estaré,
pronto estaré.

Entonces fue cuando Brown se puso en pie. Una y otra vez, sin apuntar, vació el rifle en dirección a la goleta. Los hombres y las mujeres se rieron y desde la península se oyó el repiqueteo de las balas de respuesta. Pero el tenor de la voz quebrada siguió cantando y Brown siguió disparando hasta que el himno dejó de sonar.

Esa noche Grief y Mauriri regresaron con una sola calabaza de agua. Del hombro de Grief faltaba una tira de piel de quince

centímetros, recuerdo del roce, con la piel similar al papel de lija, del tiburón cuyo ataque había eludido.

VIII

A PRIMERA HORA de la mañana de otro día, antes de que el sol brillase con toda su fuerza, Raoul van Asveld les envió una oferta de negociación.

Se la pasaron a Brown los que ocupaban el enclave entre las rocas, situado a cien metros de distancia. Grief estaba acuclillado junto a una pequeña hoguera, asando una tira de carne de tiburón. La suerte les había sonreído durante las últimas veinticuatro horas. Recogieron algas y erizos de mar. Tehaa pescó un tiburón y Mauriri capturó un pulpo de buen tamaño en la base de la grieta donde almacenaban la dinamita. Además, ya de noche, lograron sumergirse dos veces en busca de agua antes de que los tiburones los detectasen.

—Dice que quiere venir a hablar con usted —dijo Brown—. Pero yo sé lo que busca ese animal. Quiere saber cuánto nos falta para morirnos de hambre.

—Que venga —dijo Grief.

—A lo mataremos —añadió el Hombre Cabra lleno de júbilo.

Grief negó con la cabeza.

—Pero es un asesino, hermano, una bestia y un demonio —protestó el Hombre Cabra.

—No debemos matarlo, hermano. Tenemos la costumbre de cumplir con nuestra palabra.

—Es una costumbre tonta.

—Pero es nuestra —respondió Grief muy serio, al tiempo que le daba la vuelta a la carne de tiburón sobre las brasas y se fijaba en la mirada hambrienta y la forma de olisquear de Tehaa—. No hagas eso, Tehaa, cuando venga el gran demonio. Haz que parezca que no sabes lo que es el hambre. Toma, tú cocina esos erizos y tú, hermano, ocúpate del pulpo. Invitaremos al demonio a un gran festín. No os dejéis nada. Cocinadlo todo.

Grief continuaba asando la carne de tiburón cuando Raoul van Asveld, seguido de un terrier irlandés, entró en el campamento.

Raoul no cometió el error de tenderle la mano.

—Hola —dijo—. He oído hablar de ti.

—A mí me gustaría no haber oído hablar de ti —respondió Grief.

—Lo mismo digo. Al principio, antes de saber quién eras, creí que me las veía con un capitán normal y corriente de los que se dedican al comercio. Por eso conseguiste acorralarme.

—Pues yo debo reconocer que te subestimé —sonrió Grief—. Te tomé por un raquero ladrón, en lugar de por un pirata y asesino muy inteligente. Por eso he perdido mi goleta. Creo que, en ese sentido, estamos en paz.

El enfado hizo que Raoul se sonrojara, a pesar del moreno, pero se contuvo. Sus ojos recorrieron la provisión de alimentos y las calabazas llenas de agua, aunque ocultó el gesto de incredulidad que provocó en él la sorpresa. Era alto, delgado y bien formado, y Grief se sirvió de sus rasgos faciales para hacerse una opinión sobre su carácter. La mirada era penetrante y resistente, pero tenía los ojos una pizca demasiado juntos; aunque no por falta de espacio, sencillamente estaban un poquito demasiado cerca como para equilibrar el ancho de la frente, la fuerza de la mandíbula y la barbilla, y la separación de los pómulos. ¡Fuerza! El rostro desprendía fuerza, pero Grief percibió en él algo intangible que le faltaba al hombre.

—Ambos somos hombres fuertes —dijo Raoul con una especie de reverencia—. Hace cien años lucharíamos por defender un imperio.

Entonces el amago de reverencia lo hizo Grief.

—Pero, tal y como están las cosas, nos peleamos miserablemente por hacer cumplir las leyes coloniales de esos imperios cuyos destinos, muy probablemente, habríamos decidido hace cien años.

—Polvo somos y polvo seremos —sentenció Raoul al tiempo que se sentaba—. Continuad con vuestra comida. No quiero interrumpir.

—¿Quieres comer con nosotros? —invitó Grief.

El otro lo miró fijamente, estudiándolo, y luego aceptó.

—Estoy pegajoso debido al sudor. ¿Puedo lavarme?

Grief asintió y ordenó a Mauriri que le acercase una calabaza. Raoul miró al Hombre Cabra a los ojos, pero no vio más que una lánguida falta de interés mientras el valioso litro de agua se

desperdiciaba de esa forma.

—El perro tiene sed —dijo Kaoul.

Grief asintió y le acercaron otra calabaza al animal.

Raoul volvió a escrutar los ojos de los nativos, pero no vio nada.

—Siento no tener café —se disculpó Grief—. Tendrás que conformarte con el agua. Trae una calabaza, Tehaa. Prueba este tiburón. Después hay pulpo y una ensalada de al as y erizos de mar. Lamento que no tengamos rabihorcado. Ayer los chicos estaban vagos y ni siquiera se molestaron en intentar coger alguno.

Con un apetito que lo hubiese llevado a tragarse hasta las piedras, Grief comió con indiferencia y le echó los restos al perro.

—Me temo que no estoy acostumbrado a una dieta tan primitiva —suspiró mientras se reclinaba—. Con las provisiones enlatadas de la *Rattler* podría organizarme un buen banquete, pero esta bazofia… —Cogió un trozo grande de tiburón asado y se lo lanzó al perro—. Supongo que no tendré más remedio que adaptarme si no os rendís pronto.

Raoul soltó una carcajada desagradable.

—Vengo a ofreceros unas condiciones —dijo sin rodeos.

Grief negó con la cabeza.

—De condiciones, nada. Te tengo acorralado y no pienso soltarte.

—¡Crees que puedes retenerme en este agujero! —exclamó Raoul.

—Jamás lo abandonarás con vida, excepto aherrojado. —Grief contempló pensativo a su visitante—. Ya me he enfrentado antes a tipos como tú. Y los hemos echado de los mares del Sur. Pero tú eres…, ¿cómo decirlo? Una especie de anacronismo. Eres un salto atrás, un retroceso y tenemos que librarnos de ti. Yo te aconsejaría que vuelvas a la goleta y te pegues un tiro. No tienes otra forma de escapar a tu destino.

La negociación resultó infructuosa desde el punto de vista de Raoul, quien regresó con los suyos convencido de que los hombres de la Roca Grande podrían resistir durante años, aunque habría cambiado de opinión enseguida si hubiese podido ver a Tehaa y a los hombres de Raiatea, en el momento justo en que les dio la espalda y se perdió de vista, arrastrarse sobre las rocas para lamer y devorar los restos que su perro había dejado.

IX

—AHORA PASAREMOS HAMBRE, hermano —dijo Grief—, pero es mejor que pasarla durante los próximos días, muchos días. El gran demonio, después de comer y beber con nosotros todo cuanto ha querido, no se quedará mucho tiempo más en Fuatino. Incluso puede que intente irse mañana. Esta noche, tu y yo dormiremos en la cima de la Roca y Tehaa, que dispara bien, dormirá con nosotros, si se atreve a subir.

Tehaa era el único de los de Raiatea capaz de aventurarse a hacer algo tan peligroso y al alba se encontraba atrincherado en un recoveco situado cien metros a la derecha de Grief y Mauriri.

La primera advertencia fueron los disparos de rifle efectuados desde la península, donde Brown y sus dos hombres de Raiatea indicaron la retirada y siguieron a los sitiadˆ res a través de la jungla, hasta la playa. Desde el nido de águila de la loca, Grief no ver nada durante una hora, hasta que apareció la *Rattler* acercándose al paso. Como antes los cautivos de Fuatino iban a los remos del bote. Mauriri, siguiendo las órdenes de Grief' les dio instrucciones al tiempo que pasaban lentamente por debajo de ellos. Junto a Grief había varios grupos de cartuchos de dinamita, bien atados y con mechas muy cortas.

La cubierta de la *Rattler* estaba llena de gente. A proa, rifle en mano, entre los marineros de Raiatea, había un forajido que, según dijo Mauriri, era el hermano de Raoul, A popa, junto al timonel, había otro. Atada a él por la cintura, con soltura en la cuerda, estaba Mataara, la anciana reina. Al otro lado del timonel, con un brazo en cabestrillo, se encontraba el capitán Glass. En el centro, como antes, se veía a Raoul y con él, también atada a la cintura, Naumoo.

—Buenos días, David Grief —gritó Raoul.

—Y eso que te advertí que solo abandonarías la isla aherrojado —respondió Grief con tristeza.

—No puedes matar a todos los tuyos que llevo a bordo —contestó el otro.

La goleta, muy despacio, tirón a tirón del bote de remos, se había situado cusí bajo ellos. Los remeros redujeron un poco el ritmo, aunque sin detenerse, y el hombre que iba a proa los

amenazó de inmediato con su rifle.

—Ataca, hermano —dijo Naumoo en la lengua de Fuatino—. La pena me domina y estoy dispuesta a morir. Tiene un cuchillo a mano para cortar el cabo que nos une, pero me agarraré a él con fuerza. No temas, hermano. Ataca, no falles y adiós.

Grief dudó y luego apartó un poco el palo con brasa, cuyo extremo había estado avivando al soplar sobre él.

—¡Lanza la dinamita! —lo animó el Hombre Cabra.

Pero Grief seguía dudando.

—Si salen a mar abierto, hermano, Naumoo morirá igual. Pero también morirán todos los demás. Es su vida contra la de muchos.

—Si lanzas dinamita o disparas una sola bala, mataremos a todos los de a bordo —gritó Raoul—. Te tengo pillado, David Grief. Tú no puedes matar a esta gente, pero yo sí. ¡Cállate!

Eso se lo dijo a Naumoo, que les hablaba en su lengua nativa y a la que Raoul agarró por el cuello con una mano para obligarla a guardar silencio. A su vez, ella se abrazó a él con fuerza y miró suplicante a Grief.

—Lance la dinamita, señor Grief, y que se vayan al infierno —retumbó el vozarrón del capitán Glass—. Son unos malditos asesinos y la cabina está llena de ellos.

El forajido atado a la anciana reina se giró para amenazar al capitán Glass con su rifle y en ese momento Tehaa, desde su puesto en la roca más alejado, le disparó. Al hombre se le soltó el rifle de la mano y a su rostro asomó la sorpresa mientras las piernas le fallaban y caía a cubierta, arrastrando con él a la reina.

—¡A babor! ¡Todo a babor! —gritó Grief.

El capitán Glass y el *kanaka* manipularon el timón y la proa de la *Rattler* puso rumbo a la Roca. A crujía, Raoul seguía peleándose con Naumoo. Su hermano corrió desde proa para ayudarlo sin que los disparos de Tehaa y el Hombre Cabra lograsen derribarlo. En el momento en que el hermano de Raoul apoyó la boca de su rifle en el costado de Naumoo, Grief acercó el palo con brasa a la cabeza de cerilla situada junto a la mecha de los cartuchos. Al tiempo que arrojaba el haz de dinamita con ambas manos, el rifle disparó y Naumoo cayó sobre cubierta en el mismo instante que la dinamita. Esa vez la mecha era lo bastante corta y la dinamita explotó nada más tocar la cubierta. Esa parte de la *Rattler*, en la que se

encontraban Raoul, su hermano y Naumoo, desapareció para siempre.

El costado de la goleta estaba hecho añicos y la *Rattler* empezó a hundirse. A proa, los marineros de Raiatea se lanzaron por la borda. El capitán Glass recibió al primer hombre que subió corriendo las escaleras de la cabina con un buen puñetazo en la cara, pero la prisa de los demás se lo llevó por delante. Tras los forajidos salieron las mujeres de Huahine y, mientras saltaban por la borda, la *Rattler* se hundió por completo y nivelada junto a la base de la Roca. Cuando se asentó en el fondo, las crucetas aún sobresalían del agua.

Desde arriba, Grief pudo ver todo lo que ocurría bajo la superficie. Vio a Mataara, a una braza de profundidad, desatarse del pirata muerto y nadar hacia arriba. En cuanto emergió, se dio cuenta de que el capitán Glass, que no sabía nadar, se hundía a unos pocos metros de ella. La reina, que aunque era una anciana también era isleña, se sumergió para sacarlo a la superficie y arrastrarlo hasta las crucetas.

Cinco cabezas rubias y morenas se mezclaban entre las cabezas oscuras de los polinesios que salpicaban la superficie del agua. Grief, rifle en mano, se preparó para disparar en cuanto pudiese. Al cabo de un minuto, el Hombre Cabra tuvo suerte y vieron el cuerpo de un hombre hundirse poco a poco. Pero fueron los marineros de Raiatea, grandes, musculosos y medio peces, los que disfrutaron de la venganza. Nadando rápidamente, aislaron las cabezas rubias y morenas. Los que estaban arriba presenciaron cómo agarraban y bloqueaban a los cuatro forajidos supervivientes para luego tirar de ellos desde abajo y ahogarlos como alimañas.

Todo había acabado en diez minutos. Las mujeres de Huahine, entre risas, se agarraban a los costados de la chalupa que había remolcado a la goleta. Los marineros de Raiatea esperaban órdenes alrededor de la cruceta a la que se aferraban el capitán Glass y Mataara.

—Pobre *Rattler* —se lamentó el capitán Glass.

—De eso nada —respondió Grief—. En una semana la habremos sacado del agua, le pondremos maderas nuevas a crujía, repararemos todos los daños y zarparemos. —Y añadió, dirigiéndose a la reina—: ¿Cómo estás hermana?

—Naumoo ya no está, ni Motauro, hermano, pero Fuatino vuelve a ser nuestra. Queda mucho día por delante. Avisaremos a mi pueblo que se oculta en las tierras altas con las cabras. Esta noche, otra vez y más que nunca, festejaremos y nos alegraremos en la Casa Grande.

—Hace años que necesitaba maderas nuevas a popa por el través —comentó el capitán Glass—. Pero los cronómetros no funcionarán el resto de la travesía.

[1911]

Los bromistas de Nueva Gibbon

I

ASÍ ME DA MIEDO llevarlo a Nueva Gibbon —dijo David Grief—. No pude obtener resultados

hasta que ustedes y los británicos me dieron carta blanca y dejaron el lugar en paz.

Wallenstein, comisionado residente alemán en Bougainville, se sirvió una buena cantidad de whisky escocés con soda y sonrió.

—Nos quitamos el sombrero ante usted, señor Grief —dijo en un inglés impecable—. Lo que ha hecho en la isla del diablo es un milagro. Y continuaremos sin interferir. Es la isla del diablo y el viejo Koho es el peor diablo de todos. Jamás pudimos llegar a un acuerdo con él. Es un mentiroso y no tiene un pelo de tonto. Es un Napoleón negro, un Talleyrand caníbal y cazador de cabezas. Me acuerdo de hace seis años, cuando atraqué allí en el crucero inglés. Los negros corrieron a ocultarse en los bosques, por supuesto, pero encontramos a varios que no podían huir. Uno era su nueva mujer. Llevaba dos días y dos noches colgada de un brazo al sol. La bajamos, pero se murió. Y en medio de un arroyo había otras tres mujeres atadas a estacas y con el agua hasta el cuello. Tenían todos los huesos rotos y las articulaciones aplastadas. Se supone que ese proceso hace que su carne se vuelva más tierna para comérsela. Aún estaban vivas. Su fuerza vital era impresionante. Una de ellas, la mayor, tardó casi diez días en morir. Pues esa es una muestra de la dieta de Koho. No es de extrañar que sea una bestia salvaje. Lo que nos tiene infinitamente perplejos es cómo ha logrado pacificarlo.

—Yo no diría que está pacificado —respondió Grief—. Aunque de vez en cuando viene a comer de nuestra mano.

—Lo que es más de lo que conseguimos nosotros con nuestros cruceros. Ni los alemanes ni los ingleses pudimos verlo jamás. Usted fue el primero.

—No. El primero fue el señor McTavish —corrigió Grief.

—Ah, sí, me acuerdo de él, aquel escocés pequeño y reseco. —Wallenstein le dio un sorbo a su whisky—. Lo llaman el solucionador de conflictos, ¿no?

Grief asintió con la cabeza.

—Y dicen que el sueldo que usted le paga es mayor que el mío o que el del residente británico.

—Eso me temo —admitió Grief—. Verá, sin ánimo de ofender, lo vale de verdad. Dedica su tiempo a los lugares donde surgen problemas. Es un mago. Él fue quien me consiguió las tierras de Nueva Gibbon. Ahora está en Malaita, poniendo en marcha una

plantación para mí.

—¿La primera?

—En toda Malaita no hay ni un simple puesto comercial. Los reclutadores de mano de obra aún usan botes de cobertura y llevan alambre de espino sobre las barandillas. Ahí está la plantación. Entraremos en media hora. —Le pasó los prismáticos a su invitado —. A la izquierda del bungaló están los cobertizos para los botes. Más allá, los barracones. Y eso que ve a la derecha son los cobertizos de la copra. Ya secamos una buena cantidad. El viejo Koho se está civilizando lo suficiente como para enviar a los suyos con los cocos. Ahí está la desembocadura del arroyo donde encontraron a las tres mujeres puestas a ablandar.

La *Wonder*, con las velas extendidas a ambos lados, iba directa al fondeadero. Se alzaba y descendía perezosamente sobre una marejada cristalina afeada, aquí y allá, por una brisa irregular de popa. La temporada de monzones llegaba a su fin y el aire era pesado y bochornoso debido a la humedad de los trópicos, y el cielo un revoltijo plomizo y colorado de nubes sin forma. La abrupta tierra estaba envuelta en bancos de nubes y chaparrones repentinos, a través de los que sobresalían los oscuros promontorios y picos del interior. En una colina, los rayos del sol abrasaban, sofocantes; y en otra, a un kilómetro de distancia, caía un chaparrón tan fuerte que parecía capaz de inundarlo todo.

Esa era la isla húmeda y oscura, grande y salvaje, de Nueva Gibbon, situada cincuenta millas náuticas a sotavento de Choiseul. Geográficamente pertenecía a las Salomón. Políticamente, la línea divisoria que separaba la influencia alemana de la británica la dividía en dos, de ahí que ambos comisionados residentes compartiesen el control de la misma. En el caso de Nueva Gibbon, ese control solo existía en los documentos de las oficinas coloniales de los dos países. No había control real y nunca lo había habido. Los pescadores de pepinos de mar de otros tiempos habían pasado de largo por allí. Los comerciantes de madera de sándalo, tras varias experiencias complicadas, renunciaron a ella. Los que buscaban mano de obra engañando y raptando no habían logrado reclutar a un solo trabajador en la isla y, después de que la goleta *Dorset* hubiese sido masacrada por completo, nadie se volvió a acercar a la isla. Más adelante una compañía alemana había

intentado crear una plantación de cocos que abandonó luego de que varios directores y un buen número de trabajadores contratados se hubiesen quedado sin cabeza. Los cruceros alemanes y los ingleses no habían conseguido que los negros salvajes entraran en razón. En cuatro ocasiones las sociedades misioneras habían intentado la conquista pacífica de la isla y las cuatro veces, entre las enfermedades y las masacres, las habían expulsado de allí. Más cruceros, más pacificaciones entraron en juego pero inútilmente. Los caníbales siempre huían al interior, entre la vegetación, y reían de los proyectiles que les lanzaban. Cuando los barcos de guerra se marchaban, les resultaba fácil reconstruir las cabañas de techo de paja que les habían quemado y volver a levantar los hornos a la manera tradicional.

Nueva Gibbon era una isla grande que medía doscientos cincuenta kilómetros de largo y la mitad de ancho. La costa de barlovento era rocosa y no tenía puntos de fondeo ni caletas, y estaba habitada por decenas de tribus guerreras, o al menos lo había estado hasta que Koho se había levantado, como un Kamehameha, y con la fuerza de las armas y un buen dominio del arte de gobernar, consiguió que la mayor parte de esas tribus formasen una confederación. Su política de no permitir el trato con el hombre blanco había sido correcta en cuanto a la supervivencia de su gente y, tras la visita del último crucero, se había salido con la suya hasta que David Grief y McTavish, el solucionador de conflictos, bajaron a tierra en la playa desierta que en el pasado había albergado el bungaló y los barracones alemanes y las distintas misiones inglesas.

Hubo guerras, paces falsas y más guerras. El pequeño escocés reseco sabía causar problemas, además de solucionarlos y, no contento con conservar la playa, hizo llevar hasta allí a los hombres que viven en los bosques de Malaita e invadió las sendas abiertas por los jabalíes en el interior de la jungla. Quemó aldeas hasta que Koho se cansó de reconstruirlas y, cuando capturó al hijo mayor de Koho, obligó al viejo jefe a conferenciar. Lúe entonces cuando McTavish estableció la tasa de cambio de cabezas. Por cada cabeza de los suyos prometió cortar diez de la gente de Koho. Cuando Koho aprendió por fin que el escocés era hombre de palabra, firmaron la primera paz de verdad. Mientras, McTavish había construido el

bungaló y los barracones, limpiado de jungla la tierra próxima a la playa y dispuesto la plantación. Después había seguido viaje para solucionar los problemas surgidos en el atolón de Tasman, donde había estallado una epidemia de sarampión negro que los hechiceros atribuían a la plantación de Grief. Un año después tuvo que regresar a poner orden en Nueva Gibbon y Koho, tras verse obligado a pagar una multa de doscientos mil cocos, decidió que resultaba más barato mantener la paz y vender los cocos. Además, había perdido la fogosidad de la juventud. Envejecía y cojeaba porque una bala Lee-Enfield le había perforado la pantorrilla.

II

—EN HAWÁI CONOCÍ a un tipo —dijo Grief—, el director de una plantación de azúcar, que usaba un martillo y un clavo de siete centímetros.

Estaban sentados en el ancho porche del bungaló y miraban como Worth, el director de Nueva Gibbon, se ocupaba de los enfermos. Eran nativos de Nueva Georgia una docena de ellos, y había dejado al que le dolía una muela el último. Worth acababa d fracasar en su primer intento de quitársela. Se limpió el sudor de la frente con una mano y agitó la tenaza con la otra.

—Y rompería más de una mandíbula —afirmó, muy serio.

Grief negó con la cabeza. Wallenstein sonrió y alzó las cejas.

—Al menos él dijo que no —matizó Grief—. Además, me aseguró que siempre había acertado al primer intento.

—Yo lo vi hacer cuando era segundo de a bordo en un barco inglés —dijo el capitán Ward—. El hombre usaba un mazo de calafateo y un pasador.

—Yo prefiero las tenazas —murmuró Worth al tiempo que metía las suyas en la boca del negro. Cuando tiró, el hombre gruñó y se alzó en el aire—. Que alguien me eche una mano y lo sujete —pidió el director.

Grief y Wallenstein, uno a cada lado, agarraron al negro y lo retuvieron. Él intentó librarse de ellos y mordió la tenaza para sujetarla. El grupo entero se balanceaba de un lado al otro. Ese esfuerzo, en medio de aquel calor estancado, los hizo sudar a todos.

El negro también sudaba, pero su sudor estaba provocado por un dolor espantoso. La silla que ocupaba volcó. El capitán Ward, que se estaba sirviendo una copa, se detuvo para animarlos. Worth rogó a sus ayudantes que aguantasen y él aguantó también: movió la muela hasta que la oyó crujir y luego intentó extraerla de inmediato.

Ninguno de ellos se fijó en el hombrecillo negro que cojeó escalones arriba y se los quedó mirando. Koho era conservador. Sus padres no habían vestido ropa de ningún tipo y él tampoco, ni siquiera un simple taparrabos. Los muchos agujeros practicados en nariz, labios y orejas, y ya vacíos, indicaban que la pasión por adornarse ya no lo dominaba. Los agujeros de los lóbulos de las dos orejas estaban desgarrados, pero las tiras de carne marchita que colgaban y rozaban los hombros indicaban el tamaño que habían tenido. Ahora solo se preocupaba por lo útil y en uno de la media docena de agujeros pequeños de la oreja derecha portaba una pipa pequeña de arcilla. A la cintura llevaba un cinturón barato, de los que se usaban para comerciar, y entre el cuero de imitación y su piel colgaba la hoja desnuda de un cuchillo largo. Enganchada al cinturón se vea una caja de bambú para el betel y la cal de coral. En la mano, un rifle Snider de gran calibre y cañón corto. Iba indescriptiblemente sucio y, aquí y allá, las cicatrices lo deslucían: la peor era la que le había provocado una bala Lee-Enfield, culpable de atrofiarle la pantorrilla hasta dejarla en la mitad de su compañera. La boca contraída indicaba que le quedaban pocos dientes. Rostro y cuerpo estaban encogidos y atrofiados, pero los Ojos como cuentas, negros, pequeños y juntos, brillaban, aunque parecían inquietos y lastimeros, y recordaban más a los ojos de un mono que a los de un hombre.

Observaba, sonriendo como un simio pequeño y astuto. Su alegría por el tormento del paciente era lógica porque el mundo en el que él vivía estaba lleno de dolor. Había soportado lo suyo e infligido a otros mucho más de lo que había sufrido él. Cuando la muela se soltó de su hueco en la mandíbula y las tenazas rozaron los otros dientes y salieron de la boca con un chirrido del nervio, los ojos del viejo Koho destellaron y miró con regocijo al pobre negro, caído sobre el suelo del porche, que gemía de una manera terrible y se sujetaba la cabeza con ambas manos.

—Creo que se va desmayar —dijo Grief, al tiempo que se inclinaba sobre la víctima—. Capitán Ward, dele algo de beber, por favor. Usted también debería tomarse una copa, Worth; tiembla como una hoja.

—Yo también quiero una —dijo Wallenstein, mientras se limpiaba el sudor del rostro. Entonces se fijó en la sombra de Koho sobre el suelo y la siguió hasta la figura del jefe—. ¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí?

—¡Hola, Koho! —dijo Grief cordialmente, aunque no se le ocurrió intentar estrecharle la mano.

Ese era uno de los *tambos* que los hechiceros le habían impuesto a Koho al nacer: que su carne nunca entrara en contacto con la carne del hombre blanco. Worth y el capitán Ward, de la *Wonder*, saludaron a Koho, pero Worth frunció el ceño al ver el Snider, porque uno de sus *tambos* era que ninguna visita nativa llevase armas en la plantación. Los rifles tenían la mala costumbre de dispararse en esas circunstancias. El director dio una palmada y un criado doméstico negro, reclutado en San Cristóbal, acudió a la carrera. A una señal de Worth, tomó el rifle del visitante y se lo llevó al interior del bungaló.

—Koho —dijo Grief para presentar al residente alemán—, este, gran amo de Bougainville. Ser amo muy grande.

Koho recordaba las visitas de los distintos cruceros alemanes y sonrió con un brillo de mal recuerdo en los ojos.

—No le estreche la mano, Wallenstein —advirtió Grief—. Es su tambo. —Luego le dijo a Koho—: Ver que tú estar bien. ¿Tú casar con nueva Mary?

—Yo mucho viejo —respondió Koho con un movimiento cansado de la cabeza—. No gustar Mary. No gustar *kai-kai* (comida). Yo estar casi morir. —Lanzó una mirada elocuente a Worth, que echaba la cabeza hacia atrás para beber de un vaso alto —. Gustar ron.

Grief negó con la cabeza.

—*Tambo* de hombre negro.

—Él hombre negro, no *tambo* —contestó Koho, señalando al obrero que gemía.

—Él hombre enfermo —explicó Grief.

—Yo hombre enfermo.

—Tú mucho mentir —se rio Grief—. Ron ser *tambo*, siempre *tambo*. Ahora, Koho, nosotros hablar con amo grande.

Wallenstein, el viejo jefe y él se sentaron en el porche para tratar asuntos de Estado. Felicitaron a Koho por haber mantenido la paz y él, entre muchas quejas por la decrepitud que le causaba la vejez, volvió a jurar que la paz sería eterna. Luego hablaron de fundar una plantación alemana en la costa, a treinta kilómetros de allí. Por supuesto, la tierra se la comprarían a Koho y acordaron un precio en tabaco, cuchillos, abalorios, pipas, hachas, dientes de marsopa y moneda-concha: todo menos ron. Mientras charlaban, Koho miró por la ventana y vio a Worth mezclar medicinas y devolver las botellas al armario de los medicamentos. También vio al director completar su labor con un trago de whisky. Koho se fijó bien en todos los detalles de la botella. Y, aunque se quedó por allí una hora más después de acabada la reunión, no hubo ni un solo momento en el que la habitación estuviese vacía. Cuando Grief y Worth se sentaron para hablar de negocios, Koho se rindió.

—Yo ir goleta —anunció, se dio la vuelta y salió cojeando.

—Cómo caen los poderosos —se rio Grief—. Pensar que ese era Koho, el asesino más feroz y despiadado de las Salomón, el que desafió durante toda su vida a dos de las potencias mundiales más importantes. Y ahora va a bordo para intentar gorronearle una copa a Denby.

III

EL SOBRECARGO DE LA *WONDER* le gastó una broma a un nativo por última vez en su vida. Se encontraba en la cabina principal, comprobando la lista de bienes que bajaban a tierra en los botes, cuando Koho bajó las escaleras cojeando y se sentó a la mesa, frente a él.

—Yo estar casi morir —se quejó el viejo jefe. Había renunciado a todos los placeres de la carne—. No gustar Mary. No gustar *kai-kai*. Yo hombre enfermo. Yo cerca morir. —Hizo una pausa prolongada y triste, durante la que su rostro expresó una preocupación indescriptible por su estómago, que se tocaba con tiento, como con miedo al dolor—. Tripa mía mucho enfermo. —

Hizo otra pausa que era una invitación a Denby para que realizase alguna sugerencia. Luego soltó un suspiro cansado y remató con un —: Yo gustar ron.

Denby soltó una carcajada despiadada. El viejo caníbal ya había intentado antes gorronearle una copa, pero el *tambo* más serio que Grief y McTavish habían impuesto era el que prohibía el alcohol a los nativos de Nueva Gibbon.

El problema era que Koho se había aficionado. Descubrió el placer de emborracharse e su juventud, cuando masacró la goleta *Dorset*; pero por desgracia lo había descubierto junto con el resto de su tribu y las provisiones no les duraron demasiado. Después cuando encabezó a sus guerreros desnudos para atacar y destruir la plantación alemana, demostró ser más listo y se apropió de todo el licor para su uso exclusivo. Como resultado se emborrachó con una docena de brebajes diferentes que iban desde la cerveza adulterada con quinina hasta la absenta o el licor de melocotón. La borrachera le había durado meses y lo había dejado con una sed que lo perseguiría hasta la muerte. Predispuesto al alcohol como los demás salvajes, la química de su carne lo reclamaba. Esa ansia se expresaba en hormigueos y quemazón, en gusanos que se arrastraban de una forma deliciosa dentro de su cerebro, en una sensación agradable, de bienestar y júbilo. En su yerma vejez, cansado de las mujeres y los festines, superados y apagados los viejos odios, deseaba cada vez más el fuego vivificante que salía de las botellas en forma de líquido, de toda clase de botellas, que él recordaba muy bien. Podía pasarse horas sentado al sol —a veces se le caía la baba— recordando apenado la gran orgía que había vivido cuando se apoderaron de la plantación alemana.

Denby se mostró compasivo. Comprobó los síntomas del anciano jefe y le ofreció comprimidos para la digestión que guardaba en el cofre de las medicinas, pastillas y un variado surtido de cápsulas y remedios inofensivos. Pero Koho los rechazó. En una ocasión, cuando se apoderó de la *Dorset*, había mordido una cápsula de quinina; además, dos de sus guerreros habían tomado un polvo blanco y murieron en muy poco tiempo y de una forma horrible. No, no creía en esa clase de medicinas. Pero sí en el líquido que salía de las botellas, capaz de devolver la juventud y de provocar sueños rebosantes de calidez. No era de extrañar que el hombre

blanco lo valorase tanto y se negara a repartirlo.

—Ron ser bueno —repitió una y otra vez, lastimosamente y con la hastiada paciencia que da la edad.

Entonces fue cuando Denby cometió el error de gastar una broma. Pasó por detrás de Koho, abrió con llave el armarito de los medicamentos y sacó una botella de cien mililitros en cuya etiqueta se leía: «Esencia de mostaza». Mientras hacía como que la descorchaba y bebía parte de su contenido, observó a Koho, reflejado en el espejo del mamparo de proa, medio girado y con la vista clavada en él. Cuando dejó la botella en su sitio, Denby hizo un ruido de aprobación con los labios y se aclaró la garganta. No cerró con llave el armarito, regresó a su silla y, al cabo de un rato aceptable, subió a cubierta. Permaneció junto a las escaleras y escuchó. Pasados unos minutos, el silencio de la zona inferior se vio interrumpido por una tos asfixiante, propulsora, sibilante, terrible. Sonrió y empezó a bajar la escalera con calma. La botella volvía a estar en su estante y el anciano se sentaba en la misma postura. Tanto autocontrol maravilló a Denby. Boca, labios, lengua y demás membranas sensibles eran puro fuego. Jadeó y estuvo a punto de toser en varias ocasiones, con los ojos anegados en unas lágrimas que acabaron fluyendo mejillas abajo. Un hombre normal habría tosido y se habría asfixiado durante media hora. Pero el anciano Koho mantenía con determinación un gesto sereno en el rostro. Entonces comprendió que le habían gastado una broma y a sus ojos asomó una expresión de odio y maldad tan primitiva, tan profunda, que un escalofrío recorrió la espalda de Denby. Koho se puso en pie con orgullo.

—Yo ir —dijo—. Tú llamar bote para mí.

IV

TRAS VER PARTIR a Grief y Worth para dar una vuelta a caballo por la plantación, Wallenstein se sentó en el gran salón con una botella de aceite para armas y varios trapos viejos y se dispuso a desmontar y limpiar su pistola automática. En la mesa, a su lado, la inevitable botella de whisky y un buen número de botellas de soda. Pero además, por casualidad allí había también otra botella, que estaba

medio vacía. La etiqueta indicaba que era whisky, pero contenía linimento que Worth había mezclado para los caballos y olvidado guardar.

Mientras trabajaba, Wallenstein miró por la ventana y vio que Koho ascendía por la senda del recinto. Cojeaba con rapidez, pero cuando llegó al porche y entró en la habitación, llevaba un paso lento y señorial. Se sentó a observar cómo el otro limpiaba su arma. Aunque boca, labios y lengua le ardían, no dio muestras de ello. Al cabo de cinco minutos, habló.

—Ron ser bueno. Yo gustar ron.

Wallenstein sonrió y negó con la cabeza. Entonces fue cuando el diablillo que llevaba dentro le sugirió la que iba a ser su última broma a un nativo. Se le ocurrió debido a la similitud de las dos botellas. Dejó las piezas de su pistola sobre la mesa y se preparó una copa. De pie entre Koho y la mesa, intercambió las botellas, apuró su vaso, hizo como que buscaba algo y salió de la habitación. Desde fuera oyó un escupitajo de sorpresa seguido de un ataque de tos. Pero cuando regresó, el viejo jefe estaba sentado como antes. Sin embargo, la cantidad de linimento en la botella era inferior y el líquido aún oscilaba.

Koho se puso de pie, dio una palmada y, cuando el criado respondió, le indicó que quería su rifle. El chico fue a buscarlo y, siguiendo la costumbre, precedió al visitante sendero abajo. No le entregó el rifle a su propietario hasta que cruzó la verja de entrada. Wallenstein, riéndose entre dientes, observó al anciano jefe cojear por la playa en dirección al río.

Unos minutos después, mientras montaba su pistola, Wallenstein oyó el disparo de un arma. Al instante pensó en Koho, pero desechó la idea. Worth y Grief habían llevado escopetas y seguramente se trataba de uno de ellos disparando a una paloma. Wallenstein se recostó en la silla, se rio por lo bajo, retorció su bigote rubio y se adormiló. Lo despertó la voz alterada de Worth, que gritaba:

—¡Tocar campana grande! ¡Tocar mucho! ¡Tocar sin parar!

Wallenstein salió al porche al tiempo de ver al director saltar a caballo la valla baja del recinto y lanzarse por la playa tras Grief, que cabalgaba como un poseso. El fuerte crepitar y el humo que ascendía entre las palmeras cocoteras dejaban claro lo ocurrido. Los barracones y los cobertizos estaban ardiendo. La gran campana de

la plantación sonó sin descanso mientras el residente alemán corría hacia la playa, desde donde vio las chalupas apresurarse en abandonar la goleta.

Los barracones y los cobertizos eran como yesca, con sus tejados de paja, y estaban envueltos en llamas. Grief salió de la cocina con un niño negro desnudo agarrado por una pierna. Le faltaba la cabeza.

—La cocinera está dentro —le dijo a Worth—. Tampoco tiene cabeza. Pesaba demasiado y no podía quedarme más tiempo en el interior.

—Ha sido culpa mía —dijo Wallenstein—. Esto lo ha hecho el viejo Koho, pero yo dejé que le diera un trago al linimento para caballos de Worth.

—Creo que se ha internado en la jungla —dijo Worth, mientras se subía al caballo de un salto y se ponía en marcha—. Oliver está allí, junto al río. Espero que no lo haya pillado.

El director se adentró al galope entre los árboles. Unos minutos después, al tiempo que los restos carbonizados de los barracones colapsaban, lo oyeron llamar y lo siguieron. Se lo encontraron en la orilla del río. Permanecía a caballo, estaba muy pálido y observaba algo que había en el suelo. Era el cuerpo de Oliver, el joven ayudante de dirección, aunque costaba reconocerlo porque le faltaba la cabeza. Los trabajadores negros, sin aliento debido a que venían corriendo desde los campos, empezaban a amontonarse alrededor y, siguiendo las órdenes de Grief, improvisaron una camilla para el muerto.

Wallenstein sufrió un ataque de auténtica pena y contrición alemanas. Para cuando dejó de lamentarse y empezó a maldecir, tenía los ojos llenos de lágrimas. La ira que lo dominó era tan alemana como los juramentos y cuando intentó apoderarse de la escopeta de Worth ya echaba espuma por la boca.

—De eso nada —ordenó Grief muy serio—. Contrólese, Wallenstein. No sea necio.

—Pero ¿van a permitir que escape? —gritó como un loco el alemán.

—Ya ha escapado. La jungla empieza aquí, en el río. Puede ver por donde lo ha cruzado. Ya está en las sendas abiertas por los jabalíes. Sería como buscar una aguja en un pajar y, si lo seguimos,

sus jóvenes acabarán con nosotros. Además, esas sendas están llenas de trampas, ya sabe, hoyos con estacas en el fondo, zarzas envenenadas y demás. McTavish y sus nativos son los únicos capaces de internarse en esas sendas y, aun así, a ultima vez perdió a tres de sus hombres. Regresemos a la casa. Esta noche oirá sonar las caracolas y los tambores de guerra, que armarán un buen jaleo. No atacarán, señor Worth, pero mantenga a todos los obreros cerca de la casa. ¡Vamos!

De regreso se tropezaron con un negro que gemía y lloraba a gritos.

—¡Callar esa boca! —ordenó Worth—. ¿Por qué hacer ruido?

—Koho matar dos vacas —respondió el negro al tiempo que se pasaba un dedo por la garganta.

—Ha apuñalado a las vacas —dijo Grief—. Eso significa que no tendrá leche durante una temporada, Worth. Me ocuparé de enviarle otro par de vacas desde Ugi.

Wallenstein se mostró inconsolable hasta que Denby, tras saltar a tierra, confesó lo de la dosis de esencia de mostaza. A partir de ahí, el residente alemán se animó aunque se retorcía el bigote con más fuerza y continuó maldiciendo las Salomón con juramentos seleccionados en cuatro idiomas.

A la mañana siguiente, desde la espiga de la *Wonder* se veía la jungla repleta de señales de humo. De promontorio en promontorio, hasta el interior más denso las columnas de humo formaban volutas y hablaban. Las aldeas más remotas de los picos más altos, a las que ni siquiera habían llegado las incursiones de McTavish, se unieron a la agitada conversación. Desde el otro lado del río continuaba llegando el alboroto de las caracolas y de todas las direcciones, llevada durante kilómetros por el aire en calma, fluía la reverberación intensa y atronadora de los grandes tambores de guerra: gigantescos troncos de árbol, vaciados con fuego y tallados con herramientas de piedra y concha.

—No pasará nada mientras permanezcan aquí, todos juntos y en el recinto —dijo Grief a su director—. Yo debo continuar hasta Gavutu. No saldrán a campo abierto para atacar. Mantenga cerca a las cuadrillas de trabajadores. Interrumpa la limpieza del terreno hasta que esto se calme. Atacarán a cualquier grupo que salga a trabajar. Y, pase lo que pase, no se le ocurra meterse en la jungla

para perseguir a Koho. Si lo hace, acabará con todos. Lo único que tiene que hacer es esperar a que llegue McTavish. Lo enviaré enseguida con un grupo de nativos de Malaita. Él es el único que puede entrar ahí. Además, hasta que llegue, dejaré a Denby con usted. No le importa, ¿verdad, señor Denby? McTavish llegará en el *Wanda* y usted podrá regresar con ellos y volver a la *Wonder*. El capitán Ward se las arreglará sin usted por una travesía.

—Me iba a ofrecer voluntario —respondió Denby—. Jamás pensé que se armaría semejante lío por una broma. En cierto modo, me siento responsable.

—Yo también lo soy —interrumpió Wallenstein.

—Pero yo empecé —insistió el sobrecargo.

—Sí, aunque yo seguí con la broma.

—Y Koho le ha puesto fin —dijo Grief.

—En cualquier caso, yo también me quedo —afirmó el alemán.

—Creí que venía a Gavutu conmigo —protestó Grief.

—Esa era mi intención. Pero esta jurisdicción también es, en parte, mía y me he portado como un idiota. Me quedaré para echar una mano hasta que todo se arregle.

V

EN GAVUTU, Grief envió instrucciones a McTavish a través de un queche reclutador que zarpaba rumbo a Malaita. El capitán Ward partió en la *Wonder* hacia las islas de Santa Cruz y Grief pidió prestados una chalupa y una tripulación de prisioneros negros al residente británico y cruzó Guadalcanal para examinar las praderas que crecían más allá de Penduffryn.

Tres semanas después, con buen viento de popa, sorteó los bajíos de coral y surcó las aguas tranquilas que llevaban al fondeadero de Gavutu. El puerto estaba desierto, a excepción de un pequeño queche próximo al arrecife de coral. Grief lo reconoció enseguida: era el *Wanda*. Resultaba evidente que acaba de entrar por el paso de Tulagi, porque su tripulación de nativos aún se encontraba aferrando las velas. Tras virar para ponerse a su costado, fue el propio McTavish quien le tendió una mano y lo ayudó a subir.

—¿Qué pasa? —preguntó Grief—. ¿Aún no se ha puesto en

marcha?

McTavish asintió con la cabeza.

—He ido y he vuelto. A bordo todo va bien.

—¿Cómo sigue Nueva Gibbon?

—Como siempre. No falta nada, excepto algunas cosidas sin importancia que un ojo acostumbrado a mirar podría echar de menos en el paisaje.

Era un hombre frío, pequeño como Koho e igual de reseco, de tez color caoba y ojos diminutos, azules y sin expresión, que, más que los ojos de un escocés, parecían un par de agujeros hechos por una barrena. Sin miedo, sin entusiasmo, inmune a la enfermedad, el clima y los sentimientos, era delgado, implacable y letal como una serpiente. Grief sabía de sobra que su gesto avinagrado presagiaba malas noticias.

—¡Hable de una vez! —le dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Eso de bromear con los negros paganos es una vergüenza, algo de lo más reprobable —fue la respuesta—. Además, resulta muy caro. Acompáñeme abajo, señor Grief. Recibirá la información mucho mejor con una copa en la mano. Usted primero.

—¿Cómo solucionó el problema? —preguntó el jefe en cuanto llegaron a la cabina y se sentaron.

El hombrecillo escocés negó con la cabeza.

No había nada que solucionar. Todo depende del punto de vista. Otra forma de decirlo es afirmar que ya estaba solucionado, completamente solucionado antes de que yo llegara.

—Pero ¿y la plantación? ¿Qué pasa con la plantación?

—No hay plantación. Tantos años de trabajo se han quedado en nada. Volvemos a estar como al principio, en el punto de comienzo de los misioneros, en el punto de comienzo de los alemanes… y en su final. No quedan más piedras en pie que las del embarcadero. Las casas solo son cenizas. Han talado todos los árboles y los cerdos salvajes desentierran los ñames y las batatas. Los cien nativos de Nueva Georgia, con el buen grupo que formaban y lo mucho que le costaron… No queda ni uno para contar lo ocurrido.

Hizo una pausa y empezó a hurgar en un armario situado bajo la escalera.

—Pero ¿y Worth? ¿Y Denby? ¿Y Wallenstein?

—Es lo que le estoy diciendo. Mire.

McTavish extrajo un saco hecho de estera y vació su contenido en el suelo. David Grief dio un respingo y se quedó atónito al ver las cabezas de los tres hombres que había dejado en Nueva Gibbon. El bigote rubio de Wallenstein ya no se rizaba hacia arriba y caía lacio sobre el labio superior.

—No sé cómo ocurrió —se oyó la voz cansada del escocés—. Pero me figuro que se adentraron en la jungla para perseguir al viejo demonio.

—¿Y dónde está Koho? —preguntó Grief.

—De vuelta en la jungla, borracho como una cuba. Por eso pude recuperar las cabezas. No se tenía en pie. Se lo llevaron a cuestas de la aldea en cuanto llegué. Le agradecería mucho que me librase de estas cabezas. —Hizo una pausa y suspiró—. Supongo que decidirán enterrarlas. Pero en mi opinión, serían un buen recuerdo. Cualquier; museo respetable pagaría cien libras por cada una. Tómese otra copa. Lo veo un poco pálido. Vamos, tómesela de un trago y, si quiere mi consejo, señor Grief, póngase muy serio e impida que nadie gaste más bromas a los negros. Siempre surgen problemas y resulta una diversión muy cara.

[1911]

La cuenta pendiente de Swithin Hall

I

ON UNA ÚLTIMA Y PROLONGADA mirada al ininterrumpido círculo de mar, David Grief se bajó de la cruceta y descendió, despacio y abatido, por la flechadura hasta cubierta.

—El atolón Leu-Leu se ha hundido, señor Snow —dijo al joven segundo oficial, de rostro preocupado—. Si algo sé de navegación, el atolón se encuentra bajo el mar, porque lo hemos pasado por encima dos veces, o por encima del lugar en el que debería encontrarse. Eso o el cronómetro falla o yo me he olvidado de lo que es navegar.

—Tiene que ser el cronómetro, señor —aseguró el segundo a su jefe—. Yo hice observaciones y las desarrollé por mi cuenta y

coincidían con las suyas.

—Sí —murmuro Grief, al tiempo que movía la cabeza, abatido —. Y donde se cruzaban sus líneas de posición, además de las mías, se encontraba el centro del atolón Leu-Leu. Tiene que ser el cronómetro: le habrá fallado el engranaje o algo así.

Dio un paseo de ida y vuelta hasta la barandilla y echó una ojeada preocupada a la estela de la *Uncle Toby*. La goleta, con viento fresco por la aleta, alcanzaba unos nueve o diez nudos.

—Será mejor orzar para navegar de bolina, señor Snow. Reduzca trapo y déjela barloventear en bordadas de dos horas. El tiempo se está cerrando y no creo que esta noche podamos hacer observaciones de las estrellas; así que mantendremos la situación de barlovento, mañana observaremos la latitud y correremos en latitud hasta Leu-Leu. Así es como lo hacían en la antigüedad.

Ancha de manga, dotada de palos largos, con francobordo elevado y proa llena, la *Uncle Toby* era la goleta más lenta, rechoncha, segura e infalible que David Grief poseía. Navegaba en las Banks y las Santa Cruz, y hacia el noroeste, entre varios atolones aislados, donde sus tratantes nativos recogían copra, carey y alguna que otra tonelada de conchas perlíferas. Al ver que el patrón había caído enfermo con un ataque de fiebre especialmente grave, Grief lo dejó en tierra y ocupo su puesto en la travesía semestral entre los atolones. Había elegido hacer la primera parada en Leu-Leu, que era el más alejado, y ahora se encontraba perdido en medio del mar con un cronómetro que le tomaba el pelo.

II

ESA NOCHE NO SALIERON las estrellas y al día siguiente no pudieron ver el sol. Imperaba una calma pegajosa y cargada que de vez en cuando rompían unas fuertes ráfagas del viento y potentes chaparrones. Por miedo a alejarse demasiado barloventeando, la Unde Toby se puso en facha y así permaneció cuatro días y noches de un cielo oculto tras las nubes. El sol no salió nunca y, en las pocas ocasiones en las que se vieron las estrellas fue de forma tan breve y fugaz que no lograron identificarlas. Para entonces hasta el más principiante tenía claro que los elementos se preparaban para

armarla buena. Grief salió a cubierta a fin de consultar el barómetro, que se empeñaba en permanecer en 29.90, y se encontró con Jackie-Jackie, cuyo rostro parecía tan inquietante y turbulento como el cielo y el aire. Jackie-Jackie, un experimentado marinero tongano, hacía las veces de contramaestre y segundo de a bordo entre la tripulación *kanaka*.

—Gran tormenta venir, creer yo —dijo—. Uno así yo ver antes cinco o seis veces.

Grief asintió.

—Se acerca un huracán, Jackie-Jackie. Muy pronto el barómetro descenderá… hasta el fondo.

—Sí —coincidió el tongano—. Soplar como demonio.

Diez minutos después, Snow salió a cubierta.

—Ya empieza —dijo—. 29.85, baja el barómetro y sube la temperatura. Hace un calor insoportable, ¿no lo nota? —Se frotó la frente con las manos—. Es mareante. Podría devolver el desayuno sin esforzarme demasiado.

Jackie-Jackie sonrió.

—A mí pasar igual. Todo dentro dar vueltas. Siempre así antes de gran viento. Pero *Uncle Toby* ir bien. Soportar todo.

—Es mejor que apareje la vela cangreja de tormentas en el palo mayor, y un tormentín —dijo Grief al segundo—. Y tome todos los rizos antes de aferrar. Quién sabe lo que podemos necesitar. Ya de paso, ponga doble jarcia.

Una hora más tarde, la sofocante opresión continuaba aumentado y la calma absoluta se mantenía, mientras el barómetro había caído y marcaba 29.70. El segundo era joven y no tenía paciencia para esperar la llegada del momento trascendental. Interrumpió sus paseos inquietos y agitó los brazos.

—¡Si va a venir, que venga ya! —gritó—. ¡No tiene sentido darle tantas vueltas! ¡Por muy malo que sea, que acabe de una vez! ¡Vaya lío, perdidos con un cronómetro que se ha vuelto loco y un huracán que no quiere soplar!

El cielo cubierto de nubes desordenadas y revueltas se tiñó de un leve tono cobrizo y pareció ponerse al rojo, como el interior de un enorme caldero recalentado. Abajo no quedaba nadie. Los marineros nativos se reunían, preocupados, en grupos a crujía y a proa, donde hablaban en voz baja y miraban con aprensión al cielo

amenazador y al mar, igual de siniestro, que respiraba ondulaciones largas, bajas y oleaginosas.

—Parece una mezcla de petróleo y aceite de ricino —se quejó el segundo, al tiempo que escupía su asco por la borda—. Mi madre solía darme porquerías de esas cuando era pequeño. ¡Dios, qué negrura!

El deslumbrante brillo cobrizo desapareció y el cielo se espesó y encapotó hasta que la oscuridad fue como la del final del crepúsculo. David Grief, que de sobra conocía las reglas del huracán, volvió a leer *Las leyes de las tormentas*, forzando la vista a la poca luz existente para descifrar la letra. No podía hacer más que esperar a que soplase el viento para saber en qué situación se hallaba en relación al centro letal y veloz de la tormenta que se acercaba desde algún punto.

Eran las tres de la tarde y el barómetro había bajado a 29.45 cuando llegó el viento.

Lo vieron en el agua: oscureció la superficie del mar y levantó diminutas cabrillas a su paso. No era más que una brisa fuerte y la *Uncle Toby* orientó sus velas de tormenta hasta tener el viento por el través y avanzó chapoteando a un ritmo de cuatro nudos.

—Vaya porquería —se burló Snow—, ¡después de tantos preparativos!

—¡Viento niño! —convino Jackie-Jackie—. Ver como pronto crecer hasta ser hombre.

Grief ordenó colocar la vela de trinquete, conservando los rizos, y la *Uncle Toby* enmendó el ritmo. El viento enseguida se convirtió en un hombre, pero no se quedó ahí. Continuó soplando cada vez más fuerte, siempre aumentando, y anunciaba cada incremento con una calma seguida de ráfagas devastadoras y arreciantes. Siguió empeorando hasta que la barandilla de la *Uncle Toby* pasó más tiempo empujada hacia abajo que arriba, mientras su combés se llenaba de agua espumosa que los imbornales no eran capaces de expulsar. Grief estudió el barómetro, que no dejaba de caer.

—El centro se encuentra al sur —le dijo a Snow—, y nosotros corremos en dirección a él. Ahora viraremos para correr en dirección contraria. Con eso, el barómetro tendría que subir. Arríe la vela de trinquete, ya es demasiado, y listos para virar por redondo.

Realizaron la maniobra y, en medio de una oscuridad que más parecía la del anochecer, la *Uncle Toby* viró y corrió como loca rumbo al norte, por delante de la tormenta.

La cosa está igualada —confió Grief al segundo un par de horas después—. La tormenta describe una gran curva, que resulta imposible de calcular, por lo que podríamos dejarla atrás o el centro podría alcanzarnos. Por suerte, el barómetro aguanta Tod depende de lo amplia que sea la curva. Hay demasiado oleaje, ¡póngala al pairo! Seguirá avanzando igual.

—Yo creí que sabía lo que era un vendaval —gritó Snow al oído de su jefe a la mañana siguiente—. Esto no es viento. Es algo impensable. Es imposible. Hay rachas de ciento cincuenta o ciento sesenta kilómetros por hora. Pero eso no significa nada. ¿Cómo explicárselo a alguien? Jamás lo conseguiré. ¡Y mire el oleaje! He navegado hacia el este, pero jamás he visto algo parecido.

Era de día y hacía una hora que había salido el sol, pero no conseguía producir más que un semicrepúsculo sombrío. El océano era una imponente procesión de montañas en movimiento. Los senos de las gigantescas olas medían tres cuartos de milla náutica. Sus enormes laderas, algo protegidas de la furia del viento, se veían interrumpidas por formaciones de olas más pequeñas, como cabrillas, pero en las elevadas crestas de las olas grandes el viento arrancaba las cabrillas en el instante en que se formaban. Esa espuma alcanzaba la altura de la espiga, y aún llegaba más arriba, en horizontal, por encima de la superficie del mar.

—Ya hemos pasado lo peor —opinó Grief—. El barómetro continúa subiendo Aumentará el oleaje al tiempo que el viento amaina. Me voy a acostar un rato. Atento a los cambios en la dirección del viento. Los habrá. Avíseme a las ocho campanadas.

A media tarde, en medio de un buen oleaje, con el viento que ya no era más que una brisa fuerte, el contramaestre de Tonga divisó una goleta volcada. La deriva de la *Uncle Toby* los llevó a pasar junto a la proa y no pudieron leer su nombre, pero antes de la noche encontraron un bote de fondo redondo y dos proas, anegado pero con unas letras blancas visibles en la proa. Con la ayuda de los prismáticos, Grief leyó: *Emily L. Nº 3*.

—Una goleta de las que andan a la caza de focas —dijo—. Aunque no entiendo qué hace en estas aguas una cazadora de focas.

—¿Ir a la busca del tesoro? —especuló Snow—. Recordará usted que la *Sophie Sutherland* y la *Herman* eran goletas cazadoras de focas, que alquilaron en San Francisco los tipos que tienen los mapas y que siempre afirman poder ir directos al punto exacto, hasta que llegan y no es allí.

III

TRAS UNA NOCHE MAREANTE de meneos y bamboleos sin fin, durante la que la *Uncle Toby*, sobre un mar agonizante y sin una ráfaga de viento para ayudarla a conservar el nimbo, logró que todos los que iban a bordo se sintieran enfermos, se levantó una ligera brisa y quitaron los rizos. A mediodía, con el mar en calma, empezaron a abrirse claros entre las nubes y pudieron observar el sol. El resultado fue dos grados y quince minutos sur. Con el cronómetro estropeado, resultaba imposible calcular la longitud.

—Podemos estar en cualquier punto de esa latitud, entras las quinientas y las mil millas náuticas —afirmó Grief mientras el segundo y él se inclinaban sobre la carta marina—. Leu-Leu se encuentra en algún lugar hacia el sur y esta parte del mar está en blanco. No hay ni una isla, ni un simple arrecife con el que regular el cronómetro. Lo único que podemos hacer…

—¡Tierra a la vista, capitán! —avisó el tongano desde lo alto de la escalera.

Grief lanzó una rápida ojeada al espacio en blanco de la carta, dejó escapar un silbido de sorpresa y se recostó levemente en su sillón.

—No lo entiendo —dijo—. Aquí no puede haber tierra. Ni hemos corrido tanto ni nuestra deriva ha sido tan grande como para eso. Esta travesía es una locura. ¿Sería tan amable de subir, señor Snow, para ver qué le pasa a Jackie?

—Es tierra —dijo el segundo desde arriba al cabo de un minuto —. Se ve desde cubierta. Se ven copas de palmeras, así que debe ser un atolón. Tal vez incluso sea Leu-Leu.

Grief asintió con la cabeza mientras observaba la hilera de palmeras, de las que solo se veían las copas, que parecía surgir directamente del mar.

—Vire para navegar ciñendo, señor Snow, pasaremos cerca para echar un vistazo.

Podemos seguir hacia el sur y, si se extiende en esa dirección, llegaremos a la esquina sudoeste.

Para que las palmeras se vean desde la cubierta de una goleta, deben encontrarse muy próximas y, a pesar de que la *Uncle Toby* avanzaba muy despacio, enseguida empezaron a verse las tierras bajas y otras palmeras, que incrementaron la definición del círculo del atolón.

—Qué belleza —comentó el segundo—. Es un círculo perfecto. Podría medir entre trece y quince kilómetros de diámetro. ¿Habrá entrada a la laguna? ¿Quién sabe? Tal vez sea un nuevo descubrimiento.

Navegaron siguiendo la costa oeste del atolón, realizando bordadas cortas para acercarse a la roca de coral golpeada por el mar y luego volverse a separar. Desde la espiga, un *kanaka* anunció que, al otro lado del borde de palmeras, se veía la laguna y una pequeña isla en el medio.

—Sé lo que está pensando —dijo Grief a su segundo.

Snow, que había estado murmurando algo y negando con la cabeza, levantó enseguida una mirada repleta de incredulidad.

—Está pensando que la entrada estará en el noroeste —continuó Grief, como si recitase algo—. Tendrá un ancho de dos cables y al norte la señalan tres palmeras separadas y, al sur, varios pandanos. Mide trece kilómetros de diámetro, forma un círculo perfecto y tiene una isla en el centro de la laguna.

—Estaba pensando eso mismo —reconoció Snow.

—Ahí está la entrada, exactamente donde debería estar.

—Y las tres palmeras —casi susurró Snow—. Y los pándanos. Si en la isla hay un molino de viento…, es la isla de Swithin Hall. Pero no puede ser. Desde hace diez años, la busca todo el mundo.

—Hall le jugó una mala pasada en una ocasión, ¿no es así? —preguntó Grief Snow asintió.

—Por eso trabajo para usted. Me arruinó. Fue un auténtico atraco a mano armada. Yo compré los restos del naufragio del *Cascade*, en Sidney, con la primera entrega de una herencia.

—Se perdió en la isla de Navidad, ¿no?

—Sí, encalló a toda máquina, por la noche. Salvaron a los

pasajeros y el correo Luego compré una pequeña goleta, de las que navegan entre las islas, y que se llevó el resto de mi dinero, por lo que, para pertrecharla tuve que esperar a recibir el tercer pago de los albaceas. Lo que hizo Swithin Hall, que por entonces estaba en Honolulú, fue salir corriendo hacia la isla de Navidad. No tenía ni derecho ni título de propiedad Cuando llegué, del *Cascade* solo quedaban el casco y los motores. Había llevado a bordo un buen cargamento de seda que no sufrió daños. Su sobrecargo me lo contó más tarde con todo detalle. Ganó alrededor de sesenta mil dólares.

Snow se encogió de hombros y miró sombríamente a la lisa superficie de la laguna, donde unas onditas diminutas bailaban al sol de la tarde.

—El naufragio era mío. Lo compré en pública subasta. Aposté a lo grande y perdí. Cuando regresé a Sidney, la tripulación y algunos de los comerciantes que me habían vendido a crédito arrestaron la goleta. Empeñé el reloj y el sextante y paleé carbón una temporada, y por fin conseguí trabajo en las Nuevas Hébridas por ocho libras al mes. Después probé suerte como comerciante independiente, me arruiné y me enrolé de segundo en un reclutador que iba a Tana y Fiyi, conseguí empleo como capataz en una plantación alemana próxima a Apia y al final acabé en la *Uncle Toby*.

—¿Ha visto alguna vez a Swithin Hall?

Snow negó con la cabeza.

—Pues parece que ahora lo va a ver. Ahí está el molino.

En el centro de la laguna, al salir del paso, dieron con una isla pequeña y de densa vegetación, entre cuyos árboles se veía claramente un molino de viento.

—Por lo que parece, no hay nadie en casa —dijo Grief—, o habría podido cobrar su deuda.

Una expresión de venganza asomó al rostro del segundo, que apretó los puños.

—Legalmente no puedo tocarlo. Ahora tiene demasiado dinero. Pero puedo sacarle los sesenta mil del pellejo. Espero que esté en casa.

—Entonces, yo también lo espero —dijo Grief con una sonrisa de admiración—. Supongo que la descripción de la isla se la daría Bau-Oti.

—Sí, como a todos los demás. El problema es que Bau-Oti no

conoce la latitud ni la longitud. Dice que navegaron mucho tiempo desde las Gilbert, que eso es lo único que sabe. Me pregunto qué habrá sido de él.

—Yo lo vi hace un año, en una playa de Tahití. Dijo que estaba pensando en embarcarse para navegar entre las Paumotu. Bueno, ya nos estamos acercando. Echa el escandallo Jackie-Jackie. Listo para arriar el ancla, señor Snow. Según Bau-Oti, se fondea a trescientos metros de la orilla oeste a nueve brazas y hay bajíos de coral al sureste. Ahí están los bajíos. ¿La medición, Jackie?

—Nueve brazas.

—Arríe, señor Snow.

La *Uncle Toby* se balanceó unida a la cadena del ancla, arriaron las velas delanteras y la tripulación *kanaka* se ocupó de las drizas y escotas de proa y de mayor.

IV

LA CHALUPA SE SITUÓ al costado del muelle de piedra de coral y David Grief y su segundo saltaron a tierra.

—Esto parece desierto —dijo Grief mientras recorrían la senda de arena que llevaba al bungaló—. Pero huelo a algo que he olido a menudo. Aquí pasa algo, si mi nariz no me engaña. La laguna está alfombrada de conchas. Están dejando pudrir la carne a varios kilómetros de distancia. ¿Percibe ese olorcillo?

El bungaló de Swithin Hall no se parecía a ningún otro de los que había en los trópicos. Estaba construido igual que el edificio de una misión y, tras acceder por una puerta mosquitera que no tenía el pestillo echado, vieron que su interior estaba amueblado y decorado siguiendo el mismo estilo de las misiones. Las mejores esterillas samoanas cubrían el suelo del gran salón. Había sofás, asientos junto a las ventanas, rincones acogedores y una mesa de billar. Una mesa de costura y un costurero, sobre los que había un pedazo de auténtico lino bordado, del que sobresalía una aguja, indicaban la presencia de una mujer. El porche y los mosquiteros mantenían el sol cegador a distancia y atenuaban su brillo y su calor. El lustre de unos pulsadores de nácar llamó la atención de Grief.

—¡Demonios! ¡Son acumuladores que funcionan gracias al molino! —exclamó mientras apretaba los pulsadores—. ¡Y luz indirecta!

Se encendieron unos cuencos ocultos y la habitación se llenó de una luz dorada y difusa. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros. Grief se entretuvo repasando los títulos. Para ser un aventurero, era un hombre leído, pero descubrió una variedad tan amplia y un gusto tan católico que lo superaron. Encontró algunos viejos amigos y otros de los que había oído hablar pero que nunca había leído. Había coleccione completas de Tolstói, Turguéniev y Gorky; de Cooper y Mark Twain; de Hugo, Zola y Sue; y de Flaubert, De Maupassant y Paul de Koch. Ojeó con curiosidad las páginas de Méchnikov, Weininger y Schopenhauer, y pensativamente las de Ellis, Lydston, Krafft Ebing y Forel. Tenía en las manos *Desarrollo de las razas*, de Woodruff, cuando Snow regresó de explorar el resto de la vivienda.

—¡Bañera esmaltada, la ducha en una estancia aparte y un baño de asiento! —exclamó—. ¡Todo digno de un rey! Y supongo que parte lo habrá pagado con mi dinero. La casa tiene que estar ocupada. He encontrado latas de leche y mantequilla abiertas hace poco en la despensa y carne de tortuga fresca colgada a secar. Voy a ver qué más encuentro.

Grief también decidió explorar y cruzó una puerta que se abría en el extremo opuesto del salón. Se encontró en lo que, sin duda, era el dormitorio de una mujer. Al otro lado, y a través de una puerta de tela metálica, vio un porche para descansar oscurecido por las mosquiteras. Una mujer yacía dormida sobre un sofá. A la tenue luz, parecía excepcionalmente hermosa; la suya era una belleza morena, hispana. Junto a ella y sobre una silla, había una novela abierta, boca abajo. Por el tono de sus mejillas, Grief llegó a la conclusión de que no llevaba mucho tiempo en los trópicos. Tras observarla, retrocedió sin hacer mido y volvió al salón a la vez que Snow cruzaba la otra puerta. Agarraba del brazo desnudo a un negro arrugado por la edad que sonreía amedrentado e intentaba, con gestos, indicarles que era mudo.

—Lo encontré adormilado en una caseta, en la parte de atrás —dijo el segundo—. Supongo que será el cocinero. No he logrado que diga una sola palabra. ¿Qué ha encontrado usted?

—Una princesa dormida. ¡Sssh! Ahí viene alguien.

—Si es Hall… —murmuró Snow al tiempo que apretaba el puño.

Grief negó con la cabeza.

—Nada de peleas. Hay una mujer. Y si es Hall, antes de que nos marchemos encontraré la forma de que pueda vengarse.

Se abrió la puerta y entró un hombre grande y fornido. Al cinto llevaba un pesado Colt de cañón largo. Les dedicó una mirada rápida y preocupada y luego sonrió con amabilidad y extendió la mano.

—Bienvenidos, extraños. Aunque, si no les importa que pregunte, ¿cómo rayos han conseguido encontrar mi isla?

—Nos desviamos de nuestro rumbo —respondió Grief al tiempo que le estrechaba la mano.

—Me llamo Hall, Swithin Hall —dijo el otro mientras se volvía para darle la mano a Snow—. Y no me importa decirles que la suya es la primera visita que recibo.

—¿Esta es su isla secreta, de la que se habla en todas las playas desde hace años? —contestó Grief—. Pues ahora ya sé la fórmula para encontrarla.

—¿Cuál es? —preguntó enseguida Hall.

—Romper el cronómetro, sobrevivir a un huracán y luego mantener los ojos abiertos hasta divisar las palmeras que surgen del mar.

—¿Y cómo se llaman ustedes? —preguntó Hall, después de reírse sin entusiasmo.

—Anstey, Phil Anstey —contestó Grief de inmediato—. Navego desde las Gilbert, Nueva Guinea e intento conocer mi longitud. Este es mi segundo, el señor Gray, mejor navegador que yo, pero tan enfadado como yo con el cronómetro.

Grief no sabía por qué había mentido, pero sintió ese impulso y se dejó llevar. Tenía la sensación de que algo no iba bien, aunque no sabía de qué se trataba. Swithin Hall era un hombre gordo de rostro redondo, con arrugas de las que se producen al reír en las comisuras de la boca y de los ojos. Pero Grief, ya de joven, había aprendido que esa clase de rostro puede resultar engañoso, además de saber que algunos ojos azules ocultan su falsedad tras una alegría superficial.

—¿Qué hacen con mi cocinero? ¿Han perdido el suyo y

pretenden embarcarlo por la fuerza? —dijo Hall—. Pues si quieren comer algo, será mejor que lo suelten. Mi esposa está aquí y los recibirá encantada. Ella lo llama cenar y me riñe cuando lo llamo comer, pero yo soy de los de antes. En mi casa se le llamaba comer a todo y no es fácil perder las viejas costumbres. ¿No quieren asearse? Yo sí. Mírenme. He trabajado sin descanso con el grupo de buceadores. Sacamos conchas. Aunque ya se habrán dado cuenta por el olor.

V

SNOW ALEGÓ LA NECESIDAD de ocuparse de la goleta y regresó a bordo. Además de la repugnancia que le provocaba pensar en compartir mesa con el hombre que le había robado, era necesario que instruyese a la tripulación *kanaka* para que no desvelase la mentira de Grief. Cuando, a las once de la noche, Grief volvió a la goleta, su segundo lo estaba esperando.

—En la isla de Swithin Hall ocurre algo —dijo Grief, al tiempo que negaba con la cabeza—. No sé de qué se trata, pero tengo esa impresión. ¿Qué aspecto tiene Swithin Hall?

Snow negó saberlo.

—El hombre que ocupa la casa no ha comprado los libros que llenan las estanterías —afirmó Grief, totalmente convencido—. Tampoco se ocupó de poner luz indirecta. En apariencia resulta cortés, pero en el fondo es un animal. Está fingiendo. Y el par que lo acompaña… se llaman Watson y Gorman, y llegaron después de que usted se fuera. Son verdaderos lobos de mar, de mediana edad, maltratados, ajados, duros como clavos de hierro forjado oxidados y el doble de peligrosos; unos tipos siniestros, con armas al cinto, a los que no imagino tratando a Swithin Hall con tanta camaradería. ¡Y la mujer! Es una dama. En serio. Sabe mucho de Sudamérica y de China. Estoy seguro de que es española, aunque habla inglés como si fuese su lengua materna. Ha viajado. Hablamos de las corridas de toros. Las ha visto en Guayaquil, en México y en Sevilla. Sabe mucho de pieles de foca.

»Pero lo que me preocupa es esto: sabe de música. Le pregunté si tocaba. Y él ha acondicionado la casa como si fuera un palacio.

Siendo así, ¿por qué no hay un piano para ella? Y otra cosa: es una mujer despierta y alegre, y él la observa cada vez que habla. Se muestra nervioso y no para de interrumpir la conversación y desviarla. ¿Alguna vez oyó usted decir que Swithin Hall estuviese casado?

—Pues no lo sé —contestó el segundo—. Ni siquiera se me ocurrió pensarlo.

—Me la presentó como la señora Hall. Y Watson y Gorman lo llaman Hall. Vaya par esos dos. No entiendo nada.

—¿Qué piensa hacer al respecto? —preguntó Snow.

—Pues nos quedaremos un poco por aquí. En la casa hay algunos libros que me apetece leer. Supongamos que por la mañana derriba ese mastelero y pone en marcha una revisión general. Acabamos de pasar por un huracán. Ya de paso, repase la jarcia Dele una buena vuelta a todo y tómese su tiempo.

VI

AL DÍA SIGUIENTE las sospechas de Grief encontraron más base en la que apoyarse. Bajó a tierra temprano y cruzó paseando la pequeña isla, hasta los barracones que ocupaban los buceadores. Cuando llegó, estaban subiendo a los botes y le dio la impresión de que, a pesar de ser *kanakas*, se comportaban como si fuesen presidiarios condenados a trabajar. Allí estaban también los tres hombres blancos y Grief se fijó en que cada uno llevaba un rifle. Hall lo recibió con bastante alegría, pero Gorman y Watson fruncieron el ceño al gruñir un brusco saludo.

Un momento después, uno de los *kanakas* se inclinó para colocar el remo y aprovechó el movimiento para guiñarle un ojo a Grief, a quien la cara de aquel hombre le resultaba familiar: sería uno de los miles de marineros y buceadores nativos con los que se había cruzado comerciando de isla en isla.

—No les digas quien soy —pidió Grief en tahitiano—. ¿Has navegado alguna vez para mí?

El hombre asintió con la cabeza y abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar se vio reprimido por el brutal «¡Cállate!» de Watson, quien ya ocupaba la tilla de popa.

—Pido disculpas —dijo Grief—. No tenía que haberle hablado.

—No importa —intervino Hall—. El problema es que les encanta hablar, pero no trabajar. Hay que ser duro con ellos o no recogerían conchas suficientes ni para pagar lo que comen.

Grief asintió comprensivamente.

—Los conozco bien. Mi tripulación es de ellos y son una panda de vagos. Para sacarles medio día de trabajo hay que tratarlos como a esclavos.

—¿Qué fue lo que le dijo? —soltó Gorman con brusquedad.

—Le pregunté qué tal eran las conchas y a qué profundidad bajaban.

—Abundantes —se ocupó de responder Hall—. Ahora trabajamos a unas diez brazas. Es ahí, a unos cien metros de distancia. ¿Quiere acompañarnos?

Grief paso medio día con los botes y almorzó en el bungaló. Por la tarde haraganeó, durmió la siesta en el enorme salón, leyó un rato y charló durante media hora con la señora Hall. Después de cenar jugó al billar con su marido. Lo cierto era que Grief nunca había coincidido con Swithin Hall, pero la fama de Hall como experto jugador de billar era tema de conversación en todas las playas, desde Levuka a Honolulú. Sin embargo, el hombre con el que Grief jugó esa noche se mostró indiferente al juego. Su mujer manejaba el taco mucho mejor que él.

Cuando subió a bordo de la *Uncle Toby*, Grief sacó a Jackie-Jackie de la cama. Le detalló la situación de los barracones y le pidió al tongano que nadase hasta allí sin hacer ruido y hablase con los *kanakas*. Jackie-Jackie estaba de vuelta en dos horas. Negó con la cabeza mientras goteaba ante Grief.

—Ser muy raro —informó—. Un hombre blanco allí todo el tiempo. Tener rifle grande. Esperar en agua y vigilar. Ser las doce y otro hombre blanco venir y coger rifle. Primer blanco ir dormir. El otro vigilar con rifle. Nada bueno. Yo no poder hablar con *kanakas*. Yo volver.

—¡Demonios! —le dijo Grief a Snow, después de que el tongano regresara a su litera—. Aquí huele a algo más que a conchas. Esos tres hombres se turnan para vigilar a sus *kanakas*. Ese hombre es Swithin Hall tanto como lo soy yo.

Snow silbó asombrado ante la nueva idea que se le había

ocurrido.

—¡Ya sé! —gritó.

—Y yo —contestó Grief—. ¿Está pensando que la *Emily L.* era su goleta?

—Exacto. Ellos recogen y pudren las conchas mientras la goleta ha ido a buscar más buceadores o provisiones… o ambas cosas.

—Estoy de acuerdo. —Grief miró el reloj de la cabina y dio señales de querer dormir—. Es marino. Lo son los tres. Pero no saben de islas. Son nuevos en estas aguas.

Snow volvió a silbar.

Y la *Emily L.* se ha hundido con toda la tripulación —dijo—. Eso lo sabemos nosotros. Están aislados aquí hasta que regrese Swithin Hall. Entonces los pillará con todas las conchas.

—O ellos se apoderarán de su goleta.

—¡Eso espero! —murmuró Snow, vengativo—. Alguien debería robarle a él. Ojalá estuviera yo en la piel de ellos. Recuperaría mis sesenta mil.

VII

TRANSCURRIÓ UNA SEMANA, durante la que la *Uncle Toby* quedó lista para hacerse a la mar y Grief consiguió despejar cualquier sospecha que los de tierra pudiesen haber tenido sobre él. Incluso Gorman y Watson aceptaron todo cuanto les contó de sí mismo. Además, se pasó toda la semana dando la lata y pidiendo que le revelaran la longitud de la isla.

—No querrá que me marche estando perdido —insistió por última vez—. Sin saber la longitud, el cronómetro no me servirá de nada.

Hall se negó, risueño.

—Es usted demasiado buen marino, señor Anstey, como para no arribar a Nueva Guinea o a alguna otra tierra alta.

—Y usted es demasiado buen marino, señor Hall —contestó Grief—, como para no saber que podré arribar a su isla cuando quiera corriendo en latitud hasta ella.

La última noche, mientras estaba en tierra para cenar, como siempre, Grief vio por primera vez las perlas que habían reunido. La

señora Hall se entusiasmó y pidió a su marido que le llevase sus «preciosidades», y se pasó media hora enseñándoselas a Grief. El placer que Grief mostró era auténtico, al igual que su sorpresa porque hubieran reunido un botín tan valioso.

—La laguna está sin tocar —explicó Hall—. Usted mismo ha visto que casi todas las conchas son grandes y viejas. Pero lo curioso es que encontramos la mayor parte de las perlas valiosas en un pequeño tramo y en el curso de una semana. Era como una pequeña mina. Todas las ostras estaban llenas, la mayoría eran perlas pequeñas, desde luego, pero las perfectas, casi todas las de ese lote, salieron de esa pequeña zona.

Grief les echó una ojeada y supo que su valor oscilaba entre cien y mil dólares por pieza, mientras que las grandes y especiales superaban con creces esa tasación.

—¡Oh, son preciosas! ¡Preciosas! —exclamó la señora Hall y se inclinó de repente para besarlas.

Unos minutos después se levantó para irse a dormir.

—Yo me despido ya —dijo Grief mientras le estrechaba la mano—. Mañana zarpamos.

—¡Tan inesperadamente! —gritó ella, mientras Grief observaba la satisfacción que asomó a los ojos de su marido.

—Sí —continuó Grief—. Ya hemos terminado con las reparaciones. No consigo sacarle a su marido la longitud de su isla, aunque no pierdo la esperanza de que ceda.

Hall se rio, negó con la cabeza y, mientras su esposa abandonaba el salón, propuso tomar una última copa de despedida. Se sentaron de nuevo, a fumar y charlar.

—¿Cuánto calcula que valen? —preguntó Grief, señalando las perlas extendidas sobre la mesa—. ¿Cuánto darían por ellas los compradores de perlas?

—Oh, entre setenta y cinco y ochenta mil dólares —dijo Hall, sin darle importancia.

—Me temo que se queda corto. Sé algo de perlas. Por ejemplo, esa, la más grande. Es perfecta. No vale ni un centavo menos de cinco mil dólares. Algún multimillonario pagará incluso el doble algún día, cuando los comerciantes hayan sacado su parte. Y sin tener en cuenta las perlas pequeñas, ahí hay un montón de barrocas. Las perlas barrocas se están poniendo de moda. Cada año

suben de precio, incluso lo doblan.

Hall estudió con mayor atención el tesoro de perlas, hizo un cálculo aproximado de cada grupo y realizó la suma del total en voz alta.

—Tiene razón —admitió—. Ahora mismo valen cien mil.

—¿Y en cuánto calcula el gasto laboral? —continuó Grief—. Su tiempo, el de sus dos hombres, el de los buceadores.

—Con cinco mil lo cubriría todo.

—Así que, ¿se embolsará unos noventa y cinco mil?

—Más o menos. Pero ¿a qué viene tanta curiosidad?

—Pues, intentaba… —Grief hizo una pausa y dejó seco su vaso—. Quería encontrar la forma de llegar a un acuerdo equitativo. Imagine que le ofrezco a usted y a los suyos pasaje hasta Sidney y los cinco mil dólares… o, mejor, siete mil quinientos. Han trabajado mucho.

Sin alborotarse y sin hacer un solo movimiento, el otro hombre se mostró tenso, alerta. El gesto amable de su rostro redondo se apagó como la llama de una vela al soplar sobre ella. En la superficie de sus ojos no había alegría, pero en el fondo se apreciaba su alma dura y peligrosa. Habló despacio, con calma.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

Grief volvió a encender su puro sin inmutarse.

—No sé por dónde empezar —dijo—. La situación es… es bastante violenta… para usted. Verá, intento ser justo. Como he dicho, ha trabajado mucho. No quiero confiscar las perlas. Quiero pagarle por su tiempo, sus molestias y sus gastos.

Un convencimiento instantáneo y absoluto asomó al rostro del otro.

—Y yo que creía que estaba usted en Europa —murmuró. La esperanza aleteó en sus ojos durante un segundo—. No, mire, me está tomando el pelo. ¿Cómo sé que es usted Swithin Hall?

Grief se encogió de hombros.

—Sería una broma de mal gusto, después de lo hospitalario que ha sido. Pero también es de mal gusto tener a dos Swithin Hall en la isla.

—Y si usted es Swithin Hall, ¿quién demonios soy yo? ¿Eso también lo sabe?

—No —Grief respondió a la ligera—. Aunque me gustaría

saberlo.

—Pues no es asunto suyo.

—Estoy de acuerdo. Su identidad no viene al caso. Además, conozco su goleta y con eso me basta para enterarme de quién es usted.

—¿Cómo se llama la goleta?

—*Emily L*.

—Correcto. Soy el capitán Raffy, propietario y mandamás.

—¿El cazador furtivo de focas? He oído hablar de usted. ¿Y qué rayos lo ha traído hasta mis territorios?

—Necesitaba dinero. Las manadas de focas están casi agotadas.

—Y los pocos lugares aislados del mundo están mucho mejor vigilados, ¿no?

—Eso también. Pero volvamos a nuestro lío, señor Hall. Yo estoy dispuesto a pelear y puedo ser muy peligroso. ¿Qué piensa hacer al respecto?

—Lo que le he dicho. Incluso mejor. ¿Cuánto vale la *Emily L*?

—Ya tiene sus añitos. No más de diez mil, porque sería un robo. Cada vez que hay marejada temo que el lastre atraviese la tablazón.

—Ya la ha atravesado, capitán Raffy. La vi boca abajo después del huracán. Vamos a poner que valía siete mil quinientos. Le pagaré quince mil dólares y el viaje a Sidney. No mueva las manos del regazo. —Grief se puso en pie, se acercó a él y le quitó el revólver—. Es una precaución necesaria, capitán. Ahora vendrá a bordo conmigo. Después le daré la noticia a la señora Raffy y la llevaré con usted.

—Debo reconocer que es usted muy generoso, señor Hall —comentó el capitán Raffy cuando el bote se detuvo al costado de la *Uncle Toby*—. Pero tenga cuidado con Gorman y Watson. Son unos tipos muy peligrosos. Y, por cierto, no me gusta comentarlo, pero ya ha visto a mi mujer. Le di cuatro o cinco perlas, solo para ella. Watson y Gorman estuvieron de acuerdo.

—No hace falta que diga más, capitán. No diga más. Seguirán siendo suyas. ¿Es usted, señor Snow? Aquí traigo a un amigo del que quiero que se ocupe, el capitán Raffy. Yo vuelvo a tierra a buscar a su mujer.

VIII

David Grief escribía, sentado a la mesa de la biblioteca, en el salón del bungaló. En el exterior empezaba a notarse la palidez del alba. Había pasado una noche de lo más ajetreada. La señora Raffy había tardado dos horas de histerismo en recoger sus posesiones y las del capitán Raffy. A Gorman lo pilló durmiendo, pero Watson, que vigilaba a los buceadores, decidió resistirse. Las cosas no se complicaron hasta el punto de llegar a disparar pero hasta que no le quedó claro que el juego había llegado a su fin no consintió en reunirse a bordo con sus compañeros. De forma temporal, lo encadenaron, junto con Gorman, en el camarote del segundo, a la señora Raffy la recluyeron en el de Grief y al capitán Raffy lo hicieron firme a la mesa de la cabina.

Grief terminó el documentó y leyó lo que había escrito:

. A Swithin Hall, por las perlas recogidas en su laguna (aproximadamente)	100.000$
. A Herbert Snow, pago completo del rescate del *Cascade* en perlas (aprox.)	60.000$
. Al capitán Raffy, salario y gastos por recoger las perlas	7.500
. Al capitán Raffy,	7.500

reembolso por la goleta *Emily L.*, perdida en un huracán		
A la señora Raffy, de buena voluntad, cinco perlas buenas (aproximadamente)	1.100	
Travesía a Sídney, cuatro personas, a 120 $	480	
Pintura blanca para las dos chalupas de Swithin Hall	9	
A Swithin Hall, saldo en perlas (aprox.) que encontrará en el cajón de la mesa de la biblioteca	23.411	
	100.000$	100.000 $

Grief puso la fecha y firmó. Luego hizo una pausa y añadió:

P.D.: Quedan pendientes tres libros de Swithin Hall, que

tomé prestados de la biblioteca: *La ley de los fenómenos psíquicos*, de Hudson; *El vientre de París*, de Zola; y *El problema de Asia*, de Mahan. Dichos libros, o su valor, podrán ser recuperados en la oficina que el susodicho David Grief posee en Sidney.

Apagó la luz eléctrica, cogió los libros, cerró con pestillo la puerta principal y se fue en dirección al bote que lo esperaba.

[1911]

El padre pródigo

I

OSIAH CHILDS ERA EL TÍPICO empresario próspero, de aspecto normal. Llevaba un traje de empresario de

sesenta dólares, los zapatos eran cómodos y de horma corriente, la corbata, cuellos y puños de camisa eran como los que vestían todos los empresarios prósperos y, hasta la fecha, lo más arriesgado que había llevado en la cabeza era el moderno bombín, tan usado por los hombres de negocios. Oakland, California, no es una población rural aletargada y Josiah Childs, destacado tendero de una ajetreada metrópolis occidental de trescientos mil habitantes, vivía, actuaba y se vestía con propiedad, según su papel.

Pero esa mañana, antes de que comenzase el verdadero ajetreo, su llegada al almacén, aún sin causar disturbios, resultó lo bastante sorprendente como para perjudicar durante media hora el rendimiento de su plantilla. Saludó amablemente con un gesto de cabeza a los dos repartidores que descargaban sus carretas tras el primer viaje de la mañana y levantó los ojos para dedicar la inevitable y satisfecha mirada al rótulo que ocupaba el frontal del edificio: AUTOSERVICIO CHILDS. Las letras, no muy grandes, eran doradas sobre fondo negro; una mezcla señorial que hablaba de especias nobles, condimentos aristocráticos y todo de la mejor calidad (que era lo que se podía esperar de una escala de precios superior en un diez por ciento a la de las demás tiendas de la ciudad). Pero lo que Josiah Childs no vio, al dar la espalda a los repartidores y entrar, fue el inevitable tropezón de sorpresa de aquellos dos ilustres personajes. Se agarraron d uno al otro para no caer.

—¿Has visto las botas, Bill? —gimió uno.

—¿Y tú te has fijado en el sombrero? —preguntó Bill.

—Hombre, si fuera a una fiesta de disfraces…

—O a una reunión del Regimiento de Caballería…

—O a cazar osos…

—O a declarar que tiene menos de lo que tiene para pagar menos impuestos…

—En lugar de irse al decadente Este. Monkton dice que se va hasta Boston.

Los repartidores se separaron un poco y volvieron a agarrase el uno al otro.

Y es que el atuendo de Josiah Childs justificaba los comentarios de sus empleadas. El sombrero era un Stetson beis claro de ala rígida, con una cinta de cuero mexicano estampado en relieve.

Sobre la camisa de franela azul, que contrastaba con una lánguida corbata de nudo Windsor, llevaba un humilde abrigo de pana gruesa. Los pantalones del mismo tejido se introducían en las botas de cordones, de esas que usan los agrimensores, los exploradores y los encargados de instalar los tendidos eléctricos.

Uno de los dependientes se quedó de piedra al ver la extraña vestimenta de su jefe, Monkton, recientemente ascendido al puesto de gerente, abrió la boca, tragó saliva y se mantuvo imperturbable. La contable miró hacia abajo desde su nido de águila, situado en la galería interior, y ocultó la risa tras el libro de cuentas. Josiah Childs se percató de casi todo, pero no le importó. Empezaba las vacaciones y tenía el corazón y la cabeza a reventar de planes e ilusiones, porque ese iba a ser el descanso más arriesgado que iba a tomar en diez años. En su mente resurgían las imágenes de East Falls, Connecticut, y las escenas hogareñas del lugar en el que había nacido y donde se había criado. Era plenamente consciente de que Oakland resultaba mucho más moderna que East Falls, por eso ya esperaba la reacción provocada por su atuendo. Sin inmutarse por la sensación que causaba entre sus empleados, se desplazó de un lado a otro, acompañado por su gerente, dando instrucciones finales y dedicando entrañables miradas de despedida a todos los venerados detalles del negocio que había levantado de la nada.

Tenía derecho a estar orgulloso del autoservicio Childs. Había llegado a Oakland doce años antes con catorce dólares y cuarenta y tres centavos en el bolsillo. Las monedas de un centavo no circulaban tan al oeste y, tras gastar los catorce dólares, continuó llevando los tres centavos en el bolsillo durante una buena temporada. Después, tras conseguir empleo de dependiente en una tienda pequeña por once dólares a la semana y empezar a enviar un humilde giro postal todos los meses a una tal Agatha Childs, de East Falls, Connecticut, invirtió los tres centavos en sellos. El Tío Sam no podía rechazar su propia moneda legal.

Tras haber pasado toda su vida en las estrecheces de Nueva Inglaterra, donde agudeza y astucia se afilaban sobre la dura piedra de la miseria, de repente se había encontrado en el flexible y relajado oeste, donde la gente pensaba en miles de dólares y los vendedores de prensa callejeros se desmayaban al ver una simple moneda de un centavo. Josiah Childs penetró como el ácido en las

nuevas condiciones industriales y empresariales. Tenía ojo. De repente vio tantas posibilidades de ganar dinero que, al principio, se sintió confuso.

Además, como era juicioso y conservador, había evitado especular. Lo atraía todo to era sólido y seguro. Mientras ejercía de tendero por once dólares a la semana tomó nota de las oportunidades perdidas, las posibles iniciativas seguras y las incontables fugas del negocio. Si, a pesar de todo ello, su jefe se ganaba bien la vida, ¿qué no podría hacer él, Josiah Childs, con su formación de Connecticut? Era como una botella de vino para un ermitaño, esa llegada al oeste activo y generoso en sus hábitos de consumo tras treinta y cinco años en East Falls, los últimos quince pasados en el monótono puesto de tendero en la anodina tienda de East Falls. Josiah Childs estaba entusiasmado con tantas posibilidades como veía. Pero no perdió la cabeza. No pasó por alto ni un solo detalle. Durante las pocas horas que le quedaban libres, se dedicó a estudiar Oakland y sus habitantes, cómo ganaban dinero y por qué lo gastaban y dónde. Paseó por las calles del centro y observó el movimiento de la gente que iba de compras: incluso llegó a contar cuántos eran y a recopilar los datos en varias libretas. Analizó el sistema de crédito generalizado en el comercio y los sistemas de crédito específicos de los distintos barrios. Sabía perfectamente el sueldo medio que ganaban las familias de cualquier zona y se molestó en conocer en profundidad todas las vecindades, desde los suburbios de los muelles hasta los aristocráticos distritos de Lago Merritt y Piedmont, y desde el oeste de Oakland, donde vivían los empleados del ferrocarril, hasta Fruitvale, situado al otro extremo de la ciudad y cuyos habitantes eran semiagricultores.

Su elección final fue Broadway, en la mejor calle y en pleno centro del distrito comercial, donde ningún tendero había tenido la descabellada idea de abrir una tienda de comestibles. Pero para eso necesitaba dinero y él tenía que empezar de cero. Su primera tienda estuvo en el sur de Filbert, donde vivían los trabajadores de las fábricas de clavos ferroviarios. En medio año, otras tres tiendecitas cerraron mientras él ampliaba la suya. Entendía el principio de vender mucho con poco beneficio, de mantener la calidad del producto y del trato justo. Además, había entrevisto el secreto de la

publicidad. Cada semana escogía un artículo que vendía a pérdida. No era una pérdida anunciada, sino absoluta. Su único dependiente profetizó una inminente bancarrota cuando la mantequilla, que a Childs le costaba treinta centavos, se vendió a veintiocho o cuando el café de veintidós centavos se despachó a dieciocho. Las amas de casa del barrio acudían atraídas por esas gangas y compraban otros artículos que sí se vendían con beneficio. Además, enseguida todo el distrito supo de la existencia de Josiah Childs y la gran cantidad de clientes que acudían a su tienda servía para atraer a otros muchos.

Pero Josiah Childs no se dejó engañar. Sabía cuál era la base sobre la que se asentaba su prosperidad. Estudió las fábricas de clavos hasta que llegó a saber tanto al respeto como los directores. Antes de que se oyera la primera sospecha, vendió su tienda y, con una modesta suma de dinero en efectivo, se fue en busca de un nuevo emplazamiento. Seis meses después, las fábricas de clavos cerraron y lo hicieron para siempre.

Situó su siguiente negocio en Adeline Street, donde vivía una clase asalariada acomodada. Allí, sus estantes ofrecían existencias de mayor nivel y más diversificadas. Utilizó el mismo método para atraer a la clientela. Añadió un mostrador de *delicatessen*. Trataba directamente con los granjeros, de manera que la mantequilla y los huevos que vendía no solo eran siempre de fiar, sino que además eran mejores que los que ofrecían las tiendas más destacadas de la ciudad. Una de sus especialidades fueron las alubias al estilo de Boston y se hicieron tan populares que el horno Twin Cabin le pagó generosamente por hacerse cargo de prepararlas. Dedicó tiempo a estudiar a los granjeros y agricultores, incluso hasta el tipo de manzanas que cultivaban, y a algunos les enseñó a hacer sidra correctamente. Como negocio suplementario, su sidra de manzanas de Nueva Inglaterra demostró ser su mayor éxito y al poco tiempo, tras invadir San Francisco, Berkeley y Alameda, lo llevó como un negocio independiente.

Pero él mantenía la vista fija en Broadway. Solo dio otro paso intermedio, que lo acercó lo más posible a Ashland Park Tract, donde quien adquiriese tierra se comprometía a levantar una casa cuyo precio no debía ser inferior a cuatro mil dólares. Después llegó Broadway. La marea de compradores había empezado a desviarse y lo hacía en dirección a Washington Street, donde los inmuebles se

dispararon, mientras que en Broadway el descenso de los precios parecía no tocar fondo. Las grandes tiendas, una tras otra, se mudaban a Washington en cuanto les vencía el contrato de alquiler.

La gente volverá, decía Josiah Childs, pero se lo decía a sí mismo. Conocía a la gente. Oakland crecía y él sabía por qué crecía. Washington Street era demasiado estrecha para soportar el aumento del tráfico. Por motivos físicos, el tranvía eléctrico, cada vez más numeroso, tendría que pasar por Broadway. Los inmobiliarios dijeron que la gente no regresaría nunca y los principales comerciantes se marcharon detrás de la gente. Así fue como Josiah Childs firmó un contrato de alquiler de larga duración por uno de los mejores edificios de Broadway, con opción de compra a precio fijo, y todo a un precio ridículamente bajo. Los inmobiliarios dijeron que una tienda de comestibles en medio de aquella calle, antes sagrada, marcaba el principio del fin de Broadway. Después, cuando la gente volvió, dijeron que Josiah Childs había tenido suerte. Además, entre ellos comentaron que había ganado, como mínimo, cincuenta mil dólares en la transacción.

La tienda no tuvo nada que ver con las anteriores. Ya no había gangas. Todo era lo mejor de lo excelente y los precios que cobraba iban en consonancia. Atendía a la clientela más exclusiva de la ciudad. Solo quienes podían permitirse pagar un diez por ciento más que en cualquier otro sitio sin que les importase lo frecuentaban y tan excelente era el servicio que ofrecía que no podían permitirse ir a ningún otro lugar. Sus caballos y carretas de reparto eran más caros y mejores que los del resto de la ciudad. Pagaba a sus repartidores, tenderos y contables más de lo que cualquier otro negocio soñaría con pagar. Como resultado, contaba con empleados más eficientes que prestaban, a él y a sus clientes, un servicio más satisfactorio. Resumiendo, que comprar en el autoservicio Childs se convirtió en un índice casi infalible de estatus social.

Para colmo, se produjo el gran terremoto e incendio de San Francisco, que provocó cien mil personas cruzaran de golpe la bahía para establecerse en Oakland. Josiah Childs se benefició especialmente de semejante auge. Y ahora, tras doce años de ausencia, salía de visita hacia East Falls, Connecticut. En esos doce años no había recibido ni una sola carta de Agatha, como tampoco

había visto ni una foto del hijo que Agatha y él tenían.

Agatha y él nunca se habían llevado bien. Agatha era autoritaria. Agatha tenía una lengua viperina. Defendía a capa y espada los valores tradicionales. Era tal su rectitud, que no resultaba atractiva. Josiah nunca logró entender cómo había acabado casándose con ella. Era dos años mayor que él y hacía mucho tiempo que la consideraban una solterona Había enseñado en la escuela y la generación más joven la tenía por la persona míe imponía la disciplina más férrea de todas cuantas conocían. Se había vuelto inflexible y, al casarse, se limitó a cambiar cierto número de alumnos por uno solo. Josiah tuvo que soportar las intimidaciones y regañinas que antes repartía entre muchos. En cuanto a cómo se produjo el matrimonio, su tío Isaac casi dio en el clavo un día, cuando dijo en confianza:

—Josiah, cuando Agatha se casó contigo buscaba casarse con un joven luchador.

Creo que te doblegó. O puede que te rompieras una pierna y no pudieras huir.

—Tío Isaac —respondió Josiah—, no me rompí la pierna. Corrí como alma que lleva el diablo, pero ella corrió más que yo y me dejó agotado.

—Nunca se queda sin aliento, ¿no? —se rio el tío Isaac.

—Llevamos casados cinco años y nunca la he visto perder fuerzas —convino Josiah.

—Y nunca las perderá —añadió el tío Isaac.

Esa conversación había tenido lugar en los últimos días y esa perspectiva tan sombría resultó ser demasiado para Josiah Childs. Bajo la firme instrucción de Agatha era manso, pero también muy saludable y su esperanza de vida demasiado larga para su paciencia. Solo tenía treinta y tres años y procedía de una familia longeva. Pensar en pasar treinta y tres años más con Agatha y con su forma de gruñir le pareció demasiado espantoso. Así que, entre una puesta de sol y un amanecer, Josiah Childs desapareció de East Falls. Y desde ese día, durante doce años, no había recibido carta de ella. Aunque eso no era culpa de Agatha. Él había evitado que ella se hiciera con su dirección. Envió los primeros giros postales desde Oakland, pero en los años siguientes organizó el envío de modo que llevaran el sello de la mayoría de los Estados al oeste de las

Rocosas.

Sin embargo, doce años y la confianza que aporta el éxito merecido habían suavizado sus recuerdos. Al fin y al cabo, era la madre de su único hijo y no cabía duda de que día siempre había tenido buenas intenciones. Además, ahora él ya no trabajaba tanto y disponía de más tiempo para pensar en otras cosas que no fueran su negocio. Quería ver al chico, al que nunca había visto y que cumplió tres años antes de que su padre se ente, rara siquiera de que era padre. Y la nostalgia del hogar había empezado a crecer en él. En doce años no había visto la nieve y siempre se preguntaba si las frutas y las hayas de Nueva Inglaterra tenían un sabor más fuerte que las de California. Ya no recordaba con claridad la vida que llevaba en Nueva Inglaterra y quería verla de nuevo antes de morir.

Por último, estaba el deber. Agatha era su esposa. Se la llevaría con él de vuelta al oeste. Creía que podría soportarlo. Ahora era un hombre en un mundo de hombres. Dirigía y ordenaba, en lugar de obedecer órdenes y Agatha se daría cuenta de eso enseguida. Sin embargo, quería que Agatha lo acompañase por sí mismo. Por eso se puso el atuendo de la frontera. Iba a ser el padre pródigo, que regresa tan arruinado como cuando se fue y ella iba a decidir si mataba o no un novillo cebado. Volvería con las manos vacías, aparentando que no tenía nada, con la intención de recuperar su antiguo empleo en la tienda. El final de la historia sería cosa de Agatha.

Cuando se despidió de sus empleados y salió a la acera, cinco más de sus carretas de reparto se encontraban cargando mercancías. Las observó orgulloso, miró por última vez con agrado las letras doradas sobre negro e hizo una seña al tranvía.

II

SE DIRIGIÓ A EAST FALLS desde Nueva York. En el compartimento de fumadores del tren conoció a varios hombres de negocios. La conversación se centró en el oeste y él enseguida llevó la voz cantante. Era el presidente de la Cámara de Comercio de Oakland y, como tal, una autoridad. Hablaba con seguridad y sabía bien lo que

decía, ya se tratase del comercio asiático, el canal de Panamá o la cuestión de los culis japoneses. La atención respetuosa con que lo trataban esos prósperos hombres del este lo estimuló hasta el punto de que llegó a East Falls casi sin darse cuenta.

Fue el único que se apeó y la estación estaba desierta. Allí nadie esperaba a nadie. Empezaba a caer el largo crepúsculo de un atardecer de enero y el frío penetrante lo hizo darse cuenta de que su ropa estaba saturada de humo de tabaco. Se estremeció de forma involuntaria. Agatha no toleraba el tabaco. Hizo ademán de tirar el puro que acababa de encender, pero comprendió que el ambiente de East Falls se estaba apoderando de él y decidió combatirlo, por lo que se llevó el cigarro a la boca y lo sujetó entre los dientes con la fuerza que dan doce años tomando decisiones en el oeste.

Unos pocos pasos lo llevaron hasta la pequeña calle principal. Su aspecto frío y desangelado lo dejó boquiabierto. Todo parecía gélido y empequeñecido, como el aire cortante tras disfrutar del ambiente cálido y agradable de California. Había pocas personas en la calle, que él no reconoció y que lo miraron sin curiosidad. Los rodeaba una impasibilidad glacial y poco acogedora. Su primera impresión fue de sorpresa ante su propia sorpresa. La amplia perspectiva que aportan doce años de vida en el oeste lo había llevado a rebajar el tamaño y la importancia de East Falls, pero lo que veía era mucho peor de lo recordaba. Era más mísero de lo que había soñado. La tienda lo dejó sin aliento. Miles de veces la había comparado con su gran almacén, pero ahora comrendía que siempre había exagerado. Estaba seguro de que allí no cabían ni siquiera dos de sus mostradores de *delicatessen* y supo que la tienda entera se perdería en uno solo de sus almacenes.

Al final de la calle tomó la conocida desviación a la derecha y, mientras recorría la senda resbaladiza, decidió que una de las primeras cosas que debía hacer era comprar unos guantes y un gorro de piel de foca. La idea de salir en trineo lo animó durante unos minutos, hasta que, ya en las afueras del pueblo, se sintió desconcertado por la falta de higiene que revelaba la proximidad de los hogares y los establos. Algunos incluso estaban conectados entre sí. Los recuerdos inclementes de las ingratas tareas que realizaba al alba lo llenaron de angustia. Pensar en las manos agrietadas y los sabañones le resultó casi aterrador y se le cayó el alma a los pies al

ver las ventanas dobles para protegerse del mal tiempo —que, según sabía bien, estaban atrancadas por dentro y no podían abrirse—, mientras que los diminutos huecos de ventilación, del tamaño de un pañuelo de mujer, le provocaron una sensación de asfixia. A Agatha le gustará California, pensó, mientras recordaba las rosas bajo un sol deslumbrante y la cantidad de flores que había durante todo el año.

Entonces, sin lógica alguna, los años transcurridos desaparecieron y el peso oprimente de East Falls cayó sobre él como un banco de niebla repleto de humedad. Quiso librarse de él, dejándolo a un lado y pensando en la pureza de la nieve, la belleza de los olmos, el espíritu de resistencia de Nueva Inglaterra y lo bueno de regresar al hogar. Pero al divisar la casa de Agatha flaqueó. Antes de darse cuenta, otra vez dominado por los remordimientos, había tirado el puro al suelo y ralentizado el paso hasta que arrastró los pies al estilo apagado de East Falls. Intentó recordar que era el propietario del autoservicio Childs, acostumbrado a dar órdenes, cuyas palabras escuchaban con respeto en la Asociación de Empresarios y quien presidía las reuniones de la Cámara de Comercio. Se esforzó por conjurar la imagen de las letras doradas sobre negro y de la hilera de carretas que cargaban mercancías. Pero el espíritu de Nueva Inglaterra que Agatha poseía era tan cortante como el frío y le llegaba a través de las sólidas paredes de la casa y de los cien metros que lo separaban de ella.

En ese momento fue consciente de que, a pesar de su fuerza de voluntad, se había deshecho del puro. Eso le hizo imaginar algo muy feo: se vio a sí mismo saliendo, en plena helada, a fumar a la leñera. El recuerdo de Agatha ya no surgía tan atenuado por los años como cuando lo separaban de ella casi cinco mil kilómetros. Era impensable. No; no podía hacerlo. Era demasiado viejo y estaba demasiado acostumbrado a fumar por toda la casa como para verse restringido a la leñera. Y todo dependía de cómo se comportara al principio. Pisaría con fuerza. Fumaría dentro de casa esa misma noche… bueno, en la cocina, se corrigió sin fuerzas. No, claro que no, fumaría en ese mismo instante. Llegaría fumando. Despotricando para sí por culpa del frío, sacó las manos desnudas de los bolsillos y encendió otro puro. Su hombría pareció llamear

junto con la cerilla. Le iba a demostrar quién mandaba allí. Se lo dejaría claro desde el primer momento.

Josiah Childs había nacido en esa casa. Su padre la construyó mucho antes de que él naciera. Al otro lado del muro bajo de piedra, Josiah vio el porche y la puerta de la cocina, la leñera acoplada a la casa y las distintas dependencias externas. Recién llegado del oeste, donde todo era nuevo y en un estado de fluctuación constante, se quedó asombrado por la falta de cambios. Todo estaba como siempre. Casi podía verse a sí mismo de pequeño realizando sus tareas. Allí, en la leñera, ¡cuántas cuerdas de leña había serrado y partido! Bueno, gracias a Dios, eso formaba parte del pasado.

En la senda que llevaba a la cocina se apreciaba que alguien había movido la nieve a paladas. Esa también era una de sus tareas. Se preguntó quién lo haría ahora y de repente recordó que su hijo tendría doce años. Iba a llamar a la puerta de la cocina cuando lo distrajo el ruido de una sierra, procedente de la leñera. Miró hacia allí y vio a un chico enfrascado en su trabajo. Evidentemente, se trataba de su hijo. Impulsado por la cálida emoción que se apoderó de él, estuvo a punto de abalanzarse sobre el muchacho. Pero hizo un esfuerzo y se controló.

—¿Está tu padre? —preguntó en tono seco, mientras, oculto tras el ala de su Stetson, estudiaba al chico con atención.

«Bastante grande para su edad», pensó. «Un poquito enjuto en la zona de las costillas, aunque eso puede deberse a que ha crecido muy rápido. Pero el rostro tiene fuerza y es agradable, y los ojos son los del tío Isaac. A fin de cuentas, no está nada mal».

—No, señor —respondió el chico, al tiempo que descansaba apoyado en la sierra.

—¿Dónde está?

—Embarcado —fue la respuesta.

Josiah Childs sintió una especie de alivio y alegría bullir en su interior. Agatha había vuelto a casarse, evidentemente, con un marino. Luego experimentó miedo e inquietud. Agatha había cometido bigamia. Se acordó de la historia de Enoch Arden, el poema de Tennyson que el maestro les había leído en clase, y empezó a considerarse un héroe. Pues su comportamiento sería heroico. Por supuesto que sí. Se iría de inmediato y tomaría el

primer tren rumbo a California. Ella ni siquiera sabría que había estado allí.

Pero los valores de Agatha eran los propios de Nueva Inglaterra y su conciencia también. Recibía un giro todos los meses. Sabía que estaba vivo. Resultaba imposible que hubiese hecho semejante cosa. Intentó encontrar una explicación. A lo mejor había vendido la casa y ese chico era el hijo de otro hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Josiah.

—Johnnie —respondió el chaval.

—Me refiero al apellido.

—Childs, Johnnie Childs.

—¿Y tu padre?

—Josiah Childs.

—¿Y dices que anda embarcado?

—Sí, señor.

Josiah estaba asombrado.

—¿Qué clase de hombre es?

—Oh, es bueno. Sabe sostener a su familia, según madre. Es verdad. Siempre envía dinero y trabaja mucho para ganarlo, dice madre. Dice que siempre fue trabajador y que es mejor que los demás hombres que ha conocido. No fuma ni bebe ni blasfema, ni hace nada que no debiera hacer. Nunca lo hizo. Siempre fue así, dice madre, y lo conocía de siempre, de mucho antes de casarse. Es un hombre muy amable que nunca hiere los sentimientos de los demás. Madre dice que es el hombre más considerado que ha conocido.

Josiah se quedó atónito. Agatha lo había hecho igual: se había casado por segunda vez sabiendo que su primer marido aún vivía. Bueno, en el oeste había aprendido a ser caritativo y lo iba a demostrar. Se marcharía sin decir nada. Nadie se enteraría. Aunque había que ser mezquina para continuar cobrando sus giros —se le ocurrió de repente—, estando casada con un hombre tan modélico y trabajador que le enviaba lo que ganaba embarcado. Se estrujó el cerebro intentando encontrar un hombre así entre todos los de East Falls que había conocido.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. Nunca lo he visto. Siempre está embarcado. Pero sé cuánto mide. Madre dice que voy a ser más alto que él y eso que él

mide un metro con ochenta y un centímetros. En el álbum hay una foto de él. Tiene la cara delgada y patillas.

Josiah comprendió. Él medía un metro con ochenta y un centímetros, y en aquellos tiempos llevaba patillas y tenía el rostro delgado. Además, Johnnie había dicho que su padre se llamaba Josiah Childs. Él, Josiah, era ese esposo modélico que no fumaba, no blasfemaba y no bebía. Era ese navegante cuyo recuerdo protegía la indulgente invención de Agatha. Sintió afecto hacia ella. Tenía que haber cambiado muchísimo desde su marcha. El arrepentimiento lo hizo ruborizarse. Luego pensó que tendría que intentar estar a la altura de la reputación que Agatha se había inventado para él y se le cayó el alma a los pies. Ese chico de ojos azules y confiados no esperaría menos de él. Pues iba a tener que hacerlo. Agatha había sido terriblemente justa con él. Nunca pensó que sería capaz.

La decisión que podría haber tomado en ese mismo instante estaba predestinada a no existir, porque oyó que se abría la puerta de la cocina y salía desde allí una voz de mujer irritada y gruñona.

—¡Eh, tu, Johnnie! —gritó.

Cuán a menudo la había oído él gritar: «¡Eh, tú, Josiah!». Un escalofrío recorrió su espalda. De forma automática e involuntaria, con un sobresalto culpable, echó la mano hacia atrás para ocultar el puro. Al verla salir al descansillo, sintió que se encogía y empequeñecía. Era su esposa de siempre, con el mismo ceño fruncido y las mismas comisuras amargadas en la boca de labios finos. Pero la notaba incluso más avinagrada, con los labios más finos y las arrugas del ceño más profundas. Esa mujer lanzó a Josiah una mirada hostil y fulminante.

—¿Crees que tu padre dejaría de trabajar para charlar con un vagabundo? —preguntó al chico, quien se amilanó visiblemente, al igual que Josiah.

—Solo respondía a sus preguntas —se defendió Johnnie con tenacidad, pero inútilmente—. Quería saber…

—Y supongo que tú se lo habrás contado —ladró ella—. ¿Qué derecho tiene a entrometerse donde nadie le llama? No, y no voy a darle nada de comer. En cuanto a ti ponte a trabajar de inmediato. Ya te enseñaré yo a vaguear. Tu padre no era así. ¿Es que no conseguiré nunca que te parezcas a él?

Johnnie dobló la espalda y la sierra continuó con sus quejas. Agatha inspeccionó a Josiah con mirada agria. Estaba claro que no lo había reconocido.

—Y tú, largo —ordenó con dureza—. No te quiero ver más fisgando por aquí.

Josiah sintió que el miedo lo paralizaba. Se humedeció los labios e intentó decir algo, pero fue incapaz de hablar.

—He dicho que te largues —dijo con su voz áspera y aguda— o le diré a la Policía que te eche.

Josiah se dio la vuelta obedientemente. Oyó la puerta cerrarse a sus espaldas mientras se alejaba por el sendero. Como en medio de una pesadilla, abrió la verja que había abierto miles de veces y salió a la acera. Estaba aturdido. Tenía que ser un sueño. Muy pronto se despertaría suspirando aliviado. Se frotó la frente y se detuvo, indeciso. A sus oídos llegó la queja monótona de la sierra. Si ese chico llevaba en su interior algo de la fuerza de los Childs, tarde o temprano se marcharía de allí. No existía ser humano capaz de soportar a Agatha. Si en algo había cambiado era para peor, aunque dudaba que eso fuera posible. Ese chaval acabaría por huir de todo aquello y tal vez no tardase mucho. Tal vez incluso podría hacerlo ya.

Josiah Childs se enderezó y echó los hombros hacia atrás. La gran fuerza del oeste, con su osadía y su desprecio de las consecuencias cuando un simple obstáculo se interpone entre ella y su deseo, se encendió en él. Consultó su reloj, recordó el horario y habló solemnemente consigo mismo, en voz alta. Era una afirmación de fe:

—La ley me importa un cuerno. No permitiré que Agatha siga crucificando al chico. Le enviaré el doble de asignación o cuatro veces más, lo que quiera, pero el chaval se viene conmigo. Y ella puede seguirnos a California, si quiere, pero redactaré un acuerdo en el que quede todo muy claro y ella lo firmará y lo respetará, como hay Dios, si quiere quedarse. Y se quedará —añadió en tono sombrío—. Necesita tener alguien a quien fastidiar.

Abrió la verja y regresó a grandes zancadas hasta la puerta de la leñera. Johnnie levantó la vista, pero continuó serrando.

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer en este mundo? —preguntó Josiah en voz baja y tensa.

Johnnie dudó y casi dejó de serrar. Josiah le indicó por señas que continuase.

—Embarcarme —respondió Johnnie—. Con mi padre.

Josiah sintió que empezaba a temblar.

—¿De verdad? —preguntó, ansioso.

—¡Y tanto!

La expresión de alegría en el rostro de Johnnie lo decidió todo.

—Pues entonces, escucha: yo soy tu padre. Soy Josiah Childs. ¿Has querido escaparte alguna vez?

Johnnie asintió varias veces con la cabeza.

—Eso fue lo que yo hice —continuó Josiah—. Me escapé —tanteó con prisa en busca de su reloj—. Tenemos el tiempo justo de tomar el tren que va a California. Ahora vivo allí. Puede que Agatha, tu madre, venga más adelante. Te lo contaré todo en el tren. Vamos.

Rodeó al chico, entre asustado y confiado, con sus brazos durante un minuto y luego, de la mano, huyeron cruzando el patio y calle abajo. Aún tuvieron tiempo de oír que se abría la puerta de la cocina y lo último que llegó a sus oídos fue:

—¡Eh, tú, Johnnie! ¿Por qué no estás serrando? ¡Me voy a ocupar de ti personalmente!

[1911]

El mexicano

I

NADIE CONOCÍA SU HISTORIA, y mucho menos los de la Junta. Era su «pequeño misterio», su «gran patriota» y a su manera trabajaba tanto por la futura Revolución Mexicana como cualquiera de ellos. Eso tardaron en reconocerlo porque ningún miembro de la Junta lo apreciaba. El día que entró por primera vez en sus atestadas y ajetreadas dependencias, todos sospecharon que era un espía, uno de los instrumentos sobornados por el servicio secreto de Díaz. Demasiados de sus camaradas se encontraban en las prisiones civiles y militares dispersas por Estados Unidos, y otros, encadenados, eran obligados a cruzar la frontera y llevados al paredón, donde los fusilaban.

La primera impresión que les dio el chico no fue favorable. Era joven, no tenía más de dieciocho años y no estaba muy crecido para

su edad. Dijo que se llamaba Felipe Rivera y que deseaba trabajar a favor de la Revolución. Eso fue todo: ni una palabra innecesaria, ni más explicaciones. Se quedó de pie, esperando. Sus labios no sonreían ni había cordialidad en su mirada. Paulino Vera, grande e imponente, se estremeció por dentro. Presentía algo amenazador, terrible, inescrutable. En los ojos negros del chico Había algo ponzoñoso, serpentino. Ardían con un fuego frío, con una amargura ingente y concentrada. Los desvió rápidamente de los rostros de los conspiradores a la máquina de escribir que la diminuta señora Sethby aporreaba afanosamente. Sus ojos se detuvieron sobre ella un instante —el mismo en que ella levantó la mirada— y la mujer también sintió ese algo indescriptible que la hizo detenerse. Tuvo que volver a leer lo escrito para recuperar el ritmo de la carta que estaba redactando.

Paulino Vera interrogó con la mirada a Arellano y Ramos, quienes lo observaron con la misma duda, para luego mirarse entre ellos. La indecisión los dominó. Ese chico delgado era lo desconocido y representaba toda la amenaza de lo desconocido. Resultaba irreconocible y estaba fuera del alcance de los revolucionarios corrientes y honrados, cuyo feroz odio hacia Díaz y su tiranía solo era el de los patriotas corrientes y honrados. Aquí había algo más, aunque no sabían de qué se trataba. Pero Vera, siempre el más impulsivo, el más rápido en actuar, llenó el vacío.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Dices que quieres trabajar por la Revolución. Quítate el abrigo. Cuélgalo ahí. Ven conmigo, te enseñaré dónde están los cubos y los paños. El suelo está sucio. Empezarás por fregarlo y también fregarás los suelos de las otras habitaciones. Hay que limpiar las escupideras. Y luego, las ventanas.

—¿Por la Revolución? —preguntó el chico.

—Por la Revolución —contestó Vera.

Rivera les dedicó una mirada de fría sospecha y luego empezó a quitarse el abrigo.

—Muy bien —dijo.

Y nada más. Día tras día se ocupó de su trabajo: barrer, cepillar, limpiar. Vaciaba las cenizas de las estufas, subía el carbón y la leña menuda y encendía la lumbre antes de que el más trabajador de ellos ocupase su escritorio.

—¿Puedo dormir aquí? —preguntó en una ocasión.

¡Ajá! Así que era eso, ¡la mano de Díaz afloraba! Dormir en las habitaciones de la Junta implicaba tener acceso a sus secretos, a las listas de nombres, a las direcciones de los camaradas en suelo mexicano. La petición fue denegada y Rivera no volvió a hablar del asunto. No sabían dónde dormía, ni tampoco dónde o cómo comía. Una vez Arellano le ofreció un par de dólares. Rivera rehusó el dinero con un gesto de cabeza. Cuando Vera intentó que lo aceptara, le dijo:

—Trabajo por la Revolución.

Para hacer una revolución moderna hace falta dinero y la Junta siempre iba mal de fondos. Sus miembros pasaban hambre, trabajaban arduamente y, por muy largas que fuesen las jornadas, nunca les parecía bastante; y aun así, a veces parecía que la Revolución iba a depender de unos pocos dólares. En una ocasión, cuando debían dos meses de alquiler y el casero amenazaba con echarlos, fue Felipe Rivera, el chico que fregaba y que vestía ropas baratas, de pobre, gastadas y deshilachadas, quien puso sesenta dólares en oro sobre el escritorio de May Sethby. Esa fue la primera vez, pero hubo otras. Trescientas cartas, tecleadas en las siempre ajetreadas máquinas de escribir (peticiones de ayuda, de aprobación de los sindicatos, solicitudes de un trato más justo a los directores de los periódicos, protestas por el trato despótico que los revolucionarios recibían de los tribunales estadounidenses), permanecían sin enviar, a la espera de ser sellada. El reloj de Vera había desaparecido; era un anticuado reloj de repetición de oro que había pertenecido a su padre. Tampoco May Sethby llevaba ya su alianza de oro en el dedo anular. La situación era desesperada. Ramos y Arellano se tiraban del bigote agobiados. Había que enviar las cartas y Correos no vendía sellos a crédito. Entonces Rivera se puso el sombrero y salió. Cuando regresó, depositó mil sellos de dos centavos sobre la mesa de May Sethby.

—Me pregunto si será el maldito oro de Díaz —dijo Vera a sus camaradas.

Alzaron las cejas, pero no se decidieron. Y Felipe Rivera, el criado de la Revolución, continuó, según se presentaban las ocasiones, aportando oro y plata para uso de la Junta.

Ellos seguían sin apreciarlo. No lo conocían. No era como ellos.

No intercambiaba confidencias. Rechazaba cualquier tipo de pregunta. Por muy joven que fuese, nunca se atrevían a interrogarlo.

—Tal vez sea un alma solitaria y buena, no lo sé. No lo sé —dijo Arellano, impotente.

—No es humano —afirmó Ramos.

—Le han abrasado el alma —comentó May Sethby—. Lo han despojado a fuego de la risa y la luminosidad. Es como un muerto y a la vez está tremendamente vivo.

—Ha vivido un infierno —opinó Vera—. Nadie que no haya vivido un infierno puede ser como él. Y eso que no es más que un crío.

Pero seguían sin poder apreciarlo. Nunca hablaba, no preguntaba, no sugería. Permanecía en pie, escuchando, inexpresivo, como muerto, excepto por los ojos, que ardían con frialdad, mientras los demás hablaban de la Revolución exaltados y vehementes. Sus ojos pasaban de rostro en rostro, de un interlocutor a otro, taladrándolos como barrenas de hielo incandescente, desconcertantes y perturbadores.

—No es un espía —le confesó Vera a May Sethby—. Es un patriota, créeme, el mayor patriota de todos. Lo sé, lo siento aquí, lo siento en el corazón y en la cabeza. Aunque no lo conozco en absoluto.

—Tiene mal carácter —dijo May Sethby.

—Lo sé —contestó Vera, estremecido—. Me ha mirado con esos ojos que tiene. No aman, amenazan; son salvajes como los de un tigre. Si yo fuese infiel a la causa, sé que me mataría. No tiene corazón. Es implacable como el acero, penetrante y frío como la helada. Es como la luz de la luna en una noche de invierno durante la que un hombre muere congelado en la cima de una montaña solitaria. No temo a Díaz y a todos sus asesinos, pero este chico sí me da miedo. Te lo digo de verdad: me da miedo. Es el aliento de la muerte.

Sin embargo, fue Vera quien persuadió a los otros para que confiaran por primera vez en Rivera. La línea de comunicación entre Los Ángeles y Baja California estaba rota. Tres de los comandantes habían cavado sus propias tumbas antes de recibir un disparo y caer en su interior. Otros dos estaban en Los Ángeles,

prisioneros de Estados Unidos. Juan Alvarado, el comandante federal, era un monstruo. Frustraba todos sus planes. Ya no podía ponerse en contacto con los revolucionarios activos, ni con los que esperaban para entrar en acción, que se encontraban en Baja California.

Dieron instrucciones al joven Rivera y lo enviaron al sur. Cuando regresó, la comunicación había sido restablecida y Juan Alvarado estaba muerto. Lo habían encontrado en la cama con un cuchillo clavado en el pecho. Eso excedía las instrucciones de Rivera, pero los de la Junta sabían por dónde se había movido y en qué momento. No le preguntaron. Él no dijo nada. Sin embargo, se miraron e hicieron conjeturas.

—Os lo dije —opinó Vera—. Díaz tiene más que temer de este joven que de cual quier hombre. Es implacable. Es la mano de Dios.

Su mal humor, comentado por May Sethby y presentido por todos, quedó demostrad con pruebas físicas. De vez en cuando aparecía con un labio partido, una mejilla amoratada o una oreja hinchada. Estaba claro que se peleaba en algún lugar de ese mundo exterior en el que comía, dormía, ganaba dinero y hacía cosas que ellos desconocían. Con el paso del tiempo, se ocupó de componer tipográficamente el pequeño periódico revolucionario que publicaban cada semana. Había ocasiones en las que era incapaz de hacerlo porque tenía los nudillos magullados y aporreados, porque tenía los dedos heridos e inservibles, porque tenía un brazo o el otro inmóvil y el rostro transmitía un dolor mudo.

—Un gandul —dijo Arellano.

—Que frecuenta lugares despreciables —dijo Ramos.

—Pero ¿de dónde saca el dinero? —preguntó Vera—. Hoy mismo, ahora mismo acabo de saber que ha pagado la factura del papel: ciento cuarenta dólares.

—Y sus ausencias —dijo May Sethby—. Nunca da explicaciones.

—Deberíamos ponerle un espía —propuso Ramos.

—Yo no tengo ningún interés en ir tras él para espiarlo —dijo Vera—. Temo que no volveríais a verme, excepto para enterrarme. Su ira es terrorífica. Él nunca permitiría que nadie, ni siquiera Dios, se interpusiese entre él y su forma de expresar esa ira.

—Yo, ante él, me siento como un niño —confesó Ramos.

—Para mí, es poder, es lo primitivo, el lobo salvaje, la serpiente

que muerde, el ciempiés que pica —dijo Arellano.

—Es la Revolución encarnada —dijo Vera—. Es su llama y su espíritu, el grito insaciable de venganza que no grita, sino que mata en silencio. Es el ángel destructor que avanza entre el silencio de la vigilia nocturna.

A nosotros nos tolera porque somos el medio para lograr su deseo. Está solo… es un solitario.

Un sollozo entrecortó su voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo lloraría por él —dijo May Sethby—. No conoce a nadie. Odia a todo el mundo.

Lo que hacía Rivera y los horarios que seguía resultaban verdaderamente misteriosos. Había períodos en los que estaban una semana entera sin verlo. En una ocasión desapareció durante un mes. Esos ciclos siempre terminaban con su regreso, cuando, sin previo aviso y sin una sola palabra, depositaba monedas de oro sobre la mesa de May Sethby. Entonces volvía a pasar días y semanas con la Junta. Pero de nuevo, y en períodos irregulares, se esfumaba durante la mayor parte del día, desde primera hora de la mañana hasta última de la tarde. En esas fases se presentaba allí muy temprano y muy tarde. Arellano se lo había encontrado a media noche, componiendo la tipografía con los nudillos recién hinchados o con el labio recién partido, sangrando aún.

II

EL MOMENTO CRÍTICO se acercaba. Que la Revolución saliera adelante o no dependía de la Junta y la Junta lo tenía difícil. La necesidad de dinero era mayor que nunca, pero el dinero resultaba más difícil de conseguir. Los patriotas habían dado hasta su última moneda y no tenían más que dar. Las cuadrillas de obreros —peones que habían huido de México— aportaban la mitad de sus escasos salarios. Pero necesitaban mucho más. El trabajo arduo y agotador de la conjura estaba a punto de dar sus frutos. Había llegado el momento. La Revolución pendía de un hilo. Un empujón más, un último esfuerzo heroico y llegaría la victoria. Sabían bien cómo era México y, una vez comenzada, la Revolución seguiría adelante por su cuenta. La

maquinaria de Díaz se derrumbaría como un castillo de naipes. La frontera esperaba para alzarse. Un norteamericano del norte, con cien hombres de la IWW (Trabajadores Industriales del Mundo), aguardaban el aviso para cruzar la frontera y dar comienzo a la conquista de Baja California. Pero necesitaban armas. Y hasta el Atlántico —la Junta en contacto con todos ellos y todos ellos necesitados de armas— había simples aventureros, mercenarios, bandidos, sindicalistas norteamericanos descontentos, socialistas, anarquistas, matones, exiliados mexicanos, peones huidos de su cautiverio, mineros explotados de los calabozos de Coeur d'Alene y Colorado que deseaban luchar con afán de venganza: desechos del espíritu rebelde del complicado mundo moderno. Y la consigna eterna e incesante de todos ellos era armas y munición, munición y armas.

Con que esa masa heterogénea, arruinada y vengativa cruzase la frontera, la Revolución se pondría en marcha. La Aduana, los puertos de entrada del norte, serían capturados. Díaz no lograría resistir. No se atrevía a lanzar el peso de sus ejércitos contra ellos porque estaba obligado a defender el sur. Pero a pesar de eso, la llama se extendería por el sur. El pueblo se alzaría. Las defensas de una ciudad tras otra caerían. Los Estados se tambalearían hasta desplomarse. Y por fin, desde todas partes, los ejércitos victoriosos de la Revolución cercarían la ciudad de México, último bastión de Díaz.

Aunque faltaba dinero. Tenían hombres, impacientes e insistentes, para usar las armas. Conocían a los tratantes que les venderían y entregarían las armas. Pero difundir la Revolución hasta ese punto había agotado a la Junta. Habían gastado todo cuanto tenían y exprimido los recursos de todos los hambrientos patriotas, y la gran aventura continuaba pendiente de un hilo. ¡Armas y munición! Había que armar a los batallones de andrajosos. Pero ¿cómo? Ramos lamentaba la confiscación de sus propiedades. Arellano se dolía de haber sido tan manirroto en su juventud. May Sethby se preguntaba si las cosas habrían sido distintas en caso de que los de la Junta hubiesen economizado más en el pasado.

—¡Pensar que la libertad de México depende de unos miserables miles de dólares! —dijo Paulino Vera.

Estaban desesperados. José Amarillo, su última esperanza,

converso reciente que prometió darles dinero, había sido detenido en su hacienda de Chihuahua y fusilado contra el muro de su propio establo. Acababan de recibir la noticia.

Rivera, que fregaba el suelo de rodillas, levantó la mirada con el cepillo en suspenso, mientras el agua sucia y jabonosa resbalaba por sus brazos.

—¿Bastarán cinco mil dólares? —preguntó.

Lo miraron asombrados. Vera asintió con la cabeza y tragó saliva. No podía hablar pero al instante se sintió invadido por una fe inmensa.

—Encarguen las armas —dijo Rivera y a continuación soltó la retahíla de palabras más larga que le habían oído jamás—. El tiempo apremia. En tres semanas traeré los cinco mil. Eso es bueno. Así el clima beneficiará a los que luchan. Además, no puedo hacer otra cosa.

Vera combatió su fe. Demasiadas esperanzas se habían visto truncadas desde que comenzara el juego de la Revolución. Él creía en ese andrajoso criado de la Revolución y, al mismo tiempo, no se atrevía a creer.

—Estás loco —dijo.

—Tres semanas —insistió Rivera—. Encarguen las armas.

Se levantó, se bajó las mangas de la camisa y se puso el abrigo.

—Encarguen las armas —dijo—. Me voy.

III

TRAS MUCHAS CARRERAS de un lado a otro, muchas llamadas telefónicas y muchas palabrotas, en la oficina de Kelly celebraron una reunión nocturna. Kelly estaba agobiado y tenía mala suerte. Había traído a Danny Ward desde Nueva York y organizado un combate contra Billy Carthey que se iba a celebrar al cabo de tres semanas. Pero ya hacía dos días que Carthey guardaba cama, malherido. Aunque habían logrado ocultar la noticia a los periodistas deportivos, no tenían a nadie que ocupase su lugar. Kelly había enviado telegramas a todos los posibles pesos ligeros del este, pero todos tenían otros compromisos y contratos firmados. Ahora recuperaba un poco las esperanzas.

—Tienes mucho valor —dijo Kelly a Rivera, tras echarle una ojeada, en cuanto se reunieron.

En los ojos de Rivera brilló un odio maligno, pero el rostro permaneció imperturbable.

—Puedo machacar a Ward —se limitó a decir.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto pelear?

Rivera negó con la cabeza.

—Acabará contigo con una sola mano y los ojos cerrados.

Rivera se encogió de hombros.

—¿No tienes nada que decir? —ladró el promotor del combate.

—Puedo machacarlo.

—¿Contra quién has peleado? —preguntó Michael Kelly. Michael era hermano del promotor y dirigía los billares Yellowstone, donde ganaba importantes sumas de dinero con las apuestas.

Rivera le dedicó una mirada penetrante y no contestó.

El secretario del promotor, un joven claramente deportista, se burló de forma audible.

—Bueno, ya conoces a Roberts —Kelly rompió el silencio hostil —. Debería estar aquí. Lo he avisado. Siéntate y espera, aunque por tu aspecto creo que no tienes ni la más mínima posibilidad. No puedo decepcionar al público con un mal combate. Las localidades junto al cuadrilátero se venden a quince dólares.

Cuando Roberts llegó, quedó claro que estaba ligeramente bebido. Era un individuo alto, delgado, tranquilo, que andaba arrastrando los pies y hablaba despacio, arrastrando también las palabras.

Kelly fue directo al grano.

—Mira, Roberts, has presumido de haber descubierto a este mexicanito. Sabes que Carthey se ha roto el brazo. Pues este cobarde tiene las agallas de aparecer hoy y decir que él ocupará el lugar de Carthey. ¿Qué opinas?

—Que está bien, Kelly —fue la lenta respuesta—. Sabe pelear.

—Supongo que ahora me dirás que puede machacar a Ward —ladró Kelly.

Robert meditó con calma.

—No, no lo diré. Ward es de primera, un campeón del cuadrilátero. Pero no puede moler a Rivera rápidamente. Conozco a

Rivera. Es insensible. No he conseguido descubrir la forma de enfadarlo. Y es ambidiestro. Puede lanzar los puñetazos más peligrosos desde cualquier posición.

—Eso da igual. ¿Qué clase de espectáculo puede ofrecer? Llevas toda la vida preparando y entrenando boxeadores. Respeto tu opinión. ¿Puede lograr que el público se emocione?

—Eso sin duda y además preocupará a Ward de lo lindo. Tú no lo conoces. Yo sí. Yo lo descubrí. Es insensible, no se cabrea. Es un demonio. Un prodigio. Hará sentar a Ward con una demostración de talento local que hará poner en pie al resto. No diré que machacará a Ward, pero dará semejante espectáculo que todos sabréis que es la nueva promesa.

—De acuerdo —dijo Kelly y se dirigió a su secretario—: Llama a Ward por teléfono. Le dije que lo llamaría para que viniese si me parecía interesante. Está enfrente, en el Yellowstone, sacando pecho y haciéndose el simpático. —Kelly volvió a ocuparse del preparador —. ¿Una copa?

Roberts dio un sorbo a su bebida y se desahogó.

—Nunca te conté cómo descubrí al condenado. Hace un par de años se presentó en el local. Yo estaba preparando a Prayne para su pelea contra Delaney. Prayne es terrible. No sabe lo que es la compasión. Había golpeado a su colega de una forma inhuma na y yo no encontraba ningún chaval dispuesto a trabajar con él. Me fijé en el mexicanito famélico. Yo estaba desesperado, así que lo agarré, le puse los guantes y lo metí en el *ring*. Era más duro que el cuero sin curtir, pero estaba débil. Y no tenía ni idea de lo que era boxear. Prayne lo hizo picadillo. Pero él aguantó durante dos asaltos repugnantes, hasta que se desmayó. De pura hambre, nada más. ¿Maltrecho? Era imposible reconocerlo. Le di medio dólar y una buena comida. Tenías que ver cómo engullía. Hacía dos días que no tomaba ni un solo bocado. Pensé que no lo vería más. Pero al día siguiente apareció, agarrotado y dolorido, dispuesto a ganarse otro medio dólar y otra buena comida. Con el paso del tiempo lo hizo mejor. Es un boxeador nato y duro como él solo. No tiene corazón. Es un bloque de hielo. Y, desde que lo conozco, no ha dicho más de diez palabras seguidas. Se limita a hacer su trabajo.

—Yo lo he visto —dijo el secretario—. Ha trabajado mucho para ti.

—Todos los grandes de su peso se han entrenado con él —respondió Roberts—. Y él ha aprendido de ellos. Incluso habría podido machacar a algunos. Pero lo hacía sin ganas. Creo que ni siquiera le gustaba. Actuaba de esa forma.

—En los últimos meses ha peleado en algunos clubes de barrio —dijo Kelly.

—Sí, pero no sé qué mosca le ha picado. De repente le entraron las ganas. Salió como un rayo y se llevó por delante a todos los pesos ligeros locales. Daba la impresión de que quería dinero, y ha ganado bastante, aunque no lo parezca por cómo va vestido. Es raro. Nadie sabe a qué se dedica. Nadie sabe cómo pasa el tiempo. Incluso cuando está entrenando, la mayoría de los días desaparece en cuanto termina el trabajo. A veces se esfuma durante varias semanas. Pero no escucha a nadie. El tipo que consiga el chollo de ser su mánager podrá ganar una fortuna, pero él ni se lo plantea. Ya verás cómo insiste hasta conseguir dinero en efectivo cuando negociéis las condiciones.

En ese momento llegó Danny Ward. Pero no venía solo, lo acompañaban su mánager y su entrenador. Entró despreocupado, como una ráfaga de cordialidad, buen carácter y triunfo. Repartió saludos, una broma, una contestación, una sonrisa o una carcajada entre los presentes. Siempre se portaba así, aunque no era del todo sincero. Pero era buen actor y había descubierto que la cordialidad constituía un activo muy valioso en el proceso de llevarse bien con el mundo. Aunque en el fondo era un hombre de negocios y un boxeador reflexivo y de sangre fría. El resto era una máscara. Quienes lo conocían o tenían tratos con él decían que cuando había que ir al grano actuaba en el acto. Siempre estaba presente en todas las reuniones de negocios y algunos opinaban que su mánager no era más que una tapadera con la única función de hacer de portavoz de Danny.

Rivera era muy distinto. Por sus venas corría sangre india, además de española, y se sentó en un rincón, en silencio, inmóvil: solo sus ojos negros pasaban de rostro en rostro y se fijaban en todo.

—Así que es este —dijo Danny, observando y evaluando al contrincante que le proponían—. ¿Qué tal, amigo?

Los ojos de Rivera ardieron, envenenados, pero no se dio por

enterado. Los gringos o le gustaban, pero a ese gringo lo odió con una inmediatez que ni siquiera en él era normal.

—¡Hombre, no! —protestó Danny en tono de burla, dirigiéndose al promotor—. No pretenderás que pelee con un sordomudo. —Cuando las carcajadas remitieron, lo intentó otra vez—. Los Ángeles tiene que estar de capa caída si esto es lo mejor que podéis encontrar. ¿De qué guardería lo habéis sacado?

—Es un buen chaval, Danny, te lo digo yo —lo defendió Roberts—. No es tan fácil como parece.

—Y ya hemos vendido la mitad del aforo —alegó Kelly—. Tendrás que pelear con él, Danny. No tenemos a nadie más.

Danny le dedicó a Rivera otra mirada despreocupada y despreciativa, y suspiró.

—Supongo que tendré que tratarlo con cuidado. Espero que no desfallezca.

Roberts soltó un bufido.

—Ten cuidado, sí —advirtió el mánager de Danny—. No te arriesgues con un inútil que podría tener la suerte de dar en el clavo.

—Oh, tendré cuidado, sí, mucho cuidado. —Danny sonrió—. Lo machacaré al principio y luego lo mantendré por el bien de nuestro querido público. ¿Qué te parecen quince asaltos, Kelly, y después lo remato?

—Estaría bien —fue la respuesta—. Siempre y cuando parezca real.

—Pues hablemos de negocios. —Danny hizo una pausa y calculó—. Por supuesto, el sesenta y cinco por ciento de la entrada, igual que con Carthey. Pero lo repartiremos de otra forma. Me conformo con el ochenta —dijo y luego, a su mánager—. ¿Te parece bien?

El mánager asintió.

—Oye, tú, ¿lo has entendido? —preguntó Kelly a Rivera.

Rivera negó con la cabeza.

—Te lo explico —dijo Kelly—. La bolsa será el sesenta y cinco por ciento de la venta de entradas. Tú eres un inútil y un desconocido. Danny y tú os repartís la bolsa, el veinte por ciento para ti y el ochenta para Danny. Es lo justo, ¿no, Roberts?

—Muy justo, Rivera —convino Roberts—. Verás, aún no eres famoso.

—¿Cuánto es el sesenta y cinco por ciento de la entrada? —preguntó Rivera.

—Pues serán unos cinco mil, incluso puede que llegue a ocho mil —intervino Danny—. Algo por el estilo. Tu parte sumará unos mil o mil seiscientos dolares. No está mal por llevarse una paliza de un tipo tan famoso como yo. ¿Qué te parece?

Entonces Rivera los dejó atónitos.

—Todo para el ganador —dijo, muy decidido.

Se hizo un silencio absoluto.

—Sería como quitarle un caramelo a un niño —proclamó el mánager de Danny.

Dany negó con la cabeza.

—Llevo demasiado tiempo en esto —explicó—. No censuro al árbitro ni a ninguno de los presentes. No digo nada de los corredores de apuestas ni de las trampas que a veces se hacen. Lo que digo es que es mal negocio para un boxeador como yo. Yo voy a lo seguro. ¿Quién sabe? ¿Y si me rompo un brazo? ¿O alguien me droga? —Volvió a negar con la cabeza, muy solemne—. Gane o pierda, me llevo el ochenta por ciento. ¿Qué dices, mexicano?

Rivera dijo que no.

Danny estalló. Llegaba el momento de ir al grano.

—¡Condenado sudaca! Me dan ganas de arrancarte la cabeza de un puñetazo ahora mismo.

Roberts arrastró su cuerpo para interponerse y evitar una agresión.

—Todo para el ganador —repitió Rivera hoscamente.

—¿Por qué insistes de esa forma? —preguntó Danny.

—Puedo machacarte —fue la respuesta directa.

Danny hizo ademán de quitarse el abrigo. Pero, como su mánager sabía, no fue más que una representación. Danny no llegó a quitárselo y permitió que el grupo lo aplacara. Todos simpatizaban con él. Rivera estaba solo.

—Escucha, cretino —continuó discutiendo Kelly—. Tú no eres nadie. Sabemos a qué te has dedicado estos últimos meses: a pelear con boxeadores locales sin importancia. Pero Danny es pura clase. Su próximo combate después de este será por el título de campeón. Y a ti no te conoce nadie. Fuera de Los Ángeles nadie ha oído hablar de ti.

—Ya me conocerán después de este combate —respondió Rivera, encogiéndose di hombros.

—¿De verdad crees que puedes machacarme? —soltó Danny.

Rivera asintió.

—Por favor, sé razonable —rogó Kelly—. Piensa en la publicidad.

—Quiero el dinero —respondió Rivera.

—No podrás ganarme ni aunque lo intentes mil años —aseguró Danny.

—Entonces, ¿por qué te niegas? —contraatacó Rivera—. Si tan fácil es ganar ese dinero. ¿Por qué no lo intentas?

—Lo haré, ¡ya lo verás! —gritó Danny, repentinamente convencido—. Te mataré en el cuadrilátero, amigo, por tomarme el pelo de esta forma. Redacta el contrato, Kelly. Todo para el ganador. Y que salga en las páginas de deportes. Diles que será un ajuste de cuentas. Le voy a dar una lección a este caradura.

El secretario de Kelly había empezado a escribir cuando Danny lo interrumpió.

—¡Alto! —Se volvió hacia Rivera—. ¿Pesaje?

—Junto al cuadrilátero —fue la respuesta.

—Ni de broma, caradura. Si es todo para el ganador, nos pesamos a las diez de la mañana.

—¿Y todo para el ganador? —preguntó Rivera.

Danny asintió. Eso cambiaba las cosas. Subiría al *ring* recuperado y con toda su fuerza.

—Pesaje a las diez —dijo Rivera.

La pluma del secretario continuó garabateando.

—Recuperará más de dos kilos —se quejó Roberts a Rivera—. Le has dado demasiada ventaja. Le has regalado el combate. Danny estará fuerte como un toro. Eres un idiota. Te va a machacar. No tienes ni la más mínima posibilidad.

La respuesta de Rivera fue una mirada de odio deliberada. También despreciaba a ese gringo, que le parecía el gringo más blanco de todos.

IV

CUANDO RIVERA SUBIÓ al *ring* casi nadie le hizo caso. Lo recibieron con unos pocos aplausos desganados. El público no creía en él. Era el cordero que iba al matadero del gran Danny. Además, el público estaba decepcionado. Esperaba asistir a un combate encarnizado entre Danny Ward y Billy Carthey, pero tenía que conformarse con ese pobre principiante. Y había manifestado su disconformidad con el cambio apostando dos e incluso tres contra uno a favor de Danny. Y el corazón de una audiencia que apuesta está siempre donde está su dinero.

El mexicano se sentó en su esquina y esperó. Los minutos transcurrían muy despacio. Danny lo hacía esperar. Era un viejo truco que siempre funcionaba con los boxeadores jóvenes y novatos. Les asustaba permanecer allí sentados, enfrentándose a sus miedos y a un público cruel que no paraba de fumar. Pero en este caso, el truco no surtió efecto. Roberts tenía razón. Rivera no se enfadaba, era insensible. Él, cuya coordinación era más exquisita que la de ninguno de los presentes y sus nervios más flexibles y elásticos, no tenía nervios de ese tipo. El ambiente de derrota anunciada que dominaba su esquina no lo afectaba. Sus preparadores eran gringos y desconocidos. También lo eran sus asistentes, sucios despojos del mundo del boxeo, sin honor, sin eficiencia. Ellos también se mostraban fríos, convencidos de que su esquina era la del perdedor.

—Ten mucho cuidado —le advirtió Spider Hagerty. Spider era su entrenador—. Haz que dure tanto como puedas, esas son las instrucciones que me ha dado Kelly. Si no lo haces, los periódicos dirán que ha sido otra pelea falsa y en Los Ángeles echarán más pestes del boxeo.

Lo dicho no resultaba alentador. Pero Rivera no hizo caso. Despreciaba el boxeo. Era el juego odiado de los odiados gringos. Si había entrado en contacto con él, para soportar los golpes ajenos en los entrenamientos, fue solo porque se moría de hambre. El hecho de que estuviese maravillosamente formado para el boxeo no significaba nada para él. Lo odiaba. No luchó por dinero hasta que entró a formar parte de la Junta, y entonces le resultó fácil ganarlo. No era el primer hijo del hombre que tenía éxito en una profesión que le resultaba despreciable.

No analizaba la situación. Simplemente sabía que tenía que ganar el combate. El resultado no podía ser otro. Unas fuerzas tan

profundas que ninguno de los que abarrotaban el local podía imaginar le templaban los nervios para que creyera en eso. Danny Ward luchaba por dinero y por las comodidades que facilita el dinero. Pero las cosas por las que luchaba Rivera estaban grabadas en su mente, eran imágenes violentas y espantosas que, con los ojos cerrados y sentado a solas en la esquina del cuadrilátero a la espera de su taimado contrincante, veía con tanta claridad como cuando las había vivido.

Veía la fábrica textil de paredes blancas, movida por energía hidráulica. Veía seis mil obreros famélicos y macilentos, y a los niños de siete y ocho años que realizaban tumos interminables por diez centavos al día. Veía los cadáveres andantes, las espantosas cabezas de los hombres que trabajaban en las salas de teñido. Recordaba que había oído a su padre decir que las salas de teñido eran hoyos para el suicidio, porque un año allí bastaba para morir. Veía el pequeño patio y a su madre cocinando y esforzándose con las tareas domésticas más rudimentarias, que no le impedían encontrar tiempo para acariciarlo y demostrarle su amor. Veía a su padre, grande, bigotudo y ancho de pecho, amable con todos, que amaba a todo el mundo y tenía tan buen corazón que aún le quedaba amor de sobra para la madre y el muchachito que jugaba en un rincón del patio. En aquellos tiempos no se llamaba Felipe Rivera. Se apellidaba Fernández, como sus padres y se llamaba Juan. El nombre se lo había cambiado él más adelante, al descubrir que los prefectos de policía, los *jefes políticos* y los *rurales* [7] odiaban el apellido Fernández.

¡El fuerte y cordial Joaquín Fernández! Ocupaba mucho espacio en los recuerdos de Rivera. En su momento no lo había entendido, pero al echar la vista atrás lo comprendía. Lo veía ocuparse de la composición en la pequeña imprenta o garabateando frases interminables, apresurado y nervioso, sobre el atestado escritorio. Y veía las extrañas veladas en las que los obreros, que llegaban a oscuras y en secreto como quienes cometían fechorías, se reunían con su padre y hablaban durante muchas horas, en las que el muchacho no siempre se quedaba dormido en su rincón.

Oyó a Spider Hagerty, como si le hablase desde muy lejos, decirle:

—Nada de rendirse al principio. Esas son las instrucciones.

Aguanta la paliza y gánate el pan.

Habían transcurrido diez minutos y él continuaba sentado en su esquina. No había ni rastro de Danny, quien evidentemente llevaba su truco hasta el límite.

Pero en la memoria de Rivera ardían más recuerdos. El de la huelga, o mejor dicho el cierre patronal, porque los obreros de Río Blanco habían ayudado a sus hermanos huelguistas de Puebla. El hambre, las salidas al monte en busca de bayas, raíces y hierbas que todos comían y que les provocaban dolores de estómago. Y luego, la pesadilla; el descampado ante el almacén de la compañía; los miles de obreros hambrientos; el general Rosalino Martínez y los soldados de Porfirio Díaz; los rifles que escupían muerte y que nunca dejaban de escupir, mientras las injusticias cometidas contra los obreros quedaban enjuagadas por su propia sangre. ¡Y esa noche! Veía los vagones de carga en los que se apilaban los cuerpos de los asesinados que iban a ser enviados a Veracruz para echarlos a los tiburones de la bahía. Volvió a verse arrastrándose entre los espeluznantes montones, buscando a su padre y a su madre, a los que encontró desnudos y mutilados. Recordaba en especial a su madre, de la que solo sobresalía el rostro, el cuerpo apisonado bajo el peso de decenas de cadáveres. Los rifles de los soldados de Porfirio Díaz volvieron a disparar y él se vio tirándose al suelo y huyendo como un coyote al que intentan dar caza.

A sus oídos llegó un potente rugido, como el del mar, y vio a Danny Ward encabezar su comitiva de entrenadores y asistentes por el pasillo central. El público alborotaba a favor del héroe popular que estaba obligado a salir victorioso. Todos lo proclamaban vencedor. Todos iban con él. Incluso los asistentes de Rivera dejaron entrever su alegría cuando Danny se agachó desenfadadamente para pasar entre las cuerdas y accedió al cuadrilátero. A su rostro asomaba una sucesión interminable de sonrisas y, cuando Danny sonreía, lo hacía con todos sus rasgos, desde las arrugas provocadas por la risa que rodeaban sus ojos hasta lo más profundo de su mirada. Nunca hubo boxeador más cordial. Su cara era un anuncio constante de buenas sensaciones, de camaradería. Conocía a todo el mundo. Bromeaba, se reía y saludaba a sus amigos sentados junto a las cuerdas. Los que se encontraban más lejos, incapaces de ocultar su admiración,

gritaban: «¡Animo, Danny!». Fue una ovación de júbilo y afecto que duró cinco minutos enteros.

A Rivera nadie le hacía caso. Ni siquiera existía para el público. El rostro hinchado de Spider Hagerty se inclinó para acercarse a él.

—No te dejes llevar por el miedo —advirtió—. Y recuerda las instrucciones. Tienes que aguantar. Nada de rendirse. Si te rindes, tenemos instrucciones de masacrarte en los vestuarios, ¿entendido? Tienes que pelear.

El público empezó a aplaudir. Danny cruzaba el cuadrilátero en dirección a él. Danny se inclinó, cogió la mano de Rivera con sus dos manos y se la estrechó con efusividad. El rostro, todo sonrisas, de Danny se acercó al suyo. El público demostró a gritos su aprecio por la muestra de deportividad de Danny. Saludaba a su oponente con el cariño de un hermano. Los labios de Danny se movieron y los espectadores, interpretado las palabras que no oían como otra muestra de deportividad, volvieron a gritar Solo Rivera oyó lo que le dijo en voz baja.

—Rata mexicana —susurró entre sonrisas—, te voy a aniquilar.

Rivera no se movió. No se levantó. Se limitó a odiar con la mirada.

—¡Levántate, perro! —gritó un hombre desde atrás.

La multitud empezó a silbar y abuchear su conducta poco deportiva, pero él permaneció inmóvil. Danny recibió otra impresionante oleada de aplausos mientras regresaba a su esquina.

Cuando Danny se quitó la bata, se oyeron exclamaciones de emoción. Su cuerpo era perfecto, flexible, saludable y fuerte. Tenía la piel blanca y suave como la de una mujer Bajo ella todo era elegancia, resistencia y vigor. Lo había demostrado en muchísimos combates. Todas las revistas de cultura física publicaban sus fotografías.

Se oyó un gemido cuando Spider Hagerty ayudó a Rivera a despojarse del jersey que llevaba puesto. Su cuerpo parecía más delgado debido al moreno de la piel. Tenía músculos, pero no se manifestaban como los de su oponente. Lo que el público no fue capaz de ver fue la anchura del pecho. Tampoco imaginó la dureza de su carne fibrosa, la inmediatez del estallido celular de los músculos, la precisión de los nervios que convertían todos sus miembros en un magnífico mecanismo para la lucha. Lo único que

el público vio fue un chaval moreno de dieciocho años con lo que parecía el cuerpo de un niño. Lo de Danny era distinto. Danny era un hombre de veinticuatro años con un cuerpo de hombre. El contraste resultó incluso más sorprendente cuando se acercaron al centro del cuadrilátero para recibir las últimas instrucciones del árbitro.

Rivera se fijó en que Roberts se sentaba justo detrás de los periodistas. Estaba más bebido de lo normal y su forma de hablar era proporcionalmente más lenta.

—Ve con calma, Rivera —arrastró las palabras Roberts—. No puede matarte, no lo olvides. Se abalanzará sobre ti al empezar, pero no te pongas nervioso. Tú cúbrete, esquívalo y trábalo. No te hará mucho daño. Imagínate que te está aporreando en el local de entrenamiento.

Rivera no dio muestras de haberlo oído.

—Condenado antipático —murmuró Roberts al hombre que estaba a su lado—. Siempre ha sido así.

Pero Rivera olvidó mirarlo con odio. La imagen de un número incontable de rifles cegaba sus ojos. Todos los rostros de la audiencia, hasta donde alcanzaba la vista y hasta localidades del gallinero, se transformaron en rifles. Vio la larga frontera mexicana, árida y agostada por el sol, afligida y, en ella, vio los grupos de hombres andrajosos a los solo retenía la ausencia de armas.

Regresó a su esquina y esperó de pie. Sus asistentes ya habían abandonado el cuadrilátero con el taburete de lona. Al otro lado, en diagonal, Danny lo observaba. Sonó la campana y dio comienzo el combate. El público aulló de contento. Nunca había presenciado un comienzo de combate tan convincente. Los periódicos tenían razón. Era un ajuste de cuentas. De un solo movimiento, Danny cubrió tres cuartas partes de la distancia que los separaba, con la clara intención de comerse vivo al mexicano. No lo agredió con un golpe, ni con dos ni con una docena. Se convirtió en un giroscopio de golpes, un remolino de destrucción. Rivera no estaba. Se vio arrollado, enterrado bajo la avalancha de puñetazos que caían sobre él desde todos los ángulos y posiciones, propinados por un maestro de aquel arte. Se vio dominado, presionado contra las cuerdas, apartado de ellas por el árbitro y empujado de nuevo contra las cuerdas.

No era un combate. Era una matanza, una masacre. Cualquier audiencia, excepto la del título de campeón, habría agotado sus emociones en ese primer minuto. Danny estaba demostrando lo que era capaz de hacer y la suya era una exhibición impresionante. Tal era la certeza del público, además de su entusiasmo y favoritismo, que no se fijó en que el mexicano seguía en pie. Se olvidó de Rivera. Casi no lo veía, tan oculto quedaba bajo el ataque implacable de Danny. Así transcurrió un minuto, y luego dos. Después, en un instante en que el mexicano logró separarse, los espectadores lo vieron con claridad: tenía el labio partido y sangraba por la nariz. Al girarse y tambalearse para trabar al otro, en su espalda se apreciaron los verdugones provocados por el contacto contra las cuerdas. Pero en lo que no se fijó el público fue en que su pecho no se movía al ritmo de una respiración agitada y sus ojos ardían tan fríamente como siempre. Demasiados aspirantes a campeón, en el cruel revoltijo de los locales de adiestramiento, habían practicado contra él aquel ataque demoledor. Había aprendido a sobrevivir a cambio de medio dólar por entrenamiento y, de esa manera, había llegado a reunir quince dólares a la semana. Era la forma más dura de aprender y él, el que más resistía.

Entonces sucedió algo extraordinario. La confusión tumultuosa y casi imposible de seguir se detuvo de repente. Solo Rivera permanecía en pie. Danny el temible yacía boca arriba. Su cuerpo se estremeció mientras intentaba recuperar la consciencia. No se había tambaleado antes de derrumbarse, ni se había desplomado de repente. El gancho de derecha de Rivera lo derribó en el aire con la brusquedad de la muerte. El árbitro apartó a Rivera con una mano y permaneció junto al gladiador caído mientras contaba los segundos. El público que asistía a un combate con premio tenía por costumbre jalear cuando un púgil tumbaba al otro de forma tan limpia. Pero aquel público no jaleó nada. Había resultado demasiado inesperado. Observó el conteo de los segundos en medio de un silencio tenso, en el que se oyó la voz exultante de Roberts decir:

—¡Ya os dije que sabía pegar con las dos manos!

Al quinto segundo, Danny se había girado y estaba boca abajo y al séptimo descansaba sobre una rodilla, dispuesto a levantarse después de que el árbitro contase nueve y antes de que llegase a diez. Si la rodilla tocaba el suelo a los diez segundos, lo

considerarían caído y perdería. En el instante en que su rodilla se apartase del suelo, se le consideraría en pie y, en ese mismo instante, Rivera tenía derecho a intentar volver a derribarlo. Rivera no quería jugársela. Volvería a golpear tan pronto la rodilla se despegase del suelo. Se movía en círculos alrededor de Danny, pero el árbitro también se movía en círculos, interponiéndose entre los dos y Rivera supo que los segundos que contaba eran más lentos de lo normal. Todos los gringos estaban en su contra, incluso el árbitro.

Al contar nueve, el árbitro empujó hacia atrás a Rivera. No era justo, pero así permitió que Danny se levantase con la sonrisa en los labios. En parte inclinado hacia delante, protegiendo rostro y abdomen con los brazos, trastabilló astutamente hasta forzar un trabado. Según las reglas, el árbitro tendría que haberlos separado, pero no lo hizo y Danny se agarró a Rivera como una lapa ante el embate de las olas y se fue recuperando segundo a segundo. El último minuto del asalto transcurría veloz. Si sobrevivía hasta que acabase, podría descansar en su esquina y recuperar fuerzas. Y sobrevivió, sin dejar de sonreír a pesar de su situación extrema y desesperante.

—¡La sonrisa que nunca se borra! —gritó alguien y el público se rio aliviado.

—Ese sudaca tiene unos puños tremendos —jadeó Danny en su esquina al oído de su preparador, mientras los cuidadores trabajaban frenéticamente para ayudarlo a recuperarse.

El segundo y tercer asaltos fueron más tranquilos. Danny, un astuto y consumado general del cuadrilátero, esquivó, bloqueó y aguantó, decidido a recuperarse del golpe que lo había aturdido en el primer asalto. Aunque lo dejó tembloroso y afectado, su buen estado de forma le permitió recuperar fuerzas. Pero no volvió a intentar la misma táctica. El mexicano había demostrado que era una fiera, por eso Danny decidió recurrirá su habilidad. En el uso de trucos, destreza y experiencia era muy superior y, aunque no podía arrearle golpes vitales, se dedicó a agotar a su oponente. Propinaba tres golpes por cada uno de Rivera, pero solo eran golpes de castigo, no letales. Lo que resultaba letal era la suma de muchos. Respetaba a aquel novato ambidiestro capaz de asestar unos puñetazos portentosos con ambas manos.

En defensa, Rivera sacó un desconcertante directo de izquierda. Una y otra vez, ataque tras ataque, se apartaba de él con ese directo de izquierda que acumulaba daños en la boca y la nariz de Danny. Pero Danny era proteico. Por eso se iba a convertir en el próximo campeón. Podía cambiar de un estilo de lucha a otro según su voluntad. Decidió centrarse en la lucha cuerpo a cuerpo. La dominaba y le permitía evitar el directo de izquierda del otro. Así logró enfervorizar al público y remató la jugada con una maravillosa ruptura del bloqueo convertida en un gancho al mentón que lanzó al mexicano por aires y lo tumbó sobre la lona. Rivera descansó sobre una rodilla, aprovechando al máximo el conteo, y se dio cuenta de que el árbitro contaba a mayor velocidad cuando los segundos eran para él.

En el séptimo asalto, Danny volvió a realizar su diabólico gancho al mentón. Solo logró que Rivera se tambalease pero, en los instantes siguientes de indefensión, lo machacó con otro golpe que lo lanzó por encima de las cuerdas. El cuerpo de Rivera rebotó sobre las cabezas de los periodistas que estaban abajo, quienes lo impulsaron de vuelta al borde de la plataforma, por fuera de las cuerdas. Allí descansó sobre una rodilla, mientras el árbitro contaba los segundos a toda velocidad. Danny lo esperaba pegado a las cuerdas, entre las que debía pasar agachado. El árbitro no intervino para separar a Danny.

El público estaba fuera de sí de contento.

—¡Mátalo, Danny, mátalo! —se oyó gritar.

Otras voces se unieron, hasta que pareció el grito de guerra de una manada de lobos.

Danny hizo lo que pudo, pero Rivera, a los ocho segundos, en lugar de esperar a nueve, cruzó las cuerdas inesperadamente y consiguió trabarlo. Entonces sí que actuó el árbitro, separándolo para que pudiera recibir más golpes, dando a Danny todas las ventajas que puede dar un árbitro injusto.

Pero Rivera se recuperó de su aturdimiento. Eran todos iguales. Eran los odiados gringos, todos injustos. Las imágenes volvieron a surgir y relampaguear en su cabeza. Largos tramos de vías ferroviarias que hervían a fuego lento en el desierto; *rurales* y policías norteamericanos; prisiones y calabozos; vagabundos en los depósitos de agua: el sórdido y doloroso panorama de su odisea tras

Río Blanco y la huelga. Luego, resplandeciente y gloriosa, vio la gran Revolución roja extenderse por su tierra. Tenía las armas frente a él. Cada rostro odiado era un rifle. Peleaba por las armas. Él era las armas. Era la Revolución. Luchaba por México.

El público empezó a encolerizarse con Rivera. ¿Por qué no recibía la paliza que le correspondía? Claro que iba a acabar machacado, pero ¿por qué se mostraba tan obstinado? Muy pocos se interesaban por él y esos constituían el porcentaje seguro de una multitud jugadora que apuesta por lo improbable. Aunque creían que Danny iba a ganar, también habían apostado cuatro a diez y uno a tres por el mexicano. Mucho se jugaba dependiendo de cuántos asaltos pudiese aguantar Rivera. En los asientos de primera fila habían apostado grandes cantidades a favor de que no duraría siete asaltos, ni siquiera seis. Los que habían ganado esa apuesta, con su dinero bien seguro, ahora jaleaban sin descanso al favorito.

Rivera se negaba a permitir que lo machacasen. Su oponente se esforzó en vano, durante el octavo asalto, por repetir su gancho al mentón. En el noveno, Rivera volvió a dejar de piedra al público. En medio de un trabado, rompió el bloqueo con un movimiento rápido y ágil, y en el poco espacio que quedaba entre los cuerpos de los dos, alzó la derecha desde la cadera. Tumbó a Danny, quien aprovechó el conteo. La multitud se quedó horrorizada. Lo estaban superando en su propia estrategia. Su famoso *uppercut* de derecha había sido utilizado en su contra. Rivera no intentó sorprenderlo al llegar a nueve. El árbitro se lo impedía con descaro, aunque no hacía lo mismo cuando la situación era la contraria y Rivera quien deseaba ponerse en pie.

En el décimo asalto, Rivera ejecutó dos veces el gancho al mentón de derecha, desde la cadera hasta el mentón de su oponente. Danny se desesperaba. No perdió la sonrisa, pero recuperó el ataque frenético del principio. Por mucho que se lanzara contra él como un torbellino, no lograba perjudicar a Rivera; mientras que Rivera, entre los giros y la confusión que creaba el otro, lo lanzó a la lona tres veces seguidas. Danny ya no se recuperaba con tanta rapidez y en el décimo primer asalto su situación era preocupante. Pero desde ese momento hasta el décimo cuarto asalto realizó la exhibición más valiente de toda su carrera. Esquivó, bloqueó, luchó parcamente y se esforzó por recuperar

fuerzas. Además, echó mano de todo el juego sucio que un púgil de éxito sabe utilizar. Usó todos los trucos y estratagemas posibles: arreó cabezazos durante los trabados dando la impresión de que ocurrían por accidente, inmovilizó el guante de Rivera entre su brazo y su cuerpo, oprimió su guante contra la boca de Rivera para impedirle respirar. A menudo, en los trabados, sus labios sonrientes ladraban atroces insultos al oído de Rivera. Todos, desde el árbitro al público, iban con Danny y lo ayudaban. Sabían lo que tenía en mente. Superado por aquel novato que era una caja de sorpresas, lo fiaba todo a un único puñetazo. Se dejaba castigar, buscaba, fintaba y pegaba, en busca de ese hueco que le permitiría lanzar un golpe con toda su fuerza que volviese las tomas. Quería hacer lo que otro púgil más grande que él había hecho antes: un golpe de derecha y otro de izquierda, al plexo solar y a la mandíbula. Podía conseguirlo porque sus brazos conservarían su fuerza de pegada, siempre y cuando se mantuviese en pie.

Los asistentes de Rivera no se ocupaban de él como deberían en los intervalos entre asaltos. Sacaban las toallas, pero no ayudaban a que entrase más aire en sus pulmones, que respiraban entrecortadamente. Spider Hagerty le daba consejos, pero él sabía que eran malos consejos. Todos estaban en su contra. Lo rodeaba la traición. En el décimo cuarto asalto volvió a tumbar a Danny y él permaneció en pie descansando, con las manos caídas a los costados, mientras el árbitro contaba. Rivera había percibido unos murmullos sospechosos procedentes de la otra esquina. Vio a Michael Kelly acercarse a Roberts, inclinarse hacia él y susurrarle algo. Rivera tenía el oído de un gato, adiestrado en el desierto, y pudo oír fragmentos de lo que decían. Como quería oír más, cuando su oponente se levantó, llevó la pelea a un trabado contra las cuerdas.

—Tiene que ser así —oyó decir a Michael, mientras Roberts asentía—. Danny tiene que ganar. Podría perder un dineral. He cubierto un montón de pasta con mi propio dinero. Si aguanta más allá del décimo quinto, estoy acabado. El chico a ti te hará caso. Dile algo.

Después de eso, Rivera ya no recuperó imágenes del pasado. Pretendían jugársela. Tumbó a Danny de nuevo y aguardó descansando, con las manos a los costados. Roberts se levantó.

—Ya está bien —le dijo—. Vete a tu esquina.

Habló con autoridad, como solía hablarle a Rivera en el local de entrenamiento. Pero Rivera lo miró con odio y esperó a que Danny se levantara. Durante el minuto de descanso en su esquina, Kelly, el promotor, se acercó para hablar con Rivera.

—Déjalo ya, medita sea —dijo en voz baja y áspera—. Tienes que caer, Rivera. Seguirás conmigo y me ocuparé de tu futuro. Permitiré que machaques a Danny la próxima vez. Pero hoy tienes que dejarlo ya.

Con la mirada, Rivera dio muestras de haberlo oído, pero ni asintió ni disintió.

—¿Por qué no hablas? —preguntó Kelly, enfadado.

—Perderás de todos modos —añadió Spider Hagerty—. El árbitro te lo arrebatará. Hazle caso a Kelly y déjate tumbar.

—Déjate tumbar, chico —rogó Kelly—, y te ayudaré a pelear por el título.

Rivera no respondió.

—Lo haré, así que ayúdame tú a mí, chaval.

Cuando sonó la campana Rivera presintió que algo se avecinaba. No así el público. Fuera lo que fuese, estaba dentro del cuadrilátero con él, muy cerca. Danny parecía haber recuperado la seguridad del principio. Parecía tan confiado en su ventaja que Rivera se asustó. Estaban a punto de hacer alguna trampa. Danny se lanzó a atacar, pero Rivera evitó el encuentro. Se hizo a un lado para defenderse. Lo que el otro buscaba era agarrarlo en un trabado. Lo necesitaba para llevar a cabo su trampa. Rivera retrocedió y se alejó describiendo un círculo, aunque sabía que tarde o temprano el otro lograría trabarlo y realizar su artimaña. Desesperado, decidió desenmascararlo. Hizo como que efectuaba el trabado en el siguiente ataque de Danny. Pero, en el último instante, justo cuando sus cuerpos tenían que juntarse, Rivera retrocedió con agilidad. En ese mismo momento, desde la esquina de Danny gritaron pidiendo falta. Rivera los había engañado. El árbitro se detuvo sin saber qué hacer. La decisión que tembló en sus labios no llegó a ser expresada porque una voz joven y estridente gritó desde la galería:

—¡De falta, nada! ¡No es justo!

Danny maldijo a Rivera claramente e intentó forzarlo, mientras Rivera se alejaba con su juego de pies. Además, Rivera decidió no

lanzar más golpes al cuerpo. De esa forma perdía la mitad de sus posibilidades de ganar, pero sabía que si quería vencer tendría que hacerlo con los recursos que le dejaban porque, a la mínima posibilidad, le cantarían falta. Danny se olvidó de actuar con precaución. Durante dos asaltos persiguió y machacó al chaval que no quería combatir cuerpo a cuerpo. Rivera recibió un golpe tras otro, decenas de ellos, para evitar el peligroso trabado. Durante la recuperación y suprema de Danny, los espectadores se pusieron en pie y se volvieron locos. No entendían nada. Solo veían que su favorito iba a ganar.

—¿Porqué no peleas? —preguntaba con ira a Rivera—. ¡Eres un cobarde! ¡Gallina! ¡Pelea, granuja! ¡Mátalo, Danny! ¡Mátalo! ¡Tienes que matarlo!

En todo el recinto, Rivera era el único que conservaba la calma. Era quien tenía el temperamento más apasionado de todos los presentes, pero había vivido momentos de arrebato y de presión tan superiores que esa pasión colectiva de diez mil gargantas, elevada en oleadas cada vez mayores, no era para su cerebro más que calma aterciopelada de un crepúsculo estival.

En el décimo séptimo asalto Danny continuó atacando. Al recibir un golpe muy fuerte, Rivera se encorvó y cedió un poco. Bajó las manos, indefenso, mientras retrocedía tambaleándose. Danny pensó que era su oportunidad. Tenía al chico a su merced. Así fue como Rivera fintó, lo pilló con la guardia baja y le lanzó un directo a la boca. Danny acabó en la lona. Cuando se levantó, Rivera lo derribó con un volado de derecha sobre el cuello y la mandíbula. Lo hizo tres veces. Era imposible que un árbitro pitase falta contra esos golpes.

—¡Oh, Bill, Bill! —rogaba Kelly al árbitro.

—No puedo —se lamentó este—. No me da la más mínima oportunidad.

Danny, maltrecho y heroico, continuaba poniéndose en pie. Kelly y otros que estaban junto al cuadrilátero empezaron a pedir a gritos que la policía detuviese el combate, aunque en la esquina de Danny se negaban a tirar la toalla. Rivera vio que el gordo capitán de policía intentaba, torpemente, subir al cuadrilátero y colarse entre las cuerdas, y no estaba seguro de lo que eso significaba. Había tantas formas de hacer trampas en ese juego de los gringos.

Danny, de pie, se tambaleaba aturdido e indefenso frente a él. El árbitro y el capitán se movían en dirección a Rivera cuando este lanzó su último golpe. No hubo necesidad de detener el combate porque Danny ya no se levantó.

—¡Cuente! —gritó Rivera con la voz ronca al árbitro.

Cuando terminó el conteo, los asistentes de Danny lo levantaron del suelo y se lo llevaron a su esquina.

—¿Quién gana? —preguntó Rivera.

De mala gana, el árbitro cogió su mano enguantada y la alzó.

Nadie felicitó a Rivera. Sin ayuda, caminó hacia su esquina, donde sus asistentes ni siquiera habían puesto el taburete. Se apoyó de espaldas contra las cuerdas y posó sobre ellos su mirada repleta de odio, para luego barrer con ella toda la sala, hasta incluir a los diez mil gringos que la abarrotaban. Le temblaban las rodillas y sollozaba de agotamiento. Ante sus ojos, los odiados rostros se movían, alejándose y acercándose debido al mareo que provoca la náusea. Entonces recordó que eran los rifles. Había conseguido las armas. La Revolución podía seguir adelante.

[1911]

Una noche en Goboto

I

N GOBOTO, los tratantes bajan de sus goletas y los dueños de las plantaciones llegan desde costas lejanas y agrestes, y todos aceptan usar zapatos, pantalón de lona blanca y otros aspectos de la civilización. En Goboto se recibe correo, se pagan facturas y se puede leer prensa que pocas veces supera las cinco semanas de antigüedad; porque esa pequeña isla, rodeada de arrecifes de coral, permite un fondeo seguro, en ella hacen escala los vapores y sirve

como punto de distribución para todo el grupo de islas, muy diseminadas.

La vida en Goboto es insalubre, hace mucho calor y la luz resulta cegadora, y reivindica el mérito, para su tamaño, de contar con más casos de alcoholismo grave que cualquier otro lugar del mundo. Gavutu, en las Salomón, afirma que bebe entre horas. Goboto no lo niega. Simplemente afirma, de pasada, que en la cronología gobotana no se conoce semejante intervalo de tiempo. También señala sus estadísticas de importación, que muestran un consumo de alcohol per cápita muy superior. Gavutu lo explica porque Goboto hace más negocios y recibe más visitas. Goboto responde que su población residente es menor y sus visitantes tienen más sed. Y la discusión continúa indefinidamente, sobre todo porque los debatientes no viven lo bastante para llegar a un acuerdo.

Goboto no es grande. La isla solo tiene cuatrocientos metros de diámetro y en ella se encuentran una carbonera del almirantazgo (donde varias toneladas de carbón permanecen sin tocar desde hace veinte años), los barracones de un puñado de trabajadores negros, una gran tienda y almacén con los tejados de chapa de hierro y un bungaló habitado por el encargado y dos ayudantes. Ellos constituyen la población blanca. De los tres, uno u otro suele estar siempre enfermo con fiebre. Trabajar en Goboto resulta muy duro. La compañía tiene por principio tratar bien a sus clientes, como han descubierto las compañías invasoras, y ocuparse de ello es tarea del encargado y sus ayudantes. Durante todo el año llegan tratantes y reclutadores, procedentes de travesías muy largas y secas, y dueños de plantaciones que vienen de costas igual de lejanas y secas, siempre con una sed magnífica. Goboto es la meca de las juergas y, tras divertirse todos vuelven a sus goletas y plantaciones para recuperarse.

Algunos de los menos fuertes necesitan dejar pasar seis meses entre visitas. Pero el gerente y sus ayudantes no disponen de esos intervalos. Permanecen allí y, semana tras semana, empujadas por los monzones o los alisios del sudeste, fondean las goletas, cargadas de copra, marfil vegetal, conchas perlíferas, carey y sed.

Trabajar en Goboto es una tarea ardua. Por eso el sueldo dobla al de otras factorías y por eso la compañía solo selecciona a

hombres valientes e intrépidos para este enclave en concreto. No duran más de un año y entonces, convertidos en piltrafas, regresan a Australia o entierran sus restos en la arena, a barlovento del islote. Johnny Bassett casi héroe legendario de Goboto, batió todos los récords. Era un exiliado por cuestiones de honor, de extraordinaria complexión, que duró siete años. Su deseo póstumo fue cumplido por sus ayudantes, quienes lo metieron en un tonel de ron (pagado con sus propios sueldos) y se lo enviaron a su familia, a Inglaterra.

Sin embargo, en Goboto todos intentaban comportarse como caballeros. De hecho, aunque hubiesen cometido errores, eran caballeros y habían sido caballeros. Por eso la gran regla no escrita de Goboto era que los visitantes usaran pantalón y zapatos. Allí no se toleraban taparrabos, *lava-lavas* o llevar las piernas al aire. Cuando el capitán Jensen —el más violento de los reclutadores de mano de obra indígena, a pesar de descender de una antigua familia neoyorquina— se abalanzó a tierra con su taparrabos, camiseta, dos revólveres al cinto y un cuchillo de monte, lo detuvieron en la playa. Eso ocurrió en la época de Johnny Bassett, siempre obsesionado con la etiqueta. El capitán Jensen permaneció de pie sobre la tilla de popa de su bote y negó la existencia de pantalones a bordo de su goleta. Además, confirmó su intención de bajar a tierra. Los de Goboto lo cuidaron hasta que se recuperó de la herida provocada por la bala que le atravesó el hombro y además le pidieron disculpas porque no habían encontrado ni un solo pantalón a bordo de su goleta. Por último, el primer día que pudo levantarse de la cama. Johnny Bassett le prestó uno de sus pantalones y lo ayudó a ponérselo con amabilidad, pero sin perder ni un ápice de firmeza. Ese fue el precedente. En los años que siguieron, la norma nunca fue violada. Los hombres blancos y los pantalones eran inseparables. Solo los negros corrían desnudos. El pantalón constituía la casta.

II

ESA NOCHE, CON UNA EXCEPCIÓN, las cosas eran como el resto de las noches. Siete de ellas con un brillo tenue en los ojos y las piernas

firmes, habían rematado un día de whiskies con unos cócteles más fuertes y se sentaron a cenar. Ataviados con chaqueta, pantalón y zapatos, eran: Jerry McMurtrey, el encargado; Eddy Little y Jack Andrews, ayudantes; el capitán Stapler, del queche reclutador *Merry*; Darby Shryleton, dueño de una plantación en Tito-Ito; Peter Gee, un chino mestizo, comprador de perlas que se movía entre Ceilán y las Paumotu, y Alfred Deacon, un visitante que había llegado en el último vapor. Al principio, los criados negros sirvieron vino a quienes quisieron tomarlo, aunque enseguida todos volvieron al whisky con soda y bañaron en alcohol los alimentos antes de que se internasen en sus estómagos calcinados y avinagrados.

Cuando estaban con el café oyeron el estrépito provocado por la cadena de un ancla al pasar por el tubo del escobén, lo que indicaba la llegada de un buque.

—Es David Grief —afirmó Peter Gee.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Deacon con agresividad y luego siguió hablando para llevarle la contraria al mestizo—. Se dan ustedes muchos aires de superioridad cuando hay alguien nuevo en el grupo. Yo también he navegado lo mío y eso de reconocer un barco cuando sus velas no son más que una mancha borrosa o de nombrar a un hombre por el sonido de su ancla no son… no son más que paparruchas.

Peter Gee estaba ocupado en encender un cigarrillo y no contestó.

—Algunos negros hacen cosas asombrosas como esas —intervino discretamente McMurtrey.

Como a los demás, al encargado le molestaba la conducta de su visitante. Desde primera hora de la tarde, momento en que había llegado Peter Gee, Deacon manifestó una tendencia a meterse con él. Cuestionó sus afirmaciones y se mostró maleducado.

—Puede que sea porque Peter tiene sangre china —había sido la hipótesis de Andrews—. Deacon es australiano y allí llevan mal lo del color.

—Estoy de acuerdo —había convenido McMurtrey—. Pero no podemos permitir que intimide a nadie, y menos a Peter Gee, que es más blanco que la mayoría de los blancos.

En eso el encargado tenía toda la razón. Peter Gee era esa excepcional criatura, un euroasiático bueno e inteligente. De hecho,

la imperturbable integridad de la sangre china era lo que matizaba la imprudencia y el libertinaje de la sangre inglesa que había corrido por las venas de su padre. Asimismo, era el más educado de los presentes, amaba inglés mejor, además de otras lenguas, y sabía más que todos ellos de sus ideales de caballerosidad, que respetaba en mayor grado y por los que se regía. Por último, era un alma amable. Censuraba la violencia, aunque había matado hombres en su tiempo. Aborrecía el alboroto. Siempre lo evitaba como si fuera la peste.

El capitán Stapler intervino para ayudar a McMurtrey:

—Recuerdo que cuando cambié de goleta y llegué a Altman, los negros supieron de inmediato que era yo. Y eso que no me esperaban, mucho menos en otro navío. Le dijeron al tratante que era yo. Él cogió los prismáticos y no se lo creía. Pero ellos lo supieron. Después me dijeron que se veía a la legua que era yo quien manejaba la goleta.

Deacon no hizo caso y volvió a atacar al comerciante de perlas.

—¿Cómo sabe, por el sonido del ancla, que se trata de ese cómo-se-llame que ha dicho? —lo retó.

—Hay muchas cosas que me llevan a semejante afirmación —respondió Pet Gee—. Es difícil de explicar. Casi haría falta un libro de texto.

—Ya lo imaginaba —se burló Deacon—. Es fácil dar una explicación que no explica nada.

—¿Quién se apunta a jugar al bridge? —interrumpió Eddy Little, el segundo ayudante, con aire expectante, mientras empezaba a barajar—. Tú juegas, ¿verdad, Peter?

—Si lo hace, es un farolero —cortó Deacon—. Me estoy cansando de tanta paparrucha. Señor Gee, ¿me haría el favor de mejorar su imagen contándome cómo supo quién era ese hombre que acaba de echar el ancla? Después jugaré con usted al piquet.

—Prefiero el bridge —respondió Peter—. En cuanto a lo otro, es más o menos de la siguiente manera: por el sonido, era una embarcación pequeña, no de aparejo de cruz. No se oyó ni un silbato ni una sirena: de nuevo un barco pequeño. Fondeó cerca, otro indicio de poco tamaño, porque los vapores y los barcos grandes deben dejar caer el ancla en el exterior del arrecife del medio. La entrada es complicada. No existe capitán de barco

reclutador o comerciante en todo el grupo de islas que se atreva a cruzar el paso después de anochecer. Desde luego, ningún desconocido lo haría. Solo ha habido dos excepciones. La primera fue Margonville, pero lo mandó ejecutar el tribunal superior de Fiyi. Queda la otra excepción: David Grief. El cruza el paso de noche o de día, haga el tiempo que haga. Eso lo sabe todo el mundo. Otro posible factor, en caso de que Grief se encontrase en otra pare, podría ser algún capitán joven y temerario. A este respecto, en primer lugar, yo no conozco a ninguno, tampoco los demás. En segundo lugar. David Grief está en estas aguas, navegando a bordo del *Gunga*, que, según está programado, zarpará pronto desde aquí rumbo a Karo-Karo. Hablé con Grief, en el *Gunga*, en el paso Sandfly, antes de ayer. Iba a llevar a un tratante a tierra para dejarlo en una nueva factoría. Dijo que pararía en Babo y luego vendría a Goboto. Ha tenido tiempo de sobra para llegar. He oído el ruido de la cadena de un ancla al caer. ¿Quién más puede ser, si no es David Grief? El capitán Donovan está al mando del *Gunga* y lo conozco demasiado bien para creerlo capaz de entrar en Goboto de noche si no es su dueño quien maneja el queche. En unos minutos, David Grief cruzará esa puerta y dirá: «En Gavutu solo beben entre horas». Apuesto cincuenta libras a que será él quien entre y que sus palabras serán: «En Gavutu solo beben entre horas».

Eso aplastó a Deacon por el momento. La sangre se agolpó en su rostro taciturno.

—Bueno, ya le ha contestado —se rio McMurtrey cordialmente —. Yo apuesto con él y subo la apuesta a un par de soberanos.

—¡Bridge! ¿Quién se apunta a una mano? —exclamó impaciente Eddy Little—. ¡Vamos, Peter!

—Jueguen ustedes —dijo Deacon—. Él y yo vamos a jugar al piquet.

—Preferiría jugar al bridge —dijo Peter Gee amablemente.

—¿Sabe jugar al piquet?

El comerciante de perlas asintió con la cabeza.

—Pues, vamos. A ver si puedo demostrarle que sé más acerca de eso que de anclas.

—Eh, oiga… —empezó a decir McMurtrey.

—Ustedes jueguen al bridge —lo interrumpió Deacon—. Nosotros preferimos el piquet.

A regañadientes, Peter Gee se vio arrastrado a una partida que estaba seguro acabaría mal.

—Solo al mejor de tres —dijo mientras cortaba para repartir.

—¿A cuánto? —preguntó Deacon.

Peter Gee se encogió de hombros.

—Lo que usted quiera.

—Modalidad clásica del juego de los cientos. ¿Cinco libras la partida?

Peter Gee aceptó.

—Si hay doble juego, serían diez libras, claro.

—De acuerdo —dijo Peter Gee.

En otra mesa se sentaron cuatro de los restantes para jugar al bridge. El capitán Stapler, que no solía jugar a las cartas, miraba y rellenaba los vasos de whisky situados junto a la mano derecha de cada uno. McMurtrey, ocultando mal su aprensión, seguía en la medida de lo posible lo que ocurría en la mesa de piquet. Sus compañeros ingleses también se sentían escandalizados por el comportamiento del australiano y todos temían que realizase algún acto desafortunado. Resultaba evidente que su animosidad hacia el mestizo aumentaba y que podría explotar en cualquier momento.

—Espero que Peter pierda —dijo McMurtrey en voz baja.

—No, si tiene un mínimo de suerte —respondió Andrews—. Es un mago del piquet. Lo sé por experiencia.

Que Peter Gee tenía suerte quedaba claro por la forma continua en que Deacon, quien llenaba su vaso con frecuencia, lo importunaba. Había perdido la primera partida y, por sus comentarios, estaba perdiendo la segunda, cuando se abrió la puerta y entró David Grief.

—En Gavutu solo beben entre horas —comentó de pasada al grupo reunido antes de estrechar la mano del encargado—. ¡Hola, Mac! Oye, mi capitán espera en el bote. Tiene camisa de seda, corbata y zapatos de tenis, todo en perfecto estado, aunque necesita que le prestes un pantalón. Los míos le quedan pequeños, pero cualquiera de los tuyos le servirá. ¡Hola, Eddy! ¿Qué tal el *ngari-ngari*? ¿Estás en pie, Jock? Esto es un milagro. No hay nadie con fiebre ni extraordinariamente bebido. —Suspiró— Supongo que aún queda mucha noche por delante. ¡Hola, Peter! ¿Te pilló la tormenta que cayó una hora después de dejarnos? Tuvimos que largar la

segunda ancla.

Mientras le presentaban a Deacon, McMurtrey envió a un criado con los pantalónes y cuando entró el capitán Donovan lo hizo vestido como deben los blancos, al menos en Goboto.

Deacon perdió la segunda partida, lo que anunció con un exabrupto. Peter Gee se concentró en encender un cigarrillo y guardar silencio.

—¿Qué? ¿Pretende dejarlo porque va ganando? —preguntó Deacon.

Grief alzó las cejas en un gesto interrogativo hacia McMurtrey, quien frunció el entrecejo para mostrar su indignación.

—Habíamos quedado en jugar al mejor de tres —respondió Peter Gee.

—Pero no hemos jugado la tercera partida. Y me toca dar a mí. ¡Vamos!

Peter Gee accedió y empezaron a jugar.

—Ese cachorro necesita que le den una lección —le murmuró McMurtrey a Grief—. Vamos dejar de jugar, amigos. Quiero vigilarlo de cerca. Si se pasa, lo echo a la playa, y me dan igual las instrucciones de la Compañía.

—¿Quién es? —preguntó Grief.

—Uno que se bajó del último vapor. La Compañía ha dado orden de que lo tratemos bien. Quiere invertir en una plantación. Tiene una carta de crédito de diez mil libras con la Compañía. En el cerebro lleva impreso «Australia blanca». Cree que, porque es blanco y su padre fue fiscal general de la Commonwealth, puede portarse como un miserable. Por eso se mete con Peter y ya sabes que Peter es el último hombre del mundo que buscaría problemas o se metería en líos. Maldita sea la Compañía. Yo no me comprometí a ser el ama de cría de sus bebés con cuentas bancarias. Vamos, sírvete una copa, Grief. Ese hombre es un idiota, un perfecto idiota.

—Tal vez solo sea joven —sugirió Grief.

—No sabe controlar lo que bebe, eso está claro. —A los ojos del encargado asomaron la ira y el asco—. Si le levanta la mano a Peter, te aseguro que me encargar darle una buena somanta a ese sinvergüenza.

El comerciante de perlas retiró las clavijas del tablero en el que anotaba y se reclinó en su silla. Acababa de ganar la tercera partida.

Miró a Eddy Little y dijo:

—Ya puedo jugar al bridge.

—Yo no abandonaría ahora —gruñó Deacon.

—De verdad que me he cansado de este juego —aseguró Peter Gee con la calma habitual en él.

—Vamos, apúntese —insistió Deacon—. Una más. No puede quedarse así con mi dinero. Ya pierdo quince libras. Doble o nada.

McMurtrey iba a intervenir, pero Grief lo detuvo con la mirada.

—Si de verdad es la última, de acuerdo —dijo Peter Gee, mientras recogía las cartas—. Creo que me toca dar. Según he entendido, en esta última nos jugamos quince libras. O usted me debe treinta o acabamos en tablas.

—Eso es, amigo. O quedamos en paz o yo le pago treinta.

—Se calientan los ánimos, ¿eh? —comentó Grief, al tiempo que acercaba una silla.

Los demás se quedaron de pie o se sentaron alrededor de la mesa y Deacon volvió a tener mala suerte. Estaba claro que era buen jugador. Sencillamente, tenía las cartas en su contra. También estaba claro que no se tomaba su mala suerte con serenidad. Era culpable de maldecir de una forma muy fea y brusca, además de gruñir y gritarle al imperturbable mestizo. Al final, Peter Gee logró los cien puntos, mientras que Deacon no tenía ni cincuenta. Miró con furia a su oponente, sin hablar.

—Parece que hay doble juego —dijo Grief.

—Lo que duplica la apuesta —añadió Peter Gee.

—No es necesario que me lo diga —respondió Deacon—. He estudiado aritmética. Le debo cuarenta y cinco libras. ¡Tenga, cóbrese!

La forma en que lanzó sobre la mesa los nueve billetes de cinco libras era un insulto en sí. Peter Gee se mostró incluso más tranquilo que antes y no dio muestras de sentirse molesto.

—Tiene la suerte de los tontos, pero no sabe jugar a las cartas, eso se lo digo yo —continuó Deacon—. Yo podría enseñarle.

El mestizo sonrió y asintió con la cabeza mientras doblaba los billetes.

—Hay un juego que se llama casino, ¿ha oído hablar de él? Es un juego de niños.

—Lo he visto jugar —murmuró discretamente el mestizo.

—¿Y eso qué significa? —ladró Deacon—. ¿Se cree capaz de jugarlo?

—Oh, no, en absoluto. Me temo que no tengo bastante cabeza para eso.

—El casino es un juego de bravucones —interrumpió Grief con simpatía—. A mí me gusta mucho.

Deacon lo ignoró.

—Le juego diez libras por partida a treinta y un puntos —retó a Peter Gee—. Le demostraré lo poco que sabe de cartas. ¡Vamos! ¿Dónde hay una baraja completa?

—No, gracias —respondió el mestizo—. Me esperan para jugar al bridge.

—Sí, vente —rogó Eddy Little con ansia—. Venga, Peter, vamos a empezar.

—Mira que tenerle miedo a un jueguecito como el casino —provocó Deacon—. Tal vez la apuesta le parezca excesiva. Pues jugamos a centavos… o a cuartos de penique, si lo prefiere.

La conducta de aquel hombre ofendía y molestaba a todos los presentes. McMurtrey no lo soportó más.

—Ya basta, Deacon. Dice que no quiere jugar. Déjelo en paz.

Deacon se giró furioso hacia su anfitrión pero, antes de que pudiera despotricar contra él, Grief cubrió el vacío.

—A mí me gustaría jugar al casino con usted —dijo.

—¿Qué sabe del juego?

—No gran cosa, pero estoy dispuesto a aprender.

—Pues esta noche no tengo ganas de enseñar a nadie por cuatro cuartos.

—No se preocupe —respondió Grief—. Jugaré por casi cualquier suma, dentro de lo razonable, por supuesto.

Deacon procedió a librarse de aquel intruso de un solo golpe.

—Jugaré con usted a cien libras la partida, si eso le sirve de algo.

Grief sonrió encantado.

—Me parece bien, muy bien. Empecemos. ¿Puntúa la escoba?

Deacon se quedó atónito. No esperaba que un comerciante gobotano pudiese reaccionar ante semejante propuesta aceptándola.

—¿Puntúa la escoba? —repitió Grief.

Andrews le había entregado una baraja nueva y estaba retirando

el comodín.

—Por supuesto que no —respondió Deacon—. Así es un juego para gallinas.

—Me alegro —coincidió Grief—. A mí tampoco me gustan los juegos para gallinas.

—No me diga. Pues entonces, yo le diré lo que vamos a hacer. Jugaremos a quinientas libras la partida.

Deacon se volvió a quedar atónito.

—Me parece bien —dijo Grief al tiempo que empezaba a barajar —. Máxima puntuación para quien tenga más cartas y más picas, por supuesto, y luego gran casino (diez de diamantes) y pequeño casino (dos de picas) y los ases en el orden de valor del bridge. ¿No es así?

—Aquí hay mucho bromista —se rio Deacon, pero su risa era forzada—. ¿Cómo sé que tiene el dinero?

—De la misma manera que yo sé que usted lo tiene. Mac, ¿cómo está mi crédito con la Compañía?

—Tienes tanto como quieras —respondió el encargado.

—¿Lo garantiza usted personalmente? —preguntó Deacon.

—Por supuesto que sí —dijo McMurtrey—. Créame, la Compañía pagará el papel de Grief hasta el límite de la carta de crédito que usted tiene y mucho más.

—Reparte la carta más baja —dijo Grief, y colocó la baraja sobre la mesa, frente a Deacon.

Este vaciló mientras cortaba y echó una mirada de duda a los rostros de los demás. Los ayudantes y los capitanes asintieron.

—No conozco a ninguno de ustedes —se quejó Deacon—. ¿Cómo puedo estar seguro? El dinero en papel no es efectivo.

Entonces Peter Gee sacó una billetera de su bolsillo, le pidió una pluma a McMurtrey y entró en acción.

—Yo aún no he comprado nada —explicó el mestizo—, así que mi cuenta está intacta. La endoso a tu nombre, Grief. Es por quince mil. Tenga, puede mirarla.

Deacon interceptó la carta de crédito que el otro le pasó por encima de la mesa. La leyó despacio y miró a McMurtrey.

—¿Está bien?

—Sí. Es como la suya e igual de válida. El papel de la Compañía siempre es válido.

Deacon cortó las cartas, le tocó repartir y las barajó a conciencia. Pero seguía teniendo la suerte en su contra y perdió la partida.

—Otra —dijo—. No acordamos cuántas jugaríamos y no puede dejarlo si pierdo.

Quiero animación.

Grief barajó y le pasó las cartas para que cortara.

—Juguemos a mil —dijo Deacon tras perder la segunda partida.

Cuando perdió las mil libras, igual que había perdido las otras dos partidas de quinientas, propuso jugar por dos mil.

—Eso es progresión —advirtió McMurtrey y Deacon le lanzó una mirada feroz. Pero el encargado insistió—: No tienes que jugar en progresión, Grief, a menos que quieras hacer el idiota.

—¿Quién está jugando? —atacó Deacon a su anfitrión. Luego le dijo a Grief—: He perdido dos mil. ¿Quiere jugar por dos mil?

Grief asintió, dio comienzo la cuarta partida y Deacon ganó. La clara injusticia de semejante forma de apostar era evidente para todos. Aunque había perdido tres partidas de cuatro, Deacon no perdía dinero. Con la estratagema infantil de doblar su apuesta con cada pérdida, tenía la seguridad de quedarse en tablas de nuevo con el primer juego que ganara, por mucho que tardase.

Mostró un deseo tácito de parar, pero Grief le pasó la baraja para que cortara.

—¿Cómo? —alzó la voz Deacon—. ¿Aún quiere más?

—Es que no tengo nada —murmuró Grief con picardía mientras empezaba a repartir las cartas—. Supongo que jugamos por las quinientas libras de siempre, ¿no?

La vergüenza de lo que había hecho debió afectar ligeramente a Deacon, porque respondió:

—No, juraremos por mil. Y, oiga, a treinta y un puntos alarga mucho la partida. ¿Por qué no vamos a veintiuno? Si no le parece demasiado rápido.

—Así será una partidita ágil y agradable —convino Grief.

Se repitió la jugada: Deacon perdió dos partidas, dobló la apuesta y volvió a quedar a cero. Pero Grief tenía paciencia, aunque lo mismo ocurrió varias veces durante la hora siguiente de juego. Entonces pasó lo que él estaba esperando: una prolongación en la serie de partidas perdidas por Deacon, quien dobló a cuatro mil y

perdió, dobló a ocho mil y perdió y luego propuso doblar a dieciséis mil.

Grief negó con la cabeza.

—Ya sabe que no puede hacer eso. Solo tiene crédito por diez mil libras con la Compañía.

—¿Quiere decir que se acabó la animación? —preguntó Deacon con la voz ronca—. ¿Quiere decir que se va a rajar con ocho mil libras de mi dinero?

Grief sonrió y negó con la cabeza.

—Esto es un robo, un robo descarado —continuó Deacon—. Se queda con mi din ro y me deja sin animación.

—No, se equivoca. Estoy dispuesto a darle tanta animación como se merece. Aún le quedan dos mil libras de animación.

—Pues nos las jugaremos —aceptó Deacon—. Corte.

Jugaron en silencio, a excepción de los comentarios coléricos y las maldiciones de Deacon. Los curiosos llenaron sus vasos de whisky y los vaciaron a sorbitos. Grief no hizo caso de los exabruptos de su oponente y se concentró en el juego. Jugaba en serio y había cincuenta y dos cartas en la baraja a las que seguir el rastro, cosa que él hacía. Ya casi al final, antes de acabar las cartas, mostró su mano.

—Los puntos por tener más cartas me dan la victoria —dijo—. Y tengo veintisiete.

—Si se equivoca… —amenazó Deacon, pálido y demacrado.

—Entonces habré perdido. Cuéntelas.

Grief le pasó su montón de bazas y Deacon comprobó la cuenta con dedos temblorosos. Con un empujón apartó la silla de la mesa y vació su vaso. Luego miró a los rostros indolentes que lo rodeaban.

—Supongo que tomaré el próximo vapor que vaya a Sidney —dijo y por primera vez habló con calma y sin fanfarronadas.

Tal y como Grief les dijo luego: «Si se hubiese quejado o armado jaleo no le habría dado la última oportunidad. Pero apechugó sin rechistar, como un hombre, y tuve que hacerlo».

Deacon miró su reloj, simuló un bostezo de cansancio y empezó a levantarse de la silla.

—Espere —dijo Grief—. ¿Quiere más animación?

El otro se dejó caer de nuevo sobre la silla, intentó hablar pero no pudo, se lengua por los labios resecos y asintió con la cabeza.

—El capitán Donovan, aquí presente, zarpa al alba en el *Gunga* rumbo a Karo-Karo —empezó a decir Grief como si no fuese al caso—. Karo-Karo es un anillo de arena en el mar, con unos pocos miles de palmeras cocoteras. También crece el pandano, pero no se dan ni el taro ni las batatas. Hay unos ochocientos nativos, un rey y dos primeros ministros, y estos tres últimos son los únicos que llevan algo de ropa, es una especie de agujero olvidado de Dios y una vez al año envío hasta allí una goleta que zarpa de Goboto, el agua dulce es ligeramente salobre, pero Tom Butler ha sobrevivido doce años bebiéndola, es el único blanco que vive allí y la tripulación de su bote está compuesta por cinco nativos de Santa Cruz que huirían o lo matarían si pudiesen. Por eso los enviaron allí. No pueden huir. Siempre le mandan los casos más complicados de todas las plantaciones. No hay misioneros. Hace unos años, cuando dos maestros samoanos bajaron a tierra, los mataron a garrotazos.

»Naturalmente, se estará preguntando a qué viene todo esto. Pero tenga paciencia. Como le he dicho, el capitán Donovan zarpa mañana en su viaje anual a Karo-Karo. Tom Butler está mayor y empieza a perder facultades. He intentado retirarlo en Australia, pero dice que quiere quedarse y morir en Karo-Karo, algo que ocurrirá en el plazo de un año o poco más, es un vejete, con sus rarezas. Ha llegado el momento de que le envíe a un joven blanco que haga el trabajo por él. Me pregunto si a usted le gustaría aceptar ese empleo. Tendría que permanecer allí dos años.

»¡Alto! No he terminado. Esta noche ha dicho varias veces que quería animación. No hay animación en apostar y perder algo que no se ha ganado con el sudor de su frente. El dinero que ha perdido se lo dejó su padre o algún otro pariente, que sí sudó para reunirlo. Pero dos años de trabajo como tratante en Karo-Karo sería algo muy distinto. Apuesto las diez mil libras que le he ganado contra dos años de su tiempo. Si usted gana, el dinero es suyo. Si pierde, acepta el puesto de Karo-Karo y zarpa al alba. Eso sí que es animación de la buena. ¿Quiere jugar?

Deacon no pudo hablar. Tenía un nudo en la garganta y asintió con la cabeza al tiempo que cogía las cartas.

—Una cosa más —dijo Grief—. Aún puedo mejorar la apuesta. Si pierde, dos años de su tiempo serán míos, naturalmente sin sueldo. Sin embargo, le pagaré. Si su trabajo resulta satisfactorio, si

respeta todas las normas e instrucciones, le pagaré cinco mil libras al año por dos años. Depositaré el dinero en la Compañía para que se lo abonen, con intereses, cuando expire el plazo. ¿Le parece bien?

—Demasiado bien —tartamudeó Deacon—. Es injusto consigo mismo. Un tratante solo recibe entre diez o quince libras al mes.

—Pues considérelo parte de la animación —dijo Grief, descartando el asunto—. Y antes de empezar, anotaré algunas de las normas. Quiero que las repita en voz alta todas las mañanas durante los dos años, si pierde. Eso irá en beneficio de su alma. Cuando las haya repetido en voz alta setecientas treinta mañanas de Karo-Karo, estoy seguro de que se habrán grabado para siempre en su memoria. Préstame tu pluma, Mac. Bueno, veamos…

Escribió ininterrumpidamente durante unos minutos y luego procedió a leer lo redactado en voz alta:

> «Debo recordar siempre que un hombre es tan bueno como los demás, salvo cuando se cree mejor.
>
> Por muy bebido que esté, no debo dejar de ser un caballero. Un caballero es un hombre amable. Nota: sería mejor no emborracharse.
>
> Cuando participo en un juego de hombres y entre hombres, debo jugar como un hombre.
>
> Un buen juramento, bien usado y pocas veces, resulta eficaz. Maldecir en exceso perjudica el resultado. Nota: Un juramento no cambia una serie de cartas ni logra que sople el viento.
>
> Un hombre no tiene permiso para ser menos que un hombre. Diez mil libras no compran ese permiso».

Al principio de la lectura la cara de Deacon palideció de ira. Luego fue surgiendo, desde el cuello a la frente, un lento y profundo sonrojo que se acentuó más al final del texto.

—Bueno, eso es todo —dijo Grief al tiempo que doblaba el papel y lo lanzaba al centro de la mesa—. ¿Sigue dispuesto a jugar?

—Me lo merezco —murmuró Deacon entrecortadamente—. He sido un imbécil Señor Gee, antes de saber si gano o pierdo, quiero pedirle disculpas. Puede que haya sido el whisky, no lo sé, pero soy un imbécil, un canalla, un sinvergüenza, todo lo malo que se le

ocurra.

Le tendió la mano y el mestizo se la estrechó con una sonrisa.

—Oye, Grief —soltó—, es un buen chico. Haz como si nada de esto hubiera pasado y olvidémoslo todos tomándonos una última copa.

Grief hizo ademán de contestar, pero Deacon exclamó:

—No. No lo permitiré. No soy de los que abandonan. Si es Karo-Karo, pues Karo-Karo. Y no se hable más.

—Bien —dijo Grief mientras empezaba a barajar—. Si tiene lo que hace falta para ir a Karo-Karo, Karo-Karo no lo perjudicará.

Fue una partida reñida y dura. Tres veces se repartieron la baraja y nadie se llevó los puntos por cartas. Al principio del quinto y último reparto, Deacon necesitaba tres puntos para ganar y Grief también. Deacon solo ganaría llevándose los puntos por tener más cartas y en eso se concentró. Ya no murmuraba ni maldecía y jugó la mejor partida de toda la noche. De paso se llevó los dos ases negros y el de corazones.

—Supongo que sabe qué cartas tengo —comentó cuando acabaron de repartir la baraja y recogió su mano.

Grief asintió.

—Pues dígamelas.

—La jota de picas, el dos de picas, el tres de corazones y el as de diamantes —respondió Grief.

Los que estaban detrás de Deacon y veían sus cartas no hicieron gesto alguno. Pero la lista era correcta.

—Creo que juega al casino mejor que yo —reconoció Deacon—. Yo solo soy capaz de saber tres de sus cartas, una jota, un as y el gran casino.

—Se equivoca. No hay cinco ases en la baraja. Usted se ha llevado tres y tiene el cuarto en la mano ahora mismo.

—Caramba, tiene razón —admitió Deacon—. Yo me he llevado tres. De todos modos ganaré los puntos por cartas y no necesito más.

—Permitiré que se quede con el pequeño casino… —Grief hizo una pausa para calcular—. Sí, y también con el as, y aún así me llevaré los puntos por cartas y ganaré con el gran casino. Juegue.

—¡Nadie se lleva las cartas y yo gano! —exclamó Deacon al terminar la última mano—. Gano con el pequeño casino y los cuatro

ases. El gran casino y los puntos por tener más picas solo le dan veinte puntos.

Grief negó con la cabeza.

—Me temo que ha cometido un error.

—No —afirmó Deacon muy seguro—. He contado todas las cartas que me llevé. Lo he hecho correctamente. Yo tengo veintiséis y usted tiene veintiséis. Nadie gana los puntos por tener más cartas.

—Cuente de nuevo —dijo Grief.

Despacio, con cuidado y los dedos temblorosos, Deacon contó las cartas que se había llevado. Tenía veinticinco. Se estiró para llegar a la esquina de la mesa, cogió las normas que Grief había escrito, las dobló y se las guardó en el bolsillo. Luego vació el vaso de whisky y se puso en pie. El capitán Donovan miró su reloj, bostezó y también se levantó.

—¿Va a bordo, capitán? —preguntó Deacon.

—Sí —fue la respuesta—. ¿A qué hora envío el bote a buscarlo?

—Me voy ahora con usted. De paso recogeremos mi equipaje en la *Billy*. Pensaba zarpar en ella mañana, rumbo a Babo.

Deacon estrechó las manos de todos los presentes, quienes le desearon buena suerte en Karo-Karo.

—¿Tom Butler juega a las cartas? —le preguntó a Grief.

—Al solitario —fue la respuesta.

—Pues le enseñaré a jugar al solitario doble. —Deacon se volvió hacia la puerta, donde esperaba el capitán Donovan, y añadió con un suspiro—: Y supongo que también me despellejará, si juega como el resto de los hombres de las islas.

[1911]

Las perlas de Parlay

I

EL TIMONEL *KANAKA* movió la rueda del timón y la Malahini se deslizó en la dirección del viento y adrizó hasta nivelarse. Las velas delanteras se vaciaron, se oyó el golpeteo de los rizos y el rápido desplazamiento del aparejo de mano de la botavara, se escoró temporalmente y avanzó en la otra bordada. Aunque era temprano y el viento soplaba con fuerza, los cinco hombres blancos que holgazaneaban en la cubierta de alcázar iban poco tapados. David Grief y su invitado, Gregory Mulhall, inglés, aún estaban en pijama

y en los pies solo llevaban unas chinelas. El capitán y el segundo de a bordo usaban camisetas finas y pantalones de lona sin almidonar, mientras que el sobrecargo aún llevaba en la mano la camiseta que era reacio a ponerse. El sudor perlaba su frente y él parecía impulsar el pecho con avidez en dirección a un viento que no refrescaba.

—Qué bochorno, para lo fuerte que sopla —se quejó.

—Pues a mí me gustaría saber qué hace soplando de poniente —fue la contribución de Grief a las quejas de todos.

—No durará y no lleva mucho tiempo así —dijo Hermann, el segundo holandés—. El viento ha cambiado de dirección durante toda la noche: cinco minutos aquí, diez minutos allá, una hora en otra dirección…

—Algo se prepara, algo va a pasar —masculló el capitán Warfield al tiempo que extendía su poblada barba con los dedos de ambas manos, en un vano intento por refrescar su barbilla—. El tiempo lleva quince días como loco. Hace tres semanas que los alisios no soplan como es debido. Anda muy revuelto. Ayer, al anochecer, el barómetro oscilaba y sigue oscilando ahora, aunque los que saben de clima dicen que eso no significa nada. Pero a mí no me gusta verlo oscilar. Me pone nervioso. Oscilaba de esa forma cuando perdimos el *Lancaster*. Yo no era más que un aprendiz, pero me acuerdo muy bien. Era un barco de casco de acero y cuatro mástiles, totalmente nuevo en su primera travesía. Al viejo se le rompió el corazón. Llevaba cuarenta años en la Compañía. Se fue debilitando y murió al año siguiente.

A pesar del viento y de lo temprano que era, el calor resultaba sofocante. La brisa susurraba frescor, pero no aportaba ninguno. Podría provenir del Sáhara si no fuese por la extrema humedad que transmitía. No había niebla o ni bruma, ni rastro de niebla bruma, aunque lo borroso de la distancia causaba esa impresión. No había nubes definidas, pero el cielo estaba tan densamente cubierto por un manto nuboso tan caótico que el sol no lograba atravesarlo.

—¡Listos para virar! —ordenó el capitán Warfield en tono áspero y lento.

Los marineros *kanakas*, morenos y vestidos con taparrabos, se movieron lánguidamente pero sin perder tiempo hacia las escotas de las velas a proa y los aparejos de las botavaras.

—¡A orza todo!

El timonel manipuló las cabillas con fuerza y la *Malahini* se lanzó como una flecha contra el viento y viró.

—¡Rayos! ¡Qué maravilla! —comentó Mulhall—. No sabía que los comerciantes de la Polinesia navegasen en yates.

—En un principio fue una goleta de pesca de Gloucester —explicó Grief—, y las goletas de Gloucester son yates en lo referente a la estructura, aparejo y navegación.

—Pero está aproada para entrar, ¿por qué no entra? —criticó el inglés.

—Inténtelo, capitán Warfield —sugirió Grief—. Muéstrele lo que es entrar en una laguna con reflujo fuerte.

—¡De ceñida! —ordenó el capitán.

—¡De ceñida! —repitió el *kanaka* al tiempo que manejaba el timón.

La *Malahini* arremetió contra el estrecho paso que daba entrada a la laguna de un atolón grande y alargado, como un óvalo estrecho. El atolón estaba formado como si, durante su creación, tres atolones hubiesen colisionado, hundiéndose sin que los tabiques que los separaran llegasen a levantarse. Las palmeras crecían en algunos puntos del círculo de arena y había muchos huecos donde la arena quedaba tan al nivel del mar que no se daban ni las cocoteras, a través de los que podía verse la laguna protegida, donde el agua permanecía en calma, como si fuera un espejo. En la laguna irregular había muchos kilómetros cuadrados de agua y todos se abalanzaban en tropel para salir con el reflujo por el estrecho canal. Tanta era la salida de agua y tan estrecho el canal que el paso más parecía los rápidos de un río que la simple entrada con mareas de un atolón. El agua bullía, se arremolinaba, giraba y salía formando una espuma blanca de olas consistentes y dentadas. Cada empujón y golpe sobre las amuras propinado por las empinadas olas de la corriente apartaba a la *Malahini* del canal navegable y la impulsaba hacia el lateral del paso, casi encajonándola. Se había adentrado en parte, cuando su proximidad al borde del coral la obligó a virar. En la bordada opuesta, de través a las olas, fue arrastrada hacia el mar a la velocidad de la corriente.

—Ha llegado el momento de utilizar ese motor nuevo y tan caro en el que usted se empeñó —se burló Grief cordialmente.

Resultaba evidente que el tema del motor era un asunto delicado para el capitán Warfield. Había insistido mucho e importunado para lograrlo, hasta que Grief dio su consentimiento.

—Acabará por compensar —contesto el capitán—. Espere y vera. Es mejor que un seguro. Y ya sabe que las compañías no aseguran en las Paumotu.

Grief señaló una pequeña balandra que barloventeaba a popa de ellos, en el mismo rumbo.

—Apuesto una moneda de cinco francos a que la pequeña *Nuhiva* entra antes que nosotros.

—Claro que sí —estuvo de acuerdo el capitán Warfield—. Va propulsada en exceso a su lado, somos como un transatlántico y solo tenemos cuarenta caballos de potencia Ella tiene diez, pero es tan pequeña que rasa el agua. Nosotros podríamos cruzar las espumas del infierno deslizándonos, pero no podemos superar esta corriente. Ahora alcanzamos diez nudos.

Y a diez nudos, zarandeada y a sacudidas, la *Malahini* salió a mar abierto con la marea.

—Aflojará en media hora y entonces podremos entrar —dijo el capitán Warfield, en un tono irritado que explicaron sus siguientes palabras—: No tiene derecho a llamarlo Parlay. Este atolón aparece en las cartas del almirantazgo, y también en las francesas, con el nombre de Hikihoho. Lo descubrió Bougainville y lo llamó como lo llamaban los nativos.

—¿Qué más da el nombre? —preguntó el sobrecargo, aprovechando que hablaba para detener la operación de ponerse la camiseta—. Ahí está, delante de nuestras narices, y el viejo Parlay también está ahí, con las perlas.

—¿Quién ha visto las perlas? —inquirió Hermann, mirándolos de uno en uno.

—Todo el mundo sabe de ellas —respondió el sobrecargo y se volvió hacia el timonel—: Tai-Hotauri, ¿qué sabes de las perlas de Parlay?

El *kanaka*, contento y cohibido, se decidió a hablar.

—Mi hermano buceó para Parlay tres o cuatro meses y habló mucho de las perlas. Hikihoho es muy buen sitio para perlas.

—Y los compradores de perlas nunca consiguieron que les vendiese ni una —intervino el capitán.

—Dicen que llevaba un sombrero lleno de ellas para Armande cuando zarpó hacia Tahití —continuó el sobrecargo—. Eso fue hace quince años y desde entonces no ha hecho más que seguir acumulándolas. También guarda las conchas. Todo el mundo las ha visto, cientos de toneladas. Dicen que en la laguna ya no quedan más, las ha pescado todas. Tal vez por eso ha anunciado la subasta.

—Si de verdad las vende, esta será la producción anual más grande de las Paumotu —dijo Grief.

—Bueno, vamos a ver —estalló Mulhall, agobiado por el calor húmedo tanto como los otros—. ¿Qué es todo esto? ¿Quién es ese viejo raquero? ¿Qué perlas son esas? ¿Por qué tanto secreto?

—Hikihoho pertenece al viejo Parlay —contestó el sobrecargo—. Tiene una fortuna en perlas que fue ahorrando a lo largo de muchos años y hace varias semanas que mandó aviso de que iba a subastarlas mañana. ¿Ve los mástiles de todas esas goletas que sobresalen en el interior de la laguna?

—Yo veo ocho —dijo Hermann.

—¿Qué hacen en un atolón tan insignificante como este? —continuó el sobrecargo—. No produce ni una carga de copra para una sola goleta en todo el año. Vienen a la subasta. Por eso están aquí. Por eso la pequeña *Nuhiva* traquetea a popa, aunque no tengo ni idea de lo que podrá comprar. Narii Herring, un mestizo judío inglés, es su propietario y capitán, y solo posee cara dura, deudas y facturas de whisky. Para eso es un genio. Debe tanto que no hay ni un solo comerciante de Papeete que no esté interesado en su bienestar. Hacen lo que sea por proporcionarle trabajo. No les queda otra y Narii sale beneficiado. Yo no tengo deudas. ¿De qué me sirve? Si me diese un ataque en la playa, me dejarían morir allí. No perderían nada. Pero Narii Herring, ¿qué harían si él sufriese un ataque? Todo les parecería poco. Les debe demasiado dinero para dejarlo morir. Se lo llevarían a sus casas y lo cuidarían como a un hermano. Le aseguro que ser honrado en los pagos no es tan bueno como lo pintan.

—¿Qué tiene que ver con esto ese tal Narii? —preguntó el inglés, de mal genio. Luego se dirigió a Grief y dijo—: ¿Qué es este asunto de las perlas? Empiece por el principio.

—Tendrán que ayudarme —advirtió Grief a los demás antes de empezar—. El viejo Parlay es todo un personaje. Por lo que he visto,

creo que está ligeramente loco. De todos modos, esta es la historia. Parlay es francés. En una ocasión me dijo que procedía de París. Su acento es parisino. Llegó aquí en los viejos tiempos. Se dedicó a comerciar y todo lo demás. Así acabó en Hikihoho. Vino a comerciar cuando en el comercio no había trampa ni cartón. En la isla vivían alrededor de cien tristes paumotuanos. Se casó con la reina, a la moda nativa. Cuando ella murió, él se quedó con todo. Llegó el sarampión y no hubo más de una docena de supervivientes. Él los alimentó, los puso a trabajar y ejerció de rey. Antes de morir, la reina dio a luz a una niña. Esa es Armande. Cuando cumplió tres años la envió a un convento de Papeete. A los siete u ocho, la mandó a Francia. Ya empieza a entrever la situación. El mejor convento de Francia, es más aristocrático, no era lo bastante bueno para la única hija del rey de una isla paumotuana que además era capitalista, y ya sabe que el país francés no pone límites al color. Fue educada como una princesa y ella se tenía por tal. Además, creía que era blanca y nunca soñó que alguien pudiese vetarla.

»Y ahora viene la tragedia. El viejo siempre había sido un poco excéntrico e imprevisible y fue el déspota de Hikihoho durante tanto tiempo que se le metió en la cabeza que al rey no podía pasarle nada malo, tampoco a la princesa. Cuando Armande cumplió dieciocho años, le pidió que regresara. Tenía dinero a montones, estaba forrado, como dirían algunos. Había construido la casa grande de Hikihoho y un bungaló estupendo en Papeete. Armande llegaba en el barco correo de Nueva Zelanda y el padre zarpó en su goleta para reunirse con ella en Papeete. Habría salido airoso de la situación, a pesar de los cotillas e idiotas de Papeete, si no hubiese sido por el huracán. Ese fue el año en que Manu-Huhi desapareció del mapa y se ahogaron mil cien personas, ¿no?

Los otros asintieron y el capitán Warfield dijo:

—Yo iba a bordo de la *Magpie*, y los marineros, el cocinero, la *Magpie* y todo lo demás acabamos empujados cuatrocientos metros al interior del palmeral situado en el promontorio de la bahía de Taiohae, y eso que se supone que es un puerto a prueba de huracanes.

—Pues —continuó Grief— Parlay se vio atrapado en medio del mismo huracán y llegó a Papeete con tres semanas de retraso y su sombrero lleno de perlas. Había tenido que levantar su goleta y

construir medio kilómetro de rampas para poder echarla de nuevo al mar.

»Y durante todo ese tiempo, Armande esperó en Papeete. Nadie fue a visitarla. Según la costumbre francesa, ella realizó las visitas de presentación al gobernador y al médico del puerto. Ambos la vieron, pero ninguna de sus mujeres se encontraba en casa para recibirla y no le devolvieron la visita. No tenía casta, aunque nunca se le había ocurrido soñarlo, pero ellos le dieron la noticia de esa forma tan amable. En el crucero francés había un teniente joven y apuesto. Se enamoró de ella, aunque no perdió la cabeza. Imaginará, supongo, la conmoción que debió sufrir aquella mujer joven, refinada, hermosa, criada como una aristócrata, con todos los lujos que la vieja Francia y el dinero pueden proporcionar. E imaginará el final. —Se encogió de hombros—. En el bungaló había un criado japonés. Él fue testigo. Dijo que Armande lo hizo con el valor de un samurái. Cogió un estilete, sin prisas, sin arremetidas, sin loco afán de aniquilación… cogió el estilete, situó la punta cuidadosamente sobre el corazón y, con ambas manos, despacio pero sin detenerse, presionó hasta hundirlo.

»Parlay llegó después de eso, con sus perlas. Dicen que solo una de ellas valía sesenta mil francos. Peter Gee la vio y me ha contado que él ofreció esa cantidad. El nejo se volvió loco. Lo tuvieron con la camisa de fuerza puesta durante dos días en el club colonial.

—El tío de su mujer, un anciano paumotuano, cortó las ataduras de la camisa y lo liberó —corroboró el sobrecargo.

—Entonces Parlay procedió a rematar la situación —continuó Grief—. Le metió tres balas al sinvergüenza del teniente.

—Que pasó tres meses en la enfermería —contribuyó el capitán Warfield.

—Arrojó una copa de vino a la cara del gobernador; se enfrentó en un duelo con el médico del puerto; maltrató a sus criados nativos; destrozó el hospital; le rompió dos costillas y la clavícula a un enfermero y escapó; se dirigió a su goleta con un arma en cada mano, retando al jefe de Policía y a todos los gendarmes a que lo arrestasen, y zarpó rumbo a Hikihoho. Dicen que no ha vuelto a abandonar la isla.

El sobrecargo asintió.

—Eso fue hace quince años y nunca se ha movido de allí.

—Pero ha seguido acumulando perlas —dijo el capitán—. Es un verdadero loco. Me pone la piel de gallina. Es todo un finlandés.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mulhall.

—Que maneja el tiempo atmosférico, le da órdenes. En cualquier caso, eso es lo que creen los nativos. Pregúnteselo a Tai-Hotauri. Eh, Tai-Hotauri, ¿qué crees que hace Parlay con el clima?

—Lo mismo que un gran demonio del tiempo —se oyó la respuesta del *kanaka*— Yo lo sé. Si quiere que el viento sople fuerte, lo hace soplar fuerte. Si no quiere viento el viento no viene.

—Un hechicero en toda regla —dijo Mulhall.

—Esas perlas no dan suerte —soltó Tai-Hotauri, moviendo la cabeza de forma inquietante—. Dice que vende. Vienen muchas goletas. Luego crea un gran huracán y todos acabados, ya lo verán. Todos los nativos lo dicen.

—Estamos en temporada de huracanes —se rio malhumorado el capitán Warfield—. No van muy desencaminados. Ahora mismo se está armando algo y yo me sentiría mejor si la *Malahini* se encontrase a mil millas náuticas de aquí.

—Está un poco loco —concluyó Grief—. Yo he intentado entender su punto de vista. Es… bueno, es contradictorio. Durante dieciocho años se centró en Armande. La mitad del tiempo cree que aún está viva, que no ha vuelto de Francia. Ese es uno de los motivos por los que ha conservado las perlas. Pero siempre odia a los hombres blancos. No olvida que la mataron, a pesar de que buena parte del tiempo olvida que está muerta. ¡Caramba! ¿Dónde está el viento?

Las velas colgaban vacías sobre sus cabezas y el capitán Warfield soltó un gruñido de disgusto. Hasta entonces, el calor había resultado intolerable, pero en ausencia del viento era asfixiante. El sudor empapó los rostros de todos y, uno a uno, inspiraron profundamente, en un intento involuntario por retener más aire.

—Ahí viene otra vez, ¡la dirección del viento varía ocho puntos! ¡Cambiad los aparejos de las botavaras! ¡Rápido!

Los *kanakas* corrieron a cumplir las órdenes del capitán y durante cinco minutos la goleta se adentró en el paso e incluso ganó terreno a la corriente. Pero el viento dejó de soplar y luego lo hizo desde la dirección anterior, obligando a cambiar de nuevo escotas y aparejos.

—Ahí viene la *Nuhiva* —dijo Grief—. Va a motor. Miren como vuela.

—¿Preparado? —preguntó el capitán al maquinista, un mestizo portugués cuya cabeza y hombros sobresalían de la pequeña escotilla a proa de la cabina y que se limpió el sudor del rostro con un trapo grasiento.

—Sí —contestó.

—Pues, adelante.

El maquinista desapareció en el interior de su guarida y un momento después el silenciador de escape renqueó y resopló en el costado. Pero la goleta no conservó su ventaja. La pequeña balandra avanzaba un metro por cada medio de la *Malahini* y enseguida se puso a su lado y la adelantó. En cubierta solo había nativos y el hombre al timón agitó la mano a modo de burlón saludo y despedida.

—Ese es Narii Herring —le dijo Grief a Mulhall—. El timonel grandullón, el bellaco con más cara y menos conciencia de las Paumotu.

Cinco minutos después, los gritos de alegría de sus propios *kanakas* obligaron a todos a mirar hacia la *Nuhiva*. Se le había parado el motor y empezaban a adelantarla. Los marineros de la *Malahini* subieron a las jarcias y se burlaron al pasar. La balandra escoró, empujada por el viento, entre las olas, y retrocedió, vencida por la marea.

—Buen motor el nuestro —dio su aprobación Grief al ver que la laguna se abría ante ellos y cambiaban el rumbo para cruzarla y dirigirse al punto de fondeo.

El capitán Warfield estaba claramente encantado, aunque se limitó a gruñir:

—Acabará por compensar, no tema.

La *Malahini* se adentró entre la flotilla hasta encontrar un sitio donde echar el ancla con espacio para el borneo.

—Ahí está Isaacs, a bordo de la *Dolly* —comentó Grief, al tiempo que saludaba con la mano—. Y Peter Gee, en la *Roberta*. Nadie podría evitar que acudiese a una venta de perlas como esta. Y allá, Francini, en la *Cactus*. Están todos los compradores. Parlay conseguirá un buen precio.

—Aún no han reparado el motor —se regodeó el capitán Warfield.

Miraba al otro extremo de la laguna, donde las velas de la *Nuhiva* asomaban entre las pocas palmeras cocoteras.

II

La casa de Parlay era un gran edificio de dos plantas, construida con madera de California y techo de hierro galvanizado. Resultaba tan desproporcionada en comparación con el estrecho anillo del atolón que asomaba sobre la barra de arena como una excrecencia monstruosa. Los de la *Malahini* realizaron su visita de cortesía a tierra en cuanto fondearon. En el enorme salón había otros capitanes y compradores, quienes examinaban las perlas que se subastarían al día siguiente. Los criados paumotuanos nativos de Hikihoho y parientes del propietario, repartían whisky y absenta. Y entre el grupo de curiosos se movía el propio Parlay, carcajeándose y burlándose, despojo debilitado hombre alto y fuerte que había sido. Los ojos hundidos y febriles, las mejillas huecas cavernosas. Tenía calvas en el pelo, como si se le hubiese caído a mechones, y el mostacho y la barba se veían descompensados de la misma forma.

—¡Caramba! —comentó Mulhall en voz baja—. Es todo un Napoleón III de piernas largas, pero acabado, arruinado y decaído. ¡Y sarnoso! No me extraña que incline la cabeza siempre hacia un lado. Tiene que mantener el equilibrio.

—Va a soplar un huracán —saludó el anciano a Grief—. Debes dar mucha importancia a las perlas, si vienes en un día como este.

—Valen lo bastante como para ir a buscarlas al infierno —se rio Grief amablemente mientras observaba la superficie de la mesa en la que se exponían.

—Otros hombres ya han ido hasta allí en busca de ellas —se carcajeó Parlay— ¡Mira esa! —dijo, señalando una perla grande y perfecta, del tamaño de una nuez pequeña que se encontraba aparte, sobre un pedazo de gamuza—. En Tahití me ofrecieron sesenta mil francos por ella. Mañana pujarán tanto o más, si no se los lleva antes el viento. Esa perla la encontró mi primo, mi primo político. Era nativo. Además, era un ladrón. La escondió y era mía.

Su primo, que también era mi primo porque aquí todos somos familia, lo mató por la perla y huyó en una balandra a Noo-Nau. Lo perseguí, pero el jefe de Noo-Nau lo mató antes de que yo llegara, para quedarse con la perla. Oh, sí, en esa mesa hay muchos muertos representados. Tómese una copa, capitán. Su cara no me resulta familiar. ¿Hace poco que llegó a las islas?

—Es el capitán Robinson, de la Roberta —dijo Grief, presentándolos.

Mientras, Mulhall había estrechado la mano de Peter Gee.

—Nunca creí que habría tantas perlas en el mundo —dijo Mulhall.

—Ni yo había visto tantas juntas a la vez —admitió Peter Gee.

—¿Cuánto pueden valer?

—Cincuenta o sesenta mil libras. Y eso para nosotros, los compradores. En París… —Se encogió de hombros y alzó las cejas, incapaz de expresar una cifra.

Mulhall se limpió el sudor de la frente. Todos sudaban con profusión y les costaba respirar. En las bebidas que les servían no había hielo y tanto el whisky como la absenta estaban tibios.

—Sí, sí —graznaba Parlay—. Muchos muertos yacen sobre esa mesa. Conozco bien estas perlas, todas ellas. ¡Esas tres de ahí! Son perfectamente iguales, ¿verdad? Me las consiguió un buceador de la Isla de Pascua en el plazo de una semana. La semana siguiente lo atrapó un tiburón; le arrancó un brazo y la septicemia hizo el resto. Y esa barroca grande que no es gran cosa, tendré suerte si mañana me ofrecen veinte francos por ella. Pues esa la encontraron a veintidós brazas de profundidad. El hombre era de Rarotonga. Batió todos los récords de descenso. Bajó a veintidós brazas. Yo lo vi. Y se destrozó los pulmones, la enfermedad de los buzos, porque murió en dos horas. Murió gritando. Se le oía a kilómetros de distancia. Era el nativo más fuerte que he visto nunca. Media docena de mis buzos han muerto de lo mismo. Y morirán más hombres, morirán más hombres.

—Oh, déjate de historias, Parlay —intervino uno de los capitanes—. No va a haber huracán.

—Si tuviese fuerzas, no tardaría nada en izar el ancla y salir zumbando —respondió el anciano con ese falsete de la edad—. Si tuviese fuerzas y aún fuese capaz de apreciar el vino. Pero vosotros

no. Todos os quedaréis. Si supiera que me ibais a hacer caso, no os aconsejaría que os quedarais. Es imposible apartar a los buitres de la carroña. Tomaos otra copa, mis valientes marinos. Vaya, vaya, a lo que se expone el hombre por unas pocas lágrimas de ostra. ¡Ahí las tenéis! ¡Son una maravilla! La subasta es mañana a las diez en punto. El viejo Parlay vende y los buitres se reúnen. El viejo Parlay, que fue más fuerte que cualquiera de ellos y que verá morir a la mayor parte.

—¡Es un vil animal! —susurró el sobrecargo de la *Malahini* a Peter Gee.

—¿Y qué más da que sople un huracán? —dijo el capitán de la *Dolly*—. Hikihoho nunca ha sido barrida del mapa.

—Más motivos para que lo sea —respondió el capitán Warfield —. Yo no me fiaría.

—¿Quién se anda ahora con historias? —criticó Grief.

—No me gustaría perder ese motor nuevo antes de que le saquemos partido —contestó, pesimista, el capitán Warfield.

Parlay cruzó la abarrotada habitación con una agilidad pasmosa hasta el barómetro que colgaba en una de las paredes.

—¡Mirad, mis valientes marinos! —exclamó con gran júbilo.

El hombre que se hallaba más cerca leyó lo que indicaba. El efecto de lo que vio se reflejó claramente en su rostro.

—Ha bajado diez —se limitó a decir, pero bastó para que la preocupación se apoderase del resto y diese la impresión de que todos deseaban salir de allí.

—¡Escuchad! —ordenó Parlay.

En medio del silencio, la rompiente exterior se oyó excepcionalmente fuerte, seguida de un bramido sordo.

—Empieza a levantarse un fuerte oleaje —dijo alguien y todos se desplazaron hacia las ventanas.

A través de las pocas palmeras, miraron en dirección al mar. Una sucesión ordena da de olas enormes y homogéneas batía sobre la orilla de coral. Durante unos minutos observaron el singular espectáculo mientras hablaban en voz baja y, en esos pocos minutos, quedó claro que el tamaño de las olas iba en aumento. Semejante oleaje resultaba inexplicable en calma chicha y todos, inconscientemente, bajaron aún más el tono de las voces. El repentino parloteo del viejo Parlay los sorprendió.

—Aún hay tiempo de salir al mar, valientes caballeros. Podéis cruzar la laguna remolcando las goletas con los botes.

—No hay problema, anciano —dijo Darling, el segundo de la *Cactus*, un joven robusto de veinticinco años—. Sopla hacia el sur y pasará de largo. Ni nos rozará.

La sensación de alivio se apoderó de los presentes, que empezaron a charlar en un tono más elevado. Algunos de los compradores incluso volvieron a acercarse a la mesa para continuar examinando las perlas.

La voz estridente de Parlay se alzó por encima de las demás.

—Muy bien —los animó—. Aunque se acabase el mundo, vosotros seguiríais comprando.

—Mañana compraremos estas perlas —aseguró Isaacs.

—Pues las compraréis en el infierno.

El coro de carcajadas incrédulas enfureció al anciano, quien se dirigió a Darling.

—¿Desde cuándo los críos como tú saben de tormentas? ¿Y quién es el hombre que ha dibujado el rumbo de los huracanas en las Paumotu? ¿En qué libro lo encontrarás? Yo navegué por las Paumotu antes de que a los mayores de vosotros os saliese la barba. Yo lo sé. Hacia el este, la trayectoria de los huracanes describe un círculo tan amplio que acaba en línea recta. Al oeste describen una curva cerrada. Piensa en las cartas de navegación. ¿Cómo es que el huracán del 91 barrió del mapa Auri y Hiolau? ¡La curva, mi valiente jovencito, la curva! En una hora o dos, tres como máximo, llegará el viento. ¡Escucha!

Todos oyeron el enorme estruendo del golpe que sacudió los cimientos de coral del atolón. La casa se estremeció. Los criados nativos, con las botellas de whisky y absenta en las manos, retrocedieron y se agruparon como si buscasen protección para mirar por la ventana el poder de arrastre de la ola, que corrió por la playa hasta llegar a un cobertizo para la copra.

Parlay miró el barómetro, soltó una carcajada y dedicó una mirada maliciosa a sus invitados. El capitán Warfield se acercó para ver.

—29.75 —leyó—. Ha bajado cinco más. ¡Por Dios! El condenado viejo tiene razón. Viene un huracán y yo, al menos, me voy a bordo.

—Está oscureciendo —medio susurró Isaacs.

—¡Caramba! Es como una obra de teatro —le dijo Mulhall a Grief, mientras consultaba su reloj—. Son las diez de la mañana y parece que anochece. Para la tragedia, se apagan las luces. ¡Falta la música lenta!

Como respuesta, otro golpe estruendoso sacudió el atolón y la casa. Casi presa del pánico el grupo entero se dirigió a la puerta. La tenue luz volvía cadavéricos sus rostros sudorosos. Isaacs jadeaba como un asmático en medio de aquel calor sofocante.

—¿A qué viene tanta prisa? —se burló Parlay, persiguiendo a los invitados que se marchaban—. Tomad una última copa, valientes caballeros.

Nadie le hizo caso. Cuando ya se encontraban en el sendero bordeado de conchas que llevaba a la playa, sacó la cabeza por la puerta y les gritó:

—No lo olvidéis, caballeros, mañana a las diez el viejo Parlay vende sus perlas.

III

EN LA PLAYA TENÍA LUGAR una curiosa escena. Los hombres se subían a un bote tras otro y zarpaban de inmediato. La oscuridad era cada vez mayor. El aire continuaba en calma, estancado, y la arena temblaba bajo sus pies a cada arremetida del mar contra la orilla exterior. Narii Herring paseaba tranquilo por la arena. Sonreía ante la evidente prisa de los capitanes y compradores de perlas. Lo acompañaban tres de sus *kanakas* y Tai-Hotauri.

—Sube al bote y coge un remo —ordenó el capitán Warfield a este último.

Tai-Hotauri se acercó con aire desenfadado mientras Narii Herring y sus tres *kanakas* se detenían para observar a diez metros de distancia.

—Ya no trabajo para usted, capitán —dijo Tai-Hotauri en voz alta e insolente. Pero su rostro contradijo sus palabras, porque guiñó un ojo—. Despídame, capitán —susurró en voz baja y volvió a guiñar el ojo.

El capitán Warfield le siguió la corriente y se dispuso a representar su papel. Alzó el puño y la voz.

—Súbete a ese bote —vociferó—. O te arreo una paliza de campeonato.

El *kanaka* retrocedió con gesto hostil y Grief se interpuso para calmar a su capitán.

—Voy a trabajar en la *Nuhiva* —dijo Tai-Hotauri, mientras se alejaba para reunirse con el otro grupo.

—¡Vuelve aquí! —amenazó el capitán.

—Es un hombre libre, capitán —gritó Narii Herring—. Ya ha navegado antes conmigo y va a volver a hacerlo, eso es todo.

—Vamos, tenemos que subir a bordo —intervino Grief—. Mire lo oscuro que se está poniendo.

El capitán Warfield cedió, pero mientras el bote se alejaba se puso de pie en la tilla de popa y amenazó con el puño en dirección a la orilla.

—Ya arreglaremos cuentas, Narii —gritó—. Eres el único capitán que roba 10 marineros de los demás. —Se sentó y en voz baja se preguntó—: ¿Qué es lo que trama Tai-Hotauri? Trama algo, pero ¿qué?

IV

CUANDO EL BOTE SE DETUVO al costado de la *Malahini*, el rostro ansioso de Hermann los recibió por encima de la barandilla.

—El barómetro ha tocado fondo —anunció—. Llega el huracán. He revisado el ancla de estribor.

—Revise también la grande —ordenó el capitán Warfield, tomando el mando—. Y que alguien ice este bote. Deposítenlo en cubierta y trínquenlo dado la vuelta.

Los hombres se afanaban en las cubiertas de todas las goletas. Se oía el sonido metálico de muchas cadenas al ser ajustadas y una embarcación tras otra virar sobre la cadena y largar la segunda ancla. Como la *Malahini*, quienes tenían una tercera ancla se preparaban para dejarla caer cuando el viento indicase por qué aleta iba a soplar.

El bramido de la rompiente exterior no dejaba de aumentar, aunque la laguna permanecía en una calma absoluta. No había señales de vida en el punto donde la enorme casa de Parlay se

alzaba sobre la arena. Los cobertizos para la copra, los botes y aquellos en los que se almacenaban las conchas estaban desiertos.

—Si por mí fuera, izaba las anclas y me largaba —dijo Grief—. Lo haría de todos modos si estuviésemos en mar abierto. Pero las cadenas de atolones al norte y al este nos tienen encajonados. Tenemos más oportunidades aquí. ¿Qué opina usted, capitán Warfield?

—Estoy de acuerdo, aunque una laguna no es una balsa de aceite para capear el temporal. Me pregunto desde dónde empezará a soplar. ¡Vaya! Ahí va uno de los cobertizos para la copra de Parlay.

Vieron el cobertizo de techo de paja alzarse en el aire y luego hundirse, mientras la espuma superaba la zona más alta de arena y corría hacia el interior de la laguna.

—¡Lo ha atravesado! —exclamó Mulhall— No está mal para empezar. Ahí viene otra.

La segunda ola lanzó hacia arriba lo que quedaba del cobertizo y lo dejó sobre la parte más alta de la arena. La tercera lo hizo pedazos, que descendieron la cuesta hacia la laguna.

—Si empezara a soplar el viento, algo refrescaría —gruñó Hermann—. Ya no puedo respirar. Hace un calor insoportable. Es como estar en un horno.

Abrió un coco bebible con su pesado cuchillo de monte y vació su contenido. Los demás siguieron su ejemplo, aunque hicieron una pausa para ver cómo uno de los almacenes de conchas de Parlay quedaba hecho añicos. El barómetro registraba 29.50.

—Debemos estar muy cerca del centro de la zona de baja presión —comentó Grief alegremente—. Nunca he estado en el ojo de un huracán. También será toda una experiencia para usted, Mulhall. Por la velocidad a la que ha bajado el barómetro, va a ser de los buenos.

El capitán Warfield gruñó y todos lo miraron. Observaba hacia el sureste con los prismáticos, a lo largo de la laguna.

—Ahí viene —dijo con calma.

No necesitaban prismáticos para verlo. Una fina película, extrañamente marcada, se acercaba volando y parecía cubrir la superficie de la laguna. A su misma altura, a lo largo del atolón y viajando a igual velocidad, las palmeras se iban doblando y sus

hojas parecían volar. El frente del viento en el agua era una franja sólida y perfectamente definida de agua oscura. Por delante de esa, como avanzadilla, soplaban algunas ráfagas de viento. Por detrás, abarcando alrededor de cuatrocientos metros, había otra franja de lo que parecía una calma cristalina. A continuación, otra de viento, por detrás de la cual la laguna era un espacio blanco que bullía.

—¿Qué es esa franja de calma? —preguntó Mulhall.

—Calma —respondió Warfield.

—Pero avanza a la velocidad del viento —objetó el otro.

—Necesariamente o se vería adelantada y ya no habría calma. Tiene dos cabezas. Una vez vi una tormenta de ese tipo cerca de Savaii. Una tormenta doble en toda regla. ¡Pum! Nos golpeó, luego llegó la calma y volvió a golpearnos por segunda vez. ¡Agárrese bien y espere! Ya la tenemos encima. ¡Mire la *Roberta*!

La *Roberta*, la más próxima al viento, con las cadenas flojas, se vio empujada de costado como una brizna de hierba. Luego las cadenas la hicieron volver a su sitio, de proa al viento, con un violento latigazo. Goleta tras goleta, *Malahini* incluida, se vieron arrastradas por las primeras ráfagas hasta sentir el tirón de las cadenas. Mulhall y algunos *kanakas* perdieron el equilibrio cuando la *Malahini* sufrió la sacudida de sus anclas.

Después ya no hubo viento. Los había alcanzado la franja de calma. Grief encendió una cerilla y la llama desprotegida ardió sin parpadear en el sosiego del aire. La luz era muy tenue, como la del anochecer. El cielo, a pesar de que llevaba horas cubriéndose, ahora parecía haber descendido sobre el mar.

Las cadenas de la *Roberta* se tensaron cuando el segundo frente del huracán golpeó a todas las goletas en rápida sucesión. El mar, de un blanco furioso, bullía de olas diminutas y chisporroteantes. La cubierta de la *Malahini* vibraba bajo los pies de los hombres. Las drizas estaban tan tensas que batían contra los mástiles y las jarcias, como si tas golpeara una mano poderosa, producían un sonido vibrante e impetuoso. Resultaba imposible permanecer de cara al viento y respirar. Mulhall, encogido junto a los demás tras la protección de la cabina, lo descubrió cuando sus pulmones, en un instante, se llenaron con un volumen de aire tan grande que no pudo expulsar y estuvo a punto de ahogarse antes de conseguir apartar la cabeza.

—Es increíble —jadeó, pero nadie lo oyó.

Hermann y varios *kanakas* avanzaban hacia proa a gatas para soltar la tercera ancla. Grief tocó al capitán Warfield y señaló a la *Roberta*. Garreaba hacia ellos. Warfield acercó la boca al oído de Grief y gritó:

—¡Nosotros también garreamos!

Grief corrió al timón y lo puso todo a la banda, logrando que la *Malahini* virase babor. La tercera ancla se agarró y la *Roberta* pasó junto a ellos, con la popa por delante, a una docena de metros. Saludaron con las manos a Peter Gee y al capitán Robinson, quien, ayudado por varios marineros, trabajaba a proa.

—¡Está desmontando los grilletes! —gritó Grief—. ¡Se va a arriesgar a salir por el paso! ¡Tiene que hacerlo! ¡El ancla se desliza!

—¡Nosotros aguantamos! —fue el grito de respuesta—. ¡La *Cactus* se lleva a la Misi por delante! ¡Allá van las dos!

La *Misi* aguantaba, pero el empuje añadido de la Cactus fue demasiado para ella y ambas goletas, enredadas, se alejaron cruzando el agua blanca en ebullición. A bordo los hombres luchaban por separarlas. La *Roberta*, libre de anclas, con un pedazo de lona impermeable a proa, se dirigía hacia el paso, situado en el extremo noroeste de la laguna. La vieron cruzarlo y salir a mar abierto. Pero la *Misi* y la *Cactus*, incapaces de librarse la una de la otra, se internaron en la playa del atolón, a ochocientos metros del paso.

El viento no dejaba de aumentar su fuerza. Enfrentarse a sus ráfagas exigía toda la energía de un hombre y varios minutos de arrastrarse por cubierta contra el viento dejaba exhausto a cualquiera. Hermann, con sus *kanakas*, trabajaba sin descanso, trincando, haciendo firme, poniendo más jarcias en las velas. El viento rasgaba y arrancábalas finas camisetas que llevaban puestas. Se movían despacio, como si sus cuerpos pesaran toneladas, sin soltar una mano hasta haber asegurado la otra. Los extremos sueltos de los cabos sobresalían en horizontal y, cuando alguno cedía, la parte que se liberaba se rompía y salía volando.

Mulhall tocó a uno y luego al otro y señaló hacia la orilla. Los cobertizos habían desaparecido y la casa de Parlay se tambaleaba igual que un borracho. Como el viento soplaba a lo largo del atolón,

la casa quedaba protegida por los kilómetros de palmeras. Pero las enormes olas, que rompían desde el exterior y cruzaban la playa, la estaban socavando y sus golpes la hacían pedazos. Ya se inclinaba, a punto de bajar por la pendiente de arena y su fin era inminente. Aquí y allá, la gente se había amarrado a las palmeras. Los árboles no se balanceaban ni se movían de un lado a otro. Rígidamente doblados por la fuerza del viento, permanecían en esa posición y vibraban monstruosamente. Abajo, en la arena, se encrespaba la espuma blanca de las rompientes.

Además, un fuerte oleaje ocupaba el ancho de la laguna. Tenía espacio de sobra para armarla buena en la franja de diez millas náuticas que se extendía desde la orilla de barlovento del atolón, y todas las goletas corcoveaban primero y luego se zambullían en su interior. La *Malahini* había empezado a hundir su proa y cubierta de castillo en las olas más grandes y a veces incluso su combés se llenaba de agua hasta la barandilla.

—¡Ha llegado el momento de usar el motor! —vociferó Grief, y el capitán Warfield gateó hasta el maquinista y le gritó las órdenes.

Con el motor a toda marcha, la *Malahini* se portó mejor. Aunque las olas continuaban pasando por encima de su proa, las anclas no tiraban de ella con tanta fuerza. Por otro lado, no conseguía aflojar las cadenas. Lo máximo que sus cuarenta caballos de potencia lograban era aliviar un poco la tensión.

Y el viento continuaba aumentando. La pequeña *Nuhiva*, al costado de la *Malahini* y más cerca de la playa, con el motor aún sin reparar y su capitán en tierra, lo estaba pasando mal. Se hundía tanto en el agua y con tanta frecuencia que en cada ocasión se preguntaban si conseguiría salir a flote. A las tres de la tarde, enterrada bajo una segunda ola antes de librarse de la anterior, ya no salió a la superficie.

Mulhall miró a Grief.

—Han cedido las escotillas —fue su respuesta a gritos.

El capitán Warfield señaló a la *Winifred*, una pequeña goleta que se zambullía una y otra vez, un poco más alejada de ellos, y gritó al oído de Grief. Su voz llegó fragmentada en palabras poco claras, con intervalos de silencio cuando el bramido del viento se las llevaba rápidamente.

—Cascarón deteriorado… Anclas aguantan… Pero cómo no se

pierde… vieja como el arca…

Una hora después, Hermann la señaló. Las bitas de proa, el palo trinquete y la mayor parte de su proa habían desaparecido, arrancadas por la fuerza de las anclas. Giró de costado, se balanceó en el seno de la ola, se asentó de proa y, en situación tan complicada, fue arrastrada a sotavento.

Solo quedaban cinco barcos y de ellos, la *Malahini* era el único con motor. Por miedo a sufrir el destino de la *Nuhiva* o la *Winifred*, dos de ellos siguieron el ejemplo de la *Roberta*, desmontaron los grilletes y se dirigieron al paso. La *Dolly* fue la primera, pero el viento arrancó su lona impermeable y acabó destruida en la orilla de sotavento del atolón, cerca de la *Misi* y la *Cactus*. Sin arredrarse, la *Moana* se liberó y siguió adelante, con el mismo resultado.

—No está mal el motor, ¿eh? —gritó el capitán Warfield a su propietario.

Grief le tendió la mano y se la estrechó.

—¡Ya empieza a compensar! —gritó a su vez—. ¡El viento está rolando al sur y deberíamos estar más cómodos!

Poco a poco, con regularidad pero siempre a una velocidad mayor, el viento roló al sur y suroeste, hasta que las tres goletas que resistían quedaron apuntando directamente hacia la playa. Los restos de la casa de Parlay saltaron por los aires, cayeron a la laguna y el viento los lanzó contra ellas. Pasaron junto a la *Malahini* y se estrellaron contra la *Papara*, que se encontraba a un cuarto de milla náutica por detrás de ellos. Todos echaron una mano como locos en su proa y en quince minutos habían logrado deshacerse de la casa, pero con ella se llevó el palo trinquete y el bauprés.

Hacia la orilla, por la amura de babor, se encontraba la *Tahaa*, pequeña y fina como un yate, pero con demasiados palos. Sus anclas aguantaban. Sin embargo su capitán al ver que el viento no amainaba, procedió a reducir la superficie expuesta al viento derribando los mástiles a hachazos.

—Muy buen motor —felicitó Grief a su capitán—. Nos va a salvar el pellejo.

El oleaje del interior de la laguna se redujo rápidamente con el cambio del viento pero empezaban a sentir los empujones y el zarandeo de las olas exteriores que se adentraban en el atolón. Ya

no quedaban muchas palmeras. Algunas se habían roto cerca del suelo y otras habían sido arrancadas de cuajo. Vieron a una romperse a medio tronco con tres personas agarradas a ella, y salir volando hacia la laguna. Dos se soltaron a tiempo y nadaron hacia la *Tahaa*. Poco después, justo antes de que anocheciera, vieron que alguien saltaba por la borda desde la popa de la goleta y luchaba por llegar a la *Malahini* entre el bullir de la espuma.

—Es Tai-Hotauri —opinó Grief—. Nos traerá noticias.

El *kanaka* se agarró al barboquejo del bauprés, trepó a proa y se arrastró hacia popa. Le dieron tiempo para que recuperase la respiración y luego, tras el escaso refugio que ofrecía la cabina, de forma entrecortada y con muchos gestos, contó su historia.

—Narii… condenado ladrón… Quería robar… perlas… matar a Parlay… Un hombre mataría a Parlay… Nadie sabría quién… Tres *kananas*, Narii y yo… cinco habas… en un sombrero… Narii dijo que una era negra… que nadie sabría… quién matarías Parlay… Narii mintió… todas las habas eran negras… cinco negras… cobertizo de copra a oscuras… todos sacamos un haba negra… llegó el huracán… no hubo oportunidad… todos subimos a los árboles… Esas perlas no dan buena suerte, yo ya lo dije… Dan mala suerte.

—¿Dónde está Parlay? —gritó Grief.

—En un árbol… tres de sus *kanakas* subieron a la misma palmera. Narii y un *kanaka*, a otra… La mía salió volando y vine a bordo.

—¿Y las perlas?

—En la palmera, con Parlay. Puede que ya las tenga Narii.

Grief fue contando la historia de Tai-Hotauri al oído de los demás. El capitán Warfield fue quien más se enfureció y todos lo vieron apretar los dientes.

Hermann fue abajo y regresó con una luz de fondeo, pero en cuanto la levantó por encima de la pared de la cabina, el viento la apagó. Tuvo más suerte con la lantía, que lograron encender después de muchos esfuerzos.

—¡Una buena noche de viento! —gritó Grief al oído de Mulhall —. Y cada vez sopla más fuerte.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta kilómetros hora… trescientos… No lo sé… Nunca lo había visto soplar así.

La laguna se agitaba cada vez más debido al oleaje que cruzaba el atolón desde el exterior. El huracán vomitaba cientos de leguas de mar, que superaban con creces el efecto decreciente de la marea menguante. En cuanto la marea empezó a subir, resultó evidente el aumento del tamaño de las olas. La luna y el viento amontonaban todo el Pacífico Sur sobre el atolón Hikihoho.

El capitán Warfield regresó de uno de sus viajes periódicos a la sala de máquinas diciendo que el maquinista se había desmayado.

—¡No podemos permitir que el motor se apague! —concluyó, impotente.

—¡De acuerdo! —dijo Grief—. Súbanlo a cubierta. Yo lo sustituiré.

La escotilla de la sala de máquinas estaba trincada, por lo que se accedía a través de un pasillo estrecho desde la cabina. El calor y los gases resultaban asfixiantes. Grief realizó un examen rápido y completo del motor y los accesorios de la diminuta sala y luego apagó la lámpara de aceite. Después trabajó a oscuras, solo iluminado por el brillo de los innumerables cigarros que salió a encender a la cabina. Aunque era un hombre sereno, pronto empezó a notar la tensión de verse confinado con un monstruo mecánico que funcionaba con dificultad, gemía y batallaba en la oscuridad. Desnudo hasta la cintura, cubierto de grasa y aceite, magullado y rasguñado al golpearse debido a los saltos y zambullidas del barco, con la cabeza dándole vueltas por la mezcla de aire y gases que se veía obligado a respirar, continuó trabajando hora tras hora, mimando, bendiciendo, cuidando y maldiciendo por turnos al motor y sus piezas. El encendido comenzó a fallar. La alimentación se deterioró. Y, aún peor, los cilindros empezaron a calentarse. Durante una consulta celebrada en la cabina, el maquinista mestizo rogó e imploró que parasen el motor durante media hora para enfriarlo y ocuparse de la circulación del agua. El capitán Warfield se negaba a detenerlo. El mestizo juró que el motor se averiaría y se pararía de todos modos y para siempre. Grief, con mirada asesina, lleno de grasa y de golpes, gritó, los maldijo y dio órdenes. Mulhall, el sobrecargo y Hermann se ocuparon de colar dos y tres veces la gasolina. Abrieron con el hacha un agujero en el suelo de la sala de máquinas y un *kanaka* se dedicó a echar agua de la sentina sobre los cilindros, mientras Grief continuaba empapando en aceite las

piezas en funcionamiento.

—No sabía que fuese usted experto en gasolinas —dijo admirado el capitán Warfield cuando Grief salió a la cabina para respirar un poco de aire algo menos impuro.

—Me baño con gasolina —dijo mientras hacía rechinar los dientes apretados—. Me alimento de ella.

Se quedaron sin saber qué otros usos hacía de la gasolina porque, en ese momento, todos los hombres que se encontraban en la cabina, además de la gasolina que colaban, se estrellaron contra el mamparo cuando la *Malahini* cabeceó con mayor brusquedad y más profundamente que nunca. Durante varios minutos, incapaces de ponerse en pie, rodaron de un lado a otro, golpeándose y machacándose de pared en pared. La goleta había sufrido la acometida de tres olas enormes, por lo que chirriaba, crujía y se estremecía y, debido al peso del agua en sus cubiertas, se portaba con torpeza. Grief se arrastró hasta el motor mientras el capitán Warfield esperaba una oportunidad para subir la escalera y salir a cubierta.

Tardó media hora en volver.

—¡El bote ha desaparecido! —informó—. ¡La cocina ha desaparecido! ¡Todo ha desaparecido, excepto la cubierta y las escotillas! ¡Y si el motor no hubiese estado en marcha, nosotros también habríamos desaparecido! ¡Sigamos trabajando!

A medianoche, los pulmones y la cabeza del maquinista se habían despejado lo suficiente como para permitirle relevar a Grief, quien salió a cubierta para limpiar sus propios pulmones y cabeza. Se reunió con los demás, que se agachaban tras la cabina, agarrándose con las manos y amarrados con cabos para mayor seguridad. Estaban demasiado apiñados porque los *kanakas* no tenían otro lugar donde refugiarse. Algunos habían aceptado la invitación del capitán a entrar en la cabina, pero los gases los habían hecho salir de nuevo. La *Malahini* cabeceaba con frecuencia y las olas le pasaban por encima, de manera que lo que respiraban era una mezcla de aire, espuma y agua.

—¡Cada vez se complica más la cosa, Mulhall! —le gritó Grief a su invitado entre inmersiones.

Mulhall, medio ahogado y asfixiado, solo pudo asentir con la cabeza. Los imbornales no conseguían liberar la cubierta de la carga

del agua. La goleta la escupía por un costado y la volvía a coger por el otro; y a veces, con la proa mirando al cielo, sentada sobre su popa, la lanzaba en avalancha hacia atrás. El agua se abalanzaba por los portalones de popa, pasaba por encima de la cabina, sumergiendo y magullando a los que allí se agarraban, y salía por la regala de popa.

Mulhall lo vio primero y llamó la atención de Grief. Era Narii Herring, que se agazapaba y se agarraba como podía bajo la tenue luz de la lantía. Estaba desnudo y solo llevaba un cinturón y un cuchillo sin funda, sujeto entre el cinto y la piel.

El capitán Warfield se desató y se abrió paso entre los cuerpos de sus compañeros. Cuando su rostro se hizo visible bajo la luz de la lantía, lo dominaba la indignación. Lo vieron hablar, pero el viento se llevó el sonido. No acercó los labios al oído de Narii. Se limitó a señalar el costado del barco. Narii Herring comprendió. Mostró sus dientes blancos al sonreír con desprecio y se puso de pie, grande y magnífico.

—¡Eso es como matarlo! —le gritó Mulhall a Grief.

—¡Él iba a matar al viejo Parlay! —respondió Grief, también a gritos.

En un momento en que la popa se vio libre de agua y la *Malahini* se mantuvo nivelada, Narii intentó la fanfarronería de caminar hasta la barandilla, pero el viento lo derribó. Después se arrastró y desapareció en la oscuridad, aunque todos tuvieron la seguridad de que había saltado por la borda. La *Malahini* cabeceó de nuevo y cuando emergieron de la inundación que barrió la popa, Grief gritó al oído de Mulhall:

—¡No lo perderemos! ¡Es el hombre pez de Tahití! ¡Cruzará la laguna y llegará a la otra orilla del atolón aunque no quede ni rastro de atolón!

Cinco minutos después, durante otra sumersión, un lío de cuerpos cayó sobre ellos desde lo alto de la cabina. Los agarraron y retuvieron hasta que desapareció el agua y los llevaron abajo para conocer su identidad. El viejo Parlay yacía en el suelo boca arriba con los ojos cerrados y sin moverse. Los otros dos eran sus primos *kanakas*. Los tres estaban desnudos y ensangrentados. El brazo de uno de los *kanakas* colgaba roto e inservible. El otro tenía una herida en el cuero cabelludo que sangraba copiosamente.

—¿Eso lo hizo Narii? —preguntó Mulhall.

Grief negó con la cabeza.

—No, es por los golpes recibidos en cubierta y en el interior de la casa.

De repente, algo se detuvo y los dejó mareados e inseguros. Les costó darse cuenta de que no soplaba el viento. Había desaparecido tan bruscamente como si lo hubiesen cortado con una espada. La goleta cabeceaba y tiraba de las anclas con un estruendo que oían por primera vez. También por primera vez oyeron el ruido del agua que bañaba la cubierta. El maquinista aflojó la hélice y alivió el motor.

—Estamos en pleno centro —dijo Grief—. Ahora rolará. Y pegará tan fuerte como antes. —Miró el barómetro—. 29.32 —leyó.

No fue capaz de bajar el tono de una voz que durante horas había luchado contra el viento y habló tan alto que, en medio del silencio, aturdió a los otros.

—Tiene todas las costillas rotas —dijo el sobrecargo mientras tanteaba el costado de Parlay—. Aún respira, pero no hay nada que hacer.

El viejo Parlay gruñó, intentó mover un brazo y abrió los ojos. Los reconoció al instante.

—Mis valientes caballeros —susurró con la voz entrecortada—, no olvidéis la subasta… a las diez… en el infierno.

Se le cerraron los ojos y la boca amenazó con abrirse, pero dominó las náuseas de la desintegración el tiempo suficiente para omitir una última y burlona carcajada.

Arriba y abajo se armó un jaleo tremendo. Volvía a rodearlos el bramido del viento. La *Malahini*, sorprendida de costado, se hundió casi hasta los extremos de los baos y borneó formando un ángulo, obligada por las anclas, que la pusieron contra el viento, donde se niveló con una sacudida. La hélice recuperó su ritmo y el motor volvió a trabajar.

—¡Noroeste! —le gritó el capitán Warfield a Grief cuando salió a cubierta—. ¡Ha rolado ocho puntos de repente!

—¡Narii ya no conseguirá cruzar la laguna! —comentó Grief.

—¡El viento lo obligará a volver con nosotros! ¡Mala suerte!

V

TRAS EL PASO DEL CENTRO del huracán, el barómetro empezó a subir. Igual de rápido amainó el viento. Cuando no era más que un viento huracanado, el motor se alzó en el aire, partió el polín en el que se asentaba con un último esfuerzo convulsivo de sus cuarenta caballos y cayó de lado. El agua de la sentina chisporroteó sobre él y se alzaron nubes de vapor. El maquinista gimió consternado, pero Grief miró los despojos con afecto y salió a la cabina para limpiarse la grasa del pecho y los brazos con trapos viejos de algodón.

Cuando salió a cubierta, tras coser la herida de uno de los *kanakas* y recomponer él brazo del otro, brillaba el sol y soplaba una suave brisa de verano. La *Malahini* se encontraba más cerca de la playa. A proa, Hermann y la tripulación viraban sobre la cadena para desenredar la maraña de anclas. La *Papara* y la *Tahaa* se habían hundido y el capitán Warfield examinaba con los prismáticos la orilla opuesta del atolón.

—No queda ni el más mínimo rastro de ellas —dijo—. Eso es lo que pasa cuando no se tiene motor. Tenían que haber salido antes de que llegara la parte más fuerte del huracán.

En la orilla, donde había estado la casa de Parlay, no quedaba nada. En un tramo de trescientos metros, donde el oleaje había abierto una brecha, no se veía ni un árbol, ni siquiera un tocón. Aquí y allá, más lejos, sobresalía una palmera, y muchas otras yacían tiradas sobre el suelo. Tai-Hotauri afirmó ver movimiento en la copa de una de las palmeras que se mantenían en pie. La *Malahini* se había quedado sin botes, así que todos observaron mientras él nadaba hasta la orilla y subía al árbol.

Cuando regresó, ayudaron a subir a bordo a una joven nativa que formaba parte del servicio de Parlay. Pero antes de cruzar la barandilla, les entregó un cesto desvencijado. Dentro había una camada de gatitos ciegos, todos muertos excepto uno, que maullaba débilmente y se tambaleaba sobre sus frágiles patitas.

—¡Caramba! —exclamó Mulhall—. ¿Quién es ese?

Un hombre se acercaba caminando por la playa. Se movía despreocupadamente, como si hubiese salido a pasear. El capitán Warfield apretó los dientes. Era Narii Herring.

—¡Hola, capitán! —gritó Narii cuando llegó a la altura de ellos —. ¿Puedo subir a bordo para desayunar algo?

El rostro y el cuello del capitán Warfield empezaron a hincharse

y a ponerse morados. Intentó hablar, pero se ahogaba.

—Si por mí fuera… si por mí fuera… —fue lo único que logró articular.

[1911]

Las plumas del sol

I

LA ISLA DE FITU-IVA era el último bastión independiente polinesio en los mares del Sur. Tres factores explicaban la independencia de Fitu-Iva. El primero y segundo eran lo aislada que estaba y la belicosidad de su población. Pero estos no la habrían salvado al final de no ser por el hecho de que Japón, Francia, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos descubrieron al mismo tiempo lo apetecible que resultaba. Parecían golfillos peleándose por una moneda. Se incordiaban los unos a los otros. Los buques de guerra de las cinco potencias abarrotaron el único y pequeño puerto de Fitu-Iva. Hubo rumores y amenazas de guerra. En los periódicos que todo el mundo leía durante el desayuno se hablaba de Fitu-Iva. Según lo resumió un marino yanqui, todos metieron el morro en el comedero al mismo tiempo.

Así fue como Fitu-Iva se libró incluso de ser un protectorado conjunto y el rey Tulifau, también conocido como Tui Tulifau, continuó administrando justicia de todo tipo desde el palacio de madera que le construyó un comerciante de Sidney con secuoya de California. Tui Tulifau no solo era rey en todos los sentidos, sino que también lo era en todo momento. Cuando llevaba gobernando cincuenta y ocho años y cinco meses, solo tema cincuenta y ocho años y tres meses. Es decir, había gobernado durante cinco millones de segundos más de los que había respirado, al ser coronado dos meses antes de nacer.

Era un rey regio, de figura espléndida, que medía dos metros con cinco centímetros sin ser excesivamente gordo, pesaba ciento cuarenta y cinco kilos. Pero eso no era 1810 en la estirpe de los jefes polinesios. Sepeli, su reina, medía un metro noventa y seis y pesaba ciento veinte kilos, mientras que Uiliami, hermano de la reina, que estaba al mando del ejército en los intervalos en que dimitía de su cargo de primer ministro, medía tres centímetros más que ella y superaba su peso en veintidós kilos. Tui Tulifau era un alma alegre que disfrutaba de los banquetes y la bebida. A todos los súbditos les gustaban los festejos, excepto cuando se enfadaban, momento en el que podían llegar a ser culpables de arrojar cerdos muertos contra quienes habían provocado su ira. A pesar de ello, cuando hacía falta, luchaban como maoríes, tal y como habían descubierto, a su costa y en los viejos tiempos, los comerciantes de sándalo que usaban métodos propios de piratas y los reclutadores que raptaban mano de obra indígena.

II

La GOLETA DE GRIEF, la *Cantani*, había pasado junto a las Columnas de Roca de la entrada dos horas antes y se acercaba despacio al puerto entre el rumor oscilante de una brisa que no se decidía a soplar más fuerte. Era un anochecer fresco, en el que brillaban las estrellas, y ellos holgazaneaban en la toldilla a la espera de que aquel paso de caracol los llevase al punto de fondeo. Willie Smee, el sobrecargo, salió de la cabina llamando la atención con su ropa de bajar a tierra. El capitán observó su camisa, de la más fina y blanca

seda, y soltó una risita elocuente.

—Esta noche hay baile, supongo —comentó Grief.

—No —dijo el segundo—. Es por Taitua. Willie está loco por ella.

—A mí que me registren —negó el sobrecargo.

—Entonces ella está loca por usted, que viene a ser lo mismo —continuó el segundo—. Antes de que pase media hora en tierra tendrá una flor tras la oreja, una corona de flores en el pelo y el brazo rodeando la cintura de Taitua.

—Está celoso —dijo Smee con desdén—. Le gustaría tenerla para usted, pero no puede.

—Porque no tengo camisas como esa. Le apuesto media corona a que no zarpa de Fitu-Iva con esa camisa.

—Y si Taitua no se la queda, ya verá como se la queda Tui Tulifau —advirtió Grief—. Será mejor que no permita que la vea o tendrá que despedirse de ella.

—Es verdad —convino el capitán Boig al tiempo que apartaba la vista de las luces de la orilla—. En el último viaje multó a uno de mis *kanakas* para quedarse con su cinturón y su cuchillo —dijo y se dirigió al segundo—. Ya puede fondear, señor Marsh. No deje mucha cadena. No hay ni rastro de viento y por la mañana podríamos desplazarnos frente a los cobertizos de copra.

Un minuto después se oyó el ruido del ancla al descender. El bote, que ya había sido arriado, aguardaba al costado y el grupo que iba a tierra lo abordó. Exceptuando a los *kanakas*, que bajaban todos a tierra, en el bote solo iban Grief y el sobrecargo. Al llegar al pequeño embarcadero de piedra de coral, Willie Smee gorjeó una disculpa, se separó de su jefe y se internó en una avenida de palmeras. Grief siguió la dirección contraria y pasó frente a la vieja iglesia de la misión. Allí, entre las tumbas de la playa, bailaban los jóvenes, vestidos con *ahu's* y *lava-lavas*, guirnaldas y coronas de flores y el cabello adornado con hibiscos fosforescentes. Después Grief dejó atrás la alargada casa *himine*, construida con paja donde varias decenas de ancianos se sentaban en hileras y cantaban los viejos himnos que les habían enseñado los olvidados misioneros. También dejó atrás el palacio de Tui Tulifau donde, por la luz y el sonido, supo que había el jolgorio de siempre. Porque Fitu-Iva era las más feliz de las islas felices de los mares del Sur. Celebraban y

festejaban cada nacimiento y cada muerte, además de homenajear a los muertos y a los nonatos.

Grief continuó por el Camino de Retama, que giraba entre flores exuberantes y algarrobos que parecían helechos. El aire cálido estaba cargado de perfume y, por encima de su cabeza, contra el cielo estrellado se recortaban las siluetas de los mangos llenos de fruta, los majestuosos aguacates y las esbeltas palmeras. Aquí y allá se veían cabañas con techos de paja. Las voces y las risas se propagaban en la oscuridad. A lo lejos, en el agua, el parpadeo de las luces y los coros de voces suaves indicaban el regreso de los pescadores desde el arrecife.

En un momento dado, Grief abandonó el camino y tropezó con un cerdo que gruñó indignado. Al mirar al interior de una casa con la puerta abierta vio a un nativo anciano y robusto sentado sobre una docena de esterillas. De vez en cuando y de forma automática, rozaba sus piernas desnudas con un espantamoscas de fibra de coco. Llevaba gafas y leía metódicamente una Biblia inglesa, de eso Grief estaba seguro. Porque aquel era Ieremia, su tratante, llamado así por el profeta Jeremías.

Ieremia tenía la piel más clara que los nativos de Fitu-Iva, como era lógico en un samoano de pura cepa. Educado por los misioneros, había estado al servicio de su causa como profesor laico en los atolones caníbales del oeste. Como recompensa lo habían enviado al paraíso de Fitu-Iva, donde todos eran o habían sido buenos conversos, para que recuperase a los que reincidían. Por desgracia, Ieremia había aprovechado demasiado bien su educación. Un libro de Darwin que llegó a sus manos por casualidad, una esposa gruñona y una hermosa viuda de Fitu-Iva lo habían devuelto a las filas de los reincidentes. No era un caso de apostasía. Darwin le había provocado fatiga intelectual. ¿De qué servía intentar comprender un mundo tan terriblemente complicado y enigmático, sobre todo estando casado con una gruñona? A medida que Ieremia bajaba el ritmo de sus tareas, la misión lo amenazaba más firmemente con enviarlo de nuevo a los atolones y la lengua de su mujer se volvía más viperina.

Tui Tulifau era un monarca comprensivo, cuya reina, cuando él se emborrachaba en exceso, le pegaba. Por motivos estratégicos —la reina pertenecía a una estirpe tan regia como la de él y su hermano

estaba al mando del Ejército— Tui Tulifau no podía divorciarse de ella, pero sí podía, y lo hizo, divorciar a Ieremia, quien enseguida se dedicó al comercio y a la mujer de su elección. Había fracasado como comerciante independiente sobretodo debido al desastroso patrocinio de Tui Tulifau. Negarse a concederle crédito a ese monarca feliz era invitarlo a confiscar; y concedérselo implicaba una ruina segura. Tras un año de inactividad en la playa, Ieremia se había convertido en tratante de Grief y llevaba doce años de honrado y eficiente servicio, porque Grief había demostrado ser el primer hombre capaz de negarle crédito al rey, con éxito, y de cobrar en la fecha acordada.

Ieremia miró, solemne, por encima de las gafas cuando entró su jefe y, con la misma solemnidad, marcó la página de la Biblia en la que se había quedado, la dejó a un lado y estrechó la mano de Grief.

—Me alegro de que haya venido en persona —dijo.

—¿Cómo, si no, iba a venir? —se rio Grief.

Pero Ieremia no tenía sentido del humor e ignoró el comentario.

—La situación comercial de la isla es muy mala —dijo, muy serio y con una afectada pronunciación de cada palabra—. Mi libro de cuentas da miedo.

—¿Van mal las ventas?

—Al contrario. Han sido excelentes. Los estantes están vacíos, terriblemente vacíos. Pero… —Sus ojos brillaron con orgullo—. Pero en el almacén quedan aún muchos bienes. Lo he mantenido bien cerrado.

—¿Le has concedido demasiado crédito a Tui Tulifau?

—Al contrario. No ha habido crédito alguno. Y ha pagado todas las cuentas pendientes.

—No te entiendo, Ieremia —confesó Grief—. ¿Es una broma? Los estantes vacíos, sin crédito, las cuentas saldadas, el almacén bien protegido y cerrado… ¿Cómo se explica?

Ieremia no contestó de inmediato. Tanteó la parte de atrás de las esterillas y sacó una gran caja para el dinero. Grief se fijó en que no estaba cerrada con llave y le llamó la atención. El samoano siempre había sido muy puntilloso guardando el dinero. La caja parecía llena de billetes. Apartó el primer billete y se la pasó.

—Así se explica.

Grief vio un billete bien realizado. «El Primer Banco Real de Fitu-Iva pagará al portador, bajo demanda, una libra esterlina», leyó. El centro lo ocupaba una mancha similar al rostro de un nativo. Debajo, la firma de Tui Tulifau y la de Fulualea, junto a la que se añadía la información: «Ministro de Hacienda».

—¿Quién demonios es Fulualea? —preguntó Grief—. Es fiyiano, ¿no? Y significa las plumas del sol.

—Así es. Significa las plumas del sol. Así es como se denomina a sí mismo ese vil intruso. Ha llegado desde Fiyi para poner Fitu-Iva patas arriba, comercialmente hablando, claro está.

—Supongo que será uno de esos nativos de Levuka, tan inteligentes.

Ieremia negó con la cabeza.

—No, este sinvergüenza es blanco. Se ha apropiado de un nombre fiyiano noble y altisonante, y lo ha arrastrado por el fango para llevar a cabo sus infames propósitos. Ha emborrachado a Tui Tulifau. Lo ha emborrachado más que nunca y lo ha mantenido siempre borracho, sin descanso. A cambio, lo ha nombrado ministro de Hacienda y muchas otras cosas. Él ha emitido los billetes falsos y obligado a la gente a aceptarlos. Ha aplicado un impuesto por almacenar, otro a la copra y otro al tabaco. También hay cuotas y normas por usar el puerto, además de otros impuestos. Pero el pueblo no tiene que pagar, solo los comerciantes. Cuando gravó la copra, yo bajé el precio de compra de forma proporcional. Entonces los nativos empezaron a quejarse y Plumas del Sol aprobó una nueva ley, por la que devolvía el precio de la copra a su valor anterior y prohibía que nadie lo bajase. A mí me multó con dos libras y cinco cerdos, cuando todo el mundo sabía que yo tenía cinco cerdos. Los he incluido en el libro de cuentas. A Hawkins, el tratante de la Fulcrum Company, primero le puso una multa a pagar en cerdos, después en ginebra y, como continuaba quejándose, apareció el Ejército y le quemó el almacén. Cuando me negué a vender, ese tal Plumas del Sol me multó otra vez y prometió que, si volvía a delinquir, me quemaría el almacén. Así que vendí todo lo que había en los estantes, por eso la caja está llena de papel sin valor. Me llevaré un disgusto si me paga mi salario con ese papel moneda, pero sería justo, eso no lo puedo negar. Y ahora, ¿qué podemos hacer?

Grief se encogió de hombros.

—Antes debo ver a ese Plumas del Sol y calibrar la situación.

—Pues cuanto antes lo vea, mejor —aconsejó Ieremia—, o se acumularán las multas contra usted. Así se apodera de las monedas del reino. Ya las tiene todas, excepto las que pueda haber enterradas.

III

De regreso por el Camino de Retama, bajo los faroles encendidos que marcaban la entrada a los terrenos del palacio, Grief se tropezó con un caballero bajo y orondo, vestido con un pantalón de dril sin almidonar, bien afeitado y de tez colorada, que salía del recinto. Su forma de andar pesada y vacilante le resultó conocida. Grief se dio cuenta enseguida: la había visto antes en una docena de playas de los puertos de los mares del Sur.

—¡Qué sorpresa, Cornelius Deasy! —exclamó.

—Pero si es el viejo diablo de Grief en persona —respondió el otro mientras se estrechaban la mano.

—Si me acompañas a bordo, tengo un buen irlandés ahumado —invitó Grief.

—Ni de broma, señor Grief. Ahora soy Fulualea. Ya no se me engatusa como en los viejos tiempos. Además, con el permiso de su graciosa majestad el rey Tulifau, soy ministro de Hacienda y ministro de Justicia, excepto en los momentos de diversión real en los que el rey elige jugar en persona con los mecanismos de la justicia.

Grief silbó asombrado.

—¡Así que tú eres Plumas del Sol!

—Prefiero la forma nativa —lo corrigió el otro—. Fulualea, si no le importa. Porque que no olvido los viejos tiempos, señor Grief, me parte el corazón tener que ser yo quien le dé la noticia. Va a tener que pagar los legítimos derechos portuarios como el resto de los comerciantes que pretenden robar a los amables salvajes polinesios de las islas de coral. ¿Por dónde iba? ¡Ah! Ya me acuerdo. Ha violado usted las normas. Con intención delictiva ha entrado en el puerto de Fitu-Iva después de la puesta de sol sin luces de situación.

No me interrumpa. Lo he visto con mis propios ojos. Por esa infracción pagará una multa de cinco libras. ¿Tiene ginebra? Es una infracción grave. No se pueden arriesgar ligeramente las vidas de los marineros de nuestro espacioso puerto por ahorrar el penique de aceite que cuesta encender las luces. Le he hecho una pregunta: ¿Tiene ginebra? Se lo pregunta el capitán del puerto.

—¡Cuántas responsabilidades! —sonrió Grief.

—Es la carga del hombre blanco. Estos comerciantes bribones se han aprovechado del pobre Tui Tulifau, el monarca más bueno que han visto los tronos de los mares del Sur y el que más valora la bebida. Por eso yo, Cornelius… mejor dicho, Fulualea, estoy aquí para ocuparme de que se haga justicia. Por mucho que me desagrade hacerlo, como capitán del puerto tengo el deber de declararlo culpable de incumplir la cuarentena.

—¿Qué cuarentena?

—Por orden del médico del puerto, no habrá trato alguno con tierra hasta que el barco la haya pasado. ¡Qué calamidad para los confiados nativos si a bordo hubiese varicela o tos ferina! ¿Quién protege a los amables y confiados polinesios? Yo, Fulualea, las Plumas del Sol, he sido encargado de tan importante misión.

—¿Quién demonios es el médico del puerto? —preguntó Grief.

—Yo, Fulualea. Su infracción es grave. La multa se eleva a cinco cajas de ginebra holandesa de la mejor calidad.

Grief se rio con ganas.

—Llegaremos a un acuerdo, Cornelius. Acompáñame a bordo y tomemos una copa.

Plumas del Sol rechazó el ofrecimiento con gesto solemne.

—Eso es soborno. No lo consentiré. Soy fiel a los míos. ¿Y por qué no ha presentado los papeles de su barco? Como jefe de la aduana, le impongo una multa de cinco libras y dos cajas más de ginebra.

—Mira, Cornelius, las bromas tienen su gracia, pero esta ya ha durado demasiado. No estamos en Levuka. Me dan ganas de arrancarte la nariz. A mí no me vas a sacar dinero.

Plumas del Sol retrocedió inseguro y alarmado.

—Nada de ejercer violencia contra mí —amenazó—. Tiene razón. No estamos en Levuka. De la misma manera, con el respaldo de Tui Tulifau y el Ejército real, puedo sacarle dinero y lo haré.

Pagará sus multas de inmediato o confiscaré su navío. No será el primero. ¿Qué hizo ese comprador de perlas chino, Peter Gee, si no colarse en el puerto, violando todas las normas? Y luego armó un buen escándalo por unas miserables multas de nada. No, no quiso pagar y ahora está en la playa meditando al respecto.

—No pretenderás decirme que…

—Eso mismo. En el ejercicio de mi cargo me he incautado de su goleta. Una parte del Ejército real se encuentra ahora a bordo de ella. Será vendida dentro de una semana. En las bodegas lleva diez toneladas de conchas y me estaba preguntando si le interesaría cambiarla por ginebra. Le prometo que le haré un buen precio. ¿Cuánta ginebra ha dicho que tenía?

—Más ginebra, ¿eh?

—¿Por qué no? Tui Tulifau es un borrachín real. Ni se imagina lo que me esfuerzo por mantenerlo aprovisionado, es de lo más generoso con la ginebra. La pandilla de jefecillos que lo rodea se pasa el día bebida. Es una vergüenza. ¿Piensa pagar sus multas, señor Grief, o me veré obligado a utilizar medidas más severas?

Grief dio media vuelta, impaciente.

—Cornelius, estás borracho. Piénsatelo bien y entra en razón. Los viejos tiempos de los engaños en los mares del Sur han quedado atrás. Ya no puedes hacer jugadas como esas.

—Si piensa ir a bordo, señor Grief, le ahorraré las molestias. Conozco a los de su calaña. Preví su tenaz cabezonería. Y me he anticipado. Encontrará a su tripulación en la playa. El navío ha sido embargado.

Grief se volvió hacia él, aún creyendo que bromeaba. Fulualea volvió a retroceder alarmado. La silueta de un hombre grande emergió a su lado en la oscuridad.

—¿Eres tú, Uiliami? —canturreó Fulualea—. Aquí tenemos a otro pirata. Protégeme con la fuerza de tu brazo, oh, hermano hercúleo.

—Saludos Uiliami —dijo Grief—. ¿Desde cuándo está Fitu-Iva gobernada por un raquero de Levuka? Dice que ha embargado mi goleta. ¿Es verdad?

—Lo es —bramó Uiliami desde su ancho pecho—. ¿Tiene más camisas como la de Willie Smee? Tui Tulifau quiere una camisa como esa. Ha oído hablar de ella.

—Es lo mismo —interrumpió Fulualea—. Camisas o goletas, el rey lo tendrá todo.

—Qué déspota eres, Cornelius —murmuró Grief—. Esto es pura piratería. Has embargado mi barco sin darme ni una oportunidad.

—¿Ni una oportunidad? ¿No es cierto, acaso, que no hace ni cinco minutos que se negó a pagar las multas?

—Pero ya la habías embargado.

—Cierto. ¿Por qué no? ¿No sabía yo que se iba a negar? Es justo, no he cometido una injusticia. La justicia es la estrella brillante y específica ante cuyo reluciente altar Cornelius Deasy, o Fulualea, que es lo mismo, siempre se postra. Váyase ya señor comerciante, o avisaré a la guardia de palacio. Uiliami, este hombre, este comerciante, es capaz de cualquier cosa. Llama a la guardia.

Uiliami hizo sonar el silbato que llevaba colgado sobre el pecho desnudo atado a un cordel de fibra de coco. Grief, con gesto enfadado, alargó una mano hacia Cornelius, quien se refugió tras la impresionante mole de Uiliami. Una docena de fornidos polinesios —ninguno bajaba del metro ochenta— llegó corriendo desde el palacio y se situó tras su comandante.

—Váyase, señor comerciante —ordenó Cornelius—. Se acabó la charla. Por la mañana juzgaremos sus múltiples causas. Preséntese puntualmente en el palacio a las diez para responder ante las siguientes acusaciones, a saber: alteración del orden público; comportamiento sedicioso y de alta traición; agresión violenta contra el magistrado principal, con intención de rajar, herir, lisiar y magullar; incumplimiento de cuarentena; vulneración del reglamento portuario; y grave desobediencia de las normas aduaneras. Por la mañana, amigo, por la mañana, se hará justicia mientras cae el fruto del pan. Y que el Señor se apiade de su alma.

IV

ANTES DE LA HORA establecida para el juicio, Grief, acompañado de Peter Gee, logró acceder a Tui Tulifau. El rey, rodeado por media docena de jefes, descansaba sobre varias esterillas, bajo la sombra de los aguacates, en el recinto del palacio. Aunque era muy temprano, las doncellas se afanaban en servir ginebra barata. El rey

se alegró de ver a su viejo amigo «Davida» y lamentó que hubiese incumplido el nuevo reglamento. Aparte de eso, se negó rotundamente a discutir el asunto. Los brindis con ginebra se llevaban por delante las protestas de los comerciantes expropiados. «Toma una copa», era lo que siempre respondía, aunque en una ocasión se desahogó lo suficiente como para decir que Plumas del Sol era un hombre maravilloso. Los asuntos de palacio nunca habían marchado tan bien. Nunca había habido tanto dinero en el tesoro ni tanta ginebra en circulación.

—Estoy encantado con Fulualea —concluyó—. Toma una copa.

—Tenemos que salir pronto de aquí —le susurró Grief a Peter Gee unos minutos después— o acabaremos con una buena cogorza. Además, dentro de unos minutos me van a juzgar por incendio doloso, herejía, lepra o lo que sea y necesito tener la mente despejada.

Mientras abandonaban la compañía del rey, Grief vio fugazmente a Sepeli, la reina, quien se asomaba para observar a su real esposo y sus compañeros de juerga. Su ceño fruncido le dejo claro a Grief que cualquier solución que deseara conseguir debería buscarla a través de ella.

En otro rincón sombreado del recinto Cornelius celebraba juicio. Había empezado temprano porque cuando Grief llegó ya estaba resolviendo el caso de Willie Smee. Se hallaba presente todo el Ejército real, excepto quienes se encontraban a cargo de los navíos incautados.

—Que se ponga en pie el acusado —dijo Cornelius—, para recibir la condena justa y clemente del tribunal por su comportamiento licencioso y vergonzoso, impropio de un sobrecargo. El acusado dice que no tiene dinero. Muy bien. El tribunal lamenta no tener calabozo. Por lo tanto, en su lugar y en vista de las circunstancias empobrecidas del acusado, el tribunal impone al susodicho la multa de una camisa de seda de la misma clase, hechura y calidad que la que el acusado lleva puesta en estos momentos.

Cornelius hizo un gesto a varios soldados, quienes acompañaron al sobrecargo hasta la parte de atrás de un aguacate. Un minuto después salió de allí sin la prenda en cuestión y se sentó junto a Grief.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó Grief.

—No tengo ni idea. ¿Qué crímenes ha cometido usted?

—Siguiente caso —dijo Cornelius, en un tono más jurídico que antes—. En pie David Grief, el acusado. Este tribunal ha estudiado las pruebas relativas al caso, o casos, y dicta la siguiente sentencia, a saber: ¡Silencio! —rugió en dirección a Grief, que había intentado interrumpir—. Repito que las pruebas ya han sido estudiadas, y en profundidad. El tribunal no desea imponer más penalidades al acusado, por lo que aprovecha esta oportunidad para advertir al susodicho que puede ser considerado responsable de desacato. Debido a la vulneración manifiesta e injustificada de las normas y el reglamento portuario, incumplimiento de cuarentena y desacato a las leyes de navegación, su goleta, la *Cantini*, queda confiscada por el gobierno de Fitu-Iva, para ser vendida en pública subasta dentro de diez días, junto con todos sus enseres, equipamiento y carga. Por los delitos personales del acusado, que consisten en conducta violenta y tumultuosa y total desprecio a las leyes del reino, se le impone la multa de cien libras esterlinas y quince cajas de ginebra. No le preguntaré si tiene algo que decir. Solo si pagará. Esa es la cuestión.

Grief negó con la cabeza.

—Entretanto —continuó Cornelius— considérese prisionero en libertad. No tenemos calabozo en el que confinarlo. Por último, ha llegado a oídos de este tribunal que, a Primera hora de esta mañana, el acusado, premeditada y deliberadamente, envió a varios *kanakas* que trabajan a sus órdenes al exterior del arrecife para que pescaran algo con lo que desayunar. Se trata de una clara violación de los derechos de los pescadores de Fitu-Iva. Hay que proteger la industria doméstica. Este tribunal condena con severidad la conducta del acusado y, si se repite tan grave infracción, el culpable o culpables serán enviados de inmediato a realizar trabajos forzados en la mejora del Camino de Retama. Se levanta la sesión.

Mientras abandonaban el recinto, Peter Gee le propinó un leve codazo a Grief para que mirase hacia donde Tui Tulifau se hallaba recostado sobre las esterillas. La camisa del sobrecargo, estirada y forzada, ya recubría la grasa real.

V

—ESTÁ CLARO —dijo Peter Gee durante la reunión celebrada en casa de Ieremia—. Deasy ha acaparado casi todo el efectivo. Mientras, mantiene al rey contento con la ginebra que incauta en nuestros barcos. En cuanto le resulte posible, cogerá todo el efectivo y se largará en tu goleta o en la mía.

—Es un hombre rastrero —afirmó Ieremia mientras limpiaba sus gafas—. Es un bellaco y un sinvergüenza. Merece que lo golpeen con un cerdo muerto, con un cerdo especialmente muerto.

—Eso mismo —dijo Grief—. Será golpeado con un cerdo muerto. Ieremia, no me sorprendería que tú fueses quien lo golpease con un cerdo muerto. Ocúpate de elegir uno que lleve mucho tiempo muerto. Tui Tulifau está en el cobertizo de los botes trasegando una caja de mi whisky escocés. Yo iré al palacio para hablar de política con la reina. Mientras, vosotros retirad algunos productos de los almacenes y colocadlos en las estanterías. Te prestaré lo que necesites, Hawkins. Y tú, Peter, vete al almacén alemán. Empezad todos a vender a cambio de papel moneda. Recordad que yo me haré cargo de las pérdidas. Si no me equivoco, en tres días tendremos un consejo nacional o una revolución. Tú, Ieremia, envía mensajeros por toda la isla a los pescadores, agricultores e incluso a las montañas, a los cazadores de cabras. Diles que se reúnan en palacio dentro de tres días.

—Pero ¿y los soldados? —objetó Ieremia.

—Yo me ocupo de ellos. Hace dos meses que no cobran. Además, Uiliami es hermano de la reina. No expongáis demasiada mercancía a la vez. En cuanto los soldados aparezcan con papel moneda, dejad de vender.

—Entonces quemarán los almacenes —dijo Ieremia.

—Que los quemen. Si lo hacen, el rey Tulifau pagará las pérdidas.

—¿Pagará mi camisa? —preguntó Willie Smee.

—Eso es un asunto personal y privado entre usted y Tui Tulifau —respondió Grief.

—Ya empieza a rasgarse por la espalda —se lamentó el sobrecargo—. Me fijé esta mañana cuando no hacía ni diez minutos que se la había puesto. Me costó treinta chelines y solo me la puse

una vez.

—¿Dónde conseguiré un cerdo muerto? —preguntó Ieremia.

—Mata uno —dijo Grief—. Mata uno pequeño.

—Uno pequeño vale diez chelines.

—Inclúyelo en el libro de cuentas como costes de explotación —dijo Grief e hizo una pausa—. Si quieres que esté muy muerto, deberías matarlo de inmediato.

VI

—HAS HABLADO BIEN, Davida —dijo la reina Sepelí—. Este Fulualea ha traído con él la locura y Tui Tulifau se ahoga en ginebra. Si no acepta convocar el consejo, le daré una paliza. Es fácil vencerlo cuando está bebido.

Alzó el puño y Grief supo que el consejo se iba a celebrar, tales eran las proporciones de amazona y la determinación del rostro de la mujer. La lengua de Fitu-Iva era tan parecida a la samoana que él la hablaba como un nativo.

—Y tú, Uiliami —dijo Grief—, has comentado que los soldados exigen efectivo y se niegan a aceptar el papel moneda que Fulualea les ofrece. Diles que acepten el papel y ocúpate de que les paguen mañana.

—¿Para qué molestarse? —objetó Uiliami—. El rey permanece felizmente borracho. En el tesoro hay mucho dinero. Y yo estoy satisfecho. En mi casa hay dos cajas de ginebra y mucha mercancía del almacén de Hawkins.

—¡Hermano, no seas idiota! —exclamó Sepelí—. ¿Acaso no ha hablado Davida? ¿No tienes oídos? Cuando la ginebra y la mercancía que tienes en casa se acaben, cuando no lleguen más comerciantes que traigan ginebra y mercancías, cuando Plumas del Sol haya huido a Levuka con todo el dinero en efectivo de Fitu-Iva, ¿qué harás entonces? El dinero en efectivo es plata y oro, pero el papel no es más que papel. Te aseguro que la gente se queja. En palacio no hay pescado. El ñame y las batatas parecen haber volado de la tierra, porque ya no recibimos ninguno. Hace una semana que los habitantes de las montañas no envían cabras. Aunque Plumas del Sol obliga a los comerciantes a comprar la copra al precio de

antes, la gente no vende porque no quiere papel moneda. Hoy mismo he mandado mensajeros a veinte casas. No hay huevos. ¿Ha enviado Plumas del Sol una plaga contra las gallinas? No lo sé. Solo sé que no hay huevos. Menos mal que quienes beben mucho comen poco, de lo contrario en palacio habría hambruna. Di a tus soldados que acepten su paga. Que sea en papel moneda.

—Y recuerda —advirtió Grief—, aunque los almacenes van a vender, cuando los soldados lleguen con su papel moneda nadie lo va a aceptar. En el plazo de tres días se celebrará el consejo y Plumas del Sol estará tan acabado como un cerdo muerto.

VII

EL DÍA DEL CONSEJO toda la población de la isla se encontraba reunida en la capital. Los cinco mil habitantes de Fitu-Iva habían llegado en canoa o bote, a pie o en burro. Los tres días transcurridos hasta entonces habían sido movidos. Al principio, las ventas de la escasa mercancías ofrecidas por los comerciantes fueron a buen ritmo. Pero cuando aparecieron los soldados, rechazaron su papel moneda y se le dijo que reclamaran efectivo a Fulualea. Los tratantes preguntaron: «¿Acaso no dice en el papel que, bajo demanda, se cambiará el papel por moneda?».

Solo la gran autoridad de Uiliami evitó que quemasen las casas de los tratantes Aun así, incendiaron uno de los almacenes de copra de Grief, cuyo valor Ieremia anotó en la cuenta del rey. El propio Ieremia sufrió la rotura de sus gafas, burlas y palizas. Willie Smee tenía los nudillos despellejados. Eso se debía a que tres soldados alborotadores golpearon con fuerza sus mandíbulas contra ellos en rápida sucesión. El capitán Boig tenía heridas similares. Peter Gee salió ileso porque, en lugar de mandíbulas, sus puños fueron atacados por cestas de pan.

Tui Tulifau, con Sepeli junto a él y rodeado por los sociables jefes, ocupaba la cabecera del consejo, reunido en el enorme recinto. Tenía el ojo derecho y esa zona de la mandíbula hinchados, como si él también se hubiese lanzado contra el puño de alguien. Esa mañana corría por palacio el rumor de que Sepeli le había administrado una paliza conyugal. En cualquier caso, el rey estaba

sobrio y su grasa asomaba apagada por los desgarrones de la camisa de seda de Willie Smee. Tenía una sed prodigiosa y le servían cocos bebibles sin descanso. En el exterior del recinto, retenido por el Ejército, se encontraba el pueblo. Solo se permitía acceder al interior a los jefes menores, las damas, los nobles y los portavoces con sus bastones de mando. Cornelius Deasy, como correspondía a un alto funcionario con muchos privilegios, se sentaba cerca de la mano derecha del rey. A la izquierda de la reina, frente a Cornelius y rodeado por los tratantes blancos a los que iba a representar, se sentaba Ieremia. Al carecer de gafas, forzaba la vista para ver al ministro de Hacienda que tenía delante.

Uno a uno, el portavoz de la costa de barlovento, el portavoz de la costa de sotavento y el de las aldeas de montaña, cada uno respaldado por un grupo de portavoces menores y jefes, se pusieron en pie y hablaron. Dijeron cosas muy similares. Se quejaron del papel moneda. Los asuntos no marchaban bien. Ya no se ahumaba copra. La gente desconfiaba. La situación había llegado al extremo de que todos querían pagar sus deudas y nadie deseaba que se las pagasen. Los acreedores huían de sus deudores. El dinero no valía. Los precios subían y los productos escaseaban. Comprar un ave de corral costaba el triple que antes y, si no se vendía de inmediato, podía acabar con la carne dura y muriendo de vieja. Las perspectivas eran pesimistas. Surgían señales y presagios. En algunas regiones había plaga de ratas. Las cosechas eran malas. Las chirimoyas, pequeñas. El aguacate más fértil de la costa de barlovento había perdido, misteriosamente, todas sus hojas. Los mangos ya no tenían sabor. Un bicho se estaba comiendo los plataneros. Los peces habían abandonado el mar y en su lugar aparecían grandes cantidades de tiburones tigre. Las cabras salvajes huían a cimas inaccesibles. El taro se había vuelto amargo. En las montañas se oían ruidos sordos, los espíritus caminaban de noche, una mujer de Punta-Puna se había quedado muda y en la aldea de Eiho nació una cabra con cinco patas. Y los ancianos de los consejos de las aldeas, allí reunidos, tenían la firme convicción de que todo se debía al extraño dinero de Fulualea.

Uiliami habló en nombre del Ejército. Sus hombres estaban descontentos y con ganas de amotinarse. Los tratantes, a pesar de que un real decreto les obligaba a aceptar el papel moneda, se

negaban a hacerlo. No sabía con seguridad, pero le parecía que el extraño dinero de Fulualea tenía algo que ver con la situación.

A continuación habló Ieremia, como portavoz de los comerciantes. Cuando se puso en pie, todos se fijaron en que permanecía con las piernas abiertas sobre un cesto grande. Habló del tejido que ofrecían los tratantes, de su variedad, belleza y durabilidad, de lo mucho que superaba al *tapa* de Fitu-Iva, que se hacía golpeando cortezas empapadas y resultaba frágil y áspero. Ya nadie usaba *tapa*. Sin embargo, todos habían vestido *tapa*, y solo *tapa*, antes de que llegaran los comerciantes. Y de las mosquiteras, que tan baratas se vendían y a las que ni en mil años lograría igualar el más hábil redero fitu-ivano. Se explayó con las incomparables virtudes de los rifles, las hachas y los anzuelos de acero, pasando por las agujas, el hilo y los sedales de algodón hasta llegar a la harina blanca y el queroseno.

Habló extensamente, utilizando toda clase de razonamientos, sobre la organización, el orden y la civilización. Alegó que el tratante era el portador de la civilización y que su forma de comerciar debía protegerse, porque de lo contrario dejaría de llegar hasta allí. A barlovento había islas que no protegían a los tratantes. ¿Cuál era el resultado? Los comerciantes no iban y sus habitantes parecían animales salvajes. No vestían ropa ni camisas de seda (en ese punto miró al rey y parpadeó significativamente) y se comían entre ellos.

El extraño papel de Plumas del Sol no era dinero. Los comerciantes sabían lo que era el dinero y no querían aceptar ese papel. Si Fitu-Iva insistía en intentar obligarlos a aceptarlo, se marcharían para no volver. Entonces los fitu-ivanos, que habían olvidado como se había el *tapa*, andarían por ahí desnudos y se comerían los unos a los otros.

Dijo mucho más porque habló durante una hora, sin dejar de insistir en lo desesperada que sería su situación cuando los tratantes dejasen de llegar.

—Entonces —puso fin a su discurso—, ¿cómo llamará el resto del mundo a los fitu-ivanos? Los hombres los llamaran *kai-kanak*. ¡*Kai-kanak*! ¡*Kai-kanak*! **[8]**

Tui Tulifau habló brevemente. Dijo que el pueblo, el Ejército y los comerciantes habían expuesto su caso. Que ahora le tocaba a

Plumas del Sol ofrecer su punto de vista. No podía negarse que había hecho maravillas con su sistema financiero.

—Muchas veces me ha explicado el funcionamiento del sistema —concluyó Tui Tulifau—. Es muy sencillo. Ahora os lo explicará a vosotros.

Era una conjura de los comerciantes blancos, alegó Cornelius. Ieremia tenía razón en lo relativo a las muchas bondades que aportaban la harina blanca y el queroseno. Fitu-Iva no quería convertirse en *kai-kanak*. Fitu-Iva quería la civilización; deseaba civilizarse cada vez más. Precisamente se trataba de eso y debían prestar mucha atención. El papel moneda era una característica de las civilizaciones más avanzadas. Por eso él, Plumas del Sol, lo había introducido. Y por eso se oponían los tratantes. Ellos no querían ver a Fitu-Iva civilizada. ¿Por qué cruzaban el enorme mar con sus mercancías hasta Fitu-Iva? Él, Plumas del Sol, les diría por qué cara a cara, en aquel gran consejo. En sus propios países, la gente era demasiado civilizada para permitir que los comerciantes ganasen unos beneficios tan elevados como los que les sacaban a los habitantes de Fitu-Iva. Si los fitu-ivanos se civilizaban adecuadamente, los tratantes se quedarían sin su comercio. Entonces cada fitu-ivano podría ser comerciante, si así lo deseaba.

Por eso los tratantes blancos se oponían al sistema del papel moneda que él, Plumas del Sol, les había llevado. ¿Por qué lo llamaban Plumas del Sol? Porque era el Portador de la Luz desde el Mundo más allá del Cielo. El papel moneda era la luz. Los tratantes blancos, unos ladrones, no podían prosperar bajo la luz. Por eso luchaban contra ella.

Él lo demostraría ante las buenas gentes de Fitu-Iva y lo haría haciendo hablar a sus enemigos. Era un hecho bien sabido que todos los países civilizados contaban con sistemas de papel moneda. Preguntó a Ieremia si eso era verdad.

Ieremia no respondió.

—¿Lo veis? —continuó Cornelius—. No contesta. No puede negar que es verdad. Inglaterra, Francia, Alemania, todos los grandes países *papalangi* tienen un sistema de papel moneda. Funciona. Funciona desde hace siglos. Te reto, Ieremia, como hombre honrado, como quien fue ferviente trabajador en la viña del Señor, te reto a que niegues que en los grandes países *papalangi* ese

sistema funciona.

Ieremia no pudo negarlo y sus dedos jugaron, nerviosos, con el cierre del cesto, a la altura de sus rodillas.

—Ya veis que es tal y como os lo he contado —continuó Cornelius—. Ieremia acepta que es así. Por lo tanto os pregunto, buenas gentes de Fitu-Iva, si un sistema es bueno para los países *papalangi*, ¿por qué no va a serlo para Fitu-Iva?

—¡No es lo mismo! —gritó Ieremia—. El papel de Plumas del Sol es distinto al papel de los grandes países.

Resultó evidente que Cornelius estaba preparado para semejante reacción. Mostró un billete Fitu-Ivano que todos reconocieron.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Papel, un simple papel —contestó Ieremia.

—¿Y esto?

Ahora Cornelius mostraba un billete del Banco de Inglaterra.

—Es el papel moneda de los ingleses —explicó al Consejo, al tiempo que se lo entregaba a Ieremia para que lo examinase—. ¿No es verdad, Ieremia, que es el papel moneda de los ingleses?

Reacio, Ieremia asintió con la cabeza.

—Has dicho que el papel moneda de Fitu-Iva era papel, ¿qué me dices del de los ingleses? ¿Qué es? Debes responder como un hombre. Todos aguardamos para oír tu respuesta, Ieremia.

—Es… es… —empezó a decir un Ieremia perplejo, que luego farfulló algo ininteligible, incapaz de descifrar la falacia del otro.

—Papel…, un simple papel… —concluyó Cornelius en su lugar, imitando su pronunciación titubeante.

La convicción asomó a los rostros de todos. El rey aplaudió admirado y murmuró:

—Está muy claro, muy claro.

—Ya lo veis, él mismo lo reconoce. —La seguridad del triunfo se apreciaba en la voz y el gesto de Deasy—. No percibe diferencia en ellos. Porque no hay diferencia. Es la representación del dinero. Es dinero.

Mientras, Grief aprovechó para susurrar algo al oído de Ieremia, quien asintió con la cabeza y empezó a hablar.

—Pero todos los *papalangi* saben que el Gobierno inglés cambiará el papel por monedas.

La victoria de Deasy era absoluta. Alzó un billete fitu-ivano.

—¿Y no está eso mismo escrito también en este billete?

Grief susurró de nuevo.

—¿Que Fitu-Iva cambiará el papel por monedas? —preguntó Ieremia.

—Así está escrito.

Grief lo ayudó por tercera vez.

—¿Bajo demanda? —preguntó Ieremia.

—Bajo demanda —aseguró Cornelius.

—Entonces pido ahora mismo que se me entreguen monedas a cambio —dijo Ieremia, al tiempo que sacaba un pequeño fajo de billetes del saquito que colgaba de su cinturón.

Cornelius estudió el fajo con rapidez para calcular su valor.

—Muy bien —aceptó—. Te daré ahora mismo las monedas. ¿Cuánto es?

—Así veremos funcionar el sistema —proclamó el rey, participando del éxito de su ministro.

—¡Ya lo habéis oído! ¡Os cambiará los billetes por monedas! —gritó Ieremia a todos los reunidos.

Al mismo tiempo, hundió ambas manos en el cesto y sacó muchos fajos de billetes fitu-ivanos. Entre los miembros del consejo se empezó a extender un olor muy peculiar.

—Aquí tengo mil veintiocho libras, con doce chelines y seis peniques —anunció Ieremia—. Este es el saco para meter las monedas.

Cornelius retrocedió. No había contado con semejante suma y, por si fuera poco, sus ojos inquietos le mostraron jefes y portavoces que sacaban sus propios fajos de billetes. El Ejército, con sus dos meses de sueldo en la mano, empujaba para sobrepasar el límite del consejo, mientras que, tras él, el pueblo al completo, con más dinero, invadía el recinto.

—Ha provocado un asalto al banco —reprochó a Grief.

—Este es el saco para meter las monedas —insistió Ieremia.

—Debemos posponerlo —dijo Cornelius, desesperado—. No estamos en horario de oficina.

Ieremia blandió un fajo de billetes.

—Aquí no dice nada de horario de oficina. Dice bajo demanda y yo lo demando ahora.

—Diles que vengan mañana, ¡oh, Tui Tulifau! —solicitó

Cornelius al rey—. Mañana se les pagará.

Tui Tulifau dudó, pero su esposa le lanzó una mirada feroz y su brazo musculoso se tensó a la vez que el puño se convertía en un arma temible. Tui Tulifau intentó mirar hacia otro lado, pero no lo consiguió. Se aclaró la garganta, nervioso.

—Veremos cómo funciona el sistema —decretó—. La gente ha venido desde lejos.

—Es mucho dinero el que me pides que pague —murmuró Deasy en voz baja al rey.

Sepeli entendió lo que había dicho y soltó un gruñido tan salvaje que sobresaltó al rey, quien de forma involuntaria se encogió ante ella.

—No olvides el cerdo —susurró Grief a Ieremia, que se puso en pie de inmediato. Con un gesto de la mano, silenció la babel de voces que empezaba a formarse.

—Una antigua e ilustre costumbre de Fitu-Iva —dijo Ieremia— consistía en que, cuando se demostraba que un hombre era un infame malhechor, se le rompían las articulaciones a garrotazos y se lo empalaba en aguas pocos profundas para que los tiburones se lo comieran vivo. Por desgracia, esos tiempos han quedado atrás. Sin embargo, entre nosotros aún perdura otra costumbre antigua e ilustre. Todos sabéis de qué se trata. Cuando se demuestra que un hombre es un ladrón y un mentiroso, se le golpea con un cerdo muerto.

Introdujo la mano derecha en el cesto y, a pesar de no tener las gafas, el cerdo muerto que sacó aterrizó acertadamente sobre el cuello de Deasy. Fue arrojado con tanta energía que el ministro, aún sentado, cayó de lado. Antes de que lograse recuperarse, Sepeli, con una agilidad inesperada en una mujer que pesaba ciento veinte kilos, saltó hacia él. Con una mano lo agarró por el cuello de la camisa y con la otra blandió el cerdo y entre el inmenso alboroto de un reino feliz, le atizó con toda la fuerza de su realeza.

A Tui Tulifau no le quedó más remedio que poner buena cara ante la deshonra de su favorito y su grasa colosal se recostó sobre las esterillas y tembló en un torrente de carcajadas pantagruélicas.

Cuando Sepeli soltó tanto al cerdo como al ministro, un portavoz de la costa de barlovento recogió los restos del animal. Cornelius se había puesto en pie y corría cuando el cerdo le acertó en las piernas

y lo derribó. El pueblo y el Ejército, entre gritos y risotadas, se unieron a la diversión. Por mucho que regateara y serpenteara, el exministro de Hacienda siempre era alcanzado por el cerdo volador. Correteaba como un conejo asustado entre los aguacates y las palmeras. Nadie le ponía la mano encima y sus torturadores le abrían camino, pero nunca dejaban de perseguirlo y el cerdo continuaba volando en cuanto otras manos se hacían con él para lanzarlo.

Cuando la persecución se perdió de vista en el Camino de Retama, Grief guió a los comerciantes hasta el tesoro real y el día terminó mucho antes de que el último billete fitu-ivano hubiese sido cambiado por efectivo.

VIII

EN EL LEVE FRESCO del crepúsculo un hombre salió de entre la vegetación y se dirigió remando hacia la *Cantani*. Era una canoa abandonada que hacía agua y él remaba despacio, deteniéndose de vez en cuando para achicar. Los marineros *kanakas* se rieron y regodearon cuando se detuvo al costado y penosamente logró superar la barandilla y cayó sobre la cubierta. Estaba empapado y mugriento y parecía medio aturdido.

—¿Podría hablar un minuto con usted, señor Grief? —preguntó triste y humildemente.

—Siéntate a sotavento y lejos de mí —respondió Grief—. Un poco más lejos. Eso es.

Cornelius se sentó sobre la barandilla y se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Es verdad —dijo—. Huelo como un campo de batalla reciente. La cabeza me duele tanto que creo que me va a estallar. Tengo el cuello casi roto. Los dientes me bailan en las mandíbulas. En los oídos zumban colmenas enteras de avispones. Tengo el bulbo raquídeo dislocado. He sufrido un terremoto y una peste y del cielo han llovido cerdos. —Se detuvo para dejar escapar un suspiro que se convirtió en gemido—. He tenido una visión de una muerte terrible. Una muerte con la que los poetas ni siquiera han soñado. Que te devoren las ratas, te sumerjan en aceite hirviendo o te

desmiembren unos caballos desbocados… sería desagradable. Pero ¡que te maten a golpes con un cerdo muerto! —Se estremeció, espantado—. Eso supera la imaginación humana.

El capitán Boig olisqueó de manera audible, trasladó su hamaca más hacia barlovento y volvió a sentarse.

—He oído que zarpa rumbo a Yap, señor Grief —continuó Cornelius—, y quería pedirle dos cosas: el pasaje y el sorbo de whisky ahumado que rechacé la noche que usted llegó a tierra.

Grief dio una palmada para avisar al camarero y le pidió jabón y toallas.

—Primero ve a proa, Cornelius, y lávate bien —dijo—. El grumete te dará un pantalón de mahón y una camisa. Por cierto, antes de que te vayas, ¿cómo es que encontramos más monedas en el tesoro que papel emitido por ti?

—Es el dinero que traje yo para impulsar el negocio.

—Hemos decidido cobrar la demora y otros gastos y pérdidas a Tui Tulifau —dijo Grief—. De manera que se te devolverá la diferencia que encontramos. Aunque debemos descontarte diez chelines.

—¿Por qué?

—¿Crees que los cerdos muertos crecen en los árboles? Hemos incluido en las cuentas un total de diez chelines por ese cerdo.

Cornelius se estremeció y asintió con la cabeza.

—No sabe cómo agradezco que no fuese un cerdo de quince chelines, o de veinte.

[1911]

Por las tortugas de Tasman

I

LA LEY, EL ORDEN y la moderación habían esculpido el rostro de Frederick Travers. Era el rostro fuerte y firme de quien está acostumbrado al poder y lo ha utilizado con sabiduría y discreción. La vida sana había aportado salud a la piel, y las arrugas que la marcaban reflejaban honestidad. Sencillamente, la dedicación constante al trabajo había creado una obra íntegra. Cada rasgo de aquel hombre contaba la misma historia, desde el azul claro de los ojos hasta la cabeza, recubierta de un cabello castaño claro con algunas canas, raya al medio y peinado hacia atrás, despejando la frente curva. Era un hombre acicalado y el claro traje veraniego lo favorecía sin pregonar a los cuatro vientos que su dueño era también poseedor de muchos millones de dólares y propiedades.

Y es que Frederick Travers odiaba la ostentación. El automóvil que lo esperaba tras la puerta cochera era de un negro muy sobrio. Se trataba del coche más caro del condado, pero no alardeaba de su

precio ni de sus caballos de potencia cruzando, como una llamarada roja, un paisaje que en su mayor parte también le pertenecía, desde las dunas de arena y el incesante ritmo de las enormes olas del Pacífico, pasando por los fértiles campos de las riberas y los pastos de las tierras altas, hasta las lejanas cimas, cubiertas de bosques de secuoyas y envueltas en niebla y nubes.

El roce de una falda lo llevó a mirar por encima del hombro. A su gesto asomó un levísimo indicio de irritación. Sin embargo, su hija no era la causante. Fuera lo que fuese, parecía encontrarse sobre el escritorio que tenía frente a él.

¿Puedes repetirme ese nombre tan extravagante? —preguntó la joven—. Sé que jamás me lo aprenderé. Mira, he traído un bloc para anotarlo.

Tenía una voz grave y serena y se trataba de una joven alta, bien formada y de piel clara. Su tono y su autosuficiencia también indicaban en ella el hábito del orden y la moderación.

Frederick Travers estudió la firma de una de las dos cartas que se encontraban sobre el escritorio.

—Bronislawa Plaskoweitzkaia Travers —leyó y luego deletreó la parte complicada del nombre para que su hija pudiese escribirlo. Después añadió—: Mary, recuerda que Tom siempre fue un tarambana, así que deberás tener paciencia con su hija. Incluso el nombre resulta… desconcertante. A él no lo veo desde hace años, y en cuanto a ella —Reflejó su aprensión encogiéndose de hombros. Sonrió y se esforzó por resultar ingenioso—: En cualquier caso, son tan familia tuya como mía. Si él es mi hermano, también es tu tío. Y si ella es mi sobrina, las dos sois primas.

Mary asintió.

—No te preocupes, padre. Seré amable con ella, pobrecilla. ¿Qué nacionalidad tenía su madre para que le pusiera un nombre tan feo?

—No lo sé. Rusa, polaca, española o algo así. Era como Tom. Era actriz o cantante, no lo recuerdo. Se conocieron en Buenos Aires. Se fugaron. El marido de ella…

—¡Entonces, ya estaba casada!

La consternación de Mary fue espontánea, no fingida, y la irritación de su padre empeoró. No había querido decir eso. Se le había escapado.

—Después se divorciaron, por supuesto. Nunca supe los

destalles. La madre murió en China… no, en Tasmania. En China fue donde Tom… —Cerró la boca de repente. No quería volver a meter la pata.

Mary aguardó y luego se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo.

—Le he asignado las habitaciones que dan a la rosaleda —dijo —, y voy a echarles una última ojeada.

Frederick Travers se inclinó sobre el escritorio, como si fuese a guardar las cartas, pero cambió de idea y, despacio, con gesto reflexivo, volvió a leerlas.

> Querido Fred:
>
> Hace mucho que no me encuentro tan cerca del hogar y me gustaría llegar hasta ahí. Por desgracia, he despilfarrado mi proyecto del Yucatán, creo que ya te escribí al respecto, y estoy tan arruinado como siempre. ¿Podrías adelantarme fondos para el viaje? Me gustaría llegar a lo grande. Ya sabes que Polly me acompaña. Me pregunto cómo os llevaréis.
>
> TOM
>
> P.D.: Si no es mucha molestia, envíamelo a vuelta de correo.

La otra carta, en una letra que le pareció extraña y extranjera, pero claramente femenil decía:

> Querido tío Fred:
>
> Papá no sabe que te escribo. Me ha contado lo que te ha dicho, pero no es verdad. Vuelve a casa a morirse. Él no lo sabe, pero yo he hablado con los médicos. Y tiene que volver a casa porque no nos queda dinero. Ahora vivimos en una pensión pequeña y sofocante que no es el lugar más adecuado para papá. Lleva toda su vida ayudando a los demás y ahora ha llegado el momento de ayudarlo a él. En Yucatán no despilfarró el dinero. Yo estaba con él y lo sé. Invirtió allí todo cuanto tenía y le robaron. No es capaz de superar a los

neoyorquinos cuando se trata de hacer negocios. Eso lo explica todo y yo me siento orgullosa de que sea así.

Él se ríe y dice que no me llevaré bien contigo. Pero no estoy de acuerdo. Además, en mi vida he visto un verdadero pariente de sangre, y ahí también está tu hija. ¡Imagínatelo! ¡Una prima de verdad!

Deseando veros, se despide tu sobrina,

BRONISLAWA PLASKOWEITZKAIA TRAVERS

P.D.: Será mejor que envíes un giro con el dinero o no verás a papá. Él no sabe lo enfermo que está y, si se encuentra con algún viejo amigo, se marchará para llevar a cabo alguna de sus misiones imposibles. Ya empieza a hablar de Alaska. Dice que allí se librará de la fiebre para siempre. Por favor, ten en cuenta que debemos pagar la pensión o llegaremos sin equipaje.

B.P.T.

Frederick Travers abrió la puerta de una enorme caja fuerte y guardó las cartas en un compartimento etiquetado como «Thomas Travers».

—¡Pobre Tom! ¡Pobre Tom! —suspiró en voz alta.

II

EL GRAN AUTOMÓVIL aguardaba en la estación y Frederick Travers se emocionó como se emocionaba siempre al oír el lejano silbato de la locomotora que cruzaba el valle del río Isaac Travers. Isaac Travers había sido el primer hombre de los que viajaron al Oeste que posó la vista en aquel espléndido valle, en sus aguas repletas de salmones, sus fértiles campos y sus laderas boscosas y vírgenes. Tras verlo, se apoderó de él y nunca lo soltó. A mediados de la etapa colonizadora dijeron de él que tenía demasiada tierra muy poco dinero. Pero eso fue cuando los depósitos aluviales se extinguieron cunado no había caminos para las carretas ni remolcadores para ayudar a los veleros a cruzar la peligrosa barra y cuando su solitario

molino funcionaba protegido por una guardia armada, a fin de mantener alejados a los merodeadores indios klamath mientras molían el trigo. De tal palo tal astilla, y Frederick Travers conservó aquello con lo que Isaac Travers se había hecho. Lo conservó con la misma tenacidad. Ambos fueron unos visionarios. Ambos previeron la transformación del Oeste profundo, la llegada del ferrocarril y la construcción de un nuevo imperio en la costa del Pacífico.

Frederick Travers también se emocionaba al oír el silbato de la locomotora porque, más que de cualquier otro hombre, aquel ferrocarril era suyo. Su padre había muerto luchando por lograr que el ferrocarril cruzase las montañas cuando construirlo costaba una media de setenta mil dólares por kilómetro. Él, Frederick, lo había logrado. Aquel ferrocarril le robó muchas noches de sueño, le obligó a comprar periódicos, a meterse en política y a subvencionar la maquinaria de los partidos. También había acudido en peregrinaje, más de una vez y a su propia costa, para ver a los grandes jefes del ferrocarril del Este Aunque el condado entero sabía cuántos kilómetros de su tierra se veían afectados por la servidumbre de paso, nadie imaginaba ni soñaba la cantidad de sus dólares que había invertido en garantías y bonos del ferrocarril. Había hecho mucho por su condado y la línea férrea era el último y el mayor de sus logros, la piedra angular del esfuerzo de los Travers, algo trascendental y maravilloso que había sido conseguido poco tiempo antes. Llevaba dos años en funcionamiento y ya estaba a punto de dar beneficios, prueba clara del buen juicio de Frederick. Aunque ese no era el único beneficio a la vista. Ya estaba escrito que el próximo gobernador de California se llamaría Frederick A. Travers.

Habían transcurrido veinte años desde la última vez que vio a su hermano mayor, durante un breve encuentro tras diez años de ausencia. Recordaba bien aquella noche. Tom era el único que se atrevía a cruzar la barra en la oscuridad y esa última vez, entre el anochecer y el alba, con viento del sudeste, había entrado con su goleta y vuelto a salir. A medianoche se oyó el repiqueteo de los cascos de un caballo, al establo llegó un animal cubierto de sudor y Tom apareció con la sal del mar en el rostro, según atestiguó madre. Solo se quedó una hora y se marchó a lomos de un caballo descansado, mientras la lluvia repiqueteaba en las ventanas y el viento creciente gemía entre las secuoyas. El recuerdo de su visita

fue como el tufo, fuerte e intenso, del desenfrenado mundo exterior. Una semana después, maltratado por el mar y directo a la barra, había llegado el guardacostas Bear. En el periódico local se hicieron conjeturas y se insinuó que había arribado a tierra una gran cantidad de opio y que se había buscado en vano la misteriosa goleta *Halcyon*. Solo Fred y su madre, además de los criados indios, sabían lo del caballo agotado y la taimada forma en que, más tarde, fue devuelto a la aldea de pescadores de la playa, sin que nadie se enterase.

A pesar de esos veinte años, quien se bajó del vagón era el mismo Tom Travers de siempre. A su hermano no le pareció un hombre enfermo. Estaba mayor, lógicamente. El panamá no ocultaba las canas y, aunque prometían empezar a encogerse pronto, los hombros aún permanecían erguidos y anchos. En cuanto a la joven que lo acompañaba, Frederick Travers experimentó una inmediata sensación de desagrado. La sintió con fuerza, pero de forma imprecisa. Era una especie de objeción, aunque no podía ponerle nombre ni saber de dónde surgía. Podía ser por el vestido de lino, entallado y de corte extranjero, por la blusa, muy atrevida, por la negra intencionalidad del cabello, por las amapolas que decoraban el enorme sombrero de paja o quizá por el centelleo de su colorido: ojos y cejas negros, el rosa encendido de las mejillas, el blanco de la dentadura perfecta que enseñaba con demasiada facilidad. «Una consentida», fue lo que pensó, aunque no tuvo tiempo de analizar su idea porque la mano de su hermano estrechó la suya y le presentó a su sobrina.

Volvió a sentir lo mismo. La joven se exhibía y hablaba a juego con su colorido y, además, se expresaba con las manos. No pudo evitar fijarse en su pequeño tamaño. Eran absurdamente diminutas y sus ojos se desplazaron a los pies de la joven, para realizar el mismo descubrimiento. Sin fijarse en la curiosa multitud que se había reunido en el andén, la chica interceptó su intención de precederlos hasta el automóvil y situó a los hermanos uno al lado del otro. Tom lo permitió entre risas, pero su hermano pequeño se mostraba incómodo, demasiado consciente de las miradas de sus conciudadanos. Era de costumbres puritanas. Las demostraciones familiares se realizaban en la privacidad del círculo doméstico y no ante el público. Se alegraba de que no hubiese intentado besarlo. Le

asombraba que no lo hubiese hecho. Recelaba de ella.

La joven los abarcó y penetró con una cálida mirada que parecía ver a través de ellos, por encima de ellos y a su alrededor.

—Sin duda sois hermanos —exclamó, las manos relampagueando como los ojos—. Es fácil de apreciar. Y, sin embargo, hay una diferencia. No sé, no puedo explicarlo.

En verdad, con un tacto que superaba la paciencia más disciplinada de Frederick Travers, la joven no se atrevió a explicarlo. Sus grandes ojos de artista habían visto y sentido esa diferencia aguda y fundamental. Los hermanos se parecían, sin duda compartían ascendencia y sus rasgos tenían un origen común; pero ahí terminaba toda semejanza. Tom medía casi diez centímetros más y en su enorme bigote dominaban las canas. Tenía la misma nariz aguileña que su hermano, pero la suya era más aguileña aún, al igual que los ojos, más acusadamente azules. Las arrugas del rostro estaban más marcadas, los pómulos eran más altos, las mejillas más hundidas y estaba más moreno. El suyo era un rostro volcánico. Allí había habido fuego, un fuego que aún subsistía. Alrededor de los ojos había más arrugas provocadas por la risa y en los ojos una promesa de seriedad más infalible que la que poseían los del hermano menor. El porte de Frederick era burgués, pero en Tom había relajación natural y distinción. Ambos llevaban la misma sangre pionera de Isaac Travers, aunque tratada en crisoles muy distintos. Fredenck representaba el linaje convencional y esperado. Su hermano expresaba algo vasto e intangible que era desconocido en la estirpe de los Travers. Todo eso fue lo que la joven de ojos negros vio y supo al instante. Todo cuanto había resultado inexplicable en los dos hombres y su relación quedó aclarado en el momento en que los vio uno junto al otro.

—Que alguien me despierte —dijo Tom—. No puedo creer que haya llegado en tren. ¿Y la población? Hace treinta años solo había cuatro mil habitantes.

—Ahora hay sesenta mil —fue la respuesta del otro—. Y no para de aumentar. ¿Quieres dar una vuelta por la ciudad? Tenemos tiempo de sobra.

Mientras recorrían las calles, anchas y bien pavimentadas, Tom no dejaba de mostrar su asombro. El paseo marítimo lo dejó perplejo. Donde antes fondeaba su balandro en cuatro metros de

agua, ahora había tierra firme y una estación para la distribución de mercancías, con embarcaderos y buques a lo lejos.

—¡Alto! ¡Pare! —exclamó varias manzanas más adelante, al tiempo que observa un macizo edificio de oficinas—. ¿Dónde estamos, Fred?

—En la Cuarta y Travers, ¿no te acuerdas?

Tom se puso en pie y miro a su alrededor, intentando distinguir la configuración anterior y familiar del terreno atestado ahora de edificios.

—Creo… creo que… —empezó a decir, indeciso—. No, no lo creo, estoy seguro.

En esa zona cazábamos conejos y mirlos entre la maleza. Y allí, donde está el edificio del banco, había una laguna. —Se volvió hacia Polly—. Allí construí mi primera balsa y probé el mar por primera vez.

—Sabe Dios cuántos litros te bebiste —se rio Frederick, al tiempo que le hacía un gesto al chófer—. Te lanzaron en el interior de un barril, si no recuerdo mal.

—¡Oh! ¡Contadme más! —exclamó Polly mientras aplaudía.

—Ahí está el parque —señaló Frederick un poco después, indicando un bosque de secuoyas que ocupaba el primer tramo de pendiente de las colinas más altas.

—Allí padre mató tres grizzlys en una tarde —afirmó Tom.

—He regalado cuarenta acres de ese bosque a la ciudad —continuó Frederick— Padre le compró a Leroy una sección de un cuarto por un dólar el acre.

Tom asintió y el brillo de sus ojos, al igual que el destello de los de su hija, fue muy superior a cualquier asomo de luz que hubiese surgido nunca en los ojos de su hermano.

—Sí —afirmó—. Leroy, el negro casado con una india. Recuerdo aquella vez en que nos llevó a ti y a mí a cuestas hasta Alliance, la noche en que los indios quemaron el rancho. Padre se quedó para luchar.

—Pero no consiguió salvar el molino. Supuso un grave revés para él.

—En cualquier caso, mató cuatro indios.

Los ojos de Polly volvieron a destellar.

—¡Luchó contra los indios! —exclamó—. Habladme de él.

—Cuéntale lo del Paso Travers —dijo Tom.

—En el río Klamath hay una barca de pasaje hacia la barra de Orleans y Siskiyou. En aquellos días había mucho movimiento de material hacia las excavaciones y, entre otras cosas, padre se había hecho allí con un emplazamiento. La tierra también valía para cultivarla en bancales. Construyó un puente colgante: entretejió los cables *in situ* con la ayuda de varios marineros y con materiales transportados desde la costa. Se gastó veinte mil dólares. El día que se abrió, lo cruzaron ochocientas mulas, a un dólar por cabeza, sin contar el peaje por pasar a pie y a caballo. Esa noche el río creció. El puente superaba en cuarenta y cinco metros la marca del cauce más bajo. Sin embargo, la avenida fue superior y se llevó el puente por delante. De lo contrario, habría ganado una fortuna.

—Pero hay más —soltó Tom, impaciente—. Fue en el Paso Travers donde padre y el viejo Jacob Vance se vieron sorprendidos por una partida de guerreros de los indios de Mad River. A Jacob lo mataron en el mismo umbral de la cabaña. Padre arrastró su cadáver al interior y contuvo a los indios durante una semana. Padre era un buen tirador. Enterró a Jacob bajo el suelo de la cabaña.

—Aún conservo la barca de pasaje en funcionamiento —continuó Frederick—, aunque ahora ya no hay tanto tráfico. Transporto la mercancía en carretas hasta la Reserva y luego en mulas Klamath arriba hasta el horcajo de Little Salmon. Tengo doce almacenes en esa ruta, una diligencia que va a la Reserva y un hotel. Empieza a haber movimiento de turistas.

La joven pasaba sus ojos pensativos y curiosos de un hermano al otro, mientras ellos se expresaban de forma tan diferente.

—Sí, padre era un gran hombre —murmuró Tom.

En su voz había un tono somnoliento que provocó una mirada de ansiedad en su hija. El automóvil se había adentrado en el cementerio y se detenía ante un sólido panteón, situado en la cima de la colina.

—He pensado que te gustaría verlo —dijo Frederick—. Lo he construido yo, casi todo con mis propias manos. Lo quiso madre. La propiedad tenía muchísimas cargas. El mejor presupuesto que me ofrecieron los contratistas ascendía a once mil dólares. Yo lo hice por poco más de ocho mil.

—Pues debiste trabajar hasta por las noches —murmuró Tom con admiración y en un tono más azarado que antes.

—Así fue, Tom. Trabajé muchas noches a la luz de los faroles. Estaba muy ocupado. Por entonces me encontraba reconstruyendo la planta depuradora de agua, porque los pozos artesianos habían fallado, y madre tenía problemas de visión. Recordarás que te lo escribí, eran cataratas. Se hallaba demasiado débil para viajar e hice venir a los especialistas desde San Francisco. Sí, estaba terriblemente ocupado. También tenía entre manos la disolución del desastroso asunto de la línea de vapores a San Francisco que padre había establecido, además de hacer frente a unas hipotecas que sumaban la friolera de ciento ochenta mil dólares.

Una respiración suave y estertórea lo interrumpió. Tom se había quedado dormido con la barbilla apoyada en el pecho. Polly llamó la atención de su tío con una mirada significativa. Luego su padre, tras un movimiento inquieto y agitado, abrió unos párpados adormilados.

—Es este día tan cálido —dijo con una alegre risa de disculpa—. Me he quedado dormido. ¿No estamos cerca de casa?

Frederick le hizo un gesto al chófer y el automóvil continuó camino.

III

La casa que Frederick Travers construyó cuando le sonrió la fortuna era grande y cara, sobria y cómoda y sin más pretensiones de lo normal para la que era la mejor casa de campo del condado. Allí se respiraba el ambiente que creaban él mismo y su hija. Pero en los días posteriores a la vuelta a casa del hermano, todo eso cambió. Desapareció la vida tranquila y ordenada. Frederick no se sentía cómodo ni feliz. Había un inusitado torbellino de actividad y nadie respetaba las tradiciones y normas. Las comidas eran irregulares y se prolongaban mucho, además de celebrarse cenas a medianoche con calientaplatos y de oírse carcajadas a las horas más inapropiadas.

Frederick era abstemio. Su mayor exceso consistía en tomarse una copa de vino durante la cena. Se permitía fumar tres puros

diarios, pero lo hacía en el porche o en el salón de fumar. ¿Para qué estaba, si no, el salón de fumar? Odiaba los cigarrillos. Sin embargo, su hermano se pasaba el día liando delgados cigarrillos de papel de estraza y fumándolos dondequiera que se encontrase. En el cómodo sillón que solía frecuentar y entre los cojines de los asientos de las ventanas siempre había hebras de tabaco desperdigadas. Y estaba el asunto de los cócteles. Criado bajo la severa tutela de Isaac y Eliza Travers, el hecho de que hubiera licores en la casa a Frederick le parecía una abominación. La ira de Dios había barrido ciudades antiguas de la faz de la tierra por semejante costumbre. Antes de comer y de cenar, ayudado y amparado por Polly, Tom mezclaba una interminable variedad de bebidas y la joven demostraba sus conocimientos sobre los diversos brebajes, aprendidos en los rincones más alejados de la tierra. En esos momentos, a Frederick le parecía que la despensa de su mayordomo y su comedor se convertían en simples bares. Cuando lo comentó, en un intento por mostrarse ingenioso, Tom afirmó que, tan pronto se hiciese rico, pondría un mueble bar en todas las habitaciones de su casa.

Siempre había más hombres jóvenes de visita que antes, y ayudaban a dar cuenta los cócteles. A Frederick le habría gustado explicar de esa forma su presencia, pero era consciente de la realidad. Su hermano y su sobrina lograban lo que él y Mary no habían sido capaces de hacer. Ellos eran los imanes. Los atraían la juventud, la alegría, las risas. La casa se animaba con tanta vida joven. Siempre, de noche y de día, las bocinas de los coches sonaban al recorrer los caminos de gravilla. Con buen tiempo celebraban excursiones y meriendas campestres, navegaban en la bahía a la luz de la luna, salían antes del alba o regresaban a casa después de la medianoche y a menudo, por la noche, los muchos dormitorios se llenaban de huéspedes como nunca antes. Tom quería repetir todas sus hazañas de la niñez: volver a pescar truchas en el arroyo Bull, cazar codornices en la pradera de Walcott y un ciervo en Round Mountain. Ese ciervo preocupó y avergonzó a Frederick. ¿Qué importaba que la temporada de caza estuviese cerrada? Tom llevó el ciervo a casa con aire triunfal y se regodeó al decir que era salmón de montaña cuando lo sirvieron en la propia mesa de Frederick, donde todos se lo comieron.

Tomaron almejas en el cabo de la bahía y mejillones junto al

rugido de la rompiente; y Tom les habló con descaro de la *Halcyon* y de sus negocios de contrabando, llegando a preguntarle a Frederick, delante de todos, cómo se las había apañado para devolver el caballo a los pescadores sin que lo descubrieran. Todos los jóvenes conspiraban con Polly para consentir los caprichos de Tom. Y Frederick se enteró de la verdad oculta tras la matanza del ciervo: de cómo lo adquirieron en el parque de Golden Gate, donde había exceso de ejemplares, lo transportaron dentro de un cajón en tren y luego en un carro tirado por caballos y a lomos de varias mulas hasta lo más profundo de Round Mountain; de cómo Tom se quedó dormido la primera vez que lo soltaron; de cómo lo persiguieron los jóvenes a caballo, las carreras y las caídas hasta que lograron atraparlo en el claro del rancho Burnt; y, por último, del triunfo final, cuando lo soltaron por segunda vez y Tom lo derribó a cincuenta metros de distancia. Frederick se sintió vagamente herido, ¿cuándo habían mostrado tanta consideración hacia él?

Había días en que Tom no podía salir y se posponían los juegos en el exterior; días en los que continuaba siendo el centro de atención, sentado y adormilado en el sillón, despertándose de vez en cuando, a su manera alegre e inesperada, para liar un cigarrillo y pedir su ukelele, una especie de guitarra diminuta inventada por los portugueses. Luego, entre rasgueos y golpeteos, el cigarrillo encendido abandonado con el inminente peligro que suponía para la madera encerada, su voz de barítono entonaba *hulas* de los mares del Sur y alegres canciones francesas y españolas.

Una en particular gustó mucho a Frederick desde el principio. Era la canción preferida de un rey tahitiano, según explicó Tom, el último de los Pomare, quien la había compuesto y acostumbraba a pasarse horas cantándola, tumbado sobre sus esterillas. Consistía en la repetición de unas pocas sílabas. «*E meu ru ru a vau*», decía; nada más. Era una cantinela majestuosa, infinita y siempre cambiante, acompañada por los solemnes acordes del ukelele. Polly se ocupó, encantada, de enseñársela a su tío, pero cuando Frederick, intentando disfrutar él también del amable aluvión de vida que rodeaba a su hermano, quiso tocarla en público, notó el regodeo sorprendido de sus oyentes, que fue en aumento y pasó de las risitas tontas y las burlas a una enorme carcajada para su gran

consternación, se enteró de que la frase sencilla que había repetido significaba «estoy tan borracho». Lo habían puesto en ridículo. Una y otra vez, solemne y espléndidamente, él, Frederick Travers, había anunciado que estaba muy borracho. Después de eso, cuando cantaban, él se escabullía en silencio de la habitación. Ni siquiera la explicación posterior de Polly, según quien la última palabra significaba «feliz» y no «borracho», logró reconciliarlo; porque la joven se había visto obligada a admitir que el rey era un borrachín y siempre que se entregaba a esa cantinela estaba bebido.

Frederick se sentía constantemente atormentado por la sensación de estar fuera de lugar. Era sociable y le gustaba divertirse, aunque fuera de una forma más saludable y digna que su hermano. No comprendía por qué en el pasado los jóvenes habían tildado su casa de aburrida y habían dejado de ir, excepto en ocasiones formales y oficiales, hasta ahora, cuando acudían en manada para ver a su hermano, pero no a él. Tampoco le gustaba cómo mimaban las jóvenes a su hermano, lo tuteaban y lo llamaban Tom, y le resultaba intolerable ver cómo retorcían y tiraban de su bigote de bucanero para castigarlo en broma cuando comprendían sus chanzas, con las que a veces se pasaba de la raya.

Semejante conducta era profanar la memoria de Isaac y Eliza Travers. En la casa había demasiado jolgorio. La enorme mesa siempre se ocupaba entera y en la cocina necesitaban ayuda extra. Los desayunos duraban desde las cuatro hasta las once y las cenas de medianoche, que conllevaban incursiones a la cocina y quejas de los criados, molestaban a Frederick. La casa se había convertido en un restaurante, en un hotel, se decía a sí mismo con amargura; y había momentos en los que se sentía tentado a dar un golpe de timón y recuperar las viejas costumbres. Pero, de alguna forma, la antigua magia de su imponente hermano era demasiado para él y, en ocasiones, lo observaba casi sobrecogido, intentando desentrañar la alquimia de su atractivo, desconcertado por las extrañas luces y el fuego que asomaba a los ojos de su hermano y por el conocimiento de lugares lejanos y noches y días de desenfreno que llevaba escrito en el rostro. ¿De qué se trataba? ¿Qué visión indispensable había atisbado el otro, el hermano irresponsable y despreocupado? Frederick recordó un verso de una vieja canción: «Llegó por caminos resplandecientes». ¿Por qué su hermano le hacía

pensar en ese verso? ¿Acaso él, que en su niñez no había conocido ley alguna y que en su madurez se consideraba por encima de la ley, había encontrado esos caminos resplandecientes?

La injusticia de todo aquello tenía perplejo a Frederick, hasta que encontró consuelo al pensar que Tom había hecho de su vida un fracaso. Entonces, en los momentos de calma, sentía alivio y fortalecía su orgullo mostrándole a Tom sus propiedades.

—Te ha ido bien, Fred —solía decir Tom—. Te ha ido muy bien.

Lo decía a menudo, tan a menudo como se dormía en el enorme automóvil que avanzaba con suavidad.

—Todo en perfecto orden, muy higiénico y como los chorros del oro. Ni una brizna de hierba fuera de lugar —comentó Polly—. ¿Cómo lo consigues? No me gustaría ser una de las briznas de hierba de tus pastos —concluyó con un ligero estremecimiento.

—Has trabajado mucho —dijo Tom.

—Sí he trabajado mucho —afirmó Fred—. Y ha valido la pena.

Iba a seguir hablando, pero la extraña luz que asomó a los ojos de la joven lo obligó a detenerse, incómodo. Sintió que lo evaluaba, que lo retaba. Su honorable carrera para levantar un condado autónomo y próspero había sido cuestionada por primera vez. Y la cuestionaba una jovencita, hija de un holgazán, que no era más que una criatura extranjera, voluble y frívola.

Era inevitable que ambos chocasen. Desde el primer momento había sentido antipatía hacia ella. No hacía falta que hablase. Su presencia bastaba para incomodarlo. Sentía el tácito desagrado de la joven, aunque en ocasiones no se conformaba con callar. Además, no tenía pelos en la lengua. Era directa como un hombre y ningún hombre se había atrevido a hablarle a él como lo hacía ella.

—Me pregunto si alguna vez echas de menos lo que te has perdido —le dijo en una ocasión—. ¿Alguna vez en tu vida te has liberado y te has dejado llevar? ¿Te has emborrachado alguna vez? ¿O has fumado hasta marearte? ¿Has desoído los Diez Mandamientos? ¿O te has saltado las normas y le has guiñado un ojo a Dios?

—¡Mira que es rara! —balbuceó Tom—. Igualita a su madre.

Aunque por fuera sonreía y conservaba la calma, Frederick sintió un escalofrío en el corazón. Aquello era increíble.

—Me parece que son los ingleses —continuó la joven— quienes

dicen que un hombre no ha vivido hasta que besa a una mujer y golpea a un hombre. Me pregunto si alguna vez le has pegado a un hombre. Confiesa ahora mismo.

—¿Y tú? —contraatacó él.

Ella asintió, con un destello de enfado en los ojos, y esperó.

—No, nunca he tenido el placer —respondió Fred lentamente—. Aprendí muy pronto a controlarme.

Más tarde, irritada por la autocomplacencia de él y tras escuchar el recital de cómo había acaparado la producción de salmón del río Klamath, criado las primeras ostras en la bahía y fundado ese lucrativo monopolio, y cómo, luego de muchos pleitos y varios años de campaña, se había apoderado de la zona ribereña de Williamsport y, por lo tanto, ganado el control del sector maderero, la joven volvió a la carga.

—Parece que valoras la vida en relación a los beneficios y las pérdidas —dijo—. Me pregunto si alguna vez has conocido el amor.

El tiro dio en el blanco. No había amado a su mujer. El suyo fue un matrimonio por interés. Salvó su patrimonio en la época en la que había estado a punto de perder la lucha por liberar de cargas la enorme cantidad de propiedades que las ávidas manos de Isaac Travers habían acaparado. Aquella joven era una bruja. Había escarbado en una vieja herida y conseguido que volviera a doler. Él nunca tuvo tiempo para amar. El trabajo lo llenaba todo. Fue presidente de la Cámara de Comercio, alcalde de la ciudad y senador del Estado, pero nunca disfrutó del amor. En algunas ocasiones había sorprendido a Polly, descarada y sin reserva, en brazos de su padre y había visto el cariño y la ternura que ambos se tenían. Él tampoco disfrutaba de esa clase de amor. Por muy excesivo que le resultase ese comportamiento, Mary y él no se mostraban así ni en privado. Su hija era normal, formal e insulsa, lo que debía esperarse de un matrimonio sin amor. Incluso empezó a dudar de si lo que sentía por ella era amor o no. ¿Sería incapaz de amar?

Un minuto después del comentario de Polly, Frederick fue consciente de un gran vacío. Le pareció que sus manos solo habían asido cenizas, hasta que al mirar hacia la otra estancia vio a Tom dormido en su butaca, el rostro ceniciento, envejecido y cansado. Recordó todo lo que él había hecho, todo cuanto poseía. ¿Y qué

poseía Tom? ¿Qué había hecho Tom? Más allá de despilfarrar su vida y agotarla hasta que solo quedaba una chispa que parpadeaba levemente en un cuerpo moribundo.

Lo que preocupaba a Frederick de Polly era que lo atraía tanto como lo repelía. Su propia hija nunca le había resultado tan interesante. Mary se movía a un ritmo que no provocaba fricciones y pronosticar sus actos era tan sencillo que casi parecía automático. ¡Pero Polly! Tenía tantos matices, era tan proteica que nunca sabía qué iba a hacer a continuación.

—Te mantiene en vilo, ¿eh? —se reía Tom.

Era irresistible. Trataba a Frederick de una forma que para Mary habría resultado imposible. Se tomaba libertades con él, lo embaucaba o lo lastimaba y siempre lo obligaba a ser claramente consciente de su existencia.

En una ocasión, tras uno de sus encontronazos, lo fastidió con el piano, tocando una melodía enloquecedora que lo provocó, lo irritó, hizo que el corazón le latiera desbocado y la cámara ordenada de su cabeza se llenase de fantasías indisciplinadas. Lo peor fue que ella vio y supo lo que estaba haciendo. Fue consciente antes que él e hizo que él se diese cuenta, girando el rostro para mirarlo, en los labios una sonrisa burlona y contemplativa que casi era una mueca desdeñosa de superioridad. Eso fue lo que lo hizo consciente del desenfreno de su imaginación. Desde la pared donde ella se encontraba, los estirados retratos de Isaac y Eliza Travers los miraban como espectros llenos de reproches. Frederick abandonó la habitación enfurecido. Nunca había soñado que la música tuviese tanta fuerza. Después —lo recordaba con vergüenza— había regresado a escondidas para escuchar desde fuera. Ella se había dado cuenta y volvió a tocar la melodía que tanto le afectaba.

Cuando Mary le preguntó qué opinaba de la forma en que tocaba Polly, un contraste espontáneo surgió en su mente. La música de Mary le recordaba a la iglesia. Era fría y básica como un local de culto metodista. Pero la de Polly era como el ceremonial anárquico y enloquecido de un templo pagano lleno de incienso, en el que unas jóvenes bailaban danzas tradicionales indias.

—Toca como una extranjera —respondió, contento con el éxito y el antagonismo de su evasiva.

—Es una artista —afirmó Mary, solemne—. Es un genio.

¿Cuándo practica? ¿Cuándo ha practicado? Tú sabes cómo he practicado yo. Lo mejor que yo hago es como un ejercicio básico, comparado con lo más sencillo que ella improvisa. Su música me transmite cosas, sí, cosas maravillosas e indescriptibles. La mía me dice «un-dos-tres, un-dos-tres». ¡Oh, es una locura! Yo trabajo y trabajo y no llego a nada. Es injusto. ¿Por qué ha nacido ella así y yo no?

«Por el amor», fue lo que pensó Frederick de inmediato y en secreto. Pero antes de pudiera desarrollar su idea, ocurrió algo sin precedentes y Mary rompió a llorar y a sollozar. Le habría gustado abrazarla, como hacía Tom, pero no supo hacerlo. Lo intentó y descubrió que Mary era tan lega en la materia como él. Acabó convirtiéndose en un momento incómodo para los dos.

La comparación entre ambas jóvenes resultaba inevitable. De tal palo, tal astilla. Mary no era más que la pálida seguidora de un general magnífico y vencedor. La frugalidad de Frederick había tenido que aprender todo lo relativo a la vestimenta. Sabía lo caras que eran las ropas de Mary, pero no podía negarse a reconocer el hecho de que las improvisaciones de vagabunda de Polly, baratas y en apariencia arbitrarias, siempre estaban bien y tenían más éxito. Su gusto era infalible. Su forma de usar el chal resultaba inimitable. Con un pañuelo hacía milagros.

—Se limita a ponerse las cosas sin pensar —se quejó Mary—. Ni siquiera lo intenta. Se viste en quince minutos y cuando va a nadar sale del vestuario antes que los chicos. —La admiración de Mary era sincera e incrédula—. No sé cómo lo hace. Nadie se atrevería a usar esos colores, pero a ella le quedan bien.

—Siempre me ha amenazado con que, cuando me arruine por completo, será modista y nos mantendrá a los dos —intervino Tom.

Frederick miró por encima del periódico que estaba leyendo y fue testigo de una escena ilustrativa cuando Polly entró en la sala. Él sabía que Mary había estado acicalándose durante una hora.

—¡Oh, qué preciosidad! —exclamó Polly de inmediato. Su rostro y sus ojos reflejaron la sinceridad de su comentario y sus manos se movieron alegres—. Pero ¿por qué no llevas así este lazo? Eso, y así.

En un segundo había realizado los cambios y el milagro del gusto y la diferencia logrado por sus retoques resultó evidente

incluso para Frederick.

Polly era como su padre, generosa hasta el absurdo con sus escasas pertenencias. Mary elogió un abanico español, un tesoro mexicano que había pertenecido a una de las grandes damas de la corte del emperador Maximiliano. La emoción llameó en el rostro de Polly. De inmediato, Mary pasó a ser la propietaria del abanico, casi dejándose llevar por la ficticia impresión de que, al aceptarlo, quedaba obligada con su prima. Solo una extranjera podía hacer esas cosas y Polly fue culpable de hacer regalos parecidos a todas las jóvenes. Ella era así. Podía tratarse de un pañuelo de encaje, una perla rosa paumotuana o una peineta de carey. Daba igual. Si miraban algo con admiración, ese algo pasaba a ser de ellas. Polly era tan irresistible para las mujeres como para los hombres.

—No me atrevo a elogiar nada más —se quejó Mary—. Si lo hago, me lo regala.

Frederick jamás había imaginado que pudiese existir una criatura semejante. Las mujeres que lo rodeaban nunca habían anunciado esa posibilidad. Sabía que todo cuanto ella hacía —su rápida generosidad, su apasionado entusiasmo o sus enfados, sus gestos cariñosos como los de un pajarito— era increíblemente sincero. Sus extravagantes cambios de humor lo escandalizaban y fascinaban al mismo tiempo. Su voz era tan voluble como sus sentimientos. No tenía tonos mesurados y hablaba con las manos. Sin embargo, en sus labios, el inglés se convertía en una lengua nueva y hermosa, suavemente cristalina, con una audacia de las frases y una contundencia de la expresión capaz de transmitir sutilezas y matices tan inequívocos y directos que resultaban inesperados en alguien tan infantil y sencillo. Frederick se despertaba por las noches y, en medio de la oscuridad, lo asaltaban las luminosas imágenes de su rostro alegre y risueño.

IV

EL PADRE ERA IGUAL a la hija. Tom también había sido irresistible. El mundo entero continuaba pendiente de él y, de vez en cuando, aparecían hombres desconocidos, portadores de sus mensajes. A casa de los Travers nunca habían llegado visitas parecidas. Algunos

caminaban con un balanceo que evocaba el mar. Otros eran rufianes que intimidaban; los había febriles y amarillentos; y en todos ellos se apreciaba algo extraño y estrafalario. Sus conversaciones también eran extrañas y estrafalarias y hablaban de cosas con las que Frederick ni siquiera había soñado, aunque sabía lo que eran aquellos hombres: aventureros, trotamundos, hombres sin dueño. Pero lo más llamativo era el amor y la lealtad que mostraban a su líder. Lo llamaban de distintas maneras: Tom el Negro, Rubito. Husky Travers, Malamute Tom, Tom Aguasbravas, pero casi siempre era el capitán Toni. Sus proyectos y propuestas también eran variados, desde el tratante de los mares del Sur que anunciaba el descubrimiento de una nueva isla guanera y el latinoamericano con una revolución incipiente entre manos, pasando por la búsqueda de oro en Siberia y las prospecciones en los depósitos aluviales del cauce alto del Kuskokeem, hasta asuntos más enigmáticos y que solo se mencionaban en susurros. El capitán Tom lamentaba la indisposición temporal que le impedía partir de inmediato con ellos y continuaba sentado, quedándose dormido en su sillón cada vez más a menudo. Era Polly, con una camaradería de mal gusto para su tío, quien hacía un aparte con esos hombres y los informaba de que el capitán Tom nunca más volvería a recorrer los caminos resplandecientes. Pero no todos acudían con sus proyectos. Muchos visitaban a su líder de los viejos e inolvidables tiempos para mostrarle su cariño y Frederick a veces presenciaba esas reuniones y volvía a asombrarse del misterioso encanto con el que su hermano atraía a todo el mundo.

—¡Por las tortugas de Tasman! —exclamó uno—. Cuando me enteré de que estabas en California, capitán Tom, quise venir a estrechar tu mano. Supongo que no te has olvidado de Tasman, ¿no? Ni de la bronca en la Isla de Jueves. Por cierto, que al viejo Tasman lo mataron sus negros el año pasado camino de la Nueva Guinea Alemana. ¿Te acuerdas de su cocinero? ¿Ngani-Ngani? Él fue el cabecilla. Tasman ponía la mano en el fuego por él, pero Ngani-Ngani lo mató a hachazos.

—Estrecha la mano del capitán Carlsen, Fred. —Así hizo las presentaciones Tom entre su hermano y otra de sus visitas—. Me sacó de un buen apuro en la Costa Oeste. Si no hubieses aparecido, Carlsen, yo habría estirado la pata.

El capitán Carlsen era un gigante de ojos penetrantes azul claro, boca con cicatrices alrededor que una barba rojo fuego no lograba ocultar por completo y una fuerza al apretar la mano que hizo sufrir a Frederick.

Unos minutos después, Tom llamó a su hermano a un aparte.

—Oye, Fred, ¿te importaría adelantarme mil dólares?

—Claro que no —respondió Fred de buen grado—. Sabes que la mitad de lo que tengo es tuyo, Tom.

Y cuando el capitán Carlsen se marchó, a Frederick no le cupo duda de que los mil dólares se iban con él.

No era de extrañar que Tom hubiese convertido su vida en un fracaso y volviera a casa para morir. Frederick permaneció sentado ante su ordenado escritorio evaluando las diferencias entre él y su hermano. Sí, si no hubiese sido por él, Tom no habría tenido siquiera un hogar en el que morirse.

Frederick buscó consuelo en el repaso de su historia conjunta. Él siempre había sido el pilar fundamental, aquel de quien se podía depender. Tom se había reído y divertido, hacía novillos y desobedecía los mandamientos de Isaac. Se iba a las montañas o al mar, o se metía en líos con los vecinos o las autoridades, siempre la misma historia: estaba en todas partes excepto donde el trabajo nunca se acababa. Y en aquellos tiempos, el trabajo era trabajo y él, Frederick, se había ocupado de hacerlo. Todos los días, desde muy temprano hasta muy tarde, se dedicaba a ello. Recordó la época en la que los grandes planes de Isaac habían sufrido una de sus crisis, cuando la comida escaseaba en la mesa de un hombre que poseía cien mil acres, cuando no tenían dinero para contratar segadores y cosechar el heno y cuando Isaac no había querido deshacerse de ni uno solo de sus acres. Él, Frederick, recogía el heno con la horquilla mientras Isaac lo segaba y amontonaba. Tom guardaba cama y hacía aumentar la factura del médico debido a una pierna rota al caerse de la parhilera del pajar, lugar al que a nadie se le ocurriría ir para recoger heno. El único trabajo que Tom nunca había hecho, o eso le parecía a él, era conseguir venados y aceite de oso, domar potros y armar jaleo en los pastos del valle y los cañones boscosos con sus perros de caza.

Tom era el mayor, pero cuando Isaac murió la herencia, con todas sus posibilidades, habría ido a la ruina si él, Frederick, no se

hubiese puesto manos a la obra y cargado con las responsabilidades. ¡Más trabajo! Recordó la ampliación de la red de abastecimiento de agua potable de la ciudad: cómo había maniobrado y financiado, logrado pequeños préstamos a un interés ruinoso, tendido tuberías y realizado empalmes a la luz de un farol mientras los obreros dormían, para luego levantarse antes que ellos a fin de perfilar, dirigir y devanarse los sesos debido al aumento de los salarios que tendría lugar a la semana siguiente. Porque había seguido la política del bueno de Isaac. No quería deshacerse de nada. El futuro justificaría sus actos.

¡Y Tom! Recorría las montañas con una jauría de perros más grande y, cada vez que se iba, tardaba incluso una semana en volver. Frederick recordó la última reunión en la cocina: Tom, él y Eliza Travers, quien seguía cocinando, horneando el pan y fregando los platos en una propiedad con una carga de ciento ochenta mil dólares en hipotecas.

—No dividáis —había rogado Eliza Travers, mientras descansaba sus brazos enrojecidos y salpicados de jabón—. Isaac tenía razón. Valdrá millones. La zona empieza a abrirse. Tenemos que aguantar.

—Yo no quiero la propiedad —gritó Tom—. Que se la quede Frederick. Lo que yo quiero…

No llegó a completar la frase, pero la imagen del mundo entero ardió en sus ojos.

—No puedo esperar —continuó—. Quédate tú con los millones cuando lleguen, pero dame ahora diez mil dólares. Firmaré un documento de renuncia a la propiedad. Dame también la vieja goleta y algún día volveré con un montón de dinero para ayudarte a salir del bache.

Frederick se vio a sí mismo, tantos años atrás, alzar los brazos horrorizado y gritan.

—¡Diez mil dólares! ¡Cuando me estoy dejando la piel para conseguir los intereses de este trimestre!

—Está la parcela junto al palacio de justicia —insistió Tom—. Sé que el banco ofrece diez mil dólares por ella.

—Pero dentro de diez años valdrá cien mil —objetó Frederick.

—Pues dejémoslo en eso. Digamos que renuncio a todo por cien mil dólares. Véndela por diez mil y dámelos. No quiero nada más,

pero lo quiero ahora. Quédate tú con el resto.

Tom se había salido con la suya, como siempre (aunque la parcela fue hipotecada en vez de vendida), y zarpó en la vieja goleta con las bendiciones de la ciudad porque entre su tripulación se llevaba a la mitad de la gentuza de la playa.

Los restos de la goleta acabaron en la costa de Java. Eso ocurrió en la época en la que Eliza Travers había tenido que operarse de los ojos y Frederick se lo ocultó hasta obtener pruebas indudables de que Tom seguía vivo.

Frederick se acercó a su archivador y abrió un cajón etiquetado como «Thomas Travers». Había varios paquetes metódicamente ordenados. Repasó las cartas. Procedían de todas partes: China, Rangún, Australia, Sudáfrica, la Costa de Oro, la Patagonia, Armenia, Alaska. Breves y poco frecuentes, eran el prototipo de la vida del viajero. Frederick recordó unos pocos de los fugaces momentos cumbre de la carrera de Tom. Luchó en Armenia, que tenía problemas con otros países. Fue oficial del Ejército chino y, sin duda, el comercio que realizó después en los mares de China era una actividad ilícita. Lo pillaron llevando armas a Cuba. Daba la impresión de que siempre estaba en algún sitio pasando de contrabando algo que no debería pasarse. Y nunca se había hecho demasiado mayor para andarse con esos líos. Una carta escrita en un papel de seda arrugado testimoniaba que, incluso en un período tan tardío como la guerra ruso-japonesa, lo habían atrapado introduciendo carbón en Port Arthur y llevado ante el Tribunal de Presas de Sasebo, donde confiscaron su vapor y permaneció prisionero hasta el final de la guerra.

Frederick sonrió al leer un párrafo: «¿Cómo te va? Avísame cuando unos pocos miles de dólares puedan servirte de ayuda». Miró la fecha, 18 de abril de 1883, y abrió otro paquete. En la hoja fechada que sacó había escrito 5 de mayo de 1883. «Cinco mil dólares me pondrían de nuevo en marcha. Si puedes, y me quieres, envíamelos “pronto”[9], que en español significa “enseguida”».

Volvió a comprobar ambas fechas. Resultaba evidente que en algún momento entre el 18 de abril y el 5 de mayo Tom se había ido al garete. Con una sonrisa en parte amarga, Frederick continuó repasando la correspondencia: «En las Islas Midway hay restos de un naufragio. Podría ganar una fortuna rescatándolos. La subasta es

dentro de dos días. Envíame cuatro mil». La última que examinó decía: «Puedo cerrar un trato con un poco de efectivo. Te aseguro que es algo grande. Tan grande que no me atrevo a contártelo». Recordaba ese trato, una revolución latinoamericana. Le había enviado el dinero y Tom había acabado en una cárcel, condenado a muerte.

Las intenciones de Tom eran buenas, eso no lo dudaba. Y él siempre había respaldado sus pagarés religiosamente. Frederick sopesó, pensativo, el paquete que los contenía como si buscase decidir si existía relación alguna entre el peso del papel y las sumas de dinero en él representadas.

Cerró el cajón y salió de la estancia. Al mirar hacia el sillón vio a Polly salir de la sala sin hacer mido. Tom tenía la cabeza echada hacia atrás y jadeaba un poco al respirar. En su rostro relajado, la enfermedad era más evidente que nunca.

V

—He trabajado mucho —explicó Frederick a Polly esa noche en la galería sin darse cuenta de que cuando alguien da explicaciones es señal de que su situación empeora—. He hecho todo lo que llegó a mis manos… otros deberán decir hasta qué punto lo hice de forma respetable. Y me han pagado por ello. He cuidado de otros y de mí mismo. Los médicos dicen que nunca han visto una constitución como la mía en alguien de mi edad. Tengo por delante casi la mitad de mi vida y los Travers somos longevos. Me cuidé bien y estos son los resultados. Nunca he derrochado. Protegí el corazón y las arterias, aunque haya pocos hombres que puedan presumir de haber trabajado tanto como yo. Mira mi mano, conserva su firmeza, ¿no? Pues dentro de veinte años seguirá estando igual de firme. De nada sirve tomarse la vida a la ligera.

Desde el principio, Polly detectó la injusta comparación que se ocultaba tras sus palabras.

—Puedes añadir el adjetivo ilustre a tu nombre —soltó la joven de repente, con orgullo—. Pero mi padre ha sido un rey. Ha vivido. ¿Has vivido tú? ¿Qué tienes que lo demuestre? Acciones, bonos, casas y criados, ¡vaya! Corazón, arterias y mano firme, ¿nada más?

¿Has vivido solo para vivir? ¿Temías morir? Prefiero cantar una melodía desenfrenada y que me estalle el corazón por eso a vivir mil años pendiente de mi digestión y cuidando de no mojarme y resfriarme. Cuando tú seas polvo, mi padre será cenizas. Esa es la diferencia.

—Pero, mi querida niña… —empezó a decir él.

—¿Qué tienes que lo demuestre? —insistió ella, provocándolo—. ¡Escucha!

Desde el interior, por la ventana abierta, les llegó el tintineo del ukelele de Tom y la alegre entonación de su voz interpretando un *hula* hawaiano. Terminó con la inconfundible, primitiva y palpitante llamada al amor de las sensuales noches del trópico. Luego se oyó un estallido de voces juveniles que pedían más. Frederick guardó silencio. Había percibido algo impreciso e importante.

Se giró y, desde fuera, observó a Tom, eufórico y magnífico, rodeado de jóvenes, encendiendo un cigarrillo, bajo su enorme bigote, con la cerilla que le ofrecía una de las chicas. De repente, Frederick pensó que él nunca había encendido un puro con una cerilla ofrecida por una mujer.

—El doctor Tyler dice que no debería fumar, que eso agrava su situación —afirmó. No pudo decir nada más.

Al acercarse el otoño, una nueva clase de hombres empezó a frecuentar la casa. Orgullosos, se llamaban a sí mismos *sourdoughs* y llegaban a San Francisco desde las excavaciones en busca de oro de Alaska, para pasar el invierno. Cada vez acudían más y ocupaban una buena parte de uno de los hoteles del centro. El capitán Tom se apagaba al ritmo de la estación y casi vivía en su cómoda butaca. Dormitaba más a menudo y durante más tiempo, pero cuando se despertaba siempre estaba rodeado por su corte de jóvenes o había algún camarada esperando sentarse a su lado, charlar sobre los viejos tiempos y hacer planes para el futuro.

Porque Tom —Husky Travers, como lo llamaban los hombres del Yukón— nunca pensó que se acercaba el fin. Decía que lo suyo era una enfermedad temporal, el debilitamiento natural después de un ataque prolongado de fiebre del Yucatán. En primavera volvería estar en perfecta forma. Lo que necesitaba era que llegase el tiempo frío. Se le había cocido la sangre. Mientras, tenía que tomárselo con

calma y aprovechar el descanso.

Nadie lo desengañó, ni siquiera los del Yukón, que fumaban en pipa y puros fuertes y mascaban tabaco en los amplios porches de un Frederick que se sentía un intruso en su propia casa. No conseguía tratar con ellos. Lo consideraban un extraño al que había que tolerar. Iban a ver a Tom. Y su forma de visitarlo provocaba inocentes punzadas de envidia en Frederick. Los observaba día tras día. Veía cómo se reunían, cómo uno salía de la habitación del enfermo y entraba otro. Se estrechaban la mano junto a la puerta, solemnes y en silencio. El recién llegado preguntaba con la mirada y el otro pagaba con la cabeza. Y en más de una ocasión Frederick se dio cuenta de que se les humedecían los ojos. Luego el recién llegado entraba, acercaba una silla a Tom y con voz jovial empezaba a organizar el equipo necesario para explorar el cauce alto del Kuskokeem; porque era allí adonde Tom pensaba dirigirse en primavera. Podrían conseguir los perros en el puesto de Larabee, quien los tenía de pura raza, sin contaminar por las cepas del sur, más apocadas. Según decían, era un territorio muy duro, pero si los veteranos no conseguían recorrerlo en cuarenta días desde el puesto de Larabee, a ver si un novato era capaz de hacerlo en sesenta.

Así continuó la historia, hasta que Frederick se preguntó si, cuando él estuviese a punto de morir, habría un solo hombre en el condado, mucho menos en los condados vecinos, que acudiese a visitarlo en su lecho de muerte.

Sentado ante su escritorio, a través de las ventanas abiertas le llegaban el tufo del tabaco fuerte y el retumbar de las voces, y no podía evitar oír fragmentos de lo que decían los hombres del Yukón.

—¿Os acordáis de la fiebre del Koyukuk a principios de los noventa? —oyó decir a uno—. Pues él y yo éramos socios por entonces, comerciábamos y esas cosas. Teníamos un vapor pequeñito, el *Blatterbat*. Lo llamó así una vez y ya se le quedó el nombre para siempre. Era muy divertido. Bueno, pues como decía, él y yo cargamos el pequeño *Blatterbat* hasta la bandera y zarpamos Koyukuk arriba, yo me ocupaba de la caldera y la máquina y él guiaba; ambos nos repartíamos el trabajo en cubierta. De vez en cuando atracábamos en la orilla y cortábamos leña. Era otoño, empezaba a bajar el hielo blando y todo se preparaba para la congelación total. Veréis, nos encontrábamos al norte del Círculo

Polar Ártico e íbamos aún más al norte. Pero allí había doscientos mineros que necesitaban comida para pasar el invierno y nosotros teníamos esa comida.

»Pues resulta que muy pronto empezaron a cruzarse con nosotros y a dejarnos atrás, a bordo de canoas y balsas. Se iban de allí. Los contamos. Cuando ya habían pasado ciento noventa y cuatro no vimos motivos para seguir adelante. Así que dimos la vuelta y empezamos a bajar. Llegó una ola de frío y el agua se congeló rápidamente, hasta que encallamos en un banco de hielo, en la orilla contraria a la corriente. El *Blatterbat* se quedó atrapado. No había forma de moverlo. «Es una pena desperdiciar tanta comida», dije yo mientras nos alejábamos de allí en una canoa. «Pues quedémonos a comerla», contestó él. Y eso fue lo que hicimos. Pasamos el invierno allí mismo, en el *Blatterbat*, cazando y comerciando con los indios y, cuando el río se fragmentó al año siguiente, salimos de la zona con ocho mil dólares en pieles. Un invierno entero, solos los dos, es duro de llevar. Pero él no se enfadó nunca. Es el socio con mejor carácter que he conocido. ¡Aunque sabía pelear!

—¡Ja! —se oyó otra voz—. Recuerdo el invierno que Jones *el Grasiento* decidió dejar limpio Forty Mile. Pero no lo hizo, porque al poco de abrir la boca se metió en un lío con Husky Travers. Fue en el White Caribou. «¡Soy un lobo!», ladró Jones. Ya conocéis su estilo: un arma al cinto, flecos en los mocasines y el pelo largo hasta la cintura. «¡Soy un lobo!», ladró, «y esta noche me toca aullar. ¿Me oyes, flaca y alargada improvisación de bicho humano?». Eso se lo dijo a Husky Travers.

—¿Y? —preguntó otra voz al cabo de una pausa.

—En segundo y medio Jones *el Grasiento* estaba en el suelo y Husky Travers sobre él, pidiéndole por favor a alguien que le pasara un cuchillo de carnicero. ¿Y qué hizo? Cortó toda la melena de Jones *el Grasiento*. «Y ahora aúlla, maldito seas, aúlla», dijo Husky mientras se ponía en pie.

—Sabía mantener la calma, para lo desenfrenado que podía llegar a ser —continuó la primera de las voces—. Yo lo he visto jugar a la ruleta en el Little Wolverine, perder nueve mil en dos horas, pedir prestado un poco más, recuperar el dinero en quince minutos, invitar a las bebidas y hacer efectivas las ganancias: todo

eso en quince minutos.

Una tarde en la que Tom se mostraba excepcionalmente despierto, Frederick se unió al círculo de jóvenes extasiados y se sentó a escuchar el relato entre serio y cómico de su hermano sobre la noche del naufragio en la isla de Blang; del baño entre tiburones en el que perdieron a la mitad de la tripulación; de la gran perla que Desay llevó a la orilla; de la empalizada decorada con cabezas que rodeaba el palacio con techo de paja en el que residía la reina malaya con su consorte real, un euroasiático chino que había naufragado allí; de la conspiración por la perla de Desay; de los banquetes y bailes descontrolados de la noche salvaje, además de los peligros y muertes repentinas; de cómo la reina cortejó a Desay, Desay cortejó a la hija de la reina y Desay, con todas las articulaciones destrozadas pero aún vivo, acabó atado a una estaca en el arrecife y con marea baja para que se lo comieran los tiburones; de la llegada de la peste; de los sonidos de los tambores y los conjuros de los hechiceros; de la huida a lo largo de las sendas abiertas por los jabalíes, auténticas trampas para el hombre dominadas por los habitantes de las montañas; y del rescate final realizado por Tasman, aquel al que habían matado de un hachazo el año anterior y cuya cabeza reposaba en alguna fortaleza de la Melanesia; todo ello exhalando el calor, el abandono y la brutalidad de las islas ardientes del sol.

Y a su pesar, Frederick permaneció sentado, cautivado, hasta escuchar el relato completo, tras lo que sintió un extraño vacío. Recordó su niñez, cuando estudiaba con detenimiento las ilustraciones de su anticuado libro de geografía. Él también había soñado con correr asombrosas aventuras en lugares lejanos y deseado transitar los caminos resplandecientes. Había planeado marcharse; sin embargo, se vio obligado a centrarse en el trabajo y el deber. Tal vez esa fue la diferencia. Tal vez ese fuese el secreto de la extraña sabiduría que brillaba en los ojos de su hermano. Durante un momento, tenue y lejano, indirectamente, atisbo el espectáculo superior que su hermano había presenciado. Recordó el mordaz comentario de Polly: «Te has perdido el amor romántico Lo has intercambiado por beneficios». Tenía razón, pero no era justa. Él había querido experimentar un amor romántico, aunque le había tocado trabajar. Se había deslomado, esforzándose sin descanso, día

y noche, siempre fiel a su deber. Sin embargo, se había quedado sin amor y sin esa mundanidad que siempre rodeaba a su hermano, como un susurro. ¿Y qué había hecho Tom para merecerlo? Era un holgazán que perdía el tiempo cantando.

Él ocupaba una posición muy elevada: iba a ser el próximo gobernador de California. Pero ¿quién acudiría a verlo y le mentiría por amor? Pensar en sus propiedades le dejó la boca seca y con un sabor a arenilla. ¡Propiedades! Ahora que lo pensaba, mil dólares eran como cualesquiera otros mil dólares; y un día (de los suyos) era como cualquier otro día. Nunca había hecho realidad las ilustraciones de su libro de geografía. No había golpeado a un hombre ni encendido un puro con una cerilla ofrecida por una mujer. Tom había dicho que una persona solo puede dormir en una cama a la vez. Se encogió de hombros mientras se esforzaba por calcular cuántas camas poseía, cuántas mantas había adquirido. Todas sus camas y mantas no conseguirían que un hombre llegase desde un rincón perdido del mundo, le estrechase la mano y exclamara: «¡Por las tortugas de Tasman!».

Algo de todo eso le había contado a Polly, oculta en su relato una corriente subyacente de queja por la injusticia de las cosas. Y ella le respondió:

—No podía haber sido de otra forma. Mi padre lo aceptó. Nunca negoció. Era algo magnífico y pagó por ello como un rey. Tú escatimaste el precio, ¿no lo ves? Cuidaste tus arterias, ahorraste tu dinero y conservaste los pies calientes.

VI

UNA TARDE A FINALES de otoño se encontraban todos reunidos alrededor del sillón y del capitán Tom Aunque no era consciente de ello, había dormitado durante todo el día y acababa de despertarse para pedir su ukelele y encender un cigarrillo que Polly le sostuvo. Pero el ukelele permaneció ocioso en su brazo y, aunque los troncos de pino crepitaban en la enorme chimenea, él temblaba y decía que hacía frío.

—Es buena señal —comentó, sin percibir que la fragilidad de su voz obligaba a los otros a acercar más las cabezas—. El frío me dará

nuevas fuerzas. A cualquiera le cuesta expulsar al trópico de su sangre. Pero yo ya empiezo a recuperar la forma para partir hacia el Kuskokeem. En primavera, Polly, saldremos con los perros y verás el sol de medianoche. ¡Cómo le habría gustado ese viaje a tu madre! Era muy dura. Cuarenta noches con los perros y empezaremos a sacar pepitas de oro de entre las raíces del musgo. Larabee tiene muy buenos perros. Conozco esa raza. Son lobos, eso es lo que son: grandes lobos grises, aunque en cada camada suele aparecer uno marrón, ¿no es cierto, Bennington?

—Uno por camada, esa es la media —respondió enseguida Bennington el del Yukon aunque con una voz ronca e irreconocible.

—Y no puedes viajar solo con ellos —continuó el capitán Tom —, porque si te caes, se lanzarán sobre ti. Las bestias de Larabee solo respetan a un hombre cuando se mantiene erguido sobre las piernas. Si cae, es carne. Recuerdo cruzar la divisoria desde Tanana hasta Circle City. Fue antes de la fiebre del Klondike. En 1894… no, en el 95, y el termómetro no paraba de descender. Del equipo se ocupaba un joven canadiense. Se llamaba… tenía un nombre curioso… un momento… me acordaré.

Su voz dejó de oírse por completo, aunque aún movía los labios. A su rostro asomó un gesto de incredulidad y enorme sorpresa. En ese momento, sin advertencia previa, vio la Muerte. Miró con ojos serenos y perspicaces, como si estuviese reflexionando, y luego se giró hacia Polly. Su mano se movió impotente, intentando alcanzar la de ella y, cuando la encontró, no fue capaz de cerrar los dedos para asirla. Miró a su hija con una gran sonrisa que se desvaneció poco a poco. Los ojos se marchitaron al perder la vida y el rostro reflejó placidez y reposo. El ukelele hizo ruido al caer al suelo. Uno a uno, abandonaron la habitación en silencio y dejaron sola a Polly.

Desde el porche, Frederick vio a un hombre ascender el camino de acceso. Por sus andares de marino, Frederick imaginó de dónde venía aquel desconocido. Tenía el rostro tostado por el sol y arrugado por una edad que desmentían su rapidez de movimientos y la vivacidad de sus penetrantes ojos negros. En el lóbulo de cada oreja llevaba un diminuto aro de oro.

—¿Cómo está usted, señor? —preguntó el hombre, tras lo que resultó evidente que el inglés no era la lengua que había aprendido en el regazo de su madre—. ¿Cómo se encuentra el capitán Tom?

En la ciudad me han dicho que está enfermo.

—Mi hermano ha muerto —respondió Frederick.

El desconocido giró la cabeza y miró hacia el terreno que parecía un parque, en dirección a los lejanos picos cubiertos de secuoyas. Frederick se fijó en que le costaba tragar saliva.

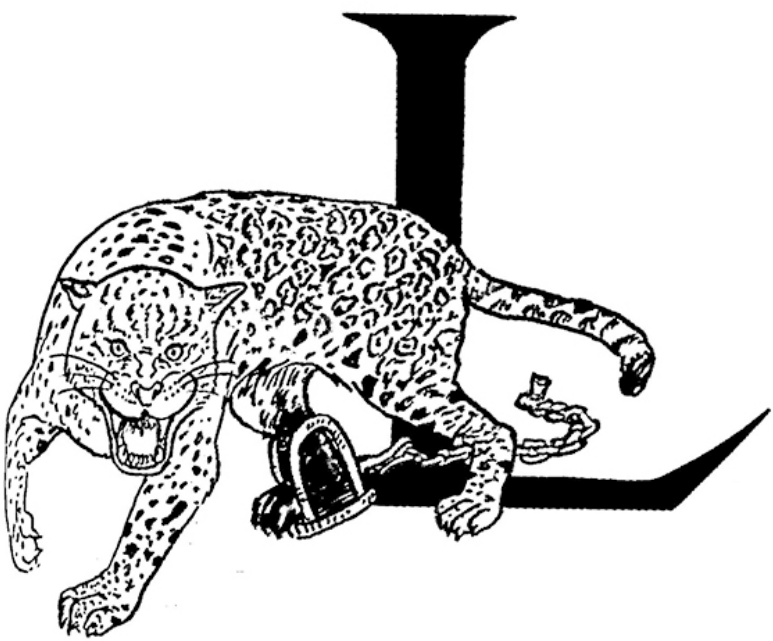
—Por las tortugas de Tasman, qué gran hombre era —dijo, con voz grave y cambiada.

—Por las tortugas de Tasman, que gran hombre era —repitió Frederick, sin que le costase pronunciar el juramento, algo tan inusual en él.

[1911]

Fin de la historia

I



A MESA ERA DE TABLAS de pícea cortadas a mano y los hombres que jugaban al *whist* tenían dificultades para realizar sus artimañas

sobre la superficie irregular. Aunque iban en camiseta, sus rostros rezumaban sudor, pero sus pies, bien protegidos por los calcetines de lana y los gruesos mocasines, sufrían el hormigueo con que se anuncia un principio de congelación. Esa era la diferencia de temperatura entre el suelo y un metro o más por encima de él. La chapa de hierro de la cocina portátil del Yukon estaba al rojo vivo, sin embargo, a dos metros y medio de distancia, en el estante de la carne, situado hacia abajo y junto a la puerta, había pedazos de beicon y carne de alce totalmente congelados. La puerta, situada a un tercio del suelo, tenía una densa capa de escarcha. En los resquicios entre los troncos por detrás de los catres, el hielo surgía blanco y reluciente. Una ventana de papel engrasado proporcionaba algo de luz. La parte inferior del papel, por el interior, acumulaba casi tres centímetros de la condensación helada provocada por los hombres al respirar.

Jugaban una trascendental partida de *whist* al mejor de cinco manos, porque la pareja que perdiera tendría que abrir un agujero para pescar a través de los dos metros de hielo y nieve que cubrían el Yukón.

—Una ola de frío como esta en mayo es de lo más curioso —comentó el hombre que barajaba—. ¿A cuánto crees que estamos, Bob?

—A menos 48°C o a menos 50°. ¿Tú qué opinas, Doc?

Doc giró la cabeza y miró hacia la parte inferior de la puerta con ojo calculador.

—No pasa de los 45°C bajo cero. Incluso puede que sea algo menos, 44 bajo cero. Mirad el hielo de la puerta. Está en la marca de 45, pero fijaos en que el borde superior es irregular. Cuando llegó a 66°C bajo cero, el hielo ascendió diez centímetros más. —Recogió sus cartas y, sin dejar de clasificarlas, contestó a los golpes en la puerta con un—: Adelante.

El hombre que entró era un sueco grande y ancho de hombros, aunque su nacionalidad no resultó perceptible hasta que se hubo quitado el gorro con orejeras y derretido el hielo que se le había formado en barba y bigote y que le enmascaraba el rostro Mientras se ocupaba de todo eso, los hombres de la mesa jugaron esa mano.

—He oído decir que en este campamento hay un médico —comentó el sueco en tono inquisitivo, mientras miraba con ansia de

cara en cara, con su rostro demacrado y depauperado debido a un dolor intenso y soportado durante tiempo—. Vengo desde muy lejos. Del horcajo norte del Whyo.

—Yo soy el médico. ¿Qué ocurre?

A modo de respuesta, el hombre levantó la mano izquierda, cuyo dedo corazón estaba terriblemente hinchado. Al mismo tiempo empezó a contar una historia inconexa sobre cómo había surgido y aumentado su padecimiento.

—Permita que lo vea —interrumpió el médico, impaciente—. Ponga la mano sobre la mesa. Así, eso es.

El hombre obedeció con cuidado, como si se tratase de un forúnculo enorme.

—Mm —gruñó el médico—. Un tendón supurante. Y ha recorrido ciento sesenta kilómetros para curarse. Se lo curaré en un periquete. Fíjese bien y así la próxima vez podrá hacerlo usted mismo.

Sin advertencia previa, de lleno, en ángulo recto y sin piedad, el médico apretó el borde de su mano sobre el dedo hinchado y torcido. El hombre gritó debido al dolor intenso y la sorpresa. Su grito fue como el de un animal salvaje y su rostro parecía el de un animal salvaje a punto de saltar sobre el hombre que había perpetrado la broma.

—Calma —lo aplacó el médico secamente y con autoridad—. ¿Cómo se encuentra? Mejor, ¿no? Por supuesto. La próxima vez podrá hacerlo usted. Vamos, reparte las cartas, Strothers. Creo que ya os tenemos.

Lento como un buey, el rostro del sueco mostró alivio y comprensión. Superado el calambre, el dedo estaba mejor. Ya no le dolía. Lo examinó con curiosidad y asombro, mientras lo doblaba una y otra vez. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un saco de oro.

—¿Cuánto?

El médico negó con la cabeza, impaciente.

—Nada. No estoy en activo. Te toca jugar, Bob.

El sueco se puso en pie pesadamente, volvió a examinar el dedo y luego miró al médico con admiración.

—Es usted un buen hombre. ¿Cómo se llama?

—Linday. Doctor Linday —contestó Strothers, como si buscase

evitar que su oponente se irritase aún más.

—Ha transcurrido la mitad del día —dijo Linday al sueco al final de esa mano, mientras barajaba—. Será mejor que se quede aquí a dormir y descansar. Hace demasiado frío para salir de viaje. Hay un catre libre.

Era un hombre moreno y delgado, de mejillas magras, labios finos y fuerte. El rostro afeitado tenía un tono saludable. Todos sus movimientos eran rápidos y precisos. No agarraba las cartas con torpeza. Los ojos eran negros, directos y penetrantes, capaces de ver bajo la superficie de las cosas. Las manos, esbeltas, finas e inquietas, parecían hechas para trabajos delicados y, aun sin fijarse demasiado, daban la impresión de fuerza.

—Esta mano es nuestra —anunció recogiendo la última baza—. Ahora a desempatar y ver quién abre el hoyo para pescar.

Un golpe en la puerta le arrancó una rápida exclamación.

—Parece que no vamos a terminar nunca de jugar —se quejó mientras se abría la puerta—. ¿Qué le pasa? —preguntó dirigiéndose al desconocido que acababa de entrar.

El recién llegado luchaba por liberar su mandíbula y mejillas del hielo que las atenazaba. Resultaba evidente que llevaba muchas horas y días en el camino. La piel de los pómulos estaba negra debido a varias congelaciones. Una masa de hielo sólido ocupaba el espacio entre la nariz y la barbilla, con un único agujero a través del que respiraba y escupía el jugo del tabaco de mascar, que se había helado y formado un carámbano color ámbar, afilado como una barba estilo Van Dyke.

Movió la cabeza sin decir palabra, sonrió con los ojos y se acercó a la cocina para derretir el hielo de la boca y poder hablar. Se ayudó con los dedos y retiró fragmentos del hielo a medio fundir, que tintinearon y crepitaron sobre la plancha.

—A mí no me pasa nada —anunció por fin—. Pero si hay un médico en la casa, lo necesitamos. En el Little Peco hay un hombre que ha tenido bronca con un jaguar que lo ha arañado de forma escandalosa.

—¿A cuánto está? —preguntó el doctor Linday.

—A algo más de trescientos veinte kilómetros.

—¿Cuánto tiempo hace?

—He tardado tres días en llegar.

—¿Muy grave?

—Tiene un hombro dislocado. Algunas costillas rotas, eso seguro. El brazo derecho roto. Y arañazos hasta el hueso en todas partes menos el rostro. Le hemos cosido de forma temporal las dos o tres peores heridas y atado las arterias con bramante.

—Pues ya está —se burló Linday—. ¿Dónde estaban esas heridas?

—En el estómago.

—Ya está muerto.

—De eso nada. Las lavamos con un brebaje a prueba de bichos antes de coserlas. Pero es algo temporal. Solo usamos hilo de lino y también lo lavamos.

—Pues ya está muerto —afirmó Linday mientras toqueteaba las cartas, enfadado.

—No. Ese hombre no va a morir. Sabe que he ido a buscar un médico y aguantará vivo hasta que usted llegue. No se rendirá a la muerte. Lo conozco.

—Ciencia cristiana y gangrena, ¿no? —fue la respuesta burlona—. Pues yo ya no estoy en activo. Ni me veo recorriendo varios cientos de kilómetros a 45°C bajo cero por un muerto.

—Yo sí lo veo, y por un hombre que está muy lejos de morir.

Linday negó con la cabeza.

—Lamento que haya venido para nada. Será mejor que se quede a dormir.

—No. Saldremos dentro de diez minutos.

—¿Por qué está tan condenadamente seguro? —preguntó Linday, molesto.

Entonces Tom Daw pronunció el discurso de su vida.

—Porque va a seguir viviendo hasta que usted llegue, aunque tarde una semana en decidirse. Además, lo acompaña su mujer, sin soltar ni una lágrima, sin rendirse, ayudándolo a resistir hasta que usted vaya. Tienen un concepto elevadísimo el uno del otro y ella, una voluntad como la de él. Si él llegase a rendirse, ella obligaría a su alma inmortal a ocupar de nuevo su cuerpo y continuar viviendo. Me juego lo que sea. Le apuesto triple contra sencillo, en onzas de oro, a que está vivo cuando lleguemos. Tengo una traílla de perros junto a la orilla. Partiremos dentro de diez minutos y podremos hacer el viaje de vuelta en menos de tres días, porque ya he abierto

camino. Ahora me voy con los perros y le espero allí en diez minutos.

Tom Daw se colocó de nuevo las orejeras, se puso las manoplas y salió.

—¡Maldito sea! —exclamó Linday y lanzó una mirada feroz y vengativa hacia la puerta cerrada.

II

ESA NOCHE, mucho después de oscurecer, habiendo recorrido cuarenta kilómetros, Linday y Tom Daw montaron el campamento. Era sencillo pero bastaba: una hoguera sobre la nieve; a su lado, las mantas de dormir extendidas en una sola cama, sobre un lecho de ramas de pícea; tras la cama, un rectángulo de lona desplegado para refractar el calor. Daw dio de comer a los perros y cortó hielo y leña. A Linday le ardían las mejillas de frío y se mantuvo encogido mientras cocinaba. Cenaron bien, se fumaron una pipa y charlaron al tiempo que secaban sus mocasines junto a la hoguera; luego se echaron a dormir el sueño saludable de quien está muy fatigado.

La mañana puso fin a la ola de frío sin precedentes. Linday calculó que la temperatura rondaría los 25°C bajo cero y seguía subiendo. Daw estaba preocupado. Explicó que ese día llegarían al cañón y si el deshielo de primavera daba comienzo, las aguas del cañón fluirían sin barreras. Las paredes del cañón medían varios cientos de metros de altura. Podían ascenderlas, pero eso los retrasaría mucho.

Esa noche, acampados en el oscuro y complicado desfiladero, se quejaron del calor mientras fumaban una pipa y ambos estuvieron de acuerdo en que la temperatura no bajaba de los 15°C bajo cero, algo que ocurría por primera vez en seis meses.

—Nadie había oído hablar de la presencia de un jaguar tan al norte —comentó Daw—. Rocky dijo que era un puma. Pero yo he cazado muchos en el condado de Curry, Oregon, que es de donde soy, y allí los llamamos jaguares. En cualquier caso, era el felino más grande que he visto. Era monstruoso. La cuestión es: ¿cómo pudo alejarse tanto de su zona de caza?

Linday no contestó. Se había quedado traspuesto. Apoyados en

unos palos, sus mocasines echaban humo desatendidos, sin que les hubiese dado la vuelta. Los perros, hechos ovillos de pelo, dormían sobre la nieve. El crepitar de una brasa acentuó el profundo silencio que reinaba. Se despertó sobresaltado y miró a Daw, quien también estaba medio dormido y le devolvió la mirada. Ambos escucharon. A lo lejos se oyó un leve estremecimiento que enseguida se convirtió en un rugido inmenso y lúgubre. A medida que se acercaba, siempre en aumento, cubriendo las cimas de las montañas además de las profundidades del cañón, doblegando los bosques a su paso, obligando a doblarse a los escasos pinos enraizados en las grietas de las paredes del desfiladero, supieron de qué se trataba. Un viento fuerte y cálido, un vendaval templado, pasó junto a ellos y arrancó de la hoguera una lluvia de chispas. Los perros se despertaron, se sentaron sobre los cuartos traseros, alzaron los hocicos y aullaron como lobos.

—Es el chinook —dijo Daw.

—Y afecta a la senda del río, supongo.

—Sin duda. Y quince kilómetros de senda resultan más fáciles que uno por las cimas. —Daw observó a Linday durante un minuto entero, pensativo—. Acabamos de cubrir quince horas de camino —gritó para hacerse oír por encima del viento, indeciso, y esperó. Al final dijo—: Doc, ¿se atreve a intentarlo?

Como respuesta, Linday apagó la pipa y empezó a ponerse los mocasines húmedos. Entre los dos, doblados por la fuerza del viento, engancharon a los perros, levantaron el campamento y guardaron en el trineo los utensilios para cocinar y las mantas de dormir sin usar, todo en unos pocos minutos. Luego, en plena oscuridad y dispuestos a viajar toda la noche, volvieron a la senda que Daw había abierto casi una semana antes. El chinook continuó soplando la noche entera, mientras ellos espoleaban a los cansados perros y tiraban de sus agotados músculos. Cubrieron otras doce horas de viaje y se detuvieron a desayunar tras veintisiete horas seguidas en el camino.

—Dormiremos una hora —dijo Daw después de engullir una buena cantidad de carne de alce frita con beicon.

Dejó dormir dos horas a su compañero, sin cerrar él los ojos por miedo a no abrirlos a tiempo. Se entretuvo tomando medidas de la nieve blanda, que no paraba de retroceder. Desaparecía claramente.

En dos horas, el nivel de la nieve descendió casi diez centímetros. Por todos lados, próximo y fácil de oír bajo la voz del viento primaveral, llegaba el goteo de las aguas ocultas. El Little Peco, reforzado por multitud de riachuelos, se alzaba contra las cadenas del invierno, rompiendo el hielo entre chasquidos y estallidos.

Daw tocó a Linday en el hombro. Volvió a tocarlo. Lo sacudió. Luego lo sacudió con más fuerza.

—Doc —murmuró en tono admirado—. Qué forma de aguantar la suya.

Los ojos negros y cansados, bajo unos párpados a los que les costaba abrirse, agradecieron el cumplido.

—Pero esa no es la cuestión. Rocky está muy mal herido. Como he dicho antes, yo ayudé a coser sus heridas internas. Doc… —Sacudió a su compañero, que había vuelto a dormirse—. ¡Oiga, Doc! La cuestión es: ¿Puede aguantar un poco más? ¿Me oye? ¿Puede aguantar un poco más?

Los agotados perros trataron de morderlos y gimotearon cuando los obligaron a levantarse. Avanzaban despacio, a no más de tres kilómetros por hora, y los animales aprovechaban cualquier oportunidad para tumbarse en la nieve húmeda.

—Treinta kilómetros y habremos cruzado el desfiladero —animaba Daw—. Después el hielo puede irse al infierno, porque nos bastará con seguir por la orilla y solo nos faltarán quince kilómetros más para llegar al campamento. Vamos, Doc, ya casi estamos. Cuando haya curado a Rocky, podrá bajar en canoa en un solo día.

Pero el hielo parecía cada vez más precario bajo sus pies, se soltaba de la orilla y se alzaba centímetro a centímetro, sin descanso. En los lugares donde aún permanecía unido a la orilla, el agua pasaba por encima y se veían obligados a vadearla. El Little Peco gruñía y murmuraba. Por todas partes se abrían grietas y fisuras mientras luchaban por recorrer cada kilómetro que, por las cimas, se convertiría en quince.

—Suba al trineo, Doc, y eche una cabezada —invitó Daw.

La feroz mirada de los ojos negros evitó que repitiera la sugerencia.

A mediodía recibieron la clara advertencia de que aquello era el principio del fin. Bloques de hielo, que la rápida corriente mantenía en el fondo, empezaron a pasar rugiendo bajo el hielo sobre el que

avanzaban. Los perros gemían preocupados e intentaban alcanzar la orilla.

—Eso significa que más arriba el agua fluye libre —explicó Daw —. Muy pronto se formará una barrera de hielo en algún sitio y el río crecerá treinta centímetros en tres minutos. Tenemos que subir a las cimas, si encontramos un punto por donde hacerlo. ¡Vamos! ¡Arriba! Y pensar que el Yukón permanecerá congelado varias semanas más.

Las paredes del cañón, que se estrechaba de forma excepcional en aquel sitio, resultaban demasiado empinadas para escalarlas. Daw y Linday tuvieron que seguir adelante; y lo hicieron hasta que llegó el desastre. Con una enorme explosión, el hielo se partió en dos bajo la traílla. Los dos animales del medio cayeron por la fisura y la fuerza de la corriente que los atrapó se apoderó también del perro guía y se lo llevó. Arrastrados por el agua bajo el hielo, los tres cuerpos empezaron a tirar de los dos perros que quedaban. Los hombres retenían el trineo con todas sus fuerzas, pero poco a poco se vieron arrastrados por él. Todo acabó en cuestión de segundos. Daw cortó los tirantes del perro rueda con su cuchillo de caza y el animal cayó por la grieta y desapareció. El hielo sobre el que se encontraban se convirtió en un bloque grande que no paraba de girar y que acabó chocando y rompiéndose aún más contra el hielo y las rocas de la orilla. Entre los dos, llevaron el trineo a tierra y lo subieron a una grieta de la pared, a tiempo de ver cómo su bloque de hielo continuaba camino sin dejar de girar hasta hundirse y perderse de vista.

Con las mantas de dormir y la comida hicieron petates para llevar a la espalda y abandonaron el trineo. Linday se quejó porque Daw cargaba con el petate más pesado, pero Daw no le hizo caso.

—Usted tiene que trabajar en cuanto lleguemos. Vamos.

Era la una de la tarde cuando empezaron a ascender. A las ocho alcanzaron por fin la cima y permanecieron media hora tumbados donde habían caído. Luego prepararon la hoguera, el café y una buena cantidad de carne de alce. Pero antes, Linday calculó el peso de los dos petates y descubrió que el suyo pesaba la mitad que el otro.

—Está usted hecho de hierro, Daw —dijo, admirado.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Oh, no es para tanto! Espere a ver a Rocky.

Está hecho de platino, está blindado, es de oro puro y de cualquier cosa resistente que se le ocurra. Yo soy montañero, pero él me supera con creces. En el condado de Curry, yo solía ganarles a todos cuando íbamos a cazar osos. Así que cuando salí a cazar con Rocky por primera vez, se me ocurrió presumir un poco. Lo dejé atrás en cuanto pude y avancé toda la noche al ritmo de los perros, pero él consiguió alcanzarme y no dejó de pisarme los talones. Yo sabía que no podría aguantar mucho a ese ritmo, así que decidí acelerar al máximo de mis fuerzas. Y después de una hora más, allí seguía él, pisándome los talones como si nada. Me mosqueé. «A lo mejor te apetece ir delante y enseñarme cómo se viaja», le dije. «Claro», me contestó. ¡Y lo hizo! Le mantuve el paso, pero le aseguro que acabé molido.

»A ese hombre no hay quien lo detenga. No tiene miedo a nada. Este otoño pasado, antes de que todo se congelara, él y yo nos dirigíamos hacia el campamento a la hora del crepúsculo. Yo me había quedado sin munición cazando perdices nivales y él solo tema un cartucho. Los perros persiguieron a una osa y la obligaron a subirse a un árbol. Era pequeña. No pesaría más de ciento cincuenta kilos, pero ya sabe cómo son los grizzlys. «No lo hagas», le dije cuando vi que la apuntaba. «Solo tienes ese cartucho y ha oscurecido demasiado para ver bien».

»“Súbete a un árbol”, me contestó. No lo hice, pero cuando la osa se lanzó como un rayo entre los perros y la bala solo la rozó, le aseguro que deseé haberme subido a un árbol. Se armó una buena. Y luego la situación empeoró. La osa resbaló al interior de un hueco, junto a un tronco grande. El tronco medía algo más de un metro y los perros no podían llegar a la osa por ese lado. En el exterior, el terreno se inclinaba y estaba lleno de gravilla, por lo que los perros resbalaron y cayeron dentro con la osa. No podían salir de un salto y la osa los machacaba sin darles tiempo a reaccionar. Todo esto, rodeados de maleza, oscureciendo a toda prisa, sin munición y sin nada.

»¿Y qué fue lo que hizo Rocky? Bajó por el lado del tronco, sacó el cuchillo y empezó a atacarla. Pero solo alcanzaba los cuartos traseros del bicho y los perros caían como moscas, dos o tres a cada golpe. Rocky se desesperó. No le gusta perder a sus perros Saltó sobre el tronco, agarró a la osa por una pata y tiró de ella hasta

sacarla por encima del tronco. Cayeron todos por los seis metros de pendiente, oso, perros y Rocky, resbalando, maldiciendo y arañándose, para acabar en los tres metros de agua del arroyo Salieron nadando en diferentes direcciones. No, no cazó a la osa, pero salvó a los perros. Así es Rocky. No hay quien lo pare cuando se le mete una cosa en la cabeza.

La siguiente vez que acamparon, fue cuando Linday se enteró de cómo había resultado herido Rocky.

—Yo había subido a lo alto del barranco, a kilómetro y medio de la cabaña, en busca de un pedazo de abedul para hacer el mango de un hacha. Al volver oí unos ruidos muy raros en un punto donde habíamos colocado una trampa para osos. Algún trampero la había abandonado en una despensa y Rocky la arregló. Pero volvamos a los ruidos. Eran Rocky y su hermano Harry. Primero oí a uno gritar y reírse y luego al otro, como si estuvieran jugando. ¿Y a qué cree que jugaban esos dos locos? He visto tipos muy valientes en el condado de Curry, pero ellos se llevan la palma. Tenían un jaguar enorme en la trampa y se turnaban para golpearlo en el morro con un palo largo y delgado. Pero eso no era lo peor. Salí de entre la maleza a tiempo de ver a Harry golpearlo. Luego le cortó quince centímetros al palo y se lo pasó a Rocky. Verá, reducían el palo cada vez que le daban con él al jaguar. No es tan fácil como imagina. El jaguar retrocedía, se encorvaba y gruñía, y esquivaba el palo con vigor. Imposible saber cuándo iba a saltar. Estaba atrapado por una de las patas traseras, algo que también me pareció curioso, y tenía margen de maniobra, se lo aseguro.

»Jugaban a retarse, el palo era cada vez más corto y el jaguar estaba más enfadado. Al cabo de un rato ya casi no quedaba palo, solo un trocito de diez centímetros y era el turno de Rocky. “Será mejor que lo dejes ya”, dijo Harry. “¿Por qué?”, contestó Rocky. “Porque si vuelves a golpearlo, ya no quedará palo para mí”, dijo Harry. “Entonces lo dejarás tú y ganaré yo”, respondió Rocky riéndose. Luego se acercó al bicho.

»No quiero volver a ver nada parecido. El animal se encogió hacia atrás y hacia abajo para darse impulso. Tendría casi dos metros de margen. Y el palo de Rocky solo medía diez centímetros. El jaguar lo atrapó. No se sabía dónde empezaba el uno y acababa el otro. Imposible disparar. Al final fue Harry quien le cortó la

yugular al bicho con su cuchillo.

—Si llego a saber cómo se había herido, no habría venido —comentó Linday.

Daw asintió con la cabeza.

—Eso dijo su mujer. Me pidió que no contara cómo había ocurrido.

—¿Está loco? —preguntó Linday, muy enfadado.

—Están todos locos. Su hermano y él se pasan el día retándose a hacer barbaridades. El otoño pasado los vi cruzar los rápidos a nado, entre remolinos y bloques de hielo por una apuesta. No hay nada a lo que no se atrevan. Y ella es casi igual. Tampoco tiene miedo. Es capaz de hacer cualquier cosa que Rocky le permita. Pero él tiene mucho cuidado con ella. La trata como a una reina. No la deja hacer trabajo de campamento ni nada parecido. Por eso nos han contratado a otro hombre y a mí, y nos pagan bien. Tienen dinero a paladas y están colados el uno por el otro. Cuando llegamos a la zona el otoño pasado, Rocky dijo: «Parece que aquí hay buena caza». Y Harry contestó: «Pues montemos el campamento». Y yo todo el tiempo pensando que iban en busca de oro. No han lavado una sola batea en todo el invierno.

El enfado de Linday aumentó.

—No tengo paciencia con los chiflados. Por mí, me daba la vuelta.

—No, no lo hará —afirmó Daw, muy seguro—. No hay comida suficiente para volver y mañana habremos llegado. Basta con cruzar esa última divisoria y descender hacia la cabaña. Pero hay otro motivo: está demasiado lejos de casa y yo no le permitiría darse la vuelta.

Por muy agotado que estuviese Linday, el brillo de sus ojos advirtió a Daw que se había pasado de la raya. Extendió la mano.

—Perdóneme, Doc. Olvídelo. Creo que me ha afectado haber perdido a los perros.

III

NO UN DÍA DESPUÉS, sino tres, los dos hombres, tras verse atrapados en la cima por una ventisca de primavera, llegaron tambaleándose a

una cabaña que se alzaba junto al estruendoso Little Peco. Al entrar desde el luminoso exterior a la oscuridad de la cabaña, Linday poco pudo ver de sus ocupantes. Solo percibió que allí había dos hombres y una mujer. Pero no le interesaban. Fue directo al catre donde yacía el herido. Estaba boca arriba, con los ojos cerrados, y Linday se fijó en el fino trazo de las cejas y en los rizos sedosos del cabello castaño. Delgado y macilento, el rostro parecía demasiado pequeño para la musculatura del cuello y los delicados rasgos estaban bien delineados, a pesar de su mal estado.

—¿Qué le han aplicado? —preguntó Linday a la mujer.

—Sublimado corrosivo, solución normal —fue la respuesta.

Él la miró de inmediato, volvió a mirar el rostro del herido y se enderezó. Ella empezó a respirar con fuerza, pero se contuvo realizando un gran esfuerzo. Linday se dirigió a los hombres.

—Ustedes, váyanse. Corten leña o lo que quieran, pero fuera.

Uno de ellos puso pegas.

—Es un caso grave —continuó Linday—. Quiero hablar con su esposa.

—Yo soy su hermano —dijo el otro.

La mujer lo miró y rogó con la mirada. Él asintió de mala gana y se volvió hacia la puerta.

—¿Yo también? —preguntó Daw desde el catre al que se había arrojado.

—También.

Linday se entretuvo en examinar superficialmente al paciente mientras la cabaña se vaciaba.

—Así que… —dijo—, así que este es tu Rex Strang.

Ella volvió la vista hacia el hombre del catre, como si necesitara comprobar su identidad, y luego miró a Linday en silencio.

—¿Por qué no hablas?

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué? Ya sabes que es Rex Strang.

—Gracias. Aunque debería recordarte que es la primera vez que lo veo. Siéntate. —Le indicó un taburete y él se sentó en el catre—. Estoy agotado. No hay autopista desde el Yukón hasta aquí.

Sacó una navaja y se dedicó a extraer una espina que tenía clavada en el pulgar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella al cabo de un minuto.

—Comer y descansar antes de volver a casa.

—¿Qué vas a hacer con…? —hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre inconsciente.

—Nada.

La mujer se acercó al catre y pasó los dedos con suavidad sobre el cabello rizado.

—Quieres decir que lo vas a matar —dijo despacio—. Lo matarás al no hacer nada, porque, si quieres, puedes salvarlo.

—Puedes tomártelo así. —Reflexionó un momento y luego acompañó su pensamiento con una risa áspera—: Desde tiempos inmemoriales en este viejo mundo, ese suele ser el destino de los que roban esposas.

—No eres justo, Grant —respondió ella en tono amable—. Olvidas que yo lo acepté y deseaba irme. Elegí. Rex no me obligó. Tú me perdiste. Me fui con él por propia voluntad, porque lo deseaba, feliz y contenta. Podrías acusarme a mí de robarlo a él. Nos fuimos juntos.

—Un buen punto de vista —aceptó Linday—. Ya veo que sigues siendo tan sagaz como siempre, Madge. Seguro que eso lo tiene preocupado.

—Una mujer sagaz puede ser buena amante.

—Y nada tonta —intervino él.

—Entonces, ¿admites lo acertado de mi teoría?

Él levantó las manos.

—Qué complicado, hablar con una mujer inteligente. El hombre se olvida y cae en la trampa. No me extrañaría que te lo hubieses ganado con un silogismo.

Su respuesta fue un atisbo de sonrisa en sus ojos azules de mirada franca y una especie de orgullo femenino que pareció emanar de todo su ser.

—No, lo retiro, Madge. Aunque hubieses sido una zoqueta lo habrías conquistado con tu aspecto, tu figura y tu porte. Lo sé mejor que nadie. He pasado por esa experiencia y, que el diablo me lleve, aún no lo he superado.

Hablaba con rapidez, nervioso e irritable, como siempre; y, según ella bien sabía, igual de sincero. Aprovechó el último comentario de él para decir:

—¿Te acuerdas de Lake Geneva?

—Cómo no. Allí fui absurdamente feliz.

Ella asintió y sus ojos se iluminaron.

—A veces se hacen cosas por los viejos tiempos. Por favor, Grant, ¿no podrías recordar… un poco… solo un poco… lo que fuimos el uno para el otro… entonces?

—Te estás aprovechando —sonrió él y volvió a concentrarse en el pulgar. Sacó la espina, la inspeccionó a conciencia y luego concluyó—: No, gracias. No pienso hacer de buen samaritano.

—Sin embargo, hiciste este duro viaje por un desconocido —insistió ella.

La impaciencia de él resultó patente.

—¿Crees que habría dado un solo paso si hubiese sabido que era el amante de mi esposa?

—Pero ahora ya estás aquí. Y él ahí, herido. ¿Qué vas a hacer?

—Nada. ¿Por qué iba a hacer algo? No estoy a su servicio. Él me ha robado.

La mujer estaba a punto de hablar cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Largo! —gritó él.

—Si necesita ayuda…

—¡Fuera! ¡Traiga un cubo de agua! ¡Déjelo afuera!

—¿Vas a…? —empezó a preguntar ella con voz trémula.

—Lavarme.

La brutalidad de la respuesta la hizo retroceder y sus labios se tensaron.

—Escucha, Grant —dijo, muy segura—. Se lo diré a su hermano. Conozco bien a los Strang. Si tú puedes olvidarte de los viejos tiempos, yo también. Si no haces algo, te matará. Incluso te mataría Tom Daw, si yo se lo pido.

—Ya deberías saber que conmigo no valen las amenazas —advirtió en tono serio y luego, con desprecio, añadió—: Además, no creo que matarme le sirva de ayuda a tu Rex Strang.

La mujer suspiró, apretó los labios con fuerza y vio que los ojos de él se fijaban en los temblores que la asediaban.

—No es histeria, Grant —gritó apresurada, impaciente y con los dientes apretados—. Nunca me has visto histérica. Nunca he sufrido de eso. No sé lo que es, pero lo controlaré. Simplemente es que estoy superada. Y en parte es ira hacia ti. También aprensión y

miedo. No quiero perderlo. Lo amo, Grant. Es mi amor, mi amante. Llevo muchos días espantosos sentada aquí, junto a él. Oh, Grant, por favor, por favor.

—Solo son nervios —comentó él en tono seco—. Sigue así. Puedes superarlo. Si fueses un hombre, te ofrecería tabaco.

La mujer regresó con paso inseguro al taburete, desde donde lo observó y luchó por controlarse. A través de la tosca chimenea les llegó el canto de un grillo. En el exterior se peleaban dos perros lobo. El pecho del herido se alzaba y descendía visiblemente bajo las mantas de piel. Entonces, ella vio formarse una sonrisa, no del todo agradable en los labios de Linday.

—¿Hasta qué punto lo amas? —preguntó.

El pecho de ella se llenó de aire, por lo que se elevó, y sus ojos brillaron con una luz atrevida y orgullosa. Él asintió para indicar que se daba por contestado.

—¿Te importa que me tome un poco de tiempo? —preguntó mientras buscaba la forma de empezar—. Recuerdo que leí un relato… creo que lo escribió Herbert Shaw. Quiero hablarte de él. En él había una mujer joven y hermosa, y un hombre magnífico: un trotamundos amante de la belleza. No sé hasta qué punto se parecía a tu Rex Strang, pero yo les encuentro alguna similitud. Pues ese hombre era pintor, bohemio y vagabundo. Era de los que se entregaba a fondo durante varias semanas y luego se iba. Ella sentía por él lo que yo creí que tú sentías por mí en Lake Geneva. En diez años perdió su belleza de tanto llorar. Ya sabes que algunas mujeres pierden el color y amarillean cuando la pena afecta al buen funcionamiento de sus organismos.

»Resultó que el hombre se quedó ciego y diez años después, llevado de la mano como si fuese un niño, regresó a ella. No quedaba nada. Ya no podía pintar. Y ella se alegró muchísimo de que no pudiese verle el rostro. Recuerda que él adoraba la belleza. El hombre continuó abrazándola y creyendo en la hermosura de la mujer, cuyo recuerdo permanecía vivido en su interior. Nunca dejaba de hablar de ella y de lamentarse por no poder verla más.

»Un día le habló de los cinco grandes cuadros que deseaba pintar. Si pudiese recuperar la vista para pintarlos, podría despedirse de la pintura y ser feliz. Entonces, no importa cómo, a manos de ella llegó un elixir. Si ungía sus ojos con él, el hombre

recuperaría la vista por completo.

Linday se encogió de hombros.

—Luego vemos cómo lucha ella. Si recupera la vista, él podrá pintar sus cinco cuadros. Pero también la abandonará. Su religión es la belleza, por eso resulta imposible que soporte el rostro estropeado de ella. Lucha durante cinco días. Después aplica el ungüento a los ojos del hombre.

Linday guardó silencio y la observó fijamente, con las luces reflejadas en el negro intenso de las pupilas.

—La cuestión es, ¿amas a Rex Strang tanto como eso?

—¿Y si es así? —preguntó ella.

—¿Lo amas?

—Sí.

—¿Puedes sacrificarte? ¿Puedes renunciar a él?

El «sí» de ella fue lento y forzado.

—¿Y vendrás conmigo?

—Sí. —Ahora su voz no era más que un susurro—. Cuando él esté bien… sí.

—¿Lo comprendes? Tiene que volver a ser como en Lake Geneva. Serás mi esposa.

Pareció que se encogía y encorvaba, pero asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo Linday. Se puso de pie con energía, se acercó a su petate y empezó a abrirlo—. Voy a necesitar ayuda. Que entre su hermano. Que entren todos. Necesito agua hirviendo en gran cantidad. He traído vendas, pero quiero ver qué tenéis vosotros aquí. Oiga, Daw, alimente ese fuego y empiece a hervir tanta agua como pueda. Usted —ordenó dirigiéndose al otro hombre—, saque de ahí la mesa y póngala bajo la ventana. Limpíela, friéguela, escáldela. Limpíela como nunca antes haya limpiado en su vida. Usted, señora Strang, será mi ayudante. Supongo que no tienen sábanas. Bueno, nos las arreglaremos. Usted es su hermano. Yo lo anestesiaré, pero usted deberá mantenerlo luego en el mismo estado. Preste atención mientras le doy instrucciones. En primer lugar… pero, antes, dígame, ¿sabe tomar el pulso?

IV

FAMOSO POR SU OSADÍA y éxito como cirujano, en los días y semanas que siguieron Linday se superó a sí mismo en osadía y éxito. Nunca, debido a las terribles mutilaciones y destrozos y al enorme retraso, se había enfrentado a un caso tan espantoso. Pero tampoco nunca antes había contado con un espécimen tan saludable de despojo humano con el que trabajar. Incluso así podría haber fracasado, de no ser por la fuerza física y mental, casi inexplicable, con la que el paciente se agarraba a la vida, similar a la de un gato.

Hubo días de fiebres altas y delirio; días de desazón cuando el pulso de Strang era casi imperceptible; días en los que yacía consciente, con los ojos agotados, demacrado y el rostro bañado en el sudor provocado por el suplicio. Linday se mostró infatigable, cruelmente eficiente, audaz y afortunado, corriendo un riesgo tras otro y ganando siempre. No se contentaba con lograr que el hombre viviera. Se concentró en el complicado y peligroso problema de devolverle la fuerza y dejarlo como antes.

—¿Quedará lisiado? —preguntó Madge.

—No se limitará a andar, hablar y ser una caricatura mustia de su ser anterior —dijo Linday—. Correrá, saltará, nadará en los rápidos, cazará osos, luchará con los jaguares y todo lo que su insensatez lo empuje a hacer. Y, te lo advierto, fascinará a las mujeres tanto como antes. ¿Quieres eso? ¿Estás contenta? Recuerda que no estarás con él.

—Sigue, sigue —respondió ella—. Déjalo bien. Déjalo como antes.

En más de una ocasión, cuando la recuperación de Strang lo permitía, Linday lo anestesió y lo sometió a intervenciones tremendas: cortaba, cosía, rehacía y volvía a conectar el alterado organismo. Después surgió un contratiempo con el brazo izquierdo. Strang podía levantarlo hasta un límite, pero no más allá. Linday se concentró en el problema. Había que arreglar más conexiones encogidas, retorcidas, desconectadas. De nuevo cortó, cosió, descongestionó y desenredó. Su tremenda vitalidad y la buena salud de su carne era lo que salvaba a Strang.

—Lo va a matar —se quejó el hermano—. Déjelo ya. Por el amor de Dios, déjelo. Es mejor que esté vivo y lisiado a muerto y entero.

Linday se dejó llevar por la ira:

—¡Fuera de aquí! Salga de la cabaña hasta que sea capaz de

volver y pedirme que le devuelva la vida. ¡Anímese! Por Dios, hombre, tiene que apoyarme con toda su alma. Su hermano camina por el filo de la navaja. ¿Lo entiende? Basta un mal pensamiento para hacerlo caer. Ahora váyase y vuelva recuperado y animado, convencido más allá de cualquier duda de que vivirá y será como antes de que usted y él hicieran estupideces. He dicho que salga.

El hermano, con los puños apretados y los ojos llenos de amenazas, miró a Madge en busca de consejo.

—Vete, por favor —rogó ella—. Tiene razón. Sé que tiene razón.

En otro momento, cuando el estado de Strang parecía más prometedor, el hermano dijo:

—Doc, es usted un genio y durante todo este tiempo he olvidado preguntar cómo se llama.

—Eso no es asunto suyo. No me incordie. Váyase.

El brazo derecho, muy afectado, dejó de mejorar y la terrible herida volvió a abrirse.

—Necrosis —dijo Linday.

—Pues ya no hay nada que hacer —gimió el hermano.

—¡Cállese! —gruñó Linday—. ¡Fuera! Llévese a Daw. Y a Bill. Traigan conejos, pero vivos y saludables. Pongan trampas por todas partes.

—¿Cuántos? —preguntó el hermano.

—Cuarenta, cuatro mil, cuarenta mil, tantos como puedan. Usted me ayudará, señora Strang. Voy a escarbar en ese brazo hasta calibrar el daño. Váyanse, amigos. Traigan los conejos.

Y escarbó con rapidez y precisión, raspó el hueso en proceso de desintegración y precisó el alcance de la podredumbre.

—No habría ocurrido —dijo a Madge— si no hubiese tenido tantas otras heridas vitales de las que ocuparse. Ni siquiera él, con lo fuerte que es, ha podido superarlo. No dejé de vigilarlo, pero tenía que esperar y arriesgarme. Hay que extraer ese trozo de hueso. Podría vivir sin él, pero el hueso de conejo lo dejará como antes.

De los cientos de conejos que le llevaron, descartó, rechazó, seleccionó, probó, seleccionó y volvió a probar, hasta que se decidió por uno. Utilizó lo que le quedaba de cloroformo y realizó un injerto de hueso: de hueso vivo a hueso vivo, hombre y conejo, vivos los dos, inmóviles, atados y unidos por las vendas, hasta

lograr la unión perfecta y la reconstrucción del brazo.

Durante todo ese período agotador, en especial mientras Strang se recuperaba, Linday y Madge hablaron muchas veces. Ni él fue amable ni ella rebelde.

—Es un fastidio —le dijo él—. Pero la ley es la ley y tendrás que divorciarte para que podamos casarnos de nuevo. ¿Qué me dices? ¿Iremos a Lake Geneva?

—Como desees —contestó ella.

Y en otra ocasión:

—¿Qué demonios viste en él? Ya sé que tenía dinero. Pero tú y yo tampoco vivíamos mal. Por entonces, con la consulta ganaba unos cuarenta mil al año… Repasé los libros de cuentas. Lo único que no tenías eran palacios y yates.

—Tal vez tú mismo lo hayas explicado —respondió ella—. Tal vez la consulta te interesaba demasiado. Puede que te olvidaras de mí.

—Mmm —se burló él—. ¿Y a tu Rex no le interesan demasiado los jaguares y los palitos cortos?

Continuamente insistía para que ella explicase lo que él calificaba de encaprichamiento por el otro hombre.

—No hay explicación —respondía ella.

Por fin, un día le dijo:

—Nadie puede explicar el amor. Y yo menos que nadie. En Fort Vancouver había un magnate de la Compañía de la Bahía de Hudson que se enfadó con el párroco residente de la Iglesia de Inglaterra. El párroco había escrito a casa quejándose de que a los hombres de la Compañía, empezando por el factor, les apasionaban las esposas indias. «¿Por qué no les explicó las circunstancias atenuantes?», preguntó el magnate. Y el párroco respondió: «El rabo de la vaca crece hacia abajo. Yo no pretendo explicar por qué el rabo de la vaca crece hacia abajo. Me limito a citar el hecho».

—¡Malditas sean las mujeres listas! —exclamó Linday, con los ojos brillantes de ira.

—¿Qué te trajo al Yukon, de tantos lugares posibles? —preguntó ella en otro momento.

—Tenía demasiado dinero, sin esposa en quien gastarlo. Necesitaba descansar. Trabajaba en exceso. Me fui a Colorado, pero los telegramas de mis pacientes me siguieron y algunos lo hicieron

en persona. Luego me fui a Seattle y ocurrió lo mismo. Ransom me llevó a su mujer en un tren especial. No había forma de escapar. La operación fue un éxito. La prensa local se enteró. Ya te imaginas el resto. Tenía que esconderme, así que huí al Klondike. Y, bueno, Tom Daw me encontró jugando al *whist* en una cabaña junto al Yukón.

Llegó un día en que sacaron la cama de Strang al exterior para que le diera el sol.

—Deja que se lo cuente ahora —le dijo ella a Linday.

—No. Espera —respondió él.

Después, Strang fue capaz de sentarse en el borde de la cama y dar sus primeros e inseguros pasos, ayudado por un hombre a cada lado.

—Deja que se lo cuente ahora —insistió ella.

—No. Prefiero que se recupere por completo. No quiero recaídas. El brazo izquierdo aún no está bien del todo. Es poca cosa, pero quiero dejarlo tal y como Dios lo hizo. Mañana me ocuparé de ese brazo y lo solucionaré. Pasará un par de días en la cama. Siento que no haya más cloroformo. Tendrá que morder algo y aguantar. Podrá hacerlo. Tiene el aguante de una docena de hombres.

Llegó el verano. La nieve desapareció, excepto al este, en los lejanos picos de las Rocosas. Los días se alargaron hasta que ya no hubo oscuridad y el sol se ocultaba solo unos pocos minutos tras el horizonte, a medianoche y hacia el norte. Linday no descuidó a Strang. Observaba su forma de andar, los movimientos de su cuerpo, lo corregía sin descanso y lo obligaba a flexionar sus músculos una y otra vez. Le dieron tantos masajes que Linday llegó a afirmar que Tom Daw, Bill y el hermano estaban perfectamente capacitados para trabajar en un baño turco y realizar procedimientos osteopáticos en un hospital. Pero Linday no estaba satisfecho. Hizo pasar a Strang por todo su repertorio de hazañas físicas, siempre buscando cualquier debilidad oculta. De nuevo lo obligó a guardar cama durante una semana, le abrió la pierna, realizó uno o dos hábiles trucos con las venas más pequeñas y rascó un trozo de hueso del tamaño de un grano de café hasta que solo quedó una superficie rosada y saludable, sobre la que cosió la carne viva.

—Deja que se lo cuente —rogó Madge.

—Aún no —fue la respuesta—. Se lo dirás cuando yo lo decida.

Transcurrió julio y agosto se acercaba a su fin cuando ordenó a Strang salir al camino para cazar un alce. Linday lo acompañó con la intención de observarlo y estudiarlo. Era un hombre esbelto, de músculos fuertes como los de un felino y caminaba como Linday no había visto caminar a nadie, sin esfuerzo, con todo el cuerpo, levantando las piernas casi hasta los hombros, con una agilidad impresionante, como si no le pesaran. Lo hacía con tanta facilidad que le aportaba una elegancia peculiar y parecía que se movía a una velocidad inferior a la real. Era el ritmo agotador del que se había quejado Tom Daw. Linday se esforzaba por seguirlo, sudando y jadeando, y algunas veces, cuando el terreno resultaba favorable, echaba a correr para no perderlo de vista. Al cabo de quince kilómetros se rindió y se dejó caer sobre el musgo.

—¡Ya basta! —exclamó—. No puedo seguir su ritmo.

Se limpió el sudor del rostro y Strang se sentó sobre el tronco de una pícea, sonriendole al médico y, con la camaradería de un panteísta, a todo el paisaje.

—¿Ha sentido alguna punzada, dolor o principio de dolor? —preguntó Linday.

Strang negó con la cabeza cubierta de rizos y estiró su ágil cuerpo, disfrutando de hasta la última de sus fibras.

—Saldrá adelante, Strang. Durante un invierno o dos es posible que note el frío y la humedad en las heridas. Pero eso también pasará e incluso puede que ni siquiera llegue a notarlo.

—Caramba, doctor, ha hecho usted milagros conmigo. No sé cómo agradecérselo. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Algo que no tiene importancia. Lo he sacado adelante y eso es lo principal.

—Pero todo el mundo debería conocer su nombre —insistió Strang—. Estoy seguro de que, si lo oyera, lo reconocería.

—Es muy posible —respondió Linday—, pero no viene al caso. Quiero hacerle una última prueba y habré acabado con usted. Más allá de la divisoria, en la cabecera de este arroyo, hay un afluente del Big Windy. Daw me ha dicho que el año pasado descendió por él hasta el horcajo del medio y regresó, todo en tres días. Dice que, además, estuvo a punto de matarlo por el esfuerzo. Esta noche acampará aquí y esperará. Le enviaré a Daw con el equipo. Luego

quiero que vaya hasta el horcajo del medio y regrese en el mismo tiempo que hizo el año pasado.

V

—Bueno —le dijo Linday a Madge—, tienes una hora para recoger. Yo me ocuparé de preparar la canoa. Bill ha ido a buscar el alce y no volverá hasta que haya oscurecido. Hoy mismo llegaremos a mi cabaña y dentro de una semana estaremos en Dawson.

—Yo esperaba… —empezó a decir ella, pero se interrumpió, orgullosa.

—¿Que renunciaría a mis honorarios?

—Oh, un pacto es un pacto, pero no era necesario que fueses tan odioso a la hora Recobrar. No has sido justo. Lo has enviado lejos durante tres días y me has privado de mi última conversación con él.

—Déjale una carta.

—Se lo contaré todo.

—Lo contrario sería injusto para los tres —fue la respuesta de Linday.

Cuando regresó de preparar la canoa, ella había recogido sus cosas y escrito la carta.

—Déjame leerla —dijo él—. Si no te importa.

Madge dudó un momento y se la entregó.

—Muy directa —comento Linday tras haberla leído. Bueno, ¿estas lista?

Llevó el equipaje de ella hasta la orilla, se arrodilló y con una mano estabilizó la canoa mientras extendía la otra para ayudarla a subir. La observó atentamente, pero Madge le tendió la mano sin un solo temblor y se dispuso a saltar a bordo.

—Espera —dijo él—. Un momento. ¿Recuerdas la historia que te conté sobre el elixir? No te conté el final. Cuando la mujer hubo aplicado el ungüento y se disponía a marcharse, se vio por casualidad en un espejo y comprobó que había recuperado su belleza. Él abrió los ojos, grito de alegría ante el espectáculo de tanta belleza y la rodeó con sus brazos.

Madge esperaba, tensa pero sin perder el control, a que él

continuase, con un gesto de asombro en el rostro y los ojos.

—Eres muy hermosa, Madge —dijo Linday. Hizo una pausa y continuó en tono seco—: El resto es obvio. Supongo que los brazos de Rex Strang no permanecerán mucho tiempo vacíos. Adiós.

—Grant… —dijo ella, casi en un suspiro. El tono de su voz hacía innecesarias las palabras.

Él soltó una carcajada un tanto desagradable.

—Solo quería demostrarte que no soy tan mala persona. Avergonzarte devolviéndote bien por mal.

—Grant…

Linday subió a la canoa y le tendió una mano delgada y nerviosa.

—Adiós —dijo.

Ella cubrió la mano de él con las dos suyas.

—Una mano fuerte y querida —murmuró Madge, se inclinó y la besó.

Linday se la arrebató de un tirón, apartó la canoa de la orilla, hundió el remo en la rápida fuerza de la corriente y se internó en la cabecera de los rápidos, donde el agua fluía cristalina antes de estallar en el blanco frenesí de la espuma.

[1911]

El hombrecillo

JALÁ NO FUERAS TAN TOZUDO —objetó Shorty—. Ese glaciar me da miedo. Nadie debería

enfrentarse a él solo.

Smoke se rio, contento, y observó la reluciente superficie del diminuto glaciar que ocupaba la cabecera del valle.

—Ya estamos en agosto y los días llevan dos meses acortándose —resumió la situación—. Tú sabes de cuarzo y yo no, pero puedo ir a buscar provisiones mientras tú cuidas de esa veta madre. Adiós. Mañana por la tarde estaré de vuelta.

Se giró y echó a andar.

—Tengo la corazonada de que va a pasar algo —suplicó Shorty.

Pero la respuesta de Smoke fue una alegre carcajada. Continuó rumbo al pequeño valle, limpiándose el sudor de la frente de vez en cuando, mientras pisaba las frambuesas silvestres ya maduras y los delicados helechos que crecían junto a algunos tramos de hielo protegidos del sol.

A principios de primavera, Shorty y él habían seguido el cauce alto del río Stewart y desembocado en el impresionante caos de la región donde se encontraba el lago Surprise. Se habían pasado toda la primavera y la mitad del verano errando inútilmente por la zona hasta que, a punto de regresar, avistaron por primera vez la desconcertante capa de agua con su fondo de oro que había atraído y engañado a una generación de mineros. Tras montar el campamento en la vieja cabaña que Smoke había descubierto en su visita anterior, fueron conscientes de tres cosas: primera, el fondo del lago estaba alfombrado de pesadas pepitas de oro; segunda, era posible sumergirse para recogerlo en las zonas menos profundas, pero la temperatura del agua resultaba letal; y tercera, drenar el lago era una tarea demasiado grande para dos hombres que solo contaban con menos de la mitad de un verano breve. Sin desanimarse, deduciendo de la aspereza del oro que no provenía de lejos, se dedicaron a buscar la veta madre. Cruzaron el enorme glaciar que ocupaba el borde sur y se concentraron en el impresionante laberinto de valles y cañones pequeños que se extendían por detrás y que, por medio de métodos poco comunes en la montaña, desaguaban o habían desaguado en el lago.

El valle por el que descendía Smoke se ensanchaba gradualmente como cualquier valle normal, pero, en su extremo inferior, se estrechaba para adentrarse entre paredes altas y empinadas y terminaba de forma abrupta en una pared horizontal, a

cuyos pies el riachuelo desaparecía en un aluvión de rocalla, evidentemente por alguna salida bajo tierra. Tras ascender la pared horizontal, Smoke pudo divisar el lago desde su cima. A diferencia de todos los lagos de montaña que había visto, este no era azul. Su intenso verde pavo real indicaba la poca profundidad de sus aguas. Esa poca profundidad hacía viable el drenaje. A su alrededor se alzaba un revoltijo de montañas con aristas y grietas marcadas por el hielo, de formas grotescas y extrañamente agrupadas. Todo era desorden y caos: una pesadilla de Doré. Tan fantástico e imposible resultaba que a Smoke más le parecía un paisaje cósmico de cuento que una parte racional de la superficie terrestre. En los cañones había muchos glaciares, la mayoría diminutos y, mientras los miraba, uno de los más grandes, en la orilla norte, se hundió entre estruendos y salpicaduras. Al otro lado del lago, a una distancia que parecía inferior a un kilómetro pero que en realidad era de ocho, distinguió el grupo de píceas y la cabaña. Observó con más atención para asegurarse y vio, sin lugar a dudas, que salía humo de la chimenea. Mientras se daba la vuelta para ascender la pared sur llegó a la conclusión de que alguien más se había llevado la sorpresa de descubrir el lago Surprise.

Desde la cima de la pared sur descendió a un pequeño valle, alfombrado de flores y envuelto en el zumbido ocioso de las abejas, similar a cualquier otro valle normal en cuanto se adentraba en el lago. Lo raro estaba en su longitud, que apenas alcanzaba cien metros. Terminaba en un barranco vertical de trescientos metros por el que se precipitaba un arroyo que formaba una cortina de agua.

Allí descubrió más humo, ascendiendo lentamente a la cálida luz del sol, tras un saliente de piedra. Al doblar la esquina oyó un leve golpeteo metálico y un silbido alegre que llevaba el ritmo. Luego vio al hombre, con una bota dada la vuelta y sujeta entre las rodillas, en cuya suela estaba asegurando unos clavos.

—¡Hola! —lo saludó el desconocido y a Smoke aquel hombre le cayó bien de inmediato—. Llegas justo a tiempo para tomar algo. Ahí hay café, un par de tortas frías y algo de tasajo.

—Yo, encantado —aceptó Smoke mientras se sentaba—. He escatimado un poco en las últimas comidas, pero hay un montón de provisiones en la cabaña.

—¿Al otro lado del lago? Ahí voy yo.

—Parece que el lago Surprise empieza a abarrotarse —se quejó Smoke mientras vaciaba la cafetera.

—Vamos, me tomas el pelo, ¿verdad? —dijo el hombre, con el asombro pintado en el rostro.

Smoke se rió.

—Ese es el efecto que causa en todo el mundo. ¿Ves esos salientes elevados de enfrente, hacia el noroeste? Desde allí lo vi por primera vez. Surgió ante mí de repente. Y eso que ya había dejado de buscarlo.

—Lo mismo digo —estuvo de acuerdo el otro—. Había dado la vuelta y esperaba llegar al Stewart ayer por la noche, cuando de repente vi el lago. Pero, si es el Surprise, ¿dónde está el Stewart? ¿Y dónde he estado todo este tiempo? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo te llamas?

—Bellew. Kit Bellew.

—¡Ah! Ya sé quién eres. —Una sonrisa alegre iluminó el rostro y los ojos del hombre, que enseguida estrechó la mano de Smoke—. He oído hablar mucho de ti.

—Supongo que habrás leído mis artículos periodísticos —comentó Smoke en tono modesto.

—No. —El hombre se rio y negó con la cabeza—. He leído la historia reciente del Klondike. Te habría reconocido si no llevaras esa barba. Te vi machacar a los magnates del juego cuando te dio por dominar la ruleta en el Elkhorn. Me llamo Carson, Andy Carson, y no te imaginas cuánto me alegro de haberte encontrado.

Era un hombre pequeño, delgado, fibroso y saludable, de ojos oscuros y vivos, con el magnetismo de la camaradería.

—¿De verdad es el lago Surprise? —preguntó incrédulo.

—De verdad.

—¿Y el fondo está cubierto de oro?

—Sí. Aquí tengo una muestra. —Smoke metió la mano en el bolsillo de su peto y sacó media docena de pepitas—. Ya lo ves. Solo tienes que bajar al fondo, incluso a ciegas, y sacar un puñado. Luego tienes que correr un kilómetro para recuperar la circulación.

—Vaya, maldita sea mi estampa, que te me has adelantado —maldijo Carson medio en broma, pero su decepción resultaba evidente—. Y yo que contaba con ser el primero en encontrarlo. Al

menos me llevo la diversión de venir hasta aquí.

—¡La diversión! —exclamó Smoke—. Si alguna vez conseguimos extraer todo lo que hay en el fondo, haremos que Rockefeller parezca un pobre de solemnidad.

—Pero es tuyo —objetó Carson.

—De eso nada, amigo. Debes comprender que en toda la historia de la minería jamás se ha descubierto un depósito de oro como ese. Haremos falta tú, yo, mi socio y todos los amigos que tengamos para echarle el guante. El Bonanza y el Dorado, enteros y juntos, no tienen más oro que medio acre de ese lago. El problema es drenarlo. Harán falta millones. Pero solo me da miedo una cosa: hay tanto oro que si no controlamos la producción provocaremos que se devalúe.

—Y me lo cuentas para… —Carson se interrumpió, asombrado y sin palabras.

—Encantado de contar contigo. Tardaremos un año o dos en drenarlo, con todo el dinero que podamos reunir. Puede hacerse. He estudiado el terreno. Aunque nos harán falta todos los hombres del territorio que estén dispuestos a trabajar a sueldo. Necesitaremos un ejército y, ahora mismo, necesitamos hombres decentes con los que asociarnos. ¿Te apuntas?

—¿Que si me apunto? ¿No tengo pinta de apuntarme? Ya me siento tan millonario que hasta me da reparo cruzar ese glaciar enorme. Ahora no puedo partirme el cuello Ojalá tuviese más clavos para las botas. Cuando llegaste estaba colocando los últimos ¿Y tus clavos? Déjame ver.

Smoke levantó un pie.

—¡Gastados y lisos como una pista de patinaje! —exclamó Carson—. Pues sí que has andado por ahí. Espera un minuto, que arranco unos pocos de mis clavos y te los doy.

Pero Smoke se negó en redondo.

—Además —le dijo—, tengo algo más de diez metros de cuerda almacenada donde empieza el hielo. Mi socio y yo la usamos para venir. Será pan comido.

El ascenso fue difícil y hacía calor. El sol abrasaba y deslumbraba al reflejarse en el hielo y el esfuerzo los hacía sudar y jadear. En algunos tramos, surcados de hendiduras y grietas, tras una hora de peligrosos desvelos no lograban avanzar más de cien

metros. A las dos de la tarde, junto a una charca de agua asentada en el hielo, Smoke hizo un alto.

—Ataquemos un poco ese tasajo —dijo—. He andado corto de provisiones y me tiemblan las rodillas. Además, ya hemos pasado lo peor. Faltan trescientos metros hasta las rocas y es un trecho fácil, excepto por un par de hendiduras feas y una muy fea que nos lanzaría de cabeza al abismo. Allí hay un puente de hielo algo frágil, aunque Shorty y yo conseguimos cruzarlo.

Compartiendo el tasajo, se pusieron al corriente de sus vidas y Andy Carson contó su historia.

—Sabía que acabaría por encontrar el lago Surprise —masculló entre bocado y bocado—. Tenía que encontrarlo. No llegué a las graveras del monte French ni a Big Skookum ni a Monte Cristo, así que o llegaba al lado Surprise o ya podía reventar. Y aquí estoy. Mi esposa sabía que lo iba a conseguir. Yo tengo mucha fe, pero la de ella es impresionante. Es única, una fuera de serie, se apunta a todo, trabaja como nadie, nunca se queja, lucha hasta el final sin rendirse. Para mí no existe otra mujer, le seré leal hasta la muerte. Echa una ojeada.

Abrió la tapa del reloj y en su interior Smoke pudo ver la fotografía pequeña de una mujer de pelo claro, enmarcada a cada lado por el rostro sonriente de un niño.

—¿Dos chicos? —preguntó.

—Chico y chica —respondió Carson, orgulloso—. Él tiene año y medio. —Suspiró—. Podían haber sido más mayores, pero tuvimos que esperar. Verás, ella estaba enferma. Los pulmones. Pero no se rindió. ¿Qué íbamos a saber nosotros? Yo trabajaba en las oficinas del ferrocarril, en Chicago, cuando nos casamos. Su familia tenía tuberculosis. Los médicos no sabían gran cosa por entonces. Dijeron que era hereditaria. La tenía toda su familia. Se contagiaban los unos a los otros, pero no lo sabían. Aunque nacían con ella. Es el destino. Mi mujer y yo vivimos con ellos los dos primeros años. Yo no tenía miedo. En mi familia no hay tuberculosis. Pero la pillé. Y eso me hizo pensar. Era contagiosa. La pillé al respirar el mismo aire que ellos.

»Mi mujer y yo nos pusimos de acuerdo. Entonces no hice caso al médico de la familia y consulté con un experto. Me dijo que tenía razón en lo que había discurrido y añadió que Arizona era el lugar

en el que deberíamos vivir. Levantamos el campamento y nos marchamos, sin dinero, sin nada. Conseguí trabajo como pastor de ovejas y la dejé en la ciudad, en un centro para enfermos. Estaba lleno de tuberculosos.

»Al vivir y dormir al aire libre empecé a recuperarme enseguida. Cada vez que me iba pasaba fuera varios meses. Cuando volvía, ella estaba peor. No se curaba. Pero aprendimos. La saqué de aquella ciudad y se vino conmigo a cuidar ovejas. Durante cuatro años, en invierno y verano, con frío o calor, con lluvia, nieve, heladas y todo lo demás, nunca dormimos bajo techo, siempre de un campamento a otro. Tenías que ver el cambio: estábamos morenos como el cuero curtido, delgados como los indios y duros como el cuero sin curtir. Cuando creíamos que nos habíamos curado, nos fuimos a San Francisco. Pero nos precipitamos. Al segundo mes, los dos sufrimos ligeras hemorragias. Ahuecamos el ala de vuelta a Arizona y las ovejas. Allí estuvimos dos años más. Fue la solución. Nos curamos. Toda su familia ha muerto. No nos hicieron caso.

»Entonces decidimos no volver a ninguna ciudad. Nos movimos por la costa del Pacífico y el sur de Oregon nos pareció bien. Nos quedamos en el valle del río Rogue, con las manzanas. Allí hay mucho futuro, pero nadie lo sabe. Conseguí mi propia tierra, con tiempo, claro, a cuarenta dólares el acre. Dentro de diez años cada acre valdrá quinientos.

»Hemos luchado como perros. Para empezar hace falta dinero y no teníamos un centavo. Había que levantar la casa y el establo, conseguir caballos y arados y todo lo demás. Ella dio clases en la escuela dos años. Luego llegó el niño. Pero lo conseguimos. Tienes que ver los árboles que plantamos, cien acres de manzanos que ya casi están maduros. Pero todo han sido gastos y hay que pagar la hipoteca. Por eso estoy aquí. Ella hubiese venido, si no fuese por los niños y los árboles. Está allí, ocupándose de todo, y yo, aquí, un condenado millonario… bueno, un futuro millonario.

Miró feliz, por encima del reflejo del sol en el hielo, hacia las aguas verdes del lago, volvió a observar la foto y murmuró:

—Es una mujer única. Ha aguantado. No quiso morirse, aunque cuando salía con las ovejas no era más que piel y huesos, envueltos en un poco de pasión. Oh, ahora está delgada. Nunca será gorda. Pero la suya es la delgadez más bonita que he visto nunca y, cuando

yo vuelva, y los árboles empiecen a dar frutos y los niños empiecen a ir a la escuela, nosotros nos iremos a París. A mí esa ciudad no me llama mucho la atención pero ella lleva toda su vida queriendo ir.

—Pues aquí está el oro que os llevará a París —aseguró Smoke—. Y solo tenemos que ponerle las manos encima.

Carson asintió con los ojos brillantes.

—Oye, esa granja que tenemos es el huerto más bonito de toda la costa del Pacífico. Y hay buen clima. Allí nuestros pulmones no volverán a enfermar. Los que fuimos tuberculosos tenemos que andarnos con mucho cuidado. Si estás pensando en echar raíces, bueno… ven a ver nuestro valle antes de decidirte. Solo digo eso. ¡Y la pesca! Dime, ¿alguna vez has pescado un salmón de quince kilos con una caña de seis onzas? No sabes qué pelea, de las buenas.

—PESO VEINTE KILOS menos que tú —dijo Carson—. Deja que pase antes.

Se encontraban en el borde de la grieta. Era enorme y antigua y tenía treinta metros de ancho, con las orillas inclinadas y erosionadas por los años, en lugar de afiladas y angulosas. En aquel punto, una masa enorme de nieve endurecida por la presión, que casi era hielo, hacía las veces de puente. Ni siquiera podían ver el final de aquella masa de nieve, mucho menos el fondo de la grieta. El puente se desmenuzaba y se derretía: amenazaba con desplomarse en cualquier momento. Había señales de que algunos bloques se habían desgajado recientemente y, mientras lo observaban, un pedazo de media tonelada se soltó y cayó al vacío.

—Tiene muy mala pinta —admitió Carson con gesto preocupado—. Mucho peor de la que tendría si no fuese millonario.

—Pero tenemos que intentarlo. Ya casi hemos cruzado el glaciar. No podemos retroceder. No podemos acampar aquí, en el hielo, toda la noche. Y no hay otro camino. Shorty y yo lo exploramos hasta dos kilómetros más arriba. Aunque estaba en mejores condiciones cuando lo cruzamos.

—Tendrá que ser de uno en uno y yo voy primero. —Carson cogió el rollo de cuerda que sujetaba Smoke—. Tendrás que esperar. Me llevo la cuerda y el pico. Dame la mano para que pueda bajar sin problemas.

Despacio y con cuidado, descendió el trecho de varias decenas

de centímetros que lo separaba del puente, donde permaneció de pie, realizando los últimos ajustes para el peligroso cruce. A la espalda llevaba la mochila con su equipo. Alrededor del cuello, descansando sobre los hombros, enroscó la cuerda, uno de cuyos extremos había anudado a la cintura.

—Ahora mismo daría una buena parte de mis millones por un grupo de obreros que me construyera un puente —dijo, pero su sonrisa alegre y curiosa desmintió sus palabras Además, añadió—: No importa, soy como un gato.

Balanceó en horizontal el pico y el palo largo que usaba como bastón de montaña de la misma forma en que lo haría un equilibrista en la cuerda floja. Echó un pie hacia adelante para probar, lo retiró y se armó de valor con un esfuerzo físico y visible.

—Ojalá estuviera arruinado —sonrió, mirando hacia arriba—. Si esta vez no consigo ser millonario, ya nunca lo seré. Qué desagradable.

—Tranquilo —lo animó Smoke—. Yo ya lo he pasado antes. Deja que cruce primero.

—Pero pesas veinte kilos más —insistió el hombrecillo—. Se me pasará en un minuto. Ya se me ha pasado. —Esta vez, el proceso de armarse de valor fue instantáneo—. Bueno, allá voy, por el río Rogue y las manzanas —dijo, al tiempo que adelantaba un pie y lo posaba con cuidado, para luego dar un paso más con el otro.

Continuó avanzando despacio, muy concentrado, hasta recorrer dos tercios de la distancia. Entonces se detuvo para examinar un surco que debía cruzar y en cuyo fondo había una fisura reciente. Smoke, que lo observaba, lo vio mirar a un lado y al fondo de la grieta, y luego balancearse ligeramente.

—¡No mires abajo! —ordenó Smoke al instante—. ¡La vista al frente! ¡Vamos, continúa!

El hombrecillo obedeció y no volvió a titubear. La pendiente erosionada por el sol del otro extremo de la grieta estaba resbaladiza, pero no era excesivamente empinada y logró subir hasta un saliente estrecho, donde se dio la vuelta y se sentó.

—Te toca —gritó—. Pero no dejes de avanzar y no mires abajo. Eso casi acaba conmigo. Tú camina y mira al frente. Y date prisa, que el hielo está muy mal.

Con su bastón en horizontal, Smoke empezó a cruzar. Resultaba

evidente que el puente estaba en las últimas. Sintió una sacudida bajo los pies, un ligero movimiento de la masa y una sacudida más fuerte. Luego se oyó un crujido. Supo que algo estaba pasando a su espalda. También lo supo por el rostro tenso y preocupado de Carson. Desde abajo, leve y desvaído, llegó el murmullo del agua y los ojos de Smoke, sin quererlo él, echaron una ojeada a las relucientes profundidades. Los obligó a volver al camino que tenía delante. A los dos tercios del total, llegó al surco. Los bordes afilados de la fisura, ligeramente rozados por el sol, demostraban que era muy reciente. Había levantado el pie para cruzar, cuando la fisura empezó a ensancharse lentamente, al tiempo que emitía numerosos chasquidos. Se apresuró a dar el paso e incluso incrementó la zancada, pero los clavos gastados de la bota patinaron en el desnivel del otro lado del surco. Se cayó de bruces y, sin pausa, resbaló hacia abajo, al interior del surco, con las piernas colgando y el pecho apoyado sobre el bastón, que había logrado girar transversalmente al caer.

Lo primero que sintió fue la náusea provocada por la mareante aceleración del pulso y enseguida se asombró de que la caída no hubiese sido mayor. Tras él, los crujidos, las sacudidas y el movimiento hacían vibrar el bastón. Desde abajo, en el corazón del glaciar, ascendía el sordo fragor de las masas de hielo desgajadas al chocar contra el fondo. Pero el puente, ya roto en el extremo más alejado y agrietado en el medio, continuaba resistiendo, aunque la parte que había cruzado se inclinaba hacia abajo en un ángulo de veinte grados. Vio que Carson, encaramado en su saliente, con los pies apuntalados contra la superficie que se derretía, rápidamente desenroscaba la cuerda de los hombros.

—¡Espera! —le gritó—. No te muevas o todo el tinglado se irá abajo.

Calculó la distancia con una rápida ojeada, se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y lo ató a la cuerda, cuyo largo incrementó aún más con otro pañuelo que sacó del bolsillo. La cuerda, fabricada con varias ataduras para trineo y algunos tramos de cuero sin curtir trenzado era ligera y fuerte a la vez. La lanzó bien y tuvo suerte, de manera que Smoke pudo agarrarla. Mostró la intención de salir del surco a pulso, avanzando primero una mano y luego la otra por la cuerda. Pero Carson, que había vuelto a asegurar la

cuerda alrededor de su cintura, lo detuvo.

—Átatela también —le ordenó.

—Si caigo, te arrastraré conmigo —objetó Smoke.

El hombrecillo se mostró autoritario.

—Cállate —ordenó—. El sonido de tu voz basta para provocar el derrumbe.

—Pero si caigo… —empezó a decir Smoke.

—¡Que te calles! No te vas a caer. Haz lo que te digo. Eso es, por las axilas. Átala. Vamos, en marcha. Empieza a moverte, pero con cuidado. Yo iré recogiendo la cuerda. Tú ocúpate solo de avanzar. Eso es. Despacio. Con cuidado.

A Smoke le faltaban aún algo más de tres metros cuando dio comienzo el hundimiento final del puente. Sin ruido, a tirones, la inclinación empezó a aumentar.

—¡Rápido! —ordenó Carson, recogiendo poco a poco la cuerda sobrante que la prisa de Smoke le dejaba.

Cuando se produjo la fractura, los dedos de Smoke agarraron la dura superficie del muro de la grieta, al tiempo que su cuerpo fue arrastrado hacia atrás por el puente que caía. Carson, sentado muy erguido, con los pies separados y bien clavados en el hielo, tiró de la cuerda. El esfuerzo acercó a Smoke a la pared lateral, pero sacó a Carson de su hueco. Se dio la vuelta con la agilidad de un gato y, como un loco, buscó un asidero en el hielo mientras resbalaba hacia abajo. Por debajo de él, separado por doce metros de cuerda tirante, Smoke se agarraba con el mismo desenfreno y, antes de que el rugido procedente del fondo anunciase la llegada del puente, los dos habían encontrado apoyo. Carson lo había logrado antes y la fuerza con la que pudo tirar de la cuerda había ayudado a Smoke a detenerse.

Ambos ocupaban huecos poco profundos, pero el de Smoke era tan superficial que, por mucho que intentaba pegarse bien a la pared y sujetarse, habría continuado resbalado de no ser por la leve ayuda de la cuerda. Se encontraba en el borde de un abultamiento y no podía ver lo que había por debajo de él. Transcurrieron varios minutos, durante los que evaluaron la situación y avanzaron en el aprendizaje del arte de agarrarse a un hielo húmedo y resbaladizo. El hombrecillo fue el primero en hablar.

—¡Jo! —dijo. Y un minuto después—: Si puedes agarrarte bien

durante un instante y soltar un poco la tensión de la cuerda, me daré la vuelta. Inténtalo.

Smoke hizo el esfuerzo y luego volvió a depender de la cuerda.

—Puedo hacerlo —respondió—. Avisa cuando estés listo. Y date prisa.

—A menos de un metro por debajo tengo un punto de apoyo para los talones —dijo Carson—. No tardaré nada. ¿Preparado?

—Adelante.

Fue complicado dejarse resbalar un metro, darse la vuelta y sentarse, pero a Smoke le resultó mucho más difícil permanecer pegado a la pared y mantener una posición que exigía cada vez más a sus músculos. Empezaba a sentir el casi perceptible principio de un resbalón cuando la cuerda se tensó y, al levantar la cabeza, vio el rostro de su compañero. Smoke se fijó en la lividez amarillenta de la piel bronceada cuando la sangre la abandona y se preguntó qué cara tendría él. Pero cuando vio a Carson, con los dedos temblorosos, tanteando en busca de su cuchillo de monte, decidió que el fin había llegado. Al hombre le había entrado el miedo e iba a cortar la cuerda.

—No te preocupes —parloteó el hombrecillo—. No tengo miedo. Son los condenados nervios. Enseguida se me pasa.

Smoke lo observó. Estaba doblado, con los hombros entre las rodillas, temblando, incómodo, sujetando la ligera tensión de la cuerda con una mano mientras con la otra abría agujeros en el hielo a cuchillazos para encajar los talones.

—Carson —le dijo, mirando hacia arriba—, eres como un oso, fuerte y valiente como un oso.

La sonrisa de respuesta resultó triste y digna de lástima.

—Nunca he soportado las alturas —confesó Carson—. Siempre me han superado. ¿Te importa que me detenga un minuto para tranquilizarme? Luego haré más profundos los agujeros para los talones y así podré tirar de ti hacia arriba.

El corazón de Smoke se llenó de afecto.

—Mira, Carson, lo que tienes que hacer es cortar la cuerda. No conseguirás subirme y no tiene sentido que muramos los dos. Puedes hacerlo con el cuchillo.

—¡Cállate! —respondió en tono herido—. ¿Quién está al mando aquí?

Smoke se dio cuenta de que enfadarse había ayudado al otro a recuperar la calma. En cuanto a él, permanecer pegado a aquella pared de hielo sin otra cosa que hacer, excepto mantenerse pegado a ella, era el esfuerzo más estresante y angustioso que había hecho en su vida.

Un gruñido y el veloz: «¡Agárrate!» sirvieron de advertencia. Con el rostro apretado con fuerza contra el hielo, hizo un esfuerzo supremo por agarrarse, sintió que la cuerda se aflojaba y supo que Carson resbalaba hacia él. No se atrevió a mirar hacia arriba hasta que sintió que la cuerda se tensaba porque el otro se había detenido por fin.

—Jo, qué poco ha faltado —parloteó Carson—. He resbalado más o menos un metro Espera. Tengo que hacer agujeros nuevos. Si este maldito hielo no se derritiera con tanta rapidez, todo iría sobre ruedas.

Soportando con la mano izquierda los pocos kilos de tensión en la cuerda que Smoke necesitaba, el hombrecillo acuchillaba y rompía el hielo con la derecha. Así estuvo diez minutos.

—Bueno, te diré lo que he hecho —llamó Carson desde arriba—. He hecho agujeros para tus talones y tus manos a mi lado. Yo iré tirando despacio de la cuerda y tú subirás agarrándote bien y sin precipitarte. Pero, antes de nada, te sujetaré con la cuerda para que puedas librarte de la mochila, ¿de acuerdo?

Smoke asintió y desabrochó las correas de su mochila con un cuidado infinito Luego movió los hombros para librarse de ella y Carson la vio resbalar sobre el abultamiento y perderse de vista.

—Ahora me quitaré yo la mía —dijo—. Espera un segundo.

Cinco minutos después comenzó la pelea por ascender. Smoke, tras secarse las manos en el interior de las mangas, se concentró en subir pegado, aferrado, adherido, agarrado, siempre sostenido y ayudado por el tirón de la cuerda. Solo, jamás habría podido avanzar. A pesar de sus músculos, debido a los veinte kilos de más que pesaba, no podía adherirse al hielo tanto como Carson. Cuando había ascendido un tercio de la distancia total, en el punto en el que la pendiente era más empinada y el hielo estaba menos erosionado, sintió que la tensión de la cuerda disminuía. Se movió cada vez más despacio. Allí no tenía donde detenerse y quedarse quieto. Ni el más desesperado de los esfuerzos podría evitar que llegase el momento

de pararse y ya notaba que empezaba a resbalar hacia abajo.

—Resbalo —gritó hacia arriba.

—Yo también —fue la respuesta que Carson le dio sin dejar de apretar los dientes.

—Pues corta la cuerda.

Smoke notó que la cuerda se tensaba en un vano esfuerzo y luego el ritmo de su descenso aumentó. Al tiempo que dejaba atrás el punto donde se había sujetado al principio y resbalaba por encima del abultamiento, el último vistazo que pudo echarle a Carson se lo mostró girado de nuevo cara al hielo, moviendo frenéticamente manos y pies para intentar superar la fuerza que lo arrastraba hacia abajo. Para sorpresa de Smoke, al superar el abultamiento no se precipitó al vacío. La cuerda lo contuvo mientras resbalaba por una pendiente más empinada, cuya inclinación remitió rápidamente y le permitió detenerse en otro pequeño hueco, situado al borde de otro abultamiento. Ya no veía a Carson, que estaba aposentado en el lugar que antes había ocupado Smoke.

—¡Jo! —Oyó estremecerse a Carson—. ¡Jo!

Se hizo el silencio durante unos minutos y luego Smoke sintió que la cuerda se agitaba.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Más agujeros para manos y pies —fue la temblorosa respuesta —. Tú espera. Te subiré hasta aquí en un periquete. No te preocupes por mi forma de hablar, es que estoy nervioso. Pero no pasa nada. Espera y verás.

—Me sujetas a pulso —objetó Smoke—. Antes o después, con el hielo derritiéndose acabarás por resbalar conmigo. Lo que tienes que hacer es cortar la cuerda. ¿Me oyes? No tiene sentido que caigamos los dos. ¿Entiendes? Eres el hombrecillo más grande de la creación y has hecho todo cuanto podías. Corta la cuerda.

—Que te calles. Esta vez haré los agujeros lo bastante profundos como para que retengan a un tronco de caballos.

—Ya llevas mucho tiempo sosteniéndome —insistió Smoke—. Suéltame.

—¿Cuántas veces he tirado de ti hacia arriba? —preguntó el otro con agresividad.

—Varias y demasiadas. No has dejado de perder terreno.

—Pero mientras tanto he ido aprendido cómo se hace esto. Pienso seguir sosteniéndote hasta que salgamos de aquí. ¿Te vale? Cuando Dios decidió que yo fuera un peso ligero, creo que sabía lo que hacía. Y ahora cierra el pico, que estoy ocupado.

Transcurrieron varios minutos en silencio. Smoke oía los golpes metálicos del cuchillo y algunas esquirlas de hielo superaban el abultamiento y llegaban hasta él. Sediento, agarrado con pies y manos, atrapaba los fragmentos con la boca y los derretía hasta convertirlos en agua, que luego tragaba.

Oyó un grito ahogado que acabó en gemido de desesperación, sintió que la cuerda se aflojaba y se agarró con más fuerza aún. La cuerda volvió a tensarse de inmediato. Forzando la vista hacia arriba, a lo largo de la empinada pendiente, miró fijamente un momento y enseguida vio que el cuchillo, con la punta por delante, superaba el borde del abultamiento y resbalaba en dirección a él. Separó un poco la mejilla para formar una especie de bolsillo con el que detenerlo, se encogió debido al dolor del corte, apretó la mejilla con fuerza y sintió que el cuchillo se detenía.

—Soy un idiota —se quejó Carson desde arriba.

—Anímate, lo tengo yo —respondió Smoke.

—¡Oye, espera! Tengo un montón de cordel en el bolsillo. Lo dejaré caer hacia ti, atas el cuchillo y yo lo recupero.

Smoke no contestó. Estaba peleándose con una idea repentina.

—¡Eh, tú! Ahí te va el cordel. Avisa cuando te llegue.

Una pequeña navaja de bolsillo, atada al extremo del cordel para actuar como peso, se acercó resbalando sobre el hielo. Smoke la cogió, la abrió realizando un esfuerzo enorme con los dientes y una mano y comprobó que la hoja estaba afilada. Luego ató el cuchillo de caza al cordel.

—¡Ya puedes tirar! —gritó.

Tenso, observó el avance hacia arriba del cuchillo. Pero vio algo más: un hombrecillo, asustado e indómito, que temblaba y parloteaba, cuya cabeza daba vueltas por el vértigo, que dominaba sus reparos y sufrimientos y se portaba como un héroe. Desde que conoció a Shorty, Smoke nunca había apreciado tan rápidamente a un hombre. Era un auténtico comedor de carne, entusiasta de la amistad, generoso hasta la destrucción, con un valor que ni el peor de los miedos lograba afectar. Después estudió la situación con

sangre fría. No podrían salvarse los dos. Poco a poco iban resbalando hacia el corazón del glaciar y era su peso, mayor que el del otro, lo que arrastraba al hombrecillo, capaz de pegarse al hielo como una mosca. Si estuviese solo, él sí podría salvarse.

—¡Bravo! —La voz resbaló sobre el hielo y superó el abultamiento—. Ahora saldremos de aquí en dos patadas.

La lucha por mostrar alegría y esperanza que se apreciaba en la voz de Carson terminó por decidir a Smoke.

—Escúchame —dijo, muy serio, intentando en vano apartar de su cabeza la imagen de Joy Gastell—. Te he enviado el cuchillo para que puedas salvarte. ¿Lo entiendes? Voy a cortar la cuerda con la navaja. O se salva uno o morimos los dos. ¿Lo entiendes?

—Los dos o ninguno —contestó el otro con voz dura, aunque temblorosa—. Si aguantas un minuto más…

—Ya he aguantado demasiado. Yo no estoy casado. No me espera una mujer delgada y adorable ni hijos ni manzanos. ¿Me oyes? ¡Tú lucha por subir y salir de esta!

—¡Espera! ¡Por el amor de Dios, espera! —gritó Carson—. ¡No puedes hacerlo! Dame la oportunidad de sacarte de ahí. Tranquilízate, amigo. Lo conseguiremos. Ya lo verás. Haré unos agujeros capaces de aguantar con el peso de una casa y de un establo.

Smoke no contestó. Despacio, con delicadeza, fascinado por lo que estaba haciendo, cortó con la navaja hasta que uno de los tres cabos de la cuerda se soltó con un estallido.

—¿Qué haces? —Carson gritó desesperado—. Si la cortas, nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! Te repito que los dos o ninguno. Saldremos de esta. ¡Espera! ¡Por el amor de Dios!

Smoke, mirando fijamente al cabo cortado, que tenía a diez centímetros de sus ojos, fue consciente de la debilidad que produce el miedo. No quería morir, el brillante abismo que se abría a sus pies le daba pánico y su asustado cerebro se agarraba a un optimismo absurdo con tal de retrasar el momento. Fue el miedo lo que lo impulsó a ceder.

—Está bien —gritó hacia arriba—. Esperaré. Haz lo que puedas. Pero te lo advierto, Carson, si volvemos a resbalar los dos, cortaré la cuerda.

—¡Ja! Olvídalo. Cuando nos pongamos en marcha, amigo, no

dejaremos de ascender. Soy como una lapa. Podría mantenerme pegado a esta pared aunque fuera el doble de empinada. Ya casi tengo un agujero lo bastante grande para un talón. Ahora cállate y déjame trabajar.

Los minutos transcurrieron con lentitud. Smoke concentró su alma en el leve dolor que le producía un padrastro de uno de sus dedos. Decidió que tenía que habérselo cortado aquella mañana, porque ya le molestaba entonces, y resolvió cortárselo de inmediato en cuanto saliera de aquella grieta. Luego, enfocó la mirada en el dedo y el padrastro y asimiló la realidad. Dentro de un minuto, o de unos pocos, ese padrastro y ese dedo, bien articulado y eficaz, podrían formar parte de un cadáver destrozado sobre el fondo de la grieta. Consciente de su miedo, se odió a sí mismo. Los que comían carne de oso estaban hechos de un material más duro. Enfadado y sublevado, atacó la cuerda con la navaja. Pero el miedo lo llevó a retirar la mano y a agarrarse de nuevo, temblando y sudando, a la ladera resbaladiza. Intentó atribuir la causa de sus temblores al hecho de que estaba empapado debido al contacto con el hielo derretido, pero en el fondo sabía que no era cierto.

Un grito ahogado, un gemido y el brusco aflojamiento de la cuerda lo pusieron en guardia. Empezó a resbalar. Se movía despacio. La cuerda se tensó con lealtad, pero él continuó deslizándose hacia abajo. Carson no podía retenerlo y resbalaba con él. Buscó apoyo con el dedo del pie que tenía más adelantado, pero encontró el vacío y supo que iba a caer de inmediato. También supo que al cabo de un instante su cuerpo, al caer, arrastraría a Carson.

A ciegas, desesperadamente, su vitalidad y amor a la vida fueron vencidos en un segundo por la estremecedora percepción del bien y el mal, acercó la navaja a la cuerda, vio cómo se rompían los cabos, sintió que resbalaba a mayor velocidad y cayó.

Nunca supo lo que ocurrió después. No perdió la consciencia, pero todo ocurrió demasiado rápido y fue algo inesperado. En lugar de matarse en la caída, sus pies chocaron contra una superficie líquida casi de inmediato y acabó sentado, violentamente, en un charco de agua helada casi hasta el cuello. Su primera impresión fue que la grieta era menos profunda de lo que había imaginado y que había llegado al fondo sano y salvo. Pero enseguida se desengañó. La pared quedaba a algo más de tres metros de

distancia. Se encontraba en una hoya formada en un saliente de la pared de hielo por el agua del deshielo que goteaba y provocaba un reguero desde el abultamiento superior, a tres metros por encima de él. Eso había formado la hoya. Donde él estaba sentado, el agua tenía medio metro de profundidad y quedaba a la altura del borde. Miró por encima del borde y vio el estrecho abismo que se precipitaba a lo largo de un par de cientos de metros hasta el torrente espumeante del fondo.

—¿Por qué lo has hecho? —oyó a Carson gemir desde arriba.

—Escucha —contestó—. Estoy sano y salvo, sentado en un charco de agua hasta el cuello. Y aquí están también nuestras mochilas. Me voy a sentar sobre ellas. Aquí hay sitio para media docena de personas. Si resbalas, mantente pegado a la pared y aterrizarás sin problemas. Pero será mejor que subas y salgas de la grieta. Vete a la cabaña. Hay alguien allí. Vi el humo. Consigue una cuerda o cualquier cosa que sirva para hacer una, vuelve y péscame.

—¿En serio? —preguntó Carson, incrédulo.

—Palabra de honor. Vamos, date prisa o me moriré de frío.

Smoke se protegió del frío abriendo una ranura en el borde con el talón de su bota Cuando había logrado drenar toda el agua de la hoya, la lejana voz de Carson le anunció que había llegado arriba.

Después, Smoke se ocupó de secar la ropa. Los rayos del sol de media tarde caían templados sobre él, por lo que se desnudó y extendió las prendas a su alrededor. La caja en la que guardaba las cerillas era impermeable, así que manipuló y secó suficiente tabaco y papel de arroz para hacerse unos cigarrillos.

Dos horas después, desnudo, encaramado a las dos mochilas y fumando, oyó una voz que lo llamaba desde arriba y que identificó al instante.

—¡Smoke! ¡Smoke!

—Hola, Joy Gastell —devolvió el saludo—. ¿De dónde has salido?

—¿Estás herido?

—No tengo ni un rasguño.

—Mi padre está haciendo descender la cuerda. ¿La ves?

—Sí. Ya la tengo —respondió—. Pero esperad un par de minutos, por favor.

—¿Qué pasa? —inquirió Joy en tono preocupado al cabo de un

rato—. Oh, ya sé, estás herido.

—No, que no. Me estoy vistiendo.

—¿Que te estás vistiendo?

—Sí. He estado nadando un rato. Ya está. ¿Listos? ¡Tirad!

Primero envió las dos mochilas, recibió una bronca de Joy Gastell y en el segundo viaje salió de allí.

Joy Gastell lo miró emocionada mientras su padre y Carson se ocupaban de recoger la cuerda.

—¿Cómo fuiste capaz de soltarte de esa forma tan magnífica? —preguntó—. Ha sido… ha sido impresionante.

Smoke desdeñó el cumplido con un gesto de la mano.

—Lo sé todo —insistió ella—. Carson me lo contó. Te sacrificaste para salvarlo.

—De eso nada —mintió Smoke—. Desde el principio pude ver que había una piscina justo debajo de mí.

[1911]

El ahorcamiento de Cultus George

EL CAMINO ASCENDÍA EMPINADO entre una capa profunda de nieve en polvo sin marcas de trineos ni pisadas de mocasines. Smoke, Y que iba delante, apisonaba los frágiles cristales con sus gruesas raquetas de nieve cortas. La tarea requería buenos músculos y pulmones y él se entregaba a ella con todas sus fuerzas. Por detrás, sobre la superficie que él iba pisando, se esforzaba en avanzar una hilera de seis perros, cuya respiración se convertía en chorros de vapor que atestiguaban su esfuerzo y lo baja que era la temperatura. Entre el perro rueda y el trineo se

afanaba Shorty, repartiendo su peso entre la vara de guiar y la cuerda de arrastre, porque tiraba de él como los perros. Cada media hora Smoke y él cambiaban de lugar, ya que el trabajo de pisar la nieve para abrir camino era incluso más duro que el de guiar el trineo.

Era un grupo descansado y fuerte que se ocupaba de un trabajo duro con eficacia: abrir una senda en pleno invierno para cruzar una divisoria. En un tramo tan difícil, avanzar quince kilómetros al día les parecía una tirada decente. Se mantenían en buenas condiciones, pero cada noche se metían agotados en las pieles de dormir. Habían transcurrido seis días desde que salieran del animado campamento de Mucluc, en el Yukon. En dos días, con el trineo cargado, recorrieron los ochenta kilómetros de camino pisado que llevaba al cauce alto del arroyo Moose. Luego llegó el momento de pelearse con aquella capa de un metro de nieve virgen que en realidad no era nieve, sino cristales de escarcha, con tan poca cohesión entre sí que cuando les daban una patada salían volando con el tenue siseo de los granos de azúcar. En tres días habían recorrido cincuenta kilómetros del cauce alto del arroyo Minnow y cruzado una serie de divisorias bajas que separan los distintos arroyos que fluyen hacia el sur para desembocar en el río Siwash; ahora se enfrentaban a la gran divisoria, y luego a los Oteros Baldíos, donde el camino los llevaría arroyo Porcupine abajo hasta el curso medio del río Milk. Se rumoreaba que en el curso alto del río Milk había depósitos de cobre. Y esa era su meta, una colina de cobre puro situada a ochocientos metros a la derecha, subiendo por el primer arroyo después de que el río Milk naciera en una profunda garganta para fluir cruzando su fondo, lleno de árboles. La reconocerían en cuanto la vieran. McCarthy *el Tuerto* la había descrito con todo lujo de detalles. Era imposible no encontrarla… a menos que McCarthy mintiera.

Smoke iba en cabeza y las píceas, pequeñas y dispersas, eran cada vez más pequeñas y más dispersas cuando se encontró con una, muerta y seca, en medio del camino que ellos seguían. No fue necesario hablar. La mirada que le lanzó a Shorty fue recibida por un estentóreo «¡alto!». Los perros se mantuvieron en sus puestos hasta que vieron a Shorty empezar a desatar las correas del trineo y a Smoke atacar la pícea muerta con un hacha. Entonces los

animales se tumbaron en la nieve, protegiendo las almohadillas de las patas y el hocico cubierto de escarcha con el abundante pelaje de la cola.

Los hombres trabajaron con la rapidez que da la práctica. Enseguida pusieron a derretir los cristales de escarcha en la batea, la cafetera y el cubo. Smoke sacó del trineo una barra de alubias. Ya cocinadas, con una generosa cantidad de daditos de grasa de cerdo y beicon, las habían congelado dándoles esa forma porque resultaba más sencillo transportarlas y prepararlas. Cortó varios pedazos con un hacha, como si fuese leña, y los echó a la sartén para descongelarlos. También puso a descongelar unos panecillos de masa madre que parecían piedras. A los veinte minutos de detenerse, tenían la comida preparada.

—Habrá unos 40°C bajo cero —murmuró Shorty con la boca llena de alubias—. Oye, espero que no baje más… ni que suba. Esta es la temperatura perfecta para abrir camino.

Smoke no contestó. También tenía la boca llena de alubias y, mientras movía las mandíbulas, había mirado por casualidad al perro guía, que descansaba a unos tres metros de distancia. Aquel lobo gris, cubierto de escarcha, lo observaba con esa infinita melancolía y añoranza que tan a menudo se insinúa en los ojos de los perros de la Región Septentrional. Smoke lo sabía bien, pero aquel inexplicable milagro siempre le afectaba. Como si buscara liberarse de aquella mirada hipnotizadora, dejó a un lado el plato y la taza, se acercó al trineo y empezó a abrir un saco de pescado desecado.

—Eh —lo llamó Shorty—, ¿qué haces?

—Saltarme todas las leyes, costumbres, precedentes y usos del camino —contestó Smoke—. Voy a dar de comer a los perros en la mitad del día, solo por esta vez. Han trabajado duro y aún tienen por delante ese último trecho tan difícil hasta la cima de la divisoria. Además, *Bright* me ha hablado y, con esos ojos que tiene, me ha dicho cosas imposibles de expresar.

Shorty soltó una carcajada escéptica.

—Sí, tú mímalos. En cuanto me despiste, te pondrás a hacerles la manicura. Yo te recomendaría que también les aplicases unas cremitas y masajes eléctricos. Es lo mejor para los perros de trineo. A veces, un baño turco también les sienta de maravilla.

—Nunca lo he hecho antes —se defendió Smoke—. Y no volveré a hacerlo. Pero hoy sí. Supongo que será una especie de capricho.

—Pues si es una corazonada, adelante, hazlo. —El tono de Shorty indicó lo rápido que se había apaciguado—. Un hombre siempre ha de hacer caso a sus corazonadas.

—No es una corazonada, Shorty. *Bright* ha afectado a mi imaginación de una forma inesperada. Me ha dicho más en un minuto con su mirada de lo que podría leer en los libros durante mil años. Sus ojos contenían los secretos de la vida; se retorcían y serpenteaban en su interior. El problema es que cuando estaba a punto de entenderlos, se me escaparon. No sé más de lo que sabía antes, pero he estado a punto. —Se detuvo y luego añadió—: No puedo explicarlo, pero en los ojos de ese perro estaban las pistas para entender lo que es la vida, la evolución, el polvo estelar, la savia cósmica y el resto… Todo.

—Lo que, dicho en cristiano, significa que tienes una corazonada —insistió Shorty.

Smoke terminó de repartir el salmón desecado, uno a cada perro, y negó con la cabeza.

—Te digo que sí —discutió Shorty—. Smoke, es una corazonada. Va a ocurrir algo antes de que acabe el día. Ya lo verás. Y estará relacionado con esos salmones secos.

—A ver si me lo demuestras —dijo Smoke.

—No, yo no. El día se ocupará de demostrártelo. Escucha lo que te digo: tu corazonada me ha provocado a mí otra corazonada. Te apuesto cinco kilos de oro contra tres palillos de dientes a que tengo razón. Cuando tengo una corazonada, no me da miedo seguirla.

—Tú apuesta los palillos y yo apuesto el oro —respondió Smoke.

—No, eso sería robo a mano armada. Porque voy a ganar. Yo sé cuando una corazonada es de verdad. Antes de que acabe el día, pasará algo que dará sentido a lo que has hecho con el pescado.

—Demonios —dijo Smoke, intentando acabar con la discusión.

—Y será un infierno —respondió Shorty—. Mira, añado tres palillos más contra el mismo oro a que va a ser un verdadero infierno.

—Hecho —aceptó Smoke.

—Voy a ganar —se alegró Shorty—. Esos palillos ya son míos.

Una hora más tarde pasaron la divisoria, descendieron hacia los

Oteros Baldíos por un cañón de curvas cerradas y siguieron la empinada ladera que llevaba al arroyo Porcupine. Shorty, en cabeza, se detuvo de repente y Smoke ordenó parar a los perros. Por debajo de ellos, ascendiendo, se divisaba una procesión de seres humanos dispersos a lo largo de casi un kilómetro.

—Se mueven como si fueran a un entierro —comentó Shorty.

—No tienen perros —dijo Smoke.

—No. Hay un par de hombres que tiran de un trineo.

—¿Has visto cómo se ha caído ese? Algo les ocurre, Shorty, y deben de ser unos doscientos.

—Mira cómo se tambalean, parecen que van bebidos. Allá se ha caído otro.

—Es una tribu entera. También hay niños.

—Smoke, he ganado —proclamó Shorty—. Una corazonada es una corazonada y no puedes negarlo. Ahí viene. ¡Mírala! Se acerca personificada en un montón de cadáveres.

La masa de indios, al ver a los dos hombres, había lanzado un grito sobrecogedor y acelerado el paso.

—Están totalmente atontados —comentó Shorty—. Mira cómo se caen a puñados.

—Y tú mira el rostro del primero —dijo Smoke—. Se mueren de hambre, eso es lo que les pasa. Se han comido los perros.

—¿Y qué hacemos? ¿Salimos corriendo?

—¿Dejando el trineo y los perros? —preguntó Smoke en tono de reproche.

—Pues si no lo hacemos, nos comerán. Tienen hambre de sobra para comernos. Hola, amigos, ¿qué os pasa? No miréis así a ese perro. No vais a meterlo en la cazuela ¿entendido?

Los primeros indios llegaron y los rodearon, gimiendo y quejándose en una jerga desconocida. A Smoke la imagen le pareció grotesca y espantosa. No había duda de que era hambruna. Sus rostros de mejillas hundidas y piel tirante eran como los de los muertos. No paraban de llegar y de apiñarse alrededor de ellos, hasta que Smoke y Shorty se vieron acorralados por aquel horrible grupo. Rajaron y arrancaron pedazos de sus raídas prendas de cuero y piel, y Smoke comprendió el motivo cuando vio a un niño casi sin vida, que una india llevaba a la espalda, chupar y masticar un trozo de piel mugrienta. Luego vio a otro masticar con ganas una tira de

cuero.

—¡Fuera de aquí! ¡Atrás! —gritó Shorty, recurriendo al inglés tras haber intentado, sin éxito, usar las pocas palabras que conocía de su lengua.

Hombres, mujeres y niños se tambaleaban sobre sus piernas temblorosas y continuaban acercándose, con la debilidad en sus ojos llenos de locura y hambre canina. Una mujer, sin dejar de gemir, consiguió adelantar a Shorty y cayó con los brazos abiertos sobre el trineo. Un anciano la siguió, jadeando e intentando desatar las correas del trineo con sus manos temblorosas, para llegar a los sacos de comida. Un joven pretendió acercarse con un cuchillo en la mano, pero Smoke lo obligó a retroceder. El grupo entero empezó a empujarlos para pasar y dio comienzo la lucha.

Al principio, Smoke y Shorty los empujaban e impulsaban hacia atrás para hacerlos retroceder. Luego tuvieron que usar el mango del látigo y los puños para defenderse de aquella multitud loca por la comida, tras la que se oían los llantos y quejas de las mujeres y los niños. Aquí y allá, en una docena de sitios, lograron cortar las correas del trineo. Los hombres se arrastraron boca abajo para intentar llevarse las provisiones, sin importarles la lluvia de patadas y golpes. De ellos tuvieron que ocuparse cuerpo a cuerpo para echarlos de allí. Estaban tan débiles que se caían constantemente al más mínimo empujón. Sin embargo, en ningún momento buscaron herir a los dos hombres que defendían el trineo.

La debilidad extrema de los indios evitó que Smoke y Shorty se vieran dominados. En cinco minutos, el muro de indios erguidos y dispuestos a luchar se convirtió en varios montones de hombres caídos que gemían y farfullaban sobre la nieve, que lloraban y gimoteaban sin dejar de mirar fijamente la comida que para ellos significaba vida y que les hacía babear. Detrás de ellos seguían oyéndose los llantos y quejas de las mujeres y los niños.

—¡Silencio! ¡Callaos ya! —gritó Shorty, al tiempo que se metía los dedos en los oídos y jadeaba debido al esfuerzo—. Ah, ya te gustaría, ¿verdad? —gritó mientras se lanzaba hacia delante y de una patada arrancaba el cuchillo de la mano a un hombre que, arrastrándose sobre la nieve, intentaba apuñalar el perro guía en el cuello.

—Esto es terrible —murmuró Smoke.

—Estoy acalorado —contestó Shorty, que regresaba de rescatar a *Bright*—. Estoy sudado. ¿Y ahora, qué vamos a hacer con este grupo ambulante?

Smoke negó con la cabeza y entonces otro le resolvió el problema. Un indio se adelantó a rastras, con un ojo fijo en Smoke, en lugar de en el trineo, y en él Smoke vio a la cordura luchando por imponerse. Shorty recordaba haberle dado un puñetazo en el otro ojo, que ya estaba hinchado y cerrado. El indio se incorporó sobre un codo y habló.

—Yo Carluk. Yo buen indio. Yo conocer hombre Boston. Yo mucha hambre. Todos mucha hambre. Todos no conocer hombre Boston. Yo conocer. Yo comer ahora. Todos comer ahora. Nosotros comprar comida. Tener mucho oro. No tener comida. Verano, no salmón río Milk. Invierno, no caribú. No comida. Yo hablar gente. Yo decir mucho hombre Boston venir Yukón. Hombre Boston tener comida. Hombre Boston gustar oro. Nosotros llevar oro, ir Yukón, hombre Boston dar comida. Mucho oro. Yo saber hombre Boston gustar oro.

Con los dedos atrofiados, intentó manipular el cordón de una faltriquera que había sacado del cinto.

—Hacer mucho ruido —intervino Shorty—. Decir mujeres y niños que callar.

Carluk se giró y habló con las mujeres. Otros hombres, al oírlo, alzaron sus voces en tono autoritario y las mujeres se callaron y calmaron a los niños. Carluk dejó de manipular el cordón y levantó los dedos muchas veces.

Smoke siguió la cuenta y supo que setenta y cinco miembros de la tribu habían muerto de hambre.

—Yo comprar comida —dijo Carluk, que por fin había abierto la faltriquera y sacado un pedazo grande de un metal pesado. Otros siguieron su ejemplo y por todas partes aparecieron trozos similares. Shorty los miró fijamente.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Cobre! ¡Puro cobre! ¡Y creen que es oro!

—Ser oro —les aseguró Carluk, muy convencido, porque había entendido la esencia de lo que había dicho Shorty.

—Y los pobres diablos se lo han jugado todo a esa carta —murmuró Smoke—. Míralo. Ese pedazo pesa casi veinte kilos.

Tienen cientos de kilos de cobre y han cargado con él cuando no tenían fuerzas ni para arrastrarse a sí mismos. Escucha, Shorty, tenemos que darles de comer.

—¡Ja! Parece fácil, pero echa cuentas. Tú y yo tenemos comida para un mes, que son seis comidas por treinta, que dan ciento ochenta raciones. Aquí hay doscientos indios con un hambre canina. ¿Cómo demonios podemos darles aunque solo fuera una ración a cada uno?

—Está la comida de los perros —respondió Smoke—. Cien kilos de salmón desecado nos darán para mucho. Tenemos que hacerlo. Han puesto su fe en el hombre blanco.

—Es verdad, no podemos abandonarlos —respondió Shorty—. Y a nosotros nos toca hacer dos cosas muy desagradables. Cada una el doble de desagradable que la otra. Uno de nosotros tiene que volver corriendo a Mucluc para pedir ayuda. El otro tiene que quedarse aquí para organizar el hospital y, muy probablemente, acabar devorado. Que no se te olvide que hemos tardado seis días en llegar aquí y que, aún viajando ligero y con la nieve pisada, solo la vuelta serán tres días, como mínimo.

Smoke calculó los kilómetros que habían recorrido y los visionó según el tiempo que tardaría en cubrirlos, calculado en relación a su capacidad de esfuerzo.

—Yo puedo estar allí mañana por la noche —anunció.

—De acuerdo —aceptó Shorty alegremente—. Yo me quedaré para que me coman.

—Pero me llevaré un pescado para cada perro —explicó Smoke—. Y una ración para mí.

—Lo vas a necesitar, si quieres llegar a Mucluc mañana por la noche.

Smoke, por mediación de Carluk, les explicó el plan.

—Hacer fuego, grande fuego, muchos fuegos —dijo al final—. Mucho hombre Boston parar Mucluc. Hombre Boston mucho bueno. Hombre Boston mucha comida. Cinco sueños yo volver mucha comida. Este hombre llamar Shorty. Ser buen amigo. El quedar aquí. Él gran jefe, ¿saber?

Carluk asintió y tradujo.

—Toda comida quedar aquí. Shorty dar comida. Él jefe, ¿saber?

Carluk tradujo y los demás asintieron y gritaron para expresar

que estaban de acuerdo.

Smoke permaneció allí y ayudó hasta que todo quedó organizado. Los que estaban en mejores condiciones se arrastraron o tambalearon para recoger leña. Encendieron hogueras grandes y alargadas, como las que hacen los indios, para acomodarlos a todos. Shorty, asistido por una docena de ayudantes y con un garrote a mano para evitar los robos, se dedicó a cocinar. Las mujeres se ocuparon de derretir nieve en todo cuanto utensilio reunieron. Primero les dieron un pequeño pedazo de beicon a cada uno y luego una cucharada de azúcar, para empalagar su hambre canina. Al poco tiempo, en un círculo de hogueras encendidas alrededor de Shorty, hervían varias cacerolas con alubias, mientras él, sin dejar de vigilar por si alguien incumplía la promesa de respetar sus órdenes, freía y repartía en raciones las tortas más finas que nunca había hecho.

—Yo me ocupo de la cocina —se despidió de Smoke—. Tú vete de viaje. Trota al ir y corre al volver. Tardarás en llegar lo que queda de hoy y mañana, y tres días más en regresar, como poco. Mañana acabarán con lo que queda de la comida de los perros, luego estaremos tres días sin nada. Tienes que volver, Smoke. Tienes que volver.

Aunque el trineo iba ligero —su única carga eran seis salmones desecados, un kilo de alubias y beicon congelados y una manta para dormir—, Smoke no lograba aumentar la velocidad. En lugar de subirse al trineo y hacer correr a los perros, se vio obligado a caminar junto a la vara. Además, aquel había sido un largo día de duro trabajo y las fuerzas y la agilidad lo habían abandonado, igual que a los animales. El prolongado crepúsculo del ártico empezaba a caer cuando cruzó la divisoria y dejó atrás los Oteros Baldíos.

Colina abajo aumentó por fin el ritmo y pudo subirse al trineo durante varios intervalos breves. Incluso logró que los animales lo llevaran un tramo largo de diez kilómetros. Llegó la oscuridad, que lo encontró en un arroyo sin nombre, en medio de un ancho valle. Allí el arroyo describía amplias curvas de herradura, siempre en llano y, para ahorrar tiempo, empezó a atajar por el llano, en lugar de seguir el lecho del arroyo. Una oscuridad aún más densa lo encontró de vuelta en el lecho del arroyo, tanteando en busca del camino. Tras una hora de búsqueda infructuosa, con experiencia de

sobra como para perderse aún más, encendió una hoguera, dio medio pescado a cada perro y dividió su propia ración en dos. Arropado en la manta, antes de que el sueño lo venciese, había resuelto el problema. El último llano por el que había atajado era el que se encontraba en la bifurcación del arroyo. Se había desviado del camino en algo más de un kilómetro, porque se encontraba sobre el cauce principal, por debajo de donde el camino que Shorty y él habían seguido cruzaba el valle y ascendía por un pequeño afluente hasta la divisoria poco profunda del otro lado.

Se puso en marcha en cuanto hubo un poco de luz, sin desayunar, y abrió senda en la nieve, cuesta arriba, durante algo más de un kilómetro para llegar al camino. Y sin desayunar, hombre y perros, sin detenerse durante ocho horas, retrocedieron transversalmente y cruzaron los pequeños arroyos y las divisorias bajas antes de descender por el arroyo Minnow. A las cuatro de la tarde, rodeado de oscuridad, salió al camino del arroyo Moose, bien pisado y que permitía correr. Sus ochenta kilómetros eran los últimos del viaje. Hizo un descanso, encendió una hoguera, dio a cada perro su medio salmón y descongeló y se comió su ración de alubias. Luego saltó al trineo, gritó: «¡Adelante!» y los perros arrancaron de inmediato.

—¡Dadle con fuerza, huskies! —les gritó—. ¡Adelante! ¡Dadle, que vamos en busca de comida! ¡Y no habrá ninguna antes de Mucluc! ¡Corred, lobos! ¡Corred!

PASABA UN CUARTO de hora de la medianoche en el Annie Mine. En la sala principal había bastante gente y el fuego vivo de las estufas, combinado con la falta de ventilación, mantenía la estancia insalubremente caldeada. El ruido de las fichas y el alboroto del juego en la mesa de *craps* proporcionaban un fondo monótono a la también monótona estridencia de las voces de los hombres que, sentados o de pie, charlaban en grupos, parejas o tríos. Los encargados de las balanzas tenían mucho trabajo porque el polvo de oro era la moneda usada y a ellos les tocaba cobrarlo todo, incluso un whisky de un dólar.

Las paredes eran de troncos, situados unos encima de otros con corteza y todo, y lo que habían usado para tapar las grietas, claramente visible, era musgo del ártico. Por la puerta abierta que

daba al salón de baile llegaban los divertidos compases de un *reel* de Virginia, tocados por un piano y un violín. Acababan de sortear la lotería china y el jugador afortunado, tras hacer efectivo su premio, se lo estaba bebiendo con media docena de amigos. Las mesas de faro y ruleta estaban llenas y en silencio. Las de póquer con descarte y póquer descubierto, cada una con su grupo de curiosos, también estaban tranquilas. En otra mesa se celebraba una partida seria y concentrada de *blackjack*. Solo se oía jaleo en la mesa de *craps*, en el momento en que el hombre que jugaba tiraba los dados con ganas sobre el verde anfiteatro de la mesa, en persecución del esquivo punto que tanto deseaba. Incluso llegó a gritar: «¡Eh, tú, Joe Cotton! ¡Dame un cuatro! ¡Vamos Joe! ¡Pequeño Joe! ¡Hazme feliz, Joe! ¡Joe, Joe, tú puedes!».

Cultus George, un indio enorme y fornido de Circle City, se apoyaba en la pared de troncos con aire distante y severo. Era un indio civilizado, si es que vivir como un hombre blanco connota civilización, y se sentía terriblemente ofendido, aunque su ofensa venía de antiguo. Durante años había realizado el trabajo de un hombre blanco, junto a otros hombres blancos y a menudo lo había hecho mejor que ellos. Usaba los mismos pantalones, las mismas prendas de lana y camisas gruesas que ellos. Llevaba un reloj tan bueno como el de ellos, el pelo corto con raya al lado y comía lo mismo: beicon, alubias y harina. Sin embargo, se le negaba su mayor placer y recompensa: el whisky. Cultus George sabía ganar dinero. Había delimitado concesiones y comprado y vendido concesiones. Lo habían aceptado como socio y él había aceptado a otros como socios. Ahora trabajaba como guía de perros y porteador, y cobraba sesenta centavos el kilo por recorrer el tramo en invierno desde Sixty Mile a Mucluc, y sesenta y cinco por el beicon, según la costumbre. Su bolsa estaba llena de polvo de oro. Podía pagar muchas bebidas, pero ningún camarero estaba dispuesto a servírselas. El whisky, el mejor, más rápido y más completo placer de la civilización no era para él. Solo lograba un poco utilizando los métodos más caros, furtivos y de cobardes. Esa odiosa diferencia lo molestaba profundamente desde hacía años. Esa noche se sentía especialmente sediento y molesto y odiaba más que nunca a los hombres blancos a los que tan diligentemente había emulado. Los hombres blancos se dignaban a permitir que perdiese

su oro en las mesas de juego, pero ni con buenas palabras ni con dinero podía lograr que le sirvieran un whisky. Por lo tanto, estaba muy sobrio, razonaba a la perfección y se sentía lógicamente huraño.

El *reel* de Virginia del salón de baile terminó con un desenfreno que no molestó a los tres borrachos del campamento, quienes roncaban bajo el piano. «¡Todas las parejas al bar!», gritó el animador en el momento en que cesó la música. Y las parejas cruzaban la puerta y se adentraban en la sala principal —los hombres con pieles y mocasines y las mujeres con vestidos suaves y vaporosos, medias de seda y zapatos de baile— cuando la doble puerta exterior se abrió de golpe y Smoke Bellew entró tambaleándose de agotamiento.

Todos lo miraron y se hizo el silencio. Intentó hablar, se quitó las manoplas (que quedaron colgando de los cordones de seguridad) y empezó a arrancarse el hielo que la condensación de su aliento había formado durante ochenta kilómetros de carrera. Se detuvo indeciso y luego se acercó al extremo de la barra, donde apoyó un codo.

Solo el hombre de la mesa de *craps*, que no se había girado, continuó echando los dados y gritando: «¡Venga, Joe! ¡Vamos, Joe!». La mirada del encargado de la mesa, centrada en Smoke, llamó la atención del jugador, quien dejó los dados, se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué pasa, Smoke? —preguntó Matson, el dueño del Annie Mine.

Realizando un último esfuerzo, Smoke liberó su boca del hielo.

—Ahí fuera están mis perros, casi muertos de cansancio —dijo con la voz ronca—. Que alguien se ocupe de ellos mientras os cuento lo que pasa.

Con unas pocas frases breves, describió la situación. El jugador de *craps*, con el dinero aún sobre la mesa y sin haber logrado la jugada esperada, se había acercado a Smoke y fue el primero en hablar.

—Tenemos que hacer algo, eso está claro. Pero ¿qué? Tú has tenido tiempo de pensar. ¿Cuál es el plan? Cuéntanoslo.

—Claro —asintió Smoke—. Esto es lo que he pensado. Tenemos que ponernos en marcha de inmediato con trineos ligeros. Digamos

que con cincuenta kilos de comida en cada trineo. El equipo del guía y la comida de los perros sumarán otros veinticinco kilos. Pero así llegarán antes. Digamos que cinco de esos trineos salen enseguida con los mejores perros, los mejores guías y corredores. En la parte blanda del camino, los trineos podrán seguir la senda que abrimos. Tienen que salir ya. Para cuando lleguen por muy pronto que sea, esos indios llevarán tres días sin probar bocado. Luego, en cuanto hayan partido, tendremos que salir con otros trineos cargados al máximo. Calculadlo vosotros mismos. Lo mínimo que necesitan al día esos indios para viajar es un kilo de provisiones. Eso implica doscientos kilos diarios y, como hay ancianos y niños, como poco tardaremos cinco días en traerlos hasta Mucluc. Y ahora, ¿qué pensáis hacer?

—Organizar una colecta para comprar alimentos —dijo el jugador de *craps*.

—Yo me hago cargo de la comida —respondió Smoke, impaciente.

—No —contestó el otro—. No tienes porque hacerte cargo solo. Esto es cosa de todos. Que alguien traiga un cubo. No tardaremos nada. Ya empiezo yo.

Sacó un pesado saco de oro del bolsillo, lo desató y vertió en el cubo una buena cantidad de polvo grueso y pepitas de oro. Un hombre que estaba a su lado dejó escapar un juramento y le empujó la mano hacia arriba, elevando la boca del saco e impidiendo que derramara más oro. En el cubo habían caído entre seis y ocho onzas de oro.

—No acapares —le gritó—. Los demás también tenemos bolsa. Déjanos poner algo.

—¡Ja! —se rio el jugador de *craps*—. Ni que fuera una estampida, para que muestres tanto interés.

Los hombres se apiñaron y se empujaron los unos a los otros en su ansia por contribuir y, cuando se sintieron satisfechos, Smoke levantó el pesado cubo con las dos manos y sonrió.

—Esto mantendrá alimentada a la tribu entera durante todo el invierno —dijo—. Y ahora, los perros. Cinco traíllas ligeras que sepan correr.

Se ofrecieron voluntarias doce traíllas y los presentes, en representación de todo el campamento, se pelearon y discutieron,

aceptaron y rechazaron.

—¡Ja! ¡Tus caballos de tiro! —le dijeron a Bill Haskell, *el Largo*.

—Tiran muy bien —se enfureció él, herido en su orgullo.

—Sí que tiran, sí —le aseguraron—. Pero no saben correr. Están acostumbrados a llevar siempre cargas pesadas. Para eso sí que son buenos.

En cuanto elegían una traílla, su propietario, con media docena de ayudantes, salía a preparar a los perros y a engancharlos.

Rechazaron una porque acababa de llegar cansada esa misma tarde. Otro dueño ofreció a sus perros, pero dijo que él no podría guiarlos porque tenía un tobillo vendado. Smoke la aceptó para guiarla él, desoyendo a quienes objetaban que estaba agotado.

Bill Haskell *el Largo* señaló que, aunque la traílla de Olsen *el Gordo* era algo fuera de serie, Olsen *el Gordo* era un verdadero elefante. Los ciento diez kilos de entusiasmo que era Olsen *el Gordo* se indignaron. A sus ojos asomaron lágrimas de ira y no hubo forma de contener sus arrebatos escandinavos hasta que se le ofreció un lugar en la división de carga pesada, tras lo que el jugador de *craps* aprovechó la oportunidad de guiar el trineo ligero de Olsen.

Habían aceptado cinco traíllas, que estaban siendo preparadas y cargadas, pero solo cuatro guías contaban con la aprobación del comité.

—Ahí está Cultus George —gritó alguien—. Es un corredor estupendo y está descansado.

Todos miraron al indio, pero su rostro continuo inexpresivo y no dijo nada.

—Llevarás una traílla —le dijo Smoke.

El indio tampoco contestó y todos supieron que allí iba a ocurrir algo fuera de lugar. El grupo se movió inquieto y formó un círculo alrededor de Smoke y Cultus George, que se encontraban frente a frente. Smoke se dio cuenta de que, por consentimiento general, se había convertido en el portavoz de todos en relación con lo que estaba ocurriendo y con lo que iba a pasar. Además, estaba enfadado. No comprendía que ningún ser humano testigo del esfuerzo de tantos voluntarios pudiese negarse a ayudar. Lo cierto es que Smoke no supo entender el punto de vista de Cultus George en todo lo que ocurrió después; no se le ocurrió pensar que el indio se negase por otro motivo que no fuese egoísta y mercenario.

—Por supuesto que llevarás una traílla —insistió Smoke.

—¿Cuánto? —preguntó Cultus George.

Un gruñido espontáneo y general rechinó en las gargantas de los hombres y les hizo torcer el morro. Al mismo tiempo, con los puños cerrados y amenazantes, se acercaron más al infractor.

—Un momento, chicos —intervino Smoke—. Puede que no lo entienda. Dejad que se lo explique. Mira, George, ya ves que nadie va a cobrar. Al contrario, dan su oro para evitar que doscientos indios se mueran de hambre —dijo y se detuvo para dar tiempo al otro a asimilar lo que había dicho.

—¿Cuánto? —preguntó Cultus George.

—¡Alto, amigos! Escucha, George. No queremos que cometas un error. Esos seres humanos que se mueren de hambre son de los tuyos. Son de otra tribu, pero son indios. Ya ves lo que hacen los hombres blancos: ponen oro, ofrecen perros y trineos y se pelean por salir al camino. Solo los mejores pueden llevar los primeros trineos. Mira a Olsen *el Gordo*. Estaba dispuesto a pelearse porque no le permitían ir. Deberías sentirte muy orgulloso porque todos piensen que eres un guía de perros de primera. No es cuestión de cuánto, sino de cuán rápido.

—¿Cuánto? —repitió Cultus George.

«¡Matadlo!», «¡Rompedle la cabeza!», «¡Traed plumas y brea!», fueron algunos de los gritos que se oyeron en medio del lío que se armó. El espíritu de filantropía y camaradería se convirtió en salvajismo y brutalidad al instante.

En el ojo de la tormenta, Cultus George permanecía imperturbable mientras Smoke apartaba a los más fieros y gritaba:

—¡Alto! ¿Quién organiza esto? —El griterío se apagó—. Traed una soga —añadió con calma.

Cultus George se encogió de hombros al tiempo que su rostro se tensaba en una sonrisa hosca e incrédula. Conocía a los hombres blancos. Había viajado con ellos y comido su harina, beicon y alubias durante demasiado tiempo como para no conocerlos. Eran una raza que respetaba la ley. De eso no cabía duda. Siempre castigaban a quien infringía la ley. Pero él no lo había hecho. Conocía la ley y no había nada en la ley de los hombres blancos que impidiera cobrar un precio y hacer negocio. Todos ellos cobraban y hacían negocio. Él no hacía más que eso: lo que ellos le habían

enseñado. Además, si no era lo bastante bueno como para beber con ellos, tampoco lo era para ser caritativo con ellos ni para acompañarlos en ninguna otra de sus estúpidas distracciones.

Ni Smoke ni ninguno de los presentes imaginaban lo que había en la cabeza de Cultus George, lo que se ocultaba detrás de su actitud y la suscitaba. Aunque no lo sabían, en la cuestión del entendimiento mutuo estaban tan ofuscados como él. Para ellos, George era una bestia egoísta; para George, ellos eran bestias egoístas.

Cuando llegó la soga, Bill Haskell *el Largo*, Olsen *el Gordo* y el jugador de *craps*, con dificultad por el enfado y las prisas, hicieron un nudo corredizo alrededor del cuello del indio y pasaron la soga por encina de una viga. Una docena de hombres se ocuparon del otro extremo, preparados para tirar con fuerza.

Cultus George no mostró resistencia. Sabía lo que era aquello: un farol. A los blancos les gustaba ir de farol. ¿No era el póquer con descarte su juego favorito? ¿No compraban, vendían y hacían toda clase de negocios yendo de farol? Sí, él había visto a los hombres blancos hacer negocios con cara de póquer de ases y en la mano una escalera menor.

—Esperad —ordenó Smoke—. Atadle las manos. No se le ocurra agarrarse a la cuerda.

Más farol, decidió Cultus George, y permitió que le atasen las manos a la espalda sin oponerse.

—Esta es tu última oportunidad, George —dijo Smoke—. ¿Guiarás la traílla?

—¿Cuánto? —preguntó Cultus George.

Atónito por ser capaz de hacer semejante cosa y al mismo tiempo enfadado por el colosal egoísmo del indio, Smoke dio la señal. Igualmente atónito se quedó Cultus George al sentir que el nudo se tensaba con un tirón que lo empezaba a levantar del suelo.

Smoke observaba con ansia. Como no tenía experiencia en ahorcamientos, se consideraba un principiante. El cuerpo luchaba entre convulsiones, las manos intentaban librarse de sus ataduras y la garganta expelía desagradables ruidos que indicaban ahogamiento. De repente, Smoke levantó la mano.

—¡Aflojad la soga! —ordenó.

Quejándose por la brevedad del castigo, los hombres que tiraban

de la soga bajaron a Cultus George hasta el suelo. Se le salían los ojos de las órbitas y se tambaleaba, balanceándose de un lado a otro y aun intentando quitarse las ataduras de las manos. Smoke adivinó lo que ocurría, introdujo los dedos con fuerza entre la soga y el cuello y destensó el nudo corredizo de un tirón. Con un esfuerzo enorme, Cultus George pudo respirar por fin.

—¿Guiarás esa traílla? —preguntó Smoke.

Cultus George no respondió. Estaba demasiado ocupado en respirar.

—Oh, los blancos somos unos cerdos. —Smoke cubrió el lapso de tiempo, molesto por el papel que se veía obligado a jugar—. Venderíamos nuestras almas a cambio de oro y todo eso, pero de vez en cuando lo olvidamos, nos entregamos y hacemos algo sin pensar ni en las consecuencias ni en lo que implica. Y cuando hacemos eso, Cultus George, es mejor andarse con mucho cuidado. Ahora, lo que queremos saber es: ¿Vas a guiar esa traílla?

Cultus George debatió consigo mismo. No era un cobarde. Tal vez aquel fuese el límite de su farol y, si cedía ahora, quedaría como un idiota. Mientras George se lo pensaba, Smoke sufría, preocupado por si a aquel aborigen testarudo se le ocurría insistir en que lo colgasen.

—¿Cuánto? —preguntó Cultus George.

Smoke empezó a levantar la mano para dar la señal.

—Iré —dijo Cultus George rápidamente, antes de que la soga se tensase.

—Y CUANDO LA EXPEDICIÓN de rescate fue a buscarme —contó Shorty en el Annie Mine—, ese cascarrabias de Cultus George fue el primero en llegar, tres horas por delante de Smoke, y ya sabemos cómo corre Smoke. De todos modos, fue justo a tiempo, cuando oí a Cultus George gritar a sus perros desde la cima de la divisoria, porque esos condenados indios se habían comido mis mocasines, mis manoplas, las cintas de cuero, la funda del cuchillo… y algunos empezaban a mirarme con hambre porque estoy bien alimentado.

»¿Smoke? Llegó casi muerto. Anduvo un rato por allí, ayudando a organizar una comida para aquellos doscientos indios hambrientos, y luego se quedó dormido en cuclillas mientras recogía nieve para derretirla. Le preparé mi cama y tuve que

meterlo dentro, tan cansado estaba. Claro que gané los palillos de dientes. ¿Acaso no necesitaron de verdad los perros los seis salmones que Smoke les dio al mediodía?

[1911]

Un error de la creación

LTO!

—gritó Smoke a los perros, al tiempo que hacía fuerza sobre la vara del trineo para detenerlo.

—¿Qué te pasa? —se quejó Shorty—. No hay agua bajo ese tramo.

—No, pero mira esa senda que se desvía a la derecha —respondió Smoke—. Creí que nadie invernaba en esta zona.

Los perros, en el mismo instante en que se detuvieron, se dejaron caer sobre la nieve para arrancarse a mordiscos las partículas de hielo formadas entre los dedos. Cinco minutos antes, ese hielo había sido agua. Los animales habían atravesado una capa

de hielo cubierta de nieve que ocultaba el manantial que fluía desde la orilla y se embolsaba sobre la costra invernal de un metro de espesor formada sobre el río Nordbeska.

—No sabía que hubiese nadie en el curso alto del Nordbeska —dijo Shorty mientras observaba la senda casi borrada y cubierta por medio metro de nieve que abandonaba el lecho del río en un ángulo recto y se adentraba en la desembocadura de un arroyo pequeño que fluía desde la izquierda—. Puede que fuesen cazadores y pasaran por aquí hace tiempo.

Smoke, apartando la nieve superficial con las manos enguantadas, se detuvo a pensar, apartó más nieve y pensó de nuevo.

No —decidió—. Han viajado en ambos sentidos, aunque el último viaje lo hicieron cauce arriba. Sean quienes sean, siguen en ese mismo lugar, sin duda. Hace semanas que no se mueven. ¿Qué es lo que los retiene ahí tanto tiempo? Eso es lo que me gustaría saber.

—Pues a mí me gustaría saber dónde vamos a acampar esta noche —dijo Shorty, mientras observaba con aire desconsolado la línea del horizonte al suroeste, donde el crepúsculo de media tarde se iba convirtiendo en noche.

—Sigamos la senda que va cauce arriba —sugirió Smoke—. Hay mucha madera muerta y podemos acampar cuando queramos.

—Claro que podemos acampar cuando queramos, pero tenemos que viajar la mayor parte del tiempo si no queremos morirnos de hambre, y tenemos que viajar en la dirección correcta.

—En ese cauce alto encontraremos algo —insistió Smoke.

—¡Pero mira las provisiones! ¡Mira los perros! —gritó Shorty. Mira el… Oh, demonios, como quieras. Siempre te sales con la tuya.

—No alargaremos nuestro viaje ni un solo día —dijo Smoke—. Posiblemente solo sea un kilómetro más.

—A veces un kilómetro ha marcado la diferencia entre la vida y la muerte —respondió Shorty mientras movía la cabeza con lúgubre resignación—. Venga, vamos en busca de problemas. Arriba, pobres perros de patas doloridas, ¡arriba! ¡Izquierda! ¡*Bright*, vamos! ¡Izquierda!

El perro guía obedeció y la traílla entera se adentró, sin mucha fuerza, en la nieve en polvo.

—¡Alto! —gritó Shorty—. Toca abrir camino.

Smoke sacó las raquetas de nieve del trineo, se las ató bajo los mocasines y se puso en cabeza para apisonar la superficie y facilitar el avance de los perros.

Fue un trabajo duro. Los perros y los hombres llevaban varios días subsistiendo con raciones pequeñas, por lo que contaban con unas reservas de energía cortas y limitadas. Aunque siguieron el lecho del arroyo, este era tan empinado que se vieron obligados a enfrentarse a un ascenso difícil e implacable. Las elevadas paredes de roca se acercaban deprisa, por lo que el camino los llevaba, sin dejar de ascender, al fondo de una estrecha garganta. El prolongado crepúsculo, bloqueado por las altas montañas, ya solo era semioscuridad.

—Es una trampa —dijo Shorty—. Tiene una pinta muy fea. Es un agujero en la tierra. Aquí solo encontraremos problemas.

Smoke no contestó y durante media hora continuaron avanzando en silencio, un silencio que de nuevo rompió Shorty.

—Ahí viene —gruñó—. Viene una corazonada que te contaré si te callas y me escuchas.

—Cuenta —dijo Smoke.

—Pues me dice, muy clarito, que tardaremos muchos, muchos días en salir de este agujero en la tierra. Que tendremos problemas y nos quedaremos atrapados aquí un montón de tiempo.

—¿Y te dice algo de la comida? —preguntó Smoke sin arredrarse—. Porque no tenemos comida para muchos, muchos días ni para un montón de tiempo.

—No. De la comida, ni pío. Supongo que podremos apañarnos. Pero te diré una cosa, Smoke, para que te quede clara: me comeré cualquier perro de la traílla excepto a *Bright*. En *Bright* está mi límite. A él no podría zampármelo.

—Anímate —respondió Smoke—. Yo también tengo una corazonada. Me dice que no comeremos perros y que estaremos bien alimentados, ya sea con alce, caribú o tostas de codorniz.

Shorty resopló molesto y guardó silencio durante otro cuarto de hora.

—Aquí están los problemas que anunciabas —dijo Smoke al tiempo que se paraba y se quedaba mirando un objeto tirado a un lado del camino.

Shorty soltó la vara, se acercó a él y juntos vieron el cadáver de un hombre.

—Bien alimentado —dijo Smoke.

—Mira los labios —comentó Shorty.

—Tieso como la mojama —respondió Smoke al tiempo que intentaba levantar uno de los brazos del hombre. No consiguió despegarlo del resto del cuerpo.

—Si lo levantas y lo dejas caer, se romperá en pedacitos —aportó Shorty.

El hombre se encontraba de lado y estaba totalmente congelado. Debido a que no lo cubría la nieve, resultaba claro que llevaba allí poco tiempo.

—Hace tres días nevó en toda la zona —dijo Shorty.

Smoke asintió, se inclinó sobre el cadáver, le dio media vuelta para verle la cara y señaló una herida de bala en la sien. Miró a un lado y con la cabeza indicó un revólver que estaba sobre la nieve.

Cien metros más adelante encontraron un segundo cadáver, boca abajo y en el camino.

—Dos cosas están muy claras —dijo Smoke—. Están gordos, así que no hay hambruna. Tampoco han encontrado oro, o no se habrían suicidado.

—Si es que se suicidaron —objetó Shorty.

—De eso no hay duda. No hay más huellas que las suyas y los dos tienen marcas de pólvora. —Smoke arrastró el cadáver a un lado y con el mocasín desenterró de la nieve un revólver que el cuerpo había aplastado al caer.

—Lo hizo con esto. Te dije que encontraríamos algo.

—Y parece que esto no es más que el principio. ¿Por qué se quitan la vida dos tipos bien alimentados?

—Cuando lo descubramos habremos encontrado el resto de los problemas que anunciaste —respondió Smoke—. Vamos, que está muy oscuro.

Más oscuro estaba cuando la raqueta de Smoke tropezó con un cadáver. Cayó sobre un trineo en el que yacía otro cadáver. Y cuando se quitó la nieve que se le había colado por el cuello y encendió una cerilla, Shorty y él vieron un tercer cadáver, envuelto en mantas y tirado junto a una tumba parcialmente cavada. Además, antes de que la cerilla se apagase, descubrieron que allí

había otra media docena de tumbas.

—Brrr —tiritó Shorty—. Un campamento suicida. Y todos bien alimentados. Supongo que estarán todos muertos.

—No. Mira eso —Smoke miraba a lo lejos, a una luz tenue y lejana—. Y allí hay otra luz. Y una tercera, allá. Venga, en marcha.

No se vieron retrasados por la aparición de más cadáveres y al cabo de varios minutos, a través de un camino bien pisado, llegaron al campamento.

—Es una ciudad —susurró Shorty—. Debe de haber unas veinte cabañas. Y ni un perro, ¡mira qué gracia!

—Eso lo explica todo —contestó Smoke en voz baja—. Es el grupo de Laura Sibley. ¿No te acuerdas? Se dirigieron al cauce alto del Yukón el otoño pasado, a bordo del *Port Townsend Number Six*. Pasaron por Dawson sin detenerse. Seguramente el vapor los dejó en la desembocadura del arroyo.

—Claro, ya me acuerdo. Eran mormones.

—No, eran vegetarianos. —Smoke sonrió en la oscuridad—. No comen carne y no hacen trabajar a los perros.

—Es lo mismo. Yo sabía que tenían algo raro. Y ciencia infusa para encontrar oro. Esa tal Laura Sibley los iba a llevar derechos a un sitio que los haría millonarios a todos.

—Sí, era su profetisa. Tenía visiones y esas cosas. Creí que habían seguido el cauce alto del Nordensjold.

—¡Eh! Escucha eso.

La mano de Shorty se apoyó en el pecho de Smoke para detenerlo y juntos escucharon un gemido, prolongado y profundo, que procedía de una de las cabañas. Antes de que se extinguiera por completo, se vio reemplazado por el de otra cabaña, y luego otra, hasta formar el vasto suspiro de la desgracia humana. El efecto resultaba monstruoso, de pesadilla.

—Brrr —tiritó Shorty—. Me pone enfermo. Vamos a ver qué les pasa.

Smoke llamó a la puerta de una cabaña en la que había luz y entró, seguido de Shorty, tras oír un «Adelante», dicho por la misma voz que había gemido. Se trataba de una cabaña sencilla de troncos, con las grietas tapadas con musgo y el suelo de tierra cubierto con serrín y virutas. La iluminaba una lámpara de queroseno, a cuya luz distinguieron cuatro catres, tres de los cuales estaban ocupados por

hombres que dejaron de gemir para concentrarse en mirar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Smoke a uno cuyas mantas no ocultaban su anchura de hombros y su cuerpo musculoso, que tenía los ojos atormentados por el dolor y las mejillas hundidas—. ¿Viruela? ¿Qué es?

Como respuesta el hombre se señaló a la boca y se esforzó por abrir unos labios negros e hinchados. Smoke retrocedió ante aquella visión.

—Escorbuto —murmuró en dirección a Shorty; y el hombre confirmó su diagnóstico con un gesto de la cabeza.

—¿Tenéis comida de sobra? —preguntó Shorty.

—Sí —respondió un hombre que ocupaba uno de los otros catres —. Coged lo que queráis. Hay a montones. La siguiente cabaña en la hilera de enfrente está vacía. Tiene una despensa justo al lado. Podéis atacarla.

En todas las cabañas que visitaron esa noche encontraron una situación similar. El escorbuto había golpeado a todo el campamento. Del grupo formaba parte una docena de mujeres, aunque los dos hombres no las vieron a todas. Al principio habían sido noventa y tres hombres y mujeres. Pero diez habían muerto y dos habían desaparecido hacía poco. Smoke les habló de los dos que habían encontrado y se sorprendió de que nadie hubiera recorrido ese breve trecho del camino y los hubiese hallado antes. Lo que más llamó la atención de Shorty y Smoke fue la impotencia de esa gente. Tenían las cabañas sucias, llenas de basura. Los platos permanecían sin lavar sobre las mesas de toscos tablones. No se ayudaban entre ellos. Los problemas de cada cabaña se quedaban allí y ya habían dejado de esforzarse en enterrar a los muertos.

—Casi resulta misterioso —le confió Smoke a Shorty—. He conocido muchos gandules y haraganes, pero nunca tantos al mismo tiempo. Ya has oído lo que han dicho. No se han molestado en procurarse un buen acceso al agua. Apuesto a que ni se han lavado la cara. No me extraña que tengan escorbuto.

—Pero los vegetarianos no deberían tener escorbuto —discutió Shorty—. Los que comen carne en salazón son los que enferman. Y estos no comen carne, ni fresca ni salada, ni cruda ni cocinada, porque no la tocan.

Smoke negó con la cabeza.

—Ya lo sé. Y lo que cura el escorbuto es una dieta con verduras. Ningún medicamento lo consigue. Las hortalizas, sobre todo las patatas, son el único remedio. Pero no olvides una cosa, Shorty: no nos enfrentamos a una teoría, sino a determinadas circunstancias. Lo cierto es que todos estos comedores de hierba tienen escorbuto.

—Será contagioso.

—No, que sepan los médicos. El escorbuto no lo provocan los gérmenes. No se contagia. Se genera. Hasta donde yo sé, se debe a un empobrecimiento de la sangre. No lo provoca algo que tengan, sino algo que no tienen. Un hombre tiene escorbuto debido a la carencia de ciertos elementos químicos en la sangre, y esos elementos no se encuentran en medicina alguna, sino en las hortalizas.

—Estos solo comen hierba —gruñó Shorty—. Y están de escorbuto hasta las orejas. Eso demuestra que te equivocas, Smoke. Me largas el rollo de tu teoría, pero esta situación la deja coja. El escorbuto se contagia y por eso todos lo tienen y, además, están fatal. Y si nos quedamos mucho en este cementerio, tú y yo también nos contagiaremos. ¡Brrr! Ya siento a los bichos introducirse en mi sistema.

Smoke se rio, escéptico, y llamó a la puerta de otra cabaña.

—Supongo que encontraremos lo mismo —dijo—. Venga, tenemos que comprender qué pasa aquí.

—¿Quién es? —preguntó una voz aguda de mujer.

—Queremos verla —respondió Smoke.

—¿Quiénes son?

—Somos dos médicos de Dawson —intervino Shorty, con una frivolidad que se ganó un codazo en las costillas.

—No quiero ver a ningún médico —dijo la mujer en un tono seco, cargado de dolor e irritación—. Fuera. Buenas noches. Aquí no creemos en los médicos.

Smoke tiró del pestillo, abrió la puerta y entró, aumentando la fuerza de la llama de la lámpara para ver mejor. Cuatro mujeres, cada una en un catre, dejaron de quejarse y suspirar para mirar a los intrusos. Dos eran criaturas jóvenes de rostro delgado, la tercera era una mujer mayor, muy robusta, y la otra, a la que Smoke identificó por la voz constituía el espécimen más frágil y delgado de la raza humana que había visto jamás. Pronto se enteró de que esa

era Laura Sibley, la profetisa y vidente profesional que había organizado la expedición en Los Ángeles para llevarla hasta aquel campamento del Nordbeska en el que reinaba la muerte. La conversación resultó desagradable. Laura Sibley no creía en los médicos. Además, para más inri, hacía mucho que había dejado de creer en sí misma.

—¿Por qué no enviaron a alguien a buscar ayuda? —preguntó Smoke cuando ella hizo una pausa, agotada y sin aliento, tras su diatriba inicial—. En el río Stewart hay un campamento y, desde allí, en dieciocho días de viaje se llega a Dawson.

—¿Por qué no fue Amos Wentworth? —preguntó ella, con una ira que rondaba la histeria.

—No lo conozco —contestó Smoke—. ¿A qué se ha dedicado?

—A nada. Pero es el único que no tiene escorbuto. ¿Y por qué no tiene escorbuto? Yo se lo diré. No, no se lo diré. —Los finos labios se cerraron de tal forma que, a través de su transparencia demacrada, a Smoke casi le pareció ver los dientes y las encías—. ¿De qué habría servido? ¿No lo sé bien? No soy idiota. Nuestras despensas están llenas de toda clase de zumos de frutas y hortalizas en conserva. Estamos mejor abastecidos para luchar contra el escorbuto que cualquier otro campamento de Alaska. No hay hortaliza preparada, fruta o frutos secos que no tengamos y en cantidad.

—Ahí te ha pillado, Smoke —se alborozó Shorty—. Son determinadas circunstancias, no una teoría. Tú dices que las hortalizas curan. Aquí las tienen, ¿dónde está la cura?

—No le veo explicación —reconoció Smoke—. Sin embargo, no hay campamento como este en toda Alaska. He visto antes escorbuto, unos pocos casos aquí y allá, pero nunca vi un campamento entero enfermo, ni casos tan graves como estos. Así que, ni para ti ni para mí, Shorty. Tenemos que hacer lo que podamos por esta gente, pero antes debemos ocuparnos de los perros y de nosotros mismos. Hasta mañana, señora Sibley.

—Señorita Sibley —se indignó ella—. Escuche, joven, si vuelve por esta cabaña con sus historias de médicos, lo llenaré de perdigones.

—Qué dulce es esa divina profetisa —se rio Smoke mientras Shorty y él retrocedían en plena oscuridad hasta la cabaña vacía

próxima a la primera en la que habían entrado.

Resultaba evidente que allí habían vivido dos hombres hasta hacía poco y se preguntaron si no habrían sido los dos suicidas del camino. Entre los dos revisaron la despensa y la encontraron repleta de una impresionante variedad de alimentos enlatados, en polvo, desecados, evaporados, condensados y deshidratados.

—¿Cómo rayos se les ocurre enfermar de escorbuto? —preguntó Shorty, blandiendo los ligeros paquetes de huevo en polvo y champiñones italianos—. Y mira esto. ¡Y eso! —Sacó latas de tomate y maíz y botes de aceitunas rellenas—. Y la divina *guiatisa* también tiene escorbuto. ¿Qué te hace pensar eso?

—Profetisa —corrigió Smoke.

—*Guiatisa* —insistió Shorty—. ¿No los guio ella hasta este agujero?

Al día siguiente, en cuanto amaneció, Smoke se encontró a un hombre que llevaba una pesada carga de leña. Se trataba de un hombre pequeño, de aspecto limpio y vivaz, que caminaba con energía a pesar de la carga. Smoke sintió una antipatía inmediata.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Nada —contestó el hombrecillo.

—Eso ya lo sé —dijo Smoke—. Por eso le pregunto. Usted es Amos Wentworth. ¿Por qué rayos no tiene escorbuto como los demás?

—Porque he hecho ejercicio —fue la veloz respuesta—. Ninguno se habría puesto enfermo si hubiesen salido y trabajado. ¿Qué hicieron? Se quejaron, se enfadaron y gruñeron porque hacía frío, las noches eran largas, las adversidades muchas y los dolores y las molestias no se iban. Se quedaron en la cama hasta que se hincharon tanto que ya no fueron capaces de levantarse. Eso es todo. Míreme a mí. Yo he trabajado. Venga a mi cabaña.

Smoke entró con él.

—Eche una ojeada. Más limpia imposible, ¿no cree? Todo en perfecto orden. Si no fuera porque dan calor, no conservaría serrín y virutas en el suelo, pero al menos los cambio. Están limpios. Debería ver el suelo de algunas de las cabañas. Son como pocilgas. Además, siempre he usado platos limpios. Sí, señor. Todo eso exige trabajo y yo he trabajado mucho, pero no tengo escorbuto. Medite cuanto quiera al respecto, que acabará por aceptarlo.

—Ha dado en el clavo —admitió Smoke—. Pero veo que solo tiene un catre. ¿Por qué es tan poco sociable?

—Porque lo prefiero. Es más fácil limpiar lo de uno que lo de dos, por eso. Los demás son todos unos vagos. ¿Cree que habría soportado vivir con uno de ellos? No me extraña que tengan escorbuto.

Resultaba convincente, pero Smoke no podía librarse del desagrado que ese hombre provocaba en él.

—¿Qué tiene Laura Sibley en contra de usted? —preguntó de repente.

Amos Wentworth le lanzó una mirada rápida.

—Está loca —fue la respuesta—. Todos tenemos nuestras manías, es verdad. Pero yo me he librado de ser de esos que no lavan los platos, que es del pie que cojean todos estos de aquí.

Pocos minutos después, Smoke hablaba con Laura Sibley. Con un bastón en cada mano, la mujer se había acercado cojeando hasta su cabaña.

—¿Qué tiene en contra de Wentworth? —le preguntó sin ir a cuento y de forma tan repentina que la sorprendió con la guardia baja.

El resentimiento destelló en los ojos verdes de la mujer, un gesto de ira se apoderó de su rostro demacrado y sus labios ulcerados se retorcieron, a punto de hablar sin control. Pero solo produjo un conjunto de sonidos farfullados e ininteligibles y luego, realizando un esfuerzo impresionante, consiguió recuperar el dominio de sí misma.

—Que tiene salud —jadeó—. Que no tiene escorbuto. Que es terriblemente egoísta. Que no mueve una mano para ayudar a los demás. Que es capaz de dejarnos pudrir y morir sin levantar un dedo para llevarnos un cubo de agua o una brazada de leña. Esa es la clase de animal que es. Pero ¡que tenga cuidado! Solo digo eso, ¡que tenga cuidado!

Sin dejar de jadear y respirar entrecortadamente, se alejó cojeando y cinco minutos después, al salir de la cabaña para dar de comer a los perros, Smoke la vio entrar en la de Amos Wentworth.

—Aquí pasa algo muy raro, Shorty, algo muy feo —dijo, moviendo la cabeza siniestramente, cuando su socio se acercó a la puerta para vaciar un cubo de agua de fregar.

—Claro —respondió el otro, encantado—, y tú y yo lo vamos a pillar. Ya lo verás.

—No me refiero al escorbuto.

—Ah, claro, si te refieres a la divina *guiatisa*, esa es capaz de robarle a un cadáver. Es la mujer más hambrienta que nunca he visto.

—El ejercicio nos ha mantenido a los dos en buen estado, Shorty. Lo mismo ha hecho con Wentworth. Ya ves lo que su falta les ha hecho a los demás. Tenemos que prescribir ejercicio a estos despojos de hospital. Tú te ocuparás de que lo hagan. Te nombro enfermera jefe.

—¿Cómo? ¿Yo? —gritó Shorty—. Dimito.

—No, de eso nada. Y yo seré tu ayudante porque no va a resultar sencillo. Tenemos que obligarlos a moverse. En primer lugar, tendrán que enterrar a sus muertos. Los más fuertes estarán en la brigada de enterradores; los siguientes en la brigada de recogida de leña (se han quedado en cama para ahorrar leña); y así sucesivamente. E infusión de pícea, no lo olvidemos. Todos los veteranos dicen que funciona. Estos ni siquiera han oído hablar de ella.

—Estamos metidos en un buen lío —sonrió Shorty—. En cuanto nos despistemos, nos cosen a balazos.

—Pues tendremos que evitarlo —dijo Smoke—. Vamos.

En cuestión de una hora, registraron cada una de las veinte y pico cabañas. Confiscaron toda la munición, los rifles, las escopetas y los revólveres que encontraron.

—Venga, inválidos —les decía Shorty—. Dadnos todas las armas. Las necesitamos.

—¿Quién lo dice? —preguntaron en la primera cabaña.

—Dos médicos de Dawson —respondió Shorty—. Y lo que dicen va a misa. Venga. La munición también.

—¿Para qué las queréis?

—Para alejar de aquí a un pelotón de latas de carne en pie de guerra que se acerca por el cañón. Y también os advierto que sufriremos una invasión de infusión de pícea. Vamos, entregadlas.

Eso fue solo el principio. Convencieron, persuadieron, forzaron y arrastraron a los hombres para que abandonaran los catres y se vistieran. Smoke eligió a los que estaban mejor para formar la

brigada de enterradores. Hicieron otra brigada a fin de reunir la leña con la que se derritió el hielo para acceder a la gravilla y el barro congelados. Otra brigada se ocupó de cortar madera y abastecer todas las cabañas. A los que estaban demasiado débiles para trabajar en el exterior, les tocó limpiar y cepillar las cabañas y lavar la ropa. Otra brigada más reunió un montón de ramas de pícea y en todas las cocinas se preparó la infusión.

Pero por muy buena cara que Smoke y Shorty pusieran, la situación era muy seria. Hubo al menos treinta casos imposibles a los que no lograron sacar de la cama, algo de lo que los dos hombres fueron conscientes entre náuseas y espanto. Uno de ellos, una mujer, murió en la cabaña de Laura Sibley. Tenían que tomar medidas más extremas.

—No me gusta maltratar a un enfermo —explicó Shorty con el puño en alto, amenazante—, pero le arrancaré la cabeza de un puñetazo si eso es lo que necesita. Y lo que todos vosotros, vagos e inútiles, necesitáis es una buena tunda. ¡Vamos! Salid de la cama y vestíos a la de ya. Si no, os arreglo la cara.

Las cuadrillas gemían, suspiraban y lloraban unas lágrimas que se congelaban en sus mejillas mientras trabajaban. Quedaba bien claro que su agonía era real. Se hallaban en una situación desesperada y la receta de Smoke era heroica.

Cuando las cuadrillas regresaron a mediodía se encontraron con que las esperaba una comida decente, cocinada por los miembros más débiles de cada cabaña bajo la tutela y el brío de Smoke y Shorty.

—Basta por ahora —dijo Smoke a las tres de la tarde—. Dejadlo. Volved a las literas. Puede que hoy os sintáis fatal, pero mañana estaréis mucho mejor. Ponerse bien siempre duele, pero conseguiré que os pongáis bien.

—Ya es tarde —se burló Amos Wentworth de los esfuerzos de Smoke—. Eso tendrían que haberlo hecho el otoño pasado.

—Venga con nosotros —respondió Smoke—. Coja esos dos cubos. Usted no está enfermo.

Los tres hombres fueron de cabaña en cabaña, administrando medio litro de infusión de pícea a cada paciente. Y eso que no resultó sencillo.

—Será mejor que sepáis desde el principio que vamos en serio

—afirmó Smoke ante el primer obstinado, que yacía boca arriba, quejándose con la boca cerrada—. Ven aquí Shorty. —Smoke le tapó la nariz al paciente y le dio un golpe en el plexo solar para obligarlo a abrir la boca—. ¡Ahora, Shorty! ¡Que se la tome toda!

Y se la tomó toda, entre resoplidos y ruidos de asfixia.

—La próxima vez pondrás menos pegas —aseguró Smoke a la víctima, al tiempo que echaba mano a la nariz del hombre que ocupaba el catre contiguo.

—Yo preferiría el aceite de ricino —confesó Shorty en privado antes de engullir su propia ración—. ¡Por las barbas de Matusalén! —fue lo que soltó en público tras haberse tragado su dosis amarga —. Solo es medio litro, pero parece un tonel entero.

—Tenemos que recorrer esta ruta de la infusión de pícea cuatro veces al día y ustedes son ochenta —informó Smoke a Laura Sibley —, así que no tenemos tiempo que perder. ¿Se la va a tomar o le tapo la nariz? —preguntó mientras movía el pulgar y el índice con elocuencia por encima de ella—. Es vegetal, así que no tenga reparos.

—¡Reparos! —bufó Shorty—. No, claro que no. ¡Es lo más delicioso del mundo!

Laura Sibley dudó. Se tragó su aprensión.

—¿Y bien? —insistió Smoke en tono imperioso.

—Me la tomaré —respondió ella con voz temblorosa— ¡Dese prisa!

Esa noche, Smoke y Shorty se acostaron más cansados que en uno de los peores días de camino.

—Estoy más que harto —confesó Smoke—. Es horrible ver cómo sufren. Pero no se me ocurre más remedio que el ejercicio y tenemos que probarlo, a ver qué pasa. Ojalá tuviésemos un saco de patatas.

—Sparkins no puede lavar más platos —dijo Shorty—. Le duele tanto que suda de dolor. Lo he visto. Estaba tan mal que me vi obligado a llevarlo al catre.

—Ojalá tuviésemos un saco de patatas —insistió Smoke—. Ese algo vital, esencial, no está en la comida preparada. La vida se ha evaporado.

—Y si ese joven, Jones, el de la cabaña de Brownlow no casca antes de la mañana es que no me llamo Shorty.

—Por el amor de Dios, no seas tan negativo —le riñó Smoke.

—Tendremos que enterrarlo nosotros, ¿no? —fue la respuesta indignada—. Te digo que ese chico está fatal y…

—Cállate —dijo Smoke.

Después de varios bufidos de indignación más, del catre de Shorty emergieron los sonidos de una respiración pesada.

Por la mañana, no solo había muerto Jones, sino también uno de los hombres más fuertes, de los que trabajaban en la brigada de la leña, y que había decidido ahorcarse. La pesadilla continuó. Durante una semana, sin descansar él mismo, Smoke les obligó a hacer ejercicio y beber infusión de pícea. Y no le quedó más remedio que renunciar a sus trabajadores, primero de uno en uno, luego de dos en dos e incluso de tres en tres. Según iba aprendiendo, el ejercicio era lo peor para los enfermos de escorbuto. La brigada de enterradores, cada vez más mermada, no descansaba nunca y siempre tenían, abiertas y a la espera, media docena de tumbas más.

—No podía haber elegido un sitio peor para el campamento —dijo Smoke a Laura Sibley—. Fíjese, en el fondo de una garganta estrecha que se extiende al este y al oeste. El sol del mediodía no supera la parte más alta de la pared. No habrán tenido sol durante varios meses.

—¿Y cómo iba a saberlo yo?

Él se encogió de hombros.

—No veo por qué no, si ha podido guiar a cien idiotas hasta una mina de oro.

Ella le lanzó una mirada malévola y continuó cojeando. Varios minutos después, al volver de visitar a un grupo de quejosos pacientes que recogían ramas de pícea, Smoke vio a la profetisa entrar en la cabaña de Amos Wentworth y decidió seguirla. Desde la puerta oyó la voz suplicante y llorosa de la mujer.

—Solo para mí —rogaba en el momento en que Smoke entró—. No se lo diré a nadie.

Ambos miraron al intruso con ojos culpables y Smoke supo que había estado a punto de descubrir algo, aunque no sabía qué, y se maldijo a sí mismo por no haberse quedado escuchando.

—Hablen de una vez —ordenó con dureza—. ¿De qué se trata?

—¿De qué se trata el qué? —preguntó Amos Wentworth

hoscamente. Y Smoke no pudo contestar.

La situación empeoró cada vez más. En el oscuro agujero de un cañón al que nunca llegaban los rayos del sol, la lista de muertos aumentaba sin descanso. Todos los días, con aprensión, Smoke y Shorty se examinaban la boca el uno al otro en busca del blanqueamiento de las encías y membranas mucosas, invariable primer síntoma de la enfermedad.

—Lo dejo —anunció Shorty una tarde—. Lo he estado pensando y lo dejo. Podría atreverme con un grupo de esclavos, pero hacer trabajar a un grupo de enfermos es demasiado para mi estómago. Van de mal en peor. No quedan ni veinte que puedan trabajar. Esta tarde le di permiso a Jackson para acostarse en su catre. Estaba a punto de suicidarse. Lo llevaba escrito en el rostro. Hacer ejercicio no les sienta bien.

—Yo he llegado a la misma conclusión —respondió Smoke—. Los dejaremos en paz a todos, excepto a una docena. Esos tendrán que echarnos una mano. Trabajarán por turnos. Y seguiremos con la infusión de pícea.

—Tampoco sirve.

—También estoy casi a punto de darte la razón en eso, pero, en cualquier caso, no les perjudica.

—Otro suicidio —anunció Shorty a la mañana siguiente—. El tal Phillips. Hace días que lo veía venir.

—Esto es demasiado —se quejó Smoke—. ¿Qué sugieres tú, Shorty?

—¿Quién? ¿Yo? No sugiero nada. La enfermedad tiene que seguir su curso.

—Pero eso significa que todos morirán —protestó Smoke.

—Excepto Wentworth —gruñó Shorty, porque enseguida había compartido la antipatía que sentía su socio hacia ese individuo.

El milagro eterno de la inmunidad de Wentworth tenía perplejo a Smoke. ¿Por qué era el único al que el escorbuto no atacaba? ¿Por qué lo odiaba Laura Sibley y al mismo tiempo le lloriqueaba, gimoteaba y suplicaba? ¿Qué era lo que le pedía y él nunca le daba?

En varias ocasiones Smoke se ocupó de pasar por la cabaña de Wentworth a la hora de comer. Solo encontró una cosa sospechosa: el recelo de Wentworth hacia él. Luego intentó sondear a Laura Sibley.

—Todos se curarían si tuviesen patatas crudas, sin procesar —le dijo a la profetisa—. Lo sé bien. He visto los resultados.

El brillo de la convicción en los ojos de ella, seguido de amargura y odio, le indicaron que iba por buen camino.

—¿Por qué no trajeron una buena provisión de patatas frescas en el vapor? —preguntó.

—Lo hicimos. Pero las vendimos a un precio estupendo en Fort Yukon. Teníamos de sobra de las evaporadas, que además se conservarían mejor. Ni siquiera se congelarían.

Smoke gruñó.

—¿Y las vendieron todas? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—¿Y no habrán quedado un par de sacos por ahí? Ya sabe, por casualidad, extraviados en el vapor.

La mujer negó con la cabeza, un poco tarde en opinión de Smoke, y luego dijo:

—Al menos no los encontramos.

—Pero ¿podría haber alguno? —insistió.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —contestó ella con voz áspera y enfadada—. Yo no me ocupaba de la intendencia.

—Se ocupaba Amos Wentworth —concluyó Smoke—. Muy bien. Ahora quiero que me dé su opinión; quedará entre usted y yo. ¿Cree que Wentworth tiene patatas sin procesar ocultas en algún sitio?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a tenerlas?

—¿Y por qué no?

Ella se encogió de hombros.

Por más que insistió, Smoke no logró que la mujer admitiese esa posibilidad.

—Wentworth es un cerdo —fue el veredicto de Shorty cuando Smoke le contó sus sospechas.

—También Laura Sibley —añadió Smoke—. Cree que él tiene las patatas y guarda silencio porque pretende que las comparta con ella.

—Pero él no cede —Shorty maldijo la fragilidad de la naturaleza humana con una de sus mejores retahílas y luego recuperó el aliento—. Son de la misma calaña. Ojalá Dios los recompense haciendo que el escorbuto los pudra por completo. No tengo más que decir, excepto que ahora mismo voy a ir a arrancarle la cabeza

a ese Wentworth.

Pero Smoke defendió el uso de la diplomacia. Esa noche, cuando el campamento se quejaba y dormía o, mejor dicho, se quejaba y no dormía, se acercó a la cabaña sin luz de Wentworth.

—Escúcheme, Wentworth —dijo—. Aquí mismo, en este saco, tengo mil dólares de oro en polvo. Soy rico según los criterios de este país y puedo permitírmelo. Creo que empiezo a enfermar. Ponga una patata cruda en mi mano y el oro es suyo. Tenga, mire cómo pesa.

Y Smoke se alegró cuando Amos Wentworth extendió la mano, a oscuras, para calcular el peso del oro. Lo oyó revolver entre las mantas y luego sobre su mano sintió, no el pesado saco de oro, sino lo que sin duda era una patata del tamaño de un huevo de gallina, caliente al haber estado en contacto con el cuerpo del otro.

Smoke no aguardó a que amaneciera. Shorty y él esperaban que los dos enfermos que estaban peor muriesen en cualquier momento, por lo que se dirigieron a su cabaña. En una taza rallaron y machacaron la patata de mil dólares, con piel e incluso diminutos restos de tierra, hasta lograr un denso fluido que administraron gota a gota en los espantosos orificios que antes habían sido bocas. Smoke y Shorty establecieron turnos durante toda la noche para repartir el zumo de patata, que frotaban sobre las pobres encías hinchadas, en las que los dientes se movían y tintineaban, obligándoles a tragar hasta la última gota de tan preciado elixir.

Al atardecer del día siguiente, la mejoría de ambos pacientes parecía un milagro y resultaba casi increíble. Ya no eran los más enfermos. En cuarenta y ocho horas, tiempo que duró la patata, quedaron temporalmente fuera de peligro, aunque lejos de estar curados.

—Esto es lo que voy a hacer —le dijo Smoke a Wentworth—. Tengo propiedades y participaciones en este país y mi firma vale en cualquier parte. Le daré quinientos dólares por cada patata, hasta un máximo de cincuenta mil, lo que supone cien patatas.

—¿No tiene más polvo de oro como el que me dio? —preguntó Wentworth.

—Shorty y yo juntamos todo el que teníamos. Pero entre los dos sumamos varios millones de dólares.

—No tengo más patatas —dijo Wentworth por fin—. Ojalá las

tuviera. Esa que le di era la única. La he guardado durante todo el invierno por miedo a enfermar de escorbuto. Si se la vendí fue para poder comprar un pasaje y marcharme de este país en cuanto el río se deshiele.

A pesar de no recibir más zumo de patata, los dos enfermos continuaron mejorando durante el tercer día. Los casos sin tratar iban de mal en peor. La cuarta mañana enterraron tres cadáveres espantosos. Shorty soportó el calvario y luego le dijo a Smoke:

—Lo has intentado a tu manera. Ahora me toca a mí.

Se fue directo a la cabaña de Wentworth. Nunca contó lo que ocurrió allí, pero salió con los nudillos magullados y Wentworth no solo llevaba las marcas de la pelea en el rostro, sino que durante bastante tiempo anduvo con la cabeza ladeada y sin poder mover el cuello. Ese fenómeno lo explicaban las huellas moradas de cuatro dedos a un lado de la tráquea y una sola huella morada al otro lado.

Después los dos juntos invadieron la cabaña de Wentworth y lo lanzaron a la nieve mientras ponían patas arriba el interior. Laura Sibley se acercó cojeando y, frenética, los ayudó a buscar.

—A usted no le va a tocar ni una, señora, aunque encontremos una tonelada —le advirtió Shorty.

Pero se sintieron tan decepcionados como ella. Aunque excavaron en el suelo, no encontraron nada.

—Yo voto por asarlo a fuego lento hasta que cante —propuso Shorty, muy serio.

Smoke negó con la cabeza.

—Es un asesino —insistió Shorty—. Está matando a todos estos infelices como si les abriese la cabeza con un hacha. Solo que así es peor.

Transcurrió otro día, durante el que vigilaron sin descanso los movimientos de Wentworth. En varias ocasiones, cuando salía hacia el arroyo, cubo de agua en mano, se acercaron a la cabaña con disimulo y, siempre, él regresó corriendo y sin el agua.

—Las tiene almacenadas aquí, en la cabaña —dijo Shorty—. Tan seguro como que Dios hizo las manzanas. Pero ¿dónde? La hemos registrado a fondo. —Se levantó y se puso las manoplas—. Las encontraré aunque tenga que desarmar la condenada cabaña tronco a tronco.

Miró a Smoke, quien, con un gesto ausente y concentrado en el

rostro, no lo había ni oído.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Shorty, muy enfadado—. ¡No me digas que has pillado el escorbuto!

—Estaba intentando recordar algo, Shorty.

—¿El qué?

—No lo sé. Ese es el problema. Pero tiene relación con esto, si consigo recordarlo.

—Oye, mira, Smoke, no te me vuelvas majara —suplicó Shorty—. ¡Piensa en mí! Descansa la cabeza. Ven y ayúdame a desmontar esa cabaña. Le prendería fuego, si no fuera por miedo a quemar las patatas.

—¡Eso es! —saltó Smoke y se puso en pie de golpe—. Es lo que intentaba recordar. ¿Dónde está la lata del queroseno? Estoy contigo, Shorty. Las patatas ya son nuestras.

—¿Qué hacemos?

—Tú mírame a mí, eso es todo —contestó Smoke—. Siempre te he dicho, Shorty, que un escaso conocimiento de la literatura era una desventaja, incluso en el Klondike. Lo que vamos a hacer sale en un libro. Lo leí cuando era un crío y va a dar resultado. En marcha.

Unos minutos después, bajo la pálida luz verdosa de la aurora boreal, los dos hombres se acercaron sigilosos a la cabaña de Amos Wentworth. Con cuidado y sin hacer ruido, vertieron el queroseno sobre los troncos, soltando más cantidad en el umbral de la puerta y el marco de la ventana. Luego le acercaron una cerilla encendida y vieron cómo el combustible se incendiaba. Se apartaron de las llamas, cada vez mayores, y esperaron.

Wentworth salió corriendo, miró el incendio con ojos de loco y volvió a entrar en la cabaña. No había transcurrido ni un minuto cuando salió de nuevo, esta vez despacio y doblado, sobre los hombros un saco pesado e inconfundible. Smoke y Shorty se abalanzaron sobre él como un par de lobos hambrientos. Lo golpearon al mismo tiempo, uno por la derecha y el otro por la izquierda, y se desmoronó bajo el peso del saco, que Smoke tanteó para asegurarse de su contenido. Luego sintió que los brazos de Wentworth rodeaban sus piernas, al tiempo que el hombre lo miraba desesperado.

—Deme una docena. Solo una docena. Media docena y quédese

con el resto —berreó. Abrió la boca y, loco de ira, inclinó la cabeza para morder la pierna de Smoke, luego cambió de idea y volvió a rogar—: Media docena —suplicó—. Solo media docena. Iba a entregárselas… mañana. Sí, mañana. Esa era mi idea. ¡Son vida! ¡Son vida! ¡Solo media docena!

—¿Dónde está el otro saco? —fue de farol Smoke.

—Me lo comí —respondió el otro con una sinceridad irreprochable—. Solo queda ese saco. Deme unas pocas. Puede quedarse con el resto.

—¡Se las ha comido! —gritó Shorty—. ¡Un saco entero! ¡Y los demás muriéndose por falta de ellas! Esto es lo que te mereces. ¡Y esto! ¡Y esto! ¡Y esto! ¡Cerdo! ¡Gentuza!

La primera patada obligó a Wentworth a soltar las rodillas de Smoke. La segunda lo lanzó a la nieve. Pero Shorty continuó golpeando.

—Cuidado, no te rompas un dedo del pie —fue la única interferencia de Smoke.

—Tranquilo, que le doy con el talón —respondió Shorty—. Mírame. Le voy a destrozar las costillas. Le arrancaré la mandíbula. ¡Toma! ¡Y más! Ojalá tuviese botas, en vez de mocasines, ¡maldito gusano!

Esa noche nadie durmió. Hora tras hora, Smoke y Shorty hicieron rondas para repartir el zumo de patata capaz de devolver la vida. Cada dosis era la cuarta parte de una cucharada que ellos administraban a la población de bocas deshechas. Durante todo el día siguiente continuaron con ese trabajo, turnándose para dormir.

Nadie más murió. Incluso los peores casos empezaron a recuperarse con una inmediatez impresionante. Al tercer día, hombres que no habían podido ponerse en pie desde hacía semanas, abandonaron los catres y se tambalearon de un lado a otro, apoyados en muletas. Ese día el sol —que ya llevaba dos meses de viaje hacia su declinación norte— se asomó alegremente sobre la pared del cañón por primera vez.

—Ni una patata —le dijo Shorty al suplicante y lloroso Wentworth—. Ni siquiera tienes escorbuto. Te has comido un saco entero y tienes veinte años de protección contra el escorbuto. Ahora que te conozco, comprendo a Dios. Siempre me pregunté por qué había dejado vivir a Satanás. Ahora lo sé. Lo dejó vivir como te dejo

yo a ti. Pero es una auténtica vergüenza, eso sí.

—Te daré un consejo —le dijo Smoke a Wentworth—. Estos hombres se recuperan a buen ritmo. Shorty y yo nos iremos dentro de una semana y nadie te protegerá cuando se abalancen sobre ti. Ahí tienes el camino. Dawson queda a dieciocho días de viaje.

—Vete y llévate tus cosas, Amos —añadió Shorty—, o lo que yo te hice será una broma comparado con lo que te harán los convalecientes.

—Caballeros, por favor, escúchenme —lloriqueó Wentworth—. No conozco el país. No conozco las costumbres. No conozco el camino. Déjenme viajar con ustedes. Les daré mil dólares si me dejan viajar con ustedes.

—Claro —dijo Smoke con una sonrisa maliciosa—. Si Shorty acepta.

—¿Quién? ¿Yo? —Shorty se enderezó para realizar un esfuerzo supremo—. Yo no soy nadie. Soy más humilde incluso que un palito de madera. Soy un gusano, una larva, hermano del renacuajo e hijo del moscardón. Nada que se arrastre, repte o apeste me produce miedo o vergüenza. Pero ¡viajar con ese error de la creación! Vete ya de aquí. No me enorgullezco, pero me provocas náuseas.

Y Amos Wentworth se marchó solo, tirando de un trineo cargado con provisiones para llegar a Dawson. Cuando casi había recorrido dos kilómetros, Shorty lo alcanzó.

—Ven aquí —fue el saludo de Shorty—. Ven. Acércate. Dámelo.

—No entiendo —tembló Wentworth al recordar las dos palizas, con el puño y con el pie, que ya había recibido de Shorty.

—Los mil dólares, ¿entiendes? Los mil dólares en oro con que Smoke te compró la patata. Dámelos.

Amos Wentworth le entregó el saco del oro.

—Espero que te muerda una mofeta y acabes aullando, enfermo de rabia. —Así se despidió Shorty.

[1911]

Una apuesta peligrosa

UNA FRÍA MAÑANA DE HELADA, en el gran almacén de la Compañía AC en Dawson, Lucille

Arral hizo señas a Smoke Bellew para que se acercara al mostrador de mercería. El tendero se había ido de expedición a los almacenes interiores y, a pesar de las enormes estufas al rojo vivo, Lucille había vuelto a ponerse las manoplas.

Smoke la obedeció con diligencia. No existía hombre en Dawson que no se hubiera sentido halagado por llamar la atención de Lucille Arral, la soprano *soubrette* de la pequeña compañía que actuaba todas las noches en el salón de baile que servía de teatro.

—Esto está muy parado —se quejó ella, de mal humor pero muy guapa, en cuanto se estrecharon la mano—. Hace una semana que no hay estampidas. El baile de máscaras que Skiff Mitchell iba a celebrar ha quedado aplazado. No circula el oro. En el teatro siempre quedan huecos libres entre el público de pie. Y no entra correo del exterior desde hace dos semanas. Resumiendo: esta ciudad se ha metido en su cueva y se ha echado a dormir. Tenemos que hacer algo. Hay que animarla y tú y yo podemos hacerlo. Si alguien puede provocar un revuelo somos nosotros. He roto con Aguas Rápidas, como sabrás.

Smoke sufrió dos visiones casi de forma simultánea. En una vio a Joy Gastell y en la otra se vio a sí mismo en medio de una desoladora extensión de nieve, a la luz de la fría luna ártica, huyendo de los precisos y veloces disparos del susodicho Aguas Rápidas. La reticencia de Smoke a provocar un revuelo con la ayuda de Lucille Arral fue demasiado evidente como para que ella no la notase.

—No estoy pensando en absoluto lo que piensas tú, gracias —le riñó entre risas y mohínes—. Para que yo me lanzase a tus brazos tendrías que tener más brazos y mucho más fuertes de lo que los tienes para sujetarme.

—Hay quien ha muerto de un infarto al conocer de repente su buena fortuna —murmuró Smoke con la alegría falsa del alivio.

—Mentiroso —respondió ella con magnanimidad—. Estabas muerto de miedo. Pero créeme, Smoke Bellew, no pienso tirarte los tejos y si tú me los tiras a mí Aguas Rápidas se ocupará de ti. Ya lo conoces. Además, no he roto en serio con él.

—Sigue con tu rompecabezas —se burló él—, a ver si dentro de un rato me entero de qué es lo que quieres.

—No te vuelvas loco, Smoke, ya te lo explico yo. Aguas Rápidas

cree que he roto con él, ¿no lo entiendes?

—Pero ¿has roto o no?

—No, no. Aunque eso queda entre tú y yo, en confianza. El cree que sí. Le armé una buena y le hice creer que lo dejaba, pero se lo merecía.

—¿Cuál es mi papel? ¿Candidato de paja o chivo expiatorio?

—Ninguno. Tú ganas un montón de dinero, nos reímos de Aguas Rápidas, animamos Dawson y, lo mejor y el motivo de todo esto, él recibe el castigo que se merece. Lo necesita. Es… bueno, la mejor forma de describirlo es decir que es demasiado turbulento. Que sea un tipo fornido y grande, que posea tantas concesiones millonarias que no sepa cuantas…

—Y que esté comprometido con la mujer más hermosa de Alaska —interpoló Smoke.

—Sí, eso también, gracias, pero no le da derecho a mostrarse desenfrenado. Anoche volvió a hacerlo. Cubrió el suelo del M & M con oro en polvo. Tiró mil dólares. Abrió la bolsa y la vació bajo los pies de los bailarines. Ya lo habrás oído contar.

—Sí, esta mañana. Me gustaría ser el encargado de barrer ese local. Pero sigo sin entender qué quieres. ¿A dónde quieres llegar?

—Verás, se pasó de turbulento. Rompí nuestro compromiso y ahora anda por ahí quejándose como si tuviese el corazón roto. Y ya voy al grano. A mí me gustan los huevos.

—¡Madre mía! —gritó Smoke, desesperado—. ¿Qué tiene eso que ver? ¿Dime?

—Espera.

—¿Pero qué tienen que ver los huevos y el apetito con esto? —insistió.

—Todo, si me prestas atención.

—Te escucho, te escucho —canturreó él.

—A ver si es verdad. Me gustan los huevos y en Dawson el suministro de huevos es limitado.

—Ya, eso también lo sé. La mayoría los tiene el restaurante de Slavovitch. Un huevo con jamón cocido, tres dólares; dos huevos con jamón cocido, cinco dólares. Eso significa dos dólares por huevo al por menor. Y solo los mejores, los Arral y los Aguas Rápidas de la región se los pueden permitir.

—A él también le gustan los huevos —continuó ella—. Pero no

se trata de eso. Se trata de que me gustan a mí. Desayuno todos los días a las once de la mañana en el restaurante de Slavovitch y siempre tomo dos huevos. —Hizo una pausa para impresionar—. Imagina, solo imagina, que alguien acapara los huevos.

Esperó y Smoke la miró con asombro, al tiempo que, para sus adentros, aprobaba la buena elección que Aguas Rápidas había hecho.

—No me sigues —dijo ella.

—Continúa —contestó él—. Me rindo. ¿Cuál es la respuesta?

—¡Idiota! Ya conoces a Aguas Rápidas. Cuando vea que anhelo comer huevos, y soy capaz de leer su mente como un libro abierto y soy capaz de anhelar como pocas, ¿qué crees que hará?

—Contesta tú, vamos.

—Pues saldrá de estampida a buscar al hombre que acapara los huevos. Y comprará su monopolio, cueste lo que cueste. Imagina: yo entro en el restaurante de Slavovitch a las once. Aguas Rápidas estará en la mesa de al lado. Se ocupará de estar allí. «Dos huevos al plato», le diré al camarero. «Lo siento, señorita Arral», contestará el camarero, «ya no quedan huevos». Entonces hablará Aguas Rápidas con esa voz de oso que tiene: «Camarero, seis huevos pasados por agua». Y el camarero responderá: «Sí, señor». Luego le llevará los huevos. Otra imagen: Aguas Rápidas me mira de reojo y yo parezco un carámbano terriblemente indignado cuando llamo al camarero. «Lo siento, señorita Arral», me dirá, «pero los huevos son del señor Aguas Rápidas. Verá, señorita, es el propietario». Otra imagen: Aguas Rápidas, triunfante, hace lo posible por no enterarse de nada mientras se come sus seis huevos.

»Otra imagen: El propio Slavovitch me trae dos huevos al plato y me dice: «Con los mejores deseos del señor Aguas Rápidas, señorita». ¿Qué puedo hacer? ¿Qué otra cosa puedo hacer sino sonreír a Aguas Rápidas? Luego nos reconciliamos, por supuesto, y a él le parecerá barato aunque se haya visto obligado a pagar diez dólares por todos y cada uno de los huevos del monopolio.

—A ver, sigue —instó Smoke—. ¿En qué estación me subo al tren del terror o a qué tanque de agua me van a arrojar?

—¡Tonto! Nada de eso. Serás tú quien guíe el tren de los huevos hasta la estación de almacenaje. Tú acapararás los huevos. Y debes empezar de inmediato, hoy mismo. Puedes comprar todos los

huevos de Dawson a tres dólares y vendérselos a Aguas Rápidas al precio que tú quieras. Después descubriremos el pastel. Nos reiremos de Aguas Rápidas. Así controlará un poco su vida agitada. Tú y yo nos llevaremos el mérito. Tú ganarás un montón de dinero y Dawson se despertará sin parar de reírse. Claro que, si especular así te parece demasiado arriesgado, yo pongo el dinero para crear el monopolio.

Esto último fue demasiado para Smoke. Como era un simple mortal occidental, con sus extrañas obsesiones relativas al dinero y las mujeres, rechazó la oferta del oro.

—¡Eh, Shorty! —llamó Smoke a su socio, que pasaba por la calle principal con sus andares rápidos y desgarbados y una botella con el contenido congelado visiblemente protegida bajo el brazo. Smoke se acercó y le dijo—: ¿Dónde has estado toda la mañana? Te he buscado por todas partes.

—Donde el médico —respondió Shorty y le mostró la botella—. *Sally* no está bien. Anoche, cuando les di de comer, me fijé en que se le cae el pelo de la cola y de los costados. El médico dice…

—Eso da igual —interrumpió Smoke, impaciente—. Lo que quiero…

—¿Qué te pasa? —preguntó Shorty, asombrado e indignado—. *Sally* se está quedando sin pelo en pleno invierno. Te digo que esa perra está enferma. El médico dice…

—*Sally* puede esperar. Escúchame…

—Y yo te digo que no puede esperar. Es crueldad contra los animales. Se congelará. ¿Por qué andas tan nervioso? ¿Ha resultado ser bueno el hallazgo de Monte Cristo?

—No lo sé, Shorty. Pero quiero que me hagas un favor.

—Claro —respondió Shorty de buenas maneras, apaciguado y aquiescente de inmediato—. ¿Qué pasa? Lo que sea. Ya lo sabes.

—Quiero que compres huevos.

—Claro, y agua de Florida y polvos de talco, si me lo pides. Y la pobre *Sally* quedándose sin pelo. Mira, Smoke, si quieres dedicarte a la buena vida, cómprate tú los huevos. A mí me basta con las alubias y el beicon.

—Yo también voy a comprar, pero quiero que me ayudes. Y ahora cállate, que tengo yo la palabra. Vete directo a ver a Slavovitch. Paga tres dólares por huevo si hace falta, pero compra

todos los que tenga.

—¡Tres dólares! —gruñó Shorty— Pero si ayer mismo oí contar que tenía setecientos almacenados. ¡Dos mil cien dólares por unos huevos! Oye, Smoke, te aconsejo que vayas ahora mismo a ver al médico. Él se ocupará de ti. Y solo te cobrará una onza por la primera receta. Adiós. Tengo cosas que hacer.

Se puso en marcha, pero Smoke lo agarró del hombro, impidiendo que avanzara y obligándolo a girarse.

—Smoke, sabes que haría cualquier cosa por ti —protestó Shorty, muy serio—. Si estuvieras acatarrado y tuvieras los dos brazos rotos, me sentaría noche y día junto a tu cama para limpiarte los mocos. Pero no me pillarás despilfarrando dos mil cien dólares en huevos, ni por ti ni por ningún otro hombre.

—No son tus dólares, sino los míos, Shorty. Es un negocio que tengo en marcha. Lo que pretendo es acaparar todos los condenados huevos que haya en Dawson, en el Klondike, en el Yukón. Tienes que ayudarme. No tengo tiempo para informarte de todos los detalles, aunque lo haré más adelante y, si quieres, iremos a medias. Pero ahora lo importante es conseguir los huevos. Corre a ver a Slavovitch y compra todos los que tenga.

—¿Y qué le digo? Se dará cuenta de que no me los voy a comer.

—No le digas nada. El dinero habla. Él los vende cocinados a dos dólares. Ofrécele hasta tres dólares por cada huevo crudo. Si se pone curioso, dile que te vas a dedicar a la cría de gallinas. Lo que yo quiero es que consigas esos huevos. Y luego sigue buscando, descubre hasta el último huevo de Dawson y cómpralo. ¿Entendido? ¡Cómpralo! En ese garito que hay frente a Slavovitch tienen unos pocos. Cómpralos. Yo me voy a Klondike City. Allí hay un anciano cojo que está arruinado y tiene seis docenas. Las ha conservado durante todo el invierno a la espera de que subiese el precio, con la esperanza de poder pagarse el pasaje de vuelta a Seattle. Me ocuparé de que consiga ese pasaje y yo obtendré los huevos. Ahora, corre. Y dicen que la mujer que vive pasado el aserradero y que hace mocasines tiene un par de docenas.

—Está bien, si tú lo dices, Smoke. Pero Slavovitch parece el pez gordo. Conseguiré una opción de compra por escrito y me ocuparé de los que queden desperdigados.

—Muy bien. Date prisa. Esta noche te contaré el plan.

Pero Shorty blandió la botella.

—Antes voy a hacerle la cura a *Sally*. Los huevos pueden esperar ese rato. Si no se los han comido, no se los comerán mientras cuido de un pobre perro enfermo que nos ha salvado la vida en más de una ocasión.

Nunca nadie acaparó un producto con mayor rapidez. En tres días, todos los huevos de Dawson, a excepción de unas pocas docenas, estaban en manos de Smoke y Shorty. Smoke había sido más liberal al adquirirlos. Sin inmutarse, se declaraba culpable de haberle pagado al anciano de Klondike City cinco dólares por cada uno de sus setenta y dos huevos. Shorty había comprado la mayor parte de los huevos y conseguido buenos precios. A la mujer que hacía mocasines le dio solo dos dólares por pieza y se enorgullecía de haber salido muy bien parado con Slavovitch, cuyos setecientos cincuenta huevos había adquirido a dos dólares y medio cada uno. Aunque se quejaba porque el pequeño restaurante de enfrente le había cobrado dos dólares con setenta y cinco centavos por sus miserables ciento treinta y cuatro huevos.

Las pocas docenas que aún no tenían estaban en manos de dos personas. Una, con la que Shorty andaba en tratos, era una india que vivía en una cabaña de la colina que se alzaba por detrás del hospital.

—Iré a verla hoy —anunció Shorty a la mañana siguiente—. Friega tú los platos, Smoke. Volveré enseguida, si no me pone más pegas. Prefiero mil veces tratar con un hombre. Las condenadas mujeres…, es increíble cómo manejan al comprador. Solo es posible ganarles vendiendo. Ni que esos huevos fuesen de oro.

Por la tarde, cuando Smoke regresó a la cabaña, se encontró a Shorty en cuclillas, frotando el ungüento en la cola de *Sally*, tan inexpresivo el rostro que resultaba sospechoso.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Shorty como si no le importara, tras varios minutos en silencio.

—No hay nada que hacer —respondió Smoke—. ¿Qué tal te fue con la india?

Shorty hizo un gesto triunfal con la cabeza hacia un cubo de huevos que estaba sobre la mesa.

—Aunque a siete dólares cada uno —confesó tras otro minuto de frotar en silencio.

—Yo acabé por ofrecer diez dólares —dijo Smoke— y entonces el tipo me dijo que ya los había vendido. Tenemos un problema, Shorty. Hay alguien más pendiente del mercado. Esos veintiocho huevos podrían causarnos problemas. Verás, el éxito del acaparamiento consiste en hacerse con todos y cada…

Se interrumpió para mirar mejor a su socio. En Shorty se estaba produciendo un cambio evidente: lo invadía la inquietud, aunque disfrazada de calma. Cerró la caja del ungüento, se limpió las manos despacio, a conciencia, sobre el pelaje de *Sally*, se puso en pie, se acercó al rincón, consultó el termómetro y regresó junto a Smoke. Habló en voz baja, monótona y muy cortés.

—¿Serías tan amable de repetirme cuántos huevos acabas de decir que ese hombre no te vendió? —preguntó.

—Veintiocho.

—Mm. —Shorty meditó mientras inclinaba la cabeza, quitándole importancia al dato—. Smoke, vamos a tener que conseguir otra cocina. La plancha de arriba se ha hundido sobre el horno y hace que los panecillos salgan quemados.

—Deja en paz la cocina —ordenó Smoke— y dime qué es lo que pasa.

—¿Qué pasa? ¿Quieres saber qué pasa? Pues ten la amabilidad de dirigir tus hermosos ojos hacia ese cubo que está sobre la mesa. ¿Lo ves?

Smoke asintió.

—Entonces te diré una cosa, solo una cosa. En ese cubo hay exactamente, precisamente, ni más ni menos que veintiocho huevos y han costado, desde el primero al último, siete dólares cada uno. Si necesitas urgentemente algún otro tipo de información, estoy dispuesto a dártela.

—Dámela.

—A ver, ese hombre con el que negociabas es un indio grande, ¿estoy en lo cierto?

Smoke asintió y continuó asintiendo al resto de las preguntas.

—Le falta media mejilla por culpa de un oso, ¿estoy en lo cierto? Comercia con perros, ¿no? Se llama Jim Cara Cortada, también es así, ¿no? ¿Entiendes por dónde voy?

—¿Quieres decir que hemos estado pujando…?

—El uno contra el otro. Claro. Esa india es su mujer y viven en

la colina por detrás del hospital. Podría haber conseguido esos huevos a dos dólares si no te hubieses metido.

—Lo mismo digo —se rio Smoke—, si no te hubieses metido tú, ¡condenado! Pero no importa. Ahora sabemos que tenemos el monopolio de los huevos. Eso es lo único que importa.

Shorty se pasó la hora siguiente peleándose con el cabo de un lápiz en el margen de un periódico de tres años atrás y, cuanto más interminables y más difíciles de entender se volvían sus cifras, más alegre se ponía él.

—Ya está —dijo al fin—. ¿Bonita? Yo creo que sí. Te diré los totales. Tú y yo poseemos, ahora mismo, exactamente novecientos setenta y tres huevos. Nos han costado exactamente dos mil setecientos sesenta dólares, teniendo en cuenta que el polvo de oro se paga a dieciséis la onza y sin contar el tiempo. Y ahora, escucha. Si conseguimos que Aguas Rápidas trague con diez dólares por huevo, ganaremos, descontados los gastos, es decir, neto y limpio, exactamente seis mil novecientos setenta dólares. Eso sí que es apostar y ganar sin problemas. ¡Y la mitad es mío! Trae esa mano, Smoke. Estoy tan agradecido que hasta se me cae la baba. ¡Qué gran apuesta! Prefiero jugármela con las gallinas que con los caballos.

A las once de esa noche, Shorty despertó a Smoke, que dormía profundamente. Su parka de pieles exhalaba un frío tremendo y tenía las manos heladas.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó Smoke—. ¿A *Sally* se le ha caído el pelo que le quedaba?

—No. Pero tengo que darte las buenas noticias. He visto a Slavovitch. O Slavovitch me ha visto a mí, porque fue él quien me buscó. Me dijo: «Shorty, quiero hablar contigo de los huevos. No he dicho nada. Nadie sabe que te los he vendido. Pero si estás especulando puedo contarte algo bueno». Y eso fue lo que hizo, Smoke. ¿De qué crees que se trata?

—Sigue, cuenta.

—Puede que parezca increíble, pero ese algo bueno es Charley Aguas Rápidas. Quiere comprar huevos. Fue a ver a Slavovitch y le ofreció cinco dólares por huevo, pero antes de marcharse, ya le había ofrecido ocho. Slavovitch no tiene huevos, claro. Lo último que Aguas Rápidas le dice a Slavovitch es que le arrancará la cabeza

si se entera de que tiene huevos escondidos en algún sitio. Slavovitch tuvo que decirle que había vendido los huevos, pero que el nombre del comprador era secreto.

»Slavovitch me pide que le permita decirle a Aguas Rápidas quién tiene los huevos. «Shorty», me dijo, «Aguas Bravas vendrá corriendo. Podrás vendérselos a ocho dólares». «Ocho dólares, tu abuela», le digo yo. «Aceptará diez antes de que acabe con él». Total, que le he dicho a Slavovitch que me lo pensaré y le diré algo por la mañana. Pero claro que permitiremos que se lo cuente a Aguas Rápidas, ¿no es verdad?

—Y tanto que es verdad, Shorty. A primera hora de la mañana le das permiso a Slavovitch. Que le diga a Aguas Rápidas que tú y yo somos socios en esto.

Cinco minutos después, Shorty volvió a zarandear a Smoke.

—¡Oye, Smoke! ¡Eh, Smoke!

—¿Qué?

—Ni un centavo menos de diez dólares por huevo, ¿entendido?

—Claro, sí —respondió Smoke con voz adormilada.

Por la mañana, Smoke volvió a encontrarse con Lucille Arral frente al mostrador del almacén de la AC.

—Ya todo bien —se alegró—. Funciona. Aguas Rápidas ha ido a ver a Slavovitch para comprarle huevos… o para obligarlo a vendérselos. A estas alturas Slavovitch le habrá dicho ya que Shorty y yo los tenemos todos.

Los ojos de Lucille Arral brillaron de felicidad.

—Voy a desayunar ahora mismo —exclamó—. Pediré huevos al camarero y sufriré tanto cuando me diga que no hay que seré capaz de derretir hasta un corazón de piedra. Y ya sabes que Aguas Rápidas hará lo que sea para quedarse con los huevos, aunque le cueste una de sus minas. Lo conozco. Pídele una buena cifra. No me satisfará nada que baje de diez dólares y si se los vendes por menos, Smoke, no te lo perdonaré jamás.

Ese mediodía, en la cabaña, Shorty puso en la mesa una cacerola de alubias y otra de café, una sartén con panecillos de masa madre, una lata de mantequilla y otra de leche condensada, una fuente humeante de carne de alce y beicon, un plato de compota de melocotones secos y dijo:

—La comida está lista. Antes échale un ojo a *Sally*.

Smoke dejó a un lado el arnés que estaba cosiendo, abrió la puerta y vio a *Sally* y a *Bright* ahuyentando con mucho ánimo a un puñado de perros de trineo que pertenecían a la cabaña de al lado. También vio algo que lo hizo cerrar la puerta de inmediato y correr a la cocina. Volvió a poner la sartén, aún caliente tras freír la carne de alce y el beicon, sobre la plancha. Echó una buena cantidad de mantequilla y cogió un huevo, que rompió y dejó caer, crepitando, en la sartén. Cuando iba a coger un segundo huevo, Shorty se lo impidió al agarrarle el brazo con fuerza.

—¡Eh!, ¿qué haces? —preguntó.

—Freír huevos —informó Smoke, rompiendo el segundo tras librarse de la mano de Shorty—. ¿Es que no lo ves? ¿Acaso parece que me estoy peinando?

—¿Te sientes bien? —inquirió Shorty, en tono preocupado cuando vio que Smoke rompía un tercer huevo y lo apartaba a él con un ligero empujón en el pecho—. ¿O te has vuelto totalmente loco? Ahí ya van treinta dólares en huevos.

—Y voy a subir la cuenta hasta los sesenta dólares —fue la respuesta de Smoke, mientras rompía el cuarto—. Déjame en paz, Shorty. Aguas Rápidas viene colina arriba y llegará en cinco minutos.

Shorty dejó escapar un suspiro de comprensión y alivio y se sentó a la mesa. Para cuando el otro llamó a la puerta, Smoke se había sentado también y ambos tenían delante un plato con tres huevos fritos cada uno.

—¡Adelante! —gritó Smoke.

Charley Aguas Rápidas, un joven y fornido gigante de un metro ochenta de altura y ochenta y cinco kilos de peso, entró y estrechó las manos de los otros dos.

—Siéntate y come algo, Aguas Rápidas —invitó Shorty—. Smoke, fríele unos huevos. Apuesto a que hace siglos que no se zampa un huevo.

Smoke rompió tres huevos más sobre la sartén caliente y en pocos minutos los puso delante de su invitado, quien los miró con una expresión tan rara y crispada que Shorty confesó después su miedo a que Aguas Rápidas se los guardase en el bolsillo y saliera corriendo.

—Eh, los que viven bien en Estados Unidos no nos superan a la

hora de comer —presumió Shorty—. Aquí estamos tú, Smoke y yo tragándonos noventa dólares en huevos sin siquiera pestañear.

Aguas Rápidas miró los huevos, que desaparecían a toda velocidad, y se quedó petrificado.

—Vamos, cómetelos —animó Smoke.

—No, no valen diez dólares —dijo, despacio, Aguas Rápidas.

Shorty aceptó el reto.

—Una cosa vale lo que consigas que te den por ella, ¿no es verdad? —preguntó.

—Sí, pero…

—Pero nada. Te estoy diciendo lo que podemos conseguir por ellos. Diez dólares la unidad, sin duda. Smoke y yo tenemos el monopolio de los huevos, que no se te olvide. Si decimos diez la unidad, son diez la unidad. —Limpió el plato con un panecillo—. Podría comerme otro par —suspiró, pero se sirvió las alubias.

—No podéis comeros tantos huevos —objetó Aguas Rápidas—. No, no está bien.

—A Smoke y a mí nos encantan los huevos —fue la disculpa que puso Shorty.

Aguas Rápidas se terminó su plato con aire desanimado y miró con dudas a los dos amigos.

—Mirad, podríais hacerme un gran favor —empezó a decir—. Vendedme o prestadme una docena de huevos.

—Claro —respondió Smoke—. Sé bien lo que es tener ganas de comer huevos. Pero no somos tan pobres como para tener que vender nuestra hospitalidad. No te costarán nada… —En ese momento, una patada por debajo de la mesa le advirtió que Shorty se estaba poniendo nervioso—. ¿Has dicho una docena, Aguas Rápidas?

Aguas Rápidas asintió.

—Adelante, Shorty —continuó Smoke—. Cocínaselos tú. Lo comprendo perfectamente. Yo también he vivido momentos en los que me comería una docena sin pestañear.

Pero Aguas Rápidas detuvo con una mano al dispuesto Shorty, al tiempo que explicaba:

—No los quiero cocinados. Los quiero con las cáscaras.

—O sea, que quieres llevártelos.

—Esa es la idea.

—Pero eso no es hospitalidad —objetó Shorty—. Es… es comerciar.

Smoke asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Eso es distinto, Aguas Rápidas. Creí que solo querías comértelos. Verás, esto lo hemos hecho para especular.

El peligroso azul de los ojos de Aguas Rápidas empezó a volverse más peligroso aún.

—Os los pagaré —dijo secamente—. ¿Cuánto?

—Oh, una docena no —contestó Smoke—. No podemos vender una docena. No somos minoristas, somos especuladores. No podemos hundir nuestro propio mercado Hemos acaparado todos los huevos en poco tiempo y cuando vendamos, los venderemos todos a la vez.

—¿Cuántos tenéis y cuánto pedís por ellos?

—¿Cuántos tenemos, Shorty? —preguntó Smoke.

Shorty se aclaró la garganta y realizó sus operaciones aritméticas en voz alta.

—Veamos, novecientos setenta y tres menos nueve hacen un total de novecientos sesenta y dos. Y todas las existencias a diez el huevo nos da nueve mil seiscientos veinte dólares. Por supuesto, Aguas Rápidas, somos honrados y te devolveremos el dinero si hay alguno malo, aunque no hay ninguno. Eso es algo que nunca he visto en el Klondike, un huevo podrido. Nadie es tan tonto como para traerlos estropeados o dejar que se estropeen.

—Es justo —añadió Smoke—. Si hay alguno malo, te devolvemos el dinero, Aguas Rápidas. Esta es nuestra propuesta: nueve mil seiscientos veinte dólares a cambio de todos los huevos que hay en el Klondike.

—Podrías venderlos a veinte la pieza y doblar la inversión —sugirió Shorty.

Aguas Rápidas negó con la cabeza, triste, y se sirvió las alubias.

—Sería demasiado caro, Shorty. Solo quiero unos pocos. Os los pago a diez dólares, pero solo un par de docenas. A veinte dólares. Pero no puedo comprarlos todos.

—Todos o ninguno —fue el ultimátum de Smoke.

—Mirad, vosotros dos —dijo Aguas Rápidas en tono confidencial —. Voy a ser sincero porque esto hay que arreglarlo. Sabéis que la señorita Arral y yo estábamos comprometidos. Pues ella ha roto el

compromiso. Ya lo sabéis. Todo el mundo lo sabe. Los huevos son para ella.

—¡Ja! —se burló Shorty—. Está muy claro para qué los quieres con las cáscaras. Pero nunca habría pensado eso de ti.

—Pensado, ¿qué?

—Es de lo más rastrero, eso es lo que es —continuó Shorty, virtuosamente indignado—. No me extrañaría que alguien te llenase la cabeza de plomo y te lo merecerías.

Aguas Rápidas estaba a punto de sufrir uno de sus famosos ataques de locura. Cerró los puños con tanta fuerza que el tenedor barato que aún sujetaba en uno de ellos empezó a doblarse, mientras sus ojos azules despedían chispas de advertencia.

—Un momento, Shorty, ¿a qué te refieres? Si crees que haría algo poco honrado o bajo mano…

—Me refiero a lo que me refiero —contestó Shorty, perseverante—. Y puedes apostar la vida a que no me refiero a nada bajo mano. Así no puede hacerse. No se pueden tirar con la mano baja.

—¿Tirar qué?

—Huevos, ciruelas pasas, pelotas de béisbol, lo que sea. Pero, Aguas Rápidas, cometes un error. Ninguno de los que acuden al salón de baile lo consentirá. Que sea actriz no significa que puedas vapulearla públicamente lanzándole huevos.

Por un momento pareció que Aguas Rápidas iba a estallar o sufrir una apoplejía. Se tragó de golpe una taza de café ardiendo y se recuperó poco a poco.

—Te equivocas, Shorty —dijo despacio y en un tono frío—. No voy a lanzarle huevos. No, hombre —gritó cada vez más nervioso—, quiero regalarle los huevos en una bandeja, escalfados. Así es como le gustan.

—Ya sabía yo que me equivocaba —exclamó Shorty, siempre generoso—. Sabía que no podías hacer algo tan rastrero.

—Muy bien, Shorty —perdonó Aguas Rápidas—, pero ahora hablemos de negocios. Ya veis para qué quiero los huevos. Los necesito.

—¿Tanto como para pagar nueve mil seiscientos veinte dólares? —preguntó Shorty.

—Es un atraco, eso es lo que es —afirmó Aguas Rápidas, muy enfadado.

—Es un negocio —contestó Smoke—. No creerás que hemos acaparado los huevos por una cuestión de salud, ¿verdad?

—Tenéis que ser razonables —rogó Aguas Rápidas—. Solo quiero un par de docenas. Os los pagaré a veinte dólares la pieza. ¿Para qué quiero el resto? He pasado años en este país sin un solo huevo y supongo que podré apañármelas igual.

—No te amargues —aconsejó Shorty—. Si no los quieres, no pasa nada. No te obligamos a comprarlos.

—Pero es que los quiero —se quejó Aguas Rápidas.

—Pues ya sabes lo que te costarán: nueve mil seiscientos veinte dólares y si he hecho mal los cálculos, asumo la diferencia.

—Pero puede que no sirvan de nada —objetó Aguas Rápidas—. Puede que a la señorita Arral hayan dejado de gustarle los huevos.

—Yo diría que la señorita Arral bien vale el precio de esos huevos —intervino Smoke, muy tranquilo.

—¿Que si los vale? —Aguas Rápidas se puso de pie, llevado por su elocuencia—. Vale un millón de dólares. Vale todo lo que tengo. Vale todo el oro del Klondike. —Se sentó y continuó en un tono más calmado—. Pero eso no justifica que me juegue diez mil dólares por un desayuno para ella. Os voy a hacer una propuesta. Prestadme un par de docenas de huevos. Yo se los pasaré a Slavovitch, él se los servirá a ella con mis mejores deseos. Hace siglos que no me sonríe. Si los huevos consiguen que me sonría, os sacaré de las manos todas las existencias.

—¿Firmarás un contrato a tal efecto? —preguntó Smoke rápidamente, porque sabía que Lucille Arral iba a sonreír.

Aguas Rápidas se asombró.

—Sois muy rápidos haciendo negocios aquí, en la colina —dijo con un amago de gruñido.

—Nos limitamos a aceptar la propuesta que tú mismo has hecho —respondió Smoke.

—Está bien. Trae papel y redáctalo bien clarito —gritó Aguas Rápidas con la ira de quien se rinde.

Smoke redactó el documento de inmediato, por el que Aguas Rápidas se comprometía a comprar todos cuantos huevos se le entregasen, a diez dólares la unidad, siempre y cuando las dos docenas que se le adelantaban lograsen su reconciliación con Lucille Arral.

Aguas Rápidas se detuvo con la pluma en alto en el momento justo de firmar.

—Un momento —dijo—. Si compro huevos, los quiero en buen estado.

—No hay un huevo podrido en todo el Klondike —se burló Shorty.

—Me da igual, si encuentro un huevo malo, me devolvéis los diez dólares.

—De acuerdo —lo aplacó Smoke—. Me parece justo.

—Y yo me comeré todos los huevos podridos que encuentres —afirmó Shorty.

Smoke insertó las palabras «en buen estado» en el contrato y Aguas Rápidas lo firmó con gesto hosco, recibió las dos docenas de prueba en un cubo de metal, se puso las manoplas y abrió la puerta.

—Adiós, ladrones —les gruñó y dio un portazo.

Smoke fue testigo de la obra representada a la mañana siguiente en el restaurante de Slavovitch. Ocupaba, invitado por Aguas Rápidas, la mesa que lindaba con la de Lucille Arral. La escena ocurrió prácticamente al pie de la letra de lo que ella había dicho.

—¿Aún no han conseguido huevos? —preguntó la joven, lastimosamente, al camarero.

—No, señora —fue la respuesta—. Dicen que alguien ha acaparado todos los huevos de Dawson. El señor Slavovitch intenta conseguir unos pocos para usted. Pero el tipo que los acapara no quiere soltarlos.

En ese momento, Aguas Rápidas hizo señas al propietario para que se acercase y, apoyándole una mano en el hombro, le hizo bajar la cabeza.

—Escuche, Slavovitch —susurró Aguas Rápidas con la voz ronca —, anoche le traje un par de docenas de huevos. ¿Dónde están?

—A buen recaudo. Todos, excepto los seis que he descongelado y que están listos para cuando usted los pida.

—No los quiero para mí —musitó Aguas Rápidas en voz aún más baja—. Prepárelos al plato y lléveselos a la señorita Arral.

—Me ocuparé yo mismo —le aseguró Slavovitch.

—Y no olvide decirle que se los envío yo —concluyó Aguas Rápidas, relajando la mano que retenía el hombro del propietario.

La hermosa Lucille Arral miraba desamparada la tira de beicon

del desayuno y el puré de patatas enlatadas que tenía en el plato cuando Slavovitch le puso delante dos huevos escalfados.

—Con los mejores deseos del señor Aguas Rápidas —le oyeron decir los que estaban en la mesa contigua.

Smoke reconoció que había sido una buena representación: el veloz destello de alegría en el rostro de ella, el impulso con el que giró la cabeza, el espontáneo movimiento de los labios que precede a la sonrisa, solo contenido por un autocontrol soberbio que la llevó a apartar el rostro de ellos para decirle algo al propietario del restaurante.

Smoke sintió la leve patada de Aguas Rápidas bajo la mesa.

—¿Se los comerá? Esa es la cuestión. ¿Se los comerá? —susurró como si agonizara.

Y de reojo vieron dudar a Lucille Arral, a punto de apartar el plato, y luego sucumbir a su atractivo.

—Me quedo con los huevos —le dijo Aguas Rápidas a Smoke—. Cumpliré con el contrato. ¿La has visto? ¡La has visto! Casi ha sonreído. La conozco. Está solucionado. Dos huevos más mañana y me perdonará y haremos las paces. Si no estuviese ella ahí, te estrecharía la mano, Smoke, tan agradecido estoy. No eres un ladrón, eres un filántropo.

Smoke regresó encantado colina arriba hasta la cabaña, donde se encontró a Shorty desesperado, haciendo un solitario. Hacía tiempo que Smoke sabía que cuando su socio sacaba la baraja para hacer solitarios era señal de que el mundo se venía abajo.

—Vete, no me hables —fue el primer rechazo que Smoke recibió.

Pero Shorty enseguida se soltó a hablar.

—Se nos acabó la historia —gruñó—. Adiós al monopolio de huevos. Mañana los venderán casi regalados en todos los bares de mala muerte. No habrá ni un solo niño huérfano y hambriento en Dawson que no engorde gracias a los huevos. ¿Qué crees que me he encontrado? Un tipo que tiene tres mil huevos. ¿Me entiendes? Tres mil huevos que acaban de llegar de Forty Mile.

—Cuentos chinos —dudó Smoke.

—¡Cuentos y un cuerno! Los he visto. Se llama Gautereaux y es un tiparrón enorme, un francocanadiense de ojos azules. Primero preguntó por ti y luego me llevó aparte y me dio una puñalada en el

corazón. Se le ocurrió la idea por nuestra forma de acaparar. Sabía que había tres mil huevos en Forty Mile y los trajo. «Enséñamelos», le dije. Y me los enseñó. Sus traíllas de perros y un par de guías indios descansaban en la parte baja de la orilla, recién llegados de Forty Mile. En los trineos había cajas de madera. Muchas cajas pequeñas de madera.

»Sacamos una para abrirla detrás de una barrera de hielo, en medio del río, y estaba llena de huevos envueltos en serrín. Smoke, tú y yo perdemos. Hemos jugado. ¿Sabes lo que tuvo las narices de decirme? Que eran nuestros a diez dólares la unidad. ¿Sabes qué hacía cuando salí de su cabaña? Dibujaba un cartel para anunciar la venta de huevos. Dijo que nos daba prioridad, a diez cada uno, hasta las dos de la tarde y que después, si no se los comprábamos, se cargaría el mercado. Dijo que no era un hombre de negocios, pero que sabía reconocer una buena oportunidad cuando la veía. Se refería a ti y a mí, claro.

—No te preocupes —dijo Smoke, muy animado—. No desesperes y déjame pensar Solo necesitamos actuar rápido y en equipo. Haré que Aguas Rápidas se presente aquí a las dos para hacerse cargo de los huevos. Tú compra los de Gautereaux. Intenta negociar. Aunque pagues diez dólares por cada uno, Aguas Rápidas se los llevará al mismo precio. Si los consigues más baratos, obtendremos algún beneficio. En marcha. Tienen que estar aquí antes de las dos. Pide prestados los perros del coronel Bowie y llévate también los nuestros. Tráelos a las dos en punto.

—Oye, Smoke —dijo Shorty al tiempo que su socio empezaba a bajar la colina—, llévate un paraguas. No me sorprendería que cayeran huevos del cielo antes de que regreses.

Smoke encontró a Aguas Rápidas en el M & M y ese encuentro fue seguido de una media hora tormentosa.

—Te advierto que tenemos algunos huevos más —dijo Smoke, después de que Aguas Rápidas acordase llevar su oro a la cabaña a las dos y pagar en el momento de la entrega.

—Tienes más suerte encontrando huevos que yo —admitió Aguas Rápidas—. ¿Cuántos huevos acumuláis ahora? ¿Cuánto oro me veré obligado a subir colina arriba?

Smoke consultó su libreta.

—Pues, según las cifras de Shorty, tenemos tres mil novecientos

sesenta y dos huevos. Multiplicado por diez…

—¡Cuarenta mil dólares! —berreó Aguas Rápidas—. Dijisteis que solo había alrededor de novecientos huevos. ¡Esto es un atraco! ¡No lo consentiré!

Smoke sacó el contrato del bolsillo y señaló la parte en que acordaba pagar en el momento de la entrega.

—No se hace mención al número de huevos que se debe entregar. Aceptaste pagar diez dólares por cada huevo que te entregásemos. Pues tenemos los huevos, y un contrato firmado es un contrato firmado. Sinceramente, Aguas Rápidas, no supimos lo de los otros huevos hasta después. Nos vimos obligados a comprarlos para conservar el monopolio.

Durante cinco largos minutos de silencio asfixiante, Aguas Rápidas luchó consigo mismo y luego, de mala gana, se rindió.

—No tengo salida —dijo con voz entrecortada—. Podrían empezar a brotar huevos por todas partes. Cuanto antes me libre de esto, mejor. Hasta podría haber un alud de huevos. Estaré allí a las dos. Pero ¡cuarenta mil dólares!

—Son solo treinta y nueve mil seiscientos veinte —lo corrigió Smoke.

—Pesarán unos cien kilos —despotricó Aguas Rápidas—. Tendré que usar una traílla de perros.

—Te prestaremos las nuestras para que te los lleves —ofreció Smoke.

—Pero ¿dónde voy a almacenarlos? Da igual. Allí estaré. Eso sí, no volveré a tomar un solo huevo más mientras viva. Estoy harto de ellos.

A la una y media, exigiendo un último esfuerzo a los perros para que ascendieran la cuesta, llegó Shorty con los huevos de Gautereaux.

—Casi doblamos las ganancias —le dijo Shorty a Smoke, mientras apilaban las cajas en el interior de la cabaña—. Se los rebajé a ocho dólares y ese francés medio loco me dijo que sí. Sacamos un beneficio de dos dólares por cada huevo y son tres mil. Los he pagado ya. Aquí está el recibo.

Mientras Smoke sacaba la balanza del oro y se preparaba para el negocio, Shorty se dedicó a hacer cálculos.

—Aquí están las cifras —anunció triunfal—. Ganamos doce mil

novecientos setenta dólares. Y sin hacerle daño a Aguas Rápidas. El gana a la señorita Arral. Además, se queda con los huevos. Es un buen negocio para todos. Nadie pierde.

—Incluso Gautereaux gana veinticuatro mil dólares —se rio Smoke—. Menos, claro está, lo que le hayan costado los huevos y el porteo. Y si Aguas Rápidas mantiene el monopolio, también él podría hacer negocio.

A las dos, Shorty echó una ojeada afuera y vio que Aguas Rápidas ascendía la colina. Cuando entró, se mostró enérgico, dispuesto a hacer negocios. Se quitó el enorme abrigo de piel de oso, lo colgó de un clavo y se sentó a la mesa.

—Traed esos huevos, piratas —les dijo—. Y después de hoy, si sabéis lo que os conviene, no volveréis a hablarme de huevos.

Comenzaron con el surtido variado del primer acaparamiento y los tres se ocuparon de contar. Al llegar a los doscientos, Aguas Rápidas golpeó un huevo contra el borde de la mesa y, hábilmente, lo abrió con los pulgares.

—¡Eh! ¡Alto! —objetó Shorty.

—Es mío, ¿no? —gruñó Aguas Rápidas—. Voy a pagar diez dólares por él, ¿no es así? Pero no pienso comprar cualquier cosa. Si suelto diez dólares por huevo, quiero saber lo que me llevo.

—Si no te gusta, me lo como yo —se ofreció voluntario Shorty, con malicia.

Aguas Rápidas miró, olió y negó con la cabeza.

—No, de eso nada, Shorty. El huevo está bien. Dame un cubo. Me lo comeré de cena.

Aguas Rápidas abrió otros tres huevos para probar y los echó en el cubo que tenía a su lado.

—Hay dos más de los que creías, Shorty —dijo al terminar de contar—. Novecientos sesenta y cuatro, no sesenta y dos.

—Me equivoqué —reconoció Shorty generosamente—. No los contaremos, para que veas que tenemos buenas intenciones.

—Os lo podéis permitir —comentó Aguas Rápidas con gesto triste—. Acepto el lote. Nueve mil seiscientos veinte dólares. Os los pagaré ahora. Redacta un recibo, Smoke.

—¿Por qué no contamos los demás y nos los pagas todos juntos? —sugirió Smoke.

Aguas Rápidas negó con la cabeza.

—Las cuentas no son lo mío. Prefiero ir de lote en lote y así no habrá errores.

Se acercó a su abrigo de piel y de cada bolsillo sacó una bolsa de oro, tan largas y redondeadas que parecían mortadelas de Bolonia. Tras pagar el primer lote, en los sacos de oro no quedaban más de varios cientos de dólares.

Llevaron una caja a la mesa y comenzaron a contar los tres mil huevos. Al llegar a cuatrocientos, Aguas Rápidas golpeó un huevo con fuerza contra el filo de la mesa. No se oyó el crujido. El sonido que hizo fue igual al que haría una esfera de mármol macizo.

—Está totalmente congelado —comentó mientras golpeaba con más fuerza.

Alzó el huevo y vieron que la cáscara se había desmenuzado en fragmentos diminutos a lo largo de la línea de impacto.

—¡Ja! —dijo Shorty—. Tienen que estar totalmente congelados porque han venido desde Forty Mile. Traeré un hacha para abrirlo.

—La manejo yo —dijo Aguas Rápidas.

Smoke le pasó el hacha y Aguas Rápidas, con la habilidad y el ojo del buen leñador, partió el huevo por la mitad. El aspecto del interior dejaba mucho que desear. Smoke sintió un escalofrío premonitorio. Shorty fue más valiente. Se llevó una de las mitades a la nariz.

—Huele bien —dijo.

—Pero la pinta es mala —objetó Aguas Rápidas—. ¿Cómo va a oler si el olor se congela junto con todo lo demás? Espera un momento.

Depositó ambas mitades en una sartén que luego dejó sobre la plancha caliente de la cocina. Los tres hombres, con los orificios nasales hinchados, aguardaron en silencio. Poco a poco, un olor inconfundible empezó a invadir la habitación. Aguas Rápidas se abstuvo de hablar y Shorty se quedó mudo del susto.

—Tíralo afuera —gritó Smoke, aguantando la respiración.

—¿Para qué? —preguntó Aguas Rápidas—. Tenemos que tomar muestras del resto.

—Dentro de esta cabaña, no —tosió Smoke y dominó una arcada —. Ábrelos con el hacha y lo sabremos con solo verlos. Tíralo afuera, Shorty. ¡Tíralo! ¡Uf! ¡Y deja la puerta abierta!

Abrieron caja tras caja. Huevo tras huevo, elegido al azar,

recibía un hachazo y cada uno transmitía el mismo mensaje de irremediable putrefacción.

—No te pediré que te los comas, Shorty —se burló Aguas Rápidas—. Y, si no os importa, yo me voy. El contrato especificaba que los huevos estarían en buenas condiciones. Si me prestáis un trineo y una traílla, me llevaré los buenos antes de que se contaminen.

Smoke le ayudó a cargar el trineo. Shorty se sentó a la mesa con las cartas frente a él, dispuesto a jugar al solitario.

—Oye, ¿cuánto tiempo hacía que acaparabais esos huevos? —se burló Aguas Rápidas a modo de despedida.

Smoke no contestó y, tras mirar a su absorto socio, procedió a lanzar las cajas de huevos a la nieve.

—Oye, Shorty, ¿cuánto dijiste que pagaste por esos tres mil? —preguntó Smoke con tacto.

—Ocho dólares. Vete. No me hables. Sé calcularlo tan bien como tú. Perdemos diecisiete mil con nuestra apuesta, si es que a alguien le interesa saberlo. Lo calculé mientras esperábamos a que se descongelara el primer huevo para olerlo.

Smoke se quedó pensativo unos minutos y luego volvió a hablar.

—Oye, Shorty. Cuarenta mil dólares en oro pesan cien kilos. Aguas Rápidas nos pidió prestados el trineo y la traílla para llevarse los huevos. Subió la colina sin trineo alguno. Los sacos de oro que llevaba en los bolsillos del abrigo pesaban alrededor de diez kilos cada uno. El acuerdo decía que debía pagar en el momento de la entrega. Trajo oro suficiente para pagar los huevos buenos. No pensaba pagar los otros tres mil. Sabía que estaban mal. ¿Cómo sabía que estaban mal? ¿Qué opinas tú?

Shorty recogió las cartas, empezó a barajarlas para repartir de nuevo y se detuvo.

—¡Ja! Eso no es difícil. Un niño podría resolverlo. Nosotros perdemos diecisiete mil dólares. Aguas Rápidas gana diecisiete mil. Los huevos de Gautereaux siempre fueron de Aguas Rápidas. ¿Algo más que quieras saber?

—Sí, ¿por qué demonios no se te ocurrió comprobar que los huevos estaban en buen estado antes de pagarlos?

—Tan fácil como la otra pregunta. Aguas Rápidas lo calculó todo al segundo. No tuve tiempo de examinar los huevos. Tuve que

darme mucha prisa para llegar con ellos a la hora de la entrega. Y ahora, Smoke, permite que te haga una pregunta educada, ¿cómo has dicho que se llamaba la persona que te metió en la cabeza la idea de acaparar los huevos?

Shorty había perdido dieciséis solitarios seguidos y Smoke estaba pensando en comenzar a preparar la cena cuando el coronel Bowie llamó a la puerta, le entregó una carta a Smoke y continuó hasta su propia cabaña.

—¿Has visto qué cara traía? —despotricó Shorty—. Casi estalla por el esfuerzo de no reírse. Se están tronchando todos de nosotros, Smoke. No podremos volver a salir a la calle en Dawson.

La carta la enviaba Aguas Rápidas y Smoke la leyó en voz alta.

> Queridos Smoke y Shorty: Os escribo para desearos Felices Fiestas y solicitar vuestra presencia en una cena que se celebrará esta noche en el local de Slavovitch. Estará la señorita Arral y también Gautereaux. Él y yo fuimos socios hace cinco años en Circle. Es un buen tipo y será mi padrino. En cuanto a los huevos: llegaron al país hace cuatro años. Ya llegaron podridos. Estaban podridos cuando salieron de California y siempre lo han estado. Se quedaron un invierno en Carluk, otro en Nutlik y el invierno pasado en Forty Mile, donde los almacenaron. Supongo que este invierno lo pasarán en Dawson. No los guardéis en un lugar cálido. Lucille quiere que os diga que vosotros, ella y yo hemos conseguido provocar un revuelo en Dawson. Y yo digo que vuestro dinero pagará las copas. Con todo el respeto del mundo.
>
> Vuestro amigo,
>
> A.R.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Smoke—. Aceptamos la invitación, supongo.

—Tengo que decir una cosa —respondió Shorty—. Y es que Aguas Rápidas nunca sufrirá si se arruina. Es un buen actor, un actor condenadamente bueno. Y otra cosa: he hecho mal los cálculos. Aguas Rápidas gana diecisiete mil dólares, sí, pero no solo

eso. Tú y yo le hemos conseguido hasta el último huevo en buen estado del Klondike, novecientos sesenta y cuatro, con dos que le regalamos para demostrar nuestras buenas intenciones. Y él fue tan gruñón y tan tacaño que incluso se llevó en un cubo los tres o cuatro que abrió. Una última cosa: tú y yo somos buenos buscadores de oro y mineros con cabeza, pero en cuanto a las finanzas somos los inocentones más fáciles de embaucar del mundo. Después de esto, tú y yo nos centraremos en las zonas donde haya rocas elevadas y árboles altos. Y si vuelves a hablarme de huevos, en ese momento y lugar disolveremos nuestra sociedad. ¿Entendido?

[1911]

El emplazamiento de Tra-Lí

MOKE Y SHORTY se cruzaron, procedentes de direcciones contrarias, en la esquina del

bar Elkhorn. Smoke parecía contento y caminaba con energía, mientras que Shorty avanzaba despacio y encorvado, como si estuviera deprimido.

—¿A dónde vas? —preguntó Smoke con alegría.

—Ojalá lo supiera —fue la desconsolada respuesta—. Ojalá. No hay nada que me lleve a ninguna parte. He pasado dos horas de lo más aburridas jugando al póquer: no ocurrió nada interesante, ni grandes jugadas y me he quedado como estaba al empezar. Jugué una partida al mejor de cinco juegos de *cribbage* con Skiff Mitchell para ver quién pagaba las copas y ahora tengo tanta necesidad de hacer algo que ando deambulando por las calles para ver si me encuentro con una pelea de perros, una discusión o algo así.

—Yo tengo algo mejor entre manos —respondió Smoke—. Por eso te buscaba. Ven conmigo.

—¿Ahora?

—Claro.

—¿A dónde?

—Al otro lado del río, para hacerle una visita al viejo Dwight Sanderson.

—No he oído hablar de él —dijo Shorty en tono abatido—. Y nunca oí hablar de nadie que viviese al otro lado del río. ¿Por qué vive allí? ¿Es que está loco?

—Tiene algo que vender —se rio Smoke.

—¿Perros? ¿Una mina de oro? ¿Tabaco? ¿Botas de goma?

Smoke negó con la cabeza a cada una de las preguntas.

—Ven conmigo y lo descubrirás, porque voy a comprárselo para especular y, si quieres, puedes entrar a medias.

—¡No me digas que son huevos! —gritó Shorty con el rostro transfigurado por una mueca guasona y sarcástica.

—Ven conmigo —le dijo Smoke—. Te daré diez oportunidades de adivinarlo mientras cruzamos el río.

Descendieron el elevado terraplén de la orilla en el que terminaba la calle y salieron al Yukón helado. A algo menos de un kilómetro, justo enfrente, la otra orilla estaba formada por unos despeñaderos muy elevados y empinados. Hacia ellos se dirigía una senda poco recorrida que serpenteaba entre bloques de hielo rotos y situados en vertical. Shorty caminaba por detrás de Smoke, entretenido en intentar adivinar qué era lo que Dwight Sanderson

tenía para vender.

—¿Renos? ¿Una mina de cobre? ¿Una fábrica de ladrillos? Esa es una opción. ¿Pieles de oso o cualquier otra clase de pieles? ¿Billetes de lotería? ¿Un rancho de patatas?

—Te vas acercando —lo animó Smoke—. Pero es mejor que todo eso.

—¿Dos ranchos de patatas? ¿Una fábrica de quesos? ¿Un criadero de musgo?

—No está mal, Shorty. Pero no se encuentra a mil quinientos kilómetros de distancia.

—¿Una cantera?

—Eso queda tan cerca como el criadero de musgo y el rancho de patatas.

—Espera, déjame pensar. Algo me imagino. —Trascurrieron diez minutos de silencio—. Oye, Smoke, no voy a usar la última oportunidad. Si eso que vas a comprar tiene algo que ver con un rancho de patatas, un criadero de musgo y una cantera, yo me rindo. Y no pienso formar parte del negocio hasta que lo vea bien clarito delante de mí. ¿Qué es?

—Dentro de nada verás las cartas sobre la mesa. Ahora ten la amabilidad de mirar hacia allí arriba. ¿Ves el humo que sale de esa cabaña? Ahí es donde vive Dwight Sanderson. Tiene el emplazamiento de una ciudad.

—¿Y qué más tiene?

—Nada más —se rio Smoke—. Excepto reumatismo. Creo que anda fastidiado.

—¡Oye! —Shorty extendió la mano, agarró con fuerza el hombro de su amigo y lo obligó a detenerse—. ¿No me estarás diciendo que vas a comprar el emplazamiento de una ciudad en este sitio olvidado de Dios?

—Has usado tu última oportunidad y has ganado. Vamos.

—Pero, espera un momento —rogó Shorty—. Míralo: solo hay despeñaderos, desprendimientos de tierra y ni un solo llano. ¿Dónde quieres poner la ciudad?

—Ni idea.

—Entonces, ¿no lo compras para levantar una ciudad?

—Pero Dwight Sanderson lo vende para levantar una ciudad —respondió Smoke, desconcertándolo aún más—. Vamos. Hay que

subir por este desprendimiento.

La cuesta era empinada y una senda estrecha zigzagueaba para ascender como en una formidable escalera de Jacob. Shorty se quejó y gruñó debido a lo afilado de las rocas y a la terrible pendiente de algunos tramos.

—Piensa en lo que sería levantar aquí una ciudad. No hay un llano lo bastante grande como para pegar un sello de correos. Y no es el lado bueno del río. Las cargas y los porteos van por la otra orilla. Mira Dawson: hay sitio de sobra para cuarenta mil personas más. Oye, Smoke, tú eres un comedor de carne, eso ya lo sé. También sé que no lo compras para levantar una ciudad. Entonces, ¿para qué demonios vas a comprarlo?

—Para venderlo, por supuesto.

—Pero la gente no está tan loca como el viejo Sanderson y tú.

—Puede que no del mismo modo, Shorty. Compraré ese emplazamiento, lo dividiré en parcelas y se las venderé a mucha gente cuerda que vive en Dawson.

—¡Ja! Todo Dawson se sigue riendo de ti y de mí por lo de los huevos. Quieres que se rían aún más, ¿no?

—Por supuesto.

—Pero será condenadamente caro, Smoke. Te ayudé a hacerlos reír con los huevos y mi parte de las risas me costó casi nueve mil dólares.

—Está bien. No tienes que entrar en esto. Los beneficios serán todos para mí, pero tienes que ayudarme de todos modos.

—Te ayudaré y que se rían de mí tanto como quieran, pero esta vez no pongo ni una sola onza de oro. ¿Cuánto pide el viejo Sanderson? ¿Un par de cientos de dólares?

—Diez mil. Creo que podré sacarlo en cinco mil.

—Ojalá fuese clérigo —dijo Shorty con fervor.

—¿Para qué?

—Para predicar el más elocuente e impresionante sermón sobre un asunto que tú debes conocer bien: «El idiota y su dinero».

—Adelante —oyeron gritar con voz enfadada a Dwight Sanderson cuando llamaron a la puerta.

Se lo encontraron en cuclillas junto a una chimenea de piedra, machacando granos de café envueltos en un saco de harina.

—¿Qué queréis? —preguntó de malos modos al tiempo que

vaciaba el café molido en la cafetera situada sobre los carbones junto al frente de la chimenea.

—Hablar de negocios —respondió Smoke—. Creo que tiene usted la concesión para establecer aquí una ciudad. ¿Cuánto pide por ella?

—Diez mil dólares —fue la respuesta—. Y ahora que te lo he dicho, puedes reírte y largarte. Ahí está la puerta. Adiós.

—Pero no quiero reírme. Se me ocurren muchas cosas más divertidas que subir ese despeñadero. Quiero comprar su emplazamiento.

—No me digas. Pues me alegro mucho. —Sanderson se acercó y se sentó de cara a sus visitantes, con las manos sobre la mesa, sin dejar de espiar la cafetera—. Ya te he dado mi precio y no me importa repetírtelo: diez mil. Puedes reírte o comprar, a mí me da igual.

Para mostrar su indiferencia, tamborileó con los nudosos nudillos sobre la mesa y se concentró en la cafetera. Un minuto después empezó a tararear un monótono «tra-la-ló, tra-la-lí, tra-la-ló, tra-la-lí».

—Escuche, señor Sanderson —dijo Smoke—, este emplazamiento no vale diez mil dólares. Si valiese eso, también podría valer cien mil. Si no vale cien mil, y usted sabe que no los vale, es que no vale ni diez centavos.

Sanderson continuó golpeteando y tarareando «tra-la-ló, tra-la-lí» hasta que el café hirvió. Lo atemperó con una taza de agua fría, lo apartó a un lado del hogar y volvió a su silla.

—¿Cuánto me ofreces? —le preguntó a Smoke.

—Cinco mil.

Shorty gruñó.

Se produjo otro intervalo de golpeteos y de tra-la-lós y tra-la-lís.

—No eres tonto —le dijo Sanderson a Smoke—. Dijiste que si no valía cien mil no valía ni diez centavos. Sin embargo, me ofreces cinco mil. Entonces es que vale cien mil.

—No podrá sacarle ni veinte centavos —contestó Smoke, indignado—. Ni aunque se quede aquí hasta que se pudra.

—Te los sacaré a ti.

—No, de eso nada.

—Pues me quedaré aquí hasta que me pudra —respondió

Sanderson de forma terminante.

No prestó más atención a sus invitados y se dedicó a sus tareas culinarias como si estuviese solo. Tras calentar una cacerola de alubias y un pedazo de pan hecho con masa madre, puso la mesa para uno y empezó a comer.

—No, gracias —murmuró Shorty—. No tenemos hambre. Comimos antes de venir.

—A ver los papeles —dijo Smoke por fin.

Sanderson tanteó bajo la cabecera de su catre y sacó un paquete de documentos.

—Está todo aquí —dijo—. Este tan largo y que tiene tantos sellos ha venido desde Ottawa. No hay nada territorial. El Gobierno nacional de Canadá garantiza que estoy en posesión de este emplazamiento.

—¿Cuántas parcelas ha vendido en los dos años que hace que lo tiene? —preguntó Shorty.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Sanderson de malos modos —. Ninguna ley prohíbe que un hombre viva solo en su propio emplazamiento, si eso es lo que quiere.

—Le doy cinco mil —dijo Smoke.

Sanderson negó con la cabeza.

—No sé quién está más loco —se lamentó Shorty—. Sal conmigo un minuto, Smoke. Tenemos que hablar.

Le mala gana, Smoke cedió a la insistencia de su socio.

—¿No se te ha ocurrido pensar que hay kilómetros y kilómetros de despeñaderos a ambos lados de este estúpido emplazamiento con los que puedes quedarte si los ubicas y los delimitas? —preguntó Shorty, en cuanto salieron.

—No me sirven —contestó Smoke.

—¿Por qué?

—Te pica la curiosidad por saber por qué, con tantos kilómetros a mi disposición, voy a comprar este lugar en concreto, ¿no es así?

—Y tanto —aseguró Shorty.

—Pues de eso se trata —continuó Smoke en tono triunfante—. Si a ti te pica la curiosidad, también les picará a otros. Y cuando eso ocurra, vendrán corriendo. Que estés intrigado me indica que tengo razón. Shorty, escúchame: le voy a dar a Dawson un viaje que dejará en nada la historia de los huevos. Vamos adentro.

—Hola —dijo Sanderson cuando volvieron a entrar—. Creí que no volveríais.

—Bueno, ¿cuál es su cifra final? —preguntó Smoke.

—Veinte mil.

—Le doy diez mil.

—De acuerdo, así sí que vendo. Es lo que pedía desde el principio. Pero ¿cuándo me pagarás el oro?

—Mañana, en el Northwest Bank. Aunque a cambio de esos diez mil quiero un par de cosas más. En primer lugar, cuando reciba el dinero, seguirá el río hasta Forty Mile y allí se quedará el resto del invierno.

—Hecho. ¿Qué más?

—Le pagaré veinticinco mil dólares y usted me devolverá quince mil.

—De acuerdo. —Sanderson se volvió hacia Shorty—. La gente me llamó loco cuando delimité el emplazamiento —se rio—. Pues soy un loco con diez mil dólares, ¿no?

—El Klondike está lleno de locos —fue lo único que Shorty se atrevió a contestar—, y cuando hay tantos, alguno acaba por tener suerte, ¿no cree?

A la mañana siguiente se realizó el traspaso legal del emplazamiento de Dwight Sanderson, «de ahora en adelante conocido como emplazamiento de Tra-Lí», según Smoke añadió a la escritura de propiedad. Además, el cajero del Northwest Bank pesó veinticinco mil dólares del oro de Smoke mientras media docena de curiosos tomaba nota del peso, la cantidad y el destinatario.

En un campamento minero todo el mundo sospecha de algo. Cualquier acto o reacción inusual puede indicar el descubrimiento de una mina de oro secreta, aunque ese acto inusual no sea más que un viaje en busca de alces o un paseo por la noche para ver la aurora boreal. Cuando se supo que una figura tan prominente como Smoke Bellew había pagado veinticinco mil dólares al viejo Dwight Sanderson, Dawson quiso saber a cambio de qué lo había hecho. ¿Qué podía poseer Dwight Sanderson, casi muerto de hambre en su emplazamiento abandonado, que valiese veinticinco mil dólares? A falta de una respuesta, Dawson se sintió con derecho a no perder de vista a Smoke ni un solo instante.

A media tarde todo el mundo sabía que varias veintenas de

hombres habían preparado las mochilas ligeras de las estampidas y que las habían depositado en los distintos bares de la calle principal. Adonde quiera que Smoke iba, muchos ojos lo seguían. Una muestra de lo muy en serio que se lo tomaban era que ninguno de sus conocidos había tenido el valor de preguntarle directamente por su trato con Dwight Sanderson. Por otro lado, nadie le volvió a mencionar lo de los huevos. A Shorty lo vigilaban y lo trataban con la misma delicadeza y amabilidad.

—La forma en que me miran sin atreverse a hablarme me hace sentir como si hubiese matado a alguien o tuviese viruela —confesó Shorty cuando se encontró con Smoke frente al Elkhorn—. Fíjate, allí está Bill Saltman, se muere por mirarnos pero se obliga a mantener la vista fija en el suelo. Parece que no sabe ni que existimos, pero te apuesto unos whiskies, Smoke, a que si tú y yo doblamos la esquina corriendo, como si fuésemos a alguna parte y luego volvemos andando desde la otra esquina, nos lo encontraremos de frente, intentando no perdernos la pista.

Hicieron la prueba y, al doblar la segunda esquina para regresar, se toparon con Bill Saltman, que avanzaba a grandes zancadas.

—Hola, Bill —saludó Smoke—. ¿A dónde vas?

—Hola. De paseo —respondió Saltman—. He salido a pasear. Hace buen tiempo.

—¡Ja! —se rio Shorty—. Si eso es pasear para ti, quisiera verte caminar con rapidez.

Esa noche, cuando Shorty dio de comer a los perros, fue claramente consciente de que, desde la oscuridad que lo rodeaba, una docena de pares de ojos lo observaba fijamente. Y cuando ató a los perros, en lugar de dejarlos libres toda la noche, supo que había apretado un poco más la tuerca del nerviosismo que dominaba Dawson.

Según lo programado, Smoke cenó en el centro y luego se dedicó a divertirse. Dondequiera que aparecía se convertía en el centro de atención, por lo que se dedicó a realizar distintas rondas según le apeteció. Los bares se llenaban al entrar él y se vaciaban en cuanto se iba. Si compraba una pila de fichas en una solitaria mesa de ruleta, a los cinco minutos lo rodeaba una docena de jugadores. Se vengó ligeramente de Lucille Arral al levantarse y abandonar con aire despreocupado el salón de baile justo en el momento en que

ella salía a cantar su canción más conocida. A los tres minutos, dos tercios de su público se había esfumado tras él.

A la una de la mañana recoma una calle principal inusualmente abarrotada y doblaba la curva que lo llevaría colina arriba, a su cabaña. Cada vez que se detenía en medio del ascenso, oía tras él el crujido de los mocasines sobre la nieve.

La cabaña permaneció a oscuras durante una hora, luego Smoke encendió una vela y, tras un tiempo suficiente para que alguien pudiese vestirse, Shorty y él abrieron la puerta y empezaron a enganchar los perros. En cuanto la luz de la cabaña los iluminó y permitió ver lo que hacían, no muy lejos de allí se oyó un silbido amortiguado que se repitió colina abajo.

—Escucha —se rio Smoke—. Nos vigilan por tumos y se están avisando. Te apuesto a que ahora mismo hay cuarenta hombres saltando del catre y poniéndose los pantalones.

—Hay que ser idiota —se burló Shorty a su vez—. Oye, Smoke, estos no saben lo que es trabajar duro. Parece que ya no hay tantos tipos dispuestos a dejarse a piel. En cambio, el mundo está lleno de idiotas deseando separarse de su oro. Y antes de que empecemos a bajar la colina, quiero anunciarte que, si aún me aceptas, deseo participar a medias en este negocio.

El trineo llevaba una carga ligera de comida y equipo para dormir. Un pequeño rollo de cable de acero asomaba discretamente bajo un saco de comida y una palanca se ocultaba en el fondo del trineo, junto a las ataduras.

Shorty acarició el cable con el roce rápido de la manopla y dio un último toque afectuoso a la palanca.

—¡Ja! —susurró—. A mí me daría mucho que pensar ver estos dos objetos en un trineo en plena noche.

Guiaron a los perros colina abajo en silencio y cuando, al llegar al llano, torcieron al norte por la calle principal hacia el aserradero, alejándose de la zona comercial de la ciudad, tuvieron mucho más cuidado. No habían visto a nadie, pero cuando iniciaron ese cambio de dirección, de la oscuridad ligeramente iluminada por las estrellas surgió un silbido. Tras dejar atrás el aserradero y el hospital recorrieron a buen paso casi medio kilómetro. Luego dieron media vuelta y empezaron a retroceder por donde habían ido. Al cabo de cien metros estuvieron a punto de colisionar con cinco hombres que

corrían a buen ritmo. Todos iban encorvados bajo el peso de las mochilas de estampida. Uno de ellos detuvo al perro guía de Smoke y el resto se apiñó alrededor.

—¿Has visto un trineo que iba en la otra dirección? —le preguntaron.

—No —respondió Smoke—. ¿Eres tú, Bill?

—¡Maldita sea! —exclamó Bill Saltman realmente sorprendido —. ¡Pero si es Smoke!

—¿Qué haces por aquí a estas horas de la noche? —preguntó Smoke—. ¿Has salido de paseo?

Antes de que Bill Saltman pudiese contestar, dos hombres llegaron corriendo y se unieron al grupo. Varios más los siguieron mientras el crujido de las pisadas sobre la nieve anunciaba la llegada inminente de muchos otros.

—¿Quiénes son tus amigos? —inquirió Smoke—. ¿A dónde vais de estampida?

Saltman, en pleno proceso de encender una pipa que no iba a disfrutar con los pulmones agotados por la carrera, no contestó. La artimaña de encender la cerilla tenía como fin, obviamente, observar el trineo sin levantar sospechas y Smoke se fijó en que todos advertían la presencia del rollo de cable y la palanca. Luego, la cerilla se apagó.

—Hemos oído un rumor. No es más que eso, un simple rumor —murmuró Saltman con gran secretismo.

—Podrías compartirlo con Shorty y conmigo —comentó Smoke.

A uno de los del fondo se le escapó una risa sarcástica.

—¿A dónde vais vosotros? —preguntó Saltman.

—¿Y quiénes sois vosotros para preguntarlo? ¿El comité que vela por nuestra seguridad? —contraatacó Smoke.

—Nos interesa. Nos interesa —dijo Saltman.

—Puedes apostar la vida a que nos interesa —dijo otra voz desde la oscuridad.

—Bueno —intervino Shorty—, pues yo me pregunto quién, de todos los presentes está haciendo más el ridículo.

Todos se rieron, nerviosos.

—Venga, Shorty, nos vamos —dijo Smoke al tiempo que daba la orden a los perros.

La multitud se apiñó tras ellos y empezó a seguirlos.

—Oíd, ¿no os estáis equivocando? —se burló Shorty—. Cuando os encontramos os marchabais y ahora volvéis sin haber ido a ninguna parte. ¿Habéis perdido la cabeza?

Y el trineo, con Smoke en vanguardia y Shorty a la vara, recorrió la calle principal escoltado por sesenta hombres, cada uno de los cuales llevaba a la espalda una mochila de estampida. Eran las tres de la madrugada y solo los verdaderos noctámbulos vieron la procesión y, al día siguiente, pudieron contar lo ocurrido al resto de Dawson.

Media hora después habían subido la colina y desatado a los perros frente a la puerta de la cabaña, con los sesenta corredores de estampidas pendientes de todos sus actos.

—Hasta mañana, amigos —dijo Smoke mientras cerraba la puerta.

A los cinco minutos apagaron la vela, pero antes de que transcurriese media hora más, Smoke y Shorty salieron sin hacer ruido y, a oscuras, empezaron a enganchar a los perros.

—¡Hola, Smoke! —dijo Saltman, acercándose lo bastante como para que percibieran su silueta.

—Ya veo que no nos libramos de ti, Bill —contestó Smoke en tono alegre—. ¿Y tus amigos?

—Se han ido a tomar algo. Me han dejado vigilando y eso es lo que voy a hacer. ¿Qué andáis tramando, Smoke? No podréis libraros de nosotros, así que será mejor que lo compartáis. Todos somos amigos. Eso ya lo sabéis.

—Hay veces en las que puedes compartir con tus amigos y otras en las que no —lo esquivó Smoke—. Y, Bill, esta es una de esas veces en las que no. Será mejor que te vayas a dormir. Buenas noches.

—De buenas noches nada, Smoke. No nos conoces. Somos como garrapatas.

Smoke suspiró.

—Bueno, Bill, si tanto quieres salirte con la tuya, supongo que así ha de ser. Vamos, Shorty, es mejor que no sigamos perdiendo el tiempo.

Saltman soltó un silbido chirriante cuando el trineo se puso en marcha y echó a andar detrás. Desde la colina y el llano llegaron los silbidos de los demás vigilantes. Shorty se ocupaba de la vara del

trineo mientras Smoke y Saltman caminaban uno junto a otro.

—Mira, Bill —dijo Smoke—, te voy a hacer una propuesta. ¿Quieres entrar tú solo en esto?

Saltman no dudó.

—¿Y dejar tirados a los demás? No, señor, en esto entramos todos.

—Pues ve delante —exclamó Smoke, al tiempo que se tambaleaba sobre él y, con el peso de su cuerpo, lo obligaba a hundirse en la nieve blanda del lateral del camino.

Shorty jaleó a los perros y se llevó el trineo hacia el sur, por la senda que pasaba entre las cabañas desperdigadas sobre las ondulantes colinas que se alzaban por detrás de Dawson. Smoke y Saltman rodaron sobre la nieve. Smoke se tenía por un tipo fuerte y en buena forma, pero Saltman pesaba veinticinco kilos más que él de puro músculo ejercitado en el camino y consiguió dominarlo. Una y otra vez tumbó a Smoke boca arriba, situación que este aprovechaba para descansar. Sin embargo, cada vez que Saltman intentaba apartarse de él y alejarse de allí, Smoke extendía una mano que buscaba detenerlo y provocaba una nueva llave de lucha.

—Puedes irte a casa —concedió Saltman, jadeando al cabo de diez minutos, sentado encima del pecho de Smoke—. Pero te he dado una paliza.

—Y yo he logrado retenerte —contestó Smoke, también jadeando—. Por eso estoy aquí, para retenerte. ¿A dónde crees que habrá ido Shorty durante todo este tiempo?

Saltman realizó un esfuerzo bestial por soltarse y estuvo a punto de conseguirlo. Smoke lo agarró por el tobillo y lo hizo caer de cabeza. Desde el pie de la colina llegaban unos silbidos interrogantes. Saltman se sentó y silbó una respuesta chirriante, hasta que Smoke forcejeó con él, lo derribó boca arriba y se sentó sobre su pecho, con las rodillas sobre los bíceps de Saltman y las manos encima de sus hombros, presionando hacia abajo. Así los encontraron los demás corredores de estampidas. Smoke se rio y se puso en pie.

—Buenas noches, amigos —les dijo y echó a andar colina abajo con sesenta corredores de estampidas desesperados y dispuestos a no ceder pisándole los talones.

Giró al norte tras dejar atrás el aserradero y el hospital y tomó la

senda del río que pasa junto a los empinados despeñaderos en la base del monte Moosehide. Rodeó la aldea india y siguió hacia la desembocadura del arroyo Moose. Luego se giró y se enfrentó a sus perseguidores.

—Habéis conseguido que me canse —dijo con una buena imitación de un gruñido.

—Esperamos no intimidarte —murmuró Saltman con educación.

—Oh, no. No os preocupéis —gruñó Smoke, con una imitación mejor que la anterior, mientras pasaba entre ellos de vuelta a Dawson.

Dos veces intentó cruzar las barreras de hielo del río, en las que no había senda abiertas, aún seguido por todos, y en ambas ocasiones se rindió y regresó a la orilla de Dawson. Recorrió fatigosamente la calle principal entera, cruzó el hielo del río Klondike hasta Klondike City y regresó a Dawson. A las ocho, cuando el gris del alba empezó a asomar, condujo a su agotado grupo hasta el restaurante de Slavovitch, donde fue difícil conseguir mesa para desayunar.

—Buenas noches, amigos —les dijo mientras pagaba la cuenta.

Y volvió a desear buenas noches al empezar a ascender la colina. A pleno día ya no necesitaban seguirlo y se contentaron con verlo subir hasta entrar en su cabaña.

Smoke deambuló por la ciudad durante dos días, siempre vigilado y espiado. Shorty había desaparecido junto con los perros y el trineo. Nadie lo había visto: ni los que viajaban Yukón arriba o abajo, ni los que venían del Bonanza, Eldorado o el Klondike. Allí solo quedaba Smoke, quien, antes o después, intentaría ponerse en contacto con su socio desaparecido; así que todos centraron su atención en Smoke. La segunda noche no salió de la cabaña, apagó la lámpara a las nueve de la noche y puso el despertador a las dos de la madrugada. La guardia apostada en el exterior oyó el despertador y cuando, media hora más tarde, salió de la cabaña, se encontró con que no lo esperaba un grupo de sesenta hombres, sino de trescientos, como mínimo. Una llameante aurora boreal iluminó la escena y así de acompañado bajó hasta el centro y entró en el Elkhom. El bar se llenó de inmediato con una multitud nerviosa y molesta que bebía whisky y que, durante cuatro horas interminables, observó a Smoke jugar al *cribbage* con su viejo

amigo Breck. Pasadas las seis de la mañana, con una expresión en el rostro de odio y abatimiento, sin ver a nadie, sin reconocer a nadie, Smoke abandonó el Elkhom y echó a andar por la calle principal. Tras él, los trescientos, en desordenada formación, canturreaban: «¡Izquierda! ¡Derecha! ¡Un, dos, tres!»

—Buenas noches, amigos —dijo con amargura, en el borde de la orilla del Yukón, en el punto en el que el camino de invierno descendía—. Me voy a desayunar y luego a la cama.

Los trescientos gritaron que iban con él y lo siguieron sobre el río helado, por el camino recto que llevaba a Tra-Lí. A las siete de la mañana guio a su cohorte de corredores por la senda en zigzag que ascendía la ladera y que llevaba a la cabaña de Dwighl. Sanderson. A través del papel encerado de la ventana se veía la luz de una vela y de la chimenea salía humo. Shorty abrió la puerta.

—Pasa, Smoke —lo saludó—. El desayuno está listo. ¿Quiénes son tus amigos?

Smoke se giró, ya en el umbral.

—Buenas noches, amigos. Espero que hayáis disfrutado del paseo.

—Aguarda un momento, Smoke —saltó Bill Saltman, con voz decepcionada—. Quiero hablar contigo.

—Lárgate —respondió Smoke, enfadado.

—¿Por qué le pagaste veinticinco mil dólares al viejo Sanderson? Respóndeme.

—Bill, eres un pesado —contestó Smoke—. He venido hasta aquí buscando la paz del campo, por así decirlo, pero tus amigos y tú me seguís y pretendéis interrogarme cuando lo que yo quiero es paz, tranquilidad y desayunar. ¿De qué sirve tener una casa en el campo, si no es para disfrutar de la paz y la tranquilidad?

—No me has contestado —insistió Bill Saltman con una lógica inflexible.

—Y no voy a hacerlo, Bill. Eso es algo privado que solo nos atañe a Dwight Sanderson y a mí. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Qué me dices del rollo de cable y la palanca que llevabas la otra noche en el trineo?

—Eso no es asunto tuyo, Bill. Aunque si Shorty te lo quiere contar, que lo haga.

—¡Claro! —exclamó Shorty, echándole un cable de inmediato a

su socio. Abrió la boca, se detuvo y se volvió hacia su amigo—. Smoke, en confianza y entre tú y yo, no creo que sea asunto de ninguno de estos. Pasa. El café va a hervir demasiado.

La puerta se cerró y los trescientos se repartieron en grupos desesperados y enfadados.

—Oye, Saltman —dijo uno—, ¿no dijiste que nos llevarías hasta el lugar?

—Eso, jamás —respondió Saltman de mal humor—. Dije que Smoke nos llevaría.

—¿Y es aquí?

—Sabes tanto como yo al respecto y todos sabemos que Smoke oculta algo en alguna parte. Si no, ¿por qué iba a pagarle veinticinco mil dólares a Sanderson? Desde luego, no por este miserable emplazamiento, de eso estoy seguro.

Un coro de gritos ratificó la opinión de Saltman.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó alguien con voz triste.

—Yo, por lo menos, voy a desayunar —dijo Charley Aguas Rápidas sin perder la alegría—. Esta vez nos has llevado a un callejón sin salida, Bill.

—Te digo que no fui yo —objetó Saltman—. Ha sido Smoke. Además, ¿cómo explicas lo de los veinticinco mil?

A las ocho y media, cuando la luz del día ya tenía fuerza, Shorty abrió la puerta con cuidado y echó una ojeada.

—¡Rayos! —exclamó—. Han regresado todos a Dawson. Yo creí que acamparían aquí.

—No te preocupes, volverán a escondidas —aseguró Smoke—. Si no me equivoco, no tardarás mucho en ver aquí a la mitad de Dawson. Ahora ven y échame una mano. Aún queda trabajo por hacer.

—Ah, por el amor de Dios, espero que funcione —se quejó Shorty cuando, al cabo de una hora, observó el resultado de tanto esfuerzo: un torno, situado en un rincón de la cabaña, con una cuerda interminable que rodeaba dos troncos rodantes.

Smoke lo hizo funcionar con un mínimo esfuerzo y la cuerda resbaló y crujió.

—Shorty, ahora sal y dime qué tal suena.

Shorty escuchó tras la puerta cerrada y oyó los ruidos propios de

un torno que iza una carga y, sin darse cuenta, acabó intentando calcular la profundidad del pozo del que se izaba la carga. Luego se produjo una pausa e imaginó el cubo balanceándose pegado al torno. Después oyó el rápido descenso y el ruido apagado del cubo al descansar de repente sobre el borde del pozo. Abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Perfecto —gritó—. Casi me lo trago hasta yo. ¿Y ahora qué toca?

Tocaba arrastrar hasta la cabaña una docena de trineos cargados de piedras. Durante todo aquel día agotador, fueron llevando a cabo muchas otras tareas.

—Esta noche lleva los perros a Dawson —dijo Smoke al terminar la cena—. Déjaselos a Breck, él se ocupará de ellos. Observarán todo lo que hagas, así que dile a Breck que vaya a la Compañía AC y compre toda la pólvora disponible: solo les quedan ciento y pocos kilos. Dile también a Breck que le encargue al herrero media docena de brocas para piedra dura. Breck sabe de cuarzo y podrá explicarle al herrero más o menos lo que necesita. Dale a Breck las descripciones de estas ubicaciones para que pueda registrarlas mañana en la oficina del Comisario del Oro. Y, por último, a las diez, tienes que estar en la calle principal, escuchando. Ten en cuenta que no quiero que sean excesivas. Dawson podría oírlas y no hacerles caso. Provocaré tres, de distinta cantidad, y ya verás tú cuál se parece más a la auténtica.

Esa noche, a las diez, Shorty, paseando por la calle principal, consciente de que todos lo miraban y muy atento, oyó una explosión lejana y tenue. Treinta segundos después oyó otra, lo bastante alta como para llamar la atención de otros viandantes. Luego llegó la tercera, tan violenta que hizo tintinear las ventanas y sacó a la gente a la calle.

—Los has hecho temblar como en su vida —proclamó Shorty una hora después, cuando llegó a la cabaña de Tra-Lí y estrechó la mano de Smoke—. Tenías que haberlos visto. ¿Alguna vez le has dado una patada a un hormiguero? Pues Dawson está así. La calle principal estaba infestada y abarrotada cuando salí con la carga. Mañana Tra-Lí entera estará cubierta de gente y, si no hay varios cruzando ya esta misma noche, es que no sé nada de minería.

Smoke sonrió, se acercó al torno falso y lo hizo girar un par de

veces para que chirriase. Shorty sacó el musgo que tapaba las grietas entre los troncos para hacer una mirilla en cada lado de la cabaña. Luego apagó la vela.

—Ahora —susurró al cabo de media hora.

Smoke hizo girar el torno despacio, se detuvo al cabo de unos minutos, levantó un cubo galvanizado lleno de tierra y lo hizo rozar con el montón de piedras que habían acarreado, produciendo chirridos y crujidos de varias clases. Luego encendió un cigarrillo, tapando la llama de la cerilla con la mano.

—Hay tres —susurró Shorty—. Deberías verlos. Cuando hiciste el ruido de dejar caer el cubo temblaron de emoción. Ahora hay uno en la ventana, intentando ver algo.

Smoke le dio una calada al pitillo y, a la luz de la brasa, miró el reloj.

—Esto hay que hacerlo de forma regular —musitó—. Subiremos un cubo cada quince minutos. Y mientras…

Protegido por una capa triple de saco, golpeó la superficie de una roca con un cortafrío.

—Magnífico, magnífico —gimió de placer Shorty. Se alejó de la mirilla sin hacer ruido y añadió—: Han juntado las cabezas y casi puedo verlos hablar.

Desde ese momento hasta las cuatro de la mañana, a intervalos de quince minutos, el falso torno, que crujía y giraba sin realmente izar nada, siguió izando un cubo falso. Luego sus visitantes partieron y Smoke y Shorty se fueron a dormir.

A la luz del día, Shorty examinó las huellas de los mocasines.

—Bill Saltman era uno de ellos —afirmó—. ¡Mira el tamaño de esta huella!

Smoke miró en dirección al río.

—Prepárate para recibir visitas. Ya hay dos cruzando el hielo.

—¡Ja! Espera a que Breck registre las concesiones a las nueve. Cruzarán dos mil.

—Y todos y cada uno de ellos vendrán lloriqueando en busca de la veta madre —se rió Smoke—. Por fin ha aparecido la fuente de todos los placeres y aluviones del Klondike.

Shorty, subido a una roca más elevada, observaba con ojo de entendido la franja que habían estacado.

—Parece un filón de verdad —dijo—. Un experto casi podría

seguir el rastro de sus líneas bajo la nieve. Puede engañar a cualquiera. El desprendimiento de tierra cubre el frontal y esos afloramientos parecen auténticos, aunque no lo son.

Cuando los dos hombres que cruzaban el río ascendieron la senda en zigzag del desprendimiento, se encontraron con una cabaña cerrada. Bill Saltman, que iba delante, se acercó a la puerta sin hacer ruido, escuchó e hizo señas a Charley Aguas Rápidas para que se acercase. En el interior se oían los chirridos y crujidos de un torno que soporta una pesada carga. Aguardaron a que se detuviera y luego oyeron cómo bajaba y el impacto del cubo en la piedra. Durante la hora siguiente aquello se repitió cuatro veces. Después, Aguas Rápidas llamó a la puerta. Dentro se oyeron ruidos furtivos, silencio, más ruidos furtivos y, al cabo de cinco minutos, Smoke, jadeando, abrió la puerta unos centímetros y miró hacia afuera. En su rostro y camisa había polvillo y fragmentos de piedra. Mostró una suspicacia de lo más natural.

—Esperad un momento —añadió—. Enseguida salgo.

Se puso las manoplas, se coló por un resquicio de la puerta y se enfrentó a sus visitas afuera, en la nieve. Los otros enseguida vieron que la camisa, en la zona de los hombros, estaba descolorida y llena de polvo y que en las rodillas del peto había rastros de suciedad cepillada con prisa pero no retirada del todo.

—Es temprano para andar de visita —comentó—. ¿Qué os trae al otro lado del río? ¿Vais de caza?

—Lo sabemos, Smoke —dijo Aguas Rápidas confidencialmente —. Será mejor que lo reconozcas. Has dado con algo.

—Si buscáis huevos… —empezó a decir Smoke.

—Ah, olvídate de eso. Hablamos en serio.

—Entonces, lo que queréis es comprar parcelas, ¿no? —parloteó Smoke, casi sin respirar—. Pues hay unas parcelas muy buenas para construir. Pero, veréis, aún no podemos vender. No hemos levantado el plano de la ciudad. Ven la semana que viene, Aguas Rápidas, y te mostraré lo mejor en paz y tranquilidad, si lo que quieres es vivir aquí. La semana que viene ya estará levantado el plano. Adiós. Siento no poder invitaros a entrar, pero Shorty… bueno, ya lo conocéis. Tiene sus rarezas. Dice que ha venido aquí en busca de paz y tranquilidad y ahora está durmiendo. No lo despertaría por nada del mundo.

Mientras hablaba, Smoke les estrechó la mano en amable despedida. Sin dejar de hablar ni de estrecharles la mano, entró en la cabaña y cerró la puerta.

Los otros dos se miraron y asintieron a la vez.

—¿Te has fijado en las rodillas del pantalón? —susurró Saltman.

—Claro. Y en los hombros. Se ha arrastrado en el interior de un pozo. —Mientras hablaba, los ojos de Aguas Rápidas vagaron sobre el barranco cubierto de nieve hasta que se detuvieron debido a algo que lo hizo silbar—. Mira bien allí arriba, Bill. ¿Ves dónde señalo? ¡Si eso no es un pozo de prospección…! Y síguelo hacia los dos extremos, se aprecia dónde han pisoteado la nieve. Si lo que hay en ambos extremos no es el lecho rocoso que delimita un depósito aluvial es que yo no sé lo que es un lecho rocoso. Es un verdadero filón.

—¡Y vaya tamaño que tiene! —exclamó Saltman—. Estos han dado con algo bueno, muy bueno.

—Y mira ese desprendimiento, síguelo hacia abajo, ¿ves cómo sobresalen y se inclinan los despeñaderos? Todo el desprendimiento es también la desembocadura de la veta.

—Pues sigue mirando, sobre el hielo, hacia el camino —indicó Saltman—. Parece que ahí viene la mayor parte de Dawson, ¿no crees?

Aguas Rápidas echó una ojeada y vio el camino convertido en una senda negra por la cantidad de hombres que lo ocupaban desde la orilla de Dawson, de donde no paraban de salir más y más puntos negros.

—Pues yo quiero echarle un vistazo a ese pozo de prospección antes de que lleguen todos esos —dijo al tiempo que se giraba y se dirigía con rapidez hacia el barranco.

Pero se abrió la puerta de la cabaña y salieron sus dos ocupantes.

—¡Eh! —lo llamó Smoke—. ¿A dónde vas?

—A escoger la parcela —contestó Aguas Rápidas—. Mira hacia el río. Todo Dawson viene en estampida para comprar parcelas y nosotros vamos a elegir antes que ellos. Estoy en lo cierto, ¿no, Bill?

—Claro —corroboró Saltman—. Esta puede ser una zona residencial de primera y acabará siendo muy popular.

—Pues en esa sección a la que te diriges no vendemos parcelas

—respondió Smoke—. Las parcelas están allí, hacia la derecha y por detrás de los despeñaderos. Esta parte, la que viene desde el río y llega a lo más alto, está reservada. Así que vuelve aquí.

—Precisamente esa es la parcela que hemos escogido —insistió Saltman.

—Te repito que no hay nada que hacer —dijo Smoke con aspereza.

—Entonces, ¿te molesta si nos damos un paseo hasta allí? —perseveró Saltman.

—Mucho. Tus paseos empiezan a resultar monótonos. Salid de ahí ahora mismo.

—Creo que vamos a dar ese paseo de todos modos —contestó Saltman, empecinado—. Vamos, Aguas Rápidas.

—Os advierto que entráis sin autorización en una propiedad privada —advirtió Smoke.

—No, solo nos damos un paseo —contestó Saltman alegremente al tiempo que le daba la espalda y echaba a andar.

—¡Eh! Alto ahí, Bill, o te lleno de plomo —bramó Shorty mientras desenfundaba dos Colts del cuarenta y cuatro—. Como des un paso, tu condenado cadáver tendrá once agujeros, ¿entendido?

Saltman se detuvo, perplejo.

—Me ha cabreado —le murmuró Shorty a Smoke—. Pero si sigue andando voy a tener un problema. No puedo disparar. ¿Qué hago?

—Escucha, Shorty, sé razonable —rogó Saltman.

—Ven aquí y todos seremos razonables —respondió Shorty.

Continuaban siendo razonables cuando la vanguardia de la estampida superó la senda en zigzag y llegó hasta ellos.

—No se puede decir que un hombre entra sin autorización en una propiedad privada cuando se encuentra en el emplazamiento de una ciudad con la intención de comprar una parcela —argumentaba Aguas Rápidas en ese momento.

—Pero en los emplazamientos de las ciudades hay propiedades privadas y esa franja es propiedad privada. Te lo repito una vez más: no está en venta.

—Vamos a tener que darnos prisa —murmuró Smoke a Shorty —. Como se nos desmanden…

—Pues ya tienes mérito, si crees que podrás contenerlos —

respondió Shorty en un suspiro—. Deben de ser unos dos mil y aún llegan más. En cualquier momento empujarán a los que están en primera línea.

Esa primera línea recorría el borde del barranco y Shorty la había formado obligando a detenerse a los que iban llegando cuando alcanzaban ese punto. Entre la multitud se encontraban media docena de policías del Territorio Noroeste y un teniente, con el que Smoke deliberó en voz baja.

—Aún siguen saliendo de Dawson —le dijo— y en poco tiempo aquí habrá cinco mil mineros. El peligro es que intenten apoderarse de las concesiones. Si tenemos en cuenta que solo hay cinco concesiones, nos salen mil hombres por concesión y casi todos intentarán apoderarse de la más próxima. Es imposible y, si empieza la locura, aquí habrá más muertos que en toda la historia de Alaska. Además, esas cinco concesiones han sido registradas esta mañana y no pueden quedarse con ellas. Resumiendo: no podemos permitir que intenten delimitar concesiones.

—De acuerdo —contestó el teniente—. Reuniré a mis hombres y los situaré estratégicamente. No podemos tener problemas y no los tendremos. Pero será mejor que usted hable con ellos.

—Aquí debe de haber un error, amigos —empezó a decir Smoke en voz alta—. Aún no podemos vender parcelas. No tenemos levantados los planos. Pero la semana que viene organizaremos una venta sin problemas.

Lo interrumpió un estallido de impaciencia e indignación.

—No queremos parcelas —gritó un joven minero—. No queremos lo que hay en la superficie. Venimos por lo que hay debajo.

—No sabemos lo que hay debajo —respondió Smoke—. Pero sí sabemos que en la superficie tenemos un emplazamiento magnífico para una ciudad.

—Claro —añadió Shorty—, con buenas vistas y solitario. Los solitarios vendrán a miles. Esta será la soledad más popular del Yukón.

Se volvieron a oír gritos de impaciencia y Saltman, que había estado hablando con los últimos en llegar, se acercó al frente.

—Hemos venido a delimitar concesiones —dijo—. Sabemos lo que habéis hecho. Habéis registrado una franja de cinco concesiones

de cuarzo que están ahí mismo y que cruzan el emplazamiento siguiendo la línea del desprendimiento y el cañón. Pero habéis metido la pata. Dos de las inscripciones son falsas. ¿Quién es Seth Bierce? Nadie ha oído hablar de él. Esta mañana habéis registrado una concesión a su nombre. Y otra a nombre de Harry Maxwell. Harry Maxwell no está en el territorio. Está en Seattle. Se fue en otoño. Esas dos concesiones están libres para ser adjudicadas de nuevo.

—¿Y si resulta que tengo un poder notarial? —preguntó Smoke.

—No lo tienes —contestó Saltman—. Y si lo tienes, enséñalo. De todos modos, vamos a reubicarlas. En marcha, amigos.

Saltman traspasó el límite marcado, se giró para animar a los demás y en ese momento se oyó la voz del teniente, que logró detener el avance de la masa al decir:

—¡Todo el mundo quieto donde está! ¡No podéis hacer eso y lo sabéis!

—¿Que no? —dijo Bill Saltman—. La ley dice que una ubicación falsa puede reubicarse, ¿o no?

—¡Eso es, Bill! ¡Pelea! —lo animó la multitud desde el lado seguro de la línea.

—Lo dice la ley, ¿no? —le preguntó Saltman con agresividad al teniente.

—Quizá lo diga la ley —fue la respuesta serena—, pero no puedo permitir ni permitiré que una multitud de cinco mil hombres intente apoderarse de dos concesiones. Se convertiría en un peligroso motín y nosotros estamos aquí para que eso no ocurra. Desde ahora, en este lugar, la Policía del Territorio Noroeste constituye la ley. El próximo hombre que cruce la línea recibirá un balazo. Tú, Bill Saltman, retrocede.

Saltman obedeció de mala gana. Pero una agitación amenazante surgió entre la masa de hombres, agrupada y dispersa de forma irregular sobre un paisaje lleno de cuestas y pendientes.

—Cielos —susurró el teniente a Smoke—, mire aquellos que parecen moscas en el borde del despeñadero. Cualquier movimiento brusco de la masa en esa zona hará caer a cientos de ellos al vacío.

Smoke se estremeció y habló en voz alta:

—Estoy dispuesto a jugar limpio, amigos. Si insistís en comprar parcelas, os las venderé a cien dólares cada una y ya echaréis a

suertes las ubicaciones cuando esté levantado el plano. —Alzó una mano para detener el movimiento de indignación—. No os mováis. Si lo hacéis, cientos de vosotros caeréis al vacío. La situación es peligrosa.

—Da igual, no puedes quedarte con todo —se oyó una voz—. No queremos parcelas. Queremos reubicar.

—Pero solo hay dos concesiones disponibles —objetó Smoke—. Cuando estén reubicadas, ¿qué haréis los demás?

Se limpió la frente con la manga de la camisa y otra voz gritó:

—Podemos compartirlas. Serán de todos y a partes iguales.

Ninguno de los que mostraron a gritos su aprobación imaginaba que la sugerencia había sido hecha por un hombre instruido para hacerla cuando viese a Smoke limpiarse la frente.

—Deja de acaparar y comparte la propiedad del emplazamiento —continuó el hombre—. Comparte también los derechos minerales del emplazamiento.

—Pero los derechos minerales no darán beneficios, os lo aseguro —objetó Smoke.

—Pues entonces compártelos con todo lo demás. Nos arriesgaremos.

—Amigos, me estáis obligando —dijo Smoke—. Ojalá os hubieseis quedado en vuestro lado del río.

Pero se lo veía tan indeciso que la multitud vociferó sin descanso hasta obligarlo a aceptar. Saltman y algunos otros de la primera fila pusieron reparos.

—Bill Saltman y Aguas Rápidas no quieren asociarse con todos vosotros —informó Smoke a la multitud—. ¿Quién es ahora el acaparador?

En ese momento, Saltman y Aguas Rápidas se volvieron tremendamente impopulares.

—Bueno, ¿cómo lo haremos? —preguntó Smoke—. Shorty y yo deberíamos conservar el control. Nosotros descubrimos el emplazamiento.

—¡Es verdad! —gritaron muchos—. ¡Es lo justo! ¡Se lo merecen!

—Tres quintas partes para nosotros —sugirió Smoke—. A vosotros os quedarán dos quintas partes y tendréis que pagar por las acciones.

—¡Diez centavos de dólar! —se oyó gritar—. Y no gravables.

—Y que el presidente de la compañía se dedique a pagaros en persona los dividendos en bandeja de plata —se burló Smoke—. No, señor. Tenéis que ser razonables. Diez centavos de dólar será solo el principio. Compraréis dos quintas partes de las acciones, cuyo valor nominal es de cien dólares, a diez dólares. No puedo hacer más. Y si no os gusta, ya podéis intentar reubicar las concesiones. No puedo permitir que me afanéis más de dos quintas partes.

—¡No es una capitalización exagerada! —gritó una voz, y fue esa voz la que cristalizó el consentimiento de la mente colectiva del grupo.

—Sois alrededor de cinco mil, lo que implica cinco mil acciones. —Smoke se enfrentó al problema en voz alta—. Y cinco mil son dos quintas partes de doce mil quinientas. Por lo tanto, la Compañía del Emplazamiento de Tra-Lí queda capitalizada con un millón doscientos cincuenta mil dólares, cuenta con doce mil quinientas acciones cuyo valor nominal es de cien dólares, y vosotros compraréis cinco mil a diez dólares por cabeza. Me da igual si lo aceptáis o no. Y todos sois testigos de que me obligáis a hacerlo contra mi voluntad.

Convencida la multitud de haberlo pillado con las manos en la masa —representada por las dos ubicaciones falsas—, formaron un comité para organizar la Compañía del Emplazamiento de Tra-Lí. Tras despreciar la propuesta de repartirse las acciones al día siguiente en Dawson debido a que los habitantes que no habían corrido la estampida querrían participar también de las acciones, el comité, junto a una hoguera encendida al pie del desprendimiento, emitió un recibo a cada corredor a cambio de diez dólares en oro debidamente pesado en media docena de balanzas traídas desde Dawson a tal efecto.

Cuando cayó el crepúsculo, el trabajo quedó completado y Tra-Lí desierta, a excepción de Smoke y Shorty, que cenaban en la cabaña y se reían al ver la lista de los accionistas, cuatro mil ochocientos setenta y cuatro, y los sacos de oro, que aproximadamente contenían cuarenta y ocho mil setecientos cuarenta dólares.

—Pero aún no se la has devuelto —objetó Shorty.

—Vendrá —aseguró Smoke, muy convencido—. Es un jugador nato y cuando Breck le insinúe lo que hay, ni un infarto podrá

evitar que venga.

En menos de una hora, llamaron a la puerta y entró Aguas Rápidas, seguido de Bill Saltman. Estudiaron atentamente el interior de la cabaña y se fijaron en el torno, cuidadosamente cubierto con mantas.

—Pero imagina que quiero mil doscientas acciones —discutía Aguas Rápidas media hora después—. Con las otras cinco mil que has vendido hoy, solo sumarían seis mil doscientas acciones. Shorty y tú aún conservaríais seis mil trescientas y tendríais el control.

—¿Para qué quieres una parte tan grande del emplazamiento de una ciudad? —preguntó Shorty.

—Eso puedes responderlo tú mejor que yo —contestó Aguas Rápidas—. Y, entre nosotros —dijo mientras miraba el torno oculto bajo las mantas—, el emplazamiento promete.

—Pero Bill también quiere más —dijo Smoke a regañadientes—, y nosotros no nos desharemos de más de quinientas acciones.

—¿Cuánto tienes para invertir? —le preguntó Aguas Rápidas a Saltman.

—Unos cinco mil. No pude reunir más con tan poco tiempo.

—Aguas Rápidas —continuó Smoke con la misma voz molesta—, si no te conociera, no te vendería ni una sola acción. En cualquier caso, Shorty y yo no cederemos más de quinientas y os costarán cincuenta dólares cada una. Es nuestra última palabra y, si no os gusta, buenas noches. Bill puede comprar cien y tú las otras cuatrocientas.

Al día siguiente, Dawson empezó a reírse. La carcajada dio comienzo a primera hora de la mañana, nada más amanecer, cuando Smoke se acercó al tablón de boletines situado en el exterior del almacén de la Compañía AC y clavó un aviso. Los hombres se reunieron para leerlo y sonreír por encima de su hombro antes de que hubiese colocado la última chincheta. Pronto fueron cientos los que rodeaban el tablón y no todos podían leer la nota, así que nombraron a un lector oficial por aclamación y, a partir de ese momento y durante todo el día, muchos otros fueron elegidos para leer en voz alta la nota que Smoke Bellew había clavado. Algunos se quedaron un buen rato en medio de la nieve para oírla varias veces y memorizar la suculenta información que ofrecía y que decía así:

La Compañía del Emplazamiento de Tra-Lí anota sus

cuentas en este tablón. Este es su primer informe de cuentas y también el último.

Cualquier accionista que se oponga a donar diez dólares al Hospital General de Dawson puede recuperar sus diez dólares tras solicitárselos personalmente a Charley Aguas Rápidas o, en caso de fracasar en su gestión, sin duda alguna los recuperará tras solicitárselos a Smoke Bellew.

DINERO RECIBIDO Y DESEMBOLSADO

De 4.874 acciones a 10,00 $	48.740,00$
A Dwight Sanderson por Emplazamiento Tra-Lí	10.000,00
Gastos accesorios: pólvora, brocas, torno, registro de concesiones, etc.	1.000,00
Al Hospital General de Dawson	37.740,00
Total	**48.740,00$**
De Bill Saltman, por 100 acciones adquiridas en privado a 50.00 $	5.000,00$
De Charley Aguas	20.000,00

Rápidas, por 400 acciones adquiridas en privado a 50.00 $	
A Bill Saltman, en reconocimiento a sus servicios como promotor voluntario de la estampida	5.000,00
Al Hospital General de Dawson	3.000,00
A Smoke Bellew y Jack Short, saldo por el negocio de los huevos y deuda moral	17.000,00
Total	**25.000,00$**

Las acciones restantes son 7.126. Dichas acciones, en poder de Smoke Beilew y Jack Short, no valen nada y quedan de forma gratuita, por el mero hecho de solicitarlas, a disposición de aquellos residentes en Dawson que deseen cambiar de domicilio en busca de la paz y la soledad de la ciudad de Tra-Lí.

(Nota: En la ciudad de Tra-Lí la paz y la soledad se garantizan perpetuamente).

Firmado

SMOKE BELLEW, *presidente*

Firmado

JACK SHORTY, *secretario*

[1911]

Un milagro de mujer

EN TODOS MODOS, tú no te has muerto de ganas por casarte! —afirmó Shorty, continuando una conversación que había terminado unos

minutos antes.

Smoke, sentado sobre el borde de su manta de dormir, examinando la pata de un perro al que había obligado a tumbarse en la nieve, no contestó. Shorty, tras darle la vuelta a un mocasín humeante en el palo que ocupaba junto a la hoguera, estudió con atención el rostro de su socio.

—Mira esa aurora boreal de ahí arriba —continuó Shorty—. Qué frivolidad, ¿no? Como cualquier mujer: titubeante e indecisa. Las mejores son frívolas, si es que no están locas. Y son unas arpías, todas, las pequeñas y las grandes, las más guapas y las que no lo son. Son leones devoradores y hienas rugientes cuando van tras la pista del hombre que les gusta.

El monólogo volvió a languidecer. Smoke sujetó al perro cuando este intento morderle la mano y continuó examinándole las almohadillas sangrantes y magulladas.

—¡Ja! —insistió Shorty—. Tal vez no hubiera podido casarme aunque hubiese querido. Y tal vez me habría casado sin quererlo, si no me hubiera echado al monte. Smoke, ¿quieres saber qué me salvó? Te lo diré. Mi capacidad pulmonar. No he parado de correr. Me gustaría ver a una mujer capaz de moverse como yo y dejarme agotado.

Smoke soltó al animal y dio la vuelta a sus mocasines, que también humeaban en los palos junto a la hoguera.

—Mañana tenemos que descansar para hacerles mocasines —se dignó a contestar—. Esta costra tan fina de hielo les está destrozando las patas.

—Pero hay que seguir adelante —objetó Shorty—. No tenemos bastante comida para regresar y como no demos pronto, muy pronto, con la migración de los caribúes o con los indios blancos nos comeremos a los perros, patas destrozadas incluidas. ¿Y quién ha visto a los indios blancos? Solo es un rumor. ¿Cómo es posible que un indio sea blanco? Sería como que un blanco fuese negro. Smoke, mañana tenemos que seguir viaje. En esta región no hay caza. Hace una semana que no vemos ni las huellas de un conejo y tenemos que salir de esta zona vacía para llegar a algún lugar donde haya carne.

—Viajarían mucho mejor si les damos un día de descanso y les ponemos mocasines —aconsejó Smoke—. Si tienes la oportunidad,

en cualquier divisoria baja, echa una ojeada al horizonte. Pronto llegaremos a terreno abierto y ondulado. Eso es lo que La Perle nos dijo que buscásemos.

—¡Ja! Según él mismo cuenta, hace diez años que La Perle pasó por esta zona y estaba tan mal por el hambre que no sabía ni lo que veía. ¿Recuerdas lo que contó de unas banderas enormes que flotaban en las cimas de las montañas? Eso te indica lo mal que estaba. Y él nunca afirmó haber visto indios blancos. Esa batallita la contaba Anton. Además, Anton estiró la pata dos años antes de que tú y yo llegásemos a Alaska. Pero mañana echaré un vistazo. Puede que me encuentre un alce. ¿Qué te parece si dormimos?

Smoke pasó la mañana en el campamento, cosiendo mocasines para los perros y reparando tirantes. A mediodía cocinó para dos, se comió su parte y empezó a aguardar el regreso de Shorty. Una hora después se puso las raquetas de nieve y salió tras las huellas de su socio. El camino seguía el cauce alto del arroyo a través de una estrecha garganta que de repente se ensanchaba y formaba un pasto para alces. Pero allí no había alces desde las primeras nieves del invierno anterior. Las huellas de las raquetas de nieve de Shorty cruzaban el pasto y ascendían la cómoda pendiente de una divisoria baja. Al llegar arriba, Smoke se detuvo. Las huellas bajaban la pendiente del otro lado. Las primeras píceas, junto al lecho del arroyo, se encontraban a más de un kilómetro de distancia y resultaba evidente que Shorty había pasado entre ellas y seguido adelante. Smoke miró su reloj, pensó que pronto oscurecería, en los perros y en el campamento, y de mala gana decidió no continuar avanzando. Pero antes de retroceder se detuvo para observar a fondo el paisaje. Al este, los picos nevados de la zona central de las Rocosas se recortaban contra el horizonte. El sistema montañoso al completo, cordillera tras cordillera, parecía tender hacia el noroeste, cortando de través el camino hacia el terreno abierto del que hablaba La Perle. Como consecuencia, daba la sensación de que las montañas conspiraban para hacer retroceder al viajero hacia el oeste y el Yukon. Smoke se preguntó cuántos hombres en el pasado, tras llegar hasta allí como había hecho él, se habrían visto obligados a desviarse por aquel paisaje tan inhóspito. La Perle no se había desviado, pero La Perle había cruzado desde la vertiente este de las Rocosas.

Mantuvo encendida la hoguera hasta medianoche para ayudar a Shorty a guiarse. Polla mañana, tras esperar con el campamento levantado y los perros enganchados a que surgiese la primera luz, Smoke se lanzó en su busca. En el paso estrecho del cañón, su perro guía levantó las orejas y aulló. Luego Smoke vio a los indios, seis, que avanzaban hacia él. Viajaban ligeros, sin perros y la más pequeña de las mochilas a la espalda de cada uno. Rodearon a Smoke y de inmediato le dieron varias razones por las que sorprenderse. Estaba claro que lo buscaban. Enseguida se dio cuenta, también, de que no hablaban ninguna lengua india de las que él conocía. No eran indios blancos, aunque sí más altos y pesados que los indios de la cuenca del Yukón. Cinco de ellos llevaban el mosquete de cañón largo de la Compañía de la Bahía de Hudson, ya pasado de moda, y en las manos del sexto había un Winchester que Smoke reconoció: era el de Shorty.

No perdieron tiempo en hacerlo prisionero. Desarmado, Smoke no pudo hacer más que someterse. Distribuyeron el contenido del trineo entre las mochilas de todos y a él le dieron una que incluía sus pieles de dormir y las de Shorty. Soltaron a los perros y, cuando Smoke protestó, uno de los indios le indicó por señas una senda demasiado accidentada para viajar con trineo. Smoke se rindió ante lo inevitable, apartó el trineo del camino, lo ocultó entre la nieve de la parte alta del terraplén que daba al arroyo y echó a andar con sus captores. Superaron la divisoria hacia el norte y bajaron en dirección a las píceas que Smoke había visto la tarde anterior. Siguieron el arroyo durante veinte kilómetros, pero lo abandonaron cuando tendió al oeste, momento en el que ellos pusieron rumbo al este por el cauce alto y estrecho de un afluente.

Pasaron la primera noche en un campamento que había sido ocupado durante varios días. Allí tenían almacenada cierta cantidad de salmón desecado y una especie de *pemmican* **[10]** que los indios añadieron a sus mochilas. Del campamento salía una senda pisada por muchas raquetas de nieve: los captores de Shorty, supuso Smoke. Antes de que oscureciese fue capaz de distinguir las huellas de las raquetas de Shorty, más estrechas que las otras. Al preguntar por señas a los indios, estos asintieron con la cabeza y señalaron al norte.

Continuaron señalando al norte durante los días que siguieron y

el camino, que giraba y zigzagueaba entre un revoltijo de picos elevados, siempre avanzaba al norte. En medio de aquella soledad nevada y desolada, parecía imposible que la senda pudiese proseguir, pero no dejaba de enroscarse y describir curvas para encontrar divisorias bajas y evitar las cadenas más altas e imposibles de cruzar. El grosor de la capa de nieve era mayor que en los valles inferiores y cada paso exigía un gran esfuerzo con las raquetas. Además, los captores de Smoke, todos jóvenes, viajaban ligeros y veloces, y no pudo evitar sentirse orgulloso porque era capaz de seguirlos sin problemas. Ellos estaban acostumbrados a viajar en condiciones duras y a usar las raquetas de nieve desde la infancia, sin embargo Smoke se encontraba en tan buenas condiciones que aquella travesía no le resultaba más agotadora que a ellos.

Tardaron seis días en alcanzar y cruzar el paso central, de poca altura en comparación con las montañas que unía, pero formidable en sí mismo e imposible de recorrer con trineos cargados. Cinco días más de tortuosos serpenteos, siempre descendiendo, los llevaron al terreno abierto y ondulado que La Perle había encontrado diez años antes. Smoke lo reconoció al primer vistazo un día frío, con el termómetro a 40°C bajo cero y la atmósfera tan despejada que podía ver a ciento cincuenta kilómetros de distancia. El terreno abierto se extendía incluso más lejos. Al este, en lo alto, las Rocosas seguían elevando al cielo sus murallas nevadas. Hacia el sur y el oeste se diseminaban las accidentadas cordilleras del sistema de prominentes estribaciones que habían cruzado. Y en aquel enorme hueco se encontraba el país que La Perle había recorrido, cubierto de nieve pero sin duda lleno de caza en algún momento del año y, en verano, un territorio amable, repleto de flores y de árboles.

Antes de mediodía, tras avanzar por el cauce bajo de un arroyo ancho, dejar atrás sauces enterrados en la nieve y álamos sin hojas y cruzar llanos cubiertos de bosques de píceas, llegaron al emplazamiento de un campamento grande y recientemente abandonado. Mientras observaba al pasar, Smoke calculó que habría cuatrocientas o quinientas hogueras y supuso que la población se contaría por miles. La senda era tan reciente y estaba tan bien apisonada por la multitud que Smoke y sus captores se

quitaron las raquetas y, solo con los mocasines, avanzaron a un ritmo más rápido. Cada vez había más indicios de la presencia de caza: huellas de lobos y linces que no existirían sin carne. En una ocasión, uno de los indios exclamó satisfecho y señaló hacia una zona amplia y cubierta de nieve, en la que había varios cráneos de caribú con los huesos limpios, pisoteados y desordenados, como si un ejército se hubiese enfrentado allí. Smoke supo que los cazadores habían realizado una gran matanza después de la última nevada.

Durante el prolongado crepúsculo no manifestaron intención de montar el campamento. Continuaron avanzando en medio de una oscuridad cada vez mayor que se desvaneció bajo el luminoso cielo cubierto de estrellas grandes y resplandecientes, medio veladas por el vapor verdoso de la palpitante aurora boreal. Sus perros fueron los primeros en percibir los ruidos del campamento y levantaron las orejas entre gemidos entusiastas. Luego, a los oídos humanos llegó un murmullo tenue y lejano, aunque sin la sensación relajante que suelen producir los murmullos lejanos. Era agudo y salvaje, un ritmo de sonidos estridentes interrumpido por otros sonidos más estridentes aún: el prolongado aullido de muchos perros lobo, gritos de cansancio y dolor, lúgubres por la desesperanza y la rebelión. Smoke apartó el cristal de su reloj y, tanteando con las yemas de los dedos las manecillas, supo que eran las once de la noche. Los hombres que iban con él se apresuraron. Las piernas que se habían movido durante doce horas agotadoras se movieron a un ritmo mayor y, aunque no llegaron a correr, hicieron algo más que andar. Cruzaron un oscuro bosque de píceas y salieron al brusco resplandor de la luz de muchas hogueras y al incremento abrupto aumento del volumen de los ruidos. Ante ellos se extendía el enorme campamento.

Y mientras se adentraban en los irregulares pasillos del campamento de caza, un tumulto enorme, como si fuese una ola, se alzó para recibirlos y los siguió al pasar: exclamaciones, saludos, preguntas y respuestas, bromas y sus contestaciones, el gruñido de los perros lobo que se lanzaban como proyectiles peludos y llenos de ira contra los perros desconocidos de Smoke, las reprimendas de las indias, risas, el gimoteo de los niños y los lamentos de los bebés, los gemidos de los enfermos despertados de nuevo al dolor, el caos total de un campamento de gentes salvajes, primitivas y serenas.

Con los garrotes y las culatas de las armas, el grupo de Smoke hizo retroceder a los perros que atacaban, mientras que los suyos, sin dejar de gruñir e intentar morder, impresionados ante tantos enemigos, se encogían entre las piernas de sus protectores humanos y avanzaban con el pelo erizado, dando brincos amenazadores.

Se detuvieron sobre la nieve pisoteada, junto a una hoguera en la que Shorty y dos indios jóvenes, en cuclillas, asaban varias tiras de carne de caribú. Otros tres indios jóvenes, que estaban tumbados sobre una base de ramas de pícea y cubiertos de pieles, se sentaron al verlos. Desde el otro lado de la hoguera, Shorty miró a su socio con gesto serio e impasible, como los de sus compañeros, no dijo ni pío y continuó asando la carne.

—¿Qué pasa? —preguntó Smoke, medio irritado—. ¿Te has quedado sin habla?

La sonrisa de siempre asomó al rostro de Shorty.

—No —respondió—. Soy un indio. Estoy aprendiendo a no mostrar sorpresa. ¿Cuándo te atraparon?

—Al día siguiente de irte tú.

—Mm —dijo Shorty con la fantasía bailando en sus ojos—. Pues a mí me va bien, gracias, muy amable. Este es el campamento de los solteros. —Hizo un gesto con la mano para abarcar su magnificencia, que consistía en una hoguera, varios lechos de ramas de pícea sobre la nieve, toldos de piel de caribú y pantallas cortaviento hechas con mimbres de sauce y pícea entrelazados—. Y estos son los solteros. —Esta vez su mano indicó a los jóvenes, tras lo que escupió unos cuantos sonidos guturales en la lengua de los indios que logró arrancar un gesto de reconocimiento en ojos y dientes—. Se alegran de conocerte, Smoke. Siéntate y pon a secar tus mocasines mientras te preparo algo de comer. Me voy manejando con su lengua, ¿no crees? Tendrás que aprenderla también porque parece que pasaremos mucho tiempo con esta gente. Hay otro blanco. Lo atraparon hace seis años. Es un irlandés al que pillaron por la zona del Gran Lago de los Esclavos. Se llama Danny McCan. Se ha emparejado con una india. Ya tiene dos hijos pero se largará si surge la oportunidad. ¿Ves esa hoguera baja hacia la derecha? Es su campamento.

Al parecer, aquel era el domicilio que correspondía a Smoke, porque sus captores lo dejaron allí con sus perros y continuaron

internándose en el campamento. Mientras se ocupaba de su calzado y devoraba las tiras de carne caliente, Shorty cocinaba y charlaba.

—Estamos metidos en un buen lío, Smoke, hazme caso. Va a ser difícil salir de aquí. Estos son los auténticos y verdaderos indios salvajes. No son blancos, pero su jefe sí lo es. Habla como si tuviera la boca llena de gachas calientes y si no es escocés de pura cepa es que no hay escoceses en el mundo. Es el jefe supremo y mandamás de todo el cotarro. Lo que dice va a misa. Eso métetelo en la cabeza desde el principio. Danny McCan lleva seis años intentando perderlo de vista. Danny es buen tipo, pero no tiene lo que hay que tener. Conoce un camino de salida que aprendió durante los viajes de caza y que queda al oeste de la ruta por la que tú y yo llegamos. No ha tenido valor para intentarlo solo. Pero los tres podremos lograrlo. Patillas es de lo mejor, pero está bastante loco.

—¿Quién es Patillas? —preguntó Smoke, deteniéndose en el proceso de devorar una tira de carne caliente.

—Pues el mandamás. El escocés. Se está haciendo viejo y se habrá dormido ya, pero te verá mañana y te dejará muy claro que eres una mísera pulga en las tierras en las que él pisotea. Estas tierras le pertenecen. Métetelo en la mollera. Nadie las ha explorado ni nada, pero son suyas. Y no permitirá que lo olvides. Aquí posee cincuenta mil kilómetros cuadrados de terrenos de caza. Son solo suyos. Él es el indio blanco. Él y la mujer. ¡Ja! No me mires así. Espera a verla. Es guapa y totalmente blanca, como su padre, que es Patillas. ¡Y los caribúes! Los he visto: cien mil ejemplares de buena carne en el rebaño y diez mil lobos y felinos que lo siguen y viven de los rezagados y los restos. Nosotros dejamos los restos. El rebaño se mueve hacia el oeste y no tardaremos en seguirlo. Nos lo comemos todo y lo que no comemos lo curamos y ahumamos para la primavera, antes de que llegue el salmón. Y, oye, lo que Patillas no sepa de salmón y caribú no lo sabe nadie más, créeme.

—AQUÍ VIENE PATILLAS, haciendo como que va a alguna parte —susurró Shorty al tiempo que se echaba hacia delante para limpiarse la grasa de las manos en el pelaje de uno de los perros.

Ya era por la mañana y los solteros, acuclillados, desayunaban carne de caribú que iban comiendo a medida que la asaban. Smoke levantó la mirada y vio a un hombre pequeño y delgado, vestido

con pieles como cualquier salvaje, pero inconfundiblemente blanco, caminando en la vanguardia de una traílla y seguido por una docena de indios. Smoke rompió un hueso caliente y, mientras chupaba el tuétano, observaba al anfitrión, cada vez más próximo. Las pobladas patillas y un pelo canoso y amarillento, manchado por el humo de las hogueras, le ocultaban la mayor parte del rostro, aunque no conseguían esconder las mejillas demacradas, casi cadavéricas. Smoke decidió que su delgadez era saludable al percibir cómo se le hinchaban las aletas de la nariz y el ancho y profundidad del pecho, que garantizaban oxígeno y vida.

—¿Cómo estás? —preguntó el hombre al tiempo que se sacaba una manopla y ofrecía la mano desnuda—. Me llamo Snass —añadió en el momento de estrechar la de Smoke.

—Y yo, Bellew —contestó Smoke, desconcertado al mirar aquellos ojos negros y muy observadores.

—Ya veo que tienes comida suficiente.

Smoke asintió y continuó chupando el hueso, mientras disfrutaba del ronroneo propio del acento escocés.

—Las raciones nunca son iguales, pero pocas veces pasamos hambre. Y la carne es más natural que la que se cría en las ciudades.

—Veo que no te gustan las ciudades —se rio Smoke por decir algo y de inmediato lo asombró la transformación producida en Snass.

Como una planta sensible al roce, la figura entera del hombre pareció estremecerse y marchitarse. Entonces un asco tenso y salvaje se concentró en los ojos, a los que asomó un odio que reflejaba un dolor incalculable. Se dio la vuelta para irse de repente y, tras recuperarse un poco, comentó por encima del hombro, como si nada:

—Ya nos veremos, Bellew. Los caribúes se trasladan al este y me voy de avanzada a escoger el emplazamiento. Mañana vendréis todos los demás.

—Vaya con Patillas, ¿eh? —murmuró Shorty mientras Snass se alejaba al frente de su grupo.

De nuevo, Shorty se limpió las manos en el pelaje del perro lobo, que enseguida lamió, encantado, la deliciosa grasa.

Más avanzada la mañana, Smoke se fue a dar un paseo por el

campamento volcado en sus primitivas ocupaciones. Un gran grupo de cazadores acababa de regresar y los hombres se repartían entre las distintas hogueras. Las mujeres y los niños partían con los perros enganchados a trineos vacíos y regresaban con ellos llenos de carne recién cazada y ya congelada. Sufrían una ola de frío propia del principio de la primavera y el carácter agreste de la escena se perfilaba a una temperatura de 35 °C bajo cero. No se veían prendas tejidas. Todos llevaban pieles de pelo largo y cuero curtido. Los niños pasaban con arcos y carcajes llenos de flechas de hueso y Smoke vio muchos cuchillos para desollar hechos de hueso o de piedra colgados de los cintos o de las fundas que llevaban al cuello. Las mujeres se afanaban junto a las hogueras, ahumando la carne, cargando a la espalda niños que lo miraban todo con los ojos muy abiertos mientras chupaban trozos de sebo. Los perros, casi lobos, se enfurecían al paso de Smoke para sobrellevar la amenaza del garrote corto que portaba y percibir el olor de ese recién llegado al que debían aceptar en virtud de su garrote.

En el centro del campamento, aunque aislada, Smoke llegó a lo que evidentemente era la hoguera de Snass. A pesar de ser temporal, era grande y estaba sólidamente construida. Un buen montón de equipo y fardos de pieles se apilaban sobre un andamio, lejos del alcance de los perros. Un gran toldo de protección que casi era media tienda, cobijaba las zonas de estar y dormir. A un lado se alzaba una tienda de seda, de esas que preferían los exploradores y adinerados cazadores de caza mayor. Smoke nunca había visto nada semejante y se acercó más. Mientras la observaba, la puerta se abrió y salió una joven. Se movió con tal rapidez y apareció de forma tan abrupta que Smoke tuvo la sensación de encontrarse ante una aparición. Por lo visto, él ejerció el mismo efecto sobre ella y se quedaron mirándose fijamente el uno al otro durante un buen rato.

Ella iba vestida con pieles de los pies a la cabeza, pero de tal calidad y tan magníficamente trabajadas que Smoke se quedó impresionado. La parka, con la capucha echada hacia atrás, era de una piel de pelo largo y de un color ligerísimamente plateado. Los *muclucs*[11], con suelas de cuero de morsa, estaban hechos con las patas de almohadillas plateadas de muchos linces. Las manoplas de guanteletes largos, los flecos de las rodillas, todas las pieles, muy distintas y variadas, de su atuendo eran de un leve tono plateado

que resplandecía a la gélida luz; y en medio de esa plata resplandeciente, sobre un cuello delicado y esbelto, se alzaba la cabeza, de rostro rosado y rubio con los ojos azules, orejas como dos conchas rosáceas y el cabello castaño claro salpicado de escarcha y chispeantes destellos de hielo.

Smoke vio eso y mucho más, como en un sueño. Luego recuperó el control de sí mismo y se llevó la mano al gorro. En el mismo momento, la mirada de asombro en los ojos de la joven se convirtió en sonrisa y, con movimientos rápidos y vitales, se quitó una manopla y le tendió la mano.

—¿Cómo estás? —murmuró muy seria, con un acento extraño y delicioso y una voz tan argentina como las pieles que llevaba y que sorprendió a Smoke, acostumbrado a los graznidos de las indias del campamento.

Smoke solo fue capaz de mascullar algunas frases torpemente evocadoras de sus mejores modales en sociedad.

—Me alegro de conocerte —continuó ella, despacio y tanteando, el rostro dominado por una enorme sonrisa—. Por favor, ten la amabilidad de perdonar mi forma de hablar inglés. No lo hago bien. Soy inglesa, como tú —aseguró, muy seria—. Mi padre es escocés. Mi madre ha muerto. Era francesa, inglesa y un poco india. Su padre era un hombre importante en la Compañía de la Bahía de Hudson. Caramba, hace frío. —Se puso la manopla y se frotó las orejas, cuyo tono rosado se había vuelto blanco—. Charlemos junto a la hoguera. Me llamo Labiskwee. ¿Y tú?

Así fue cómo Smoke conoció a Labiskwee, la hija de Snass, a quien Snass llamaba Margaret.

—Mi padre no se llama Snass —informó a Smoke—. Snass solo es un nombre indio.

Aquel día Smoke aprendió muchas cosas, al igual que los días siguientes, mientras el campamento avanzaba tras la senda de los caribúes. Esos eran auténticos indios salvajes, con los que Anton se había tropezado y de los que había logrado huir muchos años atrás. Se encontraban en el límite occidental de su territorio y en verano se desplazaban hacia el norte, a las tundras del Ártico, y al este, hasta llegar al Luskwa. Smoke no pudo descifrar qué río era el Luskwa, ni supo decírselo Labiskwee, tampoco McCan. En ocasiones, Snass, acompañado de los cazadores más fuertes,

avanzaba hacia el este y cruzaba las Rocosas, dejaba atrás los lagos y el Mackenzie y se adentraba en las tierras de la Región Septentrional. Durante la última travesía en esa dirección habían encontrado la tienda de seda que ocupaba Labiskwee.

—Perteneció a la expedición Millicent-Adbury —le dijo Snass a Smoke.

—¡Ah, ya me acuerdo! Buscaban bueyes almizcleros. La expedición de rescate no encontró ni rastro de ellos.

—Los encontré yo —dijo Snass—. Pero ambos estaban muertos.

—El mundo sigue sin saberlo. No nos llegó la noticia.

—De aquí nunca salen noticias —aseguró Snass en tono amable.

—¿Quieres decir que, si hubiesen estados vivos cuando los encontraste…?

Snass asintió.

—Se habrían quedado a vivir conmigo y con mi gente.

—Anton se escapó —lo retó Smoke.

—No recuerdo ese nombre. ¿Cuánto hace?

—Catorce o quince años —respondió Smoke.

—Así que consiguió cruzar. ¿Sabes? Me he preguntado muchas veces qué habría sido de él. Lo llamábamos Diente Largo. Era un hombre fuerte, muy fuerte.

—La Perle pasó por aquí hace diez años.

Snass negó con la cabeza.

—Encontró rastros de vuestros campamentos. Era verano.

—Eso lo explica todo —contestó Snass—. En verano nos desplazamos cientos de kilómetros al norte.

Pero, por más que se esforzó, Smoke no consiguió enterarse de la historia de Snass previa a su vida en los remotos parajes del norte. Era un hombre culto, aunque en los años que llevaba allí no había leído ni libros ni periódicos. No sabía lo que había ocurrido en el mundo ni deseaba saberlo. Había oído hablar de los mineros del Yukon y del oro del Klondike. Los mineros nunca habían invadido su territorio, de lo que se alegraba. Pero el mundo exterior no existía para él. No toleraba que se lo mencionaran.

Tampoco pudo Labiskwee ofrecer a Smoke información de esa época. Había nacido en los territorios de caza. Su madre murió cuando ella tenía seis años. Su madre había sido muy guapa y era la única mujer blanca que Labiskwee había visto. Lo decía con tristeza

y, con la misma tristeza y de mil formas distintas, demostraba saber muchas cosas del gran mundo exterior al que su padre le había cerrado la puerta. Pero ese conocimiento era secreto. Había aprendido mucho tiempo atrás que mencionarlo hacía enfadar a su padre.

Anton le había hablado de su madre a una de las indias y le había dicho que era hija de un importante directivo de la Compañía de la Bahía de Hudson. Después, la india se lo contó a Labiskwee. Pero nunca había sabido el verdadero nombre de su madre.

Danny McCan no servía como fuente de información. No le gustaba la aventura. La vida en estado salvaje le parecía un horror y llevaba nueve años viviéndola. Embarcado por la fuerza tras emborracharlo en San Francisco, había desertado del ballenero en Punta Barrow, con tres compañeros. Dos murieron y el tercero lo abandonó durante la espantosa travesía hacia el sur. Vivió dos años con los esquimales antes de reunir el coraje suficiente para intentar viajar hacia el sur y entonces, a pocos días de una de las factorías de la Compañía de la Bahía de Hudson, un grupo de los jóvenes de Snass se lo llevó con ellos. Era un hombre pequeño y tonto al que siempre le dolían los ojos y que solo soñaba con volver a su querida San Francisco y a su maravilloso oficio de albañil. No hablaba de otra cosa.

—Eres el primer hombre inteligente que encontramos —elogió Snass a Smoke una noche, junto a la hoguera—. Excepto el anciano Cuatro Ojos. Así lo llamaban los indios. Llevaba gafas y era corto de vista. Era profesor de zoología. Murió hace un año. Mis jóvenes lo habían encontrado tras perderse del resto de una expedición al cauce alto del Porcupine. Era inteligente, sí, pero también un necio. Esa era su debilidad: perderse. Sabía de geología y de trabajar los metales. En el Luskwa, donde hay carbón, tenemos varias forjas que hizo él, muy buenas. Reparaba nuestras armas y enseñó a los jóvenes a hacerlo. Murió el año pasado y lo echamos mucho de menos. Se perdió, eso fue lo que pasó, y se murió de frío a poco más de un kilómetro del campamento.

Esa misma noche, Snass le dijo a Smoke:

—Deberías escoger una mujer y tener tu propia hoguera. Estarás mejor que con los jóvenes solteros. Las hogueras de las doncellas, una especie de fiesta de las vírgenes, no se encienden hasta que

llegan el verano y el salmón, pero si tú quieres, puedo dar órdenes para que se adelanten.

Smoke se rio y negó con la cabeza.

—Recuerda —concluyó Snass con mucha calma— que Anton es el único que logró escapar. Tuvo suerte, mucha suerte.

Labiskwee le dijo a Smoke que su padre tenía una voluntad de hierro.

—Cuatro Ojos solía llamarle Pirata del Hielo, aunque no sé por qué, Tirano de la Escarcha, Oso de la Cueva, Bestia Primitiva, Rey del Caribú, Compañero Barbado y cosas parecidas. A Cuatro Ojos le encantaban las palabras como esas. Fue él quien me enseñó la mayor parte del inglés que hablo. Bromeaba mucho y yo nunca sabía si hablaba en serio o no. Si me enfadaba, decía que era su amiga guepardo. ¿Qué es un guepardo? Siempre me tomaba el pelo con eso.

Continuaba charlando con la inocencia entusiasta de un niño, algo que a Smoke le costaba reconciliar con su rostro y su cuerpo de mujer adulta.

Sí, su padre era muy estricto. Todo el mundo le tenía miedo. Cuando se enfadaba, era terrible. Por ejemplo, los indios porcupine. A través de ellos y de los luskwa, Snass vendía sus pieles en las factorías y conseguía provisiones de munición y tabaco. Siempre fue justo, pero el jefe de los porcupine empezó a hacer trampas. Después de que Snass le advirtiera dos veces, quemó su aldea de cabañas y más de una docena de indios porcupine murieron en la pelea. Pero se acabaron las trampas. Una vez, cuando ella era pequeña, un hombre blanco murió cuando intentaba escapar. No, no lo mató su padre, aunque sí dio la orden a los jóvenes. Ningún indio desobedecía a su padre.

Y de cuanto más se enteraba Smoke, más aumentaba el misterio de Snass.

—Y dime si es verdad —estaba diciendo la joven— que hubo un hombre y una mujer llamados Paolo y Francesca que se amaban mucho.

Smoke asintió.

—Me lo contó Cuatro Ojos —sonrió feliz Labiskwee—. Así que no se lo inventó. No estaba segura. Se lo pregunté a mi padre, pero se enfadó mucho. Los indios me contaron que le echó una buena

bronca al pobre Cuatro Ojos. También me habló de Tristán e Isolda, de las dos Isoldas. Qué triste. Pero me gustaría amar así. ¿Lo hacen así todos los jóvenes del mundo? Aquí no. Se casan sin más. No tienen tiempo. Yo soy inglesa y nunca me casaré con un indio, ¿y tú? Por eso no he encendido mi hoguera de doncella. Algunos de los jóvenes le insisten a mi padre para que me obligue a hacerlo. Libash es uno de ellos, un gran cazador. Y Mahkook viene a cantar canciones. Es gracioso. Esta noche, si te acercas a mi tienda después de anochecer, lo oirás cantar al frío. Pero mi padre dice que puedo hacer lo que quiera, así que no pienso encender la hoguera. Verás, cuando una joven decide casarse, avisa a los hombres de esa forma. Cuatro Ojos siempre dijo que era una buena costumbre, aunque él nunca tomó esposa. Tal vez era demasiado viejo. No tenía mucho pelo, pero a mí no me parecía muy viejo. ¿Cómo se sabe si se está enamorado? Como Paolo y Francesca, claro.

La mirada franca de sus ojos azules desconcertó a Smoke.

—Pues, dicen… —tartamudeó—, quienes están enamorados, que el amor vale más que la vida. Cuando alguien descubre que hay una persona a la que aprecia por encima de los demás y de todo lo demás, entonces es cuando se está enamorado. Es así, aunque resulta difícil de explicar. Se sabe y punto.

Ella miró más allá del humo del campamento, suspiró y continuó trabajando en la manopla de piel que estaba cosiendo.

—Bueno —anunció muy decidida—, de todos modos, yo nunca me casaré.

—CUANDO HUYAMOS, vamos a tener que correr como nunca —dijo Shorty en tono sombrío.

—Este sitio es una trampa —estuvo de acuerdo Smoke.

Observaban los dominios nevados de Snass desde la cima de una colina. Los elevados picos del revoltijo de cordilleras los bordeaban al este, oeste y sur. Hacia el norte, el terreno abierto parecía interminable, pero ellos sabían que incluso en esa dirección media docena de cadenas montañosas transversales bloqueaban el camino.

—En esta época del año podría darte tres días de ventaja —le dijo Snass a Smoke esa tarde—. No serías capaz de ocultar las huellas. Anton se escapó cuando no había nieve. Mis jóvenes viajan tan rápido como el mejor de los blancos y, además, tú les irías

abriendo camino. Cuando la nieve se derrita, me ocuparé de que no tengas la oportunidad que tuvo Anton. Aquí se vive bien y pronto te olvidarás del mundo. Nunca he dejado de sorprenderme de lo fácil que es salir adelante sin el resto del mundo.

—Lo que me preocupa es Danny McCan —le confió Shorty a Smoke—. Es el eslabón débil en cualquier tipo de camino. Pero jura que sabe cómo salir hacia el oeste, así que vamos a tener que cargar con él, Smoke, o las pasarás canutas.

—Estamos todos en la misma situación —contestó Smoke.

—Ni de broma. Lo tuyo sí que es fastidiado de verdad.

—¿El qué?

—¿No te has enterado?

Smoke negó con la cabeza.

—Me lo han contado los solteros. Acaban de saberlo. Se celebra esta noche, aunque con varios meses de adelanto.

Smoke se encogió de hombros.

—¿No te interesa oírlo? —se burló Shorty.

—Estoy esperando a que me lo cuentes.

—Pues la mujer de Danny se lo acaba de decir a los solteros. —Shorty hizo una pausa para crear tensión—. Y los solteros me lo contaron a mí, claro. Esta noche se van a encender las hogueras de las doncellas. Eso es todo. ¿Qué te parece?

—No sé por dónde vas, Shorty.

—Ah, ¿no? Pues todo el mundo lo sabe. Hay una mujer que va a por ti y esa mujer va a encender su hoguera y esa mujer se llama Labiskwee. Oh, la he visto observarte cuando no miras. Nunca ha encendido su hoguera. Dice que no se casará con un indio. Por eso ahora, cuando encienda su hoguera, seguro que lo hará por mi pobre y viejo amigo Smoke.

—Parece un silogismo —comentó Smoke, agobiado, repasando los actos de Labiskwee durante los días anteriores.

—Pues es muy sencillo —respondió Shorty—. Y siempre es así: justo cuando organizamos nuestra huida aparece una mujer para complicarlo todo. No tenemos suerte. Eh, ¡escucha eso, Smoke!

Tres indias ancianas se habían detenido entre el campamento de los solteros y el de McCan y la mayor de las tres declamaba en un falsete de lo más estridente.

Smoke reconoció los nombres, pero no todas las palabras y

Shorty tradujo con regodeo.

—Labiskwee, hija de Snass el Hacedor de Lluvia, el Gran Jefe, enciende esta noche su primera hoguera de doncella. Maka, hija de Owits, el Corredor de Lobos…

El recital incluía los nombres de una docena de doncellas y tras declamarlos los tres heraldos continuaron camino para realizar su anuncio junto a otras hogueras.

Los solteros, que habían jurado no hablar con ninguna doncella, no se interesaron por la ceremonia y con la intención de mostrar su desdén empezaron a prepararse para partir de inmediato a realizar una misión que Snass les había encomendado y que en un principio iban a dejar para la mañana siguiente. Los cálculos aproximados sobre la cantidad de caribúes realizados por los cazadores viejos no satisfacían del todo a Snass, quien decidió que el rebaño se había dividido. La tarea encomendada a los solteros era explorar hacia el norte y hacia el oeste en busca del otro grupo desgajado del gran rebaño.

Smoke, preocupado por la hoguera de Labiskwee, anunció que acompañaría a los solteros. Pero antes habló con Shorty y con McCan.

—Nos encontraremos al tercer día —dijo Shorty—. Nosotros llevaremos el equipo y los perros.

—Pero no lo olvidéis —advirtió Smoke—, si surge algún imprevisto y no podemos encontrarnos, vosotros seguid adelante y salid al Yukón. Eso no se discute. Si lo conseguís, podéis volver a buscarme en verano. Si soy yo quien tiene la oportunidad, lo lograré y volveré a buscaros.

McCan, de pie junto a su hoguera, con la mirada indicó una montaña accidentada, donde la elevada cordillera del oeste sobresalía en terreno abierto.

—Es ahí —dijo—. En el lado sur hay un arroyo pequeño. Iremos cauce arriba. Al tercer día nos encontraremos. Pasaremos por tu zona al tercer día. En cualquier punto de ese arroyo acabarás por encontrarte con nosotros o con nuestra senda.

Pero Smoke no tuvo la oportunidad esperada al tercer día. Los solteros cambiaron la dirección de su avance y mientras Shorty y McCan se esforzaban arroyo arriba con los perros, Smoke y los solteros se encontraban a casi cien kilómetros al noroeste, siguiendo

el rastro del segundo rebaño de caribúes. Regresaron al campamento varios días después, en medio de una nevada y en pleno crepúsculo. Una india dejó de gemir junto a una hoguera y se lanzó hacia Smoke. Con términos muy duros y mirada resentida y envenenada, lo maldijo mientras señalaba una silueta envuelta en pieles y en silencio, que permanecía sobre el trineo en la que la habían transportado.

Smoke solo pudo suponer lo ocurrido y, al llegar a la hoguera de McCan, estaba preparado para que lo maldijesen otra vez. Pero lo que vio fue al propio McCan concentrado en masticar una tira de carne de caribú.

—No soy un luchador —explicó, quejumbroso—. Pero Shorty se escapó, aunque aún lo persiguen. No sabes cómo peleó. Pero acabarán por atraparlo. No tiene oportunidad. Disparó a dos hombres que se recuperarán. Al tercero, la bala le atravesó el pecho.

—Sí, lo sé —dijo Smoke—. Acabo de ver a su viuda.

—Snass quiere verte —añadió McCan—. Ha ordenado que en cuanto llegases acudieras a su hoguera. No he cantado. No sabes nada. No lo olvides. Shorty se escapó por su cuenta, solo conmigo, sin ti.

En la hoguera de Snass, Smoke encontró a Labiskwee, quien lo miró con unos ojos tan dulces y tiernos que lo asustaron.

—Me alegro de que no intentaras escapar —dijo—. Verás, yo… —dudó, pero no apartó los ojos, envueltos en una luz inconfundible —. Encendí mi hoguera y, claro, era para ti. Ha ocurrido. Te aprecio por encima de todo y de todos. Más que a mil como Libash o como Mahkook. Amo. Es muy raro. Amo como amó Francesca, como amó Isolda. El viejo Cuatro Ojos decía la verdad. Los indios no aman así. Pero yo tengo los ojos azules y soy blanca. Somos blancos, tú y yo.

Smoke nunca había vivido la experiencia de que alguien le hiciera una propuesta de matrimonio y no supo estar a la altura de la situación. Peor, ni siquiera fue una propuesta. Se daba por hecho que él había aceptado. En la mente de Labiskwee estaba todo tan organizado, tan cálida era la luz de sus ojos que lo asombró que no lo abrazara y descansara la cabeza en su hombro. Luego comprendió que, a pesar de la sinceridad de su amor, la joven no conocía las distintas formas de expresarlo. Entre los salvajes

primitivos no existía esa costumbre y ella no había tenido la oportunidad de aprenderla.

Continuó parloteando y cantado el feliz estribillo de su amor mientras él luchaba por reunir fuerzas para herirla con la verdad, por decirlo de algún modo. Eso, al principio, le proporcionó una buena oportunidad.

—Pero Labiskwee, escucha —empezó a decir—. ¿Estás segura de que Cuatro Ojos te contó toda la historia sobre el amor de Paolo y Francesca?

Ella dio una palmada y se rio con la total certeza de ser feliz.

—¡Oh! ¡Hay más! ¡Ya sabía yo que tenía que haber mucho más sobre el amor! He pensado sin descanso desde que encendí mi hoguera. He…

En ese momento, Snass atravesó la cortina de nieve que caía, se acercó a la hoguera y Smoke perdió su oportunidad.

—Buenas noches —saludó secamente Snass—. Tu socio la ha liado buena. Me alegro de que tú tuvieses más sentido.

—Podrías contarme qué ha pasado —comentó Smoke.

El brillo de los dientes blancos tras la barba manchada no resultó agradable.

—Claro, te lo contaré. Tu socio ha matado a uno de los míos. Esa pulga llorica de McCan desertó al primer disparo. No volverá a escaparse. Pero mis cazadores tienen a tu socio rodeado en las montañas y lo atraparán. Nunca llegará a la cuenca del Yukón. En cuanto a ti, desde ahora dormirás junto a mi hoguera. Y no volverás a salir a explorar con los jóvenes. Te mantendré vigilado.

La nueva situación de Smoke en la hoguera de Snass resultaba violenta. Veía más que nunca a Labiskwee. La sinceridad de su amor resultaba terrible por su dulzura y su inocencia. Lo miraba enamorada de verdad, lo acariciaba con los ojos. Muchas veces se armó Smoke de valor para hablarle de Joy Gastell, pero siempre acababa descubriendo que era un cobarde. Lo peor era lo encantadora que resultaba Labiskwee. Mirarla era una delicia. A pesar de que cada momento que pasaba con ella su autoestima se resentía, disfrutaba igual. Por primera vez en su vida, Smoke estaba aprendiendo a entender a las mujeres. Tan nítida era el alma de Labiskwee, tan terrible su inocencia e ignorancia, que no podía interpretarla mal. Albergaba en su interior toda la prístina bondad

de su sexo, sin que le afecten los convencionalismos del conocimiento ni el engaño de la autodefensa. Repasó de memoria la obra de Schopenhauer y supo, sin reparo alguno, que tan triste filósofo estaba equivocado. Conocer a una mujer como Smoke había llegado a conocer a Labiskwee era saber que todos los hombres que odiaban a las mujeres estaban enfermos.

Labiskwee era maravillosa. Sin embargo, junto a su rostro real surgía siempre la imagen de Joy Gastell. Joy se contenía, se dominaba y contaba con todas las inhibiciones femeninas propias de la civilización, pero, debido a la imaginación de Smoke y al ejemplo de la mujer que tenía delante, la bondad de Joy Gastell no tenía nada que envidiar a la de Labiskwee. La una revalorizaba a la otra y todas las mujeres del mundo entero se revalorizaban debido a lo que Smoke veía en el alma de Labiskwee, junto a la hoguera de Snass, en la tierra de las nieves.

Smoke también aprendió mucho sobre sí mismo. Recordó todo lo que sabía de Joy Gastell y fue consciente de que la amaba. Sin embargo, disfrutaba con Labiskwee. Y esa sensación de disfrute, ¿qué era, sino amor? No podía degradarla dándole otro nombre. Era amor, tenía que serlo. El descubrimiento de esa vena polígama en su naturaleza lo conmocionó en lo más profundo del alma. En los estudios de San Francisco había oído discutir que un hombre podía amar a dos mujeres, o incluso a tres, al mismo tiempo. Pero nunca lo había creído. ¿Cómo iba creerlo sin haberlo experimentado? Ahora era distinto. Amaba de verdad a dos mujeres y, aunque la mayoría del tiempo estaba seguro de que quería más a Joy Gastell, había momentos en que tenía la misma certeza de amar más a Labiskwee.

—Debe de haber muchas mujeres en el mundo —dijo ella un día—. Y a las mujeres les gustan los hombres. Has debido gustar a muchas mujeres. Cuéntamelo.

Él no contestó.

—Cuéntamelo —insistió la joven.

—Nunca me he casado —evitó el tema Smoke.

—¿Y no hay nadie más? ¿No hay otra Isolda allá lejos, al otro lado de las montañas?

Entonces Smoke tuvo claro que era un cobarde. Mintió. Lo hizo a regañadientes, pero lo hizo. Negó con la cabeza mientras sonreía

despacio, travieso y, al notar la rápida y feliz transfiguración de Labiskwee, sintió más cariño de lo que podía imaginar.

Se disculpó ante sí mismo. Su razonamiento resultaba claramente jesuítico, pero él no era lo bastante espartano como para asestarle a aquella niña-mujer un golpe mortal.

Además, Snass constituía un factor inquietante del problema. Poco escapaba a sus penetrantes ojos negros y hablaba de manera significativa.

—Ningún hombre quiere ver a su hija casada —le dijo a Smoke—. Al menos ningún hombre que tenga imaginación. Duele. Pensarlo duele, te lo aseguro. De todos modos, siguiendo el orden natural de las cosas, Margaret debe casarse en algún momento.

Se hizo el silencio y Smoke volvió a preguntarse, por enésima vez, cuál sería la historia de Snass.

—Soy un hombre cruel y severo —continuó Snass—. Pero la ley es la ley y soy justo. Entre estas gentes primitivas, yo soy la ley y la justicia. Nadie desoye mi voluntad. Pero además soy padre y siempre he sufrido la maldición de tener una imaginación muy viva.

Smoke no llegó a saber qué intenciones llevaba ese monólogo porque se vio interrumpido por un arrebato de amonestaciones y risas argentinas procedentes de la tienda de Labiskwee, donde jugaba con un cachorrillo de lobo recién atrapado. Un espasmo de dolor contrajo el rostro de Snass.

—Puedo soportarlo —murmuró con tristeza—. Margaret debe casarse y yo tengo la suerte, como ella, de que estés aquí. Tuve pocas esperanzas con Cuatro Ojos. McCan era tan inútil que se lo entregué a una india que había encendido su hoguera durante veinte estaciones. De no ser por ti, habría sido un indio. Libash podría haberse convertido en el padre de mis nietos.

Entonces Labiskwee salió de su tienda y se acercó a la hoguera con el cachorro en los brazos, atraída como un imán, para mirar a aquel hombre con los ojos llenos de un amor que nadie le había enseñado a ocultar.

—ESCÚCHAME —dijo McCan—. El deshielo primaveral ha llegado y con él esa costra de hielo que se forma sobre la nieve tras derretirse y volver a congelarse y que permite viajar sin problemas a determinadas horas. Es la mejor época para viajar, excepto por las

ventiscas de primavera en las montañas. Las conozco bien. Contigo huiría sin problemas.

—Pero tú no puedes huir —lo contradijo Smoke—. No puedes mantener el ritmo de nadie. Tu médula es flexible como si estuviera descongelada. Si huyo, lo haré solo. Aunque el mundo se desvanece y tal vez no huya nunca. La carne de caribú es muy buena y pronto vendrán el verano y el salmón.

Snass le dijo después:

—Tu socio ha muerto. No lo mataron mis cazadores. Encontraron su cadáver, congelado tras la primera de las tormentas de primavera en las montañas. Nadie escapa. ¿Cuándo celebramos tu matrimonio?

Y Labiskwee:

—Te observo y veo preocupación en tus ojos, en tu rostro. Oh, conozco bien tu rostro. Tienes una pequeña cicatriz en el cuello, justo bajo la oreja. Cuando estás contento, las comisuras de tu boca se elevan. Si piensas en algo triste, descienden. Cuando sonríes se forman tres o cuatro arrugas en el borde de los ojos. Si te ríes hay seis. A veces incluso he contado siete. Pero ahora ya no las cuento. Nunca he leído un libro. No sé leer. Pero Cuatro Ojos me enseñó muchas cosas. Sé gramática. Él me la enseñó. Y en sus ojos vi también la preocupación que causa el hambre del mundo exterior. Él sentía a menudo hambre de mundo, aunque aquí había buena carne, pescado en abundancia, bayas y raíces y a veces los porcupine y los luskwa nos daban harina a cambio de pieles. Pero él sentía hambre de mundo. ¿Tan bueno es el mundo que también tú sientes hambre de él? Cuatro Ojos no tenía nada. Pero tú me tienes a mí. —Suspiró y negó con la cabeza—. Cuatro Ojos murió aún hambriento de mundo. Si vivieras aquí, ¿también morirías hambriento de mundo? Me temo que no conozco el mundo. ¿Quieres huir para volver al mundo?

Smoke no pudo hablar pero a la joven le bastó con observar las comisuras de su boca.

Transcurrieron varios minutos de silencio, durante los que ella luchó visiblemente y Smoke se maldijo a sí mismo por esa debilidad insospechada que le permitía decir la verdad sobre su hambre de mundo mientras mantenía sus labios sellados a la verdad de la existencia de la otra mujer.

Labiskwee volvió a suspirar.

—Está bien. Te quiero más de lo que temo la ira de mi padre y su ira es peor que una tormenta de montaña. Tú me dijiste lo que es el amor. Esta es una prueba de amor. Te ayudaré a huir de vuelta al mundo.

SMOKE SE DESPERTÓ suavemente, sin moverse. Unos dedos pequeños y cálidos rozaron su mejilla y resbalaron despacio hasta presionar sus labios. Un pelaje con el frío de la helada adherido hormigueó sobre su piel y la única palabra pronunciada, «Vamos», fue un susurro junto a su oído. Se sentó con cuidado y escuchó. Los cientos de perros lobo del campamento se entregaban a su cántico nocturno, pero bajo su ruido, muy cerca, pudo distinguir la respiración ligera y regular de Snass.

Labiskwee tiró levemente de la manga de Smoke y él supo que quería que la siguiera. Cogió los mocasines y los calcetines altos y salió a la nieve con ellos en la mano, solo calzado con los mocasines de dormir. Tras alejarse del brillo de la brasa ya moribunda de la hoguera, la joven le indicó que se calzara y, mientras él obedecía, volvió a entrar a la tienda en la que dormía Snass.

Palpando las manecillas de su reloj, Smoke supo que era la una de la madrugada. Hacía bastante calor, calculó que alrededor de 20°C bajo cero. Labiskwee regresó y lo guio por los oscuros pasillos del campamento que dormía. Por mucho cuidado que tuviesen, la escarcha crujía bajo sus mocasines, aunque el ruido quedaba ahogado por el clamor de los perros, demasiado concentrados en aullar para gruñir al hombre y la mujer que pasaban.

—Ya podemos hablar —dijo ella, a casi un kilómetro de distancia de la última hoguera.

Ahora, a la luz de las estrellas y frente a él, Smoke se fijó por vez primera en que la joven iba cargada y, al tantear, descubrió que llevaba las raquetas de nieve de él, un rifle, dos cintos de munición y las mantas de dormir.

—Lo tengo todo preparado —le dijo, riendo feliz—. Tardé dos días en hacer la despensa. Hay carne e incluso harina, cerillas y esquíes, que son mejores para la capa dura de hielo. Luego, cuando la capa se rompa, las raquetas aguantarán más. Sé viajar por la nieve e iremos veloces, mi amor.

Smoke guardó silencio. Que ella hubiese estado organizando su huida ya era una gran sorpresa, pero que planeara acompañarlo era más de lo que podía asumir. Incapaz de decidir cómo solucionarlo, fue liberándola, despacio y objeto a objeto, de la carga que llevaba. Luego la abrazó, pero seguía sin saber qué hacer.

—Dios es bueno —susurró ella—. Me ha enviado a alguien que me quiere.

Smoke fue lo bastante valiente como para no sugerir marcharse solo. Y antes de volver a hablar vio retroceder y desvanecerse todos sus recuerdos del mundo luminoso y las tierras bañadas por el sol.

—Regresaremos, Labiskwee —dijo—. Serás mi esposa y siempre viviremos con el pueblo del caribú.

—¡No! ¡No! —Negó con la cabeza y su cuerpo, rodeado por el brazo de él, reflejó cuánto la ofendía su propuesta—. Lo sé. Lo he pensado mucho. Te atacaría el hambre de mundo y durante las largas noches devoraría tu corazón. Cuatro Ojos murió de hambre je mundo. También morirías tú. Todos los hombres de mundo se mueren por él. Y yo no quiero que mueras. Cruzaremos las montañas de nieve transversalmente hacia el sur.

—Querida, escucha —insistió él—. Debemos regresar.

Ella presionó su manopla contra los labios de Smoke para que no siguiera hablando.

—Me quieres. Di que me quieres.

—Te quiero, Labiskwee. Eres un milagro de amor.

La caricia de la manopla volvió a impedir que siguiera hablando.

—Continuaremos hasta la despensa —dijo ella con decisión—. Está a cinco kilómetros de aquí. Vamos.

Él no se movió y aunque ella tiró de su brazo no consiguió hacerlo avanzar. Estaba a punto de hablarle de la otra mujer que vivía en el sur.

—Sería un gran error que regresaras —dijo ella—. Yo… no soy más que una joven salvaje y el mundo me da miedo, pero temo más por ti. Verás, es tal y como me dijiste. Te quiero más que a nadie o nada en el mundo. Te quiero más que a mí misma. La lengua india no es buena. El inglés no es bueno. Lo que mi corazón piensa de ti son ideas brillantes como las estrellas y tantas como ellas, pero no hay lengua que las exprese. ¿Cómo decírtelas? Están ahí, ¿lo ves?

Al tiempo que hablaba, despojó la mano de él de su guante y la

introdujo en la calidez de la parka de ella hasta dejarla descansar sobre el corazón. Con fuerza y sin soltarla, presionó la mano de él y, en medio del prolongado silencio, Smoke oyó el latido del corazón de la joven y supo que latía por amor. Entonces despacio, casi de forma imperceptible, sin dejar de sujetar la mano de Smoke, el cuerpo de ella empezó a alejarse de él en dirección a la despensa. Smoke no pudo resistirse. Era como si el corazón de ella, que casi tenía en el hueco de su mano, tirase de él.

La costra era tan resistente —se había congelado durante la noche tras haberse derretido la superficie durante el día— que avanzaron rápidamente con los esquíes.

—Aquí mismo está la despensa, entre los árboles —le dijo Labiskwee a Smoke.

Al instante lo agarró del brazo, sobresaltada. Las llamas de una pequeña hoguera bailaban alegremente y, acurrucado junto al fuego, aguardaba McCan. Labiskwee murmuró algo en indio que sonó tan violento, tan parecido a un latigazo, que Smoke recordó cómo la llamaba Cuatro Ojos: Guepardo.

—Estaba seguro de que intentarías escapar sin mí —explicó McCan cuando se acercaron a él, con la mirada fija y brillante de astucia—, así que vigilé a la chica y cuando la vi almacenar esquíes y comida, me preparé. He traído esquíes, raquetas y comida. ¿La hoguera? No hay peligro. Todo el campamento duerme y ronca y hacía frío mientras os esperaba. ¿Nos vamos ya?

Labiskwee miró consternada a Smoke al tiempo que juzgaba la situación y hablaba. En sus palabras dejó ver, por muy niña-mujer enamorada que fuese, la firme y rápida decisión de quien en otros asuntos de la vida no resultaba nada dependiente.

—McCan, eres un canalla —susurró, asomando a sus ojos una ira salvaje—. Sé que estás decidido a despertar al campamento si no te llevamos con nosotros. Muy bien, tendremos que llevarte. Pero ya conoces a mi padre: yo soy como él. Harás tu parte del trabajo. Obedecerás. Y si nos haces una sola jugarreta, te arrepentirás de haber huido.

McCan la miró, reflejando temor y odio en sus ojillos de cerdo, mientras la ira de ella, al mirar a Smoke, se transformaba en radiante ternura.

—¿Te parece bien lo que he dicho? —preguntó.

Al amanecer se encontraban en la franja de estribaciones que se extendía entre el terreno abierto y ondulado y las montañas. McCan sugirió desayunar, pero continuaron avanzando. No comerían hasta que el deshielo de primera hora de la tarde ablandase la costra y les impidiera viajar.

Las estribaciones enseguida se volvieron más accidentadas y el arroyo por cuyo lecho congelado viajaban empezó a enhebrar cañones cada vez más profundos. Los indicios primaverales escaseaban, aunque en un cañón encontraron tramos espumosos de aguas abiertas y en dos ocasiones vieron grupos de sauces enanos con los primeros síntomas de ir a echar brotes.

Labiskwee le explicó a Smoke su conocimiento del país y la manera en la que planeaba desconcertar a sus perseguidores. Solo había dos formas de salir: una hacia el oeste y la otra hacia el sur. Snass enviaría de inmediato grupos de jóvenes para vigilar ambas sendas. Pero existía otra ruta hacia el sur. Cierto era que se limitaba a penetrar hasta medio camino entre las altas montañas y luego, tras girar al oeste y cruzar tres divisorias, desembocaba en el camino normal. Cuando los jóvenes no encontrasen huellas ni rastro alguno en el camino normal, retrocederían convencidos de que habían huido rumbo al oeste, sin siquiera imaginar que los fugitivos pudiesen adentrarse en la senda más larga y mucho más dura.

Tras echar una ojeada a McCan, que iba en la retaguardia, Labiskwee le dijo a Smoke en voz baja:

—Está comiendo. Eso no es bueno.

Smoke miró y vio que el irlandés mascaba en secreto sebo de caribú que llevaba en el bolsillo.

—Nada de picar entre comidas, McCan —ordenó—. No hay caza en la zona a la que vamos y tendremos que repartir las provisiones en raciones iguales desde el principio. Solo puedes viajar con nosotros si juegas limpio.

A la una, la costra se había derretido hasta el punto de que los esquíes la atravesaban y antes de las dos tampoco servían las raquetas. Montaron el campamento y comieron. Smoke hizo un inventario de las provisiones. La parte de McCan resultó ser una decepción. Había metido a presión tantas pieles de zorro plateado en el fondo de la bolsa de la comida que casi no dejó espacio para la carne.

—Te aseguro que no sabía que había tantas —explicó—. Lo hice a oscuras. Pero valen lo suyo. Y con tanta munición podremos cazar cuanto queramos.

—Los lobos se cebarán contigo —fue el desesperado comentario de Smoke, mientras los ojos de Labiskwee brillaban de ira.

En opinión de Smoke y Labiskwee, tenían comida para un mes si economizaban con cuidado y no saciaban nunca por completo el apetito. Smoke distribuyó el peso y volumen de las cargas cediendo ante la insistencia de Labiskwee, quien se declaraba perfectamente capaz de llevar tanto como ellos.

Al día siguiente el arroyo perdió profundidad al cruzar un ancho valle de montaña y, para cuando alcanzaron la superficie más dura de la pendiente de la divisoria, la costra de las marismas ya no soportó su peso.

—Diez minutos más y no habríamos podido cruzar las marismas —comentó Smoke cuando se detuvieron para recuperar el aliento en la cima baldía de la divisoria—. Aquí debemos estar a unos trescientos metros de altura.

Pero Labiskwee, sin hablar, señaló hacia abajo, a un claro entre los árboles. En el centro, separados aunque en la misma horizontal, se veían cinco puntos oscuros que casi no se movían.

—Los jóvenes —dijo Labiskwee.

—Están hundidos hasta las caderas —comentó Smoke—. Hoy no podrán llegar a una zona de suelo firme. Les llevamos horas de ventaja. Vamos, McCan, espabila. No comeremos hasta que ya no podamos seguir viaje.

McCan gruñó pero no tenía sebo de caribú en el bolsillo y volvió a ocupar la retaguardia.

En el valle más alto en el que se encontraban, la costra no se rompió hasta las tres de la tarde, momento en el que lograron alcanzar la sombra de una montaña donde la costra ya se estaba congelando de nuevo. Solo se detuvieron en una ocasión para sacar el sebo confiscado a McCan, que fueron comiendo mientras caminaban. La carne estaba congelada como una piedra y solo podían comerla tras descongelarla en una hoguera, pero el sebo se desmenuzaba en sus bocas y calmaba el palpitante desfallecimiento de sus estómagos.

La oscuridad más negra, con el cielo encapotado, llegó a las

nueve, tras un crepúsculo muy largo, y entonces montaron el campamento entre un grupo de píceas enanas. McCan gemía, inútil por completo. El día de marcha había resultado agotador pero además, a pesar de sus nueve años de experiencia en el ártico, se había dedicado a comer nieve, por lo que la boca reseca y ardiente le provocaba una agonía terrible. Mientras los otros dos montaban el campamento, él se acurrucó junto a la hoguera, sin dejar de quejarse.

Labiskwee se mostraba incansable y Smoke sintió asombro ante la vida que albergaba su cuerpo y la resistencia de mente y músculo. Además, su alegría no era impostada. Siempre tenía una risa o una sonrisa para él y, cuando su mano tocaba la de él por casualidad, se detenía para convertir el gesto en una caricia. Sin embargo, cada vez que miraba a McCan, su rostro se endurecía, despiadado, y su mirada se congelaba.

Por la noche llegaron el viento y la nieve y luego avanzaron con dificultad durante el día, cegados por la ventisca que les hizo pasar de largo la desviación que llevaba al cauce alto de un pequeño arroyo y cruzaba una divisoria al oeste. Deambularon durante dos días más, cruzando otras divisorias equivocadas, y durante esos dos días dejaron atrás la primavera y ascendieron al lugar donde moraba el invierno.

—Los jóvenes han perdido nuestro rastro. ¿Por qué no descansamos un día? —rogó McCan.

Sin embargo, no descansaron. Smoke y Labiskwee sabían el peligro que corrían. Estaban perdidos en la zona más elevada de las montañas y no habían visto caza alguna ni rastro de ella. Día tras día luchaban para avanzar en medio de un paisaje durísimo que los obligaba a adentrarse en cañones laberínticos y valles que casi nunca llevaban al oeste. En una ocasión, dentro de uno de esos cañones, no les quedó más remido que seguirlo, sin importar adonde los guiase, porque los picos helados y las cordilleras más altas que los acompañaban a cada lado resultaban imposibles de escalar, infranqueables. El enorme esfuerzo y el frío agotaban sus energías; aun así, se vieron obligados a recortar las raciones.

Una noche, el ruido de una pelea despertó a Smoke. Oyó claramente un jadeo, como si alguien se ahogase, procedente del lugar donde dormía McCan. Alimentó la hoguera para provocar la

llama y a su luz vio a Labiskwee con las manos en el cuello del irlandés, obligándolo a escupir un pedazo de carne parcialmente masticada. En ese momento, la joven echó la mano a la cadera y en ella brilló un cuchillo de caza.

—¡Labiskwee! —gritó Smoke, autoritario.

La mano dudó.

—No —insistió él, al tiempo que llegaba a su lado.

La joven temblaba de rabia pero la mano, tras dudar un poco más, descendió de mala gana hasta la funda. Como si temiera no poder contenerse, se acercó a la hoguera y añadió más leña. McCan se sentó entre gemidos y gruñidos, medio asustado y medio enfadado, farfullando una explicación inarticulada.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Smoke.

—Rebusca en su cuerpo —dijo Labiskwee.

Era lo primero que decía y su voz tembló debido a una ira que no lograba contener.

McCan quiso luchar, pero Smoke lo agarró con crueldad y lo registró. De debajo de su axila, donde se había derretido al calor de su cuerpo, extrajo una tira de carne de caribú. Una rápida exclamación de Labiskwee llamó la atención de Smoke. Se había acercado a la mochila de McCan y la estaba abriendo. En lugar de carne, encontró musgo, agujas de pícea, virutas de madera: todos los desechos ligeros que habían ocupado el lugar de la carne y proporcionado a la mochila el tamaño adecuado sin tanto peso.

La mano de Labiskwee volvió a la cadera y la joven se lanzó hacia el culpable para acabar en los brazos de Smoke, donde se rindió, sollozando con la futilidad de su ira.

—Oh, amor, no es por la comida —jadeó—. Es por ti, por tu vida. ¡Canalla! ¡Te está comiendo a ti! ¡Te come a ti!

—Sobreviviremos —la consoló Smoke—. A partir de ahora llevará la harina. No podrá comérsela cruda y si lo hace, yo mismo lo mataré, porque se comerá tu vida, además de la mía. —La estrechó aún más—. Escúchame, matar es para los hombres. Las mujeres no matan.

—¿No me querrías si mato a ese canalla? —preguntó ella, sorprendida.

—No tanto —quiso ganar tiempo Smoke.

Ella suspiró resignada.

—Está bien —dijo—. No lo mataré.

La persecución de los jóvenes era implacable. Por pura suerte, además de deducir el camino que debían seguir los fugitivos según la topografía, los jóvenes encontraron la senda oculta por la ventisca y se pegaron a ella. Si la nieve volaba, Smoke y Labiskwee seguían las rutas más improbables y giraban hacia el este cuando la mejor senda se abría al sur o al oeste, o ascendían una divisoria alta en lugar de cruzar una más baja. Como estaban perdidos, tanto les daba. Sin embargo, no lograban librarse de los jóvenes. A veces les sacaban varios días de ventaja, pero los jóvenes siempre conseguían aparecer de nuevo. Tras una tormenta, cuando perdían el rastro por completo, se organizaban como una jauría de perros de caza y quien encontraba el rastro más reciente avisaba a sus compañeros haciendo señales de humo.

Smoke perdió la cuenta del tiempo: de los días, las noches, las tormentas y los campamentos. Labiskwee y él avanzaban luchando en medio de una fantasmagoría absurda de sufrimiento y esfuerzo, con McCan trastabillando tras ellos, parloteando sobre San Francisco, su sueño perpetuo. A su alrededor se alzaban unos picos enormes, despiadados y serenos que se recortaban sobre el gélido azul. Descendían por cañones negros de paredes tan empinadas que ni la nieve podía pegarse a sus rocas o cruzaban valles glaciales en los que, muy por debajo de sus pies, se extendían lagos congelados. Una noche, entre dos tormentas, un volcán lejano iluminó el cielo. Nunca más volvieron a verlo y se preguntaron si habría sido un sueño.

Las costras quedaban cubiertas por varios metros de nieve reciente, sobre la que volvían a formarse costras que a su vez de nuevo cubría la nieve. En algunos puntos —en los ventisqueros de los cañones— cruzaban extensiones de nieve de decenas de metros de profundidad, y también atravesaban diminutos glaciares en grietas muy ventosas y sin nieve alguna. Se deslizaban como espectros silenciosos sobre la superficie de una avalancha inminente o su rugido los despertaba de un sueño exhausto. En el límite superior de la vegetación arbórea acampaban sin encender hogueras y derretían las raciones de carne con el calor de sus cuerpos. A pesar de todo eso, Labiskwee siguió siendo Labiskwee. Su buen

humor solo se desvanecía cuando miraba a McCan y ni el peor aturdimiento provocado por la fatiga o el frío silenciaba la elocuencia de su amor por Smoke.

Observaba como un gato el reparto de las escasas raciones y Smoke era consciente de que guardaba rencor a McCan por cada movimiento de sus mandíbulas. Una vez le tocó a ella distribuir la ración. Enseguida se oyó una violenta arenga de protesta por parte de McCan. No solo a él, sino también a ella misma, Labiskwee había entregado una porción más pequeña que la de Smoke. Después de eso, Smoke se ocupó siempre de repartir la carne. Una mañana, tras una noche en la que no dejó de nevar, una pequeña avalancha los atrapó y los lanzó cien metros ladera abajo, tras lo que emergieron medio ahogados pero ilesos, aunque McCan salió sin su mochila, en la que iba toda la harina. Un segundo alud, más grande, la enterró sin esperanza alguna de recuperación. Después de eso, aunque él no había tenido la culpa del desastre, Labiskwee no volvió a mirar a McCan y Smoke supo que era porque no se atrevía.

Era una mañana absolutamente serena, de cielo azul y despejado, en la que la luz del sol se reflejaba sobre la nieve. La senda ascendía una ladera larga y ancha cubierta de costra. Andaban como fantasmas agotados de un mundo muerto. Ni un soplo de viento se movía en la calma glacial y estancada. Los picos lejanos, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, que tachonaban arriba y abajo la columna vertebral de las Rocosas, se apreciaban tan claramente como si no estuvieran a más de diez kilómetros.

—Ya a pasar algo —susurró Labiskwee—. ¿No lo sientes? Aquí, allá, en todas partes. Todo está raro.

—Siento un estremecimiento que no es de frío —respondió Smoke—. Tampoco de hambre.

—Está en tu cabeza, en tu corazón —convino ella, nerviosa—. Así lo siento yo también.

—No es algo que dependa de mis sentidos —diagnosticó Smoke —. Es algo que siento desde fuera, un estremecimiento de hielo, un escalofrío de mis nervios.

Un cuarto de hora después hicieron una pausa para recuperar el aliento.

—Ya no veo los picos lejanos —dijo Smoke.

—El aire se espesa, se hace denso —dijo Labiskwee—. Cuesta

respirar.

—Hay tres soles —murmuró McCan con la voz ronca, tambaleándose al tiempo que se apoyaba en su bastón.

A cada lado del sol auténtico había otro falso.

—Hay cinco —dijo Labiskwee.

Y mientras miraban se formaron nuevos soles que brillaron ante sus ojos.

—Dios santo, el cielo está tan lleno de soles que es imposible contarlos —gritó McCan aterrorizado.

Era verdad porque, miraran hacia donde mirasen, el medio círculo del cielo resplandecía con la formación de nuevos soles.

McCan soltó un chillido agudo de sorpresa y dolor.

—¡Algo me ha picado! —exclamó y volvió a chillar.

Luego gritó Labiskwee y Smoke sintió una puñalada hormigueante en la mejilla, tan fría que quemaba como el ácido. Le recordó a la experiencia de nadar en el mar y sufrir la picadura de los filamentos venenosos de una carabela portuguesa. La sensación era tan similar que se frotó la mejilla de forma automática para librarse de la sustancia urticante que no estaba allí.

Entonces se oyó un disparo extrañamente amortiguado. Colina abajo se encontraban los jóvenes, erguidos sobre sus esquíes, y uno tras otro fueron abriendo fuego.

—¡Desplegaos! —ordenó Smoke—. ¡Y seguid ascendiendo! Casi hemos llegado a la cima. Ellos están cuatrocientos metros más abajo, lo que significa que podremos sacarles tres kilómetros de ventaja antes de que empiecen a descender por la otra vertiente.

Con los rostros irritados y aguijoneados por las invisibles cuchilladas atmosféricas, los tres se desplegaron sobre la superficie nevada y continuaron luchando por ascender. Los disparos amortiguados de los rifles sonaban raros a sus oídos.

—Gracias a Dios que cuatro tienen mosquetes y solo hay un Winchester —dijo jadeando Smoke a Labiskwee—. Además, todos esos soles afectan a su puntería. Los engañan. No se han acercado a nosotros tanto como creen.

—Pero muestran el carácter de mi padre —dijo ella—. Tienen órdenes de matar.

—Qué raro hablas —contestó Smoke—. Tu voz me llega como si viniera desde muy lejos.

—Tápate la boca —gritó Labiskwee de repente—. Y no hables. Ya sé lo que es. Tápate la boca con la manga, así, y no hables.

McCan cayó primero y luchó, agotado, por ponerse en pie. Después todos cayeron varias veces antes de alcanzar la cima. Sus voluntades superaban la capacidad de sus músculos, aunque no sabían por qué, excepto que el entumecimiento y la pesadez de movimientos oprimían sus cuerpos. Al mirar atrás desde la cima vieron a los jóvenes tropezar y caer mientras ascendían.

—Jamás conseguirán llegar hasta aquí —dijo Labiskwee—. Es la muerte blanca. Lo sé aunque nunca la he visto. He oído a los ancianos hablar de ella. Pronto caerá una neblina distinta a cualquier neblina, niebla o vaho de escarcha. Pocos la han visto y sobrevivido.

McCan jadeó e hizo un ruido como si se ahogara.

—Mantón la boca tapada —ordenó Smoke.

Un penetrante destello de luz los rodeó e hizo que Smoke alzase la vista hacia los muchos soles. Brillaban como ocultos tras un velo. El aire estaba cubierto de destellos microscópicos. La extraña neblina borraba por completo los picos cercanos. Los jóvenes, que luchaban con resolución por acercarse a ellos, se vieron devorados por la niebla. McCan se acuclilló sobre sus esquíes, con la boca y los ojos protegidos tras los brazos.

—Vamos, en marcha —ordenó Smoke.

—No puedo moverme —gimió McCan.

Su cuerpo doblado intentó balancearse. Smoke se dirigió hacia él despacio, casi incapaz de obligarse a moverse debido al letargo que pesaba sobre su carne. Se fijó en que la cabeza funcionaba bien. Solo se veía afectado el cuerpo.

—Déjalo —murmuró Labiskwee con severidad.

Pero Smoke insistió y obligó al irlandés a levantarse de cara a la larga ladera que debían descender. Luego le dio un empujón para ponerlo en marcha y McCan, usando el bastón para frenar y guiarse, se adentró en el brillo de polvo de diamante y desapareció.

Smoke miró a Labiskwee, quien sonrió, aunque era lo único que podía hacer para evitar desplomarse. Smoke le hizo un gesto con la cabeza para animarla a marcharse, pero ella se acercó a él y, uno junto al otro, separados por tres metros de distancia, descendieron cruzando la densidad punzante del fuego helado.

Aunque frenaba continuamente, el cuerpo de Smoke pesaba más que el de Labiskwee, por lo que acabó adelantándola y avanzando en solitario durante un buen trecho y a una velocidad tremenda que no disminuyó hasta que llegó a una meseta horizontal, cubierta de costra. Allí frenó para que Labiskwee lo alcanzara y continuaron avanzando uno junto al otro, cada vez más despacio hasta que se detuvieron por completo. El letargo era más acusado. Ni el mayor esfuerzo de voluntad lograba que se movieran a un ritmo superior al de un caracol. Pasaron junto a McCan, de nuevo acuclillado sobre los esquíes, y Smoke lo espabiló con el bastón.

—Ahora debemos detenernos —susurró Labiskwee con mucho esfuerzo—, o moriremos. Tenemos que taparnos por completo. Eso dicen los ancianos.

No se detuvo en desatar nudos, sino que directamente cortó las correas de su mochila. Smoke la imitó y, tras echar una última ojeada a la abrasadora neblina mortal y a la farsa de los soles, se taparon por completo con las mantas de dormir y se acurrucaron el uno en los brazos del otro. Sintieron que un cuerpo tropezaba con ellos y caía, y luego oyeron un débil gimoteo y una blasfemia ahogada en un violento ataque de tos, por lo que supieron que era McCan quien se aovillaba junto a ellos al tiempo que se tapaba con la manta.

Ellos también comenzaron a sentir que se ahogaban y una tos seca, espasmódica e incontrolable los desgarraba y torturaba. Smoke se dio cuenta de que su temperatura aumentaba porque tenía fiebre y lo mismo le ocurría a Labiskwee. Hora tras hora los ataques de tos aumentaron en frecuencia e intensidad y lo peor no llegó hasta media tarde. Después, poco a poco, la situación fue mejorando y entre ataque y ataque dormitaban, exhaustos.

Sin embargo, McCan continuó tosiendo cada vez más y, por sus gemidos y aullidos, supieron que deliraba. En una ocasión, Smoke hizo ademán de apartar las mantas, pero Labiskwee se agarró a él con fuerza.

—No —rogó—. Si te destapas ahora moriremos. Entierra aquí el rostro, en mi parka, respira despacio y no hables, ¿lo ves?, como hago yo.

Continuaron dormitando durante el período de oscuridad, a pesar de que los decrecientes ataques de tos de uno siempre

despertaban al otro. Después de la medianoche, según calculó Smoke, McCan tosió por última vez. Luego solo emitió gemidos bestiales, sin fuerza y sin cesar.

Smoke se despertó con el roce de unos labios en los suyos. Los brazos de Labiskwee lo rodeaban en parte y su cabeza descansaba sobre el pecho de ella, que le habló con la misma voz alegre de siempre. Ya nada amortiguaba su sonido.

—Es de día —dijo, levantando lo justo el bordillo de las mantas—. Mira, amor, es de día. Hemos sobrevivido y ya no tosemos. Volvamos al mundo, aunque yo me quedaría aquí y así por siempre jamás. Esta última hora ha sido muy dulce. He estado despierta, amándote mientras dormías.

—No oigo a McCan —dijo Smoke—. ¿Y qué les ha pasado a los jóvenes, que no nos han encontrado?

Apartó las mantas y vio que en el cielo brillaba un sol normal y solitario. Soplaba una brisa suave y fría que anunciaba futuros días más cálidos. El mundo volvía a ser lógico. McCan yacía de espaldas con el rostro sucio y moreno debido al humo del campamento congelado como el mármol. La imagen no afectó a Labiskwee.

—¡Mira! —exclamó—. Un gorrión de las nieves. Es buena señal.

No se veía ni rastro de los jóvenes. O habían muerto al otro lado de la divisoria o habían regresado.

Tenían tan poca comida que no se atrevieron a consumir ni la décima parte de lo que necesitaban, ni una centésima parte de lo que deseaban y durante los días siguientes, mientras vagaban entre montañas solitarias, la nítida punzada de la vida se fue atenuando y el viaje se convirtió casi en un sueño. De repente, Smoke recuperaba la consciencia y se encontraba mirando esos picos nevados, interminables y odiosos, con su parloteo inconsciente sonando aún en los oídos. Cuando volvía a darse cuenta, tras lo que parecían siglos, era porque de nuevo sus propias divagaciones lo habían despertado. También Labiskwee avanzaba aturdida la mayor parte del tiempo. Ambos se esforzaban de forma automática e irracional. Y siempre intentaban marchar hacia el oeste, pero los picos nevados y las cordilleras infranqueables los empujaban al norte o al sur.

—No hay camino hacia el sur —dijo Labiskwee—. Los ancianos lo saben. Hay que avanzar siempre hacia el oeste, solo hacia el

oeste.

Los jóvenes ya no los seguían, pero la hambruna acechaba.

Llegó un día en que hizo más frío y una nieve densa, que no era nieve sino cristales de escarcha del tamaño de granos de arena, empezó a caer. Cayó de día y de noche y siguió cayendo durante tres días y tres noches. Resultaba imposible viajar hasta que, bajo el sol de primavera, formase costra, de manera que se tumbaron sobre sus pieles y descansaron. Tan pequeña era la ración permitida que no apaciguaba la punzada del hambre, en buena parte debida al estómago pero en mayor medida al cerebro. Labiskwee delirando, enloquecida por el sabor de su diminuta porción, entre murmullos, sollozos y chillidos agudos de alegría como los de un animalito se lanzó sobre su ración del día siguiente y se la metió en la boca.

Entonces Smoke presenció una especie de milagro. Al sentir la comida entre los dientes, Labiskwee recuperó la consciencia. La escupió y, muy enfadada, se dio puñetazos en la boca culpable.

Durante los días que siguieron, Smoke pudo ver muchos otros milagros. Tras la prolongada nevada sopló un vendaval que empujó las partículas de escarcha secas y diminutas como si fuesen arena en una tormenta. La arena de escarcha se movió durante toda la noche y, a la luz de un día despejado y ventoso, Smoke vio con los ojos llorosos y la cabeza dándole vueltas lo que tomó como la imagen de un sueño. A su alrededor se alzaban picos grandes y pequeños, centinelas solitarios y grupos de poderosos titanes. En la punta de cada pico, oscilaban, ondeaban, resplandecían ampliamente contra el azul celeste del firmamento y flameaban unas gigantescas banderas de nieve que medían varios kilómetros de largo, lechosas y nebulosas, que ondulaban luces y sombras y arrancaban destellos plateados al sol.

—Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor —canturreó Smoke mientras disfrutaba de esa polvareda de nieve empujada por el viento y convertida en fulares de luz sedosa y reluciente para el cielo.

Continuó mirando y los picos con sus banderas no se esfumaron, pero él siguió pensando que soñaba hasta que Labiskwee se sentó entre las pieles.

—Estoy soñando, Labiskwee —le dijo—. Mira, ¿tú también sueñas dentro de mi sueño?

—No es un sueño —contestó ella—. Esto me lo contaron los ancianos. Después de esto soplarán los vientos cálidos y nosotros viviremos y llegaremos al oeste.

De un disparo, Smoke mató un gorrión de las nieves y se lo repartieron. Otra vez, en un valle donde los sauces mostraban brotes aún rodeados de nieve, mató una liebre. También cazó una magra comadreja nival. Esa fue toda la carne que encontraron, nada más, aunque en una ocasión, a ochocientos metros de altura y rolando al oeste y al Yukon, vieron pasar una bandada de patos salvajes.

—En los valles inferiores es verano —dijo Labiskwee—. Pronto lo será aquí también.

El rostro de Labiskwee había adelgazado pero los ojos brillantes y grandes eran más grandes y más brillantes y, cuando lo miraba, una belleza salvaje y sobrenatural la transfiguraba.

Los se hicieron más largos y la nieve empezó a hundirse. La costra se derretía a diario y volvía a congelarse de noche, por lo que caminaban temprano y tarde y se veían obligados a acampar y descansar durante las horas centrales del día, en las que la costra al derretirse no soportaba su peso. Cuando Smoke se quedaba ciego debido al resplandor de la nieve, Labiskwee lo remolcaba con una tira de cuero que se ataba a la cintura. Y cuando la ciega era ella, quien remolcaba era él. Hambrientos, en medio de un sueño, continuaron luchando para cruzar una tierra que despertaba y que estaba vacía de vida, exceptuando la de ellos dos.

Aunque se sentía exhausto, Smoke temía quedarse dormido, tan espantosas y amargas eran las visiones que provocaba en él esa tierra crepuscular e insana. Siempre estaban relacionadas con la comida y siempre, cuando ya la tenía en los labios, el maligno inventor de sus sueños se la arrebataba. Celebraba cenas para sus compañeros de los viejos tiempos en San Francisco y él mismo, estimulando su apetito y sintiendo celos, se ocupaba de dirigir los preparativos y de decorar la mesa con hojas y racimos de uvas otoñales. Los invitados se retrasaban y mientras los recibía y todos se mostraban brillantes e ingeniosos, él enloquecía de ganas de sentarse a la mesa. Sin que nadie lo viese, se acercaba a ella, se apoderaba de un puñado de aceitunas negras y se giraba para recibir a otro invitado. Varios lo rodeaban y continuaban las risas y

las ocurrencias, mientras las carnosas aceitunas permanecían ocultas en su mano cerrada.

Daba muchas cenas de ese tipo y todas tenían el mismo final vacío. Asistía a festines pantagruélicos en los que las multitudes se alimentaban de innumerables bueyes asados enteros en hoyos humeantes, de los que los sacaban y, con cuchillos bien afilados, cortaban enormes tiras de carne. Permanecía boquiabierto bajo largas hileras de pavos que vendían carniceros ataviados con mandiles blancos. Todo el mundo compraba menos Smoke, con la boca aún abierta, encadenado a la acera por su incapacidad para moverse. De vuelta a la infancia, se sentaba con la cuchara en equilibrio sobre unos cuencos enormes llenos de leche y pan. Perseguía a las tímidas vaquillas por los pastos de las tierras altas y se atormentaba en un vano esfuerzo por robarles la leche, y en fétidas mazmorras luchaba con las ratas para apoderarse de las sobras y la basura. No había comida que para él no implicase locura y vagabundeaba por establos inmensos en los que unos caballos bien alimentados y gordos permanecían en sus casillas, que formaban hileras de un kilómetro de largo, pero por más que buscaba nunca encontraba los cubos de salvado gracias a los que se atiborraban.

Solo una vez sacó ventaja a su sueño. Muriéndose de hambre, tras naufragar o haber sido abandonado en una isla, luchó contra el oleaje del Pacífico para arrancar los mejillones agarrados a las rocas y los llevó playa arriba hasta la madera de deriva seca empujada por las mareas vivas. La usó para encender una hoguera, sobre cuyas brasas depositó su valioso tesoro. Vio brotar el vapor y abrirse las conchas cerradas, dejando a la vista la carne color salmón. Sabía que ya estaban cocinados. Y esa vez no había ninguna presencia intrusa que pudiese llevarse la comida. Por fin —eso fue lo que soñó dentro de su sueño— el sueño se haría realidad. Esa vez iba a comer. Sin embargo, en su certeza dudó y ya se armaba de valor para soportar el inevitable cambio de situación cuando sintió que la carne color salmón, sabrosa y caliente, estaba en el interior de su boca. Sus dientes se cerraron sobre el mejillón. ¡Y comió! La conmoción lo despertó, se encontró rodeado de oscuridad, boca arriba, y se oyó a sí mismo soltar grititos y gruñidos de alegría. Sus mandíbulas se movían y entre sus dientes crujía un

trozo de carne. No se movió y enseguida unos dedos pequeños tantearon en busca de sus labios e introdujeron en su boca otra diminuta lonchita de carne. Se negó a seguir comiendo, se enfadó mucho, Labiskwee lloró y se quedó dormida, sollozando, entre sus brazos. Pero él permaneció despierto, maravillado por aquel milagro de mujer y el amor que era capaz de sentir.

LLEGÓ EL MOMENTO en que se acabó la comida. Los picos altos desaparecieron, las divisorias eran más bajas y el camino se abría prometedor hacia el oeste. Pero sus reservas de fuerza se habían agotado y, sin comida, no tardó en llegar una noche en la que se acostaron para dormir y al día siguiente ya no pudieron levantarse. Smoke, muy debilitado, se puso en pie, se derrumbó y, a cuatro patas, se ocupó de preparar una hoguera. Pero, por más que lo intentó, Labiskwee no logró incorporarse, tan extrema era su debilidad. Smoke se dejó caer a su lado, en el rostro una mueca de burla hacia ese instinto que lo había empujado a luchar para encender una hoguera innecesaria. No tenían nada que cocinar y el día era cálido. Una brisa suave suspiraba entre las píceas y de todas partes, bajo la nieve que desaparecía, llegaba la música lenta de los riachuelos ocultos.

Labiskwee yacía aturdida y su respiración era tan imperceptible que a menudo Smoke pensaba que estaba muerta. A primera hora de la tarde lo despertó el parloteo de una ardilla. Tirando del pesado rifle, chapoteó entre la nieve medio derretida. Se arrastraba a cuatro patas o se ponía en pie para caerse de nuevo en la dirección de la ardilla que cotorreaba su enfado y que huía despacio, incitándolo a seguirla. No tenía fuerzas para efectuar un disparo rápido y la ardilla no se quedaba quieta. A veces se tumbaba sobre la humedad de la nieve derretida y lloraba de pura debilidad. En otras ocasiones la llama de su vida parpadeaba y la oscuridad lo invadía. No supo cuánto había durado su último desmayo, pero se despertó temblando por el frío del atardecer, con la ropa húmeda congelada y pegada a la nueva costra. La ardilla no estaba y, tras una lucha agotadora, consiguió volver junto a Labiskwee. Su debilidad era tan profunda que pasó toda la noche como si estuviera muerto y ni siquiera sus sueños lo molestaron.

El sol brillaba en el cielo y la misma ardilla parloteaba entre los

árboles cuando el contacto de la mano de Labiskwee sobre su mejilla despertó a Smoke.

—Pon tu mano en mi corazón, amor —dijo ella con voz diáfana pero tenue, muy lejana—. Mi corazón es mi amor y tú lo tienes en tu mano.

Transcurrió mucho tiempo antes de que volviera a hablar.

—No olvides que no hay salida hacia el sur. El pueblo del caribú lo sabe bien. Oeste, ese es el camino. Ya casi has llegado y lo conseguirás.

Smoke dormitó en el aturdimiento cercano a la muerte, hasta que ella volvió a despertarlo.

—Pon tus labios sobre los míos —dijo—. Quiero morir así.

—Moriremos juntos, mi amor —fue su respuesta.

—No.

El frágil revoloteo de su mano lo contuvo. Su voz era tan débil que le costaba oírla, aunque consiguió entender todo lo que ella dijo. Labiskwee introdujo la mano en la capucha de su parka y sacó una bolsita que depositó sobre la mano de él.

—Y ahora acerca tus labios, amor. Pon tus labios sobre los míos y tu mano en mi corazón.

En medio de ese beso prolongado, la oscuridad se apoderó otra vez de él y, cuando recuperó la consciencia, supo que estaba solo y que iba a morir. Se sentía tan cansado que se alegraba de morir.

Descubrió que su mano descansaba sobre la bolsita. Sonriendo para sus adentros debido a la curiosidad que lo empujaba a tirar del cordón, la abrió. De ella salió una pequeña marea de alimentos. No había ni una sola partícula que no reconociese, todas ellas robadas a Labiskwee por Labiskwee: fragmentos de pan guardados mucho tiempo atrás, en los días previos a que McCan perdiese la harina; tiras de carne de caribú parcialmente roídas; trocitos de sebo; la pata trasera de la liebre sin tocar; la pata trasera y parte de la delantera de la comadreja nival; el ala, con las marcas de sus reacios dientes, y la pata del gorrión de las nieves, restos lastimosos, trágicas renuncias, crucifixiones de vida, bocados robados a su hambre espantosa por un amor increíble.

Con una risa de loco, Smoke lo lanzó todo sobre la costra de nieve que se endurecía y volvió a entregarse a la oscuridad.

Soñó. El Yukón corría seco. Él vagaba sobre su lecho, entre

charcas de agua y barro y rocas erosionadas por el hielo, recogiendo enormes pepitas de oro. Su peso se convertía en una carga para él hasta que descubría que podía comérselas. Empezó a comérselas con glotonería. Al fin y al cabo, ¿de que servía el oro que los hombres tanto valoraban si no era bueno para comérselo?

Se despertó al día siguiente. Su mente estaba curiosamente despejada. Ya no veía borroso. Las conocidas palpitaciones que se apoderaban de todo su cuerpo habían desaparecido. La vida parecía cantar en su interior, como si la primavera se hubiese adentrado en él. Sentía un bienestar maravilloso. Se giró para despertar a Labiskwee, vio y recordó. Buscó la comida que había arrojado sobre la nieve. No estaba. Y supo que en medio del delirio y del sueño la había convertido en las pepitas de oro del Yukón. En medio del delirio y del sueño había revivido gracias al sacrificio de Labiskwee, quien había depositado su corazón en la mano de él y le había abierto los ojos al milagro de la mujer.

Le sorprendió la facilidad con la que se movía, se quedó atónito al ver que era capaz de arrastrar el cuerpo de ella, envuelto en pieles, hasta la orilla de grava fundida y al descubierto, donde cavó con el hacha para enterrarla.

TRES DÍAS, SIN MÁS COMIDA, luchó rumbo al oeste. En la mitad del tercer día cayó bajo una pícea solitaria junto a un ancho cauce cuyas aguas corrían libres y que, según sabía, tenía que ser el Klondike. Antes de que la oscuridad se apoderara de él, se quitó la mochila, se despidió del mundo y se arropó con las mantas.

Unos trinos aletargados lo despertaron. Había dado comienzo el largo crepúsculo. Por encima de él, entre las ramas de la pícea, había perdices nivales. El hambre lo empujó a actuar al instante, aunque sus actos resultaron infinitamente lentos. Transcurrieron cinco minutos antes de que pudiera llevarse el rifle al hombro y otros cinco antes de que se atreviera, tumbado sobre la espalda y apuntando hacia arriba, a apretar el gatillo. Falló. No cayó ningún ave, pero tampoco ninguna salió volando. Se movieron despacio e hicieron ruiditos amodorrados. Le dolía el hombro. El segundo disparo lo malogró la mueca de dolor involuntaria que hizo al apretar el gatillo. Seguramente se habría caído en algún lugar durante los tres días anteriores y herido el hombro, aunque no

recordaba cómo.

Las perdices no salieron volando. Dobló varias veces la manta que lo cubría y la introdujo en el hueco entre el brazo derecho y el costado. Descansó la culata del rifle sobre ella, disparó de nuevo y cayó un ave. La agarró con glotonería y descubrió que con el disparo había hecho volar por los aires la mayor parte de la carne del ave. La bala de gran calibre había dejado poco más que un puñado de plumas destrozadas. Pero las perdices seguían allí, no habían salido volando, por lo que decidió que debía tirar a las cabezas. Eso hizo. Volvió a cargar varias veces el rifle. Fallaba, acertaba y las estúpidas perdices, a las que les costaba irse volando, cayeron sobre él como una lluvia de comida: vidas interrumpidas para que la suya se alimentase y perdurara. Habían sido nueve y, cuando le arrancó la cabeza a la novena de un disparo, permaneció tumbado riéndose y llorando a la vez, sin saber por qué.

Se comió la primera cruda. Luego descansó y durmió mientras su vida asimilaba la vida del ave. Se despertó en medio de la oscuridad, hambriento y con fuerzas para encender una hoguera. Hasta el alba cocinó y comió, pulverizando los huesos con sus dientes, ociosos durante tanto tiempo. Durmió, se despertó en medio de otra noche y de nuevo durmió hasta el día siguiente.

Sorprendido, se dio cuenta de que la hoguera ardía con la fuerza renovada de la leña y que una cafetera renegrida humeaba pegada a las brasas. Junto al fuego, a la distancia de un brazo, se sentaba Shorty, que fumaba un cigarrillo de papel de estraza y lo observaba fijamente. Los labios de Smoke se movieron, pero la garganta se paralizó al tiempo que sentía el pecho a punto de estallar en sollozos. Extendió la mano en busca del cigarrillo y llenó los pulmones de humo una y otra vez.

—Hace mucho que no fumo —dijo por fin, en voz baja y tranquila—. Mucho, mucho tiempo.

—Y hace mucho que no comes, por tu aspecto —añadió Shorty, huraño.

Smoke negó con la cabeza y señaló las plumas de perdiz nival que lo rodeaban.

—Aunque antes de esto, sí —contestó—. ¿Sabes qué? Me gustaría tomar una taza de café. Me sabrá raro. También tortitas y un poco de beicon.

—¿Y alubias? —lo tentó Shorty.

—Me sabrán a gloria. La verdad es que vuelvo a tener mucha hambre.

Mientras uno cocinaba y el otro comía, se contaron brevemente lo que les había ocurrido desde su separación.

—El Klondike empezaba a despejarse —concluyó Shorty su relato—, y solo tuvimos que esperar a que fluyera totalmente libre. Dos bateas, seis hombres más, ya los conoces, unos fuera de serie, y toda clase de equipo. No dejamos de avanzar: con la pértica, la sirga o porteando. Pero los desniveles los retendrán una semana. Allí los dejé, abriendo camino para las bateas sobre los despeñaderos. Tenía la corazonada de que debía seguir adelante. Así que llené una mochila de comida y me puse en marcha. Sabía que te encontraría medio perdido y echo polvo.

Smoke asintió y apretó la mano del otro en silencio.

—Bueno, pues pongámonos en marcha —dijo.

—¡Y un cuerno! —estalló Shorty—. Nos quedamos aquí para que descanses y te alimentes durante un par de días.

Smoke negó con la cabeza.

—Si pudieras verte —protestó Shorty.

Lo que él veía no resultaba agradable. El rostro de Smoke, donde la piel quedaba al descubierto, estaba negro, púrpura y lleno de postillas debido a las múltiples congelaciones. Tenía las mejillas descarnadas, de manera que a pesar de la barba los dientes superiores sobresalían bajo la carne encogida. En la frente y alrededor de los ojos hundidos, la piel se veía tirante mientras que la áspera barba, que debía haber sido rubia, estaba chamuscada y sucia por el humo de las hogueras.

—Será mejor que recojas —dijo Smoke—. Quiero continuar.

—Pero estás débil como un bebé. No puedes viajar. ¿A qué viene tanta prisa?

—Shorty, voy tras lo más grande del Klondike y no puedo esperar. Eso es todo. Empieza a recoger. Es lo más grande del mundo. Más grande que lagos de oro y montañas de oro, más que la aventura, comer carne y matar osos.

Shorty lo miraba con ojos desorbitados.

—Por el amor de Dios, ¿qué es? —preguntó con voz ronca—. ¿O simplemente te has vuelto loco?

—No, estoy bien. Tal vez haya que dejar de comer para ver cosas. En cualquier caso, he visto cosas que nunca soñé que podrían existir. Ahora ya sé lo que es una mujer.

La boca de Shorty se abrió y en los labios y la luz de los ojos surgió el enigmático anuncio de la burla a punto de llegar.

—No, por favor —pidió Smoke con delicadeza—. Tú no lo sabes. Yo sí.

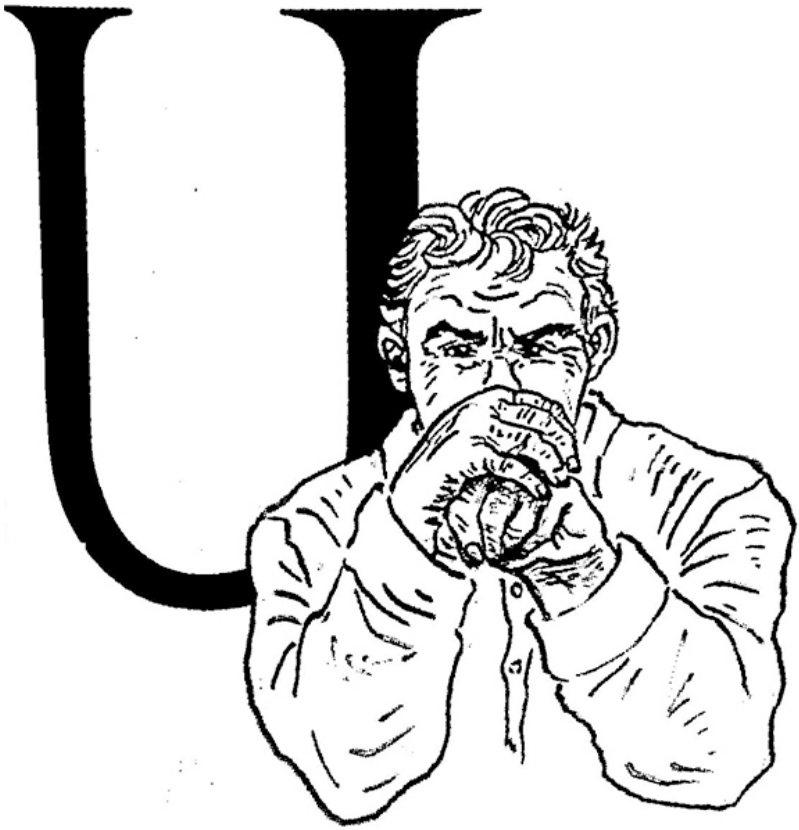
Shorty se tragó la broma y cambió de idea.

—¡Ja! No me hace falta una corazonada para adivinar el nombre de la chica. Todos los demás se han ido al lago Surprise para la operación de drenaje, pero Joy Gastell se negó a ir. Se ha quedado en Dawson, a la espera de ver si regreso contigo. Y ha jurado que, si no lo consigo, venderá sus propiedades y contratará un ejército de tiradores para adentrarse en el país del caribú y dejar al condenado de Snass y a toda su pandilla sin fluido vital. Si eres capaz de contener tus ansias un par de minutos, creo que me dará tiempo a recoger y acompañarte.

[1911]

El capitán de la *Susan Drew*

I



UNA PUESTA DE SOL DORADA, azul y rosa palpitaba en el horizonte. El manto de llovizna que caía de unas nubes indefinidas oscurecía la línea oriental que separaba mar y cielo. A medio camino entre los dos, aunque ligeramente más cerca de la lluvia, un arcoíris de colores casi alcanzaba el cenit. Tan elevado era su arco que los extremos parecían curvarse hacia el interior del mar en un vano intento por completar un círculo perfecto. En medio de ese arco triunfal, rumbo al crepúsculo azul que se abría a lo lejos, navegaba un bote sin cubierta.

En todo el Pacífico no había bote que llevase una carga más extraña. En la tilla de popa, a barlovento, un marino de aspecto noruego, con uniforme de contramaestre, manejaba el timón con una mano mientras con la otra sujetaba la escota de la cebadera. De la pistolera que llevaba a la cintura asomaba la culata de un revólver. Sobre las rodillas descansaba la gorra que se había quitado

debido al calor y su cabello, corto y muy rubio, se erizaba por encima de una herida reciente.

Junto al marino se sentaban dos mujeres. La más próxima a él era holgadamente fuerte y matronil, de ojos grandes y oscuros, redondos, francos, humanos. Se protegía los hombros del sol con un abrigo ligero de hombre. Debido al calor, lo llevaba abierto y sin abotonar, por lo que se apreciaba el escote y los suntuosos tejidos de su vestido de noche. Las joyas destellaban en cuello y cabello, además de en los dedos. A su lado, una joven de veintidós o veintitrés años, también escotada y protegida del sol por un pedazo de hule manchado. Los ojos, además de la nariz, delicada y recta, y la roja silueta e una boca no demasiado apasionada anunciaban su cercano parentesco con la otra mujer. En la tilla opuesta y en el primer asiento transversal holgazaneaban tres hombres vestidos con pantalón negro y chaqueta de esmoquin. Resguardaban las cabezas bajo pequeños cuadrados de hule manchado similares al que cubría los hombros de la joven. Uno de ellos, un chico de dieciocho años, tenía una expresión de ansia desesperada; el segundo, nueve años mayor, hablaba con la hija; el tercero, de mediana edad y relajado, se centraba en la madre.

A crujía, en el fondo junto al tronco de la orza, se sentaban dos mujeres de ojos oscuros. Tan evidente resultaba su condición de criadas como que sus nacionalidades eran española e italiana. Al otro lado de la orza, con la espalda muy recta y erguida, iba un inconfundible ayuda de cámara inglés, con la mirada siempre fija en el caballero de mediana edad a fin de anticiparse a cualquier deseo u orden. A proa de la orza y a popa de la plancha doble en la que se apoya el palo se agazapaban dos chinos de facciones duras, ambos con heridas en la cabeza, vendadas con toallas ensangrentadas; ambos vestidos con pantalones de peto mugrientos y manchados de aceite y polvo de carbón.

Si tenemos en cuenta que cientos de agotadoras leguas marinas se interponían entre el bote y la tierra más próxima, se apreciará la inapropiada vestimenta de la mitad de sus ocupantes.

—Bueno, hermano Willie, ¿qué preferirías hacer en lugar de nadar un rato? —se burló la joven.

—Fumar un cigarrillo, si Harrison no fuera tan tacaño —respondió el chico con amargura.

—No me quedan más que cuatro —dijo Harrison. Te has fumado toda la pitillera. Yo solo dos.

Temple Harrison era un bromista. Le guiñó un ojo a Patty Gifford, sacó una pitillera de plata de su bolsillo trasero y contó los cuatro cigarrillos. Willie Gifford lo observó con un deseo tan vivo que su hermana exclamó:

—¡Ya basta! Me das escalofríos. Pareces un caníbal.

—Tú no lo entiendes —contestó su hermano—. No sabes lo que es el tabaco o también parecerías un caníbal. Aunque lo parecerás dentro de unos días —concluyó en tono amenazador—. Me he fijado en que no te importó tomar más agua que el resto cuando Harrison la repartió. No estaba dormido.

Patty se sonrojó al sentirse culpable.

—Solo fue un sorbito —confesó.

Harrison sacó un cigarrillo, se lo pasó a Willie y cerró la pitillera con un golpe seco.

—¡Chantajista! —susurró.

Pero Willie Gifford no se enteró. Con dedos temblorosos, ya había encendido una cerilla y disfrutaba de la primera calada. La expresión de su rostro era de éxtasis ausente.

—Todo saldrá bien —dijo la señora Gifford a Sedley Brown, quien se sentaba frente a ella en la tilla.

—Sin duda. Después del milagro de anoche, que nos recoja algún barco de paso será una nimiedad —convino él—. Fue un verdadero milagro. No comprendo cómo nuestro grupo permaneció intacto y logró escapar en el mismo bote. De no haber sido por el sobrecargo, Peyton no se habría salvado; tampoco sus doncellas.

—Ni nosotros, si no fuese por el valiente capitán Ashley —continuó la señora Gifford—. Fue gracias a él y a su segundo.

—Se comportaron como héroes —elogió Sedley Brown, de corazón—. Aun así, podían salvarse tan pocos que no entiendo…

—Yo no entiendo por qué no lo entiende, siendo usted y mi madre los mayores accionistas de la naviera —intervino Willie Gifford—. ¿Por qué no iban a realizar un esfuerzo especial? Estaba en sus manos.

Temple Harrison sonrió para sí. Entre los dos, la señora Gifford y Sedley Brown poseían la mayoría de las acciones de la Asiatic Mail, la próspera naviera de vapores que el anciano Silas Gifford había

fundado con el propósito de alimentar sus ferrocarriles con los fletes procedentes de China y Japón. La señora Gifford se había casado con su hijo, Seth, y con las acciones.

—Willie, estoy segura de no nos han tratado con una deferencia injusta —recriminó la señora Gifford—. Por supuesto que en un naufragio reinan la confusión y el desorden, por lo que es necesario tomar medidas drásticas para contener el pánico. Hemos tenido mucha suerte, nada más.

—No estaba dormido —contestó Willie—. Y solo puedo decir que está en tus manos lograr que el consejo de administración ascienda al capitán Ashley a capitán al mando de la flota. Eso si no está muerto, lo que me parece más probable.

—Como decía —dijo la señora Gifford al señor Brown—, lo peor ha pasado ya. No creo que suframos mucho hasta que nos rescaten. El tiempo es delicioso y las noches no son frías. Puedes estar seguro, Willie, de que no nos olvidaremos del capitán Ashley, ni de su segundo ni del sobrecargo ni… —se volvió hacia el contramaestre —: ni Gronwold quedará sin su recompensa.

—Un penique por tus pensamientos —retó Patty a Harrison varios minutos después.

Él se sobresaltó y la miró, se libró de su despiste con una carcajada y declinó la oferta. Porque había estado repasando los horrores vividos menos de veinticuatro horas antes. Había ocurrido durante la cena. El estruendo de la colisión se oyó al tiempo que servían el café. Sí, hubo confusión y desorden, si se podía llamar así a la locura de mil almas ante una muerte inminente. Vio de nuevo a los camareros chinos, vestidos de seda, unirse a la multitud agolpada al pie de la escalera, donde se repartían golpes y las mujeres y los niños eran pisoteados. Recordó a su grupo, guiado por el capitán Ashley, abriéndose camino hacia arriba, de cubierta en cubierta, mientras los oficiales blancos, maquinistas y contramaestres se ceñían los revólveres y corrían a ocupar sus puestos. Tampoco olvidaría jamás la erupción, desde las entrañas del gran buque, de los cientos de fogoneros y paleros chinos, ni de los quinientos aterrados pasajeros de tercera clase: chinos, japoneses y coreanos, culis y criaturas terrestres, todos completamente locos y frenéticos, deseosos de vivir.

No todas las muertes serían por ahogamiento, pensó con tristeza

mientras rememoraba los disparos de los revólveres y el nítido rugido de las pistolas automáticas, los golpes sordos de los garrotes y los remos en las cabezas, y los gruñidos de los hombres que caían debido a las silenciosas puñaladas de los cuchillos de monte.

La señora Gifford podía creer lo que ella quisiera, pero él agradecía de corazón la suerte de pertenecer al único grupo de pasajeros al que habían tratado con deferencia. ¡Deferencia! Aún veía al duque inglés protestando mientras lo arrojaban de forma abrupta desde la cubierta de uno de los botes al centro del enfurecido pasaje de tercera que luchaba por subir las escalas. Y el bote número cuatro, arriado por manos inexpertas, dejando caer sus pasajeros al mar y colgando perpendicularmente de los pescantes. Los marineros blancos que debían ocuparse de botarlo habían sido enrolados por el capitán Ashley. También recordaba al cónsul general americano en Siam —con su mujer, sus hijos y sus niñeras — gritando su importancia oficial a la cara del capitán Ashley, quien lo envió al bote número cuatro, el que luego quedó colgando de un solo extremo.

Sí, el capitán Ashley sin duda merecía el mando de la Asiatic Mail, si aún vivía. Pero Temple Harrison no creía posible que hubiese sobrevivido. No olvidaba el estruendo de la batalla —anuncio de que habían tomado la cubierta de botes— que se oyó mientras arriaban su bote. De toda la tripulación solo Gronwold iba a bordo, con una herida en la cabeza. Los demás no se deslizaron por las tiras de los pescantes, según lo planeado. Sin duda, habían caído antes de que se produjera la avalancha de asiáticos, al igual que el capitán Ashley, aunque previamente cortó las tiras de los pescantes y les gritó que se alejaran de allí si querían salvar sus vidas.

¡Y tanto que se habían alejado de allí! Harrison recordó cómo él mismo había hecho presión con un remo contra el lateral de acero del Mingalia y luego había remado con todas sus fuerzas, acompañado por el ruido de los cuerpos que saltaban y caían al mar a popa. Cuando ya se habían alejado bastante, Gronwold se puso en pie de repente para pelearse con la pesada caña del timón, hasta que Patty lo hizo desistir. Soportando en silencio los golpes que caían sobre sus cabezas y agarrándose con firmeza a la regala, estaban los dos fogoneros chinos que ahora se agazapaban junto al

palo. No, Willie Gifford no estaba dormido. Él también había hecho presión con un remo contra el lateral del *Mingalia* y remado hasta levantar ampollas en sus suaves manos. Pero la señora Gifford tenía razón. Había algunas cosas que sería mejor olvidar.

II

AL ALBA EL BOTE se balanceaba en un mar aterciopelado. La calma chicha había dominado una buena parte de la noche. La cebadera había cubierto, democráticamente, a culis, criados y señores. Ahora estaba apartada a un lado y Harrison empezaba a repartir las raciones de agua. Willie, que fumaba otro de los preciados cigarrillos, apartó la vista deliberadamente cuando su hermana recibió un sorbo más que el resto.

El «¡Santo Cristo!» que soltó Mercedes Martínez, la doncella de Patty, los sobresaltó. Harrison estuvo a punto de derramar el agua que en ese momento entregaba a Sedley grown. Los dos chinos empezaron a parlotear, nerviosos. Peyton giró la cabeza para ver lo que todos vieron enseguida: una goleta grande, con las velas desplegadas, encalmada a media milla náutica de distancia. Los chinos fueron los primeros en sacar los remos. Peyton aguardó a que Sedley Brown se lo ordenase.

—Rema, Willie, rema. Estamos salvados —exclamó Patty.

—Pero antes pienso beber mi ración de agua —contestó el joven, imperturbable, al tiempo que se apoderaba del agua y trasegaba taza tras taza.

Cuando el bote se acercó a la goleta, vieron que varios rostros los observaban desde la barandilla, en el combés del barco. En la toldilla un hombre grande y ancho de hombros fumaba una pipa ennegrecida y los miraba impasible.

Sedley Brown no conocía la etiqueta propia de un rescate en alta mar, pero le parecía que aquello no encajaba. Resultaba incómodo. Decidió hacer un esfuerzo.

—Buenos días —dijo amablemente.

—Buenos días —gruñó el hombretón, con una voz infinitamente áspera que parecía salir de una garganta chamuscada y que provocó que Mercedes y Matilda diesen un respingo y se santiguasen—.

¿Qué hay?

—La mejor suerte del mundo —contestó con alegría Sedley Brown—. Estamos salvados.

—¡Vaya, hombre! —fue el sorprendente comentario—. Creí que habían salido a pescar.

Eso resultó demasiado para Sedley Brown, que se retiró de las negociaciones.

—Somos los únicos supervivientes del Mingalia, hundido tras una colisión anteanoche —gritó Willie.

—Supongo que tendré que permitir que suban a bordo —dijo la voz, similar a un molinillo de café—. ¡Harkins! ¡Echeles un cabo!

—No parece alegrarse de vernos —criticó airada la señora Gifford al tiempo que bajaba a cubierta desde la barandilla.

—Porque no me alegro, señora, se lo aseguro —contestó el extraño capitán.

III

La señora Gifford ascendió la escalera desde la bochornosa cabina, buscó en vano una hamaca de cubierta y se dejó caer contra el lateral de la caseta. Sus hermosos ojos negros relampagueaban.

—Es una atrocidad —se quejó—. No hay quien lo aguante. En una bestia insultante. Cualquier cosa, hasta el bote, es mejor que esa horrible criatura. Y no es porque no sepa más. Lo hace a propósito. Es su forma de mostrarnos que no somos bienvenidos.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Patty Gifford, desde donde se encontraba con Harrison, de pie a la sombra de la mayor.

No había toldo y la achicharrante cubierta rezumaba brea. Desde abajo llegaban las afables protestas de Sedley Brown y los grititos y avemarías de las doncellas.

—¿Hecho? —exclamó la señora Gifford—. ¿Qué no ha hecho? Insiste en ponernos al señor Brown y a mí en el mismo camarote. Son cuchitriles espantosos sin ventilación ni aseos.

Guardó silencio de repente al ver que el capitán Decker ascendía la escalera y se dirigía a su encuentro. Patty se estremeció y se acercó más a Harrison, porque los ojos castaños del capitán echaban chispas.

—Le pido disculpas, señora —rugió en dirección a la señora Gifford—. ¿Cómo iba a saberlo? Creí que usted y el caballero de abajo estaban casados. Pero no se preocupe. —Sonrió con una bondad forzada—. Puedo casarlos legalmente en cualquier momento, porque hasta ahí llega la autoridad de un capitán en alta mar.

—Márchese, váyase —gimió la señora Gifford.

El capitán Decker clavó su espantosa mirada con anhelo en Patty y Harrison.

—He arrancado muelas —dijo con su voz áspera—, he enterrado cadáveres y una vez amputé la pierna de un hombre. Pero, maldita sea, aún no he logrado casar a una pareja. ¿Qué me dicen ustedes dos?

Patty y Harrison se apartaron el uno del otro al instante.

—Eso mejoraría la situación abajo —insistía el capitán cuando Sedley Brown salió a cubierta.

El capitán se dirigió a él de inmediato:

—Eh, usted, ¿no quiere casarse? Yo puedo hacerlo.

Sedley Brown miró de forma involuntaria a la señora Gifford y, atónito, dejó escapar un grito ahogado.

—No, válgame Dios, no. Por supuesto que no —rehusó apresurado e incómodo.

La decepción del capitán Decker resultó patente en su voz áspera, como el ruido de un molinillo de café.

—Está bien, amigo. Es posible que aún no haya visto al cocinero. No diré que es limpio, pero sí que es chino. Dormirá con él —dijo y se volvió hacia Harrison—. Usted aún tiene una oportunidad. Anímese y lo ataré a esa joven para siempre.

—¿Y si no me animo? —preguntó Harrison.

—Pues dormirá con…

En ese momento, el muchacho de cámara, un marinero indio sonriente, con mostacho y turbante, pasó junto a la toldilla hacia popa.

—Con el muchacho de cámara, que es él —completó la frase el capitán.

—Pues dormiré con el muchacho de cámara —decidió Harrison.

—Allá usted. —El capitán Decker se acercó a zancadas hasta la escalera y gritó—: ¿Dónde está el piloto? Dormido, ¿no? Que salga,

que quiero verlo. ¡Dese prisa, condenado! ¡Vuele! —Luego se dirigió a los supervivientes del *Mingalia*—. Así es como vamos a dormir. Abajo hay seis camarotes: dos a estribor, dos a babor y dos bajo la cubierta. Las dos mujeres ocuparán uno de babor. Las dos latinas, el otro de babor. El cocinero y su alteza, el hueco de popa, a babor…

—No dormiré ahí —anunció Sedley Brown—. Dormiré en el suelo de la cabina.

—Usted dormirá donde yo le diga —rugió el capitán Decker—. ¿Quién le pidió que subiera a bordo de la *Susan Drew*? Yo no. Dormirá con el chino o me explicará la razón, como que me llamo Bill Decker. Su criado dormirá en el suelo de la cabina —dijo y pasó a dirigirse a Harrison—. Usted compartirá el hueco de popa a estribor con el muchacho de cámara. ¿Dónde está ese piloto?

Un individuo imponente ascendió la escalera. Era tan grande como el capitán e igual de fuerte. De piel morena y pómulos salientes, sus rasgos resultaban claramente mongoloides, a pesar de los labios partidos, las orejas laceradas, un ojo morado y la hinchazón de la nariz. Parecía perplejo, atontado y temeroso del capitán.

—Damas y caballeros, este es el piloto de la *Susan Drew*. Fue una belleza en su tiempo. Era un gran hombre antes de ponerse a malas conmigo, lo que ocurrió ayer mismo. Mírenlo ahora. Se llama Chato Russ. Les aseguro que ya era chato antes de que yo le aplastase la nariz. Chato, tiene que elegir un compañero de cuarto. ¿Dónde anda ese jovencito?

El capitán Decker se giró para mirar a Willie Gifford, que paseaba hacia a popa desde el hueco de la toldilla, con un cigarrillo de papel de estraza en la boca.

—¡Eh, usted!

Willie se paró en seco.

—¡Quítese el cigarrillo de la boca cuando yo le hable! —vociferó el capitán.

Willie dudó, el capitán dio un salto hacia él y la señora Gifford chilló. El chico se dio prisa en sacarse el pitillo de la boca y el capitán Decker se giró hacia la señora Gifford.

—Señora, ¿hay algún motivo por el que usted y su alteza no deban casarse?

La señora Gifford no se molestó en contestar.

—¿Y alguno por el que deban?

La mujer dedicó una mirada suplicante a Patty, quien se acercó a ella. El capitán volvió a ocuparse de Willie.

—Muy bien, joven. Hay que aprender a obedecer órdenes. ¿Ve ese hombre apuesto junto a la escalera? Es Chato. Eso es lo que le hago a la gente que no aprecio. Tire el cigarrillo por la borda, eso es, y no vuelva a fumar eso. Si quiere fumar como un hombre, fume en pipa. Usted y Chato dormirán juntos. Chato, le hago responsable del chico. Si gasta alguna broma, zúrrele.

El capitán Decker recorrió un par de veces el largo de la toldilla a grandes zancadas, estudió la velocidad de las nubes que cruzaban el cielo desde el noroeste, meditó un momento y luego comentó:

—Hace mucho calor en esta cubierta. Si por casualidad alguien quisiera casarse creo que podría improvisar un toldo.

IV

ESTABAN TODOS ABAJO, celebrando un consejo, preocupados. Había transcurrido una semana, durante la que todos habían sufrido insultos e intimidaciones varias, mientras que Willie había sido azotado dos veces por fumar cigarrillos y luego obligado a fregar la toldilla con piedra arenosa y restregar la pintura. La señora Gifford y Patty estaban sentadas a la mesa de la cabina, con los brazos y hombros cubiertos por unas improvisadas camisas de dril. La *Susan Drew* se movía con fuerza. Sus finos costados dejaban pasar el borboteo del agua encrespada y, por sus prolongados cabeceos y arremetidas, resultaba evidente que corría empujada por un viento fresco.

—Va a Hawái —informó Sedley Brown a la señora Gifford—. Se lo he dicho a la cara. Le dije que tenía que ser así, a juzgar por el rumbo que seguía.

—Y desde Honolulú a San Francisco solo hay seis días de viaje, en uno de nuestros vapores —gritó de alegría Patty.

—Sin embargo, se niega a llevarnos a tierra —continuó Sedley Brown—. No da explicaciones. Se limita a repetir que, si puede evitarlo, no verá ni un pelo de las islas. No sé qué pasa en este barco. Algo va mal, pero ¿qué es?

—Con permiso, señor —habló el ayuda de cámara—, yo sé qué es. Se trata de un barco contrabandista.

—Tonterías, Peyton —intervino enseguida la señora Gifford—. Eso es cosa de su imaginación. La era del contrabando ha terminado ya, excepto por los pasajeros procedentes de Europa que llegan a Nueva York.

—¿Qué iba a pasar de contrabando? —preguntó Patty.

—Opio, señorita, si me disculpa —contestó el ayuda de cámara.

—¡Santo cielo, es verdad! —exclamó Harrison al tiempo que se daba un golpe en la pierna—. La nueva ley arancelaria lleva más de un año en vigor. El opio ha subido mucho. Recuerdo que lo leí hará unos seis meses en la prensa de San Francisco.

—¿Y qué hacemos, si es contrabandista y no quiere llevarnos a tierra? —preguntó la señora Gifford.

Todos la miraron sin esperanza. Nadie hizo alguna sugerencia.

—Está bien —dijo ella con firmeza—, hablaré yo misma con ese animal. Le pagaré para que nos lleve a tierra. Le…

Un par de pies y piernas apareció en la escalera y por ella descendió el capitán Decker.

—Escuche, señor —aprovechó el momento Sedley Brown con galantería—. Hemos estado discutiendo la situación…

—¿Qué situación? —preguntó el capitán.

—Lo sabemos todo acerca de este barco —dijo la señora Gifford, muy seriamente—. Sabemos que introduce opio de contrabando en Hawái y que por eso se niega a llevarnos a tierra. Pero yo le pagaré para que lo haga. Le daré cinco mil dólares.

—No lo haría aunque me ofreciera cincuenta mil —fue la áspera respuesta.

—Le ofrezco cincuenta mil. Le pagaré cincuenta mil dólares si deja a nuestro grupo en cualquier punto de las islas Hawái.

El capitán Decker le dedicó una mirada penetrante y pareció convencido de que hablaba en serio. Pero el efecto de la oferta fue el contrario al que todos esperaban. A su rostro afeitado, duro y salvaje, asomó un gesto tenaz.

—No puede pasar por encima de mí con su dinero —se rio—. Bill Decker no es un pobretón. Cincuenta mil dólares no son para mí más que un simple trozo de papel. Sí, la *Susan Drew* es una goleta de contrabando, pero me da igual quien lo sepa y me ocuparé de

que ninguno de ustedes ponga el pie en Hawái para difundir la noticia. ¡Cincuenta mil! Con este viaje, mis socios y yo ganaremos lo suficiente para retirarnos. Abajo llevo cincuenta toneladas de droga. El kilo se paga a treinta dólares. Eche cuentas. ¿Cree que arriesgaría millón y medio por complacerla? Pagaría cincuenta mil dólares por librarme de usted, si hubiese una forma de hacerlo. Pero no la hay. Se lo aseguro, señora, no estoy loco por usted.

V

FUERON PASANDO LOS DÍAS. En vano oteaban el horizonte Harrison y Sedley Brown en busca de tierra. Sabían que los elevados picos de las islas Hawái solían avistarse a cien millas náuticas de distancia, pero el capitán Decker cumplió su palabra y no se acercó a ellas más de lo debido. Su punto de encuentro se correspondía con una latitud y longitud acordadas de antemano, en la inmensidad del mar, lejos de las rutas que seguían los vapores. Un día, tras las observaciones de mañana, redujo velas y se puso al pairo. Durante varios días y noches de viento moderado, la *Susan Drew* se vio arrastrada por la brisa. Pero por la mañana, tras cada observación, el capitán desplegaba velas, recuperaba su posición y volvía a ponerse al pairo.

—Claro que el viejo zorro es demasiado astuto para arriesgarse a acercarse a tierra —le dijo Harrison a Patty—. Este es su punto de encuentro, donde pasará el opio a otros barcos. Ha hecho una buena travesía y llegado antes de tiempo, nada más.

El capitán Decker era cada vez más insufrible. Mostraba poca educación y mucha menos cortesía. Dominaba cualquier conversación que él mismo entablase y se entrometía en las charlas que mantenían los demás. Su conducta en la mesa resultaba abominable. Siempre iba manchado de pintura o brea y era incapaz de no lanzarse a tirar de un cabo en cuanto surgía la oportunidad. Era más fuerte que dos de sus marineros juntos y daba gusto verlo balancearse en una driza con una vuelta de pasador y echarse hacia atrás y hacia abajo, hasta que sus anchos hombros casi rozaban la cubierta. Pero el efecto que tal comportamiento tenía en sus manos no era agradable, al menos para quienes se sentaban con él a la

mesa. La contemplación de sus manos, desolladas y llenas de cicatrices, nudosas y callosas, cubiertas de una mugre profundamente incrustada en la textura de la piel, resultaba cualquier cosa menos favorable a abrir el apetito. Además, insistía en servir él a los otros, y lo hacía con esas mismas manos que, durante el espectáculo, atraían las miradas de todo el mundo. Uno de sus platos preferidos eran las ciruelas asadas. Cuando atacaba su plato lleno, la conversación se extinguía. Todos los presentes observaban fascinados cómo las ciruelas desaparecían en la boca del capitán. Pero no había ni rastro de los huesos. Hacia el final, se le hinchaban las mejillas y ponía los ojos en blanco. Luego se inclinaba solemnemente sobre el playo vacío y escupía los huesos acumulados en un único y heroico esfuerzo.

Incomodaba especialmente a la señora Gifford. La miraba durante largos períodos con curiosidad, de manera especulativa. Incluso a veces se interrumpía en medio de una frase para observarla con la boca abierta y ojos desconcertados.

—No, no es usted mi estilo —comentaba tras emerger de una de esas observaciones prolongadas—. Las morenas robustas nunca me han dicho nada. Además, no sería legal. Un capitán de barco puede casar a todo el mundo menos a él mismo. En ese sentido, es como un cuervo.

—¿Un cuervo? —preguntó Patty, intentando descaradamente desviar el tema de conversación.

—¿Un cuervo? Oh, un capellán, un párroco —fue la respuesta—. Cuando un párroco quiere casarse tiene que pedirle a otro párroco que lo case. Lo mismo ocurre con los capitanes de barco. De todos modos, a mí me van las rubias.

Como su hija y Temple Harrison se entretenían en ayudarse mutuamente a pasar el tiempo, la señora Gifford se vio cada vez más obligada —por la persecución del capitán Decker— a aceptar las atenciones de Sedley Brown.

—No te preocupes —le dijo a Patty, que le había tomado el pelo —. No tengo la más mínima intención de casarme con Sedley. Se parece demasiado a tu querido padre. No, no, no soy injusta. Tu padre era un encanto, pero demasiado bueno, demasiado afable. Nunca comprendí cómo un hombre tan amable y con tan poco carácter pudo ejercer con éxito el inmenso poder financiero que

tenía. Por supuesto, el anciano Silas puso los cimientos y levantó la estructura, pero tu padre hizo realidad muy hábilmente todo lo que Silas había planeado sin tiempo para lograrlo. También hizo mucho más. Lo de Caledonia y North Shore fue idea suya. Y aunque durante muchos años lo llamaron «la locura de Gifford», mira lo que es hoy en día.

—Pero si yo no le pongo peros a Sedley Brown —se justificó enseguida Patty.

—Yo sí, como marido —continuó la señora Gifford—. Ya sé lo que diríais todos, que nuestros intereses financieros son muy similares: Asiatic Mail, Carmel Consolidated y todo lo demás. Pero, bueno, jamás podría casarme con él, eso es todo. Es un amigo muy querido y amable. Como tal, lo adoro. Pero como esposo… Patty, hija, si alguna vez vuelvo a casarme, será con un hombre, con un hombre grande y fuerte.

—Pero padre era grande y fuerte —lo defendió Patty—. Jugó al fútbol en la Universidad. Lo cuenta Sedley Brown y dice que pesaba noventa kilos. Yo casi no me acuerdo de él. Por entonces no tenía más de cuatro o cinco años.

—Has visto fotografías y retratos de él. ¿No te acuerdas de su ridícula barba? ¡Y en un hombre tan joven! ¿No lo ves, Patty? Esa barba lo explica todo. Ocultaba su rostro a la gente. No era agresivo. No tenía valor para pisotear o dominar las situaciones. Prefería buscar una forma pacífica de solucionar las cosas. Si alguna vez vuelvo a casarme, será con un hombre de verdad, con agallas, capaz de alzar la voz, soltar un juramento de vez en cuando y perder los estribos, y que, si hace el ridículo, lo haga con firmeza. A un hombre así incluso podría perdonarle que bebiera demasiado en alguna ocasión. Tu padre, querida, era demasiado perfecto para una mujer normal y corriente como yo. Pero nada de esto viene al caso. No volveré a casarme. No hay pruebas de que tu padre esté muerto…

—¿Y la Ley? —interrumpió Patty.

—Sí, claro, lo han declarado muerto legalmente, por motivos empresariales. Pero yo quiero tener la certeza moral de que es así.

—Sin embargo, recogieron su sombrero una semana después de su desaparición junto a la costa de Yerba Buena —argumentó Patty—. Yo no tengo, ni nadie, la más mínima duda de que se ahogó en

la bahía de San Francisco…

A través de la claraboya abierta, desde abajo les llegaron los grititos de terror de Mercedes y Matilda, el tono servil de Peyton y los ásperos rugidos de la garganta corroída por el whisky del capitán Decker.

—Disculpe, señor, pero no lo entiendo —se excusó Peyton.

—Pues se lo repito —soltó el capitán—. Ahí tiene dos mujeres. Mírelas bien. ¿Cuál prefiere? ¿La española o la italiana?

Se oyeron más chillidos y avemarías de las doncellas y el ayuda de cámara insistió en su incomprensión.

—¡Por los tormentos de Tártaro! —maldijo el capitán Decker—. ¿No está claro como el agua? ¿Acaso no es un hombre? ¿Y ellas, mujeres? Pues voy a casarlo con una de ellas.

—Pero no puede, señor…

—¿Que no puedo? ¿Es que no sabe cuál es la autoridad de un capitán en alta mar? ¡Puedo hacer cualquier cosa! Puedo colgarlo del palo mayor, puedo pasarlo por la quilla, puedo… y lo haré, si no elige a una de estas dos, ¡y dese prisa!

—Pero es que no quiero ser bígamo, señor, si permite que se lo diga —se lamentó Peyton—. Tengo esposa, señor, en Inglaterra…

Sus explicaciones se vieron interrumpidas por el bufido airado del capitán.

—Yo que creía que en usted había algo turbio. Usted, tan servil y lamebotas… ¡Y resulta que está casado!

—Disculpe, señor —tartamudeo Peyton—. El señor Brown, mi jefe, sabe que estoy casado. Pregúntele. Sabe que envío dinero a casa con regularidad. Él le dirá que…

—¡Aaagggg! —La indignación inarticulada del capitán Decker fue como la explosión de un molinillo de café—. ¡Cállese! ¿Por qué hace tanto ruido?

La señora Gifford y Patty oyeron las zancadas del capitán en la escalera y aguardaron nerviosas a que saliera a cubierta. En lugar de mostrar su enfado, se limitó a contemplar el mar durante un buen rato, tras lo que pronunció un desconsolado: «¡Oh, cielos! ¡Cielos!».

VI

—AHORA TENDRÍA CUARENTA y ocho años, si estuviese vivo —decía la señora Gifford a Temple Harrison.

La mayoría de los supervivientes estaban sentados a sotavento de la toldilla, a la sombra de la mayor, aprovechando la leve brisa.

—¿Quién? —preguntó el capitán Decker con su acostumbrada mala educación, de pie al sol abrasador, sextante en mano, mientras tomaba observaciones del meridiano.

—Mi marido —contestó la señora Gifford.

De inmediato, el capitán se adueñó de la conversación.

—¿Cuántos años cree que tengo yo?

Nadie mostró interés, aunque Willie, que restregaba pintura a cuatro patas, dedicó a su perseguidor una mirada de odio.

—Tengo dieciocho años, señora —continuó el capitán. Se dio un golpe en el pecho para enfatizar sus palabras—. Yo, este hombre que tiene delante, ha vivido dieciocho años, no lo dude.

—Pues debió de nacer ya adulto —comentó Sedley Brown.

—Así fue. Nací con barba y bigote. Nunca tuve padre ni madre. Nací adulto en el castillo de proa de un barco.

—¿Y de dónde sacó su nombre? —preguntó Harrison.

—De los papeles del barco. Allí estaba escrito, Bill Decker; yo. Lo primero que hice después de nacer…

—Fue limpiar el castillo de proa con la tripulación —interrumpió Harrison.

—Al contrario, señor. La tripulación limpió el castillo de proa conmigo. Yo era el más dispuesto a pelear que haya visto en su vida, pero no sabía hacerlo. Me pegaron de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres; pero a un buen hombre no hay quien lo venza. No me rendí. A la mínima provocación, yo atacaba. Sí, me machacaban, pero mientras tanto iba aprendiendo los trucos y, antes de que la travesía llegase a su fin, yo era el amo del castillo de proa. Zurré a todos los marineros, a los dos contramaestres y al carpintero. La noche antes de llegar a Liverpool zurré al tercer piloto a proa de la caseta de crujía. Cuando llegamos a tierra y nos pagaron, pillé al segundo en un callejón del barrio portuario. Tuvieron que llevarse lo que quedaba de él al hospital. No volvió a ser el mismo. Es una ruina, señora. No ha vuelto a embarcarse y lo enviaron a la Casa del Marino.

El capitán Decker detectó el escalofrío de la señora Gifford.

—¡Y me siento orgulloso de ello, señora! —rugió—. ¡Muy orgulloso!

—Pero ¿dónde está la broma, capitán Decker? —preguntó Patty.

—No es una broma. Es la realidad. Abrí por primera vez los ojos a este mundo en el castillo de proa del *Ermyntrude* hace dieciocho años. Esa es la edad que tengo, dieciocho años. Y he ascendido peleando. Con un año era contramaestre. Antes de cumplir los dos, era tercer oficial. A los tres, segundo, y además muy bueno…

Se interrumpió de repente. Su ojo de marino, que recorría el horizonte del mar de manera mecánica, había detectado algo.

—¡Barco a la vista! —gritó—. ¿Dónde está el vigía? Dos grados por la amura de barlovento. Me ocuparé del vigía. ¡Eh, Chato! Llévese los prismáticos a la cruceta y a ver qué le parece.

VII

ESE MISMO DÍA, después de comer, a los supervivientes del *Mingalia* no se les permitió salir a cubierta. Permanecieron en la cabina durante varias horas bochornosas y muy largas, mientras oían el ruido de las chalupas que abarloaban, voces desconocidas en cubierta y los distintos sonidos propios de desestibar la carga e izarla por la borda. Estaban cambiando el opio de barco. Willie, liberado de restregar la pintura y enviado abajo, informó de que como mínimo había visto cuatro goletas y balandros acercarse a la *Susan Drew* desde barlovento.

Esa noche nadie sirvió la cena y los prisioneros pasaron sed y hambre en la estrecha cabina. A las once de la noche completaron el traslado del opio y oyeron al capitán Decker rugir órdenes mientras desplegaba velas. Luego bajó, se sirvió medio vasito de whisky y se lo bebió de un trago.

—Ya está —dijo—. Pueden salir a cubierta, si quieren. El cocinero está haciendo café y el muchacho de cámara está abriendo latas para servir una cena fría.

—¿A dónde nos llevará ahora? —preguntó la señora Gifford.

El capitán Decker repartió una mirada pensativa entre ella y la botella de whisky y luego, en silencio, repitió la dosis anterior. Su voz ya no era como el ruido de un molinillo de café.

—No lo sé, señora. Vamos rumbo al oeste, cruzando el Pacífico y los dejaré en algún sitio. Son demasiados para que juren guardar el secreto. Tendrán que quedarse conmigo hasta que todo el opio esté distribuido sin problemas. No es que desee su compañía. No, a mí me van las rubias, como ya le he dicho. Pero es una cuestión de negocios. La carga ha de ponerse a salvo. Aunque si fuese usted rubia…

Dejó de hablar y miró a la señora Gifford durante un buen rato, para fastidio de ella. Parecía en trance, como si estuviese soñando. Una curiosa luz empezó a brillar en sus ojos, mientras a su boca asomó una sonrisa impensablemente elocuente para todos ellos. Aún en trance, alargó su sucia mano y, como en broma, la tocó en el hombro.

—Ya está —dijo—. Te he pillado. Eres tú.

Se despertó de inmediato y se apartó de ella.

—Maldita sea, ¿por qué no será rubia? —Dio un paso hasta una silla, en la que se dejó caer, enterrando el rostro en las manos y gimiendo—: ¡Oh, cielos! ¡Cielos!

—¡Qué espanto! —exclamó la señora Gifford, indignada.

—El muy animal está bebido —explicó Temple Harrison a Patty.

VIII

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, mientras la Susan Drew avanzaba empujada por los alisios del nordeste, el comportamiento del capitán Decker no mejoró. Tenía las manos y las uñas sucias de brea y pintura, incrustadas por su empedernida práctica de tirar de cuanta escota y driza hiciera falta. Devoraba las ciruelas según su llamativa costumbre, interrumpía las conversaciones, intimidaba a Chato, azotaba a Willie y bebía sus vasitos de whisky. A cada vaso aumentaba la inmensidad de su ronquera. Continuó observando en trance a la señora Gifford y no disminuyeron sus comentarios de aversión hacia las morenas. A menudo enterraba el rostro en las manos y gemía: «¡Oh, cielos! ¡Cielos!».

Lo peor era su forma de perseguir a la señora Gifford. Parecía que algo lo atraía hacia ella continuamente y, al mismo tiempo, lo obligaba a retroceder. Patty se mostraba terriblemente intranquila.

Temple Harrison la consolaba. Y Sedley Brown empezó a sentir celos. Se encontraban en el paralelo 18 norte y longitud 166 oeste, y el capitán Decker hablaba de llevarlos al sudoeste y dejarlos en algún puesto comercial remoto de Nueva Bretaña o Nueva Irlanda, cuando ocurrió algo extraño e incomprensible que les dio a todos motivos para meditar.

Fue durante la cena. La conversación había girado en torno al ocultismo y todos expresaron su incredulidad ante fenómenos como la telepatía y la clarividencia.

—La base del conocimiento es la experiencia —dijo Temple Harrison—. No discuto que exista el subconsciente. Pero nunca se ha demostrado que el subconsciente sepa algo que no sea experiencia, me refiero a algo que no sea la base del conocimiento, que es la experiencia. Por lo tanto, es imposible…

Guardó silencio porque sus oyentes habían dejado de prestarle atención. El capitán Decker había empezado a comer ciruelas y todos lo observaban con el interés de siempre. Le sirvieron una ración más grande de lo normal, pero vaciaba el plato heroicamente. Sus mejillas se hinchaban cada vez más debido a los huesos acumulados, mientras las mandíbulas masticaban y la cuchara se movía de acá para allá. Además, estaba pensando y se veía que deseaba hablar. Había puesto los ojos en blanco y parecía que sus orejas intentaban moverse, tan fuerte era el deseo. Por fin llegó el momento supremo. Inclinó la cabeza sobre el plato, escupió una cantidad enorme de huesos de ciruela y miró ferozmente a Temple Harrison.

—Sandeces, eso es lo único que sabe —empezó a decir el capitán—. No sabe nada. Pero yo sí. Sé de lo que hablo. Sé cosas que escapan a mi experiencia. No sé cómo las sé, pero las sé.

—Un milagro deja de serlo si es de segunda mano —contestó Temple Harrison en tono condescendiente—. Las pesadillas del borracho solo son reales para el borracho. Los demás sabemos que no existen. Pero el sueño es real para quien lo sueña y mientras lo sueña.

—Sandeces y más sandeces —continuó de malos modos el capitán Decker—. Le aseguro que yo sé cosas reales que no debería saber.

—Denos un ejemplo, por favor —dijo Sedley Brown.

—Muy bien. —El capitán miró a la señora Gifford—. Señora, sé cosas sobre usted que no tengo derecho a saber. No sé cómo las sé, pero las sé. ¿Quiere que las cuente?

La señora Gifford alzó la cabeza con altanería para responder:

—Estoy segura de que no sabe nada sobre mí que pueda avergonzarme si lo cuenta.

—Muy bien, señora. —La miró tan fijamente que dio la sensación de que veía a través de ella—. Bajo su omóplato izquierdo, a medio camino entre él y la cadera, tiene un lunar. ¡Ja!

Fue una exclamación de triunfo, provocada por el grito instantáneo de Patty y por el revelador sonrojo de la señora Gifford.

—Ese lunar no tiene relación con mi experiencia —continuó diciendo—. Nunca lo he visto, pero sé que está ahí. Ustedes deciden.

—Sin embargo, la existencia del lunar no está demostrada —comentó Sedley Brown lacónicamente.

—Señora, ¿tiene usted ese lunar? —preguntó el capitán.

La señora Gifford se negó a responder.

—Muy bien. Le diré algo más. Tiene un callo en la zona interna del dedo pequeño del pie izquierdo. En sus brazos no se aprecian marcas de vacunas, me fijé cuando llegó usted a bordo. Sin embargo, está vacunada. Y puedo contarle más cosas. Por ejemplo…

—¡No, no! ¡No! —exclamó la señora Gifford, con las mejillas rojas de vergüenza.

Sedley Brown la miró, entre desconfiado y celoso.

—Parece que sé lo que no sé —presumió el capitán Decker—. Sé cosas que no tienen que ver con mi experiencia. He demostrado lo que digo, ¿no?

—Pero no tiene derecho… —empezó a decir Patty, indignada y de manera inconexa—. Además, no lo sabe. No puede saberlo.

—Y en cuanto a usted, jovencita, sé cosas que la harían ruborizarse más que a su madre. Sí, la conozco de arriba abajo. ¿Quiere que les cuente lo de cierta señal que…?

—¡No! ¡No! ¡No! —rogó Patty.

—¡Ja! —El capitán Decker se encogió de hombros y paseó la mirada de una mujer mortificada a la otra—. Supongo que seré psicólogo. Sé muchas cosas que no tienen que ver con mi experiencia.

—¿Por qué no me dice algo relacionado conmigo? —lo retó Temple Harrison, por compasión a Patty y su madre.

—No sé nada sobre usted —fue la respuesta—. Tal vez no me interesa.

Más tarde, cuando estaban solos en cubierta, Harrison le dijo a Patty que todo aquello era imposible.

—Pero mi madre tiene ese lunar —contestó ella.

—Estoy segura de que existe la telepatía —opinó la señora Gifford—. Sin embargo, qué hombre tan espantoso. No volveré a pensar en nada cuando esté con él. Es capaz de leer mi mente como si fuese un libro abierto.

—Yo no sé qué creer —dijo Sedley Brown—. Es todo muy extraño, de eso no hay duda, y me gustaría aclararlo.

Su deseo se iba a ver cumplido muy pronto. Esa tarde, el capitán Decker sorprendió a Willie fumando un cigarrillo en el pañol de velas y lo azotó al instante. Luego lo envió a la arboladura, en una guindola, a fin de alquitranar la jarcia mayor. Para entonces el capitán estaba de un humor de perros. Asustó a las dos doncellas hasta el histerismo, intimidó a Peyton hasta dejarlo en un estado semicomatoso en el que gimoteaba disculpas por existir, maldijo al muchacho de cámara, fue a la cocina y vapuleó al cocinero entre sus ollas y sartenes, para regresar luego a la toldilla y armarla buena con el Chato Russ. El amilanado marino murmuró toda clase de disculpas e intentaba apartarse cada vez que el capitán, en sus paseos a zancadas por la cubierta, como un animal salvaje, pasaba por su lado.

Los supervivientes del *Mingalia* se vieron obligados a escuchar sus diatribas. Imposible evitarlo ocultándose abajo, porque la voz del capitán llegaba a todas partes. Además, ya lo habían intentado durante otros arrebatos anteriores y solo habían conseguido enfadar más a Decker. Sedley Brown permaneció en actitud pasivamente protectora junto a la señora Gifford, que ocupaba una silla de cubierta. Patty y Temple Harrison se habían acercado más el uno al otro y se daban la mano. El capitán Decker continuaba vociferando y recorriendo la cubierta de un extremo al otro.

Fue Harrison quien presenció toda la extensión de lo ocurrido. Por casualidad, miró hacia arriba, donde Willie se balanceaba, enfadado, en la guindola. A Harrison le sorprendió el odio feroz que

contraía el rostro de aquel joven afable.

De la guindola colgaba un bote de brea. Mientras Harrison observaba, Willie se agarró con las piernas a los obenques y, con ambas manos libres, se dispuso a abrir el bote. Con él en la mano, aguardó. El capitán Decker caminaba de un lado a otro bajo él. Harrison vio al joven sostener el bote de brea en equilibrio, calcular las zancadas del capitán y soltarlo.

Sin darse la vuelta, el bote golpeó al capitán Decker en la cabeza. De inmediato, el hombre se sentó sobre la cubierta. La brea no le cayó encima. El bote lo golpeó tan de lleno que rebotó y se derramó en la madera del suelo. La señora Gifford, imaginando la muerte violenta que amenazaba a su hijo pequeño, chilló y se desmayó. Patty gritó también y Harrison la sujetó por la cintura. Nadie se movió ni habló. Todos miraban al capitán.

Decker continuaba sentado en cubierta, mirándose las manos como un idiota. A su rostro asomó un gesto de desagrado. No le gustaban sus manos. Intentó librarse de ellas, arrojarlas lejos de él. Como no lo consiguió, volvió a contemplarlas igual que en un sueño. Luego las frotó y sus ojos se llenaron de asombro porque sus sentidos le aseguraban que esas manos eran suyas. Después observó su ropa y todo lo que lo rodeaba, incluidos quienes lo miraban a él.

—¿Qué hago con el chico, señor? —preguntó el Chato Russ, acercándose solícito.

El capitán Decker miró a su piloto y se encogió, intentando alejarse de él.

Quiso hablar, pero parecía incapaz de dominar su voz.

—¿Qué chico? ¿Qué? —consiguió articular al fin, en un tono ronco y modulado que no se parecía a nada que hubiese salido de su boca hasta el momento. Pensativo, observó al piloto durante un buen rato—. ¿Quién es usted? Por favor, aléjese. ¿Sería tan amable de llamar a la policía? Me ha ocurrido algo malo.

Desde arriba, paralizado por el miedo, Willie Gifford miraba hacia abajo. El enorme piloto, perplejo, no era capaz de hacer otra cosa que mirar fijamente al capitán, al ritmo del balanceo de la goleta. Todos lo miraban, incluso el timonel, cuyos ojos curiosos contradecían la inexpresividad del rostro.

—Ha ocurrido algo terrible —insistió el capitán Decker, con voz lastimera y ronca.

Intentó ponerse de pie y quiso alejarse del piloto, que lo ayudó. Se tambaleó hasta la barandilla, se agarró a los obenques y observó, desconcertado, el oleaje provocado por los alisios.

En ese momento, la señora Gifford se levanto de su silla, ayudada por el brazo de Sedley Brown, que rodeaba su cintura. El capitán lo miró y se sobresaltó.

—¡Caramba, Sedley! —exclamó—. Pero si eres tú. ¿Qué ha pasado? Estás muy avejentado. ¿Has estado enfermo? —Entonces miró a la señora Gifford—. ¡Amelia! —gritó. La visión del brazo que rodeaba la cintura de la mujer pareció afectarlo—. Sedley, ¿eres consciente de lo que haces? Es mi esposa. Ten la amabilidad de apartar el brazo. Amelia, yo… me sorprendes.

Caminó hacia ella, pero la señora Gifford se echó hacia atrás.

—¡Oh, qué hombre tan espantoso! —sollozó mientras ocultaba el rostro en el hombro de Sedley Brown.

—¡Amelia! ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el capitán, muy preocupado—. Sedley, por favor, aparta tu brazo de mi mujer. Vas a conseguir que me enfade.

Patty fue la primera en comprender la situación.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Oh, padre! Todos creíamos que habías muerto.

—¿Muerto? ¡Tonterías! Pero no la conozco. Déjeme. No soy su padre, jovencita. Me gustaría saber…

Pero entonces el capitán volvió a fijarse en sus manos e intentó librarse de ellas.

—Madre, ¿no lo entiendes? —Patty estaba ya al lado de la señora Gifford—. ¡Es padre! Míralo. Háblale.

La señora Gifford miró a Decker y se estremeció. El capitán se pasaba las yemas de los dedos por el rostro.

—Seth, ¿eres tú? —murmuró casi sin voz.

—¡Vaya tontería! —contestó el capitán—. Pues claro que soy yo. Pero mi rostro, mi barba… ¿Qué ha pasado? Ya no tengo barba… Amelia, dime, ¿quién es esta joven? Sedley, por tercera vez te pido que retires el brazo.

—¡Seth! Dios mío, es Seth. —Sedley Brown se adelantó para estrecharle la mano y luego se acercó, tambaleante, a la pared de la cabina, contra la que se apoyó.

—Pero ¿por qué estamos navegando? —se quejó el señor

Gifford. Miró a su alrededor y se fijó en el Chato Russ—. Si es usted el capitán, señor, será mejor que haga virar el barco de inmediato y regrese a San Francisco. Ah, ya sé. Empiezo a recordar. ¡Qué escándalo! La policía tiene que investigarlo sin falta. Anoche me atacaron. Me golpearon varias veces en la cabeza. Es un milagro que no me rompieran el cráneo. —Se tocó la cabeza con cuidado hasta que encontró la contusión provocada por el bote de brea—. Aquí está. Muy inflamada. Fue anoche, a las once y media…

—Escucha —rogó Patty—. Eso no ocurrió anoche. Fue hace dieciocho años, y yo soy tu pequeña Patty. ¿Te acuerdas de ella? He crecido, claro. Madre, ¿por qué no lo besas? Padre. Bésala.

La señora Gifford se estremeció. Seth Gifford no aprovechó la invitación de su hija, pero de nuevo intentó librarse de esas manos que no reconocía como propias.

—Yo… necesito darme un baño —murmuró. Luego se tambaleó hasta la entrada a la cabina y se sentó—. ¡Oh, cielos! ¡Cielos! —gimió y rompió a llorar.

IX

—LA VERDAD ES QUE es el mismo Seth de siempre, no ha cambiado nada en todos estos años —anunció la señora Gifford.

Acababa de salir a cubierta para disfrutar del fresco de la mañana con los demás.

—Pero me hace sentir tan mayor —continuó—. Él ha permanecido inmutable. Es dieciocho años más joven.

—Me siento como si hubiese presenciado un asesinato —dijo Temple Harrison.

—No veo por qué —objetó Patty.

—Yo sí. ¿Qué ha sido del capitán Bill Decker? Está muerto, ¿no?

Patty negó con la cabeza.

—No hay cadáver —dijo—. El capitán Bill Decker se ha limitado a regresar al silencio que mi padre ocupó durante dieciocho años.

—Y yo espero, lo espero fervientemente, que el capitán Bill Decker se quede allí para siempre —contribuyó Sedley Brown.

—Es muy raro —dijo Patty.

—Un milagro —añadió la señora Gifford.

—Sí, y lo hice yo, con mi bote de brea —dijo Willie, mientras fumaba un cigarrillo, con el mayor de los descaros, a barlovento de su madre.

Todos se volvieron para observar al milagro, que permanecía en pie junto a la jarcia de sotavento, mirando al mar e intentando, inconscientemente, lanzar por la borda sus manos manchadas.

[1912]

¿Quién quiere vivir?

TANTON DAVIES y Jim Wemple dejaron de hablar para escuchar el aumento del tumulto en la calle. Una lluvia de piedras repiqueteó y retumbó en las mosquiteras de alambre que protegían las ventanas.

La noche era cálida y sus rostros rezumaban sudor mientras escuchaban. El clamor incoherente de la multitud se elevó, salpicado de gritos individuales en el español de México. Las amenazas menos terribles eran: «¡Muerte a los gringos!», «¡Matad a los cerdos norteamericanos!», «¡Ahogad a los perros norteamericanos en el mar!».

Stanton Davies y Jim Wemple se encogieron de hombros con paciencia y continuaron conversando en voz más alta para oírse por encima del jaleo.

—La cuestión es cómo —dijo Wemple—. Hasta Pánuco hay setenta y cinco kilómetros por río…

—Y por tierra es imposible, con los hombres de Zaragoza y de Villa saqueando e incluso puede que fraternizando —mostró su acuerdo Davies.

Wemple asintió con la cabeza y continuó:

—Y ella está en la East Coast Magnolia, tres kilómetros más allá, si es que no ha vuelto al campamento de caza. Tenemos que ir a buscarla.

—Hemos sido muy legales en este asunto, Wemple —dijo Davies—. Así que deberíamos reconocer lo que ambos sabemos que el otro sabe. Tú la quieres y yo la quiero.

Wemple encendió un cigarrillo y asintió.

—Ha llegado el momento de que hagamos como que no la queremos y solo nos interesa salvarla y traerla aquí.

—Establecer una tregua hasta que la salvemos… Ya te entiendo —afirmó Wemple.

—Una tregua hasta que la traigamos sana y salva aquí, a Tampico, o la dejemos a bordo de un acorazado. ¿Y después?

Ambos se encogieron de hombros y sonrieron mientras se estrechaban la mano para ratificar su acuerdo.

Una nueva lluvia de piedras tamborileó contra la protección de las ventanas, una voz de niño se alzó, estridente, sobre el griterío proclamando la muerte a los gringos, y la casa reverberó tras el pesado golpe de algo que envistió con fuerza contra la puerta de la calle, situada en el piso de abajo. Ambos cogieron sus rifles automáticos y bajaron corriendo para proteger la puerta amenazada con sus disparos.

—Si entran tendremos que disparar —dijo Wemple.

Davies asintió en silencio y luego, de forma inconsecuente, soltó una buena retahíla de maldiciones.

—¡Quién lo diría! —explicó su rabia—. Uno de cada tres de esos granujas de ahí fuera ha trabajado para ti o para mí: llegaban hambrientos, descalzos, empobrecidos y encantados de ganar diez centavos al día con tal de tener trabajo. Nosotros les dimos trabajo fijo y ciento cincuenta centavos al día, y ahora están ahí pidiendo a gritos acabar con nosotros.

—Solo los mestizos —corrigió Davies.

—Ya sabes a qué me refiero —contestó Wemple—. Los únicos peones que perdimos son los que huyeron o recibieron un tiro.

El ataque contra la puerta cesó y regresaron arriba. Media docena de disparos dispersos realizados desde lejos en la misma calle lograron que la multitud se retirase, porque una tranquilidad relativa se asentó en la zona.

A través de las ventanas entreabiertas oyeron un silbido y la voz de un hombre que decía:

—¡Wemple! ¡Abre la puerta! ¡Soy Habert! ¡Quiero hablar contigo!

Wemple bajó y regresó enseguida con un norteamericano de cincuenta años, fornido, con barriga y canas. Estrechó la mano de Davies y se dejó caer en una silla, jadeando. No soltó su Colt 44 automático, aunque de inmediato se concentró en sacar un nuevo cargador del bolsillo de su chaqueta de lino. Había llegado sin sombrero y sin fuelle, y con el rostro manchado de sangre debido a un corte provocado por el golpe de una piedra en la mejilla. En cuanto cambió el cargador de la pistola, se puso en pie de un salto y también él, rabioso, empezó a maldecir.

—Tenían una bandera norteamericana en el suelo, donde la pisoteaban y escupían sobre ella. Me ordenaron que escupiese.

Wemple y Davies lo miraron interrogantes, en silencio.

—¡Oh, ya sé lo que estáis pensando! —estalló—. ¿Escupiría sobre ella en caso de necesidad? Eso es lo que queréis saber. Pues os contestaré. Directamente, sin andarme por las ramas, LO HARÍA. Así que ya podéis ir haciéndoos a la idea.

Hizo una pausa para coger un puro de la caja que había sobre la mesa y encenderlo con mano firme y desafiante.

—¡Demonios! Todos en esta zona conocen bien a Anthony

Habert y podéis estar seguros de que nadie lo tiene por un cobarde. Sin duda, en caso de necesidad, escupiría sobre mi bandera. ¿Por qué rayos creéis que he salido a la calle en semejante noche? Me escapé del Southern Hotel hace media hora, donde hay cuarenta norteamericanos con sus mujeres, todos armados. Allí estaba seguro. ¿Por qué creéis que he venido? ¿Para rescataros?

Su indignación lo obligó a callar, a punto de sufrir una apoplejía.

—Desembucha —ordenó Davies, fríamente.

—Os lo diré —explotó Habert—. Es por mi Billy. Nos separan ochenta kilómetros y veinte mil federales y rebeldes despiadados. ¿Sabéis lo que haría ese chico si estuviese aquí, en Tampico, y yo me encontrase a ochenta kilómetros río Pánuco arriba? Pues yo sí lo sé. Y pienso hacer lo mismo: iré a buscarlo.

—Nosotros estamos pensando en salir río arriba —afirmó Wemple.

—Por eso vine hasta aquí. Por la señorita Drexel, ¿no?

Los otros dos asintieron con una sonrisa. Era una época en la que los hombres se atrevían a hablar de asuntos intocables en otros momentos.

—Entonces debemos salir ya —proclamó Habert al tiempo que miraba su reloj—. Es medianoche. Tenemos que llegar al río y conseguir un barco.

Pero, en respuesta, el griterío de la multitud que regresaba se coló por las ventanas entreabiertas.

Davies estaba a punto de hablar cuando sonó el teléfono y Wemple se acercó al aparato.

—Es Carson —dijo mientras escuchaba—. Aún no han cortado la línea que cruza el río. Hola, Carson. ¿Te la han abierto o es solo un corte? Mejor para ti… Sí, traslada las mulas al potrero más allá de Tancochín… ¿Quién está en el depósito del agua?… ¿Aún puedes llamarlo por teléfono?… Dile que mantenga los depósitos llenos y que corte el suministro a Arico. Dile también que aguante hasta el último minuto y que tenga un caballo ensillado para cortar el suministro y salir huyendo. Antes de irse, que arranque el teléfono… Sí, sí, sí. Claro. Nada de mestizos. Que deje a cargo a los indios. Gabriel es un buen hombre. En cuanto salgamos huyendo, sabe Dios cuándo podremos volver… Jaramillo no puede producir

menos de dos mil quinientos barriles. Tenemos que almacenar durante diez días. Tendrá que ocuparse Gabriel. Mantened la maquinaria en marcha, aunque tengamos que descargar en el río…

—Pregúntale si tiene una lancha —interrumpió Habert.

—No tiene —contestó Wemple—. Los federales requisaron la última a mediodía. Oye, Carson, ¿cómo vas a organizar tu fuga? —preguntó Wemple.

El hombre con el que hablaba estaba al otro lado del Pánuco, en la orilla sur, en la terminal petrolera.

—Dice que no hay forma de huir —informó Wemple a los otros dos—. Los federales están por todas partes y no entiende cómo no lo han asaltado hace horas… ¿Quién? ¿Campos? ¡Qué miserable!… de acuerdo… No te preocupes si no tienes noticias mías. Me voy río arriba con Davies y Habert… Actúa según tu criterio y si tienes la oportunidad de vengarte de Campos, cárgatelo… Oh, aquí la cosa está que arde. Ahora mismo intentan echar la puerta abajo. Sí, claro que sí… adiós, amigo.

Wemple encendió un cigarrillo y se secó el sudor de la frente.

—Ya conocéis a Campos, José H. Campos —explicó—. El muy granuja le ha estafado a Carson veinte mil pesos. Si no pagábamos, habría obligado a la mitad de nuestros peones a alistarse o habría prendido fuego a los pozos. Y tú bien sabes, Davies, lo que hemos hecho por él durante años. ¿Gratitud? ¿Decencia? ¡Y un cuerno!

ERA LA NOCHE DEL 21 DE ABRIL. La mañana de ese mismo día, la infantería de marina norteamericana había desembarcado en Veracruz y tomado la aduana y la ciudad. El telégrafo transmitió la noticia de inmediato y una vengativa turba de mexicanos tomó posesión de las calles de Tampico y expresó su disconformidad con la acción de Estados Unidos arrancando las banderas norteamericanas y amenazando de muerte a los estadounidenses.

Excepto por su propia debilidad, no había nada que evitase que la multitud cumpliera con sus amenazas. Si hubiesen derribado las puertas del Southern Hotel, de otros hoteles o de residencias como la de Wemple, habría dado comienzo una lucha en la que los miles de soldados federales presentes en Tampico se habrían unido a sus compatriotas civiles en la loable tarea de reducir la población gringa de esa parte de México. Los buques de guerra

norteamericanos tendrían que haber actuado como elemento disuasorio; pero por algún inexplicable exceso de tacto, o estrategia o lo que fuera, Estados Unidos, al dar la orden de tomar Veracruz, había retirado sus buques de guerra de Tampico hasta el Golfo, a unas doce millas náuticas de distancia. Esa orden la había recibido el almirante Mayo por radio desde Washington y en tres ocasiones pidió que se la repitieran hasta que, con lágrimas en los ojos, dio la espalda a sus compatriotas y puso rumbo a mar abierto.

—¡HAY QUE SER ESTÚPIDOS para dejarnos en la estacada de esta forma! —condenó Habert a las autoridades de su país—. Mayo jamás lo habría hecho. Creedme, lo habrán obligado desde Washington. Así que aquí estamos, con nuestros seres queridos dispersos a lo largo de ochenta kilómetros. Si pierdo a mi Billy no seré capaz de volver a casa y enfrentarme a mi mujer. Vamos, en marcha. Entre los tres haremos huir a cualquier pandilla que ande por las calles.

—Venid a echar un vistazo —les dijo Davies desde donde se encontraba, algo apartado de la ventana y mirando a la calle.

Estaba repleta de alborotadores, todos arengando, maldiciendo, amenazando de muerte y animándose entre ellos para echar la puerta abajo, pero nadie se atrevía porque sabían que la muerte esperaba a los primeros del grupo.

—No podemos pasar entre semejante grupo, Habert —comentó Davies.

—Si morimos bajo sus pies no podremos ayudar a tu Billy ni a nadie que esté Pánuco arriba —añadió Wemple—. Y si…

Un nuevo movimiento de la turba lo hizo callar. Se dividía en dos ante el avance lento y silencioso de una hilera de hombres vestidos de blanco.

—Marineros. Parece que Mayo ha vuelto para rescatarnos —murmuró Habert.

—Entonces podremos conseguir una lancha de la Armada —dijo Davies.

El alboroto de la turba se fue apagando y, en silencio, los marineros llegaron hasta la puerta de la calle y llamaron. Bajaron los tres juntos para abrir y descubrir que quienes llamaban no eran norteamericanos, sino dos tenientes alemanes y media docena de

infantes de Marina de la misma nacionalidad. Al ver a los estadounidenses, la multitud volvió a rugir y fue reprimida por los golpes de las culatas de los rifles alemanes.

—No, gracias —rechazó la invitación a entrar el teniente al mando, en un inglés pasable. Cuando el ruido de la multitud ahogaba su voz, aprovechaba para dar una calada a su puro—. Regresamos a nuestro buque. Nuestro comandante ha consultado con los comandantes inglés y holandés, pero se han negado a cooperar, así que nuestro comandante asume toda la responsabilidad. Hemos hecho una ronda por los hoteles. Resistirán por su cuenta hasta el alba, cuando los sacaremos de allí. Les hemos dado bengalas como estas. Tengan. Si entran en la casa, resistan y lancen una bengala desde la azotea. Llegaremos en cuarenta y cinco minutos. Tenemos las lanchas preparadas, las tripulaciones y los marineros de servicio en tierra están a bordo y zarparemos en cuanto veamos la primera bengala.

—Ya que van ahora a bordo, nos gustaría acompañarlos —dijo Davies, tras darles las gracias.

La sorpresa y el desagrado se reflejaron en los rostros de ambos tenientes.

—Oh, no —se rio Davies—. No buscamos refugio. Tenemos amigos río arriba, a ochenta kilómetros de aquí, y queremos llegar al río para ir a buscarlos.

El alivio de los oficiales fue inmediato mientras se miraban en silencio.

—Ya que nuestro comandante asume una gran responsabilidad en una noche como esta, ¿podemos nosotros dejar de asumir una responsabilidad menor? —preguntó el mayor de los tenientes.

El joven le dio la razón encantado. En un santiamén, los tres norteamericanos subieron y volvieron a bajar equipados con más munición, pistolas y una buena provisión de puros, cigarrillos y cerillas. Wemple dio las últimas instrucciones hacia lo alto de la escalera a los imaginarios ocupantes de la casa que quedaban al cargo, se aseguró de que la cerradura funcionaba y cerró de un portazo.

Los oficiales abrieron la marcha, seguidos por los norteamericanos y los seis marineros, que ocupaban la retaguardia. La multitud violenta les gritó, pero no se atrevió a arrojar ni una

sola piedra y los dejó pasar.

AL CRUZAR LA PASARELA del crucero, vieron lanchas y barcazas atadas en hileras a los tangones, llenas de hombres que esperaban recibir las señales de los hoteles sitiados. Un cañón atronó cerca, río arriba, seguido del retumbar de numerosos cañones y las descargas de muchos rifles disparados en rápida sucesión.

—¿Por qué arma tanto jaleo la *Topila*? —se quejó Habert y se unió a los otros en la contemplación del panorama.

La luz de un reflector, que evidentemente surgía de la cañonera mexicana, rasgaba la oscuridad en medio del río, donde jugaba sobre el agua. Más allá, ocupando el centro del círculo de luz en movimiento, corría una motora estrecha y alargada. Un proyectil estalló en el aire treinta metros por detrás de ella. En algún sitio, fuera del círculo de luz, estallaban más proyectiles en el agua, porque vieron que la motora se balanceaba debido a las olas provocadas por las explosiones. Imaginaron que las balas de los rifles también pasarían zumbando.

Pero el espectáculo duró solo unos minutos. Tal era la velocidad de la motora que se refugió detrás del buque alemán y la cañonera mexicana se vio obligada a dejar de disparar. La motora redujo velocidad, describió un giro ancho y escorado, y se detuvo junto a la lancha más próxima a la pasarela.

Las luces de la pasarela permitieron ver que en su interior solo había un ocupante, un joven rubio de veinte años con el rostro engrasado, muy delgado, muy tranquilo y muy satisfecho de sí mismo.

—¡Pero si es Peter Tonsburg! —exclamó Habert al tiempo que alargaba la mano para estrechar la del otro—. ¿Qué tal, Peter? ¿A dónde demonios vas, pasando de esa forma tan escandalosa por delante de la *Topila*?

Peter, un chico de origen sueco nacido en Texas, respetuoso de las viejas tradiciones texanas, estrechó también las manos de Wemple y Davies y los saludó en un tono que solo pueden articular los originarios de Texas.

—¿Yo? —respondió a Habert—. No voy a ninguna parte, excepto para alejarme del fuego de artillería. La *Topila* es un

peligro. ¡Ja! Pero les he hecho calentar motores. No han podido conmigo. Parecían aficionados en una cacería de patos.

—¿Cuál de las *Chill* es tu motora? —preguntó Wemple.

—La *Chill II* —respondió Peter—. Es la única que queda. La *Chill I* la tienen los mexicanos. Campos la requisó a mediodía. Yo manejaba la *Chill III* cuando me atraparon al atardecer. Me obligaron a entregarla a punta de pistola en la costa este, pero logré huir después de dejarla, a pesar de los disparos.

»El jefe había salido a bordo de esta rumbo a Tampico a primera hora de la tarde y hace unos diez minutos que la descubrí atracada en la costa oeste, junto a un grupo de federales borrachos, así que se la afané. ¿Dónde está el jefe? No estará herido, ¿verdad? Porque voy a buscarlo.

—No, no vas a ir, Peter —dijo Davies—. El señor Frisbie está a salvo en el Southern Hotel, solo tiene una pequeña herida en el cuero cabelludo que le ha provocado un fuerte dolor de cabeza. Está a salvo, así que te vienes con nosotros. Me refiero a que nos vas a llevar hasta más allá de Pánuco.

—¿Eh? No sé —contestó Peter mientras se limpiaba la nariz manchada de grasa en un pedazo de algodón igual de grasiento—. Estoy acatarrado. Además, pilotar de noche no me sienta bien.

—Mi hijo está allí —dijo Habert.

—Pero es mayor que yo y supongo que sabrá cuidar de sí mismo.

—También hay una mujer. La señorita Drexel —dijo Davies sin perder la calma.

—¿Quién? ¿La señorita Drexel? ¿Cómo no me lo dijeron antes? —preguntó Peter, dolido. Suspiró y añadió—: Bueno, suban y pongámonos en marcha. Pero si quieren que lleguemos a alguna parte, convenzan a sus amigos alemanes para que me donen un mínimo de ochenta litros de gasolina.

—NO LES SERVIRÁ DE NADA agacharse —afirmó Peter Tonsburg cuando, al zarpar río arriba a toda velocidad, la luz del reflector de la *Topila* los enfocó—. De pie o tumbados, si uno de sus proyectiles cae demasiado cerca, ¡adiós, muy buenas!

Nada más terminar de decirlo, la *Topila* empezó a disparar. El

rugido del escape de la *Chill* casi ahogaba el ruido de los cañones, pero el frágil casco de la embarcación sufría las sacudidas y los zarándeos provocados por los proyectiles al estallar. Alguna bala hacía blanco en el interior de la *Chill* con un golpe sordo o, si era en el exterior, con un ruido metálico y, a pesar de la advertencia de Peter —que tanto daba estar de pie o agachados si uno de los proyectiles se acercaba demasiado— todos los que iban a bordo, incluido Peter, se agacharon, con el pecho contraído entre los hombros inclinados, realizando un esfuerzo instintivo e inconsciente por reducir la superficie corporal presentada como blanco o receptáculo de los fragmentos de acero que pasaban volando.

La *Topila* era una cañonera federal. Para complicar la situación, los constitucionalistas, reunidos en la orilla norte durante el asedio de Tampico, abrieron fuego contra la motora con sus muchos rifles y una ametralladora.

—Vaya, cómo me alegro de que sean mexicanos y no norteamericanos —comentó Habert tras cinco minutos de locura durante los que no recibieron daño alguno—. Los mexicanos nacen con un arma en la mano pero nunca aprenden a usarla.

Cuando por fin la Chill tomó la curva del río que la protegía de la luz del reflector, tanto ellos como la embarcación se encontraban en buen estado.

—Estaremos en la población de Pánuco en menos de tres horas… si no chocamos contra algún tronco —dijo Peter. Luego se inclinó hacia atrás y gritó al oído de Wemple—: Y si chocamos contra un tronco a la deriva, tendremos lío mucho antes.

La *Chill II* volaba en la oscuridad, pilotada por el joven rubio que conocía cada centímetro del río y que se guiaba por la sombra de las orillas, a la tenue luz de las estrellas. Una brisa repentina levantaba pequeñas olas en los tramos más anchos, que los salpicaban. Y, a pesar del calor de la noche tropical, el viento, añadido a la velocidad de la lancha, los hacía estremecerse de frío porque tenían la ropa empapada.

—Ahora ya sé por qué se llama *Chill*[12] —comentó Habert mientras le castañeteaban los dientes.

Pero la conversación languideció durante las casi tres horas de viaje a oscuras. En una ocasión se cruzaron una lancha sin luces que iba río abajo, de lo que se dieron cuenta por el ruido de su escape.

Y en otra, el resplandor de unas luces junto a la orilla sur, cuando cruzaban el campo petrolífero de Toreno, provocó un breve debate sobre si las luces pertenecían a los pozos de Toreno o al bungaló de la plantación platanera de Merrick.

Al cabo de una hora, Peter redujo la velocidad y se acercó a la orilla.

—Aquí guardo un repuesto de gasolina, cuarenta litros —explicó—. Y prefiero asegurarme de que sigue aquí para el viaje de vuelta. —Sin bajar de la motora, hundiendo el brazo en la maleza, anunció—: Todo en orden. —Se ocupó de comprobar el aceite del motor mientras hablaba a solas—. Anoche leí un artículo en una revista. Se titulaba. «¿Quién quiere morir?». A mí me parece que nadie. Todos queremos vivir. Puede que hayan pensado que íbamos a morir cuando la *Topila* nos acribillaba. Pero se equivocaban. Estamos vivos, ¿no? Ganamos la partida. De eso se trata. Nadie quiere morir. Si me dejan elegir, yo no pienso morirme nunca.

Arrancó y el rugido y la velocidad de la *Chill* pusieron fin a la conversación.

Wemple y Davies no necesitaban hablar más del asunto que preocupaba a sus corazones. Su tregua en el cortejo era tan vinculante como breve y cada rival honraba al otro con la firme convicción de que no la incumpliría. Mientras, unirían fuerzas para llevar a Beth Drexel a la seguridad que ofrecía la exaltada Tampico o algún buque de guerra.

Cuando pasaron junto a Pánuco eran las cuatro de la madrugada. Por los gritos y las canciones supieron que el destacamento federal que ocupaba el lugar celebraba su indignación por el desembarco de los marineros norteamericanos en Veracruz. Los centinelas dieron el alto a la *Chill* desde la orilla y dispararon al azar, al ruido que hacía en medio de la noche.

Un kilómetro y medio después, donde un vapor de río con las luces y el motor encendidos permanecía en la orilla norte, llegaron a los pozos de Apshodel. El vapor era pequeño y los casi doscientos norteamericanos —hombres, mujeres y niños— que estaban a bordo saturaban su capacidad. Los hombres intercambiaron saludos llenos de alegría y cordialidad y Habert se enteró de que el vapor estaba esperando a su Billy, quien había salido a caballo para recoger a las cuadrillas de perforación aisladas que aún no sabían que Estados

Unidos se había apoderado de Veracruz y México entero estaba a punto de estallar.

Habert abandonó la motora para esperar y regresar en el vapor, y los tres a bordo de la *Chill*, tras comprobar que la señorita Drexel no se encontraba entre los refugiados, pusieron rumbo hacia la orilla sur, donde estaba la Compañía Holandesa. Era el pozo petrolífero más importante y producía desde ciento ochenta y cinco mil barriles al día hasta la cantidad que la compañía fuese capaz de manejar. México no tenía problemas con Holanda, de manera que su director se mostró muy frío, aunque estaba despierto y había dispuesto una guarda nocturna para evitar que los soldados borrachos incendiaran sus enormes lagos de petróleo. Sí, lo último que sabía era que la señorita Drexel y su hermano habían regresado al pabellón de caza. No, no les había enviado aviso y dudaba de que alguien más lo hubiese hecho. Hasta las diez de la noche anterior no se había enterado del desembarco en Veracruz. Los mexicanos se desmandaron en cuanto lo supieron y mataron a Miles Forman en los pozos Empire, hicieron huir a sus trabajadores y saquearon el campamento. ¿Caballos? No, no tenía ni caballos ni mulas. Los federales habían requisado hasta el último animal unas semanas antes. Sin embargo, creía que había un par de jamelgos en el pabellón, tan acabados que ni los mexicanos se habían molestado en llevárselos.

—Una buena caminata —dijo Davies alegremente.

—De diez kilómetros —contesto Wemple con la misma alegría —. En marcha.

Un disparo procedente del río, donde habían dejado a Peter en la motora, los hizo correr hacia la orilla. Luego se oyeron varios tiros más, que parecían salir de al menos dos rifles. Mientras el director holandés, en un español execrable, gritaba la neutralidad de los holandeses a quien se agazapara en la oscuridad, ellos encontraron, sobre la regala de la *Chill II*, el cadáver del joven rubio que no quería morir.

DURANTE LA PRIMERA HORA, Davies y Wemple hablaron poco y avanzaron a trompicones por la birria de camino que cruzaba la jungla hasta el pabellón. Comentaron el brillo de distintos fuegos que vieron en dirección este, a lo largo de la orilla sur del río

Pánuco, con la esperanza de que lo que ardía fuesen las viviendas y no los pozos.

—Aquí, solo en el campo Ebaño, hay dos mil millones de dólares —se quejó Davies.

—Y un mexicano borracho, cuyo cuerpo y alma inmortal, incluidos pelo, pellejo y sebo, valen diez pesos puede prender una hoguera con un pedazo de algodón en llamas —contribuyó Wemple—. Si empieza a arder, quemará hasta el último barril.

A las cinco de la mañana, el alba les permitió acelerar el paso y a las seis ya estaban llamando a los ocupantes del pabellón para que salieran.

—Vestíos para un viaje duro y no perdáis el tiempo con tonterías —gritó Wemple desde la esquina que daba al porche donde dormía la señorita Drexel, protegido por un mosquitero.

—Ni os lavéis ni nada —añadió Davies, muy serio, mientras estrechaba la mano de Charley Drexel, quien había salido a recibirlos bostezando, en pijama y zapatillas—. ¿Dónde están los caballos, Charley? ¿Siguen vivos?

Wemple terminó de dar órdenes a los somnolientos peones para que se quedasen a cuidar de la finca y ocupasen su tiempo libre en ocultar los objetos más valiosos, y estaba contando a la señorita Drexel, desde la esquina, las noticias de la captura de Veracruz, cuando Davies regresó con la información de que los caballos no eran más que un par de pencos cochambrosos incapaces de sobrevivir al primer kilómetro de marcha.

Beth Drexel salió de la casa y lo primero que hizo fue afirmar que, bajo ninguna circunstancia, sería culpable de montar sobre esas pobres criaturas, para enseguida dar las gracias a sus rescatadores, presente aún en su piel morena y sus ojos oscuros la calidez del sueño.

—No estaría mal que te lavases la cara, Stanton —le dijo a Davies. Y a Wemple—: Tú estás igual de sucio, Jim. Vaya par de cochinos.

—Pronto lo estarás tú también —aseguró Wemple—, antes de llegar a Tampico. ¿Lista?

—En cuanto Juanita prepare mi equipaje de mano.

—Cielos, Beth, ¡no pierdas el tiempo! —exclamó Wemple—. Entra tú y coge lo que quieras.

—Vamos, vamos —insistió Davies—. Date prisa, corre. Charley, elige el rifle que más te guste y tráetelo. Coge un par más, para nosotros.

—¿Tan grave es? —preguntó la señorita Drexel.

Ambos asintieron a la vez.

—Los mexicanos se han descontrolado —explicó Davies—. Lo que no sé es cómo se olvidaron de este pabellón. —Un movimiento en la habitación contigua lo sobresaltó—. ¿Quién anda ahí? —gritó.

—Es la señora Morgan —contestó la señorita Drexel.

—Madre mía, Drexel, me había olvidado de ella —gimió Davies—. ¿Cómo conseguiremos trasladarla?

—Que Beth vaya andando y la señora use los dos caballos, por turnos.

—Pesa ochenta y dos kilos —se rio la señorita Drexel—. ¡Dese prisa, Martha! ¡Solo falta usted y tenemos que irnos!

Desde el otro lado del tabique les llegaron unas palabras amortiguadas y enseguida apareció una mujer de mediana edad, muy baja, rechoncha y nerviosa.

—No puedo caminar, por mucho que me lo pidáis —se quejó—. Imposible. No podría andar ni un kilómetro aunque me fuera la vida en ello y hasta el río hay diez, que además están en las peores condiciones.

Todos la miraron desesperados.

—Pues irá a caballo —dijo Davies—. Vamos, Charley. Ensillaremos a los dos pencos.

Ya en la senda que cruzaba la jungla tropical, la señorita Drexel y Juanita, su doncella india, encabezaban la marcha. Su hermano, con los tres rifles, ocupaba la retaguardia, mientras que en el medio Davies y Wemple luchaban con la señora Morgan y los dos pencos decrépitos. Uno de ellos, un ruano tiñoso, no paraba de quejarse desde que recibía la carga de la señora Morgan hasta que la trasladaban al otro caballo. Y ese otro, un alazán sarnoso, siempre se tumbaba al cabo de medio kilómetro de llevar a la señora Morgan.

La señorita Drexel se reía, bromeaba y daba ánimos; y Wemple, inclemente, obligaba a la señora Morgan a caminar durante doscientos cincuenta metros de cada kilómetro. Al cabo de una hora, el alazán se negó a levantarse, por lo que lo abandonaron. A

partir de ahí, la señora Morgan montaba al ruano durante doscientos cincuenta metros y luego caminaba otros doscientos cincuenta; si es que podía llamarse caminar a su forma de avanzar a trompicones sobre dos pies absurdamente diminutos, ayudada por un hombre a cada lado.

A kilómetro y medio del río, la senda se civilizaba un poco y recorría el costado de una plantación bananera de mil acres.

—Es la de Parslow —dijo el joven Drexel—. Perderá la cosecha de un año por culpa de todo este lío.

—¡Oh, mirad lo que he encontrado! —exclamó desde delante la señorita Drexel.

—El primer automóvil que pisa este camino —opinó el joven Drexel cuando se detuvieron ante las huellas dejadas por unos neumáticos.

—Pero mirad, fijaos bien en las huellas —insistió su hermana—. El coche tuvo que salir de entre los plataneros y subir la orilla.

—Pues hay que ser mucho coche para subir semejante terraplén —comentó Davies. Lo que sí hizo fue bajarlo. Vete a echar una ojeada, Charley, mientras Temple y yo ayudamos a la señora Morgan a apearse de su díscola montura. No hay automóvil capaz de recorrer mucho trecho entre esos plataneros.

—Seguid adelante, chicos —dijo la señora—. Tal vez encontréis algo en el río con lo que podáis volver a buscarme.

Pero no llegaron a mostrar su indignación ante semejante plan porque, en ese mismo instante, desde la verde extensión de plataneros que se abría a sus pies, les llegó el repentino ronroneo de un motor. Un minuto después, el resoplido de un tubo de escape les indicó que alguien había desconectado el silenciador. Las enormes hojas de los plataneros se agitaron con fuerza, como si un Titán oculto las sacudiera. Identificaron los cambios de marchas, la marcha atrás y el avance, hasta que al cabo de cinco minutos un automóvil negro, alargado y bajo cruzó el muro de vegetación y se lanzó hacia el terraplén de tierra blanda, pero la tierra tenía poca consistencia y cuando, tras recorrer dos tercios de la cuesta, Charley Drexel se dio por vencido y pisó el freno, la tierra bajo las ruedas se desmoronó, por lo que se vio obligado a retroceder, para acabar de nuevo entre los plataneros.

—¡Un alegre Oldsmobile! —exclamó la señorita Drexel, citando

la popular canción, mientras aplaudía—. Martha, sus problemas se han acabado.

—Es un seis cilindros y suena como si acabase de salir de fábrica, me juego lo que sea —afirmó Wemple, y miró a Davies en busca de confirmación.

Davies asintió.

—Es de Allison —dijo—. Campos intentó que le concediese un préstamo privado y, bueno, ya conocéis a Allison. Mandó a Campos a paseo. Campos, para vengarse, requisó su coche recién llegado. Eso fue hace dos días, antes de que echásemos mano a Veracruz. Allison me contó ayer que lo último que había sabido era que el coche iba río arriba, a bordo de un vapor. Aquí es donde se han deshecho de él. Pero démonos prisa y pongámoslo en marcha.

Lo intentaron tres veces, con el joven Drexel al volante, pero la tierra estaba demasiado blanda y la cuesta era demasiado empinada.

—Tiene potencia de sobra —protestó el joven Drexel—, pero no se agarra a esa papilla.

Ya habían extendido sobre la tierra toda la ropa que encontraron en el coche. Así que los hombres añadieron sus chaquetas y Wemple, para mejorar la tracción, desensilló al ruano y esparció las cinchas, las correas de los estribos, la manta de la silla y la brida sobre la senda que debían seguir las ruedas. El coche embistió la traicionera pendiente a toda mecha, las ruedas se agarraron por fin a los tejidos y, con un mínimo indicio de duda, alcanzó la cima y salió al camino.

—¡Qué agallas tiene! —exclamó Drexel, exultante—. Con la tracción adecuada, podría subir el muro de una casa.

—Será mejor que vuelvas a conectar el silenciador, si no quieres jugar al corre que te pillo con todos los soldados de la zona —ordenó Wemple, mientras ayudaban a subir a la señora Morgan.

El camino que llevaba a los pozos holandeses los obligaba a cruzar las afueras de Pánuco. Las indias y las mestizas observaron, imperturbables, el extraño vehículo, mientras los niños y los perros anunciaban su avance a gritos y ladridos. Hubo un momento en el que pasaron junto a varias hileras de caballos federales atados con ronzales y un centinela les dio el alto; pero Wemple gritó: «¡Písale a fondo!» y el coche se lanzó por el camino lleno de surcos a ochenta

kilómetros por hora. Un disparo silbó tras ellos. Aunque no fue eso lo que hizo chillar a la señora Morgan. Sus gritos los provocó una serie de depresiones formadas por los cerdos al revolcarse, que quedaban ocultas por el barro y que estuvieron a punto de arrancar el volante de las manos de Drexel, antes de que lograse reducir la velocidad.

—Por poco no hemos roto un eje —gruñó Davies—. Ve con cuidado, Charley. No nos la podemos jugar.

Se adentraron en el campo holandés, donde comenzaron sus verdaderos problemas. El vapor de los refugiados había zarpado río abajo desde los pozos de Asphodel; la *Chill II* había desaparecido, sin que el director supiera cómo, junto con el cadáver de Peter Tonsburg; y el director no estaba de acuerdo con que se quedaran allí.

—Debo pensar en los propietarios —les dijo—. Este es el mayor pozo de México, ya lo saben; de aquí salen al día ciento ochenta y cinco mil barriles. No tengo derecho a arriesgarlo. Nosotros no tenemos problemas con los mexicanos. Los tienen ustedes, los estadounidenses. Si se quedan, me veré obligado a protegerlos. Y no puedo hacerlo. Todos perderemos la vida y destrozarán el pozo. Y si le prenden fuego, desaparecerá todo el campo Ebaño. Los estratos son demasiado frágiles. Ahora sacamos veinte mil barriles y no podemos reducir más la producción. Aún así, el petróleo rebosa la tubería. Además, no podemos entretenernos en pelear. Tenemos que continuar sacando petróleo.

Los hombres asintieron. Para pensar así había que tener mucha sangre fría, pero llevaba razón.

La preocupación desapareció del rostro del director y casi les sonrió al ver que estaban de acuerdo con él.

—El coche que conducen es de los buenos —continuó—. El ferry está en la orilla de Pánuco y, en cuanto crucen el río, en la orilla norte ya no hay tantos rebeldes. Pueden llegar a Tampico horas antes que el vapor. Y hace días que no llueve. El camino no estará tan mal.

—MUY BUENA SOLUCIÓN —comentó Davies a Wemple mientras se dirigían a Pánuco—, excepto por el hecho de que el camino de la otra orilla no se hizo para que lo recorriese un coche, y mucho

menos uno de carrocería tan larga como este. Ojalá fuese el cuatro cilindros, en lugar del seis.

—Pero con un cuatro tendríamos problemas para ascender la cuesta de Aliso, donde el camino zigzaguea sobre el río.

—Y lo haremos con un seis cilindros o perderemos un coche inmejorable en el intento —se rio de ellos Beth Drexel.

Evitaron el campamento de caballería y entraron en Pánuco a tanta velocidad como les permitían las rodadas, volando en las curvas, entre graznidos de gallinas y ladridos de perros. Para llegar al ferry tenían que recorrer uno de los lados de la gran plaza que era el centro de la población. Los peones convertidos en soldados, que dormitaban al sol o se apiñaban alrededor de las cantinas, se los quedaron mirando como idiotas. Entonces, un comandante borracho les dio el alto desde el umbral de una cantina y empezó a vociferar órdenes y, mientras dejaban atrás la plaza, empezaron a oír, cada vez más fuerte, el familiar grito de la multitud: «¡Muerte a los gringos!».

—Si disparan, que las mujeres se agachen en el fondo del coche —ordenó Davies—. Ahí está el ferry. Ten cuidado, Charley.

El coche se lanzó orilla abajo, tan empinada que más parecía un tobogán, golpeó la pasarela con una sacudida impresionante y casi pareció saltar a bordo. El ferry era solo un poco más largo que el automóvil y Drexel, visiblemente preocupado por la falta de espacio, consiguió frenar cuando solo quedaban quince centímetros entre las ruedas delanteras y la borda.

El ferry era un transbordador de cable que funcionaba con gasolina y, mientras Wemple soltaba amarras, Davies intentó familiarizarse con el motor. Consiguió encenderlo a la tercera y puso en funcionamiento el torno, que empezó a recoger el cable del fondo del río.

Cuando estaban a mitad de camino, una veintena de jinetes llegaron a la orilla y abrieron fuego. El grupo buscó refugio tras el automóvil, escuchando el ruido de las balas al rebotar. Solo una lo alcanzó.

—¡Oye!, pero ¿qué haces? —le dijo Wemple a Drexel, quien se había expuesto a las balas para intentar sacar un rifle del vehículo.

—Les voy a enseñar a esos cómo se dispara —respondió.

—No, de eso nada —dijo Wemple—. No hemos venido a luchar,

sino a llevar a este grupo a Tampico. —Se acordó del comentario de Peter Tonsburg—. ¿Quién quiere vivir, Charley? Nosotros. En esta situación, es fácil que te maten, cualquier podría morir.

Cuando atracaron en la orilla norte, los otros continuaban disparando. Davies lanzó por la borda el interruptor de encendido del motor del ferry, requisó cuarenta litros de su gasolina de repuesto y subieron la pendiente de la orilla a toda velocidad.

—Mirad cómo sube —comentó Drexel, encantado—. La cuesta de Aliso no será un problema. La subirá como si nada, ya lo veréis.

—El problema no es la cuesta, sino las pronunciadas curvas en zigzag —contestó Davies—. El camino no está hecho para los coches y ninguno lo ha recorrido. A este lo trajeron en barco.

Pero los problemas empezaron antes de llegar a Aliso. En un punto determinado, el camino descendía abruptamente hasta una depresión muy pequeña que casi tenía forma de V, de la que se salía ascendiendo una cuesta, seguida de una extensión de cien metros de arena. Para conservar velocidad a fin de superar la arena, tras pasar la empinada cuesta de la V, Drexel tenía que llegar al punto más bajo de la V a toda velocidad. Wemple agarró a la señorita Drexel y evitó que saliese despedida del coche. La señora Morgan, demasiado sólida para volar de esa forma, gritó debido al dolor provocado por el golpe. Incluso la imperturbable Juanita se santiguó, mientras rezaba una oración tras otra.

El coche llegó a la cima, se encontró con la arena y empezó a perder velocidad, al tiempo que patinaba y se retorcía, dando bandazos de un lado a otro. Los hombres se apearon y empezaron a empujar. La señorita Drexel mandó bajar a Juanita y la siguió. Pero el coche se detuvo y Drexel, mirando hacia atrás y señalando, les mostró el primer indicio de su derrota. Señalaba dos cosas: un soldado constitucionalista a caballo, cuatrocientos metros por detrás de ellos, y una parte del estrecho camino que se había derrumbado en la pendiente más alejada de la V.

—No pasaremos la arena si no retrocedemos y volvemos a intentarlo, y el coche acabará en esa zanja si intentamos subir marcha atrás por ahí.

La zanja era un enorme sumidero natural, cuya superficie estancada ocultaba seis metros de cieno.

Davies y Wemple se apresuraron a ocupar el sitio del joven.

—No podréis hacerlo —les dijo él—. Podéis conseguir que las ruedas traseras lo superen, pero entonces tomaréis esa pequeña curva y, si lo hacéis, la rueda delantera quedará en el aire, fuera de la orilla. Si no lo hacéis, quedará fuera la rueda de atrás.

Los otros estudiaron la situación con calma y luego se miraron.

—No nos queda otra —dijo Davies.

—Y lo vamos a hacer —confirmó Wemple, apartando a su rival a un lado de buenas formas para ocupar el peligroso puesto ante el volante—. Conduces tan bien como yo, Davies —explicó—. Pero disparas mejor. Tú tienes que retroceder a pie para ocuparte de cualquier mexicano que aparezca.

Davies cogió un rifle y empezó a alejarse con un aspecto tan amenazador que el jinete solitario picó espuelas y salió huyendo. Ayudaron a la señora Morgan a bajarse del coche y la enviaron a recorrer, sin ayuda, el tramo de arena a paso lento y tambaleante La señorita Drexel y Juanita ayudaron a Charley a extender las chaquetas y el resto de la ropa sobre la arena, y a recoger y esparcir ramas pequeñas, maleza y arbustos secos y quebradizos. Pero los tres abandonaron su tarea para ver cómo Temple hacía retroceder el coche V abajo y luego arriba. Al principio, pareció que el automóvil se apoyaba en un extremo y después en el otro, tambaleándose como un borracho y amenazando con caer en la zanja cuando la rueda delantera quedó en el aire, en el punto donde el camino se había derrumbado. Pero las ruedas de atrás se agarraron y le permitieron superar el desnivel y salir de la V.

Sin pausa, Wemple se lanzó pendiente abajo para ganar velocidad y luego ascendió, recorriendo quince metros más de arena que durante el intento anterior. El suelo aluvial del camino se había derrumbado un poco más en el mismo sitio de antes, pero dio marcha atrás en la V, la rueda delantera volvió a quedar en el aire y de nuevo se lanzó desde arriba. Lo hizo cuatro veces, ganando terreno cada una de ellas, pero también haciendo aumentar el agujero en el punto donde se derrumbaba el camino, hasta que la señorita Drexel le pidió que no lo intentase más.

Él señaló al pelotón de jinetes que se acercaba al galope por el camino, a kilómetro y medio de distancia y volvió a dar marcha atrás en la V.

—Si tuviésemos más material… —se quejó Drexel a su hermana,

al tiempo que esparcía un puñado escaso de arbustos secos y mientras Wemple se lanzaba V abajo una vez más.

Durante un instante pareció que el enorme automóvil iba a caer a la zanja, pero al siguiente la había superado. Se pegó un buen golpe al alcanzar el fondo de la depresión, rebotó y ascendió la pendiente hasta llegar arriba. La señorita Drexel, dejándose llevar por la desesperación o la inspiración, se quitó la falda de pana con un rápido movimiento y, con aspecto ágil y juvenil debido a los pololos ajustados de tafetán, corrió por la arena y extendió la falda ante las ruedas del coche, que ya se movían con lentitud. El automóvil se detuvo casi por completo, pero recuperó la marcha, con los demás corriendo a su lado y empujando, y logró salir a la parte dura del camino.

Mientras arrojaban las ropas y la falda de la señorita Drexel al interior del coche y ayudaban a subir a la señora Morgan, Davies los alcanzó.

—Abajo, ¡agachaos todos! —gritó al tiempo que se subía al estribo y el coche arrancaba. Desde atrás, los soldados empezaron a disparar.

—¿Quién quiere vivir? ¡Encórvate! —gritó Davies al oído de Wemple, acompañando el consejo con un golpe de su mano en el hombro del amigo.

—Vive tú también —gruñó Wemple mientras obedecía y se encorvaba—. Baja la cabeza. Te estás poniendo en peligro.

La persecución duró poco y terminó tras un único disparo, realizado desde lejos.

—Se han rendido —anunció Davies—. Ni se les ha ocurrido pensar que podrían atraparnos en la cuesta de Aliso.

—Imposible —opinó de inmediato Charley Drexel, llevado por su juventud, cuando el coche se detuvo e inspeccionaron la cerrada curva de la empinada cuesta de Aliso. Por debajo corría con fuerza el río.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó Wemple—. Empezad a subir si no queréis que el coche os vuelque encima. Extended tracción cuando veáis que es necesario.

—Lánzalo de frente o marcha atrás, por la tracción trasera, pero no puede detenerse —dijo Davies con calma desde el borde exterior

del camino, donde se había apostado—. La tierra se derrumba bajo las ruedas cada segundo que permanece parado.

—Apártate de ahí o te pasará por encima —ordenó Wemple al tiempo que avanzaba varios metros.

Pero de nuevo, en cuanto el coche descansó un minuto, la tierra seca y ligera empezó a partirse y derrumbarse bajo los neumáticos, provocando una avalancha en miniatura pendiente abajo hacia el agua. Wemple se vio obligado a recorrer cincuenta metros marcha atrás del estrecho camino antes de encontrar una base sólida donde detener el coche. Avanzó a pie y examinó el ángulo agudo formado entre los dos zigzags. Davies y él planearon lo que iban a hacer.

—Cuando avances, tienes que hacerlo del tirón —aconsejó Davies—. Si te paras en algún sitio durante más de varios segundos, no habrá nada que hacer y la caminata será peligrosa.

—El coche tiene mucha potencia y lo logrará. Mira esa formación dura de ahí, junto a la pared interior. No podría estar en mejor sitio. Si no consigo que las ruedas de atrás, con la tracción trasera, asciendan al menos hasta la mitad, tendremos que echarnos a andar un segundo después.

—Es un automóvil muy duro —lo animó Davies—. Conozco la marca. Si no lo logra, no hay coche capaz de lograrlo en el mundo. ¿Estoy en lo cierto, Beth?

—¡Tiene las agallas necesarias! —se rio la señorita Drexel, dándole la razón—. Y vosotros dos también.

La señorita Drexel nunca les había resultado tan fascinante como entonces, emocionada y sin ser consciente de su reducido atuendo, con el pelo castaño suelto, los ojos llameantes y una sonrisa en los labios. Davis y Wemple aprovecharon el momento de pausa para mirarse con franqueza a los ojos, ambos suspiraron y luego cada uno se dirigió a su puesto.

Wemple se lanzó tan rápido como siempre, aunque con mayor precisión, y Davies ocupó la posición peligrosa, en el estribo exterior, para que su peso ayudase a los anchos neumáticos a agarrarse un poco más a la traicionera superficie. Si el borde del camino volvía a derrumbarse, acabaría inevitablemente atrapado debajo del coche, al volcar y caer al río.

Avanzaba y retrocedía, avanzaba y retrocedía, realizando solo las pausas necesarias —brevísimas— para cambiar de marcha.

Wemple se subió marcha atrás a la formación dura de la orilla interior hasta que el coche se estabilizó y luego apretó el acelerador hasta que la tierra del borde exterior se desprendió bajo las ruedas delanteras y cayó al río. Davies, que en ese momento se había bajado del automóvil —aunque volvía a subirse al estribo cuando hacía falta—, acompañaba al coche en su errático avance, lanzando ropas y chaquetas bajo las ruedas, gritando instrucciones a Drexel, que hacía lo mismo por el otro lado, y advirtiendo a la señorita Drexel que dejara la vía libre.

—¡Vamos, cochecito! ¡Vamos, cochecito! ¡Vamos, cochecito! —murmuraba Wemple, como si rezara, mientras luchaba por lograr que el coche cruzara la parte estrecha del camino. A veces ganaba unos centímetros al hacerlo girar, otras retrocedía pegado a la pared interior hasta el punto alcanzado antes y, en una ocasión, sobre la gravilla del camino, lo dejó derrapar de lado casi medio metro.

Los aplausos de la señorita Drexel informaron a Davies de que habían completado la hazaña y, al darse media vuelta para subirse al estribo, descubrió que el coche se encontraba marcha atrás en el tramo recto, por encima del último zigzag y Wemple continuaba repitiendo, extasiado. «¡Vamos, cochecito! ¡Vamos, cochecito!».

Entre ellos y Tampico no había más desniveles ni zigzags, pero el primitivo camino era tan estrecho que tuvieron que avanzar tres kilómetros marcha atrás hasta encontrar un punto donde dar la vuelta al coche. Entre ellos y Tampico aún quedaba un obstáculo importante: las líneas constitucionalistas que sitiaban la ciudad. Pero al mediodía la fortuna quiso que tropezaran con tres mercenarios norteamericanos que habían luchado toda la campaña junto a Villa, desde el principio del avance, partiendo de la frontera de Texas. Bajo bandera blanca, Wemple condujo el coche a través de la zona en disputa y se adentró en las líneas federales, donde la buena fortuna les sonrió de nuevo, esta vez convertida en un ubicuo oficial de Marina alemán.

—Creo que son casi los únicos norteamericanos que quedan en Tampico —les dijo—. Los demás ya se encuentran en el Golfo, a bordo de los buques de guerra. Solo quedan unos cuantos en el Southern Hotel, pero la situación parece haberse calmado.

Cuando se apearon frente al Southern Hotel, Davies apoyó la mano en el coche y murmuró:

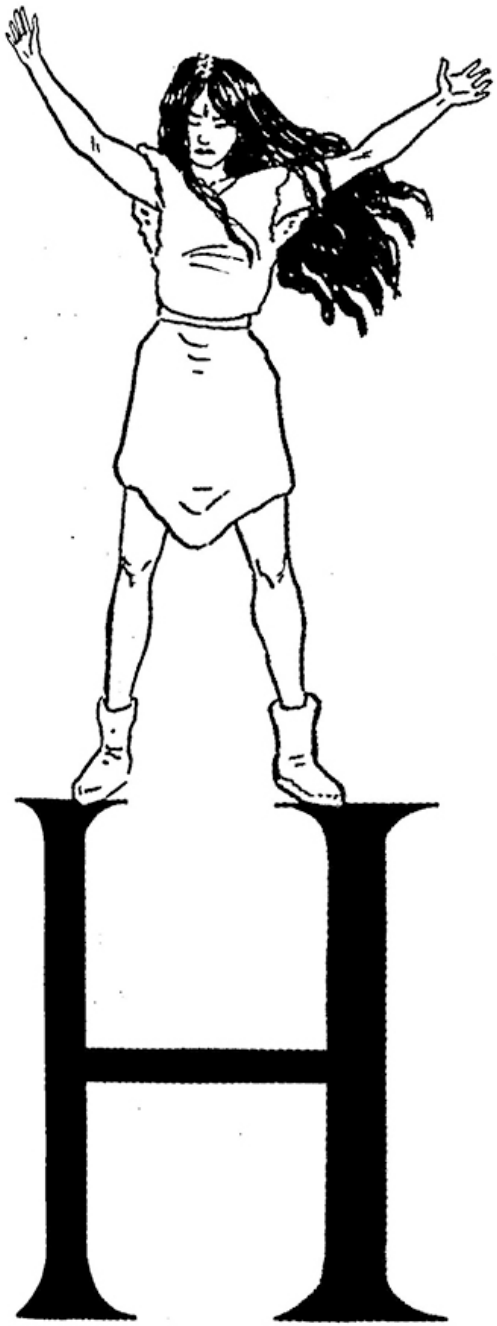
—¡Buen chico!

Wemple hizo lo mismo. Y la señorita Drexel, a punto de decir algo, mientras los dos la miraban, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, por lo que se volvió en dirección al coche, lo acarició y repitió:

—¡Buen chico!

[1914]

La lagarta



HAY HISTORIAS QUE TIENEN que ser verdad, esas que no puede inventar un hábil creador de ficción.

De la misma forma, hay hombres con historias que referir de quienes resulta imposible desconfiar. Uno de ellos era Julian Jones, aunque dudo de que la mayoría de quienes lean este relato crean la historia que Julian me contó. Sin embargo, yo la creo. Tan convencido estoy de su veracidad que estoy dispuesto a invertir, no, estoy ansioso por invertir capital en la empresa y embarcarme personalmente en una aventura que me llevará muy lejos.

Lo conocí en el pabellón australiano de la Exposición Universal de San Francisco. Me encontraba frente a una muestra de reproducciones de las pepitas de oro más grandes descubiertas en las minas de oro de las antípodas. Llenas de protuberancias, deformes y gigantescas, resultaba tan difícil creer que no eran de oro auténtico como creer las estadísticas sobre su peso y su valor.

—A eso es a lo que llaman pepita esos cazadores de canguros —bramó una voz sobre mi hombro, refiriéndose al ejemplar más grande.

Me giré y alcé la vista para encontrarme con los ojos azul desvaído de Julian Jones. Y digo alcé la vista porque el hombre medía un metro noventa y dos centímetros. Su cabello, ralo y de un rubio rojizo, parecía tan descolorido como los ojos. Seguramente, debido al sol; al menos su rostro evidenciaba un antiguo y profundo bronceado que, con el paso del tiempo, había amarilleado. Cuando sus ojos dejaron de observar la pepita y se centraron en mí, noté en ellos una mirada extraña, como la de quien intenta recordar algo sumamente importante.

—¿Qué tiene de malo esa pepita? —pregunté.

La expresión distante y concentrada desapareció de sus ojos cuando vociferó:

—Pues su tamaño.

—Es grande, sí —admití—. Pero no cabe duda de que es auténtica. No creo que el Gobierno australiano se atreviera a…

—¡Grande! —interrumpió en tono de burla.

—La más grande jamás descubierta… —empecé a decir.

—¡Jamás descubierta! —Sus ojos desvaídos brillaron con pasión mientras continuaba—: ¿Cree que todas las pepitas de oro descubiertas acaban en los periódicos o las enciclopedias?

—Bueno —contesté en tono crítico—, si alguna no lo ha hecho, no veo cómo podremos saberlo. Si una pepita realmente grande o

quien la haya encontrado prefiere que nadie lo vea sonrojarse…

—Pero no es el caso —interrumpió enseguida—. Yo la vi con mis propios ojos y, además, estoy demasiado moreno como para sonrojarme. Trabajo en el ferrocarril y he pasado mucho tiempo en los trópicos. Antes era del color de la caoba, de la caoba vieja, y más de una vez me han tomado por español, un español de ojos azules…

Me tocaba interrumpir y lo hice.

—¿Esa pepita era más grande que estas, señor…?

—Jones, me llamo Julian Jones.

Rebuscó en un bolsillo interior y sacó un sobre dirigido a dicha persona y a la lista de correos de San Francisco. Yo le entregué mi tarjeta.

—Encantado de conocerlo, señor —dijo, al tiempo que estrechaba mi mano, vociferando como si estuviera acostumbrado a los ruidos fuertes o los espacios abiertos—. He oído hablar de usted y he visto su foto en los periódicos y, aunque no debería hacerlo, quiero decirle que no me gustaron nada los artículos que escribió sobre México. Se equivoca por completo. Ha cometido el error que cometen todos los gringos al pensar que el mexicano es un hombre blanco. No lo es. Ninguno lo es, ni los nacos, ni los cholos ni los latinoamericanos y demás ralea. No piensan como nosotros, ni razonan ni actúan igual. Incluso sus tablas de multiplicar son distintas. Usted cree que siete por siete da cuarenta y nueve, pero ellos no. Lo calculan de otra forma. Y para ellos el blanco tampoco es blanco. Le pondré un ejemplo. Comprar café al por menor para casa en paquetes de medio kilo o de cinco kilos…

—¿Qué tamaño tenía la pepita de la que habla? —pregunté con firmeza—. ¿Era tan grande como la mayor de estas?

—Más grande —dijo en voz baja—. Más grande que todas las de la exposición juntas, y aún más. —Hizo una pausa y me miró fijamente—. No veo motivos para no comentar el asunto con usted. Tiene reputación de hombre honrado y he leído que también ha hecho de las suyas en lugares apartados. He estado buscando a alguien que se una a mí en la tarea.

—Puede confiar en mí —le dije.

Y aquí estoy, poniendo por escrito la historia tal y como me la contó, sentados en un banco junto a la laguna, frente al Palacio de

Bellas Artes, con los gritos de las gaviotas en los oídos. Bueno, él debería haber cumplido con su cita. Pero eso es anticiparse.

Cuando nos disponíamos a abandonar el pabellón en busca de un lugar donde sentarnos, una mujer pequeña, de unos treinta años, con la tez descolorida como la de la mujer de un granjero, se lanzó sobre él como un pajarillo —o como las gaviotas que volaban sobre nuestras cabezas— y se agarró a su brazo con la exactitud, la celeridad y la inevitabilidad de una máquina.

—¡Ya estamos! —chirrió—. Te ibas sin siquiera pensar en mí.

Me la presentó con formalidad. Quedó claro que no había oído hablar de mí y me observó sombríamente con sus ojos negros y astutos, muy juntos y tan redondos e inquietos como los de un pájaro.

—No irás a hablarle de esa lagarta —se quejó.

—Mira, Sarah, vamos a hablar de negocios —contestó él en tono lastimero—. Hace mucho que busco a alguien como él y, ahora que ha aparecido, me parece que tengo derecho a contarle lo que ocurrió.

La mujercita no contestó, pero apretó sus finos labios hasta convertirlos en un leve arañazo. Miró al frente, a la Torre de las Joyas, con una expresión tan austera que ni el destello de la luz del sol al refractarse fue capaz de suavizarla. Caminamos despacio hacia la laguna, conseguimos encontrar un banco vacío y nos sentamos, suspirando aliviados al liberar nuestros pies, torturados por tantas visitas turísticas, del peso de nuestros cuerpos.

—Qué agotamiento tan grande —comentó la mujercita, casi desafiante.

Dos cisnes se acercaron anadeando desde el agua, lisa como un espejo, para investigarnos. Cuando confirmaron sus sospechas de que no teníamos cacahuetes, Jones se giró hacia mí, casi dándole la espalda a su compañera, y me contó su historia.

—¿Ha estado alguna vez en Ecuador? Pues hágame caso y no vaya. Aunque lo retiro, porque puede que usted y yo vayamos juntos, si tiene fe en mí y agallas para hacer el viaje. El caso es que no hace tantos años que llegué allí, a bordo de un carguero de carbón herrumbroso, procedente de Australia. Tardé cuarenta y tres días. Alcanzaba siete nudos cuando todo iba bien, sufrimos dos semanas de temporal al norte de Nueva Zelanda y el motor

permaneció averiado dos días junto a la isla Pitcairn.

»No formaba parte de la tripulación. Soy maquinista ferroviario. Pero me hice amigo del capitán en Newcastle y me invitó a acompañarlo hasta Guayaquil. Verá, había oído decir que pagaban muy bien en el ferrocarril que sale de allí y cruza los Andes hasta Quito. Guayaquil…

—Está tomado por las fiebres —interpolé.

Julian Jones asintió.

—Thomas Nast murió allí de fiebre amarilla al mes de bajar a tierra. Era un gran caricaturista norteamericano —añadí.

—No lo conozco —se limitó a decir Julian Jones—. Pero sé que no fue el primero, ni mucho menos, en morir. Le contaré cómo lo descubrí. La zona de los prácticos se encuentra a cien kilómetros río abajo. «¿Cómo va lo de la fiebre?», le pregunté al práctico que subió a bordo al amanecer. «¿Ve esa bricbarca de Hamburgo?», me preguntó mientras señalaba un barco bastante grande que estaba fondeado. «Ya han muerto el capitán y catorce de sus hombres, y el cocinero y otros dos marineros más están a punto de morir. No queda nadie más».

»Le aseguro que decía la verdad. Por entonces, en Guayaquil la fiebre amarilla mataba a cuarenta personas al día. Aunque eso no era nada, como iba a descubrir después. La peste bubónica y la viruela hacían estragos, mientras que la disentería y la neumonía reducían la población, pero el ferrocarril era lo peor. Era más peligroso montar en él que el resto de las enfermedades juntas.

»Cuando fondeamos junto a Guayaquil, media docena de capitanes de otros vapores subieron a bordo para advertir al nuestro que no permitiera que ninguno de sus oficiales bajara a tierra, a menos que desease quedarse sin ellos. A mí vino a buscarme una lancha desde Durán, que está al otro lado del río y es la terminal del ferrocarril. En ella llegó un hombre que cruzó la pasarela casi volando, de tantas ganas que tenía de subir a bordo. Al llegar a cubierta no tuvo tiempo de hablar con ninguno de nosotros. Se inclinó sobre la barandilla, agitó un puño hacia Durán y gritó: “¡Te he ganado! ¡Te he ganado!”.

»“¿A quién ha ganado, amigo?”, pregunté. “Al ferrocarril” —dijo mientras desabrochaba la hebilla de la correa y sacaba un enorme Colt 44 automático de su costado izquierdo, bajo la chaqueta—.

“Me quedé lo que había prometido, tres meses, y no ha acabado conmigo. Era revisor”.

»Ese era el ferrocarril en el que yo iba a trabajar. Aunque peor fue lo que me contó a continuación. La vía ascendía desde el nivel del mar, en Durán, hasta una altura de tres mil seiscientos metros en Chimborazo y luego bajaba hasta los tres mil de Quito, al otro lado de la cordillera. Era tan peligrosa que los trenes no funcionaban de noche. Los pasajeros del tren directo tenían que bajarse y dormir en las poblaciones del camino mientras el tren aguardaba a que amaneciera. Cada tren llevaba una guardia de soldados ecuatorianos, que era lo más peligroso de todo. Se suponía que debían proteger al personal del tren, pero si surgían problemas cogían sus rifles y se unían a la multitud. Verá, cada vez que había un accidente, lo primero que gritaban los cholos era: “¡Muerte a los gringos!”. Lo hacían siempre y, a continuación, mataban al personal del tren y a cualquier norteamericano que se encontrase entre los pasajeros y se hubiera librado de morir en el accidente. Esa es su forma de entender la aritmética que, como le dije antes, es distinta a la nuestra.

»¡Caramba! Antes de que acabase el día iba a descubrir por mi cuenta que el exrevisor no mentía. Ocurrió en Durán. Me tocaba ir con la primera unidad de Quito, lugar hacia el que partiría a la mañana siguiente: solo corría un tren directo cada veinticuatro horas. Sería alrededor de las cuatro de la tarde de mi primer día cuando las calderas del *Governor Hancok* estallaron y el barco se hundió en veinte metros de agua, junto al muelle. Se trataba del ferry que llevaba a los pasajeros del ferrocarril hasta Guayaquil, al otro lado del río. El accidente fue grave, pero provocó algo mucho peor. A las cuatro y media empezaron a llegar grandes cantidades de pasajeros. Era festivo y habían salido de excursión al campo, de donde regresaban.

»La multitud, serían unos cinco mil, quería que el ferry los cruzara y el ferry estaba en el fondo del río, aunque no era culpa nuestra. Pero según la aritmética de los cholos sí lo era. Uno gritó: “¡Muerte a los gringos!”. Y se armó una buena. La mayoría nos libramos por los pelos. Yo corrí pegado a los talones del mecánico jefe, con uno de sus hijos en brazos, hacia las locomotoras que se preparaban para marchar. Verá, en aquel lugar apartado de todo,

cuando surgen problemas lo que tienen que hacer es salvar las locomotoras, porque sin ellas no hay ferrocarril. Cuando salimos de allí, media docena de esposas norteamericanas y otros tantos niños se agazapaban en el suelo de la cabina, junto con el resto de nosotros. Los soldados ecuatorianos, que deberían haber defendido nuestras vidas y propiedades, echaron mano de sus rifles y debieron de disparar mil balas contra nosotros antes de que nos alejásemos lo bastante.

»Acampamos en las afueras y no regresamos a limpiar y ordenar hasta el día siguiente. Menudo trabajo. La multitud de cholos había arrojado al agua, encima del *Governor Hancock*, toda cuanta plataforma, furgón de mercancías, vagón de pasajeros y locomotora de maniobra encontró; incluso los vagones plataforma de tracción manual. Quemaron el depósito de locomotoras, prendieron fuego a las carboneras y montaron un escándalo en los talleres. Ah, sí, y se cargaron a tres de los nuestros, a los que tuvimos que enterrar a toda prisa. Allí siempre hace mucho calor.

Julian Jones guardó silencio y, por encima del hombro, estudió la mirada fija al frente y la expresión severa del rostro de su mujer.

—No he olvidado la pepita —me aseguró.

—Ni a la lagarta —graznó la mujercita, en apariencia a las aves que chapoteaban en la superficie de la laguna.

—Todo esto nos lleva a la pepita…

—No había motivos para que permanecieras en un país tan peligroso —espetó su mujer.

—Vamos, Sarah —se defendió—, si trabajaba para ti. —Me explicó—: El riesgo era elevado, pero la paga también. Algunos meses llegaba a ganar el equivalente a quinientas monedas de oro. Sarah me esperaba en Nebraska…

—Estuvimos dos años comprometidos —se quejó ella a la Torre de las Joyas.

—Por lo de la huelga y que mi nombre acabase en la lista negra, que enfermase de tifoideas en Australia y todo lo demás —continuó él—. Pero tuve suerte en el ferrocarril. Vi morir a hombres recién llegados de Estados Unidos, algunos no llevaban ni una semana allí, en su primer viaje. Si las enfermedades y el ferrocarril no acababan con ellos, lo hacían los cholos. Pero mi destino no era ese, ni siquiera la vez que mi locomotora acabó en el fondo de un barranco

de doce metros. Perdí a mi fogonero. Al revisor y al supervisor de la Rolling Stock (que iba a Durán para reunirse con su novia) los cholos les cortaron las cabezas y luego las pasearon clavadas en unos palos. Pero yo permanecí oculto y calentito bajo medio metro de carbón y ellos pensaron que había huido hacia los bosques. Me quedé allí un día entero con su noche, hasta que se calmaron los ánimos. Sí, tuve suerte. Lo peor que me ocurrió fue que una vez me acatarré y otra tuve un forúnculo. ¡Pero los demás! Caían como moscas por la fiebre amarilla, la neumonía los cholos y el ferrocarril. El problema era que no me daba tiempo a hacer amistades. En cuanto intimaba un poco con alguno de ellos, se moría. Todos, excepto un fogonero llamado Andrews, que se volvió loco para siempre.

»Me fue bien en el trabajo desde el principio. Vivía en Quito, en una casa alquilada, de adobe, cubierta de tejas grandes. No tuve demasiados problemas con los cholos porque les dejaba viajar gratis de vez en cuando en el ténder o en el quitapiedras. ¿Echarlos de allí? ¡Nunca! Cuando Jack Harris echó a un grupo de ellos, asistí a su funeral *muy pronto* [13] …

—En inglés —espetó la mujercita.

—Sarah no soporta que hable español —se disculpó él—. Se pone tan nerviosa que le prometí no hacerlo. Bueno, como iba diciendo, yo no tenía problemas, las cosas iban bien y acumulaba salarios para volver a Nebraska y casarme con Sarah, cuando conocí a Vahna…

—¡La lagarta! —graznó Sarah.

—Vamos, Sarah —rogó su gigantesco marido—, tengo que mencionarla para contar lo de la pepita. Fue una noche, cuando llevaba una locomotora, no un tren entero, a Amato, a unos cincuenta kilómetros de Quito. Seth Manners venía de fogonero. Lo estaba formando como maquinista y por eso le dejé llevar la locomotora, mientras yo ocupaba su asiento, pensando en Sarah. Acababa de recibir carta de ella, en la que como siempre me rogaba que volviese a casa e insinuaba, también como siempre, los peligros que un hombre soltero corría al andar a su aire por un país lleno de señoritas y fandangos. ¡Señor! ¡Si hubiese podido verlas! Eran horribles y llevaban el rostro pintado de blanco, como un muerto, y los labios tan rojos como… como alguno de los accidentes

ferroviarios que ayudé a limpiar.

»La noche de abril era muy agradable, no soplaba el viento y una luna enorme brillaba sobre la cima del volcán Chimborazo. Vaya montaña. El ferrocarril lo rodeaba a una altura de tres mil seiscientos metros por encima del nivel del mar, pero su cima aún se elevaba otros tres mil metros más.

»Quizás me adormilé mientras Seth manejaba la locomotora; pero de repente frenó de tal forma que estuve a punto de salir disparado por la ventanilla.

»"Pero ¿qué…?", empecé a gritar. Y Seth dijo: "¡Dios mío!", al tiempo que los dos miramos hacia lo que había en la vía. Comprendí la exclamación de Seth. Era una joven india… Créame, los indios no son cholos en ningún aspecto. Seth había conseguido frenar a cinco metros de ella, y eso que íbamos cuesta abajo. Pero la joven… Era…

Vi cómo se tensaba el cuerpo de la señora Jones, aunque mantuvo la mirada fija en dos aves que rondaban los bajíos de la laguna.

—¡La lagarta! —dijo entre dientes, una sola vez pero con dureza.

Jones se había interrumpido al oírla, aunque continuó de inmediato.

—Era una joven alta, delgada y esbelta, ya sabe cómo son, con una melena negra muy larga. Allí de pie, sin miedo alguno, había extendido los brazos para detener la locomotora. Llevaba una especie de prenda delicada alrededor del cuerpo que no estaba hecha de tela, sino de piel de ocelote, suave, moteada y sedosa. Era lo único que llevaba…

—¡La lagarta! —susurró la señora Jones.

Pero el señor Jones continuó hablando, como si no se hubiese percatado de la interrupción.

—Vaya forma de detener una locomotora, le dije a Seth al tiempo que bajaba a la vía. Sobrepasé la locomotora y me acerqué a la joven. Tenía los ojos cerrados. Temblaba con tanta fuerza que se veía perfectamente a la luz de la luna. Y estaba descalza.

»"¿A qué viene esto?", le dije de malos modos. Dio un respingo, pareció despertar del trance y abrió los ojos. ¡Oiga! Eran enormes, negros y preciosos. Créame, era una belleza…

—¡La lagarta!

Al oír el graznido, las dos aves se alejaron unos metros. Pero Jones ya se iba acostumbrando y ni siquiera pestañeó.

—¿Por qué has detenido la locomotora?, pregunté en español. No respondió. Me miró, luego miró a la locomotora y rompió a llorar. Admitirá que es un comportamiento extraño en una india.

»“Si intentas viajar de esa manera…”, le solté en el español de los cholos (que, según dicen, es diferente al español normal), “… lo harás incrustada en el quitapiedras y el faro, y mi fogonero tendrá que sacarte de ahí con una rasqueta”.

»Mi español cholo no era gran cosa, pero ella me entendió, aunque se limitó a negar con la cabeza, sin hablar. Pero, madre mía, qué guapa era…

Miré con miedo a la señora Jones, quien debió percatarse por el rabillo del ojo, porque murmuró:

—Si no lo hubiese sido, ¿cree que se la habría llevado a vivir con él, a su casa?

—Vamos, Sarah —protestó el marido—. Eso no es justo. Además, la historia la cuento yo. Entonces Seth me gritó: «¿Te vas a quedar ahí toda la noche?».

»“Venga”, le dije a la joven, “subamos. Pero la próxima vez que quieras ir en tren, no pares una locomotora en medio de la vía”. Me siguió; sin embargo, cuando llegué al escalón y me giré para ayudarla a subir, ya no estaba. Retrocedí. Ni rastro de ella. Hacia arriba y hacia abajo había precipicios y, por delante, la vía avanzaba en línea recta durante cien metros y estaba vacía. Entonces la descubrí, agachada junto al quitapiedras, tan cerca que casi la pisé. Si hubiésemos arrancado, la habríamos atropellado en un segundo. Su comportamiento era tan absurdo que no lo entendía. Tal vez intentaba suicidarse. La agarré por la muñeca y la hice ponerse en pie sin demasiados miramientos. Y me siguió. Las mujeres saben cuando los hombres nos ponemos serios.

Dejé de mirar a aquel gigante, observé a su esposa, pequeña como un pajarito, y me pregunté si alguna vez habría intentado ponerse serio con ella.

—Seth se opuso al principio, pero yo la obligué a subir y la senté a mi lado.

—Y supongo que Seth iría ocupado, conduciendo la locomotora —comentó la señora Jones.

—Lo estaba formando para eso, ¿o no? —protestó el señor Jones—. Así llegamos a Amato. No abrió la boca ni una sola vez y, en cuanto la locomotora se detuvo, saltó al suelo y desapareció. Sin más. Ni un gracias. Nada.

»Pero a la mañana siguiente, cuando llegamos para salir hacia Quito con una docena de plataformas cargadas de raíles, ella nos esperaba en la cabina. A la luz del día pude ver lo guapa que era, mucho mejor que de noche.

»"Vaya, te ha adoptado", se burló Seth. Y eso parecía. Permanecía allí de pie, mirándome, mirándonos, como un perrillo encantador al que quieres y al que has pillado comiéndose una ristra de salchichas, pero que sabe que no lo vas a castigar. "¡Vete por ahí!", le dije, "¡*Pronto*!". (La señora Jones hizo notar su presencia, estremeciéndose al oír la palabra en español). "Verás, Sarah, no la quería para nada, ni siquiera al principio".

La señora Jones se tensó. Movió los labios en silencio, pero yo sabía qué sílabas había pronunciado.

—Lo peor eran las burlas de Seth. «Así no te la quitarás de encima», me dijo. «Le has salvado la vida…». «No, no fui yo», contesté, molesto. «Fuiste tú». «Pero ella cree que fuiste tú, que es lo mismo», dijo él. «Y ahora te pertenece. Es la costumbre del país, como ya deberías saber».

—Paganismo —dijo la señora Jones y, aunque tenía la mirada fija en la Torre de las Joyas, supe que no se refería a su arquitectura.

—«Viene para ocuparse de tus tareas domésticas», sonrió Seth. Lo dejé hablar, aunque después le hice echar el carbón a tanta velocidad que no tuvo mucho tiempo de abrir la boca. Cuando llegamos al lugar donde la había recogido y detuve el tren para que se bajara, se puso de rodillas, se agarró a mis piernas con fuerza y lloró sobre mis zapatos. ¿Qué podía hacer?

Sin movimientos perceptibles, al menos para mí, la señora Jones dejó muy claro que sabía lo que ella habría hecho.

—En cuanto llegamos a Quito repitió la jugada: desapareció. Sarah nunca me cree cuando le cuento el alivio que sentí al librarme de ella. Pero no iba a ser así. Llegué a mi casa de adobe y me tomé la excelente comida que mi cocinera había preparado. Era chola, medio india, y se llamaba Paloma. Vamos, Sarah, ¿no te he

dicho ya que era más vieja que una abuela y más parecía un buitre que una paloma? Yo ni siquiera soportaba comer si ella andaba cerca y podía verla. Pero se ocupaba de que estuviese cómodo y sabía economizar cuando iba al mercado.

»Esa tarde, tras una larga siesta, ¿a quién me encontré en la cocina, tan adaptada como si estuviera en su casa? A la condenada joven india. La vieja Paloma se acuclillaba a los pies de la chica y le frotaba las rodillas y las piernas como si tuviera reumatismo, algo que yo sabía que no tenía por la rapidez con la que se desplazaba, y acompañaba los masajes con una especie de salmodia ininteligible. Me dejé llevar por el enfado. Como bien sabe Sarah, no me gusta que haya mujeres por la casa, me refiero a mujeres jóvenes y solteras. ¡Pero no había nada que hacer! La vieja Paloma se puso del lado de la joven y dijo que si la chica se iba, ella también. Además, me llamó idiota de muchas más formas de las que permite el idioma inglés. Te habría gustado el español, Sarah, por lo expresivo que es en esos casos y te habría gustado la vieja Paloma. Era una buena mujer, aunque no tenía dientes y su rostro era capaz de acabar con el apetito de cualquiera desde la cuna.

»Cedí. No me quedó más remedio. Excepto por la disculpa de que necesitaba la ayuda de Vahna para llevar la casa (lo que no era cierto), la vieja Paloma nunca me dijo por qué defendía a la joven. En cualquier caso, Vahna era tranquila y nunca molestaba. Jamás andaba por el medio. Se sentaba en el interior, charlaba con Paloma y la ayudaba con las labores domésticas. Pero no tardé en darme cuenta de que tenía miedo de algo. Levantaba la mirada con un ansia terrible cada vez que alguien llamaba a la puerta, como cuando venía algún amigo a charlar un rato o jugar una partida. Intenté sonsacarle a Paloma qué era lo que preocupaba a la joven, pero la anciana se limitaba a mirarme con solemnidad y negar con la cabeza, como si todos los demonios del infierno fueran a aparecer de repente.

»E, inesperadamente, Vahna recibió una visita. Yo acababa de llegar de un viaje y pasaba el día con ella, porque tenía que ser amable aunque ella se hubiese presentado de aquella forma y quedado a vivir en mi casa, cuando vi que a sus ojos asomaba una expresión extraña. En el umbral aguardaba un chico indio. Se parecía a ella, pero era más joven y más delgado. Se lo llevó a la

cocina y debieron de charlar un buen rato, porque el chico no se marchó hasta después de oscurecer. Volvió esa misma semana, pero yo no estaba. Cuando llegué a casa, Paloma me entregó una pepita de oro grande, que Vahna había enviado al chico a buscar. La condenada pesaba casi un kilo y valía más de cinco mil dólares. Me explicó que Vahna quería que la aceptara en pago de su estancia. Tuve que cogerla para mantener la paz en casa.

»Después, tras bastante tiempo, tuvimos otra visita. Estábamos sentados frente a la chimenea…

—Él y la lagarta —dijo la señora Jones.

—Y Paloma —añadió él enseguida.

—Él, su cocinera y su liviana ama de llaves sentados frente a la chimenea —corrigió ella.

—Oh, admito que yo le gustaba mucho a Vahna —afirmó él, imprudentemente, y luego puntualizó con cautela—: Mucho más de lo que le convenía, teniendo en cuenta que yo no estaba por la labor.

»Bueno, pues como decía, recibió otra visita. Se trataba de un anciano indio, alto, delgado y de pelo blanco, con una nariz como el pico de un águila. Entró sin llamar. Vahna dejó escapar un grito, entre gañido y jadeo, y cayó de rodillas frente a mí, rogándome con sus ojos de ciervo, y a él con ojos de ciervo al que van a matar y no desea morir. Luego, durante un minuto que pareció una vida entera, ella y el anciano se miraron. Paloma fue la primera en hablar, en la lengua del anciano, porque él le contestó. ¡Pero, santo cielo, debía de ser muy poderoso! Porque a Paloma le temblaban las piernas y se rebajó ante él como si fuera un perrito. ¡Y todo en mi propia casa! Si no fuese tan viejo, lo habría echado de allí al instante.

»Imagino que lo que le dijo a Vahna era tan terrible como su aspecto. ¡Le escupía las palabras! Pero Paloma no dejaba de gimotear y entrometerse, hasta que algo de lo que dijo surtió efecto, porque el rostro del hombre se relajó. Se dignó a mirarme y le disparó una pregunta a Vahna. Ella bajó la cabeza, como si fuese tonta, se puso colorada y luego contestó con una sola palabra y negó con la cabeza. Él se dio la vuelta y se marchó. Supongo que ella dijo “no”.

»Después de eso y durante un tiempo, Vahna se aturullaba cada vez que me veía. No salía de la cocina. Pero al cabo de una larga

temporada volvió a aparecer por el salón. Se mostraba muy tímida, pero me seguía con sus enormes ojos…

—¡La lagarta! —Se oyó claramente. Pero para entonces Julian Jones y yo ya estábamos acostumbrados.

—No me importa reconocer que a esas alturas me sentía interesado, aunque no en el sentido que Sarah insinúa continuamente. La pepita de un kilo era lo que me tenía en ascuas. Si Vahna me contaba de dónde procedía, podía despedirme del ferrocarril y regresar a Nebraska, junto a Sarah.

»Entonces se descubrió el pastel, aunque por casualidad. Recibí una carta de Wisconsin. Mi tía Eliza había muerto y me dejaba su granja, que era grande. Cuando la leí, solté un grito de alegría; aunque pude habérmelo ahorrado porque después, los tribunales y los abogados me dejaron sin nada: no me llevé ni un céntimo y aún estoy pagando a plazos los gastos.

»Sin embargo, en ese momento no lo sabía y me preparé para regresar a la civilización. Paloma se ofendió y Vahna empezó a llorar. “¡No te vayas! ¡No te vayas!”, repetía sin parar. Pero me despedí del ferrocarril y le escribí una carta a Sarah. ¿No es cierto, Sarah?

»Esa noche, sentada junto a la chimenea como si estuviera en un funeral, Vahna se soltó por primera vez.

»“No te vayas”, me dijo mientras la vieja Paloma la apoyaba. “Si no te vas, te mostraré dónde mi hermano consiguió la pepita”. “Es demasiado tarde”, contesté y le expliqué la razón.

—Le explicaste que yo te esperaba en Nebraska —comentó la señora Jones en tono frío y desapasionado.

—Vamos, Sarah, ¿por qué iba a herir los sentimientos de una pobre chica india? Por supuesto que no le conté eso. Paloma y ella hablaron un rato en su lengua y luego Vahna dijo: «Si te quedas, te mostraré la más grande de las pepitas, la madre de todas las demás pepitas». «¿Qué tamaño tiene?», pregunté. «¿Es tan grande como yo?». Se rio. «Es más grande que tú. Mucho, mucho más grande», dijo. «No las hay tan grandes», afirmé yo. Pero ella dijo que la había visto y Paloma la apoyó. Escuchándolas, cualquiera pensaría que esa pepita valía millones. Paloma no la había visto, pero había oído hablar de ella. Era un secreto de la tribu que no podía compartir porque era mestiza.

Julian Jones se detuvo y dejó escapar un suspiro.

—Continuaron insistiendo hasta que me dejé llevar por…

—La lagarta —dijo la señora Jones, vivaz como un pajarillo, en el instante preciso.

—No, por la pepita. Con la granja de la tía Eliza era lo bastante rico como para dejar de trabajar en el ferrocarril, aunque no como para darle la espalda a una fortuna. Y no podía dejar de creer lo que decían las dos mujeres. ¡Caramba! Sería como Vanderbilt o J.P. Morgan. Así pensaba. Intenté sacarle la información a Vahna, pero no cedió. «Tienes que venir conmigo», me dijo. «Estaremos de vuelta en un par de semanas con tanto oro como podamos traer entre los dos». Sugerí llevar un burro o una reata de burros, pero no quiso ni oír hablar del asunto. Paloma se mostró de acuerdo con ella. Era demasiado peligroso. Los indios nos atraparían.

»Salimos en cuanto hubo luna llena. Viajábamos solo de noche y dormíamos de día. Vahna no me dejaba encender hogueras y eché muchísimo de menos el café. Subimos a las montañas más altas de los Andes, donde la nieve de uno de los pasos nos dio problemas; pero la joven conocía las sendas y, aunque no perdimos tiempo, tardamos una semana entera en llegar. Conozco el rumbo general del viaje porque llevaba una brújula de bolsillo y, para volver allí, no necesito más que saber el rumbo general, debido al pico. Es imposible confundirlo. En todo el mundo no existe otro pico como ese. No le diré la forma que tiene, pero cuando usted y yo salgamos de Quito en dirección a él, lo llevaré directo y sin dudas.

»No es fácil de escalar y nadie es capaz de hacerlo de noche. Tuvimos que esperar al alba para empezar a subir y no alcanzamos la cima hasta el ocaso. Podría pasarme horas hablándole de esa última subida, pero no lo haré. La cima era llana como una mesa de billar, de unos mil metros cuadrados, y casi estaba limpia de nieve. Vahna me contó que los fuertes vientos que solían azotarla se llevaban la nieve.

»Estábamos sin aliento y yo me sentía tan mareado debido a la altura que tuve que tumbarme un rato. Luego, al salir la luna, di una vuelta alrededor. No tardé mucho y no vi ni el más mínimo rastro de algo que se pareciera al oro. Cuando le pregunté a Vahna, se rio y aplaudió. En ese momento volví a marearme y me senté sobre una roca enorme hasta que se me pasara el malestar.

»“Vamos”, dije cuando me sentí mejor. “Déjate de bobadas y dime dónde está la pepita”. “Más cerca de ti de lo que yo nunca estaré”, me contestó, con sus enormes ojos llenos de nostalgia. “Todos los gringos sois iguales. El oro ocupa vuestros corazones y las mujeres no cuentan”.

»Guardé silencio. No era momento para hablarle de Sarah. Pero Vahna dejó a un lado su tristeza y volvió a reírse y a tomarme el pelo. “¿Qué te parece?”, me preguntó. “¿El qué?”. “La pepita sobre la que te sientas”.

»Pegué un brinco como si estuviera sentado en un hierro al rojo vivo. Pero solo era una piedra. Qué decepción. O se había vuelto loca o esa era su forma de gastar una broma. Mal asunto, en cualquier caso. Me pasó el hacha pequeña y me dijo que le diera un golpe a la roca, cosa que hice una y otra vez, porque con cada golpe saltaban pedacitos amarillos. ¡Cielo santo! ¡Era oro! ¡Toda la condenada roca!

Jones se puso en pie de repente y alzó sus largos brazos tanto como pudo, con el rostro vuelto a los cielos meridionales. Su movimiento asustó a un cisne que se había acercado con amables propósitos depredadores. Su abrupta retirada lo llevó a colisionar con una anciana robusta, quien chilló y dejó caer su bolsa de cacahuetes. Jones se sentó y continuó hablando.

—Era oro, se lo aseguro. Oro macizo y tan puro y blando que arranqué astillas con el hacha. Lo habían cubierto con una especie de pintura resistente al agua o una laca hecha de asfalto o algo similar. Por eso creí que era una roca. Medía tres metros de largo, uno y medio de ancho y se estrechaba en ambos extremos como un huevo. Mire.

Sacó del bolsillo un estuche de cuero que abrió y del que extrajo un objeto envuelto en papel encerado. Tras desenvolverlo, depositó en mi mano una lasca de oro puro y blando, del tamaño de una moneda de diez dólares. En un lado se apreciaba la sustancia grisácea con la que la habían pintado.

—La arranqué de un extremo de la roca —continuó Jones, mientras devolvía la lasca al papel y luego al estuche—. Y menos mal que me la había guardado en el bolsillo. Porque a mi espalda alguien gritó una palabra, aunque, a mi entender, más que una palabra pareció un graznido. Y allí estaba el anciano delgado, con la

nariz como el pico de un águila, que nos había visitado una noche. Lo acompañaban unos treinta indios, todos delgados y jóvenes.

»Vahna se dejó caer al suelo y empezó a gimotear, pero yo le dije: “Levántate y habla con ellos para que sean mis amigos”. “No, no”, gritó ella. “Vamos a morir. Adiós, *amigo*…”

La señora Jones se estremeció y su marido reprimió el tono de su narración.

—«Pues levántate y lucha conmigo», le dije. Me hizo caso. Parecía un demonio, allí, en la cima del mundo, arañando y mordiendo con uñas y dientes, toda una pantera. Yo tampoco me quedé quieto, aunque solo contaba con el hacha pequeña y mis brazos. Pero eran demasiados y no había pared contra la que apoyar la espalda para luchar más protegido. Cuando volví en mí, minutos después de que me hubiesen dado un golpe en la cabeza… Espere, toque.

Julian Jones se quitó el sombrero y guio mis dedos entre sus cabellos de un rubio rojizo hasta que se hundieron en una abolladura. Medía casi diez centímetros de largo y llegaba hasta el hueso del cráneo.

—Cuando desperté, Vahna estaba tumbada en lo alto de la pepita, con los brazos y piernas en cruz, y el anciano parloteaba solemne, como si realizara algún tipo de ceremonia religiosa. En la mano tenía un cuchillo de piedra, ya sabe, uno de esos objetos afilados de un material parecido a la obsidiana con el que fabrican las puntas de las flechas. Yo no podía hacer nada porque me retenían boca abajo y, además, estaba muy débil. Bueno, el cuchillo de piedra acabó con ella y a mí ni me concedieron el honor de matarme en lo alto de su pico sagrado. Me lanzaron por el borde, como a la carroña.

»Los buitres tampoco acabaron conmigo. Aún veo la luz de la luna brillar sobre los picos cubiertos de nieve mientras caía. Era una pendiente de ciento cincuenta metros, pero no llegué a sufrirla entera. Caí sobre un gran nevero, formado en una grieta. Cuando me desperté (horas después, eso lo sé porque brillaba el sol), me encontré en una especie de cueva de nieve, o túnel, formada por el agua de la nieve al derretirse en el saliente. De hecho, la roca de encima sobresalía más allá de donde había caído la primera vez. Unos centímetros más a cada lado y no la hubiese contado jamás.

Fue un verdadero milagro, de eso no me cabe duda.

»Pero lo pagué caro. Transcurrieron más de dos años hasta que supe qué había ocurrido. Solo sabía que era Julian Jones, que habían incluido mi nombre en la lista negra tras la huelga y que estaba casado con Sarah. En serio. No recordaba nada de lo ocurrido entre esos dos hechos y, cuando Sarah intentaba hablar de ello, me dolía la cabeza. Estaba mal de la cabeza y lo sabía.

»Entonces, un anochecer en que me encontraba sentado en el porche de la granja de su padre, en Nebraska, a la luz de la luna, Sarah salió y depositó en mi mano esa lasca de oro. Al parecer, acababa de encontrarla entre el forro desgarrado del baúl que yo había llevado desde Ecuador o Australia o desde donde fuese. Me quedé allí sentado, mirando el oro a la luz de la luna, sin dejar de darle vueltas en la mano y de pensar de dónde podía haber salido, hasta que de repente sentí un crujido en el interior de mi cabeza, como si algo se hubiese roto, y vi a Vahna tumbada con los brazos y las piernas en cruz, en lo alto de la enorme pepita, y al anciano agitar el cuchillo de piedra y… y todo lo demás. Es decir, todo lo ocurrido desde la primera vez que abandoné Nebraska hasta que salí arrastrándome de entre la nieve, ya de día, después de que me arrojasen desde la cima de la montaña. Pero seguía sin recordar lo ocurrido tras eso. Cuando Sarah me dijo que era su esposo, no me lo creí. Para convencerme, tuvieron que venir la familia de Sarah al completo y el pastor que nos había casado.

»Días más tarde, escribí a Seth Manners. El ferrocarril no había acabado con él y me aclaró muchas cosas. Le mostraré sus cartas. Las tengo en el hotel. Me contó que un día, cuando realizaba su trayecto en tren, aparecí arrastrándome junto a la vía. No me sostenía de pie, gateaba. Al principio creyó que era un ternero, o un perro. Dijo que no parecía humano y que no lo reconocí. Ni a él ni a nadie. Por lo que pude entender, habían transcurrido diez días desde lo ocurrido en la cima de la montaña hasta que Seth me encontró. No sé lo que comí mientras. Tal vez ni comí. Luego me atendieron los médicos de Quito, y Paloma cuidó de mí (seguramente fue ella quien guardó la lasca de oro en mi baúl), hasta que descubrieron que no estaba bien de la cabeza y el ferrocarril me envió de vuelta a Nebraska. En cualquier caso, eso es lo que me escribió Seth. Yo no lo sé. Pero Sarah, sí. Ella mantuvo

correspondencia con el ferrocarril antes de que me enviaran de vuelta y todo lo demás.

La señora Jones asintió con la cabeza para confirmar sus palabras, suspiró y dejó entrever sus ansias por marcharse de allí.

—Desde entonces no he podido trabajar —continuó su esposo—. Tampoco he logrado organizar el viaje para hacerme con esa enorme pepita. Sarah tiene dinero, pero no suelta ni un centavo…

—¡No volverá jamás a ese país! —interrumpió ella.

—Pero, Sarah, Vahna ha muerto. Ya lo sabes —protestó Julian Jones.

—Yo no sé nada de nada —contestó la mujer con decisión—, excepto que ese país no es lugar para un hombre casado.

Cerró la boca con fuerza y miró fijamente frente a ella, donde el sol de la tarde empezaba a ponerse. Observé su rostro durante un momento —pálido, regordete, diminuto e implacable— y me di por vencido.

—¿Cómo explica que allí hubiese semejante cantidad de oro? —pregunté a Julian Jones—. ¿Podría tratarse de un meteorito de oro puro que hubiese caído del cielo?

—En absoluto —dijo y negó con la cabeza—. Los indios lo llevaron hasta aquel lugar.

—¿Cree que ascendieron una montaña como esa con una pepita de semejante tamaño y peso? —objeté.

—Así de sencillo —sonrió—. Esa misma idea me tuvo perplejo durante mucho tiempo tras haber recuperado la memoria. ¿Cómo demonios…? Empezaba siempre a preguntarme y luego pasaba horas intentado dar con una explicación. Cuando por fin la hallé, me sentí como un idiota, tan fácil era. —Hizo una pausa y luego afirmó—: No lo hicieron.

—Pero acaba de decir que sí.

—Lo hicieron y no lo hicieron —fue su enigmática respuesta—. Desde luego que nunca llevaron hasta allí arriba aquella pepita monstruosa. Lo que hicieron fue llevar su contenido.

Aguardó hasta que vio el gesto de comprensión en mi rostro.

—Y luego derritieron todo el oro y lo fundieron en una sola pieza. Ya sabe que los primeros españoles que llegaron allí, guiados por Pizarro, eran una panda de ladrones y asesinos. Se extendieron por el país como una epidemia de fiebre aftosa y mataron a los

indios como si fueran ganado. Verá, los indios tenían mucho oro. Pues el que no se llevaron los españoles, los indios supervivientes lo escondieron en esa pepita gigante, en lo alto de la montaña, y desde entonces me espera allí arriba, y a usted, si quiere acompañarme a buscarlo.

Allí mismo, junto a la laguna del Palacio de Bellas Artes, terminó mi relación con Julian Jones. Tras haber aceptado financiar su aventura, prometió visitarme en mi hotel a la mañana siguiente, con las cartas de Seth Manners y del ferrocarril, para concluir los preparativos. Pero no apareció. Esa tarde, antes de anochecer, telefoneé a su hotel y el recepcionista me informó de que el señor Jones y su esposa habían partido después de almorzar, llevándose todo su equipaje.

¿Será posible que su esposa lo haya obligado a regresar para ocultarlo en Nebraska? Recuerdo que, mientras nos despedíamos, en su sonrisa había algo que me recordó a la artera autosuficiencia de Mona Lisa *la Prudente*.

[1916]

El ídolo rojo

AHÍ ESTABA! Bassett comparó la repentina liberación de sonido con la trompeta de un arcángel. Los muros de las ciudades —meditó— bien podrían caer ante un llamamiento tan inmenso y apremiante. En vano intentó, por enésima vez, analizar la calidad tonal de aquel impresionante sonido que dominaba la tierra hasta los bastiones de las tribus circundantes. El desfiladero donde se originaba resonaba durante su etapa creciente hasta que se desbordaba e inundaba tierra, cielo y aire. Con la gratuidad propia de la fantasía de un enfermo, lo comparó con el potente grito de algún titán de la antigüedad afligido por el sufrimiento o la ira.

Siempre en ascenso, desafiaba y exigía con un volumen tan intenso que parecía destinado a oídos situados más allá de los reducidos confines del sistema solar. Además, había en él el clamor de una protesta que ningún oído era capaz de percibir, tampoco de comprender su forma de expresarse.

Tal era la fantasía del enfermo. Aun así, luchó por analizar el sonido. Resonaba como un trueno, era melodioso como el de una campanilla de oro, apagado y agradable como el de una cuerda tensa de plata al ser rasgueada… No, no era nada de eso, ni siquiera una mezcla de todo ello. No existían palabras ni imágenes en su vocabulario o experiencia capaces de describir la totalidad de ese sonido.

Transcurrió el tiempo. Los minutos se convirtieron en cuartos de hora, los cuartos de hora en medias horas y el sonido persistía, evolucionando siempre a partir de su impulso vocal naciente, pero sin recibir un nuevo impulso: se apagaba, se atenuaba y moría de una forma tan descomunal como había surgido. Se transformó en una confusión de murmullos, balbuceos y susurros colosales. Poco a poco regresó, sollozo a sollozo, al enorme y desconocido pecho en el que había nacido, hasta gemir moribundos rumores de ira y bisbiseos de placer, igualmente seductores, que aún se esforzaban por hacerse oír por transmitir algún secreto cósmico, alguna interpretación de importancia y valor infinitos. Se redujo hasta convertirse en la sombra de un sonido que había perdido su amenaza y su promesa, pero que vibró en la conciencia del enfermo durante varios minutos después de haber cesado. Cuando dejó de oírlo, Bassett miró el reloj. Había transcurrido una hora antes de que la trompeta del arcángel se apagase y alcanzara la nada tonal.

¿Sería esa su propia torre oscura?, pensó Bassett, recordando el poema de Robert Browning, al tiempo que miraba sus manos consumidas por la fiebre, que más parecían las de un esqueleto. Y su fantasía le hizo sonreír: imaginó a Childe Roland, el protagonista del poema, llevándose el cuerno a los labios con un brazo tan débil como el suyo. Se preguntó si habrían transcurrido meses o años desde que oyera por primera vez aquella llamada misteriosa, en la playa de Ringmanu. No podría contestar, aunque su vida dependiera de ello. La larga enfermedad había durado más que nunca. Sabía que, en sus etapas conscientes, el tiempo pasado se

contaba en meses, muchos meses; pero no tenía forma de calcular los largos intervalos de delirio y aturdimiento. ¿Cómo le irá al capitán Bateman de la *Nari*, dedicada a contratar mano de obra indígena de forma engañosa?, se preguntó; y ¿se habrá muerto ya de *delirium tremens* el segundo del capitán Bateman?

Bassett dejó a un lado tan vanas especulaciones y empezó a analizar todo lo ocurrido desde aquel día en la playa de Ringmanu, cuando oyó por primera vez el sonido y se internó en la selva para intentar encontrar su origen. Sagawa había protestado. Aún lo veía, su rostro pequeño, extraño, parecido al de un mono, dominado por el miedo, cargando a la espalda las cajas de las muestras y, en la mano, el cazamariposas de Bassett y la escopeta de naturalista, al tiempo que decía temblando, en inglés criollo: «Hombre yo tener miedo mucho bosque. Mal hombre mucho en bosque».

Bassett sonrió con tristeza al recordarlo. El diminuto muchacho de Nueva Hanover tenía miedo, pero demostró su lealtad al seguirlo sin dudar al interior del bosque, en su búsqueda de aquel maravilloso sonido. Bassett llegó a la conclusión de que no lo producía ningún tronco de árbol vaciado con fuego, de los que con sus vibraciones llevaban el anuncio de la guerra hasta lo más profundo de la jungla. Su siguiente conclusión fue errónea: que la fuente o causa del sonido no podía hallarse a más de una hora de distancia y que le resultaría muy sencillo estar de vuelta a media tarde para que lo recogiera la chalupa de la *Nari*.

«Ruido grande no bueno, ser demonio», había proclamado Sagawa. Y Sagawa tenía razón. Ese mismo día le cortaron la cabeza a hachazos. Bassett se estremeció. Sin duda, además, los malos hombres del bosque se habían comido a Sagawa. Aún lo veía, como lo había visto la última vez, tirado en la estrecha senda donde lo habían decapitado un momento antes. Sí, todo ocurrió en cuestión de un minuto. Un minuto antes, al mirar atrás, Bassett lo había visto caminar fatigosamente bajo la carga. Luego a Bassett no le quedó más remedio que ocuparse de sus propios problemas. Miró los muñones ya cicatrizados de los dedos índice y medio de la mano izquierda y luego rozó levemente con ellos la hendidura de la parte posterior del cráneo. Aunque el destello del hacha de mango largo había sido muy rápido, él reaccionó a tiempo de agachar la cabeza y desviar en parte el golpe al levantar la mano. Dos dedos y una fea

herida en la cabeza fue el precio que pagó por su vida. Con uno de los cañones de su escopeta del calibre diez acabó con la vida del aborigen que había estado a punto de matarlo; con el otro acribilló al hombre que se inclinaba sobre Sagawa y disfrutó al saber que la mayor parte de la carga había alcanzado al que huía con la cabeza de su ayudante. Todo había ocurrido en un segundo. Solo él, el aborigen muerto y los restos de Sagawa permanecieron en la estrecha senda, pe la oscura jungla que lo rodeaba no llegaba movimiento alguno, ni sonidos que indicasen vida. Sufrió una conmoción clara y desagradable. Había matado a un ser humano por primera vez en su vida y sintió náuseas mientras contemplaba el resultado de su obra.

Luego había dado comienzo la persecución. Se vio obligado a continuar por el sendero, por delante de sus perseguidores, que se encontraban entre él y la playa. No tenía ni idea de cuántos eran. Podía tratarse de uno o de un ciento, porque no los veía. Estaba seguro de que algunos de ellos se habían subido a los árboles y se movían por el techo de la jungla, pero lo único que logró atisbar fue algún que otro revoloteo de sombras. No oía la vibración de las cuerdas de los arcos, pero de vez en cuando, aunque no sabía cuándo las disparaban, unas flechas diminutas silbaban al pasar junto a él o golpeaban los troncos de los árboles y caían al suelo, muy cerca. La punta era de hueso y el astil de plumas de colibrí, que brillaban como si fuesen joyas.

En una ocasión —ahora, tras el largo lapso de tiempo transcurrido, se rio entre dientes al recordarlo— detectó una sombra por encima de él, que se inmovilizó de inmediato cuando miró hacia arriba. No vio nada, pero decidió jugársela y disparó una buena carga del calibre cinco. Gritando como un felino furioso, la sombra cayó atravesando helechos y orquídeas, aterrizó a sus pies con un ruido sordo y, sin dejar de chillar de ira y dolor, hundió sus dientes humanos en el tobillo de su dura bota de excursionista. Él tampoco se quedó quieto y, con la bota libre, asestó el golpe que redujo los gritos al silencio. Tanto se había acostumbrado Bassett a la brutalidad desde entonces que volvió a reír al recordarlo.

¡Qué noche había pasado! No era de extrañar que hubiese acumulado tal variedad de fiebres y todas tan virulentas, pensó mientras recordaba aquella noche en blanco llena de sufrimiento,

cuando las punzadas de dolor de sus heridas no eran nada en comparación con las innumerables picaduras de los mosquitos. No había forma de evitarlos y no se atrevió a encender una hoguera. Le llenaron el cuerpo de veneno, literalmente, y al llegar el día tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos, por lo que continuó adelante a trompicones, medio ciego, sin importarle que lo decapitasen de un hachazo y se llevasen su cuerpo con el de Sagawa, para cocinarlo en la pira. Veinticuatro horas habían bastado para convertirlo en una ruina, tanto física como mentalmente. Le costaba mantener la lucidez, tanto le afectaba la tremenda cantidad de veneno inoculado. Varias veces disparó con éxito la escopeta en dirección a las sombras que lo perseguían. Las picaduras de los insectos diurnos y de los mosquitos enanos aumentaron su tormento, al tiempo que la sangre de sus heridas atraía infinidad de odiosas moscas que se pegaban a su carne, a las que aplastaba o intentaba apartar a manotazos.

Ese día había oído otra vez el maravilloso sonido, al parecer más lejano, pero alzándose con autoridad por encima de los tambores de guerra, más próximos y ocultos en el bosque. Entonces fue cuando cometió su gran error. Pensando que lo había dejado atrás y que, por lo tanto, se encontraba entre él y la playa de Ringmanu, retrocedió en dirección al sonido, cuando en realidad se internaba cada vez más en el misterioso centro de la isla inexplorada. Esa noche se arrastró entre las retorcidas raíces de un baniano y durmió debido al agotamiento, mientras los mosquitos se aprovechaban de él.

Luego llegaron varios días y noches que recordaba con la imprecisión de una pesadilla. Pero guardaba una visión clara: se encontraba de repente en medio de una aldea, mientras los ancianos y los niños huían a la jungla. Escaparon todos menos uno. Por encima de él y muy cerca, el llanto de dolor y miedo de lo que parecía un animal lo sobresaltó. Al mirar hacia arriba la vio: era una niña, o más bien una joven, colgada de un brazo al sol ardiente. Quizás llevase varios días colgada, según indicaba la lengua hinchada que sobresalía de su boca. Aún viva, lo miró aterrorizada. Decidió que ya no podía hacer nada por ella y se fijó en las inflamaciones de las piernas, que anunciaban el aplastamiento de las articulaciones y la rotura de los huesos. Decidió pegarle un tiro

y allí terminaba la visión. No lograba recordar si lo había hecho o no, como tampoco se acordaba de cómo había llegado a la aldea ni de cómo la había abandonado.

Muchas imágenes sin relación entre sí se agolparon en la cabeza de Bassett mientras repasaba ese período itinerante. Recordaba que había invadido otra aldea, formada por una docena de chozas, y obligado a huir, con la escopeta, a todos menos a un anciano, demasiado débil para escapar, quien le escupió y luego gimió y gruñó al ver que abría un horno excavado en la tierra y de entre las piedras calientes sacaba un cerdo asado, envuelto en hojas verdes y que olía deliciosamente. En aquel lugar se había apoderado de él una brutalidad injustificada que lo llevó a quemar el techo de paja de una de las chozas con su espejo ustorio.

Pero lo que había quedado grabado a fuego en la memoria de Bassett era la jungla oscura, húmeda y nociva. Apestaba a mal y siempre estaba en penumbra. Pocas veces un rayo de sol lograba penetrar su techo enredado, que se alzaba treinta metros por encima de su cabeza. Bajo ese techo había un flujo aéreo de vegetación, un goteo monstruoso y parásito de organismos decadentes que echaban raíces en la muerte y vivían de ella. A través de todo eso, había avanzado a la deriva, siempre perseguido por las sombras revoloteantes de los antropófagos, esbozos del mal que no se atrevían a enfrentarse a él en la batalla, pero que sabían que antes o después acabarían por comérselo. Bassett recordó que, por entonces, en los momentos de lucidez se había comparado con un toro herido perseguido por los coyotes de las llanuras, demasiado cobardes para luchar con él por su carne, pero seguros de su inevitable final, momento en el que se atiborrarían. Del mismo modo que los cuernos y las pezuñas del toro mantenían a raya a los coyotes, su escopeta impedía que se acercasen a él aquellos habitantes de las Salomón, aquellas sombras oscuras de los aborígenes de la isla de Guadalcanal.

Un día llegó a las praderas. La jungla terminaba de forma abrupta, como hendida por la espada de Dios en la mano de Dios. Su borde, perpendicular y tan negro como su infamia, medía treinta metros de arriba abajo. Allí mismo empezaba a crecer la hierba, suave, blanda y tierna, un pasto que habría hecho las delicias de los animales de cualquier granjero y que se extendía sin fin, durante

leguas y leguas de verdor aterciopelado, hasta la espina dorsal de la enorme isla: la elevada cordillera formada por algún antiguo cataclismo, dentada y llena de barrancos, aún no desgastada por las erosivas lluvias tropicales. ¡Y esa hierba! Se arrastró despacio sobre ella una decena de metros, enterró el rostro entre sus briznas, la olió y rompió a llorar de forma involuntaria.

Y, mientras lloraba, el maravilloso sonido había continuado retumbando, si es que retumbar —había pensado a menudo desde entonces— servía para describir adecuadamente la dicción de un sonido tan inmenso, tan dulce y agradable. Era dulce como ningún otro sonido. Era inmenso, con una resonancia tan grandiosa que podría proceder de un monstruo de garganta metálica. Y, sin embargo, lo llamaba desde el otro extremo de aquella sabana que medía infinitas leguas, y era como una bendición para su alma destruida por el dolor y el sufrimiento.

Recordó que había permanecido tumbado en la hierba, con las mejillas húmedas pero ya sin sollozar, escuchando aquel sonido y extrañándose de que hubiese sido capaz de oírlo en la playa de Ringmanu. Pensó que algún fenómeno insólito de presiones atmosféricas y corrientes de aire había hecho posible que el sonido llegase tan lejos. Dichas condiciones podrían no repetirse en mil días o en diez mil, pero habían ocurrido justo el día en que él desembarcó de la *Nari* para pasar unas horas recogiendo especímenes. Sobre todo, buscaba la famosa mariposa de la jungla, que medía treinta centímetros de envergadura y tenía un color oscuro y aterciopelado, tan apagado como el del techo de vegetación que cubría la jungla, de costumbres tan arborícolas que se refugiaba en las ramas más altas y solo bajaba con una buena dosis de disparos. Por eso Sagawa llevaba la escopeta del calibre veinte.

Pasó dos días con sus noches arrastrándose sobre aquella franja de pradera. Sufrió mucho, pero habían dejado de perseguirlo al llegar al borde de la jungla. Y habría muerto de sed si, durante el segundo día, una fuerte tormenta no lo hubiese revivido.

Después apareció Balatta. Al empezar a oscurecer, donde la sabana cedía el paso a la jungla de montaña, se había desplomado, dispuesto a morir. Al principio, ella había gritado encantada al ver la indefensión de él y estuvo a punto de abrirle la cabeza con una

gruesa rama de árbol. Tal vez fuera precisamente su extrema indefensión lo que la contuvo, o puede que la frenase su curiosidad. En cualquier caso, se reprimió, porque él abrió los ojos de nuevo al comprobar que el golpe no llegaba y la vio observándolo con interés. Lo que más llamaba la atención de ella eran los ojos azules y la piel blanca de él. Se acuclilló con calma, escupió sobre el brazo de Bassett y, con las yemas de los dedos, limpió la suciedad de muchos días y noches entre el mantillo de la jungla que manchaba la inmaculada blancura de la piel.

A él lo había sorprendido todo en ella, quien no tenía nada de convencional. Se rio suavemente al recordarlo, porque su atuendo era tan inocente como el de Eva antes de cubrirse con la hoja de parra. Robusta y esbelta al mismo tiempo, de miembros asimétricos y músculos tensos como cuerdas, cubierta de suciedad desde la infancia a excepción de algún que otro chaparrón, era el prototipo de mujer menos atractivo que él, con su ojo de científico, había visto jamás. Su pecho anunciaba al mismo tiempo su madurez y su juventud; y su sexo quedaba indicado, si no por otra cosa, por el único artículo elegante con el que se había adornado: un rabo de cerdo introducido en un agujero realizado en el óvulo de su oreja izquierda. El rabo se había arrancado tan recientemente que el extremo crudo aún rezumaba una sangre que se iba secando sobre su hombro como los goterones de una vela. ¡Y su rostro! Una masa retorcida y agostada de rasgos simiescos perforados por unos orificios nasales respingones y mongoles, una boca que se hundía bajo el enorme labio superior y desaparecía precipitadamente en una barbilla en retirada, y unos ojos de mirada fija y lastimera que parpadeaban como parpadean los monos enjaulados.

Ni el agua que le llevó en una hoja grande de la jungla ni el pedazo ya viejo y medio podrido de cerdo asado compensaron lo más mínimo la grotesca fealdad de la joven. Tras masticar débilmente durante un rato, cerró los ojos para no verla, pero ella lo obligó a abrirlos una y otra vez, dándole golpes, porque quería observar su tono azul. Luego se había oído el sonido. Sabía que estaba más cerca, mucho más cerca; aunque también sabía que a pesar del agotador camino recorrido aún quedaba a muchas horas de distancia. Lo había sorprendido el efecto sobre ella. Se encogió apartando el rostro, entre gemidos y gritos de miedo. Pero después

de que el sonido agotase su hora de vida, él cerró los ojos y se durmió, mientras Balatta apartaba las moscas de él.

Cuando despertó ya era de noche y ella no estaba. Pero fue consciente de que había recuperado en parte las fuerzas y, como para entonces ya tenía en el organismo tanto veneno de mosquito que no podía sufrir más inflamaciones, cerró los ojos y durmió de un tirón hasta el amanecer. Balatta regresó poco después, acompañada de media docena de mujeres que, aunque feas, no lo eran tanto como ella. Con su conducta, Balatta dejó claro que él era de su propiedad porque lo había encontrado y el orgullo con el que presumía habría resultado ridículo de no ser tan desesperada la situación de Bassett.

Más tarde, tras lo que para él había sido un largo viaje de varios kilómetros, cuando se desmayó delante de la choza del hechicero, bajo la sombra del árbol del pan, la joven había mostrado ideas muy enérgicas en lo relativo a conservar su poder sobre él. Ngurn, a quien después Bassett conocería como el hechicero, chamán o brujo de la aldea, quiso quedarse con su cabeza. Algunos de los parlanchines y sonrientes hombres-simios, todos igual de desnudos y con un aspecto tan brutal como el de Balatta, quisieron quedarse con el cuerpo para asarlo. Por entonces no comprendía su lengua, si es que los bastos sonidos que emitían para representar ideas merecían el nombre de lengua. Pero Bassett había entendido claramente lo que allí se debatía, sobre todo cuando los hombres apretaron, pellizcaron y palparon su carne como si fuese la mercancía expuesta en una carnicería.

Balatta empezaba a perder la discusión cuando se produjo el accidente. Uno de los hombres, que examinaba con curiosidad la escopeta de Bassett, se las arregló para amartillar y apretar el gatillo. El golpe producido por el retroceso de la culata en la boca del estómago del hombre no había sido el resultado más sanguinario, porque el disparo, efectuado a un metro de distancia, voló por los aires la cabeza de uno de los debatientes.

Incluso Balatta salió huyendo y, antes de que regresaran, con los sentidos ya afectados por el ataque de fiebre que se aproximaba, Bassett recuperó la posesión del arma. Después, aunque le castañeteaban los dientes debido a las fiebres y sus ojos húmedos casi no veían, conservó lo suficiente de su mortecina consciencia

como para intimidar a los hombres con la magia sencilla de la brújula, el reloj, el espejo ustorio y las cerillas. Por último, con el debido énfasis en lo solemne y atroz del hecho, mató a una cría de cerdo con la escopeta y se desmayó de inmediato.

Bassett flexionó los músculos del brazo a fin de valorar cuánta fuerza podría radicar en semejante debilidad y poco a poco logró ponerse en pie, sin dejar de tambalearse. Estaba terriblemente esquelético y, sin embargo, en los distintos períodos de convalecencia vividos durante los muchos meses de su larga enfermedad, nunca había recuperado tanto las fuerzas como ahora. Lo que temía era sufrir otra recaída similar a las ya experimentadas con frecuencia. Sin medicamentos, incluso sin quinina, había logrado sobrevivir a una combinación de malaria y fiebre de aguas negras de lo más perniciosa y maligna. Pero ¿podría continuar aguantando? Esa era la pregunta que se hacía siempre. Porque era un científico auténtico y no le haría gracia morir sin haber resuelto el secreto del sonido.

Apoyado en un bastón, recorrió los pocos pasos que lo separaban de la choza del hechicero, donde la muerte y Ngurn reinaban en la oscuridad. En opinión de Bassett, la choza del hechicero era casi tan despreciablemente oscura y maloliente como la jungla. Sin embargo, en su interior solía encontrarse su amigote y cotilla preferido, Ngurn, siempre dispuesto a charlar o discutir mientras se sentaba sobre las cenizas de los muertos y hacía girar lentamente las cabezas que se curaban colgadas de las vigas sobre un humo suave. Porque, durante los meses de consciencia de su prolongada enfermedad, Bassett había dominado la sencillez psicológica y las dificultades del lenguaje de la tribu de Ngurn y Balatta, y de Gngngn, que era el joven jefe de mente confusa a quien Ngurn gobernaba y quien, según las malas lenguas, era hijo de Ngurn.

—¿Hablará hoy El Rojo? —preguntó Bassett, tan acostumbrado ya a la espantosa ocupación del anciano como para interesarse por el progreso del ahumado.

Ngurn examinó con ojo de experto la cabeza de la que se estaba ocupando.

—Aún tardaré diez días en terminarla —dijo—. Nadie ha preparado nunca cabezas como estas.

Bassett sonrió para sí ante la reticencia del anciano a hablar con

él de El Rojo. Siempre había sido así. Nunca, bajo ningún concepto, había Ngurn —o cualquier otro miembro de la extraña tribu— divulgado la más mínima pista de alguna característica física de El Rojo. Y el ídolo rojo tenía que ser físico para emitir un sonido tan maravilloso y, aunque lo llamaban El Rojo, Bassett no podía estar seguro de que el rojo representase de verdad su color. Bastante sanguinarios eran sus obras y poderes, según las pistas abstractas que había ido reuniendo. Ngurn le había contado que el ídolo rojo no solo era mucho más poderoso que los dioses de las tribus vecinas y siempre estaba sediento de la sangre roja que aportaban los sacrificios humanos, sino que los propios dioses vecinos eran sacrificados y atormentados frente a él. Era el dios de una docena de aldeas aliadas y similares a la suya, que era la aldea principal y dominante de la federación. En virtud de El Rojo, muchas aldeas extrañas habían sido devastadas y borradas del mapa y los prisioneros sacrificados ante el ídolo rojo. Eso era cierto ahora, pero según las historias transmitidas de generación en generación también ocurría en la antigüedad. Cuando Ngurn era joven, las tribus del otro lado de las praderas habían realizado una incursión en su terreno. Durante la incursión de respuesta, Ngurn y sus compañeros consiguieron muchos prisioneros. Solo contando a los niños, habían desangrado a más de cien delante de El Rojo, y muchos, muchos más hombres y mujeres.

Otro de los nombres que Ngurn aplicaba a su misteriosa deidad era El Atronador. También lo llamaban Quien Grita Alto, La Voz de Dios, Garganta de Pájaro, El de la Garganta Dulce como la del Pájaro Mielero, El que Canta al Sol y El Hijo de las Estrellas.

¿Por qué El Hijo de las Estrellas? Bassett interrogó en vano a Ngurn. Según el anciano hechicero, el ídolo rojo siempre había estado donde estaba ahora, cantando y atronando sin fin su voluntad a los hombres. Pero el padre de Ngurn, envuelto en esteras de hierba podridas y colgado sobre sus cabezas entre las vigas ahumadas de la choza del hechicero, había mantenido otra versión. Aquel sabio ya fallecido creía que El Rojo había llegado desde el otro lado de la noche estrellada, de lo contrario —mantenía—, ¿por qué los viejos antepasados olvidados habían transmitido el nombre de El Hijo de las Estrellas? Bassett no podía dejar de reconocer que dicho argumento resultaba convincente. Pero Ngurn afirmaba que,

durante los muchos años de su larga vida, había visto muchas noches estrelladas y sin embargo nunca había encontrado una estrella en las praderas o en el interior de la jungla, y eso que las había buscado. Cierto, había visto estrellas fugaces (esto, en respuesta a un comentario de Bassett); pero también había visto la fosforescencia de los brotes fungosos, de la carne podrida y de las luciérnagas en las noches oscuras, y las llamas de los incendios y el fuego de las nueces de la India; Sin embargo, ¿qué eran la llama, el fuego y el resplandor cuando ya habían llameado, ardido y resplandecido? Respuesta: recuerdos, solo recuerdos, de cosas que ya no eran, como los recuerdos de los apareamientos logrados, de los festines olvidados, de los deseos que eran sombras de deseos, llameantes, ardientes, abrasadores, pero frustrados en el logro del alivio y la satisfacción. ¿Dónde estaba el apetito del pasado? ¿La carne asada del cerdo salvaje que la flecha del cazador ya no conseguía matar? ¿La doncella, soltera y muerta, antes de que un joven la conociera?

Un recuerdo no era una estrella, argumentó Ngurn. ¿Cómo podría serlo? Además, después de tantos años, continuaba sin ver cambios en el cielo nocturno estrellado. Tampoco había visto que una sola estrella hubiese dejado de ocupar su lugar de siempre. Asimismo, las estrellas eran fuego y El Rojo no era fuego: pista involuntaria que a Bassett no le sirvió de nada.

—¿Hablará mañana El Rojo? —preguntó.

Ngurn se encogió de hombros para indicar que no lo sabía.

—¿Y pasado? ¿Y el día después? —insistió Bassett.

—Me gustaría ahumar tu cabeza —cambió de tema Ngurn—. Es distinta a las demás. Ningún hechicero tiene una cabeza así. Además, curaría muy bien. Llevaría muchos meses. Llegarían las lunas y pasarían, el humo ascendería muy lento y yo mismo me ocuparía de reunir los ingredientes para hacer el mejor humo. La piel no se arrugaría. Quedaría tan suave como la tienes ahora.

Se puso de pie y, de las oscuras vigas manchadas por el ahumado de incontables cabezas, donde el día no era más que tinieblas, bajó un paquete envuelto en una esterilla y empezó a abrirlo.

—Es una cabeza como la tuya —dijo—, pero muy mal curada.

Bassett prestó atención ante la sugerencia de que se trataba de la

cabeza de un blanco, porque hacía mucho tiempo que había aceptado que aquellos habitantes de la jungla, en el mismo centro de la gran isla, nunca se habían relacionado con los hombres blancos. Desde luego, no hablaban el inglés criollo casi universal de la zona oeste de Oceanía. Tampoco conocían el tabaco ni la pólvora. Sus pocos y valiosos cuchillos, hechos con aros de hierro enderezados, y sus pocas y más valiosas hachas, realizadas con las azuelas baratas usadas para comerciar, imaginaba que los habían capturado al guerrear con los habitantes de la jungla del otro lado de las praderas, quienes a su vez se los habrían quitado a los de la costa, que habitaban las playas de coral y mantendrían contacto con los pocos hombres blancos que hasta allí hubiesen llegado.

—La gente de la costa, de muy lejos, no sabe curar cabezas —explicó el anciano Ngurn, al tiempo que sacaba de la mugrienta esterilla y depositaba en las manos de Bassett lo que sin duda era la cabeza de un hombre blanco.

Evidentemente, era vieja; y blanca, como atestiguaba el cabello rubio. Podría haber jurado que había pertenecido a un inglés, y a un inglés de mucho tiempo atrás, por los pesados aros de oro que aún colgaban de los marchitos lóbulos de las orejas.

—Pero tu cabeza… —volvió a sacar su tema preferido el hechicero.

—Escúchame —interrumpió Bassett, que acababa de tener una idea—. Cuando muera, permitiré que cures mi cabeza si antes me llevas a ver al ídolo rojo.

—Cuando mueras tendré tu cabeza de todos modos —rechazó la propuesta Ngurn. Y, con la brutal franqueza del salvaje, añadió—: Además no te queda mucha vida. Ya casi estás muerto. Cada vez te quedará menos fuerza. En pocos meses te tendré aquí y te daré vueltas en medio del humo. Resulta agradable, durante las largas tardes, dar vueltas a la cabeza de alguien al que se ha conocido tan bien como te conozco a ti. Hablaré contigo y te contaré los muchos secretos que quieres saber. Entonces ya no importará porque estarás muerto.

—Ngurn —amenazó Bassett, repentinamente enfadado—, conoces el Pequeño Trueno de Hierro que es mío (en referencia a su potente y horrible escopeta). Puedo matarte cuando quiera y te quedarás sin mi cabeza.

—Pero la tendrá Gngngn o cualquier otro de los míos —le aseguró encantado Ngurn—. Y dará vueltas aquí de todos modos, en la casa del hechicero, en medio del humo. Cuanto antes me mates con tu Trueno de Hierro, antes dará vueltas tu cabeza entre el humo.

Bassett supo que había perdido la discusión.

¿Qué era el ídolo rojo?, se preguntó Bassett mil veces durante la semana siguiente, mientras parecía recuperar fuerzas. ¿Cuál era la fuente del maravilloso sonido? ¿Qué era ese El que Canta al Sol, ese Hijo de las Estrellas, esa deidad misteriosa de conducta tan bestial como las bestias humanas simiescas y de cabezas rizadas que lo adoraban, y cuyo canto argentino, dulce, profundo y autoritario oía desde hacía tanto tiempo, a una distancia tabú?

No había logrado sobornar a Ngurn con el inevitable ahumado de su cabeza al morir. Gngngn, imbécil y jefe, era demasiado estúpido y estaba demasiado dominado por Ngurn para tenerlo en cuenta. Quedaba Balatta, quien, desde que lo había encontrado, obligándolo a abrir sus ojos azules al recrudecimiento de su grotesca y espantosa imagen femenina, continuaba adorándolo. Era una mujer y él sabía desde hacía mucho tiempo que la única forma de lograr que traicionara a su tribu era ganándose su corazón.

Bassett era un hombre quisquilloso. No se había recuperado del horror inicial provocado por la fealdad de Balatta. En Inglaterra, en el mejor de los casos, el encanto de una mujer nunca había llamado en exceso su atención. Sin embargo ahora, con la firmeza que solo posee quien es capaz de martirizarse en defensa de la ciencia, decidió vulnerar todo el refinamiento y la delicadeza de su carácter cortejando a aquella aborigen tan insoportablemente repugnante.

Se estremeció, pero apartó el rostro para ocultar sus muecas y tragó saliva al tiempo que rodeaba con el brazo los hombros incrustados de suciedad y sentía el contacto ¿el cabello rizado, aceitoso y rancio en su cuello y barbilla. Estuvo a punto de gritar cuando ella sucumbió a la caricia, tan al principio del cortejo, e hizo muecas, farfulló y soltó ruiditos extraños, gorjeos de placer como los de un cerdo. Aquello era demasiado. El siguiente paso en su singular cortejo consistió en llevarla al río y darle un buen baño, sin dejar de frotar.

Desde ese momento se dedicó a ella como un auténtico

pretendiente, con la frecuencia y la duración que su voluntad le permitía superar la sensación de repugnancia. Pero se mostró reticente al matrimonio que ella sugirió con vehemencia, para respetar las costumbres tribales. Por suerte, la tribu reverenciaba los tabúes. Por ejemplo, Ngurn no podía tocar los huesos, la carne o la piel de un cocodrilo. Se lo habían ordenado al nacer. A Gngngn se le impedía tocar a una mujer. Semejante contaminación, si llegaba a ocurrir, solo podía purgarse con la muerte de la transgresora. Había pasado una vez desde la llegada de Bassett, cuando una niña de nueve años, que corría mientras jugaba, tropezó y cayó sobre el sagrado jefe. Nadie volvió a ver a la niña. En susurros, Balatta le contó a Bassett que había tardado tres días y tres noches en morir frente al ídolo rojo. En cuanto a Balatta, su tabú era el fruto del árbol del pan. Bassett se sintió agradecido: su tabú podría haber sido el agua.

Así que se fabricó un tabú especial para sí mismo. Solo podría casarse cuando la Cruz del Sur alcanzase su punto más alto en el cielo. Con sus conocimientos de astronomía ganó una prórroga de casi nueve meses y confiaba que, en ese plazo de tiempo, habría muerto o huido hacia la costa sabiéndolo todo acerca del ídolo rojo y del origen de su maravillosa voz. Al principio imaginó que el ídolo rojo podría ser una estatua colosal, como los colosos de Memnón, uno de los cuales cantaba en determinadas condiciones de temperatura provocadas por el sol. Pero cuando, tras una incursión, sacrificaron a un grupo de prisioneros en plena noche y bajo la lluvia, sin que el sol tuviese nada que ver, y la voz del ídolo rojo se oyó más fuerte que nunca, Bassett desechó su hipótesis.

En compañía de Balatta, y a veces con otros grupos de hombres y mujeres, era libre de recorrer la jungla, al menos tres de los cuadrantes de la brújula. El cuarto cuadrante, que contenía el lugar donde habitaba el ídolo rojo, era tabú. Cortejó a Balatta de forma más exhaustiva y se ocupó de que se bañara con mayor frecuencia. Mujer eterna, era capaz de cualquier traición en nombre del amor. Y, aunque solo verla le provocaba náuseas y su contacto lo desesperaba, aunque no podía huir de su fealdad en las pesadillas que sufría, fue consciente de la verdad cósmica del sexo, que la estimulaba y daba menos valor a su propia vida que a la felicidad del macho con el que esperaba aparearse. Julieta o Balatta? ¿Dónde

estaba la diferencia intrínseca? ¿El producto dulce y tierno de la ultra civilización o el prototipo bestial de cien mil años antes? No había diferencia.

Bassett era primero científico y luego humanista. En el corazón de la jungla de Guadalcanal, puso a prueba su aventura, como habría analizado en el laboratorio cualquier reacción química. Aumentó su ardor fingido por la aborigen, mientras incrementaba la urgencia de su deseo por que ella lo guiase hasta el ídolo rojo, para verlo cara a cara. Reconocía que era la vieja historia de siempre: la mujer acababa pagando el precio. Ocurrió un día, cuando los dos pescaban esos pececillos negros, inclasificables y sin nombre, de tres centímetros de largo, en parte parecidos a una anguila y en parte con escamas, llenos de huevas color salmón, que frecuentaban las aguas dulces y que todos valoraban mucho y consideraban una verdadera exquisitez, crudos y enteros, frescos o podridos. Balatta se arrojó boca abajo sobre el mantillo en descomposición de la jungla, agarrándose a los tobillos de él, besándole los pies y emitiendo ruiditos babeantes que lo hicieron estremecer. Le rogó que la matase, en lugar de imponerle ese pago de amor supremo. Le habló del castigo por romper el tabú del ídolo rojo: una semana de torturas en vida, cuyos detalles explicó gimiendo con la cara pegada al fango, hasta que él comprendió que era un principiante en lo relativo al horror que el ser humano es capaz de infligir a otro ser humano.

Sin embargo, Bassett insistió en satisfacer su deseo, a riesgo de la joven, para resolver el misterio del canto del ídolo rojo, a pesar de que ella pudiese sufrir una muerte larga, horrible y dolorosa. Balatta, que no era más que una mujer, cedió. Lo guio al interior del cuadrante prohibido. Una montaña surgía repentinamente, abriéndose paso desde el norte, para unirse en una elevación similar procedente del sur, y convertía en una garganta oscura y profunda el arroyo donde habían estado pescando. Tras avanzar kilómetro y medio siguiendo la garganta, el camino ascendía pronunciadamente hasta cruzar un collado de caliza que llamó su atención de geólogo. Sin dejar de ascender, aunque él se detenía a menudo por pura debilidad física, escalaron las alturas cubiertas de vegetación hasta salir a una meseta pelada. Bassett se fijó en que estaba compuesta de arena negra volcánica y supo que un imán de bolsillo habría

capturado una buena cantidad de los granos angulosos y puntiagudos sobre los que caminaba.

Entonces tomó a Balatta de la mano, la obligó a seguir adelante y llegó a un hoyo enorme, obviamente artificial, situado en el centro mismo de la meseta. A su mente acudieron, rápidamente, la historia antigua, los Derroteros de Oceanía y grandes cantidades de connotaciones y datos recordados. Había sido Mendaña el descubridor de las islas y quien las bautizó como Salomón, al creer que había encontrado las legendarias minas de dicho monarca. Todos se rieron de la infantil credulidad del viejo navegante y, sin embargo, Bassett se encontraba de pie junto al borde de una excavación muy similar a las minas de diamantes de Sudáfrica.

Pero al mirar abajo no se veían diamantes. Más bien era una perla, con la intensa iridiscencia de una perla; pero de un tamaño que ni todas las perlas de la tierra y de la historia juntas habrían igualado; y de un color inimaginable en una perla, o en cualquier otra cosa, porque aquel era el color del ídolo rojo. Basset supo de inmediato que se trataba de El Rojo. Era una esfera perfecta, de unos sesenta metros o más de diámetro, cuya cima quedaba unos treinta metros por debajo del borde del hoyo. Comparó la cualidad del color con el de la laca. De hecho, pensó que sería algún tipo de laca aplicada por el hombre, pero maravillosamente buena para haber sido fabricada por los aborígenes. Brillaba más que un rojo cereza radiante y la intensidad del color era tal que parecía que hubiesen aplicado capa tras capa de rojo. Su luminosidad e iridiscencia a la luz del sol daban la impresión de que destellaba desde el núcleo, bajo estrato tras estrato de rojo.

Balatta luchó en vano por disuadirlo para que no descendiera. Se arrojó al suelo, pero él continuó siguiendo la senda que recorría la pared del hoyo en espiral y ella lo siguió, encogida y gimoteando de miedo. Resultaba evidente que alguien había excavado alrededor de la esfera roja, al considerarla algo muy valioso. Teniendo en cuenta la escasez de miembros de las doce aldeas federadas y sus primitivos métodos y herramientas, Bassett concluyó que semejante excavación se debía al esfuerzo de un sinnúmero de generaciones.

Comprobó que el suelo del hoyo estaba cubierto de huesos humanos, entre los que había otros ídolos de madera y piedra, maltratados y desfigurados. Algunos, cubiertos de figuras y motivos

totémicos y obscenos, habían sido tallados en troncos de árbol macizos, de entre diez y quince metros de alto. Fue consciente de la ausencia del dios tiburón y el dios tortuga, tan comunes entre las aldeas de la costa, y se asombró ante la constante repetición del motivo de un casco. ¿Qué sabrían de cascos aquellos salvajes que habitaban la jungla del oscuro corazón de Guadalcanal? ¿Habrían llevado casco los soldados de Mendaña y llegado hasta allí siglos antes? Si no era así, ¿de dónde habrían sacado ese motivo los aborígenes?

Bassett continuó avanzando entre los restos de dioses y huesos, con Balatta gimoteando tras él, llegó a la zona de sombra que proyectaba El Rojo y caminó bajo su gigantesco saliente hasta tocarlo con las yemas de los dedos. Aquello no era laca. La superficie no resultaba tan suave como si hubiese sido laca. Al contrario, era ondulada, estaba picada y, aquí y allá, había zonas que mostraban señales de haberse calentado y fundido. Además, su esencia era metálica, aunque no se parecía a ningún metal o combinación de varios que él conociese. En cuanto al color, decidió que nadie se lo había aplicado. Se trataba del color intrínseco del metal.

Movió las yemas de los dedos —que hasta entonces se había limitado a posar— a lo largo de la superficie y sintió que la gigantesca esfera se despertaba, cobraba vida y respondía. ¡Increíble! ¡Un roce tan ligero en una masa tan enorme! Sin embargo, sí que se estremecía bajo la caricia de los dedos, en vibraciones rítmicas que se convertían en susurros, bisbiseos y murmullos de sonido, aunque de un sonido muy diferente. Tan ligero e impreciso que resultaba trémulamente sibilante, tan tenue que era exasperantemente dulce, agudo como un caramillo angelical, por lo que Bassett decidió que así tenía que ser el tañido de la campana de los dioses que viaja rumbo a la tierra cruzando el espacio.

Miró a Balatta en busca de respuestas, pero la voz del ídolo rojo que él había despertado la había llevado a arrojarse boca abajo en el suelo, entre los huesos. Volvió a la contemplación del prodigio. Concluyó que estaba hueco y hecho de un metal desconocido en la tierra. Los habitantes del pasado tenían razón en llamarlo el Hijo de las Estrellas. Solo podía proceder de las estrellas y no se debía al

azar. Era una creación del artificio y la mente. Semejante perfección de forma y la oquedad que sin duda poseía no podían ser resultado de una simple casualidad. Sin duda era hijo de inteligencias remotas e inimaginables que trabajaban los metales corpóreamente. Lo observó asombrado con la mente en llamas debido a la cantidad de hipótesis construidas para explicar que aquel viajero lejano se hubiese aventurado en la noche espacial, abriéndose paso entre las estrellas, y ahora se hallase ante y por encima de él, exhumado por unos pacientes antropófagos, marcado y lacado por su abrasadora inmersión en dos atmósferas.

Pero ¿se debía el color a una capa de laca sobre algún metal conocido? ¿O sería una cualidad intrínseca del propio metal? Clavó la punta de su navaja de bolsillo para poner a prueba la naturaleza del material. Al instante, la esfera soltó un potente susurro agudo, de protesta, casi como un tañido áureo, si es que resulta posible que un susurro se parezca a un tañido, que a la vez se volvía grave y descendía, ambos extremos del registro de sonido amenazando con completar el círculo y fundirse en el impresionante estruendo que tan a menudo había oído a lo lejos, más allá de la distancia marcada por el tabú.

Sin pensar en la seguridad de su propia vida, cautivado por el asombro que provocaba en él aquella cosa impensable e increíble, alzó la navaja para asestar un golpe con fuerza desde más lejos, pero Balatta se lo impidió: se puso de rodillas, dominada por el miedo, se agarró a las rodillas de él y le suplicó que desistiera. Tan fuerte era su deseo por impresionarlo que acercó la boca a su propio antebrazo y clavó en él los dientes hasta el hueso.

Él casi ni la vio, aunque de inmediato se dejó llevar por su instinto más moderado y retiró la navaja. Para él, la vida humana se había empequeñecido hasta alcanzar proporciones microscópicas ante aquel colosal portento de una vida superior llegada desde el universo sideral. Como si de un perro se tratase, pateó a la fea aborigen para que se pusiera en pie y la obligó a acompañarlo mientras caminaba alrededor de la base. Al poco de empezar a recorrer el círculo, se encontró con el horror. En medio de otros muchos restos, reconoció los despojos secos por el sol de la niña de nueve años que, de forma accidental, había violado el tabú del jefe Gngngn. Y entre lo que quedaba de los fallecidos, encontró lo que

quedaba de uno que aún no había fallecido. Sin duda los aborígenes se identificaban con el nombre del ídolo rojo y veían en él su propia imagen, que se esforzaban por aplacar con esa clase de ofrendas sangrientas.

Más adelante, siempre pisando los huesos y restos de seres humanos y dioses que conformaban el suelo de aquel antiguo osario de los sacrificios, se topó con el dispositivo utilizado para que El Rojo atronase con su canto más allá de la jungla y las praderas, hasta la playa de Ringmanu. Era tan sencillo y primitivo como perfecto artificio era el ídolo rojo. Un gran poste, de quince metros de largo, curado por siglos de cuidados supersticiosos, tallado con varias dinastías de dioses —cada uno superpuesto al otro, todos cubiertos con cascos y sentados sobre la boca abierta de un cocodrilo— colgaba de unas cuerdas hechas con trepadoras parásitas trenzadas, desde el vértice de tres enormes troncos, a su vez tallados con esbozos risueños y grotescos del concepto que el hombre moderno tiene del arte y de dios. Del poste delantero pendían cuerdas de plantas trepadoras con las que los hombres podían administrar fuerza y dirección. Como si de un ariete se tratara, aquel poste podía ser lanzado hacia delante contra la grandiosa esfera de un rojo iridiscente.

Allí era donde Ngurn oficiaba sus celebraciones religiosas para sí y para las doce tribus que de él dependían. Bassett se rio a carcajadas, casi como un loco, al pensar en aquel maravilloso mensajero al que la inteligencia había permitido cruzar el espacio para caer en un bastión aborigen y ser adorado por unos salvajes simiescos, caníbales y cazadores de cabezas. Era como si la palabra de Dios hubiese caído entre el barro y la porquería del abismo que subyace bajo el fondo del infierno; como si los mandamientos de Jehová hubiesen sido entregados, tallados en piedra, a los monos enjaulados en el zoo; como si el sermón de la montaña hubiese sido predicado ante una estruendosa pandilla de lunáticos alborotadores.

LAS SEMANAS TRANSCURRIERON lentamente. Bassett pasaba las noches, por elección propia, sobre el suelo ceniciento de la choza del hechicero, bajo las cabezas en proceso de curación, que no dejaban de girar. Lo hacía porque aquel espacio era tabú para las mujeres, pertenecientes a un sexo inferior, y allí podía refugiarse de

Balatta, quien, a medida que la Cruz del Sur ascendía y marcaba la inminencia de sus nupcias, lo perseguía con mayor insistencia y se mostraba más peligrosamente cariñosa. Los días los pasaba en una hamaca que colgaba a la sombra de un enorme árbol del pan, situado frente a la choza del hechicero. Ese programa se veía interrumpido cuando, en los peores momentos de sus demoledores ataques de fiebre, yacía en la choza de las cabezas durante varios días con sus noches. Siempre luchaba por combatir la fiebre, por seguir viviendo, por recuperar fuerzas, a la espera de sentirse lo bastante vigoroso para internarse en las praderas y la jungla que las rodeaba, a fin de alcanzar la playa y encontrarse con algún queche o goleta dedicada a reclutar mano de obra que lo devolviese a la civilización y sus habitantes, a los que hablaría del mensaje procedente de otros mundos que yacía, siniestramente adorado por salvajes, en el negro corazón del mismo centro de Guadalcanal.

Alguna que otra noche permanecía hasta tarde bajo el árbol del pan y se pasaba horas observando la lentitud con la que las estrellas ponientes se ocultaban tras el muro negro de la jungla, en el punto donde lo penetraba el claro en el que se asentaba la aldea. Con unos conocimientos de astronomía más que someros, sentía un placer enfermizo al especular sobre cómo serían los habitantes de los mundos ocultos de aquellos soles increíblemente remotos, obsesionado por saber de qué casas de luz había partido la vida, ese tímido visitante, desde las oscuras criptas de la materia. Ya era tan incapaz de captar los límites del tiempo como las fronteras del espacio. Ninguna especulación subversiva con el radio había hecho temblar los cimientos de su fe científica en la conservación de la energía y la indestructibilidad de la materia. Las estrellas tenían que haber existido siempre y siempre existirían. Sin duda, en ese fermento cósmico todo debía ser relativamente similar, relativamente de la misma sustancia o sustancias, excepto por los casos insólitos de dicho fermento. Todos debían obedecer, o integrar, las mismas leyes que gobernaron sin infracciones durante la experiencia del hombre. Por lo tanto, argumentó y aceptó, los mundos y las vidas debían ser accesorios a todos los soles, como eran accesorios al sol concreto de su propio sistema solar.

Al tiempo que él, bajo el árbol del pan, era una inteligencia que observaba los abismos estrellados, del mismo modo todo el universo

quedaba expuesto al escrutinio incesante de innumerables ojos como los suyos, aunque a la vez muy diferentes, tras los que, de la misma manera, se ocultaban inteligencias que cuestionaban y buscaban el significado y la estructura del todo. Al razonar de esa forma sentía que su alma emparentaba con tan augusta compañía, con esa multitud cuya mirada permanece infinitamente sobre el tapiz de la infinidad.

¿Quiénes eran, qué eran aquellos seres tan distantes y superiores que habían tendido un puente sobre el cielo con su gigantesco mensaje, rojo e iridiscente, que cantaba a las alturas? Seguramente también ellos —mucho tiempo atrás— habían recorrido el camino que el hombre hollaba desde hacía tan poco, según el calendario del cosmos. Para ser capaces de enviar semejante mensaje a través del espacio, tenían que haber alcanzado esas cimas por las que el hombre luchaba tan lentamente, entre lágrimas y esfuerzos, sudando sangre, a oscuras y en la confusión que provoca el exceso de opiniones. ¿Y qué eran, en esas alturas? ¿Habrían llegado a la fraternidad? ¿O habrían aprendido que la ley del amor imponía el castigo de la debilidad y la decadencia? ¿La vida era una lucha? La norma que regía el universo, ¿sería la despiadada norma de la selección natural? Y lo más apremiante y conmovedor: esas conclusiones tan lejanas, su sabiduría lograda hace tanto tiempo, ¿estaban encerradas en el enorme y metálico corazón de El Rojo, a la espera de que el primer hombre de la tierra las leyese? De una cosa estaba seguro: aquella esfera sonora no era una gota de rocío rojo caída de la melena de león de algún sol atormentado. Era fruto del diseño, no de la casualidad, y contenía el lenguaje y la sabiduría de las estrellas.

¡Qué máquinas, elementos y fuerzas dominadas, qué saber, misterio y control del destino podría haber allí! Sin duda —ya que tanto podía encerrarse en algo tan pequeño como la primera piedra de un edificio público— aquella esfera enorme contendría grandes historias, investigaciones extraordinarias que escapasen a la imaginación humana, leyes y fórmulas que, fácilmente dominadas, harían que la vida del hombre en la tierra, tanto individual como colectivamente, abandonara su lodazal actual para alcanzar cotas inconcebibles de pureza y poder. Era el mayor regalo que el Tiempo hacía al hombre ciego e insaciable que aspiraba a alcanzar el cielo.

¡Y a él, a Bassett, se le había concedido la ilustre fortuna de ser el primero en recibir el mensaje de los parientes interestelares de la humanidad!

Ningún hombre blanco —y mucho menos un habitante de los otras tribus aborígenes— había visto al ídolo rojo y conservado la vida. Esa era la ley que Ngurn le había explicado a Bassett. Bassett, a su vez, había argumentado que existía la hermandad de la sangre. Pero Ngurn afirmaba solemnemente que no era así, que ni siquiera la hermandad de la sangre contaba para el ídolo rojo. Solo quien hubiese nacido en su tribu podía mirar al Rojo y conservar la vida. Pero ahora la situación había cambiado y únicamente Balatta conocía su secreto inconfesable, aunque sin duda el miedo a ser inmolada ante el ídolo rojo sellaría sus labios para siempre. Lo que tenía que hacer era recuperarse de esas fiebres abominables que lo debilitaban y volver a la civilización. Entonces regresaría al frente de una expedición y, aunque tuviese que acabar con todos los habitantes de Guadalcanal, extraería del corazón de El Rojo el mensaje procedente del mundo de otros mundos.

Pero las recaídas de Bassett eran cada vez más frecuentes, sus breves convalecencias más escasas y menos vigorosas, y sus períodos comatosos más prolongados, hasta que fue consciente, a pesar de los últimos vestigios de optimismo inherentes a una constitución tan extraordinaria como la suya, de que no viviría lo bastante para cruzar las praderas, superar la peligrosa jungla de la costa y llegar al mar. Se iba apagando a medida que la Cruz del Sur se elevaba en el cielo e incluso Balatta supo que moriría antes de la fecha nupcial fijada por su tabú. Ngurn realizó en persona la peregrinación para reunir los materiales necesarios a fin de curar la cabeza de Bassett y le explicó, orgulloso, la perfección artística de lo que haría en cuanto Bassett muriera. Pero Basset no se asustó. Había sufrido demasiados altibajos en su vida como para temer su inminente extinción. Continuó resistiendo, alternando períodos de inconsciencia con otros de seminconsciencia, irreales, de ensueño, en los que se preguntaba si de verdad había visto al ídolo rojo o si había sido una pesadilla, un capricho de su delirio.

Llegó un día en que todas las nieblas se despejaron, su mente razonó con claridad y pudo valorar la debilidad de su cuerpo. No era capaz de levantar ni las manos ni los pies. Tenía tan poco

control de su cuerpo que casi no era consciente de él. Su carne se distanciaba de su alma y su alma, con su escasa nitidez, intuyó que la oscuridad de la muerte se acercaba. Supo que llegaba su fin; supo, sin lugar a dudas, que había visto con sus propios ojos al ídolo rojo, al mensajero entre dos mundos; supo que no sobreviviría para llevar su mensaje a su propio mundo: ese mensaje que, muy posiblemente, llevase ya esperando diez mil años en el corazón de Guadalcanal a que el hombre lo escuchase. Bassett tomó una decisión, llamó a Ngurn para que acudiese a su lado, bajo el árbol del pan, y discutió con el hechicero los términos y preparativos de su último esfuerzo en vida, de su última aventura consciente.

—Conozco la ley, Ngurn —concluyó—. Quien no sea de la tribu no puede mirar al ídolo rojo y continuar viviendo. Yo no viviré de todos modos. Tus jóvenes me llevarán ante El Rojo y yo lo miraré, escucharé su voz y luego moriré; tú me matarás, Ngurn. Así se cumplirán tres cosas: la ley, mi deseo y tu posesión inmediata de mi cabeza, por la que esperan todos tus preparativos.

Ngurn dio su consentimiento y añadió:

—Así es mejor. Un enfermo que no puede recuperarse no gana nada viviendo un poco más. Y también es mejor para los vivos que se muera. Últimamente has sido un estorbo. Aunque a mí me ha gustado poder hablar con alguien tan sabio. Pero ya hace mucho que no charlamos. En cambio, has ocupado un sitio en la casa de las cabezas, has hecho ruidos como los de un cerdo moribundo y has hablado mucho y muy alto en tu propia lengua, que yo no entiendo. Eso me ha molestado, porque me gusta pensar en los grandes asuntos de la luz y la oscuridad mientras doy vueltas a las cabezas sobre el humo. Tus ruidos han interrumpido el aprendizaje y la revelación de la sabiduría final que alcanzaré antes de morir. En cuanto a ti, sobre quien ya se cierne la oscuridad, es mejor que mueras ahora. Te prometo que, en los muchos días durante los que haré girar tu cabeza, ningún hombre vendrá a molestarnos. Te contaré muchos secretos, porque soy viejo y muy sabio, y mientras doy vueltas a tu cabeza sobre el humo, compartiré contigo mi sabiduría.

Prepararon una camilla y, sobre los hombros de media docena de jóvenes, Bassett partió para correr la última aventura que pondría fin a la aventura total de su vida. Con un cuerpo de cuya

existencia casi no era consciente, porque incluso el dolor lo había abandonado, y con una mente despejada que le proporcionaba la euforia contenida de la auténtica lucidez de ideas, se dejó llevar en la tambaleante camilla y vio desvanecerse el mundo que dejaba atrás: contempló por última vez el árbol del pan frente a la choza del hechicero, la escasa luz bajo el techo enredado de la jungla, la garganta oscura entre las montañas que la acotaban, el collado de caliza y la meseta de arena negra y volcánica.

Descendieron el sendero en espiral del hoyo, rodeando el lustroso y brillante ídolo rojo que siempre parecía a punto de convertir su color y su luz en canción y estruendo. Lo llevaron sobre los huesos y los troncos de los hombres y dioses inmolados, dejaron atrás los horrores de otros inmolados que aún vivían y llegaron al trípode con el enorme poste que hacía las veces de ariete.

Allí Bassett, ayudado por Ngurn y Balatta, realizó el esfuerzo de sentarse, con las caderas temblando de debilidad, y observó al ídolo rojo con mirada decidida y despejada, fijándose en todo.

—Ngurn, permite… —empezó a decir sin apartar la vista de la superficie lustrosa y vibrante en cuyo interior y exterior todas las tonalidades de un rojo cereza reverberaban sin descanso, siempre estremeciéndose para volverse sonido, roces sedosos, susurros argentinos, áureos rasgueos de cuerdas, aterciopelados trinos de ensueño, estruendos suavizados por la distancia.

—Espero —lo ayudó a seguir Ngurn tras una prolongada pausa, con el hacha de mango largo dispuesta en la mano.

—Ngurn, permite —repitió Bassett— que el ídolo rojo hable, para que pueda verlo hablar, además de oírlo. Luego golpea cuando yo alce la mano, así. Porque cuando alce la mano, dejaré caer la cabeza hacia delante para que golpees sobre mi nuca. Pero, Ngurn, yo, que estoy a punto de abandonar la luz del día para siempre, quisiera abandonarla con la maravillosa voz del ídolo rojo cantando en mis oídos.

—Te prometo que nunca habrá una cabeza mejor curada que la tuya —aseguró Ngurn, al tiempo que hacía señas a sus hombres para que manipularan las cuerdas impulsoras que colgaban del ariete—. Tu cabeza será mi mejor obra de curación.

Bassett sonrió levemente ante la vanidad del anciano en el momento en que soltaban el gran tronco tallado, tras haberlo hecho

retroceder algo más de diez metros. Al instante se sintió extasiado por la abrupta y atronadora liberación de sonido. ¡Qué estruendo! Era delicado, con el encanto de todos los sonoros metales. En él hablaban los arcángeles; era mucho más hermoso que cualquier otro sonido; estaba investido con la inteligencia de los superhombres de otros soles y planetas; era la voz de Dios, atrayente, ordenando que la escucharan. Y… ¡el milagro eterno de ese metal interestelar! Bassett vio el color, los colores, transformarse en sonido hasta que toda la superficie visible de la enorme esfera se erizó, se agitó y pareció flotar con lo que no sabía si era color o sonido. En ese momento hizo suyos los intersticios de la materia, y las mezclas y combinaciones amalgamadas de la materia y la fuerza.

Transcurrió el tiempo. Al final, un movimiento impaciente de Ngurn arrancó a Bassett de su arrobamiento. Se había olvidado del viejo hechicero. Una idea repentina hizo reír a Bassett entre dientes. Tenía la escopeta junto a él, en la camilla. Le bastaba con dirigir la boca del arma a su rostro, apretar el gatillo y destrozarse la cabeza.

Pero ¿por qué engañarlo?, fue lo siguiente que Bassett pensó. Aunque fuera un cazador de cabezas y una bestia caníbal con tanto de mono como de hombre, el anciano Ngurn había jugado limpio, según su criterio. Ngurn era un precursor de la ética y el compromiso, de la consideración y la delicadeza en el hombre. No, decidió Bassett; sería una lástima espantosa y una deshonra completa engañar al anciano al final. Su cabeza pertenecía a Ngurn y de Ngurn iba a ser, para que pudiese curarla.

Bassett, alzando la mano e inclinando la cabeza como había dicho para dejar claramente a la vista la articulación de su tensa médula espinal, olvidó a Balatta, que no era más que una mujer, solo una mujer y, además, no deseada. Sin verlo, supo cuando el hacha bien afilada se elevó en el aire a su espalda. Desde ese instante hasta el final, cayó sobre Bassett la sombra de lo Desconocido, la sensación de la inminente maravilla de rendirse ante lo inimaginable. Cuando supo que el golpe había empezado a descender, y justo antes de que la hoja mordiera la carne y los nervios, casi le pareció ver el rostro sereno de Medusa, la Verdad… Y, al tiempo que sentía el frío del acero y una oleada de oscuridad, en un súbito arranque de fantasía, experimentó la visión de su cabeza dando vueltas lentamente, siempre dando vueltas, en la

choza del hechicero, junto al árbol del pan.

[1916]

En la esterilla de *makaloa*

DIFERENCIA DE CASI TODAS las mujeres de las razas que habitan los países cálidos, las de Hawái envejecen bien, con elegancia. Sin el engaño del maquillaje ni la artera ocultación del paso del tiempo, a la mujer sentada bajo el árbol del hibisco ningún juez competente en todo el mundo, excepto en Hawái, le habría echado más de cincuenta años. Sin embargo, sus hijos, sus nietos y Roscoe Scandwell, con el que estaba casada desde hacía cuarenta años, sabían que tenía sesenta y cuatro y cumpliría sesenta y cinco el próximo 22 de junio. Pero no los aparentaba, a pesar de que usaba gafas cuando leía la revista que sujetaba, gafas que luego debía sacarse cuando su mirada vagaba en la dirección en la que media

docena de niños jugaba sobre el césped.

La ubicación era espléndida, tanto como el viejo árbol del hibisco, del tamaño de una vivienda, bajo el que ella se sentaba como si estuviera en su casa, tan espaciosa y acogedoramente hogareña resultaba la sombra que proporcionaba; tanto como el césped que se extendía hacia el interior, cuyo sedoso verde costaba un dineral, hasta un bungaló igualmente señorial, espléndido y caro. En dirección a la costa, entrevisto tras una hilera de palmeras cocoteras de treinta metros de altura, se hallaba el mar, de un azul oscuro más allá del arrecife que se volvía añil en el horizonte y, antes del arrecife, pasaba por toda la gama sedosa del verde jade, esmeralda y turmalina.

Esa era solo una de la media docena de casas que pertenecían a Martha Scandwell. Su casa de la ciudad, situada a varios kilómetros de allí, en Honolulú, en Nuuanu Drive, entre la primera y la segunda parada del tranvía, era un palacio. Muchos invitados habían disfrutado de la comodidad y el encanto de su casa de montaña, en Tantalus, y de su casa en el volcán, de su *mauka* (casa orientada a la montaña) y de su *makai* (casa orientada al mar) en la isla grande de Hawái. Sin embargo, aquella casa de Waikiki no era menos bonita, digna y cara de mantener que las demás. Dos jardineros japoneses recortaban los hibiscos y un tercero se ocupaba del largo seto de cereus, a los que faltaba poco para revelar sus misteriosas flores nocturnas. Ataviado con unos inmaculados pantalones de dril, un criado japonés salió con los utensilios para el té, seguido de una doncella japonesa, con el característico atuendo de su raza, bella como una mariposa y revoloteando para atender a su señora. Otra doncella japonesa, con un surtido de toallas turcas al brazo, cruzó el césped por la derecha, hacia las casetas de baño, de las que los niños ya en bañador empezaban a salir. Más allá, bajo las palmeras que bordeaban el mar, dos niñeras chinas, vestidas con sus preciosos atuendos nativos de *yee-shon* blanco y pantalones de rayas, y largas trenzas de cabello negro a la espalda, se ocupaban de sendos bebés en sus cochecitos.

Todos ellos —criados, niñeras y nietos— eran de Martha Scandwell. También lo era el color de la piel de los nietos: ese color inconfundiblemente hawaiano, matizado sin lugar a dudas por la exposición al sol de Hawái. Tenían una octava y una dieciseisava

parte hawaiana, lo que significaba que siete octavas partes o quince dieciseisavas de sangre blanca configuraban esa piel, aunque no lograban borrar el mínimo moreno dorado de la Polinesia. Pero, de nuevo, solo un observador bien adiestrado podría percatarse de que los niños no eran completamente blancos. Roscoe Sandwell, el abuelo, era blanco; Martha lo era en tres cuartas partes; sus muchos hijos eran siete octavos blancos; los nietos tenían quince partes blancas de cada dieciséis o, en los casos en los que sus padres o madres ochavones se habían casado a su vez con ochavones, tenían catorce partes blancas de dieciséis o siete de cada ocho. Ambos procedían de buenas familias: Roscoe descendía directamente de los puritanos de Nueva Inglaterra y Martha de la estirpe real hawaiana, cuya genealogía se transmitía en *meles* cantadas mil años antes de que surgiera la escritura.

A lo lejos, un automóvil se detuvo y de él se apeó una señora que como mucho aparentaba sesenta años, y cruzó el césped caminando con la ligereza de una mujer bien cuidada de cuarenta, aunque en realidad contaba sesenta y ocho. Martha se levantó para recibirla según la cordial costumbre hawaiana: con un abrazo, un beso, los rostros alegres y los cuerpos expresando una emoción sincera y franca. Intercambiaron un «hermana Bella» y un «hermana Martha», mezclados con preguntas casi incoherentes sobre el estado de las dos y sobre el tío Este y la tía Aquella, hasta que, pasadas las primeras emociones del encuentro, con los ojos húmedos por el cariño mutuo, se sentaron a tomar el té, sin dejar de mirarse. Parecía que no se habían visto ni abrazado desde hacía años. En realidad, su separación solo había durado dos meses. Una tenía sesenta y cuatro años y la otra sesenta y ocho. Pero lo que explicaba su forma de actuar era que cada una de ellas llevaba en su interior un cuarto del alma hawaiana, cariñosa y cálida.

Los niños rodearon a la tía Bella como una marea creciente y recibieron montones de abrazos y besos antes de irse con sus niñeras para bañarse en la playa.

—Se me ocurrió venir a pasar unos días a la playa…, los alisios habían dejado de soplar —explicó Martha.

—Ya llevas aquí dos semanas —sonrió con afecto Bella a su hermana pequeña—. Me lo dijo nuestro hermano Edward. Me recogió en el vapor e insistió en llevarme antes que nada a ver a

Louise y Dorothy y al primer nieto que ha tenido. Se le cae la baba con el crío.

—¡Caramba! —exclamó Martha—. ¡Dos semanas! No creí que hiciera tanto.

—¿Dónde está Annie? ¿Y Margaret? —preguntó Bella.

Martha encogió sus voluminosos hombros con un afecto indulgente e inmenso por sus rebeldes y matroniles hijas, que habían dejado a sus niños al cuidado de la abuela durante la tarde.

—Margaret se encuentra en una reunión del Outdoor Circle. Se están organizando para plantar árboles e hibiscos a lo largo de la avenida Kalakaua, a ambos lados —dijo—. Y Annie está desgastando unos neumáticos de ochenta dólares a fin de recolectar setenta y cinco para la Cruz Roja británica. Hoy es el día de su cuestación.

—Roscoe tiene que estar muy orgulloso —dijo Bella y observó que los ojos de su hermana resplandecieron satisfechos—. En San Francisco recibí la noticia del primer dividendo de Ho-o-la-a. ¿Recuerdas cuando invertí mil dólares a setenta y cinco centavos en nombre de los hijos de la pobre Abbie y dije que vendería cuando subieran a diez dólares?

—Todo el mundo se rio de ti y de quienes compraron acciones —asintió Martha—. Pero Roscoe sabía lo que iba a pasar. Hoy se venden a veinticuatro.

—Yo vendí las mías desde el vapor por radio, a veinte —continuó Bella—. Ahora Abbie se ha lanzado a renovar el vestuario de las chicas. Se lleva a Mary y a Tootsie a París.

—¿Y Cari? —preguntó Martha.

—Oh, terminará en Yale sin problemas.

—Algo que habría hecho de todas formas, y lo sabes —acusó Martha, empleando de un modo encantador esa coletilla propia de la jerga del siglo XX.

Bella se declaró culpable de haber tenido la intención de pagar la Universidad del hijo de su amiga del colegio y añadió en tono autocomplaciente:

—Pero me ha gustado más que se la haya pagado Ho-o-la-a. En cierto modo, es como si pagase Roscoe, porque confié en su criterio al invertir. —Miró lentamente a su alrededor, fijándose no solo en la belleza, la comodidad y la quietud de todo cuanto veía, sino

también en la inmensidad de esa belleza, esa comodidad y esa quietud, que además se esparcían en oasis similares por todas las islas. Suspiró encantada y dijo—: Todos nuestros maridos han sabido sacarle mucho partido a lo que nosotras aportamos.

—Y hacernos felices… —añadió Martha, aunque se interrumpió con una brusquedad sospechosa.

—Y hacernos felices a todas, excepto a la hermana Bella —completó Bella la frase en tono indulgente.

—Ese matrimonio fue una pena —murmuró Martha con suavidad y comprensión—. Eras tan joven. El tío Robert nunca debió permitirlo.

—Solo tenía diecinueve años —asintió Bella—. Pero la culpa no fue de George Castner. Y mira lo que ha hecho por mí desde la tumba. El tío Robert tenía razón. Sabía que George contaba con esa visión especial de quienes llegan lejos, con la energía y la constancia necesarias. Supo ver, incluso entonces, hace ya cincuenta años, el valor de la servidumbre de aguas de Nahala, algo que nadie más valoró en aquel momento. Creían que se esforzaba por comprar prados para el ganado. Pero él luchaba por adquirir el futuro del agua y tú ya sabes lo bien que lo hizo. A veces incluso me da vergüenza pensar en mis ingresos. No, a pesar de todo, la infelicidad de nuestro matrimonio no fue debida a George. Podría haber sido feliz con él si no se hubiese muerto. —Despacio, negó con la cabeza—. No, no fue culpa suya, ni de nadie. Ni siquiera mía. Si alguien tuvo la culpa… —Su sonrisa afectuosa y nostálgica suavizó lo que estaba a punto de decir—. Si alguien tuvo la culpa, fue el tío John.

—¡El tío John! —exclamó Martha, verdaderamente sorprendida—. Pues, de tener que elegir entre uno u el otro, yo siempre habría dicho que fue el tío Robert. ¡El tío John!

Bella sonrió despacio, muy segura.

—Pero fue el tío Robert quien te casó con George Castner —insistió su hermana.

—Eso es cierto —asintió Bella—. Sin embargo, no fue cuestión de un marido, sino de un caballo. Le pedí un caballo prestado al tío John y el tío John accedió. Así fue como pasó.

Se hizo un silencio significativo y críptico y, mientras las voces de los niños y las tenues quejas obligatorias de las doncellas

asiáticas se acercaban cada vez más desde la playa, Martha Scandwell tembló debido a la repentina decisión de mostrarse atrevida. Hizo un gesto para alejar de allí a los niños.

—Id a jugar, niños, id a jugar. La abuela y la tía Bella quieren hablar un rato.

Y mientras el sonido dulce y estridente de las voces de los niños se alejaba Martha observó, de corazón, la tristeza de las líneas grabadas durante medio siglo por la desdicha secreta en el rostro de su hermana. Llevaba casi cincuenta años viendo esas líneas. Se armó de valor para reunir toda la suavidad hawaiana que guardaba en su interior y romper aquel medio siglo de silencio.

—Bella —dijo—. Nunca lo supimos. Tú no dijiste nada. Pero nos preguntamos tantas veces qué habría pasado…

—A mí no me lo preguntasteis —murmuró Bella con gratitud.

—Te lo pregunto ahora, al final. Nos acercamos al ocaso. ¡Escúchalos! A veces me da miedo pensar que son nietos, ¡mis nietos! Yo, que ayer mismo era una jovencita sin preocupaciones, feliz y contenta, que montaba a caballo, nadaba entre las olas, recogía *opihis* con la marea baja o me reía de mis pretendientes. Ahora, cerca del ocaso, olvidémoslo todo, excepto que eres mi hermana querida y yo la tuya.

Ambas tenían los ojos llenos de lágrimas. Bella temblaba claramente y no podía hablar.

—Pensamos que era George Castner —continuó Martha— e imaginamos los detalles. Era un hombre frío. Tú tenías la calidez del hawaiano. Seguramente fue cruel. El hermano Walcott estaba seguro de que te pegaba…

—¡No! ¡No! —intervino Bella—. George Castner nunca fue un animal, una bestia. A menudo he deseado que lo hubiese sido. Jamás me puso la mano encima. Nunca me levantó la voz. Nunca… oh, ¿es que no te lo crees? Sí, por favor, hermana, créetelo: nunca discutimos ni nos enfadamos. Pero su casa, nuestra casa de Nahala era gris. Allí no había más colores que el gris y frío y adustez, mientras que yo brillaba con todos los colores del sol y de la tierra, que llevo en la sangre desde que nací. En Nahala pasé frío, un frío gris, con mi frío y gris marido. Sabes que era aburrido, Martha. Anodino como los retratos de Emerson que veíamos en el colegio. Tenía la piel gris. Ni el sol ni las muchas horas que pasaba a

caballo, al aire libre, pudieron broncearla. Y por dentro era tan gris como por fuera.

»Solo tenía diecinueve años cuando el tío Robert decidió casarme. ¿Cómo iba yo a saberlo? El tío Robert habló conmigo. Señaló que las riquezas y propiedades de Hawái estaban empezando a pasar a manos de los *haoles* (blancos). Los jefes hawaianos permitían que sus posesiones se esfumasen. Las hawaianas de buena familia que se casaban con *haoles* lograban que sus propiedades, administradas por sus maridos *haoles*, crecieran de forma prodigiosa. Me habló del abuelo Roger Wilton, que había cogido las pobres tierras *mauka* de la abuela Wilton, había aumentado sus dimensiones y había construido en ellas el rancho Kilohana…

—Incluso entonces, solo lo aventajaba el rancho Parker —interrumpió Martha, con un deje de orgullo en la voz.

—Y me dijo que, si nuestro padre, antes de morir, hubiese sido tan previsor como el abuelo, la mitad de las propiedades que entonces conformaban el rancho Parker se habrían añadido al Kilohana, que hubiese pasado a ser el más importante. Me dijo que jamás, nunca en la vida, la carne de res bajaría de precio. También dijo que el azúcar era el futuro de Hawái. Eso fue hace cincuenta años y el tiempo le ha dado la razón. Dijo que George Castner, el joven *haole*, era previsor y tenía ojo para adelantarse a su tiempo, que éramos muchas chicas, que las tierras de Kilohana por derecho pasarían a los chicos y que, si me casaba con George, mi futuro estaría asegurado, muy bien asegurado.

»Yo tenía diecinueve años. Acababa de volver de la Royal Chief School… Fue antes de que las chicas de nuestra familia se educaran en Estados Unidos. Tú fuiste una de las primeras, hermana Martha, que se educó en el continente. ¿Qué sabía yo del amor y los pretendientes, mucho menos del matrimonio? Todas las mujeres se casaban. Era su misión en la vida. Mi misión en la vida era casarme con George Castner. El tío Robert, que sabía mucho, me lo dijo así y yo comprendí que tenía razón. Así que me fui a vivir con mi marido a la casa gris de Nahala.

»Tú te acuerdas de cómo era: no había árboles, solo praderas de hierba ondulante, las elevadas montañas por detrás, el mar por debajo y ¡el viento! Teníamos los vientos de Waimea y Nahala, además de los vientos *kona*. Sin embargo, poco me habrían

importado no más de lo que nos importaban en Kilohana o de lo que les importaban en Mana, si Nahala no hubiese sido tan gris, ni mi marido tan aburrido. Estábamos solos. Él administraba Nahala para los Glenn, que habían regresado a Escocia. Le pagaban mil ochocientos al año, más la carne, los caballos, la ayuda de varios vaqueros y la casa del rancho…

—Era un salario elevado para la época —dijo Martha.

—Para George Castner y todo lo que hacía era muy poco —lo defendió Bella—. Viví con él tres años, ni una sola mañana se levantó después de las cuatro y media de la madrugada. Se entregaba en cuerpo y alma a sus patronos. Honrado al máximo en las cuentas, les entregaba el total, y más aún, de su tiempo y su energía. Quizás por eso nuestra vida era tan aburrida. Verás, Martha, de los mil ochocientos que ganaba, cada año guarda mil seiscientos. ¡Piénsalo! Los dos vivíamos con doscientos al año. Por suerte ni bebía ni fumaba. También salía de ahí nuestra ropa. Yo tenía que hacerme mis vestidos. Ya te los imaginarás. De las tareas del hogar me ocupaba yo, excepto de la leña, que la traían los vaqueros. Pero cocinaba, horneaba, fregaba…

—¡Tú, que desde que naciste estuviste rodeada de criados! —se compadeció Martha—. En Kilohana había un regimiento de ellos.

—Pero lo peor era la escasez, la estrechez, lo precario de la situación —continuó Bella—. ¡Hasta qué extremos tenía que estirar medio kilo de café! Para comprar una escoba nueva, tenía que gastar la anterior hasta que no servía para nada. ¡Y la carne! ¡Comíamos tasajo por la mañana, al mediodía y a la noche! ¡Y las gachas! Desde entonces no he vuelto a comer gachas, ni siquiera al desayuno.

De repente se levantó y se alejó unos pasos para mirar, sin ver, hacia el arrecife lleno de color mientras se serenaba. Regresó a su lugar con el porte confiado, magnífico, elegante, soberbio y grandioso que ninguna mujer que no sea hawaiana puede igualar. Bella Castner era muy *haole*, con su piel clara y de textura delicada. Sin embargo, al regresar, la postura elevada de la cabeza, la mirada profunda de los grandes ojos marrones bajo las espléndidas cejas, las líneas suaves de la pequeña boca, que reflejaban la dulzura con la que había besado durante sesenta y ocho años… todo eso representaba a la hawaiana de familia antigua que invadía y

dominaba la gran cantidad de sangre *haole* que había en ella. Era más alta que su hermana Martha y, quizás por ello, más majestuosa.

—Sabes que éramos conocidos por lo poco que dábamos de comer —se rio Bella—. Nahala quedaba a muchos kilómetros de cualquier otro rancho. En ocasiones, los viajeros que se retrasaban o a los que obligaban las tormentas se quedaban a pasar la noche con nosotros. Ya conoces la prodigalidad con la que se recibe en los ranchos, tanto antes como ahora. ¡Cómo se reían de nosotros! «¿Qué nos importa?», decía George. «Ellos viven al día. Dentro de veinte años, será nuestro momento, Bella. Ellos seguirán como ahora y comerán de nuestra mano. Nos veremos obligados a alimentarlos, necesitarán comer y nosotros los alimentaremos bien; porque seremos ricos, Bella, tan ricos que hasta me da miedo decirlo. Pero yo sé lo que sé y tú debes tener fe en mí».

»George tenía razón. Veinte años después, aunque no vivió para verlo, mi renta era de mil dólares al mes. ¡Cielo santo! Ahora ni siquiera sé a cuánto asciende. Pero entonces tenía diecinueve años y solía decirle a George: «¡Ahora! ¡Ahora! Vivamos ahora. Dentro de veinte años tal vez no estemos vivos. Quiero una escoba nueva. Y hay un café de tercera clase que solo cuesta dos centavos más, cada medio kilo, que ese tan malo que tomamos. ¿Por qué no puedo freír los huevos con mantequilla? Al menos me gustaría tener un mantel nuevo. ¡Y nuestra ropa blanca! Me da vergüenza que los invitados duerman en nuestras sábanas, aunque Dios sabe que vienen muy pocas veces».

»“Ten paciencia, Bella”, contestaba él. “En poco tiempo, en unos pocos años, quienes desprecian nuestra mesa o dormir entre nuestras sábanas se sentirán orgullosos cuando los invitemos; al menos aquellos que no hayan muerto. Recordarás cómo murió Stevens el año pasado: se dedicó a la buena vida y era amigo de todo el mundo menos de sí mismo. Los de Kohala tuvieron que ocuparse de enterrarlo porque solo dejó deudas. Fíjate en que muchos otros hacen lo mismo que él. Piensa en tu hermano Hal. No será capaz de llevar ese ritmo ni cinco años más y tiene muy preocupados a sus tíos. Y el príncipe Lilolilo. Pasa a mi lado con un séquito de cincuenta *kanakas* a caballo, hombres en buenas condiciones físicas que solo viven para la jarana y que harían mucho mejor en dedicarse a trabajar y ocuparse de su futuro,

porque él nunca será rey de Hawái. No vivirá para ser el rey de Hawái".

»George tenía razón. Nuestro hermano Hal murió. Al igual que el príncipe Lilolilo. Pero George no tenía razón en todo. Él, que no bebía ni fumaba, que nunca desperdiciaba la fuerza de sus brazos en abrazar, ni el roce de sus labios un segundo más de lo necesario para besar de forma rutinaria, que siempre se levantaba antes de que cantara el gallo, se iba a dormir antes de que la lámpara de queroseno hubiese consumido una décima parte de su contenido y que nunca pensó en morir, falleció incluso antes que nuestro hermano Hal y el príncipe Lilolilo.

»"Ten paciencia, Bella", me decía el tío Robert. "George Castner es un hombre prometedor. He elegido bien para ti. Tus privaciones de ahora son las de quien camina hacia la tierra prometida. Los hawaianos no gobernarán Hawái eternamente. Igual que han permitido que sus riquezas se les escapasen de las manos, también perderán el gobierno. El poder político y la tierra siempre van juntos. Habrá grandes cambios y revoluciones, aunque nadie sabe cuántos ni de qué tipo, pero al final el *haole* poseerá la tierra y el poder. Entonces es posible que tú seas la primera dama de Hawái, porque George Castner bien podría gobernar estas islas. Está escrito. Siempre ocurre lo mismo cuando el *haole* entra en conflicto con razas más tranquilas. Yo, tu tío Robert, que soy medio hawaiano y medio *haole*, sé de lo que hablo. Ten paciencia, Bella, ten paciencia".

»"Mi pobre Bella", decía el tío John, y yo sabía que me quería mucho. Gracias a Dios nunca me pidió que tuviese paciencia. Él lo sabía. Era muy listo. Era humano y cariñoso, por lo tanto, más listo que el tío Robert y que George Castner, quienes buscaban el objeto, no su alma; quienes preferían anotar cifras en un libro de cuentas a contar los latidos de unos corazones que se abrazan; quienes sumaban columnas de cifras en lugar de recordar caricias, palabras y miradas tiernas. "Mi pobre Bella", decía el tío John. Él lo sabía. Ya has oído contar que fue el amante de la princesa Naomi. Era un verdadero enamorado. Solo amó una vez. Tras la muerte de ella, la gente empezó a decir que era un excéntrico. Lo era. Era de los que aman solo una vez y para siempre. ¿Recuerdas esa habitación privada que tenía en Kilohana y en la que no dejaba entrar a nadie?

Solo pudimos entrar después de su muerte, para descubrir que era un santuario en honor a ella. “Mi pobre Bella”, era lo único que me decía, pero yo sabía que él lo sabía.

»Tenía diecinueve años y era de talante hawaiano, a pesar de mis tres cuartas partes de sangre *haole*, y no conocía más que las maravillas de la niñez pasada en Kilohana, mi educación en Honolulú, en la Royal Chief School, mi aburrido marido en Nahala, con sus monótonas prédicas y costumbres sobrias y frugales, y mis dos tíos sin hijos, uno con su fría visión de futuro y el otro con el corazón roto, enamorado para siempre de una princesa muerta.

»¡Piensa en esa casa aburrida! ¡Yo, que había disfrutado de la calma, los placeres y las alegrías de Kilohana, y de los Parker en Mana, y de Puuwaawaa! Te acuerdas. Por entonces vivíamos en una amplitud feudal. ¿Puedes creértelo, Martha? La única máquina de coser que tenía en Nahala era una de las que habían llevado los primeros misioneros, un aparato diminuto e imposible que había que hacer girar a mano.

»Robert y John entregaron cinco mil dólares cada uno a mi esposo George cuando nos casamos. Pero él pidió que lo mantuviésemos en secreto. Solo lo sabíamos los cuatro. Y mientras yo cosía mis *holokus* baratos en esa locura de máquina, él compraba tierras con ese dinero, las tierras altas de Nahala, ya sabes. Las fue comprando de poco en poco, cada una regateada al máximo, siempre con cara de pobre. Hoy en día, solo la acequia de Nahala me reporta cuarenta mil al año.

»Pero ¿valió la pena? Pasé hambre. ¡Si al menos una sola vez me hubiese abrazado con pasión! ¡Si al menos una vez hubiese robado cinco minutos a sus negocios o a su fidelidad hacia sus patronos para dedicármelos a mí! A veces me daban ganas de gritar, o de arrojarle a la cara el eterno cuenco de gachas calientes, o de estampar la máquina de coser contra el suelo y bailar un *hula* sobre ella, solo para obligarlo a estallar, perder los estribos y mostrarse humano; ser un animal, ser un hombre del tipo que fuera, en lugar de un semidiós gélido y aburrido.

La expresión trágica desapareció del rostro de Bella y se rio divertida, con la sinceridad de quien recupera un recuerdo gracioso.

—Cuando me ponía de ese humor, él me miraba muy serio, me tomaba el pulso sin perder la seriedad, me examinaba la lengua,

con la misma seriedad me daba una dosis de aceite de ricino y, de lo más formal, me mandaba a la cama temprano con las planchas de hierro de la cocina bien calientes y me aseguraba que por la mañana me sentiría mucho mejor. ¡Me mandaba a la cama temprano! El día que más trasnochamos nos acostamos a las nueve. Lo normal era que nos fuésemos a dormir a las ocho. Así ahorrábamos queroseno. En Nahala no cenábamos. ¿Recuerdas la enorme mesa de Kilohana donde cenábamos siempre? Pero George y yo tomábamos un ligero refrigerio. Luego él se sentaba junto a la lámpara, a un extremo de la mesa, y durante una hora leía viejas revistas prestadas, mientras yo ocupaba el otro extremo y zurcía sus calcetines y ropa interior. Siempre usaba prendas baratas y de mala calidad. Cuando él se iba a la cama, yo también. Nada de desperdiciar el queroseno para beneficio de solo uno de nosotros. Y siempre se acostaba de la misma forma: daba cuerda a su reloj, anotaba en su diario el tiempo que había hecho durante el día, se sacaba los zapatos, siempre primero el del pie derecho y luego el izquierdo, y los colocaba uno junto al otro, sobre el suelo, a los pies de la cama, en su lado.

»Era el hombre más limpio que he conocido. Nunca usaba la misma ropa interior dos días seguidos. Yo hacía la colada. Era tan limpio que dolía. Se afeitaba dos veces al día. Gastaba más agua en su cuerpo que cualquier *kanaka*. Trabajaba más que dos *haoles* juntos. Y vio el futuro del agua de Nahala.

—Y te hizo rica, pero no te hizo feliz —comentó Martha.

Bella suspiró y negó con la cabeza.

—¿Qué es la riqueza, al fin y al cabo, hermana Martha? Mi nuevo Pierce-Arrow ha venido conmigo en el vapor. Es el tercero en dos años. Pero ¿qué son todos los Pierce-Arrows y todas las rentas del mundo en comparación con un amor? El amor único, tu pareja, con la que casarte, junto a la que luchar, sufrir y disfrutar, el único hombre, amante y esposo…

Su voz se fue debilitando y las hermanas permanecieron sentadas en silencio mientras una anciana, apoyada en un bastón, retorcida, doblada y encogida por los cien años que llevaba a cuestas, cruzaba el césped cojeando hacia ellas. Sus ojos, tan atrofiados que parecían dos pequeñas mirillas, eran despiertos como los de una mangosta. Se dejó caer primero a los pies de Bella,

mientras murmuraba y canturreaba al estilo hawaiano una desdentada *mele* sobre Bella y su linaje, a la que añadió un improvisado saludo de bienvenida a Hawái tras su ausencia al otro lado del mar, en California. Mientras canturreaba su *mele*, los perspicaces dedos de la anciana masajeaban las piernas de Bella, cubiertas por medias de seda, desde el tobillo y la pantorrilla a la rodilla y el muslo.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Bella y Martha al tiempo que la anciana repetía el masaje y la *mele* a Martha y, mientras, hablaron con ella en la lengua antigua y le hicieron las inmemoriales preguntas sobre su salud, edad y tataranietos; a ella, que las había masajeado desde niñas en la gran casa de Kilohana, como sus antepasados masajeaban a los ancestros de ellas a lo largo de incontables generaciones. Al terminar la breve visita, Martha se levantó y la acompañó de vuelta al bungaló, le dio dinero y ordenó a las orgullosas y bellas criadas japonesas que presentasen sus respetos a la deteriorada aborigen con un cuenco de *poi*, que se hace con la raíz del nenúfar, con *iamaka* (pescado crudo), con nuez de *kukui* machacada (nuez de la India) y *limu*, un alga tierna para quienes no tienen dientes, digestible y sabrosa. Era el viejo vínculo feudal, la lealtad del plebeyo al líder, la responsabilidad del líder hacia el plebeyo. Martha, tres cuartas partes *haole* con la sangre anglosajona de Nueva Inglaterra, era totalmente hawaiana en su forma de recordar y respetar las casi desaparecidas costumbres de los viejos tiempos.

Mientras cruzaba el césped de vuelta al árbol del hibisco, los ojos de Bella contemplaron la autenticidad de sus movimientos, propios de su sangre hawaiana, y se llenaron de amor hacia su hermana. Martha era un poco más baja que Bella, aunque muy poco, y su porte resultaba menos majestuoso. Pero estaba generosa y bellamente proporcionada, los años la habían suavizado en lugar de arruinarla y su figura de noble polinesia resultaba elocuente y magnífica bajo el agradable diseño de un *holoku* de seda negra, amplio y no muy ceñido, ribeteado de encaje negro y más caro que un vestido parisino.

Cuando las hermanas reanudaron su conversación, quien las observara habría notado el sorprendente parecido de sus perfiles francos y puros, de sus anchos pómulos, de sus frentes nobles y

amplias, de su abundante cabello canoso, de sus bocas de labios dulces que reflejaban un orgullo garantizado y consumado durante décadas, y de sus cejas, finas y encantadoras, que se arqueaban sobre unos preciosos ojos castaños. Las manos de ambas, poco alteradas o desfiguradas por la edad, conservaban unos dedos delgados y suaves, masajeados y formados con amor en su niñez por ancianas hawaianas como la que ahora comía *poi, iamaka* y *limu* en la casa.

—Lo soporté durante un año —continuó Bella— y, ¿sabes?, las cosas comenzaron a ir mejor. Yo empezaba a sentirme atraída por George. Las mujeres somos así. O al menos yo era así. Porque él era bueno. Era justo. Tenía las mejores virtudes puritanas del pasado. Me sentía más atraída por él, me gustaba, casi diría que empezaba a amarlo. Y si el tío John no me hubiese prestado el caballo, sé que lo habría amado de verdad y vivido feliz a su lado, aunque de una forma contenida, claro está.

»Verás, yo no conocía otra cosa, ni distinta ni mejor en lo relativo a los hombres. Me acostumbré encantada a verlo al otro lado de la mesa, mientras leía durante el breve intervalo entre el refrigerio y la cama, a escuchar y reconocer el ruido de los cascos de su caballo cuando volvía a casa por la noche de sus interminables paseos por el rancho. Y sus escasos elogios me llenaban de felicidad. Sí, hermana Martha, llegué a ruborizarme debido a sus justos y precisos elogios por las cosas que yo hacía bien o con corrección.

»Y todo habría ido bien durante el resto de nuestra vida juntos, pero él tuvo que tomar el vapor a Honolulú. Fue por negocios. Iba a estar fuera dos semanas o más, primero por los asuntos del rancho de los Glenn y, segundo, por sus propios negocios, para organizar la compra de más tierras en la zona alta de Nahala. Compró grandes cantidades de las tierras agrestes, altas y bajas, que no tenían más valor que el agua, y el centro mismo de la divisoria de aguas a precios tan bajos como cinco y diez centavos el acre. Fue él quien sugirió que yo necesitaba un cambio. Quería acompañarlo a Honolulú. Pero él, pensando en los gastos, decidió que me fuera a Kilohana. No solo no le costaría nada que yo visitase la vieja casa familiar, sino que además se ahorraría la poca comida que habría consumido de haberme quedado sola en Nahala, lo que implicaba

poder adquirir más acres de tierra. En Kilohana el tío John dijo que sí y me presto el caballo.

»Esos primeros días de vuelta fueron una delicia. Al principio me costaba creer que hubiese tanta comida en el mundo. El enorme despilfarro de la cocina me espantaba. Mi marido me había enseñado tan bien que yo veía derroche por todas partes. En la zona del servicio, los parientes ancianos y los parásitos más lejanos de los criados comían mejor que George y yo. Recordarás cómo vivíamos en Kilohana, igual que los Parker: se mataba un buey para cada comida, había pescado fresco que traían de las lagunas de Waipio y Kiholo y las cosas más excepcionales y de la mejor calidad.

»¡Y el amor! ¡La forma de amar de nuestra familia! Ya sabes cómo era el tío John. También estaban los hermanos Walcott y Edward, y todas las hermanas pequeñas, excepto *Sally* y tú, que estabais en el colegio. Y la tía Elizabeth, además de la tía Janet con su marido y todos sus hijos, que habían ido de visita. Todo eran abrazos y muestras de cariño sin fin: lo que yo había echado en falta durante doce meses de hastío. Lo necesitaba. Era como el superviviente de un naufragio que llega sediento a la arena y bebe a lengüetadas de los manantiales que alimentan las raíces de las palmeras.

»Entonces llegó, a caballo desde Kawaihae, donde había desembarcado del velero real, la magnífica cabalgata en parejas, engalanadas con flores, jóvenes, felices, alegres, sobre caballos del rancho Parker. Serían unos treinta, más alrededor de cien vaqueros del rancho Parker y otros tantos, o más, de sus propios criados: un viaje real. Quien viajaba era la princesa Lihue, enferma y moribunda de tuberculosis, como todos sabíamos; pero la acompañaban sus sobrinos, el príncipe Liolio, a quien todos consideraban el próximo rey, y sus hermanos, los príncipes Kahekili y Kamalau. También acompañaban a la princesa Ella Higginsworth, quien justamente afirmaba tener más sangre real, a través del linaje Kauai, que la familia reinante, y Dora Niles, Emily Lowcroft y… ¡Bueno, para qué enumerarlos a todos! Ella Higginsworth y yo habíamos compartido habitación en la Royal Chief School. Hicieron un descanso de una hora, sin *luau*, porque el *luau* les esperaba en casa de los Parker, pero se sirvió cerveza y bebidas más fuertes a los hombres, y limonada, naranjas y refrescantes sandías a las mujeres.

»Ella Higginsworth me abrazó y luego también la princesa, quien se acordaba de mí, y las demás jóvenes y mujeres. La princesa me invitó a unirme al viaje desde Mana, lugar del que partirían dos días después. Me volví loca con todo aquello; yo, que había estado encerrada durante doce meses en la aburrida Nahala. Y aún tenía diecinueve años, porque cumplía los veinte esa misma semana.

»No se me ocurrió pensar lo que podría ocurrir. Estaba tan ocupada con las mujeres que no vi a Liolio más que de lejos, porque superaba en altura y mole a los demás hombres. Sin embargo, nunca había participado en un viaje real. Los había visto detenerse en Kilohana y Mana, pero era demasiado joven para que me invitasen a formar parte de ellos y después llegaron el colegio y el matrimonio. Sabía lo que me esperaba: dos semanas de vivir en el Paraíso y luego otros doce meses de vacío en Nahala.

»Le pedí al tío John que me prestase un caballo, aunque en realidad iban a ser tres: uno para el vaquero que me acompañaría y otro para el equipaje. Entonces no había carreteras ni automóviles. ¡Ay, mi caballo! Era *Hilo*. No te acuerdas de él. Entonces estabas en el colegio y antes de que volvieras, al año siguiente, se había roto el lomo y el jinete el cuello mientras atrapaban reses salvajes con el lazo Mauna Kea arriba. Lo oíste contar. Era aquel joven oficial de Marina norteamericano.

—El teniente Bowsfield —asintió Martha.

—¡Pero, *Hilo*! Fui la primera mujer que lo montó. Tenía tres años, casi cuatro, y acababan de domarlo. Era tan negro y tenía el pelaje tan denso que la luz, al reflejarse, parecía envolverlo en un trémulo brillo plateado. Era el caballo de paseo más grande del rancho, descendía de Sparklingdew, el caballo del rey, y una yegua de las llanuras, y lo habían atrapado con el lazo solo unas semanas antes. Nunca he visto un caballo tan bonito. Era ancho de pecho y de corazón grande, y tenía el cuerpo bien conjugado y redondeado del caballo ideal de montaña, con la cabeza y el cuello del purasangre, esbeltos y a la vez llenos, y unas orejas ni demasiado pequeñas como para resultar feroces ni demasiado grandes como para parecer tercas. También tenía unas patas preciosas, sin defectos, seguras y firmes, con unas cuartillas largas y elásticas que hacían que montarlo resultase muy fácil.

—Recuerdo que oí al príncipe Liolio decirle al tío John que eras

la mejor amazona de todo Hawái —interrumpió Martha—. Eso fue dos años después, cuando yo había vuelto del colegio y mientras tú aún vivías en Nahala.

—¡Y eso lo dijo Liolio! —exclamó Bella. Casi sonrojada, sus enormes ojos castaños se iluminaron mientras retrocedía el casi medio siglo que la separaba de su amor ya fallecido. Con la elegancia del pudor innato en las mujeres de Hawái, ocultó tan espontánea revelación de sus sentimientos con más elogios a *Hilo*.

—Cuando subía y bajaba corriendo conmigo las pendientes de hierba alta, era como saltar obstáculos en un sueño, porque a cada salto sorteaba la hierba por completo, brincando como un ciervo, un conejo o un fox terrier… ya sabes cómo hacen. ¡Jugaba, hacia cabriolas y vivía a lo grande! Era digno de un general, de Napoleón o Kitchener. No tenía unos ojos malvados, sino que eran picaros, inteligentes, como si estuviera pensando en alguna broma y quisiera reírse o llevarla a la práctica. Le pedí al tío John que me dejase a *Hilo*. El tío John me miró y yo lo miré a él, y, aunque no lo dijo, yo supe que pensaba: «¡Mi pobre Bella!», y fui consciente de que en su forma de mirarme estaba su visión de la princesa Naomi. El tío John dijo que sí. Así fue cómo ocurrió.

»Aunque insistió en que pusiese a prueba a *Hilo*, mejor dicho a mí, de forma privada. Era una buena pieza, un terremoto, pero ni malo ni agresivo. Perdí su control una y otra vez, aunque no consentí que se diera cuenta. No tenía miedo y eso me permitió evitar que él pensara que me llevaba la delantera.

»A menudo me he preguntado si el tío John soñaría siquiera con lo que podría pasar. Lo que sé es que, el día que salí a caballo para reunirme en Mana con la princesa, a mí ni se me había ocurrido. Jamás vi una fiesta como aquella. Ya sabes la forma en que recibían los Parker. La caza de cerdos y reses salvajes, la doma y el marcado de caballos… Las habitaciones del servicio estaban desbordadas. Los vaqueros de los Parker llegaban de todas partes. También las jóvenes de Waimea, Waipio, Honokaa y Paauilo. Aún las veo, sentadas en largas hileras sobre los muros de piedra del corral de doma, haciendo *leis* (guirnaldas de flores) para los vaqueros que las cortejaban. Aquellas noches perfumadas, entre cantos de *meles* y bailes de *hulas*, en las que los extensos terrenos de Mana se llenaban de parejas paseando bajo los árboles…

»Y el príncipe… —Bella hizo una pausa y, durante un minuto entero, sus dientes pequeños y bonitos, aún perfectos, se clavaron en el labio inferior, mientras intentaba recuperar el control y dejaba vagar la mirada más allá del lejano horizonte azul. Cuando se relajó, volvió a mirar a su hermana.

—Era impresionante, Martha. Lo viste en Kilohana antes… después de que volvieras del seminario. Llamaba la atención de cualquier mujer, sí, y de cualquier hombre. Tenía veinticinco años y estaba en su mejor momento: tan magnífico y majestuoso de cuerpo como de alma. Por muy desenfrenada que fuera la celebración o temeraria la prueba deportiva, él nunca parecía olvidar que pertenecía a la realeza y que todos sus antepasados habían sido grandes jefes, hasta el primero al que cantaban en las genealogías, el que había realizado el viaje de ida y vuelta a Tahití y Raiatea en sus canoas dobles. Era magnánimo, amable, afable y accesible, pero también severo, duro y riguroso si lo enfadaban en exceso. Es difícil expresar lo que quiero decir. Era un hombre de verdad, un príncipe de verdad, que conservaba en su interior un destello de niño feliz, pero también la fuerza que lo habría convertido en un rey de Hawái bueno y sólido, si hubiese llegado al trono.

»Aún lo veo como lo vi aquel primer día en que toqué su mano y hablé con él. Fueron unas pocas palabras tímidas de una mujer que llevaba un año casada con un *haole* aburrido en la aburrida Nahala. Ese encuentro ocurrió hace medio siglo. Recordarás cómo se vestían entonces nuestros hombres, con calzado y pantalones blancos, camisas de seda blanca y, a la cintura, esos alegres y coloridos fajines hispanos. Pues esa imagen de él permanece en mi corazón. Liolio ocupaba el centro de un grupo sobre el césped y Ella Higginsworth me acompañaba hacia allí para presentarme. La princesa Lihue le tomó el pelo en ese momento, lo que la llevó a detenerse para contestar y me dejó a mí allí parada, un paso por delante de ella.

»Por casualidad, él miró hacia mí y me vio allí sola, desconcertada y azorada. ¡Y yo lo vi a él! Tenía la cabeza un poco echada hacia atrás, con esa pose elevada, alegre, autoritaria y totalmente despreocupada que lo caracterizaba. Nuestras miradas se cruzaron. Echó la cabeza hacia delante o, más bien, la enderezó en dirección a mí. No sé lo que ocurrió. ¿Me dio una orden? ¿Obedecí?

Solo sé que yo estaba muy guapa, coronada con las fragantes flores de *maile*, ataviada con el maravilloso *holoku* de la princesa Naomi que el tío John me había prestado, sacado de su santuario tabú. Y sé que avancé sola hacia él, sobre el césped de Mana, y que él se apartó de quienes lo rodeaban para recibirme a medio camino. Cruzamos la hierba para reunirnos, solos, como si el fin de nuestras vidas hubiese sido encontrarnos.

»¿Era muy guapa de joven, hermana Martha? No lo sé. No lo sé. Pero en ese momento, con su belleza, virilidad y realeza acercándose a mí y adentrándose en mi corazón, me sentí repentinamente hermosa, ¿cómo explicarlo?, fue como si en él y desde él la perfección se engendrara y surgiera dentro de mí.

»No hablamos. Pero sí sé que alcé mi rostro en franca respuesta a la intensidad y al llamamiento del mensaje tácito y que, aunque esa mirada y ese momento hubiesen implicado la muerte, no habría podido ocultar la entrega que debía leerse en mi rostro, en mis ojos, en todo mi cuerpo, en mi forma de respirar.

»¿Era hermosa, muy hermosa, hermana Martha, a los diecinueve años, a punto de cumplir veinte?

Y Martha, de sesenta y cuatro, miró a Bella, de sesenta y ocho, y asintió con sinceridad, mientras valoraba lo que veía en aquel instante: el cuello de Bella, que conservaba la forma, más largo que el de las mujeres hawaianas, y que sostenía majestuosamente su cabeza y rostro noble, de frente elevada y pómulos marcados; el cabello de Bella, recogido en un moño alto, intacto, con el brillo plateado de los años al pasar, conservando aún sus bucles, en marcado contraste con sus cejas negras, esbeltas y definidas y con sus ojos castaño oscuro. La mirada de Martha, modestamente abrumada por lo que veía, descendió hasta su espléndido pecho y su generosa silueta y llegó a sus pies, envueltos en seda, calzados con babuchas de tacón alto, pequeños, regordetes, bien arqueados y con un empeine perfecto.

—¡La juventud! ¡Cuando se es joven…! —se rio Bella—. Liolio era magnífico. Llegué a conocer todos sus rasgos y matices… después, en los días y noches de ensueño que pasamos junto a las aguas cantarinas, al oleaje adormecedor y en las sendas de montaña. Conocí sus hermosos ojos, valientes, con sus cejas rectas y oscuras, su nariz, que sin duda era Kamehameha, y hasta la última y

adorable curva de su boca. No hay boca más hermosa que la hawaiana, Martha.

»Y su cuerpo. Era un verdadero atleta. Desde su cabello, rebelde e incontrolable, hasta sus tobillos de acero broncíneo. El otro día oí que llamaban “el príncipe de Harvard” a uno de los nietos de Wilder. ¡Por favor! ¿Cómo habrían llamado a mi Liolio de haberlo podido comparar con ese Wilder y todo su equipo de Harvard?

Bella guardó silencio y suspiró, mientras juntaba las manos, pequeñas y delicadas, sobre su amplio regazo cubierto de seda. Pero su piel clara y rosada se sonrojó levemente y sus ojos destilaron afecto al recordar aquellos días maravillosos.

—Bueno, ya te lo imaginas —dijo Bella, encogiéndose de hombros, desafiante, y mirando fijamente a los ojos de su hermana —. Salimos a caballo de la alegre Mana y continuamos nuestro feliz viaje, descendiendo por las sendas de lava hasta Kiholo, donde nadamos, pescamos, celebramos banquetes y dormimos sobre la cálida arena, bajo las palmeras; luego subimos hasta Puuwaawaa y allí de nuevo atrapamos con el lazo cerdos y carneros salvajes de los pastos altos, tras lo que continuamos hasta Kona, unas veces *mauka* (hacia la montaña) y otras descendiendo hasta el palacio del rey en Kailua, y a nadar en Keauhou, y a la bahía de Kealakekua y Napoopoo y Honaunau. En todas partes la gente salía a recibirnos con regalos de flores, fruta, pescado y cerdo, las cabezas inclinadas en obediencia a los miembros de la familia real, al tiempo que exclamaban con asombro o cantaban *meles* de tiempos lejanos, pero no olvidados.

»¿Qué habrías hecho tú, hermana Martha? Ya sabes cómo somos los hawaianos. Ya sabes cómo éramos hace cincuenta años. Liolio era maravilloso. Yo fui una imprudente. Liolio podía lograr que cualquier mujer fuese imprudente. Fui doblemente imprudente, porque la fría y aburrida Nahala me sirvió de acicate. Lo sabía. No tuve dudas. Ni la más mínima esperanza. Por entonces el divorcio era algo impensable. La esposa de George Castner nunca podría ser reina de Hawái, aunque las revoluciones profetizadas por el tío Roger se retrasaran y Liolio llegase a reinar. Pero nunca pensé en el trono. Lo único que yo hubiese querido era ser la esposa y compañera de Liolio. Aunque no me engañé. Lo imposible era imposible y no me mentí a mí misma.

»Aquel ambiente respiraba amor. Liolio sabía cortejar. Continuamente me coronaba con *leis* (guirnaldas) y enviaba a sus criados para que fuesen a buscar mis *leis* a las rosaledas de Mana, ¿te acuerdas de ellas? Recorrían ochenta kilómetros de lava y cordilleras y llegaban tan frescas como recién cortadas, en cajitas de corteza de platanero. Medían un metro y los diminutos capullos de color rosa parecían cuentas ensartadas de coral napolitano. En los *luaus* (festines), esos *luaus* interminables, yo me sentaba en la esterilla de makaloa de Liolio, la esterilla del príncipe, solo de él y tabú para cualquier simple mortal, excepto para aquellos que él desease invitar. Además, hundía mis dedos en su *pa wai holoi* (cuenco para enjuagarse los dedos), en cuya agua templada flotaban aromáticos pétalos de flor. Sí, y sin importarme que todos viesen la forma en que me favorecía, metía los dedos en su *pa paakai* cuando necesitaba sal, *limu*, nuez de *kukui* y guindilla; y en su *ipu kai* (fuente para salsa de pescado) de madera de *kou*, del que el gran Kamehameha había comido durante muchos viajes similares al nuestro. Lo mismo ocurría con los manjares especiales que solo eran para Liolio y la princesa: *nelu, ake, palu* y *alaala*. Agitaban sus *kahilis* sobre mi cabeza y su séquito era también el mío. Él era mío y, desde mi cabeza coronada de flores hasta mis bailarines pies, yo era una mujer amada.

Los pequeños dientes de Bella volvieron a hundirse en su labio inferior mientras miraba, sin ver, en dirección al mar y recuperaba el control de sí misma y de sus recuerdos.

—Continuamos avanzando, cruzamos todo Kona y todo Kau, desde Hoopuloa y Kapua a Honuapo y Punaluu, toda una vida de vivencias concentrada en dos semanas. Hay flores que solo florecen una vez. Yo florecí entonces, con Liolio a mi lado, siendo la reina, no de Hawái, sino de Liolio y el amor. Decía que yo era una burbuja de color y belleza sobre el lomo negro de Leviatán; que era una frágil gota de rocío sobre la cresta humeante de una corriente de lava; que era un arcoíris sobre las nubes de tormenta…

Bella hizo una pausa.

—No te contaré más cosas de las que me decía —afirmó, muy seria—, excepto que todas sus palabras escondían el fuego del amor y la esencia de la belleza, que componía *hulas* para mí y me las

cantaba delante de todos, en las que hablaba de las noches estrelladas, tumbados sobre nuestras esterillas, durante el festín; y, mientras, yo ocupaba la esterilla de *makaloa* de Liolio.

»Continuamos hasta el Kilauea, mientras mi sueño se acercaba a su fin. Por supuesto, lanzamos al interior del cráter de lava surgida del mar nuestras ofrendas a Pele, la diosa del fuego: *leis* de *maile*, pescado y *poi* condensado, envuelto en hojas de ti para conservar la humedad. Seguimos bajando y cruzando Puna; bailamos, cantamos y celebramos festines en Kohoualea, Kamaili y Opihikao, y nadamos en las charcas de agua dulce y cristalina de Kalapana. Por último, alcanzamos Hilo, junto al mar.

»Había llegado el final. Nunca habíamos hablado de eso. Pero era el final, reconocido e inexpresado. El velero aguardaba. Llevábamos días de retraso. Las noticias de Honolulú decían que el rey se había vuelto especialmente *pupule* (loco), que los misioneros católicos y protestantes conspiraban y que se avecinaban problemas con Francia. Tal y como habían desembarcado en Kawaihae dos semanas antes, entre risas y flores, así partieron de Hilo. Fue una despedida alegre, llena de diversión, travesuras y miles de mensajes, recordatorios y bromas. Izaron el ancla mientras el coro de Liolio cantaba una canción de despedida desde el alcázar y nosotros, a bordo de canoas grandes y chalupas, vimos el viento llenar las velas del barco y la distancia hacerse mayor.

»En medio de tanta confusión y entusiasmo, Liolio, quien debía despedirse de muchos y gastar las últimas bromas, permaneció en la barandilla observándome fijamente. Llevaba en la cabeza el *lei* de *ilima* que yo le había hecho y con el que lo había adornado. Los que iban en el velero empezaron a lanzar sus *leis* a sus preferidos de entre los que ocupaban las canoas. Yo no tenía esperanzas… Y, sin embargo, esperaba, con un leve anhelo que no se reflejaba en mi rostro, tan orgulloso y alegre como los de los demás. Pero Liolio hizo lo que yo sabía que iba a hacer, lo que desde el principio supe que haría. Sin dejar de mirarme sinceramente a los ojos, se sacó de la cabeza mi precioso *lei* de *ilima* y lo partió en dos. Vi que sus labios formaban, pero sin decirla en voz alta, una única palabra: *pau* (fin). Mirándome aún, partió de nuevo en dos los pedazos de *lei* y lanzó los fragmentos, no a mí, sino a la extensión de agua, cada

vez mayor. *Pau*. Se había acabado…

La mirada inexpresiva de Bella reposó durante un buen rato sobre el horizonte del mar. Martha no se atrevió a expresar la compasión que había llenado sus ojos de lágrimas.

—Ese día ascendí a caballo la vieja senda que discurre por la costa de Hamakua —continuó Bella, con una voz que al principio resultó seca y áspera—. El primer día no fue tan duro. Yo estaba bloqueada. Me sentía demasiado henchida de las maravillas que debía olvidar como para saber que tenía que olvidarlas. Pasé la noche en Laupahoehoe. Y, ¿sabes?, creí que no pegaría ojo, pero, agotada de tanto cabalgar, aún bloqueada, dormí toda la noche como si estuviese muerta.

»¡Pero el día siguiente, bajo un viento aullador y una lluvia que calaba hasta los huesos! ¡Qué forma de soplar y de llover! La senda se volvió intransitable. Nuestros caballos se caían todo el tiempo. Al principio, el vaquero que el tío John me había prestado con los caballos protestó, luego me siguió imperturbable, mientras negaba con la cabeza y murmuraba, una y otra vez, que yo estaba *pupule*, lo sé. Abandonamos el caballo de carga en Kukuihaele. A veces parecía que acabaríamos nadando en lodo. En Waimea, el vaquero tuvo que cambiar su montura por otra fresca. Pero *Hilo* aguantó. Permanecí en la silla desde el amanecer a la medianoche, hasta que el tío John, ya en Kilohana, me bajó del caballo, me llevó adentro en brazos e hizo levantar a las mujeres de la cama para que me desnudaran y me dieran masajes, mientras él me ofrecía ponches calientes, en un intento por ayudarme a dormir y a olvidar. Sé que debí de farfullar y delirar. Pero nunca le dijo nada a nadie, ni siquiera a mí. Todo lo que pudo haber imaginado lo encerró bajo llave en la estancia tabú de Naomi.

»Conservo algunos recuerdos fugaces de ese día: la ira rabiosa y desconsolada contra el destino; mi pelo despeinado, empapado y goteando sobre mí bajo la lluvia imparable; las lágrimas inagotables que se sumaban al diluvio; los exabruptos y el resentimiento contra un mundo malo y retorcido; los golpes con las manos contra el pomo de la silla, mi aspereza con el vaquero de Kilohana, las espuelas clavadas en los costados del pobre *Hilo*, mientras rezaba, desde lo más hondo de mi corazón, para que las espuelas lo enloquecieran de tal forma que lo obligaran a alzarse sobre las

patas traseras, caer sobre mí y arrebatarle para siempre a mi cuerpo toda belleza atractiva al hombre, o a perder el equilibrio, salirse de la senda y rematarme a los pies de los *palis* (precipicios); mi idea de añadirle *pau* a mi nombre, de forma tan definitiva como el *pau* no pronunciado que dibujaron los labios de Liolio cuando rompió mi *lei* de *ilima* y lo arrojó al mar…

»George se vio obligado a quedarse más tiempo en Honolulú. Cuando volvió a Nahala yo ya estaba allí, esperándolo. Me abrazó con gesto solemne, me dio un beso rutinario, examinó mi lengua con la mayor seriedad, censuró mi aspecto y mi estado de salud y me envió a la cama con las planchas de hierro de la cocina calientes y una dosis de aceite de ricino. Como si entrase en la maquinaria de un reloj y me convirtiera en uno de los engranajes o ruedas dentadas para girar sin descanso, implacable e inevitablemente, así regresé yo a la vida aburrida de Nahala. George se levantaba a las cuatro y media todos los días y a las cinco ya estaba fuera de casa, a lomos de su caballo. Tomaba las eternas gachas, el espantoso café barato, la carne fresca y el tasajo, siempre lo mismo. Cocinaba, horneaba y fregaba. Conseguí entender la máquina de coser y me hacía mis pobres *holokus*. Noche tras noche, durante dos años más que parecieron siglos, me senté frente a él en la mesa hasta las ocho, zurciendo sus calcetines baratos y ropa interior de mala calidad, mientras él leía las revistas de años atrás, a las que no se subscribía para ahorrar. Luego llegaba la hora de acostarse, porque había que administrar el queroseno, y él daba cuerda al reloj, anotaba el tiempo del día en su diario, se sacaba los zapatos, primero el derecho, y los dejaba uno junto al otro a los pies de la cama, de su lado.

»Pero dejé de sentirme atraía por mi marido, como me sentía antes de que la princesa Lihue me invitase al viaje y el tío John me prestara el caballo. Ya lo ves, hermana Martha, nada habría ocurrido si el tío John me hubiese negado el caballo. Pero yo había conocido el amor, había conocido a Liolio. Después de eso, ¿qué posibilidades tenía mi marido de lograr mi estima o mi afecto? Durante dos años, en Nahala, fui una mujer muerta que caminaba y hablaba, cocinaba y fregaba, zurcía calcetines y ahorraba queroseno… Los médicos dijeron que usar ropa interior de mala calidad acabó con él, porque tenía la costumbre de salir a buscar las

aguas de Nahala procedentes de las zonas altas durante las peores tormentas del invierno.

»Cuando murió, no me entristecí. Ya llevaba triste mucho tiempo. Tampoco me alegré. Había perdido la alegría en Hilo, cuando Liolio arrojó mi *lei* de *ilima* al mar y mis pies no desearon volver a bailar. Liolio falleció en el plazo de un mes tras la muerte de George. No había vuelto a verlo después de despedirnos en Hilo. Sí, sí, desde entonces he tenido muchos pretendientes, pero soy como el tío John: solo he amado una vez. El tío John tenía su estancia dedicada a Naomi en Kilohana. Yo hace cincuenta años que llevo a mi Liolio en el corazón. Tú eres la primera, hermana Martha, a la que he permitido el acceso a esa estancia…

Un automóvil describió la curva del camino de acceso y, tras apearse de él, el mando de Martha se acercó a ellas cruzando el césped. Erguido, esbelto, canoso y con un elegante porte militar, Roscoe Scandwell era uno de los «Cinco Grandes» que, entrelazando intereses, decidían el destino de todo Hawái. Aunque era *haole* puro, nacido en Nueva Inglaterra, primero besó y abrazó a Bella, de corazón, al estilo hawaiano. Su mirada perspicaz le indicó que allí había habido una charla entre mujeres y que —a pesar de que todo señalaba una abundancia de sentimientos— las cosas iban bien entre aquellas dos mujeres sensatas.

—Vienen Elsie y los niños. Acabo de recibir un aviso desde el vapor —anunció tras besar a su esposa—. Pasarán varios días con nosotros antes de irse a Maui.

—Iba a alojarte en la habitación Rose, hermana Bella —planeó en voz alta Martha Scandwell—. Pero será mejor para ella, los niños, las niñeras y demás, así que te daré la habitación Queen Emma.

—Allí dormí la última vez, y la prefiero —dijo Bella.

Roscoe Scandwell, buen conocedor del amor hawaiano y su forma de expresarlo, erguido, esbelto, digno entre las dos mujeres de proporciones grandiosas, rodeando con cada brazo sus espléndidas cinturas, se dirigió con ellas hacia la casa.

[1916]

Las lágrimas de Ah Kim

SE OÍA RUIDO Y JALEO, pero no escándalo, en el barrio chino de Honolulú. Quienes se encontraban cerca se limitaron a encogerse de hombros y a sonreír con tolerancia ante el altercado, como si fuese algo habitual.

—¿Qué pasa? —preguntó Chin Mo, en la cama debido a una pleuresía, a su mujer, que se había detenido un instante frente a la ventana abierta, para escuchar.

—Solo es Ah Kim —respondió ella—. Su madre vuelve a pegarle.

La gresca tenía lugar en el jardín, en la parte trasera de las habitaciones donde vivían, a su vez en la trasera de la tienda que daba a la calle, con su orgulloso letrero: Compañía Ah Kim, Gran Almacén. El jardín era un espacio en miniatura de dos metros cuadrados que, de forma ingeniosa, lograba engañar la vista y hacerlo parecer de una inmensidad ilimitada. Había bosques de pinos y robles enanos, de siglos de antigüedad pero que solo medían entre sesenta y noventa centímetros de altura, cuya importación había exigido grandes cuidados y mucho dinero. Un puente diminuto, de un paso de ancho, se arqueaba sobre un río en miniatura que fluía entre rápidos y cataratas desde un lago enano repoblado con carpas doradas de infinitas aletas y un tono anaranjado que, en proporción con el lago y el paisaje, parecían ballenas. A cada lado surgían las muchas ventanas de los edificios de varios pisos. En el centro del jardín, sobre el estrecho paseo de gravilla junto al lago, Ah Kim recibía una ruidosa paliza.

Ah Kim no era un muchacho de corta edad al que se pudiera pegar. Era el propietario de la Compañía Ah Kim y suyo era el logro de haberla levantado a lo largo de los años, partiendo de las cuatro perras ahorradas en su trabajo como culi hasta poseer una cuenta bancaria de cuatro cifras y una reputación de máxima garantía. Medio siglo de veranos e inviernos habían pasado sobre su cabeza y, al pasar, lo habían hecho engordar, por lo que tenía aspecto desahogado y aires de suficiencia. Bajo de altura, visto de frente resultaba tan orondo como una pepita de sandía. Tenía la cara redonda. Su atuendo era señorial, de seda, y su casquete de seda negra, coronado por un botón rojo, que ahora por desgracia se encontraba en el suelo, era el tipo de casquete que usaban los mercaderes de éxito y dignidad de su raza.

Pero en ese momento su aspecto era de todo menos digno. Intentando evitar y protegerse de la lluvia de golpes propinados con una caña de bambú, se había agachado, doblado en dos. Cuando le pegaban en los nudillos y codos, con los que se protegía rostro y cabeza, sus muecas de dolor eran verdaderas e involuntarias. Desde las ventanas que los rodeaban, la vecindad observaba, disfrutando plácidamente.

¿Y quién manejaba la vara con la astucia que da la práctica?

Tenía setenta y cuatro años que aparentaba hasta el último minuto. Sus delgadas piernas estaban enfundadas en unos pantalones rectos de lino rígido y negro, satinado. Su cabello ralo, canoso, estaba aplastado y peinado hacia atrás de forma implacable desde una frente despiadada y estrecha. No tenía cejas porque las había perdido tiempo atrás. Sus ojos eran diminutos y del negro más oscuro. Resultaba espantosamente cadavérica. Su arrugado antebrazo, a la vista bajo la manga floja, no tenía más músculo que varias cuerdas de arco tensadas sobre un hueso raquítico bajo una piel amarillenta como el pergamino. A lo largo del brazo momificado, unos brazaletes de jade ascendían y descendían, chocando entre sí a cada golpe.

—¡Ah! —gritaba, enfatizando rítmicamente los golpes en series de tres por cada estridente comentario—. Te prohibí que hablases con Li Faa. Hoy te paraste en la calle con ella. No hace ni una hora. Hablasteis media hora seguida. ¿Qué es eso?

—Ha sido el condenado teléfono —murmuró Ah Kim, mientras ella detenía la vara para oír lo que decía—. Te lo dijo la señora Chang Lucy. Sé que fue ella. Me vio. Haré que quiten el teléfono de casa. Es un aparato del demonio.

—Es un aparato del demonio, sí —aceptó la señora Tai Fu, mientras agarraba mejor la vara—, pero el teléfono se queda. Me gusta hablar por teléfono con la señora Chang Lucy.

—Tiene los ojos de diez mil gatos —dijo Ah Kim, al tiempo que se agachaba y recibía el golpe en los nudillos—. Y las lenguas de diez mil chivatos —añadió antes de volver a agacharse.

—Es una desvergonzada insolente y maleducada —recalcó la señora Tai Fu.

—La señora Chang Lucy siempre lo ha sido —murmuró Ah Kim, hijo obediente.

—Yo hablo de Li Faa —lo corrigió su madre con un buen golpe de vara—. Ya sabes que solo es medio china. Su madre era una *kanaka* desvergonzada. Usa faldas como las enviciadas mujeres *haole*, y corsés, como yo misma he podido ver. ¿Dónde están sus hijos? Sin embargo, ha enterrado a dos maridos.

—Uno se ahogó y al otro lo mató un caballo de una coz —matizó Ah Kim.

—Un año con ella, hijo indigno de un padre bueno, y estarías

encantado de ahogarte o de permitir que un caballo te cocease.

Las risas apagadas del público que miraba por las distintas ventanas aplaudieron su comentario.

—Tú también enterraste a dos maridos, venerada madre —contestó Ah Kim, sin lograr contenerse.

—Y tuve el buen gusto de no casarme con un tercero. Además, mis dos maridos murieron honorablemente en sus camas. Ni los coceó un caballo ni se ahogaron. ¿Qué les importa a nuestros vecinos si tuve dos maridos, diez o ninguno? ¿Por qué cuentas eso? Has provocado un escándalo a mi costa y por eso te daré una paliza en toda regla.

Ah Kim soportó la entrecortada lluvia de golpes y, cuando su madre se detuvo, dijo cansado y casi sin aliento:

—Siempre he insistido y suplicado, venerada madre, que me pegues dentro de casa con las ventanas y la puerta bien cerradas, en lugar de en la calle o en el jardín trasero.

—Has llamado a esa extravagante de Li Faa plateada flor de luna —contestó la señora Tai Fu con una falta de lógica muy femenina, pero certera, porque distrajo a su hijo y evitó que insistiese en su atinada ofensiva.

—Te lo dijo la señora Chang Lucy —acusó él.

—Me lo dijeron por teléfono —se zafó su madre—. No conozco todas las voces que me hablan por ese aparato del demonio.

Curiosamente, Ah Kim no se molestaba en escapar de su madre, algo que podría haber hecho con facilidad. Y ella, por su parte, encontraba más motivos para seguir golpeándolo.

—¡Ah! ¡Testarudo! ¿Por qué no lloras? ¡Mula que avergüenza a sus ancestros! Nunca he conseguido hacerte llorar, ni cuando eras pequeño. ¡Contesta! ¿Por qué no lloras?

Debilitada y jadeante debido al esfuerzo, soltó la vara, resolló y tembló como si sufriera una parálisis nerviosa.

—No lo sé, pero soy así —contestó Ah Kim, al tiempo que observaba a su madre, solícito—. Te traeré una silla, te sentarás, descansarás y te sentirás mejor.

Pero ella se apartó de él con un bufido, cruzó el jardín tambaleándose y entró en la casa. Mientras, Ah Kim recuperó su casquete, se alisó la ropa, se frotó las heridas y miró a su madre con devoción. Incluso sonrió y casi dio la impresión de que había

disfrutado con la paliza.

AH KIM HABÍA RECIBIDO esas palizas desde que era niño, cuando vivía en las altas orillas de la undécima catarata del río Yangtsé. Allí había nacido su padre y trabajado duramente toda su vida como culi remolcador, desde muy joven. Al morir, Ah Kim aceptó la misma honrada profesión. Todos los hombres de su familia, hasta donde alcanzaba la memoria y más allá, habían sido culis remolcadores. En la época de Cristo, sus antepasados directos ya se dedicaban a lo mismo: se encontraban con los juncos —construidos de forma similar— antes de pasar los rápidos, al pie del cañón, anudaban ochocientos metros de cuerda a cada junco y, dependiendo de su tamaño, entre cien y doscientos culis se ponían en fila y, con la fuerza bruta de los hombres que se inclinaban hasta que sus manos rozaban el suelo y sus frentes quedaban a veces a solo treinta centímetros de él, arrastraban el junco para subirlo por los rápidos hasta la parte alta del cañón.

Al parecer, a pesar de los siglos transcurridos, el pago por los servicios prestados no mejoraba. Su padre, el padre de su padre y también él, Ah Kim, habían recibido la misma e invariable remuneración: una catorceava parte de centavo por junco, según el valor del dinero en Hawái. Durante los días largos y afortunados del verano —cuando las aguas estaban más tranquilas, los juncos abundaban y había dieciséis horas de luz—, en dieciséis horas de un trabajo tan heroico podían llegar a ganar más de un centavo. Pero un culi remolcador no ganaba en todo el año más de un dólar y medio. La gente podía vivir, y vivía, con semejantes ingresos. Algunas criadas recibían un dólar al año por sus servicios. Los rederos de Ti Wi ganaban entre un dólar y dos dólares al año. Vivían con esos sueldos o, al menos, no morían. Pero los culis remolcadores contaban con otras ganancias, que aportaban honor a la profesión y convertían al gremio en una sociedad o sindicato hereditario. Un junco de cada cinco que remolcaban para ascender o descender los rápidos se accidentaba. Uno de cada diez se perdía por completo. Los culis del gremio de remolcadores conocían las rarezas y los caprichos de las corrientes, y aferraban, amontonaban y recogían del río una cosecha aguada. Los culis inferiores respetaban a los del gremio porque podían permitirse tomar té

compacto y arroz del número cuatro todos los días.

Ah Kim se había sentido satisfecho y orgulloso hasta que, un frío día de primavera, entre viento, granizo y aguanieve, arrastró hasta la orilla a un marinero cantonés que se ahogaba. Mientras entraba en calor junto al fuego, aquel trotamundos fue quien primero pronunció ante él el mágico nombre de Hawái. El marinero dijo que él nunca había estado en aquel paraíso del obrero, pero que muchos chinos de Cantón habían ido allí y enviaban cartas en las que contaban cómo vivían. En Hawái nunca había heladas ni hambrunas. Hasta los cerdos, a los que no hacía falta alimentar, estaban siempre gordos gracias a la cantidad y calidad de los desperdicios que el hombre desdeñaba. Una familia cantonesa o del Yangtsé podía vivir de la basura de un culi hawaiano. ¡Y los sueldos! Los demonios blancos, magnates del azúcar, pagaban al mes por contrato a un culi chino diez dólares de oro o veinte dólares comerciales. En un año, el culi recibía la prodigiosa suma de doscientos cuarenta dólares comerciales, más de cien veces lo que un culi que trabajaba diez veces más duro recibía en la undécima catarata del Yangtsé. Teniéndolo todo en cuenta, la posición económica de un culi hawaiano era cien veces mejor y, si se calculaba la cantidad de trabajo, mil veces mejor. Además, el clima era maravilloso.

Cuando Ah Kim cumplió veinticuatro años, y a pesar de las palizas y ruegos de su madre, renunció al antiguo y honorable gremio de los culis remolcadores, dejó que su madre entrara como criada en la casa de un jefe culi a cambio de un dólar al año y un vestido anual inferior a treinta centavos, y partió Yangtsé abajo, rumbo al gran mar. Corrió muchas aventuras y muchas fueron sus penalidades y esfuerzos hasta llegar a Cantón como marinero de un junco de agua salada. A los veintiséis entregó por contrato cinco años de su vida y su trabajo a los magnates del azúcar hawaiano y partió rumbo a aquella isla lejana, formando parte de un grupo de ochocientos culis, a bordo de un vapor medio podrido, gobernado por un capitán loco y unos oficiales borrachos, que la Lloyds rechazaba asegurar.

Entre los obreros, la posición de Ah Kim como culi remolcador había sido honorable. En Hawái, aunque recibía cien veces más dinero, se encontró con que lo consideraban y trataban como lo

peor de lo peor: un culi de plantación; no se podía caer más bajo. Pero un culi cuyos ancestros han remolcado juncos en la undécima catarata del Yangtsé desde antes del nacimiento de Cristo inevitablemente hereda gran cantidad de un rasgo concreto: la paciencia. Esa era la paciencia de Ah Kim. Al cabo de los cinco años, terminado su contrato obligatorio, magro como nunca de cuerpo, en la cuenta bancada le faltaban solo diez dólares para poseer mil dólares comerciales.

Con esa suma podría haber regresado al Yangtsé y retirarse para vivir como un hombre rico. Habría poseído una cifra aún mayor si no hubiese jugado de vez en cuando y de forma conservadora al *fan-tan* y otros juegos clásicos y si, durante un año, no hubiese trabajado arduamente entre los ciempiés y los escorpiones de los asfixiantes cañamelares en el estado semionírico que provoca la ingesta continuada de opio. El motivo por el que no trabajó los cinco años hechizado por el opio fue lo caro que resultaba dicho hábito. No había tenido escrúpulos morales. Simplemente, la droga costaba demasiado.

Pero Ah Kim no regresó a China. Había observado la vida comercial de Hawái y adquirido una ambición desmesurada. Durante seis meses, para aprender el negocio y, de paso, a hablar inglés, trabajó como dependiente en la tienda de la plantación. Al cabo de ese tiempo sabía más sobre ese almacén que ningún encargado de plantación sobre cualquier almacén de plantación. Cuando renunció a su puesto ganaba cuarenta dólares de oro al mes —u ochenta comerciales— y empezaba a engordar. Además, su actitud hacia los simples culis contratados se había vuelto claramente aristocrática. El encargado quiso subirle el sueldo hasta los sesenta dólares de oro, lo que al año hubiese significado la fabulosa cifra de mil cuatrocientos cuarenta dólares comerciales o setecientas veces más sus ingresos anuales en el Yangtsé como caballo de carga bípedo a una catorceava parte de un centavo de oro por junco.

En lugar de aceptar, Ah Kim se fue a Honolulú y, en los grandes almacenes Fong & Chow Fong, empezó a trabajar desde abajo por quince dólares de oro al mes. Allí se quedó un año y medio y dimitió a los treinta y tres años, a pesar de los setenta y cinco dólares de oro al mes que sus jefes chinos le pagaban. Entonces fue

cuando levantó su primer letrero: Compañía Ah Kim, Gran Almacén. Además, al estar mejor alimentado, su figura menos magra empezaba a presagiar la silueta de pepita de calabaza que lo caracterizaría en el futuro.

Prosperó cada vez más al pasar los años y, a los treinta y seis, su figura engordaba con rapidez y, al ser miembro del poderoso y exclusivo Hai Gun long y de la Asociación de Comerciantes Chinos, acostumbraba a participar en calidad de anfitrión en cenas que le habrían costado treinta años de arduo trabajo en la undécima catarata. Solo echaba en falta dos cosas: una esposa y su madre, para que lo golpease con la vara como antaño.

A los treinta y siete consultó el saldo de su cuenta bancaria. Tenía tres mil dólares de oro. Por un pago inicial de dos mil quinientos y una hipoteca asequible podía comprar la casucha de tres plantas y el solar sobre el que se levantaba. Pero entonces solo le quedarían quinientos para la esposa. Fu Yee Po tenía una hija casadera con los pies adecuadamente pequeños, a la que estaba dispuesto a traer desde China y vendérsela por ochocientos dólares más los gastos de importación. Además, Fu Yee Po incluso se ofrecía a aceptar un pago inicial de quinientos y el resto en un pagaré al seis por ciento.

Ah Kim, de treinta y siete años, gordo y soltero, deseaba de verdad tener esposa, sobre todo una esposa de pies pequeños, porque, al haber nacido en China y ser criado allí, su fantasía femenina incluía esa inmemorial mujer de pies diminutos. Pero más, incluso más y mucho más que una esposa de pies pequeños, quería a su madre y las deliciosas palizas que le daba. De modo que rechazó las facilidades que le ofrecía Fu Yee Po y, a un precio muy inferior, importó a su propia madre, quien pasó de servir en casa de un jefe culi, por un sueldo anual de un dólar y un vestido de treinta centavos, a ser la señora de su casa de tres pisos de Honolulú, con dos criados domésticos, tres dependientes y un mozo trabajando a sus órdenes, por no hablar de la mercancía —tejidos— valorada en diez mil dólares que se apilaba en los estantes y que abarcaba desde los crepés de algodón más baratos a las sedas bordadas a mano más caras. Porque incluso entonces, el gran almacén de Ah Kim ya empezaba tener en cuenta a los turistas procedentes de Estados Unidos.

Ah Kim había vivido tolerablemente bien y feliz con su madre durante trece años, recibiendo metódicamente sus palizas por motivos justos o injustos, reales o imaginados. Al cabo de ese tiempo, sentía que su corazón y su cabeza anhelaban, tanto como siempre, tener esposa e hijos que lo sobrevivieran y que prolongasen la dinastía de la Compañía Ah Kim. Ese es el sueño que siempre ha afligido al hombre, desde aquellos que entre los primitivos fueron los primeros en usurpar un derecho de caza, monopolizar una barra de arena en la que hacer una trampa para pescar o asaltar una aldea y pasar a cuchillo a todos los hombres. Es algo que tienen en común los reyes, los millonarios y los comerciantes chinos de Honolulú, a pesar de que puedan alabar a Dios por haberlos hecho diferentes y con una apariencia agradable para sí mismos.

El ideal de mujer por el que Ah Kim ardía en deseos a los cincuenta años no era el mismo que el de los treinta y siete. Ya no quería una esposa de pies pequeños, sino una mujer libre, natural, de paso largo y pies normales que, de alguna forma, se le aparecía cuando soñaba despierto y lo rondaba por las noches con la imagen de Li Faa, su Plateada Flor de Luna. ¿Qué más daba que hubiese enviudado dos veces, fuese hija de madre *kanaka*, usase las faldas y los corsés de los demonios blancos y calzase tacón alto? Él la quería. Al parecer estaba escrito que ella fuese cofundadora, junto con él, del linaje que continuaría con la propiedad y la gerencia de la Compañía Ah Kim, Gran Almacén, durante generaciones.

—No tendré una nuera medio *paké* —solía repetir la madre a Ah Kim. *Paké* era la palabra hawaiana que significaba chino—. Mi nuera tiene que ser totalmente *paké*, como lo eres tú, hijo mío, y lo soy yo. Y tiene que usar pantalones, hijo mío, como han hecho todas las mujeres de nuestra familia antes que ella. Ninguna mujer que use las faldas y los corsés de los demonios blancos puede venerar como es debido a nuestros antepasados. Los corsés y las reverencias no casan bien. Y la desvergonzada de Li Faa es una de esas. Es insolente e independiente y no obedecerá a su esposo ni a la madre de su esposo. Esa descarada de Li Faa se creerá que es la fuente de la vida y el primer antepasado, por lo que no reconocerá

antepasados previos a ella. Se ríe de nuestras varillas de incienso, nuestras oraciones de papel y nuestros dioses familiares, como muy bien me ha dicho…

—La señora Chang Lucy —gruñó Ah Kim.

—No solo la señora Chang Lucy, hijo mío. He preguntado. Al menos una docena de personas la han oído decir que nuestros templos son tonterías de micos. Son palabras dichas por ella, que come pescado crudo, pulpo crudo y perro asado. Y la tontería son nuestros templos. Sin embargo, se casaría contigo, un mico, debido a tu almacén, que es un palacio, y a tu riqueza, que te convierte en un gran hombre. A mí me cubriría de vergüenza, y a tu padre, muerto honorablemente hace ya mucho.

Resultaba imposible discutir el asunto. Tal y como estaban las cosas, Ah Kim sabía que su madre tenía razón. Por algo Li Faa había nacido, cuarenta años antes, de un padre chino que había renegado de la tradición, y de una madre *kanaka* cuyos antepasados inmediatos habían roto los tabúes y se habían desprendido de sus propios dioses polinesios para escuchar, débiles de corazón, las prédicas de los misioneros cristianos que hablaban del dios remoto e inimaginable de los cristianos. Li Faa, una mujer educada, capaz de leer y escribir en inglés, hawaiano y, en buena medida, también en chino afirmaba no creer en nada, aunque en lo más hondo de su corazón ocultaba que temía a los *kahunas* (hechiceros hawaianos), quienes podían espantar la mala suerte con sus hechizos o provocar la muerte de alguien, de eso estaba muy segura. Li Faa nunca entraría en casa de Ah Kim, como él bien sabía, para postrarse ante su madre y ser su esclava, según la inmemorial costumbre china. Li Faa era, desde el punto de vista chino, una mujer nueva, una feminista, que montaba a caballo a horcajadas, se divertía impúdicamente ataviada sobre una tabla de surf en Waikiki y que, en más de un *luau*, había bailado el *hula* de forma excesiva, deleitando y escandalizando a todos.

También Ah Kim, una generación más joven que su madre, había sido corroído por el ácido de la modernidad. Respetaba el viejo orden porque aún sentía, en lo más hondo de su ser, la polvorienta mano del pasado descansando sobre él. Sin embargo, pagaba las caras pólizas de los seguros de incendio y vida, actuaba como tesorero de los rebeldes chinos locales que estaban a favor de

convertir el Imperio Celestial en una república, realizaba donativos al equipo de béisbol de los chinos nacidos en Hawái que superaba al equipo yanqui en su propio juego, hablaba de teosofía con Katso Suguri —budista japonés e importador de sedas—, aceptaba las corruptelas policiales, representaba y pagaba su insidiosa participación en la política democrática del Hawái anexionado, y estaba pensando en comprarse un automóvil. Ah Kim no se atrevía a reconocer ante sí mismo, a desgranar y discutir largo y tendido en cuántos conceptos antiguos había dejado de creer. Su madre representaba a lo antiguo, pero él la veneraba y era feliz bajo su vara de bambú. Li Faa, su Plateada Flor de Luna, era lo nuevo y él no podría ser nunca completamente feliz sin ella.

Porque amaba a Li Faa. De cara redonda, orondo como una pepita de sandía, astuto hombre de negocios y con la sabiduría que da haber vivido cincuenta años, Ah Kim se volvía artista cada vez que pensaba en ella. Convertía sus pensamientos en poemas, transformaba a la mujer con términos florales para expresar belleza y con abstracciones filosóficas para reflejar logro y sosiego. Para él era, y solo para él en el mundo, su Flor de Ciruelo, su Tranquilidad de Mujer, su Flor de Serenidad, su Nenúfar de la Luna y su Descanso Perfecto. Mientras murmuraba esas formas tan tiernas de llamarla le parecía que en ellas se oía la ondulación del agua que corre, el tintineo de las campanillas de plata que mueve el viento y los aromas de la adelfa y el jazmín. Ella era su poema hecho mujer, un placer lírico, una delicia de carne y alma en tres dimensiones, el destino y la buena fortuna escritos antes de que existieran el primer hombre y la primera mujer, hechos por los dioses cuyo capricho había consistido en crear a todos los hombres y mujeres para el sufrimiento y el placer.

Pero su madre le obligó a asir el pincel y bajo él, sobre la mesa, situó la tablilla para escribir.

—Pinta el ideograma de casarse —ordenó.

Obedeció sin apenas sorprenderse y pintó el simbólico jeroglífico con la destreza y habilidad de su raza y su formación.

—Resuélvelo —exigió la madre.

Ah Kim la miró, curioso, dispuesto a complacerla y sin darse cuenta de lo que ella pretendía.

—¿De qué se compone? —insistió ella—. ¿Cuáles son los tres

ideogramas originales cuya suma significa casarse, matrimonio, unión y boda de un hombre y una mujer? Píntalos, pinta los tres originales aparte, por separado, para que veamos cómo los sabios de la antigüedad formaron el ideograma de casarse.

Ah Kim obedeció y pintó, y vio que lo que había pintado eran tres caracteres que representaban una mano, una oreja y una mujer.

—Nómbralos —dijo su madre, y él los nombró.

—Es verdad —afirmó ella—. Es una gran historia. Es lo que forma el ideograma del matrimonio. Así era el matrimonio en el principio y así seguirá siendo siempre en mi casa. La mano del hombre agarra la oreja de la mujer y, así agarrada, se la lleva a su casa, donde debe mostrar obediencia ante él y la madre de él. Tu padre, fallecido honorablemente hace ya tanto tiempo, me llevó así de la oreja. He observado tu mano. No es como la de él. También he observado la oreja de Li Faa. Jamás podrás llevarla de la oreja. No tiene esa clase de oreja. Aún viviré mucho tiempo y seré la señora de la casa de mi hijo, según nuestras costumbres ancestrales, hasta que muera.

—PERO ES MI VENERADA antepasada —explicó Ah Kim a Li Faa.

Se sentía tímidamente infeliz porque Li Faa, tras averiguar que la señora Tai Fu se encontraba en el templo del Esculapio chino realizando una ofrenda consistente en pato desecado y oraciones para que su salud no empeorase más, había aprovechado la oportunidad, visitándolo en la tienda.

Li Faa dio forma de capullo de rosa a medio abrir a sus labios insolentes y sin pintar, y contestó:

—Eso será en China. Yo no conozco China. Esto es Hawái y en Hawái todos los extranjeros cambian sus costumbres.

—Con todo, es mi antepasada —protestó Ah Kim—; la madre que me dio la vida, ya me encuentre en China o en Hawái, ¡oh, Plateada Flor de Luna a la que quiero por esposa!

—He tenido dos maridos —afirmó Li Faa, sin inmutarse—. Uno era *paké* y el otro portugués. Aprendí mucho de los dos. Además, he recibido formación, he cursado secundaria y he tocado el piano en público. De mis dos maridos aprendí muchas cosas. El *paké* es el mejor esposo. Jamás me volveré a casar con alguien que no sea

paké. Pero no debe agarrarme de la oreja…

—¿Cómo sabes eso? —la interrumpió con suspicacia.

—Por la señora Chang Lucy —fue la respuesta—. La señora Chang Lucy me cuenta todo lo que tu madre le dice, y tu madre le dice muchas cosas. Así que te advierto que yo no tengo esa clase de oreja.

—Que es lo que mi venerada madre me ha dicho a mí —gimió Ah Kim.

—Que es lo que tu venerada madre le dijo a la señora Chang Lucy y lo que la señora Chang Lucy me dijo a mí —completó Li Faa con ecuanimidad—. Y yo ahora te digo Oh Tercer Esposo Futuro, que no ha nacido hombre capaz de agarrarme de la oreja. En Hawái no se hace así. Solo iré de la mano de mi hombre, a su lado, al cincuenta por ciento, según se ha puesto de moda decir ahora entre los *haoles*. Mi marido portugués pensaba de otra forma. Intentó pegarme. Tres veces lo envié al tribunal correccional y cada una de ellas cumplió su condena con trabajos en el arrecife. Después se ahogó.

—Mi madre ha sido mi madre durante cincuenta años —afirmó Ah Kim tenazmente.

—Y durante cincuenta años te ha pegado —dijo Li Laa entre risitas—. ¡Cómo se reía mi padre de Yap Ten Shin! Al igual que tú, Yap Ten Shin había nacido en China y trajo consigo las costumbres del país. Su anciano padre no paraba de pegarle con una vara. Él amaba a su padre. Pero su padre le pegó más que nunca cuando se convirtió al misionero *paké*. Cada vez que asistía a los oficios del misionero, su padre le pegaba. Y cuando el misionero se enteraba de lo ocurrido, se dirigía a Yap Ten Shin con dureza por permitir que su padre le pegase. Mi padre no paraba de reírse, porque mi padre era un *paké* muy liberal que había cambiado sus costumbres más rápidamente que la mayoría de los extranjeros. El único problema era que Yap Ten Shin tenía un corazón muy afectuoso. Amaba a su venerado padre. Amaba al Dios del amor del misionero cristiano. Pero al final, en mí encontró el mayor amor de todos, que es el amor de la mujer. En mí olvidó su amor por su padre y su amor por el afectuoso Cristo.

»Ofreció seiscientos dólares de oro a mi padre por mí; el precio era bajo porque no tenía los pies demasiado pequeños. Pero yo era

medio *kanaka*. Dije que no era una esclava y que no permitiría que me vendiesen a ningún hombre. Mi profesora de secundaria era una solterona *haole* que decía que el amor de una mujer era tan valioso que jamás debía venderse. Quizás por eso estaba soltera. No era guapa. No podía llevarse a sí misma al altar. Mi madre *kanaka* dijo que los *kanakas* no vendían a sus hijas a cambio de dinero. Entregaban a sus hijas por amor y ella estaba dispuesta a ser razonable si Yap Ten Shin aportaba *luaus* en cantidad y de calidad. Como ya he dicho, mi padre *paké* era liberal. Me preguntó si quería a Yap Ten Shin por esposo. Le dije que sí. Y me fui con él libremente, porque así lo deseé. Fue a él a quien coceó un caballo, pero antes de eso resultó un esposo muy bueno.

»En cuanto a ti, Ah Kim, para mí siempre serás respetable y encantador y, algún día, cuando no sea necesario que me agarres de la oreja, me casaré contigo y vendré aquí para estar siempre a tu lado, y tú serás el *paké* más feliz de Hawái; porque he tenido dos esposos, he cursado secundaria y sé lo que hay que hacer para que un marido sea feliz. Pero eso será cuando tu madre haya dejado de pegarte. La señora Chang Lucy me ha dicho que te pega mucho.

—Es verdad —afirmó Ah Kim—. ¡Mira!

Se remangó las mangas sueltas y dejó a la vista sus antebrazos suaves y angelicales. Estaban cubiertos de unas marcas negras y azules que anunciaban la fuerza y el número de golpes de los que habían protegido rostro y cabeza.

—Pero nunca me ha hecho llorar —se apresuró a añadir Ah Kim —. Nunca, desde que era pequeño, me ha hecho llorar.

—Eso dice la señora Chang Lucy —contestó Li Faa—. Cuenta que tu venerada madre suele quejarse ante ella de que nunca ha logrado hacerte llorar.

La sibilante advertencia de uno de sus empleados llegó demasiado tarde. Al haber accedido a la casa por el callejón trasero, la señora Tai Fu salió de las habitaciones privadas directamente al lugar de la tienda donde ellos se encontraban. Ah Kim nunca había visto los ojos de su madre brillar con tanta furia como entonces. Ignoró a Li Faa mientras le gritaba a él:

—Ahora sí te haré llorar. Te pegaré como nunca antes, hasta que consiga hacerte llorar.

—Pues vayamos a las habitaciones privadas, venerada madre —

sugirió Ah Kim—. Cerraremos puertas y ventanas y podrás pegarme.

—No. Recibirás tu paliza aquí, delante de todo el mundo y de esta desvergonzada, capaz de agarrarte a ti de la oreja y decir que eso es el matrimonio. ¡Quédate, desvergonzada!

—Ya pensaba quedarme —dijo Li Faa y dirigió una mirada agresiva a los dependientes—. De aquí no me echará nadie que no sea la policía.

—Jamás serás mi nuera —espetó la señora Tai Fu.

Li Faa asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—Pero igualmente su hijo será mi tercer esposo —añadió.

—¿Quieres decir cuando haya muerto? —gritó la anciana madre.

—El sol sale todos los días —dijo Li Faa enigmáticamente—. Llevo toda la vida viéndolo salir.

—Tienes cuarenta años y usas corsé.

—Pero no me tiño el cabello, eso ya llegará —replicó con calma Li Faa—. En cuanto a mi edad, tiene razón. El próximo día de Kamehameha cumpliré cuarenta y uno. Llevo cuarenta años viendo salir el sol. Mi padre era un anciano. Antes de morir me dijo que no había detectado diferencias en la forma en la que salía el sol desde que era pequeño. La tierra es redonda. Confucio no lo sabía, pero usted lo encontrará en todos los libros de geografía. La tierra es redonda. Siempre gira sobre sí misma, una y otra vez, sin descanso. Y las estaciones meteorológicas y las etapas de la vida giran con ella. Lo que es, ya ha sido antes. Lo que ha sido, volverá a ser. Las temporadas del árbol del pan y del mango siempre vuelven, y el hombre y la mujer se repiten. El petirrojo anida y en primavera llegan los chorlitos desde el norte. A cada primavera le sigue otra. La palmera cocotera se alza en el aire, madura su fruto y pasa a mejor vida, pero siempre hay más palmeras cocoteras. No todo esto es sabiduría propia. Gran parte me lo dijo mi padre. Adelante, venerada señora Tai Fu, pegue a su hijo, que es mi Tercer Esposo Futuro. Pero me reiré. Le advierto que me reiré.

Ah Kim se puso de rodillas para favorecer lo más posible a su madre. Y mientras la lluvia de golpes de su vara caía sobre él, Li Faa sonreía y dejaba escapar alguna que otra risita, hasta que acabó riéndose a carcajadas.

—¡Más fuerte, venerada señora Tai Fu! —instaba Li Faa entre arrebatos de júbilo.

La señora Tai Fu hizo cuanto pudo —que no fue demasiado— hasta que observó lo que la llevó a dejar caer la vara de puro asombro. Ah Kim estaba llorando. Unas lágrimas redondas y compactas caían por sus mejillas. Li Faa se quedó atónita. También los dependientes, que estaban boquiabiertos. El más asombrado de todos era Ah Kim, porque no podía evitar el llanto; y, aunque los golpes se detuvieron, él continuó llorando.

—PERO ¿POR QUÉ LLORABAS? —preguntaba Li Faa a menudo a Ah Kim—. Fue una tontería. Ni siquiera te hacía daño.

—Espera a que nos casemos —respondía siempre Ah Kim—. Entonces, Nenúfar de la Luna, te lo diré.

DOS AÑOS DESPUÉS, más parecido que nunca a una pepita de sandía, Ah Kim volvió a casa una tarde, tras una reunión en la Asociación Protectora China, y encontró a su madre muerta en su sofá. La frente era más estrecha y despiadada que nunca y el pelo tirante más implacable. Pero en su rostro se veía una sonrisa apagada. Los dioses habían sido amables. Había fallecido sin dolor.

En primer lugar, marcó el número de Li Faa, pero no la encontró hasta que llamó a la señora Chang Lucy. Tras dar la noticia, puso fecha al matrimonio con un plazo de espera diez veces inferior al que dictaban las costumbres chinas tradicionales. Y, si en las bodas chinas hay algo parecido a una dama de honor, ese fue el papel que hizo la señora Chang Lucy.

—¿Por qué? —preguntó Li Faa a Ah Kim cuando se quedaron a solas en su noche de bodas—. ¿Por qué lloraste cuando tu madre te pegó aquel día en el almacén? Fue una tontería. Ni siquiera te hacía daño.

—Por eso lloré —respondió Ah Kim.

Li Faa lo miró sin comprender.

—Lloré —explicó él, porque de repente supe que el fin de mi madre se acercaba. En sus golpes no había fuerza, no hacían daño. Lloré porque supe que ya no tenía fuerza para herirme. Por eso lloré, mi Flor de Serenidad, mi Descanso Perfecto. Ese es el único motivo por el que lloré.

[1916]

Los huesos de Kahekili

DESDE LAS ELEVADAS MONTAÑAS, errantes jirones de los vientos alisios balanceaban suavemente las enormes e impunes hojas de los plataneros, hacían susurrar a las palmeras y revoloteaban y murmuraban entre las hojas, como encaje, de los algarrobos. La atmósfera solo respiraba así de forma intermitente, porque aquello era respirar, era la manera en que suspiraba la lánguida tarde hawaiana. En los intervalos entre alientos, el aire se volvía pesado y cálido con el perfume de las flores y las exhalaciones de una tierra

viva y densa.

Había muchos humanos en la casa alargada parecida a un bungaló, pero solo uno de ellos dormía. Los demás, nerviosos, se movían de puntillas. En la parte de atrás de la casa un bebé diminuto dejó escapar una queja apagada que el pecho, ofrecido al instante, no logró calmar. La madre, una esbelta *hapa-haole* (medio blanca), ataviada con un *holoku* suelto de muselina blanca, se alejó rápidamente entre los plataneros y papayos para que la distancia borrara el ruido que hacía el bebé. Otras mujeres, *hapa-haole* y nativas sin mezcla, la observaron con ansia mientras se alejaba.

Ante la puerta principal de la casa, sobre la hierba, una veintena de hawaianos se sentaba en cuclillas. Eran hombres musculosos, anchos de hombros y fornidos. Morenos de piel, de ojos luminosos castaños y negros, rasgos grandes y regulares, mostraban todos los indicios de ser tan bondadosos, alegres y tranquilos como el clima. Aunque eso quedaba contradicho por la ferocidad de sus pertrechos. De sus ásperas polainas de cuero sobresalían los mangos de los largos cuchillos que allí ocultaban. En los talones se apreciaban enormes espuelas españolas. Tendrían aspecto de bandidos de no ser por la incongruencia de las coronas de flores y de fragante *maile* que rodeaban las copas de sus sombreros de vaquero. Uno de ellos, con la picardía, la belleza y los ojos de un fauno, llevaba dos llameantes flores de hibisco coquetamente sujetas sobre la oreja. Por encima de ellos, protegiéndolos del sol y proporcionándoles sombra, se extendía un amplio dosel de flamboyán, una pura llamarada de flores rojas. A lo lejos, amortiguado por la distancia, se apreciaba el leve piafar de sus caballos atados. Todos miraban fijamente al solitario que dormía boca arriba sobre una esterilla de *lauhala*, a treinta metros de distancia, bajo los cenízaros.

Por muy grandes que fueran los vaqueros, el que dormía lo era más. Y, según atestiguaban su barba y cabello blancos como la nieve, también era mucho mayor que ellos. El grosor de su muñeca y el tamaño de sus dedos daban autenticidad a la fuerte silueta oculta bajo los pantalones de peto sueltos y la camisa de algodón sin abotonar, abierta desde el diafragma hasta la nuez, que dejaba al aire un pecho cubierto por un pelo tan blanco como el de cabeza y rostro. El tamaño y la anchura de ese pecho, su elasticidad y sus músculos relajados y maleables, daban muestra de la enorme fuerza

que aún conservaba. Además, por mucho que el sol y el viento la hubiesen bronceado, su piel revelaba que era totalmente *haole*, un hombre blanco.

Boca arriba, la enorme barba blanca que señalaba al cielo y que ningún barbero había tocado ascendía y bajaba con cada respiración, mientras que, cada vez que exhalaba, el mostacho blanco se erguía en perpendicular, como las púas de un puerco espín, y descendía al inhalar. Una niña de catorce años, ataviada con un vestido recto o *muumuu*, que era nieta del durmiente, se agachaba a su lado y espantaba las moscas con un artilugio de plumas. En su rostro se dibujaban interés, nerviosismo y temor, como si cuidase de un dios.

Lo cierto era que Hardman Pool, el durmiente del bigote, era para ella y para muchos más un dios, una fuente de vida, de alimento, de sabiduría, un prescriptor de leyes, un benefactor sonriente, una tiniebla de trueno y castigo; en resumen: un amo cuyo récord alcanzaba catorce hijos vivos y adultos, seis bisnietos y más nietos de los que era capaz de enumerar en sus momentos más lúcidos.

Cincuenta y un años antes había desembarcado en Laupahoehoe, en la costa barlovento de Hawái. El bote en el que iba era el único superviviente del ballenero *Black Prince*, de New Bedford. Él también era de New Bedford y, debido a su fuerza y habilidad, con veinte años había embarcado como segundo de a bordo en el ballenero perdido. Luego llegó a Honolulú buscándose la vida y primero se casó con Kalama Kamaio-pili, luego fue práctico del puerto de Honolulú, después fundó un bar y una pensión y, por último, al morir el padre de Kalama, se dedicó a criar ganado en los amplios pastos que ella había heredado.

Llevaba más de medio siglo viviendo con los hawaianos y todos reconocían que dominaba su lenguaje mejor que la mayoría de ellos. Al casarse con Kalama no solo se había casado con la tierra de ella, sino también con su elevado rango, y el vasallaje que los plebeyos le debían por su genealogía se le concedía también a él. Además, Hardman Pool poseía por naturaleza todos los atributos del jefe nato: estatura gigantesca, valentía, orgullo y un genio que no toleraba insolencias ni insultos, al que no lograba intimidar ni asombrar ninguna muestra de poder que caminase sobre dos piernas

y que exigiese la obediencia de los seres humanos inferiores a él, y que no admitía adquisiciones innobles por medio del regateo, sino a través de una magnanimidad y condescendencia tácitas y esperadas. Conocía a los hawaianos a la perfección, mejor de lo que se conocían ellos mismos, con sus circunloquios, sus creencias, costumbres y misterios.

A los setenta y un años, tras toda una mañana a caballo en los prados que había comenzado a las cuatro, yacía bajo los cenízaros, disfrutando de esa siesta habitual y sagrada que ningún criado se atrevía a interrumpir ni permitía que otros interrumpieran. Ese derecho solo se le concedía al rey, pero, como el rey había aprendido muy pronto, interrumpir la siesta de Hardman Pool era despertar a un Hardman Pool muy irritable y gruñón, capaz de hablar con total franqueza y de decir cosas desagradables pero ciertas que ningún rey quería oír.

El sol abrasaba. Los caballos piafaban a lo lejos. Los debilitados alisios suspiraban y susurraban a intervalos cada vez más prolongados. El perfume se hacía más denso. La mujer regresó con el bebé, ya tranquilo, a la parte de atrás de la casa. Los cenízaros plegaron sus hojas y se entregaron a su propia siesta en la suave brisa, por encima del durmiente. La niña, igual de emocionada por la solemnidad de su tarea, continuaba espantando las moscas y los vaqueros seguían observando en silencio.

Hardman Pool se despertó. La siguiente expiración, que debía mantener el ritmo, no se produjo. Tampoco se alzó el bigote blanco. En vez de eso, los pómulos, cubiertos por las patillas, se inflaron; los párpados se abrieron y dejaron a la vista unos ojos azules, coléricos y totalmente conscientes; la mano derecha fue en busca de la pipa a medio fumar que se encontraba junto a su costado, mientras la izquierda agarraba las cerillas.

—Ve a buscar mi leche con ginebra —ordenó en hawaiano a la cría que temblaba, asustada al verlo despierto.

Encendió la pipa, pero no dio muestras de haberse percatado de la presencia de quienes esperaban hasta que le trajeron el vaso de leche con ginebra y se lo hubo bebido.

—¿Y bien? —preguntó de repente y, durante la pausa, mientras veinte rostros sonreían y veinte pares de ojos oscuros brillaban de placer y admiración, se limpió los restos de leche con ginebra que

quedaban en su boca, rodeada de pelambrera—. ¿A qué esperáis? ¿Qué queréis? Venid aquí.

Veinte gigantes, la mayoría jóvenes, se pusieron en pie y, entre el ruido metálico de las espuelas y el tintineo de las cadenas, se acercaron a zancadas. Se agruparon frente a él en un semicírculo, intentando encajar los hombros con timidez, uno junto al otro, en los rostros sonrisas de disculpa que al mismo tiempo expresaban un sentimiento democrático inconsciente y despreocupado. En realidad, Hardman Pool era para ellos más que un simple jefe. Era un hermano mayor, un padre o un patriarca, y estaba emparentado con todos ellos, de una forma u otra, según la costumbre hawaiana, a través de su esposa y de los muchos matrimonios de sus hijos y nietos. El más ligero movimiento de su ceño los perturbaba, su ira los aterraba, sus órdenes podían enviarlos a una muerte segura; sin embargo, ni uno de ellos se habría siquiera planteado llamarlo de forma menos íntima que por su nombre de pila; nombre que sus lenguas traducían como Kanaka Oolea.

Tras un gesto de Hardman, el semicírculo tomó asiento sobre la hierba *manienie* y, entre sonrisas de disculpa, aguardó a que él continuase.

—¿Qué queréis? —preguntó en hawaiano, con brusquedad y dureza simuladas.

Sonrieron más ampliamente y retorcieron sus anchos hombros y enormes torsos con la satisfacción de un grupo de cachorrillos. Hardman Pool señaló a uno de ellos.

—A ver, Iliiopoi, ¿qué quieres?

—Diez dólares, Kanaka Oolea.

—Diez dólares —vociferó Pool, aparentemente conmocionado por una suma tan elevada—. ¿Eso significa que vas a tomar una segunda esposa? Recuerda las enseñanzas del misionero. Solo puedes tener una esposa a la vez, Iliiopoi, solo una esposa, porque quien alberga varias esposas a la vez sin duda irá al infierno.

Todos recibieron la broma entre risas y ojos sonrientes.

—No, Kanaka Oolea —fue la respuesta—. El demonio sabe que ya me cuesta bastante conseguir *kow-kow* para una sola esposa y sus muchos parientes.

—¿*Kow-kow*? —Pool repitió la palabra china usada para designar la comida, con la que los hawaianos habían sustituido

paina, su propio término—. ¿Acaso no habéis tomado todos *kow-kow* aquí este mediodía?

—Sí, Kanaka Oolea —contestó un nativo anciano y arrugado que acababa de llegar desde la casa para unirse al grupo—. Todos ellos tomaron *kow-kow* en la cocina, y en cantidad. Comieron como caballos perdidos traídos desde la zona de lava.

—¿Y qué quieres tú, Kumuhana? —se distrajo Pool con el anciano, al tiempo que indicaba a la niña que espantase las moscas desde su otro costado.

—Doce dólares —dijo Kumuhana—. Quiero comprar un burro y una silla y brida de segunda mano. Empiezo a estar demasiado viejo para ir andando.

—Espera —ordenó su señor *haole*—. Hablaré contigo sobre ese asunto y sobre otras cosas importantes cuando haya acabado con los demás y se hayan ido.

El anciano asintió y se entretuvo en encender su pipa.

—El *kow-kow* que tomamos en la cocina era muy bueno —continuó Iliiopoi, relamiéndose—. El *poi* era denso, el cerdo estaba gordo, el salmón no olía, el pescado era fresco y abundante, aunque habían echado sal a los *opihis* (especie de lapa) y por eso estaban duros. Nunca hay que salar los *opihis*. Te he dicho muchas veces, Kanaka Oolea, que no hay que salar los *opihis*. Estoy lleno de buen *kow-kow*. Me pesa la barriga. Pero mi corazón no se alegra, porque no hay *kow-kow* en mi propia casa, donde está mi esposa, que es la tía de la segunda esposa de tu cuarto hijo, y donde está mi hijita y la anciana madre de mi mujer, y el hijo inválido de la anciana madre de mi mujer, y la hermana de mi esposa, que vive con nosotros, junto con sus tres hijos, ya que el padre murió de hidropesía…

—¿Cinco dólares os salvarán a todos de celebrar algún funeral durante uno o varios días? —interrumpió Pool, muy irritado.

—Sí, Kanaka Oolea, y llegarán para comprarle a mi mujer un peine nuevo, y a mí un poco de tabaco.

De un saco de oro que extrajo del bolsillo trasero del peto, Hardman Pool apartó una moneda de oro que lanzó con acierto a la mano que esperaba para recogerla.

A un soltero que quería seis dólares para unas polainas nuevas,

tabaco y espuelas, le dio tres; lo mismo hizo con otro que necesitaba un sombrero; y a un tercero que humildemente pidió dos dólares, le entregó cuatro y le dedicó un cumplido por lo bien que había atrapado con el lazo a un toro salvaje de las montañas. Todos sabían que, por lo general, dividía por dos sus peticiones, por lo que aumentaban el total de lo solicitado. Hardman Pool era consciente de que le pedían el doble y sonreía para sí. Era su forma de hacer las cosas y, además, resultaba muy bien con sus multitudinarios parientes, sin reducir el aprecio que le tenían.

—¿Y tú, Ahuhu? —le preguntó a uno cuyo nombre significaba «mala hierba venenosa».

—Y el precio de un pantalón de peto —concluyó Ahuhu la lista de sus necesidades—. He cabalgado mucho y muy duro detrás de tu ganado, Kanaka Oolea, y donde mi peto ha rozado el asiento de la silla de montar, ya no hay tejido. No está bien que digan que un vaquero de Kanaka Oolea, que además es primo de la hermanastra de la esposa de Kanaka Oolea, debería avergonzarse de ser visto fuera de la silla de montar a menos que camine sin dar nunca la espalda a quienes lo miran.

—Te daré lo que cuesta una docena de petos, Ahuhu —sonrió Hardman Pool al tiempo que le lanzaba la suma necesaria—. Me enorgullece que mi familia comparta mi orgullo. Después, Ahuhu, me darás uno de la docena de petos, para que no me vea obligado a caminar hacia atrás, ya que mi único peto está tan gastado como el tuyo.

Mientras se reían encantados de la última salida de su jefe *haole*, aquellos hombres de cuerpos imponentes y mentes sin resabiar se dirigieron a sus caballos. Todos, excepto Kumuhana, el anciano arrugado que había recibido la orden de aguardar.

Permanecieron cinco minutos sentados en silencio. Luego Hardman Pool ordenó a la niña que fuera a buscar un vaso de leche con ginebra y, cuando esta se lo llevó, le indicó que se lo entregase a Kumuhana. El vaso no se apartó de sus labios hasta quedar vacío, momento en el que soltó un audible «A-a-a-h» y se relamió.

—Mucho *awa* he bebido en mi vida —dijo reflexivamente—. Sin embargo, el *awa* es la bebida del hombre común, mientras que el licor *haole* es la bebida de los jefes. El *awa* no provoca la disposición a entrar en calor del licor, ese golpe en las costillas, esa

agradable comezón que te hace sentir vivo.

Hardman Pool sonrió e hizo un gesto de asentimiento, por lo que Kumuhana continuó:

—Hace entrar en calor. Calienta la barriga y el alma. Entibia el corazón. Cuando se es viejo, incluso el alma y el corazón se enfrían.

—Y tú eres viejo —admitió Pool—. Casi tanto como yo.

Kumuhana negó con la cabeza y murmuró:

—Si no fuese más viejo que tú, sería tan joven como tú.

—Yo tengo setenta y uno —dijo Pool.

—Yo no cuento la edad de esa forma —fue la respuesta—. ¿Qué pasó cuando naciste?

—A ver… —calculó Pool—. Estamos en 1880. Restamos setenta y uno y queda un nueve. Nací en 1809, que es el año en que murió Keliimaki y el año en que Archibald Campbell, el escocés, vivió en Honolulú.

—Entonces sí que soy mayor que tú, Kanaka Oolea. Recuerdo bien al escocés, porque yo ya jugaba entre las cabañas de techo de paja de Honolulú y usaba una tabla de surf en la rompiente *wahine* (mujer) de Waikiki. Podría llevarte al lugar donde estaba la cabaña del escocés. Lo ocupa ahora la Misión del Navegante. Pero no sé en qué año nací. Mi abuela y mi madre me hablaron de eso a menudo. Nací cuando Madame Pele (diosa del fuego o de los volcanes) se enfadó con la gente de Paiea porque no le sacrificaron peces de su laguna y envió un flujo de lava de Haulalai que cubrió la laguna por completo. La laguna de Paiea quedó tapada para siempre. Entonces fue cuando nací.

—Eso fue en 1801, cuando James Boyd construía barcos para Kamehameha en Hilo —Pool repasó el calendario—, así que tienes setenta y nueve años, ocho más que yo. Eres viejo.

—Sí, Kanaka Oolea —murmuró Kumuhana, al tiempo que intentaba henchir de orgullo su hundido pecho.

—Y eres muy sabio.

—Sí, Kanaka Oolea.

—Y sabes muchos de los secretos que solo saben los ancianos.

—Sí, Kanaka Oolea.

—Así que sabes… —Hardman Pool se interrumpió con gran efecto, para impresionar e hipnotizar al otro anciano con la mirada fija de sus ojos azul pálido—. Dicen que los huesos de Kahekili

fueron retirados del lugar oculto donde descansaban y ahora están en el Mausoleo Real. Pero yo he oído contar que solo tú, de todos los hombres vivos, sabes la verdad.

—La sé —fue la orgullosa respuesta—. Solo yo la sé.

—Pues dime, ¿yacen ahí? Sí o no.

—Kahekili era un *alii* (gran jefe). Kalama, tu esposa, desciende directamente de él. Ella es una *alii*. —El viejo criado hizo una pausa y frunció los labios mientras meditaba—. Pertenezco a ella como todos mis antepasados pertenecieron a los suyos. Solo ella puede pedirme que le cuente los grandes secretos. Ella es sabia, demasiado sabia para ordenarme que cuente el secreto. A ti, Kanaka Oolea, no te respondo ni sí ni no. Es un secreto de los *aliis* que ni siquiera los *aliis* saben.

—Muy bien, Kumuhana —elogió Hardman Pool—. Sin embargo, olvidas que soy un *alii* y que lo que mi buena Kalama no osa pedir, yo lo ordeno. Puedo llamarla ahora y decirle que te ordene contestar. Pero eso sería una estupidez, a menos que demuestres ser doblemente estúpido. Cuéntame el secreto y ella nunca lo sabrá. Las mujeres están hechas para soltar por la boca lo que entra por sus oídos. Yo soy un hombre y los hombres estamos hechos de otra manera. Como bien sabes, mis labios se sellan para guardar secretos como el pulpo se pega a la roca salada. Si no me lo cuentas a mí solo, nos lo contarás a Kalama y a mí, y sus labios hablarán, sus labios hablarán, y hasta el último *malahini* sabrá muy pronto lo que, de otra forma, solo tú y yo sabremos.

Kumuhana permaneció sentado en silencio un buen rato, dándole vueltas al argumento, sin encontrar la forma de evadir su lógica.

—Grande es tu sabiduría *haole* —reconoció al final.

—¿Sí o no? —fue al grano Hardman Pool.

Kumuhana miró a su alrededor y luego clavó su mirada, lentamente, en la niña que espantaba las moscas.

—Vete —le ordenó Pool—. Y no vuelvas si no oyes una palmada mía.

Hardman Pool no dijo nada más, incluso después de que la niña hubiese entrado en la casa, aunque en su rostro se leía claramente: «Sí o no?».

Kumuhana volvió a mirar a su alrededor y alzó la vista hacia las

ramas del cenízaro, como si buscase capturar algún oyente que estuviese al acecho. Tenía los labios muy secos. Se los humedeció con la lengua varias veces. En dos ocasiones intentó hablar, pero solo emitió un ruido inarticulado. Por fin, con la cabeza inclinada, susurró, en voz tan baja y solemne que Hardman Pool se vio obligado a inclinar su propia cabeza para oír: «No».

Pool dio una palmada y la niña salió corriendo de la casa hacia él, casi revoloteando con las prisas.

—Trae leche con ginebra para el anciano Kumuhana —ordenó Pool. Y a Kumuhana le dijo—: Ahora cuéntame la historia al completo.

—Espera —fue la respuesta—. Espera a que la pequeña *wahine* vuelva y se marche de nuevo.

Cuando la niña se fue y la leche con ginebra recorrió su camino predestinado, Hardman Pool aguardó sin prisas a escuchar el resto de la historia. Kumuhana se llevó una mano al pecho y tosió varias veces, en busca de aliento, pero al final habló sin que el otro se lo pidiera.

—En los viejos tiempos, cuando un gran *alii* moría era algo terrible. Kahekili era un gran *alii*. Podría haber sido rey, de haber vivido. ¿Quién sabe? Yo era joven, aún no estaba casado. Tú, Kanaka Oolea, sabes cuándo murió Kahekili y puedes decirme cuántos años tenía yo. Murió cuando el gobernador Boki dirigía aquí, en Honolulú, el hotel Blonde. ¿Lo oíste contar?

—Aún estaba a barlovento de Hawái —respondió Pool—. Pero lo oí contar. Boki montó una destilería y arrendó las tierras de Manoa para cultivar azúcar para la destilería, pero Kaahumanu, que era el regente, canceló el contrato, levantó la caña de azúcar y plantó patatas. Boki se enfadó y se preparó para la guerra. Reunió a sus soldados junto con una docena de desertores de los balleneros y cinco cañones de latón de seis libras, en Waikiki…

—Entonces fue cuando murió Kahekili —interrumpió Kumuhana, impaciente—. Eres muy sabio. Sabes muchas cosas de los viejos tiempos mejor que nosotros, los ancianos *kanakas*.

—Fue en 1829 —continuó Pool, muy satisfecho—. Tenías veintiocho años y yo veinte. Fue cuando llegué a tierra en un bote tras el incendio del *Black Prince*.

—Yo tenía veintiocho —continuó Kumuhana—. Coincide.

Recuerdo bien los cañones de Boki en Waikiki. Kahekili murió entonces, también en Waikiki. La gente aún cree que llevaron sus huesos al *Hale o Keawe* (mausoleo) de Honaunau, en Kona…

—Y mucho después los trasladaron al Mausoleo Real de aquí, de Honolulú —completó Pool.

—También hay algunos, Kanaka Oolea, que creen que la reina Alice los tiene almacenados, con el resto de sus huesos ancestrales, en las grandes vasijas de su sala tabú. Todos se equivocan. Yo lo sé. Los huesos sagrados de Kahekili han desaparecido para siempre. No descansan en ningún sitio. Ya no existen. Y muchos vientos *kona* han blanqueado las olas de Waikiki desde que el último hombre vio los restos de Kahekili. De esos hombres, solo yo permanezco con vida. Soy el último y no me alegré de presenciar ese final.

»Verás, yo era joven y mi corazón ardía como lava incandescente por Malia, que pertenecía al hogar de Kahekili. El corazón de Anapuni también ardía por ella, aunque el color de su corazón era el negro, como verás. Esa noche estábamos bebiendo, Anapuni y yo, la noche que murió Kahekili. Anapuni y yo éramos plebeyos, como todos los *kanakas* y *wahines* que se encontraban bebiendo con los marineros y los tripulantes de los balleneros. Bebíamos sobre las esterillas, en la playa de Waikiki, cerca del viejo *heiau* (templo), que no queda lejos de lo que ahora es la casa de la playa de los Wilder. Entonces aprendí para siempre las cantidades de bebida que los marineros *haole* soportan. En cuanto a nosotros, los *kanakas*, teníamos las cabezas alteradas y alegres, con un mido interior como el de una calabaza seca, todo debido al whisky y al ron.

»Pasaba de la medianoche, lo recuerdo bien, cuando vi a Malia, a quien nunca había visto en una reunión para beber, acercarse cruzando la zona de arena dura y mojada de la playa. Mi cerebro ardió como las brasas del infierno al ver cómo la miraba Anapuni, quien se encontraba más cerca de ella porque estaba frente a mí, en el círculo de bebedores. Ya sé que lo que me dominaba eran el whisky, el ron y la juventud; pero allí, en ese momento, mi cabeza disparatada decidió que, si ella le hablaba y aceptaba bailar antes con él, rodearía su garganta con mis manos y lo arrojaría al oleaje *wahine*, donde lo ahogaría hasta matarlo y librarme del obstáculo que se interponía entre Malia y yo. Porque ella no acababa de elegir

entre uno de los dos y solo él tenía la culpa de que Malia no fuese mía desde mucho tiempo atrás.

»Era una joven impresionante, con un cuerpo tan generoso como el de una jefa y, mientras se acercaba cruzando la arena mojada bajo el brillo trémulo de la luna, parecía aún más hermosa. Incluso los marineros *haole* guardaron silencio y se quedaron mirándola con la boca abierta. ¡Cómo caminaba! Te he oído hablar, Kanaka Oolea, de esa mujer llamada Helena que provocó la guerra de Troya. De Malia te digo que más hombres habrían atacado las murallas del infierno por ella de los que asaltaron esa ciudad de la antigüedad de la que tanto hablas cuando has bebido demasiada ginebra y muy poca leche.

»¡Qué andares! A la luz de la luna, el suave resplandor de las medusas en el oleaje parecía el de las candilejas que he visto en el nuevo teatro *haole*. No eran los andares de una niña, sino los de una mujer. No avanzaba revoloteando como las olas pequeñas sobre una playa plácida, protegida por el arrecife. En su forma de andar había algo grandioso, majestuoso, como el movimiento de las fuerzas de la naturaleza, como el rítmico fluir de la lava por las laderas de Kau hasta el mar, como la oscilación de las enormes y ordenadas olas que provocan los alisios, como el ascenso y descenso de las cuatro grandes mareas del año, que serán como música para el oído eterno de Dios, ya que ocurren con tal lentitud que no pueden formar una melodía para el hombre común que vive poco, muere pronto y cuyo corazón late con rapidez.

»Anapuni estaba más cerca. Pero ella me miró a mí. ¿Has oído alguna vez, Kanaka Oolea, una llamada sin sonido pero que resulta más fuerte que las caracolas de Dios? Así me llamó ella desde el otro lado del círculo de bebedores. Empecé a levantarme, porque aún no estaba totalmente borracho, pero el brazo de Anapuni la agarró y tiró de ella, por lo que me dejé caer de nuevo sobre el codo y observé, hecho una furia. Él quería obligarla a sentarse a su lado y yo esperé. Si se sentaba y luego bailaba con él, yo sabía que antes del alba Anapuni sería hombre muerto, porque lo asfixiaría y ahogaría en las aguas poco profundas.

»¿No te parece extraño, Kanaka Oolea, ese fuego que llamamos amor? Y, sin embargo, no es extraño. Tiene que ser así mientras somos jóvenes o la humanidad no perduraría.

—Por eso el deseo por la mujer tiene que ser mayor que el deseo por la vida —coincidió Pool—. De lo contrario no habría hombres ni mujeres.

—Sí —dijo Kumuhana—. Aunque ya han pasado muchos años desde que ese fuego se apagó en mi interior. Lo recuerdo como quien recuerda un amanecer pasado, algo que fue. Envejecemos, nos enfriamos y bebemos ginebra, no para perder el control, sino para calentarnos. Y la leche es muy nutritiva.

»Pero Malia no se sentó junto a él. Recuerdo sus ojos desorbitados, su cabello suelto y en movimiento, al tiempo que se inclinaba sobre él y susurraba algo a su oído. El cabello lo cubrió y lo ocultó mientras ella hablaba, y aquella imagen hizo latir mi corazón contra mis costillas hasta que me mareé y casi me quedé ciego. Con toda la fuerza de mi voluntad decidí que, si en poco tiempo, Malia no se acercaba a mí, yo cruzaría el círculo en su busca.

»Aunque eso no llegó a ocurrir. ¿Te acuerdas del jefe Konukalani? Pues se acercó al círculo a grandes zancadas. Estaba rojo de ira. Agarró a Malia, no por el brazo, sino por el pelo, la arrastró consigo y desapareció. Ni siquiera ahora entiendo la mitad de lo ocurrido entonces. Yo, que estaba dispuesto a matar a Anapuni por ella, no alcé una mano ni protesté cuando Konukalani se la llevó arrastrándola del pelo… tampoco lo hizo Anapuni. Claro que nosotros éramos vasallos y él era un jefe. Eso lo sé. Pero ¿por qué dos hombres comunes, locos de deseo por una mujer, siendo en ellos más fuerte el deseo por esa mujer que el deseo de vivir, permiten que cualquier jefe, aunque fuese el más importante de todos, se lleve a la mujer agarrándola del pelo? Si la desean más que a la vida, ¿por qué esos dos hombres temen matar en ese momento al jefe? Se trata de algo más fuerte que la vida, más fuerte que una mujer, pero ¿qué es? Y ¿por qué?

—Te lo diré —contestó Hardman Pool—. Ocurre porque la mayoría de los hombres son necios y, por eso, los pocos hombres sabios deben cuidar de ellos. Ese es el secreto de los jefes. En todo el mundo hay jefes que dominan a los hombres. Siempre ha habido jefes que deben decir a los muchos necios: «Haced esto; no hagáis eso. Trabajad, y trabajad como os decimos, o vuestras barrigas permanecerán vacías y moriréis. Obedeced las leyes que os

imponemos o seréis bestias sin lugar en el mundo. No habríais existido de no ser por los jefes anteriores, que dieron órdenes y controlaron a vuestros padres. No habrá simiente vuestra en el futuro si ahora no os damos órdenes y os controlamos. Tenéis que respetar la paz, ser decentes y sonaros la nariz. Por la noche debéis acostaros temprano y madrugar para trabajar, si queréis dormir en una cama y no en las ramas de los árboles, como las aves de corral. Por eso plantamos ñame y vosotros tenéis que plantarlo ahora. Es ahora, hoy, así que olvidaros de pasar el día en el campo bailando *hula* y de plantar ñame mañana o cualquier otro día de los muchos que pasáis sin preocupaciones. No debéis mataros los unos a los otros y debéis dejar en paz a las mujeres de vuestros vecinos. Todo esto os dará la vida, porque vosotros vivís al día, mientras que nosotros, vuestros jefes, pensamos en los días por venir».

—Para mí, tu sabiduría, Kanaka Oolea, es como una nube de montaña que baja y te envuelve sin que te des cuenta de que es una nube —murmuró Kumuhana—. Aunque es una pena que yo haya nacido vasallo y deba serlo durante toda mi vida.

—Eso es porque eres vasallo por naturaleza —aseguró Hardman Pool—. Cuando un hombre nace vasallo, pero no lo es por naturaleza, se alza, derroca a los jefes y se convierte en jefe de los jefes. ¿Por qué no diriges mi rancho, con sus muchos miles de cabezas de ganado, rotas los pastos cuando llueve, escoges los becerros, negocias y vendes la carne a los barcos, a los buques de guerra y a los habitantes de Honolulú, te peleas con los abogados, ayudas a legislar e incluso le dices al rey lo que debe hacer y lo que resultaría peligroso para él? ¿Por qué ningún otro hombre hace lo que yo hago? Cualquiera de los hombres que trabajan para mí, comen de mi mano y permiten que piense por ellos. Yo, que trabajo más que cualquiera de ellos, que no como más que ellos y que no puedo dormir en más de una esterilla *lauhala* a la vez, como cualquiera de ellos.

—Me he deshecho de la nube, Kanaka Oolea —dijo Kumuhana con un semblante mucho más alegre—. Veo con más claridad. Durante toda mi vida he permitido que los *aliis* a cuya sombra nací pensaran por mí. Siempre, cuando tenía hambre, acudí a ellos en busca de comida, como ahora acudo a tu cocina. Mucha gente come en tu cocina y es natural que así ocurra los días de festín, cuando

sacrificas los bueyes más gordos para todos nosotros. Por eso acudo a ti hoy, que soy un viejo cuya fuerza y trabajo no merecen ni un chelín a la semana, y te pido doce dólares para comprar un burro y una silla y brida de segunda mano. Por eso hace media hora que veinte hombres, bajo estos cenízaros, te pidieron un dólar o dos, cuatro o cinco, diez o doce. Somos los despreocupados que viven sin preocupaciones y que no plantarán el ñame a tiempo si su *alii* no se lo ordena, que nunca pensarán por su cuenta y que, cuando envejecen hasta perder todo valor, saben que su *alii* proporcionará *kow-kow* a sus barrigas y pondrá un techo de paja sobre sus cabezas.

Hardman Pool asintió como muestra de comprensión e insistió:

—Pero háblame de los huesos de Kahekili. El jefe Konukalani acababa de llevarse a Malia a rastras y Anapuni y tú permanecisteis sentados, sin protestar, en el círculo de bebedores. ¿Qué fue lo que Malia susurró al oído de Anapuni cuando se inclinó sobre él y le ocultó el rostro con la melena?

—Que Kahekili había muerto. Eso fue lo que le susurró a Anapuni. Que Kahekili estaba muerto, acababa de morir, y los jefes, tras ordenar a los presentes que permanecieran en el interior de la casa, debatían cómo ocuparse de sus restos antes de que la noticia de su muerte se hiciera conocida. Que quien lo organizaba todo era el sumo sacerdote Eoppo y que ella había oído que precisamente Anapuni y yo habíamos sido elegidos para ser sacrificados y acompañar a Kahekili y sus huesos, con la misión de cuidar de él para siempre en el misterioso otro mundo.

—El *moeppu*, el sacrificio humano —comentó Pool—. Sin embargo, ya hacía nueve años que habían llegado los misioneros.

—Y el año anterior a su llegada los ídolos fueron desterrados y el tabú roto —añadió Kumuhana—. Pero los jefes continuaban practicando las viejas tradiciones, la costumbre de *hunakele*, y escondían los huesos de los *aliis* donde ningún hombre pudiese encontrarlos y hacer anzuelos con las mandíbulas o puntas de flecha con los huesos más largos para divertirse matando pequeños ratones. ¡Mira, Kanaka Oolea!

El anciano sacó la lengua y, para asombro de Pool, dejó al descubierto la superficie de ese órgano tan delicado, tatuada por completo con intrincados motivos.

—Eso me lo hicieron después de que llegaran los misioneros, varios años después cuando murió Keopuolani. Además, me arranqué cuatro de los dientes delanteros y quemé semicírculos por todo mi cuerpo con una corteza abrasadora. Esa noche, los jefes mataron a todos los que se atrevieron a salir de casa. Tampoco se permitió encender la más mínima luz, ni hacer ruidos o susurrar. Incluso mataron a los perros y los cerdos que hicieron ruido y, durante toda esa noche, las campanas de los barcos *haole* que estaban en puerto tampoco pudieron sonar. En aquellos tiempos, cuando un *alii* moría, era horrible.

»Pero volvamos a la noche en que murió Kahekili. Cuando Konukalani se llevó a Malia a rastras, nosotros continuamos sentados en el círculo de bebedores. Algunos de los marineros *haole* se quejaron, pero en aquellos tiempos ellos eran minoría y los *kanakas* abundaban. Nadie volvió a ver a Malia. Solo Konukalani supo cómo había muerto, y nunca lo contó. Y eso que, en años posteriores, Anapuni y yo, a pesar de ser vasallos, nos atrevimos a preguntárselo.

»Había logrado advertir a Anapuni antes de que se la llevaran. Pero Anapuni tenía el corazón negro. A mí no me dijo nada. Se merecía la muerte que yo había pensado para él. En el círculo había un arponero gigantesco cuyo canto era como el bramido de un toro. Lo miré asombrado cuando empezó a vociferar una canción marinera y, cuando volví a mirar hacia Anapuni, Anapuni ya no estaba. Había huido a lo alto de las montañas para ocultarse allí, con los que atrapaban pájaros, durante siete meses. Eso lo supe después.

»¿Yo? Continué sentado, avergonzado porque mi deseo por una mujer no hubiese sido tan fuerte como mi obediencia esclava a un jefe. Ahogué mi vergüenza en largos sorbos de ron y whisky, hasta que el mundo empezó a dar vueltas, tanto dentro como fuera de mi cabeza, la Cruz del Sur bailó un *hula* en el cielo, las montañas Koolau inclinaron sus elevadas cimas hacia Waikiki y las olas de Waikiki besaron sus frentes. El arponero gigante siguió bramando y sus rugidos fueron lo último que oí antes de caer boca arriba sobre la esterilla *lauhala* como si estuviera muerto.

»Cuando me desperté empezaba a clarear. Un talón descalzo y duro me golpeaba en las costillas. Debido a la cantidad de bebida

que había tomado, las sensaciones que aquel talón provocó en mí no eran agradables. Los *kanakas* y las *wahines* del círculo ya no estaban. Solo quedaba yo entre los marineros dormidos, y el arponero gigante, que roncaba como una ballena, apoyaba la cabeza en mis pies.

»Los golpes de talón continuaron, así que me senté y me mareé. Pero el de los golpes estaba impaciente y quiso saber dónde se encontraba Anapuni. Yo no lo sabía y recibí golpes por ambos lados, propinados por dos hombres impacientes. Tampoco sabía que Kahekili había muerto. Aunque imaginé que algo grave ocurría porque los dos hombres que me pateaban eran jefes y no había vasallos inclinándose tras ellos para cumplir sus órdenes. Uno era Aimoku, de Kaneohe; el otro, Humuhumu, de Manoa.

»Me ordenaron que los acompañase y no lo hicieron con amabilidad. Al levantarme, la cabeza del arponero dejó de apoyarse en mis pies, rodó sobre la esterilla y acabó en la arena. Gruñó como un cerdo, sus labios se abrieron y la enorme lengua salió de la boca, sobre la arena. Pero no la retiró. Por primera vez supe lo larga que podía ser la lengua de un hombre. Ver la arena pegada a ella hizo que volviera a marearme. El día siguiente a una noche de borrachera es terrible. Todo me ardía, tenía sed, mi interior estaba carbonizado, era como *aa* lava, como la lengua del arponero, seca y llena de arenas. Me incliné para coger un coco a medio beber, pero Aimoku le dio una patada y lo arrancó de mis temblorosos dedos, mientras Humuhumu me golpeaba en el cuello con el canto de la mano.

»Caminaban por delante de mí, uno junto al otro, con gesto solemne y sombrío, y yo iba pegado a sus talones. Me apestaba el aliento por la bebida, la cabeza me daba vueltas y me habría cortado la mano derecha por un poco de agua, por muy poco, incluso por un único sorbo. Si la hubiese tomado, sé que habría crepitado en el interior de mi barriga, como el agua que se arroja sobre las piedras calientes para cocinar. El día siguiente a beber es terrible. He vivido la vida entera de muchos hombres que murieron jóvenes desde la última vez que fui capaz de beber de esa forma, cuando la juventud no sabe lo que es llegar a un límite ni se intimida ante nada.

»Pero al ir avanzando, me di cuenta de había muerto algún *alii*.

No vi *kanakas* dormidos en la arena, aunque yo sabía que no habían abandonado sus aventuras amorosas para volver a casa por su propia cuenta; tampoco habían salido las canoas a pescar, precisamente cuando más fácil resultaba, durante el cambio de marea. Tras dejar atrás el *heiau* (templo) y llegar al punto donde el gran Kamehameha sacaba del agua sus bergantines y goletas, vi, bajo los cobertizos de las canoas, que habían retirado las cubiertas de paja de la gran canoa doble de Kahekili y que, a pesar de estar la marea baja, muchos hombres la empujaban playa abajo para botarla. Pero todos esos hombres eran jefes. Y, aunque me costaba centrar la mirada, la cabeza me daba vueltas y el interior del cuerpo me ardía, supuse que el *alii* muerto era Kahekili. Era viejo y, por lo tanto, más probable que muriese.

—Según oí contar, fue su muerte lo que de verdad arruinó la rebelión del gobernador Boki, más que la intercesión de Kekuanaoa —intervino Hardman Pool.

—La arruinó la muerte de Kahekili —confirmó Kumuhana—. Todos los vasallos, cuando esa noche se extendió la noticia de su muerte, se cobijaron en el interior de las cabañas, sin encender fuego ni pipas y sin hacer ruido al respirar, ya que todo eso era tabú, por lo que podrían acabar sacrificados. Los vasallos que luchaban con el gobernador Boki, además de los *haoles* desertores de los barcos, huyeron del mismo modo, de manera que los cañones de latón quedaron inservibles y el puñado de jefes restante no pudo hacer nada.

»Aimoku y Humuhumu ordenaron que me sentara sobre la arena, cerca del lugar donde botaban la gran canoa doble. Una vez a flote, todos los jefes tuvieron sed porque no estaban acostumbrados a semejantes esfuerzos. Me ordenaron subir a las palmeras que se alzaban tras los cobertizos de las canoas y arrojar varios cocos para que pudieran beber su agua. Ellos bebieron y se refrescaron, pero a mí no me dieron permiso.

»Después llevaron a Kahekili desde su casa a la canoa en un ataúd *haole*, engrasado, barnizado y nuevo. Había sido hecho por un carpintero de ribera que pensaba que estaba fabricando un bote que no debía filtrar agua. Era hermético y arriba, donde estaba el rostro de Kahekili, solo había una lámina fina de cristal. Los jefes no habían atornillado el tablón exterior para cubrir el cristal. Tal vez

no sabían cómo funcionan los ataúdes de los *haoles*; pero, en cualquier caso, yo acabaría por alegrarme de que no lo supieran, como muy pronto verás.

»—Solo hay un *moepuu* —dijo el sacerdote Eoppo mientras miraba hacia mí, que estaba sentado en el ataúd, sobre el fondo de la canoa. Los jefes ya remaban para remontar el arrecife.

»—El otro ha huido y se ha escondido —respondió Aimoku—. Solo encontramos a este.

»Entonces lo supe. Lo supe todo. Me iban a sacrificar. El otro sacrificado iba a ser Anapuni. Eso fue lo que Malia le susurró a Anapuni mientras bebíamos. Pero se la habían llevado antes de que pudiera advertirme a mí. Y, en su maldad, él no me lo había dicho.

»—Deberían ser dos —dijo Eoppo—. Lo dice la ley.

»Aimoku dejó de remar y miró hacia la orilla, como si pensara en volver para buscar un segundo sacrificado. Pero varios de los jefes se negaron y dijeron que todos los vasallos habían huido a las montañas o cumplían el tabú en sus casas, por lo que podrían tardar varios días en apresar a uno. Al final, Eoppo cedió, aunque de vez en cuando se quejaba de que la ley exigía dos *moeppus*.

»Continuamos remando, dejamos atrás Diamond Head, llegamos hasta Koko Head y seguimos hasta encontrarnos en medio del canal de Molokai. Había bastante oleaje, aunque los alisios no soplaban con fuerza. Los jefes descansaron un rato, excepto los timoneles, que mantenían la proa en la dirección que mejor permitía aprovechar viento y oleaje. Antes de recuperar los remos, abrieron más cocos y bebieron.

»—No me importa demasiado ser el *moeppu* —le dije a Humuhumu—, pero me gustaría beber algo antes de que me matéis.

»No me dieron de beber. Pero dije la verdad. El exceso de whisky y ron me afectaba lo suficiente como para no temer a la muerte. Al menos dejaría de tener tan mal sabor de boca, no me dolería la cabeza ni tendría las entrañas como arena seca y caliente. Casi lo peor de todo era cuando pensaba en la lengua del arponero tal y como la había visto por última vez: sobre la arena y cubierta de arenas… Kanaka Oolea, ¡qué animales son los jóvenes con la bebida! Hasta que no son viejos, como tú y yo, no controlan su sed injustificada y empiezan a beber con moderación, como tú y yo.

—Porque nos vemos obligados —contestó Hardman Pool—. Los

estómagos viejos se vuelven frágiles y delicados y bebemos con moderación porque no nos atrevemos a beber más. Somos sabios, pero la sabiduría es amarga.

—El sacerdote *Eoppo* cantó una larga *mele* sobre la madre de Kahekili, la madre de su madre y todas las madres hasta el principio de los tiempos —continuó Kumuhana—. Yo tenía la sensación de que iba a morir antes de que acabase. Convocó a todos los dioses del inframundo, el mundo medio y el superior para que cuidasen y albergasen al *alii* muerto que estábamos a punto de entregarles y para que cumpliesen las maldiciones, unas maldiciones espantosas, con las que amenazaba a todo hombre vivo entonces y después que pudiese manipular los huesos de Kahekili para usarlos en su deporte de matar alimañas.

»¿Sabes, Kanaka Oolea? El sacerdote hablaba una lengua muy diferente y ahora sé que era la lengua de los sacerdotes, la lengua antigua. A Maui no lo llamaba Maui, sino Maui-Tiki-Tiki y Maui-Po-Tiki. A Hiña, la diosa madre de Maui, la llamaba Ina. Y al dios padre de Maui lo llamaba a veces Akalana y otras Kanaloa. ¡Es curioso que alguien a punto de morir y tan sediento se acuerde de esas cosas! También recuerdo que el sacerdote llamaba Vaii a Hawái y Ngangai a Lanai.

—Esos eran los nombres maoríes —explicó Hardman Pool—, y los nombres samoanos y tonganos que los sacerdotes trajeron con ellos en los primeros viajes desde el sur, hace mucho tiempo, cuando descubrieron Hawái y se establecieron aquí.

—Grande es tu sabiduría, Kanaka Oolea —reconoció el anciano en tono solemne—. A Ku, nuestro Defensor de los Cielos, el sacerdote lo llamaba Tu y también Ru. Y a La, nuestro Dios del Sol, lo llamaba Ra…

—Ra era el dios del sol en Egipto, hace mucho tiempo —interrumpió Pool, dando muestras de interés—. Es cierto que los polinesios habéis viajado muy lejos, tanto en el tiempo como en el espacio, desde que empezasteis a hacerlo. Hay mucha diferencia entre el antiguo Egipto, cuando la Atlántida se mantenía a flote, y la joven Hawái del Pacífico Norte. Pero continúa, Kumuhana. ¿Recuerdas algo más de lo que cantaba el sacerdote Eoppo?

—Al final —prosiguió Kumuhana—, aunque yo estaba casi muerto, y próximo a morir bajo el cuchillo del sacerdote, cantó algo

de lo que recuerdo todas las palabras. Escucha. Decía así.

El viejo cantó en un falsete trémulo, con las acostumbradas notas entrecortadas.

—Sin duda se trata de un cántico maorí a la muerte —exclamó Pool—, cantado por un hawaiano con la lengua tatuada. Repítelo y yo te lo traduciré.

Cuando el anciano lo cantó de nuevo, él lo recitó despacio:

Pero la muerte no es nada nuevo.
La muerte existe desde que el viejo Maui murió.
Luego Pata-tai se rio mucho
y despertó al dios duende,
quien lo cortó en dos y lo encerró,
por lo que llegó el crepúsculo.

—Aunque al final —continuó Kumuhana— no me mataron. Eoppo, con el cuchillo en la mano y dispuesto a alzarlo para matar, no lo alzó. ¿Y yo? ¿Cómo me sentía y qué pensaba? A menudo, Kanaka Oolea, me he reído al recordarlo. Me sentía muy sediento. No quería morir. Quería beber agua. Sabía que iba a morir y no paraba de pensar en los miles de cascadas que caían por los *palis* (precipicios), desperdiciando el agua, a barlovento de las montañas Koolau. No pensaba en Anapuni. Tenía demasiada sed. No pensaba en Malia. Tenía demasiada sed. Pero sin descanso, en mi cabeza, veía la lengua del arponero, seca y cubierta de arenas, como la había visto por última vez, sobre la arena. Yo también tenía la lengua así. Y en el fondo de la canoa rodaban muchos cocos. Pero no intenté beber, porque ellos eran jefes y yo su vasallo.

»—No —dijo Eoppo, al tiempo que ordenaba a los jefes que arrojasen el ataúd por la borda—. No hay dos *moepuus*, por lo tanto, no habrá ninguno.

»—Mata al que hay —gritaron los jefes.

»Pero Eoppo negó con la cabeza y dijo:

»—No podemos enviar a Kahekili de viaje con solo una parte de su séquito.

»—Medio pez es mejor que ninguno —dijo Aimoku, echando mano del viejo refrán.

»—No en el entierro de un *alii* —respondió enseguida el sacerdote—. Lo dice la ley. No podemos mostrarnos miserables con

Kahekili y reducir a la mitad su cuota de sacrificio.

»Y así, de momento, mientras arrojaban el ataúd por la borda, no me mataron. Lo extraño fue que de inmediato me alegré de poder vivir. Empecé a acordarme de Malia y a planear cómo me vengaría de Anapuni. Mientras la sangre de la vida se renovaba en mi interior, mi sed se multiplicó por diez y sentí lengua, boca y garganta tan llenas de arena como la lengua del arponero. En cuanto arrojaron el ataúd por la borda, me senté en el fondo de la canoa. Un coco rodó entre mis piernas y las cerré para sujetarlo. Pero en el instante en que lo agarré con la mano, Aimoku me golpeó con el borde del remo y dijo: «¡Mirad!».

»Alzó una mano, en la que había dos dedos torcidos debido a alguna fractura sin reducir.

»No tuve tiempo de quejarme de dolor porque cosas peores me aguardaban. Todos los jefes gritaban horrorizados. El ataúd, boca arriba, no se había hundido. Se mecía en el mar, por detrás de nosotros. Y la canoa, sin nadie que la gobernase, era arrastrada por el viento y las olas hacia el ataúd. El cristal quedaba a nuestra altura, por lo que veíamos el rostro y la cabeza de Kahekili. Nos sonreía y parecía vivo, ya en el otro mundo, enfadado con nosotros y, gracias al poder del otro mundo, a punto de vengar su ira sobre nosotros. No paraba de balancearse y la canoa cada vez se acercaba más a él.

»—¡Mátalo! ¡Desángralo! ¡Apuñálalo en el corazón! —era lo que los jefes le gritaban a Eoppo, dominados por el miedo—. ¡Dale una parte de su séquito! ¡Que el *alii* se lleve medio pez!

»Eoppo, a pesar de ser sacerdote, también tenía miedo y su lógica se debilitó ante la imagen de Kahekili en el ataúd que no se hundía. Me agarró por el pelo, me arrastró hasta sus pies y alzó el cuchillo para clavármelo en el corazón. Yo no me resistí. De nuevo solo pensaba en la mucha sed que tenía y, ante mis ojos casi ciegos, en medio del aire y muy cerca, colgaba la lengua cubierta de arena del arponero.

»Pero antes de que el cuchillo cayera y entrara en mi carne, ocurrió algo que fue mi salvación. Akai, hermanastro del gobernador Boki, como recordarás, era el timonel de la canoa, por lo que iba a proa y se encontraba más cerca que nadie del ataúd y del muerto que no quería hundirse. Estaba muerto de miedo y lanzó

de golpe la punta del remo para repeler al *alii* encerrado, que parecía dispuesto a subir a bordo. La punta del remo golpeó el cristal. El cristal se rompió…

—Y el ataúd se hundió de inmediato —intervino Hardman Pool—, porque el aire que lo hacía flotar salió a través del cristal roto.

—El ataúd se hundió de inmediato, porque el carpintero lo había construido como si fuera un bote —confirmó Kumuhana—. Y yo, que era un *moepuu*, volví a ser un hombre. Sobreviví, aunque sufrí mil muertes debido a la sed antes de que regresáramos a la playa de Waikiki.

»Así que ya ves, Kanaka Oolea, los huesos de Kahekili no descansan en el Mausoleo Real. Están en el fondo del Canal de Molokai, si es que no hace mucho que se convirtieron en polvo flotante o cieno, o, incorporados a los cuerpos de las criaturas coralinas ya muertas, forman parte del arrecife de coral. Yo soy el único hombre vivo de quienes vieron los huesos de Kahekili hundirse en el Canal de Molokai.

Se produjo una pausa, durante la que Hardman Pool se concentró en sus pensamientos y Kumuhana se lamió los secos labios varias veces. Al final rompió el silencio:

—¿Los doce dólares, Kanaka Oolea, para el burro y la silla y brida de segunda mano?

—Los doce dólares serían tuyos —respondió Pool mientras entregaba al anciano seis dólares y medio—, si no fuese porque tengo en mi establo la silla y la brida perfectas para ti y te las regalo. Con estos seis dólares y medio comprarás un burro más que apropiado al *pake* (chino) de Kokako, quien ayer mismo me dijo que ese era el precio.

Continuaron sentados. Pool meditaba y memorizaba en su interior el cántico maorí a la muerte que había escuchado, sobre todo el verso: «Por lo que llegó el crepúsculo», en el que encontraba una intensa satisfacción de la belleza. Kumuhana se lamía los labios y daba muestras de que esperaba algo más. Por fin, volvió a romper el silencio.

—He hablado mucho tiempo, Kanaka Oolea. Mi boca no conserva la humedad duradera de la juventud. Siento que vuelve a dominarme la sed que me atormentó mientras me perseguía la imagen de la lengua del arponero. La leche y la ginebra, Kanaka

Oolea, son buenas para una lengua como la del arponero.

La sombra de una sonrisa aleteó en el rostro de Pool. Dio una palmada y la niña llegó corriendo.

—Trae un vaso de leche con ginebra para el anciano Kumuhana —ordenó Hardman Pool.

[1916]

Los huesos de los antepasados

Han descendido al abismo con sus
armas de guerra y han dispuesto sus
espadas bajo sus cabezas

FUE TRISTE VER cómo la anciana dama volvía a ser la de antes. —El príncipe Akuli lanzó una mirada

recelosa hacia un lado, donde, bajo la sombra de un *kukui*, una vieja *wahine* se acomodaba para realizar sus tareas.

—Sí —asintió hacia mí, en tono triste—. En sus últimos años, Hiwilani recuperó las antiguas costumbres y las viejas creencias… en secreto, por supuesto. Y, créeme, fue una buena coleccionista. Tenías que haber visto la de huesos que poseía. Estaban repartidos por todo su dormitorio, en grandes vasijas que contenían a la mayoría de sus parientes, excepto media docena, más o menos, que Kanau consiguió antes que ella. Sobrecogía la forma en que los dos peleaban por aquellos huesos. Cuando era pequeño, me daba miedo entrar en su dormitorio, enorme y siempre en penumbra, sabiendo que en una de las vasijas estaban los restos de mi tía abuela por parte de madre, en otra mi bisabuelo y que todas guardaban los huesos que constituían el polvo sombrío de los ancestros cuya semilla había llegado hasta mí y formaba parte de mi ser vivo, capaz de respirar. Hiwilani se comportaba como una nativa al final y dormía sobre esterillas dispuestas en el suelo; había mandado sacar de la habitación la enorme cama con dosel, propia de una reina, que su abuela recibiera de Lord Byron, primo de don Juan Byron y que llegó hasta aquí en 182,5, a bordo de la fragata *Blonde*.

»Al final recuperó todas las costumbres nativas y aún la veo arrancando un bocado de un pez crudo antes de arrojárselo a sus criadas para que comieran. Les ordenaba acabarse su *poi*, o cualquier otra comida que ella dejase sin terminar. Además…

Pero se interrumpió de repente y, por la considerable dilatación de sus orificios nasales y la expresión de sus elocuentes rasgos, comprendí que había descubierto en el aire e identificado un olor que le resultaba ofensivo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Huele que apesta. Y estoy condenado a llevarlo encima hasta que nos rescaten.

Estaba claro qué objeto provocaba su aversión. La vieja trenzaba un *lei* de respeto con las frutas del árbol de *hala*, que es el pandano del Pacífico Sur. Cortaba las muchas secciones o recubrimientos de las semillas de la fruta, dándoles forma de campana acanalada, para luego ensartarlas en la corteza interna, retorcida y resistente, del árbol del hibisco. Podría oler que apestaba, aunque para mí, un *malahini*, más bien olía a vino amaderado y fruta jugosa, sin

resultar desagradable.

Un eje de la limusina del príncipe Akuli se había roto a unos cuatrocientos metros de distancia y él y yo nos cobijamos del sol en aquel rincón umbrío de la montaña. La cabaña era humilde, con su techo de paja, pero se alzaba en medio de un impresionante jardín de begonias que echaban sus flores seis metros por encima de nuestras cabezas y que parecían árboles de troncos esbeltos y gruesos como el brazo de un hombre. Allí nos refrescamos con el agua de unos cocos mientras un vaquero recorría a caballo los veinte kilómetros que nos separaban del teléfono más próximo y pedía que enviasen otro automóvil desde la ciudad. La ciudad podíamos verla en la distancia: se trataba de Olokona, metrópolis de Lakanaii, una mancha de humo en la línea de costa, mientras mirábamos desde arriba, por encima de kilómetros de cañamelares, los arrecifes orlados de olas grandes y la nube azul del océano, hacia donde la isla de Oahu brillaba trémulamente en el horizonte, como un ópalo atenuado.

Maui es el valle de Hawái y Kauai la isla jardín; pero Lakanaii, situada a la altura de Oahu, es reconocida en el presente, igual que en el pasado y siempre, como la isla joya del grupo. No es la más grande ni la más pequeña, pero sí la más silvestre, la más bonita por su naturaleza agreste y, en proporción a su tamaño, la más rica de todas las islas. Es la que más toneladas de azúcar produce por acre, su ganado de montaña el más gordo y su pluviosidad la más generosa sin provocar desastres. Se parece a Kauai en que fue la primera en formarse y, por ello, es la isla más antigua, de modo que el tiempo ha logrado desmenuzar sus rocas de lava y convertirlas en tierra productiva, además de erosionar los cañones situados entre los antiguos cráteres, que se parecen al Gran Cañón del Colorado, con innumerables cascadas que caen cientos de metros al vacío o se convierten en nubes de vapor y se desvanecen en pleno aire para descender, suave e invisiblemente, a través de un espejismo de arcoíris, como el rocío o una lluvia ligera, hasta el fondo del abismo.

Es fácil describir Lakanaii. Pero ¿cómo describir al príncipe Akuli? Conocerlo es como conocer Lakanaii a conciencia. Además, es necesario conocer a conciencia una buena parte del resto del mundo. En primer lugar, el príncipe Akuli no tiene derecho legal ni

reconocido a ser llamado príncipe. Y Akuli significa pulpo. De manera que «príncipe pulpo» no parece un título digno para el descendiente directo de los *aliis* hawaianos más antiguos y de mayor rango, una estirpe inmemorial y exclusiva en la que, como ocurría con los faraones egipcios, casaban a los hermanos que accedían al trono para que no se mezclasen con gentes inferiores, porque en todo su mundo conocido no había nadie de rango superior al de ellos y porque, fuera cual fuese el peligro, la dinastía debía perpetuarse.

He oído a los historiadores orales del príncipe Akuli (heredados de su padre) cantar su interminable genealogía, que demostraba que era el *alii* de rango más alto de todo Hawái. Empieza con Wakea —el Adán de ellos— y con Papa —su Eva—, y pasa por tantas generaciones como letras hay en nuestro alfabeto hasta llegar a Nanakaoko, el primer ancestro nacido en Hawái, cuya esposa fue Kahihiokalani. Después, sus generaciones parten de las generaciones de Ua, fundador de los dos linajes distintos de los reyes de Kauai y Oahu.

Según los historiadores de Lakanaii, en el siglo XI d. C., época en la que los hermanos se casaban porque no había nadie superior a ellos, su rango recibió el impulso de una sangre nueva que casi tenía la categoría de celestial. Un tal Hoikemaha llegó en una canoa doble desde Samoa, guiándose por las estrellas y las tradiciones antiguas. Se casó con una *alii* de menor rango de Lakanaii y, cuando sus tres hijos crecieron, regresó con ellos a Samoa para traer de vuelta a su hermano menor. Pero también trajo a Kumi, hijo de Tui Manua, cuyo rango era el mayor de toda la Polinesia, casi tan elevado como el de los semidioses y dioses. Así fue como la estimable semilla de Kumi se sumó a la de los *aliis* de Lakanaii ocho siglos antes y llegó por línea directa al príncipe Akuli.

Lo conocí, hablando con acento de Oxford, en el comedor de oficiales del Black Watch en Sudáfrica, poco antes de que tan famoso regimiento fuese hecho pedazos en Magersfontein. Tenía tanto derecho a estar en aquel comedor como a su acento, porque se había educado en Oxford y era oficial del Ejército, nombrado por la reina. Con él se encontraba, en calidad de invitado que deseaba ser testigo de la guerra, el príncipe Cupido, que recibía ese apodo aunque era un verdadero príncipe de Hawái, incluida Lakanaii,

cuyo título real y legal era príncipe Jonah Kuhio Kalanianaole y que habría sido rey de todo Hawái si no se hubiesen producido la revolución *haole* y la anexión, a pesar de que la genealogía *alii* del príncipe Cupido era inferior a la casi celestial del príncipe Akuli. Porque el príncipe Akuli habría podido ser rey de Lakanaii y de Hawái si su abuelo no hubiese sido contundentemente derrotado por el primero y más grande de los Kamehameha.

Eso ocurrió en 1810, en pleno auge del comercio de madera de sándalo y el mismo año en que el rey de Kauai llegó al poder, se portó bien y comió de la mano de Kamehameha. Ese mismo año, el abuelo del príncipe Akuli había sido aplastado y subyugado por ser de la vieja escuela. No imaginó que el imperio de las islas tuviese que ver con la pólvora y los artilleros *haole*. Kamehameha, con mayor visión de futuro, tenía *haoles* a su servicio, incluidos hombres como Isaac Davis, oficial y único superviviente de la masacrada tripulación de la goleta *Fair American*, y John Young, contramaestre capturado del lanchón *Eleanor*. Isaac Davis, John Young y otros tan aventureros como ellos, con las carroñadas de latón de seis libras capturadas a la *Iphigenia* y a la *Fair American*, destruyeron las canoas de guerra e hicieron pedazos la moral de quienes luchaban en tierra a favor del rey de Lakanaii, a cambio de lo que recibieron lo acordado de manos de Kamehameha: Isaac Davis, seiscientos cerdos gordos y criados; John Young, quinientos cerdos del mismo tipo.

Así, de todos los incestos y lujurias de las culturas primitivas y el avance a tientas del animal hacia la hombría, de todos esos asesinatos y brutales luchas y apareamientos con los hermanos pequeños de los semidioses, proviene el refinado y mundano príncipe Akuli —el príncipe pulpo—, con su acento de Oxford y su modernidad propia del siglo XX, polinesio de pura cepa, puente viviente entre los siglos, camarada, amigo y compañero de viaje. El mismo que, debido a la avería de su limusina valorada en siete mil dólares, acabó aislado conmigo en un paraíso de begonias a más de cuatrocientos metros por encima del nivel del mar y de su metrópolis isleña de Olokona, lo que lo llevó a hablarme de su madre, quien, en la vejez, recuperó el concepto religioso de sus antepasados, el culto a sus ancestros y coleccionó y se rodeó de los huesos de sus predecesores en las tinieblas del tiempo.

—El rey Kalakaua empezó con esa moda del coleccionismo en Oahu —continuó el príncipe Akuli—. Y su reina, Kapiolani, se contagió. Lo coleccionaban todo: esterillas de *makaloa, tapas*, calabazas, canoas dobles, todo antiguo, además de ídolos que los sacerdotes habían salvado de la destrucción generalizada de 1819. Hace años que no veo un anzuelo de madreperla, pero juro que Kalakaua acumuló diez mil, por no hablar de los anzuelos de mandíbula humana y los mantos de plumas, capas y cascos, azuelas de piedra y mazos de diseño fálico para machacar el *poi*. Cuando él y Kapiolani realizaban sus viajes reales por las islas, sus anfitriones tenían que ocultar sus reliquias personales. Porque, en teoría, al rey pertenecen todas las propiedades y todos sus súbditos. Y, en lo tocante a los objetos antiguos, para Kalakaua teoría y práctica eran lo mismo.

»Kanau, mi padre, heredó de él la locura del coleccionismo y Hiwilani se contagió del mismo modo. Pero mi padre era moderno hasta la médula. No creía en los dioses de los *kahunas* (sacerdotes) ni en los de los misioneros. Solo creía en las reservas de azúcar, la cría de caballos y que su abuelo había sido un necio por no coleccionar unos cuantos hombres como Isaac Davis y John Young y varias carroñadas antes de ir a la guerra con Kamehameha. De manera que juntaba curiosidades al estilo del verdadero coleccionista. Pero mi madre se lo tomaba en serio. Por eso se concentró en los huesos. Recuerdo que también tenía un feo y viejo ídolo de piedra ante el que solía gimotear y arrastrarse. Ahora está en el Museo Deacon. Lo doné tras su muerte. Y la colección de huesos se la di al Mausoleo Real de Olokona.

»No sé si recuerdas que era hija de Kaaukuu. Pues Kaaukuu había sido un gigante y, cuando construyeron el mausoleo, desenterraron sus huesos, perfectamente limpios y conservados, del lugar en el que estaban ocultos para llevarlos al mausoleo. Hiwilani tenía un viejo criado llamado Ahuna. Una noche le hurtó las llaves a Kanau y ordenó a Ahuna que robase los huesos de su padre del mausoleo. Es verdad. Tuvo que haber sido un gigante porque lo guardaba en una de sus vasijas grandes. Un día, cuando yo ya era un muchacho de buen tamaño, sentí la curiosidad de saber si Kaaukuu sería tan grande como contaba la tradición y saqué su mandíbula inferior, intacta, de la vasija y su envoltura y me la

probé. Mi cabeza entera pasó por el hueco y la mandíbula descansó sobre mi cuello y mis hombros, como una collera. Además, conservaba todos los dientes, más blancos que la porcelana, sin un solo agujero, el esmalte sin manchas ni mellas. Recibí la paliza de mi vida por esa ofensa, aunque tuvo que llamar al viejo Ahuna para que la ayudase. Pero aquel incidente me vino muy bien. Sirvió para que ella se convenciera de que no me daban miedo los huesos de los muertos y me garantizó poder estudiar en Oxford; como te contaré si el coche no llega antes.

»El viejo Ahuna era de los criados del pasado, de los que llevan el sello característico del esclavo fiel. Sabía más sobre la familia de mi madre, y la de mi padre, que los dos juntos. Y sabía algo que ningún otro ser vivo conocía: el lugar donde durante siglos se habían ocultado los huesos de la mayor parte de los antepasados de mi madre y de los de Kanau. Kanau era incapaz de lograr que el viejo se lo contase porque lo consideraba un apóstata.

»Hiwilani luchó durante años con el viejo. No sé cómo logró convencerlo. Claro que la imagen que daba era la de alguien fiel a la antigua religión. Eso debió de persuadir a Ahuna para que se relajara un poco. O puede que ella le metiese el miedo en el cuerpo, porque sabía muchas de las cosas que solían decir los antiguos hechiceros huni y era capaz de hacer un ruido que indicaba su completa intimidad con Uli, que es el dios más importante de la hechicería para todos los hechiceros. Incluso engañaba al *kahuna lanaau* (chamán) común cuando se trataba de rezar a Lonopuha y Koleamoku; leía sueños y visiones, señales, presagios e indigestiones de una forma que te dejaba boquiabierto; conseguía que los profesionales protegidos por Maiola, el dios de la medicina, parecieran unos cuentistas; realizaba un encantamiento *pule hoe* que mareaba a cualquiera y afirmaba que practicaba mejor que nadie *kahuna hoenoho*, que es el espiritismo moderno. Yo la he visto beber el viento, tener convulsiones y profetizar. Los *aumakuas* eran sus hermanos cuando les presentaba ofrendas en los altares de los *heiaus* en ruinas entre oraciones tan inteligibles para mí como espeluznantes. En cuanto al viejo Ahuna, conseguía que se tumbara en el suelo, gimotease y se mordiese a sí mismo cuando le hacía el número del misterio real.

»Sin embargo, yo creo que lo que lo convenció fue el *anaana*.

Un día consiguió cortarle un mechón de cabello con unas tijeritas de manicura. Ese mechón era lo que llamamos el *maunu*, que significa cebo. Y se ocupó de que él supiera que tenía ese pelo en su poder. Le dijo que lo había enterrado y que todas las noches realizaba ofrendas y encantamientos a Uli.

—¿Eso era la oración de la muerte? —pregunté aprovechando la pausa que hizo el príncipe Akuli para encender un cigarrillo.

—La misma —asintió—. Y Ahuna se lo creyó. Primero intentó localizar el lugar donde estaba oculto su cabello. Al no conseguirlo, contrató a un hechicero *pahiuhiu* para que lo encontrase. Pero Hiwilani le aguó la fiesta al amenazar al hechicero con hacerle *apo leo*, que es el arte de privar permanentemente del habla a una persona sin provocarle más daños.

»Entonces Akuna empezó a consumirse de pena y a parecer un cadáver. Desesperado, apeló a Kanau. Yo estaba presente. Ya has oído contar la clase de hombre que era mi padre.

»—¡Cerdo! —le dijo a Ahuna—. ¡Canalla! ¡Apestoso! Muérete de una vez. Eres idiota. Todo eso es una tontería. No es verdad. Howard, el borracho *haole* puede demostrar que los misioneros no dicen la verdad. La ginebra demuestra que Howard no cuenta la verdad. Los médicos dicen que no durará seis meses. Incluso la ginebra miente. La vida también es mentirosa. Los malos tiempos nos acosan y el azúcar está a la baja. Mis yeguas de cría tienen el muermo. Ojalá pudiera dormir durante cien años y despertarme cuando el azúcar haya subido cien puntos».

»Mi padre era una especie de filósofo, un tanto amargado y con tendencia a soltar epigramas entrecortados. Dio una palmada. “Tráeme un whisky con soda —ordenó—. No, tráeme dos”. Luego le dijo a Ahuna: “Tú, muérete de una vez, viejo pagano, superviviente de la oscuridad, plaga del infierno. Pero no te mueras en esta casa. Yo deseo rodearme de diversión y risas, del dulce cosquilleo de la música y la belleza del movimiento juvenil, no del croar de los sapos enfermos y cadáveres de ojos saltones que aún aguantan de pie sobre sus piernas temblorosas. Si vivo lo bastante, pronto me veré de esa guisa. Y, si no vivo lo bastante, lo lamentaré eternamente. ¿Por qué demonios invertí los últimos veinte mil dólares en la plantación de Curtis? Howard me advirtió que la crisis se acercaba, pero creí que mentía. Curtis se ha pegado un tiro y su

capataz ha huido con su hija, el químico encargado del azúcar tiene fiebres tifoideas y todo se va a ir al traste”.

»Dio una palmada para llamar al servicio y ordenó: “Que venga mi coro. Y los bailarines de *hula*, muchos. Avisad a Howard. Alguien tiene que pagar y le arrebataré uno de sus seis meses de vida. Pero, sobre todo, quiero música. Que suene la música. Es más fuerte que el alcohol y más rápida que el opio”.

»¡Él y su adicción a la música! Su padre, el viejo salvaje, había sido invitado a bordo de una fragata francesa y allí oyó una orquesta por primera vez. Al terminar el breve concierto, el capitán, para saber qué pieza le había gustado más, preguntó cuál quería que repitieran. Cuando el abuelo terminó de describirla, ¿qué pieza crees que era?

Me rendí mientras el príncipe encendía otro cigarrillo.

—La primera, claro está. No la primera de verdad, sino el afinar de instrumentos que la había precedido.

Asentí, con regocijo en el rostro y la mirada, y el príncipe Akuli, tras observar con recelo a la vieja *wahine* y su *lei* de *hala* a medio hacer, recuperó su relato sobre los huesos de sus antepasados.

—Más o menos por entonces, Ahuna se rindió a Hiwilani. No se rindió exactamente, sino que transigió. Y aquí es donde yo entro en juego. Si él le entregaba los huesos de su madre y de su abuelo (padre de Kaaukuu y que, según la tradición, había sido más grande que el gigante de su hijo), ella devolvería a Ahuna el mechón de pelo que usaba para pedir su muerte. Por otro lado, estipuló que no le iba a revelar el lugar secreto donde descansaban los huesos de todos los *alii* de Lakanaii. Sin embargo, como era demasiado viejo para correr la aventura él solo, debía recibir la ayuda de alguien que acabaría por conocer el secreto, y yo era ese alguien. Sin contar a mi padre y a mi madre, era el *alii* de mayor rango y en eso estaba a la par que ellos.

»Así que me convocaron a la habitación en penumbra para enfrentarme a esos dos ancianos sospechosos que andaban en tratos con los muertos. ¡Vaya par! Mi madre gorda hasta la incapacidad y Ahuna flaco como un esqueleto e igual de frágil. Ella daba la impresión de que, si se tumbaba boca arriba, no podría levantarse sin la ayuda de una polea; Ahuna parecía capaz de astillarse si te tropezabas con él.

»Una vez abordado el tema, surgieron más *pilikias* (problemas). La actitud de mi padre reforzó mi decisión. Me negué a participar en la expedición para recoger los huesos. Dije que los huesos de todos los *alii* de mi familia y mi raza me importaban un bledo. Verás, acababa de descubrir a Julio Verne, cuyas obras me había prestado el viejo Howard, y solo pensaba en leer. ¿Huesos? ¡Cuando me esperaban el Polo Norte, el centro de la tierra y peligrosos cometas que surcaban el espacio entre las estrellas! Pues claro que no quería ir en busca de los huesos. Dije que mi padre se encontraba en buenas condiciones físicas para ir él y que luego podría repartirse con mi madre los huesos que recuperase. Pero ella dijo que él solo era un mal coleccionista, o algo similar, aunque más fuerte.

»—Lo conozco —me aseguró—. Es capaz de apostar los huesos de su madre en una carrera de caballos o una partida de cartas.

»Yo respaldaba a mi padre en su escepticismo moderno y le dije a mi madre que todo aquello me parecía una bobada. "¿Huesos? —dije— ¿Qué son los huesos? Los ratones de campo, las ratas sarnosas y las cucarachas tienen huesos, aunque las cucarachas los llevan por fuera de la carne, en lugar de por dentro. Lo que diferencia al hombre de los demás animales no son los huesos —le dije—, sino el cerebro. El buey tiene los huesos más grandes que el hombre y más de un pez de los que he comido tiene más espinas, por no hablar de la ballena, que en lo relativo a los huesos es la reina de la creación".

»Fue una conversación sincera, que es la costumbre hawaiana, como sabes desde hace mucho tiempo. Por su parte, ella lamentó no haberme regalado al nacer. Después se arrepintió de haberme parido. Le faltó muy poco para hacerme *anaana*. Me amenazó con llevarlo a cabo y yo hice lo más valiente que he hecho nunca. El viejo Howard me había regalado una navaja que tenía varias hojas, sacacorchos, destornilladores y toda clase de artilugios, incluidas unas tijeras diminutas. Empecé a cortarme las uñas.

»—Toma —dije mientras le entregaba los recortes—. Para que veas lo que pienso de todo eso. Ahí tienes cebo de sobra. Ahora hazme *anaana* si puedes.

»Fue una valentía por mi parte. Solo tenía quince años y había pasado toda mi vida rodeado de misterios, mientras que mi

escepticismo era algo nuevo y poco enraizado en mí. Podía mostrarme escéptico al aire libre, bajo la luz del sol. Pero me daba miedo la oscuridad. Y en aquel cuarto en penumbra, entre vasijas llenas de huesos, mi madre conseguía ponerme los pelos de punta. Como decimos ahora, me tenía acongojado. Pero conservé el valor y disimulé. Me salí con la mía, porque mi madre me arrojó los recortes de las uñas a la cara y empezó a llorar. Las lágrimas de una anciana que pesa ciento cincuenta kilos no impresionan demasiado y yo endurecí mi postura.

»Ella cambió de táctica y empezó a hablar con los muertos. No, peor, los convocó allí mismo y, aunque yo estaba dispuesto a verlos, fue Ahuna quien vio al padre de Kaaukuu en un rincón, por lo que se echó al suelo gimoteando. Yo casi estuve a punto de ver al viejo gigante, pero no lo conseguí.

»—Que hable él, dije. Pero Hiwilani insistió en hablar por boca del gigante y en transmitirme su solemne orden, según la que debía acompañar a Ahuna hasta el lugar donde los huesos estaban ocultos y traer de vuelta los que mi madre pedía. Yo argumenté que, si era posible invocar a los muertos para que matasen a los vivos con enfermedades devastadoras, y que, si los muertos podían transportarse desde sus criptas al rincón de su dormitorio, no entendía por qué no dejaban sus huesos a mano, en su habitación, listos para las vasijas, antes de despedirse y partir al mundo medio, el superior, el inframundo o dondequiera que habitasen cuando no se dedicaban a hacer visitas sociales.

»Entonces mi madre se desahogó con el pobre Ahuna y lanzó contra él al fantasma del padre de Kaaukuu, quien supuestamente se ocultaba en el rincón, y que ordenó a Ahuna compartir con ella el lugar donde descansaban los huesos. Yo intenté darle ánimos diciéndole que permitiese que el fantasma divulgase el secreto porque nadie podría saberlo mejor que él, ya que llevaba más de un siglo residiendo allí. Pero Ahuna era de la vieja escuela. No poseía ni una pizca de escepticismo. Cuanto más lo asustaba Hiwilani, más se revolcaba en el suelo y más gimoteaba.

»Sin embargo, cuando empezó a morderse a sí mismo, cedí. Me daba pena pero, por encima de eso, empecé a admirarlo. Tenía mucho mérito, aunque fuese un superviviente de la oscuridad. Amenazado cruelmente por el miedo que le provocaba tanto

misterio, creyendo ciegamente lo que Hiwilani le decía, se encontraba entre dos lealtades. Ella era su *alii* viva, su *alii kapo* (jefa sagrada). Debía mostrarse fiel a ella, pero mayor devoción le exigían todos los *aliis* muertos de su estirpe, que dependían solo de él para que nadie disturbase el descanso de sus huesos.

»Cedí, aunque también puse condiciones. Mi padre, de la nueva escuela, se había negado rotundamente a dejarme ir a estudiar a Inglaterra. La crisis del azúcar le parecía motivo suficiente. Mi madre, de la vieja escuela, se había negado rotundamente porque su mente pagana era demasiado cerrada para valorar la educación, aunque su astucia le permitía apreciar que la educación llevaba a poner en duda todo lo antiguo. Yo quería estudiar ciencia, arte, filosofía, estudiar todo lo que sabía el viejo Howard y que le permitía, a un paso de la tumba, burlarse de la superstición y prestarme a Julio Verne para que lo leyera. Había estudiado en Oxford antes de seguir el mal camino y fue él quién me metió en la mollera la idea de ir allí.

»Al final, ganamos Ahuna y yo, la vieja escuela y la nueva aliadas. Mi madre prometió que conseguiría que mi padre me enviase a Inglaterra, aunque tuviese que acosarlo para que bebiese sin descanso, hasta que no pudiese digerir ni un solo alimento. Además, Howard me acompañaría para que pudiera enterrarlo decentemente en Inglaterra. Era un tipo curioso, el viejo Howard, irrepetible. Te contaré una anécdota sobre él. Ocurrió cuando Kalakaua iba a partir en su viaje alrededor del mundo. Lo recordarás, cuando Armstrong, Judd y el ayuda de cámara borracho de un barón alemán lo acompañaron. Kalakaua propuso a Howard…

Pero entonces, el desastre del que llevaba recelando tanto tiempo cayó sobre el príncipe Akuli. La vieja *wahine* había terminado su *lei* de *hala*. Descalza, sin adornos femeninos, envuelta en un vestido informe de algodón lavado en exceso, el rostro marchito por la edad y las manos retorcidas y nudosas debido al trabajo, se agachó ante él y cantó una *mele* en su honor y, aún agachada, le puso el *lei* alrededor del cuello. Es cierto que el *hala* olía muy fuerte; sin embargo, a mí me pareció un acto precioso que cubría de belleza a la anciana. Mi mente regresó a la narración del príncipe y no pude evitar compararla con Ahuna.

Es verdad que ser un *alii* en Hawái, incluso en la segunda década del siglo XX, no resulta sencillo. El *alii*, seguidor de lo nuevo, debe mostrase amable y regio con los ancianos seguidores de lo antiguo. El príncipe sin reino —su amada isla tiempo atrás anexionada por Estados Unidos e incluida en un mismo territorio con el resto de las islas hawaianas— no reveló la repugnancia que le provocaba el olor del *hala*. Realizó una refinada inclinación de cabeza y yo supe que sus condescendientes y soberanas palabras en hawaiano puro llenarían el corazón de la anciana de calidez hasta el día de su muerte, al recordar tan maravillosa ocasión. Si no hubiese estado totalmente seguro de que ella no vería la mueca que hizo en mi dirección, jamás se habría atrevido a hacerla.

—Así —continuó el príncipe Akuli cuando la *wahine* se alejó tambaleándose en pleno éxtasis—, Ahuna y yo partimos hacia nuestra aventura como ladrones de tumbas. Ya conoces la Costa Escarpada, ¿verdad?

Asentí porque conocía perfectamente el espectáculo de aquellas leguas de lava en la costa de barlovento, verdaderamente escarpadas en lo referente a desembarcar o fondear, enormes y agrestes acantilados de cientos de metros de altura, con las cimas envueltas en nubes y chaparrones y la zona baja golpeada por las olas provocadas por los alisios, que tras estrellarse en la pared saltaban a chorro, convertidas en espuma blanca y el aire, desde el nivel del mar hasta las nubes de lluvia, se llenaba de una miríada de cascadas saltarinas que, día y noche, originaban incontables arcoíris de sol y de luna. Los valles —así llamados, aunque en realidad eran simples fisuras— hendían las ciclópeas paredes y se internaban en una zona interior elevada y terriblemente vertical, casi toda inaccesible al pie humano y solo hollada por las cabras salvajes.

—Bien poco sabes tú de ella —contestó el príncipe Akuli al ver que yo asentía—. Solo la has visto desde las cubiertas de los vapores. Allí hay valles inhabitados de los que no se puede salir por tierra y a los que acceder desde una canoa resulta muy peligroso y solo en algunos días escogidos de dos meses al año. A los veintiocho años fui a cazar a uno de ellos. A pesar de ser en la época buena, el mal tiempo nos dejó allí aislados durante tres semanas. Luego, cinco de los que formábamos el grupo salimos de allí nadando entre el oleaje. Tres conseguimos llegar a las canoas que nos esperaban. Los

otros dos fueron arrojados de vuelta a la arena, cada uno con un brazo roto. Excepto nosotros, el grupo entero se quedó allí hasta el año siguiente, diez meses después. Uno de ellos era Wilson, de Wilson & Hall, los agentes azucareros de Honolulú. Y estaba comprometido para casarse.

»He visto cabras recibir los disparos de un cazador en lo alto y caer a mis pies, mil metros más abajo. Créeme, el paisaje pareció escupir cabras y piedras durante diez minutos. Uno de los tripulantes de mi canoa se cayó de la senda que avanzaba entre los dos pequeños valles de Aipio y Luno. El primer golpe se lo dio cuatrocientos cincuenta metros más abajo y fue a parar a una repisa situada cien metros por debajo de ese primer punto. No lo enterramos. No pudimos llegar a él y aún no se habían inventado las máquinas voladoras. Sus huesos siguen allí y, a no ser que lo evite algún terremoto o un volcán, seguirán allí cuando suenen las trompetas del Juicio Final.

»¡Cielos! No hace mucho tiempo, cuando nuestro Comité de Promoción, intentando competir con Honolulú para atraer al turismo, solicitó a los ingenieros un presupuesto para construir una ruta turística a lo largo de la Costa Escarpada, las cifras más bajas ascendían a ciento setenta mil dólares por kilómetro.

»Pues Ahuna y yo, un anciano y un chico, zarpamos hacia esa costa tan dura en una canoa tripulada por viejos. El más joven, el timonel, pasaba de los sesenta y el resto, como poco, tenía una media de setenta años. Eran ocho y zarpamos de noche para que nadie nos viera marchar. Esos ancianos que se jugaban la vida no conocían más que la parte superficial del secreto. Solo podían llevarnos hasta la periferia.

»Y la periferia era, no me importa contarlo, el valle de Ponuloo. Llegamos tres días después a primera hora de la tarde. Los ancianos no tenían demasiada fuerza para remar. Resultó una expedición muy curiosa en aguas tan peligrosas porque cada dos por tres alguno de nuestros ancianos marinos se desmayaba o se desplomaba. Incluso uno murió la mañana del segundo día. Lo enterramos arrojándolo por la borda. Las ceremonias paganas que aquellos viejos realizaron para enterrar a su hermano eran de lo más extrañas. Yo solo tenía quince años, era *alii kapo* de todos ellos por sangre y por el derecho hereditario según las leyes paganas,

aficionado a Julio Verne y pronto zarparía hacia Inglaterra para formarme allí. Así se aprende. No es de extrañar que mi padre fuese filósofo y durante su vida abarcarse la historia del hombre desde los sacrificios humanos y la adoración de los ídolos, pasando por las distintas religiones que el hombre siguió mientras luchaba por ascender, hasta la Medusa del ateísmo total. Tampoco es de extrañar que, como el viejo Eclesiastés, encontrase la vanidad en todas las cosas y desistiera de interesarse por el azúcar, los coros y los bailarines de *hula*.

El príncipe Akuli se debatió con su alma durante un rato.

—Oh, bueno —suspiró—. Yo también he abarcado lo mío. —Olfateó con asco el olor del *lei* de *hala* que lo asfixiaba—. Apesta a todo lo antiguo —comentó— y yo apesto a lo moderno. Mi padre tenía razón. Lo mejor es que el azúcar suba cien puntos o tener un póquer de ases en una partida. Si la Gran Guerra dura un año más, ganaré cerca de dos millones de dólares. Si mañana se firma la paz, con la recesión consiguiente, podría enumerar a unos cien que perderán mi generosidad inequívoca y se irán a las viejas casas nativas que mi padre y yo les donamos hace mucho tiempo.

Dio una palmada y la anciana *wahine* se tambaleó hacia él, apresurada por atenderlo. Se agachó frente al príncipe al tiempo que él sacaba un bloc y un lápiz del bolsillo de su chaqueta.

—Cada mes, anciana de nuestra vieja raza —le dijo—, recibirás, por servicio postal rural gratuito, un trozo de papel escrito que podrás cambiar en cualquier tienda por diez dólares de oro. Eso será así mientras vivas. ¡Observa! Aquí y ahora, con este lápiz y sobre este papel, dejo constancia de lo que te digo. Y lo hago porque eres de mi raza y me sirves, y porque hoy me has honrado con tus esterillas, sobre las que me siento, y con tú tres veces bendito y tres veces delicioso *lei* de *hala*.

A mí me dedicó una mirada cansada y escéptica, y me dijo:

—Si muero mañana, mis abogados no solo impugnarán mi forma de disponer de mis propiedades, sino que también impugnarán las obras de caridad y las pensiones concedidas, además de mi claridad de ideas.

»Era el momento adecuado del año para ir hasta allí, pero aun así, con aquellos ancianos a los remos, no intentamos desembarcar hasta no haber reunido a la mitad de la población del valle de

Ponuloo en la playa, pequeña y empinada. Después contamos las olas, escogimos la mejor y corrimos sobre ella. Por supuesto, la canoa se llenó de agua y la batanga se hizo pedazos, pero los que estaban en la orilla nos recogieron ilesos más allá del punto donde batían las olas.

»Ahuna empezó a dar órdenes. Todos debían permanecer en sus casas durante la noche, sujetar a los perros y atarles las fauces para que no ladraran. De noche, Ahuna y yo nos marchamos sin que nadie supiera si habíamos ido hacia la derecha, la izquierda o valle arriba, hasta la cima. Llevábamos tasajo, *poi* duro y *aku* seco, y por la cantidad de comida supe que estaríamos fuera varios días. ¡Qué camino! Era una auténtica escalera de Jacob al cielo, porque el primer *pali*, casi recto, se alzaba novecientos metros por encima del nivel del mar. ¡Y lo ascendimos a oscuras!

»En lo alto, donde ya ni siquiera se veía el valle que habíamos dejado, dormimos hasta el alba sobre la roca, en un recoveco que Ahuna conocía y que era tan pequeño que estábamos apretujados. El anciano, por miedo a que pudiera moverme en medio del sueño agitado propio de la juventud, se tumbó en la parte exterior, con un brazo sobre mí. Cuando amaneció comprendí la razón. Entre nosotros y el borde del acantilado había algo menos de un metro. Me arrastré hasta la orilla y miré: vi que el abismo aumentaba su inmensidad a medida que la luz crecía y empecé a temblar porque me daba miedo la altura. Por fin conseguí ver el mar, novecientos metros por debajo de mí. ¡Y habíamos ascendido a oscuras!

»Al descender al siguiente valle, que era diminuto, encontramos restos de una población antigua, pero no gente. La única forma de avanzar eran las sendas imposibles que subían y bajaban las vertiginosas paredes de los valles y que iban de un valle a otro. Pero por muy flaco y envejecido que Ahuna estuviese, parecía incansable. En el segundo valle vivía un viejo leproso que había llegado hasta allí para ocultarse. No me conocía y, cuando Ahuna le dijo quién era, se arrastró a mis pies, casi a punto de agarrarse a ellos, y con su boca sin labios murmuró una *mele* de todo mi linaje.

»El siguiente valle resultó ser el nuestro. Era alargado y tan estrecho que en su suelo no había tierra suficiente para cultivar taro para una sola persona. Además, no tenía playa y el arroyo que lo recorría daba un salto de casi cien metros para llegar al mar. Era un

lugar olvidado de Dios, formado por una lava desnuda y erosionada en la que la escasa vegetación encontraba pocos lugares donde enraizar. Ascendimos por aquella grieta serpenteante durante kilómetros, a través de las imponentes paredes y nos adentramos en el caos de la zona interior que se extiende tras la Costa Escarpada. No sé hasta dónde se adentraba aquel valle, pero creo que hasta muy lejos, a juzgar por la cantidad de agua del arroyo. No llegamos al extremo del valle. Me fijé en que Ahuna lanzaba miradas a todos los picos y supe que se estaba orientando por los elementos del paisaje. Cuando por fin nos detuvimos, fue de repente y con certeza. Lo había encontrado. Arrojó al suelo el equipo y la comida que llevaba. Aquel era el lugar. Observé las paredes implacables y duras que se alzaban a ambos lados, sin vegetación alguna, y pensé que en semejante sitio no podía haber nada enterrado.

»Comimos y luego nos desnudamos para trabajar. Ahuna solo me permitió conservar el calzado. Ataviado de la misma forma y prodigiosamente delgado, se quedó de pie junto a mí en el borde de una charca profunda.

»—Te sumergirás en la charca en este punto —me dijo—. Tantea las paredes con las manos al descender y, más o menos a una braza y media, encontrarás un agujero. Entra en él de cabeza, pero despacio, porque las rocas de lava son cortantes y podrían herirte en cabeza y cuerpo.

»—¿Y después? —pregunté.

»—Verás que el agujero se va ampliando —fue su respuesta—. Cuando hayas recorrido las ocho brazas del paso, asciende despacio y tu cabeza saldrá al aire, por encima del agua, en la oscuridad. Espérame ahí. El agua está muy fría.

»No me hizo gracia. No pensaba en el agua fría ni en la oscuridad, sino en los huesos.

»—Ve tú primero —le dije.

»Pero afirmó que no podía.

»—Eres mi *alii*, mi príncipe —me dijo—. Es imposible que entre antes que tú en la tumba sagrada de tus regios antepasados.

»Pero la perspectiva no me hacía gracia.

»—Déjate de príncipes —le dije—. No es tan bueno como lo pintan. Ve tú primero y jamás lo contaré.

»—No solo debemos contentar a los vivos —me reprendió—,

sino también a los muertos. Además, a los muertos no se les puede mentir.

»Continuamos discutiendo y al cabo de media hora seguíamos en punto muerto. Yo no quería y él no podía. Intentó animarme apelando a mi orgullo. Cantó las hazañas heroicas de mis antepasados. Recuerdo en especial lo que cantó de Mokomoku, mi bisabuelo y padre gigantesco del gigantesco Kaaukuu: tres veces, durante la batalla, Mokomoku saltó entre sus enemigos, agarró por el cuello a un guerrero con cada mano y golpeó sus cabezas hasta matarlos. Pero no fue eso lo que me decidió. Me compadecí de Ahuna, que estaba como loco por miedo a que la expedición se quedase en nada. Además, mi admiración por el anciano no dejaba de aumentar, sobre todo desde que había decidido dormir entre mi cuerpo y el precipicio.

»Así, con la autoridad de un auténtico *alii*, dije: "Sígueme de inmediato" y salté al agua. Todo lo que había dicho era cierto. Encontré la entrada al paso subterráneo, lo crucé nadando con cuidado, aunque me hice un corte en un hombro contra la afilada superficie de lava, y emergí al aire y la oscuridad. Pero antes de contar hasta treinta, él apareció a mi lado, apoyó su brazo en el mío para asegurarse de que estaba bien y me indicó que nadase por delante de él durante unos treinta metros. Entonces hicimos pie y salimos ascendiendo las rocas. No había luz y recuerdo que me alegré de encontrarnos a tanta altura que no pudiese haber ciempiés.

»Él llevaba una calabaza de coco perfectamente taponada y llena del aceite de una ballena que debió llegar a la playa de Lahaina treinta años antes. De la boca sacó una especie de caja de cerillas estanca, hecha con dos cartuchos de rifle vacíos y fuertemente encajados el uno en el otro. Encendió el pabilo que flotaba en el aceite y miré a mi alrededor y me sentí decepcionado. No era un nicho, sino un simple tubo de lava, de los que hay en todas las islas.

»Me entregó la calabaza de luz y me indicó el camino que debía seguir por delante de él, que era largo pero no mucho. La verdad es que era largo, al menos kilómetro y medio, aunque a mí me parecieron diez, y avanzaba siempre en ascenso. Cuando Ahuna me dijo, por fin, que me detuviese, supe que estábamos cerca de nuestra meta. Se arrodilló sobre la lava cortante y rodeó mis

rodillas con sus delgados brazos. Puso sobre su cabeza una de mis manos, aquella con la que no sujetaba la calabaza. Cantó para mí con su voz cascada y temblorosa, la estirpe de la que desciendo y mi elevada categoría de *alii*. Después, me dijo:

»—No le cuentes a Kanau, ni a Hiwilani, nada de lo que estás a punto de ver. Kanau no respeta lo sagrado. Su cabeza está llena de azúcar y de caballos. Sé que vendió un manto de plumas que su abuelo había usado a un coleccionista inglés por ocho mil dólares y que perdió el dinero al día siguiente, porque lo apostó en el partido de polo entre Maui y Oahu. Hiwilani, tu madre, respeta lo sagrado, pero en exceso. Envejece, pierde la cabeza y se entrega demasiado a la hechicería.

»—No —respondí—. No se lo diré a nadie. Si lo hiciera, tendría que volver aquí. Y no quiero regresar jamás a este sitio. Estoy dispuesto a probar cualquier cosa una vez. Pero esto no pienso repetirlo.

»—Me parece bien —dijo, se puso en pie y se apartó para que yo entrase antes que él. Luego, añadió—: Tu madre es vieja. Le llevaré, según lo prometido, los huesos de su madre y su abuelo. Eso la mantendrá contenta hasta que muera. Después, si muero antes que ella, serás tú quien deba ocuparse de que todos los huesos de su colección familiar acaben en el Mausoleo Real.

»Le he echado un vistazo a todos los museos de las islas —continuó el príncipe Akuli—, y debo decir que la totalidad de las colecciones ni siquiera se acerca a lo que vi en nuestra cueva de los huesos de Lakanaii. No olvides que, con razón y según la historia, nuestra genealogía es la más antigua y elevada de las islas. Todo lo que yo había soñado u oído contar, y mucho más, estaba allí. Era un lugar impresionante. Ahuna, sin dejar de murmurar oraciones y *meles*, iba de un lado a otro, encendiendo las muchas calabazas que allí había, llenas de aceite de ballena. Tenía ante mí la raza hawaiana al completo, desde el principio de los tiempos. Fardos de huesos y más fardos de huesos, todos envueltos en *tapa*, hasta el punto de que aquello parecía el departamento de paquetes de una oficina de correos.

»¡Y muchas más cosas! Había *kahilis*, que, según sabrás, surgieron a partir de los espantamoscas y se convirtieron en un símbolo de la realeza, hasta el punto de superar en tamaño a los

plumeros de los coches fúnebres y de contar con empuñaduras que medían entre braza y media y dos brazas de largo. ¡Y qué empuñaduras! Eran de madera de *kauila*, taraceada con conchas, marfil y hueso, y hechas con una maestría que nuestros artesanos habían perdido un siglo antes. Era como un ático donde una familia llevase siglos guardando sus antigüedades. Vi por primera vez cosas de las que solo había oído hablar, como las *pahoas*, hechas con dientes de ballena y sujetas con cabello humano trenzado, que solo llevaban colgadas al pecho los de mayor rango.

»Había *tapas* y esterillas excepcionales y muy antiguas; mantos y *leis*, cascos y capas, todo de valor incalculable, algunos tan antiguos que estaban hechos con plumas de *mamo, iwi* y *o-o*. Uno de los mantos de *mamo* era superior a ese tan magnífico que tienen en el Museo Bishop de Honolulú y cuyo valor calculan entre medio millón y un millón de dólares. En ese momento me alegré de que Kanau no supiera nada de aquello.

»¡Qué cantidad de objetos! Calabazas talladas, grandes y pequeñas, rascadores de concha, redes de fibra de *olona*, un montón de cestos de *ié-ié*, anzuelos de toda clase de huesos y cucharas de concha. Instrumentos musicales de tiempos olvidados: *ukukes*, flautas de nariz y *kiokios*, que también se tocan con un orificio nasal destapado. Cuencos tabú para *poi* y para lavarse los dedos, azuelas zurdas de los dioses de las canoas, lámparas de lava, morteros con sus manos hechos de piedra y mazos para machacar el *poi*. Y más azuelas, miles de ellas, muy bonitas, desde las que pesaban unos gramos, para tallar mejor los ídolos, hasta las de siete kilos, empleadas para talar árboles, todas con los mangos más hermosos que he visto jamás.

»Había *kaekeekes*, ya sabes que son nuestros tambores antiguos, hechos con partes huecas de las palmeras cocoteras y un extremo cubierto con piel de tiburón. Ahuna me señaló el primer *kaekeeke* de todo Hawái y me contó la historia. Sin duda era muy antiguo. Temía tocarlo por si la madera podrida por el paso del tiempo se desintegraba, con la piel de tiburón hecha jirones aún sujeta a ella. “Es el más antiguo y padre de todos nuestros *kaekeekes* —me dijo Ahuna—. Kila, el hijo de Moikeha, lo trajo de Raiatea, en el Pacífico Sur. Y fue Kahai, hijo de Kila, quien realizó ese mismo viaje, estuvo

fuera diez años y volvió de Tahití trayendo consigo los primeros árboles del pan que germinaron y crecieron en suelo hawaiano”.

»¡Y la gran cantidad de huesos! ¡Qué despliegue de paquetes! Además de los fardos pequeños de huesos largos, había esqueletos enteros, envueltos en *tapa*, tendidos en canoas para un hombre, para dos y para tres, de madera de *koa*, tan preciada, con batangas curvas de madera de *wili-wili*, y auténticos remos a mano, con el saliente *io* en el punto que simulaba la continuación del mango, como si, igual que una brocheta, se ensartara en la parte plana de la pala. Las armas empleadas en la guerra yacían al lado de los huesos sin vida que las habían empuñado: pistolas de arzón oxidadas, pistolas de cañón corto y calibre ancho, revólveres pimenteros, otros de cinco cañones, rifles largos de Kentucky, mosquetes con los que comerciaba la Compañía de la Bahía de Hudson, espadas hechas con dientes de tiburón, cuchillos de madera, flechas y lanzas con puntas de hueso de pez, cerdo y hombre, y lanzas y flechas con puntas de madera endurecidas al fuego.

»Ahuna me puso una lanza en la mano, cuya punta estaba hecha con la larga tibia de un hombre, y me contó su historia. Pero antes desenvolvió los huesos largos, de los brazos y las piernas, que contenían dos paquetes, cuidadosamente atados como fardos de leña.

»—Esta es Laulani —dijo Ahuna mientras me mostraba el escaso y blanco contenido de uno de los paquetes—. Era la esposa de Akaiko, cuyos huesos, ahora en tus manos, más grandes y masculinos como verás, soportaron, hace tres siglos, la carne de un hombre enorme que pesaba ciento treinta kilos y medía dos metros con trece centímetros. Y la punta de esta lanza está hecha con la tibia de Keola, uno de los mejores corredores y luchadores de su tiempo. Amaba a Laulani, quien huyó con él. Pero en una olvidada batalla en las arenas de Kalini, Akaiko se lanzó contra las líneas enemigas, a la cabeza de un ataque victorioso, se apoderó de Keola, amante de su mujer, lo arrojó al suelo y le cortó el cuello con un cuchillo de dientes de tiburón. Así luchaba, en los viejos tiempos, el hombre contra otro hombre por una mujer. Laulani era hermosa, tanto como para que los huesos de Keola acabasen, por ella, formando la punta de una lanza. Tenía cuerpo de reina, en su interior albergaba ternura y sus dedos habían sido masajeados

desde que nació, por lo que eran finos y pequeños. Hemos recordado su belleza durante diez generaciones. El coro de tu padre, hoy en día, canta su belleza en el *hula* que lleva su nombre. Esa es Laulani, a la que ahora sujetas en tus manos.

»Cuando Ahuna acabó, miré con los ojos de la imaginación, al mismo tiempo serenos y desmedidos. El viejo Howard me había prestado sus obras de Tennyson y yo había suspirado muchas veces con sus *Idilios del rey*. Pensé que allí estaban los tres, Arturo, Lanzarote y Ginebra, y que aquello era el final de todo, de la vida y los conflictos, del esfuerzo y el amor: que las almas fatigadas de aquellos fallecidos tanto tiempo atrás fuesen invocadas por viejas gordas y hechiceros sarnosos, que sus huesos fuesen codiciados por los coleccionistas y sirviesen para apostar en las carreras o a las cartas, o acabasen vendidos para reunir dinero e invertirlo en acciones de alguna azucarera.

»Me aclaró muchas cosas. En aquella tumba aprendí una gran lección. Le dije a Ahuna:

»—Me llevaré para mí la lanza con la tibia de Keola. Jamás la venderé. La guardaré siempre.

»—¿Para qué? —preguntó.

»—Para que su contemplación mantenga mi cabeza serena y mis pies en la tierra, al ser consciente de que son pocos los hombres que, después de llevar trescientos años muertos, dejan tras de sí restos suficientes como para hacer una punta de lanza.

»Ahuna inclinó la cabeza y alabó mi buen juicio. Pero en ese momento, la cuerda de *olona* se rompió debido al paso del tiempo y los pequeños huesos de mujer que pertenecían a Laulani se escaparon de mis manos y repiquetearon sobre el suelo de piedra. Una tibia cayó bajo la sombra oscura que proyectaba la proa de una canoa y yo decidí que iba a ser mía. De modo que me apresuré a ayudarlo a recoger los huesos y la cuerda para que no notara su falta.

»—Este es Mokomoku —dijo Ahuna, presentándome a otro de mis antepasados—, tu bisabuelo, el padre de Kaaukuu. Mira el tamaño de sus huesos. Era un gigante. Lo llevaré yo, porque a ti te costará bastante llevar la larga lanza de Keola. Y esta es Lelemahoa, tu abuela, madre de tu madre, a la que llevarás tú. El tiempo pasa y aún debemos cruzar las aguas hasta el sol, antes de

que la oscuridad lo oculte al mundo.

»Pero Ahuna, ocupado en apagar las calabazas de luz hundiendo los pabilos en el aceite de ballena, no me vio añadir la tibia de Laulani a los huesos de mi abuela.

La bocina del automóvil enviado desde Olokona para rescatarnos interrumpió la narrativa del príncipe. Nos despedimos de la anciana *wahine*, nueva propietaria de una pensión, y partimos. Cuando casi habíamos recorrido un kilómetro, el príncipe Akuli reanudó su historia.

—Así que Ahuna y yo regresamos junto a Hiwilani y, para su felicidad, que duró hasta su muerte, al año siguiente, dos antepasados más la acompañaron en su dormitorio en penumbra, dentro de sus vasijas. Además, cumplió su pacto y presionó a mi padre para que me enviara a Inglaterra. Me llevé conmigo al viejo Howard, quien se animó y refutó a los médicos, de manera que transcurrieron tres años antes de que lo enterrase y lo devolviese al seno de su familia. A veces pienso que fue el hombre más brillante que he conocido. Ahuna, el último custodio de los secretos de nuestros *aliis*, aguantó con vida hasta que regresé de Inglaterra. En su lecho de muerte volvió a rogarme que jamás revelara la situación de la tumba, en aquel valle sin nombre, y que nunca tornara a ella.

»He olvidado mencionar muchas más cosas que vi en la cueva. Estaban los huesos de Kumi, el casi semidiós, hijo de Tui Manua de Samoa, quien entró a formar parte de mi estirpe por matrimonio e impulsó mi genealogía con su sangre nueva. Y los huesos de mi bisabuela, la que dormía en la cama con dosel que le había regalado Lord Byron. Ahuna insinuó que, según la tradición, había motivos que explicaban ese regalo, además de la prolongada estancia de la *Blonde* en Olokona. Y yo sostuve sus huesos en mis manos, unos huesos que estuvieron recubiertos de una belleza sensible, llenos de vida y energía, imbuidos de amor y de la ternura de otros brazos, ojos y labios, que me habían engendrado a mí, al final de la generación aún por nacer. Fue una gran experiencia. Es verdad que soy moderno. No creo en los misterios de la antigüedad ni en los *kahunas*. Y, sin embargo, en esa cueva vi cosas que no me atrevo a nombrar y que, ahora que Ahuna ha muerto, solo yo sé de entre todos los seres vivos. No tengo hijos. Mi larga estirpe acaba conmigo. Estamos en el siglo XX y apestamos a gasolina. Pero todas

esas cosas indescriptibles morirán conmigo. Jamás volveré a esa tumba. Tampoco en el futuro la contemplarán los ojos de ningún hombre vivo, a menos que algún terremoto desgarre y haga pedazos las montañas, dejando al descubierto los secretos que ocultan en su interior.

El príncipe Akuli guardó silencio. Con un gesto de alivio, se quitó el *lei* de *hala* del cuello, suspiró y lo arrojó para que quedase oculto tras el denso seto de lantana que bordeaba la carretera.

—¿Y la tibia de Laulani? —pregunté en voz baja.

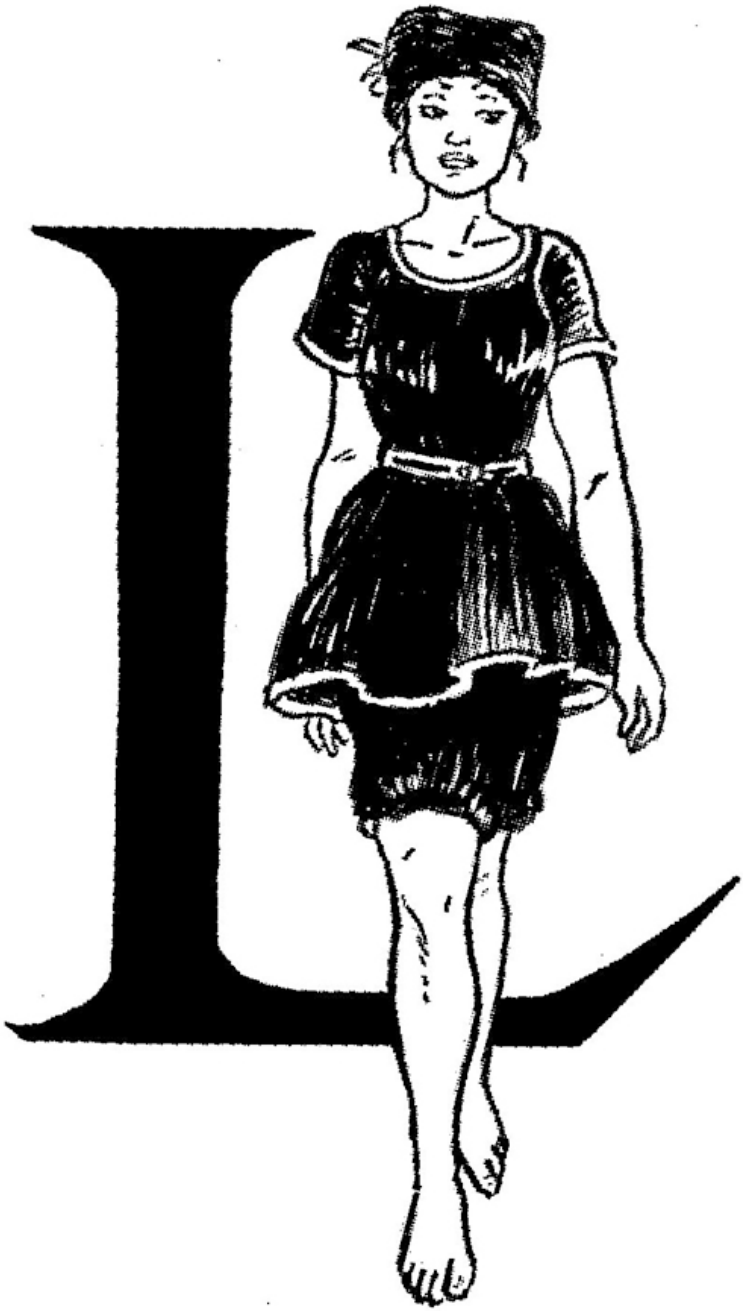
Guardó silencio mientras dejábamos atrás más de un kilómetro de pastos que se convirtieron en una plantación de caña de azúcar.

—La tengo yo —dijo—. Y junto a ella está Keola, muerto antes de tiempo y convertido en la punta de una lanza por el amor de una mujer cuya tibia permanece a su lado. A ellos, a esos pobres y conmovedores huesos, debo más que a ninguna otra cosa o persona. Llegaron a mi poder en el punto álgido de mi adolescencia. Sé que cambiaron el curso de mi vida y mi forma de pensar. Me aportaron una modestia y una humildad gracias a las que la fortuna de mi padre no ha logrado nunca seducirme.

»Y a menudo, cuando alguna mujer ha estado a punto de hacerse con el dominio de mi mente, he ido en busca de la tibia de Laulani. Además, cuando la hombría me ha llevado a sentirme excesivamente orgulloso y ansioso, he consultado la punta de lanza que es lo que queda de Keola, veloz corredor, luchador potente, amante y ladrón de la esposa de un rey. La contemplación de ambos huesos siempre me ha sido de gran ayuda y podríamos decir que en ellos he fundado mi religión… o mi forma de vivir.

[1916]

La rompiente *kanaka*



LAS TURISTAS, bajo la pérgola de hibisco que bordea la playa del Hotel

Moana, se quedaron boquiabiertas cuando Lee Barton y su esposa Ida salieron de la caseta. Y continuaron boquiabiertas mientras ambos pasaban junto a ellas y llegaban a la arena. No porque en Lee Barton hubiese algo que invitase a quedarse atónito. Las turistas no eran de las que soltaban un grito ahogado al ver a un simple hombre en bañador, por mucho músculo y buenas hechuras que adornasen su cuerpo. Sin embargo, los entrenadores y preparadores deportivos habrían respirado satisfechos al contemplar el espectáculo físico de aquel hombre. Aunque no se habrían quedado boquiabiertos del mismo modo que las mujeres, cuyos gritos ahogados indicaban conmoción de tipo moral.

La causa de su inquietud y rechazo era Ida Barton. La miraron mal en cuanto la vieron. Pensaron que lo que las escandalizaba era su bañador, tan fervientemente se engañaban a sí mismas. Pero Freud ha señalado que las personas, en lo relativo al sexo, son sinceramente propensas a sustituir una cosa por otra y a sufrir por la sustituía tanto como si fuera la auténtica.

El bañador de Ida Barton era bonito, hasta donde puede serlo un bañador. De lana negra, muy fina pero tupida, con ribetes blancos y cinturilla a juego, tenía el escote a la caja, las mangas cortas y la falda reducida. Y aunque la falda era reducida, las mallas no lo eran menos. Sin embargo, en la playa frente al colindante Outrigger Club, una veintena de mujeres que entraban y salían del agua sin provocar ningún tipo de escándalo, iban ataviadas con mayor atrevimiento. Sus bañadores, tan reducidos de falda y mallas y tan ajustados como el de ella, no llevaban mangas, como los de los hombres, y el corte de las sisas era tan bajo y exagerado que dejaba la axila completamente expuesta y anunciaba que quienes los lucían estaban acostumbradas a los escotes de 1916.

De manera que el bañador de Ida Barton no era el motivo de su escándalo, aunque las mujeres se engañasen a sí mismas y pensaran que sí lo era. Digamos que eran sus piernas o toda ella, su agradable y radiante feminidad lo que llamaba su atención. Viudas, matronas y doncellas, que conservaban sus músculos blandos y gordos o protegían sus cutis de invernadero a la sombra de la pérgola de hibisco, sintieron de inmediato que ella las desafiaba. Era una amenaza, una afrenta de superioridad en el juego de la vida elegido por ellas mismas, afortunado según los casos.

Pero no lo dijeron. No se permitieron pensarlo siquiera. Pensaron que era el bañador y eso fue lo que comentaron entre ellas, ignorando a las veinte mujeres vestidas con mayor atrevimiento, pero de belleza menos peligrosa. Si alguien hubiese podido separar de las almas de aquellas mujeres descontentas lo que se ocultaba tras su condena del bañador, habría encontrado una idea envidiosa: que a ninguna mujer tan hermosa como aquella se le debería permitir mostrar su belleza. No era justo para ellas. ¿Qué oportunidades tendrían de conquistar a los hombres con una rival tan peligrosa en primer plano?

Estaban justificadas. Como Stanley Patterson le dijo a su mujer, mientras ambos holgazaneaban mojados en la arena, junto a un pequeño arroyo de agua dulce que los Barton cruzaron para llegar a la playa del Outrigger Club:

—¡Qué maravilla de modelo sin igual! Querida, ¿has visto alguna vez dos piernas como esas en una sola mujer? Mira qué redondez y qué forma de estrecharse. Son piernas de chico. He visto pesos pluma saltar al cuadrilátero con piernas como esas. Pero también son piernas de mujer. Jamás podría confundirlas. ¡El arco de la línea frontal del muslo! ¡Y la equilibrada plenitud de la parte posterior! ¡La forma en que las curvas contrarias se vuelven más delgadas hacia la rodilla, que es una verdadera rodilla! Estoy deseando ponerme a trabajar. Ojalá tuviera a mano un poco de arcilla.

—Es una auténtica rodilla humana —coincidió con él su esposa, igual de emocionada porque, como su marido, era escultora—. Mira cómo se mueve la articulación bajo la piel. Tiene forma y, bendita sea, no está cubierta por un montón de grasa. —Se detuvo para suspirar, al pensar en sus propias rodillas—. Es apropiada, bonita y grácil. ¡Tiene atractivo! Nunca había visto a alguien tan atractivo. Me pregunto quién será.

Stanley Patterson, sin dejar de mirar con fervor, continuó con su parte del coro.

—¿Ves que no tiene las almohadillas redondas de músculo en la parte interior que hacen que la mayor parte de las mujeres parezcan patizambas? Son piernas de chico, firmes y seguras…

—Y piernas de mujer, suaves y redondeadas —se apresuró a equilibrar su esposa—. ¡Mira, Stanley! Mira cómo camina casi de

puntillas. Eso la hace parecer ligera como una pluma. Da la sensación de que no llega a tocar el suelo en cada paso y algunos parecen elevarse un poco más, hasta que tienes la impresión de que vuela o de que está a punto de alzar el vuelo…

Así hablaban Stanley Patterson y su mujer. Pero ellos eran artistas y sus ojos no miraban como las siguientes series de ojos humanos ante las que Ida Barton iba a tener que pasar y que se agazapaban en los *lanais* (porches) del Outrigger y a la sombra del hibisco del cercano Seaside. La mayor parte de la audiencia del Outrigger no se componía de turistas, sino de socios del club y veteranos de Hawái. Incluso las mujeres veteranas se quedaron boquiabiertas.

—Es verdaderamente indecente —le dijo a Hanley Black su esposa, una matrona de cintura demasiado ancha y cuarenta y cinco años, que había nacido en las islas hawaianas y nunca había oído hablar de Ostende.

Hanley Black inspeccionó con gesto mordaz y meditabundo el traje de baño de su esposa, propio de Nueva Inglaterra, de una enormidad antediluviana y una falta de forma escandalosa. Llevaban casados un número de años más que suficiente como para que pudiese expresar su opinión.

—El traje de baño de esa desconocida hace que el tuyo resulte indecente. Pareces una criatura vergonzosa, oculta tras un atuendo grotesco que busca cubrir algún horror secreto.

—Mueve el cuerpo como una bailarina española —dijo la señora Patterson a su marido, ya que ambos habían cruzado el arroyo y caminaban tras aquella visión.

—¡Cielo santo, es verdad! —coincidió Stanley Patterson—. Me recuerda a Estrellita. El torso hacia delante lo justo, talle esbelto, vientre no totalmente plano y unos músculos como los de un joven boxeador, que defienden el vientre y le transmiten valentía. Los necesita para moverse de esa forma y equilibrar los músculos posteriores. ¡Mira la curva musculosa de la espalda! Es como la de Estrellita.

—¿Cuánto crees que mide? —preguntó la mujer.

—Ahí engaña —fue la respuesta—. Podría medir un metro con cincuenta y cinco, o uno sesenta o uno sesenta y cinco. Es por esa forma de caminar que tú has descrito como a punto de alzar el

vuelo.

—Sí, es verdad —aceptó la señora Patterson—. Es su energía, la sensación de que su vitalidad ascendente la hace ir de puntillas.

Stanley Patterson reflexionó durante un rato.

—Ya está —anunció—. Es pequeña. Le doy un metro con cincuenta y ocho centímetros. Y creo que pesa unos cincuenta kilos, o entre cuarenta y ocho y cincuenta y dos.

—No puede pesar cincuenta kilos —afirmó su esposa, muy convencida.

—Vestida y con ese porte, que se compone de su vitalidad y fuerza de voluntad, apostaría a que nadie es capaz de darse cuenta de lo pequeña que es.

—Ya sé a qué te refieres —asintió su esposa—. La conoces y tienes la impresión de que, aunque no sea exactamente una mujer grande, lo es más que la media. ¿Y la edad?

—Ahí te cedo la palabra —se protegió él.

—Podría tener veinticinco o treinta y ocho…

Pero Stanley Patterson había tenido la descortesía de no escucharla.

—No son solo las piernas —continuó entusiasmado—. Es todo el conjunto. Fíjate en la delicadeza de ese antebrazo. ¡Y el bíceps! Está vivo. Apuesto lo que sea a que podría hacer una buena demostración de fuerza.

Ninguna mujer, y mucho menos una como Ida Barton, podría no ser consciente del efecto que provocaba a lo largo de la playa de Waikiki. En lugar de hacerla feliz al apelar a su vanidad, la molestaba.

—Cuánta elementa —se rio al comentárselo a su marido—. ¡Y pensar que nací aquí hace casi un tercio de siglo! Pero entonces no eran desagradables. Tal vez porque no había turistas. Lee, aprendí a nadar aquí mismo, en esta playa, delante del Outrigger. Solíamos venir con papá a pasar las vacaciones y fines de semana y nos alojábamos en una cabaña con techo de paja que estaba justo donde las damas del Outrigger toman ahora el té. Desde la paja caían los ciempiés sobre nosotros mientras dormíamos, comíamos *poi, opihis* y *aku* crudo, nadie se ponía demasiada ropa para ir a nadar o a pescar pulpos y no había una carretera de verdad que llevase a la ciudad. Recuerdo que cuando llovía mucho se inundaba de tal

forma que teníamos que ir en canoa, saliendo por el arrecife y volviendo a entrar por el puerto de Honolulú.

—No olvides —añadió Lee Barton— que más o menos por entonces el joven que fui llegó a la zona para pasar unas semanas. Seguramente te vi en la playa; serías uno de esos niños que nadaban como peces. ¡Demonios! Aquí todas las mujeres montaban a caballo como los hombres, y eso fue mucho antes de que el resto del mundo social femenino superase la sensación de falta de decoro y acabase por sentarse simultáneamente a ambos lados del caballo. Yo también aprendí a nadar en esta playa por entonces. Incluso puede que los dos intentásemos hacer surf sin tabla en las mismas olas o que yo te salpicase y te hiciese tragar agua, lo que tú recompensarías echándome la lengua…

Al verse interrumpido por el gritito audible de una mujer con pinta de solterona que tomaba el sol, muy cerca y en posición angular, sobre la arena, con un bañador monstruosamente feo, Lee Barton se percató de que su mujer se había puesto tensa de una forma inconsciente y casi perceptible.

—Yo sonrío encantado —le dijo—. Solo sirve para que tus valerosos hombros muestren aún más valor. Puede que te haga sentirte cohibido, pero también aporta confianza en ti mismo.

Porque, vaya por delante, Lee Barton era un superhombre e Ida Barton una super-mujer; o al menos así los consideraban quienes valoraban esas cosas: hombres y mujeres planos y críticos académicamente mutilados que, más allá de la deprimente altura a la que viven, no soportan divisar seres humanos magníficos que se eleven sobre sus horizontes. Esas gentes monótonas, ecos del pasado muerto e insistentes y autoproclamados portadores del féretro del presente y del futuro, que son vividores por poderes y hedonistas indirectos al estilo eunuco, insisten —ya que ellos mismos, sus entornos y sus limitadas inquietudes de la carne son mediocres y comunes— en que ningún hombre o mujer puede estar por encima de lo mediocre y lo común.

Como carecen de grandiosidad en sí mismos, niegan la grandiosidad de toda la humanidad; demasiado cobardes para las extravagancias y las proezas, afirman que las extravagancias y las proezas dejaron de existir en la Edad Media; al no ser más que velas parpadeantes, sus débiles ojos quedan deslumbrados y no son

capaces de ver los llameantes incendios de otras almas que iluminan sus cielos. Como no poseen más poder que el concedido a los pigmeos, no conciben que en otros exista un poder mayor que el que existe en ellos. En otros tiempos hubo gigantes, pero, según les cuentan sus libros mohosos, hace mucho que no hay gigantes y de ellos solo quedan los huesos. Como nunca han visto las montañas, las montañas no existen.

Entre el barro de su cochiquera, perpetuado con autosatisfacción, afirman que no puede haber figuras brillantes, vestidas con colores alegres y siempre sonrientes, fuera de los cuentos de hadas, las viejas historias y las antiguas supersticiones. Como nunca han visto las estrellas, las estrellas no existen. Como ni siquiera han vislumbrado las sendas resplandecientes ni a los mortales que las recorren, niegan la existencia de dichas sendas y la de los alegres mortales que se aventuran por ellas. Ya que el estrecho centro de sus ojos es el centro del universo, se figuran que el universo está hecho a su imagen y convierten sus pobres personalidades en deplorables varas de medir con las que evaluar a las almas alegres, diciendo: «Nuestras almas miden esto y no más; es imposible que existan almas de mayor altura que las nuestras y nuestros dioses saben que nuestra estatura es elevada».

Pero todos, o casi todos los presentes en la playa, perdonaron las formas y el bañador de Ida Barton cuando llegó al agua. Rozó el brazo de su marido con la mano, para retarlo con la risa en el rostro, y los dos corrieron a la par media docena de pasos y saltaron a la vez desde la arena dura de la playa al agua, impulsando los cuerpos casi como si volaran antes de zambullirse.

En Waikiki hay dos rompientes: la de olas grandes y masculinas que braman más allá de la zona en la que se pierde pie, y la de olas más pequeñas y amables, la *wahine* o mujer, que rompen en la orilla. Ahí hay poca profundidad y para dejar de hacer pie hay que recorrer entre treinta metros y más de cien. Sin embargo, si llega una buena ola desde el exterior, las olas *wahine* pueden romper durante diez metros, de manera que, en la orilla, el fondo de arena dura puede quedar a un metro o diez centímetros bajo el aluvión de espuma de la superficie. Zambullirse desde la playa a ese mar, volar tras correr, inclinarse en el aire de forma que los talones queden hacia arriba y la cabeza hacia abajo, y entrar así en el agua requiere

conocer muy bien las olas y su ritmo, además de la destreza que aporta un buen entrenamiento para adentrarse en una profundidad tan inestable con una zambullida de cabeza impávida y bonita, que al mismo tiempo resulte lo más superficial posible.

Es algo hermoso y osado que no se aprende en un día ni se puede aprender sin haberse dado muchos golpes suaves contra el fondo, o incluso fracturarse el cráneo o romperse el cuello. En el mismo lugar done los Barton se zambulleron tan artísticamente, dos días antes un atleta de Stanford se había roto el cuello. Había cometido un error al calcular el ascenso y la bajada de una ola *wahine*.

—Una profesional —dijo a Hanley Black su mujer ante la hazaña de Ida Barton.

«Es de las que se sumergen en una pecera de vodevil», fue uno de los comentarios similares con los que las mujeres a la sombra se animaron complacidas las unas a las otras, sintiéndose satisfechas al establecer —con sus extraños procesos mentales de autoengaño— una distinción de casta entre quien trabajaba para pagar lo que comía y ellas, que no trabajaban para comer.

Aquel día había un fuerte oleaje en Waikiki. La rompiente *wahine* estaba embravecida incluso para los buenos nadadores. Nadie se arriesgaba a salir al oleaje *kanaka* u hombre. No porque la veintena larga de jóvenes surfistas que ganduleaban por la playa no pudieran aventurarse a salir ni porque tuvieran miedo, sino porque las olas se habrían tragado sus canoas con batanga más grandes y sus tablas de surf habrían sido arrolladas por las inmensas ascensiones y caídas de los gigantescos monstruos. La mayor parte de ellos podrían haber ido nadando, porque el hombre puede cruzar nadando rompientes que las canoas y las tablas de surf no logran superar, pero cabalgar las olas, alzarse entre la espuma, elevarse en el aire y volar hacia la orilla con la velocidad del caballo era lo que los divertía y lo que los hacía desplazarse desde Honolulú a Waikiki.

El capitán de la canoa *Número Nueve*, socio fundador del Outrigger y poseedor de muchas medallas en natación de fondo, no había visto a los Barton meterse en el agua y los divisó por primera vez pasada la última guirnalda de bañistas que se aferraban a las cuerdas salvavidas. A partir de ese momento, y desde la atalaya del

lanai superior, mantuvo la vista fija en ellos. Cuando continuaron más allá de la plataforma de acero para bucear donde se divertían unos pocos de los buceadores más duros, murmuró, enfadado, en voz baja: «¡Malditos *malahinis*!».

Malahini significa principiante, novato; y, a pesar de la belleza de sus brazadas, sabía que solo los *malahinis* se adentrarían en la fuerte corriente del canal que fluía más allá de la plataforma. De ahí el enfado del capitán de la *Número Nueve*. Bajó a la playa, reunió con discreción una tripulación de los surfistas más fuertes y regresó al *lanai* con unos prismáticos. Sin darse prisa y como si nada, los seis hombres de la tripulación llevaron a la *Número Nueve* hasta el borde del agua, comprobaron que los remos y demás utensilios estuviesen preparados para zarpar de inmediato, y luego se quedaron holgazaneando en la arena. Con esa actitud intentaban que nadie se diese cuenta de que se avecinaba una tragedia, aunque de vez en cuando dirigían miradas furtivas a su capitán, que manejaba los prismáticos.

Lo que formaba el canal era el arroyo de agua dulce. El coral no soporta el agua dulce. Lo que formaba la fuerte corriente era la inmensa potencia con la que el mar se lanzaba hacia la orilla. Incapaz de permanecer en la playa, pero empujada una y otra vez hacia la orilla por la perpetua avalancha del oleaje *kanaka*, el agua amontonada escapaba hacia el mar por el canal y por el fondo, bajo el oleaje, convertida en resaca. Incluso en el canal las olas rompían con fuerza, aunque no con la magnífica y aterradora potencia con que lo hacían a derecha e izquierda. Por eso una canoa o un nadador resistente podían atreverse a entrar en el canal. Pero el nadador tenía que ser muy fuerte para avanzar a contracorriente. Por eso el capitán de la *Número Nueve* continuaba vigilando y maldiciendo en voz baja a los *malahinis*, enfadado y seguro de que aquellos dos *malahinis* lo obligarían a botar la *Número Nueve* e ir tras ellos cuando comprendieran que no podrían nadar contra la corriente. Si él se encontrase en la situación en la que ellos estaban, viraría a la izquierda, hacia Diamond Head, y se dejaría llevar a la orilla por las olas de la rompiente *kanaka*. Pero él era él, un hércules moreno de veintidós años, el blanco más blanco bronceado por el sol subtropical hasta volverse del color de la caoba, con un

cuerpo, una complexión y unos músculos muy semejantes a los de Duke Kahanamoku. En cien metros el campeón del mundo le ganaría sin dudarlo; pero en una distancia de varios kilómetros, él sería capaz de nadar en círculos alrededor del campeón.

De los varios cientos de personas que se encontraban en la playa nadie sabía que los Barton habían superado la plataforma de buceo, excepto el capitán y su tripulación. Los que los habían visto nadar hacia mar abierto dieron por sentado que se habían unido a los que estaban en la plataforma.

El capitán saltó de repente sobre la barandilla del *lanai*, se agarró a una columna con una mano y localizó de nuevo, con los prismáticos, los dos puntos que eran las cabezas de los nadadores. Ocurría lo que él había supuesto. Aquellos dos idiotas habían virado para salir del canal hacia Diamond Head y habían superado la rompiente *kanaka*. Peor aún: mientras miraba, empezaron a volver hacia tierra con la intención de cruzarla.

Lanzó una rápida mirada hacia la canoa y, mientras los tripulantes se ponían en pie y ocupaban sus puestos junto a ella, preparados para botarla, se decidió. Antes de que la canoa lograse situarse a la altura del canal, todo habría acabado para el hombre y la mujer. Además, aunque lograse llegar hasta ellos, en el momento en que se adentrase en la rompiente *kanaka*, las olas se la tragarían y pocas probabilidades tendría el mejor nadador del grupo de rescatar a una persona a la que la fuerza del oleaje haría picadillo contra el fondo.

El capitán vio a la primera ola *kanaka*, grande por sí sola pero pequeña en comparación con sus compañeras, alzarse por detrás de los nadadores. Luego los vio nadar a crol, uno junto al otro, los rostros hacia abajo, los cuerpos perfectamente extendidos, los pies agitándose como hélices y los brazos realizando rápidos movimientos mientras aceleraban para aproximarse a la velocidad de la ola que se acercaba, de forma que, cuando los adelantase, formarían parte de la ola y viajarían con ella, en lugar de quedarse atrás. Así, si tenían la destreza y sangre fría suficientes para avanzar cuan largos eran sobre la superficie y la parte delantera de la cresta, en lugar de sucumbir y verse lanzados de cabeza al fondo, correrían hacia la orilla propulsados no por su propia energía sino por la de la ola a la que se habían incorporado.

¡Y lo lograron! «Estos saben nadar», se dijo a sí mismo el capitán de la *Número Nueve* en voz baja. Continuó observando con ansia. Los mejores nadadores serían capaces de permanecer en esa ola durante varias decenas de metros. Sin embargo, ¿podrían ellos? Si lo conseguían, habrían superado un tercio de los peligros a los que se enfrentaban Pero, algo que no le sorprendió, la mujer fracasó antes porque su cuerpo no presentaba una superficie tan amplia como el de su marido. Al cabo de veinte metros fue arrollada y hundida —dejó de verse en el exterior— por las toneladas de agua de la ola. La siguió el marido y ambos aparecieron nadando más allá de la ola que habían perdido.

El capitán vio la siguiente ola antes que ellos. «Si intentan surfear eso sin tabla, solo con el cuerpo, ya pueden despedirse», murmuró porque sabía que el nadador que se enfrentase a esa ola no sobreviviría. Aún sin cresta, era mucho más grande que todas las otras olas ya con cresta: medía kilómetro y medio de largo y comenzó a elevarse mucho más lejos del punto donde empezaban las demás, alzando cada vez más su mole sólida, hasta que ocultó el horizonte y fue un gigante entre sus compañeras, antes de que su cresta comenzara a crecer y a afinarse para formar el labio.

Pero resultaba evidente que aquellos dos sabían de grandes olas. No se apresuraron a nadar por delante de la ola. El capitán aplaudió para sí al verlos girarse para enfrentarla y esperarla. Fue algo que, de todos los presentes en la playa, solo él presenció, con la claridad y la intensidad que aportaban los prismáticos. La pared de la ola era una pared de verdad que no paraba de crecer, siempre aumentando y afinándose, más arriba, hasta alcanzar la transparencia de un sol poniente atravesado por verdes y azules. El verde se debilitó hasta volverse un verde muy claro que se fundió con el azul mientras él miraba. Pero era una gema azulada que brillaba con los innumerables destellos rosas y dorados que la luz del sol creaba al atravesar el agua. Siempre adelante y alzándose mientras se formaba la cresta, la orgía de colores siguió aumentando hasta que fue una efervescencia caleidoscópica de arcoíris permeables.

Las cabezas del hombre y la mujer se recortaban contra el frontal de la ola como dos puntitos diminutos. Y no eran más que eso: dos puntos que se aventuraban entre las fuerzas ciegas de la naturaleza y retaban a los titánicos golpes de mar. El peso de la

caída de aquella ola gigante, a punto de desplomarse sobre sus cabezas, podía dejar sin sentido a un hombre o romper los frágiles huesos de una mujer. El capitán de la *Número Nueve* contuvo el aliento sin darse cuenta. Se olvidó del hombre. Era la mujer. Si perdía la cabeza o el valor, si hacía mal uso de sus músculos durante un instante, aquel gigantesco golpe de mar podía arrojarla a más de treinta metros, para dejarla dolorida, indefensa y sin aliento, acabar echa papilla sobre el fondo de coral y luego llevada a mar abierto por la resaca, donde se aprovecharían de ella los tiburones, demasiado cobardes para comer su carne humana estando viva.

Al capitán le gustaría saber por qué no se zambullían en profundidad, con tiempo suficiente, en lugar de esperar a que la última oportunidad de salvarse y la primera de perecer fuesen una. Vio que la mujer volvía la cabeza y se reía en dirección al hombre, quien hizo lo mismo. Sobresaliendo por encima de ellos mientras montaban en el cuerpo de la ola, la espuma, de un blanco cremoso que se tomaba rosa y oro, se lanzó hacia arriba, salpicando joyas. Los frescos alisios de la costa jugaron con los flecos de espuma y los empujaron varios metros hacia arriba y hacia atrás en el aire. Entonces, uno junto al otro, separados por dos metros, se zambulleron bajo el labio de la ola cuando ya se desintegraba en puro caos y se desplomaba. Desaparecieron como un par de insectos en las circunvoluciones de una orquídea magnífica y gigantesca, al tiempo que muchas toneladas de espuma, cresta, salpicaduras y joyas caían y se estrellaban justo en el punto del que ellos habían desaparecido un instante antes y en el que ya no estaban.

Por fin aparecieron al otro lado de la ola que habían cruzado, uno junto al otro, aún a dos metros de distancia, nadando hacia la orilla a buen ritmo hasta que la siguiente ola les permitiera surfearla sin tabla o penetrar en ella de frente. El capitán de la *Número Nueve* hizo una seña con la mano a su tripulación para que se quedara tranquila y se sentó en la barandilla del *lanai*, un tanto cansado y sin dejar de observar a los nadadores con los prismáticos.

—No sé lo qué son ni quiénes son —murmuró—, pero no tienen nada de *malahinis*. Es imposible que sean *malahinis*.

No todos los días, solo de vez en cuando, hay fuerte oleaje en Waikiki. Durante las jornadas siguientes, Ida y Lee Barton se

dejaron ver mucho por la playa y en el agua, por lo que continuaron despertando el interés y el desprecio de las turistas, aunque los capitanes del Outrigger dejaron de preocuparse por ellos. Los veían nadar hacia mar abierto y desaparecer en la distancia azul y horas después los veían regresar, si tenían la suerte de mirar en ese momento. Pero los capitanes ya no se preocupaban por si regresaban o no porque estaban seguros de que lo harían.

Eso se debía a que no eran *malahinis*. Eran de allí. En otras palabras, en la potente expresión de las islas, eran *kamaaina*. Hombres y mujeres *kamaaina* de cuarenta años recordaban a Lee Barton de la niñez, cuando sí había sido un *malahini*, aunque muy joven. Desde entonces, en el curso de varias estancias prolongadas, se había ganado el honor de ser *kamaaina*.

En cuanto a Ida Barton, las jóvenes matronas de su misma edad (que en privado se preguntaban cómo se las arreglaba para conservar la figura) la recibieron con los brazos abiertos y los efusivos besos hawaianos. Las abuelas la invitaban a tomar el té y compartir recuerdos en los viejos jardines de las casas olvidadas que el turista nunca ve. Menos de una semana después de su llegada, la anciana reina Liliuokalani tuvo que hacerla llamar y reprenderla por su negligencia. Y los desdentados ancianos, en los *laymis* frescos y aromáticos, le hablaban del abuelo capitán Wilton, anterior a su época pero cuyas locuras, hazañas y jugarretas, que sus padres les habían transmitido, recordaban encantados. El abuelo capitán Wilton, David Wilton o *Manos a la obra*, como los hawaianos de la época lo habían bautizado con cariño, excomerciante en los Territorios del Noroeste, era el capitán náufrago sin barco, sin dios y raquero que había recibido en la playa de Kailua al primer misionero, llegado a bordo del bergantín *Thaddeus* en el año 1820. Pocos años después vivió el escándalo de raptar a una de las hijas de los misioneros para casarse con ella, sentó cabeza y sirvió a los Kamehamehas durante mucho tiempo y de forma conservadora como ministro de Economía y jefe de Aduanas, y actuó como árbitro y mediador entre los misioneros por un lado y por el otro, siempre cambiante, los raqueros, los comerciantes y los jefes hawaianos.

Tampoco descuidaban a Lee Barton. Entre las cenas y almuerzos,

los *luaus* y refrigerios de *poi*, los baños y bailes de *aloha* celebrados para los dos, reclamaba su tiempo y aficiones el grupo de jóvenes alegres de las buenas épocas pasadas en Kohala, quienes ya eran conscientes de que debían cuidar sus digestiones y demás funciones internas, se habían acostumbrado a la seriedad, salían menos de jarana, jugaban mucho al bridge y solían ir al béisbol. Además, orientada de forma similar, estaba también la pandilla con la que Lee Barton jugaba al póquer en su juventud, cuyos miembros ahora apostaban y establecían los límites de forma más coherente, mientras bebían agua mineral y zumo de naranja y dejaban la última ronda de whiskies para medianoche, como muy tarde.

Entre tanto entretenimiento apareció Sonny Grandison, nacido en Hawái y hawaiano prominente, quien, a pesar de sus juveniles cuarenta y un años, había rechazado el cargo de gobernador del Territorio. Además, se había bañado con Ida Barton en la rompiente de Waikiki un cuarto de siglo antes y, incluso antes de eso, de vacaciones en el enorme rancho de ganado que su padre tenía en Lakanaii, la había iniciado de forma espeluznante, a ella y a varios otros pequeñines de entre cinco y siete años, en su pandilla de chicos, «Los cazadores de cabezas caníbales» o «Los demonios de Lakanaii». Remontándonos aún más en el tiempo, sus dos abuelos, Grandison y Wilton, habían sido camaradas en la política y los negocios.

Educado en Harvard, recorrió el mundo durante un tiempo en calidad de científico y personaje social. Tras servir al Ejército en las Filipinas, formó parte de varias expediciones por Malasia, América del Sur y África, en el puesto de entomólogo oficial. A los cuarenta y uno aún viajaba de vez en cuando para el Instituto Smithsonian y sus amigos insistían en que sabía más sobre los «bichos» del azúcar que los entomólogos expertos que él mismo y sus colegas dueños de plantaciones empleaban en la Estación Experimental. Además de ocupar un lugar importante en las islas, fuera de ellas era el más conocido de quienes representaban a Hawái. Entre los hawaianos viajados existía un axioma según el que, en cualquier lugar en el que mencionasen su procedencia, la primera pregunta que siempre les hacían era: «¿Y conocen a Sonny Grandison?».

Resumiendo, era el hijo de un padre rico al que le había ido bien. Había convertido en diez el millón heredado, sin descuidar las

obras de caridad y donaciones de su padre, eclipsándolas con las suyas propias.

Pero eso no era todo. Llevaba diez años viudo, sin descendencia, y se había convertido en el mejor partido de Hawái, en el hombre casadero más penosamente perseguido. Era moreno, de rasgos pronunciados y bien definidos, alto, delgado y elegante, con el escaso estómago del corredor, siempre en forma, miembro distinguido en cualquier grupo, al que las canas que empezaban a clarear sus sienes (en yuxtaposición a su piel joven y luminosa y a sus ojos llenos de vida) aportaban una distinción incluso mayor. A pesar de lo mucho que le exigían sus compromisos sociales, su abundancia de reuniones de comités, juntas directivas y conferencias políticas, encontraba tiempo y espacio para capitanear el equipo de polo de Lakanaii y llevarlo a alguna que otra victoria y, en su propia isla de Lakanaii, competir con los Baldwin de Maui en la cría e importación de caballos para jugar al polo.

Si tenemos un hombre y una mujer considerablemente fuertes y vitales, y entra en escena otro hombre igualmente fuerte y vital, el peligro de que surja un triángulo trágico considerablemente fuerte y vital se vuelve inminente. De hecho, semejante triángulo trágico puede describirse, en la terminología de la gente corriente, como algo fantástico e imposible. Es factible, ya que el deseo y el atrevimiento se habían originado en su interior, que Sonny Grandison fuese el primero en percatarse de la situación, aunque tuvo que ser rápido para anticiparse a la sensible intuición de una mujer como Ida Barton. En cualquier caso, sin duda alguna, el último de los tres en darse cuenta fue Lee Barton, quien enseguida subestimó entre risas lo que era imposible hacer desaparecer de esa forma.

Tardó tanto en enterarse que la mitad de sus anfitriones ya sabían lo que ocurría. Al echar la vista atrás, se fijó en que, desde hacía una buena temporada, Sonny Grandison también asistía a cualquier evento al que él y su mujer fuesen invitados. Dondequiera que los dos estuviesen, estaban los tres. En Kahukum Haleiwa, Ahuimanu, los jardines de coral de Kaneohe o en Koko Head, de picnic y bañándose, siempre acababa Ida en el coche de Sonny o los dos juntos en el coche de alguien más. Lo mismo en bailes, *luaus*, cenas y excursiones: siempre estaban los tres.

Tras darse cuenta, Lee Barton no pudo dejar de fijarse en que la felicidad de Ida no hacía más que aumentar cuando se encontraba en compañía de Sonny Grandison, y su disposición a ir en el mismo coche que él, a bailar con él o a sentarse a su lado durante los bailes. Lo más convincente de todo era el propio Sonny Grandison. A sus cuarenta y un años, fuerte y experimentado, su rostro no lograba ocultar lo que sentía más que un chaval de veinte conseguía ocultar su amor de adolescente. A pesar del control y el dominio de uno mismo que dan los años, no enmascaraba su alma con su rostro y permitía que Lee Barton, de igual edad, leyese lo que esa alma sentía. A menudo, charlando con otras mujeres, cuando Sonny era el tema de conversación, Lee Barton oía a Ida expresar el afecto que Sonny provocaba en ella, o su elocuente aprecio por su forma de jugar al polo, su trabajo y sus logros.

Lee no tenía dudas en cuanto al estado del ánimo y el corazón de Sonny. Todo el mundo podía verlo. Pero ¿qué pasaba con Ida, con la que llevaba doce años casado, enamorado y feliz? Sabía que las mujeres, siempre misteriosas, eran capaces de dar sorpresas inesperadas. Su franca camaradería con Grandison, ¿era solo la continuación de una amistad infantil en los años adultos? ¿Ocultaría, con la sutileza y el secretismo femeninos, un sentimiento más profundo que incluso podría sobrepasar lo que anunciaba el rostro de Sonny?

Lee Barton no era feliz. Los doce años de convivencia con su esposa le habían dejado claro, al menos por lo que a él respectaba, que en el mundo no había otra mujer para él y que no existía nadie capaz de competir con ella en su corazón, su alma y su cerebro. Resultaba imposible que otra mujer lo apartara de ella o fuese capaz de superar las muchas satisfacciones que ella le proporcionaba.

¿Sería aquello, entonces —se preguntaba—, la primera aventura de ella, esa eventualidad temida por todos los enamorados? Se atormentaba con esa duda siempre repetida y, ante el asombro de su grupo de póquer de Kohala, formado por hombres maduros y prudentes, y como recompensa al voraz escrutinio de las mujeres, tanto las que organizaban las cenas como las invitadas a ellas, empezó a beber ginebra en lugar de zumo de naranja, a forzar los límites en el póquer, a conducir su automóvil de noche de forma temeraria por las carreteras de Pali y Diamond Head y a beber más

cócteles y whiskies de lo normal antes de la cena o del almuerzo.

Durante los años de su matrimonio, a ella siempre le había parecido bien que él jugase a las cartas. Su complacencia era algo habitual para él. Pero, ahora que había surgido la duda, le parecía que ella apoyaba sus partidas con un exceso de entusiasmo. Además, se daba cuenta de que los grupos que jugaban al póquer y al bridge echaban de menos a Sonny Grandison. Al parecer, estaba demasiado ocupado. ¿Dónde se encontraba Sonny mientras él, Lee Barton, jugaba? Imposible que siempre lo retuviesen sus comités y juntas directivas. Lee Barton quiso asegurarse. No le costó saber que en esas ocasiones Sonny casi siempre estaba dondequiera que estuviese Ida, en los bailes, las cenas o en los grupos que se bañaban a la luz de la luna. Por ejemplo, la tarde en la que se había disculpado para no unirse a Lee, Langhorne Jones y Jack Holstein en una partida de bridge celebrada en el Pacific Club, había ido a casa de Dora Niles para jugar al bridge con tres mujeres, una de las cuales era Ida.

Una tarde, al volver de inspeccionar el enorme dique seco de Pearl Harbor, Lee Barton, que conducía con prisa a fin de llegar a tiempo de cambiarse para la cena, adelantó al automóvil de Sonny. El único pasajero de Sonny, al que este llevaba a casa, era Ida. Una noche, una semana después, durante la que no había jugado a las cartas, volvió a casa a las once, tras una despedida de soltero celebrada en el University Club. Ida llegó poco después de la cena *poi* y el baile de los Aistone. Sonny fue quien la llevó a casa. Dijeron que antes habían dejado al comandante Franklin y a su mujer en Fort Shafter, al otro extremo de la ciudad y a varios kilómetros de distancia de la playa.

Lee Barton, al fin y al cabo, era un simple ser humano y, como tal, trataba a Sonny como a un amigo, por lo que sufría en silencio. Ni siquiera Ida imaginaba su sufrimiento y seguía mostrándose alegre, despreocupada y risueña, segura de su propio corazón, aunque un tanto perpleja por el número siempre en aumento de los cócteles que su marido consumía antes de cenar.

En apariencia, y como siempre, tenía acceso a todo lo relacionado con él, aunque no tenía acceso al tormento inimaginable que él sufría ni al proceso mental por el que, a cada momento del día y la noche, comparaba y hacía balance de todo lo

que vivían. En una columna anotaba la forma, sin duda espontánea, en la que ella reflejaba su amor por él y sus atenciones, las muchas veces que lo cuidaba, le pedía consejos y se atenía a ellos. En otra columna, que no paraba de crecer, apuntaba expresiones y actos que solo podía clasificar como dudosos. ¿Eran lo que parecían? ¿O habría en ellos falsedad, ya fuese de forma deliberada o inconsciente? La tercera columna, la más larga de todas, la más valiosa para su corazón, estaba llena de asuntos relacionados directa o indirectamente con ella y Sonny Grandison. Lee Barton no llevaba esas cuentas de forma deliberada. No podía evitarlo. Le habría gustado no hacerlo. Pero en su mente limpia y ordenada, todas aquellas entradas ocupaban su lugar automáticamente en sus respectivas columnas, sin que su propia voluntad lo buscase.

Debido a su forma de tergiversar la situación, por lo que daba importancia a detalles triviales en apariencia aún sabiendo que no la tenían, recurrió a Macllwaine, a quien había prestado una ayuda considerable en el pasado. Macllwaine era jefe de Policía. «¿Sonny Grandison es un mujeriego?», había preguntado Barton. Macllwaine no dijo nada. «Entonces, es un mujeriego», afirmó Barton. El jefe de Policía siguió sin decir nada.

Poco después, antes de destruirlo por completo, Lee Barton leyó el informe escrito. El resumen no estaba mal, aunque tampoco bien después de la muerte de su esposa. Aquel matrimonio por amor había sido casi famoso en la sociedad de Honolulú debido a lo enamorados que estaban, no solo antes, sino también después de casarse y hasta la trágica muerte de ella, cuando su caballo tropezó en la senda de Nahiku y la arrastró con él al fondo del precipicio, en una caída de trescientos metros. Macllwaine afirmaba que hasta mucho tiempo después Grandison no había mostrado interés por ninguna otra mujer. Y, cuando lo había hecho, siempre era de lo más decente. Jamás provocó cotilleos o escándalos y la comunidad al completo había llegado a aceptar que era hombre de una sola mujer y que nunca volvería a casarse. Las aventuras sin importancia que Macllwaine había anotado solo eran conocidas por sus propios protagonistas, de eso estaba seguro.

Barton ojeó con prisa, casi abochornado, los distintos nombres e incidentes, y se sorprendió antes de quemar el documento. En cualquier caso, Sonny había sido muy discreto. Mientras observaba

las cenizas, Barton se preguntó qué parte de sus hazañas de juventud, de cuando era soltero, conservaría Macllwaine. A continuación se sonrojó, avergonzado de sí mismo. Si Macllwaine sabía tanto de las vidas privadas de los miembros importantes de la comunidad, ¿no había él, que era el marido, protector y valedor de Ida, sembrado en la mente de Macllwaine motivos para que sospechase de ella?

—¿Te preocupa alguna cosa? —preguntó Lee a su esposa esa noche, al tiempo que sostenía su chal mientras ella se ocupaba de los últimos detalles de su atuendo.

Siempre habían hablado con franqueza y, mientras aguardaba su respuesta, se preguntó por qué había tardado tanto tiempo en interesarse por lo que ella pensaba.

—No —sonrió Ida—. Nada en particular… Después… quizás…

Se concentró en mirarse en el espejo mientras se aplicaba polvos en la nariz, aunque enseguida se los quitó.

—Ya me conoces, Lee —añadió tras la pausa—. Necesito tiempo para deducir las cosas a mi manera… cuando hay cosas que deducir. Pero cuando lo consigo, siempre te lo cuento. Aunque a menudo acabo por descubrir que no se trata de nada importante y así te ahorro las molestias.

Extendió los brazos para que él le pusiera el chal, esos brazos valerosos, tan prudentes y fuertes para batallar con las olas, que a la vez eran brazos de mujer, redondeados, cálidos y blancos, tan deliciosos como deben ser los brazos femeninos, con sus sutiles músculos ocultos bajo la suave turgencia de la piel tersa y sedosa, capaces de exhibir su fuerza a voluntad de su dueña.

La observó, herido y anhelante. Parecía tan delicada, tan frágil, que un hombre fuerte podría aplastarla entre sus brazos.

—¡Date prisa! —exclamó ella, al ver que él se entretenía colocando el ligero chal sobre su precioso vestido largo—. Llegaremos tarde. Y si llueve al ascender Nuuanu, el tiempo que perderemos subiendo la capota nos hará llegar tarde al segundo baile.

Mientras la seguía hacia la puerta pensó que debía estar pendiente de con quién bailaba ese segundo baile, al tiempo que disfrutaba de sus andares orgullosos y llenos de vitalidad.

—No pensarás que te tengo abandonada por jugar tanto al

póquer —volvió a intentarlo, aunque de forma indirecta.

—¡Claro que no! Sabes que me gusta que juegues a las cartas. Es como un bálsamo para ti. Y ahora, con la madurez, te portas mucho mejor. Hace años que no juegas hasta más allá de la una.

No llovió en Nuuanu y en el cielo despejado por los alisios brillaban las estrellas. Llegaron a casa de los Inchkeep a tiempo para el segundo baile y Lee Barton vio que su mujer bailaba con Grandison, algo que no era raro, pero que Barton registró de inmediato en sus libros de cuentas mentales.

Una hora después, deprimido e inquieto, tras rechazar jugar al bridge en la biblioteca y huir de un grupito de jóvenes matronas, salió a pasear por los jardines. Cruzó el césped y llegó hasta un seto de cereus. Para cada una de sus flores, que se abren al caer la noche y se marchitan y mueren al alba, aquella era su única noche de vida. Las flores de color crema, cerosas y grandes —treinta centímetros de diámetro o más—, parecidas a los nenúfares, como faros blancos en la oscuridad, se infiltraban en la noche y la seducían con su perfume, disfrutando de su belleza y de su breve vida.

Pero la senda que se abría junto al seto estaba llena de seres humanos, de dos en dos, hombre y mujer, que aprovechaban para huir entre cada baile o, en vez de bailar, paseaban y charlaban en voz baja mientras observaban la maravilla de aquellas flores. Desde el *lanai* llegaban los compases acariciadores de *Hanalei*, cantada por un coro. Lee Barton se acordó —quizá perteneciera a algún relato de Maupassant— del abate obsesionado por la teoría de que en todo se ocultaban los propósitos de Dios, por lo que no sabía cómo interpretar la noche, hasta que al final descubrió que la noche estaba hecha para el amor.

La armonía de la noche con las flores y los seres humanos hirió a Barton. Regresó hacia la casa por un sendero serpenteante que bordeaba las sombras de los cenízaros y los algarrobos. En medio de la oscuridad, donde su camino se curvaba hacia terreno abierto, miró en dirección a una zona a pocos metros de distancia, donde, en otra senda a la sombra, una pareja se abrazaba. Lo que llamó su atención y lo hizo mirar fue el tono apasionado y serio del hombre, pero, en el instante en que miró, consciente de su presencia, la voz calló y los dos permanecieron inmóviles, furtivos, sin dejar de

abrazarse.

Barton continuó andando, pesimista ante la idea de que la oscuridad de los árboles era el paso siguiente para aquellos que paseaban a cielo abierto junto al seto de flores nocturnas. Él conocía aquel juego de los viejos tiempos, cuando ninguna sombra era demasiado oscura, ninguna artimaña para ocultarse demasiado furtiva a fin de esconder un momento de amor. Al fin y al cabo, pensó, los seres humanos eran como las flores. Bajo el resplandor del *lanai* iluminado, antes de volver al irritante movimiento de la vida a la que pertenecía, se detuvo a mirar, casi sin verlo, un despliegue de flores escarlatas de hibisco. De repente, todo su sufrimiento, todo lo que acababa de ver, desde el seto que florecía de noche y las parejas de seres humanos que paseaban y charlaban, hasta el par que se abrazaba como ladrones, cristalizó en una parábola de vida enunciada por el hibisco, que florece de día, y para el que el día había terminado ya. Sus flores —que brotan al amanecer blancas como la nieve y van adquiriendo un tono rosado tras varias horas de sol, se vuelven escarlata con la oscuridad, de la que su belleza y su existencia ya no volverán a aflorar— le parecieron el paradigma de la vida y la pasión humanas.

Jamás sabría que otras asociaciones podría haber realizado porque desde atrás, en la dirección de los algarrobos y los cenízaros, le llegó la inconfundible risa de Ida, alegre y serena. No miró, por miedo a lo que podría ver, sino que subió las escaleras del *lanai* apresurado, casi tropezando. A pesar de saber lo que pasaba, cuando volvió la cabeza y vio a su mujer y a Sonny —la pareja que se ocultaba en la oscuridad—, sintió que se mareaba y tuvo que detenerse, apoyándose con una mano en una de las columnas y dedicando una sonrisa vacía al coro que intensificaba la sensualidad de la noche con su estribillo: «*Honi kaua wikiwiki*».

Al instante se pasó la lengua por los labios, controló su expresión y bromeó con la señora Inchkeep. Pero no podía perder tiempo o se encontraría con la pareja, a la que oía subir las escaleras a su espalda.

—Me siento como si acabase de cruzar un desierto —le dijo a su anfitriona—, y la única forma de calmar mi sed fuese un whisky con soda.

Ella le dio permiso con una sonrisa y señaló con la cabeza hacia

el *lanai* de fumadores, donde, cuando la gente empezó a marcharse, lo encontraron hablando con los vejestorios de las intrigas del azúcar.

Un grupo de media docena de automóviles salía a la vez hacia Waikiki y a él le tocó llevar a casa a los Leslie y a los Burnston, aunque se fijó en que Ida ocupaba el asiento del conductor junto a Sonny, en el coche de Sonny. Por lo tanto, estaba en casa antes que él y se encontraba cepillándose el pelo cuando llegó. La despedida para irse a dormir transcurrió como siempre, a pesar de la situación, aunque el esfuerzo de Lee por mostrarse despreocupado, mientras recordada qué labios habían besado los de ella antes que los suyos, hizo que pareciera casi rígido.

Entonces, ¿la mujer era esa criatura totalmente amoral que describen los pesimistas alemanes?, se preguntaba mientras daba vueltas a la luz de su lamparita, incapaz de dormir o de leer. Al cabo de una hora se levantó, fue a su botiquín y tomó unos potentes polvos para dormir. Una hora más tarde, temeroso de sus pensamientos y de la perspectiva de no pegar ojo, se tomó otra dosis. Repitió la ingesta dos veces en intervalos de una hora. Pero la droga tardó tanto en hacer efecto que había amanecido antes de que sus ojos se cerraran.

A las siete volvía a estar despierto, con la boca seca, sintiéndose idiota y somnoliento pero incapaz de quedarse traspuesto más de unos minutos cada vez. Abandonó la idea de dormir, desayunó en la cama y se dedicó a leer los periódicos y las revistas. Pero el medicamento continuaba haciendo efecto y, mientras comía y leía, de vez en cuando se quedaba dormido. Lo mismo ocurrió tras ducharse y vestirse y, aunque durante la noche el fármaco no le había ayudado a olvidar, agradeció el sopor en medio del que pasó la mañana.

Cuando su mujer se levantó tan serena y segura como siempre, y se acercó a él sonriente y traviesa, encantadora con su kimono, la locura del opio que inundaba su organismo se apoderó de él. Después de que quedase bien claro que Ida no tenía nada que contarle, según su antiguo pacto de franqueza, Lee empezó a forjar su mentira del opio. Al preguntarle ella cómo había dormido, contestó:

—Fatal. Dos veces me despertó un calambre en el pie. Casi me

daba miedo volver a dormir. Pero no se han repetido, aunque me duele el pie.

—El año pasado también tuviste —recordó ella.

—Tal vez se convierta en un achaque estacional —sonrió él—. No son graves, aunque resulta muy desagradable despertarse así. No volverán hasta la noche, si es que vuelven, pero me siento como si me hubiesen pegado con una vara en las plantas de los pies.

A primera hora de la tarde de ese mismo día, Lee e Ida Barton se zambulleron desde la playa del Outrigger y nadaron a buen ritmo, dejando atrás la plataforma de buceo, hasta mar abierto, pasada la rompiente *kanaka*. El mar estaba tan en calma que cuando, tras un par de horas, se dieron la vuelta y empezaron a cruzar la rompiente *kanaka* sin prisas en dirección a la orilla, se encontraban totalmente solos. Las olas no eran lo bastante grandes como para resultar emocionantes y las últimas canoas y surfistas habían vuelto a la playa. De repente, Lee se puso boca arriba.

—¿Qué pasa? —preguntó Ida a seis metros de distancia.

—Es el pie… un calambre —respondió él sin perder la calma, aunque había hablado con los dientes apretados.

El opio aún lo hacía sentirse como en un sueño y no estaba nervioso. La vio nadar hacia él con una brazada tan rítmica e impasible que admiró su autocontrol, aunque al mismo tiempo lo invadió la duda al pensar que era porque él no le importaba o que Grandison le importaba mucho más.

—¿Qué pie es? —preguntó ella al tiempo que se situaba en vertical y se mantenía a flote junto a él.

—El izquierdo, ¡ay! Ahora son los dos.

Dobló las rodillas como si fuera un acto involuntario, sacó cabeza y pecho fuera del agua y se hundió bajó una ola tan pequeña que casi no tenía cresta. Tras unos pocos segundos, emergió escupiendo y volvió a estirarse boca arriba.

Estuvo a punto de sonreír, aunque transformó la sonrisa en una mueca de angustia, porque su calambre simulado se había vuelto real. Al menos en un pie, y los músculos, al retorcerse, le provocaban dolor.

—El derecho es el peor —murmuró al ver que ella quería darle un masaje en la zona afectada—. Aunque será mejor que te alejes de mí. Ya he tenido calambres antes y sé que, si empeoran, podría

agarrarme a ti.

Pero ella posó las manos sobre los músculos fuertemente contracturados y empezó a frotar, presionar y doblar.

—Por favor —dijo él, apretando los dientes—, aléjate de mí. Déjame aquí, tal y como estoy. Doblaré el tobillo y las articulaciones de los dedos en la dirección contraria y conseguiré que se me pase. Ya lo he hecho antes y sé cómo lograrlo.

Ella lo soltó, aunque permaneció junto a él, manteniéndose a flote con facilidad y sin dejar de observar su rostro, para juzgar el progreso de su intento por remediarlo. Pero Lee Barton, de forma deliberada, dobló articulaciones y músculos tensos en la dirección en que haría incrementar el calambre. El año anterior, al sufrir el achaque, tumbado en la cama y leyendo cuando le daban los espasmos, había aprendido a superarlos sin siquiera dejar de leer. Pero ahora lo hizo al revés, por lo que intensificó el calambre y consiguió que se extendiese al gemelo derecho. Gritó angustiado, aparentemente perdió el control, intentó incorporarse y la siguiente ola lo hundió.

Emergió escupiendo, extendió brazos y piernas y permitió que los fuertes dedos de Ida agarrasen el gemelo contracturado.

—Tranquilo —dijo ella mientras masajeaba—. Los calambres como este no duran mucho.

—No sabía que pudiesen ser tan fuertes —se quejó él—. ¡Espero que no vayan a más! Me siento tan impotente.

Se agarró a los bíceps de Ida en un espasmo repentino, intentando aferrarse a ella como quien se ahoga y se aferra a un remo, por lo que la hundió por debajo de él. Durante la lucha submarina, antes de permitir que ella se liberara de su abrazo, Ida perdió el gorro de goma y las horquillas, por lo que emergió casi sin aire y medio ciega por el pelo mojado que se le pegaba al rostro. Además, estaba seguro de que, al tomarla por sorpresa, había tragado agua.

—¡Aléjate de mí! —advirtió de nuevo, mientras se estiraba boca arriba, fingiendo estar desesperado.

Pero los dedos de ella volvieron a masajear el gemelo que le dolía de verdad, sin miedo y sin dudarlo un segundo.

—Va a más —gruñó él con los dientes apretados, casi evitando gemir.

Tensó la pierna derecha, como si hubiese sufrido otro espasmo, lo que empeoró los calambres verdaderos y poco fuertes, pero flexionando los músculos de la parte superior de la pierna para simular la dureza del calambre.

Su cerebro aún sufría los efectos del fármaco, de manera que podía fingir con crueldad al tiempo que evaluaba y apreciaba la forma en que ella lograba controlar el estrés, la voluntad que asomaba a su rostro demacrado y el miedo a la muerte que se leía en sus ojos, además de su valor, su generosidad y su resolución.

No expresó la más mínima intención de rendirse, ni siquiera afirmando que moriría con él. En lugar de eso, provocó su admiración al decir, sin perder la calma:

—Relájate. Húndete hasta que solo tus labios queden fuera del agua. Yo sostendré tu cabeza. Todo calambre tiene un límite. Nadie ha muerto en tierra por culpa de un calambre. Y en el agua, un nadador fuerte tampoco debería morir por eso. Tiene que llegar al punto álgido y luego pasará. Ambos somos fuertes, nadamos bien y sabemos mantenernos serenos…

Una mueca deformó él rostro de él y, deliberadamente, la arrastró al fondo. Pero cuando emergieron, ella junto a él, sujetándole la cabeza mientras se mantenía a flote, le dijo:

—Relájate. Calma. Yo sostendré tu cabeza. Aguanta. Sopórtalo. No te resistas. Déjate ir. Relaja la mente y tu cuerpo se relajará. Cede. Recuerda cómo me enseñaste a ceder ante la resaca.

Una ola demasiado grande para tan poco oleaje se encrespó por encima de sus cabezas y él volvió a aferrarse a ella, hundiéndolos a los dos mientras la ola les caía encima.

—Perdóname —murmuró él con los dientes apretados por el dolor cuando salieron a respirar—. Y déjame. —Hablaba entrecortadamente, con pausas de angustia entre cada frase—. No tiene sentido que nos ahoguemos los dos. Yo debo rendirme. En cualquier momento me llegará al estómago y entonces te hundiré conmigo y no podré soltarte. Por favor te lo pido, cariño, aléjate de mí. Basta con que muera uno de nosotros. A ti te queda mucha vida por delante.

Ida lo miró con tal gesto de reproche que el último vestigio de miedo a la muerte desapareció de sus ojos. Fue como si le hubiese dicho: «Mi única vida eres tú».

¡Así que Sonny no le importaba tanto como él!, fue la exultante conclusión a la que llegó Barton. Pero recordó que la había visto en los brazos de Sonny, bajo los cenízaros, y decidió continuar con su crueldad. Era la poción aún presente en su organismo lo que lo llevaba a comportarse así. Ya que, empujado por el opio, la había sometido a esa prueba de fuego, tendría que llevarla hasta el final.

Se dobló y se hundió, salió a la superficie y luchó frenéticamente por volver a estirarse y flotar boca arriba. Ella no se apartó de él.

—¡Es demasiado! —gruñó Lee, casi gritando—. Ya no puedo agarrarme. Tengo que dejarme ir. No puedes salvarme. Vete y sálvate tú.

Pero ella continuaba luchando por mantener la boca de él fuera del agua, mientras decía:

—Calma. Calma. Este es el punto álgido. Aguanta un minuto más y empezará a remitir.

Él gritó, se dobló, la agarró y la sumergió con él. Tan bien representó su propio ahogamiento, que estuvo a punto de ahogarla. Pero ella no perdió la cabeza ni sucumbió al miedo ante una muerte tan inmediata. Siempre, en el instante en que lograba sacar la cabeza del agua, luchaba por sujetarlo mientras, para animarlo, le decía sin dejar de jadear:

—Relájate… Relájate… Calma… Afloja… En cualquier momento… ahora… pasarás… lo peor… Por mucho que duela… pasará… Ya estás mejor… ¿verdad?

Pero él volvía a hundirla, tratándola cada vez peor, haciéndola tragar agua, seguro de que eso no la perjudicaría. A veces emergían brevemente, unos segundos para respirar al sol, pero volvían a hundirse, empujados hacia abajo por él y por la fuerza de las olas al romper.

Aunque Ida luchaba y lograba librarse de su abrazo, las veces que él permitía que se soltase, ella no intentaba alejarse nadando de él, sino que, cada vez con menos fuerza y más mareada, siempre volvía a su lado para intentar salvarlo. Cuando le pareció que ya era suficiente y más que suficiente, se fue tranquilizando, la soltó y se tendió sobre la superficie.

—Aaaah —suspiró casi complacido y, entre pausas para recuperar la respiración, añadió—: Se me está pasando. Esto es gloria. Querida, me he hartado de tragar agua, pero la simple

ausencia de esa espantosa agonía hace que mi estado actual sea de dicha completa.

Ella intentó contestar, pero no pudo.

—Estoy bien —insistió Lee—. Flotemos un rato para descansar. Estírate boca arriba y recupera el aliento.

Durante media hora, uno junto al otro, flotaron boca arriba en la tranquila rompiente *kanaka*. Ida Barton fue la primera en anunciar su recuperación y en hablar.

—¿Cómo te encuentras ahora, amor mío? —preguntó.

—Como si me hubiese pasado por encima una apisonadora —contestó él—. ¿Y tú, pobrecita mía?

—Yo siento que soy la mujer más feliz del mundo. Soy tan feliz que tengo ganas de llorar, pero soy demasiado feliz para hacerlo. Hubo un momento en el que me asustaste de verdad. Creí que iba a perderte.

A Lee Barton le dio un vuelco el corazón. Ni un solo comentario a la posibilidad de morir ella misma. Entonces aquello era amor, amor verdadero y demostrado, el gran amor que se olvidaba de sí mismo por el ser querido.

—Y yo soy el hombre más orgulloso del mundo —le dijo—, porque mi mujer es la más valiente del mundo.

—¡Valiente! —rechazó ella—. Te quiero. Nunca supe cuánto, cuantísimo te amaba hasta que estuve a punto de perderte. Y ahora, empecemos a nadar hacia la orilla. Quiero que estemos solos y me abraces mientras te digo lo que eres y siempre serás para mí.

Al cabo de otra media hora de nadar a buen ritmo y sin descanso, llegaron a la playa y caminaron sobre la arena mojada, entre los que disfrutaban del sol.

—¿Qué hacían allí fuera? —preguntó uno de los capitanes del Outrigger—. ¿El payaso?

—El payaso —respondió Ida Barton con una sonrisa.

—Es que somos los payasos de la zona —aseguró Lee Barton.

Esa noche, tras haber cancelado un compromiso previo, los dos estaban abrazados en un sillón grande.

—Sonny zarpa mañana a mediodía —anunció Ida de pasada, sin que fuera al caso en la conversación—. Se va a la costa malaya para inspeccionar el funcionamiento de su compañía maderera y cauchera.

—No sabía que se marchaba —consiguió decir Lee, a pesar de su sorpresa.

—He sido la primera en saberlo —añadió ella—. Me lo dijo anoche.

—¿En el baile?

Ida asintió.

—¿No ha sido demasiado repentino?

—Mucho —Ida se apartó de los brazos de su marido y se incorporó—. Quiero hablar contigo sobre Sonny. Jamás había tenido secretos contigo. Ni siquiera pensaba contártelo. Pero hoy, en la rompiente *kanaka*, me di cuenta de que, si nos moríamos allí, eso quedaría entre nosotros y ya nunca podría decírtelo.

Hizo una pausa y Lee, sabiendo más o menos lo que le iba a contar, no hizo nada por ayudarla, excepto cogerle la mano y apretársela.

—Sonny perdió… perdió la cabeza por mí —dijo ella con voz entrecortada—. Y… y anoche me pidió que huyese con él. Aunque eso no es lo que quería confesar…

Lee Barton aguardó.

—Lo que quería confesar —continuó Ida— es que no me sentí enfadada con él, solo apenada y arrepentida. Lo que quería confesar es que, ligeramente, muy ligeramente, yo también perdí la cabeza. Por eso anoche fui amable y tierna con él. No soy tonta. Sabía que iba a ocurrir. Y… Oh, ya lo sé, no soy más que una mujer débil y vanidosa. Me sentí orgullosa de que semejante hombre se volviera loco por mí, por alguien tan insignificante como yo. Lo alenté. No tengo excusa. Lo de anoche no habría ocurrido si yo no lo hubiese alentado. Yo, no él, fui la pecadora anoche, cuando me lo pidió. Le dije que no, imposible, y tú ya sabes el motivo sin que sea necesario que te lo repita. Me mostré maternal con él, muy maternal. Permití que me abrazara, me apoyé en su pecho y, por primera vez, ya que iba a ser la última, permití que me besara y le besé. Tú… sé que lo comprendes, era el momento de su renuncia. Yo no amaba a Sonny, no lo amo. Siempre te he querido a ti y solo a ti.

Esperó y, al sentir el roce del brazo de su marido sobre los hombros, se dejó llevar y se apoyó en él.

—Me tenías muy preocupado —admitió él—, hasta el punto de temer perderte. Y… —Se interrumpió, claramente avergonzado,

aunque se armó de valor para continuar—: Bueno, ya sabes que eres la única mujer para mí. Con eso lo digo todo.

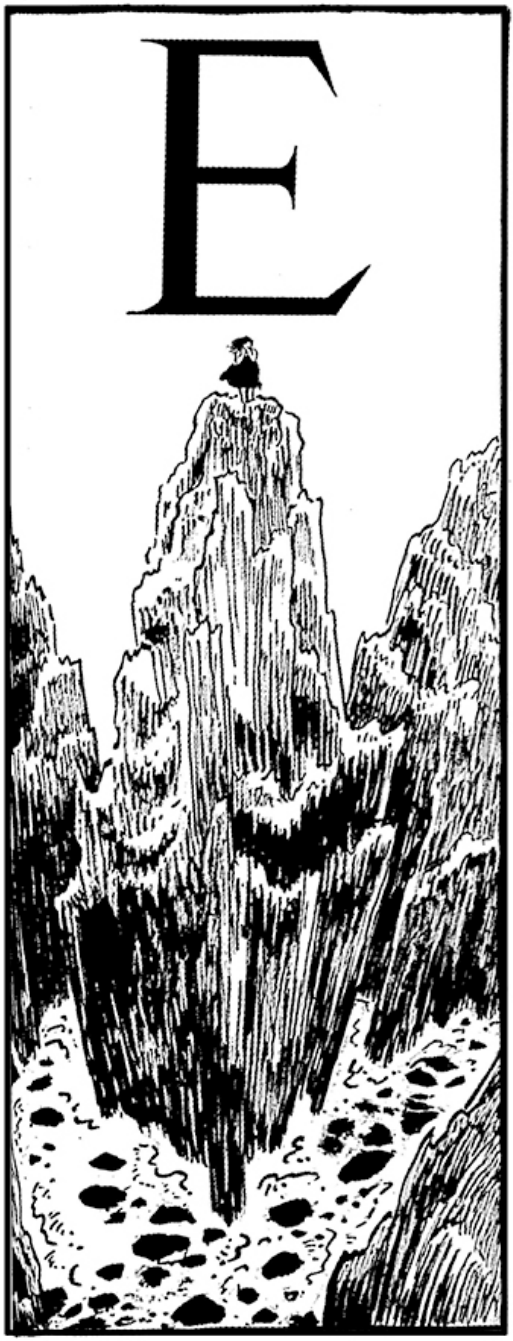
Ida extrajo la caja de cerillas del bolsillo de Lee y acercó una encendida al puro de él, que llevaba ya un rato apagado.

—Bien —continuó Lee mientras el humo ascendía—, conociéndote como te conozco, tan a fondo, solo puedo decir que lo siento por Sonny, por todo lo que ha perdido. Lo siento mucho por él pero me alegro por mí. Y otra cosa: dentro de cinco años tendré algo que contarte, algo gracioso, ridículamente gracioso sobre mí y las tonterías que hago por ti. Cinco años, ¿esperarás hasta entonces?

—Esperaría aunque fuesen cincuenta —suspiró ella y se acercó más a él.

[1916]

Cuando Alice se confesó



STE ASUNTO DE ALICE AKANA es un asunto de Hawái, pero no de estos tiempos, aunque sí

de una época bastante reciente, cuando Abel Ah Yo predicaba su famoso renacimiento religioso y convenció a Alice Akana para que se confesara. Pero lo que Alice contó concernía a la historia de una generación aún viva entonces.

Alice Akana tenía cincuenta años, había empezado a vivir muy pronto y había vivido con desahogo. Lo que sabía afectaba a las raíces y cimientos de familias, negocios y plantaciones. Era el depósito vivo de información exacta que buscaban los abogados cuando necesitaban algo relacionado con límites de fincas, donaciones de terrenos, matrimonios, nacimientos, legados o escándalos. Ella mantenía la boca cerrada y muy pocas veces les contaba lo que pedían y, cuando lo hacía, era porque solo servía para hacer justicia y nadie salía malparado.

Alice disfrutó, desde la infancia, una vida de flores, canciones, vino y bailes y, durante sus últimos años, fue la dueña de todos los jaraneros porque era la jefa del salón de *hula*. En semejante ambiente, en el que se inhiben los mandatos de Dios y del hombre y toda prudencia, y en el que las lenguas mareadas se sueltan, adquirió su histórico conocimiento de asuntos que de otra forma nadie comentaba ni imaginaba. Guardar el secreto le había servido de mucho y, aunque los veteranos eran conscientes de que ella sabía, nadie la oyó jamás comentar la época del cobertizo de Kalalaua, las juergas de los oficiales de los barcos de guerra que llegaban de visita o las de los diplomáticos, ministros y asesores de otros países del mundo.

De manera que, a los cincuenta, cargada con suficiente dinamita histórica como para en caso de explotar, sacudir los cimientos de la vida comercial y social de las islas, siempre sin hablar, Alice Akana era la jefa del salón de *hula*, encargada de las bailarinas que bailaban *hula* ante la realeza, en los *luaus*, fiestas privadas, cenas de *poi* y para los turistas curiosos. Además, a los cincuenta, no solo era de carnes generosas, sino baja y gorda como los campesinos polinesios y tenía una constitución sana y sin achaques que prometía muchos años más de vida. Pero fue a los cincuenta cuando se desvió, por casualidad y curiosidad, y acabó en la reunión en la que Abel Ah Yo predicaba su renacimiento.

Abel Ah Yo, en lo relativo a su teología y dominio de las palabras, era un personaje tan variopinto como Billy Sunday. Su

genealogía era incluso más variopinta, porque tenía una cuarta parte portuguesa, otra cuarta parte escocesa, otra hawaiana y otra china. El fuego pentecostal que predicaba era mucho más ardiente y abigarrado de lo que sería si perteneciese a una sola de las cuatro razas que albergaba en su interior. Porque en él se reunían sagacidad y malicia, ingenio y sabiduría, sutileza e inexperiencia, pasión y filosofía, la angustiosa búsqueda en la oscuridad del alma y la inmersión hasta la rodilla en el estercolero de la realidad de las cuatro razas, totalmente distintas, que lo conformaban. Además, también poseía la inteligente capacidad para autoconvencerse, propia de tan perspicaz mezcla.

En lo relativo al dominio de las palabras, superaba con creces a Billy Sunday, maestro del argot y la jerga de un solo lenguaje. Porque Abel Ah Yo manejaba los verbos, nombres, adjetivos y metáforas de cuatro lenguas vivas. Combinadas las unas con las otras, viviendo promiscuamente y con gran vitalidad, poseía en esas lenguas un depósito de expresiones en reserva en el que podían ahogarse mil personas como Billy Sunday. Sin raza, híbrido por excelencia y amalgama heterogénea, el toque genial era mérito propio de Abel Ah Yo. Como un camaleón, variaba e intercambiaba grandiosamente sus distintas facetas y era capaz de inmovilizar con un ataque frontal y de sorprender y confundir con movimientos por los flancos la homogeneidad mental de las almas más simples que acudían a su renacimiento para sentarse a sus pies y arder en su fuego.

Abel Ah Yo creía en sí mismo y en su mestizaje, como creía —en el mestizaje de su extraño concepto—, que Dios se parecía tanto a él como a cualquier hombre, porque ya no era un simple dios tribal, sino un dios que debía parecerse a todas las razas del mundo, aunque acabase siendo multicolor. Y el concepto funcionaba. Chinos, japoneses, hawaianos, portorriqueños, rusos, ingleses, franceses —miembros de todas las razas— se arrodillaban unos junto a los otros, sin que surgieran roces, ante su nueva versión de la deidad.

En su juventud había sido apóstata de la Iglesia Anglicana y durante años sufrió la viva impresión de ser un judas pecador. Religioso en esencia, había renegado del Señor. Por lo tanto, era igual que Judas. Judas estaba condenado. Así que tergiversó las

palabras y cambió lo que hizo falta para huir de la condena, algo muy humano. Llegó a la conclusión de que la doctrina según la que Judas estaba condenado era una mala interpretación de Dios, quien, por encima de todas las cosas, representaba la justicia. Judas había servido a Dios, el cual lo había seleccionado para realizar una misión especialmente desagradable. Por lo tanto Judas, siempre fiel, que solo había traicionado por mandato divino, era un santo. Luego él, Abel Ah Yo, era un santo en virtud de su apostasía a una secta concreta y tendría acceso a Dios en cualquier momento.

Esa teoría se convirtió en uno de los principios más importantes de sus prédicas y resultaba especialmente eficaz para limpiar las conciencias de los reincidentes de otras fes que, en secreto, cargaban con el peso del pecado de Judas. Para Abel Ah Yo el plan de Dios estaba tan claro como si lo hubiese planeado él mismo. Al final se salvaría todo el mundo, aunque unos tardarían más que otros y solo conseguirían asientos de última fila. El lugar del hombre en el inestable caos del mundo era definitivo y estaba predestinado, aunque solo fuese por negar que existía el caos siempre cambiante. Esa era la pesadilla de la confusa imaginación humana y, con sus punzantes osadías de pensamiento y palabra, con esa jerga intensa que accedía a los procesos mentales de quienes lo escuchaban, los libraba de la pesadilla, les mostraba la afectuosa claridad del plan divino y provocaba en ellos serenidad y calma espiritual.

¿Qué posibilidades tenía Alice Akana, hawaiana pura y homogénea, contra ese ataque sutil, con tintes democráticos, engendrado por cuatro razas y que usaba la jerga como munición? Él sabía, por cercanía, casi tanto como ella sobre la rebeldía de vivir y pecar, ya que había formado parte de un coro que cantaba en los barcos de pasajeros que hacían la ruta entre Hawái y California y, después en varios bares, tanto a bordo como en tierra, desde el barrio chino de San Francisco a la taberna de Heinie en Waikiki. De hecho, había dejado su empleo de encargado del bar del University Club de Honolulú para dedicarse a predicar su renacimiento religioso.

De manera que, cuando Alice Akana entró a escucharlo para mofarse, se quedó para rezarle al dios de Abel Ah Yo, que sorprendió a su mente pragmática por ser el dios más sensato del

que nunca había oído hablar. Dejó dinero en el platillo para las limosnas de Abel Ah Yo, cerró el salón de *hula* y despidió a las bailarinas, que se vieron obligadas a ganarse la vida de forma más dudosa, se quitó sus vestimentas de colores y sus guirnaldas de flores y se compró una biblia.

Era una época de entusiasmo religioso en los alrededores de Honolulú. Había un movimiento democrático de la gente en dirección a Dios. También estaban invitadas las clases más altas, pero no asistían. Solo los estúpidos y humildes se arrodillaban para hacer penitencia, admitían el peso patológico y el daño del pecado, eliminaban y purgaban la confusión que causaba y volvían a ponerse en pie para salir a la luz del sol, puros como niños, apoyándose en el brazo del dios de Abel Ah Yo. En resumen, el renacimiento de Abel Ah Yo era una cámara de compensación del pecado y enfermedades del alma, donde los pecadores se libraban de sus cargas y volvían a sentirse ligeros, alegres y espiritualmente sanos.

Pero Alice no era feliz. Ella no se había purificado. Compraba y repartía biblias, aportaba más dinero al platillo de las limosnas, cantaba todos los himnos con su voz de contralto, pero no quería confesarse. En vano luchaba con ella Abel Ah Yo. No quería arrodillarse para expresar arrepentimiento y contar todo lo que mancillaba su interior: los malos actos de los buenos amigos de los viejos tiempos.

—No puedes servir a dos señores —le decía Abel Ah Yo—. El infierno está lleno de quienes lo han intentado. Debes hacer las paces con Dios siendo pura de corazón. Si no te sinceras ante Dios en nuestras reuniones, no podrás salvarte. Mientras, sufrirás el mal del pecado que llevas dentro.

Científicamente, aunque no lo sabía y continuamente se burlaba de la ciencia, Abel Ah Yo tenía razón. Alice no podría volver a ser como una niña y verse revestida por la gracia de Dios hasta que hubiese eliminado de su alma, contándolas, todas sus complejidades, incluidas las que compartía con otros. Según la costumbre protestante, debía desnudar su alma en público, aunque los católicos lo hacían en la privacidad del confesionario. Como resultado de su confesión obtendría armonía, tranquilidad, felicidad, pureza, redención y vida inmortal.

—¡Elige! —vociferaba Abel Ah Yo—. O eres leal a Dios o eres leal al hombre.

Pero Alice no era capaz de escoger. Había mantenido la boca cerrada demasiado tiempo por el honor de los hombres.

—Confesaré mis pecados —respondía—. Estoy cansada de mi alma y me gustaría volver a tenerla limpia y reluciente como cuando era una niñita, en Kaneohe.

—Pero tu alma se corrompió en compañía de otras almas —contestaba Abel Ah Yo—. Si soportas una carga, déjala en el suelo. No puedes llevar una carga y librarte de ella al mismo tiempo.

—Rezaré a Dios todos los días, muchas veces al día —insistía ella—. Me acercaré a Dios con humildad, entre suspiros y lágrimas. Contribuiré a menudo al platillo de las limosnas y compraré biblias y más biblias, sin descanso.

—Pero Dios no te sonreirá —argumentaba el portavoz de Dios —. Y seguirás sintiéndote cansada y cargada. Porque no habrás contado todos tus pecados y no podrás librarte de ninguno hasta que no los cuentes todos.

—Es difícil esto de renacer —suspiraba Alice.

—Renacer es incluso más difícil que nacer. —Abel Ah Yo hacía de todo menos consolarla—. Y hasta que no vuelvas a ser como una niña pequeña…

—Si alguna vez me confieso, tendré que contar muchas cosas —decía ella en confianza.

—Más motivo para que te confieses.

Así seguían en punto muerto, Abel Ah Yo exigiendo una lealtad absoluta a Dios y Alice Akana coqueteando con quedarse al margen del Paraíso.

«Si Alice empieza a hablar, no parará nunca de contar», comentaban entre ellos los raqueros y *kamaainas* (veteranos) de mala reputación mientras tomaban una copa.

En los clubes se daba mucha importancia a la posibilidad de que se confesase. Los hombres de la generación más joven anunciaron que habían reservado asientos de primera fila para escucharla y muchos de la vieja generación bromeaban sardónicamente acerca de la conversión de Alice. Además, Alice descubrió que, de repente, volvía a gozar del favor de los amigos que habían olvidado su existencia durante veinte años.

Una tarde que Alice, con la biblia en la mano, tomaba el tranvía en Hotel y Fort, Cyrus Hodge, magnate del azúcar, ordenó a su chófer que se detuviera junto a ella. A la fuerza, con una amabilidad excesiva, la hizo subir a su limusina y dedicó tres cuartos de hora de su tiempo para llevarla a su destino.

—Qué alegría verte —masculló—. ¡Cómo pasan los años! Estás estupenda. Conoces el secreto de la juventud.

Alice sonrió y le devolvió el cumplido, según la costumbre polinesia.

—Caramba, ¡yo era tan joven en aquellos tiempos! —recordó Cyrus Hodge.

—¡Y vaya joven! —admitió ella, riéndose.

—Con la imprudencia propia de un joven de aquellos tiempos.

—¿Recuerdas la noche en que tu chófer se emborrachó y te dejó en…

—¡Ssh! —advirtió él—. Este chófer japonés tiene estudios y sabe más inglés que cualquiera de nosotros. Creo que es espía del Gobierno. Así que mejor no contarle nada. Además, yo era tan joven…, ¿te acuerdas?

—Tus mejillas eran como los melocotones que cultivábamos antes de que la mosca de la fruta del Mediterráneo acabara con ellos —concedió Alice—. Creo que por entonces no te afeitabas más de una vez a la semana. Eras un chico guapo. ¿No te acuerdas del *hula* que compusimos en tu honor, el…?

—¡Ssh! —la mandó callar—. Todo eso está enterrado y olvidado. Ojalá permanezca en el olvido.

Alice fue consciente de que en sus ojos ya no había la ingenuidad de la juventud que ella recordaba, sino que eran penetrantes y especulativos y buscaban en ella una garantía de que no resucitaría la parte concreta de ese pasado enterrado relacionada con él.

—La religión es buena en la madurez —le dijo otro viejo amigo. Estaba construyendo una casa magnífica en Pacific Heights, se acababa de casar por segunda vez e iba camino del vapor para recoger a sus dos hijas, recién graduadas de Vassar—. Necesitamos la religión en la vejez, Alice. Nos suaviza, nos hace más tolerantes e indulgentes con las debilidades ajenas; especialmente con las debilidades de juventud de… de otros, cuando vivían sin pensar y

sin saber lo que hacían.

Aguardó con ansia.

—Sí —dijo ella—. Todos nacemos para pecar y cuesta dejar atrás el pecado. Pero yo lo hago. Lo hago.

—No olvides, Alice, que en los viejos tiempos yo siempre fui justo. Tú y yo nunca discutimos.

—Ni siquiera la noche en que diste un *luau* por tus veintiún años e insististe en romper las copas después de cada brindis. Pero, claro está, las pagaste.

—Generosamente —afirmó él, casi en tono de súplica.

—Generosamente —confirmó ella—. Con lo que me pagaste compré más del doble de lo que rompiste, de manera que el siguiente *luau* que serví fue para ciento veinte comensales, sin necesidad de alquilar o pedir prestados platos o copas. El *luau* lo dio Lord Mainweather…, te acordarás de él.

—Cacé cerdos a caballo con él en Mana —asintió el otro—. Allí asistimos a una fiesta de dos semanas. Pero, oye, Alice, como sabes, opino que esto de la religión está bien, incluso más que bien. Aunque no debes permitir que te afecte demasiado. No confieses mis pecados. ¡Qué pensarían mis hijas de esa historia de las copas rotas!

—Siempre he sentido *aloha* (afecto) por ti, Alice —le aseguró un senador gordo y calvo.

Y otro, que era abogado y abuelo, le dijo:

—Siempre hemos sido amigos, Alice. No olvides que si necesitas consejo jurídico o gestionar tus negocios puedes contar conmigo. No te cobraré, lo haré por nuestra vieja amistad.

La Nochebuena anterior, fue a verla un banquero con unos sobres de aspecto legal en la mano y se los entregó.

—Por casualidad —explicó—, cuando mis empleados buscaban en el registro de terrenos del valle Iapio, encontré una hipoteca de dos mil dólares sobre las propiedades que allí tienes, el arrozal que le alquilaste a Ah Chin. Recordé el pasado, cuando éramos tan jóvenes y desenfrenados, algo desenfrenados éramos, sí. Se me enterneció el corazón al acordarme de ti y, por puro *aloha*, aquí lo tienes, está todo liquidado.

Los suyos tampoco olvidaban a Alice. Su casa se convirtió en la meca de hombres y mujeres nativos que solían peregrinar en

privado, tras oscurecer, con las manos llenas de regalos: pulpo, *opihis* y *limu* recién pescados en el arrecife, cestas de aguacates, maíz para asar de la primera cosecha del barlovento de Oahu, mangos y caimitos, taro rosa y magnífico de la mejor calidad, lechones, *poi* de plátano, fruto del árbol del pan y cangrejos pescados ese mismo día en Pearl Harbor. Mary Mendaña, esposa del cónsul portugués, le regaló una caja de dulces que costaba cinco dólares y una chaqueta china que habría alcanzado setenta y cinco en cualquier liquidación. Y Elvira Miyahara Makaena Yin Gap, la mujer de Yin Gap, el adinerado importador chino, le llevó a Alice en persona dos rollos enteros de tejido de piña de las Filipinas y una docena de pares de medias de seda.

Transcurría el tiempo, Abel Ah Yo luchaba para que Alice se arrepintiera de verdad y Alice luchaba consigo misma por su alma, mientras medio Honolulú aguardaba el resultado con temor o con malicia. Pasó la semana de carnaval, la época de polo y de carreras llegó y se fue y la celebración del cuatro de julio estaba en sazón antes de que Abel Ah Yo lograse derribar la ciudadela de su resistencia con su brutal psicología. Fue entonces cuando realizó su famosa exhortación, que podría resumirse como la definición de eternidad según Abel Ah Yo. Claro que, como en ocasiones hacía Billy Sunday, Abel adaptó la definición. Pero en la isla nadie lo sabía y su valor como evangelista aumentó en un cien por cien.

Esa noche su sermón tuvo tanto éxito que volvió a convertir a muchos de sus conversos, quienes se arrodillaban entre gemidos y llenaban la habitación entre varias veintenas de nuevos conversos que ardían en el fuego pentecostal, incluida media compañía de soldados negros del Vigésimo Quinto Regimiento de Infantería, una docena de soldados del Cuarto de Caballería, que iba rumbo a las Filipinas, la misma cantidad de marineros borrachos de un buque de guerra, varias damas de Iwilei y la mitad de la gentuza de la playa.

Abel Ah Yo, sutilmente comprensivo debido a su mezcla racial, que conocía la naturaleza humana a la perfección y más aún a Alice Akana, supo lo que hacía cuando se puso en pie esa noche memorable y habló largo y tendido sobre Dios, el infierno y la eternidad en términos asequibles para Alice Akana. Y es que había descubierto su punto débil esencial por pura casualidad. Abel ya

sabía que, como todos los polinesios, amaba la naturaleza, pero además se enteró de que lo que aterraba a Alice eran los terremotos y las erupciones volcánicas. En el pasado y en la Isla Grande, Alice había sobrevivido a cataclismos que derrumbaron sobre ella la cabaña de techo de paja en la que dormía, y había visto a Madame Pele arrojar rojos ríos de lava desde las elevadas laderas del Mauna Loa, destruyendo las lagunas de pesca al borde del mar y arrastrando rebaños enteros de reses, aldeas y humanos en su fiero avance.

La noche anterior, un ligero terremoto había sacudido Honolulú y provocado insomnio a Alice. Por la mañana, los periódicos afirmaron que el Mauna Kea había entrado en erupción y que la lava se elevaba rápidamente en el enorme cráter del Kilauea. De modo que Alice llegó a la reunión con la mente confusa entre los horrores de este mundo y las delicias del mundo eterno, y se sentó en primera fila con los nervios alterados.

Abel Ah Yo se puso en pie y metió el dedo en la llaga que a ella más le dolía. Esbozó la naturaleza de Dios al modo estereotipado, pero le dio vida con su don para las lenguas en una mezcla de inglés y hawaiano, y así describió el día en que el Señor, al límite de Su paciencia infinita, le diría a Pedro que cerrase sus libros mayores, ordenaría a Gabriel que llamase a todas las almas para ser juzgadas y, con su voz atronadora, gritaría: «¡*Welakahao*!».

Esa deidad antropomórfica de Abel Ah Yo que, al llegar el fin del mundo, grita *welakahao* —jerga moderna hawaiano-inglesa— ilustra claramente las herramientas del lenguaje utilizadas por los evangelistas. *Welakahao* significa literalmente «hierro candente». La acuñaron, en las fundiciones de Honolulú, los cientos de hawaianos que allí trabajaban y que la usaron con el significado de «darse prisa», «espabilar», ya que si el hierro está candente implica que ha llegado el momento de golpear.

—Y el Señor gritó: «*Welakahao*», y dio comienzo el Día del Juicio Final, que terminó *wikiwiki* (rápidamente), porque Pedro era mejor contable que los de la Waterhouse Trust Company, Limited, y los libros de Pedro decían la verdad.

Abel Ah Yo separó las ovejas de los cabritos sin perder tiempo y se apresuró a lanzar a estos últimos al infierno.

—Y ahora —continuó, sin mezclar lenguas, en un inglés más

claro—, ¿qué es el infierno? Oh, amigos, os describiré, dentro de lo posible, el potencial del infierno que con mis propios ojos he visto en la tierra. Yo era joven, un niño, y me encontraba en Hilo. Ya por la mañana hubo un terremoto. La tierra continuó temblando y agitándose durante todo el día, hasta que los hombres más fuertes se marearon, las mujeres se agarraban a los árboles para evitar caerse y el ganado no podía mantenerse en pie. Yo mismo vi caer un becerro. Al día siguió una noche de terror indescriptible. La tierra se movía como una canoa en pleno temporal. Un bebé murió aplastado porque su madre lo pisó al intentar huir de su casa, que se le caía encima.

»El cielo ardía sobre nosotros. Leíamos la biblia a la luz de los cielos, y eso que la letra era pequeña incluso para los jóvenes. Las biblias de los misioneros siempre tenían la letra demasiado pequeña. A sesenta y cinco kilómetros de nosotros, el corazón del infierno desbordaba las elevadas montañas y lanzaba torrentes de rocas derretidas por el fuego hacia el mar. El espectáculo del cielo incendiado y de la tierra bailando el *hula* bajo nuestros pies resultaba demasiado aterrador y majestuoso como para disfrutarlo. Solo podíamos pensar en la delgada capa de tierra existente entre nosotros y el lago eterno de fuego y azufre, y en Dios, a quien rezábamos para que nos salvase. Hubo almas serias y devotas que allí mismo prometieron a sus pastores entregar a la iglesia no solo los diezmos debidos, sino la mitad de todo lo que tenían, si el Señor los dejaba con vida para que pudiesen hacer sus aportaciones.

»Amigos, Dios nos salvó. Pero antes nos ofreció un anticipo del infierno que se abrirá bajo nuestros pies el último día, cuando grite «¡*welakahao*!» con su voz atronadora. ¡Cuando el hierro esté candente! ¡Pensadlo! ¡Cuando el hierro esté candente para los pecadores!

»Al tercer día, habiéndose calmado bastante las cosas y reinando la paz en la tierra del Señor, mi amigo el predicador y yo pusimos rumbo al Mauna Loa y miramos al interior del espantoso cráter de hoyo del Kilauea. Miramos al interior del insondable abismo hacia el lago de fuego del fondo, que rugía y arrojaba sus abrasadoras salpicaduras a las nubes, varias decenas de metros a lo alto, como los fuegos artificiales del cuatro de julio que todos habéis visto. Nos asfixiábamos y nos sentíamos mareados debido al inmenso volumen

de humo y azufre que ascendía.

»Yo os digo que ninguna persona piadosa podía haber visto aquello sin reconocer la descripción que se hace en la Biblia de la boca del infierno. Creedme, quienes escribieron el Nuevo Testamento no tenían nada contra nosotros. En cuanto a mí, no podía dejar de mirar lo que tenía ante mis ojos y permanecí callado y temblando, consciente como nunca antes del poder y la majestuosidad de Dios Todopoderoso y del miedo que daba, de los recursos de su ira y de los incontables horrores que sufrirían los impenitentes que no quieren confesarse y hacer las paces con su Creador[14].

»Pero, amigos, ¿creéis que nuestros guías, nuestro séquito nativo, todos ellos hundidos en el ateísmo, se sintieron afectados por semejante imagen? No. El demonio los tenía en sus manos. Sin ser conscientes de ello y sin que les importase, solo se preocuparon por la cena, hablaron del pescado crudo y se tumbaron a dormir sobre sus esterillas. Eran hijos del demonio, insensibles a la belleza, la sublimidad y lo terrible de las obras de Dios. Pero ahora no hablo con paganos. ¿Qué es un pagano? Es quien demuestra una falta de sensibilidad estúpida ante cualquier idea o emoción elevada. Si deseamos llamar su atención, no debemos pedirle que mire la boca del infierno, sino ponerle delante una calabaza de *poi* o un poco de pescado crudo, o invitarlo a algún juego sensual, humillante y rastrero. Amigos, ¡qué perdidos están para todo cuanto eleva el alma inmortal! Pero el predicador y yo, tristes y enfermos de corazón por ellos, miramos hacia el infierno. Amigos, era el infierno de verdad, el infierno de las Escrituras, el infierno del tormento eterno para los indignos…

Alice Akana estaba extasiada de histeria y terror. Murmuraba incoherentemente: «Señor, entregaré nueve décimas partes de todo cuanto tengo. Lo daré todo. Incluso daré los dos rollos de tejido de piña, la chaqueta china y la docena entera de medias de seda».

Para cuando fue capaz de continuar escuchando, Abel Ah Yo se embarcaba en su famosa descripción de la eternidad.

—La eternidad es mucho tiempo, amigos. Dios vive y, por lo tanto, Dios vive dentro de la eternidad. Y Dios es muy viejo. Los fuegos del infierno son tan viejos y eternos como Dios. ¿Cómo, si no, podría existir el tormento eterno para aquellos pecadores a los

que Dios arroje al infierno el Día del Juicio a fin de que ardan en su fuego para siempre, durante toda la eternidad? Amigos, vuestras mentes son pequeñas, demasiado pequeñas, para entender la eternidad. Sin embargo, por la gracia de Dios, se me ha concedido ser capaz de transmitiros lo que en realidad es una parte diminuta de la eternidad.

»En la playa de Waikiki hay tantos granos de arena como estrellas, o más. Nadie puede contarlos. Aunque alguien tuviera un millón de vidas para contarlos, tendría que pedir más tiempo. Y ahora pensemos en un pájaro miná, pequeño y viejo, con un ala rota que no le permite volar. En Waikiki, el miná que no puede volar coge un grano de arena con el pico y saltito a saltito, durante todo el día y muchos días, va hasta Pearl Harbor y suelta el grano de arena en el puerto. Luego regresa, saltito a saltito, durante todo el día y muchos días, a Waikiki para coger otro grano de arena. Y vuelve a saltar sin descanso hasta Pearl Harbor. Continúa haciendo lo mismo durante años, siglos y miles y miles de siglos, hasta que por fin no queda un solo grano de arena en Waikiki y Pearl Harbor está cubierto de arena y tierra, en la que crecen palmeras y piñas. Y ni siquiera entonces, amigos míos, ¡ni siquiera entonces habrá empezado a amanecer en el infierno!

En ese momento, al recibir el impacto de un clímax tan repentino, incapaz de soportar la simplicidad y objetividad de una forma tan artera de medir un segundo de eternidad, la mente de Alice Akana sucumbió y desfalleció. Se puso en pie, se tambaleó a ciegas y cayó de rodillas. Abel Ah Yo no había terminado de predicar, pero poseía el don de conocer la psicología de la multitud y de sentir el calor del fuego pentecostal que abrasaba a su audiencia. Les pidió que cantasen un himno para estimular el renacimiento religioso y descendió de la tarima a fin de caminar entre los soldados negros que gritaban aleluya y llegar hasta Alice Akana. Y, antes de que la emoción empezase a remitir, nueve décimas partes de sus feligreses y todos sus conversos estaban de rodillas, rezando y gritando una inmensidad de pecados y de arrepentimiento.

Por teléfono y de forma casi simultánea llegó al Pacific Club y al University Club la noticia de que Alice se estaba confesando en público; y, en taxi y automóvil privado, los miembros de las clases

más altas invadieron por primera vez el lugar donde Abel Ah Yo predicaba su renacimiento religioso. Los que llegaron primero presenciaron la curiosa imagen de muchos hawaianos, chinos y todas las variadas mezclas raciales del crisol que era Hawái, marchándose subrepticiamente del tabernáculo de Abel Ah Yo. Pero quienes así se iban eran casi todos hombres y los que se quedaban escuchaban con avidez la confesión de Alice.

En todo el Pacífico, norte y sur, se pronunció jamás una narración tan temida y perjudicial para la comunidad como la pronunciada por Alice Akana, la Friné penitente de Honolulú.

—¡Ja! —la oyeron decir los que llegaron primero, tras haber confesado la mayoría de los pecados veniales de los personajes menos importantes—. Creéis que Stephen Makekau es hijo de Moses Makekau y Minnie Ah Ling, por lo que tiene derecho legal a los doscientos ocho dólares que recibe todos los meses de la Parke Richards Limited por el alquiler de la laguna de peces de Amana a Bill Kong. Pues no es así. Stephen Makekau no es hijo de Moses. Es hijo de Aaron Kama y Tillie Naone. Aaron y Tille se lo regalaron de bebé a Moses y Minnie. Yo lo sé. Moses, Minnie, Aaron y Tillie han muerto. Pero yo lo sé y puedo demostrarlo. La anciana señora Poepoe aún vive. Yo estuve presente cuando nació Stephen y una noche, cuando tenía dos meses, yo misma se lo llevé a Moses y Minnie, mientras la anciana señora Poepoe me alumbraba el camino con un farol. Ese secreto ha sido uno de mis pecados. Me ha apartado de Dios. Ahora me he librado de él. El joven Archie Makekau, que cobra las facturas de la compañía del gas, juega al baloncesto por las tardes y bebe demasiada ginebra debería recibir los doscientos ocho dólares a primeros de mes de la Parke Richards Limited. Se los fundirá en ginebra y un automóvil Ford. Stephen es un buen hombre. Archie no. Además, es mentiroso, ha cumplido dos condenas en el arrecife y antes estuvo en un reformatorio. Pero Dios exige la verdad y Archie recibirá el dinero y hará mal uso de él.

De esa forma, Alice continuó contando las experiencias de su larga y abarrotada vida. Las mujeres olvidaron que estaban en el tabernáculo, al igual que los hombres, y la pasión oscureció sus rostros mientras oían por vez primera los secretos ocultos de sus medias naranjas.

—Mañana por la mañana se llenarán de gente los despachos de

los abogados. —MacIlwaine, jefe de Policía, dejó de almacenar información útil el tiempo suficiente para inclinarse y murmurar al oído del coronel Stilton.

El coronel Stilton sonrió, aunque el jefe de policía se fijó en que su sonrisa resultaba siniestra.

—Hay un banquero en Honolulú. Todos conocéis su nombre. Ocupa una posición muy elevada en la sociedad gracias a su esposa. Posee muchas acciones de General Plantations and Interisland.

Macllwaine reconoció la descripción y se abstuvo de reír.

—Se trata del coronel Stilton. La Nochebuena pasada vino a mi casa con gran *aloha* y me entregó los documentos de la hipoteca sobre las tierras que poseo en el valle Iapio. La había cancelado, aunque sumaba un total de dos mil dólares. ¿Por qué me ofreció una muestra de *aloha* tan cara? Os lo diré…

Y lo contó, iluminando transacciones comerciales y acuerdos políticos del pasado que, desde el comienzo, habían permanecido en la oscuridad.

—Esto —concluyó Alice el episodio— ha sido un pecado sobre mi conciencia durante mucho tiempo y mantuvo mi corazón alejado de Dios.

»Y Harold Miles, a la semana siguiente de ser nombrado presidente del Senado, compró tres solares urbanos en Pearl Harbor, pintó su casa de Honolulú y pagó todo lo que debía en sus distintos clubes. Además, en su testamento, Ramsay dejó su casa de Honokiki al pueblo, con la condición de que el Ayuntamiento la mantuviese. Pero si, al cabo de dos años el ayuntamiento no había empezado a ocuparse de ella, sería para los herederos de Ramsay, a quienes el viejo Ramsay odiaba como al veneno. Pues acabó en manos de los herederos. Su abogado era Charley Middleton, quien me pidió que lo ayudase a llegar a un acuerdo con los del Ayuntamiento, cuyos nombres eran… —Alice recitó seis nombres de dos de las ramas de poder y añadió—: Puede que todos pintaran sus casas después de eso. He hablado por primera vez. Tengo el corazón más ligero y blando. Antes había estado recubierto con una capa gruesa de pintura que lo apartaba del Señor. También debo hablar de Harry Weither. Estaba en el Senado por entonces. Todo el mundo hablaba mal de él y no salió reelegido. Sin embargo, no pintó su casa. Era honrado. Aún hoy, su casa sigue sin pintar, como todo el mundo

sabe.

»No me olvido de Jim Lokendamper. Es malo. La semana pasada lo oí confesarse aquí mismo, delante de todos. Pero no lo confesó todo y mintió ante Dios. Yo no pienso mentirle a Dios. Es mucho contar, pero voy a contarlo todo. Azalea Akau, que está ahí sentada, es su esposa. Pero Lizzie Lokendamper es la mujer con la que se casó. Hace mucho que Jim siente un gran *aloha* por Azalea. Todos creéis que el tío de ella, que se fue a California y falleció, le dejó en testamento los dos mil quinientos dólares que posee. Pero no fue su tío. Yo lo sé. Su tío murió arruinado en California y Jim Lokendamper tuvo que enviar ochenta dólares para pagar su entierro. Jim Lokendamper tenía un terreno en Kohala heredado de la tía de su madre. Lizzie, su esposa por matrimonio, no lo sabía. Así que Jim se lo vendió a la Kohala Ditch Company y le dio los dos mil quinientos dólares a Azalea Akau…

En ese momento, Lizzie, la esposa legítima, se levantó hecha una furia y, como su esposo ya había huido, se lanzó con uñas y dientes sobre Azalea.

—¡Espera, Lizzie Lokendamper! —exclamó Alice—. También tengo muchos pecados tuyos que pesan en mi corazón, y mucha pintura…

Y cuando terminó de contar cómo había pintado Lizzie su casa, fue Azalea quien se levantó, muy enfadada.

—Aguarda, Azalea Akau. Ahora libraré mi corazón de tus pecados. Y tú no pintaste tu casa. Eso siempre lo ha pagado Jim. Lo que me pesa es tu bañera nueva y la fontanería moderna…

Cosas peores, mucho peores, contó Alice Akana sobre propios y extraños, relacionadas con los miembros más notables de la vida social, financiera y comercial, y con los menos importantes. No había nadie demasiado poderoso o viceversa para librarse, por eso dieron las dos de la madrugada antes de que, frente a una audiencia que abarrotaba el tabernáculo, completase su recital de las iniquidades detalladas y personales que conocía sobre la comunidad en la que había vivido toda su vida. En el último momento, aún recordó más cosas.

—¡Ja! —dijo con desprecio—. La semana pasada le entregué a Abel Ah Yo un terreno valorado en ochocientos dólares para cubrir gastos y ganar puntos en el libro de contabilidad que Pedro lleva en

el cielo. ¿De dónde saqué ese terreno? Todos creéis que Fleming Jason es un buen hombre. Es más retorcido que la entrada a Pearl Harbor antes de que el Gobierno de Estados Unidos arreglase el canal. Ahora está enfermo del hígado, pero su enfermedad es veredicto de Dios y morirá siendo malo. Fleming Jason me dio ese terreno hace veintidós años, cuando valía treinta y cinco dólares. ¿Porque su *aloha* por mí era grande? No. Nunca sintió *aloha* por nadie, excepto por el dinero.

»Escuchad. Fleming Jason cargó sobre mis hombros un pecado enorme. Cuando Frank Lomiloli estaba en mi casa lleno de ginebra, ginebra por la que Fleming Jason me pagó cinco veces su valor y por adelantado, yo logré que Frank Lomiloli estampase su firma en el documento de venta de un solar que tenía a cambio de cien dólares. Entonces valía seiscientos. Ahora vale veinte mil. Tal vez queráis saber dónde está el solar. Os lo diré y así limpiaré mi corazón. Está en King Street, donde ahora se levanta el edificio del bar Come Again, el garaje de la compañía de taxis japonesa, la fontanería Smith & Wilson y la heladería Ambrosia, cuyos dos enormes pisos superiores albergan la casa de huéspedes Addison. Es todo de madera y siempre ha estado bien pintado. Ayer empezaron a pintarlo de nuevo. Pero esa pintura no se interpondrá entre Dios y yo. Ya no hay más botes de pintura que obstaculicen mi camino al cielo.

Los periódicos del día siguiente guardaron un infame silencio en relación a la noticia más importante en muchos años; pero Honolulú no sabía si reírse u horrorizarse ante los cotilleos, no siempre exagerados, que circulaban en cuanto dos honoluluenses se encontraban por casualidad.

—Nuestro error —dijo el coronel Chilton en el club— fue no haber nombrado, al principio de todo, un comité de seguridad para dar seguimiento al alma de Alice.

Bob Cristy, uno de los isleños jóvenes, se rio de una forma tan exagerada que le preguntaron qué ocurría.

—Oh, no es nada —contestó—. Pero, cuando venía hacia aquí, he oído contar que el viejo John Ward acaba de ser detenido por embriaguez, alteración del orden público y resistencia a la autoridad. Todos sabemos que a Abel Ah Yo le encanta pasearse por el tribunal correccional. Nada le gusta más que rescatar el alma de

un borracho empedernido.

El coronel Chilton miró a Lask Finneston y ambos miraron a Gary Wilkinson, quien les devolvió una mirada similar.

—¡El viejo raquero! —exclamó Lask Finneston—. ¡Ese tunante borrachuzas! Había olvidado que seguía vivo. Vaya constitución la suya. Jamás ha estado sobrio, excepto cuando naufragó. Siempre lo recuerdo haciendo de las suyas. Debe de andar por los ochenta.

—No le faltará mucho —asintió Bob Cristy—. Sigue en la playa, bebe cuando consigue dinero y se mantiene bien, aunque anda más apagado y necesita gafas para leer. Conserva toda su memoria. Si Abel Ah Yo lo pesca…

Gary Wilkinson se aclaró la garganta antes de hablar.

—Es un gran hombre —dijo—. Lo que queda de una época olvidada. Ya no hay muchos como él. Un pionero. Un verdadero *kamaaina*. ¡Indefenso y en manos de la policía a su edad! Deberíamos hacer algo por él en reconocimiento al gran servicio que ha prestado a Hawái. Resulta que sé que proviene de Sag Harbor y que hace más de medio siglo que no va por allí. ¿Por qué no lo sorprendemos, mañana por la mañana, pagándole la multa, regalándole un billete de vuelta a Sag Harbor y, digamos, aportando dinero suficiente para los gastos de un año de viaje? Propongo crear un comité formado por el coronel Chilton, Lask Finneston y yo mismo. Como presidente, ¿quién hay más apropiado que Lask Finneston, que conoció tan bien al anciano caballero en los viejos tiempos? Ya que nadie se opone, nombro a Lask Finneston presidente del Comité encargado de recaudar y donar dinero a fin de pagar la multa del tribunal correccional y los gastos de un año de viaje para tan noble pionero, John Ward, en reconocimiento a una vida entera dedicada a la construcción de Hawái.

Nadie discrepó.

—El comité celebrará su primera sesión en secreto —dijo Lask Finneston, al tiempo que se ponía en pie e indicaba a los demás el camino hacia la biblioteca.

[1916]

Como argonautas de la antigüedad

RA

EL VERANO DE 1897 y la familia Tarwater tenía problemas. El abuelo Tarwater, tras permanecer adecuadamente sometido y doblegado durante una década de lo más tranquila, había vuelto a desatarse. Esta vez era la fiebre del Klondike. El primer e invariable síntoma de dichos ataques era cantar. Solo entonaba una canción, a pesar de que no recordaba más que la primera estrofa y, de ella, únicamente tres versos. La familia sabía que tenía el gusanillo en el cuerpo y en su cabeza bullía la locura cuando elevaba su voz ronca y quebrada, que ahora ya era un falsete quebrado, y cantaba:

> Como argonautas de la antigüedad,
> abandonamos esta Grecia moderna,
> tan-tan, tan-tan, tan-tan, tan-tan,
> para esquilar el Vellocino de Oro.

Diez años antes lo había entonado con la música del himno titulado *Doxología*, cuando padeció la fiebre de ir a buscar oro a la Patagonia. La multitudinaria familia se había sentado sobre él, aunque le había costado lo suyo retenerlo. Cuando todo lo demás había fallado, sin lograr que su determinación flaquease, lo presionaron con los abogados y la amenaza de incapacitarlo legalmente y confinarlo en el manicomio, algo razonable, tratándose de un hombre que, un cuarto de siglo antes, había especulado y perdido todo lo que tenía, excepto diez acres escasos en el territorio de California y que desde entonces no había mostrado perspicacia para los negocios.

Presionar a John Tarwater con los abogados tuvo el mismo efecto que administrarle un emplasto de mostaza. Porque, en su opinión, habían sido ellos, más que otros, quienes lo habían esquilmado y dejado sin los acres Tarwater. De modo que, en la época de su fiebre de la Patagonia, la simple idea de utilizar un remedio tan drástico fue suficiente para curarlo. Enseguida demostró que no estaba loco librándose de su fiebre y aceptando que no iría a la Patagonia.

A continuación, demostró lo loco que en realidad estaba, porque donó a su familia, sin que nadie se lo pidiera, los diez acres del llano Tarwater, la casa, el establo, los demás cobertizos y los derechos sobre el agua. También les donó los ochocientos dólares que tenía en el banco y que constituían los últimos restos,

guardados durante mucho tiempo, de su fortuna perdida. Pero, de esa forma, dejó a la familia sin motivos para internarlo, porque su reclusión invalidaría automáticamente lo que había hecho.

—El abuelo está muy ofuscado —dijo Mary, su hija mayor, que ya era abuela, cuando su padre dejó de fumar.

Solo conservó para sí un tronco de caballos viejos, un carro y su habitación en la superpoblada casa. Además, tras afirmar que no quería estar en deuda con ninguno de ellos, consiguió el contrato para llevar el correo, dos veces por semana, desde Kelterville, cruzando el monte Tarwater, hasta Old Almadén, que era una mina de mercurio, esporádicamente explotada, en la zona alta de los pastos para el ganado. Con sus viejos caballos, consumía todo su tiempo en realizar los dos viajes de ida y vuelta a la semana. Durante diez años, contra viento y marea, jamás había dejado un viaje sin hacer. Tampoco había dejado de entregar a Mary la paga semanal por su pensión completa. En lo de pagar sus gastos había insistido durante su convalecencia de la fiebre de la Patagonia y los había abonado rigurosamente, aunque se vio obligado a dejar de fumar para poder cubrirlos.

—¡Ja! —se confesaba ante el molino de agua en ruinas que él mismo había construido con los árboles de la zona y que había molido el trigo de los primeros colonos—. ¡Ja! No me mandarán al asilo de pobres mientras pueda mantenerme. Y sin un solo penique a mi nombre no habrá abogado que venga a husmear en mis asuntos.

Sin embargo, precisamente por esos actos tan lucidos, los demás afirmaban que John Tarwater estaba totalmente loco.

La primera vez que había entonado el cántico de «Como argonautas de la antigüedad» fue en 1849, cuando, a los veintidós años, sufrió un fuerte ataque de fiebre de California, vendió doscientos cuarenta acres en Michigan, cuarenta de ellos despejados, por el precio de cuatro yuntas de bueyes y una carreta, y partió a cruzar las llanuras.

—Nos detuvimos en Fort Hall, donde la emigración de Oregon se dirigía al norte, y nos fuimos al sur, hacia California. —Así concluía la narración de aquel arduo viaje—. Bill Ping y yo atrapábamos con el lazo osos pardos entre la maleza de Cache Slough, en el valle de Sacramento.

Después llegaron años de transportar mercancías y trabajar en las minas y, con una concesión delimitada en los depósitos aluviales del río Merced, satisfizo el hambre de tierra de su raza y su época asentándose en el condado de Sonoma.

Durante los diez años de llevar el correo cruzando el municipio de Tarwater, ascendiendo el valle Tarwater y pasando el monte Tarwater —tierras que en su mayoría habían sido suyas—, se había dedicado a soñar con recuperar esas propiedades antes de morir. Y ahora, su enorme y delgada figura más erguida que nunca en muchos años, con un destello de fuego azul en sus ojos pequeños y muy juntos, volvía a entonar el viejo cántico.

—Allá va otra vez, escuchadlo —dijo William Tarwater.

—No tiene sentido —se rio Harris Topping, jornalero y marido de Annie Tarwater, además de padre de sus nueve hijos.

La puerta de la cocina se abrió y dejó paso al anciano, que regresaba de dar de comer a sus caballos. Había dejado de cantar, pero Mary estaba irritada porque se había quemado una mano y el estómago de uno de sus nietos se negaba a digerir la leche de vaca correctamente diluida.

—No tiene lógica que se porte así, padre —lo encaró ella—. Ya no tiene edad de salir corriendo hacia un sitio como el Klondike, y cantando no conseguirá comprar nada.

—Pero —respondió él con calma— yo estoy convencido de que podría ir a ese Klondike y reunir oro de sobra para recuperar las tierras Tarwater.

—¡Viejo chiflado! —exclamó Annie.

—No podría recuperarlas por menos de trescientos mil dólares. Incluso más —dijo William, intentando dejarlo sin palabras.

—Podría reunir trescientos mil, incluso más, si estuviese allí —contestó el anciano plácidamente.

—Gracias a Dios que no puede ir andando, si no ya se habría puesto en marcha, no lo dudo —gritó Mary—. Viajar por mar cuesta dinero.

—Antes tenía dinero —dijo su padre con humildad.

—Pues ahora ya no lo tiene, así que olvídelo —aconsejó William —. Su tiempo ha pasado ya, como lo de lacear osos con Bill Ping. Ya no hay osos.

—Pero…

Mary lo interrumpió. Cogió el periódico del día, que estaba sobre la mesa de la cocina, y lo blandió con fuerza bajo la nariz de su anciano progenitor.

—¿Qué dicen los del Klondike? Está ahí escrito. Solo los jóvenes y robustos soportan el Klondike. Es peor que el Polo Norte. Muchos han muerto allí. Mire sus fotos. Usted es cuarenta años mayor que el más viejo de ellos.

John Tarwater miró, pero sus ojos se desviaron hacia otras fotografías de la sensacionalista primera plana.

—Y tú mira las fotos de las pepitas de oro que han traído —dijo—. Yo sé de oro. ¿No saqué veinte mil dólares del río Merced? ¿Y no habrían sido cien mil si aquel chaparrón no se hubiese llevado por delante mi dique? Pero si estuviera en el Klondike…

—Como una cabra —se burló William en un aparte a los otros.

—Bonita forma de hablarle a tu padre —censuró con suavidad el anciano Tarwater—. Mi padre me habría dado una buena paliza con un palo si yo le hubiese hablado así.

—Pero está usted loco, padre… —empezó a decir William.

—Creo que tienes razón, hijo. Por eso mi padre no estaba loco. Él lo habría hecho.

—El viejo ha estado leyendo artículos de revistas que hablan de hombres que tuvieron éxito después de los cuarenta —se burló Annie.

—¿Y por qué no, hija? —preguntó él—. ¿Por qué no puede un hombre tener éxito después de los setenta? Yo acabo de cumplir setenta. Y podría tener éxito si lograse llegar al Klondike.

—Pero no va a ir —intervino Mary.

—Muy bien —suspiró—, ya que no voy a ir allí, me iré a la cama.

Se puso en pie, alto, delgado, de huesos grandes y nudosos: una espléndida ruina de hombre. Su desgreñado cabello y su bigote unido a las patillas no eran canosos, sino blancos como la nieve, igual que los mechones que sobresalían en la parte de atrás de sus dedos enormes y huesudos. Se dirigió a la puerta, la abrió, suspiró y se detuvo para mirar atrás.

—De todos modos —murmuró en tono de queja—, tengo el gusanillo en el cuerpo.

A la mañana siguiente, mucho antes de que la familia se

despertase, tras alimentar y enganchar los caballos al carro a la luz de un farol, preparar el desayuno y tomárselo a la luz de una lámpara, el anciano Tarwater partió valle Tarwater abajo hasta el camino de Kelterville. Había dos cosas inusuales es su viaje habitual, que había realizado mil cuarenta veces desde la firma del contrato para repartir el correo. No llegó hasta Kelterville, sino que abandonó el camino principal en dirección sur, hacia Santa Rosa. Pero más llamativo que eso era el paquete envuelto en papel que llevaba entre los pies. Contenía su único traje decente y negro, el que Mary ya no le dejaba usar, no porque estuviese raído sino porque, según él imaginaba, era lo bastante decente para enterrarlo con él.

En Santa Rosa, en una tienda de ropa de segunda mano, vendió el traje por dos dólares y medio. El mismo dependiente, muy atento, le dio cuatro dólares por la alianza de su esposa, muerta hacía muchos años. Se deshizo del tronco de caballos y del carro por setenta y cinco dólares, aunque en efectivo solo recibió veinticinco. Cuando se encontró en la calle, por casualidad, con Alton Granger, a quien nunca antes había mencionado los diez dólares prestados en el 74, le recordó esa pequeña deuda, que el otro saldó de inmediato. Además, se tropezó con el borracho del pueblo, a quien había invitado a muchas copas en épocas más prósperas. Y, aunque resultase increíble que pudiese llevar dinero encima, John Tarwater consiguió que le prestase un dólar. Luego tomó el tren de la tarde que iba a San Francisco.

Doce días después, con un saco medio lleno de mantas y ropa vieja, desembarcó en la playa de Dyea, en plena estampida al Klondike. La playa era una auténtica olla de grillos. Diez mil toneladas de equipo permanecían amontonadas y desparramadas por todas partes y veinte mil hombres luchaban con ellas, entre protestas y griterío. El transporte, a espaldas de los indios, desde Chilkoot al lago Lindeman, había subido de treinta y dos centavos a sesenta el kilo, lo que suponía seiscientos dólares la tonelada. Y el invierno subártico se acercaba. Todos lo sabían, como sabían que de los veinte mil muy pocos conseguirían cruzar los pasos y los demás pasarían el invierno allí, a la espera del tardío deshielo primaveral.

Así estaba la playa en la que el viejo Tarwater desembarcó. Sin perder tiempo, la cruzó y ascendió por la senda que llevaba a

Chilkoot, cacareando su viejo cántico, con aspecto de abuelo Argos, sin equipo por el que preocuparse, porque no poseía equipo alguno. Esa noche durmió en el llano situado a ocho kilómetros por encima de Dyea, en el promontorio donde comenzaba la navegación en canoa. Allí el río Dyea se convertía en un torrente de montaña y se desplomaba desde un oscuro cañón, procedente de los glaciares que lo alimentaban, situados mucho más arriba.

Y allí, a la mañana siguiente, muy temprano, vio a un hombrecillo que no pesaba más de cincuenta kilos, tambaleándose sobre un tronco de treinta centímetros bajo el peso de los cincuenta kilos de harina que llevaba a la espalda. También lo vio tropezar y caerse del tronco boca abajo sobre un remolino, donde no había más de medio metro de agua, y empezar a ahogarse sin oponer resistencia. No deseaba rendirse a la muerte sin más, pero la harina que llevaba a la espalda pesaba tanto como él y no podía levantarse.

—Gracias, amigo —le dijo a Tarwater cuando lo sacó del agua y lo dejó en la orilla.

Mientras se desataba las botas y escurría el agua, continuaron charlando. Después, sacó una moneda de oro de diez dólares y se la ofreció a su rescatador.

El viejo Tarwater negó con la cabeza y tiritó, porque el agua helada lo había empapado hasta las rodillas.

—Aunque creo que no me importaría sentarme a comer algo contigo.

—¿No has desayunado? —preguntó el hombrecillo, que pasaba de los cuarenta y se llamaba Anson, con una mirada de auténtica curiosidad.

—Ni un bocado —respondió John Tarwater.

—¿Y tu equipo? ¿Va por delante?

—No tengo equipo.

—¿Planeas comprar comida en el interior?

—No tengo ni un dólar para comprarla, amigo. Pero eso no es tan importante como desayunar ahora un bocado caliente.

En el campamento de Anson, cuatrocientos metros más adelante, Tarwater se encontró con un joven esbelto, de barba y patillas pelirrojas y treinta años que maldecía mientras intentaba encender una hoguera con madera de sauce húmeda. Tras presentárselo como

Charles, dedicó su ceño fruncido y su ira a Tarwater, quien, amable y sin tenerlo en cuenta, se concentró en encender la hoguera, aprovechó la brisa helada de la mañana para crear una corriente de aire que el otro, estúpidamente, había bloqueado con piedras, y pronto consiguió menos humo y más llamas. El tercer miembro del grupo, Bill Wilson, o Bill *el Grande*, como lo llamaban todos, llegó después con una carga de sesenta y cinco kilos, mientras Charles preparaba lo que a Tarwater le pareció un desayuno muy malo. Las gachas estaban crudas o quemadas, el beicon parecía carbón y el café era atroz.

En cuanto engulleron la comida, los tres socios cogieron sus correas para cargar a la espalda y se fueron sendero abajo, en busca del resto de su equipo, almacenado en el campamento anterior, a kilómetro y medio de distancia. El anciano Tarwater no se cruzó de brazos. Lavó los platos, recogió madera seca, arregló una correa rota, afiló el cuchillo y el hacha y reorganizó los picos y las palas para que su transporte resultase más sencillo.

Mientras desayunaba, le había llamado la atención la especie de temor que Charles provocaba en Anson y Bill *el Grande*. Durante la mañana, cuando Anson se tomó un breve descanso después de llegar con otra carga de cincuenta kilos, Tarwater le comentó sus impresiones con delicadeza.

—Verás, te lo explico —dijo Anson—. Hemos repartido el mando. Cada uno tenemos nuestra especialidad. Yo soy carpintero. Cuando lleguemos al lago Lindeman, talemos los árboles y los convirtamos en tablones, yo dirigiré la construcción de la barca. Bill *el Grande* es leñador y minero. Así que dirigirá la tala de los árboles y la explotación minera. La mayoría de nuestro equipo va ya por delante de nosotros. Nos arruinamos para pagar a los indios que lo llevaron a lo alto de Chilkoot. Nuestro último socio está allí arriba con él, bajándolo él solo, poco a poco, hasta el otro lado. Se llama Liverpool y es marinero. Así que, una vez construida la barca, él será el jefe mientras naveguemos los lagos y rápidos hasta el Klondike.

—Y Charles, es decir, el señor Crayton, ¿qué especialidad tiene? —preguntó Tarwater.

—Es el hombre de negocios. El manda en lo relativo a los negocios y la organización.

—Mm —reflexionó Tarwater—. Es una suerte contar con esa clase de especialistas en el mismo grupo.

—Más que suerte —estuvo de acuerdo Anson—. Y fue por casualidad. Todos empezamos por separado. Nos conocimos en el vapor que nos trajo desde San Francisco y formamos el grupo. Bueno, he de irme. Charles podría enfadarse porque no cargo con mi parte. Aunque nadie puede pretender que un hombre de cincuenta kilos lleve tanto peso como otro de setenta y cinco.

—Quédate y prepáranos algo para comer —dijo Charles a Tarwater, al llegar con su siguiente tanda y fijarse en el resultado de la habilidad del viejo.

Tarwater preparó una comida como es debido, lavó los platos, cocinó cerdo auténtico y alubias para la cena y horneó un pan en la sartén tan delicioso que los tres compañeros estuvieron a punto de pelearse por él. Tras lavar los platos de la cena, cortó virutas y leña menuda para encender una hoguera rápidamente en la que preparar un buen desayuno, le enseñó a Anson un truco con el calzado, inestimable para cualquier excursionista, cantó su «Como argonautas de la antigüedad» y les habló del gran movimiento migratorio que cruzó las llanuras en el cuarenta y nueve.

—Cielos, es el primer campamento animado y feliz que vivimos desde que llegamos a la playa —comentó Bill *el Grande* mientras vaciaba la cazoleta de su pipa y empezaba a descalzarse para irse a la cama.

—Eso facilita las cosas, ¿no, amigos? —preguntó Tarwater amablemente.

Todos asintieron.

—Pues entonces, quiero haceros una propuesta. Podéis aceptarla o no, pero os pido que la escuchéis con amabilidad. Tenéis prisa por llegar al interior antes de que todo se congele. Perdéis mucho tiempo si uno de vosotros cocina en lugar de mover el equipo. Si yo me ocupo de cocinar, conseguiréis transportarlo todo más rápidamente. Además, comeréis mejor y cargaréis más. Incluso puedo ayudaros con alguna carga, entre una tarea y otra, sí, aún puedo cargar lo mío.

Bill *el Grande* y Anson empezaban a asentir con la cabeza en señal de aceptación, cuando Charles los detuvo.

—¿Qué esperas a cambio de nosotros? —preguntó al anciano.

—Oh, eso dejo que lo decidan los chicos.

—Los negocios no se hacen así —lo reprendió Charles secamente—. La propuesta la has hecho tú, así que termínala.

—Pues, sería…

—Pretendes que te alimentemos todo el invierno, ¿no? —interrumpió Charles.

—No, señor. No. Aunque creo que sería justo que me llevarais en vuestra barca al Klondike.

—No tienes ni un kilo de comida, viejo. Te morirás de hambre cuando llegues allí.

—Llevo mucho tiempo alimentándome sin problemas —respondió el viejo Tarwater con un brillo inusual en la mirada—. Tengo setenta años y aún no me he muerto de hambre.

—¿Firmarás un papel que diga que te irás por tu cuenta en cuanto lleguemos a Dawson? —preguntó el hombre de negocios.

—Pues claro —fue la respuesta.

Charles comprobó los rostros de satisfacción de sus compañeros por el acuerdo.

—Una cosa más, viejo. Somos un grupo de cuatro y todos tenemos voto en cuestiones como esta. Young Liverpool está más adelante con la mayor parte del equipo. Tiene derecho a opinar, pero no está aquí para hacerlo.

—¿Qué clase de gente es? —preguntó Tarwater.

—Es un marinero muy duro, con mal carácter, que se enciende enseguida.

—Es problemático.

—Y maldice de una forma espantosa —aseguró Bill *el Grande*—. Pero es justo.

Anson asintió convencido al oírlo.

—Bueno, amigos —volvió a hablar Tarwater—, puse rumbo a California y allí llegué. Pienso llegar al Klondike. Nada puede detenerme, nada, porque necesito el dinero. No me importa el mal humor si el tipo es justo. Me la jugaré y trabajaré con vosotros hasta que lleguemos junto a él. Entonces, si él dice que no a mi propuesta, saldré perdiendo. Pero, por algún motivo, no lo veo diciendo que no, porque falta muy poco para que todo se congele y es demasiado tarde para que yo encuentre otra oportunidad como esta. Y, como sin duda llegaré al Klondike, resulta totalmente imposible que él

diga que no.

El viejo John Tarwater se convirtió en una figura sorprendente en un camino repleto de figuras sorprendentes. Los miles de hombres que debían transportar media tonelada de equipo por cabeza y que desandaban veinte veces cada kilómetro y medio del camino, empezaron a conocerlo y a saludarlo como Papá Noel. Mientras trabajaba, siempre alzaba su voz de falsete con su famosa cantinela. Ninguno de los tres hombres a los que acompañaba pudo quejarse de su trabajo. Cierto era que tenía las articulaciones rígidas: admitía una insignificancia de reumatismo. Se movía despacio y parecía crujir y restallar cuando se movía, pero no dejaba de moverse. Era el último en acostarse por la noche y el primero en levantarse por la mañana para que los otros tres tuviesen el café caliente antes de realizar el único transporte de carga previo al desayuno. Y entre el desayuno y el almuerzo y el almuerzo y la cena, siempre conseguía transportar él mismo varias cargas. Aunque su límite estaba en veinticinco kilos. Soportaba treinta y cinco, pero no durante mucho tiempo. En una ocasión lo intentó con cuarenta, se desmayó en el camino y después estuvo un par de días débil y tembloroso.

¡Qué forma de trabajar! En un camino en el que los hombres acostumbrados a trabajar duro aprendían por primera vez lo que era trabajar de verdad, nadie se esforzaba más, en proporción a su fuerza, que el viejo Tarwater. Algunos, desesperados por la amenaza del invierno a punto de llegar y atraídos por el sueño del oro, trabajaban hasta consumir todas sus fuerzas y caían junto al camino. Otros, cuando comprendían que el fracaso era seguro, se volaban la tapa de los sesos. Algunos se volvían locos y había quienes cedían a la presión y rompían sociedades y disolvían amistades de toda la vida con hombres tan buenos como ellos, pero tan dominados por la presión y la locura como ellos.

¡Qué forma de trabajar! El viejo Tarwater era capaz de sacarles los colores a todos, a pesar de los crujidos y de la tos seca. Muy temprano y hasta tarde, tanto en el camino como en el campamento, siempre se hacía notar, siempre estaba ocupado en algo, siempre respondía cuando lo llamaban Papá Noel. Los agotados viajeros descansaban sus cargas sobre un tronco o una roca al lado de donde él descansaba la suya y le decían: «Cántanos

esa canción, Papá, la del cuarenta y nueve». Después de que Tarwater se dejase el aliento cantando, se levantaban de nuevo, afirmaban que resultaba de lo más reconfortante y volvían al camino.

—Si alguien se ha ganado alguna vez un pasaje trabajando —comentó Bill *el Grande* con sus dos socios—, ese es nuestro viejo amigo.

—Y tanto —confirmó Anson—. Es una incorporación al grupo muy valiosa y a mí no me parecería mal contar con él de forma permanente.

—¡De eso nada! —intervino Charles Crayton—. Cuando lleguemos a Dawson nos libraremos de él. Eso fue lo que acordamos. Si permitimos que siga con nosotros, solo lograremos tener que enterrarlo. Además, va a haber hambruna y cada gramo de comida marcará la diferencia. No olvidéis que se alimenta de nuestras provisiones. Y si el año que viene pasamos estrecheces, ya sabéis por qué será. Los vapores no podrán llevar alimentos a Dawson hasta mediados de junio y para eso faltan nueve meses.

—Bueno, tú colaboras con tanto dinero y equipo como los demás —reconoció Bill *el Grande*—, así que tienes derecho a opinar.

—Y me voy a salir con la mía —afirmó Charles, cada vez más irritado—. Tenéis suerte, con lo sentimentales que sois, de contar con alguien que piense por vosotros o acabaréis muertos de hambre. Os aseguro que va a haber hambruna. Llevo un tiempo estudiando la situación. La harina se pondrá a cuatro dólares el kilo o a veinte, pero nadie venderá. Acordaos de lo que os digo.

Mientras cruzaban los llanos cubiertos de grava, ascendían el oscuro cañón que llevaba a Sheep Camp, pasaban los amenazantes glaciares que sobresalían por encima de ellos hasta llegar a Scales y, desde Scales, ascendían los empinados tramos de roca erosionada por el hielo, donde los porteadores usaban manos y pies para trepar, el viejo Tarwater hizo la comida, porteó y cantó. Cruzó el paso Chilkoot, por encima del límite superior de la vegetación arbórea, entre las primeras nieves del invierno. Los que estaban abajo, sin leña, en la glacial orilla del lago Crater, desde la oscuridad helada que quedaba por encima de ellos oyeron una extraña voz canturrear:

Como argonautas de la antigüedad,
abandonamos esta Grecia moderna,
tan-tan, tan-tan, tan-tan, tan-tan,
para esquilar el Vellocino de Oro.

Y entre el torbellino de nieve vieron aparecer una silueta alta y delgada, con patillas y bigote de un blanco flameante que se mezclaba con la tormenta, inclinada bajo el peso de veinticinco kilos de material de campamento.

Lo saludaron con un: «¡Papá Noel!» y luego añadieron: «¡Tres hurras por Papá Noel!».

Tres kilómetros más allá del lago Crater se extendía Happy Camp, así llamado porque allí se encontraba el límite superior de la vegetación arbórea, donde los hombres podían volver a encender hogueras para calentarse. Aunque a duras penas merecía el nombre de vegetación arbórea, ya que se trataba de píceas de roca enanas, cuyas ramas más altas nunca se elevaban más de treinta centímetros por encima del musgo y que se retorcían y se arrastraban bajo el musgo como las raíces que comen los cerdos. Allí, en el camino que llevaba a Happy Camp, bajo el primer sol que brillaba en media docena de días, el viejo Tarwater apoyó su carga contra una roca enorme para recuperar el aliento. El camino bordeaba la roca y por él se afanaban hombres cargados que avanzaban despacio y otros con las correas de carga vacías, que retrocedían cojeando a toda prisa, en busca de más provisiones. El viejo Tarwater intentó levantarse y continuar dos veces y en ambas ocasiones, advertido por su debilidad, se dejó caer de nuevo para recuperar más fuerzas. Del otro lado de la roca oyó voces que saludaban, reconoció la de Charles Crayton y comprendió que por fin se habían reunido con Young Liverpool. Rápidamente, Charles se dedicó a sus asuntos y Tarwater oyó, con total claridad, cada palabra de la poco favorecedora descripción que Charles hizo de él y de su propuesta de llevarlo hasta Dawson.

—Una propuesta de lo más idiota —opinó Liverpool cuando Charles concluyó—. ¡Un abuelo de setenta años! Si está en las últimas, ¿por qué demonios os habéis juntado con él? Si, como parece, va a haber hambruna, necesitaremos hasta el último gramo de comida para nosotros. Nos aprovisionamos para cuatro, no para cinco.

—No pasa nada —oyó Tarwater que Charles le decía al otro—. No te sulfures. Cuando lo admitimos en el grupo, el vejete aceptó que tú tomases la última decisión. Basta con que te pongas firme y digas que no.

—¿Quieres decir que soy yo quien tiene que echar al viejo, después de que vosotros lo animaseis y os aprovechaseis de su trabajo desde Dyea hasta aquí?

—El camino es duro, Liverpool, y solo los hombres duros conseguirán superarlo —quiso arreglarlo Charles.

—¿Y a mí me toca hacer el trabajo sucio? —se quejó Liverpool, mientras a Tarwater le daba un vuelco el corazón.

—Así están las cosas —dijo Charles—. Te toca decidir a ti.

El corazón del viejo Tarwater recuperó la normalidad cuando un ciclón de blasfemias rasgó el aire y, en medio del lío, se oyeron frases como: «¡Miserables!… ¡Os pudriréis en el infierno!… ¡Lo he decidido!… ¡Al infierno con vuestras artimañas!… ¡El vejete irá Yukón abajo con nosotros, entérate, valiente!… ¿Duro?… ¡Ya te enseñaré yo lo que es ser duro!… ¡Me cargaré a todo el equipo si alguno de vosotros intenta dejarlo de lado!… ¡Como intentéis dejarlo de lado, solo con eso, pensaréis que ha llegado el día del Juicio Final y la ira de Dios ha caído en bloque sobre el campamento!

El discurso de Liverpool lo estimuló de tal forma que, sin ser consciente del esfuerzo, el anciano se levantó con la carga y avanzó a zancadas hacia Happy Camp.

La letal carrera del hombre contra el invierno continuó desde Happy Camp al lago Long, desde el lago Long al lago Deep y desde el lago Deep, primero ascendiendo el enorme risco para bajarlo después, hasta Lindeman. Los hombres se destrozaban el corazón y la espalda, y acababan llorando junto al camino de puro agotamiento. Pero el invierno no fallaba. Las borrascas de otoño soplaban y, entre lluvias gélidas e intensas y ventiscas cada vez más fuertes, Tarwater y el grupo con el que iba apilaron el resto del equipo en la playa.

Aunque no descansaron. En la otra orilla del lago, a kilómetro y medio sobre un torrente de aguas vivas, localizaron una zona de píceas y cavaron un hoyo para el aserradero. Allí, a mano y con una sierra que dejaba mucho que desear, convirtieron los troncos en

tablas. Trabajaban día y noche. El viejo Tarwater se desmayó tres veces durante el turno de noche, dentro del hoyo para serrar. De día continuaba cocinando y, entremedias, ayudaba a Anson a construir la barca junto al torrente, a medida que iban bajando los tablones.

Los días eran cada vez más cortos. El viento roló al norte y soplaba sin descanso. Por las mañanas, los hombres agotados se arrastraban fuera de las mantas y, en calcetines, derretían el calzado congelado en la hoguera que Tarwater siempre les tenía ya encendida. La historia de que en el interior atacaba la hambruna les llegaba cada vez más aumentada. Los vapores con alimentos que arribaban desde el mar de Bering estaban atrapados en las mareas bajas de las marismas del Yukón, a cientos de kilómetros al norte de Dawson. De hecho, se encontraban en el puesto que la Compañía de la Bahía de Hudson tenía en Fort Yukón, dentro del Círculo Ártico. La harina en Dawson alcanzaba los cuatro dólares el kilo, pero nadie vendía. Los reyes de Bonanza y Eldorado, con dinero de sobra, se marchaban hacia el Exterior porque no podían comprar comida. Las asambleas mineras confiscaban los alimentos y entregaban raciones muy estrictas a la población. Al hombre que retuviese unos pocos gramos de comida lo mataban de un tiro, como a un perro. Ya habían ejecutado de esa forma a una veintena.

Bajo una presión que había acabado con muchos hombres más jóvenes que él, el viejo Tarwater empezó a desmoronarse. Tenía una tos terrible y, si sus agotados compañeros no hubiesen dormido como troncos, los habría mantenido despiertos por las noches. Además, empezó a sentir el frío, hasta el punto de que se acostaba totalmente vestido. Cuando terminaba de prepararse para dormir, en su bolsa de la ropa no quedaba ni una sola prenda. Todo cuanto poseía envolvía su delgada figura.

—¡Caramba! —dijo Bill *el Grande*—. Si ahora se pone todo lo que tiene, cuando solo hay 5°C bajo cero, ¿qué hará después, cuando el termómetro marque 45 o 50° bajo cero?

Bajaron la tosca barca por el torrente de montaña con la ayuda de una sirga, a punto de perderla una docena de veces, y cruzaron remando el extremo sur del lago Lindeman en plena ventisca otoñal. Planeaban cargarla a la mañana siguiente y zarpar, enfrentándose al viento del norte, para realizar la peligrosa travesía de quinientas millas náuticas que recorría lagos, rápidos y cañones

muy estrechos. Pero esa noche, antes de acostarse, Young Liverpool se alejó del campamento. Cuando regresó, todo el grupo dormía. Despertó a Tarwater y habló con él en voz baja.

—Escucha, Papá —le dijo—. Hay sitio para ti en nuestra barca. Si alguien se ha ganado un pasaje trabajando, ese eres tú. Pero tú mejor que nadie sabes que eres muy mayor y que no andas nada bien de salud. Si continuas con nosotros, estirarás la pata. Espera a que acabe, abuelo. El precio de un pasaje ha subido hasta los quinientos dólares. Me he movido un poco y tengo un pasajero. Es representante de la Alaska Commercial y tiene que llegar al interior. Me ofrece seiscientos dólares por venir en nuestra barca. El sitio es tuyo. Tú se lo vendes, te metes los seiscientos dólares en el bolsillo y regresas a California mientras puedas. Llegarás a Dyea en dos días y, en solo una semana más, estarás en California. ¿Qué me dices?

Tarwater tosió y tiritó durante un rato, antes de recuperarse para poder hablar.

—Hijo —contestó—, voy a contarte una cosa. Crucé las llanuras con mis cuatro yuntas de bueyes en el cuarenta y nueve sin perder ni uno solo. Llegué hasta California y después los usé para transportar mercancías desde Sutter's Fort hasta American Bar. Ahora iré al Klondike. Nada me detendrá, nada de nada. Subiré a esa barca, contigo al timón, hasta el Klondike y sacaré trescientos mil dólares de debajo de las raíces del musgo. Ya que va a ser así, no tiene sentido que venda mi pasaje. Pero te lo agradezco, hijo, te agradezco tu buena intención.

El joven marinero extendió la mano impulsivamente y estrechó la del anciano.

—¡Sí, Papá! —exclamó—. Entonces sí que irás. Tú sí que tienes lo que hay que tener. —Miró con desprecio en dirección a los que dormían, hacia donde Charles Crayton roncaba bajo su barba pelirroja y añadió—: Parece que ya no fabrican hombres como tú, Papá.

Lucharon por abrirse camino hacia el norte, aunque los veteranos que huían del interior negaban con la cabeza y profetizaban que morirían de frío en los lagos. Resultaba evidente que todo podría quedar congelado en cualquier momento, por lo que decidieron no perder el tiempo en prevenciones innecesarias. Por ese motivo, Liverpool resolvió lanzarse por los rápidos que

conectaban Lindeman y el lago Bennett con la barca totalmente cargada. La costumbre consistía en sirgar la barca vacía hasta abajo y luego portear la carga. Incluso así, muchas barcas vacías naufragaban. Pero no tenían tiempo para tomar precauciones.

—Salta y ve por tierra, Papá —ordenó Liverpool mientras se preparaba para alejarse de la orilla y adentrarse en los rápidos.

El viejo Tarwater negó con su blanca cabeza.

—Me quedo con el equipo —afirmó—. Es la única forma de pasar. Verás, hijo, yo voy al Klondike. Si me quedo en la barca, la barca por lógica también llegará al Klondike. Si me bajo, lo más probable es que perdáis la barca.

—Pues no tiene sentido sobrecargarla —anunció Charles, saltando a la orilla en el último instante, cuando la barca soltaba amarras.

—¡La próxima vez, espera a recibir mis órdenes! —gritó Liverpool en dirección a la orilla al tiempo que la corriente agarraba la barca con fuerza—. ¡Olvídate de pasar los demás rápidos andando! ¡Se acabó perder tiempo esperando para recogerte!

Lo que a ellos les llevó diez minutos por el río, a Charles le llevó media hora por tierra y mientras lo esperaban en la cabecera del lago Bennett pasaron el tiempo con varios veteranos venidos a menos que iban hacia la costa. Las noticias sobre la hambruna eran peores que nunca. La Policía Montada del Territorio Noroeste, apostada al pie del lago Marsh, donde los que iban en busca de oro entraban en territorio canadiense, no permitía pasar a nadie que no llevase un mínimo de trescientos kilos de comida. En Dawson City, mil hombres con traíllas de perros aguardaban a que el hielo se congelase por completo. Las compañías comerciales no podían cumplir sus contratos para servir alimentos y los socios se jugaban a las cartas quién se iba y quién se quedaba a trabajar en las concesiones.

—Se acabó —anunció Charles, cuando se enteró de lo que hacía la Policía en la frontera—. Viejo, será mejor que regreses ahora mismo.

—¡Sube a bordo! —ordenó Liverpool—. Nos vamos al Klondike y el abuelo se viene con nosotros.

El cambio de viento los favoreció para cruzar el lago Bennett

con la ayuda de una vela enorme que había hecho Liverpool. El peso del equipo servía de lastre y les permitió aprovechar el viento como haría un buen marinero cuando todos los momentos cuentan. Un cambio de cuatro puntos al suroeste en el instante exacto de adentrarse en Caribou Crossing los empujó por esa vía de conexión a los lagos Tagish y Marsh. En medio del crepúsculo tormentoso del atardecer llevaron a cabo el peligroso cruce de Great Windy Arm, donde vieron volcar y hundirse otras dos barcas llenas de hombres que iban en busca de oro.

Charles quería acercarse a la orilla para pasar la noche, pero Liverpool continuó adelante y cruzó el Tagish guiándose por el sonido del oleaje en los bajíos y las ocasionales hogueras de la orilla que anunciaban la presencia de argonautas tímidos o accidentados. A las cuatro de la mañana despertó a Charles. El viejo Tarwater, sin dormir debido al frío, oyó a Liverpool ordenar a Crayton que fuese a popa junto a él y la espadilla, y también oyó la conversación que mantuvieron aparte.

—Escucha, amigo Charles, y mantón el pico cerrado —empezó diciendo Liverpool—. Quiero que te metas una cosa en la cabeza y la mantengas ahí: El abuelo va a pasar el puesto de la Policía. ¿Entendido? Va a pasar. Cuando examinen nuestro equipo, una quinta parte será del abuelo, ¿estamos? Eso nos dejará a todos un poco por debajo del mínimo, pero conseguiremos engañarlos. Grábatelo bien en la memoria: Nadie va a descubrir nuestro engaño porque…

—Si crees que sería capaz de chivarme del vejete… —se indignó Charles.

—Lo has dicho tú —lo frenó Liverpool—, porque yo no he mencionado semejante posibilidad. Ahora escucha y escúchame bien: me da igual lo que hayas pensado. Lo importante es lo que pensarás a partir de ahora. Llegaremos al puesto de Policía por la tarde y tenemos que prepararnos para sacar adelante nuestro farol. Una sola palabra sería suficiente para estropearlo.

—Si crees que se me ha ocurrido… —empezó Charles de nuevo.

—Presta atención —lo calló Liverpool—. No sé lo que se te ha ocurrido y no quiero saberlo. Quiero que sepas lo que se me ha ocurrido a mí. Si alguien dice algo, si la Policía le impide el paso al abuelo, en cuanto lleguemos a un paraje desierto te abandono en la

orilla. Y después te daré una paliza de las buenas. No será una paliza cualquiera porque pienso arrearte con los dos puños y los dos pies. No creo que te mate, pero te dejaré casi muerto.

—¿Y qué puedo hacer? —susurró Charles.

—Una sola cosa —remató Liverpool la conversación—. Reza. Reza con tantas ganas para que el abuelo acabe pasando. Eso es todo. Ahora puedes volver a tus mantas.

Antes de que llegaran al lago Le Barge, sobre la tierra había una capa de nieve que no se iba a derretir en medio año. No podían acercar la barca a la orilla porque el borde de hielo ya se estaba formando. En la boca del río, donde se adentraba en el lago Le Barge, encontraron cien barcas de argonautas inmovilizadas por el temporal. Desde el norte, sobre toda la superficie del gran lago, soplaba una interminable tempestad de nieve. Tres mañanas seguidas zarparon y se enfrentaron a ella, pero las enormes olas que empujaba se convertían en hielo en cuanto caían a bordo. Mientras los otros se partían el alma a los remos, el viejo Tarwater se las arreglaba para conservar la circulación rompiendo el hielo con un hacha y lanzándolo por la borda.

Cada uno de los tres días, agotados hasta la impotencia, renunciaban a continuar luchando y volvían a refugiarse en el río. Al cuarto día, las cien barcas se habían convertido en trescientas y los dos mil argonautas que iban a bordo sabían que aquel temporal anunciaba la congelación de Le Barge. Pasado el lago, los rápidos mantendrían el fluir de los ríos durante unos días, pero si no lograban pasarlo, y de inmediato, tendrían que permanecer allí los seis meses siguientes.

—Hoy lo cruzaremos —anunció Liverpool—. No daremos la vuelta por nada del mundo. Y si nos sentimos morir a los remos, reviviremos y continuaremos remando.

Siguieron adelante y al caer la noche habían recorrido la mitad del lago. Cuando el viento amainó al llegar la oscuridad, no se rindieron y si se quedaban dormidos a los remos Liverpool los despertaba a gritos. Así vivieron una pesadilla que les pareció interminable, mientras salían las estrellas y la superficie del lago se calmaba por completo y se cubría de una fina capa de hielo que tintineaba como el cristal roto cuando los remos la atravesaban.

El día amaneció frío y despejado y entraron en el río, dejando

tras ellos un mar de hielo. Liverpool examinó a su anciano pasajero y descubrió que estaba medio muerto. Maniobró para acercar la barca al borde congelado de la orilla y encender una hoguera a fin de que Tarwater entrase en calor. Charles protestó por la pérdida de tiempo.

—Esto no es un negocio, así que no te metas —le dijo Liverpool —. Yo dirijo el viaje en barca. Salta a tierra y corta leña, mucha leña. Yo me ocuparé de Papá. Tú, Anson, enciende una hoguera en la orilla. Y tú, Bill, monta la cocina portátil del Yukon en la barca. El abuelo no es tan joven como nosotros y durante el resto del viaje tendrá fuego a bordo y se sentará junto a él.

Así se hizo y la barca, llevada por la corriente, como un vapor de río con el humo saliendo por las juntas del tubo de la cocina, encalló en los bajíos, se detuvo en las bifurcaciones y acometió rápidos y cañones mientras se internaba en el invierno de la región septentrional. Cuando pasaron por delante, los ríos Big Salmon y Little Salmon arrojaban hielo blando al río principal y, por debajo de los rápidos, el hielo anclado brotaba desde el fondo del río y cubría la superficie con una capa de espuma de cristal. La franja de hielo de la orilla aumentaba de día y de noche y, en las zonas más tranquilas, se extendía cien metros desde la ribera. El viejo Tarwater, con toda su ropa puesta, permanecía sentado junto a la cocina y mantenía vivo el fuego. Noche y día, sin atreverse a parar por miedo a la congelación inminente, continuaron avanzando y con ellos avanzaba una cantidad cada vez mayor de hielo blando.

—¿Cómo vamos, valiente? —preguntaba Liverpool de vez en cuando.

—De maravilla —respondía siempre el viejo Tarwater.

—¿Cómo puedo pagarte por todo lo que haces, hijo? —preguntaba a veces Tarwater, sin dejar de alimentar el fuego, a Liverpool, que daba golpes a sus manos por turnos para recuperar la circulación en la tilla de popa, desde donde gobernaba la barca.

—Dedícanos esa canción que tú sabes, veterano del cuarenta y nueve —respondía siempre Liverpool.

Y Tarwater alzaba la voz para cantar, como hizo al final, cuando la barca giró entre los bloques de hielo que la impulsaban y atracó en la orilla de Dawson City, mientras todos los habitantes de la zona de Dawson que daba al río escuchaban el himno triunfante:

Como argonautas de la antigüedad,
abandonamos esta Grecia moderna,
tan-tan, tan-tan, tan-tan, tan-tan,
para esquilar el Vellocino de Oro.

Charles delató a Tarwater, pero de forma tan discreta que nadie en su grupo, y menos aún el marinero, se enteró. Vio que llenaban de hombres dos enormes barcazas y, al preguntar, se enteró de que eran hombres sin provisiones a los que el Comité de Seguridad había detenido y enviaba Yukón abajo. El último vapor pequeño de Dawson se encargaría de remolcar a las barcazas y esperaban llegar a Fort Yukón, donde se encontraban los vapores varados, antes de que el río se congelase definitivamente. En cualquier caso, sin importar lo que pudiera ocurrirles, Dawson se libraría de su presencia y de su consumo de alimentos. Así que Charles se dirigió al Comité de Seguridad para hablar a sus miembros de la situación de Tarwater en relación a su falta de provisiones y de dinero, y a su exceso de años. Tarwater fue uno de los últimos en ser llevado a bordo y, cuando Young Liverpool regresó a la barca, desde la orilla vio a las barcazas, rodeadas de bloques de hielo, desaparecer al doblar la curva bajo el monte Moosehide.

Entre bloques de hielo cada vez mayores, librándose por poco de las barreras de hielo que se formaban en las marismas del Yukon, las barcazas se internaron cientos de kilómetros más en el norte y se quedaron varadas junto a la flota de las provisiones. Allí, dentro del Círculo Ártico, el viejo Tarwater se instaló para pasar el invierno. Trabajaba varias horas al día cortando leña para las compañías que fletaban los vapores y así se pagaba la comida. El resto del tiempo no tenía nada que hacer, excepto hibernar en su cabaña.

El calor, el descanso y la comida curaron su tos seca y le permitieron recuperar su buen estado físico, teniendo en cuenta su edad. Pero antes de Navidad la falta de hortalizas provocó un brote de escorbuto y los decepcionados aventureros, uno tras otro, se fueron quedando en sus catres, rendidos al colmo de la desgracia. No así Tarwater. Incluso antes de que aparecieran los primeros síntomas, puso en práctica su única receta: hacer ejercicio. De entre los trastos del viejo puesto comercial rescató varias trampas oxidadas y le pidió prestado un rifle a uno de los capitanes de los vapores.

Tras equiparse de esa forma, dejó de cortar leña y empezó a ganarse la vida mucho mejor. No se desanimó cuando el escorbuto brotó en su propio cuerpo. Continuó poniendo las trampas y cantando su vieja canción. Ni los más pesimistas lograron perturbar la seguridad con la que hablaba de los trescientos mil que iba a sacar de las raíces del musgo.

—Pero en esta zona no hay oro —le decían.

—El oro está donde se encuentra, hijo, como yo sé muy bien, porque ya me dedicaba a la minería en el año cuarenta y nueve, antes de que nacieras —contestaba él—. El arroyo Bonanza no era más que pasto para los alces. Ningún minero le hacía caso, pero acabaron lavando bateas de quinientos dólares y sacando de allí cincuenta millones. Podría ser que bajo esta cabaña, o allá, tras la siguiente colina, haya millones esperando a algún afortunado como yo que vaya a sacarlos.

A finales de enero llegó el desastre. Un animal fuerte —él decidió que se trataba de un lince rojo— quedó atrapado en una de sus trampas más pequeñas y se la llevó a rastras. Una fuerte nevada lo sorprendió en plena persecución, por lo que perdió la pista y, además, se perdió él. Había muy pocas horas de luz al día entre las veinte de oscuridad total y sus esfuerzos por encontrar el camino entre la luz gris y la nieve que no paraba de caer solo sirvieron para que se perdiera aún más. Por suerte, cuando nieva en invierno en la región septentrional el termómetro siempre sube, de modo que, en lugar de los 40, 45 o incluso 50°C bajo cero acostumbrados, la temperatura permaneció por debajo de los 25° bajo cero. Además, iba bien abrigado y llevaba una caja de cerillas. Para mejorar su situación, el quinto día mató un alce herido que pesaba más de media tonelada. Levantó el campamento junto a él, sobre una base de ramas de pícea, y se preparó para aguantar allí el resto del invierno, a menos que un equipo de búsqueda lo encontrase o empeorara el escorbuto.

Sin embargo, al cabo de dos semanas no había visto señales de búsqueda y su escorbuto sin duda iba a peor. Permanecía encogido junto a la hoguera, protegido del frío exterior por un muro de ramas de pícea, muchas horas dormido y muchas horas despierto. Pero las horas que pasaba despierto eran cada vez menos y, a medida que los procesos de hibernación se apoderaban de él, se convertían en

horas de semiinconsciencia o ensueño. Poco a poco, el destello de percepción e identidad que era John Tarwater se hundía cada vez más en las profundidades de su ser compuestas antes de que el hombre fuese hombre y mientras se convertía en hombre, cuando fue el primero de todos los animales en poseer una mirada introspectiva y estableció el principio de la moralidad como los cimientos de una pesadilla habitada por los monstruos de sus propios deseos frustrados por la ética.

El viejo Tarwater se despertaba como lo hace un enfermo con fiebre, recuperando intervalos de consciencia, cocinaba la carne de alce y alimentaba la hoguera; pero cada vez se hundía más tiempo en su letargo, sin diferenciar lo que soñaba despierto de lo que soñaba dormido. Ahí, en las criptas inolvidables de la historia no escrita de la humanidad, impensable e irrealizable, como partes de pesadillas o aventuras imposibles y demenciales, encontraba los monstruos creados por la primera moralidad del hombre, que desde entonces siempre lo han empujado a crear fantasías para eludirlos o luchar contra ellos.

De manera que, aplastado bajo el peso de sus setenta años, en la vasta y silenciosa soledad del norte, el viejo Tarwater, como si sufriera los delirios provocados por las drogas o la anestesia, recuperó en su interior la mente infantil del hombre-niño de los albores del mundo. Así se encogía Tarwater en el crepúsculo de las ondeantes alas de la Muerte y, al igual que su remoto antepasado, el hombre-niño, se entregaba a la creación de mitos y de héroes, y era a la vez hacedor de héroes y el héroe que parte en busca del tesoro inmemorial difícil de alcanzar.

O intentaba conseguir el tesoro —porque así funcionaba la inexorable lógica de la tierra de sombras del inconsciente— o se hundía en el mar que todo lo devora, el oscuro comedor de luz que cada noche se tragaba el sol hasta extinguirlo, ese sol que revivía a la mañana siguiente en el este y que se había convertido en el primer símbolo de inmortalidad para el hombre, debido a su capacidad de resurgir. Todo eso, en las profundidades de su inconsciencia (la sombría tierra occidental de la luz decreciente), era el cercano crepúsculo de la Muerte en el que menguaba poco a poco.

Pero ¿cómo huir de ese monstruo de la oscuridad que se lo

tragaba desde su interior? Estaba demasiado hundido para soñar con escapar o sentir siquiera el deseo de escapar. Para él ya no existía la realidad. Tampoco podía esa realidad surgir de nuevo desde el interior de la cámara oscura en que el anciano se había convertido. Le pesaban los años y le resultaban demasiado intensos la debilidad de la enfermedad, el letargo y el sopor del silencio, y el frío. Solo desde el exterior podría la realidad golpearlo y despertar en él la conciencia de lo real. De lo contrario se hundiría en el reino de las sombras del inconsciente hasta alcanzar la total extinción de las tinieblas.

Pero el impacto de la realidad desde el exterior llegó al fin y atacó sus tímpanos con un bufido insólito y muy fuerte. Durante veinte días, a una temperatura que no pasó nunca de los 45°C bajo cero, nada se había movido empujado por la brisa y ni un solo sonido había roto el silencio. Como el fumador de opio que intenta recuperar la mirada perdida en la inmensidad del sueño y enfocarla en la estrechez del cuartucho en el que se encuentra, el viejo Tarwater miró, casi sin ver, frente a él, más allá de la hoguera moribunda y vio un alce enorme que lo observaba sobresaltado. Arrastrando una pata y manifestando un agotamiento extremo, él también había errado sin ver por la tierra de las sombras y se había despertado a la realidad a punto de pisar la hoguera de Tarwater.

Casi sin fuerzas, el anciano se quitó de la mano derecha la enorme manopla de piel forrada de lana. Descubrió que tenía el dedo del gatillo demasiado entumecido para poder moverlo. Con cuidado, despacio, durante un rato, introdujo la mano desnuda bajo las mantas, la subió por el interior de la parka de piel, buscó los huecos entre los botones de las varias camisas que llevaba puestas y la metió en la cavidad de la axila izquierda, ligeramente cálida. Pasaron muchos minutos antes de que lograse mover el dedo y entonces, con el mismo cuidado y la misma lentitud, se llevó el rifle al hombro y apuntó al gran animal que se encontraba al otro lado de la hoguera.

Tras el disparo, uno de los dos vagabundos de las sombras se hundió por completo en la oscuridad y el otro ascendió tambaleante hacia la luz, se balanceó como un borracho sobre unas piernas que sufrían los estragos del escorbuto, tiritando de nervios y de frío, se frotó los ojos mareados con unos dedos temblorosos y observó el

mundo real que lo rodeaba y que había regresado a él con una brusquedad desconcertante. Se recuperó un poco y comprendió que, durante mucho tiempo, aunque no sabía cuánto, había yacido en los brazos de la Muerte. Escupió con una intención clara, oyó la saliva crujir al helarse y fue consciente de que hacía mucho frío, mucho más de 50°C bajo cero. En realidad, ese día en Fort Yukón, el termómetro de alcohol había marcado 60°C bajo cero.

El cerebro de Tarwater empezó a razonar poco a poco. Allí, en aquella inmensa soledad, moraba la Muerte. Dos alces heridos habían llegado hasta allí. Al despejarse el cielo con la aparición del frío, logró orientarse y supo que los dos alces heridos procedían del este. Por lo tanto, en el este había hombres, aunque no sabía si serían blancos o indios, pero eran hombres que atenderían sus necesidades y lo ayudarían a salir del mar de tinieblas y amarrarse a la realidad.

Se movía despacio, pero consciente de su situación, y se armó con el rifle, munición, las cerillas y diez kilos de carne de alce. Después, como un argonauta rejuvenecido, aunque cojo de ambas piernas y tambaleante, dio la espalda al peligroso oeste y avanzó renqueante hacia el este, por donde salía el sol y él podría renacer.

Varios días después, aunque nunca sabría cuántos, sin dejar de soñar, de ver visiones y de canturrear su canción del cuarenta y nueve, como quien se ahoga y nada débilmente para mantenerse consciente y librarse de la oscuridad que lo devora, llegó a la cima de la ladera nevada de un cañón y vio, a sus pies, el humo de una hoguera y varios hombres que dejaron de trabajar para observarlo. Bajó la colina tambaleándose hacia ellos, sin dejar de cantar y, cuando se calló por falta de aliento, lo llamaron Santa Claus, Navidad, Patillas, el Ultimo de los Mohicanos y Papá Noel. Mientras permaneció de pie entre ellos se mantuvo muy erguido, sin hablar, al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. Lloró en silencio durante un buen rato, hasta que, como si se acordase de sí mismo de repente, se sentó en la nieve entre los crujidos de sus articulaciones, se dejó caer de lado y se desmayó.

En menos de una semana el viejo Tarwater estaba en pie y cojeando, realizando las tareas domésticas en la cabaña, cocinando y lavando para los cinco hombres que trabajaban en el arroyo. Eran auténticos *sourdoughs* (pioneros), duros y curtidos, que se habían

internado tanto en el Círculo Polar que no se habían enterado de que en el Klondike se había encontrado oro. Lo primero que oyeron al respecto fue lo que él les contó. Sobrevivían con una dieta de carne de alce y caribú, salmón ahumado y algunas bayas silvestres y raíces carnosas que habían almacenado durante el verano. Ya no se acordaban de cómo sabía el café, hacían fuego con un espejo ustorio, llevaban palos con brasa siempre que viajaban y llenaban sus pipas con unas hojas secas que picaban en la lengua y tenían un olor acre.

Tres años antes habían empezado a buscar oro desde la cabecera del Koyukuk hacia el norte y llegado a la desembocadura del Mackenzie en el océano Ártico. Allí, a bordo de los balleneros, habían visto por última vez hombres blancos y se habían equipado con sus últimas provisiones de hombre blanco, que principalmente consistían en sal y tabaco. Después fueron probando hacia el sur y el oeste en la larga travesía hasta el cruce del Yukón y el Porcupine, en Fort Yukón, habían encontrado oro en aquel arroyo y se habían quedado para explotarlo.

Recibieron a Tarwater con alegría, nunca se cansaban de escuchar sus historias del cuarenta y nueve y lo rebautizaron como Viejo Héroe. Además, con una infusión hecha de agujas de pícea, pociones elaboradas con la corteza interior del sauce y con raíces y bulbos amargos y agrios arrancados de la tierra consiguieron curar su escorbuto, de manera que dejó de cojear y empezó a cubrir de carne su huesudo esqueleto. Por si todo eso fuera poco, no encontraban motivos para que no sacase un buen tesoro de la tierra.

—No sé si conseguirás trescientos mil dólares —le dijeron una mañana durante el desayuno, antes de irse a trabajar—, pero ¿qué te parecerían cien mil, Viejo Héroe? Eso es lo que creemos que vale cada concesión, la hemos localizado y clavado tus anuncios de ubicación.

—Bueno, amigos —respondió el viejo Tarwater—, os lo agradezco en el alma y os aseguro que cien mil me vendrían bien, muy bien, para empezar. Por eso no pienso parar hasta que saque trescientos mil. Para eso he venido a este país.

Se rieron, aplaudieron su ambición y acordaron buscarle un arroyo más rico. Y Viejo Héroe afirmó que, cuando llegara la primavera y él se encontrara más ágil, saldría a investigar por su

cuenta.

—Por lo que sabemos —dijo, señalando una ladera al otro lado del arroyo—, el musgo oculto tras aquella nieve podría haber echado raíces entre pepitas de oro.

No dijo más, pero a medida que el sol ascendía en el cielo y los días eran más largos y cálidos, miraba a menudo hacia el otro lado del arroyo, a un banco formado en e] medio de la ladera. Un día, ya con el deshielo en marcha, cruzó el arroyo y subió hasta el banco. Las zonas de terreno al descubierto ya se habían descongelado varios centímetros. Se agachó en una de esas zonas, agarró un manojo de musgo con sus manos de dedos nudosos y lo arrancó de raíz. El sol hizo brillar un amarillo apagado. Agitó el puñado de musgo y unas pepitas gruesas como gravilla cayeron al suelo. Era el Vellocino de Oro preparado para la esquila.

En los anales de Alaska se recuerda la estampida del verano de 1898, desde Fort Yukon a las excavaciones de Tarwater Hill. Y cuando Tarwater vendió sus propiedades al grupo Bowdie por medio millón de dólares y puso rumbo a California, lo hizo a lomos de una mula, por un camino recién abierto, con cómodos albergues hasta el muelle de vapores de Fort Yukón.

Durante la primera comida, ya a bordo del vapor oceánico que zarpaba de St. Michael, lo atendió un camarero de pelo cano, con el rostro estragado por el dolor y el cuerpo retorcido por el escorbuto. El viejo Tarwater tuvo que mirarlo dos veces para asegurarse de que era Charles Crayton.

—Te ha ido mal, ¿eh, hijo? —preguntó Tarwater.

—Mala suerte —se quejó el otro, tras reconocerlo y saludarlo—. Solo yo enfermé de escorbuto. Lo he pasado fatal. Los otros tres siguen trabajando con buena salud, para reunir provisiones con las que explorar el cauce alto del río White este invierno. Anson gana veinticinco dólares al día como carpintero, Liverpool saca veinte talando árboles para el aserradero y Bill *el Grande* recibe cuarenta diarios como aserrador jefe. Yo hice cuanto pude y si no hubiese sido por el escorbuto…

—Claro, hijo, has hecho cuanto has podido, que no sería mucho, ya que tienes un carácter irritable y duro por culpa de tanto hacer negocios. Pero una cosa es cierta: no estás en condiciones de trabajar. Hablaré con el capitán y pagaré tu pasaje en

agradecimiento al viaje que tú me facilitaste a mí, así podrás tumbarte y descansar el resto de la travesía. ¿En qué situación estarás cuando llegues a San Francisco?

Charles Crayton se encogió de hombros.

—Pues escucha —continuó Tarwater—, en el rancho tienes trabajo hasta que puedas poner de nuevo en marcha tus negocios.

—Podría dirigir los tuyos… —empezó a decir Charles con ansia.

—No, señor —lo frenó Tarwater, muy decidido—. Pero habrá hoyos que cavar para los postes, troncos que cortar para hacer leña… y el clima es bueno.

Tarwater llegó a casa como un auténtico abuelo pródigo al que esperaba el ternero cebado. Pero antes de sentarse a la mesa, quiso dar una vuelta por los alrededores. Su descendencia, tanto la de su propia carne como la política, lo acompañó, comiendo exageradamente de aquella mano de dedos nudosos que tenía medio millón para desembolsar. Él iba delante y ninguna de sus opiniones, maliciosamente expresadas, parecía lo bastante absurda o imposible para que quienes lo seguían discreparan. Se detuvo junto al molino en ruinas que había construido con los árboles de la zona y sonrió mientras observaba la extensión del valle Tarwater y, a lo lejos, la lejana cima del monte Tarwater, propiedades que volvían a ser suyas.

Se le ocurrió una idea que le obligó a desviar el rostro y sonarse la nariz para ocultar el brillo de sus ojos. Aún rodeado de toda la familia, avanzó a zancadas hacia el destartalado establo. Recogió un palo que llevaba mucho tiempo en el suelo.

—William —dijo—, ¿recuerdas la conversación que mantuvimos antes de que me fuese al Klondike? Claro que te acuerdas, William. Me dijiste que estaba loco. Y yo te dije que mi padre me habría dado una buena paliza con un palo si le hubiese hablado así.

—Ah, pero solo era una broma —quiso ganar tiempo William.

William era un hombre canoso de cuarenta y cinco años y su esposa e hijos mayores se encontraban entre el grupo, observando con curiosidad cómo el abuelo Tarwater se quitaba la chaqueta y se la entregaba a Mary.

—William, ven aquí —ordenó, categórico.

William fue, aunque de mala gana.

—Esto es solo una muestra, William, hijo, de lo que mi padre me

hacía muy a menudo —canturreó el viejo Tarwater mientras daba con el palo en los hombros y la espalda de su hijo—. Fíjate que no te pego en la cabeza. Mi padre tenía un carácter tremendo y no perdonaba la cabeza cuando daba palizas. ¡No muevas los codos de esa forma! Podría rompértelos sin querer. Dime una cosa, William, hijo, ¿sigues pensando que estoy loco?

—¡No! —gritó William, dolorido, mientras saltaba de un lado a otro—. ¡No está usted loco, padre! ¡Claro que no está loco!

—Tú lo has dicho —observó el viejo Tarwater en tono sentencioso, mientras arrojaba el palo y empezaba a ponerse la chaqueta—. Ahora vamos a comer.

[1916]

La princesa

EN EL CAMPAMENTO, una hoguera ardía alegremente, junto a la que se

repantingaba un hombre que parecía feliz, aunque su aspecto era espantoso. Aquel era un campamento de vagabundos, situado en una estrecha franja de bosque que se extendía entre el terraplén de la vía férrea y la orilla de un río. Pero aquel hombre no era un vagabundo. Tanto se había hundido en el abismo social que un vagabundo de verdad no se sentaría a su lado junto a la hoguera. Un gato callejero —es decir, un recién llegado al camino y, por lo tanto, un ignorante— se sentaría con tipos como él, pero solo hasta que aprendiese lo bastante. Incluso los obreros nómadas y los borrachuzos de la peor estofa, tras un vistazo, habrían pasado de largo. Un auténtico vagabundo, un par de gamberros o un puñado de niños de la calle habrían buscado unas monedas perdidas entre sus harapos para luego echarlo a patadas a la oscuridad. Hasta los que beben alcohol de farmacia se habrían considerado muy superiores a él.

Y es que aquel hombre era un híbrido del mundo de los indigentes, un bebedor de alcohol de farmacia que degenera en borrachuzo, con tan poca dignidad que nunca se enfurece y con tan poco orgullo que es capaz de comer directamente del cubo de la basura. Podría tener sesenta años, aunque también podría tener noventa. Incluso un trapero desecharía su ropa. Junto a él, un hatillo abierto compuesto por un abrigo harapiento y que contenía una lata de tomates vacía y ennegrecida por el humo, otra lata de leche condensada vacía y golpeada, un poco de carne para perros medio envuelta en papel de estraza y que, evidentemente, le habrían dado en alguna carnicería tras mucho pedirla, una zanahoria pisada por la rueda de una carreta, tres patatas putrefactas y mohosas, y un bollo de azúcar con un mordisco, que había sido rescatado de la cuneta, como indicaban la suciedad y las partículas que tenía incrustadas.

Unas patillas y un bigote prodigiosos, de un gris sucio y sin arreglar durante años, brotaban en su rostro. Tan hirsuta mata tendría que haber sido blanca, pero era verano y hacía tiempo que no recibía un chaparrón. Lo que quedaba visible del rostro daba la impresión de que, en algún momento, había recibido el impacto de una granada de mano. La nariz tenía tantas malformaciones, debido a las muchas roturas mal curadas, que no había puente y uno de sus orificios, del tamaño de un guisante, se abría hacia abajo, y el otro,

del tamaño de un huevo de petirrojo, se ladeaba hacia arriba y miraba al cielo. Un ojo, de tamaño normal, medio nublado y empañado, parecía a punto de salirse de la órbita y lloraba continua y copiosamente, como ocurre en la senilidad. El otro ojo, algo más grande que el de una ardilla e igual de brillante, se giraba hacia arriba en oblicuo, hacia la peluda cicatriz de la ceja, con el hueso aplastado. Y solo tenía un brazo.

Pero parecía feliz. A su cara asomó un gesto de placer sensual mientras, apáticamente, se rascaba las costillas con su única mano. Manoseó sus restos de comida, se lo pensó y, del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo una botella de farmacia de trescientos mililitros. La botella estaba llena de un líquido incoloro, cuya imagen hizo que el ojo pequeño brillase aún más y que se agilizasen sus movimientos. Cogió la lata de tomate, se puso en pie, recorrió el corto sendero hasta el río y regresó con la lata llena de un agua que no tenía buen aspecto. En la lata de leche condensada mezcló una parte de agua con dos partes del líquido de la botella. Ese fluido incoloro era alcohol de farmacia, el que en la jerga de los vagabundos se conoce como «bebercio».

Unas pisadas lentas que descendían el terraplén lo alarmaron antes de que pudiera beber. Situó la lata con cuidado sobre la tierra, entre las piernas, la tapó con el sombrero y esperó con ansia la inminente amenaza.

De la oscuridad surgió un hombre tan sucio y harapiento como él. El recién llegado, que podía tener cincuenta o sesenta años, estaba grotescamente gordo. Su bulbosa nariz tenía el tamaño y la forma de un nabo. Los párpados estaban hinchados y sus ojos azules sobresalían, en plena competencia con los párpados. Las costuras de su ropa se habían abierto en muchos puntos para dejar paso al abultamiento del cuerpo. Las pantorrillas se extendían hasta los pies, porque los laterales elásticos de las botas estaban rotos y la grasa rebosaba por encima de ellos. Solo tenía un brazo, de cuyo hombro colgaba un hatillo andrajoso que en su exterior llevaba pegado el barro seco del último lugar en el que se había echado a dormir. Avanzó con precaución, se aseguró de que el hombre junto a la hoguera era inofensivo y se unió a él.

—Hola, abuelo —saludó el recién llegado y luego se detuvo para observar el orificio nasal, hinchado y que miraba al cielo, del otro

—. Oye, Patillas, ¿cómo consigues que no se te meta el rocío de la noche en esa nariz que tienes?

Patillas gruñó una incoherencia y escupió al fuego para indicar que no le había gustado la pregunta.

—Por el amor de Mike —se rio el gordo—, si te pilla un chaparrón sin paraguas, te ahogas seguro, ¿no?

—Cierra el pico, Gordito, cierra el pico —murmuró Patillas con aire de cansancio—. Eso ya está muy gastado. Hasta los tontos me lo dicen.

—Aunque espero que puedas beber igual —dijo Gordito en tono conciliador, mientras con su única mano desataba hábilmente los nudos que cerraban su hatillo.

Del interior sacó una botella de trescientos mililitros de bebercio. Unas pisadas procedentes del terraplén lo alarmaron y ocultó la botella bajo su sombrero, sobre el suelo, entre las piernas.

Pero quien llegaba no solo era como ellos, sino que además tan solo tenía un brazo. Su aspecto resultaba tan intimidante que los saludos no fueron más que gruñidos. De huesos enormes, alto, delgado hasta parecer un esqueleto, el rostro como la cabeza sucia de un muerto, era la repulsiva imagen de la pesadilla de la vejez concebida por Doré. La boca sin dientes y de labios finos era un tajo cruel y amargo bajo una nariz grande y curvada que casi rozaba la barbilla y que parecía el pico de un buitre. Su única mano, delgada y retorcida, era una garra. Los ojos grises, pequeños y brillantes, impasibles y de mirada fija, resultaban desagradables como la muerte, tan desoladores como el cero absoluto e igual de despiadados. Su presencia producía escalofríos y Patillas y Gordito se acercaron el uno al otro instintivamente en busca de protección contra la misteriosa amenaza que presentían. En cuanto tuvo oportunidad y en secreto, Patillas arrimó junto a su mano un pedazo de piedra de más de un kilo por si necesitaba defenderse. Gordito hizo lo mismo.

Ambos permanecieron sentados, lamiéndose los labios, sintiéndose culpables y abochornados, mientras los ojos impasibles del espantoso miraban fijamente, primero a uno, luego al otro y, por último, a los pedazos de piedra que los dos habían preparado.

—¡Ja! —se burló el espantoso, tan amenazante que Patillas y Gordito, sin ser conscientes, agarraron con más fuerza sus armas de

hombre de las cavernas.

—¡Ja! —repitió el otro, metiendo su única garra en el bolsillo de su chaqueta con rapidez y determinación—. Pues sí que ibais a tener posibilidades contra mí, vagos de poca monta.

La garra salió agarrando un aro de hierro de casi tres kilos, listo para ser usado.

—No buscamos problemas, Flaco —dijo Gordito con voz temblorosa.

—¿Quién demonios eres tú para llamarme Flaco? —fue la respuesta rugida.

—¿Yo? Soy Gordito y, como nunca te había visto antes…

—Y supongo que ese de ahí se llamará Patillas, el del ojo alegre y juguetón que se gira hacia la ceja y esa nariz que es un pecado en plena jeta.

—Me vale, me vale —murmuró incómodo Patillas—. Tanto vale un apodo como otro. Eso he descubierto a mi edad. Además, todo el mundo me llama así. Y me dice que necesito paraguas cuando llueve para no ahogarme y todo lo demás.

—Yo no estoy acostumbrado a la compañía. No me gusta —gruñó el Flaco—. Así que, si queréis quedaros, andaros con ojo. Solo eso, andaros con ojo.

Sacó una colilla de puro del bolsillo, evidentemente rescatada de la cuneta, y se dispuso a metérsela en la boca para masticarla. Pero cambió de idea, lanzó una mirada salvaje a sus compañeros y desenrolló su hatillo. En su mano apareció una botella de alcohol de farmacia.

—Vaya —gruñó—, parece que tendré que invitaros, par de gandules, aunque no tengo bastante para emborracharme por completo.

Un parpadeo de luz casi suavizó su expresión e iluminó su rostro demacrado mientras veía a los otros alzar sus sombreros orgullosamente y dejar a la vista sus propias provisiones.

—Aquí hay agua para mezclar —dijo Patillas, ofreciendo su lata de tomate con agua sucia—. Hay corrales de ganado río arriba —añadió a modo de disculpa—. Pero dicen…

—¡Ja! —interrumpió Flaco, mezclando su bebida—. He bebido cosas peores que el agua de los corrales.

Sin embargo, cuando todo estuvo dispuesto, con las latas de

bebercio en sus únicas manos, las tres criaturas que habían sido hombres dudaron, como si los dominase la costumbre, y luego se avergonzaron, como si se hubieran desenmascarado a sí mismos.

Patillas fue el primero en echarle cara.

—Yo he bebido en muchas reuniones de primera —se jactó.

—Con peltre —se burló Flaco.

—Con plata —corrigió Patillas.

Flaco clavó su ojo interrogante en Gordito.

Gordito asintió.

—En la mesa de segundones —dijo Flaco.

—En la mesa principal —enmendó Gordito—. Nací en buena cuna y nunca he viajado en segunda. En primera o en tercera, pero no me van los términos medios.

—¿Y tú? —preguntó Patillas a Flaco.

—He brindado por la reina, que Dios la bendiga —respondió Flaco, muy solemne, sin gruñir ni burlarse.

—¿En la cocina? —insinuó Gordito.

Flaco echó mano de su aro de hierro al tiempo que Patillas y Gordito cogían sus piedras.

—No nos sulfuremos —dijo Gordito, dejando su arma—. No somos escoria. Somos caballeros. Bebamos como caballeros.

—Que sea una reunión como es debido —aprobó Patillas.

—Emborrachémonos —convino Flaco—. Hemos trasegado destilerías enteras desde nuestra época de caballeros, pero olvidemos el largo camino que hemos recorrido desde entonces y bebamos a la moda de cuando éramos jóvenes, según la que los caballeros se iban a la cama justo antes de caer redondos.

—Es lo que hizo mi padre… lo que hacía mi padre —se corrigió Gordito, mientras los recuerdos despertaban en su cerebro el uso correcto de formas y lenguaje.

Los otros dos asintieron para indicar que descendían de padres como el de él y alzaron sus latas de alcohol.

Cuando cada uno había terminado su propia botella y sacado una segunda de entre sus harapos, sus ánimos se habían sosegado e irradiaban felicidad, aunque no habían confesado sus verdaderos nombres. Pero su forma de hablar había mejorado. Se expresaban con corrección y el argot de los vagabundos ya no salía de sus labios.

—Es debido a mi constitución —se explicaba Patillas—. Muy pocos hombres han pasado por lo que he pasado yo y vivido para contarlo. Aunque nunca me he cuidado. Si fuese verdad lo que dicen los moralistas y los psicólogos, habría muerto hace mucho. Lo mismo ocurre con vosotros. Aquí estamos, a nuestra avanzada edad, de parranda como muchos jóvenes no osan hacer, durmiendo al aire libre sobre el suelo, sin refugiarnos del frío, la lluvia o la tormenta, sin miedo a la neumonía o el reumatismo que enviarían a la mitad de los jóvenes al hospital.

Se interrumpió para mezclar otra bebida y Gordito tomó la palabra.

—Nos hemos divertido lo nuestro —alardeó—. Y hablando de amores y demás —dijo y pasó a copiar a Kipling—, hemos sido granujas y rondado mucho…

—En nuestros tiempos —completó Flaco la cita.

—Eso mismo, eso mismo —confirmó Gordito—. Y nos han amado princesas… al menos a mí.

—Entonces, cuéntanoslo —instó Patillas—. Queda mucha noche por delante, ¿por qué no dedicarla a recordar los tiempos pasados bajo el techo de un rey?

Sin necesidad de que los otros insistieran, Gordito se aclaró la garganta para el recital y buscó la mejor forma de empezar.

—Debéis saber que procedo de buena familia. Digamos que Percival Delaney, sí, llamémoslo así, Percival Delaney, fue conocido en Oxford en su época, no por su erudición, eso lo admito, aunque los jóvenes alegres de entonces, si queda alguno vivo, lo recordarán.

—Los míos llegaron con Guillermo el Conquistador —interrumpió Patillas, tendiéndole la mano a Gordito a modo de presentación.

—¿Y te llamas? —preguntó Gordito—. Porque creo que no lo he oído aún.

—Delarouse, Chauncey Delarouse. Ese nombre servirá tanto como cualquier otro.

Ambos completaron el apretón de manos y miraron a Flaco.

—Bueno, ya que estamos… —lo animó Gordito.

—Bruce Cadogan Cavendish —gruñó Flaco de mal humor—. Continúa, Percival, con tus princesas y tus estancias bajo techos reales.

—De joven fui un diablillo —obedeció Percival—. Despilfarré el dinero en casa y luego por el mundo adelante. Además, antes de perder la línea, era digno de ver. Jugaba al polo, corría carreras de obstáculos, boxeaba, y practicaba lucha libre y natación. En Australia gané medallas en las competiciones de salto ecuestre y logré unos cuantos récords de natación, desde los cuatrocientos metros en adelante. Las mujeres volvían la cabeza para mirarme cuando pasaba. ¡Las mujeres! ¡Benditas sean!

Y Gordito, alias Percival Delaney, personaje grotesco de la humanidad, se llevó la gruesa mano a los labios fruncidos y lanzó un beso audible a la estrellada bóveda celeste.

—¡Y la princesa! —continuó con otro beso a las estrellas—. Tenía tan buena figura como yo, era igual de animada y valiente, temeraria y traviesa. Dios mío, en el agua era una sirena, una diosa marina. Y en cuanto a genealogía, a su lado yo era un advenedizo. Su linaje real se remontaba a la noche de los tiempos.

»No era hija de un pueblo de piel clara. Tenía la piel de un tono dorado, tostado, los ojos ámbar oscuro y el cabello, que le llegaba hasta las rodillas, era liso y de un negro azulado, con esa leve tendencia a ondularse que aporta encanto al cabello femenino. Pero en él no había rizos, como no los había en toda su genealogía. Porque era polinesia, una polinesia de linaje real, de piel doraba y lustrosa, encantadora y adorable.

Volvió a interrumpirse a fin de besar su mano en recuerdo de ella y Flaco, alias Bruce Cadogan Cavendish, aprovechó para comentar:

—¡Ja! Puede que no brillaras en cuanto a erudición, pero al menos tu vocabulario resulta propio de Oxford.

—Y en los mares del Sur aprendí un vocabulario aún mejor, extraído del léxico del Amor —rápidamente salió al quite Percival.

—Fue en la isla de Talofa —continuó—, que significa amor, la Isla del Amor, y era la isla de ella. Su padre, el rey, era un anciano que se sentaba en sus esterillas con las rodillas paralizadas y se pasaba el día y parte de la noche bebiendo ginebra de la mala por dolor, por puro dolor. Ella, mi princesa, era su única hija, porque sus hermanos se habían perdido a bordo de su canoa doble en pleno huracán, al volver de un viaje a Samoa. Y entre los polinesios, las mujeres tienen el mismo derecho a gobernar que los hombres.

A eso, tanto Chauncey Delarouse como Bruce Cadogan Cavendish asintieron con la cabeza.

—Ah —dijo Percival—, percibo que ambos sabéis de los mares del Sur, por lo tanto, sin más palabrería innecesaria por mi parte, estoy seguro de que apreciaréis el encanto de mi princesa, la princesa Tui-nui de Talofa, la princesa de la Isla del Amor.

Se dio un beso en la mano, dedicado a ella, bebió un buen sorbo del alcohol de farmacia que llenaba su lata de leche condensada y volvió a dedicarle un beso.

—Pero era tímida, por lo que revoloteaba cerca de mí, aunque nunca lo bastante. Cuando extendía el brazo para rodearla con él, desaparecía de inmediato. Conocí, como nunca he vuelto a conocer, las mil angustias, preciadas y deliciosas, del amor frustrado y resistente, atraído por la diosa del amor en persona.

—Vaya vocabulario —murmuró Bruce Cadogan Cavendish en un aparte a Chauncey Delarouse. Pero ya no había quien detuviese a Percival Delaney. Besó su mano hinchada en dirección a la noche y continuó sin reservas.

—Mi querida princesa no me evitó ninguna ingenua agonía de gozo, porque ella misma era una atrayente delicia de promesa que mariposeaba lejos de mi alcance. Me hizo pasar por todo cuanto dulce infierno Dante no logró imaginar. ¡Ah, esas noches tropicales! Esas embelesadoras noches tropicales bajo nuestras palmeras, cuando el lejano oleaje no era más que un murmullo lánguido, como si procediera de alguna caracola de mar gigantesca y misteriosa, cuando ella, mi princesa, estaba a punto de fundirse a mi deseo y con su risa, que era como el sonido de unas cuerdas de plata rozadas por las flores más delicadas, conseguía que mi fogosidad de enamorado me volviese casi loco.

»La primera vez que mostró interés hacia mí fue cuando luché con el campeón de Talofa. La hice despertar con mis proezas en natación. Y gracias a cierta hazaña natatoria recibí de ella mucho más que unas sonrisas de coquetería y gestos tímidos de retirada fingida.

»Aquel día pescábamos pulpos en el arrecife, seguro que ya sabéis cómo se hace. Buceábamos en picado, descendiendo la pared del arrecife cinco brazas, diez brazas, cualquier profundidad razonable, e introducíamos los palos para pescar pulpos en

cualquier agujero o rendija del coral que pudiera ser la guarida de algún pulpo. El palo era romo en ambos extremos, de unos treinta centímetros de largo, y se sujetaba en diagonal. El truco consistía en molestar con él al pulpo, hasta que rodeaba con sus tentáculos puño, palo y brazo. Entonces ya lo tenías en tu poder, salías a la superficie con él y le dabas un mordisco en la cabeza, que se encuentra en el centro, y lo lanzabas al interior de la canoa que aguardaba. ¡Pensar que yo solía hacer eso!

Percival Delaney se detuvo un momento, con un resquicio de admiración en su orondo rostro, mientras contemplaba la potente imagen de su juventud.

—He llegado a sacar un pulpo cuyos tentáculos medían dos metros y medio, y a más de quince metros de profundidad. Aguantaba cuatro minutos sumergido. He descendido hasta treinta y cinco metros, agarrado a una roca de coral a fin de bajar más rápido, para liberar un ancla enredada. Y era capaz de hacer piruetas en el aire y caer de pie desde veinticinco metros de altura.

—Déjalo, bórralo, olvídalo —lo reprendió irritado Chauncey Delarouse—. Háblanos de la princesa. Eso es lo que nos revive. Casi puedo verla. ¿Tan maravillosa era?

Percival Delaney confirmó cuánto sin hablar, por medio de sus besos.

—He dicho que era una sirena. Lo era. Sé que nadó durante treinta y seis horas antes de ser rescatada después de que su goleta volcase en medio de una tempestad. La he visto bajar a treinta metros y ascender con una concha perlífera en cada mano. Era maravillosa. Como mujer, resultaba deslumbrante, sublime. He dicho que era una diosa marina. Lo era. ¡Oh, si un Fidias o un Praxiteles hubiese inmortalizado el milagro de su cuerpo!

»Ese día, pescando pulpos en el arrecife, me sentía casi enfermo de amor por ella. Loco, sé que estaba loco por ella. Nos deslizamos por la borda de la gran canoa y nos sumergimos, uno junto al otro, en las deliciosas profundidades frescas y llenas de color y, mientras nadábamos, ella me miraba y con sus ojos me atormentaba y me hacía enloquecer aún más. Por fin, ya muy abajo, perdí la cabeza y quise tocarla. Me eludió como una sirena y vi la risa en su rostro mientras huía. Huyó hacia abajo y supe que ya era mía, porque yo me encontraba entre ella y la superficie. Pero, con su palo para

pescar pulpos, agitó el fondo arenoso del arrecife, que era el truco empleado para escapar de un tiburón. Aunque lo hizo para librarse de mí y enturbió el agua hasta que dejé de verla. Cuando empecé a ascender, ella lo había hecho antes que yo y se reía, agarrada a la borda de la canoa.

»Estuve a punto de enfadarme. Pero no por nada era ella una princesa. Posó su mano en mi brazo y me ordenó que la escuchara. Dijo que íbamos a jugar, a competir para ver quién conseguía más pulpos, el pulpo más grande y el pulpo más pequeño. Como lo que nos apostábamos eran besos, ya os podéis imaginar que me sumergí con el alma ardiendo de pasión.

»No pesqué pulpos. Nunca más en mi vida volví a sumergirme para pescar pulpos. Estaríamos a unas cinco brazas de profundidad, explorando la superficie de la pared del arrecife en busca de lugares donde pudiesen ocultarse nuestras presas, cuando ocurrió. Acababa de encontrar un posible refugio y de comprobar que estaba vacío y en ese instante sentí, o presentí, la proximidad de algo hostil. Me giré. Allí estaba, junto a mí, y no era un simple tiburón. Medía casi cuatro metros de largo y tenía ese ojo inconfundible y fosforescente que destella como una estrella bajo el agua, por lo que supe que se trataba de un tiburón tigre.

»La princesa se encontraba a menos de tres metros a la derecha, tanteando las grietas entre el coral con su palo y el tiburón tigre se dirigía directamente hacia ella. En mi cabeza se formó una única idea: había que distraer al devorador de hombres sin importar cómo. Y yo era un hombre locamente enamorado, dispuesto a luchar y morir, o a luchar y vivir, por su amada. No olvidéis que era maravillosa y yo ardía de pasión por ella.

»Consciente del peligro de mis actos, clavé el extremo romo del palo para pescar pulpos en el lateral del escualo, como quien llama la atención de un conocido que pasa a su lado con un leve golpe del pulgar en las costillas. Y el devorador de hombres se giró hacia mí. Conocéis los mares del Sur y sabéis que el tiburón tigre, como el grizzly osado de Alaska, nunca cede el paso. Dio comienzo el combate a varias brazas de profundidad, si es que puede llamarse combate una lucha tan poco equilibrada.

»La princesa, sin enterarse de nada, atrapó el pulpo y ascendió a la superficie. El devorador de hombres arremetió contra mí. Lo

rechacé poniendo ambas manos sobre el morro, por encima de su boca abierta y repleta de dientes, de modo que me empujó contra los afilados corales. Aún tengo las cicatrices. Cuando intentaba ascender, él me atacaba, pero yo no podía permanecer abajo indefinidamente, sin aire. Cada vez que arremetía contra mí, lo rechazaba con las manos sobre el morro. Podría haber escapado ileso si mi mano derecha no hubiese resbalado. Entró en su boca hasta el codo. Cerró las mandíbulas justo por debajo del codo. Ya sabéis cómo son los dientes de un tiburón. Cuando muerden, se quedan clavados y no se pueden soltar. Deben morder hasta el final y completar el bocado, pero no son capaces de atravesar el hueso. De manera que, desde debajo del codo, dejó el hueso limpio hasta la articulación de la muñeca, donde sus dientes se encontraron por fin y mi mano derecha se convirtió en su aperitivo.

»Mientras lo hacía, hundí el pulgar de mi mano izquierda a fondo en el orificio del ojo y se lo salté. Eso no lo detuvo. La carne lo había enloquecido. Persiguió el muñón que chorreaba sangre de mi muñeca. Lo rechacé media docena de veces con el brazo intacto. Luego volvió a enganchar el brazo mutilado y mordió y limpió la carne del hueso desde el hombro hasta la articulación del codo, donde pudo volver a completar el bocado y se llevó un segundo pedazo. Pero al mismo tiempo, con el brazo bueno, le saqué el otro ojo.

Percival Delaney se encogió de hombros antes de terminar.

—Desde arriba, los que estaban en la canoa y presenciaron lo ocurrido alabaron mi hazaña. Aún hoy siguen cantado la canción escrita sobre mí y lo que hice. Y la princesa… —hizo una pausa breve pero significativa—. La princesa se casó conmigo… Bueno, el infortunio, la desgracia, las vueltas que da la vida con el paso del tiempo, el sentido anárquico de la suerte, la ascensión de la gente tosca y el declive de la refinada, una cañonera francesa, la conquista de una isla-reino de Oceanía que hoy gobierna un gendarme colonial iletrado y de origen campesino, y…

Completó la frase y la historia enterrando su rostro en el borde inclinado de la lata de leche condensada y tragando la corrosiva bebida a sorbos sedientos.

Tras una pausa, Chauncey Delarouse, también llamado Patillas, se encargó de contar su historia.

—Nada más lejos de mi intención que presumir de la cuna de la cual desciendo mientras me siento junto a la hoguera con quienes me una el azar. Sin embargo, debo decir que yo también fui un hombre bastante interesante. Añadiré que fueron los caballos, además de unos padres demasiado indulgentes, los que me obligaron a exilarme mundo adelante. Aún me gustaría poder preguntar: ¿Siguen siendo blancos los acantilados de Dover?

—¡Ja! —se burló Bruce Cadogan Cavendish—. Lo próximo que preguntarás será: ¿Y cómo le va al anciano Lord Protector de la Alianza de los Cinco Puertos?

—Me tomé todas las libertades, aunque en vano, con una constitución como la mía, de hierro —se apresuró a continuar Patillas—. Aquí estoy, con setenta años a la espalda, y en el largo camino recorrido he enterrado unos cuantos jóvenes tan excepcionales e inquietos como yo, pero que no soportaron el ritmo. Conocí lo peor cuando era demasiado joven. Y ahora conozco lo peor cuando soy demasiado viejo. Pero hubo un tiempo, aunque duró muy poco, en el que conocí lo mejor.

»Yo también beso mi mano por la princesa de mi corazón. Era una princesa de verdad, polinesia, que vivía a más de mil millas náuticas hacia el este y el sur de la Isla del Amor de Delaney. Los nativos de esa zona de los mares del Sur la llamaban Isla Feliz. El nombre en la lengua de quienes allí habitaban se traduce como Isla de la Risa Serena. En las cartas marinas encontraréis el nombre equivocado que le dieron los viejos navegantes: Manatomana. La nobleza del mar que recorre los océanos del mundo la llamó Edén sin Adán. Y los misioneros la bautizaron durante un tiempo como Testigo de Dios, tanto éxito tuvieron al convertir a sus habitantes. En cuanto a mí, era y siempre será, el Paraíso.

»Era mi paraíso, porque allí moraba mi princesa. El rey era John Asibeli Tungi. Nativo de pura cepa, descendía del linaje más antiguo y elevado, originado en Manua, hogar primigenio de su raza. También lo llamaban John el apóstata. Disfrutó de una larga vida y apostató con frecuencia. Primero lo convirtieron los católicos y se deshizo de los ídolos, violó los tabúes, expulsó a los sacerdotes nativos, ejecutó a varios de los más recalcitrantes y obligó a todos sus súbditos a ir a misa.

»Luego cayó en manos de los comerciantes, quienes despertaron

en él una enorme sed de champán, y envió a los sacerdotes católicos a Nueva Zelanda. La gran mayoría de sus súbditos seguían su ejemplo y, al no contar con religión alguna, surgió una época de gran libertinaje, cuando todos los misioneros de los mares del Sur, en sus sermones, llamaban Babilonia a la isla.

»Pero el exceso de champán de los comerciantes acabó por provocarle indigestión y, tras unos años, aceptó el Evangelio según los metodistas, envió a su gente a misa, limpió la playa y el grupo de los comerciantes hasta el punto de no permitirles ni fumar una pipa en la calle el domingo, y a uno de los principales comerciantes lo multó con cien soberanos de oro por fregar las cubiertas de su goleta la mañana del domingo.

»Esa fue la época de las leyes que regulaban las actividades de los domingos, pero tal vez resultasen demasiado rigurosas para el rey John. Un buen día, expulsó a los metodistas, envió al exilio de Samoa a varios cientos de sus súbditos por continuar fieles al metodismo e inventó una religión propia, en la que él era la figura a la que adorar. A eso lo ayudó y fue su cómplice un renegado fiyiano. Esa etapa duró cinco años. Puede que se cansara de ser dios o puede que se debiera a que el fiyiano se esfumó con las seis mil libras del tesoro real, pero en cualquier caso lo atrapó la Segunda Iglesia Reformada Wesleyana y todo su reino se volvió wesleyano. Nombró primer ministro al primer misionero wesleyano y lo que hizo con los comerciantes sirvió de advertencia. Al final, los comerciantes incluyeron al reino del rey John en la lista negra y lo boicotearon hasta que sus ingresos desaparecieron por completo, la gente se arruinó y el rey John no pudo pedir prestado un mísero chelín ni al más poderoso de sus jefes.

»Para entonces empezaba a envejecer y se había vuelto filosófico, tolerante y espiritualmente atávico. Expulsó a los de la Segunda Iglesia Reformada Wesleyana, mandó volver a los exilados en Samoa, invitó a los comerciantes, celebró un ágape general, soltó la liebre y proclamó la libertad religiosa y una subida de tarifas. En cuanto a él, recuperó la religión de sus ancestros, desenterró los ídolos, restituyó en su puesto a unos pocos y octogenarios sacerdotes y respetó los tabúes. Todo lo cual benefició a los comerciantes y reinó la prosperidad. Claro que la mayoría de sus súbditos regresaron con él a su religión pagana, aunque un puñado

de católicos, metodistas y wesleyanos permanecieron fieles a sus creencias y lograron mantener unas pocas iglesias escuálidas e insignificantes. Pero al rey John no le importó, como tampoco le importaba lo que hicieran los comerciantes en la playa. Todo marchaba bien si recibía el dinero de los impuestos. Incluso cuando su esposa, la reina Mamare, decidió hacerse baptista e invitó a vivir allí a un misionero baptista pequeño y arrugado, de buen carácter y pies deformes, el rey John no puso pegas. Solo insistió en que todas las religiones debían autofinanciarse y sobrevivir sin un solo penique salido de los cofres reales.

»Y ahora mi perorata se centra en el modelo de exquisitez femenina: mi princesa.

Patillas hizo una pausa, depositó con cuidado sobre el suelo la lata de leche condensada medio vacía con la que había estado jugando sin darse cuenta y besó los dedos de su única mano de forma claramente audible.

—Era hija de la reina Mamare. Era una maravilla de mujer. A diferencia del tipo de mujer polinesia, resultaba casi etérea. Era etérea, sublimada por la pureza, tímida y recatada como una violeta, delgada y frágil como un lirio y sus ojos, luminosos y tiernos, eran como asfódelos en los prados celestiales. Era una flor, era fuego y era rocío. Tenía la dulzura de la rosa de montaña y la delicadeza de una paloma. Poseía tanta bondad como belleza, se mostraba devota de la religión materna, la que había introducido Ebenezer Naismith, el misionero baptista. Pero no os engañéis: no era una simple alma dulce y preparada para entrar en el seno de Abraham. Era una mujer exquisitamente divina. Era mujer, una mujer, desde el primer hasta el último átomo sensible y trémulo que la conformaba.

»¿Y yo? Holgazaneaba en la playa. No había nadie más desenfrenado que yo en aquel grupo de comerciantes desenfrenados y entusiastas. Se decía que jugaba al póquer con más dureza que nadie. Era el único hombre vivo, blanco, moreno o negro, que osaba cruzar el paso Kuni-kuni de noche. Incluso lo crucé en una noche muy negra y en plena tormenta. En cualquier caso, tenía mala fama en una playa en la que nadie la tenía buena. Era temerario, peligroso y no me detenía ante ninguna pelea o fiesta. Los capitanes de las goletas mercantes solían traer prodigios de la bebida de los

peores tugurios de la Polinesia con la intención de que me ganaran bebiendo. Recuerdo a uno de ellos, un escocés calcinado que llegó de las Nuevas Hébridas. Qué forma de beber. Murió de la borrachera, lo llevamos a bordo, lo metimos en un barril de whisky del malo y lo enviamos a su casa. Es un ejemplo, uno solo ejemplo, de las excentricidades que hacíamos en la playa de Manatomana.

»Y de todas las cosas impensables, ¿qué se me ocurrió hacer un buen día? Mirar a la princesa, pensar que era maravillosa y enamorarme de ella. Fue un amor de verdad. Estaba como una cabra y después de eso enloquecí aún más. Me reformé. ¡Quién lo diría! ¡Lo que es capaz de hacer una mujer con un hombre errante y fuerte! Os juro que es verdad. Me reformé. Fui a misa. Escuchadme bien: me convertí. Confesé mi alma ante Dios y conseguí apartar mis puños, por entonces tenía dos, de los procaces hombres de la playa, cuando se reían de mi última excentricidad y me preguntaban qué estaba tramando.

»Os aseguro que me reformé y me entregué con gran pasión y sinceridad a una experiencia religiosa que, desde entonces, me ha vuelto tolerante con todas las religiones. Despedí a mi mejor capitán por inmoral. Lo mismo hice con mi cocinero, aunque no había otro como él en Manatomana. Por igual motivo me libré de mi secretario. Por primera vez en la historia del comercio, mis goletas que iban hacia el oeste llevaron biblias entre sus existencias. Construí un pequeño bungaló de anacoreta en la parte alta de la población, en una calle bordeaba de mangos, justo al lado de la casita que ocupaba Ebenezer Naismith. Me convertí en su amigo y colega y descubrí que estaba lleno de dulzura y bondad. Era un hombre de los de verdad. Tiempo después moriría como un hombre, lo que me gustaría contaros si la historia no resultase tan larga.

»Fue la princesa, más que el misionero, la responsable de que yo expresase mi fe con obras, sobre todo con esa obra suprema que fue la iglesia nueva, nuestra iglesia, la iglesia de la reina madre.

»Una noche, cuando solo hacía dos semanas que me había convertido, ella me dijo, tras reunirnos para rezar:

»—Nuestra pobre iglesia es tan pequeña que la congregación no puede crecer. Además, tiene goteras. Y el rey John, mi insensible padre, no quiere contribuir ni con un solo penique, aunque tiene un saldo elevado en el tesoro. Y Manatomana no es pobre. Aquí se

gana mucho dinero y se despilfarra. Yo lo sé. Oigo lo que cuentan de cómo se portan en la playa. Hace menos de un mes perdiste más en una noche, jugando a las cartas, de lo que costaría mantener nuestra pobre iglesia durante un año.

»Le dije que tenía razón, pero que eso había ocurrido antes de que viese la luz. (Había tenido una racha infernal de mala suerte.) Le aseguré que desde entonces no había probado el alcohol ni tocado una carta. Le prometí que repararíamos el techo de inmediato y que se encargarían carpinteros cristianos que ella misma escogería entre la congregación. Pero ella solo pensaba en el gran renacimiento que Ebenezer Naismith podría predicar. Era un santa. Y me habló de una iglesia más grande. Me dijo:

»—Tú eres rico. Tienes muchas goletas y factores en islas lejanas y he oído hablar de un gran contrato que has firmado para reclutar mano de obra para las plantaciones alemanas de Upolu. Dicen que, junto con Sweitzer, eres el comerciante más rico de aquí. Me gustaría ver que ese dinero se utiliza para gloria de Dios. Sería un acto noble y yo me enorgullecería de conocer al hombre capaz de realizarlo.

»Le aseguré que Ebenezer Naismith predicaría el renacimiento y que yo construiría una iglesia lo bastante grande para albergarlo.

»—¿Tan grande como la iglesia católica? —me preguntó.

»Se trataba de la catedral en ruinas, levantada en la época en que toda la población se había convertido, por lo que era mucho pedir. Pero yo estaba loco de amor y le dije que construiría una iglesia incluso más grande.

»—Aunque hará falta dinero —le expliqué—. Y reunir dinero lleva tiempo.

»—Tú tienes mucho —dijo ella—. Algunos dicen que tienes más que mi padre, el rey.

»—Tengo más crédito —aclaré—. Pero tú no entiendes de dinero. Para tener crédito hace falta dinero. Así que, con mi dinero y con mi crédito, trabajaré para ganar más dinero y más crédito y así levantaré la iglesia.

»¡Trabajar! Hasta yo mismo estaba sorprendido. Es asombrosa la cantidad de tiempo de la que se dispone cuando se deja de andar de parranda, jugar a las cartas y demás diversiones de la playa. No desperdicié ni un segundo de mi tiempo recién hallado. Más bien

me esforcé en exceso. Hice el trabajo de una docena de hombres. Me convertí en un déspota. Mis capitanes realizaban las travesías más veloces y recibían las primas más elevadas, al igual que mis sobrecargos, quienes se ocupaban de que mis goletas no perdieran el tiempo por el camino. Yo me encargaba de que mis sobrecargos se responsabilizaran de ello.

»Y era bueno, os aseguro que era tan bueno que dolía. Mi conciencia se había expandido de tal forma y estaba tan bien sincronizada que me pesaba sobre los hombros. Incluso repasé mis cuentas y le pagué a Sweitzer cincuenta libras que le había timado tres años antes, en un negocio en Fiyi. Además, le añadí los intereses.

»¡Cómo trabajaba! Planté caña de azúcar. Aquella fue la primera plantación comercial de Manatomana. Llevé mano de obra desde Malaita, que está en las Salomón, hasta que tuve mil doscientos negros plantando caña. Y envié una goleta a Hawái para que me llevase un ingenio azucarero desmontando y un alemán que afirmaba saberlo todo sobre las plantaciones de azúcar. Era verdad y me cobraba trescientos dólares al mes. Yo debía ocuparme del ingenio, que instalé yo mismo, con la ayuda de varios técnicos procedentes de Queensland.

»Claro que tenía un rival. Se llamaba Motomoe. Era el jefe de linaje más importante después del rey John. Nativo de pura cepa, era un hombre atractivo y fornido, que solía mirar con furia para dejar claro lo que no le gustaba. Y a mí me miraba con mucha furia cuando empecé a aparecer por palacio. Investigó mi pasado y se dedicó a hacer circular rumores muy feos sobre mí. Lo peor es que la mayoría eran verdad. Incluso viajó hasta Apia para husmear, ¡como si no pudiera encontrar de sobra en la playa de Manatomana! Se burlaba de mi interés religioso, de mi presencia en las reuniones para rezar y, sobre todo, se reía de mi plantación de azúcar. Me desafiaba continuamente para que pelease con él, pero yo lo evitaba. Me amenazaba y me enteré justo a tiempo de que tenía un plan para acabar conmigo de un golpe en la cabeza. Veréis, quería a la princesa tanto como yo. O eso creía él, porque yo la quería más.

»Ella tocaba el piano. Y yo también, por entonces. Pero no permití que lo supiera después de oírla tocar por primera vez. Estaba convencida de que tocaba maravillosamente, ¡mi querida

niña! Ya sabéis cómo era, ese mecánico un-dos-tres, un-dos-tres que se aprende en los colegios de niñas. Pero os contaré algo más gracioso. A mí su forma de tocar me parecía prodigiosa. Las puertas del cielo se abrían cuando ella tocaba. Aún me veo, agotado y exhausto después del largo día de trabajo, tumbado en las esterillas del porche de palacio y mirándola tocar el piano, perfectamente idiotizado, en pleno éxtasis. Ese convencimiento de que tocaba bien era el único defecto de su deliciosa perfección y aún la amaba más por ello. En cierto modo la ponía a mi alcance de ser humano. Cuando tocaba su un-dos-tres, yo estaba en el séptimo cielo. Se me pasaba el cansancio. La amaba y mi amor por ella era puro como el fuego, puro como mi amor por Dios. Y, ¿sabéis?, mi imaginación de enamorado me hacía pensar constantemente que Dios, en muchos sentidos, debía de parecerse a ella.

»Sí, sí, Bruce Cadogan Cavendish, ríete cuanto quieras, pero te aseguro que lo que he estado describiendo es amor. Eso es. Es amor. Es lo más verdadero y puro, lo mejor que puede pasarle a un hombre. Y sé muy bien de lo que hablo porque a mí me pasó.

Patillas, con el ojo pequeño de ardilla brillando junto a la ceja destrozada como un carbón al rojo vivo brillaría en una emboscada en la jungla, se interrumpió lo bastante para beberse de un trago la bebida que quedaba en su lata de leche condensada y mezclar otra.

—En ese clima —reanudó el relato, secándose la prodigiosa mata de pelo del rostro con el dorso de la mano—, la caña maduraba en dieciséis meses y yo tenía el ingenio de azúcar preparado para molerla. Naturalmente, no maduraba toda a la vez, pero la había plantado de modo que pudiera moler sin descanso durante nueve meses, mientras se plantaba más y los retoños brotaban con rapidez.

»Los primeros días tuve algunos problemas. Si no le pasaba una cosa al ingenio, le pasaba otra. Al cuarto día, Ferguson, mi técnico, tuvo que apagar la máquina varias horas para solucionar sus propios problemas. A mí me preocupaba el alimentador. Tras pedir a los negros (que habían estado introduciendo la caña) que untasen un compuesto de cal en los rodillos para que todo marchase bien, los envié afuera, a ayudar a las cuadrillas que cortaban la caña. De modo que me encontraba solo en aquel lugar en el mismo instante en que Ferguson puso en marcha el ingenio, el mismo instante en

que descubrí lo que les ocurría a los rodillos de alimentación y en el mismo instante en el que entró Motomoe.

»Se quedó allí, con su chaqueta Norfolk, sus polainas de piel de cerdo y demás artículos de moda, riéndose de mí, que estaba cubierto de porquería y grasa hasta las cejas, como un peón caminero. La cal había cubierto de blanco los rodillos y por eso yo acababa de ver lo que iba mal. Los rodillos no estaban uniformes. Un lado molía bien la caña, pero el otro quedaba demasiado abierto. Metí los dedos en ese lado. Los enormes dientes de los rodillos ni siquiera los tocaban. Pero entonces, de repente, sí los tocaron. Mis dedos quedaron atrapados con la fuerza de diez mil demonios, que los atrajo hacia dentro y los hizo papilla. Aunque, como ocurría con las cañas, aquello solo era el principio. No había forma de detener mi avance al interior del ingenio. Ni diez mil caballos hubiesen podido tirar de mí para sacarme de allí. Imposible pararme. Mano, brazo, hombro, cabeza, pecho, hasta los dedos de los pies, mi destino era acabar triturado.

»Dolía. Dolía tanto que no dolía nada. De una forma casi distante, vi cómo el ingenio trituraba mi mano, nudillo a nudillo, articulación a articulación, el dorso de la mano, la muñeca, el antebrazo, todo por orden, introduciéndose en la máquina despacio e inevitablemente. ¡Oh, técnico al que le sale el tiro por la culata! ¡Oh, fabricante de azúcar triturado por su propia trituradora de caña!

»Motomoe se lanzó hacia adelante sin querer y la sonrisa de burla pasó a ser una expresión de interés. Entonces comprendió lo bueno de la situación y se rio. No, no esperaba nada de él. ¿Acaso no había intentado acabar conmigo de un golpe en la cabeza? Además, ¿qué podía hacer? No sabía nada de máquinas.

»Grité a Ferguson con todas mis fuerzas para que apagara el motor, pero el rugido de la maquinaria ahogó mis gritos. Allí estaba yo, triturado hasta el codo y sin dejar de avanzar. Sí, dolía. Sentía unas punzadas asombrosas cuando algún nervio especial quedaba triturado o arrancado de raíz. Pero recuerdo que me sorprendió que no doliese más.

»Motomoe hizo un movimiento que llamó mi atención. Al mismo tiempo, gritó en voz alta: “Soy un imbécil”, como si se odiase a sí mismo. Había cogido un cuchillo para cortar caña, ya sabéis cómo

son, tan grandes y pesados como un machete. Le agradecí que pensara en librarme de mi sufrimiento. No tenía sentido esperar a que la máquina me devorase lentamente, hasta llegar a la cabeza. Ya me había triturado la mitad del brazo, desde el codo al hombro, y continuaba avanzando. Así que me sentí agradecido y bajé la cabeza para recibir el golpe en la nuca.

»—¡Saca la cabeza de ahí, idiota! —me ladró.

»Entonces comprendí y obedecí. Yo era un hombre grande y necesitó dos golpes para lograrlo, pero me cortó el brazo por el hombro, me sacó de allí y me tumbó sobre la caña de azúcar.

»Sin embargo, el azúcar dio muchos beneficios, le construí a la princesa la iglesia con la que soñaba y… se casó conmigo.

Alivió en parte su sed y terminó su relato.

—¡Ay de mí! Ya no podía hacer casi nada de lo que hacía antes. Pero era duro, mi interior estaba recubierto de una especie de plancha férrea que ni siquiera el alcohol podía corroer y que solo el alcohol lograba despertar. Sin embargo, he sobrevivido y beso mi mano en honor a los adorados restos de mi princesa, que desde hace mucho duerme en el mausoleo del rey John, con vistas al valle de Manona, bajo la bandera extranjera que flota sobre el bungaló del gobernador británico.

Gordito brindó con él, compasivo, y bebió de su lata. Bruce Cadogan Cavendish miró fijamente al fuego con una amargura implacable. Prefería beber solo. Los finos labios que formaban el tajo cruel de su boca se contrajeron en un gesto de burla que llamó la atención de Gordito. Y Gordito, asegurándose antes de que tenía su piedra a mano, decidió retarlo.

—¿Y tú, qué, Bruce Cadogan Cavendish? Te toca.

El otro alzó unos ojos desoladores que se clavaron en Gordito y lo obligaron a dar muestras de incomodidad.

—Mi vida ha sido dura —chirrió Flaco—. No sé nada de amores.

—Ningún hombre de tu complexión y carácter puede haberse librado de ellos —insistió Gordito.

—¿Y qué? —gruñó Flaco—. Eso no es motivo para que un caballero presuma de sus triunfos amorosos.

—Oh, vamos, sé bueno —porfió Gordito—. Aún queda mucha noche. Y tenemos bebida. Delarouse y yo hemos contribuido con nuestros relatos. No suele ocurrir que tres como nosotros se junten

para contar sus experiencias. Sin duda habrá alguna aventura amorosa que no te importe compartir…

Bruce Cadogan Cavendish sacó su aro de hierro y pareció meditar si debía usarlo para descalabrar al otro. Suspiró y volvió a guardarlo.

—Muy bien, si tanto insistes —se rindió a regañadientes—. Como vosotros dos, yo también fui un hombre fuerte. Y aún ahora, en lo relativo a la armadura que protege mi interior, podría ganaros bebiendo a los dos juntos cuando estabais en vuestro mejor momento. Como las vuestras, mi vida comenzó lejos de aquí y de forma muy distinta. No hay duda de que llevo en mí el sello característico de los caballeros. A menos que alguno de vosotros prefiera discutir el asunto ahora mismo…

Metió su única mano en el bolsillo y agarró el aro. Ninguno de sus oyentes habló ni demostró haberse percatado de la amenaza.

—Ocurrió a mil millas náuticas al oeste de Manatomana, en la isla de Tagalag —continuó de repente, con aire taciturno, como si lo decepcionase que nadie quisiera discutir con él—. Pero antes debo contaros cómo llegué a Tagalag. Por motivos que no mencionaré, debido a un linaje que no voy a describir, en los mejores años de mi edad adulta y en el apogeo de mis diabluras, cuando ni los renegados de Oxford ni los aficionados a la hípica se atrevían a tomarme el pelo, era capitán y dueño de una goleta tan famosa que no voy a decir su nombre. Reunía mano de obra en el oeste de la Polinesia y el mar del Coral para las plantaciones de Hawái y las minas de nitrato de Chile…

—¿Fuiste tú quien acabó con toda la población de…? —soltó Gordito, antes de darse cuenta de que había empezado a hablar.

La única mano de Bruce Cadogan Cavendish se lanzó hacia el bolsillo y, con la misma rapidez, extrajo el aro, listo para atacar.

—Continúa —suspiró Gordito—. Se… se me ha olvidado lo que iba a decir.

—Aquella es una zona muy extraña y cruel —prosiguió el narrador como si nada—. Habréis leído lo que se escribió sobre el Lobo de Mar…

—Tú no eras el Lobo de Mar —interrumpió Patillas con una seguridad involuntaria.

—No, señor —respondió el otro con un gruñido—. El Lobo de

Mar ha muerto, ¿no? Y yo sigo vivo, ¿no crees?

—Claro, claro —reconoció Patillas—. Se ahogó en el fondo de barro de un embarcadero, en Victoria, hace un par de años.

—Como decía, y no me gustan las interrupciones —continuó Bruce Cadogan Cavendish—, aquella es una zona muy extraña y cruel. Me encontraba en Taki-Tiki, una isla de coral que pertenece a las Salomón políticamente, aunque no geológicamente, porque las Salomón son islas de origen volcánico. Etnográficamente pertenece a la Polinesia, Melanesia y Micronesia, porque todas las razas del Pacífico Sur se han desplazado hacía allí en canoa y se han cruzado de modo intrincado y degenerativo. Biológicamente hablando, en Taki-Tiki reside la peor escoria de la hez de la humanidad. Conozco bien esa hez y sé lo que digo.

»Fue una etapa dura y peligrosa la que allí pasé, buceando para sacar nácar y perlas, pescando pepinos de mar, trocando hierro en láminas y hachas por copra y marfil vegetal, reclutando negros y todo lo demás. Incluso en Fiyi los misioneros lo pasaban mal y los jefes aún comían carne humana. Hacia el oeste era peor, porque hasta el último de los negros, pequeños y de pelo muy rizado, eran caníbales, y los botes para el ganador estaban cada vez más llenos y rebosaban riqueza…

—¿Botes para el ganador? —preguntó Gordito. Al vislumbrar un movimiento de enfado, añadió—: Verás, es que yo no llegué tan hacia el oeste como Delarouse y tú.

—Son cazadores de cabezas. Las cabezas son muy valiosas, sobre todo las de los blancos. Con ellas decoran los cobertizos de las canoas y las casas de los hechiceros. Cada aldea organiza un bote y todos ponen sus apuestas. Quien consiga una cabeza de hombre blanco se lleva el bote. Si pasa mucho tiempo sin que nadie la consiga, el bote alcanza unas proporciones tremendas. Extraño y cruel, ¿no te parece?

»Yo lo sé bien. Mi primer oficial holandés murió de fiebre de aguas negras y yo gané el bote. Os contaré cómo ocurrió. Nos encontrábamos en Lango-lui. No se lo dije a nadie y arreglé el asunto con Johnny, mi timonel. Era un negro de Puerto Moresby. Cortó la cabeza del oficial muerto y, de noche, se escabulló a tierra mientras yo disparaba al aire con mi rifle como si intentara darle a él. Ganó el premio con la cabeza del oficial. Al día siguiente, claro

está, envíe una chalupa a tierra, con otros dos para protegerlo, y lo saqué de allí con el botín.

»¿Era muy grande el premio? —preguntó Patillas—. Oí contar que en Orla hubo uno que llegó a ochenta libras.

—Para empezar —respondió Flaco—, había cuarenta cerdos cebados y cada uno de ellos valía una braza de moneda-concha de primera calidad, y la moneda-concha valía una libra por braza. Así que aquello sumaba doscientos dólares. También había noventa y ocho brazas de moneda-concha, lo que casi se correspondía con quinientos dólares. Y veintidós soberanos de oro. Lo dividí en cuatro partes: un cuarto para Johnny, un cuarto para el barco, un cuarto para mí en calidad de propietario y otro cuarto para mí en calidad de capitán. Johnny no se quejó. Jamás había sido tan rico en toda su vida. Y le di un par de camisas del oficial muerto. Supongo que la cabeza del oficial aún decorará el cobertizo de las canoas.

—No es que sea el entierro más digno para un cristiano —comentó Patillas.

—Pero sí lucrativo —contestó Flaco—. Tuve que echar por la borda el resto del cuerpo del oficial para que se lo comieran los tiburones. No tenía sentido darles de comer, además, una cabeza de ochocientos dólares. Habría sido un despilfarro disparatado y una locura.

»El caso es que, desde allí hacia el oeste también vivimos situaciones extrañas y bestiales. No os contaré el lío en el que me metí en Taki-Tiki, excepto que zarpé con doscientos negros a bordo, mano de obra para entregar en Queensland. Pero, por mi forma de reclutarlos, dos barcos de guerra británicos salieron a rastrear el Pacífico en mi busca, así que cambié el rumbo y me dirigí al oeste con la idea de llevar todo el lote a las plantaciones españolas de Bangar.

»Era temporada de tifones. Nos afectó. Mi goleta se llamaba *Merry Mist* y yo siempre había pensado que era muy sólida y resistente, hasta que nos topamos con aquel tifón. Nunca vi unas olas como esas. Hicieron pedazos, literalmente, la embarcación. Arrancaron los palos, hicieron astillas las casetas de cubierta, se llevaron por delante las barandillas y, cuando pasó lo peor, empezaron a desaparecer las tapas de regala. Conseguimos reparar

lo que quedaba de una chalupa y mantener la goleta a flote solo hasta que el oleaje se calmó lo bastante para poder huir. Equipamos la chalupa a toda prisa. El carpintero y yo fuimos los últimos y tuvimos que saltar mientras la goleta se hundía. Solo éramos cuatro y…

—¿Perdisteis todos los negros? —preguntó Patillas.

—Algunos nadaron durante un tiempo —contestó Flaco—. Pero no creo que llegaran a tierra. Nosotros tardamos diez días en llegar y eso que sopló una fuerte brisa casi todo el tiempo. ¿Qué creéis que habíamos metido en la chalupa, con las prisas? Cajas de ginebra mala y cajas de dinamita. Curioso, ¿no? Pues aún fue peor después. Bueno, había un barril de agua, un poco de carne salada y unas cuantas galletas empapadas de agua de mar. Bastó para que llegásemos vivos a Tagalag.

»Tagalag es la isla más decepcionante que he visto nunca. Sobresale mucho en el mar y sus pendientes se divisan a veinte millas náuticas de distancia. Se trata de un cono volcánico que surge de las profundidades marinas y que ha perdido un segmento de la pared del cráter porque se ha derrumbado. Eso permite que el mar acceda al propio cráter y forma un puerto muy abrigado. Eso es todo. Allí no vive nada. El exterior y el interior del cráter son demasiado empinados. En el interior hay una franja de unas mil palmeras cocoteras. Y eso es todo, como he dicho, excepto unos pocos insectos. Ni un solo ser de cuatro patas, ni una rata siquiera, habita aquel lugar. Y es extraño, muy extraño que, con tantos cocos, no haya ni un solo cangrejo de los cocoteros. Los únicos seres vivos con carne eran los bancos de mújoles del puerto; los mújoles más grandes, gordos y con mejor aspecto que he visto en mi vida.

»Los cuatro bajamos a la pequeña playa y nos instalamos entre los cocos con una despensa llena de dinamita y ginebra mala. ¿Por qué no os reís? Tiene gracia, os lo digo yo. Probadlo alguna vez: una dieta de solo ginebra y coco. Desde entonces no he sido capaz de volver a mirar el escaparate de una pastelería. No me va la religión como a Chauncey Delarouse, pero tengo algunas ideas primitivas y mi concepto del infierno es una plantación cocotera ilimitada, surtida de cajas de ginebra y poblada por marinos naufragados. ¿Gracioso? Haría carcajearse al mismo demonio.

»El coco sin nada más es lo que los expertos en agricultura

consideran una ración desequilibrada. Y os aseguro que desequilibró nuestros estómagos. Hasta el punto de que cuando el hambre apretaba un poco más, tomábamos otro sorbo de ginebra. Tras un par de semanas así, Olaf, un marinero de origen escandinavo, tuvo una idea. Se le ocurrió cuando estaba hasta arriba de ginebra y nosotros, que estábamos igual, lo observamos meter un fulminante y una mecha corta en un cartucho de dinamita y caminar hacia la chalupa.

»Pensé que intentaría pescar, si es que veía algún pez, pero el sol caía a plomo, por lo que me limité a reclinarme contra una palmera y desearle suerte.

»Una media hora después de que desapareciera oímos la explosión. Pero él no regresó. Aguardamos a que refrescase durante el ocaso y bajamos a la playa para ver lo que había sido de él. La chalupa estaba allí porque la brisa la había devuelto a la orilla, pero ni rastro de Olaf. Ya no tendría que volver a comer coco. Regresamos, más temblorosos que nunca, y continuamos bebiendo ginebra.

»Al día siguiente, el cocinero anunció que prefería arriesgarse con la dinamita a continuar intentando sobrevivir comiendo solo coco y que, aunque no sabía nada de dinamita, sabía demasiado sobre el coco. Así que le preparamos el detonador, cogimos una mecha y elegimos un buen cartucho de dinamita mientras él se sacudía dos buenos lingotazos más de ginebra.

»Ocurrió lo mismo que el día anterior. Al cabo de un rato oímos la explosión y al atardecer bajamos a la chalupa, de la que logramos arrancar suficientes pedazos del cocinero como para celebrar un entierro.

»El carpintero y yo aguantamos dos días más, luego nos la jugamos a ver quién sacaba la paja más corta y le tocó a él. Nos despedimos de malas maneras porque él quería llevarse una botella de ginebra para refrescarse por el camino, mientras que yo me negaba a cualquier posibilidad de malgastarla. Además, ya había bebido más de lo que le convenía y caminaba dando traspiés y tambaleándose.

»Lo mismo, aunque quedaron muchos más restos que yo tuve que enterrar porque solo había utilizado medio cartucho. Conseguí resistir hasta el día siguiente cuando, tras recuperar fuerzas, reuní el

valor suficiente para enfrentarme a la dinamita. Utilicé solo un tercio de un cartucho, ya sabéis, con la mecha corta y el extremo partido para sujetar la cabeza de la cerilla. Ahí fue donde mejoré los métodos de mis predecesores. Al no utilizar la cabeza de la cerilla, sus mechas eran demasiado largas. Por lo que, cuando avistaban un banco de mújoles y encendían la mecha, se veían obligados a sujetar el cartucho hasta que la mecha se quemaba casi por completo antes de poder arrojarlo. Si lo lanzaban demasiado pronto, no estallaría en el momento de golpear el agua y la salpicadura espantaría a los mújoles. Es extraña la dinamita. En cualquier caso, sigo manteniendo que mi método era el más seguro.

»Encontré un banco de mújoles cuando no había remado ni cinco minutos. Eran grandes y gordos e imaginé su aroma al asarlos en una hoguera. Cuando me puse de pie con el palo con brasa en una mano y el cartucho de dinamita en la otra me temblaban las piernas. Puede que fuese la ginebra, la ansiedad o la debilidad y el hambre, o la suma de todas ellas, el caso es que temblaba entero. En dos ocasiones no logré tocar el cartucho de dinamita con el palo con brasa. Luego por fin lo conseguí, oí el chisporroteo de la cerilla y lo solté.

»No sé lo que les ocurriría a los otros, pero sí sé lo que hice yo. Me lié. ¿Nunca habéis arrancado el rabillo de una fresa, tirado la fresa y metido el rabillo en la boca?

Eso fue lo que yo hice. Lancé el palo con brasa al agua, entre los mújoles, y me quedé con la dinamita. Mi brazo estalló a la vez que el cartucho.

Flaco echó un vistazo a la lata de tomate en busca de un poco de agua para mezclar la bebida, pero estaba vacía. Se levantó.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo entre bostezos y se fue camino abajo, hacia el río.

A los pocos minutos estaba de vuelta. Mezcló la cantidad adecuada de agua sucia con alcohol, le dio un buen sorbo y se quedó mirando al fuego con amargura y de mal humor.

—Sí, pero… —sugirió Gordito—. ¿Qué pasó luego?

—Ah —contestó Flaco—, que la princesa se casó conmigo, claro está.

—Pero solo quedabas tú y no había princesa… —intervino Patillas sin pensar lo que decía y luego dejó que su voz se apagase,

avergonzado.

Flaco miraba al fuego sin pestañear.

Percival Delaney y Chauncey Delarouse se miraron. Despacio, en medio de un silencio solemne, cada uno ayudó al otro con su único brazo a enrollar y atar su hatillo. Sin romper el silencio, con los hatillos al hombro, se alejaron del círculo de luz que dibujaba la hoguera. No hablaron hasta que llegaron a lo alto del terraplén de la vía férrea.

—Un caballero no lo habría hecho —dijo Patillas.

—Un caballero no lo habría hecho —convino Gordito.

[1916]

El hijo del agua

A TENDÍA CON DESGANA al interminable cántico del viejo Kohokumu sobre las

hazañas y aventuras de Maui, el semidiós prometeico de la Polinesia, quien pescó la tierra seca de las profundidades oceánicas con unos anzuelos asegurados al cielo, elevó el cielo bajo el que previamente los hombres se habían movido a cuatro patas porque no tenían espacio para andar erguidos, y atrapó al sol, con sus dieciséis rayos, para que permaneciera quieto y después aceptase cruzar el cielo más despacio. Porque el sol era un sindicalista que creía en un día de seis horas y Maui estaba a favor de una jornada de doce.

—Esto —continuó Kohokumu— pertenece al *mele* familiar de la reina Liliuokalani:

> Maui, descontento, luchó contra el sol
> con un lazo hecho por él.
> El invierno ganó al sol,
> pero Maui ganó el verano…

He nacido en las islas y conozco los mitos hawaianos mejor que ese viejo pescador, aunque no poseo su capacidad para memorizar, que le permitía recitar sus cánticos durante infinitas horas.

—¿Y crees todo eso? —pregunté en la dulce lengua hawaiana.

—Ocurrió hace mucho —reflexionó—. No he visto a Maui con mis propios ojos. Pero nuestros ancianos, desde muy antiguo, nos cuentan estas cosas y yo, que soy anciano, se las cuento a mis hijos y nietos, quienes se las contarán a sus hijos y nietos, y siempre será así.

—¿Crees —insistí— esa trola de que Maui atrapó al sol con un lazo y esa otra bola según la que elevó el cielo y lo alejó de la tierra?

—Valgo poco y no soy sabio, Lakana —respondió mi pescador —. Pero he leído la biblia hawaiana que los misioneros tradujeron y allí se decía que vuestro Gran Hombre al principio creó la tierra, el cielo, el sol, la luna, las estrellas, todos los animales, desde los caballos a las cucarachas y desde los ciempiés a los mosquitos pasando por los piojos de mar y las medusas, el hombre y la mujer y todo lo demás en solo seis días. Maui no hizo tanto. Él no creó nada. Solo puso las cosas en orden, nada más, y le llevó mucho tiempo conseguir esas mejoras. En cualquier caso, es más fácil y más razonable creer una trola pequeña que una grande.

¿Qué podía responder ante eso? Me había ganado en sensatez. Además, me dolía la cabeza. Y lo curioso, según me admití a mí mismo, era que la evolución nos enseña, con total seguridad, que el hombre anduvo a cuatro patas antes de erguirse, la astronomía afirma claramente que la velocidad del movimiento terrestre sobre su eje ha disminuido a un ritmo constante, incrementando la duración de los días, y los sismólogos aceptan que todas las islas de Hawái surgieron del fondo oceánico debido a la actividad volcánica.

Por suerte, me fijé en que un palo de bambú, que flotaba en la superficie a unos metros de distancia, se había sumergido de repente por un extremo y bailaba sin parar. Eso nos distrajo de aquella conversación inútil y Kohokumu y yo hundimos los remos en el agua y acercamos la pequeña canoa con batanga al palo bailarín. Kohokumu agarró el sedal que estaba atado al extremo del palo y lo fue recogiendo hasta que un *uki-kiki* de medio metro, sin dejar de luchar fieramente hasta el final, recibió la luz del sol sobre sus escamas plateadas y dibujó un tatuaje en el fondo de la canoa. Kohokumu cogió un pulpo viscoso que no paraba de retorcerse, le arrancó con los dientes un pedazo de cebo vivo, colocó el cebo en el anzuelo y lanzó el sedal y la plomada al agua. El palo flotó en la superficie del agua y la canoa se alejó despacio. Tras contemplar la medialuna formada por una veintena de palos iguales, todos flotando, Kohokumu se limpió las manos en sus costados desnudos y se concentró en el tedioso cántico, con varios siglos de antigüedad, dedicado a Kuali:

¡Oh, el gran anzuelo de Maui!
Manai-i-ka-lani ¡asegurado al cielo!
Una cuerda torcida en la tierra ata el anzuelo,
que traga el altivo Kauiki.
Como cebo un *alae* de pico rojo,
el ave sagrada de Hina.
Se hunde en lo más profundo de Hawái,
lucha y muere con dolor.
La tierra bajo el agua queda atrapada,
y flota y asciende hasta la superficie.
Pero Hiña ha escondido un ala del ave
y rompe la tierra bajo el agua.

Abajo, el cebo se suelta
y los peces lo devoran de inmediato,
los *ulua* de las profundidades fangosas.

Su voz envejecida sonaba ronca y áspera debido al exceso de cerveza aguada que había bebido la noche anterior durante un funeral, lo que no contribuía a hacerla menos irritante. Me dolía la cabeza. El resplandor del sol sobre el agua afectaba a mis ojos y, además, el movimiento de la batanga en el mar me mareaba. El aire estaba estancado. A sotavento de Waihee, entre la blanca playa y el arrecife, ni un soplo de brisa aliviaba el bochorno. Creo que me sentía demasiado mal para tomar la decisión de abandonar la pesca y volver a la orilla.

Tumbado boca arriba con los ojos cerrados, perdí la noción del tiempo. Incluso olvidé que Kohokumu canturreaba hasta que me di cuenta porque guardó silencio. Una exclamación me hizo abrir los ojos a la cuchillada del sol. Miraba hacia abajo a través de un cristal para ver en el agua.

—Es de los grandes —dijo, me pasó el artilugio y se dejó caer de pie por la borda.

Se hundió sin salpicar ni formar ondas, se dio la vuelta y nadó hacia abajo. Seguí su avance a través del cristal para ver en el agua, que es una simple caja rectangular de treinta centímetros de largo, abierta por arriba y con el fondo sellado y estanco, en el que hay una hoja de cristal normal y corriente.

Kohokumu era un pesado y yo estaba harto de él por su locuacidad, pero no pude dejar de admirarlo mientras lo observaba descender. Tenía más de setenta años, era delgado como un fideo y estaba arrugado como una momia, sin embargo, estaba haciendo algo que pocos atletas jóvenes de mi raza harían o podrían hacer. El fondo quedaba a unos doce metros. Allí, dejándose ver en parte, aunque casi todo oculto bajo un coral, distinguí su objetivo. Con su buena vista había localizado el tentáculo de un pulpo. Mientras nadaba, el tentáculo se ocultó por completo y no quedó rastro de la criatura. Pero tan breve visión de un fragmento de un solo tentáculo le había bastado para saber que el pulpo era de los grandes.

La presión a una profundidad de doce metros no es una broma para un joven, pero no parecía molestar a aquel vejestorio. Estoy

seguro de que nunca pensó que algo pudiese molestarle. Desarmado, desnudo excepto por un pequeño *malo* o taparrabos, no se arredró ante la formidable criatura que constituía su presa. Lo vi asegurarse con la mano derecha sobre el coral e introducir el brazo izquierdo hasta el hombro en el agujero. Transcurrió medio minuto, durante el que pareció tantear y rebuscar con la mano izquierda. Luego emergieron un tentáculo tras otro, llenos de ventosas y agitándose desenfrenados. Agarrados al brazo, se retorcían y se enroscaban en la carne como si fuesen serpientes. Tras un tirón, surgió el pulpo entero.

Pero el anciano no tenía prisa por salir a su elemento natural, el aire de la superficie. Allí, a doce metros de profundidad, envuelto en un pulpo que medía casi tres metros desde la punta de un tentáculo a la punta del otro y que bien podría ahogar al nadador más resistente, con calma y como si nada hizo la única cosa que le daba poder sobre aquel monstruo. Introdujo el rostro delgado y parecido al de un halcón en el centro de la masa viscosa que no paraba de retorcerse y, con sus dientes envejecidos, le pegó un bocado al corazón y la vida del problema. Después ascendió despacio, como los nadadores que deben adaptarse al cambio atmosférico tras bajar a las profundidades. Al costado de la canoa, aún en el agua y mientras se libraba de aquella cosa horripilante pegada a él, el incorregible pecador se lanzó a cantar el pule de triunfo que han entonado incontables generaciones de pescadores de pulpos antes que él:

> ¡Oh, Kanaloa de las noches de tabú,
> mantente erguido sobre el suelo firme!
> De pie, en el suelo donde yace el pulpo,
> de pie, para sacar al pulpo del mar profundo.
> ¡Álzate, Kanaloa!
> Permite que el pulpo despierte,
> permite que el pulpo extienda sus…

Cerré ojos y oídos, y ni siquiera le ofrecí ayuda, completamente seguro de que podría subir solo a la inestable embarcación sin el más mínimo riesgo de hacerla volcar.

—Un pulpo de los buenos —canturreó—. Es un pulpo *wahine*. Ahora te cantaré la canción del cauri, ese cauri rojo que usábamos

como cebo para el pulpo…

—Tu comportamiento de anoche en el funeral fue vergonzoso —interrumpí—. Me lo han contado. Hiciste mucho ruido. Cantaste hasta dejarlos sordos a todos. Insultaste al hijo de la viuda. Bebiste como un cerdo. La cerveza no es buena para alguien de tu edad. Un día te matará. Hoy deberías estar hecho un desastre por…

—¡Ja! —se rio—. Y tú, que no bebiste, que no habías nacido cuando yo ya era viejo, que anoche te fuiste a la cama con el sol y las gallinas, tú sí que estás hecho un desastre. Explícamelo. Mis oídos tienen tantas ganas de escuchar como anoche mi garganta tenía ganas de beber. Pero hoy estoy, mírame bien, como decía ese inglés que llegó en su yate, estoy en buena forma, en la mejor de las formas.

—Me rindo —contesté, encogiéndome de hombros—. Solo hay una cosa cierta y es que el demonio no te quiere. Ya se ha enterado de cómo cantas.

—No —meditó su idea con calma—. No es por eso. El diablo se alegrará cuando yo llegue, porque sé buenas canciones y le contaré escándalos y cotilleos de los *aliis* que lo harán partirse de risa. Así que deja que te cuente el secreto de mi nacimiento. El mar es mi madre. Nací en una canoa doble, durante una tormenta de *kona*, en el canal de Kahoolawe. De mi madre, el mar, he recibido la fuerza. Siempre que regreso a sus brazos, a su seno, como he hecho hoy, recupero fuerzas de inmediato. Para mí, ella es alimento, fuente de vida…

«¡Este se cree que es Anteo!», pensé yo.

—Algún día —continuó Kohokumu—, cuando sea muy viejo, me incluirán en la lista de hombres ahogados en el mar. Pero no será verdad. Lo cierto es que habré regresado a los brazos de mi madre, para descansar en el centro de su seno hasta que renazca, momento en el que emergeré a la luz del sol, joven y esplendoroso, como el propio Maui cuando era un muchacho.

—Que extraña religión la tuya —comenté.

—En mi juventud me hice un lío con religiones más extrañas —contestó el viejo Kohokumu—. Pero escucha, joven sabio, mi sabiduría de anciano. Esto es lo que sé: a medida que me hago viejo, busco menos la verdad fuera de mí y la descubro en mi interior. ¿Por qué se me ha ocurrido eso de regresar a mi madre y

renacer de ella al sol? Tú no lo sabes. Yo no lo sé. Pero, sin habérsela oído a nadie y sin leerla en ningún sitio, sin que nada la dictase, esa idea surgió en mi interior, que es tan profundo como el mar. No soy un dios. No creo cosas. Por lo tanto, yo no he creado esa idea. No sé quienes son su padre ni su madre. Viene de tiempos muy anteriores a mí y por eso es verdad. El hombre no crea verdad. El hombre, si no está ciego, solo reconoce la verdad cuando la ve. ¿Esa idea que he pensado es un sueño?

—Tal vez tú seas un sueño —me reí—. Y yo, el cielo, el mar y la tierra dura como el hierro seamos sueños también.

—Eso lo he pensado a menudo —me aseguró, muy serio—. Podría ser. Anoche soñé que era una alondra, una alondra cantarina del cielo, como las de los pastos de las tierras altas de Haleakala. Y volaba hacia las nubes, muy alto, cantando, siempre cantando, como el viejo Kohokumu no ha cantado nunca. Te digo que soñé que era una alondra que cantaba en el cielo. Pero ¿no es posible que yo, el yo auténtico, sea en realidad la alondra? Y este relato ¿no podría ser el sueño que yo, la alondra, estoy soñando ahora? ¿Quién eres tú para decir sí o no? ¿Te atreves a decirme que no soy una alondra que sueña que es el viejo Kohokumu?

Me encogí de hombros y él continuó hablando, con aire de triunfo.

—¿Y cómo sabes que no eres el viejo Maui en persona, dormido y soñando que eres John Lakana y que estás charlando conmigo en una canoa? ¿Acaso no podrías despertarte siendo Maui, rascarte los costados y contar que has tenido un sueño extraño, en el que eras un *haole*?

—No lo sé —admití—. Además, no me creerías.

—Los sueños cuentan mucho más de lo que sabemos —me aseguró con gran solemnidad—. Los sueños profundizan y llegan hasta antes del principio. ¿Es que Maui no pudo soñar que sacaba Hawái del fondo del mar? Entonces, ¿la tierra de Hawái sería un sueño y el pulpo y yo seríamos solo una parte del sueño de Maui? ¿Y también la alondra?

Suspiró y hundió la cabeza en su pecho.

—Y yo me preocupo por los secretos que permanecen sin descubrir —continuó—, hasta que me canso y quiero olvidar, por lo que bebo, me voy de pesca, canto canciones viejas y sueño que soy

una alondra que canta en el cielo. Eso es lo que más me gusta y, cuando he bebido mucho, suelo soñarlo.

Abatido, cogió el cristal y estudió el fondo de la laguna.

—No picarán más durante un tiempo —anunció—. Hay tiburones merodeando y tendremos que esperar a que se vayan. Para que la espera no se nos haga larga, te cantaré la canción para acarrear canoas de Lono. Seguro que la recuerdas:

> Dame el tronco del árbol, ¡oh, Lono!
> Dame la raíz del árbol, ¡oh, Lono!
> Dame el fruto del árbol, ¡oh, Lono!

—Por el amor de Dios, ¡no cantes! —interrumpí—. Me duele la cabeza y tus canciones me molestan. Puede que hoy estés en la mejor de las formas, pero tienes la garganta destrozada. Prefiero que hables sobre los sueños o me cuentes alguna trola.

—Es una pena que te encuentres mal, siendo tan joven —comentó en tono alegre—. Así que no cantaré más. Te contaré algo que no sabes y nunca has oído, que no es un sueño ni una trola, sino algo que yo sé que ha ocurrido. No hace mucho vivía aquí, en la playa junto a esta misma laguna, un niño llamado Keikiwai, que, como sabes, significa hijo del agua. En verdad era hijo del agua. Sus dioses eran el mar y los dioses peces y había nacido sabiendo el lenguaje de los peces, de lo que los peces no se enteraron hasta que los tiburones lo descubrieron un día, cuando lo oyeron hablarlo.

»Te diré cómo ocurrió. Llegaron unos mensajeros para avisar de que el rey estaba de viaje por la isla y, al día siguiente, los habitantes de Waihee debían servirle un *luau*. Cuando el rey viajaba, los habitantes de las aldeas pequeñas siempre pasaban apuros para llenar de comida los muchos estómagos de su séquito. Porque siempre lo acompañaban su esposa y las mujeres que la atendían, los sacerdotes y hechiceros, los bailarines, flautistas y cantantes de *hula*, los luchadores y criados, y sus jefes con sus propias esposas, hechiceros, luchadores y criados.

»A veces, en lugares pequeños como Waihee, después de su paso surgían la hambruna y la escasez. Pero al rey siempre hay que darle de comer y no es bueno enfadarlo. Así que Waihee recibió el aviso de su llegada como quien recibe la advertencia de que se acerca un desastre y todos los recolectores de alimentos, en la tierra, la

laguna, la montaña y el mar, se afanaron por reunir provisiones para el festín. Había de todo, desde el mejor taro hasta cañas de azúcar para asar, desde *opihis* a *limu*, desde aves hasta cerdos salvajes y cachorros alimentados con *poi*. Todo, excepto una cosa. Los pescadores no lograron llevar langostas.

»Ten en cuenta que la langosta era el alimento preferido del rey. La valoraba por encima de cualquier *kao-kao* (comida) y sus mensajeros se habían ocupado de dejarlo claro. No había langostas y no es bueno enfadar a un rey por culpa de la comida. El problema era que en el interior del arrecife nadaban demasiados tiburones. Ya se habían comido a una niña y a un anciano. De los jóvenes que se atrevieron a sumergirse para pescar langostas, se comieron a uno, otro perdió un brazo y otro, una mano y un pie.

»Sin embargo, tenían a Keikiwai, el hijo del agua, que solo contaba once años, pero que era medio pez y hablaba el lenguaje de los peces. Los jefes acudieron a ver a su padre y le rogaron que enviase al hijo del agua a pescar langostas para llenar el estómago del rey y evitar su ira.

»Lo que ocurrió después lo vieron muchos y es verdad. Porque los pescadores y sus mujeres, los que cultivaban taro, los que cazaban aves y todos los jefes, Waihee entero, se acercaron a la roca en la que se detuvo el hijo del agua para mirar al fondo, lleno de langostas.

»Un tiburón alzó sus ojos brillantes, lo vio y emitió el aviso de "hay carne fresca" para reunir a todos los tiburones de la laguna. Los tiburones trabajan en equipo y por eso son tan fuertes. Respondieron a la llamada y en total se juntaron cuarenta: grandes, pequeños, delgados y gordos. Eran cuarenta y se decían entre ellos: "Mirad ese niño, qué exquisitez, es un delicioso bocado de dulce carne humana, sin la sal del mar, de la que tanta tenemos. Será sabroso y se derretirá en nuestro interior, mientras extraemos su dulzura".

»También decían: "Ha venido por las langostas. Cuando se zambulla, será para uno de nosotros. No como el viejo que nos comimos ayer, seco por la edad, ni como los jóvenes de músculos endurecidos. Será tan tierno que se derretirá en nuestras gargantas, antes de llegar a nuestras barrigas. Cuando se zambulla, atacaremos todos a la vez y el afortunado que lo consiga se lo tragará de un

bocado. Un solo bocado y acabará en la barriga del agraciado”.

»Keikiwai, el hijo del agua, entendió la conspiración porque conocía el lenguaje de los tiburones. Recitó una oración, en ese lenguaje, a Moku-halii, el dios tiburón, mientras los tiburones se hacían señas con las aletas y se guiñaban los ojos brillantes para indicar que entendían lo que decía. Entonces, el niño advirtió: “Ahora me zambulliré a pescar una langosta para el rey. Y no me ocurrirá mal alguno porque el tiburón con la aleta caudal más corta es mi amigo y me protegerá”.

»A continuación, cogió un pedazo de lava y lo lanzó al agua, provocando una gran salpicadura, a seis metros de él, hacia un lado. Los cuarenta tiburones se lanzaron hacia la salpicadura mientras él se zambullía y, para cuando comprendieron que se les había escapado, él había bajado hasta el fondo, regresado y salido del agua con una langosta enorme en la mano, una langosta *wahine*, llena de huevas, para el rey.

»—¡Ja! —exclamaron los tiburones, muy enfadados—. Entre nosotros hay un traidor. El dulce bocado, la exquisitez, ha hablado y dejado al descubierto a uno de nosotros, que lo ha salvado. ¡Vamos a medir nuestras aletas caudales!

»Lo hicieron formando una hilera, uno junto al otro. Los de las aletas más cortas hacían trampas y se estiraban para ganar longitud, mientras los de las aletas más largas también hacían trampas y se estiraban para que los otros no los sobrepasasen. Se enfadaron mucho con el de la aleta caudal más corta, se lanzaron sobre él y lo devoraron hasta que no quedó nada.

»Volvieron a escuchar, al tiempo que esperaban a que el hijo del agua se zambullese. Keikiwai entonó de nuevo su oración a Moku-halii en el lenguaje de los tiburones y luego dijo: “El tiburón con la aleta caudal más corta es mi amigo y me protegerá”. Otra vez lanzó un pedazo de lava a seis metros de distancia, pero en la otra dirección. Los tiburones se abalanzaron hacia la salpicadura, con las prisas tropezaron unos con los otros y salpicaron con sus aletas hasta que el agua se convirtió en espuma y resultaba imposible ver nada, de modo que todos pensaban que otro se estaba tragando a la exquisitez. Y el hijo del agua salió con otra langosta grande para el rey.

»Los treinta y nueve tiburones midieron sus aletas caudales y

devoraron al que la tenía más corta, de modo que solo quedaron treinta y ocho. El hijo del agua continuó haciendo lo que ya te he contado, los tiburones continuaron haciendo lo que ya te contado y, por cada tiburón que sus hermanos se comían, el hijo del agua depositaba otra langosta para el rey sobre la roca. Claro que, cuando llegaba el momento de medir las aletas caudales, los tiburones discutían y armaban mucho jaleo, pero al final decidieron con justicia porque, cuando solo quedaron dos, eran los más grandes de los cuarenta.

»El hijo del agua volvió a decir que el tiburón con la aleta caudal más corta era su amigo, engañó a los dos tiburones con otro pedazo de lava y pescó otra langosta. Los dos tiburones afirmaron que el otro tenía la aleta más corta, lucharon por comerse el uno al otro y ganó el que tenía la aleta caudal más larga…

—¡Alto, Kohokumu! —interrumpí—. Recuerda que ese tiburón ya…

—Sé lo que vas a decir —me arrancó la palabra de la boca—. Y tienes razón. Le llevó mucho tiempo comerse al tiburón número treinta y nueve, porque en su interior estaban los otros diecinueve tiburones que se había comido antes, y dentro del tiburón número cuarenta estaban los diecinueve que se había tragado él, por lo que ya no tenía tanto apetito. Pero no olvides que era un tiburón muy grande.

»Le llevó tanto tiempo comerse al otro tiburón, y a los diecinueve que estaban dentro de él, que seguía comiendo cuando llegó la noche y la gente de Waihee regresó a casa con todas las langostas para el rey. A la mañana siguiente, encontraron al último tiburón muerto en la playa, reventado por haber comido tanto.

Kohokumu puso punto final y clavó sus astutos ojos en los míos.

—¡Alto, Lakana! —exclamó cuando vio que yo iba a hablar—. Ya sé lo que ibas a decir, que no lo he visto con mis propios ojos y que, por eso, no sé si lo que te he contado es verdad. Pero lo sé y puedo demostrarlo. El padre de mi padre conoció al nieto del tío paterno del hijo del agua. Además, allí, en esa punta rocosa a la que ahora señalo con mi dedo, es desde donde se zambulló el hijo del agua. Yo también me he zambullido allí para pescar langostas. Y a menudo he visto tiburones en esa zona. Y allí, en el fondo, lo sé bien porque los he visto y los he contado, están los treinta y nueve

pedazos de lava que el hijo del agua lanzó, tal y como te he descrito.

—Pero… —empecé a decir.

—¡Ja! —me interrumpió de nuevo—. ¡Mira! Mientras hablábamos, los peces han empezado a picar otra vez.

Señaló tres palos de bambú que se habían hundido por un extremo y bailaban, anunciando que algún pez había tragado el anzuelo y luchaba por librarse de él. Mientras cogía el remo, murmuró para que yo lo oyera:

—Claro que lo sé. Los treinta y nueve pedazos de roca siguen ahí. Tú mismo puedes contarlos cuando te apetezca. Claro que lo sé y lo sé con total seguridad.

[1916]

Esta primera edición
en *Reino de Cordelia* de
Cuentos Completos III
de Jack London
se acabó de imprimir
en el otoño
de 2019

JACK LONDON (12 enero 1876, San Francisco, California, EE.UU. - 22 noviembre 19
16, Glen Ellen, California, EE.UU.). Escritor estadounidense que combina en su obra el más profundo realismo con los sentimientos humanitarios y el pesimismo.

John Griffith London nació en San Francisco hijo de un astrólogo ambulante, al que no conoció, y de una espiritista que se casó con Yack London meses después del nacimiento de su hijo. Completó sus estudios de bachillerato mientras realizaba diversos trabajos. En 1897 y 1898 viajó a Alaska, empujado por la corriente de la fiebre del oro. Antes había sido marino, pescador, e incluso contrabandista.

De regreso a San Francisco comenzó a relatar sus experiencias. En 1900 publicó una colección de relatos titulada *El hijo del lobo* que le proporcionó un gran éxito popular. Publicó más de 50 libros que le supusieron grandes ingresos pero que dilapidó en viajes y alcohol. Fue corresponsal de guerra y vivió dos matrimonios tormentosos. Se suicidó a la edad de 40 años. De ideas socialistas y siempre del lado de los trabajadores, London fue militante comunista e incluso agitador político. Pero, autodidacta como era,

las lecturas del filósofo alemán Nietzsche le llevaron a formular que el individuo debe alzarse frente a las masas y las adversidades. Esta contradicción individualidad-colectividad está presente en su obra. Su tesis general es la de que el ser humano no es bueno por naturaleza, y sólo los fuertes consiguen alzarse en la vida que es dura; estos seres serán los que pongan los cimientos para una sociedad más justa. Muchos de sus relatos, entre los que destaca su obra maestra, *La llamada de la selva* (1903), hablan de la vuelta de un ser civilizado a su estado primitivo, y la lucha por la supervivencia. Su estilo, brutal, vivo y apasionante, le hizo enormemente famoso fuera de su país. Sus novelas se han traducido a numerosas lenguas.

Entre sus principales obras cabe mencionar *Los de abajo* (1903), sobre la vida de los pobres en Londres; *El lobo de mar* (1904), una novela basada en sus experiencias como cazador de focas; *Colmillo blanco* (1906) un libro pesimista sobre la crueldad, la hegemonía de los más fuertes y la lucha por la libertad; *El talón de hierro* (1908), libro donde más claramente se expresan sus ideas políticas; *John Barleycorn* (1913), un relato autobiográfico sobre su batalla personal contra el alcoholismo, y *El vagabundo de las estrellas* (1915), una serie de historias relacionadas entre sí sobre el tema de la reencarnación.

Notas

[1] Palabra que define a los nativos de ascendencia hawaiana. A los nativos de Hawái, pero de otro origen, se los denomina *kamainas*. (Todas las notas donde no se especifique la autoría son de la traductora). < <

[2] («¡Pero contundente, ja, ja!», nota al margen de Rudolph Heckler). < <

[3] Tortura utilizada en algunas cárceles de Ohio e Illinois y que consistía en encadenar al prisionero en un depósito de agua y torturarlo con electricidad, provocando tal cantidad de contracturas en los músculos que el dolor lo llevaba a perder el conocimiento. <<

[4] Juego de palabras. Jericó era una de las muchas formas de referirse a la cárcel. < <

[5] Término que en la jerga de la zona se aplicaba a los veteranos y conocedores del territorio —significa masa fermentada—, debido a las bolsas de masa madre para hacer pan que llevaban en un cinturón o alrededor del cuello. *Chechaquo*, por el contrario, era como se llamaba a los recién llegados a Alaska o la región del Yukón, sobre todo a los que llegaban empujados por la fiebre del oro, sin saber hasta qué punto eran extremas las condiciones a las que iban a enfrentarse. < <

[6] Viajero, en francés. Transportaban en canoa las mercancías con las que abastecían los puestos comerciales para intercambiarlas por las pieles que los nativos les ofrecían y que también se ocupaban de transportar. Al principio eran independientes, pero acabaron trabajando para las grandes compañías, como la Compañía de la Bahía de Hudson. De origen francocanadiense en su mayoría, dominaban casi por completo el transporte en canoa y en ocasiones servían de guías a los exploradores. < <

[7] En español en el original. < <

[8] Devoradores de hombres. (Nota del autor). < <

[9] En español en el original. < <

[10] Mezcla concentrada de carne desecada en polvo, grasa derretida y bayas secas que los indios norteamericanos utilizaban como alimento de supervivencia por su alta capacidad energética y proteínica. Los europeos que luego se dedicaron al comercio de pieles y a las exploraciones en los polos también adoptaron su uso. <<

[11] Bota de piel que usan los esquimales y que suele hacerse de piel de foca o reno. < <

[12] Frío, fresco en inglés. < <

[13] En español en el original. < <

[14] Véase *A History of the Sandwich Islands*, de Sheldon Dibble. (Nota del autor). < <